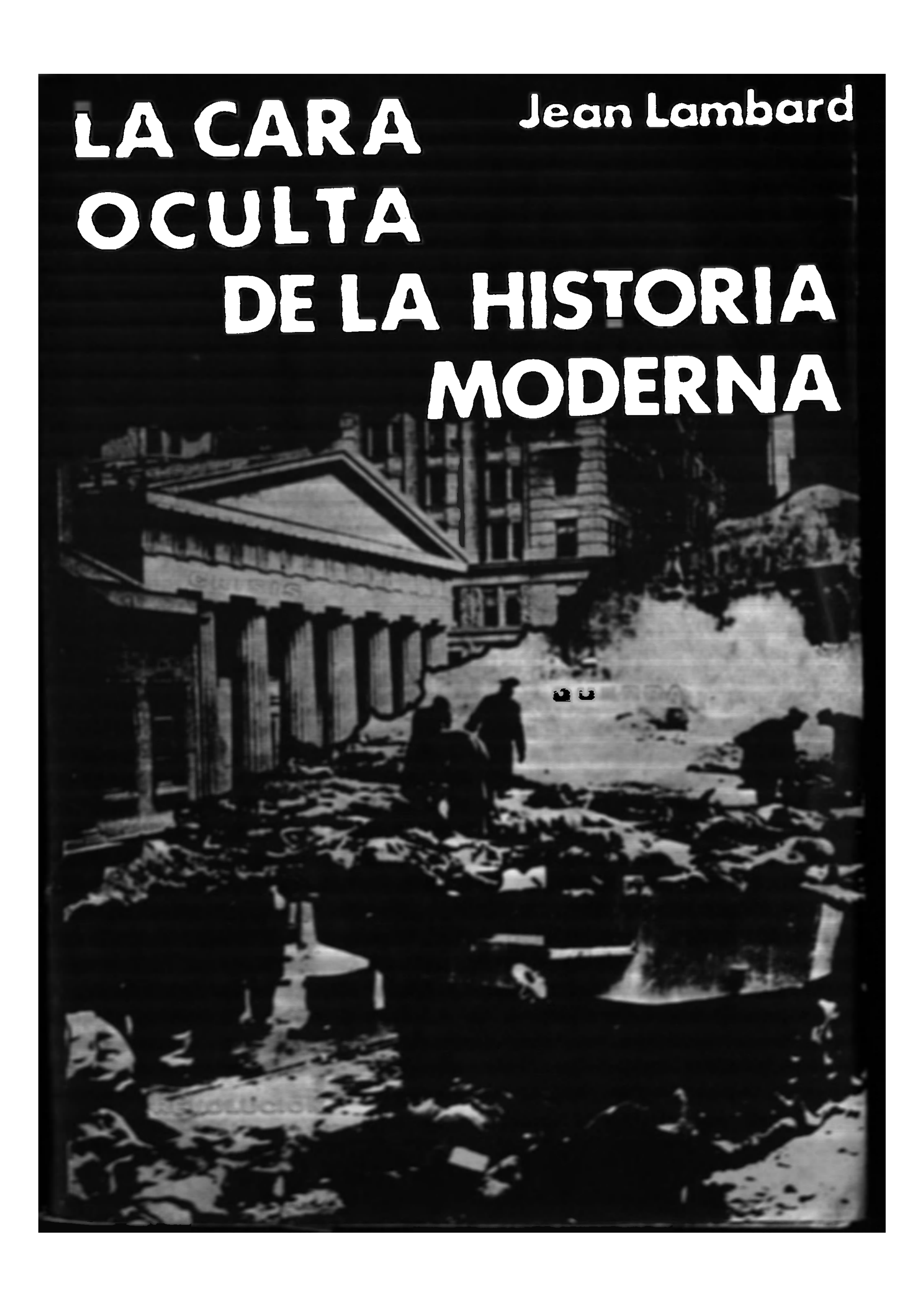

LA CARA
OCULTA
DE LA HISTORIA
MODERNA
Jean Lambard

LA CARA OCULTA
DE LA HISTORIA MODERNA

Derechos de Autor cedidos por el Sr. y la Sra. LOMBART a DILIFOLLAC.

Editado y distribuído por EDITORIAL SOLAR.

Apartado Aéreo 37797

Bogotá, Colombia.

Impreso en Colombia.

I.S.B.N. Tomo III
958 - 9196 - 03 - 9
5 - 0555

I.S.B.N. Obra Completa
958 - 9196 - 00 - 4
5 - 0555

DEDICATORIA

A mi esposa y mejor colaboradora.

En memoria del Sr. JEAN LOMBARD COEURDEROY, uno de los hombres geniales que ha dado el siglo XX. Dedicó su vida y su talento a desenmascarar la conspiración judía que acecha a la humanidad. Su ejemplo nos sirva de aliento en ésta cruzada.

Nuestro reconocimiento a la Sra. Lombard por su abnegación y fidelidad.

DILIFOLLAC.

PREAMBULO

Al publicar los dos últimos tomos (III y IV) —los más actuales— de una obra que abarca los acontecimientos de cinco siglos (desde 1492 hasta nuestros días), quisiera el autor ofrecer al público, y más especialmente a la juventud, una documentación, fruto de treinta y cinco años de estudios, que les permita seguir, detrás de bastidores, la actuación de las Fuerzas que han luchado y luchan para imponer su supremacía en esta tierra, actuación que la historia oficial se atreve poco a desvelar.

Presenciaba el autor en los Estados Unidos los preparativos ideológicos y financieros de la II Guerra mundial, cuando, al leer la versión inglesa del libro de James Darmestetter titulado "Selected Essays" (traducción de "Los Profetas de Israel", escrito en francés en el año 1891 y muy difícil de encontrar), cuando se enteró de la necesidad de buscar sobre las intrigas de las sectas secretas y de la Alta Finanza datos originales, es decir, de sus mismos autores, sobre el Judaísmo, la Rosa-Cruz, los "Iluminados de Baviera", la Franc-Masonería, las sociedades secretas árabes y asiáticas, para, confrontándolos con la historia general, aportar una visión más honda y correcta de los hechos históricos.

Esta investigación era esencial para la protección de nuestra civilización cristiana occidental, siguiendo las reglas de oro del derecho natural de gentes en defensa de los valores del Trabajo, de la Familia, de la Patria, de la Humanidad y de Dios, contra la peste de las ideologías (esta "vermine", decía Napoleón), que corrompe las mentes, y la gangrena del espíritu de lucro, de libertinaje y de desmoralización que corrompe las almas y destruye los cuerpos, aplicando los métodos del realismo y del "empirismo organizador" para que el progreso tenga como base la tradición.

En sus juicios sobre los hombres, sus ideas y sus actos, el autor no ha obedecido a otra pasión que la de la verdad, sin prejuicio de ninguna clase, sea de raza o de parcialidad religiosa o política, tratando sencillamente de entender y penetrar, en sus propios escritos o palabras, con la mayor lucidez posible, su verdadero carácter, sus inspiraciones y sus propósitos.

Se considerará bien pagado de sus penas, si consigue interesar a los curiosos, a los que responden a la llamada de Bossuet "Et nunc erudimini", y ayudar a los jóvenes, que no disponen del tiempo necesario para formarse una experiencia válida del pasado, a entender y organizar mejor este mundo tan enfermo que nuestras desdichadas generaciones les han legado.

EL AUTOR

INDICE DE LOS TOMOS TODAVIA NO PUBLICADOS

TOMO PRIMERO

PRIMERA PARTE

LAS ETAPAS DEL CAPITALISMO: CONSTANTINOPLA, VENECIA, AMSTERDAM, LONDRES

CAPÍTULO I.—EN EL AMANECER DE LA ERA MODERNA...—CUANDO LOS CAPITALES ESPAÑOLES EMIGRAN HACIA CONSTANTINOPLA.

La caída de Bizancio cierra la ruta de las especias.—El dinero judío ayuda a Colón a abrir el paso hacia el Oeste.—La preponderancia de los judíos subleva al pueblo.—La Inquisición castiga a los falsos conversos; los judíos expulsados.—Portugal les ofrece un asilo precario.—...y Turquía un paraíso.—Financieros de los Sultanes, les entregan Argel y construyen la flota perdida en Lepanto.—Los Mendes-Nassi, potencia internacional.

CAPÍTULO II.—AL AMPARO DEL RENACIMIENTO: PENETRACION DE LAS ACADEMIAS PLATONICAS EN ITALIA.

Los refugiados de Bizancio, promotores de un Renacimiento laico.—Florencia, República oligárquica, protege a humanistas y judíos.—Pico de la Mirandola, propagador de las «quimeras» de la Kabala.—Acogidos por los príncipes, los judíos oprimen al pueblo.—Un Franciscano se yergue contra los usureros.

CAPÍTULO III.—FRANCISCO I, PALADIN DESAFORTUNADO DE LOS BANQUEROS, SE VE REDUCIDO AL PAPEL DE BRILLANTE SEGUNDON DE LOS TURCOS.

Banqueros y refugiados italianos empujan a los reyes de Francia a la Península.—Dominado por las mujeres y por los hombres de negocios, Francisco I decepcionado en sus ambiciones imperiales.—Devora su fortuna en Pavia.—Mendes Nassi le impulsa a la alianza turca.—Enrique II, librado de su esposa Catalina de Médicis por su amante Diana de Poitiers.—...liquida la pesada sucesión de su padre.

CAPÍTULO IV.—DESPOTA «EVANGELICO», FRANCISCO I PREPARA EL CAMINO A LA REFORMA Y A LA REVOLUCION.

Precursores prudentes de los innovadores. Erasmo con su ironía... Rabelais con su desenfado... reaniman la lucha ancestral de los judíos contra la Iglesia.—Francisco I domestica a la jerarquía eclesiástica.—Su hermana protege a los «innovadores» de la escuela «evangélica» de Meaux.—El rey no se atreve a proclamarse patriarca.—Su doble juego sumerge a Francia en las guerras de religión.—Crisis del Clero.—Ruina de la Nobleza.—Foso entre la gente de toga y de finanzas y el Tercer Estado.—Novatadas contra corporaciones y cofradías.

TOMO SEGUNDO

TERCERA PARTE

LA ALTA BANCA DOMINA AL MUNDO

de las Logias y de los aprovechadores.—Los judíos alemanes —Guggenheim, Lazard—, dueños de la economía.—La piratería de los ferrocarriles: Gould, Kuhn-Loeb.—Tentativas de organización sindical.—Los «Caballeros del Trabajo».—Descontento de los agricultores.—Crisis de 1873. Motines de Chicago.—Nacimiento de Sindicatos reformistas.—Creciente inmigración judía.—Revancha demócrata y conflictos sociales.—Expansionismo yanqui en el Caribe.—Theodore Roosevelt, ayudado en Cuba por la Francmasonería española.—En el Pacífico: intervención en las Filipinas.—Dueños de Panamá, los Estados Unidos, comanditarios y gendarmes de la América Central... y de la América del Sur.

CAPÍTULO XXVIII.—LA PELEA DE LAS RAZAS, SUICIDIO DE EUROPA.

Dueña de los mares, Inglaterra impone su dominio a favor de las guerras europeas.—Canadá y la India, dominios imperiales.—Extremo-Oriente: China, mimada por las sociedades secretas.—Subyugada por la guerra del opio.—El Japón, abierto al Occidente.—Suez, llave de las rutas imperiales.—En Africa: la parte del león.—El resto para Francia.—Las migajas para Alemania.—Fricción con París, borrada por el conciliador Hermano Delcassé.—El oro y los diamantes del Transvaal, robados por Cecil Rhodes a los Boers.—Aplastados e internados en campos de concentración.—El «clan sudafricano» sella la solidaridad anglo-norteamericana.—Pereira Mendes, profeta de las guerras infernales.—Acercamiento franco-ruso.—Los apoyos del equilibrio desaparecen.—Delcassé refuerza la alienza rusa y separa a Roma de Berlín.—Ayuda a Eduardo VII, primo hermano de sir Ernest Cassel... a concluir la «Entente cordiale».—...El Japón moderno, en plena expansión.—Tropieza con el Imperio de los zares, explotando la anarquía de las sociedades secretas chinas.—Para apoderarse de Manchuria... la Finanza judía empuja a la guerra.—El malestar ruso, aprovechado para reagrupar a los clanes subversivos.—Desencadenar una lucha ruso-judía.—Preludio de una revolución fallida.—Sus reformas cuestan la vida a Stolypin.—...El acercamiento anglo-ruso, amenaza de cerco contra Alemania.—La crisis marroquí, resuelta.—La hora de la Alta Finanza no ha sonado aún.—Pero la rivalidad anglo-alemana se acentúa.—¿Hacia un arreglo franco-alemán?—Poincaré y el incidente de Agadir se oponen a ello.—Aerenthal emponzoña las querellas balcánicas.—Intrigas sionistas cerca de los «Jóvenes Turcos».—Los «Grandes» apaciguan el conflicto... pero se preparan para la guerra.—La intransigencia de Poincaré.—A pesar de la falta de preparación de Francia.—La ceguera de Austria.—El drama de Sarajevo... transformado, por la pusilanimidad del zar, en catástrofe suicida.

CAPÍTULO XXIX.—LA CAIDA DE LOS TRONOS: ¡LOS SOVIETS POR DOQUIER!

Victoriosa en las fronteras, la ofensiva alemana es detenida en el Marne.—En el Este el Ejército alemán desarticula la ofensiva rusa y salva a su aliada austríaca.—«Carrera hacia el mar» y carrera de las Alianzas.—Fracaso contra los Dardanelos.—Italia, arrastrada al conflicto.—Promesas irreflexivas de Delcassé.—Fracasos aliados en el Oeste y derrota rusa en Polonia.—Intervención búlgara, hundimiento serbio.—Los anglo-franceses en Salónica.—Los Aliados, ganados por mano por la presión alemana sobre Verdún.—Rumania, víctima de su temeridad.—Ultima posibilidad de Europa: los ofrecimientos de paz de Carlos I, enterrados por la Francmasonería.—Petain borra las desastrosas consecuencias de la ofensiva Poincaré-Nivelle.—El hundimiento ruso induce al Estado Mayor alemán a rechazar la paz.—Clemenceau y la guerra a ultranza.—...El conflicto, prueba demasiado fuerte para un zarismo sin autoridad.—El asesinato de Rasputín desbarata la intriga pacifista.—La revolución masónica del príncipe Lvov, fomentada por el grupo de la «Round Table».—Un gabinete sin poder, desbordado por el Soviet, los amotinados y los soldados en desbandada.—Regreso de Lenin, provisto de fondos germano-norteamericanos.—Trotsky vuelve a entrar en escena.—La revolución bolchevique, aplastada al principio.—Kerenski la salva.—Reorganizados, los bolcheviques ganan por sorpresa.—«¡La Paz, la Tierra, la Fábrica, la Autonomía!» ¡Palabras!—Hundimiento militar.—Dictadura y Terror.—Reacción de los Azules y de los Blancos: guerra civil.—Indiferencia anglosajona hacia la familia imperial y la contrarrevolución.—...Abusos de los «Trusts». Agitación obrera y marxista.—Los republicanos, divididos, derrotados por Wilson, inspirado por el coronel Mandel-House y por el especulador Bernard Baruch.—Paul Warburg, padre del «Federal Reserve System».—Préstamos y suministros a los Aliados. Control de la Economía por el Estado.—Intervención en favor de los judíos de Europa.—...Americanizado y judaizante, Clemenceau ultrancista.—Fracasa el último asalto alemán.—Francia, liberada por las embestidas de Foch.—Hundimiento turco.—Franchet d'Esperey rechaza a los búlgaros y aparece en el Danubio.—Benes y Wilson desmembran el Imperio austro-húngaro.—Guillermo II, obligado a abdicar.

INDICE DEL PRESENTE TOMO (III)

QUINTA PARTE

OCCIDENTE, ¿CUAL ES TU DESTINO?

SEXTA PARTE

DECADENCIA DE OCCIDENTE

¿Pagar con la independencia del Maghreb el reconocimiento de Israel?—La agitación antifrancesa, dirigida por Messali Hadj en Francia, los ulemas en Argelia, apoyada por el P. C. y orquestada por Pierre-Bloch.—El proyecto Blum, contra la asimilación preconizada por Violette.—No hay autonomía de las comunidades posible en una democracia parlamentaria.—La ciudadanía, concedida a los judíos y negada a los kabilas.—El Congreso musulmán, dividido, comprometido por sus adiciones judías, desmantelado. Fidelidad a Francia vencida y al Mariscal.—Balance de la colonización: impresionante progreso material.—Orientación de los espíritus inexistente: perdida la carta bereber, por sectarismo masónico, ceguera de los arabizantes y falso cálculo del Judaísmo: «¡seis millones de orientales!».—El desembarco «aliado», fatal para el prestigio de Francia.—En adelante, las reivindicaciones que apuntan a la independencia... ¿por la vía legal?—El armisticio, ensangrentado por unas atrocidades.—Vanos estatutos, vanas palabras. Falsa democracia y fraude.—...La rebelión se organiza.—En Túnez, Burguiba, protegido por los alemanes y luego por los norteamericanos.—Mendès-France prepara la liquidación del protectorado.—En Rabat, Mohamed V juega la carta norteamericana y cubre al Istiqlal.—El Glaoui y sus berberiscos se imponen.—Gobiernos efímeros y residentes lamentables preparan el regreso de Mohamed V y la independencia.—...La lenidad de la represión estimula la rebelión argelina.—Fracaso de Guy Mollet y de Catroux.—La aventura de Suez desguarnece la defensa; congreso del Soummam.—Guerrilla urbana: poderes especiales.—Cierre de las fronteras; reestructuración administrativa.—Reacción militar y cívica.—Intrigas para el retorno de De Gaulle.—Incidentes fronterizos: peligro de internacionalización del conflicto.—¿Unión nacional o «putsch»?—Ganado por mano, De Gaulle se ofrece como conciliador.—Argelia, sacrificada al apoyo socialista.—Instalado en el Elíseo, De Gaulle entra en tratos con el F. L. N.—De Gaulle dispersa a los militares del 13 de mayo.—Frena los éxitos de Challe y extorca en la Metrópoli los créditos del «plan de Constantina».—La autodeterminación, acogida con las «barricadas».—De Gaulle desalienta la rendición de los «fellagha».—Provoca el enfrentamiento de las comunidades.—Desbarata el «putsch» de los generales y la resistencia civil.—Para negociar con las condiciones del F. L. N.—Y entregarle Argelia después de haber doblegado a la O. A. S.—Exodo de los europeos; un régimen «titista» árabe.—...¿Había liberado Lincoln a los negros para expulsarles, o para mantenerles marginados?—En 1918 invaden el Norte y reclaman la autodeterminación en el Sur.—El Congreso panafricano de 1945: Du Bois, N'Krumah. Ghana, piloto de la independencia.—Promotor de la «Unión Francesa» de Pierre-Bloch, De Gaulle fracasa en su proyecto de Comunidad.—Las Conferencias de Acra precipitan el movimiento de independencia.—...El Africa francesa se desintegra y derrocha sus escasos recursos.—Modelo de colonización, el Congo se sume en la anarquía.—Los trusts norteamericanos derrocan a Tshombe.—El coronel Mobutu restablece el orden y la unidad.—...Fracaso de la Federación de Africa oriental.—Represión de los Mau Mau de Kenya. Dictadura xenófoba en Uganda. Tanganika, bajo control chino.—Guerra de exterminio racial en Nigeria.—Estallido de la Federación austral; Rodesia del Sur, bastión blanco.—...Portugal defiende, sin espíritu racista, sus provincias de Africa.—...La Unión Sudafricana organiza la «evolución separada» de sus negros.—...Las dictaduras militares contra los neo-imperialismos; rivalidad ruso-china; penetración yanqui e israelí.—...Soplando el fuego, los progresistas norteamericanos, prenden el incendio en su casa.—Los negros reclaman la igualdad; cuando les es concedida... encuadrados por los negros-blancos de las Antillas, agentes de la cruzada antiblanca... reclaman por la violencia el «Black Power»... o bien el «apartheid».

CAPITULO XXX

UN PACTO DE FAMILIA: VERSALLES

En una Francia eufórica por una victoria que para ella se concreta en el abrazo de Poincairé y Clemenceau en el recuperado Estrasburgo, el 25 de noviembre de 1918, y en el desfile de los Mariscales bajo el Arco del Triunfo, el 14 de julio de 1919, se reúnen, primero en el Quai d'Orsay, el 18 de enero de 1919, y luego en Versalles, como para borrar allí la proclamación del Imperio de Alemania en la Galería de los Espejos, el 18 de enero de 1871, los plenipotenciarios de la paz.

Pero se reúnen también en una Europa exangüe, mutilada, arruinada, presa del hambre, agitada por disturbios y amenazada de revolución. El balance de la hecatombe se establece en casi 11 millones de muertos (incluidos los civiles, pero con exclusión de las víctimas de las luchas intestinas), de ellos 6.065.500 en el bando de los Aliados (Francia, 1.712.000; Rusia, 1.700.000; Gran Bretaña, 930.000; Italia, 750.000; Serbia, 370.000; Rumanía, 250.000; Estados Unidos, 152.000; Canadá, 57.000; Australia, 56.000; India, 34.000; Bélgica, 22.000; Nueva Zelanda, 17.000; Portugal, 8.500; Unión Sudafricana, 7.000), y 4.830.000 en el de los Imperios centrales (Alemania, 2.740.000; Austria-Hungría, 1.540.000; Turquía, 450.000; Bulgaria, 100.000) (1).

Un «Convento» masónico, dirigido por Cuatro «Grandes» y por otros tantos judíos

En una atmósfera de «Convento» masónico (a fin de estar «en familia», ha sido excluido todo representante de la Santa Sede, tal como había exigido el barón Sonnino; en cambio, ha sido admitida una delegación sionista con el ardiente rabino Stephen Wise), veintisiete naciones aliadas o asociadas, como los Estados Unidos, de las cuales, ausente Rusia, solamente ocho, más cinco Dominios británicos, han participado efectivamente en las hostilidades, inauguran la Conferencia.

---

(1) Según Lesourd en su *Historia económica*, 1963. En su *Historia de la guerra 1914-18*, el general Valluy calcula las pérdidas militares en 8.856.000 muertos entre los Aliados (1.700.000 rusos; 1.393.000 franceses; 776.000 británicos; 530.000 italianos; 400.000 serbios; 158.000 rumanos; 114.000 norteamericanos). Y, del otro lado: 1.950.000 alemanes; 1.047.000 austríacos; 400.000 turcos, y 100.000 búlgaros.

Paladín de la Democracia, a cuyo alrededor se ha montado una ruidosa campaña de prensa, Woodrow Wilson, llegado el 13 de diciembre, se presenta como el profeta de los nuevos tiempos. Entre las cincuenta y dos comisiones que se han constituido, elige presidir la que se encarga de crear la Sociedad de Naciones, «Super-Estado masónico», como la ha definido justamente Leon de Poncins, designada por el Hermano Gaston Lebey como «el objetivo mismo de la guerra» (Acta del Convento del Gran Oriente de 1917, pág. 84). El 25 de enero, se obtiene un acuerdo de principio sobre la conclusión de aquel Pacto, de aquel «Covenant», de aquel «B'rith», cuya Carta es votada el 14 de febrero. Al día siguiente, cumplida aquella «Gran Obra», nuestro puritano embarca hacia América, donde va a consultar a Hughes, al ex presidente Taft (fundador de la «League to enforce Peace» en enero de 1915) y a Elihu Root, sobre la oportunidad de incluir la doctrina de Monroe en aquel documento. Sin embargo, el nicho se presenta bastante mal. Al rechazar la propuesta de Leon Bourgeois de dotar a la Liga de una fuerza internacional, su propio padre, Wilson, le ha quitado toda vitalidad. En cuanto a sus padrinos ingleses, sir Robert Cecil y el general sudafricano Smuts (líderes de la «League of Nations Society»), le han atrofiado los brazos, al no dotarla más que de sanciones morales y económicas. Su estatuto, aprobado definitivamente el 28 de abril, confía la dirección a un Consejo, compuesto de cinco miembros permanentes y de otros cuatro elegidos por rotación, lo cual parece conciliar a la vez el derecho a la igualdad de las pequeñas potencias y la preponderancia de las grandes. De hecho, en el seno de aquel club de las Naciones, con sede en Ginebra y cuyo primer secretario general será sir Eric Drummond, la influencia anglosajona domina ampliamente, ya que Gran Bretaña dispone en él, con sus Dominios, de 7 votos, y con sus clientes, de 35.

En ausencia del presidente norteamericano, que ha dejado a sus colaboradores la tarea de continuar las negociaciones, la conferencia se estanca durante un mes. Cuando se reanuda a su regreso, el 24 de marzo, asume la forma de un cenáculo, emanación del Consejo de los Diez (Wilson-Lansing; Lloyd George-Arthur Balfour; Clemenceau-Pichon; Orlando-Sonnino; Makino-Chinda), posteriormente reducido a cinco y luego a cuatro miembros (por haberse separado el Japón), e incluso a tres (a raíz del apartamiento de Italia, descontenta por no habérsele atribuido Fiume, el 24 de abril, y por el llamamiento dirigido por Wilson al pueblo italiano, la víspera, con menosprecio de la autoridad de su jefe de gobierno). «Nada de diplomacia secreta», había proclamado antaño Alexandre Ribot, rechazando toda tentativa de paz separada. ¿Era por eso que ahora tres «Grandes» —un inglés, galés radical y no-conformista, Lloyd George, un norteamericano, puritano ideólogo, Wilson; y un jacobino anglófilo y americanizado, Clemenceau—, doblados con tres judíos, sir Philip Sassoon, el coronel Mandel-House y Jeroboam Rotschild, llamado Georges Mandel a secas, deciden la suerte del mundo en el secreto del gabinete?

Alemania unificada, pero económicamente sojuzgada

Sus esfuerzos conducirían al reajuste de Europa de acuerdo con el espíritu de los 14 puntos proclamados por Wilson el 8 de enero de 1918, y sobre todo de acuerdo con los esquemas elaborados en septiembre de 1917, a raíz de un viaje de Balfour en abril, por el coronel House, su colaborador Walter

Lippmann (2) y diversos miembros del «Peace Inquiry Bureau», presidido por S. F. Mezes (David Hunter Willer, Isaiah Bowman y el profesor J. T. Shotwell).

En lo que respecta a Alemania —obligada por las condiciones del armisticio a desarmar, a entregar 5.000 cañones, 25.000 ametralladoras, 3.000 «minen werfer», 1.700 aviones, 5.000 camiones, 5.000 locomotoras y 150.000 vagones, a conducir su flota (6 cruceros de batalla, 10 acorazados, 8 cruceros ligeros, 50 destructores) a los puertos ingleses de Rosyth y de Scapa Flow (donde fueron hundidos 70 buques el 21 de junio de 1919), a abandonar a las tropas de ocupación aliadas la orilla izquierda del Rin, más tres cabezas de puente de 30 quilómetros de radio en Colonia, Coblenza y Maguncia, y a neutralizar una franja de 10 quilómetros en la orilla derecha del río—, todo el mundo parece estar de acuerdo. Sin embargo, los designios de la Alta Finanza del otro lado del Atlántico: yugular el militarismo prusiano, establecer un «gobierno democrático», sojuzgar la economía, pero mantener la unidad del Reich, tropiezan con las exigencias de Francia, deseosa ante todo de garantizar su seguridad contra las empresas de un vecino demasiado poderoso. Sobre el primer punto, aunque el mariscal Foch reclamase el 3 de marzo que el Reichswehr fuese reducido a 200.000 hombres reclutados por servicio obligatorio de corta duración, el acuerdo resultó tanto más fácil por cuanto Clemenceau se adhirió hipócritamente, los días 5 y 7 de marzo, a la tesis inglesa de un ejército profesional (unificado por la supresión de los cuatro contingentes regionales), fijado al principio en 140.000 y luego rebajado, el 17 de marzo para el 31 de marzo de 1920, a 100.000 hombres y 4.000 oficiales, ejército decapitado de su Estado Mayor, sometido a la prohibición de poseer armas de las llamadas ofensivas: aviación, artillería pesada, tanques, buques de línea y submarinos. Restricciones impuestas «con vistas a hacer posible la preparación de una limitación general de los armamentos, cláusulas imprudentes que, volviéndose contra sus autores, facilitaron la formación de los cuadros de la futura Wehrmacht, al tiempo que suministraban a Hitler el argumento diplomático del que se serviría para rearmar.

Clemenceau se inclina, antes de que el Senado neutralice a Wilson

Pero, sobre el último punto, la política a observar con respecto al Reich «democrático», los Aliados están divididos. Deseosos de imponer a Europa su influencia al controlar financieramente la industria del otro lado del Rin, intacta en un 90 % y la más fuerte del continente, los magnates judeo-americanos, en su mayoría de origen germano, no tienen ningún inconveniente en respetar la unidad de la Gran Alemania. Lo mismo que los financieros de la City que, tranquilizados por el hundimiento de la «Kriegsmarine», se preocupan sobre todo de la reanudación de los negocios y, deseosos de mantener el equilibrio de las potencias, miran con aprensión al ejército francés, instrumento posible de hegemonía. Unos y otros hacen caso omiso del afán de seguridad que priva sobre todas las preocupaciones de Francia. Sobre este extremo,

(2) Nacido en 1889, hijo de un industrial judío de Nueva York, organizador con John Reed del Club socialista de la Universidad de Harvard, periodista en la *New Republic*, de Herbert Croly, desde 1914 hasta 1921, secretario particular de Newton D. Baker, que ocupaba el cargo de secretario de la Guerra desde junio de 1917; capitán del Servicio de Información en Francia; delegado en Versalles hasta marzo de 1919.

además, el Estado Mayor y el mariscal Foch chocan con los políticos. En tanto que los nacionalistas desearían el retorno a la autonomía de los estados, la resurrección de las Alemanias en forma de una Federación, preconizada por Gabriel Hanotaux en la *Revue des Deux-Mondes* y por Jacques Bainville, los militares preferirían la neutralización de la orilla izquierda del Rin en forma de un Estado-tapón, o al menos su desmilitarización permanente (notas de Foch en los días 22 de noviembre de 1918, 31 de marzo y 25 de abril de 1919, y memorándum de André Tardieu de los días 25 de febrero y 12 de marzo de 1919). Poincaré, que ha insistido sobre la responsabilidad de Alemania en la declaración de guerra, en su discurso inaugural de la Conferencia de la Paz, porque esa responsabilidad constituye para él la base jurídica del derecho a indemnización por los daños causados (cuyo principio ha formulado la nota aliada del 5 de noviembre de 1918), interviene por dos veces cerca de Clemenceau, los días 17 de marzo y 28 de abril, para que la ocupación de la orilla izquierda del Rin, considerada como presa de garantía, no quede limitada a quince años (cinco para la zona de Colonia, diez para Coblenza y quince para Maguncia), sino subordinada al ajuste final de las reparaciones. Él, antaño tan aferrado a las prerrogativas presidenciales en materia diplomática, permanece obstinadamente sordo a las recomendaciones de Foch, que le pide audiencia y le conmina a intervenir recordándose que, de acuerdo con el artículo 6.° de la Constitución, «el Presidente de la República negocia los tratados». Prefiriendo refugiarse, una vez más, en la abstención, únicamente sale de su reserva para solidarizarse, en una carta al periódico *France-Italie*, con Orlando y Sonnino, que abandonan la Conferencia dando un portazo al serles negado Fiume (24 de abril de 1919). Y deja las manos libres a Clemenceau que, al amordazar a la prensa y al Parlamento, se ha privado (16 de enero de 1919) de la poderosa palanca de su propia opinión pública en sus discusiones con sus socios de ayer, convertidos en sus adversarios de hoy. Cediendo en aquel punto vital para su patria (14 de abril), así como sobre el Sarre (31 de marzo y 10 de abril), el «Tigre», súbitamente domesticado, se contenta en contrapartida con una promesa de garantía de ayuda militar, ofrecida por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, en la eventualidad de una nueva agresión alemana.

Peor aún. Se priva de todo recurso por la prisa con que se dedica a obtener de las asambleas francesas, a pesar de las aprensiones de Louis Barthou, presidente de la Comisión de 60 miembros encargada de examinar aquellos documentos diplomáticos (24 de septiembre) y de las pertinentes críticas formuladas por Franklin-Bouillon, el 1 de octubre la ratificación del tratado de Versalles (firmado el 28 de junio de 1919), del Pacto de la Sociedad de Naciones y de las convenciones de garantías, por 372 votos contra 53 en la Cámara, el 2 de octubre, y por unanimidad en el Senado, el 12. De modo que se habrá limitado a soltar la presa por la sombra cuando llegue el momento de que aquellas garantías se desvanezcan por sí mismas. En vano Wilson se ha marchado a América, el 29 de junio, para combatir la campaña desarrollada por los senadores Johnson de California y Borah de Idaho, 14 republicanos y 4 demócratas «inconciliables», y los medios aislacionistas del «Middle West» (3 de septiembre). En vano se ha esforzado (mientras los republicanos han obtenido en las elecciones del 7 de noviembre una mayoría de dos escaños en el Senado —49 contra 47— y de cuarenta y siete en la Cámara —237 contra 190—) en reagrupar a los elementos reticentes del Senado, tales como Hitchkock y de 12 a 15 senadores, entre ellos Frank Kellog, en desacuerdo

con el entorno presidencial en Versalles. No se decide a aceptar las 15 reservas presentadas por el republicano Henry Cabot Lodge, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, y poco después (25 de septiembre) sufre un ataque de parálisis, del que morirá el 3 de febrero de 1924, que neutralizará su acción. Y el Senado, aunque ha rechazado por 55 votos contra 41 todas las enmiendas presentadas, se niega a ratificar el 19 de noviembre de 1919, por 55 votos contra 39, el conjunto de los instrumentos diplomáticos de Versalles. Ante la obstinación de Wilson, hostil a todo compromiso, a pesar de la opinión de Lansing, el 14 de diciembre, mantiene su postura el 19 de marzo de 1920, adoptando el proyecto Lodge por 49 votos contra 35 (es decir, con 7 votos menos que la mayoría de los dos tercios requerida), lo que de hecho equivale a rechazar el tratado. Apresurándose a imitar aquel ejemplo, Lloyd George retira la garantía británica. De modo que Clemenceau, con su ligereza, deja una Francia aislada, en presencia de una Alemania momentáneamente debilitada, incluso amenazada de movimientos separatistas, pero que no tardará en estar más unificada que nunca, y sin contrapeso en la Europa central.

La República alemana, salvada del marxismo por los cuerpos francos

De momento, el gobierno de Berlín se enfrenta con la dura tarea de contener la ola revolucionaria que amenaza con inundar al país. La derrota engendra la revuelta. Sin embargo, el ejército ha regresado a sus hogares en el mayor orden. Pero ha habido que desmovilizarlo sin pérdida de tiempo, y los agitadores profesionales, judíos en su mayor parte, animados por Joffe, embajador de los Soviets, han aprovechado aquella ausencia de las fuerzas del orden para multiplicar los motines y tratar de conquistar el poder, de acuerdo con los métodos experimentados en Rusia. Un Consejo de Comisarios del pueblo, especie de Directorio de seis miembros —tres de ellos socialistas mayoritarios, Ebert en el Interior, Landsberg en las Finanzas, Scheidemann en la Información, y tres «independientes», Haase en los Asuntos Exteriores, Dittmann y Barth—, presidido por Ebert, se ha instalado en la capital el 9 de noviembre y se esfuerza en implantar su autoridad sobre una infinidad de Consejos de obreros y sobre todo de soldados (en número de una decena de millar), coronados por un Comité central (Zentralrat). Pero si bien los extremistas independientes (U. S. P. D.) de Ledebour (separados de los mayoritarios después de la escisión de abril de 1917) y «spartaquistas» de Liebknecht, ejercen su influencia sobre algunos de aquellos Consejos, que pretenden el 22 de noviembre elegir a sus oficiales, otros muchos resisten, y reclaman el 20 de noviembre la convocatoria de una asamblea nacional; las unidades del frente conservan su cohesión y el ejército sólo obedece a su jefe, el mariscal Hindenburg, al que Ebert ha autorizado que «ignore» los delegados de los Consejos, el 10 de noviembre.

Por un momento, el general Gröner y el mayor von Schleicher alimentan incluso la esperanza de aprovechar el regreso de las tropas, que desfilan el 11 de diciembre en Berlín, para restablecer el orden; pero la desmovilización y la dispersión de las unidades son ineludibles. El 16, el Congreso de los Consejos de soldados replica exigiendo la destitución de Hindenburg y la disolución del cuerpo de los oficiales. Ebert, el 19, protesta contra la pretensión de aquel Comité central a ejercer presión sobre el gobierno, provoca la retirada de los tres independientes, que dimiten el 27, convoca a los electores

para el 19 de enero, llama a la Defensa nacional al sólido brandenburgués Gustav Noske, socialista ligado a los servicios políticos del ejército, que ha reprimido el 6 de noviembre el motín de Kiel (dirigido por Grünewald y Kohn) con una «brigada de hierro» de 1.600 hombres, nombra al general von Lüttwitz, en lugar del general Lequis, gobernador militar de Berlín, y reajusta el gabinete prusiano (Hirsch reemplaza a Heine en el Interior; Brochdorff a Solf en los Asuntos Exteriores, y, en la Guerra, el coronel Walter Reinhardt al general Schench). Todo esto acarrea los naturales disturbios. Apoyados por unos 10.000 milicianos rojos, mandados por Barth, Dittmann y Haase (que intentan organizar 110 centurias de guardias cívicos republicanos), los 1.300 marinos de Radtke y de Dorrenbach invaden la cancillería el 23 de diciembre, retienen como rehén al comandante de la guardia y, sitiados en el castillo y el Marstall por las tropas de la Guardia, los 4.000 hombres de los grupos de seguridad de los socialistas mayoritarios y algunos comandos, se disponen a rendirse el 24 de diciembre por la mañana cuando la multitud los libera (han tenido 70 muertos). El asunto se estropea. Para imponer la autoridad del gobierno en la capital, en la que el 6 de enero de 1919 ha tenido lugar una manifestación de 200.000 personas, hay que apelar a ocho grupos de cuerpos francos: los 4.000 «cazadores» del general Maercker (unidades de choque seleccionadas entre los elementos de la 241.ª D. I. desde mediados de diciembre y controladas por «hombres de confianza»), revistados en Zossen por Noske el 4 de enero de 1919; la brigada del coronel Wilhelm Reinhardt (del 4.º Regimiento de la Guardia) y del mayor von Stephani; los «Tiradores» del general von Roeder; la Guardia montada del general von Hoffmann; la «brigada de hierro» de Kiel, etc. Tras haber expulsado a los rojos de Spandau, del 11 al 15 de enero de 1919, se hacen dueños de la capital, ocupan el barrio de los periódicos, los locales del «Vorwärts» en la noche del 11 al 12, la Jefatura de Policía (de la que expulsan a Eichhorn y sus espartaquistas) y finalmente, el 15, los barrios situados al sur del Spree. Descubiertos en Wilmersdorff, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo son «liquidados» y Ledebour encarcelado. La Comuna de Berlín ha muerto.

Las elecciones para la Asamblea constituyente fortalecen la posición de Noske. De un total de 421 diputados, las derechas cuentan con 69 (22 nacionales-alemanes, 38 populistas, 9 sin partido), el Centro con 166 (91 del Centro católico y 75 demócratas) y las izquierdas con 165 socialistas y sólo 22 independientes. Aquella asamblea, compuesta a imagen del antiguo Reichstag, reunida en Weimar, bajo la protección de 7.000 «cazadores», instituye, no la República, aunque adopte el emblema negro, rojo y oro de 1848, sino un Reich alemán (al cual Austria queda en libertad de unirse, en virtud del párrafo 2 del artículo 61, si los Aliados no se lo prohibieran por el protocolo del 2 de septiembre de 1919), recoge los poderes del Comité central (Max Cohen, Hermann Muller) el 20 de enero, aprueba el 25 de febrero una ley sobre el reclutamiento de los voluntarios y, el 6 de marzo, otra ley militar organizando una Reichswehr provisional de 400.000 hombres en junio, en 24 brigadas correspondientes a los antiguos Cuerpos de Ejército, en la cual se refundirán en adelante los contingentes de los estados. Los disturbios persisten, en efecto, y las amenazas autonomistas cobran realidad, no sólo en Renania (Lilienthal, Heine en el Palatinado), sino también en Baviera y en Sajonia. Más tarde, el 11 de agosto de 1919, adoptará una Constitución preparada por el judío Hugo Preuss, ministro del Interior, que instituye un Presidente directamente elegido, crea junto al Reichstag un Consejo económico, permite recu-

rrir al referéndum y prevé la participación obrera en la gestión de las empresas, así como la instauración de Consejos de fábrica, «Betriebräte», puestos en marcha por las leyes de 1921-22.

Y el gobierno, en todas partes, se esfuerza en restablecer el orden. Para recibir los socorros de los Estados Unidos, los barcos de víveres reclamados por Walter Rathenau al coronel House, expedidos por la Comisión Hoover, ha sido preciso «liberar» por la fuerza (mediante la intervención de 3.000 hombres de la división Gerstenberg) el puerto de Bremen, dominado por los rojos (3-5 de febrero). La operación ha costado 100 muertos y 300 heridos, pero ha conducido afortunadamente al sometimiento de los Soviets de Hamburgo, Altona y Cuxhaven. Desalojar, con 2.750 hombres, a los independientes de Münster y de Mulheim, que han desencadenado una huelga general en el Ruhr, el 6 de febrero (a pesar de la promesa, contenida en la ley del 23 de marzo, de nacionalizar las minas y de crear unos consejos de fábricas) y bombardeado la alcaldía de Bottrop. Reprimir, del 1 al 7 de marzo, con la ayuda de 3.000 cazadores de Maercker, las exacciones de los huelguistas de Halle, conducidos por Killian (25 de febrero) y de los marinos que han asesinado a unos oficiales (hay que lamentar 29 muertos y 67 heridos entre los civiles, 7 y 20 entre los militares), entablar una lucha muy dura, en Berlín, el 3 de marzo, contra 10.000 espartaquistas y huelguistas, que pretenden ocupar las fábricas, expulsar a los guardias rojos de Jefatura de Policía y del Marstall, el 6, a los marinos amotinados de su Arsenal, disparar contra ellos el 7 en la Alexander Platz y en la Frankfurterstrasse, limpiar el barrio de Lichtenberg, en el que se producen 200 víctimas, ocupar el 12 la sede del Soviet obrero. El balance de la insurrección es muy doloroso: 1.200 muertos y más de 10.000 heridos civiles. Dorrenbach y Eichhorn se refugian en Brunswick. Después de intervenir el 9 de abril en Magdeburgo (donde Brandeis, presidente del Consejo de soldados del IV cuerpo de ejército ha proclamado, el 2, una república roja, con Kegel y Völker; donde los marineros Düring y Artelt retienen como rehén al ministro Landsberg y al general von Kleitz, y donde 7 civiles muertos y 30 heridos caen delante de la Catedral), los cazadores de Maercker restablecen con un tren blindado, el 14 de abril, las vías férreas bloqueadas en Brunswick desde el 9; rodean la ciudad en la noche del 16 al 17, entran en ella como libertadores y se apoderan de los agitadores Sepp, Oerter y Eckardt.

Los agitadores judíos, expulsados de Baviera y de Sajonia

A continuación le llega el turno a Baviera. En Munich, el 7 de noviembre de 1918, tras una demostración «pacifista» de 150.000 personas, el judío galitziano Salomon Kutchinski, llamado Kurt Eisner (nacido en Berlín en 1867, internado como derrotista y recientemente liberado), ha expulsado al rey Luis III y constituido un Directorio de los «Estados confederados del Sur», del cual se ha proclamado presidente y ministro de Asuntos Exteriores, con tres socialistas (Auer en el Interior, Timm en la Justicia, Rosshaupter en la Defensa), un solo burgués (Frauendorfer en las Comunicaciones) y unos independientes (Jaffé en las Finanzas, Unterleitner en las Obras Públicas, Hoffmann en la Instrucción Pública). Más rojos todavía, anarquistas de Erich Müsam y marineros de Rudolf Eglhofer intentan contra ellos en la noche del 7 de diciembre un golpe de fuerza que fracasa. Auer aprovecha la ocasión para

formar una guardia cívica burguesa y, habiendo manifestado el 15 de enero de 1919, los electores, su repulsa a aquellos histriones votando únicamente a 3 extremistas sobre un total de 180 diputados, Kurt Eisner se resigna a dimitir el 21 de febrero, cosa que evita un teniente de la Guardia, el conde Arco, matándole a tiros. Auer corre la misma suerte en el Landtag, de manos de un carnicero, Aloys Lindner. En medio de la confusión general, dos fuerzas se desafían, un gobierno socialista (Hoffmann, Schneppenhorst, Dr. Neurath) y un comité central revolucionario (Ernst Toller, Müsam, Gustav Landauer, Eglhofer). Este último incita al soviet obrero de Augsburgo (del 1 al 3 de abril) a seguir el ejemplo de Bela Kun en Budapest el 20 de marzo, y a proclamar en Munich, en la noche del 6 al 7 de abril, una «Räterepublik», de la cual Ernst Toller es presidente, con Sylvie Gsell en las Finanzas, el Dr. Lipp en los Asuntos Exteriores, Gustav Landauer en la Instrucción Pública, Müsam y el doctor Wedler-Krakau. Mientras las tropas se atrincheran, en la noche del 11 al 12 de abril, para no dejarse desarmar, y las milicias socialistas de Hoffmann tratan de reaccionar y se hacen derrotar por los rojos en Dachau el 16 de abril, los vencedores y sus dirigentes rusos, tres judíos llamados Eugen Levin (socialista revolucionario), Axelrod y Lewien, se instalan en el palacio de los Wittelbasch, en compañía de Eglhofer, saquean los Bancos, imprimen billetes para pagar a 20.000 milicianos e implantan el terror. Impotente para restablecer su autoridad, Hoffmann llama en su ayuda a Noske y a unos contingentes mixtos del Reich mandados por el general von Oven: 30.000 hombres se concentran el 28 de abril alrededor de Munich (brigada Eberhardt de la Marina, Tiradores bávaros de von Epp, elementos de la Guardia prusiana, etc.). Axelrod y Lewien huyen a Viena. A partir del 30, se lucha en los barrios norte y este de la ciudad, defendida por 12.000 insurgentes (el resto de los 50.000 milicianos se había volatizado). El 2 de mayo, la cervecería Mathaeser, Cuartel General de los extremistas, y la estación central son ocupadas por los cuerpos francos. La represión se salda con 700 ejecuciones, entre ellas las de Levin, Landauer, Eglhofer... Toller, que ha evitado la matanza de los rehenes, sale del trance con cinco años de prisión.

Queda por normalizar la situación en Sajonia, donde los sindicalistas de Dresde y de Leipzig han formado unos Soviets, del 7 al 10 de noviembre de 1918, expulsado el rey Federico-Augusto III y constituido un Consejo de Comisarios, compuesto de tres socialistas (Gradnauer, Buch, Schwartz) y tres independientes (Lipinski, Fritz Geyer, Fleissner). Las elecciones de enero les han sido favorables y los rojos organizan unas milicias, al mando de Kurt Geyer hijo. Pero se han entregado al pillaje, han robado los fondos municipales, desencadenado huelgas impopulares (26 de febrero, 10 de marzo) y finalmente asesinado al ministro Neurig en Dresde, el 12 de abril. Reclamada la ayuda de Noske, éste envía primeramente 1.400 hombres del cuerpo franco de Gorlitz, que son insuficientes para restablecer el orden. El general Maercker, que ha logrado reunir 20.000 hombres en torno a Leipzig, el 10 de mayo, sorprende al día siguiente a los 2.500 hombres del regimiento de seguridad de Kurt Geyer y a 400 marinos sublevados, que se rinden, desarma a los rojos (los cuales ven fracasar una suprema tentativa de huelga, del 12 al 15) y confía el mantenimiento del orden a una guardia cívica (24 de mayo).

Un Reich disminuido, mal resignado al «Diktat»

El gobierno «democrático» de Berlín, pues, acaba apenas de imponer su autoridad gracias a la energía del socialista patriota Noske y a la intervención eficaz de los «cuerpos francos», cuando las condiciones de paz de los Aliados son entregadas al conde Brockdorff-Randzau y a los plenipotenciarios del Reich, el 7 de mayo, en el Trianon-Palace, en Versalles. Lo anómalo de aquel procedimiento, excluyendo prácticamente toda discusión, no deja de ser captado por los alemanes, que denuncian el 12 de mayo, por boca del presidente de la Asamblea, Fehrenbach, aquel «diktat», que tendrá como resultado «crear en Alemania una generación cuya única voluntad será la de romper las cadenas de la esclavitud», presentan unas contrapropuestas (que tienden a reducir el importe de las reparaciones, fijado en 212.000 millones de marcos-oro, a 100, pagaderos en treinta años, a conservar el Sarre contra el compromiso de suministrar carbón, a organizar unos plebiscitos en el Schleswig, en Alsacia-Lorena, en los territorios cedidos a Polonia, en Austria y en Bohemia, en el país de los Sudetes), protestan contra la no observancia de los 14 puntos de Wilson, contra su no-admisión inmediata en el seno de la Sociedad de Naciones y, sobre todo, contra las cláusulas «morales» del tratado, imputando a Alemania la exclusiva culpabilidad de la guerra (católicos del Centro y socialistas reunidos, los días 13 y 22 de junio, en la Asamblea). Habiéndose negado los Aliados, el 16, a tener en cuenta aquellas observaciones (excepto en lo relativo a los plebiscitos en el Schleswig, en Eupen y en la Alta Silesia) y exigido la aceptación de sus condiciones en un plazo de cinco días, bajo la amenaza de reanudar las hostilidades, Scheidemann dimite el 20 de junio y el presidente Ebert forma, con 7 socialistas y 4 centristas, un gabinete Bauer, con Noske en la Defensa, Hermann Muller en los Asuntos Exteriores y Erzberger en la vicepresidencia y en las Finanzas (el imprudente celo desplegado por este último a favor de la conclusión de la paz le valdrá ser asesinado por Heinrich Tillessen, el 6 de agosto de 1921). Realistas y resignados, el general Gröner y Noske se dedican a convencer de la necesidad de firmar, el uno a Hindenburg (que dimite de todos modos el 25 de junio) y el otro a Reinhardt, ministro prusiano de Defensa, que apoya las acciones de resistencia en el Este, en Silesia y en los países bálticos. Los días 22 y 23 de junio, por 237 votos contra 138 y 8 abstenciones, la asamblea ratifica el tratado, que será firmado el 28 de junio en la Galería de los Espejos. «Demasiado débil para lo que tiene de demasiado fuerte», según Bainville, aquel tratado deja a Alemania sin una parte de la Posnania y de la Silesia, es cierto, pero fortalecida en su unidad por la prueba revolucionaria, animada de la voluntad de romper el vasallaje económico y las trabas de todas clases que le son impuestas, y tanto más tentada a reanudar el «Drang nach Osten» por cuanto el hundimiento de su vecino austríaco desembocará en la balcanización del sur de la Europa central.

Una Austria desmembrada y arruinada

Decididos a terminar definitivamente con la Doble Monarquía, Clemenceau y sus acólitos anglosajones, recortando según el esquema del coronel House, con la agravante de tener que dar satisfacción a los emigrados checos, húngaros y yugoeslavos reunidos en Congreso en los Estados Unidos del 9 al 11

de abril de 1918, han aplicado arbitrariamente la tijera a aquellas regiones, sin recoser nada. Sin pensar siquiera en preservar bajo una forma federal cualquiera la unided económica y aduanera del conjunto geográfico natural constituido por la cuenca del Danubio. En nombre del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y de aquel principio masónico de las nacionalidades, generador de tantos conflictos y de tantas guerras civiles... Sin embargo, las advertencias no habían faltado. Desde las de Proudhon, denunciando medio siglo antes a Alexandre Herzen aquella «máquina de guerra y de revolución» (carta del 21 de abril de 1861) y llegando a la conclusión, a propósito de Mazzini y de la unidad italiana (número 13 del *Office* de publicidad), lo mismo que en su libro sobre *La Federación y la Unidad de Italia* (octubre de 1862), que «no se pueden trazar fronteras étnicas perfectas, ni entre Italia y Austria, ni entre Hungría y Rumanía, ni entre Alemania y Polonia». Así, los tratados anexos de Versalles, firmados en Saint-Germain en Laye, el 10 de septiembre de 1919, con Austria, en Neuilly, el 27 de noviembre, con Bulgaria, en Trianon, el 4 de junio de 1920, con Hungría, y en Sèvres, el 10 de agosto, con Turquía, desconocían el papel histórico de las diversas comunidades que desde hacía siglos colaboraban en la civilización y en el desarrollo de aquellas regiones y sólo consiguieron desplazar el problema y crear nuevas injusticias, en el seno de Estados erizados de barreras aduaneras, incapaces de asegurar la subsistencia de sus poblaciones.

Cabeza separada del cuerpo, reducida al hambre, Austria, instintivamente, se volvió hacia Alemania. Una república democrática, dominada por los socialistas, fue proclamada el 12 de noviembre de 1918. El 9 de enero de 1919, el presidente de la Comisión ejecutiva, Karl Renner, reclamó la integración de su país al Reich (votada el 13 de noviembre, confirmada por la Asamblea nuevamente elegida el 2 de marzo de 1919, aceptada por la Asamblea de Weimar el 6 de febrero, y a raíz de la aprobación de la Constitución, el 11 de agosto). Apoyado por Orlando, Clemenceau se opuso a ella el 27 de marzo y unió a Lansing a su punto de vista en mayo, de modo que los Aliados prohibieron el Anschluss el 10 de diciembre de 1919 e hicieron rectificar en consecuencia las constituciones alemana (22 de septiembre) y austríaca (21 de octubre). En Viena, ganadores los socialistas por escaso margen (69 escaños, contra 63 de los socialcristianos y 27 diversos) de las elecciones del 16 de febrero, su jefe Victor Adler, médico psiquíatra, que desempeñó durante tres semanas la cartera de Asuntos Exteriores antes de morir, y su secretario y sucesor, también judío, Otto Bauer de Brünn, se muestran igualmente partidarios del Anschluss. Su colega y correligionario, Dr. Julius Deutsch, secretario de Guerra, tolera la existencia de milicias rojas (en formación desde el 2 de actubre de 1918); unos motines, provocados por un agente de Bela Kun, Bettelheim, causan 20 muertos en Viena, donde el 15 de junio de 1919 se desencadena una huelga general. Disueltas por el ministro cristiano-social Vaugoin, aquellas milicias tratan de formarse de nuevo bajo la etiqueta de una «Liga de Defensa Republicana», creada por el general Koerner. Dos bandos opuestos, de fuerzas sensiblemente igualadas, dividen a la población. El 17 de octubre de 1920, los electores envían al Parlamento a 73 cristiano-sociales y 71 socialdemócratas. En la calle, a raíz de unas algaradas en Schattendorf (un muerto), de una manifestación de 200.000 a 300.000 personas acompañada de desórdenes y de una tentativa de incendio del Palacio de Justicia, 19.000 «Heimwehren» del príncipe Aloys Stahrenberg desfilan por el barrio rojo de Wiener-Neuestadt, donde desafían a los 14.000 hombres de la Schut-

zbund socialista y amenazan con llegar a las manos. Para hacer vivir a su pueblo, reducido a 6 millones de almas, el sucesor de Schober, ex prefecto de policía, canciller en junio de 1921, que ha intentado inútilmente realizar una unión aduanera con Alemania, Monseñor Seipel, canciller en mayo de 1922 (la mayoría católica saldrá fortalecida con él de las elecciones de octubre de 1923), se ve obligado a tender la mano para obtener de las potencias occidentales, en septiembre de 1922, bajo el control del holandés Zimmermann, un subsidio de 600 millones de shillings, que el burgomaestre de Viena, Seitz, se apresura a dilapidar en despilfarros y subvenciones de todas clases. La moneda está completamente depreciada: 3 coronas-papel valían una corona-oro en noviembre de 1918; en septiembre de 1922, la equivalencia se establece en 15.000. Unos plebiscitos retienen no obstante para Austria el distrito de Klagenfurt (230.000 almas) el 10 de octubre de 1920, y el Burgenland en septiembre de 1922, pero pierde la Eslovenia (en total, 500.000 alemanes incorporados a Yugoeslavia) y una parte del Tirol, poblada por 200.000 alemanes, para asegurar a Italia el acceso al puerto de montaña del Brenero, y el puerto de Triste que, separado a partir de entonces de su hinterland, pierde completamente su razón de ser.

Una Hungría mutilada, liberada de Bela Kun por los rumanos

Hungría, mutilada de las dos terceras partes de su territorio, amenaza con sumirse en la anarquía. Llevado al poder por la multitud, que ha invadido el Parlamento el 24 de octubre de 1918 y derrocado el gabinete Wekerlé, el conde Karolyi, yerno de Jules Andrassy, francmasón soñador y sin voluntad, ha constituido un Consejo nacional húngaro, proclamando el 16 de noviembre una república, de la que será elegido presidente el 16 de enero de 1919, y no ha regateado las promesas: paz inmediata, sufragio universal, reforma agraria. En las débiles manos de aquel Kerenski, la autoridad ha caído en barrena y los agitadores han podido preparar a sus anchas la insurrección. Cuando se retira, en 1919, viéndose incapaz de defender las fronteras de su país, cuya demarcación ha determinado el Consejo Supremo el 20 de marzo, el judío Bela Kun (periodista, ex prisionero de los rusos, encarcelado el 22 de febrero de 1919, liberado casi inmediatamente), una especie de reptil glabro de ojos globulares, introducido por el ministro Kaufi, instala su dictadura y la de sus lugartenientes Agoston Peter, Lukalsz, Tibor Szamnelly, etcétera. De 26 Comisarios del Pueblo, 18 son judíos. Bela se ha reservado los Asuntos Exteriores y Garbai es el presidente. Confiscando el oro, las joyas, los depósitos de los bancos, saqueando, incendiando, torturando, ejecutando sin piedad, Bela Kun y su pandilla se convierten por espacio de cinco meses en los verdugos del país (cf. los Tharaud, *Cuando Israel es rey*). El trabajo ha cesado. Reina el hambre. Hasta que intervienen militarmente. para poner fin a aquella orgía de sangre y de estupro en pleno corazón de Europa, los checos por un lado y los rumanos por otro, que (a pesar de las reticencias de los italianos y del general Smuts) atacan a los rojos el 16 de abril, les derrotan el 20 de julio, cruzan el Tisza el 29 y entran en Budapest. Bela Kun huye el 1 de agosto a Viena, desde donde pasa a Rusia (después de haber participado en la matanza de blancos en Crimea. morirá en una «purga»). Apoyado por un contingente de 6.000 contrarrevolucionarios, concentrado en Szegedin por el archiduque José, el almirante Horthy, protestante, comandante de la marina húngara desde enero de 1918, regresa a la capital, donde una

Asamblea constituyente, reunida en enero de 1920, restablece la monarquía y le proclama «Regente». Dos tentativas de restauración, llevadas a cabo por el emperador Carlos, los días 27 de marzo y 20 de octubre de 1920, tropezaron con la hostilidad del general Gömbös y sobre todo con la oposición de los estados sucesores (Checoslovaquia en cabeza) y de los Aliados, por los que el almirante se ha visto confirmado en sus funciones. Pero es demasiado tarde para que pueda oponerse a los apetitos de sus vecinos, que pretenden mantener a Hungría dentro de los límites que las potencias notificaron a Bela Kun que no debía sobrepasar. El tratado de Trianón le hará perder 192.000 quilómetros cuadrados de un total de 283.000, y 10.600.000 habitantes de un total de 18.250.000 (2 de junio de 1920). E incorpora 700.000 magiares a Checoslovaquia y 1.300.000 a Rumanía. ¡Oh, principio de las nacionalidades! «*Summum jus, summa injuria*». Al igual que su colega de Viena, el conde Etienne Bethlen, primer ministro en Budapest en abril de 1921, tiene que volverse hacia la Sociedad de Naciones para solicitar ayuda.

Del lado de los vencidos, en el fondo de los Balcanes, Bulgaria, aunque amputada de la Dobrudja (para Rumanía), de la Macedonia (para Yugoslavia) y de la Tracia (para Grecia) por el tratado de Neuilly del 27 de noviembre de 1919, no pasa tantos apuros. Sin embargo, se encuentra sometida, bajo la mirada consternada del rey Boris, a la dictadura de Alexandre Stambuliski, maestro demagogo, presidente del Consejo desde agosto de 1919, apoyado en el «Sobranié» por 83 agrarios, 37 socialistas y 45 comunistas, contra un débil bloque de 55 demócratas, radicales y populistas burgueses. Sufre una reforma agraria radical, acompañada de expropiaciones, de disturbios y de atentados de la organización macedónica «Orim», hasta el momento en que, aprovechando la elección de una mayoría agraria el 21 de mayo de 1923, un golpe de estado militar barre el régimen, en la noche del 8 al 9 de junio de 1923, y asesina a Stambuliski, en su pueblo natal. El profesor Stankov forma el nuevo gobierno, reprime una insurrección roja en septiembre de 1923 y gana las elecciones en noviembre. A raíz de un atentado contra el rey, 16 de abril de 1925, y de la explosión de una bomba en la catedral de Sofía, el rudo macedonio Liaptchev restablecerá el orden y presidirá los destinos del país durante cinco años y medio, a partir de enero de 1926.

Una Yugoslavia patria de hermanos enemigos

Promovidos al rango de grandes potencias (Yugoslavia y Rumanía) o creados de nuevo cuño (como Checoslovaquia), los vencedores se disponen a digerir sus conquistas. Aunque descontenta porque Fiume (croata), negada a Italia por la Conferencia de la Paz, le ha sido arrancada por un golpe de mano de Gabrielle d'Annunzio, el 12 de septiembre de 1919, Yugoslavia, cuya población ha aumentado a 12 millones de habitantes, ha logrado conservar Dalmacia y la mayoría de las islas, tan imprudentemente prometidas por Delcassé al barón Sonnino. Se agranda con la Macedonia, a expensas de Bulgaria. A pesar de la protesta del «Sabor» o Dieta croata en octubre, el Consejo nacional de Zagreb, convocado el 24 de noviembre de 1918, somete a la autoridad del regente Alejandro (nombrado rey en agosto de 1921) y del gobierno Protich (designado por una asamblea elegida por sus propios miembros el 1 de marzo de 1919) la Eslovenia y la Croacia católicas, la primera quitada a Austria y la segunda a Hungría. Para aquellos hermanos eslavos reunidos, de una civiliza-

ción más evolucionada y más próspera (Croacia contaba con 207 bancos y 673 millones de coronas de depósitos en 1913, contra 187 y 57 millones de Serbia) que los campesinos, bastante atrasados, de Serbia, el yugo de Belgrado será a menudo más duro que el de sus antiguos amos austríacos o magiares, provocando unas fricciones que no tardarán en levantar a unos contra otros a aquellos hermanos enemigos. Particularmente bajo el astuto conspirador Pachitch, sucesor del demócrata Davidovitch (agosto de 1919 a febrero de 1920) y de Vesnitch en enero de 1921. A pesar de una reforma agraria bastante amplia (por encima de un máximo que variaba entre 75 y 300 hectáreas), los manejos comunistas se traducen en un atentado contra el soberano en agosto de 1921. Pero las tendencias autoritarias y centralizadoras de Pachitch, jefe de un gabinete radical homogéneo en diciembre de 1922, apoyado por una minoría elegida el 18 de marzo de 1923, conducirá a la retirada de los diputados croatas de la «Skuptchina». Sólo volverán a ella, por consejo de Francia, después del asesinato del ministro del Interior, Milorad Draskovitch, por un comunista en 1925. Pero volverán a abandonarla, después de la muerte de su jefe, Stepan Raditch (autor en febrero de 1919 de una protesta dirigida al presidente Wilson contra la incorporación a Serbia, encarcelado a continuación hasta noviembre de 1920), asesinado en plena Asamblea, el 20 de julio de 1928, por el diputado Punitsa Ratchitch, lo que provocará la disolución de aquel singular parlamento por el rey Alejandro, el 6 de enero de 1929.

Una Rumanía mal unificada

Obligada a abandonar la lucha, a raíz del hundimiento de Rusia, Rumanía, englobada en la órbita germana después de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) por el tratado de Bucarest (7 de mayo de 1918), que la desposeyó temporalmente de la Dobrudja en beneficio de Bulgaria, y por el acuerdo económico concluido el 25 de marzo para el suministro de petróleo y de trigo a Alemania, ha tenido la ventaja de conservar sus fuerzas, bajo el gobierno del general Avaresco, sucesor de Jean Bratiano (noviembre de 1918-octubre de 1919) y de Vaida Voevode, en marzo de 192C. De modo que, en medio del desorden general, se ha aprovechado de la derrota de los imperios centrales para reunir la Bucovina, el 27 de octubre de 1918, la Transilvania (a raíz del congreso de Alba Julia) y el banato de Temesvar, el 1 de diciembre. Llamada a intervenir en Hungría para restablecer el orden, ha podido conservar a continuación los territorios conquistados y absorber (para alcanzar los 17,4 millones de habitantes), además de 1.500.000 magiares, 540.000 alemanes, industriales, comerciantes y artesanos, que en su mayor parte poblaban los antiguos burgos de colonización o «Siebenburgen». También allí una osada reforma agraria dotó a 1.393.000 campesinos de 5,8 millones de hectáreas de tierras.

Checoslovaquia: una mayoría de minorías

En cuanto a Checoslovaquia, surgida del cerebro de Wilson, velada en su cuna por las hadas del judaísmo y de la francmasonería, en la persona de Eduardo Benes (3) y de Thomas Masaryk, el producto más puro del acopla-

(3) Judío y miembro del Bureau de la Liga Internacional de los Francmasones, fundada en Viena por el judío Leichof —rival de la Confederación de los Supremos Consejos (grados 33) del Rito Escocés, creada en Lausana en 1875—, del Bureau internacional de

miento de la democracia y del principio de las nacionalidades, es el niño mimado del Tratado de Versalles, en el que Iahvé ha puesto todas sus complacencias. La independencia, proclamada por Masaryk en el exilio el 18 de octubre, lo ha sido de un modo efectivo en Praga el 28 por Kramarc, en cuyas manos el presidente del Consejo austríaco, Dr. Lammasch, ha depositado sus poderes el 24. Mientras los alemanes de los Sudetes reclaman su autonomía el 29, Kramarc ha celebrado una entrevista con Benes en Ginebra, entrevista tormentosa, ya que los exilados pretenden imponerse a los resistentes del interior. Sin embargo, se ha llegado a un compromiso, que permite la formación de un gobierno de unión el 31 de octubre, bajo la autoridad de Kramarc, y el nombramiento, por cooptación, de los miembros —201 checos y 69 eslovacos— de una asamblea provisional. Reunida el 14 de noviembre, esta última confía la presidencia del nuevo Estado a Masaryk (al que un parlamento, elegido en abril de 1920, confirmará en sus funciones el 27 de mayo) y la del gobierno a Kramarc, con Benes en los Asuntos Exteriores y Räsin en las Finanzas.

Diversas combinaciones socialistas se sucederán en el poder hasta la formación del gabinete agrario Soehla, que se mantiene desde abril de 1922 hasta marzo de 1926. Bajo aquella influencia, la ley agraria de abril de 1919 confiscó las propiedades superiores a 250 hectáreas, 150 de ellas arables. Los bancos (excepto el anglo-checoslovaco, heredero del anglo-austríaco en 1922) fueron ampliamente nacionalizados (empezando por un centenar de sucursales de establecimientos austro-húngaros), o sometidos a un control riguroso, antes de que, estabilizada la moneda en 1925, viera la luz un Banco nacional (con la tercera parte de su capital suministrado por el Estado), el 1 de abril de 1926.

A imagen de Austria Hungría, muerta al darle nacimiento, el nuevo estado es un conglomerado de pueblos, en el cual las minorías son casi mayoría (6.650.000, más unos 180.000 judíos, contra 6.727.000 checos). Aunque eslavos, los 2.010.000 eslovacos protestan. Aunque la asamblea, poco representativa (ya que está compuesta, en un país católico en gran mayoría, por 90 protestantes de un total de 105 miembros), reunida en San Martín de Turiec el 30 de octubre de 1918, ha consentido en la incorporación, ha habido que ahogar la voz de los de Persöv y de Kosiec, que insistían en reclamar la autonomía prometida por Masaryk en Pittsburg el 30 de mayo de 1918. Por haber exigido un plebiscito, el abate Hinkla, su portavoz, había sido encarcelado en septiembre de 1918. De modo que los checos no entraron en Bratislava (Presburgo) hasta enero de 1919, y fue necesario un ultimátum de Clemenceau para obligar a los húngaros a evacuar Eslovaquia, el 7 de junio de 1919. ¿Qué decir, pues, de los otros? ¿De los 3.120.000 alemanes (la mayoría en los montes de los Sudetes), que resistieron en Toeplitz el 27 de noviembre y se sublevaron, dejando a 50 de los suyos sobre el terreno, en marzo de 1919, y en Reichenberg, ocupado por los checos el 11 de diciembre de 1918? ¿De los 746.000 magiares, de los 75.000 polacos y de los 460.000 rutenos, que, negándose a seguir a sus emigrantes de los Estados Unidos (signatarios del pacto de Homestead, el 27 de julio de 1918, reunidos en Scanton el 19 de noviembre), antes del regreso de Masaryk, se obstinan en exigir un estatuto autónomo y no resignan a tolerar a los checos hasta el 16 de mayo de 1919?

---

las Relaciones masónicas creado en Neuchatel en 1902, dirigido durante dieciocho años por el Hermano suizo Quartier La Tente, y de la Asociación masónica internacional, que verá la luz en 1921.

Además, la atribución a Checoslovaquia del distrito de Teschen (con la rica cuenca hullera de Orsova), ocupado por ella el 22 de enero de 1919, le vale el odio tenaz de su vecina eslava, Polonia. En tales condiciones, Eduardo Benes, autor en 1906 de una tesis sobre el federalismo, debía comprender que la única posibilidad de supervivencia de su patria era la de darse una constitución liberal, concediendo a las diversas comunidades que la componían la más amplia autonomía, sobre el modelo de los cantones suizos. Por desgracia, se apresuró a poner en marcha una administración centralizada, atenta a «checoslovaquizar» a la población, que eliminará 33.000 funcionarios alemanes desde 1921 a 1930, y expropiará 1.750.000 hectáreas de tierras en beneficio de los «Legionarios», la mitad en los Sudetes, la otra mitad en Eslovaquia.

Polonia, reconstituida y amenazada de invasión por... los Rojos

El renacimiento de Polonia va acompañado de peripecias todavía más dramáticas. Su promotor, Joseph Pilsudski (noble rojo, deportado a Siberia desde 1887 hasta 1898, detenido en 1900, evadido en 1901; el mismo que en 1905 practicaba el terrorismo y los atracos contra Rusia con el apoyo del Japón), encontrándose en Cracovia en 1914, había aceptado formar en el ejército austríaco tres brigadas polacas, una de las cuales se había pasado a los Aliados, el 15 de febrero de 1918. Internado entonces en Magdeburgo, salió de allí el 9 de noviembre de 1918 y se trasladó a Varsovia, abandonada por el general von Beseler en la noche del 10 de noviembre, donde un Consejo de Regencia, tras haber proclamado la independencia el 7 de octubre, se disponía a nombrar a un archiduque como soberano. Apoyado por la P. O. W. (organización militar secreta polaca), negoció con los Consejos de soldados el repliegue de los 80.000 alemanes que defendían aún el país, convenció a los Consejos de obreros para que consintieran de buena gana en la formación de un gobierno socialista, presidido por Moraczewski, el 14 de noviembre, y proclamó la república el 22. Creó un Consejo supremo polaco en Posen y logró hacer elegir, del 3 al 6 de diciembre, una Dieta polaca y reclutar unas milicias. Pero, mientras él guerreaba con 30.000 hombres contra los lituanos en Vilna, los cuerpos francos alemanes en Silesia, los checos en Teschen y los ucranianos en Lvov (Lemberg), he aquí que, detrás de la cortina de los 500.000 hombres de von Falkenhayn y de Eichhorn —que, refluyendo lentamente de Ucrania, tendrán que contornear el país en febrero de 1919 para alcanzar, a través de los países bálticos, la Prusia oriental— avanza, por instigación de Trotsky, que ha hecho decidir el 18 de noviembre de 1918 la intervención en el Oeste para llevar a él la revolución, una marea roja que amenaza con inundarlo todo.

Por fortuna, Occidente acude en ayuda de Polonia. Miembro, con Roman Dmowski, de un Comité polaco formado en París en agosto de 1917, el ilustre compositor Ignacio Paderewski, de acuerdo con el coronel House, se dirige, por Dantzig y Posen (donde su paso provoca disturbios, del 25 al 28 de diciembre), a Varsovia, donde llega el 1 de enero, y a Cracovia. Aunque un golpe de Estado, montado por sus amigos nacional-demócratas, fracasa los días 4 y 5 de enero, concluye con Pilsudski el 17 un acuerdo que le confiere la presidencia del Consejo y la cartera de Asuntos Exteriores. En tanto que el mariscal Foch, para asegurar la retaguardia de Polonia, señala a los cuerpos

francos alemanes, el 16 de febrero, una línea de demarcación que no deben cruzar en Posnania, el ejército, formado en Francia por el general Haller, equipado por los americanos, encaminado a través de Alemania del 7 al 15 de abril (alrededor de 100.000 hombres), acude a reforzar a los 150.000 hombres de que dispone ahora Pilsudski. Juntas, esas tropas polacas (que no tardarán en ascender a 900.000 hombres) conquistarán Vilna y Lvov en abril de 1919. Pero, después de haber concluido un acuerdo con Petliura el 23 de abril de 1920, continuarán imprudentemente su avance en Ucrania y entrarán en Kiev, el 6 de mayo de 1920. Una vigorosa contraofensiva de Tukhatchevski les expulsa en junio, la caballería de Budienny les persigue, obligándoles a retroceder 600 quilómetros en cinco semanas y a abandonar Minsk el 8 de julio, Vilna, Grodno el 20, y Brest-Litovsk. Peligrosamente amenazada, del 14 al 16 de agosto, Varsovia se salva gracias al arrojo de sus defensores y a los consejos tácticos del general Weygand y de la misión francesa, enviada por Millerand a pesar de la mala voluntad de Lloyd George, a raíz de una petición de ayuda dirigida por Polonia a la conferencia de Spa. Demasiado alejados de sus bases, los rojos son tanto más vulnerables por cuanto la conversión ordenada por Stalin de su grupo sur hacia Lvov deja «en el aire» al grupo norte (21 D. I. más 2 D. C.), mandado por Smilga y Tukhatchevski. Desconcertados por el contraataque polaco, no tardan en replegarse en desorden, perdiendo 48.000 muertos y 25.000 prisioneros. Vilna es reconquistada el 9 de octubre de 1920. Los preliminares, negociados a partir del 18 de septiembre, rubricados el 12 de octubre, y el tratado de Riga, firmado el 18 de marzo de 1921, aseguran a Polonia, a una Polonia resucitada, no los límites fijados por lord Curzon, a la altura del Bug (el 8 de diciembre de 1918), sino, unos 200 quilómetros más al este, sus antiguas fronteras de 1792.

Le falta organizarse. Los gobiernos sucesivamente dirigidos por el agrario Witos, en nombre de la Unión Nacional, el 24 de julio de 1920 y, tras la caída del general Sikorski en mayo de 1923, con el general Sseptycki en la Guerra (lo que provoca la dimisión de Pilsudski como jefe de Estado Mayor), proceden a una reforma agraria moderada, limitada al reparto de 600.000 hectáreas y subordinada incluso, el 28 de diciembre de 1925, a un acuerdo entre los contratantes. Pero el ministerio Grabski, a pesar de los plenos poderes obtenidos en enero de 1924, sólo ha podido registrar la caída vertiginosa del marco polaco (9.250.000 por 1 dólar), reconstituir el Banco Central, encargado de emitir una nueva moneda, el zloty, crear un sector público (Banco de la Economía, Banco agrícola, Cajas de Ahorro) e instituir un control eficaz de los establecimientos del sector privado. Así reconstituida, ¿es realmente capaz Polonia de oponer a las ambiciones de la Rusia de los Soviets, tal como desearía el Estado Mayor francés, en estrecha conexión con Rumanía, un bastión inquebrantable desde el Occidente? En el oeste, lo mismo en Posnania que en la Alta Silesia, en la zona que le será atribuida después del plebiscito del 21 de marzo de 1921, engloba a unos 900.000 alemanes, y la solución del pasillo separando a la Prusia oriental del resto del Reich, a fin de asegurarle en Dantzig, ciudad libre, una salida al mar, ¿no es una de esas minas ideales ocultas en los tratados como para encender nuevos «casus belli»? Según William Bullitt, los de Versalles ocultaban no menos de una docena de ellas...

Lucha confusa en los Países Bálticos

Al igual que Polonia, los países bálticos, ocupados momentáneamente por los soviéticos, que entraron en Riga, donde cometieron toda clase de atrocidades, el 3 de enero de 1919, y en Mittau, el 8, sólo llegaron a establecer su independencia gracias al apoyo de los Aliados. El 18 de noviembre de 1918, el judío Ulmanis, director de cooperativas, había constituido en Libau un gobierno que se mantuvo hasta el 27 de abril de 1919. Sobrevinieron, para socorrer a los barones bálticos, los cuerpos francos de von der Goltz (25.000, luego 50.000 hombres, atraídos por unas promesas de colonización). El 23 de mayo, rechazaron a los rojos sobre el Duna y reconquistaron Riga. Fue necesaria una intervención del general Gough y del teniente coronel del Parquet para que el gobierno letón pudiera instalarse en aquella ciudad, el 3 de julio, sostenido por cuatro divisiones equipadas por los Aliados. Luego, una presión diplomática sobre Estonia (igualmente armada por los ingleses), que codiciaba también el gran puerto del Báltico, para inducirla a concluir un armisticio, en Strassenhof. Y, finalmente, del 14 al 19 de octubre, una demostración de la flota aliada para proteger Riga contra el regreso ofensivo de 50.000 alemanes y 25.000 rusos blancos de los príncipes de Lièven y Bermondt, establecidos en Curlandia, después de haberse negado a reunirse en Narva con el general Yudenitch. Una gestión del general Niessen en Berlín obligó a los cuerpos francos del «Baltikum» a evacuar Mitau el 21 de noviembre y Curlandia el 30, pero Letonia tendría que esperar hasta el 15 de julio y el 11 de agosto de 1920 para obtener de Alemania y de los Soviets el reconocimiento de sus fronteras. Aparte de Lituania, donde predominaba la influencia católica (con el profesor Voldemaras y Smetona), Estonia y Letonia procedieron, bajo la dirección de los socialistas, a unas reformas agrarias radicales, destinadas a liberarlas del yugo de los barones bálticos.

* * *

Las comunidades judías: unas minorías privilegiadas

Aquellos conflictos incesantes entre grupos étnicos rivales, dispuestos a abusar del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos para imponer a su vez su dominación a sus vecinos o a sus amos de ayer, escapan tanto menos a la atención de los negociadores de los tratados de Versalles por cuanto una de sus preocupaciones esenciales es precisamente la de asegurar la protección de las comunidades judías, tan numerosas en aquella Europa central y oriental perturbada. Una importante delegación, encargada de defender sus derechos, está presente allí, por otra parte. Forman en ella: el abogado Louis Marshall (sucesor del juez de Filadelfia Meyer Sultzberger como presidente del «American Jewish Congress», hasta su muerte en 1929), el Dr. Cyrus Adler (editor de la «Jewish Encyclopedia», presidente de la «Jewish Historical Sty», que la sucederá). el juez Julius Mack, sionista (que presidirá el Congreso de Filadelfia en diciembre de 1919, y disolverá provisionalmente el movimiento en 1920), el rabino Stephen Samuel Wise (nacido en 1874 en Budapest, fundador de la asociación sionista norteamericana en 1898, rabino de Portland y luego de Nueva York, donde fundó un «sinagoga libre» en 1907, con el apoyo financiero de Henry Morgenthau, de Adolf Levison, de Oscar

Strauss y de Isaac N. Seligman, cofundador del «American Jewish Congress» en 1917), con el ingeniero ucraniano Dussichkin, el periodista Leon Motzkin, el abogado galitziano Leon Reich, Israel Bozoff, consejero municipal de Petrogrado, el Dr. Thorn de Cracovia, etc. Su designación ha levantado tempestades en los Estados Unidos, donde los emigrados de la Europa oriental (generalmente agrupados en dos fraternidades masónicas: los «Free Sons of Israel», creados en 1870, y sobre todo los «B'rith Abraham», nacidos el 7 de febrero de 1887, que cuentan con 440 logias y 58.000 miembros en 1930), muy numerosos, han tratado de aprovechar la ocasión para sacudirse el yugo de los «ashkenazim», judíos alemanes enriquecidos, dueños de la finanza, de la prensa, de la política, exigiendo que el Comité directivo del «American Jewish Congress» sea elegido «democráticamente», e imponiendo su propio programa: definición de los derechos de las minorías, establecimiento de un Hogar judío en Palestina.

Sobre el primer punto, el Comité de las delegaciones judías, reuniendo en marzo de 1919 la representación del «American Jewish Congress» y la del «American Jewish Committee», presenta el 10 de mayo una memoria de su secretario Leon Motzkin. Fiel al programa de Nathan Birnbaum, reclama, en nombre de 9 millones de judíos, el reconocimiento de los derechos de las comunidades «nacionales» judías en las nuevas constituciones, bajo la garantía de la Sociedad de Naciones («Univers Israelite», 4 de julio de 1919). Lo que equivale a decir que los judíos serían considerados como ciudadanos privilegiados pertenecientes a un Super-Estado. Aprobadas con entusiasmo por las comunidades de Austria y de Ucrania, aquellas pretensiones superaban las reivindicaciones de los medios asimilados, las presentadas por ejemplo por la «Alianza Israelita Universal», el 20 de febrero de 1919 (J. Bigart, E Sée): igualdad de derechos y simple autonomía de las instituciones religiosas y educativas. Los tratados anexos de Versalles se limitan también a englobar los privilegios de las comunidades judías en una declaración general sobre los derechos de las minorías étnicas y religiosas, y la Sociedad de Naciones a admitir como representantes suyos cerca de ella en Ginebra a Motzkin y a Sokolov. Colaborador del *Times*, secretario del «Board of deputies» y presidente de la «Jewish Historical Sty», el periodista Lucien Wolf, delegado del judaísmo inglés en la Conferencia de la Paz, ha contribuido notablemente a ese éxito.

En algunos países, la aplicación de aquellas medidas no ha planteado ningún problema particular. En Checoslovaquia, por ejemplo, Masaryk y Benes se han anticipado prometiendo en París a los delegados del Consejo nacional judío de Praga, no sólo la igualdad de derechos, sino también el estatuto de minoría nacional para los 350.000 miembros de su comunidad. Tampoco en Austria, donde son 300.000. Ni en Yugoslavia (70.000), Grecia (115.000), Bulgaria (50.000) y Turquía (160.000). Pero no puede decirse lo mismo en los estados sucesores de Rusia, que engloban en sus fronteras, con una parte de la antigua «zona de residencia», la gran reserva del judaísmo oriental. En Letonia, donde 105.000 judíos eligen de 5 a 6 diputados. En Estonia, donde su número, 5.000, es ínfimo, no pasa nada. Pero las dificultades empiezan en Lituania donde, descontenta por la pérdida de Vilna, la población no tarda en mirar de reojo a sus 150.000 judíos, pasablemente turbulentos, y donde el gobierno suprimirá el Consejo nacional judío (J. Rosenbaum) y el ministerio de los Asuntos Judíos, «Solovaichik», en 1923, en espera del

golpe de Estado de 1926. que permitirá a Voldemaras abolir en parte la autonomía de las comunidades, suprimiendo al mismo tiempo el Parlamento. Para adquirir en Polonia una amplitud a la medida de los 3 millones de judíos reunidos en ella (en Varsovia hay 310.000, en Lodz 155.000). Algunas de sus comunidades han sufrido ya las consecuencias de los entusiasmos bélicos que han acompañado el renacimiento de aquel Estado y de las reacciones a veces brutales de los legionarios, en Lvov (*pogrom* del 22 al 24 de noviembre de 1918), en Vilna (ejecución de bolcheviques del 19 de abril de 1919) y en Pinsk (33 sionistas fusilados), o del ejército Haller, a raíz de la derrota de los rojos delante de Varsovia (agosto de 1920). El gobierno de Paderewski, a pesar del fracaso de la comisión reunida del 5 al 19 de marzo de 1921 para fijar su estatuto, ha admitido oficialmente el principio de la igualdad de derechos y multiplica las declaraciones tranquilizadoras al *Times*, a Clemenceau y a su colaborador Stephen Pichon, a la «Alianza Israelita Universal», al comisario inglés Stuart Samuel (diciembre de 1919), a Henry Morgenthau (ex embajador norteamericano en Constantinopla) y a la comisión de encuesta inmediatamente movilizada por la «conciencia universal» a favor de los judíos en apuros. Incluso ha acogido en el seno de las asambleas, Dieta y Senado, a 36 y 12 mandatarios judíos, agrupados por el diputado Isaac Grünbaum en un club cerrado, el «Kolo», que intriga contra la administración polaca cerca de las otras minorías étnicas, ucraniana, rutena y alemana. Y ha tolerado en Varsovia la reconstitución del «Bund», del movimiento judío marxista, expulsado de Rusia por los bolcheviques. Pero opone a la marea creciente del judaísmo toda una serie de trabas económicas y civiles: impuestos particularmente pesados sobre la industria y el comercio urbanos, creación de cooperativas de consumo y de crédito, eliminación de los judíos de las funciones públicas, incluso las más subalternas, «numerus clausus» de hecho en las Universidades (junio de 1923). De modo que las promesas de concesiones sobre estos dos últimos puntos, hechas por Moscicki a los 46 parlamentarios judíos, en la víspera de su elección para la Presidencia (por 280 votos contra 200) en 1926, serán bien acogidas por los judíos de Polonia. Es, para ellos, el beneficio más claro del golpe de estado de Pilsudski. Para mantener en el poder a los rojos, cuando la baja persistente del zloty (caído de 5,18 por 1 dólar a 9,50 en diciembre de 1925 y a 11,10 en mayo de 1926) había entrañado la retirada de los socialistas del gobierno el 4 de mayo de 1926 y la formación, el 10, de un gabinete presidido por el agrario Witos, Pilsudski no vaciló en desencadenar el 12 un *putsch* sangriento (300 muertos y más de un millar de heridos) que derrocó al gobierno. Llevado a la presidencia de la República, por 292 votos contra 193, delegó aquellas funciones en Moscicki (que será reelegido en mayo de 1933) y encargó a Bartel la formación de un gabinete, que tendrá que dimitir en septiembre para no obstaculizar la estabilización del zloty (octubre de 1927).

Entretanto, en Hungría, los correligionarios de Bela Kun (500.000) pagan su participación en las atrocidades cometidas por este último. Al terror rojos de 1919 sucede, de 1920 a 1923, el terror blanco, organizado por Ivan Hojjas y sus «Magiares despiertos», estimulados por el general Gömbos. Cediendo a la presión de los estudiantes antisemitas, el gobierno impone a partir de septiembre de 1920 un «numerus clausus» del 5 % en las Universidades, a pesar de las protestas de Lucien Wolf en el *Times* y de las advertencias de la Sociedad de Naciones (10 de diciembre de 1925, 14 de septiembre de 1927). Si los judíos húngaros, abrumados bajo la tormenta, inclinan la cabeza tem-

poralmente, los de Rumanía, cuyo número ha pasado de 250.000 a 700.000, y a más de un millón en 1919-1920, la yerguen y tropiezan con la hostilidad tradicional y activa de la población. Sin embargo, Take Jonesco y el gobierno liberal de Jonel Bratiano habían empezado dando pruebas de buena voluntad y se habían comprometido a tomar medidas en favor de los judíos cerca de Stephen Pichon, el 24 de julio de 1918. Pero, habiendo rechazado la «Alianza Israelita Universal», el 20 de febrero de 1919, su ofrecimiento del 13 de enero de proceder a unas naturalizaciones individuales acompañadas de justificaciones (se habían producido 1.000 en cuarenta años), y también, el 2 de julio, una nueva oferta del 9 de mayo, previendo una naturalización de los judíos nacidos en el antiguo territorio rumano, para exigir una naturalización automática y general, Jonel Bratiano perdió la paciencia, rechazó aquella pretensión como un atentado a la soberanía nacional de Rumania y se retiró en octubre de 1919.

Pero el gabinete de Bucarest se vio obligado a inclinarse y, vuelto al poder en enero de 1922, el propio Bratiano tuvo que aceptar las medidas impuestas por el aerópago de Versalles y de Ginebra. Sin embargo, en tanto que el lei se hunde con relación al dólar (5 en 1913, 150 en 1922 y más de 200 en 1923), una ola de antisemitismo se extiende sobre el país. Respondiendo al llamamiento del profesor Couza, los estudiantes rumanos se entregan a *pogroms* en Bucarest, Jassy, Czernovitz, Cluj (Klausenburg), Focsani (febrero de 1923). Interrumpiendo sus estudios en la Universidad de Berlín, Cornelio Codreanu crea, al margen de la Liga de Defensa Nacional (más tarde partido nacional-cristiano de Couza), su propio movimiento, cuyos adeptos se reúnen, bajo el signo del Arcángel San Miguel, en campos de trabajo. El prefecto de Jassy, Manciu, los encarcela. Lo mismo que un estudiante culpable de haber denunciado a sus camaradas, eliminado en el curso de un proceso anterior, Manciu murió en pleno pretorio en una algarada provocada por sus esbirros, que habían asaltado a Codreanu. El caso tuvo tal resonancia en el país, que el futuro jefe de la «Guardia de Hierro» salió absuelto del procedimiento entablado contra él (20 de mayo de 1925). Refugiado durante dieciocho meses en Francia, regresó para fundar su Legión, el 24 de junio de 1927 (unos días antes de ser elevado al trono, a la muerte del rey Ferdinando I, su nieto Miguel I —21 de julio de 1927—, en consecuencia de la exclusión del príncipe heredero Carol por la Asamblea nacional, el 4 de enero de 1926). Poco después de su regreso, en ocasión de un congreso celebrado en Oradea Mare (Grossvardein), el 4 de diciembre de 1927, 5.000 estudiantes agredieron a la comunidad judía de aquella ciudad y a la de Cluj. Pero, en vísperas de solicitar un empréstito a los Estados Unidos, el gobierno rumano se verá obligado a inclinarse ante el «becerro de oro»: retirado Bratiano en noviembre de 1928, el jefe del partido nacional-campesino, Maniu, se esforzará en dar satisfacción a los judíos concediéndoles la libertad de culto y de enseñanza y abriéndoles las puertas del Parlamento de Bucarest (2 diputados, 5 senadores).

Palestina: Hogar nacional judío

A través de esos avatares, el plan de organización de la «diáspora» en comunidades nacionales federadas concebido por Nathan Birnbaum, si bien se ha iniciado en serio, no se ha realizado completamente por los tratados de Versalles y anexos. En cambio, Pereira Méndez puede congratularse legí-

timamente, ya que uno de los objetivos de guerra profetizados por él en 1899, la creación de un Hogar nacional judío en Palestina, prefigura del Estado de Israel, distrito federal de aquella futura Confederación de comunidades, siempre de acuerdo con Birnbaum, ha sido alcanzado por el judaísmo. El viejo sueño mesiánico está en vías de realizarse, el sueño reasumido por Moisés Hess, el inspirador de Carlos Marx, en los tiempos modernos. Sin embargo, hasta finales del siglo XIX, los habitantes judíos de Palestina han sido poco numerosos: testigos de la emigración de España en el siglo XVI, subsisten bajo la forma de comunidades casi monásticas en Jerusalén (13.000, de ellos 6.000 «sefardíes»), Hebrón, Safed, Tiberíades y en los puertos de Jaffa y de Haiffa, y hasta el verano de 1882 no han recibido a los primeros grupos de pioneros y de intelectuales de la asociación «Bilu», huyendo de las persecuciones de Rusia. Las autoridades turcas, deseosas de obstaculizar aquella inmigración, exigen una autorización especial para desembarcar en Jaffa, de modo que algunos han tenido que dar un rodeo por Port Said para llegar clandestinamente a la granja-piloto «Mikvé-Israel», fundada por la Alianza Israelita Universal en 1870, la de la «Rischu-Lezion», o las primeras colonias, «Petula Tikwa», cerca de Jaffa, o «Ekron», en Guedira (Katra), creadas en 1883. Vistas las dificultades con que tropezaban aquellos ensayos, Edmund de Rotschild les prestó su apoyo en 1884, introduciendo el cultivo de la vid, de los árboles frutales, del moral, etc., y sosteniéndolos financieramente. Pero los colonos, imbuidos ya de las ideas revolucionarias, no tardaron en sublevarse contra los «gerentes» del barón, dando así pretexto para intervenir a la policía turca. El asunto, reasumido por su cuenta por la «Sociedad palestina» fundada en Odesa en 1890 por L. Pinsker, Lillienblum y Ascher Guinzburg (llamado Achad Haam), instalada en Jaffa (de carácter marxista tan pronunciado como las experiencias colectivistas realizadas en los Estados Unidos en la misma época), tropezó con la prohibición de Constantinopla de adquirir bienes inmuebles. Hasta el punto de que en 1899-1900, las treinta colonias existentes, administradas por la Sociedad de Colonización judía, alimentada por los subsidios del barón Hirsch (y por su legado de 250 millones de francos-oro —más de 50.000 millones—), sólo cuentan con 5.600 granjeros, a los cuales se añaden los 50.000 ó 60.000 judíos de las ciudades. Entre los unos y los otros, Elieser ben Iehuda (Prelmann, 1857-1922) se esfuerza en volver a introducir el uso del hebreo.

Entretanto, en las viejas comunidades de Europa se desarrolla el movimiento «sionista» propiamente dicho. En Viena, Nathan Birnbaum (utilizando el seudónimo de Mathias Acher) funda en 1893 la sociedad nacionalista «Kadimah». En París, Théodore Herzl (de origen sefardita, nacido en Budapest en 1860, estudiante en Viena en 1878), corresponsal de la *Neue Freie Presse* en la capital francesa desde 1891, aterrado por los odios desencadenados por el caso Dreyfus en 1894, se convierte en apóstol del renacimiento del Estado judío. «Formamos un pueblo», escribe en 1895 en su libro *Der Juden Staat,* publicado en Viena al año siguiente. En cuanto al territorio, para adquirirlo, el autor preconiza la constitución de sociedades con Carta a la inglesa, «Society of Jews» y «Jewish Company», que aplicarían sobre el terreno un programa social de vanguardia, jornada de siete horas, seguros, etc. Las primeras gestiones efectuadas en junio de 1896 en Constantinopla, sobre la base de concesiones de tierras mediante un empréstito, resultan poco alentadoras. Sin embargo, la propaganda se acentúa. A pesar de las reticencias del gran rabino de Viena, Moritz Güdemann, de su colega de Londres, Nathan Adler, Théo-

dore Herzl funda en Viena en 1897 el periódico *Die Woche* y redobla sus esfuerzos. Otro periodista húngaro, Max «Nordau», médico, nacido en Budapest en 1849, hijo del maestro Gabriel Südfeld, le apoya en su acción y le ayuda a convocar en Basilea (ya que la comunidad de Munich ha declinado el honor de ofrecerle hospitalidad), del 29 al 31 de agosto de 1897, el primer Congreso sionista, que reúne a 200 delegados (entre ellos los dirigentes rusos de «Choveyé Zion», Ousischkin y Tremkin), bajo la presidencia del Dr. Karl Lippe, un rumano. «Los pueblos que han concedido a los judíos la emancipación se han engañado sobre sus propios sentimientos», proclama Max Nordau, ya que lo que quieren aquellos «nuevos marranos» es reencontrar su conciencia nacional. A tal fin, el Congreso decide recabar el acuerdo de los gobiernos, y especialmente del Sultán, para la colonización sistemática de Palestina por agricultores, artesanos e industriales judíos. Convocado por el Comité ejecutivo permanente establecido en Viena, el segundo Congreso de Basilea, celebrado del 28 al 31 de agosto de 1898, en presencia del Dr. Mandelstamm, ocultista de Kiev, del gran rabino de Londres, Moise Gaster, y de 385 delegados, se esfuerza en obtener los medios necesarios fundando el Banco colonial, «The Jewish Colonial Trust» (que verá la luz en 1899, pero que sólo reunirá 250.000 libras esterlinas del capital de 2 millones previsto), y delegando a Herzl, Wolfsohn y Bodenheim cerca de Guillermo II, en visita a Constantinopla (18 de octubre de 1898) y a Jerusalén, para ganar su apoyo. Los congresos 3.° y 4.° (Basilea, 15-18 de agosto de 1899, y Londres, agosto de 1900) se limitaron a estudiar un establecimiento eventual en Chipre y la difusión del periódico *Die Welt,* por lo que Herzl no tardó en reanudar las gestiones cerca de la Sublime Puerta. Introducido por el explorador húngaro Hermann Vambery, obtuvo una audiencia de Abdul Hamid, en compañía de Wolfsohn y de Marmorek en mayo de 1901, pero los magnates de la finanza no manifestaron la menor prisa por contestar a sus llamamientos, y el gran visir, visitado de nuevo en julio de 1902, se opuso a la concesión de un territorio extenso y continuo. Decepcionado, Herzl tuvo que limitarse a solicitar en el 5.° Congreso de Basilea, en 1901, la creación de un *fondo nacional* modesto, para la compra de terrenos en Palestina, en tanto que Zangwill no ahorraba los sarcasmos y que los extremistas, Leon Motzkin, Chaim Weizmann, Martin Buber y otros intentaban arrastrar al movimiento a las vías marxistas.

Cansado de luchar, Herzl, lanzado a la búsqueda de territorios de repuesto, se volvió entonces hacia Inglaterra. En la región de El Arish, donde, por mediación de Leopold Greenberg, lord Lansdowne en Londres y lord Cromer en El Cairo dieron su asentimiento durante el otoño de 1902 a un establecimiento en la península del Sinaí; pero Egipto vetó la empresa, que implicaba una detracción sobre las aguas del Nilo para asegurar su irrigación. E incluso en Uganda, gracias a la complicidad del ministro de Colonias, Joseph Chamberlain. Por 315 votos contra 185, el 6.° congreso sionista de Basilea (13-26 de agosto de 1903) tomó en consideración aquel proyecto de «refugio», pero ante las vehementes protestas de Usischkin y de los judíos rusos (algunos de los cuales, respondiendo al llamamiento de Achad Haam, alias Ascher Guinzberg, de Odesa, se habían agrupado en logias, bajo la denominación de «B'nai Mosché», hijos de Moisés), los dirigentes, temiendo una escisión entre «territorialistas» y palestinos en el 7.° congreso de Basilea, en agosto de 1905, no insistieron en aquella dirección. En La Haya, en agosto de 1907, se limitaron a constituir una sociedad más, la «Palestine Land Development Cy», y en Basilea, en agosto de 1911, a esforzarse en tranquilizar a los turcos acerca de

sus intenciones, proclamando por boca de Wolfsohn que no reclamaban la constitución de un Estado propiamente dicho, sino únicamente el renacimiento de un Hogar judío, «Heimstatte», en Palestina.

En el intervalo, fallecido Herzl el 3 de julio de 1904, su centro se desplazó de Viena a Colonia, y luego a Berlín en 1911, donde Paul Nathan, fundador de una sociedad de ayuda a los judíos de Alemania, o «Hilfsverein», en 1901, se interesa por el Cercano Oriente desde 1905 y compite allí con la actividad de la Alianza israelita universal de París. Dispuestos a sacar provecho de todas las tormentas que sacuden todavía al imperio otomano, acechan los resultados de las provocaciones de su correligionario Aehrenthal en Viena, de la revolución joven turca (de la que esperan conseguir una concesión en Mesopotamia), de las guerras balcánicas atizadas por Leon Deutsch, de las ambiciones orientales de Guillermo II y, finalmente, esperan de la conflagración mundial su retorno a la Tierra Prometida. Un año antes de su desencadenamiento, mientras el profesor Otto Warburg sucedía a Wolfsohn en la Presidencia, Israel Zangwill ha fundado en Londres, en compañía del Dr. Mandelstamm de Kiev (organizador de la sociedad de emigración judía de Rusia), del abogado Jesinovski de Varsovia, del periodista británico Lucien Wolff y de los notables norteamericanos Schultzberger y Spielmann, la «Jewish Territorial Organization», que desempeñará un importante papel en las negociaciones futuras. Colocados aquellos primeros jalones, las tendencias marxistas de la empresa no cesan de afirmarse. En la mejor tradición del partido socialista judío creado en 1905 por los «seimistas» o «dietistas» de Chaim Achitlovski, el economista Arthur Ruppin se hace cargo en 1908 de la dirección de la Oficina palestina de Jaffa, y su colega Franz Oppenheimer elabora la fórmula de cooperativas que dará nacimiento a los «Kiboutzim»; cerca del lago de Genesareth, las colonias colectivistas de los «Poalé Zion», obreros de Sión, experimentan desde 1905 aquellos principios, que el partido socialista de Aron David Gordon (muerto en 1922) se encarga de difundir. A pesar de la ola de inmigración «Alija», que ha seguido al fracaso de la revolución rusa de 1905, la población judía de Palestina aumenta con mucha lentitud. En presencia de 600.000 árabes, no son más que 70.000 en 1901 y 100.000 en 1914 (60.000 en Jerusalén, al lado de 10.000 cristianos y 15.000 musulmanes; 10.000 en Jaffa, con 30.000 musulmanes y 10.000 cristianos, más una comuna suburbana, administrada por ellos, en Tel Aviv; 7.000 en Safed; 5.000 en Tiberíades; 2.000 en Hebrón, etc.). Alimentado desde Moscú por K. S. Vissotski y desde Nueva York por el famoso Jacob Schiff, un instituto tecnológico pretende encargarse en 1914 de formar sus cuadros, pero, ¿en yidisch o en hebreo? La cuestión da lugar a una serie de enfrentamientos entre partidarios de Nathan y del «Hilfsverein» y nacionalistas puros. Se imponen estos últimos, ya que las doctrinas imperialistas de Nathan Birnbaum, proclamadas abiertamente en el congreso de Viena de 1913 por el periodista Naoum Sokolov, así como por Fritz Mordechaï Kaufmann, en su revista de Berlín *Freistadt,* siguen animando a los dirigentes.

Estalla la guerra y, como en la mejor época de Cromwell, las tropas de Su Majestad británica, precedidas del estandarte del Dios de los Ejércitos, conquistan Palestina para los judíos. El número de éstos, sin embargo, ha descendido a la mitad en el curso de las hostilidades: ya no son más que 56.000. Y la colaboración prestada al general Allenby por la pomposa «Legión Judía», reclutada por Vladimir Jabotinski y Pineus Ruthembert, que hace

su entrada en Jerusalén el 11 de diciembre de 1917, dos días depués de que lo hicieran los combatientes, con el tren de los equipajes, es insignificante: un batallón del «Royal Zion Mule Corps». ¡Muleros de la Real Sión! Títulos modestos, en verdad. Pero, no importa. En torno al tapete verde de las conferencias, diplomáticos y financieros, amigos de Israel, disponen de medios de presión mucho más eficaces. Introducidos en Londres por el químico de Manchester Chaim Weizmann, Naoum Sokolov y Tchlenow (llegados de Copenhague, a donde la sede del sionismo, emigrada primeramente a La Haya, en agosto de 1914, ha trasladado posteriormente sus oficinas) se han entrevistado el 7 de febrero de 1917, en casa del gran rabino Gaster, con lord Rotschild, James, hijo de Edmond, sir Herbert Samuel (de regreso de una misión en Rusia y en el Asia Menor), así como sir Mark Sykes y Georges Picot, signatarios del acuerdo franco-británico del 9 de marzo de 1916 sobre las futuras zonas de influencia de los dos países en el Cercano Oriente (acuerdo que reconocía a Francia la Cilicia, el litoral sirio y el Líbano, con un condominio sobre Mossul). Incluidas así las apetencias sionistas en las convenciones internacionales, sir Arthur James Balfour, más tarde lord Balfour, titular del Foreign Office, concretó aquellos compromisos en una carta dirigida a lord Rotschild, el 2 de noviembre. El gobierno británico, decía, aplicará «todos sus esfuerzos con vistas a la fundación de un Hogar nacional judío en Palestina, aunque respetando los derechos civiles y religiosos de las otras comunidades». Stephen Pichon se había adherido a aquella declaración en marzo de 1918, a raiz de una audiencia del rey Jorge V. Chaim Weizman obtuvo entonces que una comisión judía internacional que incluía al socialista Israel Sief, a W. E. Mayer de Nueva York, al capitán James de Rotschild (hijo del barón Edmond) y a Silvain Levi (profesor del *College* de Francia, presidente de la Alianza Israelita internacional y dirigente de la «Liga de los Derechos del Hombre») se trasladara a Tierra Santa, en compañía del mayor Ormsby-Gore, secretario adjunto de la Guerra, para preparar allí la reunión de una asamblea pre-constituyente, que tuvo lugar en Tel Aviv, el 17 de junio.

Intrigas sionistas y británicas en el Cercano Oriente

Terminadas las hostilidades, en vano protestó el rey hachemita Feisal, en el curso de una audiencia que el coronel Lawrence le preparó con el rey, contra aquellos proyectos incompatibles con las promesas resultantes del intercambio de cartas, los días 4 de julio-24 de octubre de 1915, entre su padre el jerife Hussein y el alto comisario en Egipto, sir Henry Mac Mahon, y reiteradas a los árabes en diversas ocasiones. Nadando en medio de contradicciones inextricables, el gabinete de Londres tolera que el emir instale su trono en Damasco. Apartado de Palestina por los ingleses, ¿expulsará a su vez a los franceses de Siria? Clemenceau, que ha llevado su tolerancia hasta el extremo de renunciar a Mossul en el otoño de 1918 (fingiendo ignorar sus recursos petrolíferos), no puede admitirlo, so pena de dejar que eliminen completamente a Francia de aquellas regiones. Interviniendo como árbitro en aquella diferencia entre Aliados, Wilson hace prevalecer, el 21 de mayo de 1919, el principio de la atribución de mandatos temporales por la Sociedad de Naciones. En el reparto a que procede la conferencia de San Remo (18 de abril de 1920), Francia obtiene el mandato sobre Siria (a cambio de una renuncia definitiva a sus derechos sobre Mossul, mediante una participación del 23,75 %

sobre los petróleos de Kirkuk: el resto será para Inglaterra y Estados Unidos). La parte del león corresponde, naturalmente, a la Gran Bretaña, con tres mandatos, sobre el Irak, adonde Feisal traslada su trono, sobre Jordania, donde su hermano Abdullah establece el suyo, y sobre Palestina. Este último mandato, confirmado por la Sociedad de Naciones el 24 de julio de 1922, incluye unas disposiciones realmente insólitas (que el delegado norteamericano Benjamin Cohen ha redactado, y que Weizman ha revisado). En vez de preparar simplemente la evolución del país —que continúa siendo árabe en una proporción del 93 %— hacia la independencia, prevén en efecto la instalación de un «Hogar Nacional Judío» (art. 2), la creación de una Agencia Judía de enlace con las autoridades (art. 3), la estimulación de la inmigración judía (artículo 6) y la concesión de facilidades de naturalización (art. 7).

Habiendo decidido la City reconstruir el Templo, la Gran Bretaña asume desde aquel momento la temible tarea de velar en Palestina por el buen entendimiento entre dos comunidades, una de las cuales, compuesta únicamente de 56.000 miembros (que detentan el 2 % del terreno), pero que contará con 156.000 en 1926, sueña nada menos que con conquistar el país, expulsando a la otra, que cuenta con 574.000 musulmanes y 70.000 cristianos, sobre un total de 700.000 almas. Sometido a la influencia de su colaborador y amigo, sir Philip Sassoon, ilustre representante de una riquísima dinastía de banqueros de Bagdad, Lloyd George, olvidando sus invectivas de ardiente radical («¿Acaso lord Rotschild es el dictador de este país? Todos los caminos que conducen a las reformas aparecen con un letrero: 'Prohibido el paso por orden de Nathaniel de Rotschild'»), a raíz de la discusión del presupuesto de 1908, se convierte en dócil instrumento de los designios de la alta finanza. Su elección del primer alto comisario británico en Jerusalén es sumamente significativa: sir Herbert Samuel. Ministro del gabinete liberal Asquith (acusado de tráfico con la sociedad Marconi en 1913, en compañía de su colega Rufus Isaacs, más tarde lord Reading, e incluso de Lloyd George, canciller del Tesoro), se ha señalado ya haciendo circular en las altas esferas gubernamentales londinenses, en enero de 1915, un memorándum reclamando el establecimiento de 3 a 4 millones de judíos de Europa en Palestina, con vistas a la constitución de un Estado autónomo. Se trata, pues, de un sionista convencido. Bajo su protección (desempeñará el cargo hasta 1926), ola tras ola, los «Chalouzim», o pioneros del «Alija», inician la invasión del país, a razón de 99.000 desde 1920 a 1929, de 182.839 desde 1930 a 1936, de 122.796 desde 1937 a 1946. A ese ritmo, los judíos se encuentran en número de 608.000 sobre un total de 1.936.000 habitantes en 1946, y 650.000 en presencia de 1.380.000 árabes en 1948, en el momento en que la Gran Bretaña, considerando que sus protegidos son ya lo bastante fuertes para defenderse solos, y cogida entre dos fuegos, denuncia su mandato como inaplicable y, movida por un tardío escrúpulo, retira sus peones del tablero palestino.

Sin embargo, en aquella época los pioneros de Israel sólo ocupan el 6 % de las tierras de su «patria» recobrada. No sin reacción, por otra parte, de los árabes (motines del 4 al 6 de abril de 1920, de los que son víctimas 6 judíos en Jerusalén; ataque a las colonias de Matoula y de Tel Chai en Galilea, en el que Joseph Trumpeldor, de la «Legión judía», reconstituida en forma de milicia por Jabotinski, y 5 de sus amigos encuentran la muerte; *pogrom* en Jaffa, a principios de mayo de 1921, en el cual perecen 3 escritores sionistas), las sociedades de colonización judías o «Kvonzoth» adquieren fincas

sin cesar (las tierras de los Sourzok, por ejemplo, «Marj ibn Amer», de las cuales son expulsadas 900 familias), por mediación, sea de la organización Rotschild (por valor de 15 millones de libras esterlinas), sea de órganos financieros especializados, el «Keren Kajemeth» (por valor de 6 millones hasta 1944), el «Keren Hajessod» (por valor de 20 hasta 1945), o incluso con la complicidad de la potencia mandataria, expropiando los bienes no explotados directamente por sus propietarios, sirios en su mayor parte, y ocupando las buenas tierras de la región de Houlé. Paralelamente, se dedican 14 millones de libras esterlinas a la instalación de 1.800 empresas industriales, que emplean a 45.000 obreros y, gracias al apoyo de Churchill, ministro de las Colonias, son atribuidas a los judíos concesiones muy importantes, la de la energía eléctrica a Rothemberg, por ejemplo, con privilegio de utilización de las aguas del Jordán, del lago Tiberíades y del Yarmouk, y la de las potasas del Mar Muerto, por un período de setenta y cinco años. Preocupados por el hecho de que la inmigración en masa, sobre todo a partir de 1925, ha provocado una crisis y ha inducido a algunos recién llegados, decepcionados, a renunciar, los dirigentes del sionismo, Weizman, Sokolov, Usischkin y otros, multiplan sus jiras y sus peticiones de fondos a los Estados Unidos, y en el congreso de Zurich del 17 de agosto de 1927 se dedican, con Leon Motzkin y el rabino Stephen Wise, a estrechar los lazos con las diversas comunidades «nacionales» representados en Ginebra por medio de un Consejo de los derechos de las minorías judías (de 55 miembros, 21 de ellos norteamericanos), en espera de que se constituya, en aquella misma ciudad, el 8 de agosto de 1936, el Congreso Judío Mundial, de acuerdo con las consignas dadas, en ocasión de una reunión preparatoria en el hotel Carlton de París en 1932, y en el Gran Oriente de Francia el 17 de octubre del mismo año, por Jefrokyn y Nahoum Goldman: «Hay que organizar el Judaísmo políticamente... como un pueblo». El camino queda así abierto a las más descabelladas ambiciones mesiánicas, a costa de una lucha sin cuartel, que asolará aquellas comarcas (en las que estallan nuevos *pogroms* en Hebrón, Safed, Jerusalén y Haifa, del 23 al 31 de agosto de 1929), y pondrá varias veces en peligro la paz del mundo.

* * *

Reparaciones y Deudas de Guerra: una hipoteca de la finanza judeo-norteamericana... sobre Europa

Si, en las negociaciones étnicas y territoriales de Versalles, los judíos, tan ampliamente representados en las diversas delegaciones (empezando por los Cuatro y sus sombras, a los cuales hay que añadir al belga Paul Hymans, casado con una Goldschmidt, y el secretario general Paul Mantoux), han hecho prevalecer fácilmente sus puntos de vista sobre la reconstrucción del mundo, mucho más aún en materia de finanzas. Puede decirse que decidieron estrictamente entre ellos, en familia, las reparaciones, las deudas de guerra, la restauración económica de Europa.

Wilson llevó toda una tribu a la delegación de los Estados Unidos, compuesta de una multitud de ¡1.300! expertos, la crema, la flor y nata de Wall Street. En primera fila, Bernard Baruch, presidente del «War Industries Board», consejero miembro de la comisión de redacción de las cláusulas eco-

nómicas de la paz, delegado para las reparaciones. Sabiendo con su olfato de Sioux («I follow the Indian signs») «que sería imposible percibir de los alemanes una enorme indemnización» («That it would be imposible to collect a huge indemnity from the Germans»), no deja de admitir por ello el sistema de las deudas y de las reparaciones, aunque sea a simple título de hipoteca de la finanza norteamericana sobre Europa. En conexión con él trabaja Eugène Meyer, nacido en Los Angeles en 1875, de un padre representante de los hermanos Lazard en San Francisco y en Nueva York. Él mismo, después de haber aprendido el negocio bancario en Alemania, ha pasado cuatro años en esa última firma, hasta 1901. Unido a un socio de Morgan, ha sido el colaborador de Baruch en los metales no férricos del «War Industries Board» en 1917, antes de encargarse de la producción aeronáutica de la Guerra, y ha sido nombrado director de la «War Finance Corporation» desde mayo de 1918 a mayo de 1920. Lo que ha aprovechado, dicho sea de paso, para amasar una fortuna (valorada en 30 millones de dólares en 1938) fabricando los colorantes antaño suministrados por Alemania y acaparando algodón para revenderlo a los Aliados. Al lado de ellos, el representante acreditado de los Morgan, y su socio desde 1911, Thomas William Lamont, periodista de profesión (de ascendencia norteamericana, hijo de un pastor metodista, nacido en 1870), sucesivamente vicepresidente de la «Bankers Trust Cy», desde 1905 hasta 1909, luego del «First National Bank», desde 1909 hasta 1911, antes de presidir los destinos de la «Guaranty Trust Cy» hasta 1940, asiste en calidad de delegado del Tesoro. Principal proveedor de créditos y de suministros a los Aliados desde 1917, será el gran manipulador de las reparaciones, el futuro inspirador de los planes Dawes y Young, y también su sepulturero. Finalmente, «last but not least», los personajes de la banca Kuhn-Loeb: Otto Herman Kahn (nacido en 1867, de un padre condenado a muerte en 1848; formado en Londres y en el Deutsche Bank, forma parte de la firma desde 1897, naturalizado tardíamente —en 1917— y muy ligado a Edward H. Harriman), sucesor de Jacob Schiff en la dirección de la firma en 1920-1921, ferozmente hostil a toda condescendencia en lo que respecta a las deudas de guerra y especialmente a toda concesión a Francia, y el ilustre Paul Warburg. Este último está particularmente bien situado para negociar con su hermano Max, de Hamburgo, consejero financiero de la delegación alemana, así como con Walter Rathenau, ministro de la Reconstrucción de la República de Weimar, antes de serlo de Economía, y luego de Asuntos Exteriores. Sus interlocutores aliados son, por otra parte, si no de la familia, al menos de la misma casta: Edwin Samuel Montagu, subsecretario de Estado para la India, encargado del informe sobre la sección financiera de la Sociedad de Naciones por la Gran Bretaña y, por Francia, Lucien Klotz, ministro de Finanzas.

Francia, endeudada por el palabrero Klotz...

En buena lógica, Francia, campo de batalla con Bélgica de la coalición (1.393.000 muertos, 2.800.000 heridos, con 740.000 mutilados; destruida proporcionalmente: el 66 % de la industria textil —todas las cardadoras de lana, el 95 % de los husos de algodón—, el 60 % de las hulleras —en el Norte, 600.000 toneladas en 1919, contra 19 millones en 1913—, el 55 % en la metalurgia; para la agricultura, 3.300 hectáreas asoladas y 2,4 millones de cabezas de ganado sacrificadas; más 900.000 inmuebles destruidos), debería ocu-

par, entre los Aliados, el puesto de acreedor principal (con 134.000 millones para los bienes y 75 para las pensiones, sobre un total de 400). Pero Clemenceau, al no exigir que las deudas de guerra quedaran ligadas a las reparaciones, se dejó despojar prácticamente de ese privilegio por los Estados Unidos. Sea, entre tantas otras, una negligencia o una complicidad más en su pasivo. Además, su ministro («El único judío que no entiende nada en cuestiones de dinero», según su propio exabrupto —entonces, ¿por qué le ha escogido?—), como todos los charlatanes, es un optimista ciego y un jugador inveterado. Condenado más tarde, en diciembre de 1928, por firmar cheques sin fondos, aquel descendiente de Anacharsis Cloots habla ya, en nombre de Francia, sobre Alemania: «¡El *boche* pagará!» Entretanto, se presta al rescate escandaloso de los stocks norteamericanos: valorados por sus propietarios en 1.400 millones de dólares, cedidos por 400, pagaderos el 1 de agosto de 1929 con un interés del 5 %, le costarán 10.000 millones de francos al Estado francés, que sólo recuperará 3.317 millones con la venta. Reducida su población, a pesar del retorno de 1.800.000 alsacianos y loreneses, de 39.790.000 habitantes (para 87 departamentos) en 1913, a 39.210.000 (para 90) en 1921, Francia, cuya fortuna nacional ha descendido de 302.000 millones en 1914 a 227 a finales de 1918, y cuya cartera en el extranjero se ha desvanecido (45.000 millones en 1914), empezando por los 15.000 millones enterrados en Rusia, no podía permitirse ninguna imprudencia. Las hostilidades propiamente dichas le habían costado de 190 a 200 mil millones de francos-oro.

Dado que se ha lanzado a la guerra con ligereza, arrastrando un déficit valorado por el ponente Aimard en el Senado en 800 millones en abril de 1914, y sin haber votado a tiempo el impuesto sobre la renta, que sólo dará un rendimiento ínfimo, 35 millones en 1916 (ministro de las facilidades, Klotz ha figurado ya en los gabinetes Poincaré, del 14 de enero de 1912, y Briand, del 17 de enero al 18 de marzo de 1913), y dado también que sus regiones más ricas del Norte y del Este se encontraban en manos del enemigo, no pudo hacer frente a aquellos gastos por medio del impuesto más que en una proporción mínima, de 26 a 33 mil millones de francos en cuatro años (a pesar de la aprobación de 1.150 millones de tasas el 30 de diciembre de 1916, de 412 millones el 31 de julio de 1917, y de un aumento sensible de los derechos de sucesión, el 31 de diciembre de 1917). En consecuencia, ha pedido el resto, sea al empréstito interior: alrededor de 55.000 millones, suministrado por cuatro emisiones (13.305 millones en noviembre de 1915 al 5 %, a 88; 10.061 en octubre de 1916; 10.276 en 1917 al 4 %, a 68,60; 21.500 en junio de 1918 al 4 %, a 70,80), lo que ha hecho aumentar el volumen de la deuda consolidada de 31.000 a 98.000 millones. Sea al empréstito exterior: alrededor de 32.000 millones de francos-oro (4), lo que ha

(4) En forma de Bonos del Tesoro (10 millones de dólares colocados el 4 de noviembre de 1914 en la casa Morgan y en el National City Bank, donde el Banco de Francia ingresará otros 100 millones de efectos en pensión en febrero de 1917), luego, utilizando Ribot los buenos oficios de Lloyd George cerca de Morgan, en forma de anticipos británicos (20 millones de libras esterlinas sobre un crédito de 42, el 20 de mayo de 1915, para completar los 50 millones de libras necesarias para financiar seis meses de compras francesas a los Estados Unidos; 20 millones de libras por un crédito de 60, el 24 de abril de 1916; 50 millones de libras por un descuento de 150 de Bonos del Tesoro, el 24 de agosto de 1916), mediante el depósito de oro en garantía en Londres (en total: 112,5 millones de libras esterlinas); a continuación, el 7 de junio de 1915, en forma de depósitos de títulos de ferrocarriles norteamericanos, con el aval de Rotschild cerca de Morgan y la intervención de la Banca Kuhn a partir del 22 de septiembre de 1915 para el rescate

tenido como consecuencia absorber sus haberes en el extranjero y hacer perder al franco la mitad de su valor: la libra esterlina costaba 27,15 y el dólar 5,70, y, en noviembre de 1919, 45, 15 y 11,85, respectivamente (el monopolio de cambio propuesto por Edouard de Rotschild el 1 de julio de 1915, considerado como excesivamente complicado en su aplicación, no fue aceptado por los bancos). Sea también al crédito a corto plazo, es decir, a los Bonos de la Defensa Nacional al 5 % creados el 13 de septiembre de 1914 por Ribot, cuyo importe ascenderá a 13.166 millones el 31 de julio de 1913. y a 58.500 millones a finales de 1921, lo que hinchará la Deuda flotante, de 2.000 en 1914 a 43.000 millones en 1919. Sea a simples facilidades de Tesorería: anticipos del Banco de Francia, hinchados de 8.349 millones a 18.000 millones a finales de 1917, a 21.000 el 5 de junio de 1918 y a 27.000 el 17 de julio de 1919. Sea a la inflación fiduciaria confesada: la circulación de billetes pasó de 6,68 mil millones a 12.000 a finales de 1914, luego a 22,3 a finales de 1917, a 37 en 1919 y a 38 en 1920. Lo que determinó un alza equivalente del coste de la vida, del 20 % a finales de 1915, del 35 % a finales de 1916 y del 120 % al firmarse el armisticio.

Francia, entregada a los aprovechadores

Se han exigido, pues, unos sacrificios considerables al país. Por desgracia, si bien el control ejercido por el gobierno sobre la economía se ha hecho más severo, como ha ocurrido en todas partes, por lo demás (ley del 16 de octubre de 1915 sobre la requisa de los cereales, ampliada en 1916; institución del Ministerio de Abastecimientos en 1917, ley del 10 de febrero de 1918 sobre los combustibles y los productos alimenticios; creación de un Consorcio para el reparto de las materias primas; requisa de la flota mercante), Clemenceau, reservando sus rigores para los derrotistas, apenas se ha metido con los ventajistas que se aprovechaban de la guerra. La firma Hotchkiss, fabricante de ametralladoras, ha realizado de 1914 a 1916, con 6,1 millones de capital, 42.745.000 francos de beneficios (con 23,3 millones de impuestos a deducir); Gnôme-Rhône, con sus motores, con 1,2 millones de capital, 24,2 de beneficio neto en 1915 y 1916. Marcel Boussac y Paul Lederlin, de Epinal, gozando de un monopolio de hecho de importación del algodón, amasan una fortuna. La casa Hippolyte Worms, del comité de transportes marítimos, se especializa en la importación de carbón inglés. Dueño de unas grandes fundiciones, François de Wendel, cuyo hermano Charles, que conserva la nacionalidad alemana, es diputado del Reichstag, tiene las manos tanto más libres por cuanto que otro de sus hermanos, Humbert, en Londres, es controlado teóricamente por un agregado militar, el conde de La Panouse, casado con Sabine de Wendel, y que el subsecretario de Estado para las Municiones, Exbrayat, es socio de la Banca Demachy, cuyos principales comanditarios son los Wendel. En espera de que se organice tardíamente, en 1918, un Consorcio petrolífero, dependiente de un Comisariado de los Combustibles, del que forma parte Georges Bénard, administrador de la «Mexican Eagle», y Cohen-Huzier, de la «Royal Dutch», el monopolio de las importaciones es explo-

de aquellas acciones (29.000 Pennsylvania, 31.000 Chicago), o en forma de créditos abiertos por los «Brown Brothers» al grupo *Crédit lyonnais* (20 millones de dólares por un año, 21-VIII-1915, y 18-VIII-1916), en espera de que Washington conceda a los Aliados créditos oficiales que ascenderán, el 31-XII-1918, a 1.117 millones de dólares (835 para Bran Bretaña, 487 para Francia, 262 para Italia y 65 para Rusia).

tado por los Aceites Desmarais, la Sociedad Lille-Bonnières-Colombes, Lesieur e hijos, los hijos de A. Deutsch, «después de haber suprimido todo riesgo —escribirá Francis Delaisi—, investidos de un monopolio casi oficial, los diez arrendatarios generales de los petróleos compran en el extranjero un producto completamente preparado, lo venden, sin transformación ni riesgo, a un precio más elevado que en cualquier país de Europa». No contento con reinar sobre los cereales, Louis-Dreyfus, presidente de la sección de importación de la Oficina nacional de los Trigos en 1917, mientras dos de sus apoderados se encargan de la Dirección de los Cereales, se improvisa armador y se hace con una flota. En el firmamento de los negocios, la estrella de Louis Loucheur está entonces en el cenit. Subsecretario de Estado en el gabinete Briand, ministro de Armamentos de Painlevé, su actividad se ejerce en numerosos sectores, en conexión con los Rotschild en los ferrocarriles del Norte, en la industria eléctrica Thomson-Houston, en el seno de la «Societé Générale d'Entreprise», nacida de su asociación con Giros (1912). Protegido de Octave Homberg, vicepresidente del Banco de la Unión parisiense, consejero oficial de las Finanzas, ha ofrecido sus servicios, al igual que Citroen, al gobierno, después del Marne, para la fabricación de los obuses y, reemplazando a la industria alemana (los Kuhlmann reconstituirán unas plantas químicas en el Midi), se ha puesto a producir cloro líquido y los gases asfixiantes. Según Mr. Beau de Loménie, el gobierno de la época «instaló en Francia el régimen de la *economía acaparada*, antes de dar paso al dirigismo de los «tecnócratas». Para reprimir los abusos, es cierto, ha hecho un gesto creando, el 1 de julio de 1916, un impuesto sobre los beneficios de guerra, un gesto y nada más: de los 16.000 millones que estaban previstos como ingresos por aquel concepto, sólo habían ingresado 1.000 millones en julio de 1919.

Los disturbios sociales

Y precisamente, disipada la euforia de una victoria más aparente que real, el verano de 1919 señala para Francia el momento de los vencimientos ineludibles. En las regiones liberadas, los transportes no acaban de restablecerse. El acaparamiento y el mercado negro comprometen el abastecimiento. Los precios suben: el índice 100 en 1911 alcanza 297 en París y 360 en provincias, en 1920. Cansado de luchar, el ministro de Agricultura y de Abastecimientos, Boret, cede el puesto a Noulens (18-22 de julio de 1919). Aunque se ha aprobado una ley sobre los convenios colectivos el 25 de marzo, y otra, fijando en ocho horas la jornada de trabajo, el 23 de abril de 1919, aunque el índice de los salarios (100 en 1911) sube momentáneamente a 487 en 1920, renace la agitación social. La C. G. T., cuyos efectivos han aumentado en un 50 % (941.000 sindicados en 1913, 1.473.000 en 1919), se deja penetrar por las influencias comunistas, rompe con el poder y se pone de acuerdo con las Trade-Unions británicas para oponerse a la intervención de las potencias occidentales contra los Soviets, en Rusia y en Hungría. La absolución del asesino de Jaurès, Raoul Villain, el 24 de marzo, es el pretexto de una importante manifestación, el 29. El 28 de abril, los desmontitas de la Unión de Sindicatos del Sena incitan a la huelga, con ocasión del 1 de mayo. Prohibidos los desfiles, las algaradas se suceden en el curso de aquella jornada, durante la cual un manifestante resulta muerto. Pero el ala activa del movimiento revolucionario continúa siendo la Federación metalúrgica, de Merrheim. A pesar de haber concluido, los días 17 de abril y 24 de mayo, un convenio

y un acuerdo complementario con la Unión de las Industrias Metalúrgicas, 200.000 de sus afiliados se lanzan, los días 2 y 3 de junio, a una huelga que el maestro Pierre Monatte saluda en *La Vie Ouvrière* del 11 de junio con un artículo intitulado: «¡Del descontento a la revolución!». Se constituye un comité de acción que trata de forzar la mano a la Federación haciendo irrupción en sus oficinas, el 22 de junio. A su vez, las Uniones departamentales desalientan a los promotores de una huelga general, prevista para el 21 de julio. El propio Merrheim considera que el asunto no está maduro, en tanto que Monatte acusa a la C. G. T. «de volver la espalda a la revolución» (*La Vie Ouvrière* del 23 de mayo de 1920). En el congreso reunido en Lyon, el 15 de septiembre de 1919, llegan las explicaciones y, por 1.633 mandatos contra 324, se impone el punto de vista de la oficina confederal, contra un programa reclamando la nacionalización de los bancos, de las minas, de la hulla blanca y de los transportes.

Esta vez, son precisamente los ferroviarios los que reanudan la agitación. A propósito de los derechos de los delegados, amenazados con trescientas revocaciones, los de P. L. M. desencadenan, los días 23-25 de febrero de 1920, una huelga que se extiende rápidamente a todas las redes, salvo a la del Norte. Mineros, metalúrgicos y portuarios se declaran solidarios. El gobierno interviene. Millerand moviliza a los huelguistas, impone su mediación el 1 de marzo, acepta el discutir el nuevo régimen de las vías férreas, pero hace aprobar por la Cámara el principio del arbitraje obligatorio. Una tentativa de resucitar la huelga, del 25 al 30 de abril, es secundada únicamente durante tres semanas por menos de la mitad de los ferroviarios (220.000 contra 230.000 no huelguistas) y provoca una reacción gubernamental decisiva: detención de Pierre Monatte, el 3 de mayo, de Sérol, Levêque, Midol y Monmousseau, el 19, y exigencia de responsabilidades con vistas a una posible disolución de la C. G. T. Esa fracaso hará descender los efectivos sindicales de la Confederación de 1.800.000 a 800.000 en 1922 y a 500.000 en 1925, ya que no tarda en producirse una completa escisión entre rusófilos y sindicalistas franceses.

Si bien, en la Conferencia socialista internacional de Berna (3-10 de febrero de 1919), la mayoría de los franceses de los españoles, de los holandeses y de los noruegos se han negado a condenar la dictadura de los Soviets, el partido socialista francés, dividido en París (20-22 de abril de 1919), vacilante en Estrasburgo (25-29 de febrero de 1920) —hasta el punto de votar sucesivamente su retirada de la II Internacional (por 4.330 contra 337) y su negativa a adherirse a la III fundada en Moscú el 2 de marzo de 1919 (por 3.000 contra 1.600), pero asistiendo, en las personas de Marcel Cachin y de Frossard, al congreso de la Internacional comunista (19 de julio-7 de agosto de 1920)—, se ha adherido finalmente por mayoría (3.208 contra 1.026) a aquella organización, a instancia del comisario del pueblo Abramovitch, llamado Zalewski, y de Boris Lifschitz, llamado Suvarin, en el congreso celebrado en Tours, del 20 al 26 de diciembre de 1920. El resultado fue una escisión entre los fundadores del partido comunista francés (Loriot, Rappoport, Cachin, Vaillant-Couturier, Blanc, Paul Louis, Suvarin), seguidos únicamente por 12 diputados de un total de 68, pero disponiendo del periódico *L'Humanité*, y los minoritarios, agrupados por Paul Faure, Paul Boncour, Marcel Sambat, Jules Guesde, Pressemane, Mayèras y Renaudel, bajo la bandera de la S. F. I. O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera). En cambio,

la C. G. T. conoce una evolución en sentido inverso. La tendencia favorable a los soviets, representada por Victor Griffuelhes, después de su visita a Moscú en febrero de 1920, no ha prevalecido. En el Congreso de Orleans (27 de septiembre-2 de octubre de 1920), Frossard no ha ocultado sus inútiles esfuerzos para defender la autonomía sindical cerca de la III Internacional, ni Merrheim su convicción de que «el régimen en Rusia, al menos durante una generación, sólo podrá mantenerse por medio de una dictadura», hasta el punto de que la oficina confederal se ha impuesto por 1.515 mandatos contra 596. En Lille, en julio de 1921, después de que Jouhaux y Dumoulin se han negado a abandonar Amsterdam, el 15 de febrero, reúne todavía 1.572 mandatos contra 1.325. Pero los minoritarios (Racamond, Monmousseau, Monatte y Pierre Besnard, secretario de las C. S. R. de infiltración) se retiran, los días 19-21 de septiembre, fundan la C. G. T. U. (unitaria), que celebra su primer congreso en Saint Etienne, del 25 de junio a 1 de julio de 1922 y se adhiere en Bourges (12-17 de noviembre de 1923) a la Internacional sindical comunista, no sin que Besnard haya reclamado, una vez más, la autonomía sindical (en 1927 creará una C. G. T. S. R. (sindicalista-revolucionaria); entretanto, un enfrentamiento entre hermanos enemigos habrá producido 2 muertos, el 11 de enero de 1924.

Los parlamentarios, sepultureros de las clases medias

Moralmente apoyada en sus convicciones nacionales por una victoria pagada a un precio muy caro, Francia, en conjunto, era enemiga de la revolución y alimentaba unas esperanzas muy distintas. Dominada por los ex combatientes, la mayoría de los electores había eliminado, los días 16-30 de noviembre de 1919, a 360 de los diputados salientes (de modo que los socialistas se habían visto reducidos de 101 a 68 y los radicales de 172 a 88), eligiendo una Cámara «azul horizonte», compuesta de 111 conservadores, 139 republicanos de izquierda y 126 republicanos progresistas (en frente de 138 radicales, 30 republicanos socialistas y 72 socialistas), formando, sobre un total de 616 diputados elegidos en el escrutinio de lista departamental (en virtud de la ley del 12 de julio de 1919), un «bloque nacional» de 376 miembros, financieramente apoyado por el Comité republicano del Comercio y de la Industria, llamado «Comité Mascuraud», el Comité Billiet de la Unión de los Intereses Económicos y, en lo que respecta a los grupos de la Acción liberal y de la Federación republicana, por los Schneider y los Wendel. El animador de aquella formación política es Alexandre Millerand, el único estadista digno de este nombre que ha producido la III República. Tomando la palabra en Ba-ta-clan, el 7 de noviembre, ha dirigido un llamamiento a la solidaridad de las clases, al liberalismo económico, a la pacificación religiosa y a la reforma de las instituciones, por medio del fortalecimiento de los poderes del jefe del Estado. A raíz de la elección de Paul Deschanel, nombrado primeramente presidente de la Cámara, el 8 de diciembre, por la nueva mayoría, antes de serlo como presidente de la República, el 17 de enero de 1920 (por 408 votos primero, luego por 734 sobre 888) contra Clemenceau, víctima de los métodos policíacos de Georges Mandel, de sus alarmantes concesiones a los anglosajones y de su sectarismo anticlerical llevado hasta el extremo de negarse al restablecimiento de las relaciones con el Vaticano, errores que su adversario Briand no deja de explotar

contra él, Alexandre Millerand se ve encargado de constituir el nuevo gobierno (20 de enero de 1920) (5).

Aunque tiene la debilidad de hacer en su gabinete, conservando a Steeg en el Interior y a Sarraut en las Colonias, un sitio demasiado amplio a los radicales, que han logrado mantenerse en las asambleas locales (consejos municipales, 23-30 de noviembre, y consejos generales, 14-21 de diciembre), y conservar su preponderancia en el Senado (perdiendo 25 escaños, 16 de los cuales han ido a parar a los republicanos de izquierda, 11 de enero de 1920), al menos el presidente del Consejo tiene el valor de enfrentarse con las dificultades financieras, que Lucien Klotz ha dejado acumular retardando hasta el 9 de agosto de 1919 la votación de un presupuesto que disimula, bajo las cifras oficiales de 13.216 millones de ingresos y 11.000 millones de gastos (más 9 de cargas «excepcionales»), un déficit real de 43.300 millones. Director general del Banco de la Unión Parisiense (en el cual domina la influencia protestante de los Mirabeaud, etc.), el nuevo ministro de Finanzas, François Marsal, ha sido escogido al margen del Parlamento. La reconstrucción de las regiones liberadas no puede demorarse, por lo que la ley del 10 de octubre de 1919 ha autorizado al «Crédito Nacional» (6) a emitir, para asegurar su financiación, una serie de empréstitos cuyo importe ascenderá a 14.500 millones el 31 de marzo de 1920. El 30 de diciembre de 1919 ha sido emitido además un empréstito de 15.790 millones en rentas perpetuas al 5 %. Pero son necesarios unos recursos regulares complementarios. Aparte de recargar una vez más las sucesiones, se buscan, el 25 de junio de 1920, en un nuevo impuesto sobre la cifra de negocios (que proporcionará 3.000 millones en 1923). Y, si bien se recurre de nuevo al empréstito (27.888 millones al 6 % en octubre-noviembre de 1920), se procura ordenar el presupuesto, clasificado el 31 de julio de 1920 en gastos ordinarios (21.700 millones), extraordinarios (5.420) y recuperables (20.751), es decir, para esta última categoría, susceptibles de ser recuperados, a título de reparaciones, sobre Alemania. Esperanza bastante vana, ya que el crédito de Francia no cesará de adelgazar, por una parte porque sus aliados, británico y norteamericano, consideran aquella carga como un obstáculo para la reanudación de los negocios, y también porque la República de Weimar, enfrentada con unos persistentes disturbios interiores, prefiere ir a la bancarrota antes que pagar.

* * *

Inglaterra, privada de su cartera extranjera, nivelada y democratizada

La Gran Bretaña tiene sus regiones devastadas fuera de sus islas, principalmente. En primer lugar, sus inversiones en el extranjero. Al declararse la guerra, 9 millones de libras esterlinas quedaron «congeladas» en Alemania y en Austria. Fue preciso cerrar el *Stock Exchange* desde el 31 de julio de 1914 al 4 de enero de 1915. Su cartera exterior se encontró reducida de unos 4.000 millones de libras (los 2/5 de la fortuna nacional) en 1914, a 3.700 millones devaluados —equivalentes a 18.500 millones de dólares—

(5) Su primer gabinete incluye a los hermanos Steeg, André Borel, Gustave Lhopiteau; el segundo, a Honnorat y a Paul Jordan.

(6) Administrado por los banqueros Ainard, Heine, Pillet-Will, Darcy (fundador del Comité de las Hulleras, administrador de la Unión Parisiense), Charles Laurent (de la Societé Thomson y de la Unión metalúrgica) y el algodonero Lederlin, de los Vosgos.

en 1928 (más de 500 millones de libras en valores fueron vendidos a los Estados Unidos). Y la renta de esos valores y las divisas procedentes de los fletes, de los seguros, etc. (alrededor de 5.000 millones de francos), eran las que compensaban el déficit de 3.600 millones (en francos) de una balanza comercial de 35 (el 55 % de importaciones, productos alimenticios y materias primas) en 1913. Por su parte, el comercio exterior ha descendido: si se tiene en cuenta la depreciación de la moneda, sus exportaciones han retrocedido un 40 %, entre 1913 y 1918 (de 630 a 532 millones de libras; en comparación con el índice 100 en 1913: 71 en 1920, 50 en 1921, para llegar a 82 en 1929). La disminución ha sido particularmente sensible en América, donde su parte en los intercambios cae, en Argentina, del 31,1 % en 1914 al 17,6 en 1929, en Brasil del 24 al 19, y en proporciones similares en Chile, en Méjico y en el Canadá. Además, si bien la Gran Bretaña sólo ha sacrificado en la guerra 530.000 hombres (más 171.000 de sus Dominios), es decir, casi la mitad que Francia, y ha sufrido unos daños mucho más restringidos, su deuda, en cambio, se ha acrecentado más, en proporción (multiplicándose por 17,6 en vez de 10): de 720 millones de libras en 1910, ha pasado a 7.828 en 1920 y a 7.687 en 1935 (en cambio, las cargas se han reducido de 350 millones de libras en 1920 a 212 en 1934). De aquella cantidad, 4.166,3 millones de dólares corresponden a deudas al gobierno de los Estados Unidos y 1.300 millones de dólares a los bancos norteamericanos.

Para hacer frente a esas cargas, se han emitido tres empréstitos, absorbidos por el de 1919 al 5 % (cubierto por 998 millones en metálico y 1.130 millones en títulos convertidos), y se ha incrementado la deuda flotante colocando 1.094,7 millones de libras de «Treasury Bills» y 214 de «War Certificates». Pero los tres gabinetes de guerra, dirigidos por liberales, Henry Asquith y, desde el 7 de diciembre de 1916, David Lloyd George, han vacilado tanto menos en aumentar el impuesto sobre la renta, del 5,8 % en 1914 al 30 en 1918, por cuanto unos años antes habían luchado duramente para establecer una supertasa y una tasa del 20 % sobre las plusvalías en las mutaciones (aprobadas en los Comunes el 4 de noviembre de 1909, por 379 votos contra 149, rechazadas por los Lores, el 30 de noviembre, por 349 votos contra 134, y finalmente impuestas en la Cámara alta, a pesar de un fracaso liberal en las elecciones de 1910 —en relación con las del 12 de enero de 1906, con 273 conservadores en vez de 157, 275 liberales en vez de 379, 40 laboristas en vez de 51, más 82 irlandeses—, fracaso apenas enmendado por la consulta siguiente, tras la disolución en diciembre de 1910, que igualó a los dos grandes partidos a 272 escaños). También habían impuesto la reforma constitucional, aprobada por los Comunes, por 362 votos contra 241, el 15 de mayo de 1910, obligando a los Lores a capitular, por 17 votos de mayoría, el 11 de agosto. La institución del sufragio universal, en febrero de 1918 (a partir de los veintiún años para los hombres y de treinta para las mujeres), vino a completar el juego de las leyes fiscales, el refuerzo del control del Estado sobre la economía (comercio exterior, transportes marítimos, fabricaciones de guerra, abastecimiento, limitación de alquileres, etc.), con la presencia de representantes laboristas, tales como sir Arthur Henderson en 1916, en el seno del gobierno. Todos esos factores contribuyeron a operar en la sociedad británica, a favor de la guerra, profundas transformaciones, a reducir los medios de la «gentry», a nivelar las fortunas, a democratizar a las clases dirigentes.

Quebrantada en su Imperio

Las sacudidas del conflicto han afectado también al Imperio. Irlanda ha conquistado su independencia. A pesar de la resistencia de los orangistas del Ulster, el proyecto de «Home Rule», prometido a los electores en 1910, establecido en abril de 1912, había sido votado ciertamente en marzo de 1914, y el rey Jorge V se había esforzado en evitar un choque fatal entre los dos clanes convocando a sus jefes (John Redmont, nacionalista, Edward Carson, ulsteriano) a una conferencia que, el 21 de julio de 1914, decidió reducir a cuatro condados el territorio del Ulster. A pesar de esas precauciones, los disturbios provocados por los dirigentes extremistas del «Sinn Fein» (James Connally, por ejemplo, tan socialista como nacionalista), ensangretaron Dublin durante las fiestas de Pascua, en 1916. Sesenta mil hombres los reprimieron; se produjeron quince ejecuciones y millares de detenciones. Y la lucha se reanudó en enero de 1919. La «Sinn Fein» proclamó la independencia del «Eire», bajo la presidencia de Eamon de Valera: 3.000 hombres del ejército republicano hicieron frente, en 1920 y 1921, a la policía especial, «Black and Tan», y a los 30.000 soldados enviados para reforzarla. La actitud conciliadora del rey Jorge V y las negociaciones conducidas por Winston Churchill y el general Smuts permitieron finalmente la conclusión de un arreglo. El acuerdo del 11 de diciembre de 1921 admitió la independencia del Estado libre de Irlanda, del cual quedó separado el Ulster.

Por su parte, los Dominios, reconocidos como «naciones autónomas» en un Commonwealth imperial en 1917, representados en Londres por unos delegados e incluso, en el seno del gabinete de Guerra, por el general sudafricano Smuts, se mostraban cada vez más decididos a dirigir por sí mismos sus propios asuntos —los de origen británico—, o pretendían incluso la independencia, como hicieron en enero de 1919 los colonos holandeses del Transvaal y de Orange (en número de 800.000 en presencia de 480.000 ingleses de un total de un millón y medio de europeos, frente a 5.000.000 de negros, 200.000 hindúes y 60.000 chinos). En cuanto a la gente de color, se sublevaba abiertamente contra la tutela británica. Con sus 320 millones de habitantes en 1919, la India había suministrado a Inglaterra 683.000 combatientes (casi tantos como todo el Imperio francés: 690.000). En recompensa de aquellos servicios, había recibido de lord Montagu y del virrey lord Chelmsford, en julio de 1918, la promesa de una reforma constitucional que implicaría la elección de asambleas censatarias. Pero las cosas se envenenaron cuando, respondiendo al llamamiento de Ghandi, se desencadenó una huelga general en 1919, cuando el movimiento de «desobediencia civil» adquirió amplitud y los disturbios de Amritzar desembocaron el 10 de abril en la matanza de 379 manifestantes. Protestando contra el protectorado establecido por Inglaterra a favor de la guerra, en noviembre de 1914, Egipto también se agita. La detención de Zaghloul Pachá, en marzo de 1919, va acompañada de tres semanas de disturbios. Sin embargo, Londres no se decide a renunciar parcialmente al protectorado hasta el 28 de febrero de 1922, no sin formular importantes reservas relativas al Sudán, al canal de Suez, a la defensa nacional y a la política exterior.

Retroceso en el Cercano Oriente y en Turquía

Vuelto al gabinete como ministro de las Municiones el 16 de julio de 1917, antes de ser nombrado para la Guerra y el Aire, y transferido a las Colonias en enero de 1921, Winston Churchill se esfuerza en mantener la presencia británica en todos los países musulmanes del Cercano Oriente, centros de explotación de los petróleos. Sin obtener el mismo éxito en todas partes. En Libia, sus protegidos los senussis y su jefe, Mohamed Idriss, habían concluido un arreglo con Italia, en Kellet-Ez-Zeituna, pero, rompiendo el acuerdo de Regina de octubre de 1920, Mussolini logra ocupar el cuartel general de Said Idriss en abril de 1923. En el Irak, 100.000 soldados británicos, ocupando el país, consiguen instalar en el trono al emir Feisal en agosto de 1920 y legalizar el régimen mediante la reunión de una asamblea constituyente en octubre de 1922; en cambio, Ibn Saud y sus puritanos wahabitas expulsan al jerife Hussein de La Meca y se anexionan el Hedjaz en 1925: Londres tendrá que inclinarse y reconocer en 1927 la legitimidad del reino de Arabia saudita. Por otra parte, Ibn Saud no tendrá más fortuna que su predecesor Hussein en su tentativa de reconstruir el califato, abatido en Turquía.

En el Asia Menor, en efecto, los designios de Londres han sido desbaratados por la acción nacionalista y revolucionaria de Mustafá Kemal, el defensor de los Dardanelos. Nacido cerca de Salónica, brillante alumno de las academias militares de Monastir, de la «Harbia» y de la Escuela Superior de Guerra, imbuido de «ideas francesas» por su amigo Fethi el Macedonio, detenido a finales de diciembre de 1904 como afiliado a la sociedad secreta «Vatan» y más tarde al movimiento de los «Turcos Odchagis», Kemal, destinado al Estado Mayor de Salónica en el otoño de 1907, aunque iniciado en la Logia «Vedata» con sus amigos de «Unión y Progreso», pero mal visto de Enver, del judío renegado Djavid y del albanés Niazi, no había podido alcanzar los altos grados de la Francmasonería: permaneció, pues, al margen de la revolución de 1908. Su hora sólo sonó con la derrota, cuando Mohamed VI (sucesor de su padre Mohamed V en julio de 1918) y sus grandes visires Tewfik pachá y luego su propio cuñado Damad Farid, cediendo a la voluntad de los ingleses, disolvieron el Parlamento y lograron oponer al Congreso reunido en Sivas el 13 de septiembre de 1919 una nueva asamblea que, trasladada de Angora (27 de diciembre de 1919) a Estambul, tuvo la osadía de votar un «pacto nacional», el 28 de enero de 1920, y la abolición de las capitulaciones, pero se vio reducido a la impotencia, el 16 de marzo, por el ejército británico de ocupación (100.000 hombres), que deportó a Malta a un centenar de diputados y sofocó enérgicamente los motines que se produjeron a continuación (23 muertos y 100 heridos).

Entonces, al gobierno fantoche de Estambul, «prisionero», Kemal, que, desembarcado en Samsoun el 19 de mayo de 1919, había sabido ganarse el apoyo de los jefes militares reunidos en Amassia, opuso a su vez un Consejo ejecutivo nombrado por una nueva asamblea elegida y convocada gracias a sus esfuerzos en Angora (29 de abril de 1920). Pero el ejército de los Fieles del Califa había reducido prácticamente su influencia a aquella región central, cuando la firma del tratado de Sèvres (10 de agosto de 1920) terminó de desacreditar al Sultán. Decidido a evitar el desmembramiento del Asia Menor, Kemal y el II ejército de Kiazim Kara Bekir (6 divisiones, 50.000 hombres)

aplastaron a la Armenia independiente, persiguiendo a las «Legiones de Juventud», asesinando a más de la mitad de los habitantes (en septiembre-octubre) y, con el apoyo de los rusos, que en noviembre penetraron en Erivan, reconquistaron no sólo las provincias turcas (Trebizonda, Erzerum, Mersh, Bitlis y Van), sino también los distritos de Kars, Ardahan y Artwin, cercanos a Batum (tratados de Gümrü y de Moscú, 16 de marzo de 1921). Luego, castigaron duramente a los kurdos, que pretendían organizarse en «territorio autónomo» (y que reanudaron la lucha con el cheik Said e inmovilizaron 7 y luego 9 divisiones turcas, desde 1923 hasta 1925). Liberaron la zona meridional del país colocada bajo la influencia francesa (Diarkebir, Malatia, Sivas, Adana), cuyas guarniciones, cercadas ya en Ourfa y en Ain Tab, tuvieron que abandonar también Marash y Bozanti en Cilicia (enero de 1921). Desalojaron a los italianos de la zona del Sudoeste (desde Konieh-Afiun-Karahissar-Kutaya hasta el puerto de Antalya). Expulsaron al ejército del Califa del sur y amenazaron con capturar los restos alrededor de Estambul entre los dos brazos de una tenaza formada por los cuerpos de ejército de Jaffar Tayar en Tracia y el de Ali Fuad hacia Ismid, en la orilla asiática.

Desmovilizados los ejércitos Aliados, Lloyd George y sus segundos, Clemenceau y Orlando, para intentar salvar las estipulaciones del tratado de Sèvres decidieron jugar la carta griega (200.000 hombres bien armados, cuyos primeros elementos habían desembarcado en Esmirna el 15 de mayo de 1920 para ocupar la zona que les correspondía, el antiguo reino de Lidia, en el Oeste)... y la perdieron. Sin embargo, en la segunda quincena de julio de 1920, el ejército griego había liberado Constantinopla, rodeado al I Cuerpo de Ejército turco en Tracia, ocupado Andrinópolis, rechazado a Fuad de Ismid, pero, en el Asia Menor, avanzando en dos columnas para cortar la vía férrea Norte-Sur en Eski Shehir y Afion Karahissar, había sido rechazado por dos veces (los días 9 y 10 de enero y 30 de marzo-1 de abril de 1921) en Inönü por las tropas de Ismet (16.000 hombres contra 40.000). Reanudando su avance el 7 de julio con 96.000 hombres contra 45.000 había hundido las líneas enemigas en Afion y Kutaya, obligando a los turcos, amenazados de cerco en Eski Shehir, a un repliegue de 300 quilómetros sobre el río Sakharya, a medio camino de Angora. Allí se libró, del 14 al 28 de agosto, una batalla encarnizada que agotó a los dos adversarios hasta el punto de que el general Papoulos tuvo que desandar con sus tropas, devastando el país, el camino recorrido (13 de septiembre). Cuando se entabló la batalla definitiva, un año más tarde, los griegos (132.000 hombres del general Tripoulis) estaban desmoralizados y los turcos (103.000 hombres) habían reorganizado sus fuerzas gracias a la tregua de Bozanti y a un acuerdo secreto concluido por Franklin-Bouillon en Angora, el 10 de octubre de 1921, que liberó su ejército de Cilicia (80.000 hombres) y les suministró el armamento de 40.000 soldados. Los días 26-27 de agosto de 1922, una masa de 11 divisiones (de un total de 12 turcas), hundiendo el centro del frente defendido por 4 de las 9 divisiones griegas en juego, las partió en dos al ocupar la posición de repliegue de Dumlü-Pünar y provocó la caída de Afion Karahissar y la derrota de los griegos, que huyeron hasta el mar, abandonando 100.000 prisioneros, entre ellos su general en jefe. El 9 de septiembre, el «Ghazi» hizo su entrada en Esmirna, entregada al pillaje, a la matanza y a un incendio que duró tres días. Para desempeñar el papel de árbitro, Francia abandonó al aliado británico. El almirante Dumesnil, el general Pellé y Franklin-Bouillon prepararon la conferencia de Moudania, que permitió la firma de un armisticio

el 11 de octubre. Y los franceses, abandonando sus posiciones de Tchanak (el 18 de septiembre), obligaron a los ingleses de sir Charles Harrington a dejar pasar a los turcos encargados de volver a ocupar Estambul (29 de septiembre). En París, lord Curzon se enfureció tanto al recibir la noticia que fue víctima de un síncope. En cuanto a Lloyd George, acusó duramente el golpe y presentó la dimisión el 19 de octubre.

Cuando la conferencia destinada a revisar el tratado de Sèvres se reunió en Lausana, el 21 de noviembre de 1922, Mohamed VI había perdido su trono. Su pretensión de enviar como representante a Tewfik, en competencia con los delegados de Angora, le resultó fatal. La asamblea, en medio de un escándalo tan mayúsculo que la sala tuvo que ser evacuada, abolió el sultanato (1 de noviembre) y expulsó al soberano el 17 de noviembre. (El Califa Abdul Mejdid, comprometido por una desafortunada intervención del Aga Khan y del emir Alí, de la India, en favor suyo, correrá la misma suerte el 3 de marzo de 1924.) Negociador del armisticio, el general Ismet tuvo la habilidad de ponerse de acuerdo con Venizelos con vistas al intercambio de 1,4 millones de griegos del Asia Menor (quedaban 90.000 en Constantinopla) contra 400.000 turcos de Tracia. Cediendo a las exigencias de lord Curzon sobre Mossul y sobre el régimen de desmilitarización de los Estrechos, obtuvo la abolición de las Capitulaciones y la supresión del Control de la Deuda, y una rectificación de frontera en Europa (7) con la restitución de Andrinópolis.

---

(7) Liquidados así los elementos heterogéneos y establecida la capital en Ankara, en el centro de Anatolia, el 13 de octubre de 1923, el nacionalista Kemal Atatürk, discípulo de Ziya Gokalp, teórico de los «Jóvenes Turcos» desde 1908 hasta 1919, tras haberla secularizado, emprende la tarea de europeizar a Turquía (adoptando los códigos civil suizo, penal italiano, comercial alemán, el sistema métrico decimal, el calendario gregoriano, los caracteres latinos —en julio de 1928—, prohibiendo llevar el fez —julio de 1926—, emancipando a las mujeres...). Para modernizarla políticamente, emplea medios dictatoriales: las elecciones de septiembre de 1923, organizadas por Fevzi y los comités locales de resistencia, no han dado la mayoría a su partido «republicano del Pueblo», por lo que se decide a imponer su autoridad presidencial, a pesar de un 40 % de abstenciones, en la Asamblea, el 29 de octubre de 1923. Y cuando se aparta de ella para suscitar, con Fethi el macedonio y 12 ex diputados, en agosto de 1930, una «oposición de S. M.» con un partido republicano liberal, las algaradas, las huelgas, las insurrecciones (en Menemen, cerca de Esmirna, y en el Kurdistán) le obligan a imponer el estado de sitio y a volver al partido único en 1932. Para equiparla y desarrollarla económicamente, instituye un Banco central y unos establecimientos especializados («Sumer Bank», «Eti Bank»), pero, temiendo un vasallaje del tipo «Deuda otomana», se niega obstinadamente a recurrir a la alta finanza extranjera, lo que le vale serios disgustos: en julio de 1926, escapa en Esmirna de un atentado y desbarata la conjura tramada contra él por el judío renegado Djavid (ex tesorero de «Unión y Progreso», ex ministro de Finanza «joven turco»), haciendo ahorcar con él a 10 de sus mejores compañeros de armas (Refet, Ali Fuad, Kiazim Kara Bekir, Aduan, e incluso a su confidente, el coronel Arif; el único que logró escapar es Raul), el 7 de agosto de 1926, a pesar de la intervención de los Rotschild de Viena, de los Sassoon de Londres, de las asociaciones judías norteamericanas y de Albert Sarraut. De todos modos, la obra realizada por Kemal Atatürk (fallecido el 10 de noviembre de 1938) y por su sucesor Ismet Inönü puede calificarse de impresionante, desde el punto de vista del desarrollo de Turquía, cuya población, reducida a 10 millones de habitantes en 1923, ascenderá a 23 millones en 1954. En la agricultura, la superficie cultivada pasa de 1,8 millones de hectáreas en 1925 a 10,8 en 1953, la producción de cereales de 0'85 millones de toneladas en 1926 a 13,56 en 1953; el cultivo del algodón de 45.000 a 670.000 hectáreas. En la industria, la producción azucarera aumenta de 25.000 toneladas en 1926 a 200.000 en 1953; la de cemento de 80.000 toneladas en 1928 a uno y más tarde a dos millones; la de hulla alcanza en 1954 los 6,5 millones de toneladas; la de hierro, 5 millones; cromo, 800.000; manganeso, 80.000. Se montan centrales eléctricas, fábricas textiles y de productos químicos. La red de carreteras pasa de 8.000 quilómetros en 1930 a casi 50.000 (26.000 de primer orden) en 1954. La red ferroviaria se duplica (de 3.500 quilómetros a 7.000). Etcétera...

Dueños de las islas Bahrein desde 1892 y de Kuwait desde 1899, en el Golfo Pérsico, los ingleses han adquirido en el Irán las acciones de Arcy y han creado la «Anglo-Persian». En mayo de 1914 han ocupado militarmente el Seistan (su zona de influencia reconocida por el acuerdo de 1907), y no lo han evacuado hasta agosto de 1919, a cambio del mantenimiento de una misión de expertos; pero el sha ha suspendido la aplicación del tratado en junio de 1920, y el coronel Riza khan, autor del golpe de Estado del 21 de febrero de 1921, aunque planta cara a los rusos y les obliga a evacuar Enzeli, expulsa también a 12.000 británicos, antes de destronar a su soberano en 1926, de firmar un tratado de no agresión con la U. R. S. S., cuyas veleidades de injerencia corta en octubre de 1927, al tiempo que reclama la colaboración de expertos financieros norteamericanos. El vecino Afghanistan, cuyo emir se ha sacudido el protectorado británico en 1919, firma también por mano de su rey Amanullah un pacto con la U. R. S. S. en abril de 1927, en espera de que Nadir khan, llevado al poder por una revuelta en octubre de 1929, expulse a su vez a los consejeros rusos.

Inglaterra refuerza su unidad nacional y se orienta hacia la reanudación de los negocios

Con más o menos fortuna, pues, la Gran Bretaña se esfuerza en mantener en ultramar su prestigio quebrantado por el conflicto. Pero el éxito final de la empresa depende ante todo de la reanudación de las grandes corrientes de negocios en Europa. La City sabe que únicamente así podrá conservar su puesto de mercado del dinero, de almacenista, de centro de intercambio y de transportista de materias primas y de productos manufacturados. Y, con su trabajo, los medios para exportar y para pagar los productos necesarios para la vida de su pueblo. En conjunto, la guerra ha contribuido más bien a reforzar la solidaridad nacional, reflejo de defensa instintivo en los ingleses. A pesar del compromiso asumido en abril de 1915 de no recurrir a la huelga (prohibida por la «Munitions of War Act»), y de la autorización concedida en contrapartida (por la «Central Labor Munitions Act» de julio de 1915) de elegir delegados de taller en las fábricas (lo que Lenin, tomando sus deseos por realidades, ha interpretado erróneamente como un preludio de la instauración de «soviets»), han surgido conflictos sociales, e incluso huelgas: la de 200.000 mineros, reclamando, el 14 de julio de 1915, un aumento de salarios del 10 %; en agosto de 1915, la de 45.000 obreros de los astilleros de la Clyde, excitados por John Mac Lean (del «British Socialist Party»), que obtuvieron la mitad de la mejora reclamada y un convenio colectivo, aunque lo pagaron con una multa colectiva y la detención de 17 dirigentes, entre ellos Muir, Gallacher, Bell y algunos redactores del periódico *Forward* (20 de mayo de 1919); y las desencadenadas en mayo de 1917 en el Lancashire, y en Sheffield, Coventry y Londres.

Algunos de los extremistas manifestaron la intención de trasladarse a Zimmerwald, del 5 al 8 de septiembre de 1915 (Fairchild y Bruce, amigos de Theodore Rothstein); el gobierno, al igual que en Francia, les negó pasaportes, lo mismo que al ministro Arthur Henderson, que quería asistir a la Conferencia sindical de la II Internacional en Estocolmo, lo que provocó su dimisión (8 de junio de 1917). Pero, en octubre de 1917, únicamente el «British Socialist Party» marxista apoyó abiertamente a los bolcheviques,

dando acogida a un mensaje de Maximo Litvinov y declarándose dispuesto a participar en las negociaciones de Brest-Litovsk. Después del armisticio, en la primavera de 1919, los mineros se limitaron a reclamar que cesara la intervención contra los Soviets; la conferencia del Labour Party les imitó en junio y, durante el verano, en Manchester, Tom Mann, Gallacher y otros constituyeron un Comité: «Hands off Rusia!» Simultáneamente, la agitación, conducida en Glasgow por Emmanuel Shinwell, James Maxton y Kirkwood, volvía a afectar a la Clyde, ahora reclamando la semana de cuarenta horas, y 300.000 obreros seguían el movimiento en el Lancashire, pidiendo un aumento y las cuarenta y ocho horas. Por su parte, los ferroviarios interrumpieron el trabajo durante nueve días, por motivos corporativos (27 de septiembre de 1919). En cuanto a los mineros Tom Mann (de los mecánicos) y su jefe Frank Hodge, partidarios de una huelga general, tuvieron que inclinarse ante la oposición del Congreso sindical del 11 de marzo de 1920 (J. H. Thomas, Tom Shaw, J. R. Clynes), y contentarse con el proyecto de nacionalización, presentado el 20 de junio de 1920 por el juez Sankey, encargado de una encuesta por la «Coal Industry Comission Act» del 26 de febrero de 1919. El «British Socialist Party», a instancias de Theodore Rothstein, se afilió, junto con el «Independent Labour Party», a la Internacional Comunista, después de las elecciones de 1918, seguidos de gropúsculos tales como la «Workers' Socialist Federation» y la «South Wales Socialist Sty», en junio de 1919, en espera de que viera la luz un partido comunista inglés, los días 31 de julio y 1 de agosto de 1920. En su inmensa mayoría, los afiliados a las Trade-Unions, cada vez más numerosos (2.250.000 en 1914; 4.500.000 en 1918; 6.500.000 en 1920), depositaban sus esperanzas en las ventajas concretas que el acceso al poder del partido laborista no dejaría de reportarles, es decir, en un progreso social realizado pacíficamente por unas vías democráticas.

Sin embargo, las elecciones, precipitadas con muy buenos motivos por el gobierno británico, deseoso de hacerse apoyar en las negociaciones de paz por una opinión pública sólida, no le fueron favorables. De un total de 607 escaños, la coalición obtuvo 478 (344 conservadores, 133 liberales, 11 independientes) y la oposición solamente 129 (de ellos, 65 laboristas), el 1 de diciembre de 1918. Asquith había sido derrotado. En el seno del gabinete, Lloyd George chocaba violentamente con Churchill. El primero había hecho campaña con la consigna «¡Ahorquemos al Kaiser! Alemania pagará!», sin decir una sola palabra de los Soviets, en tanto que el segundo, literalmente desencadenado contra ellos, reclamaba «la paz con el pueblo alemán; la guerra a la tiranía bolchevique»; y, nombrado ministro de Defensa, suministraba a los rusos blancos y azules material y víveres. Pero la City velaba. El belicoso ministro de la Guerra fue transferido a las Colonias en enero de 1921, y el ardiente galés, poniendo sordina a sus efectos oratorios, se adhirió de buena gana a los puntos de vista del economista sir John Maynard Keynes, consejero de la Tesorería, que preconizaba en su libro *Las consecuencias económicas de la paz,* publicado a finales de 1919, la renuncia a las reparaciones, el restablecimiento del comercio mundial y el aseguramiento del pleno empleo, en un país en el que el paro forzoso se instalaba como mal endémico con 500.000 parados a finales de 1920, 1.300.000 en marzo de 1921 y 2.500.000 en julio. La coalición de dirección liberal se resquebrajaba. Ni Churchill ni los conservadores le perdonaban el fracaso experimentado en Turquía. Los «torys», reunidos en el «Carlton Club» por iniciativa de Stanley Baldwin, presidente del «Board of Trade», decidieron por 187 votos contra 87, el 19 de

octubre de 1922, retirarse del gabinete, provocando con ello la dimisión de Lloyd George, reemplazado por el escocés canadiense Andrew Bonar Law, firmemente apoyado por su compatriota lord Beaverbrook (23 de octubre). Se iniciaba el ocaso del partido liberal. En las elecciones siguientes (octubre de 1922), Churchill mordió el polvo y los dos grupos de Asquith y de Lloyd George sólo obtuvieron en conjunto 117 escaños, contra 130 de los laboristas. La oposición de Su Majestad cambiaba de signo. Aunque el número de parados descendió a 1.300.000, el «Labour Party» obtuvo 4.250.000 votos (en tanto que en 1910 había obtenido un millón y en diciembre de 1918, 2.250.000). Bonar Law, enfermo, tuvo que ceder el puesto en mayo de 1923 a Stanley Baldwin, y éste, proteccionista, con «tendencia imperialistas», había sido atacado duramente por lord Curzon a raíz de una nuevas elecciones fijadas para el 7 de diciembre de 1923. El partido laborista fue el gran beneficiado: con 5 millones y medio de votos, conquistó 191 escaños y, por primera vez, gracias a la alianza de 158 liberales, contra 258 conservadores, el poder. El 21 de enero de 1924, James Ramsay Mac Donald formó un gabinete mixto. De muy breve duración, por otra parte. A propósito de un procedimiento judicial contra un periódico comunistoide, denegado por los liberales, aquella frágil coalición tropezó en el primer obstáculo. Disuelta la Cámara el 9 de octubre, las elecciones siguientes (el 29) significaron una aplastante derrota para los liberales, reducidos a 40 diputados, y un sensible retroceso para los laboristas, que sólo obtuvieron 151 escaños, y llevaron a Westminster una masa compacta de 404 conservadores. Al «espantajo» de la «carta roja» de Zinoviev, incitando a la insurrección a los comunistas británicos, argumento-clave de los «tories», el inglés medio respondió unánimemente.

En el gabinete formado el 4 de noviembre por Stanley Baldwin, Churchill, elegido esta vez como conservador (cansado de haber sufrido dos derrotas como liberal, en 1922 contra un radical y en 1923-24 contra un laborista, cambió de etiqueta), fue nombrado para el puesto-clave de canciller del Tesoro. La experiencia demostró que la elección no fue acertada. Demasiado sensible a las sugerencias de los banqueros, restableció la convertibilidad de la libra esterlina a la paridad-oro de antes de la guerra (abril de 1925) y se lanzó a una política de deflación de desastrosas consecuencias: retroceso de las exportaciones (especialmente las del carbón, 799 millones de libras en 1919, aumentadas únicamente a 865 en 1924); déficit de la balanza comercial; recrudecimiento del paro (1 millón en 1921; 2 en 1922; 1,51 en 1923; 1,26 en 1924 y 1,49 en 1926); resistencia de los trabajadores a la baja de los salarios. En marzo de 1926, los mineros protestaron, mientras una comisión de encuesta presidida por sir Herbert Samuel (el sionista) llegaba a la conclusión de que había que nacionalizar las hulleras (11 de marzo), y el 5 de mayo intentaron desencadenar una huelga general, evitada por la conclusión de un compromiso, el 12. Aunque los portuarios con Ernest Bevin, los ferroviarios y el Consejo general de las Trade-Unions les apoyan, se ven obligados a aceptar, al cabo de seis meses, una reducción de salarios del 10 %, agravada por la obligación de una hora suplementaria de trabajo por día. A fin de prevenir la repetición de una sacudida semejante, el gabinete conservador adopta la precaución de hacer condenar por la ley del 29 de julio de 1927 cualquier huelga que no presente un carácter estrictamente corporativo, y no vacila en romper durante tres años las relaciones diplomáticas con los Soviets (restablecidas por Lloyd George el 16 de mayo de 1921), a raíz de un registro que conduce al descubrimiento de unas pruebas de espionaje en la sede de la

delegación comercial bolchevique en Londres, en 1927. Pero su esfuerzo de deflación ha comprometido su crédito cerca de la opinión, hasta el punto de que el escrutinio del 31 de mayo de 1929 (esta vez, la edad límite para las mujeres ha sido rebajada a veintiún años) envía a Westminster a 287 laboristas, 260 conservadores y 60 liberales. Baldwin dimite y Ramsay Mac Donald vuelve a empuñar el timón. En tales condiciones, ¿cabe asombrarse de que, enfrentados con unas persistentes dificultades económicas, y reducidos a una existencia bastante precaria, los diversos gobiernos que se sucedieron en el número 10 de Downing Street en el curso de la postguerra prestaran un oído complaciente a las sugerencias transmitidas por Wall Street a la City? Su preocupación principal era la de restablecer a toda costa las corrientes comerciales aniquiladas por la guerra, y sobre todo por la revolución bolchevique.

* * *

La América enriquecida hace frente a la reconversión

Desde luego, el pueblo norteamericano saludó con alegría el cese de las hostilidades, pero consideró un poco la victoria como la de unos vecinos en cuya ayuda había acudido más que como la suya propia, y, deseoso de no volver a encontrarse mezclado en los asuntos de una Europa desquiciada y llena de acechanzas, no confía ya en Wilson ni en los que le rodean, que ya le han engañado una vez acerca de sus intenciones. Por otra parte, sus «businessmen» sólo piensan en volver a la normalidad «back to normalcy», y en romper la argolla que, amparados en el conflicto, los financieros han colocado alrededor de su cuello. Votan, pues, en «republicano». Lo mismo en las elecciones que dan a este último partido una mayoría de 22 votos en el Senado (en vez de 2) en marzo de 1919, y de 164 (en vez de 39) en la Cámara de Representantes, que en las presidenciales de noviembre de 1920, en las que Warren Harding (senador por Ohio desde 1914), designado en la décima vuelta por la Convención de Chicago del 8 de junio, triunfa por 414 mandatos (y 16.152.000 votos) contra 127 (y 9.147.000 votos) sobre los candidatos demócratas Cox y Flanklin Delano Roosevelt, nombrados en San Francisco el 9 de junio.

Liquidación de la guerra y reconversión: tales son las tareas esenciales del gobierno. El conflicto ha costado a los Estados Unidos alrededor de 35.000 millones de dólares. Gracias al aumento del impuesto sobre la renta y a la creación de una tasa sobre los beneficios de guerra, los ingresos fiscales, limitados a 735 millones de dólares el 30 de junio de 1914, han alcanzado 1.118 millones en 1917, 4.174 en 1918 y 4.648 en 1919. Cinco empréstitos a un interés del 3 1/4 al 4 1/2 %, cuatro llamados de la Libertad y el último de la Victoria, han proporcionado el resto, es decir, alrededor de 22.500 millones de dólares (54 %). La Deuda federal ha pasado de 1.193 millones en 1914 a 26.596 a finales de agosto de 1919. El presupuesto, de 617,38 millones en 1913 a 4.860 en 1920. Tal es el reverso de la medalla, el pasivo de la operación. El secretario del Tesoro, Andrew Mellon (ligado al mismo tiempo a las bancas Morgan y Kuhn-Loeb, y que controla negocios por valor de 4.200 millones de dólares) y el banquero Ch. G. Dawes, de Chicago, nombrado para el nuevo cargo de director del presupuesto, inician su tarea haciendo aprobar la ley presupuestaria del 10 de junio de 1921. Quieren abolir la tasa sobre

los beneficios de guerra —lo que acepta la Cámara—, pero la misma Cámara se niega a reducir las sobretasas del 50 al 25 %, y las mantiene al 40 % para las categorías superiores, y las aumenta del 10 al 12 % sobre los beneficios de las sociedades (las cuales se beneficiarán, a pesar de todo, de unas reducciones de impuestos por valor de 6.000 millones de dólares). Todo lo cual no será obstáculo para que la deuda se reduzca a 16.185 millones de dólares, el 30 de junio de 1930.

En la cara de la medalla, es decir, en el activo, conviene situar el aumento considerable de las exportaciones: 2.329 millones de dólares en 1914 (de ellos, 814 a América del Sur), 2.716 en 1915, 4.272 en 1916, 5.920 en 1918 (2.332 a América del Sur, en 1919). Los excedentes se cifran en 9.500 millones de dólares desde 1914 a 1918. Es cierto que, cuando Europa reanuda el trabajo y restablece sus fuerzas, empieza la recesión en mayo de 1920: las exportaciones retroceden entonces a 4.379 millones en 1921, y las importaciones de 5.278 en 1920, caen a 3.113 en 1922. Como consecuencia de aquella prosperidad temporal, los Estados Unidos, que poseían 16.000 millonarios en 1917, cuentan con 20.000 en 1920 (entre los cuales Andrew Mellon figura en segunda o tercera fila). La renta nacional se ha duplicado con creces (33.000 millones de dólares en 1914, 61.000 en 1918, 72.000 en 1920). La riqueza nacional ha pasado de 186.300 millones de dólares en 1912, a 320.800 millones en 1922. Las inversiones en el extranjero, de 2.500 millones en 1914 a 3.993 en 1920, 9.090 en 1924 y 13.500 a finales de 1927 (8). Además, han acaparado la mitad del oro del mundo y conquistado el mercado de capitales, convirtiéndose en el principal acreedor del viejo continente. Han anticipado a los Aliados, en total, 10.400 millones de dólares: 4.166,3 a la Gran Bretaña (cuya deuda se ha multiplicado por 10), 2.950,7 a Francia (deuda multiplicada por 7), 1.648 a Italia (deuda multiplicada por 6) y 855,3 a Bélgica. Finalmente, han conquistado, desde el punto de vista naval, el primer puesto, *ex-aequo* con la Gran Bretaña: el tratado concluido en Washington el 6 de febrero de 1922 reconoce a cada una de los potencias anglosajonas el coeficiente 5, fijando el del Japón en 3 y limitando a 1,75 los de Francia e Italia. Indiscutiblemente, en todos los terrenos, se encuentran a la cabeza de las potencias mundiales.

La agitación obrera se apacigua

Pero no por ello dejan de tener problemas internos muy graves que resolver. El de la reconversión en primer lugar. Reinserción en la economía de cuatro millones y medio de desmovilizados. Readaptación de las industrias de guerra, cuyos stocks acumulados no pueden ser liquidados sin pérdidas. Abolición de todas las Oficinas del Estado, cuya dirección, en el aspecto administrativo, ha sido confiada por Wilson a Bernard Baruch y consortes. Lucha al mismo tiempo contra el alza del coste de la vida (de 50 a 77 % a mediados de 1919, en comparación con 1913) y, en sentido contrario, contra la caída de los precios agrícolas (de 2,15 dólares en diciembre de 1919 a 1,44 en diciembre de 1920 para el trigo; de 36 dólares la libra a 14 para el algodón), lo que implica la anulación de algunos derechos de aduana por la tarifa

(8) Sus inversiones exteriores privadas aumentaron de 6.995,6 millones de dólares en 1919 a 17.000 millones en 1929.

Fordney-Mac Cumber de los días 21 de julio de 1921 (en la Cámara) y 21 de septiembre de 1922 (en el Senado). Revalorización de los salarios reales, caídos de 100 en 1913 a 92,9 en 1918, para situarse en 97,7 en 1919, 112,2 en 1920 y 123 en 1921. Desde 1921 hasta 1928, aumentaron un 20 %. Manteniendo la paz social. El acercamiento capital-trabajo preconizado por Wilson no se ha visto coronado por el éxito: los representantes obreros se han retirado de la conferencia convocada del 6 al 22 de octubre de 1919, bajo la presidencia de Bernard Baruch (la A. F. L. cuenta entonces con 4.125.000 miembros, de un total de poco más de 5 millones de sindicados). Y los conflictos se multiplican: en el curso del año 1919, 3.630 paros laborales afectan a 4.160.000 obreros. Entre otros, en febrero, 60.000 de los astilleros de Seattle que, bajo la dirección de James A. Duncan, se entregan a violencias durante cinco días. El 9 de septiembre, los policías de Boston se declaran en huelga porque se les niega el derecho a afiliarse a la A. F. L.: el gobernador Calvin Coolidge les reemplaza por voluntarios y hace intervenir a la guardia nacional. El 22 de septiembre, los metalúrgicos, que trabajan hasta sesenta y nueve horas semanales, responden al llamamiento de un dirigente, William Z. Foster (de los «Industrial Workers of the World», comunista), y se declaran en huelga, en número de 250.000 y luego de 350.000; el movimiento, reducido por todos los medios posibles, languidece hasta enero de 1920 y termina con el retorno a la jornada de doce horas. El 1 de noviembre, los mineros de John L. Lewis, en número de 425.000, reivindican la semana de treinta horas y un reajuste de salario del 60 %; el gobierno Wilson les «conmina» el 8 a no interrumpir el trabajo y les hace conceder un aumento del 14 %, a partir del 31 de marzo de 1922, y luego del 27 %. En diciembre, la «American Federation of Labor» sintetiza sus reclamaciones en una Declaración de los Derechos del Trabajo, «Labor Bill of Rights».

Pero la depresión, más aguda a partir del verano de 1921, con casi 5 millones de parados, crea un clima poco favorable al movimiento obrero. Las huelgas fracasan: la de los talleres de ferrocarriles, el 1 de julio de 1922, protestando contra una reducción de salarios del 10 %, que los ferroviarios se niegan a apoyar, condenada el 1 de septiembre por el juez Wilkerson de Chicago, se traduce en una baja de efectivos de 400.000 a 225.000; la de los mineros de Lewis (1 de abril de 1922), que provoca violencias en Illinois, si bien logra un aumento del 10 % en las minas de antracita (22 de septiembre), tiene como consecuencia la defección de los 500.000 miembros de la Unión, reducidos a 150.000 en 1932. Aunque la «Railway Labor Act» reconoce en marzo de 1926 la legalidad de la huelga de ferrocarriles, las decisiones restrictivas del Tribunal Supremo y de los jueces, las «prescripciones» que llueven como granizo, desalientan a los sindicatos. La A. F. L. (dirigida, a la muerte de Samuel Gompers, en diciembre de 1924, por William Green, de la misma tendencia, «Odd Fellow», afiliado a los «Elks» y a la Francmasonería) ve disminuir el número de sus afiliados de algo más de 5 millones a 4 en 1920 y a 2.933.545 en pleno período de prosperidad, en 1929.

El gobierno Harding, si bien libera a Eugene Debs, mantiene a 1.500 dirigentes en prisión y expulsa a los agitadores extranjeros; el 29 de diciembre de 1919, 249 de ellos son expulsados a Rusia. Y cierra las puertas a los inmigrantes que la Ley de 1921 limita al 3 % de las cifras de 1910, y la del 26 de mayo de 1924 al 2 % de las de 1890, la de 1927 (en proporción de 150.000 en 1920) y la de 1929, a 180.000 por año en cifras absolutas según el origen

(la población de los Estados Unidos tiene 105.711.000 almas en 1920, 122.775.000 en 1930). Muy débil, el partido comunista es violentamente combatido por los miembros de la «American Legion» (ex combatientes) y del Ku-Kux-Klan (reorganizado por William J. Simmons, de Atlanta, en 1915, reducido a 5.000 afiliados en 1920, pero desarrollado posteriormente por Edward Young Clarke y Mrs. Elisabeth Tyler, hasta el punto de agrupar a 4 millones de miembros en 1925). A raíz de la conferencia celebrada en Chicago en 1921, la patronal decide hacer prevalecer el principio de la «open shop», es decir, de la libertad de contratación de los trabajadores, sin injerencia de ningún sindicato, favorece abiertamente la constitución de asociaciones profesionales autónomas, que el ministro de Comercio, Hoover, estimula por su parte. Aquellas «Company Unions», en número de una docena en 1917, serán alrededor de 500 en 1927 y agruparán a 1.400.000 trabajadores (o sea, casi la mitad de los efectivos de la A. F. L.), especialmente en la metalurgia, la electricidad, los servicios públicos y la limpieza. Sus miembros disfrutan de ventajas sociales (alojamiento, enseñanza, restaurantes, seguros, servicios médicos, vacaciones, etc.), tienen derecho a una participación en los beneficios en forma de acciones (obligatorias en las empresas U. S. Steel, Betlehem Steel, Eastman Kodak, Amer. Tel. and Telegraph Cy, Pennsylvania, New-York Central Railroads, Standard Oil, etc.), a veces incluso (Goodyears Tyre) a una representación cerca de la dirección. Un millón de ellos poseerán en el momento de la crisis de 1929 títulos por valor de mil millones de dólares.

«Enriqueceos»: corrupción, especulación, concentración

La exhortación de Guizot: «¡Enriqueceos!» parece haberse convertido en el slogan del régimen republicano. Llamado a reemplazar al presidente Harding, víctima de un ataque de apoplejía en San Francisco, el 2 de agosto de 1923, debido a la sobrecarga de trabajo que pesa sobre sus hombros, Calvin Coolidge, de Vermont, sale fortalecido del escrutinio de 1924. En vano Roosevelt ha logrado en la convención demócrata que Mac Adoo y Alfred Smith se retiren en favor de John Davis, de Nueva York, en julio de 1924. Davis sólo reunió 8.378.962 votos y 139 mandatos, y el senador de Wisconsin Robert La Follette (que, con el apoyo de la A. F. L. y de los agricultores había fundado en 1922, con un programa de nacionalización de los ferrocarriles y de la hidráulica, un partido progresista disidente), obtuvo 4.882.900 votos y 13 mandatos. Con 15.725.000 votos y 379 mandatos, el vicepresidente saliente triunfó con amplitud contra sus dos adversarios juntos. En la siguiente elección (26 de noviembre de 1928), el éxito de Herbert Clark Hoover (ingeniero de Iowa, antiguo jefe de la comisión de ayuda a Bélgica, de la «U. S. Food Administration», de la Ayuda a Europa, y ocho años ministro de Comercio) es aún más aplastante. Designado por la Convención de Kansas City y disponiendo de 9.400.000 dólares para su campaña, obtiene 21.392.000 votos y 444 mandatos contra 15.016.000 y 87 mandatos de su competidor demócrata, Alfred Smith (católico, elegido por la Convención de Houston, apoyado por «Tammany Hall», disponiendo de 7.100.000 dólares). Por otra parte, los republicanos poseen en marzo de 1929 una mayoría de 59 contra 36 en el Senado y de 270 contra 164 en la Cámara de Representantes. Ningún partido ha estado nunca más fuertemente asentado en Washington. Y nunca, tampoco, ha sido tan próspera la América del Norte. La ley fiscal «Revenue Act» de 1926 puede permitirse el lujo de reducir el impuesto sobre la renta, sus sobretasas

y los derechos sobre las sucesiones, del 40 al 20 %. La tasa de descuento es rebajada del 4 al 3,5 % en agosto de 1927. Las reservas-oro (1.926 millones en 1915) alcanzan 4.284 millones de dólares en 1929. Los depósitos bancarios se han hinchado, de 15.314 millones en 1920 a 28.485 en 1930.

Por desgracia, el desarrollo de los acontecimientos demostrará la vulnerabilidad del sistema. Algunos de sus fallos, muy visibles, se manifiestan de día en día. Desde que ha dejado de abastecer a Europa, la agricultura está en crisis. Los precios han bajado, desde 1919 hasta 1921, en la mitad para el trigo, el algodón y los cerdos, en casi la mitad para el ganado y en una tercera parte para el maíz. Mal organizados, dotados de pocas cooperativas, incapaces de dirigir sus propios negocios, los agricultores esperan que la administración acuda en su ayuda. Bajo el control de Eugene Meyer, el hombre de confianza de Baruch y de los Lazard, de agosto de 1921 a 1925 y, de nuevo, por mediación del «Federal Farm Loan Board» que dirige Meyer, de 1927 a 1929, se adoptan una serie de medidas en favor de los agricultores («Agricultural Credits Act» de marzo de 1923, crédito de 5 millones de dólares a disposición de los «Federal Intermediate Credit Banks»; creación de un Fondo de Compensación para el mantenimiento de los precios en febrero de 1927; «Agricultural Marketing Act» de 1929; circulación de fondos con entrega de 500 millones de dólares al «Federal Farm Board» para estimular la creación de cooperativas; reabsorción de excedentes por la «Grain and Cotton Stabilizing Corporation»). A pesar de todo esto, la renta agrícola total, 4.400 millones en 1914, hinchada a 9.600 en 1918 y hasta 12.000 en 1919, se hundirá a 5.200 en 1932.

Otro vicio del régimen, la corrupción, plaga de las grandes ciudades, que ha adquirido proporciones alarmantes con las leyes de prohibición del alcohol (enmienda 18.ª, del 29 de enero de 1919). Después de Filadelfia, donde imperaba desde 1903, se extiende a Chicago, bajo William H. Thompson (alcalde desde 1915 hasta 1931, salvo el intervalo de William E. Dever, desde 1923 a 1927) y a Nueva York, bajo Boss Tweed y Boss Crocker, en los años 20, en que infesta los tribunales (los jueces elegidos son, en la mayoría de los casos, hombres de paja de los «gangsters»). Senador con el apoyo de «Tammany Hall» y gobernador del Estado en 1928 sin aquel apoyo, a raíz de una compaña de la que ha sido «manager» Henry Morgenthau, Franklin Delano Roosevelt ha hecho la vista gorda y ha archivado las encuestas. Los escándalos salpican incluso a los colaboradores del gabinete federal (a Fall, por ejemplo, secretario del Interior, por tráficos sobre los petróleos con Doheny, el 4 de marzo de 1923; a Forbes y a Harry Daugherty, «manager» de la campaña electoral de Harding, recompensado con el cargo de «attorney general»).

Y todavía más un virus endémico en los Estados Unidos, esta vez de propagación galopante: la especulación. Democratizado ampliamente el capital, los nuevos poseedores de títulos, en número de un millón, se aficionan al juego de la Bolsa, y no solamente sobre sus economías. Son estimulados a ello por los banqueros, que prefieren a su papel de comerciantes de créditos el de vendedores de acciones (la Bolsa de Nueva York registra un volumen de ventas de 1.000 millones en octubre de 1929, en vez de 44,45 millones el 1 de enero de 1925), y que ofrecen al público fondos para traficar, en forma de préstamos de corretaje, «brokers'loans», en aumento del 68,7 % entre 1921 y 1928, o de préstamos «a terceros» «for others» (que pasan de 691 millones en septiembre de 1926, a 3.860 en septiembre de 1929); o de-

«call money», al 20 %. Al alimentar así el «boom», al hinchar los títulos por tres veces su valor, entre el 3 de marzo de 1928 y el 3 de septiembre de 1929, ¿no preparan los financieros conscientemente, voluntariamente, el «crack»?

Paralelamente, y por instigación de la alta finanza, se desarrolla en los Estados Unidos un proceso continuo de concentración: en 1822, los «trusts» disponían únicamente de 13 millones de dólares: en 1894, 179 detentaban 3.000 millones, y en 1914, 318 controlaban, con 7.250 millones, las dos terceras partes del capital industrial. En la electricidad, los 16 grupos más importantes controlan el 53 % de la fuerza motriz producida en 1925, en vez del 22,8 en 1915, y la «United Corporation», la «Electric Bond and Share» y la «Insull» dominan netamente el pelotón de seis que suministra los dos tercios en 1930. En las minas, la metalurgia y la industria mecánica, se han producido más de 7.000 fusiones entre 1919 y 1928. Enormes masas de capitales se encuentran en manos de las mayores compañías: la «American Telephone and Telegraph» detenta 4.250 millones de dólares; la «Pennsylvania Railroad», 2.600; la «U. S. Steel Corporation», 2.286; la «New-York Central Railroad», 2.257; la «Southern Pacific», 2.156; la «Standard Oil», 1.637; la «General Motors», 1.400; la «Associated Gas and Electric», 1.000, etc. La acción anti-trust, confiada en 1914 a la «Federal Trade Commission», está prácticamente bloqueada, debido a que William E. Humphrey, nombrado para la presidencia de aquel organismo, en enero de 1925, estima que no debe comunicar informaciones a la Justicia sin el acuerdo del grupo incriminado (Mellon puede beneficiarse así, sin ser molestado, de un verdadero monopolio sobre el aluminio). Los bancos corren la misma suerte: de un total de 30.812 en 1921, no subsisten más que 24.000 en 1930, 250 de los cuales absorben 33.400 millones de dólares, o sea, casi la mitad del total de los recursos, valorados en 72.000 millones de dólares. Esta política va acompañada de una racionalización a ultranza, cuya consecuencia es la endemia del paro obrero, que en los años de más prosperidad (1921, 1922, 1924, 1927) alcanza de 2 a 4 millones de trabajadores, y durante aquella década no baja nunca de un millón y medio. Sin embargo, como el nivel de vida se eleva continuamente hasta 1929, las huelgas muestran una clara regresión durante aquel período: la media anual de 3.503 conflictos afectando a 1.798.809 obreros entre 1916 y 1921, desciende a 791 y 244.947 obreros desde 1926 a 1930.

Aquella misma Finanza, que conduce a una América próspera al abismo, preparando a finales de 1929 la «catástrofe», la crisis generalizada tan grata a los profetas del marxismo, ¿qué posición ha adoptado en lo que respecta a Europa? Conocemos la de Baruch, la de la banca Kuhn-Loeb y su director Otto Herman Kahn: restauración de la economía alemana bajo control norteamericano, apoyo a la Rusia bolchevique. De aquella política llevada hasta el absurdo nos ofrece un ejemplo impresionante el «Chase National Bank», fundado en 1877, el mayor banco del mundo. Ha financiado a los Soviets. A pesar de la opinión de Mac Garragh, presidente del Banco de Liquidaciones de Cuentas internacionales, se compromete a fondo en Alemania, hasta el punto de que no tardará en «congelar» en ella 60 millones de dólares y tendrá que pasar a pérdidas y ganancias 250 millones de dólares. Su promotor es Albert H. Wiggin, que ha traficado en la «Allied Relief Fund», el Fondo de la Ayuda a los Aliados, realizando así 10 millones de dólares de beneficios. Obligado a dimitir después del «crack» (el 10 de enero de 1933), cederá el puesto a su socio Winthrop William Aldrich (presidente del «Equi-

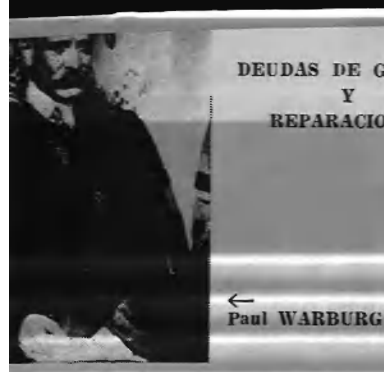
table Trust» desde 1922 a 1930), también abogado, hijo de un senador de Rhode Island y cuñado de John Rockefeller *junior*. Este último se retirará de la «Bankers Trust Cy» de los Morgan para desencallar los dos establecimientos reuniéndolos bajo su mano, conservando a Aldrich como director.

* * *

Walter Rathenau y los Warburg, control judeo-norteamericano de la economía europea, a través de la industria alemana «racionalizada»

Más allá del Rin, en el seno de la joven República de Weimar, Walter Rathenau (trasladado del servicio anti-bloqueo en 1914 a la Oficina de las Materias Primas por Falkenhayn durante la guerra), sucesivamente ministro de Reparaciones el 10 de mayo de 1921 y de Asuntos Exteriores en el gabinete Wirth el 31 de enero de 1922, concentra las esperanzas de sus primos germano-norteamericanos. Aquel magnate de la electricidad (con una fortuna de 15.000 millones de marcos-oro en 1921), dueño de la «Allgemeine Elektrizität Gesellschaft», posee importantes participaciones en negocios de gas, de productos químicos, de industria pesada y de transportes. Citando un título de Henry Coston, es uno de los «Financieros que gobiernan el mundo», de los «trescientos hombres que, conociéndose todos, dirigen los destinos económicos del continente y se buscan sucesores en su entorno», como él mismo ha escrito en la Navidad de 1909 en la *Neue Freie Presse*, de Viena. «Una oligarquía tan cerrada como la de Venecia». Profeta de los nuevos tiempos, pretende esgrimir de nuevo la divisa «Fe, Esperanza, Amor», anunciada por el último Profeta para los milenios a venir» (pág. 232) y, en su libro, *¿Adónde va el mundo?* (Payot, 1922), expone sus puntos de vista sobre la sociedad que hay que edificar. De ideas hegelianas, emite sobre los de su categoría este lúcido juicio: «La potencia mundial de la plutocracia ... ha completado el movimiento de mecanización ..., ha llevado las oposiciones a un grado tal de intensidad que la sucesión de catástrofes nacionales que ha provocado pone en peligro su propia existencia» (pág. 121). En ese sentido, «la guerra, que todavía hoy se pretende atribuir a causas secundarias, *debía llegar* para conducirnos, a través de las desdichas comunes, a la responsabilidad común y a la solidaridad nacional» (pág. 365). «Esta guerra —concreta en la página 299— asesta un golpe decisivo al principio de la libertad, de la propiedad individual, y prepara las formas futuras de la economía colectiva». Y, en la página 313, «la guerra permite la intervención del Estado por encima de los monopolios y de los intereses particulares, preparando su predominio sobre la economía».

Valiosa confesión, en la cual aparece a plena luz la colusión de los magnates del capitalismo y de los dirigentes marxistas de la Revolución. En 1915, en su prólogo a *La Economía mundial y el Imperialismo*, de Bukharin (páginas 12 y 13), Lenin dice: «Unos centenares de multimillonarios tienen en sus manos la suerte del mundo». Y, adoptando la conclusión a que ha llegado Kautsky: «No está lejana la época en que una asociación mundial de magnates del capital, constituyendo un trust único ... poniendo fin a las rivalidades (de los capitales nacionales) ... creará ... un capital financiero unificado en el plano internacional». Sin embargo, como economista avisado y práctico, Rathenau se aparta de ciertos errores fundamentales del marxismo. «La renta está determinada por las inversiones que la economía mundial necesita



DEUDAS DE GUERRA
Y
REPARACIONES

← Paul WARBURG





← Bernard BARUCH

HIPOTECA
SOBRE
EUROPA

Felix WARBURG →





En casa de sir Philip Sassoon (24 de abril de 1921)



Pierpont MORGAN
y el
barón READING
(Rnfus Isaacs)

El doctor LUTHER
y
MONTAGU NORMAN
(Banco de Inglaterra)



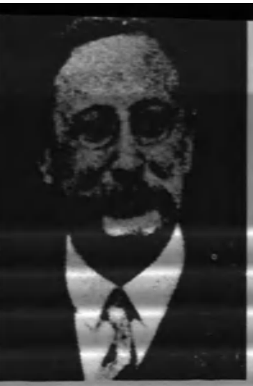
← KRASIN (de Rapallo)

Walter RATHENAU →



Luis LOUCHEUR →





Hore BELISHA — Leon BLUM — Maxim LITVINOV
los tres «coligados» del «American Hebrew»

Eduardo BENES
el encendedor

Los protagonistas del Eje



el Axis contraído a firmar el pacto germano-ruso



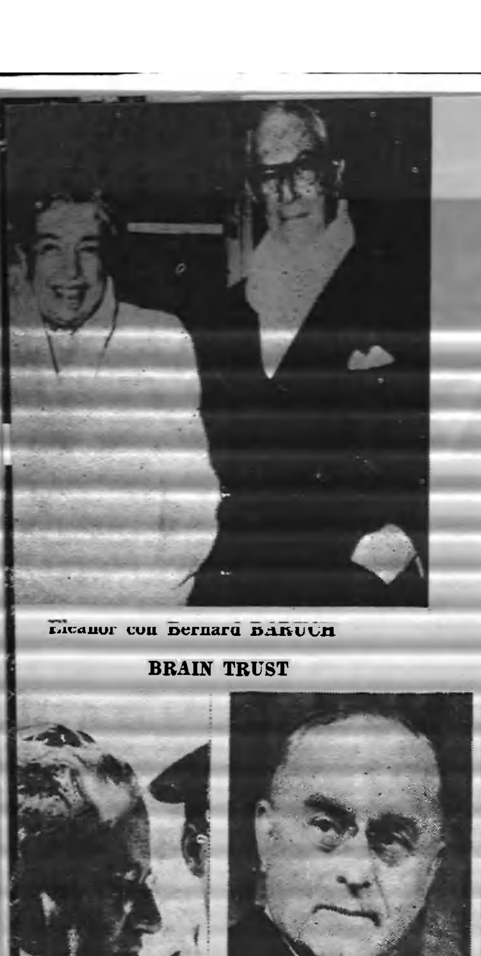
y los de la hegemonía anglosajona



Conferencia del Atlántico

Príncipe KONOYE
→






Eleanor con Bernard BARUCH

ROOSEVELT en San Francisco

BRAIN TRUST

REPARTIDORES DE FONDOS









ROSENMAN — Felix FRANKFURTER — Harry HOPKINS — Averell HARRIMAN — Paul HOFFMAN

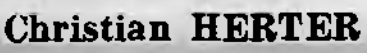
COMISION ATOMICA





INSTEIN — OPPENHEIMER — LILIENTHAL — STRAUSS

COUNCIL ON FOREIGN RELATIONS
Del «containment» a la apertura al Este

TER DULLES — Christian HERTER — Allen DULLES — Cyrus EATON — Walter LIPPMANN







—declara en la página 91—. En consecuencia, sería indispensable, aunque todos, los medios de producción estuvieran concentrados en unas solas manos, de un individuo, de un Estado o de un conjunto de Estados: sólo puede deducirse de ella el volumen que representa la satisfacción de las necesidades del capitalista». Y añade: «Por eso, la estatización de los medios de producción no es viable desde el punto de vista económico». Tanto más por cuanto, al destruir la palanca de la competencia, vuelve la espalda al progreso. En efecto, se deja «sin solución el problema de saber cómo, en ausencia de toda competencia, de todo estímulo interno, de toda norma de comparación, por el simple método burocrático, la colectividad podría proveer al principio fundamental sin la cual la propia Naturaleza es incapaz de cumplir las tareas que implica su evolución: nos referimos al principio de la lucha por la existencia, de la selección, de la alegría de vencer» (pág. 117). «No tenemos (pues) ningún motivo ... para destruir el edificio erigido por un milenio de trabajo organizado para colocar en el puesto de la competencia un burocratismo policíaco y, en el puesto de la libertad civil, unas sopas populares obligatorias para todo el mundo y el derecho universal a la pobreza» (pág. 126).

Hechas esas observaciones, muy pertinentes, nuestro autor no deja de preconizar un socialismo de Estado sin fallos. Sea cual sea el régimen político, «trátese de la monarquía dinástica o de la democracia (y aquel padrino de la República de Weimar no se muestra tierno con los Parlamentos, a los que tilda de «caricatura de institución política» —pág. 325— y de «Bolsa de los partidos en la que muchos representantes desempeñan un papel puramente estadístico» —pág. 327—), formas secundarias, a fin de cuentas...», el Estado popular debe tratar de ser «la organocracia», proclama en la página 321. «Sólo el Estado debe ser rico» (pág. 140). «Sin dejar de estar diversificadas, la posesión y las rentas deben tender hacia la igualización y la transmisión progresiva de las herencias a manos del Estado, con reducción del consumo suntuario y limitación del derecho de sucesión». «Se concibe difícilmente que la sociedad tolere el despilfarro del patrimonio nacional, sin indemnizarse por el legítimo medio de los impuestos» (pág. 104). «El consumo debería ser impuesto de tal modo que por encima de un milímetro suficiente, calculado por cabeza, el Estado debería percibir un marco por cada marco de consumo suplementario» (pág. 105). Habiendo eliminado así todo despilfarro individual improcedente, el Estado se ocupará de los precios y acortará el circuito producción-consumo, suprimiendo numerosos intermediarios (pág. 148). Luego abrirá los caminos a la economía estatal, creando bajo su control empresas autónomas (sea reembolsando el capital, sea repartiéndolo entre los empleados) y transformando los monopolios de servicios públicos en sociedades de gestión mixta (págs. 153 y 156). Velará a continuación por reducir al mínimo la fabricación y la importación de los productos de lujo y por estimular el ahorro, para dejar en reserva la tercera parte del valor del trabajo nacional. Provisto así de abundantes riquezas, podrá permitirse garantizar la elevación del nivel de vida, el mejoramiento de la educación popular (pág. 140), ayudar a los artesanos, hacer vivir dignamente a los intelectuales y a los artistas, prever incluso la gratuidad de los transportes (pág. 158). Tal es el programa de un «tecnócrata», deseoso ante todo de racionalización, cuya puesta en marcha se esforzarán en favorecer los financieros del otro lado del Atlántico, inundando literalmente a Alema-

nia (incluso después del asesinato de Rathenau) con 5.265 millones de marcos de créditos, desde 1924 hasta 1931.

La República de Weimar y los desórdenes interiores

Por así decirlo a fondo perdido. Ya que, durante aquel período, los disturbios continúan y la República de Weimar no escapa a las reparaciones más que con la quiebra. Las provocaciones de las izquierdas exasperan al ejército, que se niega a aceptar la responsabilidad de la derrota. Llevados ante una comisión de encuesta (constituida el 21 de octubre de 1919), en la que figuran los judíos Cohn, Gothein y Zinzheimer, Hindenburg y Ludendorff denuncian el sabotaje de la retaguardia, «la puñalada por la espalda», y salen engrandecidos de la prueba (21 de noviembre), en tanto que Helfferich, ex ministro del Tesoro, pone en duda el derrotismo de Erzberger, jefe del Centro católico. A las pretensiones de los Aliados de hacerse entregar una primera lista de «criminales de guerra» (8 de febrero de 1920), Alemania responde con una negativa tan categórica que aquéllos no insisten. Pero hay algo peor. Aprovechando los remolinos de la desmovilización, el 12 de enero de 1920, los «espartaquistas» se lanzan al asalto del Reichstag. Hay 42 muertos y 105 heridos. ¿Se permitirá por mucho más tiempo que el gobierno socialista y su ministro del Interior, David, toleren aquellos desórdenes? Gobernador de Berlín, el general von Lüttwitz se apresura a actuar. Desoyendo los consejos de prudencia de los jefes conservador y liberal, Heinze y Hergt, y haciendo caso omiso de las reservas del general Maercker (26 de julio), se asegura la colaboración de Wolfgang Kapp (desde el 21 de agosto), del conde Westarp, de Helfferich, del coronel Walter Dauer (hombre de confianza del general Ludendorff), de las ligas de oficiales («Deutscher Offiziersbund» y «National Verband Deutscher Offiziere», creadas los días 28 de noviembre y 16 de diciembre de 1918), de la «Nationale Vereinigung», creada por el capitán Pabst y, por mediación del periodista Schnitzler, de la brigada de la marina «Ehrhardt», que replica a una tentativa de Noske de detener, el 11, a los principales conjurados y de destituir a Lütwitz, marchando, en la noche del 12 al 13 de marzo, desde Döberitz a Berlín, donde los cuerpos francos del Báltico (con la cruz gamada en el casco) hacen su entrada al día siguiente. Mientras que en Munich el coronel von Epp y el director de la policía Pöhner expulsan al gobierno socialista e instalan al nacionalista von Kahr en el poder, Ebert y su gabinete se refugian en Dresde y luego en Stuttgart. Sin embargo, el golpe de Estado fracasa. Los conservadores niegan su apoyo, el 13; el Reichsbank cierra sus cajas fuertes, el 16; en cuando a los «rojos», desencadenan la huelga general el 14 y fomentan disturbios en Kiel, Wilhelmshaven, Halle, Francfort, Chemnitz, en Sajonia y en Turingia. Abandonado por una parte de sus tropas, Kapp se retira el 17 de marzo y busca refugio en Suecia. Por la intervención del coronel Heye, Lüttwitz, de acuerdo con el presidente del Consejo prusiano, Hirsch, cede sus poderes al general von Seeckt (católico, originario del Schleswig), nombrado como jefe de la «Heeresleitung», con Heye como segundo en el «Truppen Amt», al regreso de Ebert a Berlín, el 18 de marzo, mientras que el demócrata Gessler releva a Noske en el Ministerio de la Guerra (24 de marzo de 1920).

Los nuevos gobernantes tienen como primera tarea la de reprimir la in-

surrección de 80.000 a 120.000 rojos en la zona desmilitarizada del Ruhr, donde han diezmado a un destacamento de 117 hombres en Wetten, el 14 de marzo, asesinado a 20 hombres en Essen, el 19, y proclamando en algunos sectores la dictadura de los Soviets. Aunque el socialista Severing ha obtenido de los moderados un armisticio en Bielefeld, la intervención del ejército es necesaria para liberar a la guarnición de Wesel, el 27 de marzo; 24.000 hombres concentrados en Münster por el general Watter entran en Bottrop el 6 de abril y en Essen el 7, y una brigada de tiradores bávaros de von Epp en Dortmund, el 6. Protestando contra la violación de la zona neutral, Francia hace ocupar por 20.000 hombres Frankfurt y Darmstadt, del 6 de abril al 17 de mayo. Volverá a protestar (a raíz de la aprobación de las leyes del Reich de 8 de agosto de 1920, 22 de marzo de 1921 y 5 de mayo de 1921) contra la constitución de contingentes auxiliares —«Volkswehren» o guardias cívicos, «Zeitfreiwilligen», voluntarios alistados por tres meses, «Nothilfe», ayudantes técnicos, «Einwohnerwehren», una especie de policía auxiliar formada por vecinos armados, creados el 25 de abril de 1919, en número de más de un millón—, los cuales, oficialmente disueltos, se reorganizan en el cuerpo franco «Oberland»... y también contra las formaciones ilegales, cuerpo franco Rossbach (procedente de los países bálticos), secciones de asalto, «Sturmabteilung», comunidades de trabajo «Arbeitsgemeinshaften» de Pomerania, grupos de autoprotección, «Selbschützen». Esas diversas formaciones han suministrado una parte de los 15.000 voluntarios alemanes que luchan en la Alta Silesia contra los 22.000 «Sokols» polacos de Korfanty, antes de ser disueltos en noviembre y diciembre de 1921. El plebiscito previsto ha dado en efecto a Alemania, el 21 de marzo de 1921, 707.000 votos contra 479.000. La opinión del otro lado del Rin, enardecida por ese éxito, ha acogido muy mal la decisión de los Aliados de dividir la zona en disputa, concediendo a Polonia los más ricos distritos hulleros. Por dos veces, los cuerpos francos han infligido sangrientas derrotas a los polacos, tomando al asalto Annaberg, el 23 de mayo, y rodeando a 8.000 hombres en Klodnitz y Cosel, del 4 al 6 de junio de 1921. A raíz de un ultimátum francés, enviado a pesar de lord Curzon el 16 de julio, el ministro de Asuntos Exteriores, Rosen, ha tenido que tolerar el paso de una fuerza internacional (compuesta de 11.500 franceses y 2.000 italianos) al mando del general Le Rond, encargada de restablecer el orden y de imponer la decisión del Consejo Supremo (8-13 de agosto), hasta que la «línea Sforza», confirmada por la Sociedad de Naciones en septiembre, sea finalmente aceptada por Berlín, el 15 de mayo de 1922.

La manzana de la discordia de las reparaciones y los apuros financieros de Francia

Los encuentros internacionales se sucedían en efecto a un ritmo rápido. Eterna manzana de la discordia, la cuestión de las reparaciones alimentaba sobre todo la controversia. Habiéndose quejado Louis Barthou, el 25 de marzo de 1920, de la lentitud en las entregas de carbón que debía efectuar Alemania, reducidas a 2,3 millones de toneladas, en vez de 7, el 10 de enero de 1920, y a 0,2 en vez de 3, del 11 de enero al 19 de marzo, se había discutido el problema en San Remo, el 18 de abril, y los jefes de Estado, Millerand y François-Marsal por Francia, Lloyd George y Austen Chamberlain por Inglaterra, se habían vuelto a reunir, como por casualidad, los días 15 y 16 de mayo de 1920, cerca de Folkestone, en la finca de sir Philip

Sassoon en Hythe, para preparar la conferencia prevista en Spa, y que se celebró en Boulogne, del 21 al 23 de junio. En ella se decidió el importe de las reparaciones a reclamar al Reich, o sea, en vez de 269.000 millones, 120.000 millones de francos-oro, repartidos en 33 vencimientos, fijándose las anualidades en 3.000 millones de marcos-oro (cuando los expertos británicos calculaban en 75.000 millones de francos-oro las posibilidades de los vencidos). En cuanto a su distribución, que concedía a Francia el 55 % y a la Gran Bretaña el 25 %, fue modificada y completada en Bruselas, el 2 de julio: 52 % para Francia, 22 % para la Gran Bretaña, 10 % para Italia, 8 % para Bélgica, 5 % para Yugoslavia, etc. Finalmente, se celebró otra reunión en Spa, del 6 al 17 de julio de 1920, en presencia del canciller Fehrenbach y de sus ministros von Simons (Asuntos Exteriores) y Gessler (Guerra). En ella se decidió, el 9 de julio, reducir los efectivos de la Reichswehr a 150.000 hombres el 1 de octubre de 1920 y a 100.000 el 1 de enero de 1921, consintiéndose también en rebajar las entregas de carbón de 2.250.000 toneladas a 2 millones, de ellos 1,6 para Francia, lo que provocó la dimisión de Poincaré de la Comisión de Reparaciones.

Nueva reunión en París, del 24 al 29 de enero de 1921, entre Aliados: Lloyd George y lord Curzon por Inglaterra, el conde Sforza por Italia, Jaspar y Theunis por Bélgica, el vizconde Ishii por el Japón. Pero, en el intervalo, los portavoces de Francia habían cambiado. Alexandre Millerand había sido llamado, a raíz del accidente (24 de mayo de 1920) y de la dimisión de Paul Deschanel (21 de septiembre), a reemplazarle en la presidencia de la República (por 695 votos sobre un total de 892, el 24 de septiembre de 1920). Su colega Georges Leygues se había limitado, al principio, a reajustar su gabinete (con 4 francmasones). El nuevo presidente del Consejo, que había retenido para él la cartera de Asuntos Exteriores, no logró obtener en el Senado el restablecimiento de la Embajada en el Vaticano (suprimida el 30 de julio de 1904), a pesar de que había sido aprobado por la Cámara, por 397 votos contra 209, el 11 de marzo de 1920. En cambio, tomó la iniciativa de reemplazar en el Quai d'Orsay al secretario general Maurice Paléologue, amigo de Poincaré, por Philippe Berthelot (hermano del director del Banco de Indochina) en septiembre de 1920. Con el nuevo titular, que permaneció en funciones hasta 1933, la influencia creciente de la Francmasonería y del judío checo Benes dominó la diplomacia francesa. Preocupado ante todo por evitar una restauración en Hungría («¡Antes el Anchluss que los Habsburgo!», tuvo la inconsciencia de proclamar), aquel intrigante estadista se apresuró a anudar con Yugoslavia (14 de agosto de 1920) y luego con Rumanía (23 de abril de 1921) unos lazos que, completados por un acuerdo entre Rumanía y Yugoslavia (7 de junio de 1921), permitieron hacer fracasar las dos tentativas de restauración del emperador Carlos (marzo y octubre de 1921) y de reconstitución de una Federación danubiana (de la cual Millerand y Paléologue eran personalmente partidarios), para desembocar en la conclusión del Pacto de la Pequeña Entente (al cual Polonia, a pesar de estar ligada a Francia por un acuerdo defensivo firmado en febrero de 1921, se negó a asociarse), y en la firma de compromisos de ayuda militar, con graves consecuencias para el futuro (25 de enero de 1924 con la Pequeña Entente; 16 de octubre de 1925 con Checoslovaquia; 10 de junio de 1926 con Rumanía; 11 de noviembre de 1927 con Yugoslavia). Aquella política, destinada a consolidar los tratados de Versalles en sus disposiciones más discutibles, presentaba quizá la ventaja de crear una «clientela» a Francia

(y de estrechar los lazos de los Schneider con Skoda, de la finanza parisiense con Titulesco, de André Bénac y del Banco de París con Varsovia). Iba a despertar sobre todo las sospechas de los ingleses, temerosos siempre de la preponderancia de una potencia continental, cualquiera que fuese, y los recelos casi enfermizos de los alemanes, con su miedo perpetuo a quedar rodeados por un cílculo hostil. En el momento en que Francia, aislada, chocaba con todo el mundo en el terreno de las reparaciones, y en que, consciente de verse frustrada de los frutos de su victoria, derrocaba a su gobierno por un voto de desconfianza apoyado por 447 sufragios, a raíz de una filípica del presidente de la Cámara, Raoul Péret, reelegido por 374 votos, el 11 de enero de 1921.

Sus apuros financieros, en efecto, eran inextricables. Por dos veces, en 1920, había tenido que recurrir al empréstito (16.000 millones, de ellos únicamente 7 en dinero efectivo, al 5 %, en febrero-marzo; 27.888 millones, de ellos 11 en especies, al 6 %, en octubre-noviembre). El presupuesto de 1921, presentado por Paul Doumer, ministro de Finanzas del gabinete Aristide Briand, constituido el 16 de enero de 1921 (con los Hermanos Paul Laffont, Gaston Vidal y Rio). Sólo preveía 23.300 millones de ingresos por 25.200 millones de gastos ordinarios y 3.200 de extraordinarios. En realidad se saldará con 51.000 millones de gastos contra 22.800 de ingresos. Doumer se esfuerza en equilibrar el de 1922 en 24.700 millones, pero con 10.500 de gastos «recuperables». La carga de las pensiones es de 48.000 millones, la de la reconstrucción de las regiones devastadas de 79.000. En un severo informe, Henry Cheron ha puesto al país en guardia. Valora la deuda (27.000 millones antes de la guerra) en 302.000 millones (de ellos, 61.000 de deuda flotante, 25.600 de anticipos del Banco de Francia —el techo es de 27.000— y 83.000 de deuda exterior). El importe de los Bonos del Tesoro casi se ha duplicado: de 33.000 millones al final de la guerra, a 64.000 en noviembre de 1921. La circulación de los billetes alcanza 38.186 millones. Aunque el número de parados no excede de los 120.000, las exportaciones quedan reducidas a 27.000 millones en 1920 y acusan 23.000 millones de déficit sobre las importaciones. Y se ergotiza sobre el déficit de los ferrocarriles: ¡1.882 millones! Y se vacila en suprimir la garantías de interés a las compañías y en denunciar los convenios escandalosos de 1883. Y, para evitar hacerlo, se sustituye a Jeanneney, en su puesto de delegado del gobierno, por Raphael Georges Levy... ¡defensor de los intereses de los Rotschild! De todos modos, el 12 de julio se decide liquidar la flota mercante controlada por el Estado: 603.000 toneladas, la tercera parte del tonelaje privado. Pero la inflación está allí, y la devaluación en puertas, cosa que no es para espantar precisamente al entorno «de izquierda» de Loucheur.

En tales condiciones, es lógico que los representantes de Francia discutan ásperamente en París con sus aliados. A las peticiones de Paul Doumer: 210.000 millones de marcos-oro, en 42 anualidades (de ellos, 112.000 para Francia: 58.000 de pensiones, 54.000 de daños), Lloyd George, bajo la influencia de Keynes, objeta la capacidad de pago de Alemania. Apoyado por el belga Theunis, Loucheur ofrece un compromiso: 226.000 millones de francos de indemnización fijos, más 126.000 millones a recuperar bajo la forma de una tasa «ad valorem» sobre las exportaciones alemanas. Con la aprobación de la Cámara (los días 3-9 de febrero de 1921, por 387 votos contra 125), Aristide Briand sacrifica al apoyo británico una parte importante de la

cuenta acreedora francesa (amputada en un 65 %, según Tardieu). Nombrado presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, Raymond Poincaré se resigna a ello difícilmente.

En la conferencia celebrada en Londres (del 27 de febrero al 3 de marzo de 1921, con reanudación el 30 de abril), estalla el conflicto. Embajador británico en Berlín, lord Abernon estimula a los alemanes, representados por Walter von Simons, ministro de Asuntos Exteriores, y Wirth, ministro de Finanzas, flanqueados siempre, como en Spa, por el todopoderoso Walter Rathenau, a resistir. Respaldado por los resultados del plebiscito de Silesia (21 de marzo), que le han sido favorables, el gobierno del Reich se niega a pagar los 12.000 millones del vencimiento del 1 de mayo. Basándose en la valoración de la capacidad de pago de Alemania que los expertos han fijado en 75.000 millones de marcos-oro, sugiere la cifra de 50.000 en sus contrapropuestas, amputándola de 20.000 millones supuestamente entregados, lo que la reduce a 30.000. ¡Se está muy lejos de los 100.000 millones de marcos-oro en treinta anualidades ofrecidos por el conde Brockdorf-Randtzau en Versalles! Briand y Lloyd George, naturalmente, contestan con una negativa el 27 de abril. Los representantes del régimen de Weimar, por otra parte, han apelado al Tío Sam o, mejor dicho, al primo Bernard Baruch, reclamando, el 21 de abril, el arbitraje de Washington que, por la pluma del presidente Harding y del Secretario de Estado Charles Evans Hughes, se dispone a poner fin unilateralmente al estado de guerra con Alemania, Austria y Hungría, por una declaración del Congreso (2 de julio de 1921), confirmada por la firma de tratados los días 25, 26 y 27 de abril. Reunida el 5 de mayo, la Comisión de Reparaciones mantiene de todos modos la cifra de 132.000 millones de marcos-oro, pagaderos por anualidades de 2.000 millones y descuento del 26 % sobre las exportaciones, registra el impago de mayo, pero exige que las tropas francesas evacúen, de acuerdo con la decisión tomada en San Remo el 18 de abril, Dusseldorf, Ruhrort y Duisbourg, ocupadas por ella el 8 de marzo.

Hacia una entente con la «buena» Alemania: ¿Briand-Wirth; Loucheur-Rathenau?

Entretanto, el gabinete Fehrenbach-Simons cede el puesto, en Berlín, a una formación presidida por el canciller Wirth, católico, con el Dr. Rosen en los Asuntos Exteriores y Walter Rathenau en las Reparaciones (10 de mayo de 1921). Aristide Briand, apoyado por Edouard Herriot (a pesar de que ha nombrado a Jonnart embajador en el Vaticano el 16 de mayo y recibido a un nuncio, Monseñor Ceretti, en París), se esfuerza en facilitar el pago de las reparaciones a la Alemania «democrática», que le concede el paso de los contingentes aliados por la Alta Silesia y la disolución de los cuerpos francos. Dado que el marco flaquea con relación al dólar (75 marcos por 1 dólar el 1 de julio de 1921, en vez de 4 el 1 de octubre de 1918) y que las transferencias se revelan difíciles, se piensa en recurrir a otros medios de pago, en especies. ¿No han contestado ya el socialista Vincent Auriol y Jean Hennessy a las sugerencias del socialdemócrata Hermann Müller? Ahora, pues, tienen la palabra los hombres de negocios. El 12 de junio, Loucheur entra en contacto con Rathenau, que no tarda en ser nombrado ministro de Economía; el 27 de agosto, la comisión de expertos estudia un proyecto que desemboca en la conclusión de un acuerdo en Wiesbaden (6 de octubre). Sin embargo,

los sindicatos tuercen el gesto ante aquel arreglo, ya que temen la competencia de la industria alemana. E Inglaterra sólo ve en él un primer paso. Al tiempo que incita al Consejo Supremo de París a disponer de la primera entrega alemana a razón de 1.000 millones para Bélgica y de 450 millones para ella misma (a título de las deudas de guerra belgas), a lo que se opone el Consejo de Ministros francés, insiste para que sea concedida una moratoria a Alemania, a la cual la Comisión de Reparaciones reclama una entrega de 500 millones de marcos el 1 de enero y otra de 275 el 15 de febrero de 1922 (2 de diciembre de 1921). Durante todo el mes de diciembre, los financieros se agitan. Rathenau y su rival Hugo Stinnes (el primero partidario de los *cartels* horizontales, el segundo de los *Konzern* verticales) asaltan con sus gestiones al gabinete de Londres. Por su parte, Loucheur, ministro de la Reconstrucción, se informa cerca de la City sobre las posibilidades de constitución de un consorcio internacional, susceptible de financiar un empréstito, avalado por un control de las finanzas alemanas. La negativa reiterada de los Estados Unidos, el 11 de diciembre, a ligar reparaciones y deudas interaliadas, hace fracasar el asunto. Briand, que ha tropezado en Washington con el frente unido de los anglosajones en materia de seguridad y de armamentos navales (del 29 de octubre de 1921 al 24 de noviembre de 1922, Viviani, que le reemplaza del 24 de noviembre de 1921 al 6 de febrero de 1922, verá a Francia relegada, con Italia, al último rango de las potencias navales), se ve ofrecer por lord Curzon, en Londres (del 18 al 22 de diciembre) y por Lloyd George, el 4 de enero de 1922, en Cannes, donde va a reunirse una nueva conferencia internacional el 6, un pacto de garantía defensiva británica a Francia (exclusivamente para su territorio y exceptuando a sus aliados de la Europa central), a condición de que limite la construcción de sus submarinos, de que deje de apoyar a Turquía, de que conceda una moratoria a Alemania y de que acepte la reanudación de las relaciones comerciales con Rusia. Con respecto a esta última, Briand exige previamente el reconocimiento de las deudas, la restitución de los bienes extranjeros y la renuncia a toda propaganda exterior. Sin embargo, la diferencia entre lo que se le pide y lo que se le ofrece es excesiva. Puesto en guardia por el presidente Millerand y por sus colegas el 7 de enero, criticado al regreso de Doumer a París, el 9, por su partida de golf de la víspera con Lloyd George, llamado por telegrama el 11, y desautorizado por el gabinete de París, Briand regresa con su proyecto de pacto en el bolsillo y dimite el 12 de enero de 1922. La conferencia se aplaza, no sin haber concedido a Rathenau una moratoria de principio para 1922. Nombrado ministro de Asuntos Exteriores el 31 de enero de 1922, el magnate alemán se aprovecha de la conferencia de Génova para firmar en Rapallo, el 16 de abril, un acuerdo con los Soviets, sobre el cual tendremos ocasión de hablar más adelante.

Reaparición en escena de Poincaré: ocupación del Ruhr

Entretanto, Raymond Poincaré, reaparecido en escena en París, ha reconstituido, el 15 de enero, un gobierno en el cual figuran 12 de los 19 colaboradores de Briand. Nombrado en sustitución de Jonnart en la Comisión de Reparaciones el 21 de febrero de 1920, ha abandonado el cargo a raíz de las entrevistas de Hythe. Presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, se ha manifestado con vehemencia contra los sucesivos abandonos consentidos por los gabinetes anteriores. Patriota, cree que el fardo de la

reconstrucción no debe pesar por entero sobre los hombros de los contribuyentes franceses. Jurista hasta la médula, pretende obligar al deudor recalcitrante a cumplir con sus obligaciones y tomarse las garantías necesarias, si es preciso, incluso, «manu militari». ¿No quería acaso continuar las hostilidades a fin de imponer al vencido la conciencia de su derrota? En consecuencia, no retrocede ante el empleo de la fuerza, único medio de triunfo de que dispone aún Francia. Juega y, por casualidad, gana, pero retrocede súbitamente y, renunciando a su ventaja, pierde definitivamente la partida sobre todos los tableros. Aquel puritano frustrado, de carácter obstinado, absolutamente desprovisto de imaginación, de osadía y de sentido político, va a estropearlo todo, a la vez para su patria y para Europa.

Instalado de nuevo en el Quai d'Orsay, se muestra allí más poco dúctil que nunca» (Pierre Miquel). Despide a Philippe Berthelot, comprometido por el apoyo oficial prestado el 8 de julio de 1921 a su hermano André, socio de Pernotte en la dirección del Banco de Indochina. Ligado al Banco Industrial de China fundado en 1913, tras el derrocamiento de la dinastía manchú por Yuan Chi Kai, después de la caída de Yuan en 1916, aquel establecimiento, puesto en dificultades por la baja de las materias primas y debilitado por unos préstamos imprudentes, se ha declarado en quiebra. El Banco de Francia le ha anticipado 50 millones y un consorcio bancario, bajo el gabinete Leygues, 70. A raíz de una encuesta, seguida de un debate en la Cámara, el 24 de diciembre de 1921, Philippe ha sido colocado en situación de disponible el 30 de diciembre (volverá a ser llamado por Briand el 20 de abril de 1926 y permanecerá en el puesto hasta 1933). Su salida, y la de Briand, han sido la señal para unas dimisiones en cadena, en Bucarest, en Roma, en Berlín, en Varsovia y en Viena. Eduardo Benes, temiendo que se desplome su castillo de naipes, se mueve activamente en París, en Londres (28 de febrero) y en Roma. Interviene para que Lloyd George se entreviste con Poincaré en Boulogne y trata de hacerle ceder (25 de febrero de 1922). Pero el presidente francés no consiente en que su amigo Louis Barthou participe en la conferencia de Génova (del 10 de abril al 19 de mayo de 1922), esencialmente consagrada a la reanudación de las relaciones económicas con los Soviets, a menos de que los derechos de los franceses poseedores de títulos rusos (1.600.000) sean formalmente reconocidos y de que no se plantee la cuestión de las reparaciones. Aquella actitud le vale ser el blanco de una violenta campaña comunista con el lema «*Poincaré la Guerre*» (inspirada por el folleto publicado por Fernand Gouttenoire de Toury en 1920: *Poincaré a-t-il voulu la guerre?*, a la cual el ex presidente de la República ha contestado con una serie de conferencias en 1921), alimentada por el «Libro Negro» soviético y que culmina en un debate parlamentario (del 23 de mayo al 2 de junio de 1922) en el curso del cual Jean Hennessy informa de los antiguos proyectos de Falliéres en el momento de la elección de su sucesor, y los jefes comunistas Vaillant-Couturier y André Berthon se desencadenan hasta el punto de que este último se ve calificar de «abominable bribón» por el presidente del Consejo. Sin embargo, la Cámara aprueba por 365 votos contra 204 (los días 2 de marzo y 29 de junio) el servicio militar de dieciocho meses, lo que proporciona al gobierno los medios que necesita para actuar.

En efecto, Alemania se demora cada vez más en el pago de las reparaciones. En el mercado de cambios, su moneda se hunde: 75 marcos por 1 dólar el 1 de julio de 1921, 401,49 el 1 de julio de 1922. La política de ejecución

de los tratados y de empréstitos en el extranjero tropieza con la oposición de los amos de la industria pesada, los Krupp, los Thyssen, los Hugenberg. La evidente colusión de Rathenau con Norteamérica y la Rusia de los Soviets atrae sobre él los rayos de las sociedades secretas nacionalistas. En número aproximado de 250.000, ex militares y estudiantes se esfuerzan en reconstituir la Santa Vehme. Los atentados se multiplican: contra Erzberger, fallido el 26 de enero de 1920, asesinado por Schultz y Tillessen, de la organización «Consul», el 26 de agosto de 1921; contra Scheideman, asesinado el 4 de junio de 1922 por el hermano de Tillessen; contra el diputado Gareis, en Munich, el 10 de junio, y, para terminar, contra el propio Rathenau, muerto el día de San Juan, 24 de junio de 1922, por unos oficiales de marina de la brigada Ehrhardt (uno dellos, Kern, será muerto, y el otro, Fischer, se suicidará, cuando serán descubiertos, el 17 de julio; sus cómplices Ernst von Salomon y unos estudiantes serán condenados a dos años de prisión y quince de fortaleza). Los funerales del ministro, cuyo cadáver es expuesto en el Reichstag, dan lugar a manifestaciones monstruos: un millón en Berlín, 150.000 en Munich, 100.000 en Hamburgo, Breslau, Essen y Elberfeld. Los amos del régimen reaccionan: una ley para la protección de la República disuelve las ligas patrióticas. Pero el gobierno reclama de la Comisión de Reparaciones, el 15 de junio, y de la Conferencia de La Haya (16 de junio al 21 de julio) la prórroga de la moratoria concedida el 21 de marzo. Lloyd George es partidario de concederla y trata de convencer a Poincaré en ese sentido, en Londres (16-19 de junio).

Pero los dirigentes franceses están divididos. Los unos preconizan, en el sentido de los acuerdos de Wiesbaden, la extensión de las entregas en especies: tal es el caso de Yves Le Trocquer, que presenta el 4 de julio un nuevo plan a la Comisión de Reparaciones. Otros, a ejemplo de Paul Reynaud (y del «Vorwärts») prevén la emisión por las grandes sociedades alemanas de acciones nuevas de reparaciones, preludio de una futura entente económica franco-alemana. Paradójicamente, Poincaré, que se sublevará más tarde contra el *diktat* de la alta Banca cosmopolita («Por poderosos que sean los financieros internacionales, no estoy dispuesto a convertirlos en árbitros de nuestro derecho», dirá inmediatamente después de la ocupación del Ruhr), manifiesta su preferencia por un empréstito, cuyas modalidades discute en junio, en París, un comité de banqueros. Por desgracia, en los Estados Unidos, la propia banca Morgan presenta objeciones y Warren Harding se apresura a insistir en la liquidación de las deudas interaliadas: Arthur Balfour replica que Gran Bretaña está dispuesta a no reclamar a Alemania (24 de abril de 1922) más de lo que los Estados Unidos exigirán de ella (nota del 1 de agosto). En Londres (del 7 al 14 de agosto de 1922), Francia, que propone también una compensación de las deudas y de las reparaciones, e Inglaterra, favorable a un empréstito, ¿se pondrán de acuerdo? No, ya que Downing Street continúa decidida a conceder un respiro al canciller Wirth, que ha fallado el 3 de agosto y va a solicitar el 14 de noviembre (a instancia de Hugo Stinnes y de los industriales estimulados por lord Abernon) una moratoria de cuatro años, antes de dimitir dos días más tarde.

Hostil a aquella demora, el Quai d'Orsay exige, por el contrario, por boca de Louis Barthou, una toma de garantía, con establecimiento de un cordón aduanero más allá del Ruhr, intervención de las aduanas, las minas y los bosques y control de las exportaciones, cosa que Londres se niega enérgicamente a tomar en consideración. Las relaciones entre los dos aliados, opues-

tos a fondo en el conflicto greco-turco, no cesan de envenenarse, por otra parte. La dimisión de Lloyd George (19 de octubre) y su sustitución por el escocés Andrew Bonar Law, más conciliador, permite sin duda la conclusión de un acuerdo en Lausana (20 de noviembre de 1922-4 de febrero de 1923) sobre la revisión del tratado de Sèvres (libertad de los Estrechos, destrucción de las fortificaciones, abandonos de los armenios, cuestión de Mossul reservada). Pero las reuniones de Londres (8-11 de diciembre de 1922) y de París (2-4 de enero de 1923) no conducen a ningún acercamiento de los puntos de vista. «Francia sólo pagará las deudas interaliadas si Alemania devuelve los 100.000 millones que le ha anticipado ya para las reparaciones», declara Poincaré en la Cámara el 15 de diciembre y en el Senado el 21. Moratoria de cuatro años, a continuación entrega de anualidades de 880 millones de marcos-oro, desde 1927 hasta 1930, y de 1.100 millones más tarde; abandono del oro francés en depósito en Londres como pago de las deudas; revisión del tratado de Versalles, propone Bonar Law. Eso sería, objeta su interlocutor, preparar «la muy próxima supremacía del Reich sobre el conjunto de Europa». La contrapropuesta francesa: entrega efectiva de 50.000 millones, emisión de 82.000 millones de bonos para el pago de las deudas interaliadas, es rechazada. Se produce la «ruptura cordial» (G. Bonnefous).

El canciller Cuno, el hombre de la industria pesada, sucesor de Wirth desde el 22 de noviembre de 1922, se niega a reanudar las entregas; Francia, privada de todo apoyo británico, pero sostenida por Bélgica (Theunis) e Italia (Mussolini), no tiene más recurso que el de la fuerza para obligar a Alemania a pagar. «Nada de moratoria sin garantías», ha escrito Poincaré en la *Revue des Deux Mondes.* Dada constancia, por la Comisión de Reparaciones, de un quebrantamiento de compromiso en materia de entrega de madera el 9 de enero, la «ejecución» (decidida el 10 y aprobada en la Cámara francesa por una mayoría de 452 votos contra 72) se inicia al día siguiente con el envío a Essen de una misión interaliada de ingenieros, encargados del control de las hulleras y de las fábricas. Alemania replica decretando la resistencia pasiva y, el 22 de enero, una huelga general de los ferrocarriles y de las minas. Se producen incidentes en Bochum; son perpetrados 86 atentados; el 11 de marzo son asesinados dos soldados: al día siguiente, dos divisiones, a las órdenes del general Degoutte, hacen efectiva la ocupación de la cuenca del Ruhr, no sin que se produzcan algaradas el 31 de marzo en la casa Krupp (cuyos propietarios están encarcelados), con varios muertos. Pero un contingente de 12.500 técnicos aliados consigue reorganizar el tráfico ferroviario. En mayo, puede preverse, a plazo más o menos largo, el fracaso de la resistencia pasiva.

Buenos oficios y ofertas alemanas se suceden a un ritmo rápido. A primeros de abril, Loucheur se dirige a Londres; en junio, Paul Reynaud se entrevista en Wiesbaden con Hugo Stinnes. El 2 de mayo, por instigación de lord Curzon, el canciller Cuno propone concluir un empréstito exterior a fin de entregar 30.000 millones de marcos en ocho años y, el 5 de junio, reemplazar la Comisión de Reparaciones por un Comité de Expertos. Sustituto de Bonar Law desde mayo de 1923, Stanley Baldwin apoya calurosamente aquella sugerencia cerca de Poincaré, que la rechaza el 13 de junio. Tal vez no se equivoca, ya que el Reich parece abocado a la bancarrota. El 13 de agosto, el canciller Cuno cede el puesto a Gustave Stresemann. El marco sufre una caída vertiginosa: 401,49 por 1 dólar el 1 de julio de 1922, 160.000 el 1 de julio de 1923, 4.300 millones el 30 de noviembre. El tipo de interés alcanza

el 400 %. La circulación supera los 43 trillones de marcos, el 31 de julio de 1923. La situación económica es catastrófica, el número de parados se triplicará desde septiembre a diciembre de 1923.

* * *

Reacción nacionalista contra la dislocación del Reich: la Rosa-Cruz inspiradora de Hitler

La autoridad del Estado deja de existir. Para restablecerla se declara el estado de excepción. El Dr. Gessler, ministro de la Reichswehr, recibe todos los poderes para restablecer el orden. Desde el 30 de septiembre hasta el 15 de octubre, 20.000 voluntarios de la «Reichswehr negra», reclutados por el conde Buchrücker a partir de octubre de 1920, equipados gracias a los subsidios de la gran industria durante el otoño de 1922, concentrados en Küstrin y en Spandau con vistas a una marcha sobre Berlín, chocan con el ejército regular, que pretende disolverlos: el encuentro causa 2 muertos y 7 heridos. Hinchada por las intrigas de los Soviets, Sobelsohn, llamado Karl Radek, y Otto Marquard, miembro de la delegación comercial rusa, una nueva ola roja (la tercera) inunda el país. En Turingia está en formación un frente popular. En Sajonia se ha formado el 5 de octubre, y dos comunistas, Brandler en las Finanzas y Böttcher en la Instrucción pública, entran en el gabinete presidido por el socialista Zeigner. Los días 12 y 13, el general Müller exige la disolución de las centurias proletarias; el 22, en Chemnitz, el congreso de los Consejos decreta la huelga general; se producen disturbios y, el 27, en Friburgo, se intercambian disparos (25 muertos y 52 heridos civiles; 2 muertos y 8 heridos militares); derrocado el gobierno, el Dr. Heintze es nombrado comisario del Imperio, el 29. Del 22 al 24 de octubre, los rojos tratan de hacerse dueños de Hamburgo (balance: 21 amotinados muertos y 175 heridos; 11 muertos y 34 heridos entre policías y marinos; 102 detenciones).

¿Va a descomponerse la unidad del Reich? Aquí y allá nacen movimientos separatistas o autonomistas. Separatistas en Renania, con el Dr. Dorten, Smets y Matthes (Aix-la-Chapelle), o, bajo una forma más prudente, en torno al arzobispo Schulte y al burgomaestre de Colonia, Conrad Adenauer. Autonomistas en Baviera, donde el partido populista prepara la restauración del kronprinz Rupprecht y la unión con Austria. Su jefe, von Kahr, provoca la caída del gabinete de Munich y toma el poder, el 26 de septiembre. El general Losow, que, desobedeciendo a Gessler, le presta apoyo, es destituido por Berlín. Entonces entra en escena la «Deutsche Kampfbund» (Liga alemana de Combate), cuyos 70.000 hombres han sido revistados por Ludendorff, los días 1 y 2 de septiembre, en Nuremberg.

Enfrentado con la revolución marxista dirigida por judíos, el nacionalismo alemán extrae nuevas fuerzas en sus fuentes más profundas y más secretas. Los Rosa-Cruz, en el origen de la Reforma de Lutero, ¿no han ayudado acaso al «profeta de los alemanes» a transponer en provecho de la raza germánica la idea bíblica del pueblo elegido? En el momento en que la revolución jacobina y los ejércitos napoleónicos se extendían por Europa, ¿no lograron poner dique a la influencia deletérea de los «Iluminados de Baviera», antes de contribuir a formar aquellas agrupaciones de voluntarios, embrión

del ejército prusiano reconstituido? En el momento en que Alemania se encuentra de nuevo amenazada de quiebra, volvemos a encontrarles manos a la obra, actuando subterráneamente, bajo múltiples formas.

Obedeciendo a sus consignas, las tres obediencias masónicas «Viejas Prusianas» (la Gran Logia Madre de Berlín, «Los tres globos», fundada en 1740, la Gran Logia Nacional de Alemania, creada en 1770, y la Gran Logia «Royal York», de Prusia, «La Amistad», que se ha unido a ellas en 1798), se separan a partir de 1920 y dimiten el 8 de mayo de 1922 de la Federación de las Grandes Logias alemanas, enfeudada a las más altas esferas internacionales dominadas por los judíos, representadas en el seno del Reich por la Gran Logia de Hamburgo, la Gran Logia «ecléctica» de Francfurt del Main y, todavía más, por la Gran Logia «Al Sol», de Bayreuth, inclinada a flirtear incluso con los Soviets.

Inspiradas por ellos, múltiples sociedades secretas iniciáticas arias, algunas de las cuales se remontan a la anteguerra, manifiestan una actividad desbordante. Fundador de una «Orden del Nuevo Templo» en Viena, en 1900, Adolf Joseph Lanz, llamado Georg Lanz von Liebenfelds (discípulo a la vez de Joachim de Fiore (1130-1202), padre de los «espirituales» —que ha escrito que «los germanos han tenido el mundo en sus manos y volverán a tenerlo un día»—, y del barón de Hund (1722-1775), padre de la «Estricta Observancia»), publica desde 1905 una revista, *Ostara*, cuyo auditorio es muy amplio (tira hasta 100.000 ejemplares y subsistirá hasta 1938 (9). Joven general, dotado de una singular presciencia de los acontecimientos, Karl Haushofer (1869-1946), convertido en profesor de geopolítica de la Universidad de Munich en 1918, se hace el apóstol del espacio vital. Ha sacado del fondo de Asia la doctrina esotérica de una Logia «luminosa», conectada con la Teosofía, llamada Sociedad «del Vril» (del nombre de un culto que se remonta a seis siglos antes de Jesucristo, practicado todavía en el estado hindú de Mysore por dos millones de Jaïnas (10). Pertenece también a la Sociedad «Thulé»,

(9) Hijo de un maestro, gran admirador de la Orden Teutónica, Lanz, cisterciense de Heiligenkreuz, ha procedido en 1899 en el monasterio benedictino de Lambach-am-Traun a un profundo estudio de los papeles del abate Theodorich Hagen, ex secretario del cardenal Schwarzenberg, exegeta del Apocalipsis de San Juan, que, nuevo Rosenkreuz, ha visitado Jerusalén, la isla de Patmos, Persia, Arabia, Turquía, el Cáucaso, y remontado el Volga para encontrar allí las huellas del pueblo de Odin, los «Ases», en 1856-57; nombrado abad a su regreso en 1868, Hagen ha hecho grabar en todas partes, al año siguiente, unas cruces gamadas dextrógiras. Lanz tuvo por discípulo al astrólogo Friedrich Schwickert (1857-1930), «Superior Desconocido» en la Orden martinista, amigo del conde Hermann von Keyserling.

(10) Karl Haushofer se alimentó al principio de las doctrinas de Louis Jacolliot (1837-1890), ex cónsul de Francia en Calcuta (discípulo de Jacob Boehme, de Swedenborg y de L. Claude de Saint-Martin), aquel mismo Louis Jacolliot en el que se inspira Saint-Yves de Alveydre, padre de la Sinarquía, en el momento en que las logias martinistas, hacia 1880, emprendieron, lo mismo en Francia que en Inglaterra (con la creación de la Sociedad «Golden Dawn» en 1887) una acción sobre la cual hablaremos más adelante. Gran viajero, Haushofer se había hecho adepto en el Japón de una secta budista colocada bajo el signo de la cruz gamada. En 1903, había acompañado a Gurdjieff al Tibet, donde estuvo de nuevo de 1905 a 1907, y donde estudió en 1906 la leyenda de Thule. (No olvidemos que, según «Sedir» —cf. nuestra Primera Parte— los verdaderos «Sabios» Rosa-Cruz se retiraron al Tibet después de 1648.) ¿Debemos ver en esto la explicación de la presencia de una misión indo-tibetana en Berlín, en enlace con los jefes nazis en 1926, y especialmente la de un monje de la Sociedad «de los Verdes», «poseedor de las llaves que abren el reino de Aghartè»? Al enterarse de que su hijo había sido ejecutado en Moabit por haber tomado parte en el complot contra Hitler el 20 de julio de 1944 («Ha dejado al Demonio por el mundo», había escrito de su padre al final de un poema), Haushofer se hizo el «hara-kiri» en la forma ritual el 14 de marzo de 1946.

grupo clandestino de la «Orden germánica» berlinesa, fundada en Munich en 1912 por el barón Rodolf von Sebottendorff. Este último, astrólogo y Rosa-Cruz, protegido del cabalista judío Termudi, ha estado en Turquía, donde ha sido miembro de la «Media luna roja», en 1912-13. Ha adoptado por heredero a un sajón, Alfred Rudolf Glauer (hijo de un conductor de locomotoras). Vuelto a Alemania a finales de 1916, se considera como «encargado de misión» en Europa y se dedica a organizar la Sociedad «Thulé», que cuenta con 220 miembros en 1918 (11). Pero en tanto que Sabottendorff constituye en Turingia, con unos «guardias de habitantes» mandados por el coronel von Epp y el capitán Ernst Röhm, el cuerpo franco «Oberland» (12 de abril de 1919), los rojos, dueños de Munich, efectúan un registro en la Sociedad «Thulé» el 26 de abril, detienen entre sus miembros a 7 rehenes (entre ellos el príncipe von Thurn und Taxis, la condesa Heila von Westarp y el barón F. W. von Seidlitz) y los fusilan el 30. Pero la Sociedad no deja por ello de animar a los grupos nacionalistas.

Por ejemplo, al «Deutsche Arbeiter Partei», Partido Obrero Alemán, que el periodista Karl Harrer, afiliado a la secta, ha ayudado a fundar, el 5 de enero de 1919, a Anton Drexler (1884-1942), jefe de la sección bávara del Comité libre para la Paz obrera, creado por Wahl en Brema en agosto de 1916, así como unos círculos obreros políticos (24 de marzo de 1919). Allí es donde un miembro influyente de la Sociedad, el escritor Dietrich Eckart (1868-1923), que desde diciembre de 1918 difunde en Munich los 25.000 ejemplares de un semanario racista, *El Buen Alemán,* descubre las facultades de orador y el fluido magnético de Hitler, que ha tomado la palabra el 12 de septiembre de 1919, en la Hofbraükeller, a continuación de Gottfried Feder (1883-1941), otro adepto encargado de enseñar economía política en el curso preparatorio para las funciones de «Bildungsoffizier», oficial de instrucción cívica, que Hitler acaba de seguir (del 5 al 12 de junio) (12). En vano Hitler, inscrito

(11) La leyenda de Thulé se presenta así: según el libro de Enoch (c. VII, s. 1 y 2), los «hijos de Dios» enseñaron a sus descendientes de Hiperborea, a los «Hijos de las Inteligencias de Fuera», «los sortilegios... la astronomía, la fabricación de las armas de hierro». En Thulé, la capital, vivían los sabios, los cardenales, los doce miembros de la Iniciación suprema (Enoch, cc. CVI y CVII). Engullida la isla por las aguas al mismo tiempo que la Atlántida, algunos iniciados se habrían refugiado en Asia, en el Gobi (¿transformado en desierto por una antigua explosión atómica?). Habrían formado dos grupos, uno partidario de la no-violencia, bajo el signo de la Cruz gamada sinixtrógira (símbolo del Fuego, de la Luz, del Sol de Oro, en Aghartė, cerca de Urumtchi, en el Sin-Kiang), el otro en Shamballa, bajo la cruz dextrógira (o esvástica, rueda del Sol negro, símbolo de fuerza y de hegemonía política), preparando, «para tiempos futuros», la venida de un Mesías milenario y la mutación biológica y espiritual de los arios (Ossondowski, *Bestias, Hombres y Dioses,* libro contemporáneo de *Mein Kampf*).

(12) Nacido en Braunau, cuna de mediums (Willy y Rudi Schneider, Mme. Stokhammes, esposa del príncipe Joaquín de Prusia, el barón Shrenk-Notzig), de un padre aduanero, Aloïs (hijo natural de María Ana Schicklgrüber y de su patrono Krankenberger, un judío de Gratz que le pagará una pensión, desde 1837 hasta 1903, legitimado por la boda de su madre con Johann Georg Hiedler), Adolf Hitler, si bien no es de raza aria completamente pura, es un pangermanista cien por cien. Sobre los bancos del colegio de Lambach, desde 1896 hasta 1899, ha tenido ante sus ojos las cruces gamadas del abate Hagen. En la Realschule de Linz, su profesor de historia, Leopold Poetchs, le ha hecho leer a Sepp Bayer y a Georg von Schönerer (1842-1901). No admitido en la Escuela de Pintura de Bellas Artes ni en la Escuela de Arquitectura en 1907, ha vivido en Viena de una mensualidad de 83 coronas heredada de su madre, fallecida el 23 de diciembre de 1907, y de la venta de sus dibujos y pinturas, antes de beneficiarse de un legado de casi 3.000 coronas de su tía, Johanna Poelzl. Al abrigo de la miseria y viviendo sobriamente, pero hambriento de lectura, ha devorado al mismo tiempo a Nietzche, Schopenhauer, Bismarck, Marx, Treitschke,

en el partido el 16 de septiembre, trata el 1 de octubre de sacudirse la tutela de Karl Harrer, el ojo de «Thulé». Eckart, considerándole providencialmente dotado para sus fines, le toma a su cargo, le prepara a fondo haciéndole leer *El espíritu de la multitud*, de Mac Dougall, la *Psicología de las multitudes*, de Gustave Le Bon, le encarga de la propaganda (5 de enero de 1920) y le confía la misión de presentar a 2.000 pesonas, reunidas en la misma cervecería, el 14 de febrero, el programa en 25 puntos de la nueva agrupación, intitulada «Partido Nacional-Socialista de los Trabajadores Alemanes» (13). Finalmente, le ayuda a asumir la dirección del partido, tras haber relegado a Drexler a la presidencia de honor (11-29 de julio de 1920), pero le rodea de un equipo de adeptos de la Sociedad «Thulé», el doctrinario báltico Alfred Rosenberg, Karl Haushofer y su ayudante Rudolf Hess, Gottfried Feder, Hans Frank y Ernst Röhn. Y le presenta en Berlín, después del fracaso de Kapp, en marzo de 1920, cerca del general Ludendorff, del consejero de Justicia Class y del ex Landrat von Hertzberg-Littier (de la Orden germánica), que finan-

—

a los autores Wilhelm Bölsche (1861-1939), nacionalista, Houston Stewart Chamberlain (1855-1927), inglés racista, casado con una alemana, amigo de Guillermo II, o esotéricos, Ernst Haeckel (1834-1919), el sueco Sven Hedin (1865-1952), compañero de Gurdjieff en el Tibet, el profesor Karl Haushofer, sin olvidar al cosmólogo visionario Hans Hörbiger (1860-1931) (*). Bibliotecario, Rudolf Zimmermann comunica regularmente a Hitler la revista *Ostara* de su amigo Georg Lanz. El futuro «Führer» piensa ya en utilizar como portada de una obra que está meditando sobre la «Revolución germánica» la cubierta de aquel periódico: una cruz gamada dextrógira negra destacando sobre fondo blanco en un estandarte rojo. Convertido en ferozmente antisemita ante el espectáculo de la corrupción fomentada por los judíos en Viena, comparte ardientemente las convicciones pangermanistas de Schönerer, del abogado de Maguncia Heinrich Class, y las ideas social-cristianas del alcalde Karl Lueger. El 9 de mayo de 1911, abandona Viena, y durante dos años se pierde su rastro, sin que sea posible saber si ha estado sometido a alguna iniciación secreta. El 26 de mayo de 1913 se instala en Munich, donde gana un centenar de marcos al mes. Experimentando únicamente desprecio por Austria, escapa al servicio militar para alistarse el 4 de agosto de 1914 en el 16.º regimiento de reserva, List, en Munich. Combatiente de primera línea, varias veces herido, condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, gaseado en los ojos en el sector de Ypres, en la noche del 13 al 14 de octubre de 1918, en recompensa a sus servicios de guerra el ejército le recupera como oficial de instrucción cívica.

(*) Hans Hörbiger, teórico de la lucha cósmica entre el hielo y el fuego, de los cuatro satélites lunares sucesivos, que habrían sido ya precipitados sobre la tierra, engendrando períodos de flujo y reflujo de las aguas, eras de gigantismo y de regresión, ciclos de ofensivas glaciares cada seis mil años y de erupciones de fuego cada setecientos años, acompañadas de metamorfosis humanas. Haciendo suyas aquellas ideas, Hitler explicará a Rauschning, refiriéndose a tales teorías, el nacimiento de la Orden negra de los S. S. (setecientos años después de los Teutónicos), la selección de una nueva especie (la «Raza que nos suplantará», según Bulwer Lytton, adepto inglés de la «Golden Dawn»), antes del advenimiento, a más largo plazo, de los «Hijos de Dios». Hörbiger contaba aún con un millón de discípulos en Alemania en 1953.

(13) El programa, establecido por Anton Drexler, ha sido completado por Dietrich Eckart, Gottfried Feder, Hans Frank, Friedrich Krohn y el Dr. Paul Tafel, todos miembros de la Sociedad «Thulé». Digno de Proudhon por su osadía, reclama la restitución de los beneficios de guerra, la supresión de los parados, la nacionalización de los trusts, la participación en los beneficios, el retiro de los viejos, el cierre de las cadenas de grandes almacenes, la pena de muerte para los usureros y los especuladores, una amplia reforma agraria, la creación de un ejército popular, la institución de un derecho realmente germánico.

En su lecho de muerte, en diciembre de 1923, Eckart dará como suprema consigna a sus amigos: «Seguid a Hitler. Él danzará, pero la música la he escrito yo. Nosotros le hemos proporcionado los medios para comunicar con Ellos (¿los «Superiores Desconocidos»?)... Yo habré influenciado la historia, más que ningún otro alemán».

A la luz de aquellas intrigas, las repetidas advertencias de René Guénón, escalonadas desde 1921 (*El Teosofismo*) hasta 1927 (*El Rey del Mundo*), parecen haber sido particularmente oportunas, de un modo especial cuando planteaba la cuestión de saber si no habría, detrás de aquellos falsos Mesías, «detrás de todos aquellos movimientos, algo mucho más temible, algo que posiblemente sus propios jefes desconocen y de lo cual son simples instrumentos».

ciarán su movimiento, en espera de que intervengan, a principios de 1921, otros amigos de «Thulé», Ernst von Bosig, de la Asociación de la industria metalúrgica, el industrial Grandl, de Augsburgo, y el gran almirante Schröder. Con el apoyo del general von Epp le procura, el 17 de diciembre de 1920, un periódico, el *Völkischer Beobachter* (El Vigía del Pueblo), comprado por 370.000 marcos, 120.000 al contado. El partido crece lentamente: 3.000 afiliados en diciembre de 1920, 21.000 en 1922 y 35.000 nuevos de febrero a noviembre de 1923. La Sección de Gimnasia, encargada de proteger las reuniones y de perturbar las del adversario (en la Hofbraü, por ejemplo, el 4 de noviembre de 1921; golpe de mano pagado con un encarcelamiento del 24 de junio al 27 de julio de 1922), no tarda en convertirse en secciones de asalto (17 de septiembre de 1922), que el ex aviador Rudolf Hess y el as de los pilotos de guerra Hermann Goering forman y dirigen (este último, llevado al movimiento por su cuñado Eric von Rosen, adepto de la Sociedad «Thulé», que le ha presentado a Alfred Rosenberg). Reclutados entre elementos de la brigada Erhardt y de diversos cuerpos francos, especialmente el «Oberland», los S. A., en camisa parda con brazalete con la cruz gamada, aseguran el orden en el mitin de protesta organizado el 16 de agosto contra la ley de protección de la República, y desfilan el 14 de octubre en Coburgo.

Su primera tentativa de *putsch* se salda, al menos en apariencia, con un doloroso fracaso. A pesar de la intervención de Ludendorff, de Alfred Rosenberg y de Hitler en la Bürgerbraükeller, von Kahr y von Lossow, que celebraban allí una reunión, han persistido en sus designios autonomistas. Al día siguiente, 9 de noviembre, la policía dispara sobre 2.000 manifestantes nacionalsocialistas, que intentan liberar a Röhm, asediado en la Región militar. Se recogen 14 muertos, más 4 agentes y numerosos heridos. Sin embargo —quien pierde gana—, von Kahr dimite y el centrista Held le reemplaza. Pero los sublevados comparecen ante un tribunal el 26 de febrero de 1924 y son condenados el 1 de abril, unos a cinco años de fortaleza (Hitler, que escribirá en Lansberg *Mein Kampf* —Mi Lucha—, ya que está completamente decidido a prescindir de la opinión de los generales, aunque se llamen Ludendorff), el teniente coronel Kriebel, Pölsner, Weber, de la organización «Oberland», otros a quince meses de prisión condicional (Erick, el teniente Wilhelm Bruckner, de las S. A., el teniente Wagner, del cuerpo franco «Rossbach», el capitán Röhm, ligado a la «Orgesch» bávara, jefe de Estado Mayor de von Epp, el teniente Pernet, yerno de Ludendorff), en tanto que Ludendorff es absuelto.

El Reich en quiebra cede: incapaz de concluir un acuerdo, Poincaré se somete a la finanza anglo-americana

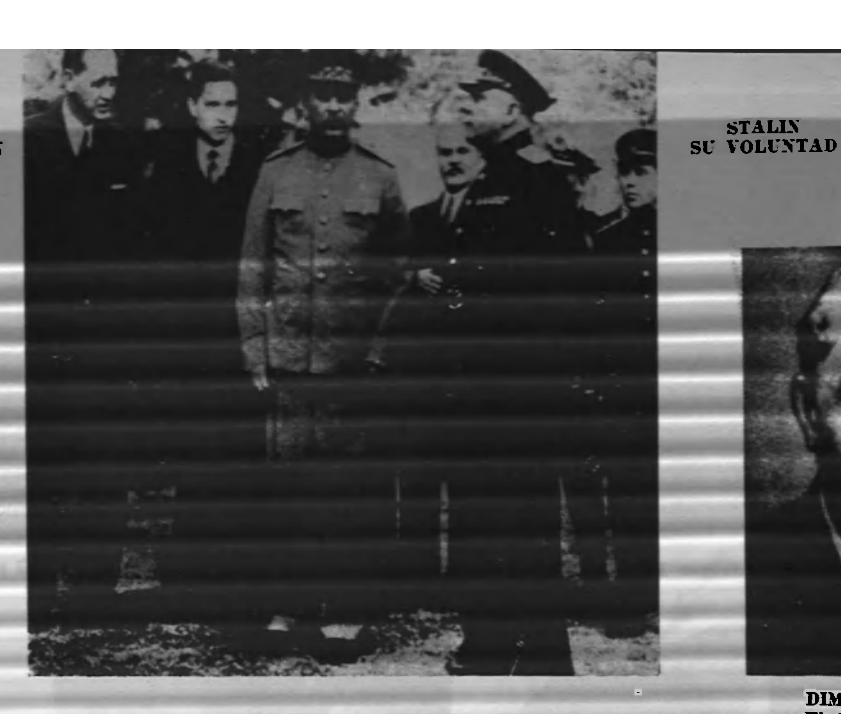
Sin embargo, el mismo día del golpe de Estado de von Kahr en Munich, 26 de septiembre de 1923, el presidente Ebert y Gustav Stresemann, tras haber intentado inútilmente llevar el caso ante la Sociedad de Naciones, han tenido que inclinarse, renunciar a la resistencia pasiva y declararse dispuestos a reanudar, el 24 de octubre, las entregas de carbón. Para Francia y Bélgica, se trata de un indiscutible éxito. Obtenida la primera victoria, sin el apoyo e incluso contra la voluntad de Inglaterra, el presidente Millerand extrae la conclusión lógica: «No hay más solución que tratar inmediatamente con Alemania» (Reibel, en *Ecrits de Paris* de mayo de 1949, pág. 26). Delante de Poincaré todos los caminos están abiertos. Llevar su ventaja hasta la creación de un

Estado-tapón renano, aunque, de buenas a primeras, se haya prohibido esa política: «He eliminado de nuestro programa todo lo que habría podido ser censurado como favorable a una empresa militar o a un plan de autonomía renana», ha declarado en la Cámara, al desencadenar la operación el 11 de enero de 1923. La consecuencia sería, ciertamente, debilitar a Alemania, pero también enajenársela más y desarrollar en ella el espíritu de revancha. Aquello supone, de todos modos, un apoyo eficaz a los separatistas. Y las tropas de ocupación asisten impasibles a la reacción nacionalista, al tiroteo de Dusseldorff (30 de septiembre de 1923), a los asesinatos de Heinz y de Orbis, el 9 de marzo de 1924, a la matanza de 27 separatistas y al incendio del ayuntamiento de Pirmasens, el 12 de de febrero, y dejan aplastar el movimiento (17 de febrero).

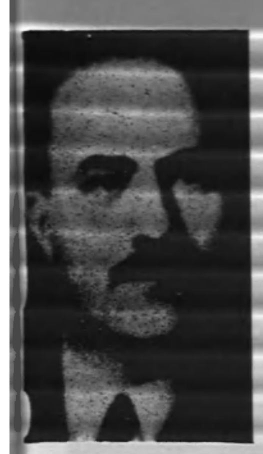
O, por el contrario, segunda solución, entenderse con Alemania y, mediante un pacto de seguridad sobre el Rin, concluir con sus industriales, Stinnes y Thyssen, un acuerdo carbón-acero, comienzo de una política de organización de Europa y, con ello, establecer contacto con el «Herrenklub» de von Papen (que propone poner de nuevo en marcha el plan Rechberg el 28 de diciembre de 1923). Millerand y Reynaud empujan a ello al presidente del Consejo, cuya obstinación sólo tiene equivalente con su mezquindad cuando, al recibir un despacho en aquel sentido de su representante en Berlín, Mr. de Margerie, manifiesta su rabia ordenando «cargar los gastos del telegrama en la cuenta personal del embajador». Y cuando el mariscal Foch deplora aquella última ocasión perdida, se atrinchera detrás del triste argumento: «Me embrollaría con Inglaterra» (¿acaso no se ha embrollado ya?), y añade secamente: «No haré esa política, y si me obligaran a hacerla, presentaría la dimisión del gabinete...»

Victorioso, he aquí que capitula en toda la línea. Que acepta, el 26 de octubre, la reanudación de las entregas alemanas y la constitución de dos comités de expertos, presididos, uno por un inglés (para la reforma de las finanzas alemanas), otro por un norteamericano (para las reparaciones), el 30 de noviembre, es decir, la misma solución que había rechazado altivamente antes de lanzarse a una intervención militar a la cual renuncia el 18 de abril de 1924 y cuya única consecuencia habrá sido la de polarizar contra Francia el odio de Alemania, proporcionando al mismo tiempo un nuevo impulso a la reacción nacionalista. ¡Bonito resultado, en verdad! Ceder al chantaje de la City y de Wall Street —cuya presión contra el franco ha provocado el alza de la libra esterlina de 69 en mayo de 1923 a 85 el 1 de enero de 1924, a 105 el 18 de febrero y a 120 el 13 de marzo, y la del dólar, de 14,40 a 20, luego a 29 el 8 de marzo y a 24,70 el 12—, para contraer (por consejo de Horace Finaly, de la B. P. P. B. el 9 de marzo) un empréstito de 4 millones de libras en la firma «Lazard Brothers» de Londres, y otro de 100 millones de libras, al 6,5 %, en la firma Morgan, a fin de obtener que, como por encanto, las divisas anglosajonas bajen un 40 % del 13 de marzo al 15 de abril de 1924. E intentar, muy tarde, bajo el control de la finanza internacional, una primera recuperación financiera, a costa de medidas impopulares que provocarán la desgracia de la mayoría nacional en el país.

EN TEHERAN
IMPONE



STALIN
SU VOLUNTAD



KAGANOVITCH,
el último judío en
el poder

DIMITROV
El jefe del
«Komintern»



MIKOYAN
inclinado hacia
la «detente»



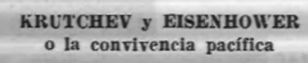
MALENKOV
representante del
«aparato»



SUSLOV
defensor de la
ortodoxia



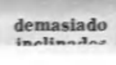
Laurenti BERIA
medio judío



KRUTCHEV y EISENHOWER
o la convivencia pacífica



y el «hermano»
mariscal ZHUKOV



demasiado
inclinados

hacia



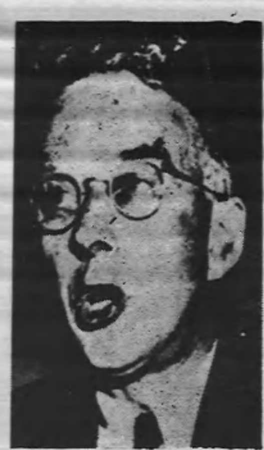
El general MARSHALL con los CHANG-KAI-CHEK



MAO-TSE-TUNG y LIU-CHAO-CHI







OWEN LATTIMORE, ALGER HISS y Philip JESSUP,
el equipo del Instit. of Pacific Relations
que abrió la vía a Mao
←



←
DEAN ACHESON



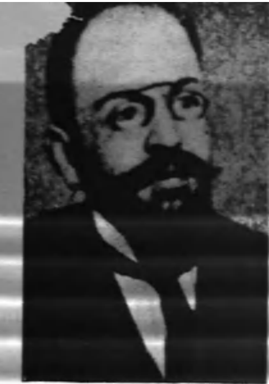
→
MAC ARTHUR
en Corea



←
El general LECLERC
con HO-CHI-MINH
y SAINTENY



→
MENDES-FRANCE



IOFFE



TROTSKI

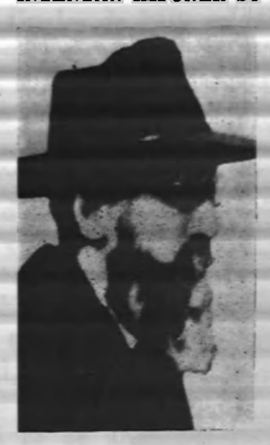


RADEK

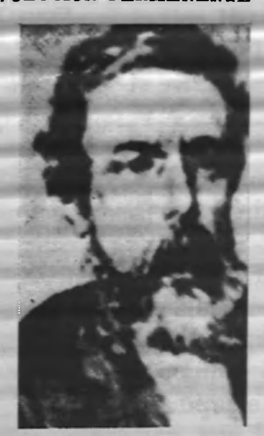
INTENTAN IMPONER SU REVOLUCION PERMANENTE



**con BELA KUN
en Hungría**



**KURT EISNER
en Baviera**



**Karl LIEBKNECHT y Rosa LUXEMBURG
en Prusia**



el almirante HORTHY



**el socialista NOSKE
reprimen la rebelión**





**William BULLITT con CHITCHERIN
pero los Estados Unidos reconocen a los Soviets**



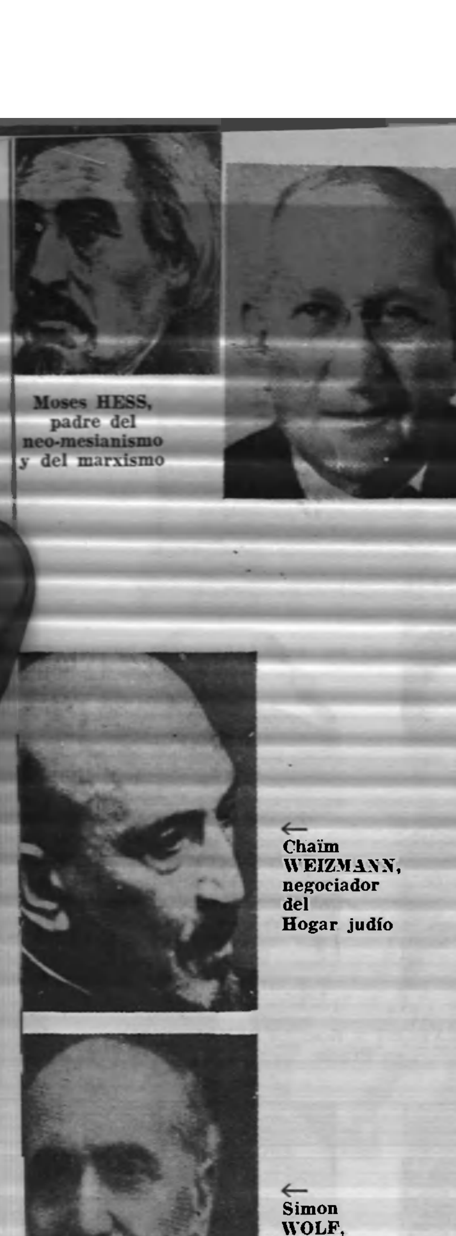
**← Gustav
STRESEMANN
frena las
reparaciones**



**Jakob GOLDSCHMIDT
provoca la quiebra a consecuencia del «crack» de
Nueva York (1929-31)**



**→ Jalmar
SCHACHT
restablece
el marco
alemán**





← Cyrus ADLER, creador, con Jacob SCHIFF, del «American Jewish Committee» (germano)

Moses HESS, padre del neo-mesianismo y del marxismo

Luis MARSHALL, del «American Jewish Congress» (ruso-polaco) →

Nathan BIRNB[...] teórico de las [...] nidades «nacio[...] y supra-naci[...]

Henry MONSKY, secretario de las Delegaciones juntas, presidente de las Minorías judías y del Congreso europeo de Nacionalidades



← Chaïm WEIZMANN, negociador del Hogar judío



→ Stephan WISE, protagonista del sionismo



← Simon WOLF, propagandista del sionismo



→ Nahum GOLDMAN, presidente del Congreso judío mundial



Bajo el retrato de Teodoro HERZL, fundador del sionismo, Ben GURION proclama el Estado de Israel



[...]r Herbert SAMUEL, alto comisario británico en Palestina

Henry MORGEN[...]

y pone en franquía al Cartel (masónico) de las izquierdas

El ministro de Finanzas, de Lasteyrie, se ha esforzado en equilibrar el presupuesto de 1923 en 23.400 millones, pero con 13.500 millones de gastos «recuperables». Sólo la deuda flotante alcanzará la cifra de 277.000 millones en julio de 1924. La circulación fiduciaria (5.200 millones en 1910) ha pasado de 30.000 millones en 1918 a más de 39.000 el 3 de enero de 1924. Aquella inflación constante ha entrañado naturalmente un alza concomitante de los precios (285 a finales de 1919 en relación con el índice 100 en 1914, 424 a finales de 1920, 323 en diciembre de 1921, 305 a finales de 1922, 365 a finales de 1923, 404 a finales de 1924). A fin de sanear la situación, el ministro, con el loable deseo de equilibrar el presupuesto de 1924 alrededor de los 23.600 millones, con solamente 6.000 de gastos «recuperables», no ha vacilado, para procurarse 6.000 millones más, en aumentar en un 20 % los impuestos. Pero su presidente del Consejo ha negado a Millerand el anticipar las elecciones (para hacerlas coincidir con el éxito del Ruhr), y a Xavier Vallat el suprimir la prima a la mayoría que falsea los resultados del escrutinio proporcional local («Imposible, soy republicano. ¡No puedo hacerlo!»). Tan republicano, tan sectario y tan testarudo que en vez de apoyar al bloque nacional, como hace Millerand, que reclama en Evreux, el 14 de octubre de 1923, el fortalecimiento del poder ejecutivo, abandona, en el banquete Mascuraud y en Luna Park, el 15 de abril de 1924, a la formación que le sostiene y a la que él sólo considera como una mayoría de recambio, y la conduce (con la complicidad del ministro del Interior Maunoury, amigo de Klotz y de Israel) al matadero electoral. El 11 de mayo de 1924, 4.539.416 votos van a parar a los representantes del bloque nacional, 3.394.000 a los candidatos del Cartel de las Izquierdas y 875.812 a los comunistas. Pero, con el juego de la prima, de la media más alta y del recorte de las circunscripciones, aquellos resultados confieren 266 escaños al cartel de los radicales y de los socialistas, más 26 a los comunistas, contra 276 a los nacionales (229 conservadores y miembros de la Unión Republicana, y 47 republicanos de izquierda y radicales). Es suficiente para provocar a la vez la dimisión de Millerand, nuevo Mac Mahon (10 de junio), comprometido por su posición demasiado clara, su sustitución por el sonriente radical Doumergue (por 515 votos, el 13 de junio, contra 309 de Painlevé), y la marcha de Poincaré (abandonado por tres ministros radicales, Albert Sarraut, Paul Strauss y Paul Lafont, el 20 de junio de 1923), puesto en minoría en una cuestión de pensiones, por 271 votos contra 264, el 26 de marzo de 1924, jefe de un gabinete reajustado con la sustitución de Maunoury por De Selves, el 29 de marzo, dimisionario el 31 de mayo.

Contra la veleidad de Francia de seguir siendo dueña de sus destinos y de entenderse directamente con Alemania, la caballería de Saint-Georges (de la que los «Lazard brothers», apoyados por Morgan, forman el escuadrón de choque) ha prevalecido no sólo en el terreno financiero, sino también en el terreno político, en el que la infantería masónica ha secundado activamente su acción. Ella es la que ha constituido el «Cartel» y ha dedicado el año 1923 a preparar las elecciones. ¿No es acaso, según el principio reafirmado en la asamblea del Gran Oriente de 1919: «por encima de los gobiernos que pasan... la armazón de la República?» (Acta, págs. 270-271). Sus talleres han recibido en 1923 unas instrucciones concretas: «La Logia convoca, de acuerdo con los

demócratas republicanos de todos los matices, desde los radicales más moderados hasta los socialistas más cualificados, un congreso en el curso del cual los candidatos a las elecciones legislativas serán escogidos y designados» (página 304). La Gran Logia de Francia pronunciará sus arbitrajes el 15 de febrero de 1924, y el Gran Oriente el 13 de marzo. Ya que es preciso «que la consigna parta del Gran Oriente de Francia» (pág. 305). Una vez elegidos, aquellos parlamentarios se encuentran «en cualquier circunstancia de su vida política... en la obligación de doblegarse a los principios que nos gobiernan» (página 365). En resumen, se vuelve a la norma establecida en plena ola anticlerical, el 18 de septiembre de 1891: «Convocar en el hotel del Gran Oriente a todos los miembros del Parlamento que pertenecen a la Orden, a fin de comunicarles los deseos expresados por la generalidad de los masones, así como la orientación política de la Federación» (Poncins, *La Francmasonería a través de sus documentos secretos*, pág. 107). Según Mr. Gaston Martin, alto dignatario y miembro del Parlamento, en su *Manual de la Francmasonería francesa*, páginas 246 y 254, el papel de la Orden es el de preparar las leyes: «casi todos los grandes problemas de la época han sido así examinados, problemas de defensa nacional, de enseñanza, de producción y de reparto de las riquezas, problemas de la paz entre los hombres y entre los pueblos».

Sin embargo, el jefe del «Cartel», Edouard Herriot, dotado de más talento literario que de sentido político, pero invenciblemente tentado de abandonar su cátedra de profesor de Instituto para brillar por su elocuencia sobre el estrado de los congresos, niega que esté afiliado oficialmente a la secta. Colaborador del fanático Emile Combes, y sucesivamente alcalde de Lyon en 1905, senador del Ródano en 1912, presidente del partido radical y diputado en noviembre de 1919, es el hombre de confianza de las logias, el ejecutor de sus voluntades (Acta de la asamblea de 1924, pág. 15). Presidente de la Liga de Acción y de Defensa laica, miembro eminente de la Liga de la Enseñanza (más tarde de la Liga internacional contra el Antisemitismo y de la Asociación Francia-U. R. S. S.), ha sido admitido a dar unas conferencias en la Logia «El Esfuerzo» el 30 de noviembre de 1922, y en la Logia «Ernesto Renan» en 1927. Obedeciendo a consignas suyas, «no mezclaremos más nuestros boletines con los de la mayoría», los radicales (a excepción de 12 que votan por el gobierno y 8 que se abstienen) se unen a la oposición socialista, el 15 de junio de 1923. Animador del «Cartel», empujado por los jóvenes turcos del radicalismo (y su Liga de la República, creada en octubre de 1921) a intentar en Lyon un ensayo de «Frente Popular» con Paul Boncour y los comunistas en abril de 1922, apoyado en su campaña electoral por Henry Dumay (ex colaborador de Jean Dupuy en el *Petit Parisien* en 1900, después de una estancia en América), fundador del semanario *Le Progrès Civique* en 1922 y del periódico *Le Quotidien* en 1923 (14), Herriot ha denunciado a «la Unión como en el frente», reavivando las antiguas querellas «de la época en que los franceses no se querían» y reclutando como

(14) Alimentado por 22 millones de suscripciones —recogidas bajo el patrocinio de la flor y nata de las Logias, Ferdinand Buisson, Aulard y su yerno Albert Bayet, y del socialismo «burgués», Leon Blum, Vincent Auriol, Renaudel, etc.— y por los tráficos bursátiles de Marthe Hanau, ex esposa de Lazare Bloch, que redacta su crónica financiera, aquel órgano, con una tirada de 300.000 ejemplares en 1923, será rescatado, después de la negativa de los magnates del petróleo a recapitalizarlo y de la retirada de su secretario general, George Boris, por Paul Hennessy, el rey del coñac.

agentes de su cruzada de propaganda laica a profesores y maestros (de los cuales, y sobre un total de 120.000, 75.000 pertenecen a la C. G. T. y 15.000 a la C. G. T. U.).

El gobierno que forma, el 17 de junio de 1924, con Clémentel en las Finanzas, Camille Chautemps en el Interior, François Albert en la Instrucción Pública y Edouard Daladier en las Colonias, es un gabinete puramente radical (y masónico, con los Hermanos René Renoult, Camille Chautemps, Dumesnil, Peytral, Bovier-Lapierre, Leon Meyer), por el hecho de que los socialistas, con el esteta «*mon cher* Blum» en cabeza, si bien le apoyan con sus votos, se han negado a participar en él. Un gabinete a las órdenes de las Logias. Júzguese si no: la aplicación estricta de la ley de 1901 sobre las congregaciones (reclamada por la Gran Logia de Francia en la asamblea de 1922); la instauración de la escuela única y del monopolio de la Enseñanza (solicitada por la asamblea del Gran Oriente, págs. 265, 266 y 271), son objeto de una promesa solemne contenida en la declaración ministerial del 17 de junio de 1924. La introducción del régimen laico en Alsacia, intentada por el gobierno, provoca una protesta tan general que hay que renunciar a ella. Contra la nueva ola de anticlericalismo, el general de Castelnau reacciona fundando la Federación nacional católica, que no tardará en contar con 1.800.000 afiliados. En presencia de aquella resistencia, la supresión de la embajada en el Vaticano (decidida por la Gran Logia de Francia en enero de 1923), aunque aprobada el 24 de octubre de 1924, quedará sin efecto. En cambio, la amnistía, no sólo de Caillaux, Malvy y Goldsky, sino también de André Marty y del capitán Sadoul, solicitada por el Gran Oriente el 31 de enero de 1923, será concedida el 14 de julio de 1924. El restablecimiento del escrutinio de distrito, de acuerdo con los deseos de la asamblea de la Gran Logia de Francia de 1922 (pág. 287), tendrá efecto el 23 de agosto de 1924, y la reanudación de las relaciones con los Soviets, deseada por la G. L. D. F. (boletín de octubre de 1922, pág. 286), será una realidad el 29 de octubre de 1924.

Euforia en Ginebra: Francmasonería y Alta Finanza: los planes Dawes y Young

En las relaciones internacionales, el alba de los nuevos tiempos se levanta sobre Ginebra. Nunca ha estado más cerca el reinado de la democracia, ni ha sido más real el de la Alta Finanza. Se vive en plena euforia masónica. «Consideramos que después de su papel nacional, cada una de las secciones nacionales de la Gran Internacional masónica debe dedicarse a realizar el entendimiento entre los hombres... Somos un pueblo, los constructores de la Torre de Babel» (Acta de la asamblea del Gran Oriente de 1927, págs. 396-97). Sucesivamente, las asambleas de 1924, 1925 y 1928 reclaman la transformación de la Sociedad de Naciones en Parlamento internacional elegido, y la aplicación del programa de Mr. Henri Dumont, que preconiza entre otras cosas «el establecimiento de un organismo internacional susceptible de dirigir la economía mundial» (Acta de la asamblea del Gran Oriente de 1932, pág. 108).

En el terreno exterior, la presencia en Londres desde diciembre de 1923 de un gabinete laborista facilita singularmente la tarea de Edouard Herriot que, tras su entrevista en los *Chequers* con Ramsay Mac Donald (del 20 al 22 de junio de 1924), se limita a seguir dócilmente a su jefe de filas. En lo

que respecta a las reparaciones, una nueva conferencia, abierta el 16 de julio en la capital británica (en la que sir Josiah Stamp y sir Robert Kinderley representan a la Gran Bretaña, y J. Parmentier y Edgar Allix a Francia), adopta el informe presentado el 9 de abril por el general de opereta norteamericano Dawes; banquero de su estado; después de la evacuación de Dortmund por Francia, el 17 de agosto, y de la promesa de retirada general del Ruhr en un plazo de un año (resultado de una entrevista en Berlín a finales de enero con el canciller Marx y el Dr. Schacht, aprobado por Poincaré el 11 de abril), el plan estudiado por él entra en vigor el 1 de septiembre. Prevé la entrega de cinco anualidades (de 1.000, 1.220, 1.200, 1.750 y 2.500 millones de marcos-oro) desde 1925 hasta 1930 por Alemania, que hasta entonces no ha pagado sobre sus excedentes de exportación más que 6.997 millones el 30 de abril de 1922, 1.800 de ellos a Francia, o sea, una suma inferior en 61 millones al importe de sus gastos de ocupación. De hecho, el Reich entregará, del 1 de septiembre de 1924 al 17 de mayo de 1930: 3.900 millones a París, 1.600 a Londres, 500 a Roma, etc., en total alrededor de 8.000 millones.

Arreglos que sólo permiten efectuar empréstitos exteriores (800 millones de marcos para empezar), garantizados por los ingresos de los ferrocarriles, de los dominios y de ciertos impuestos. Mediante un control efectivo de los banqueros internacionales sobre las finanzas del Reich. Arruinada por su derrota (que le ha costado 131.200 millones de marcos-oro, el 87 % de ellos suministrados por el empréstico), Alemania (cuya deuda, multiplicada por 20 con relación a 1914, alcanzará la cifra de 168.000 millones de francos-oro en 1928), que no ha logrado obtener un empréstito en noviembre de 1919 y se ha visto negar una moratoria por los Aliados en julio de 1922, ha vivido los peores expedientes monetarios («notgeld», moneda de necesidad, emisiones locales de billetes, etc.) hasta octubre de 1923, en que el ministro de Finanzas Luther y el Dr. Hjalmar Schacht, nombrado «consejero para la Moneda» el 15 de noviembre de 1923, pasando raya sobre la deuda interior anulada para empezar de nuevo, han encargado a un Instituto virgen, el «Rentenbank», la emisión de un «rentenmark», garantizado por bienes inmuebles, sobre la base de una unidad nueva por un trillón de marcos-papel (enero de 1924) y han creado, para los cambios exteriores, el «Golddiskontobank». Esas primeras medidas de recuperación, consolidadas por la adopción del plan Dawes, permiten la reconstitución del Reichsbank por la ley del 30 de agosto de 1924, bajo la forma de un Instituto de emisión privado (beneficiándose de un privilegio, salvo para Baviera, Wurtemberg, Baden y Sajonia, cuyo techo se fija en 194 millones), gobernado por un directorio designado, con el acuerdo del gobierno, por un Consejo general compuesto de 7 miembros alemanes elegidos por los accionistas y 7 miembros extranjeros. Este régimen será mantenido hasta el 13 de marzo de 1930, fecha en la que los «controladores» extranjeros serán eliminados por el plan Young, conservando el gobierno del Reich un derecho de veto sobre el nombramiento del presidente. Como en la mayoría de los países ortodoxos, el reichsmark está ahora ligado al patrón-oro, a la paridad de 1914, y garantizado en una proporción del 40 %, en sus tres cuartas partes por las reservas de oro y de divisas, en el resto por la cartera del Banco central. Desde 1924 hasta 1929, el Dr. Schacht asumirá con pleno éxito las funciones de director del Reichsbank. Aquel experto, que ha pasado una parte de su juventud en los Estados Unidos, con su padre, antes de ingresar en el Dresdnerbank, uno de cuyos directores ha sido desde 1908 hasta 1915, antes de administrar las finanzas belgas bajo la ocupación, es además franc-

masón (afiliado a la Logia «Urania Zür Unterblichkeit») y comparte la gestión de la economía alemana con Jakob Goldschmidt, director de la «Danat» hasta 1931. Todo esto contribuye a inspirar confianza a los financieros norteamericanos. Volviendo a los planes concebidos en la época de Rathenau, la banca Kuhn-Loeb funda, de acuerdo con su socio Paul Warburg, el «International Acceptance Bank» y rivaliza con Lee Higgison de Boston, la «Guaranty Trust Cy» y la «Banker's Trust Cy», para proveer a Alemania de créditos y racionalizar a ultranza su industria, al tiempo que se adueña a bajo precio de sus valores y efectúa préstamos «comerciales» a sus bancos, a unos intereses usurarios.

Reconocimiento de los Soviets

En lo que respecta a los Soviets, reconocidos «de facto» por la Gran Bretaña, que ha concluido un acuerdo comercial con ellos el 16 de marzo de 1921, Herriot copia su actitud en la de Macdonald, y el reconocimiento «de jure» de Francia, el 28 de octubre de 1924, sigue de cerca al de Inglaterra (1 de febrero de 1924, seguido de un tratado de comercio el 9 de agosto). En materia de garantías exteriores, ha formulado, el 4 de septiembre de 1924 en Ginebra, el principio de la pura ortodoxia democrática con la trilogía: «Arbitraje, seguridad, desarme». Seguridad colectiva, se entiende, y desde luego bajo la égida de la Sociedad de Naciones. Por desgracia, Eduard Benes se encarga de establecer el texto sobre las ententes regionales, sometidas a la asamblea de las naciones el 28 de septiembre de 1923. Naturalmente, lo hace en el sentido más estricto, tendiendo a impedir toda revisión de los tratados de Versalles, lo que no deja de «apuntar» a los ingleses; así, Stanley Baldwin y su colaborador del Foreign Office sir Austen Chamberlain, que han vuelto a tomar las riendas el 4 de noviembre, después de la derrota electoral de los laboristas, el 29 de octubre, se apresuran a rechazar el protocolo propuesto. Lloyd George condena también el 24 de marzo de 1925 en los Comunes aquel tipo de «convenio militar destinado a sostener el *statu quo*» y predice que «nada sería más propicio para provocar una guerra». La cuestión, pues, será reasumida en otra forma, más limitada y más prudente. Por instigación de lord Abernon y de sir Austen Chamberlain, Gustav Stresemann contesta a la propuesta hecha por Herriot el 28 de enero de 1925 de evacuar el Ruhr un año después de la entrada en vigor del plan Dawes, proponiendo el 9 de febrero la conclusión de un pacto de garantía de las fronteras occidentales por Alemania, Gran Bretaña, Francia, Bélgica e Italia. Herriot, puesto en minoría por Poincaré, el 10 de abril, en el Senado, ha tenido que ceder el puesto a Paul Painlevé, el 17 de abril (con los Hermanos Steeg, Schrameck, Chaumet, Hesse, Antériou, Jammy Schmidt y Bénazet), y Aristide Briand toma el asunto por su cuenta, como ministro de Asuntos Exteriores primero y como presidente del Consejo después (hasta el 28 de noviembre de 1926). Con él, llama al Quai d'Orsay a Philippe Berthelot, que permanecerá en el cargo hasta el 2 de enero de 1932. Reunidos en Locarno, el 5 de octubre de 1925, Chamberlain, Stresemann, Vandervelde, Scialoja y Briand firman el 16 el pacto propuesto, que incluye siete acuerdos de ayuda, de Francia a Polonia (Skrzynski), a Checoslovaquia (Benes), a Rumanía, a Yugoslavia, etcétera, siempre dentro del marco de la Sociedad de Naciones, lo que deja entreabierta la puerta a la revisión (reclamada a voz en grito, en Francia, en aquella época, por aquella misma oposición de izquierda que, obedeciendo

a otras consignas, rechazará toda discusión sobre la Europa central y Dantzig y se mostrará tan belicista en 1938-39).

La evacuación de la zona de Colonia, el 31 de enero de 1926, confirma la buena voluntad francesa. La admisión de Alemania en el seno del Club de las Naciones, el 10 de septiembre de 1926, completa aquel intercambio de cortesías. Francmasón, lo mismo que el Dr. Schacht, «el mago Merlin» de las Finanzas alemanas, Gustav Stresemann sabe contestar a ellas en el lenguaje apropiado: «El Gran Arquitecto divino no nos ha hecho a todos iguales. Pero todos pertenecemos a la categoría de aquellos seres que desde las tinieblas aspiran a la luz», proclama en Ginebra. El 17 de septiembre, un almuerzo íntimo reúne en Thoiry a aquel maestro del doble juego (ya que, si bien es masón, pertenece a la Logia «Federico el Grande», filial de los «Tres Globos», es decir, a una obediencia controlada más bien por los Rosa-Cruz que por el judaísmo) y a su compadre francés. ¡Sólo falta que este último pida la colaboración de Alemania para la estabilización del franco francés! Pero el precio sería demasiado caro: la restitución de la cuenca del Sarre, la supresión del control militar, la evacuación anticipada del resto de Renania. El astuto Stresemann no dejará pasar la ocasión de insistir sobre ese punto, cuando vendrá a firmar, con Kellog, el 27 de agosto de 1928, en París, el nuevo pacto declarando a la guerra fuera de la ley, ideado por Briand para incitar a los Estados Unidos a interesarse por los asuntos europeos. Y el canciller Müller lo solicitará formalmente en Ginebra, el 10 de septiembre de 1928.

El franco en apuros, salvado por Poincaré a costa de las clases medias

Entretanto, Francia, sobre la cual recae casi todo el peso de su reconstrucción, conoce dificultades financieras cada vez más graves. Vencimientos por valor de 21.950 millones la esperan a principios de 1925. Casi 5.000 millones (exactamente 4.942) en Bonos del Tesoro al 5 % y a diez años plazo han tenido que ser emitidos. El techo de los anticipos de la Banca se ha elevado de 22 a 26.000 millones, el 7 de abril. La circulación fiduciaria alcanza 41.000 millones. Clémentel dimite. La confianza se evapora. Los tenedores de Bonos de la Defensa quieren cobrar. El 3 de abril de 1925, Herriot denuncia «la muralla de dinero» con la que choca su política. Por boca de Vincent Auriol, los socialistas amenazan a los tenedores con un impuesto sobre el capital, con un empréstito sobre la fortuna adquirida. Pero la mayoría se encoge en la Cámara (290 votos contra 242), y Poincaré pone al gobierno en minoría en el Senado (10 de abril de 1925). Presidente del Consejo, el 10 de abril, Paul Painlevé llama a Caillaux a las Finanzas. Mientras continúa la inflación (la circulación fiduciaria alcanzará 58.500 millones el 3 de diciembre de 1925), provocando la fuga de los capitales, este último consolida por medio de un empréstito «de Liberación» 7.000 millones de Bonos de la Defensa, hace aprobar el 12 de julio el impuesto sobre la cifra de negocios, equilibra el presupuesto en 33.150 millones, pero rechaza la panacea socialista de una punción del 14 % durante catorce años sobre el capital (solución rechazada por 196 votos, el 27 de octubre) y se retira del gabinete. Un reajuste, el 29 de octubre, con Georges Bonnet en el Presupuesto y Painlevé en el Tesoro (y los Hermanos Camille Chautemps, Schrameck, Perrin, Durafour, Antériou, Jammy Schmidt y Bénazet), dura solamente hasta el 22 de noviembre. Aristide Briand, vuelto al poder el 28 de noviembre (flanqueado

de los Hermanos Chautemps, René Renoult, Perrin, Durafour y Bénazet), confía las Finanzas a Loucheur primero, que pretende aumentar retroactivamente los impuestos directos, a Paul Doumer después, que ve denegado su plan de una tasa del 1,20 % sobre todos los pagos, y finalmente a Raoul Péret, el 9 de marzo de 1926. Este último propone el cambio de los Bonos del Tesoro que llegan a su vencimiento (3.160 millones) por Bonos de la Defensa. Desde principios de año, hay 50.000 millones de Bonos a corto plazo en circulación, 6.000 millones de vencimientos inmediatos y 7.000 de déficit. A pesar del apoyo de los Morgan y de los Lazard, la cotización del franco desciende peligrosamente en el exterior.

Un acuerdo reduciendo la deudo norteamericana (rebajada en un 47,2 %) a 6.847 millones de dólares, pagaderos en sesenta y dos años, es firmado por el senador Henry Bérenger con Andrew Mellon, secretario del Tesoro, el 29 de abril, pero, rechazada la cláusula de salvaguardia en caso de impago de las reparaciones, no es ratificado. En mayo, está prevista la entrega de 4 millones de dólares a Inglaterra. Sin embargo, la libra esterlina, que costaba 134 el 15 de diciembre de 1925, sube a 145 el 5 de mayo, y a 178 el 18. En pura pérdida, se dedican 56 millones de dólares de los fondos Morgan para rebajarla a 150, el 20: vuelve a subir a 170. Desde 1919 hasta 1926, la deuda perpetua se ha acrecentado de 98 a 199.000 millones, y la deuda flotante de 43 a 93.000. El 26 de mayo, un comité de expertos (Sergent, del Banco de la Unión parisiense, Raymond Philippe, de la firma Lazard, Emile Moreau, del Banco de Argelia, Picard, subgobernador del Banco de Francia, Peyerhimof, los profesores Rist y Jèze) se reúne en París. Recomienda, el 4 de julio, el equilibrio del presupuesto, la restauración de la Tesorería, la estabilización monetaria. Para realizar este programa, Caillaux, que ha reemplazado el 23 de junio a Raoul Péret, dimisionario el 15, nombra a Emile Moreau (15) para el puesto de Robineau en el Banco de Francia, concluye un acuerdo de principio con Winston Churchill sobre la deuda inglesa (el 12 de julio) y solicita plenos poderes a la Asamblea (6 de julio). Pero, habiéndose coaligado las dos oposiciones (Herriot y Blum por un lado, Tardieu y Marin del otro), la Cámara le niega el 17 de julio, por 288 votos contra 243, el derecho a promulgar decretos-leyes. La bancarrota está a la puerta; la caja vacía; se ha alcanzado el techo de los anticipos; entre los días 11 y 20 de julio han sido retirados 25 millones de las Cajas de Ahorro. La opinión se inquieta; las Ligas se agitan, la Acción Francesa, la Liga de los Patriotas fundada por J. P. Taittinger en 1924. Herriot, obligado a asumir la responsabilidad de la crisis formando un gabinete el 19 de julio, y su ministro de Monzie, asisten impotentes al naufragio del franco y se hacen derribar por 290 votos contra 273, el 21 de julio. La libra esterlina cuesta 196 el 13 de julio, 220 el 18, 243 el 21; el dólar, 40, 46 y 50.

Se busca un salvador, que no puede ser otro que Poincaré. El 23 de julio se hace cargo de las Finanzas y forma un amplio ministerio de Unión nacional con la «vieja guardia» del régimen: Briand en los Asuntos Exteriores, Albert Sarraut en el Interior, Louis Barthou en la Justicia, Paul Painlevé en la Guerra, George Leygues en la Marina, Herriot en la Instrucción Pública,

(15) Iniciado en la Logia «El Porvenir» el 13 de noviembre de 1894; tan anglófilo y tan enfeudado a la Royal Dutch, que obligará a su amigo Horace Finaly, culpable de apoyar a la Standard Oil, a dimitir de la dirección general de la B. P. P. B., en junio de 1937.

Bokanowski en el Comercio, André Tardieu en las Obras Públicas y Louis Marin en las Pensiones. El 27 de julio, la Cámara le concede un voto de confianza: 358 votos contra 131. Así, una mayoría intercambiable soportará la responsabilidad de las medidas antipopulares. En esas dos fechas, la libra esterlina retrocede inmediatamente a 220 y 196; el dólar, a 46 y 40. «Que no haga nada —ha dicho Edmond de Rotschild a André Chaumeix, refiriéndose a Poincaré—. Que se limite a traer de nuevo la confianza». Algunas disposiciones de saneamiento bastaron para ello. Tras entrevistarse con sus colegas Montagu Norman, del Banco de Inglaterra, y Benjamín Strang, de la Federal Reserve, Emile Moreau obtiene la restitución del saldo, 30.800 millones de dólares, del fondo de apoyo Morgan; es autorizado, además, a comprar oro y divisas (el gramo de oro a 19,75 y el de plata a 0,59, a partir del 27 de septiembre), para defender el cambio, pero se resiste a utilizar el expediente que consiste (haciendo saltar el techo sin que lo parezca) en hacer redescontar por el Instituto de Emisión unas compras de Bonos del Tesoro efectuadas por la Banca, que obtiene para ello un préstamo de 930 millones.

A fin de equilibrar el presupuesto, la ley del 3 de agosto de 1926 permite la realización por medio de decretos-leyes de 5.000 millones de economías y crea 6.000 millones de nuevos ingresos (exigidos sobre todo a los impuestos indirectos). De modo que el ejercicio se saldará con un superávit de 1.000 millones, en vez de 2.500 de déficit; que en 1927, el equilibrio se establecerá en 39.700 millones y que en 1928 se recaudarán 48.000 millones de ingresos por 44.000 de gastos. A fin de incitar a los capitales evadidos a regresar, el tipo de descuento pasa del 6 al 7,5 %. Para absorber la deuda flotante y devolver la confianza al ahorro, una Caja autónoma de Gestión de los Bonos del Tesoro y de Amortización, solemnemente instituida en Versalles los días 5-7 de agosto, permitirá la emisión de una serie de empréstitos (3.000 millones en octubre, 1.378 millones en diciembre y 3.749 el 15 de febrero de 1927; de rentas al 6 % amortizables, por un valor en capital de 18.224 millones, del 25 de abril al 25 de mayo, y de otra tanda de 4.642 millones en junio; y de 20.850 millones en capital de rentas al 5 % en mayo de 1928), que elevarán la deuda perpetua de 3.000 millones en 1920 a 10.000 en 1931. Gracias a esas diversas medidas, si bien la circulación continúa hinchándose (de 56.233 millones a 67.000 en 1929), en cambio los Bonos del Tesoro de menos de dos años son reabsorbidos y el importe de los anticipos de la Banca se reducen de 37.850 millones el 5 de agosto a 25.000 millones el 8 de diciembre de 1927, para caer muy pronto a 3.000. Sin haber recurrido siquiera a los empréstitos anglo-norteamericanos preconizados por los expertos, la cotización del franco se restablece rápidamente: la libra esterlina retrocede de 184 a 156,50, luego a 130 e incluso, a finales de año, a 120; y el dólar de 27 a 25,16. Las oscilaciones de las cotizaciones se encuentran limitadas a algunos puntos, de 125 a 120, el 22 de diciembre de 1926, y las reservas de la Banca se elevan a unos 70 millones de libras esterlinas en mayo de 1927.

Parece posible la estabilización oficial. E incluso urgente. Un informe de Jacques Rueff, del 20 de noviembre de 1927, aconseja proceder a ella a un nivel intermedio entre 145 y 120. Sin embargo, Poincaré la retrasará tres años, dividido como se encuentra entre las influencias opuestas de Edmond de Rotschild, de François de Wendel (ambos regentes de la Banca), apoyados por Louis Marin, apóstoles de una revalorización del franco, y las de Horace Finaly, del Banco de París y de los Países Bajos (gran tesorero del Bloque

de las Izquierdas, «Deus ex machina» del régimen, que, desde Clémentel, dispone de un despacho en el Ministerio de Finanzas), de Raymond Philippe, representante de los Lazard, y de los técnicos, el gobernador Moreau y Quesnay, partidarios de una simple estabilización de la cotización del mercado de los cambios. Reforzada la posición del gobierno por las elecciones de escrutinio de distrito a dos vueltas (22-29 de abril de 1928), que han enviado a la Cámara, sobre un total de 612 diputados, a 330 miembros de la derecha (Independientes, Unión republicana y democrática) y del Centro (republicanos de izquierda, izquierda radical, demócratas populares), en frente de 164 radical-socialistas y republicanos socialistas, 107 S. F. I. O. y un puñado de comunistas (reducidos de 28 a 11), la decisión no puede demorarse por más tiempo. Persuadido por el gobernador Moreau y también por una entrevista con Jouhaux, de la C. G. T., de que una revalorización del tipo de la que será fatal en Inglaterra para Winston Churchill y para los conservadores en las elecciones del 31 de mayo de 1929, no dejaría de provocar graves conflictos sociales, Poincaré se resigna a estabilizar el franco a la cotización más baja que permita mantener el nivel de los salarios, es decir, a 124,21 para la libra esterlina y a 25,52 para el dólar (24 de junio de 1928). Dimitidos los ministros radicales a raíz del congreso de Angers, el 6 de noviembre, Poincaré reajusta su gobierno el 11 de noviembre, con Henry Chéron en las Finanzas y André Tardieu en el Interior. Pero aplica sus últimas fuerzas a defender lo que queda de las reparaciones contra las reducciones y la moratoria con que las amenazan el comité de expertos reunido por Owen Young en París el 9 de febrero de 1929 y la conferencia en La Haya para el 5 de agosto. Al final del debate abierto el 16 de julio para la ratificación de los acuerdos Mellon-Bérenger y Churchill-Caillaux sobre las deudas interaliadas, difícilmente obtenida con 8 votos de mayoría, el 21 de julio, su salud le traiciona; dimite el 26 para ingresar en una clínica. El restablecimiento del franco, del que es autor, constituye un éxito, desde luego. El presupuesto de 1928 se salda con superávit. El Estado ha devuelto sus anticipos a la Banca, que realiza un beneficio de 17.000 millones sobre la revaluación de sus existencias-oro. Se restablece la convertibilidad, aunque limitada a los lingotes (gold bullion standard). El tipo de descuento es reducido del 7,5 al 3,5 %. Lo que no impide que el franco Poincaré, de valor definido por 65,5 miligramos de oro al título de 900/1.000, no sea más que la 1/4,92 parte del franco germinal, lo que representa una bancarrota de los 4/5.

Así, los ahorradores, los rentistas, los propietarios de inmuebles (por el hecho de la limitación de los alquileres) y más generalmente las clases medias pagan en Francia, lo mismo que en Inglaterra, los gastos de la guerra. Su descontento les llevará hacia las Ligas que, a favor de los escándalos que salpican al régimen, combaten a las instituciones parlamentarias. El ejemplo del fascismo italiano se hace contagioso. Alemania, a raíz de una quiebra total y de una racionalización desenfrenada (2.000 «cartels» constituidos desde 1925 hasta 1929 y 3.500 millones de dólares pedidos prestados a los anglosajones) que deja en la calle a millones de obreros, recluta tropas para Hitler. La Europa central y occidental reacciona contra la nivelación de las condiciones por abajo, consecuencia de la guerra, generadora de revolución, según los esquemas de Hegel y de Carlos Marx. En cuanto a la Rusia de los Soviets, obligada a organizar el comunismo en un solo país, su evolución no se adapta ya a los planes de los conductores del juego.

* * *

Sus comanditarios norteamericanos en ayuda de los Soviets

Hemos seguido hasta el final de la guerra civil la acción de Lenin y de Trotsky. Durante todo aquel período, sus comanditarios judeo-norteamericanos no han cesado de preservarles de una intervención europea que les habría resultado fatal. Wilson, que había prometido ante el Congreso, el 8 de enero de 1918, a la Rusia comunista, «la ayuda de todas clases que pueda necesitar», ha intentado primero reunir en la isla de Prinkipö (de los Príncipes), en el mar de Mármara, a los representantes de las diversas facciones en lucha, a fin de que una delegación rusa pueda participar en las negociaciones de paz (enero de 1919). Después ha enviado cerca de Tchitcherin a William Bullitt, amigo y colaborador del coronel House para los asuntos de la Europa central desde 1917, miembro de la delegación norteamericana en Versalles. Nacido en 1891 en Filadelfia, estudiante en Yale y en Harvard, aquel periodista fue sorprendido por la declaración de guerra en Rusia, donde pasaba una temporada con su familia. No es solamente rusófilo, sino también simpatizante comunista, por convicción y por alianza (será el esposo, de 1923 a 1926, de Louise Brigant, viuda del jefe marxista norteamericano John Reed). Su informe concluye naturalmente (aunque la deuda hacia los Estados Unidos, 192 millones de dólares, haya sido repudiada como las demás) en el reconocimiento de la República soviética. Pero el bocado es demasiado grande. Ni Clemenceau, ni siquiera Lloyd George consienten en tragarlo. Wilson sólo obtiene de las potencias el compromiso de no intervenir en la guerra civil, de reconocer «el derecho absoluto del pueblo ruso a dirigir sus propios asuntos» y de no actuar aisladamente (noviembre de 1919). Por otra parte, Stephen Pichon ha prometido, el 24 de marzo de 1919, que no habría expedición francesa a Rusia (los amotinamientos de Odesa, fomentados por André Marty sobre los acorazados «France» y «Jean Bart», del 19 al 21 de abril, y la agitación cegetista se encargarán de apoyar aquella toma de posición). Clemenceau se limita al preconizar el establecimiento de un *cordón sanitario*. «Queremos poner alrededor del bolchevismo una red de alambre de espino para impedir que se precipite sobre la Europa civilizada». Los tenedores de valores rusos (1.600.000) fruncen el ceño. Ante todo, Francia piensa en su seguridad e Inglaterra en su comercio. Deseoso de reanimar los intercambios continentales de anteguerra, «en una Europa devastada desde el Atlántico hasta el Ural», ha dicho, Lloyd George añora los 440 millones de rublos-oro que aseguraban a la Gran Bretaña, en 1914, el segundo lugar en el comercio exterior de Rusia (detrás de Alemania, con 1.105 millones de rublos). Así, propone sucesivamente a los Aliados la reanudación de las relaciones comerciales (el 17 de enero y en febrero de 1920), y el recibir a un delegado soviético en la conferencia de Boulogne el 27 de julio de 1920, antes de concluir un convenio comercial separado, el 16 de marzo de 1921.

¡El marxismo es la miseria!

La situación de los Soviets, sin embargo, dista mucho de ser brillante. Desde la institución de la «Vetcheca», por decreto del 7 de diciembre de 1917, el terror acompaña a la guerra civil. La comisión de encuesta Denikin ha calculado el número de las víctimas en 1.700.000 para los años 1918 y 1919. Las matanzas más sobresalientes han sido las de 2.000 oficiales en Kiev y de 400

en Odesa en 1918, seguidos de 1.200 en Arkhangelsk (ametrallados por Kedrov), de 5.000 ejecuciones en Petrogrado tras el fracaso de Yudenitch (otoño de 1920). En el curso de una ola de huelgas, en Tula, Briansk y Petrogrado en marzo de 1919, pero sobre todo en Astrakhan, la represión ha sido salvaje (4.000 muertos en esta última ciudad, muchos de ellos ahogados, el 12 de marzo). También en Petrogrado se contarán 600 ahogados en 1921. Ucrania ha sido sumergida por el chequista Latzis en un verdadero baño de sangre. Todos los medios de tortura han sido utilizados por los rojos al evacuar Kharkov en 1919 (Saenko) y al regresar en enero de 1920 (Yvan Serov): unos han visto arrancadas las uñas y la piel de las manos, los ojos reventados; otros han sido enterrados vivos, para que las ratas devorasen sus entrañas, o han muerto de frío, desnudos sobre la nieve. Abolida en febrero de 1920, la pena de muerte ha sido restablecida por Trotsky el 16 de junio del mismo año.

Desde que Lenin se siente el amo, pretende aplicar íntegramente el programa del partido, según el breviario de Bukharin, «Dictadura del Proletariado», redactado en forma de folleto en mayo de 1918. Y, para conseguirlo, refuerza en el VIII Congreso del Partido (cuyos efectivos, reducidos a 313.000 miembros, alcanzarán la cifra de 611.000 en marzo de 1920) el «aparato» limita la influencia del Comité Central de 19 miembros, creando dos comités restringidos, el «Orgburó» (Organización) y el «Politburó», de modo que un directorio de cinco miembros (Lenin, Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Stalin —Sverdlov ha muerto del tifus—) detenta en realidad el poder. El colectivismo oprime a la agricultura y a la industria. «Tenemos que exigir la nacionalización de todas las tierras», ha escrito Lenin el 10 de abril de 1917 en sus «Tareas del proletariado» (*Obras escogidas*, 11, 31), en forma, sea de comunas igualitarias, sea de explotaciones estatales. De acuerdo con ese esquema, el decreto del 26 de octubre de 1917 ha abolido la gran propiedad (152,5 millones de hectáreas, en relación a 214,7 millones de pequeñas explotaciones), la ley del 9 de febrero de 1918 ha impuesto la nacionalización, el decreto del 29 de mayo de 1918 ha organizado unos «Comités de campesinos pobres» (cuyo fracaso ha sido tan absoluto, como el de los «ejércitos del trabajo» reclutados por Stalin en Ucrania, que han tenido que ser absorbidos el 23 de noviembre de 1918 por los Comités de distrito). Y he aquí que ahora, el decreto del 14 de febrero de 1919 prescribe el «reajuste del suelo». En adelante, la distribución debe reemplazar al intercambio: el decreto del 23 de enero de 1919 instituye entre las empresas nacionalizadas la compensación en especie, que se extiende el 6 de enero de 1920 a las cooperativas. En consecuencia, la moneda tiene que ceder el puesto a una «unidad de trabajo», el «troud» (mayo de 1921). En el terreno financiero, esto entraña, más allá del monopolio estatal de las operaciones bancarias, establecido por el decreto del 27 de diciembre de 1917, la liquidación en enero de 1920 del Banco del Pueblo, que ha absorbido a los bancos nacionalizados. Sólo subsiste el Comisariado de Finanzas. Sólo la burocracia impera sobre el rebaño de los proletarios. Una burocracia invasora: un nuevo «tchin»: el de los zares contaba únicamente con 800.000 en 1913; ahora son 7.365.000 «tchinovniki», entre los cuales se reclutan la mayoría de los miembros del partido (485.000, más 400.000 jóvenes o «Komsomols»).

Una cierta oposición, expresada por Bubnov y su «centralismo democrático», se manifiesta en los Congresos IX y X (marzo de 1920 y marzo de 1921), contra aquel estado de cosas. Cierto malestar se desarrolla en los sindicatos,

en los que 4 millones de obreros «sin partido» se encuentran dominados por un Consejo panruso comunista. Comisario de Transportes, Trotsky ha chocado con ellos (9 de noviembre de 1919) al esforzarse en someter a un régimen pretoriano los ferrocarriles. En tanto que Riazanov se acomodaría a limitar su papel a la defensa de los intereses corporativos, la fracción de «oposición obrera», representada por Chliapnikov y Alexandra Kollontai, reclama por el contrario para ellos el derecho a participar en la gestión y en la dirección de las empresas. Pero sólo reúne 18 votos en el X Congreso, en el que Lenin se impone por 336 votos, contra 50 de Trotsky. Sin embargo, el Congreso de los sindicatos, que agrupa a 3.500 delegados (de ellos únicamente 6 socialdemócratas), se empeña en votar una moción distinta de la propuesta por el Comité Central del Partido (1921): pretensión intolerable a la independencia, inmediatamente sancionada con la destitución del «bureau», el exilio de Tomski al Turquestán y el alejamiento de Riazanov al extranjero. Entonces se producen graves disturbios. En Petrogrado, donde los obreros protestan, unas huelgas, seguidas de detenciones y de *lock-out,* estallan en febrero de 1921. Cronstadt, cuna de la revolución, se subleva el 28 de febrero al llamamiento de Kalinin, por las libertades prometidas; el soviet local es encarcelado (2 de marzo). Zinoviev replica encarcelando a su vez a una delegación del comité revolucionario, hace bombardear a los amotinados del acorazado «Petropavlosk» y, rechazadas sus primeras fuerzas por un vivo tiroteo en el golfo de Finlandia, el 8 de marzo, reanuda la represión el 17. el «puño de hierro» está a la orden del día. «Se trata de ametralladoras para los individuos que, entre nosotros, se llaman mencheviques y socialistas-revolucionarios», amenaza Lenin en 1922.

Pero no se alimenta al pueblo con balas. Si se ha producido una sublevación popular con ejecuciones arbitrarias en Tambov en 1921, y si los campesinos se agitan, es porque han muerto de 5 a 15 millones de personas —nunca se sabrá el número exacto— en la gran hambre de aquel invierno. Contra el fracaso total de la experiencia marxista, llamada por eufemismo «comunismo de guerra», no hay represión que valga. Y sus resultados condenan al sistema. La producción global —11.000 millones de rublos en 1913— queda reducida a 5.300 en 1922, la agrícola de 6,7 a 4, la industrial de 4,4 a 1,3. Las sementeras han disminuido en la mitad (100 millones de deciatinas en 1913, 82 en 1916, 51 en 1922); la media de las cosechas de cereales ha caído de 770 millones de quintales para el período 1909-1913 a 494 de 1913 a 1923 y a 487 en 1924, y la cosecha de trigo de 801 millones de quintales en 1913 a 644,3 en 1917, 333,3 en 1919 y 254,8 en 1921. La ganadería sólo cuenta con 117 millones de reses (en vez de 183). En las fábricas, donde los efectivos obreros son dos veces menores que antes, reinan unos salarios de miseria (7 rublos al mes en 1922, 16 en 1923, con relación a 32 en 1913). Amenazado por la sublevación de la base, Lenin da marcha atrás, fustiga las «abominaciones de *bachi-bouzouks*» cometidas por las expediciones punitivas que asolan las campiñas (18 de marzo de 1921), reconoce que «nuestra tentativa de pasar inmediatamente al comunismo nos ha valido una derrota» y que conviene «abandonar la construcción inmediata del socialismo para replegarse... hacia el capitalismo de Estado». (Al obrar así es consecuente con su pensamiento: «El socialismo no es otra cosa que el monopolio del Estado capitalista, empleado en interés de todo el pueblo», ha escrito en *El Estado y la Revolución,* Obras, tomo XXI, págs. 288-289.)

La N. E. P.: pausa necesaria

Convencido de que «si no hubiésemos transformado nuestra política económica no habría durado más unos meses», ha hecho decidir el 12 de marzo unas medidas de distensión, que anuncia el 16 de marzo y desarrolla en el XI Congreso, del 17 al 26 de octubre de 1921. La N. E. P. afloja el dogal que estrangula a la agricultura, sustituye las requisas por entregas en especie, a título de impuesto, permite a los campesinos disponer de sus excedentes en el mercado, deja subsistir, al lado de las explotaciones estatales o «sovkhozes», unos «dvors» familiares, unas «artels» o cooperativas (código agrario del 30 de octubre de 1922), devuelve incluso a sus beneficiarios los lotes repartidos al principio de la revolución y llega incluso a autorizar alquileres y ventas. Hasta el punto de que en 1926, la cosecha de cereales, 730 millones de quintales, se acerca al nivel de 1913. En la industria, las fábricas que emplean a menos de 20 obreros son desnacionalizadas. Son autorizadas unas sociedades «mixtas». Aunque el comercio exterior continúa siendo un monopolio del Estado, son restablecidos los intercambios interiores. El Comisariado de Finanzas se dedica a restaurar la moneda y el ahorro. Constituido con capitales anticipados por el Estado, el Gosbank ve la luz en octubre de 1921. El decreto del 4 de noviembre de 1922 le confía la emisión de un nuevo billete, el «tchrnovetz» (cubierto de modo ortodoxo por las existencias-oro y las divisas del Instituto), equivalente a 10 rublos-oro. En consecuencia, el Comisariado de Finanzas cesará sus emisiones paralelas de billetes (febrero y marzo de 1924), que serán retirados de la circulación el 31 de mayo de 1924, sobre la base de 50.000 rublos de 1923 y de 50.000 millones de antes de 1923 por un rublo-oro. La confianza de los ahorradores responde plenamente a aquellas medidas ordenadoras: en 1923, 500.000 personas poseen 11 millones de rublos de depósitos en 4.500 Cajas de Ahorro; en 1933, 24.900.000 personas poseen 1.412.6 millones en 57.600 establecimientos. Entretanto, se organizan bancos especializados: el «Prombank» (1922, para el comercio y la industria), el «Vsekobank» (1922, banco cooperativo panruso), bancos municipales (1923), bancos agrícolas, del Comercio exterior, de la Electrificación (1924). Se apela a capitales extranjeros y se otorgan concesiones a bancos privados.

Llamada al capitalismo: Rapallo y planificación

Para sacar de apuros al comunismo, las colaboraciones capitalistas son numerosas. En socorro de las poblaciones hambrientas, la «Ara» norteamericana y el Comité Nansen han acudido con poderosos medios: es una buena obra. Lloyd George propone el 6 de febrero de 1922 reunir en Génova una conferencia que volvería a abrir el mercado ruso a las exportaciones inglesas y alemanas; la City y Wall Street olfatean un fructífero «business». En el *New York Times* del 7 de mayo de 1922, el jefe de la A. F. L., Samuel Gompers, atestigua los esfuerzos de la banca germano-norteamericana en favor de los Soviets. Los comanditarios del régimen no podrían abandonarlo en la necesidad. El periodista inglés Wickham Steed, director del *Times*, expresa unas censuras en el *Daily Mail* del 27 de marzo: inmediatamente, el coronel House le reprende (Wickham Steed, *Mis recuerdos*, t. II, pás. 286 y 368). Tchitcherin, pues, se dirige a Génova, donde se reúnen los diplomáticos, del 10 de abril al 19 de mayo de 1922. A las condiciones previas formuladas por Louis

Barthou, pago de las deudas (11.500 millones a Francia, restitución o indemnización de los bienes confiscados), replica reclamando una indemnización por el apoyo prestado a los «blancos» Koltchak, Denikin y Wrangel. A Lloyd George, que ha abierto los caminos con su acuerdo comercial con Krassin (16 de marzo de 1921), le propone, a cambio de la renuncia a las deudas británicas (2.750 millones, invertidos principalmente en los petróleos), el disfrute de los bienes nacionalizados y la explotación de los pozos por la «Royal Dutch» (lo que provoca una protesta inmediata de la eliminada «Standard Oil»). Gracias al canciller Wirth, y sobre todo a Walter Rathenau que le acompaña, el acuerdo con Alemania, concretado por el tratado de Rapallo, que estalla como una bomba, el 16 de abril de 1922, va mucho más lejos. El Reich pasa generosamente la esponja sobre sus 2.200 millones de participación en las industrias mecánicas y electroquímicas rusas, y sobre la indemnización prevista en Brest-Litovsk; a cambio de ello, los bancos escandinavos y alemanes entablan nuevas operaciones a largo plazo, crean sucursales en Rusia, reciben concesiones de bosques, de minas, etc., y la colaboración (preludio de una ósmosis futura) se extiende hasta el terreno militar (16).

Aquellos apoyos exteriores, tan necesarios para salvar al régimen, contribuyen por otra parte a hacer renacer en los dirigentes soviéticos las esperanzas más descabelladas de expansión ideológica. A la consigna «Hands off Russia!», impuesta por Wilson a los occidentales en lo más fuerte de la guerra civil, ¿no han respondido acaso fundando en Moscú la III Internacional, el 2 de marzo de 1919? Fieles a la doctrina proclamada en el VI Congreso en noviembre de 1918, «la Rusia de los Soviets no es más que la vanguardia de la revolución alemana y europea», han prendido incendios que sus luchas intestinas les han impedido alimentar. Sin embargo, están seguros de que acabarán por triunfar. A propósito de Hungría, Zinoviev había profetizado en el VIII Congreso, el 1 de mayo de 1919: «Antes de que transcurra un año, toda Europa pertenecerá a los Soviets». Pero, cuando se han precipitado al asalto de Polonia, en agosto de 1920, ya era demasiado tarde. El menor indicio, tal como la institución de los «shop stewards» en Inglaterra, basta no obstante para alimentar los sueños de Lenin. Promovidos a la dirección en la Internacional en el XI Congreso, en octubre de 1921, Bukharin, Zinoviev y Radek explotan la conferencia de Génova para «trabajar» a fondo a los sindicatos franceses (fundar la C. G. T. U., a finales de junio de 1922, cf. págs. anteriores), y el acercamiento de Rapallo para fomentar disturbios en Alemania (a donde se dirigen Radek y Piatakov en octubre de 1923). De todos modos, se aleja la esperanza de ver triunfar en breve plazo el comunismo en el resto del continente.

La posición de Trotsky, apóstol de la revolución permanente («El verdadero desarrollo de la economía socialista en Rusia sólo será posible después

(16) El ministro de la Guerra, Dr. Gessler (hasta el 20 de enero de 1928), el general Gröner y los jefes de la Reichswehr, generales von Seeckt y Heye (desde el 9 de octubre de 1926), van en efecto a hacer estudiar unos prototipos de armas en la U. R. S. S., lo mismo que en Suecia, en Dinamarca, en Holanda, en Suiza, en España y en Turquía, por mediación de las sociedades anónimas Gefer, Wike, etc.; crear sucursales de Junker en la U. R. S. S. y en Suecia, de Dornier en Holanda y en Suiza; montar una filial de la industria química de los gases en Kalinin; fabricar cañones y tanques en la empresa «Bofors» en Suecia; construir submarinos en Cronstadt y Sebastopol, en la U. R. S. S., así como en Vigo, España, al disponer de créditos militares cada vez más amplios (de 459 millones de marcos en 1924 a 788 en 1930).

de la victoria del proletariado en los principales países de Europa». escribe en 1922 en una nota al final de su folleto *El programa de paz*, en tanto que Lenin considera que «el resultado de la lucha depende finalmente de que Rusia, la India, China, etc., formen la inmensa mayoría de la población del globo», en *Obras escogidas*, t. II, págs. 1043 y 1044), ha quedado debilitada, y la de Stalin fortalecida, en el momento en que la enfermedad de Lenin plantea el problema de la sucesión. Desde hacía dos años, Trotsky había aconsejado más prudencia, pero, por 11 votos contra 4, el Comité Central se había negado a seguirle. Su colusión con la alta finanza le había valido el hacerse tildar de «free trader». Sus sugerencias, remontándose a principios de 1920 y repetidas en marzo de 1922, tendiendo a instalar un «plan económico unificado» o «Gosplan», destinado a orientar y dirigir la producción, sólo habían encontrado desconfianza. En las altas esferas del partido (cuyos efectivos han descendido de 730.000 a 515.000 en marzo de 1922, a 465.000 a principios de 1923 e incluso a 351.000, de ellos solamente 54.000 obreros, a finales de año), su influencia es minada cada vez más por la acción oculta de Stalin, nombrado a propuesta de Zinoviev en el XI Congreso (27 de marzo de 1922), secretario general del partido y representante del politburó en el seno de la G. P. U. (Dirección política de Estado que ha sustituido a la Tcheka en 1922), que forma equipo (la «troika») con Zinoviev, presidente del Soviet de Petrogrado, y Kamenev, presidente del Soviet de Moscú y del Consejo del Trabajo y de la Defensa, reforzados con los suplentes Bukharin (encargado de la prensa), Kalinin (en el Ejecutivo) y Molotov (secretario general adjunto); Rykov (presidente del Consejo económico superior) escapa aún a su influencia.

Stalin contra Trotsky

Dueño del aparato, sólidamente apoyado por el Politburó, cuyo poder se afirma más a medida que se hincha desmesuradamente el Comité Central (29 más 19 suplentes en el XI Congreso; 40 y 50 respectivamente en el XII; 80 y 150, una verdadera cohorte, en el XIII), Stalin sabe replicar adecuadamente a todos los ataques. Lenin ha censurado su actuación en la Inspección obrera y campesina, pero, aquejado de cefalalgias desde marzo de 1922 y afectado de arteriosclerosis, ha tenido que retirarse a Gorki el 11 de abril de 1923, tras haber nombrado para sustituirle a Tsurupa y a Rykov. De vuelta durante un corto período, del 31 de octubre al 12 de diciembre, ha redactado el 25 de diciembre su «Testamento», que su esposa Krupskaia mantiene secreto, en el cual expresa los temores que le inspira el antagonismo entre sus dos epígonos, Trotsky y Stalin, y sus dudas en lo que respecta a la prudencia de este último, que «ha concentrado en sus manos un poder inmenso» y se ha revelado «demasiado brutal», especialmente en Georgia, su país natal, en el que ha hecho aplastar a los mencheviques. Lenin, que ha escuchado las quejas de Mdivani en octubre, está decidido a reprimir los excesos cometidos en aquella campaña «nacionalista *granrusiana*» por Dzerjinski y Stalin: «Hay que castigar a Ordjonikidzé», su ejecutor de actos nefandos, escribe el 31 de diciembre. El 5 de marzo de 1923 llega más lejos y ruega a Trotsky que se encargue del asunto georgiano en el Congreso, donde él mismo prepara «una bomba contra Stalin». Al día siguiente es víctima de un nuevo ataque, del que morirá el 21 de enero de 1924.

Desde Tiflis, Kamenev apoya la maniobra de Stalin, que ha ampliado su «troika» convirtiéndola en «semiorka» de siete miembros, ganando a su causa a Kalinin, Rykov, Tomski y Kuibychev. Trotsky, encargado en el XII Congreso (1923) del informe sobre la industria, parece presentarse como futuro dictador de la economía y no escatima sus censuras: «El campesino paga... sus compras 2,75 veces más caras que en 1913», «sin el restablecimiento de la agricultura, no tendremos industria». El 8 de octubre de 1923, comete la imprudencia de escribir una carta al Comité Central, avalada unos días más tarde por 46 de sus amigos, en la que denuncia el desfase entre los precios industriales y agrícolas, y también los excesos de la burocracia y de la jerarquía de los secretarios. Mientras él se afana en avivar la insurrección en Alemania, sus amigos Preobrajenski y Sapronov obtienen cierta contemporización del Politburó (5 de diciembre), lo cual le estimula a dirigir una carta a la *Pravda* el 10, y a exponer su programa en una conferencia en enero y en folleto intitulado *El nuevo curso,* pero también él, traicionado por su salud, tiene que abandonar su puesto para someterse a tratamiento en Sukhum, en el Cáucaso. En Tiflis recibe un telegrama anunciándole la muerte y el entierro de Lenin (para el sábado, en vez del domingo, lo que le impide asistir). En el intervalo, Stalin ha enviado al extranjero a los oponentes: después de Joffe y Krassin, Krestinski a Berlín, Rakovski a Londres, y luego a la Kollontai, a Ossiuski, Yureniev, Lutovinov... Confía a Lazare Kaganovitch (flanqueado de Nikita Krutchev como adjunto para la propaganda) la misión de relevar a Rakovski como secretario del partido en Ucrania, a fin de expulsar de allí a los trotskistas (antes de reemplazarle por Strypnik para llamarle a Moscú), y aprovecha las huelgas de julio de 1923 para amordazar a la oposición obrera, cuyo periódico, *La Verdad Obrera,* ha dejado de publicarse a finales de 1922, encarcelar a Bogdanov y disolver el movimiento (que volverá a formarse provisionalmente bajo la etiqueta de «grupo obrero»). Muerto Lenin, Stalin tiene las manos libres.

Entonces denuncia abiertamente, en un informe sobre la edificación del partido, seis «errores», seis desviaciones en que ha incurrido Trotsky (acusado por la *Pravda* de querer «expoliar al mujik»). Esto le permite eliminar a sus hombres y, para empezar, a su «alter ego» en la guerra Sklianski, al que reemplaza Frunze. Nido de trotskistas, la Internacional es depurada. Las elecciones, celebradas bajo el signo de la intimidación, de acuerdo con el método: «¿Quién está en contra?», la admisión en masa en el partido de 240.000 neófitos «atrasados», aseguran al nuevo amo del Kremlin una casi unanimidad en el XIII Congreso (mayo de 1924). Dzerjinski reajusta el Consejo económico superior y su colega chequista Unchlicht el Consejo revolucionario de Guerra. Una ola de suicidios alcanza a Eugenia Bosch (en Ucrania), Lutovinov (de la Oposición obrera), Glazman (secretario de Trotsky). Reunidos conjuntamente en enero de 1925, el Comité Central y la Comisión de Control inducen finalmente a Trotsky a dimitir del Consejo revolucionario de Guerra. A título de consuelo, se le concede aún en mayo la presidencia del Comité de Concesiones, una dirección técnica de la Industria, y otra, de la Electrotécnica (que le permite dirigirse a Berlín en la primavera de 1926), pero sus días están contados.

Disponiendo en el Politburó de 4 votos sobre 7 y de los de 3 suplentes sobre 4, Stalin, volviéndose contra sus aliados de la víspera, descarta ya a los hombres de Zinoviev y de Kamenev (Safarov, Zorin, Kharitonov, Kviriny),

depura los cuadros del Estado, del partido, de los comités locales, de los sindicatos, instala a Uglanov en Moscú. En el curso de las conferencias regionales que preceden al XIV Congreso, aplazado dos veces, y finalmente reunido en diciembre de 1925, los dos jefes de la oposición «fraccional» son sometidos violentamente, los contradictores amordazados. En tanto que los efectivos de la base pasan de 735.000 miembros a 1.080.000 y que los del Comité Central y de la Comisión de Control aumentan a 106 y 163, Stalin refuerza su influencia sobre el Politburó de nueve miembros, en el que Kalinin, Molotov y Vorochilov vienen a apoyar a Bukharin, Rykov y Tomski contra Trotsky y Zinoviev. Explotando su ventaja, releva por su cuenta a Lachevitch de sus funciones militares, elimina, a raíz de la conferencia del partido de julio de 1926, a Zinoviev del Politburó (en el que gana para su causa personal a los suplentes Ordjonikizé, Mikoyan, Kirov, Andreiev, Kaganovitch), a Kamenev del Comercio (reemplazado por Mikoyan), a Dzerjinski del Consejo económico superior (relevado por Kubychev), y, a raíz de la de octubre, a Trotsky y a Piatakov de las direcciones económicas que conservaban. Mientras llueven las destituciones y, en las reuniones, la oposición es ahogada por las aclamaciones de los estalinistas, Trotsky, Zinoviev y Kamenev se someten, el 16 de octubre. Pero Zinoviev es apartado del Consejo de la Internacional y Smirnov (del grupo «Centralismo democrático») expulsado del partido.

Amenazado, el georgiano elimina a su adversario, judío

La lucha entre los dos clanes se hace todavía más áspera en 1927. Desde julio de 1926, en efecto, la política exterior de Stalin es violentamente censurada. Se le reprocha el apoyo suministrado al golpe de Estado de Pildsudski en Polonia, el fracaso de Tomski, organizador de la huelga general británica de mayo, y más aún su política china. Si bien ha enviado un ultimátum a Pekín a propósito del ferrocarril de Manchuria, por otra parte ha ayudado a Chang-Kai-Chek en su ofensiva contra los «señores de la guerra» del norte, haciendo formar unos cuadros por Radek en la Universidad de Moscú y unos instructores por Blücher, bajo el seudónimo de «Galen», en la Escuela Militar de Cantón, y manteniendo en Chunking, cerca del general chino, a Bubnov y Borodin como consejeros militares. Aquella colaboración no ha dejado de producir sus frutos. El general «cristiano» Feng Yu-siang, el hombre de los Estados Unidos, finge incluso aceptarla de buen grado. Hankeu, Shanghai y Nankín han sido ocupadas (marzo de 1927) y Chang ha concedido dos carteras a los comunistas en el gobierno de Hankeu. Pero, sordo a las advertencias de Radek, Stalin ha frenado la creación de milicias rojas y la agitación campesina, de modo que Chang ha podido, sin dificultad, romper la coalición y volverse, lo mismo que más tarde Feng-Yu-siang, contra los comunistas. Estos últimos son liquidados por centenares en Shanghai, perseguidos por millares, los agentes rusos son expulsados, la embajada soviética registrada en Pekín; veinte jefes comunistas han sido estrangulados, entre ellos el doctrinario Li-Ta-tchao.

En el seno del dividido Politburó, la influencia de Stalin se tambalea. Contra cuatro oponentes de izquierda, le permanecen fieles Rykov, Bukharin, Tomski y Kalinin, en tanto que el noveno, Kubychev, está indeciso. Sintiéndose amenazado, acusado por Trotsky a finales de mayo de agitar el espantajo de un conflicto (de hecho, en julio dirá: «El problema capital es el peligro

de una nueva guerra»), el georgiano arremete contra el adversario. El asesinato de Voikov, embajador en Varsovia, es seguido de veinte ejecuciones. Smilga es desterrado a Siberia. En compañía de Zinoviev, Trotsky, reducido al silencio, se ve excluido del Politburó, luego del Ejecutivo de la Internacional (finales de septiembre) y, en octubre, del Comité Central. Sus amigos Rokovski y Kamenev son colocados en la imposibilidad de hablar, a finales de octubre, en Moscú, donde una manifestación de la oposición es severamente reprimida el 7 de noviembre, aniversario de la Revolución. La Comisión de Control se aprovecha de ello para expulsar del partido a Trotsky y a Zinoviev, el 15 de noviembre. Al día siguiente, Adolf Abramovitch Joffé se suicida. El XV Congreso, aplazado hasta el 2 de diciembre de 1927, reúne a 1.689 delegados, de los cuales no hay ni uno solo de izquierda. Expulsan a Rakovski de la tribuna y decretan la exclusión de 75 trotskistas y de 23 miembros del grupo Sapronov. Unos días después, la represión de un levantamiento, producido en la noche del 10 al 11 de diciembre, en Cantón, cuesta la vida a 2.000 comunistas en cuarenta y ocho horas. Pero la oposición está ya prácticamente liquidada. La prensa anuncia el 19 de enero de 1928 el destierro de Trotsky, Radek, Preobajenski, Smilga, Serebriakov, Smirnov, Bielobodorov, Sosnovski, Manalov, Sapronov, etc. (treinta en total). Rakovski y otros son simplemente invitados a abandonar Moscú. Un año más tarde, el amo del Kremlin hará detener aún a 300 trotskistas, antes de enviar a 2.000 ó 3.000 de ellos primero, y hasta 5.000 después, al cautiverio. En cuanto a Trotsky, llevado «manu militari» hasta una estación periférica, el 16 de enero de 1928, separado de sus colaboradores, enviado a Alma Ata, en Mongolia, desconectado de todo lazo con el exterior en octubre de 1928, por haberse negado a interrumpir toda actividad política (16 de diciembre de 1928), oirá cómo Jolinsky le notifica, el 20 de enero de 1929, una decisión de exilio tomada el 18. Refugiado en la isla de Prinkipö, en el mar de Mármara, donde permanecerá cuatro años y medio, cometerá la imprudencia de confiar a su antiguo colaborador Blumkin (el asesino del conde Mirbach en julio de 1918, al que ha conseguido salvar de la ejecución utilizándole como agente en el Cercano Oriente) un mensaje para Radek, dando a sus partidarios la consigna de tener paciencia: «La guerra está próxima, y entonces los auténticos leninistas salvarán a la patria socialista» (Yves Delbars, *El verdadero Stalin*, pág. 347). Hay que esperar, pues. Asustado, Radek se apresura a comunicar la misiva a Stalin, lo que valdrá a Blumkin una bala en la nuca.

Organizada por los comanditarios de Trotsky, la guerra llegará efectivamente en 1939. Y Stalin vivirá en el temor de que le fulmine, a él en primer lugar. Sin embargo, Felix Warburg, en visita de inspección a la U. R. S. S., en 1927, se ha declarado «more than pleased», más que satisfecho. Se le comprende, por otra parte, ya que la revolución había estado a punto de hundirse en el caos y en el hambre, cinco años antes. De todos modos, Stalin parece haber tomado por su cuenta lo esencial de la política económica preconizada por Trotsky, es decir, la planificación. Pero su error capital es el de pretender escapar al control de la alta finanza judeo-norteamericana, liquidando al controlador, como han hecho los nacionalistas alemanes, al eliminar a Rathenau, aceptando al mismo tiempo los créditos necesarios para el restablecimiento de su país... En su folleto *Octubre y la teoría de la revolución permanente*, ha formulado el principio en 1924 de que «la victoria del socialismo es posible, incluso en un país poco desarrollado desde el punto de vista capitalista». El problema estriba en encontrar el dinero, apretándose el cinturón.

¿No ha reconstituido acaso la N. E. P. algunas reservas? Bajo la influencia de Bukharin y de Tchitcherin, las medidas de liberalización se han acentuado en abril de 1925: disminución del impuesto agrario, restablecimiento del salario, retorno a una relativa libertad comercial. «¡Enriqueceos!», parece decirse a los «nepmen» y a los campesinos. Caído a 60 en 1925, el índice de la producción agrícola (100 en 1913) ha subido a 120 en 1926. En la riqueza nacional, los bienes del Estado representan entonces 11.500 millones de rublos, contra 7.500 de los bienes privados (en 1922, 4.000 sovkjozes, explotaciones del Estado y 13.000 kolkhozes ocupan el 2 % de las tierras colectivizadas; en abril de 1928, habrá 25 millones de explotaciones campesinas contra 16 antes de la revolución). El calcetín de lana se llena aprisa. En la asamblea de los comités centrales, Dzerjinski, en vísperas de su sustitución por Kubychev en el Consejo superior de la Economía, señala que «los mujiks han atesorado 400 millones de rublos» (20 de julio de 1926). Preobrajenski y Kamenev son de la opinión de absorberlos. En caso contrario, será preciso «no impulsar demasiado la industrialización, como recomienda Bukharin en sus *Observaciones de un economista* (octubre de 1928). Stalin se resignará a ello: «Dado que la insuficiencia de los capitales es sensible entre nosotros, el desarrollo ulterior de nuestra industria no será probablemente tan rápido como hasta ahora», declara. Reconoce que «nuestros aparatos económicos y administrativos devoran alrededor de 2.000 millones de rublos al año», y que podría reducírselos «de 300 a 400 millones», pero esto no sería suficiente.

Rusia pagará su industrialización con la sangre de los «kulaks» engordados y el sudor de sus trabajadores

La comisión del «Gosplan», creada en 1925, ha elaborado en 1927, bajo la dirección de Rykov y de Krijanovski en el secretariado, el primer plan quinquenal, que cubre el período del 1 de octubre de 1928 a 1932-33. Ahora que el kulak está convenientemente engordado, ¿no ha llegado el momento de sacrificarle? Stalin, seis meses antes, había descartado la idea: «La deskulakización sería una estupidez». Pero se aviene a ella. Mientras el hambre causa estragos en abril de 1928, y el número de los sin trabajo alcanza, según Kalinin, de 15 a 20 millones, hay que proceder a unas requisas para el ejército (antes de restablecerlas oficialmente por decreto el 28 de junio de 1929); estallan 150 revueltas contra los excesos de las «brigadas obreras». Bajo la dirección de Menjinski, cuyos adjuntos Yagoda y Trelisser se muestran más vacilantes, la G. P. U., con sus 20.000 funcionarios, 30.000 agentes y 60.000 «duros» de los destacamentos especiales del «Tchone» las reprime brutalmente. Considerados como demasiado «blandos», varios técnicos son ejecutados en mayo de 1929, entre ellos von Mekk, Velichko y Paltchinski; sospechoso de moderación, Bukharin, apartado de la oficina de la Internacional en julio (a raíz de unas entrevistas con Kamenev), es expulsado del Politburó el 10 de noviembre. Rykov y Tomski son objeto de reprimendas; Kaganovitch, Kirov y Ordjonikitzé les reemplazarán en 1930. Stalin, que ha recomendado el desarrollo de los sovkhozes y de los kholkozes y la reanudación del movimiento de colectivización en una circular del 1 de enero de 1929, se quita la careta en un resonante discurso: «¡Al diablo la N. E. P.!», pronunciado el 27 de diciembre de 1929, en el cual anuncia «la liquidación de los kulaks como clase».

El 6 de enero de 1930, un decreto ordena la constitución obligatoria de kholkozes en Ucrania, en el Kuban, en el bajo Volga, las regiones más ricas de Rusia, tierra negra que no tarda en verse enrojecida por la sangre de sus campesinos (de 5 a 10 millones de víctimas, según H. Walpole, *Out of the Deep*), muchos de los cuales han destruido su cosecha, sacrificado su ganado y destrozado sus aperos antes que ceder. El éxodo de los alemanes del Volga, de los leñadores de Carelia, de los pastores del Kazakstan completa aquel panorama de desolación. El número de los deportados a los bosques del Norte, a las canteras de trabajo, a los campos de concentración, asciende muy pronto a 2 millones (*New-York Times* del 3 de febrero de 1931). Quince millones de «hogares» de un total de 25 son colectivizados a la fuerza en 211.000 kholkozes (en 1937-38, las explotaciones individuales, en número de 1.392.000, empleando a 3 millones de trabajadores, no ocuparán más que el 0,8 % de la superficie cultivada; en cambio, 245.000 kholkozes, agrupando a 75,6 millones, serán establecidos sobre 115,9 millones de hectáreas, y 3.961 sovkhozes, con 1,4 millones, se instalarán sobre 12,4 millones de hectáreas). Pero ha sido necesario invertir 10.000 millones de rublos para equipar las «tzos», cooperativas encargadas de suministrar material a las M. T. S., estaciones de máquinas y de tractores, en número de 158 en 1930 y de 6.980 en 1940). Las consecuencias de aquel régimen no se hacen esperar: una nueva carestía en 1931, la mitad de la cosecha (69,5 millones de toneladas en total, contra 96,6 millones en 1913) requisada por el Estado y, en agosto de 1933, el precio del pan, racionado, duplicado de golpe. Stalin, denunciando el «vértigo del éxito», frenará un poco, el 2 de marzo de 1930, reduciendo el número de los «hogares» socializados de 14,2 millones el 1 de marzo a 5,7 el 15 de marzo, autorizando en marzo de 1932 la posesión de una huerta individual (de 1/2 a 1 hectárea), de la que el campesino extraerá a veces hasta el 40 % de sus recursos, la semilibertad de venta de los excedentes en mayo de 1932, y asegurando la remuneración del trabajo en brigada, sea en dinero, sea en especie. Lo que no impide que aquella nueva clase de «siervos» cargue con el mayor peso de los gastos de la industrialización.

Por otra parte, no tiene nada que envidiar a los trabajadores de la industria, sometidos también a una nueva forma de esclavitud. Preconizada por Lenin antes de ser perfeccionada por Stalin. Antes de la conquista del poder, el primero había anunciado en *El Estado y la Revolución* (abril-septiembre de 1917): «Toda la sociedad no será más que una gran oficina y un gran taller con igualdad de trabajo e igualdad de salario» (Ed. Sociales, 1947, páginas 91-92). ¿No había prometido también nacionalizar los bancos «sin tomar un céntimo» y la industria «sin quitarle un céntimo al propietario?, y no «expropiar a los pequeños campesinos»? Pero después, a partir de 1918, cambió rápidamente de opinión. Fijando «las tareas inmediatas del poder de los Soviets» (*Obras escogidas*, t. II, págs. 388-389 y 401), las enumera así: «imponer la disciplina del trabajo», «introducir prácticamente... todo lo que hay de científico y de progresivo en el sistema Taylor, adecuar los salarios al balance de tal o cual producción»; «sentar las bases de la organización socialista de la emulación»; «conjugar el espíritu democrático con una disciplina de hierro, con la sumisión absoluta durante el trabajo a la voluntad de uno solo, del dirigente soviético».

Stalin no hará otra cosa que aplicar, a la rusa, la voluntad tan claramente expresada por su maestro... La resistencia de los sindicatos, cuyos efectivos

han descendido de 6 millones a 4.8 en 1923, y luego a 4,3, está quebrantada desde hace mucho tiempo. El 7 de septiembre de 1929, abolidos los comités, la autoridad de los directores nombrados y designando ellos mismos a sus colaboradores es absoluta. Es restablecida la jerarquía, la escala de las remuneraciones varía del simple al quíntuplo. Naturalmente, las huelgas están prohibidas. En octubre de 1930, los subsidios de paro son suprimidos; en noviembre, se cierran las bolsas de trabajo. A fin de combatir el nomadismo y la apatía, plagas endémicas en Rusia, la cartilla de trabajo obligatoria, única que da derecho al racionamiento, es instituida en febrero de 1931 (completada muy pronto con el pasaporte interior); en marzo se prevén sanciones contra la lentitud en el trabajo, en abril se conceden privilegios a las «brigadas de choque», en junio se imponen multas en caso de averías de material y, coronándolo todo, la pena de muerte castigando el robo (7 de agosto de 1932). De arriba a abajo de la jerarquía, todo el mundo tiembla, desde Riazanov (deportado a principios de 1931), de los colaboradores del «Gosplan», de los historiadores, de los intelectuales incriminados en 1930, hasta los «saboteadores del abastecimiento» (48 de los cuales son ejecutados el mismo año) y los obreros hechos responsables de los fallos del material (liquidados en 1933). Todo el mundo tiembla ante la burocracia todopoderosa e invasora del «tchin»: reducida a 3.722.000 funcionarios en 1927, aumenta a 5 millones en 1930, para alcanzar 8 millones (2 de ellos en el sector nacionalizado) en 1932-33, es decir, diez veces más que en la época de los zares.

Stalin se enajena la Alta Finanza y el Judaísmo

Aquella economía «concentracionaria», que implica una transformación paralela de las estructuras financieras, no deja de afectar a las relaciones con el extranjero. Las grandes tareas iniciales sólo fueron posibles con el apoyo de los créditos y de los ingenieros norteamericanos y alemanes. Si bien el canal del Báltico en el mar Blanco fue excavado, a mano de obra perdida, por 286.000 deportados (junio de 1934), la presa del Dnieper fue obra de un yanqui, Hugh L. Cooper. El gran combinado siderúrgico Manitogorsk-Kutznesk (cuyos centros están separados por 2.000 quilómetros) fue montado por especialistas de Cleveland. Las plantas de Nijni-Novgorod producen automóviles «Ford», y las de Stalingrado tractores del otro lado del Atlántico. Desde ese punto de vista, Felix Warburg tenía motivos para sentirse satisfecho. ¿Acaso no era la época en que sus cofrades enviaban de buena gana a sus hijos a viajar por Rusia? En cambio, el carácter «autárquico» dado por Stalin al plan quinquenal (alimentado con gran refuerzo de empréstitos forzados e impuestos indirectos, cifra de negocio en cabeza), tenía que decepcionar a los comanditarios judeo-norteamericanos del régimen. La adaptación de las estructuras bancarias a aquel sistema empezó en 1927 con la concentración de los dos bancos de crédito a largo plazo, «Prombank» y «Electricidad» (los otros tres bancos especializados, «Tzekombank», «Vsekobank» y «Selkhosbank», sustituían, aunque obligados a ceder su cartera de descuento, al Banco del Estado). En virtud de la ley de 1929 sobre los cheques, ejecutoria el 15 de enero de 1930, y del decreto del 30 de enero de 1930, aplicable el 1 de abril, aquel Instituto de Emisión —suprimidos los efectos de comercio y reducidas al mínimo las transferencias en especie— sirve en adelante de «clearing» general, de centro de compensación de las liquidaciones efectuadas por giro de letras. En virtud de otras disposiciones (14 de enero, 20 de marzo, 3 de mayo,

31 de julio, 15 de agosto de 1931), aquel mismo organismo retiene y centraliza las cuentas corrientes de las empresas, a las cuales distribuye los créditos según las previsiones del plan y sólo en la medida en que esas previsiones son ejecutadas. Además, el tipo de cambio será fijado arbitrariamente en noviembre de 1935, y después de la devaluación francesa del 26 de septiembre de 1936, en un rublo por 4,25 francos (cuando la paridad-oro sería de 1 por 13,20 francos 1928).

Paralelamente, la dictadura soviética ha endurecido su actitud en lo que respecta a los judíos. Aparte de Kaganovitch (con cuya hermana Rosa, doctora en medicina, se ha casado Stalin en 1933, después de haber abandonado a Nadedja Alilueva, que se ha suicidado), son cada vez más descartados de los puestos de mando del régimen. La primera reacción de los judíos rusos emancipados por Kerenski (2 millones de un total de 6, de ellos un millón de desarraigados, según Dubnov, t. II, pág. 851), había sido la de reclamar su «autonomía nacional» (Congreso del «Mesoret-ve-Herout», «Tradición y Libertad», emparentado con el «Mizrachi», el 16 de abril de 1917 en Moscú; congreso de 552 delegados sionistas representando a 140.000 afiliados en Petrogrado en mayo, y congreso de «Ayoudath Israël» en Moscú y en Kiev en julio). Lejos da atender a aquellas reivindicaciones «particularistas», Lenin, fiel a su decreto sobre la separación de la Iglesia y el Estado (23 de enero de 1918), de acuerdo con la tradición revolucionaria francesa, ha encargado a un Comisariado, «Yevkom», creado en enero de 1918 (disuelto a principios de 1924), y a unas secciones especiales, «Yevsekstia» (cuyo último congreso se celebrará en diciembre de 1926), formadas por militantes del «Bund» y del «Fareinikte» antisionistas, la tarea de disolver las comunidades o «Kehilah» (octubre de 1918), de abolir las instituciones autónomas (5 de agosto de 1919), de prohibir la enseñanza del hebreo, de liquidar las escuelas primarias, «Cheder», y secundarias, «Yeshivah» (que desaparecerán por completo después del proceso de Kharkov contra la circuncisión en 1928), y de convertir las sinagogas en clubs. Simultáneamente, se entabla una lucha activa contra el sionismo: suspensión de quince agrupaciones (12 de julio de 1919), registro en el comité central de Leningrado (1 de septiembre de 1919), prohibición de los periódicos; detención por la Tcheka el 23 de los 109 delegados en el congreso de Moscú del 20 de abril de 1920 (68 puestos en libertad por la intervención de Harry Fisher y de Max Pine, del «Joint Distribution Committee» norteamericano). La represión se reanuda en 1922, contra la agrupación «Tzeirei Sion» (51 detenciones, 37 de ellas seguidas de procedimiento judicial en el III Congreso de Kiev, el 30 de abril de 1922; 1.000 detenciones en septiembre en Odessa, Kiev, Berditchev), y de nuevo en 1924 (3.000 detenciones los días 2 y 3 de septiembre y, después de seis meses de inútiles negociaciones sobre un «modus vivendi», deportación de Itzhak Rabinovitch y de más de cien de sus amigos en el Kazakhstan; en espera de la disolución de las Juventudes del movimiento y la condena de diversos dirigentes en septiembre de 1934, que se extiende de 1924 a marzo de 1926 al movimiento «Hechaloutz» y «Heloutzim», que se esforzaba en luchar contra la emigración a las ciudades en favor de la colonización agrícola preconizada por la «Geserd» en Ucrania, en Crimea (100.000 hectáreas), en enero de 1925. Como concesión especial, por iniciativa del presidente Mikhaïl I. Kalinin, que simpatiza con ellos (17 de noviembre de 1926), el gobierno de Moscú se dignará estimular la colonización por ellos de la lejana y semidesértica región de 36.000 quilómetros cuadrados comprendida entre los ríos Bira y Bidjan, afluentes

del Amur, en los confines de Siberia. Aquella «generosa propuesta» (confirmada por el estatuto de región autónoma, el 7 de mayo de 1934), es acogida por ellos, todo hay que decirlo, con tan poco entusiasmo, que el territorio en cuestión sólo contará en 1959 con 14.269 judíos de un total de 162.856 habitantes (la única sinagoga, construida en 1947, arderá en 1956). Si se tiene en cuenta aquella política, agravada a no tardar por las grandes purgas y el renacimiento del antisemitismo oficial, acompañado de su cortejo de «numerus clausus», tal vez se percibirá mejor de dónde procede aquel viento que en 1929 amontona las nubes y sopla la tormenta que estallará sobre el mundo, diez años más tarde.

* * *

Una crisis bursátil: un medio para trastornar el estado de cosas

A pesar de una guerra mundial y de las revoluciones sangrientas en serie, los planes concebidos por nuestros modernos profetas parecen haber desembocado únicamente en un callejón sin salida.

Antes de reanudar la marcha hacia adelante y de fomentar una nueva guerra, hay que asegurarse buenas posiciones de partida en la Europa occidental (ese será el papel de los frentes populares) y, para empezar, una base sólida en los Estados Unidos.

Del martes 22 al viernes 25 de octubre de 1929, un *crack* de una amplitud sin precedente estalla en la Bolsa de Nueva York, en la que 16 millones de acciones son lanzadas al mercado. ¿Cuáles son las causas? ¿Crisis de superproducción consecutiva a la guerra, cuando, diez años después, se ha efectuado la reconversión y el número de parados, rebajado de 5 millones en 1921 a 2 en 1924 y a 400.000 en 1929, no ha sido nunca tan bajo y los salarios reales han aumentado en un 15 % de 1919 a 1929? ¿Baja de los precios agrícolas? (Del índice 150 en 1926 a 137 en 1929, es decir, menos de un doceavo, y el tercio no será alcanzado hasta 1930, o sea, después del *crack*.)

Desde luego, el crédito agrícola, mantenido bajo el control de Bernard Baruch y de Eugène Meyer (doce bancos federales de plazo medio, creados por la «Agricultural Credit Act» del 4 de marzo de 1923, prestando a las sociedades nacionales que agrupan en 1929 a 4.662 cooperativas), no ha logrado sanear la situación, ni poner coto a los abusos cometidos por los bancos hipotecarios privados, por acciones. ¿Exceso de disponibilidades, rescate de la prosperidad, concretada en el aumento del volumen de los depósitos (que han pasado de 43.000 millones de dólares en 1921 a más de 60.000 en 1929 en los bancos comerciales y de 4.900 millones en 1914 a 10.600 en 1919 en los bancos de ahorro, mutuales y por acciones, y en las Cajas de Ahorro)? O, sobre todo, el desequilibrio entre el índice de los valores (que ha pasado de 105 a 220 desde principios de 1925 a principios de 1929) y el de los negocios (105 a 120), en otros palabras, el abuso de la especulación, estimulada por el hinchamiento de los «*call loans*», de los préstamos a la vista (las aceptaciones han pasado de 416 millones de dólares en marzo de 1922 a 1.730 a finales de 1929), de los anticipos a los agentes de Bolsa, «brokers» (2 millones en 1922, 4,5 en 1927, 8,5 en septiembre de 1929), sobre fianza de títulos,

de las facilidades de las «Trust Cies» (3.400 millones de dólares), de los bancos privados (600 millones), etc. Por su parte, los dividendos han aumentado de 7.000 millones en 1922 a 10.000 en 1929. Especulación tardíamente frenada de golpe por un lado, con el aumento del tipo de descuento del 5 % —6 para el «call money»— al 8,5 % entre julio de 1928 y septiembre de 1929, y por otro lado con la reducción de los créditos a disposición de la Bolsa, de 8.500 a 4.000 millones de dólares en dos meses.

Pero la crisis, de origen bursátil, recuerda singularmente la de 1907, que expulsó una primera vez a los republicanos del poder en 1911. Tanto más por cuanto, tras una primera recaída en mayo de 1930, será seguida en julio de 1932, en vísperas de las elecciones de noviembre, de una nueva sacudida todavía más reveladora. Hasta el punto de que Ogden Mills, secretario del Tesoro, y el propio Eugène Meyer, nombrado gobernador del «Federal Reserve Board» en septiembre de 1930 y director de la «Reconstruction Finance Corporation» (creada en febrero de 1932), acusan a Bernard Mannes Baruch de ser su autor. El senador Wilcott, de Connecticut, hombre de confianza del senador Rornback y socio de una entidad, la «Bonbrigth and Co.», controlada por Morgan, reclama una comisión de encuesta, que será enterrada ante la amenaza de una ola a la baja todavía más fuerte. De hecho, Bernard Baruch, que ha situado a uno de sus colaboradores, Alvin Brown, como adjunto del joven Douglas, director del presupuesto, a fin de inspirar a este último unas brutales medidas de restricción, perfectamente advertido, y con motivo, de la inminencia y, en marzo de 1930, de la larga duración de la crisis, ha escapado a las consecuencias del *crack*, lo mismo que su compadre y rival, Paul Warburg (17), el cual ha puesto en guardia a sus accionistas por medio de una circular de fecha 8 de marzo de 1929, al iniciarse la depresión de los negocios.

Para la economía norteamericana, aquella crisis es verdaderamente catastrófica. Para los agricultores, cuyos productos siguen vendiéndose mal y que, incapaces de pagar sus deudas, resisten a veces con el empleo de la fuerza las ejecuciones con que les amenazan los bancos hipotecarios en 1930, en tanto que el gobierno se esfuerza en socorrerles con una ayuda de 45 millones de dólares en enero de 1931, y con un aumento a 125 millones del capital del «Federal Land Bank». Para los industriales, cuyas empresas periclitan (el índice de producción desciende de 120 a 57 y el producto nacional bruto de 104 a 58 millones de dólares entre 1929 y 1932). Para los obreros, reducidos al paro (de 400.000 en 1929, el número de los sin trabajo asciende a 4.639.000 en octubre de 1930, 7.778.000 en 1931, 11.586.000 en 1932 y 13 millones a principios de 1933). Para el comercio exterior: las exportaciones se hunden de 5.241 millones de dólares en 1929 a 1.611 en 1932, y las importaciones de 4.339 a 1.323, lo que provoca un alza de las tarifas aduaneras (la media «ad valorem» de la tarifa Hawley-Smot del 17 de junio de 1930 es de 40,59 en vez de 33,38 % para la Fordney-Mac Cumber del 27 de septiembre de 1922 y de 21 bajo la tarifa Underwood). La restricción de los créditos al extranjero (17.000 millones de dólares en 1929) entraña como corolario una crisis

(17) Paul Warburg: miembro del Consejo consultivo del «Federal Reserva Board» desde 1921 hasta 1926, presidente del «International Acceptance Bank» y de la «International Manhattan Cy», en la que su hijo James, socio del «First National Bank» de Boston desde 1919 hasta 1921, le secunda y le sucederá como vicepresidente desde 1922 hasta 1929, y como presidente, del primero desde 1931 hasta 1932 y de la segunda desde 1932 hasta 1935.

en la Europa central en mayo de 1931, una moratoria sobre las deudas propuestas por Hoover y la conclusión del plan Young. Para los pequeños bancos, cuyas quiebras son numerosas (6.987 de 1920 a 1930, más de 2.294 en 1931 y 1.456 en 1932), a pesar de la ayuda que el gobierno incita a los mayores establecimientos a procurarles por mediación de la «National Credit Corporation», y luego de la «Reconstruction Finance Corporation», cuyo director (sólo durante seis meses), Eugène Meyer, dispondrá al principio, en febrero de 1932, de un capital de 500 millones de dólares, aumentado a 3.300 millones por la «Emergency Relief Act» del 21 de julio. Para las finanzas públicas, finalmente, que registran (mientras unas leves reducciones del impuesto sobre la renta, con escalonamiento de las tasas para los particulares del 0,5 al 4 % y para las sociedades del 11 al 12 %, tratan, el 2 de diciembre de 1929, de reanimar los negocios) serios déficits: 903 millones de dólares para el ejercicio terminado el 30 de junio de 1931, 2.885 millones en 1932, más de 3.000 millones en 1933, y cuya deuda aumenta de 16.750 millones a 19.500 en el curso del mismo período. En conjunto, R. Lewinsohn calcula que el *crack* ha amputado la fortuna bursátil en 30.000 millones de dólares, y Foster Rhea Dulles (*Labor in America*), que la renta nacional se ha reducido a la mitad en tres años (40.074 millones de dólares, en vez de 82.885; e incluso 87,2, según Georges Soulé y Rosenstock-Franck, en 1929).

Preparando el advenimiento de Roosevelt

¿En beneficio de quien? De los especuladores en primer lugar, a cuyos jefes de fila ya conocemos. De sus aliados, Roosevelt y su «trust de cerebros» demócrata a continuación, delante del cual se abre, con las avenidas del poder, la posibilidad de reanudar la obra de estatalización de tendencia socialista, iniciada durante la guerra y provisionalmente interrumpida por unas elecciones adversas. La crisis acaba con el partido republicano y el escrutinio del 8 de noviembre de 1932 permite a Franklin Delano Roosevelt, designado como candidato en la cuarta vuelta por la convención de Chicago en junio, entrar en la Casa Blanca con una cómodo mayoría (22.813.000 votos y 472 mandatos, contra 15.759.000 y 59 para Hoover), mayoría reforzada en marzo de 1933 con la presencia de 59 demócratas contra 36 republicanos en el Senado, y 313 contra 117 en la Cámara de Representantes.

Judío de origen (según su genealogista Dr. H. Laughlin, del Instituto Carnegie, y su biógrafo Emil Ludwig), descendiente en la séptima generación de Claes Martensen van Rosenvelt, emigrado de España a Holanda en 1620 y de Holanda a América en 1650, nacido el 30 de enero de 1882 de un padre negociante en Nueva York, estudiante en Harvard y en Columbia, Franklin Roosevelt se casó el 17 de marzo de 1905 con su prima en quinto grado Eleanor, sobrina del presidente Theodore Roosevelt, medio judía por su madre Rebeca Hall. Abogado en 1907, elegido senador en 1910 contra «Tammany Hall», aquel príncipe de la sangre de naturaleza bastante indolente fue derrotado en 1914, pero en el intervalo, Wilson, cuya candidatura apoyó, le ha nombrado en marzo de 1913 adjunto de Joseph Daniels, secretario de Estado para la Marina Mercante. Inscrito en una Logia de Nueva York en la que se codea con numerosos banqueros judíos, participa, a título de agregado a la delegación franco-británica en Washington, en las discusiones relativas a la declaración Balfour en 1917, así como en Europa, a partir de julio de 1918, en los

preparativos d› la Conferencia de la Paz. Momentáneamente alejado de la política por u› ataque de poliomielitis, en 1921, reanuda su actividad en el seno del part›do demócrata, apoyando la candidatura de Alfred Smith a la presidencia en 1928.

En el curso de su campaña, cada uno de los adversarios ha dispuesto de poderosos medios: 9,5 millones de dólares le han sido suministrados a Herbert Hoover, el vencedor de entonces, especialmente por D. Guggenheim, Otto H. Kahn y J. Mortimer Schiff (estos dos últimos de la Banca Kuhn-Loeb), Eugène Meyer, Herbert Strauss, Julius Rosenberg, etc. En favor de Al Smith, los riquísimos Lehman (de Lehman Brothers», con una fortuna calculada en 169 millones de dólares) han contribuido con 100.000 dólares, Du Pont de Nemours con la misma suma, Harry Payne Whitney (de la «Standard Oil») 50.000, Bernard Baruch 37.500, John D. Ryan (administrador de Guggenheim en Méjico, de la Anaconda Copper y del «National City Bank») 27.950, y también Samuel Untermeyer, Jerome Hanauer (de la casa Kuhn), Samuel Lewisohn, etc., con una cifra total de 7 millones. La alta banca judía apostaba, pues, en las dos mesas. Por haberse eclipsado ente el candidato del partido —la situación no estaba aún bastante madura—, Roosevelt recibe como compensación su apoyo (entre otros, el de los Lehman, de Bernard Baruch y de Strauss, de los almacenes Macy) para el mandado de gobernador de Nueva York, que obtendrá por una pequeña mayoría de 25.000 votos, pero que le será renovado con una ventaja de 725.000 sufragios en 1930. En aquella campaña, mientras que el juez Samuel Rosenman se encargaba de redactar sus discursos, su principal «manager» fue el «agricultor» Henry Morgenthau (salido sin diploma de Cornell pero muy rico, ya que su padre, embajador en Turquía bajo Wilson, tenía grandes intereses en la «Underwood»).

En la elección presidencial de 1932, se encuentran en cabeza de sus comanditarios Bernard y Herman Baruch (45.000 y 5.000), Percy Strauss (50.000), W. H. Wooding (American Car, 35.000), Hearst (25.000), J. J. Raskill (23.000), M. I. Schwartz (20.000), E. A. Guggenheim (17.000), Reynolds Tobacco (16.000), los Lehman, desde luego, Warner (del cine), Filene (almacenes de Boston) y toda una lista de candidatos diplomáticos, William Bullit (que reaparece, en misión en Europa, poco antes de la elección, recomendado por Raymond Moley como adjunto de Cordell Hull, futuro secretario en el departamento de Estado), Anthony Drexel Biddle (que ha contribuido con 25.000 dólares, hijo de banqueros de Filadelfia, futuro ministro en Noruega en 1935, en Polonia en 1937), J. P. Kennedy padre (15.000 dólares; enriquecido con los *saloons*, la banca, el cine, los petróleos, futuro embajador en Londres), Jesse Jones (futuro ministro de Comercio), Mme Sumner Welles, etc. Por parte republicana, al lado de Andrew Mellon, de A. I. Du Pont, de D. Rockefeller, de Morgan, de A. Whitney y de Backer (del «First National Bank»), volvemos a encontrar los nombres de Felix Warburg, de J. M. Schiff y de J. Hanauer (los tres de la Banca Kuhn), de D. Guggenheim, de G. Blumenthal (socio de los «Lazard Brothers»), de S. y A. Lewisohn, de J. Rosenwald (de Sears Roebuck) y de M. E. Fleichsmann: ¿no conviene acaso cubrirse, dominando a los dos grandes partidos?

A pesar de la gravedad de las circunstancias, Roosevelt se ha negado a colaborar (sea mediante la convocatoria de una conferencia económica mundial, el 17 de diciembre de 1932, sea mediante una intervención en favor de los

bancos amenazados, el 17 de febrero de 1933) con la administración republicana, durante el intervalo de cuatro meses que preceden a su entrada en funciones oficial, el 4 de marzo de 1933. Se le acusará incluso de frenar, del 19 de abril al 1 de agosto, una tendencia a la reanudación de los negocios (al 82 % de lo normal) (18). Sin embargo, el 14 de febrero, los bancos de Detroit han tenido que cerrar sus puertas y ha sido preciso extender, el 2 de marzo, una moratoria de ocho días a 21 estados. De modo que el primer acto del nuevo presidente es el decretar, el 6 de marzo, la ampliación de aquella moratoria hasta el 13 y el bloqueo del oro, y el segundo, el hacer aprobar el 9 una ley bancaria de urgencia previendo la reapertura de los establecimientos del sistema federal, los socorros a aportar a los otros, al mismo tiempo que las medidas de control a las cuales serán sometidos. Siguen otras disposiciones destinadas a detener la hemorragia de oro: exportación suspendida el 10 de marzo, luego prohibida, abandono del patrón-oro el 19 de abril; tenencia prohibida, el 5 de abril; posibilidad suprimida, el 5 de junio, de redactar obligaciones en oro. Preparan una devaluación del dólar en varias etapas, en tanto que el precio de la onza de oro pasa de 20,67 dólares a 31,36 el 22 de octubre, a 34,35 el 16 de enero de 1934, para desembocar el 30 en una baja, es decir, en una quiebra parcial del 40,94 %. Y, no bastando aquel despegue del patrón-oro para rehacer los precios al por mayor, que sólo aumentan un 22 % en tres meses y vuelven a hundirse en otoño, se recurre, para relanzar la economía, después de la inflación de crédito, practicada ya por la administración precedente, a la inflación fiduciaria pura y simple, a la impresión de billetes y al remedio favorito de los agricultores endeudados, bi-metalistas, fieles aliados de los demócratas: la utilización de la plata como medio de pago. En resumen, aunque nuestro «caballero del Hudson» no haya asimilado muy bien las doctrinas que sir John Maynard Keynes precisará en 1936 en su libro *Teoría general del Empleo, del Interés y de la Moneda*, toma la etiqueta con pretensión científica de «moneda dirigida». Tres mil millones de créditos nuevos y tres de billetes, creados por la ley de urgencia del 9 de marzo de 1933, y por la de «Socorro rural» de mayo, vienen así a irrigar los terrenos resecos de la economía norteamericana. A continuación se procede a unas compras masivas de plata, a 64,5 centavos la onza (21 de diciembre de 1933), hasta cubrir con ella la circulación en la proporción de una cuarta parte en junio de 1934. En aquella misma fecha, se concede a la industria un crédito de 580 millones de dólares, en tanto que 2.000 millones de dólares, puestos a disposición de los propietarios durante tres años, por una ley de 1933, vienen a completar, en forma de créditos inmobiliarios sobre diez años, los fondos dedicados por Hoover en 1932 a estimular la construcción de viviendas.

Pretexto para una socialización por el «New Deal» y su equipo judío

Aquellos expedientes no tardan en acompañarse de una acción más profunda, que apunta, so pretexto de aumentar de modo permanente la capacidad adquisitiva y de extender el beneficio de la Seguridad Social, a asegurar el dominio del Estado sobre la economía, en espera de preparar la naciona-

(18) En «The Herbert Hoover Story», Eugene Lyons, del *Reader's Digest*, ha informado de las manifestaciones de Ch. Michelson, jefe de publicidad del partido demócrata, según el cual Roosevelt le habría declarado que el punto culminante de la crisis tenía que coincidir con su llegada al poder.

lización y la socialización de las riquezas, objetivo real y final de la operación. ¿No había anunciado Roosevelt, veinte años antes de su elección, aquel «New Deal», aquella redistribución, al declarar que la libertad de la comunidad debía prevalecer sobre la de los individuos? De momento, toma prestada la etiqueta de su movimiento al libro publicado el año anterior, en 1931, por Stuart Chase, un viejo fabiano que habla nada menos que de «bloquear los dieciséis métodos empleados para enriquecerse», y de provocar, como en Rusia, «el hundimiento de toda la viciosa máquina del lucro». (Para empezar, Chase, nombrado miembro de la «National Resources Commission», prohibirá la tenencia del oro; a continuación formará parte de la «Tennessee Valley Authority» y de la «Securities and Exchange Commission».) Cuando escribirá su libro *Looking Forward*, ¿es por casualidad que Roosevelt modificará ligeramente el título de Pereira Mendes, utilizando la razón social del partido marxista judío en los Estados Unidos y la de su periódico *Forward*, el equivalente de *Vorwaerts*, o es que la palabra tiene un valor simbólico? La elección de los «cerebros», de los miembros del «Brain Trust», de los colaboradores encargados de realizar aquel «New Deal», es también muy significativa. No más que en Inglaterra, posiblemente menos, el comunismo no dispone de un partido de masa en los Estados Unidos: los propios socialistas sólo reúnen 900.000 votos en 1932, y en lo que respecta a los adeptos de Moscú apenas son 75.000 en 1940. Pero, no por diluida es menos importante su acción. Su propaganda se ejerce en los sindicatos, a través de la «Trade Union International League», creada por William Z. Foster en 1919, y la «Trade Union Unity League», fundada diez años más tarde con vistas a servir al «unionismo» industrial, en el espíritu de los «Industrial Workers of the World», cuyas tendencias revolucionarias son suficientemente conocidas (democracia industrial, autogestión, etc.). El papel de esas Ligas es el de infiltrarse especialmente en el «Committee for Industrial Organization», o C. I. O., cuya formación prepara el galés John Lewis, hijo de un «Knight of Labor», separando sus «United Mine Workers» (150.000 a 400.000) de la «American Federation of Labor» e hinchando sus efectivos con obreros no cualificados. Aunque acepta un compromiso en San Francisco, en 1934, Lewis, puesto en minoría por 18.024 votos contra 10.933 en Atlantic City en 1935, agrupa el 9 de noviembre de 1935, bajo la nueva etiqueta, a los disidentes, es decir, no sólo a los tipógrafos (Ch. P. Howard), a los mineros (600.000 en 1937, dirigidos por el escacés Ph. Murray, anticomunista), a los metalúrgicos (375.000 de Thomas Brown), a los petroleros (Harvey Fremming), a los obreros textiles (300.000 de Mac Mahon), sino también y quizá sobre todo a los sindicatos, judíos en su casi totalidad del vestido («Amalgamated clothing Workers», del lituano Sidney Hillmann, 117.000; «International Ladies' Garment Workers», de David Dubinsky, 250.000; los sombrereros de Max Zaritzky). En total, agrupa en agosto de 1936 a diez Uniones, que boicotean la convención de Tampa y son expulsadas de la A. F. L. en marzo de 1937. Reclamarán estatutos «industriales» para las fundiciones de acero, los automóviles, el caucho y la radio en enero de 1936; en enero de 1937, los 400.000 partidarios de Homer Saint Martin, baptista, sostendrán la huelga de 150.000 obreros de la «General Motors». A finales de 1937, la C. I. O. contará con más sindicados (3,7 millones) que la A. F. L. (3,4 millones).

Pero los marxistas más activos y más peligrosos son los intelectuales, que viven en las nubes y que, aparte de los judíos mesiánicos, se reclutan sobre todo entre los pedagogos y los «clérigos», gente privilegiada que no está en

la obligación de buscar el pan cotidiano. Lo mismo que en Inglaterra, constituyen cenáculos cuya actividad se enmascara con un socialismo de buena ley, estilo «Fabian Society». Tal es el caso de la mayoría de los «cerebros» del trust Roosevelt. El primer equipo de planificadores, reclutado por Rosenman, se compone de Adolf Berle (autor de *The Modern Corporation and Private Property*, 1932, y de *The Industrial Discipline*, 1933), de Raymond Moley (decidido a atacar el «subconsumo») y de Rexford Tugwell (autor de *Industry Coming of Age* en 1927), muy impresionado por el «Gosplan» en el curso de una visita a la U. R. S. S., realizada aquel mismo año, en compañía de Stuart Chase y de Douglas (autor de *The Coming of a new Party* en 1932), mientras que obedeciendo asimismo a las consignas de Louis Brandeis, en marzo de 1932, Georges Soule publicaba *Una Sociedad Planificada* (1932) y que el comunista Foster (que había encabezado una manifestación de 35.000 personas en Nueva York, el 6 de marzo de 1928) lanzaba su consigna «Toward Soviet America». La maniobra, pues, estaba perfectamente coordinada. Inmediatamente después de la investidura de Roosevelt por la convención demócrata, Bernard Baruch puso al frente de aquel grupo a dos de sus principales colaboradores, el general Johnson, separado de sus oficinas de estudios personales en la «National Recovery Administration», y George Peek, antiguo miembro del «War Industries Board» en la «Agricultural Adjustment Administration». James, hijo de Paul Warburg (que ha rechazado el cargo de subsecretario de Estado para el Tesoro, pero aceptará las funciones de delegado en la Conferencia de Londres de 1933, antes de expresar ciertas críticas en *The Money Muddle* en 1934, *It's up to us* y *Hell bent for election*), vuelve a encontrar allí un montón de «curiales» recién salidos del «seminario» de Felix Frankfürter.

Aquel descendiente de tres generaciones de rabinos, nacido en Viena en 1882, entrado en los Estados Unidos en 1893, discípulo de Louis Brandeis en Harvard, donde permanece como ayudante hasta 1910, se ha hecho notar sobre todo por su celo en organizar en compañía de Walter Lippmann y del comunista John Reed, el club socialista de aquella Universidad. Henry Stimson, secretario de Estado para la Guerra en 1911, se lo ha atraído y lo ha puesto en relación con Franklin Roosevelt y Henry Morgenthau, adjuntos de Joseph Daniels en la Marina en 1913. Colaborador de Louis Brandeis en el Tribunal Supremo, Frankfürter, nombrado profesor de Harvard en 1914, tuvo allí como colega (de 1916 a 1920) al judío polaco Harold Laski, futuro secretario general del partido laborista británico. Pero abandonó su cátedra en 1917 para convertirse en el adjunto de Newton D. Baker en la Guerra. Encargado de misión en Europa, se vio confiar por Wilson (a pesar de las simpatías trotskistas que le reprochaba el viejo Theodore Roosevelt) las funciones de presidente del «War Labor Policies Board» en la primavera de 1918, antes de ir a defender la causa sionista en Versalles en 1919. Accionista del semanario *New Republic*, creado por Herbert Croley en 1914, miembro de la «American Civil Liberties Union», su papel en la defensa de los extremistas Sacco y Vanzetti en 1926 no disminuye en nada su crédito cerca de Hoover, de Eugène Meyer en la «Reconstruction Finance Corporation», y, con mayor motivo, cerca de Roosevelt, cuya candidatura apoya activamente. Rechazando personalmente todo cargo oficial, sitúa en la alta administración a unos 300 amigos suyos, colocando a James Landy en la «Reconstruction Finance Corporation», a Isidore Lubin cerca de lady Perkins en el Trabajo, a Oliphant cerca de Morgenthau en las Finanzas, a Mordechai Ezechiel cerca de Wallace en la

Agricultura, a Berle como adjunto de Cordell Hull en el Departamento de Estado. Hasta el punto de que Hugh Johnson y Hearst, lo mismo que, en la oposición, el padre Coughlin, le considerarán como la «eminencia gris» del régimen. En primera fila de los redactores de los textos legales del «New Deal» ha instalado a una pareja de célibes, los «cerebros gemelos» Benjamin Cohen y Thomas Corcoran. El primero, nacido en 1894 de familia judía polaca, estudiante en Chicago y luego en Harvard hasta 1916, consejero de los sionistas en Versalles sobre el mandato palestino (1919-1921), se ha hecho sobre todo hasta entonces por sus especulaciones, no siempre afortunadas, en Wall Street. El segundo, irlandés nacido en Rhode Island en 1900, igualmente abogado, secretario del gran juez Oliver Wendell Holmes, ha sido introducido por su maestro Frankfürter cerca de Eugène Meyer, en la «Reconstruction Finance Corporation» en 1932, antes de ser nombrado secretario-adjunto en el Tesoro, al año siguiente.

Juntos, preparan una primera tanda de medidas financieras, bajo las órdenes de Dean Acheson primero (otro diplomado de Harvard, secretario durante dos años de Louis Brandeis, de 1919 a 1921), subsecretario del Tesoro durante seis meses, hasta el 1 de enero de 1934, y de Ogden Mills, secretario del Tesoro (que provocará en mayo de 1933 la dimisión de Eugène Meyer de la «Reconstruction Finance Corporation») y, de modo más duradero a continuación, de Henry Morgenthau (encargado de las compras de oro por cuenta del gobierno antes de convertirse, de hecho desde 1913, oficialmente en 1934, en secretario del Tesoro, donde sus esfuerzos tenderán sobre todo a hacer ingresar en las cajas 800 millones de dólares de impuestos atrasados). Adolf Berle, también estudiante en Harvard y secretario de Brandeis, luego alto comisario en Polonia en 1924, profesor en Columbia en 1927, autor de informes sobre el control de las finanzas, consejero en la R. F. C. para los ferrocarriles, les ayuda a establecer aquellos textos: «Bankrupcy Act», «Securities Act», de 1933; «Securities and Exchange Act», de 1934, y «National Recovery Act», entre otros. De acuerdo con aquellas disposiciones por las que deben regirse los bancos, el Comité de Reserva Federal —«Federal Reserve Board»—, del que es eliminado el secretario del Tesoro (reducido a 7 miembros, pero reforzado con 5 representantes regionales), constituye un Comité Federal de Mercado libre; la red de sucursales de los bancos nacionales se amplía, en tanto que los establecimientos privados deben abstenerse de colocar títulos, si quieren seguir desempeñando el papel de bancos de depósitos. Un consorcio federal asegurará aquellos depósitos (ley Glass-Steagall del 11 de junio de 1933), al tiempo que ejercerá un activo control sobre el conjunto (ley Wheeler-Ruybrins contra los «holdings» de los servicios públicos, marzo de 1935). Las operaciones sobre los títulos, venta (1933), cambio y transferencias, Bolsas de valores (junio de 1934 y 1936), son sometidas al examen de una serie de comisiones (del Comercio federal, de los Títulos y de la Bolsa, de los Títulos y de las Transferencias), limitándose los anticipos destinados a fines especulativos, en espera de una reglamentación de los trusts de inversión, que no intervendrá hasta 1940 («Investment Cy Act»). Medidas justificadas ciertamente por los abusos cometidos, pero orientadas de tal modo que su resultado más claro será el de perjudicar a los establcecimiento de tipo mediano y pequeño.

En materia agrícola, Henry Morgenthau, nombrado presidente del «Farm Board» y de la «Farm Credit Administration» en 1933, y George Peek, el

hombre de confianza de Bernard Baruch, colocado al frente de la «Agricultural Adjustment Administration» (creada el 12 de mayo de 1933), se dedican, 1) a rebajar de nuevo la producción a su nivel medio de anteguerra, entre 1909 y 1914 (reduciendo, para empezar, las superficies de cultivo de algodón en un 30 % —ley Bankhead, abril de 1934—, luego de maíz, de tabaco —ley Kerr—, de trigo, las de otros productos en 1934, y también la crianza de cerdos), a cambio de opciones sobre los remanentes, de subvenciones para las superficies no cultivadas, de acuerdos sobre las ventas, etc., y 2) a acudir en ayuda de los agricultores en dificultades de dinero (ley de ayuda a la Agricultura y de Inflación de mayo de 1933), o amenazados de embargo por sus acreedores (consolidación por la A. A. A. de 2.000 millones de dólares en bonos al 4,5 % ley Frazier-Lemke seguida de otras dos, concediendo un plazo de gracia de tres años en caso de quiebra y permitiendo el refinanciamiento de las hipotecas, en 1934). La renta rural, caída a 2.300 millones de dólares en 1932, aumentará así a 6.000 en 1936, para retroceder a 5.000 y 5.500 desde 1937 a 1940 (a costa de casi 4.000 millones de subvenciones). Unas disposiciones destinadas a combatir la erosión del suelo (1933 y 1935) y una ley dedicando 500 millones a la conservación del suelo, en 1936, vienen a completar útilmente aquella legislación.

La socialización se intensifica después de la reelección de Roosevelt, pero se respeta a los «trusts»

La cosa cambia de aspecto después de la reelección de Roosevelt, que obtiene un aplastante triunfo contra Alfred M. Landon en octubre de 1936, con 11 millones de votos de mayoría (confirmada en marzo de 1937 por la presencia de 75 senadores demócratas contra 17 republicanos, y de 333 representantes contra 89), gracias en especial al apoyo de la C. I. O. y de John Lewis (el cual, ambicionando el cargo de vicepresidente, quedará profundamente decepcionado al no obtenerlo). Una segunda tanda de la A. A. A., apuntando a mantener las rentas agrícolas, se traduce en una contingenciación estricta de la producción, con fijación de precios paritarios y juego de compensaciones. Se desemboca en una verdadera planificación por el Estado, en detrimento de los consumidores, víctimas de aquellos medios malthusianos. Sucede que, en el intervalo, los miembros del clan Frankfürter, apoyados por el radical Rexford Guy Tugwell, adjunto de Henry Wallace, han logrado eliminar al patrono de la A. A. A. Aunque protegido de Bernard Baruch, George Peek les denuncia entonces en estos términos: «Como una plaga de Egipto, una nube de jóvenes abogados ha caído sobre Washington. En el servicio jurídico, se establecen planes que, de hecho transformarán la A. A. A. de proyecto destinado a ayudar a los agricultores en tentativa de introducir el sistema colectivista en este país». El equipo así incriminado se componía de Alger Hiss, John Abt, Nathan Witt, Nathaniel Weyl, Charles Kramer y Adlai Stevenson: aparte de este último, serán todos desenmascarados, quince años más tarde, como agentes de los Soviets (John A. Stormer, *I call it treason*, páginas 185 a 187).

En lo que respecta a la industria, unas medidas de restauración que se escalonan de marzo a junio de 1933 confieren amplios poderes a la N. R. I. A. («National Recovery Industrial Administration»), que dirigen el general Hugh S. Johnson (prestado por Bernard Baruch) y Donald Richberg, flanqueados

Agricultura, a Berle como adjunto de Cordell Hull en el Departamento de Estado. Hasta el punto de que Hugh Johnson y Hearst, lo mismo que, en la oposición, el padre Coughlin, le considerarán como la «eminencia gris» del régimen. En primera fila de los redactores de los textos legales del «New Deal» ha instalado a una pareja de célibes, los «cerebros gemelos» Benjamin Cohen y Thomas Corcoran. El primero, nacido en 1894 de familia judía polaca, estudiante en Chicago y luego en Harvard hasta 1916, consejero de los sionistas en Versalles sobre el mandato palestino (1919-1921), se ha hecho sobre todo hasta entonces por sus especulaciones, no siempre afortunadas, en Wall Street. El segundo, irlandés nacido en Rhode Island en 1900, igualmente abogado, secretario del gran juez Oliver Wendell Holmes, ha sido introducido por su maestro Frankfürter cerca de Eugène Meyer, en la «Reconstruction Finance Corporation» en 1932, antes de ser nombrado secretario-adjunto en el Tesoro, al año siguiente.

Juntos, preparan una primera tanda de medidas financieras, bajo las órdenes de Dean Acheson primero (otro diplomado de Harvard, secretario durante dos años de Louis Brandeis, de 1919 a 1921), subsecretario del Tesoro durante seis meses, hasta el 1 de enero de 1934, y de Ogden Mills, secretario del Tesoro (que provocará en mayo de 1933 la dimisión de Eugène Meyer de la «Reconstruction Finance Corporation») y, de modo más duradero a continuación, de Henry Morgenthau (encargado de las compras de oro por cuenta del gobierno antes de convertirse, de hecho desde 1913, oficialmente en 1934, en secretario del Tesoro, donde sus esfuerzos tenderán sobre todo a hacer ingresar en las cajas 800 millones de dólares de impuestos atrasados). Adolf Berle, también estudiante en Harvard y secretario de Brandeis, luego alto comisario en Polonia en 1924, profesor en Columbia en 1927, autor de informes sobre el control de las finanzas, consejero en la R. F. C. para los ferrocarriles, les ayuda a establecer aquellos textos: «Bankrupcy Act», «Securities Act», de 1933; «Securities and Exchange Act», de 1934, y «National Recovery Act», entre otros. De acuerdo con aquellas disposiciones por las que deben regirse los bancos, el Comité de Reserva Federal —«Federal Reserve Board»—, del que es eliminado el secretario del Tesoro (reducido a 7 miembros, pero reforzado con 5 representantes regionales), constituye un Comité Federal de Mercado libre; la red de sucursales de los bancos nacionales se amplía, en tanto que los establecimientos privados deben abstenerse de colocar títulos, si quieren seguir desempeñando el papel de bancos de depósitos. Un consorcio federal asegurará aquellos depósitos (ley Glass-Steagall del 11 de junio de 1933), al tiempo que ejercerá un activo control sobre el conjunto (ley Wheeler-Ruybrins contra los «holdings» de los servicios públicos, marzo de 1935). Las operaciones sobre los títulos, venta (1933), cambio y transferencias, Bolsas de valores (junio de 1934 y 1936), son sometidas al examen de una serie de comisiones (del Comercio federal, de los Títulos y de la Bolsa, de los Títulos y de las Transferencias), limitándose los anticipos destinados a fines especulativos, en espera de una reglamentación de los trusts de inversión, que no intervendrá hasta 1940 («Investment Cy Act»). Medidas justificadas ciertamente por los abusos cometidos, pero orientadas de tal modo que su resultado más claro será el de perjudicar a los establecimiento de tipo mediano y pequeño.

En materia agrícola, Henry Morgenthau, nombrado presidente del «Farm Board» y de la «Farm Credit Administration» en 1933, y George Peek, el

hombre de confianza de Bernard Baruch, colocado al frente de la «Agricultural Adjustment Administration» (creada el 12 de mayo de 1933), se dedican, 1) a rebajar de nuevo la producción a su nivel medio de anteguerra, entre 1909 y 1914 (reduciendo, para empezar, las superficies de cultivo de algodón en un 30 % —ley Bankhead, abril de 1934—, luego de maíz, de tabaco —ley Kerr—, de trigo, las de otros productos en 1934, y también la crianza de cerdos), a cambio de opciones sobre los remanentes, de subvenciones para las superficies no cultivadas, de acuerdos sobre las ventas, etc., y 2) a acudir en ayuda de los agricultores en dificultades de dinero (ley de ayuda a la Agricultura y de Inflación de mayo de 1933), o amenazados de embargo por sus acreedores (consolidación por la A. A. A. de 2.000 millones de dólares en bonos al 4,5 % ley Frazier-Lemke seguida de otras dos, concediendo un plazo de gracia de tres años en caso de quiebra y permitiendo el refinanciamiento de las hipotecas, en 1934). La renta rural, caída a 2.300 millones de dólares en 1932, aumentará así a 6.000 en 1936, para retroceder a 5.000 y 5.500 desde 1937 a 1940 (a costa de casi 4.000 millones de subvenciones). Unas disposiciones destinadas a combatir la erosión del suelo (1933 y 1935) y una ley dedicando 500 millones a la conservación del suelo, en 1936, vienen a completar útilmente aquella legislación.

La socialización se intensifica después de la reelección de Roosevelt, pero se respeta a los «trusts»

La cosa cambia de aspecto después de la reelección de Roosevelt, que obtiene un aplastante triunfo contra Alfred M. Landon en octubre de 1936, con 11 millones de votos de mayoría (confirmada en marzo de 1937 por la presencia de 75 senadores demócratas contra 17 republicanos, y de 333 representantes contra 89), gracias en especial al apoyo de la C. I. O. y de John Lewis (el cual, ambicionando el cargo de vicepresidente, quedará profundamente decepcionado al no obtenerlo). Una segunda tanda de la A. A. A., apuntando a mantener las rentas agrícolas, se traduce en una contingenciación estricta de la producción, con fijación de precios paritarios y juego de compensaciones. Se desemboca en una verdadera planificación por el Estado, en detrimento de los consumidores, víctimas de aquellos medios malthusianos. Sucede que, en el intervalo, los miembros del clan Frankfürter, apoyados por el radical Rexford Guy Tugwell, adjunto de Henry Wallace, han logrado eliminar al patrono de la A. A. A. Aunque protegido de Bernard Baruch, George Peek les denuncia entonces en estos términos: «Como una plaga de Egipto, una nube de jóvenes abogados ha caído sobre Washington. En el servicio jurídico, se establecen planes que, de hecho transformarán la A. A. A. de proyecto destinado a ayudar a los agricultores en tentativa de introducir el sistema colectivista en este país». El equipo así incriminado se componía de Alger Hiss, John Abt, Nathan Witt, Nathaniel Weyl, Charles Kramer y Adlai Stevenson: aparte de este último, serán todos desenmascarados, quince años más tarde, como agentes de los Soviets (John A. Stormer, *I call it treason*, páginas 185 a 187).

En lo que respecta a la industria, unas medidas de restauración que se escalonan de marzo a junio de 1933 confieren amplios poderes a la N. R. I. A. («National Recovery Industrial Administration»), que dirigen el general Hugh S. Johnson (prestado por Bernard Baruch) y Donald Richberg, flanqueados

de marxistas tan notorios como el lituano Sidney Hillmann (de los «Amalgamated Clothing Workers», miembro de la comisión consultiva en 1933, y del Comité «Board», en 1935) y como Leon Henderson (discípulo de Eugène Debs desde 1923, llamado por Johnson a participar en las tareas del Comité en calidad de «abogado del diablo»). Se trata, por una parte, de reabsorber el paro (sólo se conseguirá en una tercera o cuarta parte) relanzando la actividad de ciertos sectores, especialmente de las Obras Públicas (que dispondrán de 3.300 millones de dólares de créditos, en espera de que la «Works Progress Administration» reciba 10.500 millones, más otros 2.400 hasta 1942) y de la Construcción (que, en aplicación de la «Federal Housing Act», obra de Cohen y de Corcoran, y de la ley Wagner-Steagall de 1937, obtendrá un triple crédito de 500 millones de dólares), y, por otra parte, de limitar la producción, reduciendo las horas de trabajo, manteniendo el poder adquisitivo e incluso aumentando, en la medida de lo posible, los salarios. Para lograrlo, por instigación del secretario de Trabajo lady Frances Perkins y de Black-Connery en marzo de 1942, y para responder al deseo expresado por John Lewis, de la C. I. O., el gobierno propone en julio de 1933 la adopción de estatutos-tipos, o «blanket codes» de justa competencia, previendo la reducción de la duración del trabajo a treinta y cinco horas para los obreros y cuarenta para los empleados y estipulando un salario mínimo de 15 dólares («Wage and Hours Law», obra de Cohen-Corcoran); se establecen así 576 códigos de base y 189 complementarios. En contrapartida de su aceptación en una plazo de dos años, la administración Roosevelt ofrece a los industriales, organizados por ramas de actividad, la libertad de limitar la competencia y de concluir convenios sobre los precios.

En efecto, apenas ataca a los monopolios. La concentración extiende sus tentáculos: a finales de 1935, el grupo Morgan (First National Bank) controla negocios por valor de 30.210 millones de dólares (entre servicios públicos, 12,1; ferrocarriles, 9,6; bancos, 4,4, e industrias, 3,9); el grupo Kuhn-Loeb, 10.853 millones (ferrocarriles, 9,9; bancos, 0,5; servicios públicos, 0,3), y el grupo Rockefeller, 6.613 (industrias, 4,2; bancos, 2,3). Vienen a continuación Chicago, 4.266; Mellon, 3.332; Du Pont de Nemours, 2.628; Boston, 1.719; Cleveland, 1.404, etc. Redactada también por Cohen-Corcoran, la «Public Utilities Holding Cies Act» de 1935 trata con moderación, al tiempo que las vigila, las quince grandes pirámides (Insull, van Severingen, Hobson y otros) que controlan el 80 % de la producción eléctrica (al acentuarse la concentración, quedarán reducidas a doce en 1934). El 10 de mayo de 1933, el gobierno toma por su cuenta (y hace votar en mayo, bajo una forma revisada por Cohen-Corcoran) el proyecto del senador Norris de creación de la «Tennessee Valley Authority», al cual el presidente Hoover ha opuesto su veto, el 3 de marzo de 1931. Aquel gran complejo de economía mixta, para la explotación de la presa Wilson y de un sistema de irrigación que interesa a 50.000 agricultores, en el que no tardarán en ser invertidos 145 millones de dólares (y hasta 700), será gobernado por David E. Lilienthal, rodeado de un Consejo de Administración que incluye a tres representantes del Estado. Los esfuerzos de Roosevelt para constituir otros seis organismos análogos fracasarán en 1937. En cuanto a los medios de comunicación, van a ser objeto de un control reforzado: la ley de urgencia de 1933 nombra un coordinador federal para los ferrocarriles, Joseph B. Eastman; los contratos para el correo aéreo serán revisados en 1934; una ley reglamentará los transportes motorizados en 1935; otra someterá la marina mercante en 1936 a la autoridad de

una comisión encargada de repartir las subvenciones. Así, la intervención del Estado aumenta en todos los terrenos. En cambio, la ley Robinson-Putnam de 1936 y la ley Miller-Tydings de 1937 suavizan la ley Clayton anti-trust, al autorizar los convenios sobre los precios.

En el terreno social, en el que la América «democrática» lleva medio siglo de retraso, diversas medidas tienden a aumentar la seguridad de los trabajadores: ley creando un servicio nacional de colocación (1933); ley sobre la jubilación de los ferroviarios (1935); ley Walsh-Healey de 1936, concediendo toda clase de garantías a los empleados de las empresas que trabajan para el Estado; ley sobre los salarios y la duración del trabajo («Fair Labor Standards Bill» de junio de 1938), previendo un aumento del salario-hora de 25 a 40 centavos en siete años, por una duración semanal que varía de cuarenta y dos a cuarenta y cuatro horas; ley sobre la Seguridad Social de 1935, modificada en 1939, estableciendo un régimen de pensiones de vejez y de subsidios de paro. En el terreno de la asistencia, se han multiplicado las instituciones y las oficinas, encargadas de mantener o de aumentar, artificialmente, el poder adquisitivo de los sin trabajo o de los económicamente débiles, que engullen 25.000 millones de dólares: 10.000 en la W. P. A., 8 en las Obras Públicas y 8 en la ayuda directa. Verdadero «papá Noel» del régimen, Harry Hopkins (discípulo del doctor judío Steiner) es su gran distribuidor. Nombrado en 1931-32, en recompensa de sus servicios en la campaña de Al Smith en 1928, presidente de la «Relief Administration» del Estado de Nueva York por Roosevelt, elegido gobernador en 1928, sigue a su jefe a Washington para presidir, del 20 de mayo de 1933 al 1 de julio de 1939, los destinos de la «Federal Emergency Relief» y también de la «Civil Works Administration», del «Rural Rehabilitation Program» en 1934, de la «Works Progress Administration» en abril de 1935, del «Federal Surplus Relief», etcétera. Con ese título, forma parte del «National Emergency Council» y del «Federal Reserve Board», en espera de convertirse en el consejero íntimo, el «alter ego» del presidente.

El Estado-Providencia no asegura la justicia social

Aquella pretensión del Estado de imponerse, en todos los terrenos, a la iniciativa privada, choca de frente con las tradiciones mejor establecidas de la libre América. Instituido precisamente para defenderlas, el Tribunal Supremo no tarda en entrar en conflicto con Roosevelt. A propósito del comercio de los petróleos en enero de 1935, de la N. I. R. S. en mayo de 1935, de la jubilación de los ferroviarios, de la «Agricultural Adjustment Administration» el 6 de enero de 1936, de la reglamentación de las hulleras en mayo de 1936, etcétera. Ninguna de aquellas disposiciones legislativas encuentra gracia a los ojos de los nueve grandes jueces (cuatro de los cuales, nombrados por Harding, son particularmente coriáceos). ¿No reserva acaso la Constitución a los Estados todos los poderes que no están formalmente delegados en el gobierno federal? Ante ese principio sacrosanto, este último tiene que inclinarse y maniobrar hábilmente para volver a introducir una parte de la legislación incriminada. Estimulado por su triunfo electoral de 1936, sobre una plataforma económica preparada por Leon Henderson, el presidente se atreverá a amenazar al Tribunal Supremo, el 5 de febrero de 1937, con una reforma de la administración judicial. Pero no será necesario llegar a ese extremo. El juez

Roberts cambia de bando, con lo que el Tribunal Supremo se inclinará y aprobará, por 5 votos contra 4, el «Wagner Bill», la «National Labor Relation Act» y la «Social Segurity Act». Reelegido excepcionalmente por tres veces consecutivas, en 1936, 1940 y 1944, Roosevelt tendrá por otra parte ocasión sobrada de remodelarla a su antojo, introduciendo en ella, si no a lumbreras jurídicas, al menos a personas dóciles y de su agrado: Hugo Black (que exculpará a los comunistas en 102 casos sobre un total de 102), Felix Frankfürter en persona (juez-adjunto el 30 de enero de 1939 y juez titular en 1942), Stanley Reed y William O'Douglas (que fallará un 97 % de juicios a favor de los comunistas).

Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos a menudo demagógicos en favor de los trabajadores, la administración Roosevelt apenas registra, en materia social, resultados concretos. Los sindicatos, estimulados por el pleno reconocimiento del derecho de asociación (Norris-La Guardia Act» de marzo de 1932; «Wagner Bill de marzo de 1934, reasumido a principios de julio de 1935, promulgado el 5 de julio), bajo el control del «National Labor Relations Board», ven sus efectivos, reducidos de 3.600.000 en 1929 a 2.973.000, aumentar a 3.000.000 en 1933, para llegar a 4 millones en 1935 (la A. F. L. ha reclutado un millón y medio de nuevos afiliados en octubre de 1933; los sindicatos autónomos, beneficiados por una representación proporcional, aumentan paralelamente de 1.250.000 a dos millones y medio) (19). Pero el «National Labor Board» y el «Labor Relations Board», creados en julio de 1934, se revelan impotentes para poner coto a los movimientos huelguísticos: 1.856 en 1934, afectando a un millón y medio de obreros (la de 400.000 a 500.000 trabajadores de la industria textil dura desde agosto hasta el 7 de septiembre, y afecta a veinte Estados), 4.720 en 1937, implicando a dos millones de obreros (entre ellos 150.000 empleados de la «General Motors», desde enero hasta el 3 de febrero). La evolución de la economía está señalada por un aumento de las cifras de la producción nacional (103.800 millones de dólares de promedio de 1915 a 1920, 55.800 de 1931 a 1935, 101.400 en 1941), de la renta nacional (de 87,4 a 39,6 y a 81,3) y del índice de la producción industrial (110 en 1929, 69 en 1933, 125 en 1940), pero también por una retracción de los precios al por mayor (95,3 a 65,9 y a 78,6), del coste de la vida (122,5 a 92,4 y a 100,2) y de los salarios (117,1 a 53,1 y a 114,5: 100 como promedio del período 1935-1939). Momentáneamente en regresión a 6 millones en 1937, el número de los parados asciende a 9 millones en 1938, a 10 e incluso a 12 para mantenerse alrededor de 9 en 1939. Persiste, pues la depresión, que sólo la próxima guerra mundial permitirá dominar.

El Estado rooseveltiano, el Estado-patrono, el Estado-Providencia no ha cumplido sus promesas. A raíz de su tercera reelección, a finales de 1944, hará espejear aún ante el americano medio los 60 millones de empleos, el derecho al trabajo, una vida conveniente, un alojamiento decente, una seguridad contra todo riesgo. Lo cual es perfectamente legítimo y deseable, pero se aparta mucho de la realidad. Ya que, en los mejores años del «New Deal», de 30 a 40 millones de personas vivieron del «maná» moderno, es decir, de los subsidios de todas clases del gobierno, y el administrador de la juventud, Williams, admite en 1939 que de 4 a 5 millones de jóvenes de dieciséis a veinticuatro

(19) El total alcanzará 8.201.000 en 1939. A finales de 1937, la C. I. O. contaba con 3.700.000 afiliados y la A. F. L., que empieza a admitir trabajadores no cualificados, 3.400.000.

años no han tenido nunca un empleo. En cuanto a la «redistribución» de las riquezas, está aún muy lejana en aquel país de los extremismos, en el que «44.727 familias e individuos aislados, situados en la cumbre de la escala, ingresan más de 3.000 millones de dólares anuales, es decir, mil millones más de lo que ganan conjuntamente los 7.600.000 norteamericanos que reciben un promedio de menos de 500 dólares al año» (Wirsing, *Roosevelt contra Europa*, página 187).

QUINTA PARTE

OCCIDENTE, ¿CUAL ES TU DESTINO?

CAPITULO XXXI

RENACIMIENTO DE LOS SOCIALISMOS NACIONALES

El crack destruye el edificio del plan Young

Pretexto y ocasión para una intervención del Estado sobre la economía norteamericana, la crisis bursátil desencadenada el 29 de octubre de 1929 tuvo también profundas repercusiones en Europa.

Desde principios de año, los banqueros, dueños de las finanzas mundiales, deseosos de acelerar la reanudación de los negocios, multiplicaban los contactos, esforzándose al mismo tiempo en aliviar la carga de las reparaciones y en crear entre ellos un organismo permanente de enlace.

Presidido por Owen Young, un comité de expertos, reunido el 9 de febrero, había concluido en la necesidad de una revisión del plan Dawes. En La Haya, el 5 de agosto, Aristide Briand (que acababa de suceder a Poincaré en la presidencia del Consejo) y Henry Chéron, Arthur Henderson, secretario del Foreign Office, y Philip Snowden, canciller del Tesoro en el gabinete laborista constituido después de las elecciones del 31 de mayo de 1929 por Ramsay Macdonald, discutieron la cuestión con el Dr. Hjalmar Schacht, que defendía la incapacidad de Alemania para pagar de otro modo que no fuera pidiendo prestado al extranjero o practicando el *dumping* en sus exportaciones. Se convino en liberar al Reichsbank del control de los siete miembros extranjeros de su Consejo de Administración, levantar la hipoteca que pesaba sobre los ferrocarriles alemanes, aumentar las anualidades a 59 por un importe de 2.000 millones de francos, comercializar aquella deuda con empréstitos norteamericanos y confiar su administración no a la Comisión de Reparaciones, sino al Banco de Liquidaciones Internacionales. A raíz de una conferencia celebrada en París, en la primavera, aquel organismo (respondiendo al deseo expresado por Luigi Luzzati de llevar a cabo una super-concentración de las finanzas mundiales, y a las aspiraciones de los delegados de la conferencia de Génova, en 1922, de ver convocar reuniones bancarias periódicas) acababa de ver la luz en Basilea. Constituido con un capital de 25 millones de francos suizos (suministrado principalmente, en lo que respecta a los Estados Unidos, por Morgan y el «First National Bank»; así como por Kreuger, la «Societé Générale» de Bélgica, el B. P. P. B., etc.), aquel establecimiento de «clearing» inter-

nacional, dirigido por los siete gobernadores de los Institutos de Emisión de los Estados miembros, con siete colaboradores y dos delegados, francés y alemán, para el ajuste de las reparaciones, no tardaría en apelar también a los fondos privados (161 millones de francos suizos el 30 de noviembre de 1931, por 560 de fondos públicos).

Aquel arreglo financiero, puesto en marcha el 3 de enero de 1930, fue acompañado, a instancias de Snowden, del compromiso asumido por Francia de evacuar Renania, con cuatro años y medio de anticipación, a partir del 17 de mayo de 1930 (fecha de entrada en vigor del plan Young), por etapas, de modo que la ocupación quedara terminada el 30 de junio de 1930. El viento soplaba a favor de la *entente*, y se habían concluido unos acuerdos carbón-acero. Tras haber inducido a los Estados Unidos a interesarse en los Asuntos del Viejo Continente con la firma solemne en París, el 27 de agosto de 1928, con Kellog y los representantes de sesenta naciones, de un pacto declarando a la guerra «fuera de la ley» (el senador Borah prefirió adherirse a aquella idea, muy del agrado del «Committee for outlawry of war», fundado por Salomon O. Levinson el 9 de diciembre de 1921, y reasumida por Briand el 6 de abril de 1927, más bien que a un proyecto de arbitraje presentado por Kellog en el Senado, el 22 de diciembre de 1927), Aristide Briand acariciaba el proyecto de una organización europea, dotada de un Secretariado permanente y de un Comité político. «Entre los pueblos de Europa —declaró en la Sociedad de Naciones el 5 de septiembre de 1929— tiene que existir una especie de lazo federal». Derribado el 22 de octubre, aunque conservando la cartera de Asuntos Exteriores en el gabinete formado por André Tardieu, el 3 de noviembre de 1929, Briand desaprovechó lastimosamente la ocasión de completar el pacto de seguridad en el Oeste (firmado en Locarno el 5 de octubre de 1925) por su negligencia en negociar, en muy buena posición, es decir, antes del abandono de Renania, un arreglo razonable de los problemas de la Europa central. Negligencia fatal. El «Memorándum» sobre la Unión europea, tendiendo a la extensión de los acuerdos de garantía y de entente económica, presentado por él en la Sociedad de Naciones el 30 de junio de 1930, no fue tenido en cuenta.

Sobreviene el *crack*, y todo aquel frágil edificio, apenas bosquejado, se hunde bruscamente. La retirada de los capitales norteamericanos de Europa (11.000 millones de dólares), iniciada en 1928, se intensifica en el curso del año 1930. Hoover, que tiene cierta experiencia continental, se esfuerza en limitar los estragos, declarando una moratoria de un año sobre las deudas y las reparaciones (el 6 de julio de 1931). Reunida el 16 de junio de 1932, la conferencia de Lausana (16 de junio-9 de julio) prorroga por tres años la moratoria y pasa la esponja sobre las reparaciones, aceptando que Alemania se libere con una entrega de 3.000 millones de «rentenmarks», en bonos al 5 %, al Banco de Liquidaciones Internacionales. En lo que respecta a las deudas, la Cámara francesa derriba al gabinete Herriot, por 403 votos contra 187, el 14 de diciembre de 1932, para no hacer frente al vencimiento del día siguiente (19,2 millones de dólares), y el gobierno de Daladier rechazará la oferta de Roosevelt de entregar simbólicamente la décima parte del vencimiento del 15 de junio siguiente.

La negativa norteamericana de colaborar en Londres condena a Europa a la autarquía

Del 12 de junio al 27 de julio de 1933 —mientras que en el año anterior se han multiplicado las discusiones sobre el desarme, y que el Pacto de Roma, llamado «Pacto de los Cuatro», acaba de ser firmado el 7 de junio—, la Conferencia económica reunida en Londres realiza una suprema tentativa para restablecer las grandes corrientes de negocios y reintroducir el orden en los intercambios internacionales, reducidos a la tercera parte de su volumen normal. El representante de Roosevelt, instalado en la presidente desde el mes de marzo, el secretario de Estado Cordell Hull, ha sido en Versalles el abogado de la abolición de las barreras aduaneras: en consecuencia, sus esfuerzos en favor de la reducción de las tarifas son sinceros; pero el presidente se ha cuidado de «doblarle» con su amigo Reymond Moley (cuya interinidad asumirá provisionalmente el propio Bernard Baruch en persona), rodeado de Tugwell y de Adolf Berle, pertenecientes a su «trust de cerebros», adversarios a la vez de una entente internacional sobre la estabilización de las monedas y de una reducción general de los derechos de aduanas. Ellos se encargan de «torpedear» la conferencia. Al mismo tiempo que se niega a cooperar con las potencias occidentales, la América de Roosevelt reanuda por otra parte unas relaciones diplomáticas normales con Rusia. En Londres, Maxim Litvinov, comisario de Asuntos Extranjeros, se ha entrevistado con Cordell Hull, flanqueado ahora en el Departamento de Estado, como adjunto, por recomendación de Raymond Moley, de William Bullitt, ferviente abogado del reconocimiento de los Soviets. A raíz de un intercambio de notas, en el cual los rusos aceptan el pagar una suma comprendida entre 75 y 150 millones de dólares para saldar su deuda con América, que se eleva a 192 millones de dólares, se decide el reconocimiento y se procede a un intercambio de embajadores: Litvinov en persona en Washington y Bullitt en Moscú. Mientras que, del lado de las potencias occidentales, todo el esfuerzo de Roosevelt se limita a la aprobación de una ley sobre los acuerdos comerciales recíprocos, en 1934, permitiendo algunas reducciones que pueden alcanzar el 50 %, y que la «Johnson Act» del 13 de abril de 1934 prohibe todo préstamo a los Estados que no hayan saldado sus deudas de guerra. Asimismo, la devaluación del dólar (alrededor del 41 %), la supresión de la convertibilidad de la libra esterlina (caída de 123 a 87 francos) el 21 de septiembre de 1931 y las dificultades presupuestarias que agobian a los otros Estados asestan un golpe mortal a los intercambios internacionales. De las discusiones de Londres deriva entonces la constitución de tres grandes conjuntos monetarios, en los cuales se alinean los países de Occidente: el bloque del dólar y de sus vasallos americanos, el bloque de la libra esterlina, incluyendo sus Dominios y sus clientes escandinavos, portugueses y otros, y el del oro, que agrupa a las potencias europeas que han permanecido fieles, Francia en cabeza, al patrón-oro, es decir, Suiza, el Benelux e Italia; Alemania sigue una evolución distinta. En el interior mismo de aquellos bloques, los Estados, más o menos amenazados por la bancarrota y el paro obrero, se ven prácticamente reducidos a vivir sobre sí mismos, en autarquía más o menos completa.

Inglaterra abandona el patrón-oro

Alcanzada la primera por las repercusiones del *crack*, Inglaterra conoce graves dificultades financieras y sociales. Afectada por un déficit de 254 mi-

llones de libras desde marzo de 1931, con sus préstamos a corto plazo al extranjero y por la «congelación» de 90 millones de libras en Alemania, su balanza comercial negativa de 50 a 100 millones, experimenta, del 15 al 31 de julio, retiradas del orden de 200 millones de libras y una pérdida de 66 millones en oro y en divisas (de un total de 165 millones de libras de reservas el 15 de julio). Montague Norman, gobernador (que ha tenido que apoyar a los hermanos Lazard, demasiado comprometidos en el Reich), se ha alejado debido a una depresión nerviosa en el momento de las responsabilidades, y el Banco de Inglaterra aumenta su tipo de descuento del 4,5 al 6 %, el 30 de julio. El 1 de agosto, Philip Snowden, canciller del Tesoro, que hasta entonces había tratado altivamente al gabinete de París, solicita del Banco de Francia un crédito de apoyo de 25 millones de libras. Pero los bancos norteamericanos, Morgan en cabeza, sólo acceden a conceder un anticipo de 40 millones de libras a corto plazo a condición de que desaparezca el déficit presupuestario, calculado por el informe May en 120 millones de libras para el ejercicio 1931-32, pero susceptible de alcanzar 170 millones (23 de agosto). Pero las Trade Unions se han opuesto el 20 a una reducción de la «dole», del subsidio que se entrega a los parados (cuyo número ha pasado de 1.490.000 en 1926 a 2.300.000 a finales de 1930). La encuesta realizada de 1929 a 1931 por el Comité Mac Millan y el informe de sir Walter Layton ante el Comité de Expertos de Basilea (8-18 de agosto de 1931) revelan, con gran alarma de la City, el enorme volumen total de los compromisos adquiridos en Alemania por los «big five», actuando cada uno aisladamente, sin preocuparse de sus competidores. Arrastrado por el desastre, el gabinete laborista, surgido de las elecciones del 31 de mayo de 1929 (que habían enviado a los Comunes a 287 representantes del «Labour» y 60 liberales contra 260 conservadores), dimite el 24 de agosto de 1931, para permitir la constitución, dos días después, de un gobierno de Unión nacional presidido por Ramsay Macdonald, secundado únicamente por dos laboristas, con la colaboración del jefe liberal sir Herbert Samuel en el Interior y de sir Stanley Baldwin, conservador, lord del Sello Privado. Repartidas así las responsabilidades, y la libra de nuevo amenazada (a raíz de un amotinamiento de la Flota en Invergordon el 14 de septiembre), aquella formación renuncia, el 20 de septiembre de 1931, al «Gold Exchange Standard» (establecido el 13 de mayo de 1925) y a la convertibilidad de la libra (confirmada el 25 de mayo de 1928, con limitación de la circulación fiduciaria a 260 millones de libras). Despegada del patrón-oro, la libra sólo valdrá, al cambio oficial, 3,25 dólores en vez de 5 a finales de noviembre de 1931, 3,73 en abril de 1932 y 3,27 en diciembre, pero la Gran Bretaña podrá rebajar su tipo de descuento del 5 % en febrero de 1932 a 3,5 el 15 de marzo, y reembolsar sus préstamos (20 millones el 30 de octubre; 20 millones el 31 de diciembre de 1931, y, a finales de febrero de 1932, su empréstito de 40 millones de libras). Aquella devaluación del orden del 30 al 40 %, entrañará la de las monedas de los Dominios, de la India, de Egipto y del Japón, de los estados escandinavos, de Finlandia, e incluso, en la América del Sur, de Bolivia y de Colombia. Además, el gobierno decreta una serie de medidas impopulares: nuevos impuestos, reducción de la «dole», etcétera.

A raíz de un resonante éxito (gracias al voto de las mujeres) en las elecciones de octubre de 1931, que les aseguran 470 escaños en la Cámara Baja, los conservadores no tarda en dominar a la coalición, en la cual Neville Chamberlain toma el relevo de Snowden en las Finanzas, en espera de que Stanley

Baldwin, el 7 de junio de 1935, y el propio Neville, el 28 de mayo de 1937, asuman su dirección. Su esfuerzo principal tiende a organizar la «Commonwealth», dominio de la libra esterlina, concediendo a los Dominios, por el estatuto de Westminster, aprobado en diciembre de 1931, una libertad legislativa casi completa y el derecho a proponer incluso los gobernadores generales para su nombramiento por la Corona, pero también estrechando sus lazos económicos y financieros con la Metrópoli por medio de la conclusión de acuerdos «de preferencia imperial», firmados en Ottawa en 1932. Gracias a esas juiciosas medidas, la producción recobrará en 1934 su nivel de 1929, y el ejército de los parados, cuyos efectivos ascienden a 2.886.000 en agosto de 1932, se reduce a 1.781.000 en diciembre de 1934 y a 1.200.000 en 1937. Con su disciplina habitual, la Gran Bretaña ha sabido hacer frente a la crisis, sin poner en entredicho sus instituciones. Propuesta por sir Alfred Mond en enero de 1928, una tentativa de negociación de convenios colectivos entre Trade Unions y Confederación de las Industrias británicas no ha sido tomada en consideración.

Pero la mayoría de los otros estados europeos, que no disponen de los mismos recursos, ni de unos dominios tan vastos en los que procurarse materias primas y productos alimenticios, o a los que enviar sus propios productos, afectados como están por unas barreras aduaneras cada vez más numerosas y elevadas, reducidos a practicar la autarquía, se ven obligados a implantar una estricta disciplina en sus países, no sólo económica, sino también política. De ahí la floración de regímenes de tendencia autoritaria, que buscan en el fascismo establecido por Mussolini en Italia una inspiración y un ejemplo y, según la expresión de Winston Churchill, «el necesario antídoto suministrado a las naciones civilizadas contra el veneno ruso».

* * *

Italia, arruinada y democratizada

Italia, en efecto, ha sido el único de los estados vencedores seriamente amenazados por la ola roja que, al final de las hostilidades, pretendió inundar Europa. Metida en el conflicto en las peores condiciones morales y materiales, contra la voluntad de su pueblo y sin la preparación suficiente, a pesar de las baladronadas del barón Sonnino, había estado a punto de abandonar la partida en 1917, y sólo pudo resistir gracias al fuerte apoyo de los aliados. Pero no había renunciado a ninguna de sus pretensiones diplomáticas, oponiéndose a una paz separada con Austria, desembarcando por su propia iniciativa en Valona, ocupando Argyrocastro el 5 de junio de 1917, proclamando la independencia de Albania bajo protectorado italiano, negociando (por iniciativa del diputado liberal Giovanni Amendola, más tarde ministro con Luigi Facta, y del periódico *Corriere della Sera*), contra la Doble Monarquía con el Dr. Tumbitch, representante de los yugoslavos, el Pacto de Roma, concluido el 7 de marzo, ratificado los días 8-10 de abril de 1918, y dando un portazo en la Conferencia de la Paz, el 24 de abril de 1919 (a raíz de la negativa de Wilson a concederle no sólo la Dalmacia, sino también Fiume, el 19 de abril, y de la incorrección cometida por el presidente norteamericano, al dirigirse directamente al pueblo italiano, por encima del jefe de su gobierno), en vez de evacuar Zara (donde la mantuvieron los tratados de Saint-Germain del 10 de septiembre de 1919 con Austria,

y de Rapallo del 12 de noviembre de 1920 con Yugoslavia), la isla de Saseno, delante de Valona, Sebenico, y renunciar a Fiume (ocupado por un golpe de mano de Gabriele d'Annunzio el 12 de septiembre de 1919, pero evacuado a finales de diciembre de 1920), atreviéndose incluso (al desembarcar tropas en Adalia el 2 de abril de 1919) a expresar sus intenciones sobre Esmirna y sobre las islas del Dodecaneso (que quedaron en su poder). En resumen, Italia alcanzó su principal objetivo de guerra, asegurándose el control del Adriático.

Pero ha pagado muy caro aquel éxito de prestigio. En hombres: 500.000 muertos y 950.000 heridos, 220.000 de ellos mutilados; y en dinero: 48.500 millones de gastos de guerra, de ellos 8.800 de empréstitos anglo-norteamericanos, elevando la deuda a 63.000 millones. El presupuesto de gastos ha pasado de 2.500 millones de liras en 1913-14 a 30.857 en 1918-19; el volumen de la circulación fiduciaria se ha multiplicado por diez, los precios por seis. A raíz de la supresión del control de los cambios, el 25 de marzo de 1919, la lira perderá, a finales de 1920, las tres cuartas partes de su valor. Las clases medias, que durante el conflicto han absorbido 15.000 millones de liras de empréstitos, son las principales víctimas de aquel desastre. El gabinete de Unión Nacional, formado por Orlando a finales de octubre de 1917, después de la derrota de Caporetto, para reemplazar al de Boselli (constituido en junio de 1916 con el con el católico Filippo Meda y el socialista reformista Bissolati —excluido por el congreso de Reggio en 1912—, que declaró la guerra a Alemania el 28 de agosto de 1916), privado del apoyo de los socialistas de todas las tendencias, de los reformistas de Bissolati lo mismo que de los ortodoxos de Nitti; quebrantado por el asunto de Fiume, tuvo que retirarse el 19 de junio de 1919. Las elecciones del 16 de noviembre de 1919, que envían a la Cámara, sobre un total de 508 diputados, a 156 socialistas, que reúnen 1.840.000 votos (en vez de 52 en octubre de 1913) y 99 cristianos-populares, totalizando 1.175.000 votos, al lado de 20 socialistas independientes, 10 republicanos, 75 demócratas liberales y 60 nacionalistas, inauguran un período de disturbios, en el curso del cual marxistas y «popolari» rivalizan en demagogia.

Si Francia ha vivido desde 1875 bajo un régimen de falsa democracia masónica, Italia, bajo la dinastía de Saboya, ha ofrecido el espectáculo de una monarquía de apariencia parlamentaria, no menos sometida a la influencia de la Orden, cubriendo tanto más fácilmente el reinado de una oligarquía privilegiada por cuanto el sufragio ha estado singularmente restringido hasta 1913 (1,6 millones de electores en 1882, 3 en 1892, 3,5 a continuación). Abiertas por primera vez las esclusas al sufragio universal (rebajando la edad electoral a veintiún años para los «letrados» y a treinta para los demás), 8 millones de electores toman parte en el escrutinio. Incluidos los católicos (ya que Pío X levantó a raíz de las elecciones de 1904 la consigna de abstención dada por León XIII, cuyo resultado más claro había sido el de dejar a las logias el monopolio del gobierno), cuya intervención redujo del 50 al 37 % la proporción de las abstenciones. En cambio, el Sumo Pontífice, fiel a su doctrina «La política de la Iglesia es la de no hacer política», hostil en principio a la formación de un «partido católico», no vacila en confirmar la encíclica «Graves de Comuni», primer frenazo dado por el propio León XIII, el 18 de enero de 1901, a las desviaciones de la democracia cristiana, reglamentando la Acción Popular en 1903, disolviendo la «Obra de los Congresos» el 20 de julio

de 1904 y reorganizándola con su encíclica «Il fermo Proposito» del 11 de junio de 1905, bajo la forma de diversas agrupaciones: «Unión Popular», «Unión económica y social», «Sociedad de Juventud», «Unión femenina» y «Unión electoral» (esta última confiada al periodista de Brescia Giorgio Montini, padre de Pablo VI). Gracias a esas juiciosas medidas, los católicos enviaron a 20 diputados al Parlamento en 1909 y a otros muchos moderados, elegidos con sus votos (230 consintieron en octubre de 1913 en apoyar con sus votos las reivindicaciones católicas). De modo que Giolitti, presidente del Consejo desde mayo de 1906 hasta octubre de 1913 (salvo un breve intermedio Luzatti), se vio obligado a tener en cuenta su influencia y apoyo, como hizo con las Bolsas de Trabajo creadas por los socialistas reformistas, sus iniciativas sociales más útiles.

A ejemplo de los católicos alemanes, los italianos habían colaborado también, en efecto, al estudio de la encíclica «Rerum Novarum» (15 de mayo de 1891), monumento de la doctrina de la Iglesia en la materia. Monseñor Bonomelli, obispo de Cremona, por medio de un mandamiento, «Propiedad y Socialismo», destinado a contestar a los agitadores Costa y Beni, émulos de los «comuneros». Y sobre todo el profesor Giuseppe Toniolo, de Bolonia (1845-1918), bisnieto de Joseph de Maistre, autor de un *Tratado de economía política,* dos años antes de la publicación de la encíclica. Habían conseguido unas realizaciones concretas: creación de Cajas rurales (un millar en 1898, agrupadas en 799 sociedades federadas en 1907), mutualidades (744 en 1904), cooperativas (107), Cajas de Crédito popular (69 en 1904) y sindicatos que contaban con 104.000 afiliados en 1914. Por desgracia, la «Obra de los Congresos» (aprobada en 1876), creada en su origen por el marqués Salviati, el barón Vito de Ondes, el profesor Toniolo, el orador Paganuzzi y el político Filippo Meda, con el fin de agrupar a los católicos italianos al modo de la «Volksverein», tras una inútil tentativa de su presidente el conde Grosoli para arbitrar las diferencias que oponían en su seno a moderados y extremistas, había tenido que ser disuelta el 20 de julio de 1904. Lejos de inclinarse ante la decisión pontificia, el más exaltado de los agitadores con sotana, don Romolo Murri (1870-1943), redactor del órgano de los Jóvenes, *Il Domani d'Italia* (con una tirada de 40.000 ejemplares), persistió en su actitud demagógica y fundó la «Liga democrática italiana», lo que le valió ser excomulgado en 1909.

Católicos y socialistas se deslizan hacia la extrema izquierda

Herederos de aquellas tendencias, los dirigentes de la «Unión popular», el conde Grosoli y el periodista Montini, y los de la «Unión electoral», el conde Santucci y Dom Sturzo, apenas firmado el armisticio se apresuraron a preparar en Milán, el 17 de noviembre de 1918, la formación de aquel partido católico, antaño descartado por Pío X (1). Oficialmente constituido

(1) «Querríamos un Papa que no haya estado mezclado en ninguna política... y que sea ante todo Padre y Pastor», había declarado el cardenal Mathieu antes de la elección, por 50 votos de un total de 64, el 4 de agosto de 1903, del cardenal Joseph Sarto, patriarca de Venecia, sacerdote de origen humilde, de fe muy pura que, secundado por el cardenal español Merry del Val (1865-1930) y, para la reforma del derecho canónico, por monseñor Gasparri, reorganizó la Curia, reforzó la disciplina en la Iglesia, y se opuso por medio del decreto «Lamentabili sine exitu» y la encíclica «Pascendi» (8 de septiembre de 1907), a que un humanismo vago vaciara al dogma de su substancia. Murió el 20 de agosto de 1914.

el 18 de enero de 1919, el «Partido Popular Italiano», con 58.000 inscritos en junio, pero disponiendo de veinte periódicos y de medio centenar de semanarios, obtuvo 99 escaños en las elecciones de octubre de 1919, más otros 7 en abril de 1921. Lanzado a una ardiente campaña, su activo secretario general, el monje siciliano Dom Luigi Sturzo, nuevo Savonarola, consiguió crear una Confederación de Cooperativas (que no tardó en reunir 3.200 cooperativas de consumo, 2.116 de crédito, 684 de producción y 800 uniones agrícolas) y transformó la «Unión económico-social» en una Confederación italiana de Trabajadores, que contó muy pronto con 600.000 afiliados. Pero lejos de oponerse a la ola creciente del marxismo, la hinchó por el contrario con la corriente de sus partidarios.

En el seno del partido socialista, la tendencia extremista, representada por el doctrinario Serrati (detenido por derrotismo, en compañía de Lazari y de Bombacci, a mediados de noviembre de 1917, después de que los bolcheviques Smirnov y Goldenberg, desembarcados en Turín el 13 de agosto, organizaran en la capital piamontesa, el 23 de agosto, una insurrección que duró cinco días), se había impuesto, en el congreso socialista de Roma, celebrado en septiembre de 1918, a los moderados, «mencheviques», Filippo Turatti, Claudio Treves, Modigliani, Prampolini y Matteoti, los dirigentes del partido, intelectuales en su mayor parte (en 1903, de sus 33 diputados, el 84,8 % pertenecían a profesiones liberales, al contrario que en Alemania donde, en la misma época, la proporción era inversa: de 81 diputados socialdemócratas, el 83,9 % eran obreros), se veían desbordados. En el congreso de Bolonia (del 5 al 8 de octubre de 1919), se encontró una mayoría para adherirse a la III Internacional y para reclamar la proclamación de la República, la supresión del Senado, la elección de los funcionarios y de los jueces, la expropiación de los grandes dominios, la colectivización y la gestión directa de las empresas, tal como deseaban Serrati y sus amigos Bombacci y Bordiga, del *Avanti*.

Presa de desórdenes revolucionarios

Llamado al gobierno el 23 de junio de 1919, sostenido en la Cámara el 3 de julio por 257 votos contra 111, y consolidado por el éxito de los socialistas en las elecciones del 16 de noviembre, el profesor Severio Nitti se debatió unos meses en un clima revolucionario, señalado en Milán por un desfile rojo el 18 de febrero de 1919, por un tiroteo y una huelga, los días 13 y 15 de abril, y más tarde, en junio, por la proclamación de los Soviets durante cuarenta y ocho horas en Sestri Ponente en Liguria, disturbios en Forli el 30 de junio, saqueos en Milán, una tentativa de huelga general contra una intervención occidental en Rusia los días 20 y 21 de julio, afectando a 200.000 metalúrgicos en el norte y a 200.000 «braccianti», jornaleros del valle del Po, el 11 de septiembre; una ola de huelgas en Roma, Milán, Génova, Nápoles, los días 2 y 3 de diciembre de 1919, saqueos en Mantua. En 1920, la agitación vuelve a la ocupación sistemática de las fábricas. Siguiendo el ejemplo dado el 17 de marzo de 1919, pero bajo la bandera italiana, por unos sindicalistas de la «Unión italiana del Trabajo», en las fábricas Franchi y Gregori en Dalmine (Bergamo) —iniciativa que Mussolini y su amigo Bianchi aplaudieron en aquella ocasión—, he aquí que la bandera roja ondea, el 28 de febrero de 1920, sobre una fábrica textil de Ponte Canavese y que en Turín el extremista Gramschi, al frente de unos 100.000 obreros organizados en gru-

pos de empresas, aprovecha una huelga de los 35.000 empleados de la Fiat contra el horario legal para lanzarlos al asalto del Instituto técnico y desencadenar una serie de ocupaciones, en las cuales toman parte 400.000 trabajadores, durante diez días, del 14 al 24 de abril. Entonces le falla el apoyo de la C. G. I. L. Pero incidentes semejantes se producen en la metalurgia, en la empresa Ilva, en Nápoles y en Piombino, en la empresa Ansaldo de Viareggio, en mayo, y en la industria textil, en la empresa Mazzoni de Torre Pelice (Piamonte). En las zonas rurales del Mediodía, los campesinos desmovilizados invaden los grandes dominios (¿acaso no se les ha prometido, imprudentemente, la entrega de tierras?). Para mantener el orden y poner coto a aquellos disturbios que, desde abril de 1919 hasta abril de 1920 se saldan con 45 muertos y 444 heridos, Nitti crea unas unidades especiales de guardia real, que se muestran bastante duras en la represión.

Entretanto, víctima de la hostilidad de los ferroviarios y de los portuarios, que se niegan a transportar las tropas, y de los obreros del arsenal de La Spezia, que se amotinan el 21 de mayo, amenazado de indisciplina (el II de Bersaglieri se amotinará en Ancona el 26 de junio, negándose a embarcar hacia Albania), el ejército se inquieta y, lo mismo que en Alemania, busca en el país el apoyo de voluntarios. En vano, Nitti se esfuerza en hacer frente a las dificultades financieras, aumentando por decreto-ley del 24 de noviembre de 1919 el impuesto sobre las rentas del capital al 18 %, sobre las rentas mixtas al 15 y sobre las del trabajo entre el 9 y el 12 %; en vano, mientras los precios no dejan de subir de 639 (índice 100 en 1913) en enero a 701 en febrero y a 825 a final de año, y las huelgas se multiplican (1.663 en 1919, 1.881 en 1920), restablece las cartillas de racionamiento el 4 de marzo y el control de los cambios en abril; los representantes del partido popular abandonan su gabinete, que reajusta por dos veces, el 13 de marzo y, de nuevo, el 21 de mayo (después de haber sido puesto en minoría el 9). Cuando pretende aumentar el precio del pan en 0,50 céntimos (4 de junio), ya que su mantenimiento artificial cuesta 6.000 millones a un presupuesto cuyo déficit alcanza 18.000 millones de liras, la Cámara le obliga a renunciar a ello (9 de junio) y presenta la dimisión, dejando al país en pleno desbarajuste.

Supremo recurso del régimen, el veterano Giolitti (setenta y ocho años), llamado al timón en plena tempestad, el 11 de junio de 1920, forma un amplio gabinete de unión con unas personalidades descollantes, tales como el católico Filippo Meda, en las Finanzas, el conde Sforza en los Asuntos Exteriores, Bonomi en la Guerra, Benedetto Croce en la Instrucción Pública y el socialista Arturo Labriola en el Trabajo. Pero, si bien consigue reducir el déficit a 4.500 millones en 1920-21, no logra restablecer, en el país, ni el orden, ni la concordia. De temperamento paciente y conciliador, se dedica no obstante a acercar a sus amigos de antaño, neutralistas, a sus adversarios intervencionistas, a apaciguar a la clase obrera, tal como hizo en 1904, dejando «pudrir» los conflictos sociales, e incluso a domesticar al fascismo, al que considera necesario como contrapeso a la revolución en alza.

Una nueva ola de ocupación de las fábricas y de las tierras, más fuerte que la de abril, amenaza en efecto al régimen durante el verano. La Confederación patronal de la Industria (Confindustria), que ha definido sus posiciones de resistencia en Milán, el 7 de marzo, se encuentra esta vez en lucha con los 2.150.000 afiliados de la Confederazione Generale Italiana del Lavoro,

reforzados por los 200.000 miembros del partido socialista y los 1.161.000 inscritos de los sindicatos obreros cristianos (Confederazione Italiana dei Lavoratori). El 25 de julio han sido ocupadas las fábricas Fiat en Turín y las Ansaldo en Milán. A raíz de la ruptura de las negociaciones entabladas el 13 de agosto entre delegados patronales y obreros de la metalurgia, el 30 de agosto les llega la vez a las fábricas Alfa Romeo de Milán, primeramente cerradas. El movimiento, que afecta a 600.000 obreros, no tarda en extenderse a todo el país y adquiere un carácter netamente subversivo: huelga de los ferrocarriles y de correos, ataques contra las comisarías de policía, los cuarteles, oficiales injuriados, sacerdotes maltratados... El congreso de la C. G. I. L., celebrado en la capital lombarda, los días 10 y 11 de septiembre, se pronuncia por 591.000 votos a favor del control sindical de las empresas, propuesto por su secretario general d'Aragona, contra 409.000 favorables a la toma revolucionaria del poder. Pero los comités de fábricas han puesto de manifiesto su incapacidad, y el informe de una misión enviada a Rusia para estudiar el funcionamiento de los Soviets resulta poco estimulante. Algunos dirigentes se dejan convencer; el 21 de septiembre, los metalúrgicos ceden. Esforzándose en disimular su debilidad, Giolitti suelta lastre, propone a los obreros —ya— cierta participación, un vago control técnico y financiero, que impone el 15 de septiembre en Turín a los representantes de la Confindustria, Olivetti y Conti, bajo la forma de un compromiso a cambio de la evacuación de las fábricas, aceptada por d'Aragona y hecha efectiva el 27 de septiembre, lo que permite la reanudación del trabajo, el 4 de octubre.

En las zonas rurales, a pesar de la creación de una Confederación agrícola el 18 de agosto, por iniciativa de la Federación socialista de los Trabajadores del Campo, Confederación que agrupa a agricultores y propietarios, las exacciones continúan, especialmente en el Mediodía y en el valle del Po. El diputado «popular» rojo Guido Miglioli rivaliza por otra parte con los marxistas en el programa: consejos de explotaciones agrícolas, empresas colectivas, gestión directa. Las elecciones municipales de los días 31 de octubre y 7 de noviembre de 1920 permiten a los socialistas dominar 2.022 consejos de ciudades, entre ellas Milán y Bolonia, y a los «popolari» conquistar 1.613. Pero señalan también cierto reflujo en la opinión, que concede al 56 % de sus votos a los antimarxistas. Y, contra los excesos de todas clases, se organiza la réplica. El ejército, los agricultores, las clases medias, los industriales, los artesanos y los ex combatientes reaccionan.

El ejército busca un hombre fuerte: lo encuentra en Mussolini

El papel histórico de Benito Mussolini será el de cristalizar aquella resistencia a la anarquía, a la bolchevización amenazadoras. En tanto que su émulo en la campaña intervencionista, Gabriele d'Annunzio, se lanza en Fiume a las aventuras irredentistas (12 de septiembre de 1919), desde el armisticio, Mussolini (herido gravemente en el Corso, el 23 de febrero de 1917), ayudado por Michele Bianchi y por los «Arditi» Ferrucchio Vecchi y Mario Carli (que han alborotado el 11 de enero de 1919 una reunión de Bissolati en favor de la Sociedad de Naciones), reagrupa a sus amigos ex combatientes y socialistas disidentes en un «Fascio de Combate», constituido en Milán el 23 de marzo de 1919, cuyas secciones no tardan en extenderse a Génova, Verona, Nápoles, Parma, Bolonia (el 10 de abril con Pietro Nenni y Dino Grandi) y en Florencia

(con Italo Balbo y Amerigo Dumini). Discípulo convencido de Georges Sorel y de Nietzche, cree en la virtud de la violencia y en su vocación de hombre fuerte. Compuestos en gran parte de «Arditi» —voluntarios para los golpes de mano en el curso de la guerra—, cuyo uniforme adoptan (fez con pompón y camisa negra), así como el grito de guerra de la escuadrilla de d'Annunzio («Eiá! Eiá! Alalá!»), sus partidarios, luchando a brazo partido contra los rojos se impondrán a las clases medias atemorizadas y a las más altas autoridades del Estado, impotentes para restablecer el orden.

En Milán donde, la antevíspera, la tropa ha tenido que disparar contra los manifestantes socialistas, destrozan las oficinas del periódico *Avanti*, el 15 de abril, hecho por el que reciben la felicitación del ministro de la Guerra, general Caviglia. En el congreso de Florencia, el 9 de octubre, cuentan con 17.000 afiliados. Se producen algunos desagradables incidentes: el 17 de noviembre, a raíz de la explosión de una bomba que ha producido nueve heridos en un desfile socialista, Mussolini y sus lugartenientes son detenidos y se efectúa un registro en *Il Popolo d'Italia*. Pero no tardan en ser puestos en libertad, como lo será de nuevo Mussolini, detenido cuando se dirigía a Fiume, respondiendo a una llamada telefónica del general Badoglio. El primer grupo de choque, la primera «squadra» fascista, ¿no ha sido revistada acaso por el general Capello, miembro del Consejo y del Gran Oriente italiano? (A la vez por los garibaldinos, intervencionistas, y por el Estado Mayor, el fascismo naciente mantiene en efecto contacto con la Francmasonería, aunque Mussolini hiciera prohibir en el Congreso socialista de Ancona, en abril de 1914, la afiliación de los miembros de aquel partido a la secta). Por otra parte, el ejército estimula, si no directamente por el ministro de la Guerra, Bonomi, sí al menos, a raíz de una gira de un coronel del Ministerio, por medio de una circular del jefe de Estado Mayor a los oficiales desmovilizados (unos 50.000), el reclutamiento de la milicia (en el curso del año 1920, el número de los fascios pasará de 108 en julio a 190 en octubre, a 800 en diciembre y a 1.600 en mayo de 1921), su encuadramiento y el suministro de armas ligeras a los «squadristi».

Reacción campesina y lucha de las «squadre» contra los rojos

En las zonas rurales, donde la Federación socialista de los Trabajadores del Campo ha logrado imponer unos contratos colectivos, el 25 de octubre de 1920, en espera de proceder a confiscaciones y a creaciones de «Kolkhozes», se entabla la batalla. Decididos a no dejarse despojar, los agricultores del valle del Po, de Emilia y de Toscana, reforzados de 1911 a 1921 con una multitud de nuevos propietarios (el porcentaje ha pasado del 21 al 36 % durante aquel período, mientras el de «braccianti» retrocedía del 48 al 38 %), apoyan ardientemente la acción de los fascistas contra las sedes de las Ligas de Campesinos, de los Círculos, de las Cooperativas y de las Casas del Pueblo, las Bolsas de Trabajo y las municipalidades rojas, después de las elecciones locales de los días 31 de octubre-7 de noviembre de 1920. En Bolonia, el 21 de noviembre, unos violentos incidentes acompañan la instalación de los socialistas en el Consejo; un consejero adversario resulta muerto, otro herido; el balance del ataque al Ayuntamiento por las «squadre» se salda con 9 muertos y casi un centenar de heridos. En el asalto a la Alcaldía de Ferrara, el 21 de diciembre, Italo Balbo pierde a tres de sus hombres. Farinacci ataca el Ayuntamiento de Cremona; el marqués Compagni el de Florencia; en dos

meses, son asaltadas 29 alcaldías; 250 muertos, entre ellos 40 fascistas, quedan sobre el terreno.

En 1921, después del congreso socialista de Livorno, en el que los extremistas Gramschi, Terracini, Togliatti y Bombacci, apoyados por 58.753 votos, han reclamado inútilmente la expulsión de los reformistas (reducidos a 14.695), pero obtenido del maximalista Serrati y de su imponente mayoría (98.023 votos) la adhesión del partido a la III Internacional (15 de enero de 1921), las algaradas se multiplican. En marzo, los fascistas replican a un atentado con bombas que ha matado a veinte personas en el teatro de Milán, incendiando el *Avanti*. En Citadelle, cerca de Padua, como réplica a la agresión de que ha sido víctima su secretario local, el 7 de mayo asaltan la Bolsa del Trabajo (3 muertos); en Castelvetrano, en Sicilia, el 9 de mayo chocan de modo sangriento dos manifestaciones, produciéndose 5 muertos y 14 heridos; el 19, otro choque en Civita-Vecchia. En total, entre octubre de 1920 y octubre de 1922, aquella guerra civil en miniatura causará la muerte de unas 2.000 personas, entre ellas 330 camisas negras y 600 rojas, y el resto policías o simples ciudadanos. Pero, en la provincia de Ferrara, a principios de año, Italo Balbo ha logrado oponer a la propaganda socialista una experiencia de colonización de terrenos cedidos por la Asociación agraria, para ser repartidos entre los campesinos. Aquí y allá empiezan a nacer sindicatos fascistas (el primero, agrícola, ha visto la luz en San Bartolomeo en Bosco (Ferrara), el 25 de febrero de 1921), en tanto que las cooperativas socialistas de Reggio y de Emilia, y las que dirige Mateotti, son sistemáticamente atacadas, de marzo a mayo. Hasta el punto de que, en los seis primeros meses del año, los fascios imponen su ley en las zonas rurales del Norte, en Lombardía y en Venecia (Trentino y el Tirol se les escapan todavía) y, muy pronto, en las del Centro, Toscana, Umbria, etc.

Poco a poco, Mussolini, que al principio se ha dejado arrastrar por su temperamento revolucionario hacia cierta demagogia, retenido por su pragmatismo, su realismo, su sentido del oportunismo, adquiere conciencia del papel auxiliar del orden, pero también de reformador social, que en adelante está llamado a desempeñar. Desde que le ha conocido como director del *Avanti*, en diciembre de 1912, su amante Margharita Sarfati, que tenía a su cargo la crónica de arte del periódico —una rubia veneciana de familia judía originaria de Alejandría, Egipto—, ha ejercido sobre él una gran influencia. No solamente le ha «modelado», según la expresión de Mr. Georges-Roux, sino que le ha introducido también en los medios políticos y financieros más útiles para su carrera. Por mediación de Cesare Rossi y de Michele Bianchi, reanuda ahora las relaciones con la industria pesada y los bancos, que antaño sostuvieron la campaña intervencionista. Renunciando a la exageración demagógica, declara, el 14 de enero de 1921, que considera al capitalismo y a la jerarquía como «unos valores irreemplazables».

Se organizan fascios y corporaciones, contra la inestabilidad

Disuelta la Cámara por Giolitti el 7 de abril, los fascistas se presentan como miembros del bloque nacional en las elecciones que tienen lugar el 15 de mayo, y 35 de los suyos (entre ellos Grandi y Farinacci) ingresan en la Asamblea que cuenta, sobre 535 diputados, con 275 «nacionales», enfrente de

100 a 107 cristianos populares, 122 socialistas y 16 comunistas (juntos, estos dos últimos partidos han reunido 1.861.505 votos). Aunque el escrutinio ha estado acompañado de violencias, con agresiones a los socialistas Modigliani y Matteoti, y aunque el 3 de junio el comunista Misiano, desertor, ha sido expulsado del Parlamento entre abucheos, cuando Mussolini, el 21 de junio, pronuncia su primer discurso, su moderación sorprende. A los liberales, les da garantías: «El Estado debe quedar reducido a su expresión política». A los católicos, él, antaño furibundo anticlerical, les prodiga elogios y testimonios de respeto: «La tradición latina e imperial de Roma está representada hoy por el catolicismo». En cuanto a sus adversarios marxistas, les propone una tregua: «La violencia no es un sistema... ¡Renunciad a las armas!». La respuesta no puede ser más descorazonadora: en la noche del 20 al 21 de julio, en Sarzana (Florencia), los camisas negras que han ido a liberar a una «squadra» encarcelada, chocan con los carabineros, que disparan, y la población hostil se ensaña con ellos: 18 muertos y 30 heridos. Sin embargo, el 3 de agosto, se concluye un pacto de pacificación entre fascistas y socialistas. En Bolonia, el 6 de agosto, Dino Grandi protesta vivamente en el Comité Central contra aquella política de debilidad; al día siguiente, Mussolini ofrece su dimisión, que no es aceptada. Pero la tregua no tiene continuidad: el diputado socialista di Vagno es asesinado el 25 de septiembre.

Sin embargo, en el congreso celebrado en Roma, el 7 de noviembre, los fascios se organizan en movimiento político. El 9, el «Partido Nacional Fascista» ve la luz. Contará con unos 140.000 afiliados a finales de año, y con unos 350.000 a principios de 1922. Las «squadre» constituyen una milicia de alrededor de 150.000 militantes encuadrados, sometidos a su autoridad. Luego extiende su acción sindical. El momento es propicio, ya que el número de parados aumenta peligrosamente: de 102.000 a finales de 1920 a 512.000 en diciembre de 1921 y a 607.000 en enero de 1922. El 26 de enero de 1922 se funda en Bolonia una «Confederación nacional de las Corporaciones», que agrupará a 458.000 afiliados (de ellos, 227.000 campesinos) en junio, y cerca de 700.000 a finales de julio; su secretario es Eduardo Rossoni. Aunque Mussolini ha proclamado en Roma que «en el terreno económico, somos unos liberales», desde el punto de vista social se preocupa de oponer al marxismo una doctrina fundada en la colaboración de las clases. Doctrina que se encarga de elaborar la revista *Gerarchia*, cuyo primer número aparece precisamente en Milán, el 25 de enero. En ella puede leerse, entre otras cosas: «Es posible que en el siglo XIX el capitalismo tuviera necesidad de la democracia; hoy, puede prescindir de ella», y también (el 25 de febrero): «Si el siglo XIX fue el siglo de las revoluciones, el XX aparece como el de las restauraciones». El redactor-jefe de la revista no es otro que... Margharita Sarfati. ¿Es ella también la inspiradora de las gestiones que Mussolini, como un candidato dispuesto a asumir las responsabilidades del poder, realiza ahora en el extranjero? Es más que probable. A principios de enero de 1922, ha efectuado un viaje a Cannes, con su secretario Fasciolo; allí se ha entrevistado con Briand, que estaba allí para tomar parte en la conferencia. En marzo se dirige a Berlín, se hospeda en el hotel Hessler y se entrevista largamente con el ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau. ¿Cuál ha sido el tema de la conversación? Se sabe que el magnate judío de la electricidad, de ideas sociales avanzadas, estima su sistema perfectamente aplicable en un régimen monárquico, ya que no lleva el parlamentarismo en el corazón. Los dos hombres, ¿se han puesto simplemente de acuerdo sobre una fórmula de economía dirigida, apli-

cable a la Europa occidental, que se niega visiblemente a dejarse sovietizar? ¿O es que, ante aquella obstinada negativa, las fuerzas ocultas que rigen el mundo han previsto ya el dejar que cristalice la resistencia, el estimular incluso la constitución de regímenes nacionales-socialistas (más adelante veremos, en efecto, cómo los Warburg no vacilaron tampoco en financiar a Hitler en sus comienzos), regímenes que a renglón seguido podrán derrocar recurriendo a la «última ratio» de las potencias de este mundo, la guerra, tan querida por Hegel, engendradora de revoluciones?

De momento, la crisis económica se agrava en Italia; la quiebra de la industria pesada, de la Ansaldo y de la Ilva, ha obligado a la «Banca di Sconto», el más popular de los establecimientos de depósitos (4.000 millones de liras), a cerrar sus taquillas. La «Banca Comerciale Italiana», bienquista de la Corte, ha acudido en su ayuda y se ha hecho cargo de las participaciones de su colega, pero el descontento y la inquietud reinan entre los imponentes. Y la persistente crisis política desemboca en un callejón sin salida. Por haber tratado de transformar las acciones al portador en títulos nominales y también porque se ha negado a solidarizarse con el conde Sforza, acusado de «blandura» en lo que atañe a la Entente, Giolitti ha tenido que dimitir el 23 de junio de 1921. Bonomi, ministro de la Guerra, que le ha sucedido el 4 de julio, ha querido retirarse a su vez el 2 de febrero de 1922. Pero dom Sturzo, con ciega obstinación, se ha opuesto a que vuelva a llamarse a Giolitti, a pesar de la opinión de Domenico Russo y del jefe del grupo parlamentario popular, Meda, partidarios de la participación en una formación nacional incluyendo a los fascistas. Siguiendo en funciones contra su voluntad, Bonomi fue derribado unos días más tarde, el 17 de febrero, por 295 vostos contra 107. Llamado, a falta de Giolitti, del cual es el discípulo de más edad (sesenta y un años) y la sombra bastante pálida, Luigi Facta, puesto en minoría el 19 de julio por 288 votos contra 103, se ve obligado también a permanecer en el cargo reajustando su gabinete el 31 de julio. Los manejos parlamentarios, girando decididamente en el vacío, acaban de desacreditarse a los ojos de la opinión pública.

El ejército, la corona, las fuerzas vivas e incluso la Francmasonería llevan a Mussolini al poder

Entretanto, el fascismo extiende su influencia sobre el país y prepara la conquista del poder. El 26 de marzo, 20.000 camisas negras han sido reunidos en Milán. Numerosas algaradas han señalado el 1 de mayo. El 12 de mayo, Balbo ha ocupado Ferrara con 65.000 hombres; el 17 de mayo, Rovigo; el 3 de julio, Farinacci ha efectuado una incursión sobre Cremona, donde el domicilio del católico «rojo» Maglioli ha sido saqueado; en el mismo mes de julio, Balbo, al frente de una «columna de fuego», ha llevado el terror a la provincia de Ravena. En Montecitorio, el 19 de julio, Mussolini amenaza en la tribuna: «Responderemos a la reacción (la disolución de las «squadre» prevista por el gobierno), con la insurrección». Advertidos a tiempo de la inminencia de una huelga general, los fascistas la hacen abortar los días 1 y 2 de agosto, no sin experimentar fracasos en Forli y en Bari, dificultades en Cremona, Pavia, Bergamo y Ravena, y pérdidas importantes en Parma (39 muertos y 150 heridos), donde Balbo ha tropezado durante cinco días con la viva resistencia de los «Arditi del Popolo», que Guido Picelli trata de enfrentar a las «squadre» de camisas negras. En tanto que por doquier Bolsas

del Trabajo, círculos y ayuntamientos socialistas son objeto de agresiones, en Milán, el 3 de agosto, los fascistas atacan la alcaldía para desalojar de ella a Filipetti, incendian por tercera vez el *Avanti* y presionan al gobierno para que disuelva la municipalidad el 28 de agosto. Esta vez, d'Annunzio ha tomado parte en el asalto. Decepcionado por sus fracasos exteriores (que un golpe de mano fascista de Giunta ha borrado prácticamente al volver a ocupar el Ayuntamiento de Fiume, el 3 de marzo), ¿despojará acaso el poeta-agitador nacionalista, «in extremis», del primer papel a Mussolini? No, la partida está ya demasiado comprometida.

La intriga demasiado avanzada, los peones en su sitio, tomadas las medidas de seguridad. El jefe de los Fascios que, en un artículo, ha reclamado el poder, el 18 de agosto, se ha asegurado, cerca del Quirinal y del ejército, el apoyo total de la reina viuda Margherita y del duque de Aosta. «La corona no está en juego —ha publicado *Il Popolo d'Italia* del 22 de agosto—, a condición de que la propia corona no quiera meterse en él.» «Es preciso que tengamos el valor de ser monárquicos», añade Mussolini en Udina, el 20 de septiembre. Obtenido el asentimiento de principio del rey, de Vecchi, encargado de aquellas gestiones, no encuentra ninguna dificultad para conseguir una promesa de neutralidad del general Badoglio, el 29 de septiembre (recordemos que el general Gandolfi vela desde enero por el encuadramiento de los camisas negras e incluso, el 17 de septiembre, por la organización de regimientos de milicias). Ligadas a los generales y a los hombres de negocios, las dos obediencias masónicas, tranquilizadas por la presencia de varios de sus afiliados en el seno del grupo parlamentario y del partido fascista, contribuyen incluso a la financiación del movimiento (20 millones de liras en total) con un crédito de varios millones (Angelo Magliano), como hacen los dirigentes de la Confindustria (Olivetti, Bruni), de la Confagricola, el senador Albertini, del *Corriere della Sera*, y Conti, representante de la Electricidad. Por una vez, no obran de modo distinto al Vaticano, el cual mejor dispuesto que los extremistas del partido popular, prescribe a los obispos, el 19 de octubre, que observen una actitud de expectativa.

Fallecido Benedicto XV, en 22 de enero de 1922, Mussolini ha tenido la elegancia de proponer a la Cámara que se le rinda homenaje. El elegido por el Cónclave, el 6 de febrero, Monseñor Ratti, no le es hostil: arzobispo de Milán, ¿no ha bendecido acaso los estandartes de las «squadre» en la plaza del Duomo? Su opinión, expresada al barón Beyens, embajador de Bélgica, será que «Mussolini ha tenido una comprensión justa de lo que le hacía falta a Italia para librarla de la anarquía, a la que le había reducido un parlamentarismo impotente. Ojala consiga regenerar a su patria». El Secretario de Estado, Monseñor Gasperri, que se ha entrevistado con Mussolini en casa del conde Santucci, uno de los directores del Banco de Roma, jefe de la tendencia moderada del partido popular, quedó impresionado por la decisión de su interlocutor y emitió sobre él un juicio muy pertinente: «Lo que sabemos de él —le dirá también al barón Beyens— es que se trata de un notable organizador y de un gran carácter». En cuanto a los políticos, comparten sin duda el sentimiento del Gran Maestre de Francmasonería, al saludar la ascensión del fascismo al poder, el 28 de octubre: «Una fuerza nueva acaba de llegar y parece tener que participar en la vida del país», y alimentan la esperanza de canalizarla, rivalizando entre ellos por abrirle camino y acogerla en el gobierno. Negociando con Michele Bianchi, el 19,

Giolitti propone dos ministerios. De las cinco carteras reivindicadas por Mussolini en el congreso de Nápoles, el 24, Facta, dispuesto a conceder tres, recibe una negativa el 27 y presenta su dimisión al rey, que la acepta. Salandra, que es encargado de llevar al primer ministro el ultimátum fascista: dimisión o marcha sobre Roma, ofrece cuatro y, ante una nueva negativa, se retira el 25 y aconseja al soberano que llame a Mussolini. Víctor Manuel, que a raíz de una entrevista con el almirante Thaon di Revel ha prohibido a Facta, el 28, que proclame el estado de sitio (ya que un gobierno dimisionario no está calificado para hacerlo), se resigna, aconsejado por el general Badoglio, a encargar a de Vecchi, el 29, que convoque al Quirinal al jefe de los Fascios.

Tras haber constituido en Milán, el 16 de octubre, para dirigir las operaciones, un comité de «quadruumviri», compuesto de Italo Balbo, Michele Bianchi, el general de Bono y Cesare de Vecchi, que establecen su cuartel general en Perusa, Mussolini, ante el congreso de Nápoles, reclama todo el poder para su movimiento: «Queremos convertirnos en el Estado». Pero respetando al régimen. «El fascismo —ha añadido— tiene que ser esencialmente monárquico». Y sin chocar con el ejército. «En ningún caso —ha dado como consigna— los camisas negras entrarán en conflicto con los soldados.» A continuación ha pasado revista a 35.000 legionarios y, el 26, ha concentrado 10.000 milicianos al norte de Roma y 40.000, subiendo de Nápoles, al sur. Veinte mil soldados, a las órdenes del mariscal Díaz, cierran a estos últimos el camino de la capital; bastarían unas cuantas salvas... Pero, ¿acaso no está de acuerdo el ejército? De hecho, la concentración de las fuerzas fascistas y el desencadenamiento el 28 de la marcha sobre Roma constituyeron una amenaza suficiente para hacer ceder a un Estado consentidor. Cuando las primeras columnas penetran el 30 en la capital y los camisas negras desfilan, al día siguiente, en número aproximado de 60.000, no sin provocar algunos encuentros sangrientos en los suburbios, Mussolini, investido por el rey desde el 29 tiene ya en el bolsillo la lista, no de un ministerio como los otros, sino de lo que él entiende que ha de ser un gobierno que gobierne.

Restablecido el orden, la unión parlamentaria se revela imposible

En la composición de aquel gabinete, Mussolini da muestras de una notable moderación, reservando únicamente tres carteras a sus lugartenientes (entre ellos un francmasón, Oviglio, en la Justicia), pero ha retenido para sí mismo, además de la Presidencia, el Interior y los Asuntos Exteriores, y se siente sólidamente respaldado por el mariscal Díaz en la Guerra, el almirante Thaon di Revel en la Marina, el nacionalista Federzoni y el profesor Gentile (en la Instrucción Pública); cuatro liberales y dos cristianos populares completan aquella formación de unión, cuya cohesión en manos del jefe aseguran 16 subsecretarios fascistas de un total de 23 (1 de noviembre de 1922). El mismo día, las felicitaciones del *Osservatore Romano* se mezclan con las del Gran Oriente de la Francmasonería. La flexibilidad y la energía de Mussolini, contrastando con la obstinación demagógica de ciertos «popolari» y la ciega voluntad negativa de los marxistas, permiten que el país respire, en espera de la paz social. La Cámara aprueba la confianza, el 16 de noviembre, por 306 votos contra 116, y el 25, por 275 contra 90, y el Senado, el 29 de noviembre, por una mayoría abrumadora de 196 votos con-

tra 19. Catorce financieros que acuden a la Consulta el 6 de noviembre se marchan satisfechos: se realizarán importantes economías, los títulos no serán obligatoriamente nominales (10 de noviembre), la encuesta sobre los beneficios de guerra será discreta; no habrán confiscaciones agrarias. El orden público está prácticamente restablecido. Esporádicamente, se producen aún algunos incidentes, en Turín, por ejemplo, el 17 de diciembre, cuando la muerte de dos fascistas provoca represalias que causan 22 víctimas. Pero la milicia, colocada bajo el control del Estado el 28 de diciembre, se dispone a relevar a la guardia real, disuelta en 1923, y en tanto que en Milán, fortaleza roja, los fascistas se imponen en las elecciones municipales del 10 de diciembre por 83.000 votos contra 64.000 de los marxistas, los revolucionarios, estrechamente vigilados, eliminados de los ferrocarriles por el despido de 50.000 ferroviarios, expuestos, si se mueven, a pasarlo mal, permanecen quietos. Reforzados por su fusión con los camisas azules de Federzoni el 28 de febrero de 1923, los camisas negras contarán, el 15 de abril, con 500.000 hombres. El gobierno tiende una mano a los cristianos populares, que los moderados aceptarían de buena gana de no mediar la oposición persistente de dom Sturzo en el congreso de Turín, el 13 de abril, que provoca la retirada de los representantes del partido, los días 16-23 de abril; pero el *Osservatore Romano* desaprueba aquella actitud, y el monje rojo tendrá que abandonar el secretariado general del movimiento, amenazado de escisión, el 10 de julio. Los católicos, en efecto, tienen motivos para sentirse satisfechos: el 27 de abril, el gabinete ha restablecido la enseñanza confesional y, el 30, habiéndose preocupado las logias por el mantenimiento de las libertades constitucionales, Mussolini ha roto con la Francmasonería, a la que nunca ha llevado en su corazón, y prohibe a los miembros del partido fascista (como antaño hizo con los socialistas) que se afilien a ella.

Respetada hasta entonces la legalidad, queda por reforzar la posición parlamentaria del gobierno. La reforma electoral, presentada por Acerbo y aprobada por 303 votos contra 40, el 15 de julio de 1923, se encarga de ello. Mantiene el escrutinio de lista, pero otorgando las dos terceras partes de los escaños a la lista nacional que obtenga el 25 % de los votos, lo que concede una gran ventaja al grupo mayoritario. Disuelta la Cámara el 25 de enero de 1924, en el escrutinio del 6 de abril, 4.306.000 electores, contra 3 millones, envían a Montecitorio 372 candidatos del bloque nacional, entre ellos 275 fascistas, contra 144 de la oposición (39 «popolari», 17 liberales, 11 demócratas, 12 antifascistas y 65 marxistas, entre ellos 19 comunistas). Aquella asamblea aprueba la confianza al gabinete de Unión, por 361 votos, el 7 de junio de 1924. Pero, en el curso del debate, el 30 de mayo, Giacomo Matteoti, secretario general del grupo parlamentario socialista (un millonario de Rovigo, demagogo, conocido por su derrotismo en 1916), despotrica contra las violencias y los excesos cometidos por el fascismo, y Mussolini, en privado, se asombra de que semejantes intervenciones sean todavía posibles. ¿Han interpretado mal sus deseos algunos de sus más feroces partidarios? Lo cierto es que, el 10 de junio, raptado en el automóvil de Pilipelli, por unos hombres de Amerigo Dumini y de Volpi, el diputado rojo, que se resistía, fue asesinado por sus raptores. El escándalo fue mayúsculo, la culpa enorme. Mussolini está aterrado; su autoridad, apenas asentada, ¿saldrá bien librada de aquel crimen? ¿Le abandonará el rey? ¿Prestará oídos a las críticas presentadas por Cesare Rossi? No, se niega incluso a leer su memoria. Aconsejado por el soberano, Mussolini cede la cartera del Interior al nacionalista Federzoni

el 16 de junio, y el 24 se explica ante el Senado, que le mantiene su confianza por 235 votos contra 21. A continuación consiente en que la milicia preste juramento al soberano (1 de agosto). A través del *Osservatore Romano*, los días 25-26 de junio, la Iglesia se pronuncia por el apaciguamiento. Ya que las violencias no son unilaterales: el 12 de septiembre, la víctima es un diputado fascista, Casalini. Sin embargo, el caso Matteoti tiene serias consecuencias para la oposición, en primer lugar, socialistas y cristianos populares, que el 12 de junio abandonan la asamblea, para atrincherarse en el *Aventin*, en tanto que la prensa radical, *Corriere della Sera* y *Stampa*, une su voz a la del *Avanti* y del *Unita* comunista (fundado el 12 de febrero de 1924). Ante aquella campaña, Mussolini, que se ha recuperado del golpe, replica el 31 de diciembre de 1924 y el 5 de enero de 1925 con suspensiones y secuestros de periódicos, registros, prohibición de toda reunión y, dado que la propia oposición ha bloqueado el funcionamiento del parlamentarismo, y que tres ministros liberales han dimitido, anuncia el 3 de enero de 1925 la instauración de un orden nuevo, que se encamina hacia la dictadura.

El fascismo elabora su doctrina: Estado totalitario corporativista

La puesta en pie de aquellas instituciones será lenta, ya que Mussolini no ha elaborado ninguna doctrina y no dispone de un equipo de colaboradores previamente formados en las diversas responsabilidades del poder. Tres hombres, de tendencia nacionalista, discípulos de los cristiano-sociales vieneses, de La Tour du Pin y de Charles Maurras, desempeñarán un papel primordial en la concepción de aquel edificio. El filósofo Giovanni Gentile, que reúne el 29 de marzo de 1925 un congreso de los intelectuales fascistas, al cual Benedetto Croce responde con un manifiesto hostil, el 1 de mayo. Alfredo Rocco, profesor de Economía política en Padua, sucesivamente subsecretario del Tesoro y Guardián de los Sellos, autor de la mayor parte de los textos legislativos del régimen y, para empezar, de los 2.000, aproximadamente, decretos-ley, transformados en leyes el 14 de enero de 1925. Y Giuseppe Bottai, director de la revista *Crítica Fascista* (1922-1943), en la cual las diversas tendencias del movimiento se expresan de manera muy viva, ministro de las Corporaciones el 2 de julio de 1926, que presidirá el desarrollo de la nueva organización sindical.

Exaltación del Estado y de su jefe, identificación del Partido y de la Nación, colaboración de las clases en el seno de las Corporaciones, tales son los tres principios básicos del sistema. Nombrado el 24 de diciembre de 1925, no ya presidente del Consejo, sino Jefe del Gobierno, dotado a finales de 1926 de amplios poderes en materia legislativa, asumiendo las carteras de Asuntos Exteriores, Guerra y Marina, Mussolini, el Jefe, el Guía, el «Duce», encarna en su persona al Estado. Es el amo de la administración, hasta lo más bajo de la escala municipal, en la que los alcaldes elegidos serán sustituidos por unos «podestas» nombrados a dedo (4 de febrero y 6 de septiembre de 1926). La ley del 31 de diciembre de 1925 le confiere el control de los medios de expresión y de propaganda: prensa, radio, cine. Bajo la dirección de Bocchieri, la policía política, la O. V. R. A., le protege contra los atentados (el del diputado socialista Zaniboni, el 4 de noviembre de 1925, ha sido descubierto a tiempo, pero el 7 de abril de 1926, Mrs. Gibson, una anciana loca irlandesa de sesenta y dos años, le ha disparado cinco tiros de revólver, a

raíz de un Congreso de Cirugía; el anarquista Lucetti, llegado de Francia, ha lanzado una bomba debajo de su automóvil, el 11 de septiembre de 1926, y, el 31 de octubre, Zamboni, presunto autor de un atentado cometido en Bolonia, ha sido detenido) y asegura la defensa del régimen contra los manejos de la oposición. Los diputados del *Aventín*, en número de 124, son declarados «dimisionarios», y sus partidos disueltos a finales de 1926 por unas leyes especiales: los dirigentes antifascistas, en su mayoría, huyen al extranjero (dom Sturzo, el conde Sforza, Netti y los marxistas Gibetti, Salvemini, Treves, Donati y Gramschi, en 1925, Modigliani, Turati —encarcelado una temporada—, Nenni y Togliatti en 1926); otros, de menor envergadura, en número aproximado de 500, han sido deportados el 30 de noviembre de 1926 a las islas Lípari y Ponza por el Tribunal Especial, que pronuncia en total 4.671 condenas (4.030 de ellas contra comunistas; de un total de 22.173 detenidos, en 1932 sólo quedaban en la cárcel 337). Los enemigos irreconciliables del régimen, los del grupo «Giustizia a Liberta» (24 de cuyos afiliados serán detenidos el 20 de octubre de 1930), quedan reducidos a fomentar atentados (tales como el perpetrado contra el rey, el 28 de abril de 1928, en Milán, que provocará 20 muertos y 40 heridos; o las tentativas abortadas contra Mussolini, del anarquista Schirrer, llegado de Nueva York, muerto el 29 de mayo de 1931, de Sbardoletto y de Bovone, fusilados el 17 de junio de 1932). Los oponentes, en efecto, no tienen ya apenas audiencia en la opinión, generalmente unida al régimen. El plebiscito del 24 de marzo de 1929 aporta al fascismo 8.506.576 «síes» contra 138.198 «noes», y el de 1934, 10 millones de «síes» contra 15.201 «noes». Lo que equivale a decir que en aquella época había desaparecido toda oposición eficaz. El Senado, dócil, reforzado con 282 nuevos dignatarios designados entre 1926 y 1934, y la asamblea, reorganizada el 2 de septiembre de de 1928, bajo la forma de una Cámara de los Fascios y de las Corporaciones, cuyos 400 miembros son elegidos por el Gran Consejo, sobre una lista de 800 nombres propuestos por los sindicatos patronales y obreros, son mucho más unas asambleas consultivas que legislativas.

La autoridad indiscutible del Jefe del Estado se ejerce sobre el país por mediación del Partido, que penetra todas sus actividades. En la cumbre de la pirámide se encuentra el Gran Consejo Fascista, creado el 15 de diciembre de 1925, reconocido el 9 de diciembre de 1928 como el órgano supremo del gobierno. Desde 1927, sus poderes se extienden hasta el derecho a intervenir en la sucesión a la Corona (ya que el príncipe heredero Humberto, con tufos de liberal, no inspira una confianza absoluta). El general de Bono manda la Milicia, enteramente oficializada. Con cerca de 3 millones de miembros en 1933, el partido encuadra a 2 millones (y en 1939 casi 6 millones) de jóvenes (niños de siete a catorce años agrupados en la «Opera Nazionale Balilla», cadetes incorporados más allá de aquella edad en los «Avanguardisti», grupos universitarios fascistas). Mezcladas todas las clases, como en el frente, impulsadas a vivir colectivamente, se espera formar así, de acuerdo con el deseo de Alfredo Rocco, «una gran nación militar y guerrera». No por ello son descuidados los ocios: la «Opera Nazionale Dopolavoro», convertida en autónoma el 1 de mayo de 1925, ofrece a sus 1.800.000 afiliados (2,5 millones en 1939) una gama completa de obras de instrucción, de enseñanza profesional, de granjas experimentales, de bibliotecas, de educación artística, de deportes, de viajes, de asistencia, de protección de la Maternidad (15 de abril de 1926).

Pero la gran originalidad del régimen reside en su organización corporativa. El 19 de diciembre de 1923 habían sido concluidos unos convenios entre la Comindustria y los sindicatos fascistas. Estos fueron reconocidos en octubre de 1925 como únicos representativos, y los comités de fábricas suprimidos (la C. G. T. será liquidada a principios de 1927). Una comisión de 18 miembros, reunidos bajo la presidencia de Gentile, el 1 de enero de 1926, descarta la fórmula de sindicatos mixtos (según La Tour du Pin) propuesta por Eduardo Rossini, secretario general de la Conferedación, para adoptar la de asociaciones obreras y patronales distintas, obligatorias, cuyas cotizaciones servirían para alimentar las obras sociales (Dopolavoro, etc.), y de las cuales sólo quedarían excluidos los funcionarios. En espera de la Carta del Trabajo, promulgada en 1927, la ley del 3 de abril de 1926 determina la estructura y reglamenta el funcionamiento de aquella organización sindical, que agrupará a 3.800.000 miembros en 1932. Prohibiendo huelgas y lock-out, instituye una magistratura del trabajo, que desemboca en el feliz resultado de que en ocho años sólo se registran 153 huelgas de corta duración y que únicamente afectan a 7.750 obreros. Presidente de la Oficina Internacional del Trabajo, el socialista Albert Thomas tuvo que reconocer que aquella legislación social era la más avanzada de la época. Coronándolo todo, bajo la autoridad de un ministro, Giuseppe Bottai, un Consejo nacional incluyendo a 6 secciones patronales y 6 obreras (agricultura, comercio, industria, transportes terrestres, transportes marítimos y aéreos, bancos y seguros), y una treceava para las profesiones liberales, fue creado el 3 de julio de 1926, para regir las corporaciones. A partir de 1930, sus miembros fueron nombrados para cinco años por las organizaciones sindicales agrupadas, de 1926 a 1934, en asociaciones provinciales, federaciones y confederación. El 5 de febrero de 1934, el número de las corporaciones fue aumentado a 22 (7 para la agricultura, 7 para la industria y el comercio, 6 para los servicios); unas comisiones paritarias, incluyendo de 30 a 50 miembros, asumieron su dirección, bajo la presidencia de un representante del Estado; distintas en la base, las asociaciones profesionales se hacían así mixtas en la cumbre. El 7 de octubre de 1938, la asamblea parlamentaria cedía el puesto a una Cámara de los Fascios y de las Corporaciones (tal como había anunciado Mussolini el 14 de noviembre de 1933), y estas últimas se incorporaban al Estado, como el Partido había hecho ya con la Nación. Se había encontrado la síntesis superada la fase del capitalismo y del socialismo (en el congreso de Ferrara, en mayo de 1932, Ugo Spirito se atrevió a proponer la transferencia de la propiedad de las empresas a las corporaciones). El único defecto de aquella democracia organizada, cuya fórmula está llena de promesas, según el propio Giuseppe Bottai, es la excesiva presión del Estado «totalitario» que, demasiado celoso de su autoridad, designa con demasiada frecuencia a los responsables, en vez de dejar a la base, comunas o sindicatos, la tarea de escogerlos libremente.

Impresionantes realizaciones

Tal como es, con sus cualidades y sus debilidades, el fascismo puede reivindicar para su activo unas realizaciones espectaculares. Ha restaurado las finanzas, efectuado severas economías (el número de ferroviarios, por ejemplo, ha sido reducido de 241.000 a 135.000), rebajado la circulación fiduciaria (de 22.000 millones de liras en 1920 a 13.000, antes de que la guerra de

Etiopía la aumente de nuevo a 20.000, y la proximidad de la guerra mundial, en 1939, a 30.000), practicado incluso cierta deflación (los salarios han descendido —índice de 100 en 1913— de 120,8 en 1927 a 105,7 en 1939), estabilizado la lira, el 31 de diciembre de 1927, a 92,46 por una libra esterlina y 19 por un dólar, es decir, a un nivel casi igual al del franco Poincaré (cuando el valor real de la lira oscila entre 120 y 130) y constituido unas reservas de oro que alcanzarán 7.000 millones (pero que los gastos de las expediciones coloniales y las cargas del rearme reducirán en sus tres cuartas partes en 1936). Ha ganado la batalla del trigo, entablada en julio de 1925: la producción media de anteguerra (50 millones de quintales métricos de 1909 a 1913), disminuida en 4 ó 5 millones después de las hostilidades, alcanza así 81 millones en 1935 (desde luego, a costa del ganado, pero ello permitirá al país reducir el coste de las importaciones, de 2 a 3 mil millones a sólo 30 millones de liras en 1935 y de vivir de sus propios recursos, en caso de conflicto). El mismo progreso para el maíz, con 28,7 millones de quintales producidos en 1930, en vez de 6 en 1913. Paralelamente, los esfuerzos dedicados al mejoramiento de las tierras, a partir del 28 de diciembre de 1928 (repoblación forestal, saneamiento de zonas pantanosas, etc.), desembocaron (gracias al esfuerzo de consorcios alimentados por el Estado en la proporción del 75 al 90 %) a la puesta en cultivo de 4 millones de hectáreas (1,8 en el Mediodía, 1,3 en el Centro), cuando, desde 1870 hasta 1922, sólo se habían hecho utilizables 1.400.000 hectáreas. Ha desarrollado la producción industrial; la de la fundición se ha triplicado, la del acero casi duplicado, la del cinc, del aluminio, multiplicado por seis y por diez, etc. Ha equipado al país con 13.000 quilómetros de acueductos y dedicado 690 millones a terminar el de los «Poullies» (que había costado ya 240 millones desde 1906), con canales, presas, embalses, de modo que la energía producida pasará de 4.000 millones de kilovatios/hora en 1921 a 11.000 en 1933 (coste: 29.000 millones de liras). Ha completado la red ferroviaria con la construcción de líneas directas Roma-Nápoles, Bolonia-Florencia, Génova-Milán, etc. Gracias a la Oficina autónoma de la Carretera creada en 1928, ha reparado 21.000 quilómetros, construido 700 quilómetros de carreteras nacionales y 6.000 de secundarias, 400 puentes, autopistas notables, una vía imperial de acceso a Roma, etc. Ha realizado grandes tareas urbanísticas, de acondicionamiento de playas, estadios, ciudades universitarias, etc.

Aunque menos afectada que Inglaterra y Alemania por la crisis económica mundial, desencadenada por el «crack» de la Bolsa de Nueva York en 1929, Italia, beneficiaria de créditos norteamericanos, no ha dejado de experimentar su repercusión indirecta. La concentración industrial, el dominio del régimen autárquico se vieron favorecidos por ella. En 1931, el Estado tuvo que aportar su ayuda a los más importantes establecimientos de crédito, Banco Comercial, Crédito Italiano, Banco de Roma, Crédito Marítimo. En cambio, la Fiat, la Biella, la Montecatini, las empresas hidroeléctricas aumentaron su preponderancia y los establecimiento siderúrgicos fueron obligados en 1931 a adherirse al «cartel» de su especialidad. El año 1932 registró la quiebra de 1.216 empresas sobre las 2.939 de capital inferior a 1 millón de libras, pero no por ello se interrumpió el desarrollo.

A pesar de los acuerdos de Letrán, fricción con Pío XI

Aquella obra material inmensa, que modernizó la península, fue acompañada de un gran esfuerzo de renovación, de regeneración moral, iniciada con una reconciliación entre el Estado y la Iglesia. Aunque en su juventud fue un furibundo anticlerical, Mussolini comprendió rápidamente lo necesario de aquella actitud. Respondiendo al gesto de Pío XI, que desde el primer momento de su pontificado renunció a la postura de altanera hostilidad adoptada por León XIII en lo que respecta al gobierno italiano, otorgando su bendición «urbi et orbi» al pueblo de Roma, el 6 de febrero de 1922, en vísperas de acceder al poder, el jefe de los Fascios se comprometió, en ocasión de su entrevista con el cardenal Gasparri, a trabajar para el restablecimiento de las relaciones normales entre el Quirinal y el Vaticano. Y mantuvo su promesa (decidiendo, para facilitar las cosas, regularizar su situación familiar por un matrimonio religioso con su esposa Rachel, el 29 de diciembre de 1925). A finales de 1926, por mediación del Padre jesuita Tacchi-Ventura, se entablaron conversaciones entre el profesor Barone, consejero de Estado, y el abogado Francesco Pacelli, hermano del cardenal. A raíz de una entrevista entre Mussolini y los cardenales Gasparri y Pacelli, se inició la negociación oficial, firmándose tres acuerdos en Letrán, el 11 de febrero de 1929: un tratado político en 27 artículos, que consagra la extraterritorialidad de la Ciudad del Vaticano, un convenio concediendo a la Iglesia una indemnización de 750 millones en especies y mil millones en capital, en forma de renta al 5 %, y un Concordato en 45 artículos, según los términos del cual el catolicismo es reconocido como la única religión del país (las otras sólo son toleradas), el nombramiento de los arzobispos y obispos no está sometido más que a un acuerdo previo del Estado, el matrimonio canónico posee valor civil, las asociaciones religiosas gozan de personalidad jurídica (la Acción Católica limitando su actividad al terreno religioso, en tanto que desaparecen los sindicatos confesionales), y los miembros del clero quedan exentos del servicio militar, salvo a título de capellanes. En su libro *Un combate por Dios*, Daniel-Rops ha resumido perfectamente las ventajas concedidas a la Iglesia por el Estado fascista: «El crucifijo reaparecía en las escuelas y los pretorios; la enseñanza religiosa era declarada obligatoria; el ejército recuperaba a sus capellanes; numerosos bienes religiosos eran devueltos; las logias masónicas eran clausuradas; la Universidad del Sagrado Corazón, de Milán, era reconocida como oficial; la magnífica biblioteca del Palacio Chigi era ofrecida al Vaticano; y la ley sobre el divorcio, objeto de tantas discusiones desde hacía sesenta años, había sido definitivamente descartada. Títulos más que suficientes para que la Iglesia se sintiera agradecida al nuevo régimen» (página 508).

Sin embargo, aunque recibe las felicitaciones del rey, y aunque ve recompensada su buena voluntad con la adhesión de la aristocracia, de una gran parte del clero y de la magistratura, no tarda en recoger censuras de parte del Sumo Pontífice, adversario decidido de la tesis totalitaria («La colectividad lo es todo, el individuo no es nada»), y personalmente ofendido por una frase de Mussolini, digna de Charles Maurras, en su discurso para la ratificación del Concordato, sobre «la secta hebraica insignificante, limitada a Palestina, como los Esenios y los Terapeutas, que habría sido el catolicismo en sus orígenes, si no hubiese aparecido como el sucesor de los Césares». De

ascendencia posiblemente hebraica (su propio nombre lo hace creer), nacido en Brianza (Lombardía), de un padre director de las hilaturas Conti en Desio; Achille Ratti, hebraizante distinguido (antiguo profesor de hebreo en el seminario de Milán, cubriendo con una solicitud particular el Instituto pontificio bíblico, la Escuela bíblica de Jerusalén y la abadía benedictina de San Jerónimo, encargada de la revisión de la «Vulgata») y ampliamente hebraizado («Somos espiritualmente unos semitas», dirá en un discurso en 1938), se ha apresurado a hacer condenar el antisemitismo por un decreto del Santo Oficio en 1928. Permanece, pues, muy atento a cualquier amenaza por ese lado. Además, antes de ejercer las funciones de bibliotecario del Vaticano, ha sido colaborador de monseñor Radini-Tedeschi (versión italiana de «ashkenazi»), y aquel prelado, confidente de León XIII en 1897, ha abierto en el Vaticano una «capilla» sinagogal y progresista, que puede ser considerada como la primera antena del judaísmo en aquellos lugares, como el primer jalón plantado para la conquista de la Santa Sede (pacientemente perseguida por la Alta-Venta romana —carta de «Nubius» a «Volpe» del 3 de abril de 1844—), por Joseph Salvador («París-Roma-Jerusalén») y por James Darmesteter («Los profetas de Israel»).

Llegado al Pontificado, Achille Ratti, al contrario de Pío X, se adhiere al concepto teocrático del papel de la Iglesia, a aquella «Política extraída de la Santa Escritura», inspirada en el judaísmo y en el esoterismo, cuyos principales paladines habían sido otrora Hildebrando y Bonifacio VIII. La política le interesa por encima de todo. «Desde cierto punto de vista —dirá— nos preocupamos más de las instituciones sociales y gubernamentales puramente humanas que de la propia Iglesia católica» (Marc Bonnet, *El Papado Contemporáneo*, pág. 110). Con ese espíritu ha instituido la festividad de Cristo-Rey, y proclamado en la encíclica «Quas primas», en 1925, que «si bien los Estados son soberanos en su dominio... Cristo quiere que la Iglesia les recuerde los principios espirituales y morales a los cuales debe conformarse su obra». Aquella doctrina de doble filo, apta para entusiasmar de momento a los más ardientes de los ultramontanos, pero también para imponerles, en una segunda fase, unas directrices judeo-cristianas que les repugnan, Pío XI la llevará tan lejos que resultará difícilmente conciliable con las palabras de Cristo: «Dad al César...» y «Mi reino no es de este mundo», y con la negativa, carnalmente fatal, del Mesías a dejarse proclamar rey de los judíos. Con ese espíritu condenó a la «Action française». Con ese espíritu estimula a los demócrata-cristianos de toda laya, y, en el terreno social, supera ampliamente en su encíclica «Quadragesimo anno» de 1931, promulgada cuarenta años después de la «Rerum Novarum» (15 de mayo de 1891), los atinados principios formulados por León XIII, aceptando la adhesión de los católicos a unos organismos neutrales, el derecho a la propiedad privada recibido de la naturaleza, la posibilidad de acceder a la propiedad, condenando a la vez el liberalismo y el socialismo, «peor remedio que la enfermedad», designando a la familia, al municipio y a la profesión como las células sociales de base, y recomendando no sólo «el sindicato libre en la profesión organizada» y el salario familiar, sino también «la admisión de los trabajadores al control de las empresas y su acceso a la propiedad del capital».

Con ese espíritu, al tiempo que multiplica los concordatos con los francmasones de Checoslovaquia, de Yugoslavia y de Méjico, mostrándose circuns-

pecto con el comunismo, al que no se decidirá a condenar hasta 1937 en la bula «Divini Redemptoris» (visitador apostólico en Varsovia desde 1918, su actitud ante la aproximación del ejército rojo de Tukhachevsky no había dejado de intrigar al general Weigand en 1920), se dispone a reiniciar en Italia, apenas transcurridos dos años desde la firma de los acuerdos de Letrán, el 11 de febrero de 1929, la querella del Sacerdocio y del Imperio, promulgando sucesivamente, en el invierno de 1930-31 la encíclica «Divini illius magistri», protestando contra el monopolio de la educación de la juventud y, el 5 de julio de 1931, de su puño y letra, en italiano, la encíclica «Non abbiano bisogno» (difundida en Francia por *La Croix*), condenando la «estatolatría pagana» del fascismo. En efecto, se han producido incidentes, a veces deplorables (como el asesinato del abad Minzoni en Argenta), a veces menores e inevitables, entre organizaciones confesionales y fascistas (ataques del *Lavoro Fascista* contra los restos de los sindicatos cristianos, abolidos por la ley Rocco, durante el invierno de 1930-31, críticas dirigidas contra monseñor Pizzardo, consiliario general de la Acción Católica, y al que Pío XI elevará al cardenalato). A pesar de todo, el padre jesuita Tacchi-Ventura conseguirá la reapertura de los círculos católicos en agosto de 1931 y la conclusión de un compromiso, el 2 de septiembre, permitiendo el mantenimiento de las asociaciones juveniles y de la Acción Católica, en adelante dedicada estrictamente a obras espirituales; y el libre acceso de sus miembros a los sindicatos. Una visita de Mussolini al Papa, con ocasión del aniversario de los acuerdos de Letrán, el 11 de febrero de 1932, consagrará una reconciliación más aparente que real.

La expansión colonial sustituye a la emigración

Ya que Pío XI no aprueba la política, de reivindicaciones territoriales y coloniales, ni la teoría del espacio vital sobre la cual reposa (*Osservatore Romano* del 22 de agosto de 1935). En tanto que el régimen sufre como una humillación nacional la obligación en la que se han encontrado 8 millones de italianos de expatriarse para vivir, entre 1876 y 1914, y, alineándose entre las «potencias proletarias» opuestas a las «naciones plutocráticas», Francia, Inglaterra, Estados Unidos (*Il Popolo d'Italia* del 22 de febrero de 1920), se esfuerza en recuperar por todos los medios, en beneficio de su pueblo, aquellas energías perdidas, sobre todo ahora que las leyes de inmigración de 1924 cierran las puertas de América del Norte a 500.000 italianos por año. Desarrollando, poblando de colonos Libia, desde luego, aunque sus posibilidades son limitadas. Para Italia, frustrada en el reparto de Africa, deseosa de borrar su derrota de Adua (1 de marzo de 1896), Abisinia aparece como el único exutorio válido. Y las circunstancias parecen favorables. Londres y París coinciden con Roma en el deseo de poner coto a la expansión de la Alemania hitleriana hacia Austria, donde la bancarrota de la «Creditanstalt» en mayo de 1931 ha hecho más precaria aún la situación, y cuyos dirigentes, monseñor Seipel, el canciller Schober y el doctor Curtius, ministro de Finanzas, ven en la unión aduanera con el Reich su única tabla de salvación (11 de marzo de 1931). Aprovechando el hecho de que Francia ha suavizado su actitud, enviándole sucesivamente a Hubert de Lagardelle, al senador René Besnard (en misión de seis meses) y luego al presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, Henry Bérenger (otoño de 1932), que ha hecho nombrar el 18 de diciembre a Henry de Jouvenel como embajador (llegado

para seis meses el 23 de enero de 1933), Mussolini ha tratado de preparar una revisión pacífica de los tratados proponiendo a Macdonald, de visita en Roma el 4 de marzo de 1933, la conclusión de un Pacto de los Cuatro (previsto ya por él en Turín en octubre de 1932), es decir, la creación de un Directorio europeo susceptible de resolver los conflictos continentales. Acogido por una violenta campaña de prensa alimentada por Eduardo Benes, Nicolas Titulesco, la Pequeña Entente y los medios masónicos internacionales, suavizado por iniciativa de Alexis Léger, secretario general del Quai d'Orsay, deseoso de llevarlo al marco de la Sociedad de Naciones (memorándum francés del 10 de abril), combatido por Winston Churchill cerca de Ramsay Macdonald, aquel proyecto, vaciado ya de su sustancia, rubricado en Roma el 7 de junio y firmado el 15 de julio de 1933, nació caduco debido a la retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones, a raíz del fracaso de las negociaciones sobre el desarme, el 14 de octubre. A pesar de aquel fracaso, el Duce, decepcionado ya por su primer encuentro con Hitler en Venecia, los días 14 y 15 de junio de 1934, ha recibido como una ofensa personal la noticia del asesinato del canciller Dollfuss, cometido cuando la esposa y los hijos de la víctima eran precisamente sus huéspedes en Riccione. Por ello reaccionó violentamente, enviando cuatro divisiones al Brenero, en tanto que la Gran Bretaña y Francia se limitaban a unas protestas platónicas (25 de julio de 1934).

Arregla sus diferencias con Francia, en el curso de una visita a Roma, del 4 al 8 de enero de 1935, de Pierre Laval, sucesor de Louis Barthou (asesinado en Marsella, el 9 de octubre de 1934, en compañía del rey Alejandro II de Yugoslavia, por un ustachi) en los Asuntos Exteriores. A cambio de un compromiso de consulta para la protección de Austria y de contactos de Estado Mayor (entrevista Gamelin-Badoglio del 5 de junio), París consiente en prorrogar hasta 1965 la convención del 28 de marzo de 1896 sobre los súbditos italianos de Túnez, en espera de un nuevo estatuto, concede una participación del 20 % a Italia en el ferrocarril de Djibuti a Addis-Abeba, accede a renunciar a unas ventajas económicas eventuales en Etiopía y a permitir una extensión de Eritrea y de Libia hacia el Fezzan (7 de enero). Luego reúne en Stresa, del 11 al 14 de abril de 1935, con vistas a la conclusión de una entente sobre Austria, a los franceses P. Etienne Flandin (jefe del gobierno desde el 9 de octubre de 1934) y Pierre Laval, y a los ingleses Macdonald y sir John Simon. De los primeros sabe que, sin comprometerse formalmente a ello, le dejan prácticamente las manos libres en Abisinia, pero se equivoca al interpretar el silencio de los segundos como un consentimiento tácito. De la Gran Bretaña, deseosa de construir una presa sobre el lago Tsana, ha obtenido en diciembre de 1925 el derecho a construir una vía férrea Massaua-Mogadiscio en Somalia y a explotar económicamente Etiopía (con la cual ha firmado un tratado de amistad, el 2 de agosto de 1928), y al reiterarle en 1935 las garantías dadas a propósito del lago Tsana y de las fuentes del Nilo cree prevenir sus objeciones. Pero se equivoca: la sola idea de un acercamiento franco-italiano, susceptible de expulsarla de un Mediterráneo considerado por sus ribereños como «Mare Nostrum», pone los pelos de punta a Inglaterra, preocupada por la seguridad de la ruta de las Indias. Y, en aquel año de 1935, Italia rearma, aumenta su ejército a 600.000 hombres, su flota a 4 buques de línea de 35.000 toneladas, más 4 acorazados de 23.600, 12 cruceros de batalla, 61 torpederos y 106 submarinos, y dispone de una aviación numerosa y moderna. Lo suficiente para que Downing

Street, cerrando los ojos sobre el peligro de Austria, negocie con la Alemania hitleriana (que aprovecha la oportunidad para rearmar 36 divisiones), a espaldas de sus aliados, a raíz de gestiones efectuadas por sir John Simon y sir Anthony Eden en Berlín, los días 25-27 de marzo, una convención limitando los armamentos navales del Reich al 35 % de los suyos propios para los buques de superficie y al 45 % para los submarinos (18 de junio de 1935). Provisto de aquel documento, Anthony Eden (yerno del director del *Yorkshire Post*, que, olvidando que es el cuñado del desgarbado Litvinov, ha tratado a Mussolini, con ocasión de una primera entrevista, el 23 de enero de 1934, como un *dandy* a un campesino extraviado en su club) se dirige a Roma, con verbo altanero: «Inglaterra no permitirá...». A lo que Mussolini replica en el mismo tono: «Italia no aceptará...», y pasa a otra cuestión. Ya que la flota británica, reforzada en Gibraltar el 24 de abril y luego concentrada en Malta y delante de Alejandría el 20 de septiembre, aunque numerosa (144 buques, 800.000 toneladas, la mitad unidades anticuadas), no está en condiciones de presentar batalla.

Abisinia, conquistada en las barbas de Inglaterra

Justificada por una agresión cometida contra el consulado de Gondar (4 de noviembre de 1934) y por un tiroteo contra el puesto de Oual-Oual, ocupado desde hacía cinco años en la frontera de Somalia (80 italianos muertos y heridos), el 5 de diciembre de 1934, precedida de una diatriba de Mussolini, el 23 de marzo de 1935, seguida de una queja del Negus en la Sociedad de Naciones (20 de mayo), la campaña se inicia el 3 de octubre de 1935. Valientes, pero mal armados (sobre una población de 19 millones de habitantes), 100.000 soldados regulares y 300.000 reclutas abisinios, a los que hay que unir los contingentes tribales hasta alcanzar la cifra aproximada de un millón de guerreros, tratan de oponerse a la invasión de medio millón de italianos (7 divisiones regulares, 6 de camisas negras, 1 motorizada, 1 alpina y de tiradores «askaris»), provistos de 100 tanques y de una aviación activa (800 aparatos). Nombrado el 16 de enero de 1935 alto comisario en Africa oriental, el general De Bono, que conduce a pasos mesurados, por medio de saltos sucesivos, su ofensiva, es relevado el 16 de noviembre por el general Badoglio. Mandando en persona el ejército del norte, este último rechaza a los 250.000 abisinios de los *ras* Kassa y Soyum (21-23 de enero), escapa a una emboscada en el monte Amba Aradam, alcanza Antalo, rodeando Enderta, el 16 de febrero, envuelve a las fuerzas del Tembien, cuyos asaltos desesperados se estrellan contra el Amba Uork (26-28 de febrero). El 31 de marzo, a orillas del lago Aschiangi, el ejército etíope es aplastado (7.000 muertos, 15.000 heridos). Entretanto, la columna motorizada de Starace vigila desde el 20 de marzo la frontera occidental, a fin de cerrar el paso al adversario del Sudán. Tras haber franqueado el 31 de marzo una cresta rocosa de 1.000 metros de altitud, penetra en Gondar el 1 de abril y, el 12, llega al lago Tsana. Al sur, procedente de Somalia, el general Graziani ha rechazado a los 40.000 hombres del *ras* Dasta (12-15 de enero) y ocupado Naghelli, el 20. Pero, en el Ogaden, donde penetra el 14 de abril, su avance es lento y costoso; los 40.000 hombres del *ras* Nasibu (asesorado por el turco Uahib pacha) no abandonan Uscudom hasta el 30 de abril, y Graziani no llega a Harrar hasta el 8 de mayo. Mientras que dos columnas italianas, una motorizada por la carretera y la obra por la pista (20.000

hombres), salen de Dessié el 26 de abril y llegan el 4 de mayo a Addis Abbeba, donde, tras la huida de Haile-Selassie, el 1 de mayo, reina el desorden.

Aquella campaña, en conjunto conducida bastante bien, coloca a las potencias ante el hecho consumado. Sin embargo, Eden ha recurrido a la Sociedad de Naciones y la ha apremiado para que se pronuncie contra Italia, reconocida el 7 culpable de agresión, aplicando el artículo 16 del Pacto, en vez del artículo 15, invocado contra el Japón. Subsecretario en el Foreign Office en el gabinete Macdonald de Unión nacional del 26 de agosto de 1931, luego Guardián de los Sellos Privados, encargado precisamente de la Sociedad de Naciones, en el gobierno formado por Stanley Baldwin (después del éxito electoral conservador del 15 de noviembre de 1935), no le ha resultado difícil —a él, el hombre del clan sudafricano de la City, directamente interesado en los asuntos de Egipto— amotinar a la opinión británica, siempre dispuesta a mezclar moral puritana y chauvinismo. Su escrutinio de la Paz, «Peace ballot», organizado por lord Robert Cecil, en el cual 11.500.000 insulares se han pronunciado a la vez en favor del desarme y de sanciones económicas (solamente la mitad preconizan sanciones militares), ¿no ha ayudado acaso a la victoria de los conservadores en las últimas elecciones? Le resulta fácil movilizar de nuevo, por la misma causa, a la Iglesia anglicana y al congreso laborista, reunido el 30 de septiembre. Con esos apoyos, insiste el 6 de octubre para que las sanciones se extiendan al carbón, al cobre, al algodón y al petróleo. Sin embargo, la Gran Bretaña no se ha atrevido a contravenir la convención del 29 de octubre de 1888, prohibiendo a los buques italianos el paso por el canal de Suez. En cuanto a las sanciones económicas, ¿cuál puede ser su eficacia? Alemania ha aprovechado la ocasión de suministrar carbón a Italia, el 4 de octubre. Y en lo que respecta al petróleo, no cabe pensar en enfrentarse con los poderosos personajes que representan a las grandes compañías, ni con el Senado yanqui, hostil a la medida. ¿Qué queda entonces, aparte de la perspectiva de un conflicto generalizado?

Conscientes del peligro, algunos miembros del gabinete británico se inclinan a la conciliación. Pierre Laval, obligado contra su voluntad a votar las sanciones y a aplicar unas semimedidas, fatales para su política, trata de inducir a Londres a un compromiso. Gracias al apoyo del duque de Windsor cerca de Jorge V, invita a París el 7 de diciembre a sir Samuel Hoare, secretario de Estado en el Foreign Office, y le convence de la necesidad de conceder una zona de influencia a Italia, aunque respetando la soberanía nominal del Negus. Aquel proyecto, sometido el 9 al gabinete británico, encuentra una acogida favorable de Mussolini, el 12. Pero la maniobra fracasa. Aprovechando la ausencia de Laval, que se encuentra en Ginebra, el 11, Herriot prepara con sir Robert Vansittart (secretario permanente del Foreign Office, que ha asistido a la entrevista del 7) el escenario que hará fracasar la negociación al darle publicidad. Geneviève Tabouis, en *L'Oeuvre*, y «Pertinax» (Grunbaum dit Géraud), en el *L'Echo de Paris*, difunden el texto del acuerdo; Herriot, muy digno, presenta la dimisión, seguido de los radicales, el 17 de diciembre, y provoca la caída del gabinete Loval, reducido al regreso de su jefe (el 23) a 20 votos de mayoría, el 28 de enero de 1936. Simultáneamente, en Londres, una campaña de la prensa radical —*Manchester Guardian*— y laborista —*Daily Herald*—, orquestada por Harold Laski (secretario general del «Labour»), el 13 de diciembre, induce a sir Samuel Hoare el 18 a

abandonar el Foreign Office, en el que Anthony Eden se instala el 22. La maniobra, de la que los occidentales serán las primeras víctimas, conduce a Mussolini a denunciar sus convenios con Francia y los compromisos de Stresa y a echarse en brazos de los alemanes. El enfrentamiento de los dos bloques, fascista y Frente Popular, en Europa, ¿no es acaso el verdadero objetivo de los que dirigen el juego?

De momento, no obstante, la victoria italiana es completa. La entrada en Addis-Abeba, el 4 de mayo, la proclamación de Victor Manuel III como emperador de Etiopía, el 8, la negativa de P. Etienne Flandin, ministro de Asuntos Exteriores de Albert Sarraut, y de Paul Boncour, en Ginebra, a asociarse a la intensificación de las sanciones, como proponía Eden, la reintegración de sir Samuel Hoare al gabinete británico (10 de junio), el levantamiento de las sanciones (4 de julio... ¡a propuesta británica!), con abstención de Leon Blum, la conclusión de un «gentlemen's agreement» con Inglaterra (2 de enero de 1937), la retirada de Anthony Eden y su sustitución por lord Halifax en el Foreign Office, constituyen otros tantos éxitos para Mussolini, entonces en el apogeo de su carrera. La campaña de Etiopía, popular en Italia, le ha hecho ganar para su causa, en efecto, una parte de la oposición (Benedetto Croce, por ejemplo). La población de la península aporta con entusiasmo su colaboración, sus joyas, su oro, y acepta los sacrificios impuestos por la autarquía, oficialmente establecida por el régimen, el 2 de marzo de 1936. En el extranjero, el prestigio del Duce no ha sido nunca tan grande. Incluso entre sus adversarios, Churchill en cabeza, a juicio del cual Mussolini ha dado el ejemplo de lo que un hombre puede hacer de su pueblo...

* * *

La monarquía portuguesa, derrocada por el asalto de la Francmasonería

De hecho, después de la marcha sobre Roma, el atractivo ejercido por el fascismo sobre los dirigentes de los Estados amenazados por la ola revolucionaria que se extiende por Europa, sobre los intelectuales deseosos de oponer al marxismo una mística de colaboración de las clases y de organizar la defensa del Occidente, sobre los ex combatientes desalentados por la impotencia y la corrupción de los regímenes parlamentarios, sobre las clases medias agobiadas por los gastos de la guerra y esquilmadas por un capitalismo invasor, e incluso sobre las clases obreras, echadas a la calle por una concentración industrial, una racionalización desenfrenada, es innegable. En todas partes, más o menos teñida de socialismo, se organiza la reacción nacional contra el marxismo.

En la península ibérica en primer lugar, trabajada desde el gran convento masónico de París, en 1908, por medio de incesantes tentativas de subversión. En Portugal, aquellas maquinaciones han desembocado en el asesinato del rey Carlos I y del príncipe heredero Luis Felipe, el 1 de febrero de 1908. Dos años y medio más tarde, el pequeño rey Manuel II es expulsado por una revolución rocambolesca. Debido a lo deficiente de los enlaces entre los conjurados, mientras el doctor Bombarda, alto dignatario de la Masonería, es asesinado el 3 de octubre, el almirante Candido dos Reis se suicida

y Machado dos Santos, esperando lo peor, se atrinchera cuidadosamente. las tropas del cuartel de Santa Isabel se amotinan, los marinos bombardean el Palacio y la intervención pacificadora del encargado de Negocios alemán, provisto de una bandera blanca, es interpretada como la señal de la victoria de los rebeldes y provoca la huida del rey (5 de octubre de 1910). En medio de una orgía anticlerical (iglesias, bibliotecas, conventos, saqueados e incendiados, etc.), Teófilo Braga es elevado a la presidencia de la nueva República. En medio de la miseria general, las huelgas se suceden. Sobreviene el conflicto mundial, al cual Portugal (aliado y vasallo de Inglaterra) se ve arrastrado por una declaración de guerra de Alemania, el 9 de marzo de 1916. Al principio, Machado dos Santos, el «vencedor sin saberlo» de la revolución de 1910, ejerce cuatro meses de dictadura, hasta mayo de 1915. Al final, Sidonio Paes, ex ministro en Berlín, que ha tomado el poder en diciembre de 1917, es asesinado en la estación del Rocío en diciembre de 1918. Ya que ahora les ha llegado la vez a los republicanos de servir de blanco a los asesinos. Raptados en una camioneta, el 19 de octubre de 1920, el presidente del Consejo Machado dos Santos, el coronel Botelho de Vasconcelos y otros caen bajo sus disparos. No hay más que huelgas, manifestaciones, exacciones, atentados con bombas... El Estado en plena licuefacción.

El ejército reacciona contra la anarquía

Ultimo recurso contra la anarquía: el ejército. Desgraciadamente, una primera tentativo de restauración monárquica en Oporto, concebida en casa del coronel De Alburquerque, ex ayuda de campo de Manuel II, por un triunvirato compuesto por los coroneles Sinel de Cordes, Raul Esteve y el comandante Filomeno da Camara, se salda con un fracaso (5 de marzo-18 de abril de 1919), ante la réplica del comandante Cabeçadas, uno de los co-fundadores de la República, que, desde un crucero, ha abierto el fuego sobre Lisboa. Pero la Corte Marcial, a petición del propio procurador, general Carmona, se ha mostrado clemente: ha absuelto a los rebeldes el 27 de septiembre de 1919. Desde entonces, circulan unos compromisos escritos en los cuales los oficiales se «conjuran» en favor de un movimiento que, esta vez, respetando el régimen, se esforzará en restablecer el orden confiando el poder a un jefe militar. La reunión de un congreso mariano en Braga, el 27 de mayo de 1926, proporciona la ocasión buscada. Antiguo comandante del cuerpo expedicionario en Francia, el general Gomez da Costa se subleva al día siguiente en la capital del norte, así como el general Carmona, en el sur, en Evora, cabeza de partido del Alemtejo. En tanto que Oporto se adhiere al movimiento, la guardia republicana no permite que el general Peres se oponga a él. El 31 de mayo, el ejército, que efectuará su entrada en Lisboa el 6 de junio, obliga al presidente Bernardino Machado, «ilustre demócrata» y francmasón de altos vuelos, a dimitir y clausura las asambleas, Cámara y Senado. El 3 de junio, en Sacavem, el general Da Costa y Mendes Cabeçadas, designado como presidente del Consejo por Machado antes de su partida, reparten las carteras: Cabeçadas retiene el Interior, Da Costa toma la Guerra y las Colonias, Carmona los Asuntos Exteriores y se llama a las Finanzas al doctor Oliveira Salazar (11-12 de junio). El golpe de Estado, puramente militar, sin intervención de personalidades políticas, de ningún partido, de ningún movimiento, de ninguna Liga —lo que le distingue de la marcha fascista sobre Roma—, ha triunfado plenamente. Sin embargo, el general

Da Costa, bienintencionado, partidario de una verdadera revolución «nacional», de la institución de una Cámara de Municipalidades, de una Cámara de Corporaciones y de un régimen susceptible de defender a la familia, la propiedad y los derechos de los Oficios (proyecto de Constitución del 14 de junio), pero bastante timorato, ¿no corre el riesgo de ser engañado por Cabeçadas? A raíz de una proclama del general en Sacavem, el 17 de junio, los tres ministros civiles, profesores de la Universidad de Coimbra, Manuel Rodrigues, Mendes dos Remedios y Oliveira Salazar dimiten (este último porque se vacila en concederle el derecho de veto sobre los gastos de los departamentos ministeriales), y Cabeçadas se retira. El 7 de julio, Gomez da Costa se ve obligado a ceder su puesto al general Carmona (que se encuentra en las Azores), recibiendo en compensación, el 25 de septiembre, el título de mariscal. Amenazada con perder todo control sobre el gobierno, la Francmasonería reacciona con violencia: del 4 al 8 de febrero de 1927, un levantamiento militar produce 80 muertos y 360 heridos en Oporto; del 7 al 10, en Lisboa, el número de muertos asciende a un centenar, pero 600 deportaciones decapitan la empresa. El 30 de septiembre de 1927, el general Da Costa es autorizado a regresar. El 25 de marzo de 1928, el general Carmona es elegido presidente de la República. El «Nuevo Estado» se estabiliza.

Oliveira Salazar: asceta y dictador

El doctor Oliveira Salazar, que se hace cargo de nuevo de las Finanzas, un mes más tarde, el 28 de abril, y se compromete a restablecer en un año el equilibrio financiero, se dedica pacientemente a modelarlos, a darle una forma definitiva, en el marco de la familia, del oficio, de la parroquia y del municipio (21 de octubre de 1929). Nacido el 28 de abril de 1889, de un padre administrador de un dominio de Vimeiro (Beira Alta), brillante alumno sucesivamente del seminario de Viseu (1900-1909), de la Universidad de Coimbra (octubre de 1910), licenciado en Derecho (5 de noviembre de 1914), profesor adjunto de Ciencias Económicas (28 de abril de 1917) y doctor (10 de mayo de 1918), se ha visto negar la mano de la hija del propietario del dominio, de la que estaba enamorado, y aquella decepción sentimental le ha llevado a una vida casi monástica, en «república» con el futuro cardenal Gonçalves Cerejeira y el profesor de Derecho Mario de Figueiredo, futuro presidente de la Asamblea Nacional. Profundamente católico, ha sido el animador, en 1912, del semanario *El Imparcial*, pero, elegido diputado del «Centro» por Guimaraes, sólo ha ocupado su escaño un día, el 2 de septiembre de 1921, hasta tal punto le ha desalentado el espectáculo del «circo» parlamentario. En el II Congreso del Centro Católico en Lisboa, en abril de 1922, después de haber estado a punto de verse complicado en el complot realista abortado de octubre de 1919, ha preconizado la adhesión a la República, prescrita por Benedicto XV en una carta al patriarca de Lisboa, el 18 de diciembre de 1919. Pero no por ello se adhiere a la democracia. Muy al contrario, puesto que proclama: 1) que «la nación cristiana exige una sociedad no igualitaria, sino jerarquizada, medio necesario al hombre para la realización de sus fines»; 2) que «esta doctrina excluye el origen contractual de la sociedad y el origen democrático del poder»; 3) que «la noción cristiana de la ley, que exige la legitimidad del que manda, se encuentra en la finalidad del orden, bien común», y que «se opone directamente a la noción que encuentra la razón y la fuerza de la ley en la voluntad de

la mayoría». Sin embargo, añade, la Iglesia «reconoce a los pueblos el pleno derecho a escoger el tipo de su organización política». Por otra parte, aquel católico no tiene nada de clerical: «Conviene distinguir —precisa— la política de los católicos, cuando hacen la política de la Iglesia, y la política de los católicos, cuando hacen la política de la nación». De ese postulado, no vacilará en extraer la conclusión más lógica en su discurso del 23 de noviembre de 1933 en la Unión nacional: «He observado cuán nocivas son al desarrollo y a la pureza de la vida religiosa la intromisión de la política en la religión, la confusión de los intereses espirituales con los intereses materiales de los pueblos, la de la Iglesia con alguna organización que, actuando en el terreno político, puede ser tomada por un partido aspirando o no a gobernar». Lo que implica una condena de los «Centros» y de los partidos confesionales en general, por el más fiel, pero también el más lúcido de los hombres de Estado católicos. Con ese espíritu concluirá con la Santa Sede un Concordato tardío (7 de mayo de 1940): «El Estado se abstendrá de hacer política con la Iglesia, en la seguridad de que la Iglesia se abstiene de hacer política con el Estado». Ya que «la política corrompe a la Iglesia, lo mismo cuando la hace que cuando la sufre».

El Nuevo Estado, no totalitario, sino corporativista

Sin embargo, Salazar no opondrá el «Imperio» al Sacerdocio, distinguiéndose por ello del fascismo italiano y más aún del nacionalsocialismo alemán. En diciembre de 1932, formulará a Antonio Ferro la crítica de aquellos regímenes: «La dictadura fascista tiende hacia un cesarismo pagano, hacia un Estado que no conoce límites de orden jurídico o moral». Y expone su propio concepto del Estado ante el Consejo de Estado portugués, en febrero de 1931: «Un Estado fuerte... pero limitado por las libertades y las garantías individuales, que son una exigencia suprema de la solidaridad social». Para él, «el Estado tiene derecho a promover, armonizar y controlar todas las actividades nacionales, sin sustituirlas, y el deber de educar a la juventud en el amor a la patria y a la disciplina» (2). Ya que aquel profesor, según uno de sus primeros discursos (pronunciado en el Instituto de Viseu, el 1 de diciembre de 1909), cree en la vocación y en la importancia de la formación de las élites, sin las cuales no hay instituciones que valgan. «No tenemos hombres, porque no los formamos», había dicho.

En cambio, para él, la cuestión del régimen es secundaria. Preparar un restablecimiento de la monarquía, cuando hay dos pretendientes en presencia (Manuel II, liberal y constitucional, muerto en el exilio el 2 de julio de 1933, y don Duarte Nuño de Braganza, nieto de don Miguel I, legitimista e integralista), no contribuiría a reunir, sino a dividir a los mejores elementos del país. «La experiencia llevada a cabo por la dictadura portuguesa debe demostrar a mucha gente la importancia que tienen... no las formas externas, sino las nociones profundas del poder» (23 de noviembre de 1933, en la Unión nacional). Hombre de pensamiento y de gabinete, Salazar «se

(2) «Tenemos que alejar de nosotros la tendencia a la formación de lo que podría llamarse el Estado totalitario, que lo subordinaría todo, sin excepción, a la idea de nación o de raza» añadiría el 26 de marzo de 1934. El 29 de julio de 1934 denuncia también las tendencias nacional-sindicalistas del periódico *Revolução*, y obliga a su director, Rolao Preto, a integrarse en la Unión nacional.

impone con su sistema absolutamente completo en su mente», escribe su biógrafo y amigo Mr. Ploncard d'Assac. En el gobierno que preside el general Domingos de Oliveira, su influencia no cesa de aumentar, hasta el punto de absorberlo casi entero. En febrero de 1930, a la cartera de Finanzas añade las del Interior y de las Colonias y, convertido en presidente del Consejo el 5 de julio de 1933, la de Guerra (11 de mayo de 1936) y la interinidad de la de Asuntos Exteriores (25 de noviembre de 1936).

La Constitución, plebiscitada el 19 de marzo de 1933, por 719.364 «síes» contra 5.955 «noes», sobre 1.214.159 inscritos, es enteramente obra suya (3). Instituye un Jefe del Estado, elegido por sufragio universal (a partir de 1959, lo será por las dos Cámaras y unos representantes locales) —el general Carmona será reelegido a finales de 1934 con 653.350 votos—, disponiendo del poder de disolver la Asamblea. El designa al presidente del Consejo, el cual propone los ministros a su aprobación. El Gobierno y la Cámara tienen conjuntamente la iniciativa de las leyes (bajo reserva para esta última de que no impliquen nuevos gastos). Elegidos para cuatro años, 120 diputados componen la Asamblea Nacional. En el seno de una Cámara corporativa, consultiva, figuran los procuradores de los gremios y de las asociaciones culturales (4). En el comentario que hace de ella, el 26 de marzo de 1934, Salazar expone que aquella Constitución «impone al Estado el respeto de las garantías derivadas de la naturaleza en favor de los individuos, de las familias, de las corporaciones y de los órganos locales; asegura la inviolabilidad y la libertad de las creencias y de las prácticas religiosas; atribuye a los padres y a sus representantes la instrucción y la educación de los hijos; garantiza la propiedad, el capital y el trabajo en la armonía social; reconoce a la Iglesia, con las organizaciones que le son propias, y la deja en libertad de ejercer su acción espiritual». En la institución corporativa, ve el medio más seguro de combatir la «plutocracia», aquella especie híbrida entre la economía y la finanza, a la que califica, el 13 de enero de 1934, de «flor del mal del peor capitalismo». «Cuando los grandes y los pequeños productores —explica— discutirán juntos los intereses de la producción, y la masa obrera organizada podrá hacer oír su voz, se verá que no queda ya lugar para el plutócrata ni para sus negocios. La organización, en sus diferentes

(3) Reposa sobre los principios siguientes. En lo alto, «un Poder ejecutivo ejercido por el Jefe del Estado, con los ministros libremente escogidos por él, sin depender de ninguna indicación parlamentaria»... En la base, «la familia, célula social irreductible, núcleo original de la parroquia, del municipio y, por lo tanto, de la Nación... la familia debe ejercer, a través de su jefe, el derecho a elegir a los miembros de los cuerpos administrativos, al menos de los de su parroquia»... En medio, «las corporaciones morales y económicas, tales como las Universidades, las Academias científicas, los círculos literarios, artísticos, técnicos, las asociaciones agrícolas, industriales, comerciales, coloniales y obreras... representando intereses legítimos... ampliadas en federaciones y confederaciones, a fin de constituir los elementos de la nación organizada. Como tales, deben concurrir con su voto o su representación a la constitución de la Cámara» (extractos del discurso pronunciado ante los oficiales, en el Arsenal de Braga, el 28 de mayo de 1930).

(4) Las organizaciones corporativas empiezan a funcionar en agosto de 1933, y la Cámara comprenderá 23 secciones: agricultura, viñedos y bosques, pesca, minas, canteras y química, textil, electricidad, construcción, transportes, artes gráficas, créditos y seguros, comercio, turismo, intereses espirituales, ciencias, artes y letras, deportes, administración local. En el momento de crear en 1949 un ministerio de las Corporaciones, Salazar llegará a poner en duda la utilidad de la Asamblea nacional: «La Cámara corporativa, por su origen y su formación —dirá—, representa mucho más que la Asamblea los diferentes intereses que se mueven en el seno de la nación», aunque, por encima de ellos, existe «un interés político general».

aspectos, habrá liberado al trabajo del despotismo del dinero y habrá conducido al dinero a servir modestamente al trabajo». Se encuentra aquí lo esencial de la doctrina de los cristianos-sociales, expresada especialmente por la Unión católica de Friburgo en 1884, y también la influencia de las ideas maurrasianas.

Sin embargo, Salazar no lleva sus ataques contra la plutocracia hasta su extrema consecuencia que, para otros, es el antisemitismo o, al menos, la neutralización del imperialismo económico de Israel. En cambio, aunque sólo sea para defender su obra, actúa a fondo contra la Francmasonería. En el momento en que se elabora la Constitución, el Gran Maestre del Gran Oriente lusitano (la más revolucionaria por tradición de las obediencias masónicas), lanza en sus talleres un llamamiento a la insurrección para librar a Portugal «de las maniobras que tienden a retrotraernos a la ignorancia medieval». En connivencia con el ex presidente Bernardino Machado, refugiado en París, los deportados de Madera se agitan en abril de 1933 (el ministro de Marina les hace entrar en razón y su junta capitula el 2 de mayo), se producen disturbios en las Azores y en Guinea, y algunos estudiantes se manifiestan en Lisboa. Pero una contra-demostración nacionalista, el 17 de mayo, a los gritos de «¡Abajo la Unión Ibérica!», «¡Abajo la Masonería!», les obliga al silencio, provoca la clausura, al día siguiente, del «Gremio lusitano», y la formación de una Unión Nacional, oficialmente creada, que sin ser un partido ni una Liga constituye un movimiento cívico destinado a apoyar, a explicar la política del gobierno, a presentar y a sostener a sus candidatos en las elecciones (que, elegidos en número de 90, obtendrán el 80 % de los votos, el 16 de noviembre de 1934). Estimulados por el advenimiento de una República masónica en Madrid, algunos de cuyos dirigentes, especialmente Manuel Azaña, arden en deseos de reanimar el sueño de una «Federación Ibérica», perseguido por el Gran Maestre Magalhaes Lima desde 1892, arrastrados por su ala extremista que, por orden de la III Internacional, desencadena una serie de disturbios en Setubal el 18 de febrero de 1934, acompañados de golpes de mano contra las comisarías y de sabotajes contra las vías férreas, una central eléctrica y un arsenal, los feroces elementos de los talleres lusitanos no se dan por vencidos. Hasta el punto de que el descubrimiento, en marzo de 1935, de una nueva conjura con vistas a establecer una «República Federal Ibérica» conduce (tras un informe de Abel de Andrade) a la disolución de la Francmasonería y, a pesar de la amenaza de una serie de atentados para la noche del 20 al 21 de mayo, a la aprobación de una ley prohibiendo la actividad de las sociedades secretas en Portugal. A partir de aquel momento (21 de mayo de 1935), el Nuevo Estado se encuentra sólidamente asentado. Reducido a manifestarse con algunos disparos aislados o con algunas bombas, la oposición se negará durante mucho tiempo a presentar un candidato a la Presidencia de la República, y cuando lo hará, en 1958, el general Delgado sólo obtendrá 236.528 votos, contra 758.998 del almirante Thomas.

Personalmente, el doctor Oliveira Salazar ha rechazado la presidencia a la muerte del mariscal Carmona, el 18 de abril de 1951, y ha propuesto a los electores para aquella dignidad, el 22 de julio siguiente, al general Craveiro Lopes, militar de tendencias liberales, al que se arrepentirá de haber designado. Su autoridad, no por discreta es menos soberana. Gracias a él, gracias a la colaboración del ejército que le ha llevado al poder, el orden ha rena-

cido en un país que, desde 1910 hasta 1926, había sido sacudido por dieciséis movimientos revolucionarios. Ha restaurado las finanzas; ha equilibrado el presupuesto desde 1928 (hasta el punto de que en 1937 se registrará un superávit de 2 millones de libras esterlinas), liquidando la deuda flotante y convirtiendo la otra, facultativamente, en empréstito a interés moderado, rebajando el descuento del 11 al 3 3/4 %, estabilizando el escudo, restableciendo la libertad de los cambios, repatriando los capitales y reconstituyendo las reservas del Banco Central, aumentadas de 2 a 8 millones de libras esterlinas-oro. En un país que continúa siendo pobre, sus principios de sana gestión y de economía, solamente «orientada», le han permitido realizar grandes tareas alimentadas por unos ingresos normales. Limitándose a promover, a armonizar, sin pretender dirigir por sí mismo los asuntos económicos, el nuevo Estado reconoce a las corporaciones su propio dominio (soportan los gastos sociales, considerados como cargas directas y justas compensaciones del trabajo) y, lejos de erigirse en amo exclusivo y todopoderoso, practica un respeto total a la persona humana.

* * *

La dinastía española resiste el ataque de la Francmasonería

Inspirándose en el ejemplo italiano, el ejército ha intentado llevar a cabo una operación similar en España, en 1923. Más afortunada que la dinastía portuguesa, la monarquía liberal de Madrid ha resistido —como hemos visto anteriormente— al primer asalto masónico «ibérico» de 1908-1910. Incluso ha logrado contener en 1917 una segunda ola subversiva, sincronizada con la revolución rusa. En efecto, Lenin se dispone a señalar a España como el próximo objetivo del comunismo: hablando en el II Congreso del Komintern en 1920, predice sin vacilar que será «el segundo país de Europa que establecerá la dictadura del proletariado». Por lo tanto, la considera como una presa fácil. Alfonso XIII, que aspira a ser un soberano parlamentario a la inglesa, despliega toda su simpatía y toda su habilidad entre los partidos y las personas, entre el estilo enérgico de Antonio Maura (un «chueta» de las Baleares, de origen marrano) o de Eduardo Dato y el más suave de Manuel García Prieto o del conde de Romanones, permitiéndose incluso el lujo de flirtear con los intelectuales de la oposición republicana, concediendo audiencia el 30 de abril de 1910 a don Rafael Altamira, a don Odón de Buen, e incluso a Azcárate y a sus colegas de la Universidad, que le son presentados por Romanones (candidato sin suerte, frente a José Antonio de Labra, a la presidencia del «Ateneo», el club masónico de Madrid, a la muerte de Moret, en enero de 1913). Hasta el punto de que el mensaje de la Corona del 15 de junio de 1910 coincide con la respuesta redactada por Niceto Alcalá Zamora (otro descendiente de marranos) en deplorar «la proliferación excesiva de las Ordenes religiosas». Naturalmente, la Institución Libre de la Enseñanza, ciudadela de las logias, aprovecha la ocasión para instalar nuevas Bastillas, tales como el Centro de Estudios Históricos (18 de marzo de 1910) y la Residencia de Estudiantes (6 de mayo de 1910), futuros puntos de apoyo de la agitación universitaria. Pero, en aquel juego, si gasta a sus ministros, el rey gasta también su crédito y, a fin de cuentas, se crea muchos enemigos.

Sobre el escenario del *guignol* parlamentario, de cuyos hilos tira el soberano, las marionetas se mueven a un ritmo endiablado. A Antonio Maura (presidente del Consejo desde el 24 de enero de 1907), sacrificado después de haber reprimido el levantamiento catalán de los días 26-31 de julio de 1909 (que ha intentado proclamar la República en Granollers, Mataró, Manresa y San Felíu), le ha sucedido Moret, Hermano «Cobden», el 2 de octubre de 1909. Han desfilado a continuación: José Canalejas y Méndez (desde febrero de 1910 a noviembre de 1912), el conde de Romanones (12 de noviembre de 1912-25 de octubre de 1913), don Eduardo Dato (octubre de 1913-diciembre de 1915), que ha tenido tiempo de hacer aprobar un estatuto de «Mancomunidades», de autonomía provincial relativa, del que Cataluña ha sido llamada a beneficiarse el 6 de abril de 1914. De nuevo Romanones (hasta 20 de abril de 1917). Y, por dos meses, don Manuel García Prieto, que, elegido presidente del Senado, ha suministrado los ministros del gabinete anterior antes de acceder personalmente al poder. Bajo su efímero reinado estallan los disturbios de 1917.

En una primera fase, unas «juntas», unos comités militares «de Defensa», constituidas por el coronel Benito Márquez, el capitán Alvarez Gillarrauz y otros, bajo la benévola mirada del general Luque, ministro de la Guerra de tendencia republicana del conde de Romanones, dan la señal de agitación y reclaman que el poder sea depositado en buenas manos. El 26 de mayo de 1917, el capitán general de Cataluña las disuelve e interna a sus jefes en el castillo de Montjuich. Entonces, segunda fase de la maniobra, intervienen los políticos. Alejandro Lerroux García, masón (sucesivamente sacristán, *croupier*, «emperador del Paralelo», agitador y jefe radical), obliga al general Marina a soltar a sus prisioneros el 1 de junio. El 11, a fin de extender el movimiento, la Asociación masónica nacional se reúne bajo la presidencia de Eduardo Barriobero Herrán (sucesor de don Luis Simarro Lacabra, que a su vez había sucedido al Gran Maestre don Miguel Morayta). Se celebran otros conciliábulos, sea en el Gran Orient, sea clandestinamente en casa del impresor, masón y teósofo, Emilio González Linera, en presencia de Barriobero, con los jefes socialistas Largo Caballero (inscrito en una logia parisiense) y Julio Mangada Rosernon, también teósofo. El financiero Cambó y los industriales catalanes, por una parte, y por otra Melquíades Alvarez, los de Bilbao y de Oviedo, financian el movimiento.

Prohibida una asamblea de los parlamentarios catalanes el 19 de julio por Eduardo Dato (que, llamado al gobierno el 11 de junio, ha suspendido inmediatamente las garantías constitucionales y restablecido la censura), sólo 71 diputados, de un total de 760, logran reunirse. Ha llegado el momento, pues —y es la tercera fase de la operación—, de apelar «al pueblo», es decir, a los peones de la Francmasonería en los sindicatos y en las organizaciones revolucionarias. Sucesivamente, mineros y metalúrgicos de Vizcaya y ferroviarios de Valencia (20 de julio) abandonan el trabajo. Unas instrucciones detalladas sobre la sedición, en 27 puntos, circulan en los medios obreros. El 12 de agosto, Largo Caballero, Daniel Anguiano Mangano, Julián Besteiro y Andrés Saborit, lanzan un manifiesto. Son detenidos. Pero al día siguiente estalla la huelga, en Madrid, en Vigo, en Asturias, en Bilbao, en Villena, en Zaragoza y sobre todo en Barcelona, donde provoca 22 muertos y 64 heridos (en el curso del año 1917 se han registrado en Cataluña 61 atentados contra obreros, 16 contra patronos y 20 sabotajes). Ante la decidida actitud de las

permanecieron fieles al gobierno, afectará, durante todo el curso de la guerra, a unos 40.000 rojos, más o menos culpables de exacciones o dirigentes notorios del Frente Popular.

Apoyo italo-alemán

En el terreno militar, habiendo resuelto los marxistas, gracias a la ayuda del Komintern, el problema de los efectivos y de los armamentos, transformando la guerra civil en cruzada internacional, los nacionalistas se ven obligados, por su parte, a apelar a la solidaridad fascista. Además de los primeros elementos de la «Legión Cóndor» (cuatro escuadrillas de 12 bombarderos y una de 12 cazas, más algunos hidroaviones, y unas piezas de D. C. A., a las órdenes del general Sperrle y del coronel von Richthofen) y de una agrupación de tanques (dos batallones de 16 carros, al mando del coronel von Thoma) llegados a partir del 6 de noviembre a Cádiz (aquellas unidades estarán formadas por unos efectivos de 6.000 a 10.000 hombres; por ellas pasará un total de 16.000 soldados, con un balance final de 300 muertos), el general Franco ha pedido el 30 de noviembre al general Faupel, embajador del Reich, el envío de una división de infantería, pero el general Blomberg se ha opuesto a ello (19). En cambio, el Caudillo sólo había solicitado al principio una división italiana. Concluida una entente secreta entre Roma y Burgos, el 28 de noviembre, limitada al simple compromiso de armonizar la política de los dos países, Mussolini, deseoso de dar un gran golpe en el Mediterráneo, se muestra más generoso. Al envío de un contingente de 3.000 camisas negras, desembarcado a mediados de diciembre, sigue otro de similar importancia, y de 1.500 técnicos en Sevilla. Más tarde, se añadirán otros, que aumentarán los efectivos del cuerpo expedicionario italiano, a las órdenes del general Roatta, a 20.000 y luego a 40.000 hombres (a mediados del año 1937) (20).

Naturalmente, el gobierno «republicano» no deja de protestar contra aquella ayuda en la Sociedad de Naciones, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Alvarez del Vayo, el 11 de septiembre. Pero ello le obliga a aceptar, el 16, el principio de No Intervención, aprobado por los Occidentales el 24 de agosto y por la U. R. S. S. el 28. El plan de control establecido por lord Plymouth para hacerlo efectivo reúne el acuerdo de Rusia, el 27 de diciembre de 1936, el de Portugal, el 7 de enero de 1937, y el de Alemania e Italia, el 9. A decir verdad, si bien aquellas medidas, igualmente burladas al principio por los dos bandos, y comprometidas por la retirada de Alemania y de Italia, a raíz del incidente del «Deutschland», atacado a lo

(19) Para realizar aquellos transportes, el hombre de negocios Bernhardt y Langenheim montaron, de acuerdo con las directrices de Goering, una Compañía de exportación, la ROWAK en Alemania, y en España la «Hispano-Marroquí de Transportes», o HISMA, que se encargó también de tomar participaciones en las sociedades españolas e importar minerales (hierro de Bilbao —1,6 millones de toneladas sobre 2,5 millones en 1937— y cobre de Riotinto).

(20) Aparte de las dos divisiones de camisas negras, de una parte de los «Flechas negras» y de los «Llamas negras», Italia entregará 763 aviones, 1.930 cañones y 7.663 camiones a los nacionalistas, así como dos submarinos y dos contratorpederos, a finales de agosto de 1937, más otros cuatro submarinos, en septiembre, a fin de reforzar el bloqueo. En total, aquellos suministros alcanzaron la cifra de 4.500 a 5.000 millones de liras (contra 3.500 de suministros alemanes).

En cuanto a las entregas de petróleo, la «Texas Oil» accederá a enviar, a crédito, 344.000 toneladas en 1936, 420.000 en 1937, 478.000 en 1938 y 624.000 en 1939.

Morayta, el 12 de abril de 1890, una cooperativa de crédito, llamada «Kadosch (grado 33) y Compañía», su hijo Juan March, enriquecido con el abastecimiento a los submarinos alemanes durante la guerra (más tarde internado en Guadalajara por traficar con el monopolio de tabacos); poseedor de una fortuna de 20 millones de libras esterlinas, y don Francisco Cambó, del cual ya hemos hablado. Miembro del grupo de la «Solidaridad Catalana», este último, ferviente partidario de la autonomía municipal primero y de la «nacionalidad catalana» después, en el marco de la República Federal Ibérica preconizada por la Francmasonería hispano-portuguesa, ha expuesto su programa —versión moderna de la obra de Almirall, *Lo catalanisme* (1886), y de las bases de Manresa de 1892— en un opúsculo que reúne tres de sus discursos bajo el título de *Problema catalán*, en 1916. Ha sido el animador del congreso regional de parlamentarios disuelto en 1917 y, declarando situar por encima de la Monarquía y de la República el estatuto de autonomía integral de Cataluña, ha sido el primero en abandonar el Parlamento en diciembre de 1918, arrastrando detrás de él a los diputados de su provincia. En efecto, para la industria catalana, principalmente textil, que vive de la transformación de materias primas importadas y de la venta de sus productos en el interior del país, resulta esencial dominar la tarifa aduanera general que la rige. El Instituto Industrial de Cataluña ha sido creado para hacerlo así, entre 1840 y 1850. De ahí la necesidad para ella de poseer en las Cortes uno o varios grupos regionales, susceptibles de formar el pico de toda mayoría y, por consiguiente, de ejercer sobre los gobiernos sucesivos una presión constante. (De este modo fueron obtenidos en 1913-1914 una tarifa ventajosa y el estatuto de las «Mancomunidades».) Políticamente, aquella solución se adapta en todos sus puntos al programa federalista, tomado de Proudhon, de la Francmasonería ibérica. Además, coincide perfectamente con el sentimiento profundamente particularista de la población, orgullosa al poder reclamar el uso de su «idioma» nacional, desde que Fabre, discípulo auténtico del Maestro, ha logrado unificar los cuatro dialectos provinciales en un solo idioma, cuya gramática ha redactado.

Por desgracia, los adeptos catalanes de Proudhon han asimilado muy mal su doctrina. Para ellos, la anarquía no es más que el exutorio de un frenesí de revuelta individualista (a ejemplo de los sicilianos, otro ejemplo de herencia griega mezclada a todos los elementos mediterráneos), que se expresa de buena gana acariciando el gatillo de una pistola. Desde 1917 hasta 1923, la lucha social no conoce tregua. Del 21 de febrero al 18 de marzo de 1919, una huelga de la Compañía de Electricidad «Canadiense» deja sin fluido eléctrico a la industria textil; se salda con la readmisión de los empleados despedidos y unos aumentos. El gobierno Romanones, ora de pruebas de firmeza (suspendiendo las garantías constitucionales, encarcelando a los jefes anarquistas en el acorazado «Pelayo», o deteniendo a un centenar de agitadores extranjeros, alemanes, austríacos, rusos, el 1 de abril, y a Angel Pestaña, el 2, lo que conduce a la reanudación del trabajo, el 7), y ora de debilidad, soltando a los hermanos Roca, promotores del movimiento, lo que induce a la «Junta» de Defensa militar a protestar contra la apatía del primer ministro. Antonio Maura y su ministro del Interior, Antonio Goicoechea, no disponen de una mayoría suficiente para manifestar su energía. Resultado: a la huelga, la patronal, que se ve imponer la jornada de ocho horas el 1 de octubre de 1919, opone el lock-out, el cierre de un centenar de fábricas, dejando a 40.000 obreros en la calle, del 15 al 18 de agosto, y el de todas

las empresas (excepto los servicios públicos y la alimentación) del 3 al 22 de noviembre. A finales de año, el número de parados asciende a 150.000.

En aquel ambiente, la actividad revolucionaria no hace más que aumentar. Si, en conjunto, los socialistas manifiestan aún cierta moderación (reunido en Madrid en junio de 1920, el congreso del partido mantiene su adhesión a la II Internacional por 8.260 votos contra 5.016, y el de la «Unión General de Trabajadores» —que cuenta entonces con unos 220.000 afiliados— se pronuncia en el mismo sentido, el 4 de julio, por una enorme mayoría de 110.902 votos contra 17.919), la «Confederación Nacional del Trabajo», anarcosindicalista, está desencadenada. En Sans, 164 delegados han reclamado la constitución de sindicatos únicos (28 de junio-1 de julio de 1918). Reunidos en congreso en el teatro de la Comedia, de Madrid, del 10 al 18 de diciembre de 1919, 437 delegados han confirmado aquella reivindicación (por 651.437 votos de un total de 714.028), rechazando una entente con la U. G. T. (por 323.955 votos contra 169.129) y preconizando el sabotaje en las fábricas (que será objeto de instrucciones detalladas del Comité nacional de Barcelona, el 1 de enero de 1920). Pero están profundamente divididos en lo que respecta a la oportunidad de adherirse al Komintern. Acerca de este punto, el asturiano Eleuterio Quintanilla es categórico cuando proclama, el 17 de diciembre, que «la revolución rusa no encarna nuestro ideal». Angel Pestaña, que, para atraer a él a los técnicos, ha expuesto el 3 de octubre en la Comedia un programa casi comunista de socialización de las tierras y de la producción, sin ser un convencido, acepta no obstante dirigirse desde Berlín a Moscú para asistir al II Congreso del Komintern. Detenido por la policía, con Arlandis y otros, a su regreso, no podrá hacer su informe, por otra parte desfavorable al ingreso en el Profintern, hasta el congreso de Zaragoza, el 11 de junio de 1922, y a fin de cuentas la C. N. T. decide adherirse a la Asociación Internacional de Trabajadores (A. I. T.), fundada en Berlín por Rudolf Roehr (en el intervalo, los sindicatos anarquistas de Barcelona, declarados en situación ilegal, han sido clausurados, y la Confederación no ha reanudado su actividad oficial hasta la vuelta de las garantías constitucionales, a principios de 1922; de todos modos, la conferencia celebrada en agosto de 1920 en Logroño ha podido desautorizar a Andrés Nin y a cuatro de sus amigos —futuros creadores del P. O. U. M. trotskista—, que han asistido sin mandato al primer congreso del Profintern, Internacional sindical moscovita).

En el terreno sindical, sin embargo, la C. N. T. tropieza por primera vez con una competencia organizada, cuando ve la luz en Barcelona, el 11 de diciembre de 1919, un Sindicato Libre, hostil a los sabotajes y a la huelga revolucionaria. Sus iniciadores son Ramón Sales y Tomás Vives (que no tardará en pagar con la vida su temeridad). Ya que se entabla una lucha a muerte, de la que son víctimas no sólo los patronos y los agentes de la autoridad, sino también los obreros. En Barcelona, entre 1919 y 1920, 197 atentados causan 103 muertos y 173 heridos. El 14 de febrero de 1920, el ministro de Fomento, Gimeno, dimite como protesta contra los 230 atentados de que han sido víctimas el presidente y los miembros de la Confederación de la Patronal. Del 1 de enero al 17 de octubre de 1920, se producen 311 atentados a mano armada. Es una guerra civil al por menor, al «golpe por golpe». En el activo de los «pistoleros» figuran, entre otros: el 4 de agosto de 1920, un ex gobernador de Cataluña, Maestro Laborde, alcanzado en Valencia;

el 8 de marzo de 1921, el presidente del Consejo, Eduardo Dato, asesinado; el 27 de mayo de 1923, un ex gobernador civil de Vizcaya, muerto en León; el 4 de junio de 1923, el cardenal-arzobispo de Zaragoza, monseñor Soldevila, pero también un comisario de policía (5 de septiembre de 1919), tres técnicos encargados de reparar una avería provocada por los huelguistas en Zaragoza (23 de agosto de 1920), unos linotipistas (3 de noviembre), un chófer (19 de noviembre) del periódico *Publicidad*, dos empleados municipales de Zaragoza (4 de diciembre de 1920). De cuando en cuando, un incidente más grave rompe la monotonía de aquella larga lista necrológica: tentativa desde el exterior para provocar un motín en el 9.° de Artillería en Zaragoza (un teniente y un soldado muertos, un anarquista muerto, otros seis fusilados), el 9 de enero de 1920; huelga de los ferroviarios, el 21 de febrero, combatida por la intervención de grupos de acción cívica; huelga de los obreros portuarios de Bilbao (en agosto); explosión de una bomba en el salón Pompeya, de Barcelona (2 muertos, 14 heridos); tiroteo alrededor del gobierno civil de la misma ciudad (1 agente y 2 revolucionarios muertos) en octubre de 1922; atracos perpetrados por Buenaventura Durruti y su banda de *solidarios* (harinera Salioache en Barcelona, el 31 de agosto de 1923; Banco de España de Gijón, 675.000 pesetas); amotinamiento abortado en Málaga en un regimiento de Bilbao.

En diversas ocasiones, el gobierno ha tratado de reaccionar, especialmente reemplazando al general Milans del Bosch por el general Weyler, a principios de 1920, y sobre todo al llamar el 8 de noviembre de 1920 al general don Severiano Martínez Anido para que restablezca la situación, comprometida por la falta de energía del anterior gobernador civil, don Carlos Bas. A partir de aquel momento, los atentados ya no vuelven a quedar impunes. El 20 de diciembre de 1920, 64 dirigentes de la C. N. T. se encuentran entre rejas; el 30, 36 son deportados a Mahón. Y la lista de las víctimas no corresponde ya únicamente a uno de los bandos. Abogado, defensor de los «pistoleros», partidario de la afiliación a la Internacional comunista del «Partido republicano catalán» dirigido por Marcelino Domingo y Luis Companys Jover, Francisco Layret cae el 30 de noviembre de 1920; el 18 de junio de 1921 le llega la vez a Evelio Boal, secretario general de la Confederación anarquista. Discípulo de Ferrer, primo de Companys, Salvador Seguí, partidario de la conciliación, invitado en la U. R. S. S. por Dridzo Lozovsky, escapa a un primer atentado en Catarroja (Valencia) —poco después de que Pestaña haya sido herido en Manresa, el 25 de agosto de 1922—, pero cae el 10 de marzo de 1923, en Barcelona. Se observa que esas víctimas son simpatizantes del Komintern. A fin de contrapesar la influencia de la C. N. T., 52 delegados (27 de los sindicatos libres y 25 de la U. G. T.) han propuesto en Barcelona que se declare obligatoria la afiliación de los obreros a los sindicatos. Pero el gobierno Sánchez Guerra no se ha atrevido a llegar tan lejos en su decreto del 3 de noviembre de 1922 sobre el estatuto profesional. Y, ahora, he aquí que se horroriza al ver caer unos tras otros a los dirigentes de los «rojos» y que releva al general Martínez Anido, para reemplazarle en el gobierno civil por un masón de origen marrano, Portela Valladares. Los notables protestan. Capitán general desde marzo de 1922, don Miguel Primo de Rivera les apacigua primero, y luego reúne a los jefes de los cuerpos y promete su apoyo a Portela contra el Comité nacional revolucionario. Pero, una vez seguro de la colaboración de los otros comandantes de

regiones militares, proclama la ley marcial, el 13 de septiembre de 1923. sobre la totalidad del territorio español.

Alfonso XIII llama a Primo de Rivera

No queda otra solución que la fuerza para imponer la ley; reducida a la impotencia la monarquía parlamentaria por las intrigas de los hombres y de los partidos, el ejército ha tenido que imponer su dictadura, el 15 de septiembre. Alfonso XIII la acepta, y convence al marqués de Alhucemas para que no se oponga a los generales. A pesar de las advertencias de Romanones y de Melquíades Alvarez (5), disuelve las municipalidades (30 de septiembre) y las Cortes (13 de noviembre). En una visita a Roma el 15 de noviembre, presenta orgullosamente a Primo de Rivera a Victor Manuel III en los siguientes términos: «¡He aquí mi Mussolini!» Un Mussolini, por desgracia, sin el fascismo, es decir, sin un movimiento susceptible de restaurar el Estado y de reformar las instituciones. Pero que al menos restablece, para empezar, el orden público. Nombrado subsecretario del Interior, Martínez Anido se encarga de devolver a la clandestinidad a los perturbadores de la C. N. T., reunidos en conferencia en Granollers (30 de diciembre de 1923) y en Sabadell (4 de mayo de 1924). Al asesinato del verdugo de Barcelona, perpetrado el 7 de mayo, responden 200 detenciones, entre ellas las de los redactores de *Solidaridad Obrera*. Desde luego, se producirán todavía algunas tentativas de atentados, contra el rey (una bomba en la vía férrea en el túnel de Garraf, el 3 de junio; un complot en París, el 2 de julio, que conduce a la detención de Durruti, Ascaso y Jover) y contra Primo de Rivera (que escapa a un puñal lanzado contra él a su regreso a Madrid). Un golpe de mano contra el cuartel de las Atarazanas en Barcelona. Incursiones montadas en la frontera francesa: la preparada por José Peirats y Federica Montseny en Toulouse, que conduce a un centenar de anarquistas a Vera de Bidasoa, donde una veintena se hacen detener por la guardia civil (noviembre de 1924); la de Francisco Maciá (que ha emitido ya en París billetes y Deuda Pública, a nombre del futuro «Estat Catalá») y del italiano Carlos Malato (redactor de *Le Quotidien*), abortada a la salida de Perpiñán por la intervención de los gendarmes franceses (30 de octubre de 1925).

Poco a poco, la dictadura, paternalista en sus métodos, se implanta en el país. El 29 de septiembre de 1923, tiende la mano a los obreros, provoca la visita del gobernador civil a la Casa del Pueblo de Madrid, trata con Indalecio Prieto —el Jouhaux del socialismo español—, nombra consejero de Estado a Francisco Largo Caballero, más dinámico, crea comisiones paritarias para arbitrar los salarios, estimula la expansión de los sindicatos agrícolas católicos, libres. Deseosa de apoyarse en un movimiento de opinión, funda el 14 de abril de 1924 la «Unión Patriótica», pero, sintiéndose protegida, la burguesía amorfa no comprende la necesidad de colaborar activa-

(5) Durante el período que ha precedido a la Dictadura, la mayoría de los políticos liberales, Antonio Maura, Alcalá Zamora (marranos), el duque de Alba, La Cierva, Romanones, Melquiades Alvarez y García Prieto, se han distinguido por su condescendencia en lo que respecta a los judíos, en especial al patrocinar la creación en Madrid en 1920 de una «Casa Universal de los Sefardim». En 1916, los intelectuales Ramón Menéndez Pidal (marrano), Pérez Galdós, Cajal, Azcárate y el Dr. Pulido, su defensor titulado, habían firmado además un manifiesto en favor suyo.

mente en su propia salvación. Transformado en Directorio civil, el 2 de diciembre de 1925, el Directorio militar da nacimiento el día siguiente a un gobierno, con Martínez Anido en el Interior y, en Hacienda, a don José Calvo Sotelo (ex secretario de Antonio Maura). Un plebiscito llevado a cabo del 10 al 13 de septiembre de 1926, le aporta la adhesión de 6.697.160 «síes».

Tras haber suprimido el 12 de enero de 1924 las diputaciones provinciales (consejos generales), lo que entraña el desmantelamiento de la red de «caciques», la Dictadura se ha dedicado, el 8 de marzo, a reformar las instituciones regionales. Una asamblea las ha discutido el 24 de enero de 1925, y el 12 de marzo se ha promulgado un estatuto, preparado por Calvo Sotelo, que concede a las «Mancomunidades», a las comunidades, como la catalana, si no la autonomía reclamada, al menos cierta descentralización administrativa. Si el problema catalán continúa en pie, otro, el de Marruecos, que no ha cesado de sacudir la vida parlamentaria española y de suministrar pretextos para la agitación, es finalmente resuelto por Primo de Rivera. Al querer liberar el puesto de Igueriben, bloqueado el 17 de julio de 1922 por Abd el Krim (ex cadí de Melilla, entrado en disidencia con los Beni Urriaguel), el excesivamente impulsivo general de Caballería Fernández Silvestre, amigo y protegido del rey, ha provocado el desastre de Anual (21 de julio), la retirada desordenada de 15.000 hombres y el cerco de Nador. Contraatacando el 17 de septiembre con 36.000 hombres, el general navarro Sanjurjo hace reconquistar Nador y el monte Gurugú el 10 de octubre por la Legión (creada por Millán Astray y mandada interinamente por el comandante Franco). Satisfecho con el aquel resultado, el presidente del Consejo, Sánchez Guerra, renunciando a explotar la ventaja, se ha apresurado por otra parte a repatriar a 20.000 hombres (junio de 1923). Poco después, Primo de Rivera asume el poder. Otrora (en Cádiz, en 1917) ha considerado la posibilidad (al igual que Cambó) de un posible cambio de Ceuta por Gibraltar. Temiendo comprometerse demasiado en un avispero, sigue siendo partidario de una ocupación restringida. Pero en el intervalo, Abd el Krim, arrastrando con él a Raisuni, ha logrado concentrar 80.000 hombres, 7.000 de ellos regulares. Es obligado reanudar la campaña: amenaza Tetuán, el 18 de septiembre, y el puesto de Xauen (23 de septiembre-2 de octubre). Y, para hacerlo, resulta indispensable entenderse con Francia. Por mediación de Malvy, Primo de Rivera se entrevista en Tetuán con el mariscal Petain y coordina sus planes con los franceses (28 de julio de 1925). El 8 de septiembre, Sanjurjo organiza, con unos Cuerpos llegados de Ceuta y Melilla, un desembargo en la bahía de Alhucemas, cuyas defensas montañosas son ocupadas el 30. El 10 de julio de 1927, Marruecos está pacificado. Por haberse distinguido brillantemente en aquella campaña, don Francisco Franco Bahamonde ha sido ascendido a general de brigada a los treinta y tres años, el 3 de febrero de 1926.

Aquel éxito militar es completado por unos resultados estimulantes obtenidos en el plano económico. Aprovechándose de que, durante la guerra, las reservas-oro de España han aumentado de 23 a 80 millones de libras esterlinas, y también de la inestabilidad de las monedas, que ha vertido hacia España, aparentemente dotada de un gobierno estable, abundantes capitales extranjeros, el Directorio ha podido emprender un vasto programa de obras públicas: construcción de carreteras, de hoteles, de presas, etc., iniciando así el desarrollo del país. Pero, si bien el déficit ha sido reducido de 576 millo-

nes de pesetas a 476 en 1932, la deuda ha aumentado en cuatro años de 417 a 924 millones y, en total, de 15 a 20 mil millones de pesetas. Tal vez ha pecado, en la materia, de un exceso de prisa y de optimismo, que no tardará en exponerle, como veremos más adelante, a las consecuencias fatales de un brusco cambio de la coyuntura, secuela de la crisis mundial de 1929 (baja de los precios agrícolas, paro obrero y caída de la peseta, de 33 a 47 por una libra).

Buenos resultados, pero demasiada indulgencia: la Francmasonería se reconstituye

Lo mismo que ha pecado, en el terreno político, por exceso de confianza y de indulgencia. Ya que ni los miembros de las logias ni los revolucionarios han arriado bandera. Dejados en libertad para seguir con sus intrigas, los primeros se reparten entre dos obediencias en 1923: la Gran Logia española, surgida en 1885 de la Gran Logia regional catalano-balear (y reconocida por la Masonería internacional), y el Gran Oriente español, resultado de una fusión llevada a cabo el 5 de abril de 1888 por don Miguel Morayta. Dedicado a preparar el plan de Federación Ibérica, del que ya hemos hablado, este último ha descentralizado su organización (la reforma, proyectada en 1920, iniciada en 1923, adoptada en mayo de 1925, fue definitivamente aplicada en Alicante, en julio de 1926: se establecieron siete Grandes Logias, en Madrid para el Centro, Gijón para el Noroeste, Barcelona para el Nordeste, Alicante para el Levante, Cartagena para el Sudeste, Sevilla para el Sur y Tánger para Marruecos) y trasladado su sede central a Sevilla, en 1927, siendo su Gran Maestre el profesor Demófilo de Buen «Manuel Kant», sucesor de Augusto Barcia en 1923 y de don José María Rodríguez y Rodríguez en 1924). En las altas esferas, las logias se benefician aún de singulares complicidades: la «Institución Libre de Enseñanza» designa entre sus profesores al doctor Negrín (futuro jefe del gobierno rojo enfeudado a los comunistas); ministro de Instrucción Pública, el duque de Alba protege a la «Junta de ampliación de Estudios». Los talleres se multiplican. La Gran Logia, en vez de 10 en 1922, cuenta con 42 en 1927 (en La Línea de la Concepción, en frente de Gibraltar, hay 5 del Gran Oriente y 3 de la Gran Logia: más que parroquias). En la asamblea del Gran Oriente de aquel mismo año, el secretario general se muestra jactancioso: «Hemos conquistado unas posiciones que hacen posible la revolución», proclama. En los medios universitarios, naturalmente, en los que Antonio Sbert (que ha ultrajado a Primo de Rivera, al inaugurar un pabellón del Instituto agronómico) y Graco Marsá Vancells animan la «Federación Universitaria Escolar», F. U. E. (enero de 1927), y la Liga de Educación Social (inaugurada en junio de 1928, cerrada en marzo de 1929). Y también en los grupos extremistas. Entre los comunistas (cuyo partido ha visto la luz en 1921), cuyo primer diputado en las Cortes, en 1933 y 1936, será el Hermano «Lenin», Cayetano Bolívar Escribano, a pesar de que Trotsky ha impuesto como 22.ª condición para la admisión en el Komintern el no haber pertenecido ni pertener a Ordenes masónicas «burguesas». Y entre los anarcosindicalistas que, reunidos en congreso internacional en Valencia en julio de 1927, fundan la «Federación Anarquista Ibérica», F. A. I., organización secreta (extendida a Barcelona, Valencia, Zaragoza, Bilbao, Gijón, La Coruña, Madrid, Sevilla y Santa Cruz de Tenerife).



Dom STURZO



Marcha sobre Roma



NITTI



OLIVEIRA SALAZAR



José Antonio PRIMO DE RIVERA



General PRIMO DE RIVERA



Thäelmann



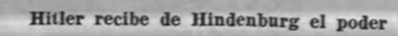
Golpe fallido de Munich



Rudolf HESS



Gabinete von PAPEN



Hitler recibe de Hindenburg el poder





Junta de Burgos

Gabinete BLUM

Jornada del 6 de febrero de 1934

Gabinete REYNAUD

Gabinete PETAIN

Ante la ofensiva que, manifiestamente, se prepara, la Dictadura acaba por reaccionar. Don Miguel de Unamuno y el profesor Jiménez de Asúa son exilados a las Chafarinas, Rodríguez Soriano a Fuerteventura, Alvarez del Vayo es puesto a la sombra, Fernando de los Ríos y Sbert perseguidos, el Ateneo cerrado, multados el doctor Marañón y Romanones (lo que provoca la risa general, pues la avaricia de este último es notoria). El 15 de marzo de 1929, el gobierno se atreve incluso a denunciar, aunque demasiado tarde, la actividad de los sociedades secretas, que animan los complots contra el régimen. Complots a la antigua, que se saldan con fracasos. Tentativa de utilizar el descontento que reina entre los oficiales de Artillería (desde que les ha sido impuesto el ascenso por elección, el 9 de junio de 1926) para sublevar un regimiento en Ciudad Real el 29 de enero de 1929, mientras que, desde el 19 de enero, se ha desencadenado una huelga en Barcelona, y que, en Valencia, Sánchez Guerra, exilado voluntariamente a Francia del 11 de octubre de 1927 al 1 de enero de 1929, se lanza a una aventura descabellada, tan espectacular como inútil, para arrastrar a las tropas y... rendirse al gobernador.

La crisis financiera acaba con el régimen, privado de apoyo sólido

Evidentemente, para librar la batalla contra la Dictadura y la Monarquía es preferible utilizar otras armas y proceder de un modo sistemático. Atacar de inmediato a la primera, financieramente vulnerable desde que el restablecimiento de las monedas europeas ha provocado la retirada de los capitales extranjeros (1928), que la crisis bursátil de Nueva York y la intervención de la banca judía han entrañado la caída de la peseta (1929) y que la hostilidad de las compañías petrolíferas, y en particular del multimillonario Deterding, la amenaza, por haberse atrevido a crear, el 28 de julio de 1927, una sociedad nacional, la C. A. M. P. S. A. (con un capital de 2.965 millones de pesetas, de los cuales el Estado ha anticipado el 30 %) para el refinado y la venta de aquel producto. Y hacer de manera que el soberano, considerando que «su Mussolini» ha gastado su crédito, participe en su caída. Aunque se le atribuye la frase: «A mí nadie me la juega a lo Borbón», para Primo de Rivera ha llegado el momento de hacerse «borbonizar». El 31 de diciembre de 1929, anuncia su intención de ampliar la organización de la Unión Patriótica y de proceder a unas elecciones municipales y locales. Mientras que, el 11 de enero de 1930, vuelve la agitación estudiantil, animada por la F. U. E., con el pretexto de reclamar la absolución de los profesores «de izquierda» Ortega y Gasset, Felipe Sánchez Román, Luis Giménez de Asúa, Fernando de los Ríos y Alfonso García Valdecasas, el dictador amenazado, ejerciendo su poder en nombre del ejército, solicita inútilmente de sus iguales, los días 26 y 27 de enero de 1930, que le renueven su confianza. Aislado, se retira, y los primeros sorprendidos son los republicanos, que no han tenido casi nada que ver en el asunto (28 de enero de 1930).

El último cuadro de «liberales» septuagenarios de la Monarquía

El gabinete formado el 30 de enero por el general Berenguer, con el duque de Alba en la Instrucción Pública, no es más que la emanación del Palacio. Al descubierto, aislada a su vez, la Monarquía se convierte inme-

la guerra religiosa. Reunida en asamblea del 23 al 25 de mayo de 1931, la Gran Logia transmite al gobierno sus consignas, a la vez contra la Iglesia (separación del Estado, expulsión de las **congregaciones, institución del matrimonio civil), contra el ejército (creación de un servicio militar voluntario, llamado de milicias)** y contra los ricos (limitación del derecho de propiedad, etc.).

El escrutinio para la designación de los miembros de la Asamblea constituyente tiene lugar el 28 de junio. Es una marea roja que inunda al país. Favorecidas por una nueva ley, que rebaja la edad electoral de veinticinco a veinte años, instaura el escrutinio de lista provincial y otorga en las ciudades una amplia prima a la mayoría, las izquierdas totalizan (a pesar del 29 % de abstenciones —4.348.691 votantes, sobre 6.199.750 inscritos—, entre otras la de los anarquistas de la C. N. T.): 270 escaños (110 para los socialistas y 160 para la izquierda radical, 50 de ellos para lo radicalsocialistas de Marcelino Domingo y Alvaro de Albornoz, separados de los radicales de Lerroux en 1928; 36 para la «Esquerra Catalana» del coronel Maciá, dirigida por Luis Companys, y 20 para la Acción republicana de Manuel Azaña y José Giral), contra 125 para el Centro (90 para los radicales de Alejandro Lerroux y 32 para los republicanos conservadores de Alcalá Zamora y Miguel Maura) y 70 para la Derecha (30 agrarios católicos, 12 nacionalistas vascos y tres de la Liga regional catalana).

Disponiendo de semejante mayoría, la Masonería tiene las manos libres para aplicar íntegramente su programa. La Constitución (discutida en la Logia «Plus Ultra» de París el 27 de julio de 1931), votada el 9 de diciembre de 1931, es el reflejo fiel de sus voluntades. Elegido el 10 de diciembre, por 410 votos, para la Presidencia de la República, Alcalá Zamora ha cedido las riendas a Manuel Azaña. Aparte de Indalecio Prieto en Obras Públicas y de Carner Romeu en Hacienda, todos los miembros del gabinete son masones: Luis de Zulueta en Asuntos Exteriores, Casares Quiroga en el Interior, José Giral en la Marina, Fernando de los Ríos en la Instrucción Pública, Marcelino Domingo en la Economía, Francisco Largo Caballero en Trabajo: en total, siete masones.

Contra la Iglesia, la Constitución (que por otra parte ha decidido mantener una sola asamblea, tipo Convención) decreta (artículos 25 y 26) la separación de la Iglesia y del Estado, la supresión de los haberes del clero (67 millones) en un plazo de tres años, la expulsión de los jesuitas, la prohibición de enseñar a las Congregaciones (Universidades y colegios secundarios serán cerrados el 31 de diciembre, lo que dejará a 350.000 alumnos en la calle), la institución del matrimonio civil y del divorcio, la prohibición de las procesiones sin autorización y de los entierros religiosos sin petición expresa.

Contra el ejército, Azaña, ministro de la Guerra, depura y «tritura» el cuerpo de oficiales, reducido de 21.000 a 8.000 por pases a la reserva, anula los ascensos por méritos de guerra, limitándolos a la antigüedad (favoreciendo con ello a los mediocres), cierra la Academia General militar de Zaragoza (organizada por el general Franco), reduce el número de grandes unidades de 16 a 8 Divisiones de Infantería, de tres a una División de Caballería, y el Tercio de la Legión a una compañía por «bandera» (batallón), y suprime los Consejos y los Tribunales de la Guerra y de la Marina. En cambio,

el gobierno, que tras haber suspendido en mayo los periódicos *A B C* y *El Debate* clausura los centros de los partidos de oposición, tradicionalistas nacionalistas y Acción Popular en febrero de 1932 (cuando los diputados agrarios y monárquicos, reducidos a la impotencia, han abandonado la asamblea después de la constitución del gabinete Azaña), estimula la formación de milicias por las Juventudes socialistas.

Contra los ricos: La Constitución prevé la expropiación de las fincas de más de 25 hectáreas, no explotadas directamente, a cambio de indemnizaciones, y nacionalizaciones; la ley agraria de los días 9-15 de septiembre de 1932 llega más lejos y decreta la confiscación de los bienes de la Corona, de los jesuitas y de los Grandes de España (en número de 390). De modo que en dos años 90.000 hectáreas podrán ser distribuidas entre 9.000 familias campesinas. Un gesto más simbólico que eficaz.

Los republicanos, con el reloj parado en el Cuarenta y Ocho, desbordados

Con el reloj parado en el Cuarenta y Ocho, oradores de logias y de clubs, alimentados con grandes principios pero ignorantes de las realidades económicas y sociales, los políticos de aquella Segunda República, inagotables en sus promesas demagógicas, han suscitado en el pueblo unas esperanzas desmesuradas. Incapaces de satisfacerlas, desbordados por sus tropas, se ven irremediablemente obligados a reprimir duramente los excesos de aquellos a los que han engañado o a dejarse arrastrar por la corriente revolucionaria que han liberado imprudentemente. No cabe duda de ello, en cuanto las centrales extremistas reanudan su actividad. Sin embargo, a cambio de la amnistía (de la que se beneficiarán Buenaventura Durruti, los hermanos Ascaso, Juan García Oliver y otros muchos), los dirigentes de la C. N. T. habían prometido en Valencia, el 19 de marzo de 1931, participar en las elecciones y observar tres meses de tregua con respecto al gobierno republicano. Reunidos en congreso en Madrid, del 11 al 16 de junio de 1931 (mientras que por su parte la Asociación Internacional de Trabajadores agrupa, para su IV Congreso, 28 delegados pertenecientes a 25 países), son conscientes de su fuerza, en progresión constante (30.000 afiliados en 1915, 600.000 en 1919, 800.000 en 1931, 1.200.000 en junio de 1932). Y las circunstancias son de lo más favorable para un recrudecimiento de la agitación social. Agravada por la huida de los capitales, por la disminución de una quinta parte de las reservas del Banco de España, la crisis económica deja en la calle a un número inquietante de parados: 500.000 a finales de 1932, un millón en 1933, un millón y medio en 1934. La explosión de una bomba en el paseo de Gracia, en Barcelona, a raíz de una huelga de Teléfonos, ha roto ya la tregua. Del 18 al 25 de julio de 1931, Sevilla conoce una «semana sangrienta». Ayudados por «pistoleros» catalanes, el doctor Pedro Vallina y el Comité de Reconstrucción revolucionaria de Manuel Adame Misa dirigen el asunto. El 18, un sindicalista resulta muerto y otro herido. En la noche del 20 al 21 tiene lugar una concentración en Alcalá de Guadaira contra la capital andaluza, cuyo centro anarquista, la casa «Cornelio», tiene que ser derribada a cañonazos el 22, en tanto que en el parque de María Luisa, el 23, al disparar contra unos presos que tratan de huir, la policía mata a cuatro rebeldes, entre ellos dos comunistas. Un mes más tarde, en Zaragoza una huelga produce un muerto y varios heridos. En Barcelona, los detenidos se sublevan

en la prisión, mientras sus amigos intervienen desde el exterior: tres muertos, entre ellos un agente de la autoridad, son el trágico balance de la jornada.

El gobierno masónico, que ha proclamado el estado de sitio, a raíz de la quema de conventos y, más tarde, en Sevilla, se esfuerza en vano en mantener su autoridad promulgando en 1931 una ley de Defensa de la República, seguida de otra sobre el Orden Público en julio de 1933. Confiando muy poco en la Guardia Civil, ha creado, con la Guardia de Asalto, una nueva fuerza que le es adicta, a la que tiene que emplear a fondo, ya que las huelgas se multiplican (se producirán 30 generales y 3.600 parciales, en los primeros veinte meses de la República) y va a chocar, por primera vez, con los anarquistas y los comunistas reunidos. La subversión no tarda en extenderse a las zonas rurales de Andalucía. El 31 de diciembre de 1931, en Castilblanco (Badajoz), seis guardia civiles son salvajemente mutilados y asesinados por unos obreros comunistas de la U. G. T., enfurecidos por la ley socialista de «términos municipales», que les ha atado a la gleba de su municipio (9 de noviembre), y por la propaganda revolucionaria de la judía alemana Margarita Nelken Amusbergen, la cual, sin ser española, ocupa un escaño en la Asamblea como diputado socialista y preside un Comité para la disolución de la Guardia Civil. Se cuentan seis muertos y medio centenar de heridos, y se efectúan 50 detenciones. El 19 de enero de 1932, una nueva hoguera revolucionaria se enciende en la cuenca del Llobregat, a las puertas de Barcelona. El 22, el ejército expulsa a los insurrectos de Cardona. Casares Quiroga, ministro del Interior, deporta a 104 dirigentes a Villa Cisneros, a bordo del «Buenos Aires». Los campesinos catalanes, «rabassaires», cuya Unión, creada el 18 de junio de 1926 bajo la égida de Luis Companys, agrupa a unos 14.000 afiliados y forma el ala activa del «Estat Català», se hacen dueños de Tarragona durante unas horas. Los autonomistas se encuentran en plena efervescencia. El 24 de abril de 1932, organizan una manifestación monstruo de 200.000 personas, celebran una reunión con sus aliados de Galicia y de Vizcaya (que han obtenido un estatuto para el país vasco el 10 de junio de 1932) el 21 de julio, y a finales del mismo mes dirigen a la Sociedad de Naciones un memorándum reivindicando la independencia, sobre las «bases de Manresa» de 1892 (independencia que, de serles concedida, les reduciría a la miseria al privarles de su mercado interior). El Estatuto concedido a Cataluña el 10 de septiembre de 1932, que instituye una Generalidad dotada de una asamblea autónoma, no logra calmar su agitación. En el asunto, en el que anarquistas y comunistas han unido sus esfuerzos, el propio Azaña denuncia la mano del extranjero.

Entrada en escena del Komintern

Evidentemente, el Komintern no está dispuesto a dejar a la República española el tiempo necesario para consolidarse. Sin embargo, el partido comunista está dando aún los primeros pasos. Nacido en 1920 del acercamiento entre los extremistas de las juventudes socialistas, trabajados por Borodin y Roy, y los elementos trotskistas de la C. N. T., se ha constituido en 1921, pero la dictadura le ha reducido a la clandestinidad y la disidencia de Joaquín Maurín, jefe del «Bloc obrer y camperol», y de Andrés Nin, fundadores del «Partido Obrero de Unificación Marxista» (P. O. U. M. trotskista) en Blanes, los días 17-18 de abril de 1930, lo ha debilitado singularmente.

Siguiendo instrucciones de Lozovsky, no se ha reconstituido hasta 1932, en torno al periódico *Mundo Obrero* y un Comité Central compuesto de José Díaz, Dolores Ibarruri (La Pasionaria), Manuel Hurtado, Antonio Maza y Manuel Roldán. Ramón Casanellas, uno de los asesinos de Dato, se ha encargado de montar su aparato militar. Todo bajo el control de los representantes sucesivos del Komintern, Palmiro Togliatti, el alemán Heinz Neumann, y luego (a finales de 1933) el argentino Vittorio Codovilla, más tarde secundado por el búlgaro Stepanov. Por iniciativa suya, no tarda en proliferar las habituales organizaciones paralelas de simpatizantes: «Amigos de la U. R. S. S.», introducidos por el ministro judío Fernando de los Ríos, que ha establecido contacto con Ostrowsky (que ha llegado en 1931 para firmar un acuerdo sobre los petróleos con Indalecio Prieto), en cuya junta directiva figuran, sobre un total de 59 personalidades políticas, 28 masones. Y, a raíz de una conferencia de Henri Barbusse en el Ateneo el 8 de julio de 1933, el «Comité de Ayuda antifascista», en el que encontramos a los más ilustres de ellos: Luis Jiménez de Asúa, Ossorio y Gallardo, Diego Martínez Barrio, Claudio Sánchez Albornoz, Sánchez Román, etc. Mientras aquellos eternos Kerenski flirtean con los jefes de la subversión, su policía no cesa de enfrentarse a los amotinados. El 8 de julio de 1932, en Villa de Don Fadrique (Toledo), se sublevan 500 campesinos; la guardia civil sufre un muerto y seis heridos; los rebeldes, tres y diez. Comunistas, han obedecido a las instigaciones del doctor Cayetano Bolívar Escribano, Hermano «Lenin», diputado comunista, que reside allí.

Pero se prepara una segunda erupción revolucionaria, denunciada aquí y allá por el descubrimiento de depósitos de bombas (el 1 de enero de 1933, estalla uno en La Felguera, Asturias; el 2, se localizan 200 artefactos en Barcelona; más de 10.000 han sido distribuidos entre Cataluña, Aragón y Valencia). El 7, un comité reunido en Barcelona decide desencadenar el movimiento al día siguiente: un cuartel y el edificio de Correos son atacados, dos barrios ocupados, así como algunas alcaldías, en Levante; en Lérida es asaltada la Ciudadela; en Madrid, fracasan unos golpes de mano contra tres cuarteles y el aeródromo de Cuatro Vientos; en Andalucía, estallan disturbios en las zonas rurales. En Casas Viejas, donde el viejo anarquista «Seisdedos» se ha atrincherado en una choza con cinco hombres y dos mujeres, el desenlace es dramático: los guardias de asalto del capitán Rojas (que, al salir de Madrid, ha recibido del director general de Seguridad, Arturo Menéndez, y del ministro Casares Quiroga la orden de «disparar al vientre») prenden fuego a la cabaña y tiran a mansalva sobre los fugitivos, matándolos a todos. A pesar de la promulgación de una ley sobre el Orden Público, el 26 de julio de 1933, las huelgas se suceden: 27.000 mineros en Asturias, en Barcelona en la industria textil, el gas y la electricidad (17 de octubre), en Madrid en la construcción (finales de octubre, tres muertos, varios heridos), huelgas acompañadas de sabotajes de vías férreas, de líneas telegráficas, de descrubimientos de armas (27-28 de octubre en Zaragoza), de bombas, etc. Del 8 al 14 de diciembre de 1933 estalla una tercera tentativa anarquista de gran estilo, con tiroteos en Barcelona, ocupación de Hospitalet, ataque al gobierno civil de Zaragoza, desórdenes en la Rioja, en la provincia de Huesca, en Teruel, en Villanueva de la Serena (Badajoz), descarrilamiento del expreso Barcelona-Sevilla, cerca de Valencia (18 muertos, un centenar de heridos) y, para terminar, un ensayo abortado de huelga general.

Nacimiento de la Falange

¿Va a sumirse la Segunda República española, antes de haber vivido, en la anarquía? Unos hombres valerosos tratan de evitarlo. En el terreno militar, social y electoral. Trasladado del mando de la Guardia Civil al de los Carabineros, el general Sanjurjo ha intentado inútilmente un «pronunciamiento» en Sevilla, el 10 de agosto de 1932, acompañado de golpe de mano fracasado contra el ministerio de la Guerra en Madrid. Creyendo disponer del apoyo de dos guarniciones en el Norte y de tres en el Sur, no ha sido seguido y, condenado a muerte (con conmutación de pena e internamiento en el penal del Dueso), sólo ha logrado hacer encarcelar al coronel Varela en Guadalajara, alejar al general Goded y al general Franco de la península y deportar a Villa Cisneros a 144 de sus coacusados. Era demasiado tarde, o demasiado pronto (Franco, como muchos de sus colegas, no estaba dispuesto a sublevarse más que en caso de peligro comunista inminente y de disolución de la Guardia Civil). En el terreno social, José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador, expone por primera vez el 29 de octubre de 1933, en el teatro de la Comedia, de Madrid, los objetivos de la Falange, cuyo programa de 27 puntos, que prevé unas profundas reformas con vistas a la integración de las clases, será publicado en octubre de 1934. Las ideas fascistas penetran entonces en España, bajo su forma italiana, a través del socialista «latino» Giménez Caballero, discípulo de Curzio Malaparte (en 1928), o alemana, a través de Ramiro Ledesma Ramos, admirador del Fuhrer, y de Onésimo Redondo, lector de Manheim, que ha fundado en Valladolid en 1930 las «Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista», publicando un programa en 1931 y creando unos sindicatos. Esos diversos movimientos se fusionan con la Falange, el 13 de febrero de 1934. Pero es ya muy tarde, y aquella semilla sólo madurará después de las duras vicisitudes de la guerra civil.

Exito electoral de los moderados

En el terreno electoral, puesto que hay República, y en lo inmediato, el católico José María Gil Robles, jefe de la Acción Popular, apoyado por Angel Herrera, director del periódico *El Debate*, prepara la constitución de un bloque de moderados, la «Confederación Española de Derechas Autónomas» (C. E. D. A.) con vistas a próximos escrutinios. El 23 de abril de 1933, en las elecciones municipales parciales (destinadas a cubrir los escaños de los consejeros invalidados en 1931), el gobierno sólo obtiene 5.048 elegidos contra 10.983, 4.900 de ellos para la Derecha). En septiembre, Alcalá Zamora obliga a Azaña a retirarse y confía a Alejandro Lerroux, que fracasa, y luego a Martínez Barrio, la tarea de formar un gabinete (del que forman parte cuatro masones pertenecientes al Frente antifascista: Rico Abello en el Interior, Claudio Sánchez Albornoz en el Ministerio de Estado, Juan Botella Asensi en la Justicia y el presidente del Consejo, Gran Maestre del Gran Oriente), y disuelve la Asamblea. Las elecciones legislativas del 19 de noviembre de 1933, en las cuales, por primera vez (de acuerdo con la ley del 27 de julio de 1933), las mujeres son llamadas a votar, y los anarquistas se abstienen (de modo que habrá 8.711.136 votantes, sobre un total de 12.913.783 inscritos, es decir, un 32,5 % de abstenciones), conceden a los moderados una cómoda mayoría: 207 escaños para la Derecha (156 para la C. E. D. A., 43 para

la «Comunión Tradicionalista», 15 para «Renovación Española», 86 agrarios, 12 nacionalistas vascos) y 167 para el Centro (104 radicales, 25 de la «Lliga Catalana», 18 republicanos conservadores, nueve liberales demócratas, cinco independientes, tres progresistas), contra sólo 99 para la Izquierda (58 socialistas —en vez de 110—, 18 de la «Esquerra» —en vez de 36—, ocho de Acción Republicana —en vez de 20—, seis de O. R. G. A. de Galicia, un comunista y un solo radical-socialista, sobre 50). Cansada de los excesos de todas clases, la opinión pública ha reaccionado con bastante claridad para que se consolide una democracia relativamente ordenada.

Pero, aunque el jefe de las derechas, Gil Robles (al que se acusa de querer instaurar un régimen corporativista, al estilo del canciller austríaco Dollfuss), proclama el 20 de diciembre «una absoluta lealtad hacia el régimen que el pueblo español ha querido darse», y participa, aceptando las tres carteras de Justicia, Agricultura y Trabajo, en la formación del gabinete Lerroux, sucesor del gobierno de Ricardo Samper Ibáñez (noviembre de 1933-1 de octubre de 1934), el 4 de octubre de 1934, la actitud de los «verdaderos republicanos» no resulta por ello menos intranquilizadora. Antes de las elecciones de noviembre de 1933, la Gran Logia había dado a sus afiliados la consigna de «unirse con las organizaciones locales, a fin de concluir alianzas para luchar contra la reacción que nos amenaza». Tras el fracaso electoral, y en vísperas de la firma de un pacto de alianza revolucionaria, el 28 de marzo, entre anarquistas y comunistas, el 22 de marzo de 1934 una circular del Gran Oriente moviliza a sus afiliados contra lo que podría significar la dictadura, y señala como «el más grave peligro, el fascismo» (la obediencia en cuestión cuenta en aquella época con 14.375 afiliados). En consecuencia, Martínez Barrio y su «Unión Republicana» se separan del partido radical el 16 de mayo de 1934, en tanto que Manuel Azaña y su Izquierda Republicana, así como Sánchez Román, se retiran del gobierno. En un discurso pronunciado en Barcelona, Marcelino Domingo profiere entonces las amenazas más explícitas: «Actuaremos —declara aquel sincular demócrata—, incluso contra la voluntad del pueblo». «Y, si se nos cierran los caminos legales, nos lanzaremos a la conquista del poder por la fuerza». «Masones, tenemos que ser los primeros en dar la mano al proletariado y en hacer la revolución controlada por nosotros», escribe «La Constancia» de Ceuta a «La Renovación» de La Línea de la Concepción. Bajo la égida de la II Internacional, en Amsterdam, se forma un Comité para la Revolución en España con los altos dignatarios Martínez Barrio, De Buen, Barcia. Les apoya la banca judeo-norteamericana Kuhn-Loeb (marqués de Santa Clara, en el *A B C* del 27 de octubre de 1934). Numerosos indicios revelan un tráfico de armas intenso. En París, Henri Brottier, grado 33, amigo de Herriot, sirve de intermediario con la C. H. C. W. de Praga. Se efectúan unas remesas por avión, en julio, a un pueblo de Salamanca; otras, desembarcadas en Cádiz, deben ser transportadas a Galicia por el «Turquesa» en septiembre.

Primera insurrección, sofocada

La formación del gabinete Lerroux, con participación de la C. E. D. A. (4 de octubre de 1934), da la señal de la insurrección. El 6 de octubre, Companys (que el 9 de junio ha pretendido repartir las tierras a los «rabassaires» y mantener su «ley de cultivos» de enero de 1934, revocada por

el gobierno central) proclama el «Estat Català» independiente. A pesar de la abstención de los anarquistas, dispone de 60.000 hombres. provistos de armas compradas en Suiza por Ventura Gassol y Dencás. En frente no tiene más que a 3.200 guardias de asalto y a unos 5.000 soldados; pero, por muy catalán que sea, el general Batet reacciona el 7 y le detiene, así como a sus colegas. Con todo, su aventura ha costado 46 muertos y 117 heridos. En Madrid, un golpe de mano contra el ministerio del Interior fracasa lastimosamente. Pero, en Asturias, el levantamiento adquiere caracteres de guerra civil. Por instigación de Largo Caballero (apartado de su consejero Fabra Rivas y embaucado por sus cuñados Alvarez del Vayo y Luis Araquistain, notorio filocomunista), la U. G. T., rechazando los consejos de moderación de Julián Besteiro y de Trifón Gómez, ha concluido una alianza obrera revolucionaria, el 28 de marzo. (Mientras que en 1900 contaba con 42.000 afiliados, con 220.000 en 1918-1920 y con 300.000 en 1931, sus efectivos han alcanzado el millón, de ellos 445.000 campesinos, en junio de 1932, y 1.250.000 en 1934.)

En nombre de la «Unión de los Hermanos Proletarios», dirigida por Belarmino Tomás, 30.000 mineros (de los cuales 20.000 pertenecen a la U. G. T.), saliendo de Mieres, se apoderan de Oviedo y de Gijón, asesinan a sacerdotes, ingenieros, contramaestres y guardias civiles (70 de ellos en Sama) y amenazan con aniquilar las débiles guarniciones de la región (2.000 hombres). Tres columnas de socorro, la del general López Ochoa, procedente de León por el puerto de Pajares, la del coronel Solchaga, de Bilbao por Avilés, y la de los legionarios del coronel Yagüe, desembarcados en Gijón, penetran el 12 en la capital asturiana saqueada, cuya catedral ha sido volada. La lucha es dura: los amotinados sufren 855 muertos y 1.449 heridos, y las fuerzas del orden 219 muertos, 46 desaparecidos y 743 heridos; se capturan 17.645 armas; se han provocado 1.292 incendios; 750 edificios están destruidos. El general López Ochoa, encargado de la represión, que ha entrado en la ciudad haciendo signos masónicos de reconocimiento, ha dejado escapar al principal dirigente de la rebelión, Ramón González Peña (masón, detenido ya el 15 de diciembre de 1930, después de las huelgas de Huelva, y dejado en libertad provisional), que se ha llevado 11 millones del Banco de España y será capturado más tarde (el general no dejará por ello de comparecer en Bruselas ante un Consejo de siete Hermanos designados por la Asociación masónica internacional creada en Ginebra en 1921), pero su sentencia, al igual que la pronunciada contra Companys, será conmutada. Azaña, detenido en Barcelona, y Largo Caballero serán absueltos; de un total de 20 condenas a muerte, sólo se cumplirán las de dos sargentos. El número de detenciones ascenderá a 1.100.

Entretanto, cinco miembros de la C. E. D. A. entran en el gabinete Lerroux, reajustado el 6 de mayo de 1935. Mientras don Manuel Jiménez Fernández se esfuerza, sin ser seguido por la asamblea, en remediar la miseria de los campesinos, ayudando a los «yunteros» de Extremadura e iniciando una reforma agraria moderada. Gil Robles, asumiendo la cartera de la Guerra, nombra secretario de Estado al general Fanjul y jefe de Estado Mayor al general Franco, cuya inteligencia y ponderación habían sido apreciadas por Diego Hidalgo, su predecesor, cuando ejercía el mando en las Baleares (16 de marzo de 1933), hasta el punto de llevarle a su lado como adjunto y nombrarle general de división en marzo de 1934. El general Goded es colocado

al frente de las fuerzas de Marruecos. Amnistiado, el coronel Varela es nombrado general, en tanto que los más destacados de los generales de izquierda (futuros jefes de los rojos), Miaja, Riquelme, Mangada, se ven relegados a puestos de segundo orden. Dos divisiones motorizadas están en vías de constitución. Se destina un crédito de 1.100 millones de pesetas, repartido en tres años, a la modernización del ejército. Así defendida, la República española, bajo la dirección de hombres de orden y de progreso, ¿logrará consolidarse? ¿O se trata simplemente de un rellano en la pendiente fatal, por la que sus animadores sectarios no renuncian a empujarla?

* * *

Las «Ligas» y la «Action Française» contra el Cartel

Sobrepasando el estrecho marco de la península ibérica, los fomentadores de guerras y de revoluciones han concebido sus planes de desintegración a escala de toda la Europa Occidental. La hora del enfrentamiento entre Frentes Populares y Fascismos (incluyendo en este último término toda resistencia, bajo cualquier forma, a la bolchevización) ha sonado en Francia, lo mismo que en España.

Desde que con el Cartel de las Izquierdas, dueño del poder en Francia en 1924, la República masónica se ha repuesto, católicos, ex combatientes, clases medias y estudiantes han expresado su protesta contra el retorno al sectarismo, a los escándalos, a la impotencia del régimen de anteguerra, oponiendo a los viejos partidos podridos Ligas de todas clases. Aunque la más numerosa —1.800.000 afiliados— es la Federación Nacional Católica del general Castelnau (reforzada por la «Liga de los Religiosos ex combatientes» del Padre Doncoeur), la más antigua y la que ejerce una mayor influencia sobre las mentes es sin disputa la «Action Française» (14 de enero de 1905). Surgida de una modesta revista fundada por Henri Vaugeois y Maurice Pujo, en la época del caso Dreyfus (del 18 de agosto de 1898 al 20 de junio de 1899), publicada el 1 de agosto de 1899, su pensador Charles Maurras (1868-1952), colaborador de la *Gazette de France*, a raíz de una amplia «encuesta» (1900) entre los escritores más célebres, tales como Paul Bourget (1900) y Jules Lemaitre (1903), la unió a una Monarquía, a la vez tradicional y moderna. En tanto que la «Liga de la Patria Francesa», que la ha precedido, ha fracasado a pesar del patrocinio de la mitad de la Academia, por falta de un programa, la «Action Française» se distingue sobre todo por su doctrina: «El rey, protector de las repúblicas francesas», organización corporativa, inspirada en la Tour du Pin (*Hacia un orden social y cristiano*, 1907, *Aforismos de política social*, 1909) y en el catolicismo social, método del «empirismo organizador» (derivado del positivismo de Augusto Comte, del Renán de *La Reforma intelectual y moral*, del Taine de los *Orígenes*...), principio del «política en primer lugar», nacionalismo «integral», lucha contra los Cuatro Estados confabulados para humillar a Francia (Judaísmo, Francmasonería, Protestantismo y Plutocracia). Por su periódico, *Action Française*, creado el 21 de marzo de 1908, por la calidad de sus colaboradores (entre ellos Jacques Bainville), así como por la acción violenta de sus equipos de «Camelots du Roi» (nacidos en octubre de 1908, comprometidos en los casos

Thalamas y Bernstein), ha conquistado la audiencia de la élite intelectual y estudiantil francesa (55.000 abonados). Odiados por la policía secreta del régimen, sus dirigentes son el blanco de «anarquistas» que asesinan a Marius Plateau, André Berger, hacen desaparecer a Philippe Daudet, perpetran atentados contra Charles Maurras, en tanto que la *Sûrete* detiene a Leon Daudet, culpable de defender la memoria de su hijo (detenido, luego evadido el 15 de junio de 1927), en espera de hacer condenar a un año de prisión condicional en 1929 a Maurras, por amenazas al ministro del Interior Schrameck (y a un año de prisión efectiva en 1936 por injurias a los 140 parlamentarios partidarios de una guerra contra Italia).

Altercados con Pío XI

Siempre lleno de recursos, Aristide Briand encuentra incluso un aliado en el Vaticano contra aquellos temibles adversarios. Gracias a una hábil «combinazione», a la cual se presta el nuncio monseñor Maglione, se hace pagar la mejora de las relaciones con la Santa Sede con una condena pronunciada en consistorio secreto, publicada el 29 de diciembre de 1926, en forma de un decreto del Santo Oficio. En efecto, el pontífice Ratti ha aplaudido la reapertura del expediente (introducido el 26 de enero de 1914 por el Oratoriano modernista Laberthonière, discípulo de Maurice Blondel, para la inclusión en el «Indice» de siete obras de Maurras, tildado de «positivista», y del periódico *Action Française*, rechazado por Pío X el 29, con este comentario elogioso: «Maurras es un gran defensor de la Iglesia y de la Santa Sede», y archivado de nuevo por Benedicto XV en 1915), por iniciativa de los demócratas cristianos y del abate Trochu, de «L'Ouest-Eclair», por medio de una declaración del cardenal Andrieux, de Burdeos, tan ultrajante en la forma como débil en su argumentación. Actuando más como profeta fanático que como pastor de almas, aquel Papa, adentrado en la vía del progresismo, agrava aquel gesto (tanto más absurdo por cuanto la «Action Française», grupo político, no ha pretendido nunca dar consignas a los católicos, en su calidad de tales, y entre sus afiliados se cuentan los principales oradores de la Liga Católica, Xavier Vallat, La Cour Grandmaison y Philippe Henriot), por la severidad con la que trata al Padre Le Floch, del seminario francés de Roma, obliga al cardenal de la Curia Billot a dimitir, reprende a 11 de los 17 arzobispos franceses, exige de 116 obispos la firma de una declaración de obediencia, etc. Aquella «vendetta», cuyos únicos beneficiarios son los herederos del abate Loisy (8), antiguos condenados del «Sillon» de Marc Sagnier (1873-1950), que han tenido la desfachatez de oponerse a la formación de sindicatos cristianos, 1-3 de noviembre de 1919,

(8) Alfred Loisy, profesor de hebreo y de Sagrada Escritura, autor de unos artículos sobre «La Religión de Israel», sucesivamente condenado por el Papa León XIII (en la encíclica «Providentissimus Deus», del 18 de noviembre de 1892, confirmada en 1899, «Desde el día...», y de nuevo por Pío X —él y su «sociedad secreta»— en la encíclica «Pascendi», del 8 de septiembre de 1907. Excomulgado, no sometido, terminó como profesor en la Escuela de Altos Estudios y en el Instituto de Francia.

Después del abate Naudet y su *Justice sociale* (13 de febrero de 1908), el abate Lemire (en 1910), los fundadores de la revista *Le Sillon* (Marc Sangnier, Paul Renaudin, Etienne Isabelle), abandonados por Marius Garin y el abate Desgranges, combatidos por 31 obispos, fueron condenados por Pío X, el 25 de agosto de 1910, por sus divagaciones, mezclando apóstoles y «grandes antepasados» anarquistas y «testigos de Cristo», por sus ataques contra la jerarquía social y la propiedad.

recomendando la adhesión a la C. G. T. marxista en la *Jeune Republique*, y los demócratas cristianos agrupados por Francisque Gay en torno a *La Vida Católica* (fundada por el abate Dabry), aquella venganza escandaliza tanto más a los fieles por cuanto el pontífice se coloca en plena contradicción con sus dos predecesores (como más tarde con Pío XII que, cediendo a las instancias de los cardenales Verdier y Villeneuve, de numerosos miembros del Clero francés —e incluso de Georges Goyau, católico liberal— cerca de monseñor Ottaviani, levantará la condena de la «Action Française» el 5 de julio de 1939). E incluso en flagrante contradicción con el liberalismo de que da muestras en la negociación de concordatos, no sólo con Polonia (juramento de los obispos al gobierno), Rumanía (prohibición a los sacerdotes de militar en los partidos), sino también en lo que atañe a los detractores de la Iglesia y a los francmasones de todos los pelajes, tales como los dirigentes de Checoslovaquia (Masaryk y Benes), a los cuales promete intervenir en 1928 para evitar que los sacerdotes eslovacos apoyen el movimiento autonomista. Y con los miramientos con que trata a los peores enemigos del cristianismo, marxistas y comunistas, a los que sólo se decidirá a condenar con la encíclica «Iniques afflictusque» en 1926 (después de los excesos cometidos en Méjico por Carranza y Obregón, en 1924), y de nuevo, mezclando a sus críticas acusaciones de injusticia social, con la encíclica «Quadragesimo anno» del 15 de mayo de 1931, y, en los últimos años de su pontificado, con la encíclima «Divini Redemptoris» de 1937 (morirá el 10 de febrero de 1939).

Colaboración sin futuro del nacionalista Maurras y del sindicalista Georges Valois

Aparte Jacques Maritain (casado con una israelita conversa, Rhaïssa), que se separó de ella (y terminó su carrera como cardenal laico nombrado por Pablo VI), la «Action Française» no registró, ni entre sus dirigentes ni entre sus afiliados, defecciones notorias como consecuencia de la condena pontificia. No obstante, su reclutamiento se resintió del hecho, en el preciso instante en que fracasaba su primera tentativa de ampliar su audiencia a los medios del trabajo. Hasta 1925, en efecto, se había limitado en ese terreno a mantener una filial, la «Unión de Corporaciones francesas», centro de estudios cuya penetración era muy reducida. Fue entonces cuando Charles Maurras, consciente de la necesidad de pasar, en materia social, de la teoría a las realizaciones prácticas, se decidió, el 11 de noviembre de 1924, a apoyar los esfuerzos de un sindicalista, Georges Gressent, llamado «Valois», discípulo de Proudhon, de Sorel, de Nietzche, amigo de Auguste Ramon y de Fernand Pelloutier y director de la «Nueva Librería Nacional», creador de organismos profesionales tales como la «Casa del Libro», inspirador de «La Semana del Libro», animador de círculos Proudhon, para lanzar, el 25 de febrero de 1925, un semanario, *Le Nouveau Siècle* (que se convirtió en diario del 7 de diciembre de 1925 hasta abril de 1928), y hacer campaña para la convocatoria de Estados-generales de los Gremios. Pero la colaboración de los dos hombres fue efímera; la unión del nacionalismo y del sindicalismo francés desembocó en una rápida separación. Después de haber agrupado a los ex combatientes de «Action Française», Georges Valois constituyó, el 11 de noviembre de 1925, con la colaboración de Philippe Lamour, Hubert Bourgin, Marcel Boucard, Philippe Barrès y Jacques Debû-Bridel, un «Fascio» estilo mussoliniano, inde-

pendiente de la A. F., que asustó a algunos de sus comanditarios por sus osadías sociales. Gracias al apoyo financiero del banquero Jean Beurrier, del industrial Serge André, de los Hennessy, de Bertrand d'Aramon, yerno de Edgar Stern, de la B. P. P. B. y sobre todo de François Coty, Valois continuó su acción sindicalista, en el *Nouveau Siècle* y luego en *Le Nouvel Age*, en 1930.

La prensa amordazada: «L'Ami du Peuple» de François Coty

Principal suministrador de fondos del movimiento, François Spoturno, llamado Coty (1869-1934), de origen corso, perfumista en París desde 1904, apasionado por las cuestiones de información, iba a sacrificar su fortuna y su vida por tratar de liberar a la prensa francesa del dogal que la oprimía: a saber, el monopolio de distribución de las Mensajerías Hachette (con un capital de 100 millones en 1919) y el consorcio de los cinco grandes periódicos estrechamente dependiente de la agencia Havas: *Le Petit Journal* (comprado en septiembre de 1932 por Jean Prouvost, con el azucarero Beghin y Raymond Patenôtre, que lo controlará en julio de 1934), *Le Petit Parisien* (Joseph Elie Bois, Albert Londres), *Le Journal* (Ignace Marthon, Pierre Guimier, Géo London, Pierre Wolf), *Le Matin* (Bunau-Varilla, Henri de Jouvenal, Stéphane Lausanne, Jules Sauervein), *L'Echo de Paris* (Henry Simond, Jean Hirsch dot Hutin, Henri Grunbaum, alias «Géraud», alias «Pertinax»). Ha comprado ya acciones del *Gaulois* y del *Figaro* en 1922, a fin de realizar la fusión del primero con el segundo, cuando lanza, el 2 de mayo de 1928, con Lucien Romier, un diario al precio de dos sueldos (en vez de cinco), *L'Ami du Peuple*. Un proceso, con condena al pago de una indemnización de 10 millones, le había permitido eliminar los obstáculos planteados por *L'Echo de Paris*, que se había negado a imprimirlo en febrero de 1928, y por las Mensajerías Hachette, que se habían negado a distribuirlo y alimentarlo en publicidad. Denunciando, por la pluma de Urbain Gohier y de Brenier de Saint-Christo, los turbios manejos de la plutocracia, aquel órgano popular tira a finales de año 700.000 ejemplares. Pero François Coty, víctima de intrigas en su propio consejo de administración, obligado a liquidar en mayo de 1932 en manos de Havas *L'Ami du Peuple*, tras haber gastado 500 millones de la época en su periódico, sucumbe a un «golpe bajo» que le arruina: una demanda de divorcio presentada por su esposa, casada en régimen de comunidad de bienes y caída bajo la influencia de su amante, un judío rumano. Obligado a entregar, en concepto de liquidación, varios centenares de millones a su ex esposa y a cederle sus acciones del *Figaro*, tiene que renunciar a todos sus bienes y muere desesperado en el curso del verano de 1934.

Así se acallaba a una voz molesta, en el momento en que la impotencia, el fraude y la corrupción del régimen provocaban la repulsa de los franceses. A los ministerios sucedían los ministerios: André Tardieu (3 de noviembre de 1928) logra que se apruebe la primera asignación de fondos, 4.000 millones, para la construcción de la línea Maginot (4 de enero de 1930), barrera fortificada (surgida de los planes Painlevé, de 1925 a enero de 1929), que ofrece el inconveniente de dejar descubierta la frontera del norte, desde Longwy hasta Dunquerque, y de no compaginar con los compromisos ofensivos asumidos hacia la Pequeña Entente, mientras que el general Weygand no consigue que se apruebe la creación de unidades motorizadas (cinco divi-

siones y cinco brigadas de caballería, más una división ligera mecánica) (9). Llamado de nuevo, después de la puesta en minoría de Henry Chéron por Robert Lamoureux (17 de febrero de 1930) y la caída de Camille Chautemps, Tardieu logra poner en marcha los seguros sociales, establecer la gratuidad de la enseñanza secundaria, dedicar 3.500 millones a la reparación de carreteras y conceder unas pensiones a los ex combatientes (mayo de 1930). Pero, derrotado el 4 de diciembre, tiene que ceder el puesto a un gabinete efímero presidido por Theodore Steeg (13 de diciembre de 1930-23 de enero de 1931). Pierre Laval, autodidacta, ex diputado de Aubervilliers, pacifista y, hasta 1920, socialista, ha formado un primer gobierno, el 27 de enero de 1931, y, después de una interrupción de algunos meses, un segundo, el 14 de enero de 1932, con Tardieu en la Guerra, en espera de que este último vuelva a tomar las riendas, el 20 de febrero de 1932 (y haga aprobar una ley generalizando las asignaciones familiares, sin que las nacionales puedan obtener el ser organizadas en el marco regional y profesional, de acuerdo con la enmienda Vallat).

Inestabilidad, derroche, escándalos

El 1 de mayo de 1932, los electores envían al Parlamento a 368 diputados de izquierda (160 radicales, 131 S. F. I. O.), sobre un total de 594, contra 224. Mientras que en la presidencia de la República el politécnico Albert Lebrún sucede el 10 de mayo de 1932 a Paul Doumer (elegido contra Briand el 13 de mayo de 1931, asesinado por Gorguloff el 6 de mayo de 1932), Edouard Herriot reaparece en la presidencia del Consejo, el 3 de junio de 1932, y cae el 14 de diciembre, al proponer que se paguen las deudas norteamericanas. Su ministro de la Guerra, Paul Boncour, llamado a reemplazarle el 18 de diciembre, cae a su vez el 28 de enero de 1933, porque su ministro de Finanzas, Henry Chéron, ha propuesto unas medidas impopulares (5.400 millones de recargo al 7 % de los impuestos directos y 5.300 de economías) para reducir un déficit de 11.000 millones. El 31 de enero de 1933 aparece un gabinete Edouard Daladier seguido de Albert Sarraut, el 27 de octubre, y de Camille Chautemps (Sublime Príncipe del Real secreto), el 23 de noviembre. Es decir, cinco ministerios en dieciocho meses. Los franceses están hartos de aquella comedia parlamentaria.

Se preocupan de nuevo por el desorden de las finanzas. Aunque la crisis bancaria norteamericana de 1929 no haya afectado demasiado (en términos relativos) al país, cuya moneda acababa de revalorizar Poincaré, la situación económica no puede decirse que sea brillante. A partir del ejercicio 1930-31, las finanzas sufren un déficit crónico (5.000 millones, gastos 56.000, ingresos 51.000, en 1930-31; 5.000 millones, 53.000-48.000, en 1931-32; 4.000 para nueve meses, en 1932; 11.000, en 1933, reducidos teóricamente a 3.600 el 2 de junio, pero en realidad a 6.000, el 23 de octubre; afortunadamente, gracias a los socialistas moderados Renaudel, Adrien Marquet, Marcel Déat y treinta de sus amigos «neos» en la Cámara, y a Caillaux en el Senado, el 13 de febrero de 1934 podrá ser aprobada una tanda de 1.883 millones de economías, 1.026 millones de impuestos y 1.775 millones de fuentes diver-

(9) Inglaterra ha creado una brigada blindada en 1926; Alemania estudia en 1930 su programa de divisiones blindadas; después de haberlo hecho el italiano Douhet, el coronel De Gaulle escribe en mayo de 1933 su artículo de la Revista política y parlamentario sobre el empleo de los blindados (descuidando su enlace con la aviación).

sas). La circulación fiduciaria no cesa de aumentar (67.000 millones en 1929, 76.000 en 1930-31, 88.000 en 1931-32). Los gastos presupuestarios absorben el 21 % de la renta nacional, en vez del 14 % de antes de la guerra. Y si bien esa renta (250.000 millones en 1931) alcanza 50.000 millones antiguos, en comparación con 37.000 en 1914, en cambio, la riqueza nacional (valorada en 1.300 millones en 1931) sólo representa 260.000 millones reales, contra 302.000 en 1914. La deuda interior, consolidada y flotante, es de 268.000 millones en 1930 (53.000 millones antiguos), con un aumento del 38 % sobre la de antes de la guerra. El déficit de los ferrocarriles es tal que el Estado ha tenido que entregar al fondo común 8.000 millones, desde 1921 a 1931. El índice de la producción (100 en 1913), restablecido a 109 en 1924, retrocede de 140 en 1930 a 124 en 1931. Aunque la producción agrícola haya aumentado, los ingresos rurales sólo alcanzan en 1925 el 86 % de lo que eran en 1913. Las importaciones han caído de 58.220 miollnes en 1929 a 42.205 en 1931, y las exportaciones, de 50.199 a 30.435. El déficit de la balanza comercial, por tanto, es de 12.000 millones. Los rentistas y propietarios de inmuebles están casi arruinados. El comercio al detal sufre: el número de suspensiones de pagos ha aumentado de 2.127 en 1921 a 7.587 en 1931. Y los artesanos desaparecen (8.582.000 en 1911; 2.754.000 en 1931). En cuanto a los asalariados, su índice (100 en 1913) se ha elevado de 109 a 121 en París y de 114 a 128 en provincias, como consecuencia de la reducción del coste de la vida, de 587 a 531 en París y de 621 a 551 en provincias, entre 1930 y 1931; pero resulta imposible reducir asignaciones y salarios en proporción. Las dificultades provocadas por la crisis en algunos establecimientos financieros, Banco de Alsacia-Lorena, Banco nacional de Crédito, etc., ha permitido al Estado aumentar su control sobre el sistema bancario: Crédito nacional, Bancos populares, Cajas de crédito agrícola, Banco nacional del Comercio exterior.

Sometidos a tantos sacrificios, los franceses no soportan ya el espectáculo del despilfarro y de los escándalos que no han cesado de pudrir al régimen. ¡Están hartos! Y la época es fértil en ellos... En diciembre de 1928, Louis-Lucien Klotz, ex ministro de Finanzas de Clemenceau, jugador empedernido, ha sido detenido por emisión de cheques sin fondos. *L'Ami du Peuple* denuncia los tráficos de Marthe Hanau, de la *Gazette du Franc*, comanditaria del *Quotidien*, el órgano del Cartel. En octubre de 1930, es condenada a dos años de prisión. En aquel momento, Raoul Péret, Guardián de los Sellos, se decide a perseguir judicialmente al financiero Oustric. Cuando aquel mismo ministro ha quedado salpicado por el escándalo de la «Snia Viscosa», por haber autorizado sin garantía suficiente la cotización en Bolsa de aquella firma en 1920, a petición de Gaston Vidal, administrador de Oustric. A finales de año, el anuncio hecho por Germain-Martin, de que en el momento en que se dispone a recapitalizar el Banco de Alsacia-Lorena, «181 banqueros parisienses están actualmente inculpados, 35 de ellos detenidos», basta para provocar 4.000 millones de retiradas. Coronándolo todo, en diciembre de 1933 estalla el escándalo Stavisky. En connivencia con Garat, teniente de alcalde, Serge Alexandre Stavisky, judío ucraniano, ha emitido Bonos del Crédito municipal de Bayona por valor de 239 millones, garantizados por unas joyas falsas o robadas. Procesado por diversas estafas, cuyo importe se aproxima a los 650 millones, se beneficia de diecinueve aplazamientos, gracias al procurador general Pressard, cuñado de Camille Chautemps. Con sus esplendideces, ha sabido comprar la conciencia de numerosos políticos (por su parte, el partido radical expulsará a siete de sus miembros, entre ellos cinco

francmasones, a raíz de su congreso de 1934) y de buena parte de la prensa (su secretario Astruc se ha encargado de repartir entre 500 periódicos una «propina» de dos millones, de cuya suma corresponderán 400.000 francos al consorcio Haas-Hachette). En consecuencia, todos ellos están interesados en enterrar el caso y reducir sus consecuencias. Hasta el punto de que, poco después de la detención de Garat (7 de enero de 1934), seguida al día siguiente de la dimisión de Dalimier (ex ministro del Trabajo, que había recomendado los Bonos de Bayona), se encuentra a Stavisky, procesado el 17 de enero, «suicidado» en un chalet de los alrededores de Chamonix, y más tarde, en la noche del 20 al 21 de febrero, al consejero Prince, encargado de la encuesta, muerto sobre la vía férrea en la Combe-aux-Fées, la víspera de una entrevista con el presidente del Tribunal de Casación. Violentamente atacado en la Cámara por los diputados Ibarbégaray, el 11 de enero, y Philippe Henriot, los días 18 y 23, el gobierno obtiene todavía 367 votos contra 201, pero la dimisión del Guardián de los Sellos, Raynaldy, comprometido en la quiebra del Banco Sacaman, el 27 de enero, provoca la salida de Camille Chautemps (iniciado el 8 de diciembre de 1906, en los «Demófilos» de Tours, grado 30, caballero Kadosch), reemplazado el 30 por Edouard Daladier.

Revuelta de las Ligas: jornada del 6 de febrero

En París, los periódicos echan chispas, no sólo los cotidianos (*La Liberté, L'Action Française, L'Ami du Peuple*), y los semanarios nacionales (*Candide*, nacido en 1924, *Gringoire*, creado en 1926), sino también una parte de la gran prensa (*L'Echo de Paris, Le Matin, L'Intransigeant*), la opinión se amotina, la oposición se agita (las Ligas, y también la Liga de los Contribuyentes de Louis Large y el Frente Campesino de Dorgères), la revuelta amenaza. El primer gesto del nuevo ministro del Interior, Eugène Frot (iniciado el 26 de noviembre de 1926 en la Logia «Etienne Dolet» de Orleans), es el de alejar al prefecto de policía Chiappe, del cual desconfía, enviándole a la Residencia de Rabat (3 de febrero). Pero el interesado rechaza aquel «ascenso» y el ministro de Finanzas, Piétri, el de la Guerra, coronel Fabry, y el prefecto del Sena, Renard, se solidarizan con él y amenazan con dimitir, en tanto que se producen esporádicas manifestaciones, a partir del 5 de febrero. La tarde del 6, las Ligas movilizan a sus tropas para las seis y media con vistas a una demostración contra la Cámara de Diputados. Una hora más tarde, al grito de «¡Abajo los ladrones!», una columna compuesta de 2.000 «Camelots du Roi» y de camisas azules de la «Solidaridad Francesa» (10), reforzada por 4.000 «Jóvenes Patriotas» (11), llegados por el muelle y las Tullerías, se dirige hacia el puente de la Concordia, donde 1.500 guar-

(10) La «Solidaridad Francesa», constituida por el comandante Jean Renaud, con el apoyo de François Coty, Jacques Roujon, Jacques Fromentin y Jacques Ditte, cuenta con unos 10.000 afiliados. El «Francismo», organizado a finales de 1933 por Marcel Bucard, colaborador del *Nouveau Siècle*, que asistirá al congreso de la Unión fascista de Montreux y visitará a Mussolini en 1935, agrupa casi a otros tantos.

(11) Movimiento separado de la «Liga de los Patriotas» del general Castelnau en 1924 por Pierre Taittinger, hombre de negocios bonapartista, más tarde ligado a la Banca Worms. A raíz del asesinato de 4 de sus hombres, en la calle Damrémont, el 25 de abril de 1925, aquella agrupación, que dispone de un semanario, *Le National*, desde el 10 de enero de 1926, reúne hasta 300.000 afiliados en 1929. Hostil a la vez al socialismo y al liberalismo, se adherirá a la Revolución nacional y a la Carta del Trabajo de Vichy.

dias móviles, a las órdenes de Marchand, director de la policía municipal, la acogen con una cerrada descarga: se cuentan siete muertos y numerosos heridos. A las ocho y media, otra columna de 15.000 miembros de la Unión nacional de Combatientes de Georges Lebecq, de condecorados y de oficiales combatientes, desemboca desde los Campos Elíseos. Rechazados de la calle Royale hacia la Opera, se encaminan también hacia la Concordia, donde una nueva descarga les detiene: seis muertos. En total, la jornada, en la cual han tomado parte unos 40.000 manifestantes sin armas, se salda con 16 muertos, 15 de ellos por disparos de armas de fuego, y 665 heridos del lado de las Ligas, y 1.660 heridos, uno de ellos mortalmente, entre las fuerzas de policía. Sin embargo, por detrás del Palais-Bourbon, formados en dos columnas, 10.000 Cruces de Fuego y Voluntarios nacionales han llegado desde los Inválidos a la calle de Bourgogne, a las siete y cuarto, para dar media vuelta ante la primera barricada, meterse por la calle Saint-Dominique, en torno al Quai d'Orsay, y dispersarse a las nueve. Conducta un poco rara, pero que más tarde se explicará en el curso del proceso incoado al jefe del movimiento por Pozzo di Borgo, el 27 de octubre de 1937. Se descubrió entonces que el coronel De la Rocque (oficial en Africa, agregado al Estado Mayor del mariscal Foch, enviado en misión a Polonia), entrado al servicio de Ernest Mercier en la Compañía general de Electricidad, cuando obtuvo su retiro de teniente coronel, convertido en vicepresidente en 1930, y en presidente de las Cruces de Fuego al año siguiente, recibía unas subvenciones, no solamente de aquel magnate de la electricidad, sino también unos subsidios sobre los fondos secretos, que le concedía André Tardieu, presidente del Consejo en aquella época. Las seguridades dadas por el ministro del Interior, Frot, al senador Henry Lémery en la tarde del 6 de febrero, al decirle: «Por ese lado, no tenemos nada que temer», quedan así explicadas. Además, el coronel, que en Casablanca prometió no atacar nunca a los judíos, aceptó fondos de los Rotschild y situó en su gabinete, al lado de un polaco, a un Carvalho, de la familia portuguesa del ingeniero de Politécnica del mismo nombre, cofundador de la Alianza Israelita Universal. En tales condiciones, su «ersatz» de fascismo, ofrecido como exutorio a la cólera de los patriotas franceses, no iba a poner en peligro al «sistema». A pesar de su inactividad en la tarde del 6 de febrero, aquel movimiento (surgido de un núcleo restringido de 3.500 veteranos a finales de 1929, para agrupar a 15.000 ex combatientes en 1930, 36.000 a finales de 1932, engrosado en 1933 con «Voluntarios nacionales», que aumentaron sus efectivos a cerca de 60.000 a finales de año) atrajo, a la vez por su disciplina militar y por un programa tan vago como tranquilizador de reconciliación, de renovación (limitado por ejemplo a la reducción del número de diputados), a la mayoría de los «nacionales», engañados una vez más cuando, bajo la amenaza de una segunda manifestación, en esta ocasión armada, la tarde del 9 de febrero, Daladier, dimisionario a las 14 horas, después de haber denegado a Frot los poderes para detener a los jefes de la oposición, cedió el puesto a un gabinete de Unión presidido por el sonriente Gaston Doumergue.

La Francmasonería, ganada al marxismo

Sin embargo, el doctor Cousin y su Unión antimasónica emprende inmediatamente una acción para denunciar la maleficencia de las logias. ¿No ha sido acaso la solidaridad masónica lo que ha permitido cubrir los ma-

nejos de Stavisky, comanditario del Cartel en las elecciones de 1932? En mayo de 1934 se publican unas listas de francmasones, en las cuales figuran, en torno del Gran Maestre de la Gran Logia, Gaston Mesureur, sus adjuntos Blumenthal y Silvy, y un tal Moses como gran tesorero. Los diputados Xavier Vallat y René Dommange, a raíz de una discusión sobre las milicias privadas, presentarán incluso en la Cámara, el 28 de diciembre de 1935, una moción en favor de la disolución de las logias, que será rechazada por 370 votos contra 91. Llueve sobre el Templo y, a pesar de que el doctor Voronoff en persona presidirá la asamblea del Gran Oriente en 1934, las obediencias francesas, lejos de rehacerse, ven fundirse sus efectivos (65.000 en el Gran Oriente y 16.000 en la Gran Logia en 1935), cesar su reclutamiento y a una multitud de hermanos mediocres y arrivistas abandonar sus columnas, por temor a reacciones populares y también a las tendencias marxistas cada vez más acusadas de la Francmasonería.

Como en los mejores tiempos del combismo, su programa consiste en: domesticar al ejército («Si el ministro ascendiera únicamente a los grados superiores a los oficiales que hayan dado pruebas irrefutables de su fidelidad a las instituciones republicanas... el ejército sería republicano», asamblea del Gran Oriente de 1926, págs. 234-240); dominar la enseñanza (la asamblea del Gran Oriente de 1929 deplora «la tolerancia que estamos sufriendo» y reclama finalmente «para coronar nuestro edificio bajo un gobierno laico... la institución del monopolio de la enseñanza»); minar el patriotismo («la idea de patria, al menos tal como se entiende actualmente, debe ser destruida en la mente de los niños» y «el derecho a la objeción de conciencia reconocido en todos los Estados pertenecientes a la Sociedad de Naciones», Gran Oriente, 1928, página 120, ya que «Queremos ser la élite y la escuela de los grandes ciudadanos del mundo, que tienen por patria a la Internacional», Gran Oriente, 1929, pág. 253); transformar la Sociedad de Naciones en Parlamento internacional elegido («Del seno de las logias brota la chispa que provoca la eclosión de las Sociedad de Naciones, germen de los Estados Unidos de Europa y tal vez del mundo», se enorgullece el Gran Oriente en 1932, en tanto que las asambleas de 1924, 1925 y sobre todo 1928, adoptando el programa de Mr. Henri Dumont, se han pronunciado por la creación de aquel Parlamento, previsto ya en 1917 en el mensaje de Leon Bourgeois al presidente Wilson); trabajar para el «establecimiento de un organismo internacional... susceptible de dirigir la economía mundial» (Gran Oriente, 1932, página 188), y desarmar, no sólo en el marco de «una entente franco-alemana, preludio del desarme general y de la constitución de los Estados Unidos de Europa» (Gran Oriente, 1928, pág. 121), sino incluso unilateralmente, cuando la Sociedad de Naciones se desintegra y Alemania rearma, lo cual sería un suicidio (asamblea del Gran Oriente de 1933). Ex Gran Maestre de la Gran Logia D. F., Lucien de Foyer dirige los innumerables movimientos pacíficos paramasónicos. Oficina internacional de la Paz, etc.

En el terreno económico, finalmente, la Francmasonería se ha aliado al marxismo. En su informe a la Gran Logia D. F., en 1927 (págs. 422-424), el Hermano Leblanc se pronuncia sin rodeos: «Parece que la mayoría de los talleres reclama la nacionalización... de los ferrocarriles, de las minas, de la hulla blanca, de los bancos, de las compañías de seguros, del petróleo y del azúcar», bajo la forma de «nacionalización industrializada», estudiada y elaborada por la C. G. T. El Gran Oriente opina igual, en la asamblea de 1930,

en la cual Gaston Martin desempeña un papel importante: «El capitalismo sólo desaparecerá con una transformación de la forma misma de la propiedad... Habrá que proceder obligatoriamente por etapas; habrá que atacar primero a la propiedad constituida ya en verdaderos monopolios de hecho» (páginas 156-158). La consigna es estricta: «El socialismo es un ideal que tiende al establecimiento de la justicia económica, dando su sentido completo a las tres palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad» (págs. 108-109). «No hay un francmasón que pueda declararse a la vez su adversario y buen masón». «Es preciso, pues, que los masones se dediquen en primer lugar a ejercer en las organizaciones mutualistas, sindicales y cooperativas la máxima actividad... para conducirlas hacia unas realizaciones de orden práctico, pero inspiradas en el ideal socialista» (págs. 153-154).

La «Sinarquía», revolución tecnócrata desde arriba

Semejantes tendencias no dejan de suscitar disidencias y abandonos. Gran Comendador del Colegio de los Ritos, el doctor Camille Savoire rompe con el Gran Oriente en 1935, se levanta en 1936 contra la politización de la Masonería y adhiere el Gran Priorado de las Galias al Gran Priorado de América. En su entorno, lo mismo que en las altas esferas de la Gran Logia D. F., se capta la presencia de adeptos de la «Sinarquía». Las obediencias espiritualistas de la Masonería —en Francia como antes en Alemania— maniobran en efecto para hacer prevalecer, en los medios de la alta técnica y de los negocios, una «revolución desde arriba», estilo dirigismo o socialismo de Estado, tan del agrado de Walter Rathenau. La Orden martinista, reconstituida en 1887 por el doctor Encausse (llamado «Papus») y el bibliotecario Augustin Chaboisseau, con un directorio de doce miembros, y una Orden de Rosa-Cruz, reformada al año siguiente por algunos de los mismos, «Papus» y Stanislas de Guaita, por ejemplo, con Yvon Leloup («Sedir»), Boulet, el doctor Lalande («Mac Haven»), se encuentran en el origen de aquel «Movimiento Sinárquico de Imperio», creado en 1922, cuyo reclutamiento se efectúa, como en el martinismo, por cadena y bajo dos números (el del padrino y el del afiliado). Discípulo del orientalista Fabre d'Olivet, Saint-Yves d'Alveydre (1909), autor de la *Misión actual de los Soberanos,* la *Misión actual de los obreros* y la *Misión de los judíos,* ha sido el Gran Maestre (en 1889) y el inspirador de la Sinarquía, es decir, de una organización supuestamente «científica» de las sociedades, de un tipo de gobierno «general», particularizado en Israel desde la salida de Egipto hasta la erección de la realeza, el de los Jueces (*Misión de los judíos,* pág. 886), de constitución trinitaria sobre la base de tres Colegios: Ciencia, Justicia y Economía; organización judeo-cristiana trabajando por otra parte «para el triunfo de Israel por la Cristiandad» (en el sentido de Darmesteter), para la «restauración de los reyes de Justicia», para la reedificación del Templo y de Jerusalén, para la reconstitución de un reino de los judíos, así como para la «resurrección de las antiguas nacionalidades africanas y asiáticas» (1884, Calmann-Levy, París) y, más tarde, según el «Libro Dorado» de los 13 puntos fundamentales del M. S. E. de 1922, para la constitución de grandes conjuntos: Pan-Euráfrica, Commonwealth británico, Pan-Eurasia (U. R. S. S.), PanAsia, PanAmérica. Las 598 proposiciones de que se compone el programa, fórmula moderna del sansimonismo, están redactadas por otra parte de un modo bastante moderado (aparte la 424, sobre la propiedad-servicio pú-

blico, y la 433, sobre la abundancia que hace «indeseable» la propiedad, que dejan asomar el rabo), a fin de no alarmar a la mayoría de los técnicos a los cuales van dirigidas, sino por el contrario hacerles sentirse halagados por el preponderante papel que se les asigna en el Estado. Aquella organización secreta, calcada de las Ordenes martinistas (la «Antigua y primitiva», de Blanchard, y la de «Menfis y Misraim», de Jean Bricaud —patriarca Juan II—, cuyo sucesor Constant Chevillon será raptado en Lyon y asesinado, el 24 de marzo de 1944) por Dimitri Navachin (economista ruso de Kiev, casado con una judía, caballero Kadosch y martinista, colaborador del Banco para el Comercio y la Industria, en Moscú en 1924, luego director del Banco Comercial para la Europa del Norte, en París, desde 1927 hasta 1930, afiliado entonces de la Francmasonería francesa, amigo de Anatole de Monzie y de Charles Spinasse, autor en 1932 del libro *La crisis y la Europa económica*, publicado por Alcan, asesinado —¿por la Cogulla?— el 26 de enero de 1937), da nacimiento a una serie de grupos de estudio: «X Crise», creado en 1931 para el estudio del «crack» de octubre de 1929 por el ingeriero Jean Coutrot; ampliado en 1933 en «Centro Politécnico de Estudios Económicos» (12), «Comité Nacional de la Organización francesa», fundado en 1920, controlado por Coutrot en 1934 (con los políticos radicales Camille Chautemps, Marchandeau, Raymond Patenôtre, Anatole de Monzie y Albert Sarrault); Escuela, luego Centro (oficializado por Charles Spinasse, ministro de Economía de Leon Blum, el 25 de noviembre de 1936) de Organización científica del Trabajo (cuyo secretario, Francis Hekking, politécnico, creará por su parte en marzo de 1937 el grupo «France 1950», antes de ser enviado en misión por Raoul Dautry a los Estados Unidos en marzo de 1940, donde, nacionalizado norteamericano, permanecerá hasta el momento de presidir la organización administrativa del proceso de Nuremberg), y Centro de Estudio de los Problemas Humanos, compuesto de 40 miembros, como una Academia (Alexis Carrel, Aldous Huxley, René Capitant, etc.), cuyas «Entrevistas de Potigny» serán tema de una obra de Coutrot, autor de *El Humanismo Económico*.

A partir del 6 de febrero de 1934, aquel equipo —Jean Coutrot, Gérard Bardet, Jacques Branger (politécnico, futuro jefe de los servicios económicos de Leon Blum)— intervendrá para neutralizar a la oposición, so pretexto de evitar el enfrentamiento de los dos bloques nacional y popular, inspirando bajo mano los esfuerzos de Jules Romains (Louis Farigoule) para aproximar a los jefes de los «Voluntarios nacionales» (Bertrand de Maud'huy) y de las «Juventudes patrióticas» (Roger de Saivre) por un lado, y determinados dirigentes socialistas, por otro, sobre un «plan del 9 de julio» (emparentado con el Pacto sinárquico revolucionario), que preveía el reforzamiento del Ejecutivo, la creación de un Consejo nacional económico, de un gran ministerio de la Economía nacional, de una Escuela politécnica administrativa, etcétera (Paul Marion, futuro PPF, Alfred Fabre-Luce, Philippe Boegner —hijo del pastor, hermano de J. Marc, agregado a De Gaulle, cuñado del general Massu, por su matrimonio con una hermana Rosenberg—, Louis Vallon... asistieron a aquella reuniones).

(12) Con Jules Moch, primo de Blum, Jacques Rueff, el Dr. Eissler, el profesor Wall, Kellersohn, Marcel Bloch, Rosenstock-Franck, Spinasse, Georges Boris de «La Lumière», Alfred Sauvy, Claude Bourdet, Louis Vallon, Detoeuf, que acompañará a E. Mercier y Schweisguth a Rusia, y, como secretario general, Gerard Bardet, de la Logia Lalande (GLDF), ligado a la banca Worms, yerno del general Pouderoux, Francmasón y Frente Popular.

Gestación de los Frentes Populares

Paralelamente a los grupos sinarquistas, la Francmasonería, considerando «el momento particularmente propicio para dedicarse al estudio de un programa de realizaciones socialistas... común a todas las fuerzas de izquierda» (Gran Oriente, 1930, pág. 167), a favor de las circunstancias creadas por la crisis mundial, trabaja para la constitución de un Frente común. La Logia «Monte Sinaí», que agrupa a numerosos banqueros judíos, bajo la presidencia de Maurice de Toledo, asume la iniciativa de la maniobra política. A raíz que una «mesa redonda» en la que coinciden el 5 de junio de 1933 Paul Perrin y André Lebey, del Gran Oriente, Antonio Coen, Charles Riandey y Gustave Rodrigues, de la G. L. D. F., el radical Gaston Bergery, el socialista Georges Monnet, el comunista Jacques Doriot y Bernard Lecache, de la L. I. C. A., fundan oficialmente aquel Frente común, el 15 de junio. Los refugiados de la Europa central, cada vez más numerosos, han impulsado vivamente aquella entente entre grupos de izquierda.

Después de la reunión en Francfort, el 16 de febrero de 1927, de delegados de las dos obediencias francesas con representantes de la Logia «ecléctica» de aquella ciudad, las relaciones entre masones franceses y alemanes se habían intensificado. Del 27 al 29 de diciembre de 1927 se había celebrado una asamblea de la Asociación masónica internacional en París, y otra en Viena, del 7 al 9 de diciembre de 1928. En Bruselas, en 1930, el centro de las discusiones había sido el problema de la paz mundial. Pero el acceso al poder de Hitler y el fracaso de la Sociedad de Naciones habían disipado aquella euforia. Aterrados por la defección de la Gran Logia de Hamburgo, transformada en «Unión de los Hermanos de la Casa Alemana», y por las primeras persecuciones, el Gran Oriente de Francia lanzó el 5 de abril de 1933 una solemne protesta y celebró en la calle Cadet, el 10 de junio, una gran reunión contra el hitlerismo, en espera de que la asamblea de la Asociación masónica internacional, en Luxemburgo, del 7 al 9 de septiembre de 1934, y la de la Liga internacional de los Francmasones, en Lucerna, decidan las medidas de defensa a adoptar «contra el fascismo». La asamblea del Gran Oriente (del 17 al 21 de septiembre de 1934) se hace eco inmediatamente de aquellas directrices, que la Liga de los Derechos del Hombre, de Victor Basch, con sus 170.000 miembros, toma por su cuenta y difunde entre un público más amplio. En el intervalo, la logia franco-alemana «Goethe», reconstituida en 1929 por los Hermanos André Lebey, del Gran Oriente, y Antonio Coen, de la G. L. D. F., ambos miembros del grupo masónico pro Sociedad de Naciones, se ha encargado de acoger a los emigrados. Y aquellos dos eminentes dignatarios son precisamente los negociadores del Frente común. Y es también la Francmasonería la que, en sus quince regiones de inspección, organiza los «Comités de Vigilancia» al servicio del «Comité de Acción antifascista y de Vigilancia», dirigido por Emile Chartier, llamado «Alain», radical, Paul Langevin, socialista, y Paul Rivet, comunista, los tres masones (Maurice Thorez, secretario general del P. C., será admitido a exponer sus doctrinas, vestido de blanco, en la Logia «Los Amigos de la Humanidad», el 20 de noviembre de 1936).

Resulta, pues, completamente normal que la Francmasonería, amenazada con perder el poder, en la tarde del 6 de febrero apelara, para «salvar la

República», a su ala revolucionaria, cuya influencia era evidente, al menos desde 1930. Normal, también, que a riesgo de desencadenar una guerra civil opusiera a la «Jornada de las Ligas» una contramanifestación comunista, en la plaza de la República, que produjo cuatro muertos el 9 de febrero, una huelga general, el 22 de febrero, acompañada de un mitin en Vincennes y algaradas en los suburbios, que costaron otros cuatro muertos. Normal que explotara el llamado «complot fascista» (acreditado por unas órdenes de La Rocque, redactadas el 3 de febrero) y que se sirviera de él como un «espantajo» para arrastrar a las masas a un Frente Popular, cuyos cuadros preparaba desde hacía varios años.

Gaston Doumergue y la «Unión Nacional» adormecen a la oposición

Pero, como antes hay que soltar lastre, el afable y bonachón francmasón Gaston Doumergue forma un gobierno de salvación del régimen, en el que se encuentran mezclados, en torno a Herriot y a Tardieu, ministros de Estado, Louis Barthou en los Asuntos Exteriores, Albert Sarraut en el Interior, Germain-Martin en las Finanzas, Lucien Lamoureux en el Comercio, P. Etienne Flandin en las Obras Públicas, Queuille en la Agricultura, Louis Marin en la Sanidad, el mariscal Petain en la Guerra, Piétri en la Marina y Pierre Laval en las Colonias. Aquel gabinete de Unión nacional se debate, como sus predecesores, en medio de las secuelas de la crisis económica y financiera. Para reabsorber el déficit —7.000 millones—, obtiene plenos poderes el 16 de marzo, y promulga 14 decretos-leyes el 5 de abril. Pero, a finales de año, el número de parados es de 412.000, una cifra muy elevada para Francia. Rápidamente, la combinación ministerial se desintegra. Albert Sarraut dimite, a raíz del atentado de que han sido víctimas Louis Barthou y el rey Alejandro de Yugoslavia el 9 de octubre. Con el pretexto de que Pierre Laval, estimulado por Gaston Doumergue, prevé una revisión eventual y pacífica de los tratados, Herriot y Georges Mandel se retiran el 8 de noviembre. La formación de un gobierno Pierre Etienne Flandin, el 9 de noviembre de 1934, permite eliminar a André Tardieu y al mariscal Petain y, después de la conferencia de Stresa (11 de abril de 1935), reanudar las conversaciones iniciadas por Louis Barthou y firmar un pacto de ayuda franco-soviético (naturalmente, dentro del marco de la Sociedad de Naciones), el 2 de mayo. El 12, Pierre Laval, acompañado de René Mayer, se dirige a Moscú. Consecuencias: los comunistas levantan su oposición a la aprobación de los créditos militares (800 millones en diciembre de 1935), pero la C. G. T., iniciando la constitución del frente Popular, se alía con la C. G. T. U. Y el déficit persiste —6.000 millones—, y el franco es víctima en mayo de una intensa maniobra especulativa extranjera. Denegada una petición de plenos poderes, combatida por Paul Reynaud, el gabinete cae el 31 de mayo. Rechazada una combinación Fernand Bouisson por la Cámara el 5 de junio, Pierre Laval vuelve a formar el 7 con Flandin un gobierno del que forma parte Herriot como ministro de Estado. El deslizamiento a la izquierda se acentúa. Mientras continúa la eliminación de los «rehenes de derecha», se opera insidiosamente la vuelta al poder de los radicales. A Germain-Martin le sucede en las Finanzas Marcel Regnier, otro radical. Dotado de plenos poderes el 8 de junio de 1935, practica una política deliberada de deflación. Siendo considerable la baja mundial de los precios, se trata de someter a ella los precios interiores (de 1929 a 1936, el coste de la vida ha disminuido un 19 % en París y un

22 %, en provincias). De reducir proporcionalmente alquileres, cupones (30 % de 1929 a 1936), rentas (un aumento del 50 % en el impuesto afecta a las que superen los 50.000 francos), pensiones, asignaciones (disminuidas en un 10 %) y salarios. Empresa temeraria, que provoca reacciones tanto más violentas por cuanto ni los impuestos, ni los servicios, ni los transportes en particular, bajan en proporción. A finales del año 1935, el número de parados, oficialmente de 465.000, se aproxima a los 800.000. Tras el espantajo del «fascismo», he aquí que se agita ante las masas el de la miseria. Aquellos «decretos de hambre» facilitan singularmente la formación del Frente Popular», el 14 de julio de 1935. Torpedeando una vez más al ministerio, Herriot da la señal de retirada de los radicales, el 22 de enero de 1936, y apoya al nuevo presidente del Consejo, Albert Sarraut, ministro del Interior, cuyo primer gesto es el de hacer ratificar el pacto franco-soviético por la Cámara el 27 de febrero, y por el Senado, el 5 de marzo.

Queda así abierto el camino para el Frente Popular, al que animan los refugiados de toda laya, vencidos del marxismo en la Europa central. A ejemplo de la *Pravda*, *L'Humanité* se une a partir del 31 de mayo de 1934 a aquella entente. Un primer pacto «de unidad de acción» ha sido firmado el 27 de julio, sellado el 18 de enero de 1935 por un mitin común, en la sala Bullier, y aprobado por el Comité ejecutivo de la Asociación masónica internacional de París. Por iniciativa del profesor Langevin, un «Comité de Reunificación popular» ve la luz, el 8 de junio. Con ocasión del 14 de julio, organiza una manifestación de 300.000 personas. Los demócratas cristianos más avanzados, el equipo de Emmanuel Mounier, la revista *Esprit*, la revista dominicana *Sept*, responden a la mano tendida por los comunistas. En julio, el VII Congreso del Komintern ratifica la fórmula y la extiende a España. Jefe de la S. F. I. O., el esteta Leon Blum se dedica activamente a definir un programa común, deliberadamente vago, sobre el cual los partidos de izquierda concluyen un pacto electoral, el 10 de enero de 1936. El 3 de marzo, la C. G. T. U. se fusiona, en Toulouse, con la C. G. T.

Leon Blum en el poder

Los «rojos» acuden al escrutinio, a dos vueltas, los días 26 de abril y 3 de mayo, con el slogan que ha sido el de Lenin en 1917: «¡El pan, la paz y la libertad!» Ganan poco más del 3 % en relación a 1932, pero la ley electoral está hecha de tal modo que aplastan a sus adversarios: los comunistas son 72 (uno de ellos francmasón), en vez de 11 en 1932; los S. F. I. O., 149 (con 41 francmasones), en vez de 131; varios grupúsculos, 56 (entre los cuales 14 francmasones), en vez de 37; los radicales, engañados en el negocio, no son más que 109 (con 35 francmasones), en vez de 157, o sea, un total de 386 «Frente Popular» contra 212 «nacionales», de ellos 84 moderados (en vez de 120) y 128 derechistas (en vez de 138). Una tumultuosa manifestación de 400.000 personas, hacia la tumba de los Federados en el cementerio Père Lachaise, el 24 de mayo, seguida el 26 de una ola de huelgas en las cuales toman parte un millón de obreros, celebran aquella victoria. Blum, que forma el 5 de junio un gabinete, sin la participación de los comunistas, con Camille Chautemps como vicepresidente, Raoul Salengro en el Interior, Vincent Auriol en las Finanzas, Daladier en la Defensa Nacional, Ivon Delbos en los Asuntos Exteriores, Maurice Violette y su correligionario Jean Zay (el hombre

de «la bandera al estercolero») en la Educación Nacional, teme encontrarse desbordado por aquella fiebre de subversión.

En su prisa por conceder a sus tropas algunas satisfacciones sustanciales, inspirándose en las teorías de Beveridge sobre la expansión y en la experiencia de Roosevelt (con el cual mantiene un contacto telefónico continuo), reúne en conferencia el 7 de junio, en el hotel Matignon, a los representantes de la patronal (C. G. P. F.) y de los sindicatos (C. G. T.: cuatro millones de afiliados). Los acuerdos, firmados el 8, ratificados del 11 al 18 de junio, hacen obligatorios los contratos colectivos, las vacaciones pagadas (quince días), la semana de cuarenta horas, y prevé unos aumentos de salarios, que varían del 7 al 15 por ciento. La intervención de Moscú apaciguando a los comunistas franceses, dispuestos a proceder a la ocupación de fábricas, permite que se restablezca la normalidad hacia el 20 de junio. El 14 de julio se celebra una manifestación monstruo como remate de aquellos acontecimientos. Sin embargo, la experiencia Blum, pálido remedo del New Deal, concebida por un embrión de «brain trust» en el que figuran Georges Boris (ex secretario del banquero Loewenstein, director del periódico masónico *La Lumière*, fundado en 1926), y el joven Pierre Mendès-France, que ha llamado la atención por sus estudios sobre el Banco de Liquidaciones internacionales, constituye un fracaso. La creación de la «Oficina interprofesional del trigo» provoca las protestas de los campesinos. La nacionalización de los ferrocarriles —su fusión en 1937— (cuando el déficit del conjunto de las compañías había alcanzado 1.600 millones en 1928 y, sólo para el P. L. M., más de un millón, sobre un total de nueve en 1938), lejos de perjudicar los intereses de los Rotschild (que recibieron 270.000 acciones de la S. N. C. F. por la Compañía del Norte controlada por ellos, a raíz de unas negociaciones conducidas por René Meyer, primo suyo por línea materna), les produjo unos dividendos que les permitieron rehacerse (después de la muerte de Edmond, tercero de los hijos de James, en 1934, Edouard y Robert, primos, recibieron en 1936 la mitad de los 50 millones de capital, de los cuales Edouard cedió 1,5 a su hijo Guy) y fundar la «Sociedad de Inversión del Norte», centro de un inmenso «Investment Trust» a la americana.

Devaluación, empobrecimiento, dependencia de Inglaterra

En cuanto a la estatización, preludio de la nacionalización del Banco de Francia, en cuyo Consejo una mayoría de miembros designados por el Estado reemplaza a los «regentes» denunciados como representantes de las «200 familias», de los 200 mayores accionistas (según el slogan lanzado por Daladier), no produce más efectos que el de poner de nuevo en manos del gobierno la «plancha de billetes» y provoca la fuga de capitales (13). Después de haber denunciado «la devaluación» como «una solución desesperada e inmoral» (20 de junio de 1936), Leon Blum y su ministro de Finanzas, Vincent Auriol, recurren a ella por dos veces, el 26 de septiembre de 1936 y el 30 de junio de 1937. Púdicamente presentada como simple «supresión

(13) La ley del 24 de julio de 1936 aumenta su capital a 182,5 millones y confiere al Estado el derecho a nombrar el gobernador y los dos subgobernadores, y a designar en el seno de un Consejo General de 14 miembros: 4 altos funcionarios ocupando el puesto por derecho, y 7 escogidos por el ministro de Finanzas, en presencia de un representante del personal y únicamente 2 de los accionistas.

de la convertibilidad de los billetes», la primera instituye el 28 de septiembre un «franco flotante» entre 25.19 y 34.35 % de su valor Poincaré, y permite al gobierno embolsarse 7.000 millones de moneda ficticia (revaluando sobre la base de 43 miligramos el stock de oro, reducido prontamente de 66.000 a 50.000 millones). La prima a la exportación resultante de aquel despegue es efímera, ya que los precios al por mayor aumentan más del 28 % entre septiembre de 1936 y enero de 1937. La renta nacional sufre una baja continua: de 453.000 millones en 1929 a 393.000 en 1932 y 384.000 en 1938. Entre 1931 y 1939, las acciones pierden la mitad de su valor. Las rentas bajan alrededor de un 16 %, y los recursos agrícolas un 35 %. La actividad bancaria está en franca regresión. Las quiebras de medianas y pequeñas empresas industriales y comerciales se multiplican. El coste de la vida aumenta un 48 % y si bien los salarios, en términos generales, aumentan proporcionalmente (50 %), en la agricultura se quedan atrás (36 %). Las huelgas se suceden. El 8 de marzo de 1937, estallan disturbios en Clichy. La exposición «Artes y Técnicas» no está a punto el día de la inauguración. El 13 de febrero de 1937, Leon Blum tiene que proclamar «la pausa» y, como antaño el Cartel, depositar su balance de quiebra en manos de expertos-liquidadores: Charles Rist, Paul Baudoin, Jacques Rueff. El 17 de junio, Joseph Caillaux hace enmendar por el Senado los decretos-leyes solicitados por el gobierno y, el 21 de junio, Leon Blum dimite.

Pretendiendo convertir a Francia en el paladín de las democracias en Europa, sólo ha conseguido empobrecerla y desarmarla, antes de lanzarla a la guerra. Presidente del Consejo, el 22 de junio, Camille Chautemps y su ministro de Finanzas, Georges Bonnet (llamado desde su embajada en Washington), sólo encuentran en caja 50 millones, cuando hacen falta 25.000 millones para hacer frente a los vencimientos de fin de año. El déficit de la balanza comercial alcanza 19.000 millones en 1937. La especulación internacional contra el franco está en su apogeo; los «Lazard brothers» se lanzan a ello con tanto ímpetu, que están a punto de «saltar». Ante la negativa de los socialistas a romper con los comunistas, Georges Bonnet se retira, el 13 de marzo de 1938. Llamado de nuevo, Leon Blum se rodea de un equipo tan numeroso como mediocre: 23 ministros y 12 secretarios de Estado (entre los cuales bullen medio centenar de judíos en los gabinetes ministeriales, provocando la protesta del Consistorio, que teme una reacción antisemita). El 8 de abril, tropieza con la oposición del Senado al recurso de 8.500 millones de nueva inflación (5.000 de anticipos de la Banca y 3.500 de detracción sobre la Caja autónoma). Cuando Edouard Daladier forma, el 10, un gabinete puramente radical, con Albert Sarraut en el Interior, Georges Bonnet en los Asuntos Exteriores, Paul Reynaud en la Justicia, Paul Marchendeau en las Finanzas y Georges Mandel en las Colonias, la libra esterlina, que valía 80 francos en 1934, alcanza 179, el 4 de mayo de 1938. Revaluado el 12 de noviembre, sobre la base de 27,5 miligramos a 0.900, el franco sólo quedará estabilizado a 176,50 por una libra esterlina después de un acuerdo concluido el 4 de diciembre de 1938 con la Gran Bretaña, acuerdo que liga en adelante a la moneda de la City. Y Francia, cuya prensa recibe subsidios del «Intelligence Service» y de las «Trade-Unions», vuelve a convertirse en vasalla de Inglaterra, que la arrastrará en su estela, ciegamente, hasta el nuevo conflicto mundial que se prepara.

* * *

Los rojos en el poder en Madrid

Entretanto, el Frente Popular ha sumido a España en la guerra civil. Estrictamente sincronizadas con Francia, lo mismo que para las constitución del Frente común, las consignas de la Francmasonería y del Komintern (VIII Congreso de julio de 1935) han sido seguidas a la perfección. En enero de 1935, el Hermano Francisco Esteva Bertrand, de la Gran Logia española, las ha puesto a punto en París, con el Comité ejecutivo de la Asociación masónica internacional. Después de lo cual, Azaña ha establecido contacto en Valencia con los socialistas, los dirigentes anarquistas de la C. N. T. y de la F. A. I. (algunos de los cuales, como Eleuterio Quintanilla Prieto, secretario general en Gijón, Asturias, grado 33, permanecen ligados a las logias) y Angel Pestaña (que ha creado un partido «sindicalista» disidente en abril de 1933, tras haber sido acusado por Juan García Oliver, en el Congreso de Sabadell de abril de 1932, de connivencia con Casares Quiroga).

Formación heterogénea de unión, el gabinete Lerroux presta el flanco a la crítica. Salpicado personalmente por un escándalo, en el cual está complicado su hijo adoptivo (introducción en España por el judío holandés Daniel Strauss de un juego llamado «straperlo»), Alejandro Lerroux dimite el 29 de octubre de 1935. Su ministro de Hacienda, Chapaprieta, se esfuerza en reajustar el gabinete (el vigésimo sexto de la República), pero tiene que ceder el puesto, el 14 de diciembre, a su colega del Interior, Joaquín Portela Valladares. Ex ministro de Fomento en el gabinete destituido por Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923, el nuevo presidente del Consejo (de origen marrano) es un francmasón de altos vuelos (grado 33) al mismo tiempo que dignatario de la Orden de Misraim, cuyas tradiciones revolucionarias conocemos. Colocado al frente de una combinación no-parlamentaria, preside las elecciones del 16 de febrero de 1936, que se sitúan, disueltas las Cortes el 4 de enero, bajo el signo del Frente Popular, concluido el 15 de enero entre la Izquierda Republicada de Manuel Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrio, el Partido Socialista (Indalecio Prieto y la U. G. T.), las Juventudes Socialistas, el Partido Sindicalista de Angel Pestaña, el Partido Comunista de Vicente Uribe, y el P. O. U. M. trotskista de Andrés Nin, sobre un impreciso programa redactado por don Felipe Sánchez Román. Aunque no signatarios del pacto, los anarquistas han accedido a dar sus votos a los candidatos «populares», a cambio de una promesa de amnistía de la que se beneficiarán 15.000 encarcelados. Con el descontento de los funcionarios (amenazados con ver reducidas sus pagas del 10 al 15 %), su intervención en masa (cuando la C. N. T. ha visto aumentar sus efectivos, engrosados con elementos decepcionados de la U. G. T., de 800.000 a 1.200.000) desempeña un papel decisivo en el escrutinio, y rebaja el porcentaje de abstenciones del 32,5 al 31 %, a pesar de la actitud de numerosos moderados, que dejan de acudir a las urnas. En la medida en que son válidas (no siendo posible ningún control de las estadísticas), las cifras dan 4.206.000 votos al Frente Popular, 687.447 al Centro y 3.783.601 a las Derechas. Revisadas por la nueva Cámara, tras numerosas invalidaciones, se convertirán en 4.838.449 votos al Frente Popular, 449.320 al Centro y 3.996.931 a las Derechas. Gracias al recorte de las circunscripciones, al juego de las primas y a las invalidaciones, el Frente Popular se alza con 267 escaños; la Izquierda Republicana cuenta con 84 diputados (54 de ellos francmasones), en vez de cinco; la Unión Re-

publicana con 37 (con 27 francmasones), la Esquerra Catalana con 38 (con 14 francmasones); el Partido Socialista con 90 (con 34 francmasones), en vez de 58); el Sindicalista con uno (francmasón); el Partido comunista con 16, el P. O. U. M. con uno (tres francmasones entre estos últimos). Las Derechas conservan 150 representantes (90 de la C. E. D. A., 12 Agrarios, 12 Monárquicos, 12 Tradicionalistas). En cuanto al Centro, se ve reducido a 50 (de ellos, sólo 16 del grupo Portela, cuatro radicales, una Liga Catalana disminuida en la mitad...). Aquel hundimiento total sólo deja en presencia a dos bloques fatalmente destinados a enfrentarse.

El Komintern prepara y desencadena la insurrección

El financiero Cambó ha aportado imprudentemente su apoyo a aquel triunfo de las izquierdas. Sin embargo, ante aquella «República social», masónica, no encuentran gracia ni Portela Valladares ni Alcalá Zamora. Manuel Azaña, aureolado por su victoria, toma las riendas de manos del primero, el 22 de febrero, antes de ocupar el sillón del segundo (violentamente atacado por Indalecio Prieto el 3 de abril), por 754 votos sobre 847, el 10 de mayo. Aquel masón neófito, por otra parte, sólo está destinado al papel de un Kerenski: abrir las compuertas a la ola revolucionaria, que el Kremlin, más tarde, se encargará de canalizar. El 19 de febrero, la *Pravda* saluda el éxito del Frente Popular como «el comienzo de la ofensiva del proletariado español contra las fuerzas del fascismo y de la reacción» y de «la lucha de los campesinos por la tierra». El 27 de febrero, el Komintern ha concretado sus consignas, que los gobiernos fantoches de Azaña, y luego de Casares Quiroga, aplicarán casi al pie de la letra; destitución del presidente de la República, constitución de un gabinete simpatizante, confiscación de los bienes, creación de milicias (embrión de un ejército rojo), destrucción de los edificios eclesiásticos, terror, ataque contra el régimen fascista de Portugal, etc. Por su parte, del 1 al 12 de mayo, en Zaragoza, los delegados anarquistas adoptarán, por 958 votos contra 30, el programa elaborado por Federica Montseny, Juan García Oliver y Juan López: disolución del ejército, abolición de la propiedad, creación de sindicatos y de comunas libertarias, unión libre, ateísmo, etc.

Hablando en el cine Europa, de Madrid, el 12 de enero de 1936, Largo Caballero, que, caído bajo la influencia de sus dos cuñados, Alvarez del Vayo y Luis Araquistain, y de Margarita Nelken (y bajo el encanto de la hija de esta última, de dieciséis años de edad), acaba de abandonar, en diciembre de 1935, el Comité ejecutivo socialista para asumir la dirección del partido comunista, no ha disimulado que se trataba «de aprovechar el momento más oportuno para imponer la victoria total del marxismo». A fin de preparar aquella acción decisiva, un equipo de 79 agitadores desembarca en Barcelona, en varios grupos, a partir de marzo de 1936. Allí están Bela Kun, Lozovsky, Janson, Primakov, Berzine, Heinz Neumann, y muy pronto Wronsky, Artadel, Antonov Ovseenko (futuro cónsul), Moise Rosenberg (futuro embajador), Leo Jacobson Haikine, Kolzov Gonzburg Friedlander, Stillermann, Wladimir Bischitzki, Samuel Fratkine, Schapiro, etc.: judíos escogidos especialmente para ganar la simpatía de las democracias occidentales en favor de la revolución ibérica. Y a los que Stalin, después de la derrota, hará fusilar implacablemente como trotskistas. Llegados también en marzo, unos

delegados del K. I. M. (Internacional de las Juventudes comunistas, que dirige en París el muy activo Willy Münzenberg), Chemodanov y Guyot, se dedican a unificar los movimientos juveniles y a armarlos, con la ayuda de Santiago Carrillo, que ha regresado de la U. R. S. S. El 11 de mayo se establece una lista del Consejo de los Comisarios del Pueblo. Debe presidirlo Largo Caballero, flanqueado de «Ventura» (Jesús Hernández Tomás, delegado del Komintern), de José Díaz Ramos, secretario general del P. C. y de otros dos comunistas (uno en las Milicias rojas, otro en el Comercio). Aparte de Eduardo Ortega y Gasset, radicalsocialista, abogado del Socorro Rojo Internacional, los otros llevan la etiqueta de socialistas (Jiménez de Asúa en la Justicia, por ejemplo, y también Luis Araquistain Quevedo en el Exterior, y Julio Álvarez del Vayo, notorio filocomunista). De un total de 17, ocho son masones. El 16, se celebran unas conversaciones en la Casa del Pueblo de Valencia. El 24, Largo Caballero anuncia fríamente en Cádiz: «¡Impondremos la dictadura del proletariado!» En el periódico *Claridad* (del que dispone desde el 6 de abril), se esfuerza en inducir a la U. G. T. a adoptar la línea marxista. El 6 de junio se preparan unas instrucciones (que serán lanzadas el 29, con la lista de los Comisarios del Pueblo); prevén una acción terrorista contra los jefes políticos y militares, los capitalistas, los altos funcionarios, los alcaldes, y la constitución de células en los cuarteles, con vistas al desencadenamiento de una sublevación para finales de julio. En el congreso de la Federación sindical internacional, celebrado en Londres el 6 de julio, y que aprueba el 11 la unidad de acción, previene a sus amigos: «Que nadie se sorprenda si cualquier día el proletariado español empuña las armas». Anuncio de un «gran día», que Margarita Nelken, que acaba de regresar de París donde, con ocasión de un Congreso femenino, ha recibido las últimas consignas de la embajada soviética, traduce el 13 de julio por una visión histérica —aunque por desgracia demasiado profética— de «llamas gigantescas y de olas de sangre».

Alarmados por aquellos preparativos, de los que Portela Valladares advierte el 3 de junio a la asamblea del Gran Oriente de Francia, los socialistas moderados Indalecio Prieto, Jiménez de Asúa, Fernando de los Ríos, los radicales-socialistas y otros grupos minoritarios del Frente Popular trabajan entre bastidores desde el 10 de julio en la formación de un gabinete Marcelino Domingo y conjuran a Casares Quiroga, el autonomista gallego, «Hermano San Just», a que resista a la presión subversiva, que amenaza con arrastrarlo todo. Ya que aquel gobierno, que sólo tiene de «legal» su origen electoral, completamente desbordado, es del todo impotente para hacer respetar lo esencial de la legalidad: el orden público. Aunque la toma del poder por los rojos no está prevista hasta el 1 de agosto, la revolución, dueña de la calle, se da ya libre curso. Los centros sindicales extremistas han vuelto a abrirse; el 23 de febrero, el ministro ha decidido que se indemnice a los obreros por las jornadas de trabajo perdidas; en las zonas rurales, especialmente en Extremadura, 75.000 campesinos se han instalado, en un mes, y por su propia decisión, en grandes fincas (en Yuste, en las fuentes del Guadalquivir, 18 de ellos, más un guarda, han resultado muertos, y más de 100 heridos); el 14 de mayo, los «rabassaires» catalanes, separándose de la «Esquerra», han reclamado la expropiación de las tierras sin indemnización; en Madrid, las milicias obreras, que habían empezado a manifestarse dos días antes de las elecciones, el 16 de febrero, reciben abiertamente armas del Parque de Artillería. Tal como ha proclamado Largo Caballero, el 10 de abril, en el cine Europa,

se trata de «constituir una sola milicia proletaria, que será el embrión del ejército rojo en el momento en que triunfe la revolución». Su reclutamiento se efectúa desde abril entre las juventudes socialistas, fusionadas por Alvarez del Vayo (de regreso de Moscú y en enlace permanente con Vittorio Codovilla, que vive en el mismo inmueble) con los comunistas, gracias a los esfuerzos de su secretario general, Santiago Carrillo; aportan al P. C. una masa de 200.000 ardientes afiliados. Desarrollando una maniobra paralela en los medios sindicalistas de Barcelona, los marxistas han logrado también, el 24 de julio, constituir con la participación de la Federación socialista de Juan Comorera el «Partido Socialista Unificado de Cataluña (P. S. U. C.). El programa del Komintern se aplica así punto por punto, gracias a la negligencia o a la complicidad de las autoridades.

De hecho, la guerra civil ha empezado ya. Desde que ha triunfado el Frente Popular, arden los edificios religiosos. Jefe de la oposición, Gil Robles, vigorosamente apoyado por Calvo Sotelo, enumera ante las Cortes los desórdenes provocados del 16 de febrero al 2 de abril, a saber: 11 huelgas generales, 178 incendios (106 de iglesias), 56 ataques contra centros políticos, 199 contra establecimientos religiosos y domicilios particulares, 39 tiroteos, en los que se han producido 74 muertos y 345 heridos (de febrero a julio: 411 iglesias destruidas o dañadas, cerca de 3.000 atentados, según la Carta Episcopal del 1 de julio de 1937). En el duelo entablado entre falangistas y milicianos, el gobierno reserva naturalmente toda su severidad para los primeros. A un atentado contra Jiménez de Asúa (autor de la Constitución) responde, el 27 de febrero, el incendio del periódico *La Nación*, la clausura de la sede de la Falange (cuyos efectivos, engrosados en abril con la adhesión de las Juventudes de Acción Popular, dirigidas por Serrano Suñer, pasan de 25.000 en febrero a 75.000 en julio) y la detención de su jefe, José Antonio Primo de Rivera (el 11 de marzo). El 15, estalla una bomba delante del domicilio de Largo Caballero, y el 7 de abril otra en casa de Ortega y Gasset. El 13 de abril, un juez que ha condenado a un falangista, es asesinado; se efectúa un registro en los locales de la Falange, que es declarada fuera de la ley. El 14 de abril, estalla una bomba debajo de la tribuna de honor en ocasión de un desfile. Un teniente de la Guardia Civil, Reyes, es asesinado por las Juventudes rojas. Unos obreros masones disparan sobre el cortejo fúnebre (16 de abril); se producen muertos (Sáenz de Heredia, alcanzado por los disparos del teniente de la Guardia de Asalto José Castillo) y heridos. El 7 de mayo, el capitán Carlos Faraudo es asesinado a su vez. A la muerte de dos falangistas, ametrallados el 2 de julio en la terraza de un café, responde la de dos sindicalistas que salían de la Casa del Pueblo. Incluso se entablan disparos entre anarquistas y socialistas-comunistas. Habiendo intervenido un arbitraje, el 4 de julio, en la huelga que afecta a 70.000 obreros de la construcción, desde el 1 de junio, se producen encuentros callejeros en Madrid entre afiliados de la U. G. T. y de la C. N. T. (lo mismo que había ocurrido en Málaga los días 11 y 15 de junio), que se saldan con tres muertos por un bando y dos por el otro. El 8 de julio, el gobierno procede a la detención de Fernández Cuesta y 70 falangistas más en Madrid, y de varios centenares en provincias. Como réplica, el 12 de julio es asesinado el teniente José Castillo. A la noche siguiente, en las primeras horas del 13 de julio, mientras su colega, el capitán Moreno, se dirige en automóvil a casa de Gil Robles (que escapa gracias a que se encuentra en Biarritz), el capitán Condes, amigo de Margarita Nelken, ejecutando las amenazas proferidas por

el presidente del Consejo, Casares Quiroga, y por Dolores Ibarruri, «La Pasionaria», en la asamblea, y las consignas recibidas de las Logias «Primero de Mayo», del Gran Oriente, e «Hispano-americana» y de Lucio Martínez Gil (socialista, futuro Gran Maestre en Méjico), saca a Calvo Sotelo de su domicilio, llevándoselo en una camioneta de la Guardia de Asalto, le hace asesinar de un tiro en la nuca por el pistolero Cuenca y deja el cadáver en el depósito del cementerio. Los asesinos, Condes y Moreno, lo mismo que sus colegas muertos Faraudo y Castillo, y que José Asensio, Pérez Farrás, La Roquette y otros, miembros de la «Unión Militar Republicana Antifascista» (U. M. R. A.), fundada a finales de 1935, son los oficiales encargados de la instrucción de las milicias rojas. ¿A qué móvil han obedecido? ¿Represalia, como han pretendido, deseo de vengar a sus camaradas? ¿O provocación deliberada, querida por aquellos que dirigen su mano? Indalecio Prieto (que ocultará en su casa al capitán asesino) había señalado en Cuenca el 1 de mayo al general Franco como el posible «caudillo de un levantamiento militar», en tanto que el *Mundo Obrero* reclamaba la detención del coronel Yagüe y el presidente del Consejo profería en la Asamblea amenazas directas: «Me gustaría que esos militares se echaran a la calle, para terminar de una vez con ellos».

Al asesinato de Calvo Sotelo responde el levantamiento nacional

Ya que la oposición nacional, decidida a impedir que el marxismo se imponga en el país, con el golpe previsto para el 1 de agosto, no ha permanecido inactiva, por su parte. El comunismo llama al fascismo. Alarmado por los excesos cometidos por el Frente Popular, el general Franco se ha esforzado al principio en alertar a las autoridades responsables. En vano, inmediatamente después de las elecciones ha tratado de obtener del presidente del Consejo, Portela Valladares, de su ministro de la Guerra, general Molero, y del general Pozas, comandante de la Guardia Civil, que proclamen la ley marcial. Alcalá Zamora lo hubiese aceptado, pero Portela ha preferido retirarse y ceder el puesto a Azaña. Un supremo llamamiento, dirigido a Casares Quiroga, el 23 de junio, quedará sin respuesta. En el intervalo, Manuel Azaña ha aprovechado su breve paso por el gobierno, antes de su elección para la presidencia de la República (10 de mayo), no para restablecer el orden, sino para «depurar» una vez más el ejército. Así, por la intervención del general Masquelet, ministro de la Guerra, y del general Miaja, en el Interior, los generales Franco, Goded y Mola son alejados respectivamente a las Canarias, a las Baleares y a Pamplona. So pena de verse privados de colaboraciones indispensables y de dejarse ganar la mano por la revolución, hay que actuar sin pérdida de tiempo. A raíz de una conferencia que ha reunido en casa del agente de cambio José Delgado a los generales Franco, Orgaz, Fanjul, Varela, Villegas y Mola, y al teniente coronel Valentín Galarza (jefe de la Unión Militar Española, «U. M. E.», creada a finales de 1933 por el capitán Bartolomé Barba Hernández y el teniente coronel Emilio Rodríguez Tarduchi y pieza maestra del movimiento), se ha preparado un plan de levantamiento el 25 de mayo, así como un proyecto de Directorio de cinco miembros, el 5 de junio. Un nuevo acuerdo, concluido los días 6 y 7 de julio, permite al jefe militar designado, general Sanjurjo, lanzar el 9 una carta-programa, que concede su bandera a los carlistas (organizados por Manuel Fal Conde y Varela), pero promete la constitución de un directorio militar, apolítico, a los

generales republicanos, tales como el inspector de los Carabineros Queipo de Llano y al ex comandante de la Guardia Civil José Cabanellas, gobernador militar de Zaragoza, los dos francmasones, cuya adhesión ha obtenido el general Mola, ex director general de Seguridad en tiempos de la Monarquía.

Contactos establecidos en el extranjero permiten esperar ciertas ayudas. En marzo de 1934, Mussolini ha prometido al general Barrera, a los carlistas Rafael Olazábal y Antonio Lizarza Iribarru, y al representante de «Renovación Española», Antonio Goicoechea, una subvención de un millón y medio de pesetas (31 de marzo) y facilidades de adiestramiento para 400 jóvenes oficiales. Más tarde, en marzo-abril de 1936, el general Sanjurjo ha sido puesto en contacto con el almirante Canaris, en Berlín, por el agregado militar español, coronel Beigbeder. Además de la ayuda activa germano-italiana, que se da por descontada, se supone que Inglaterra, principal suministradora de fondos a España (5.000 millones de francos invertidos en la metalurgia de Vizcaya, el cobre de Riotinto, etc., aparte de los intereses canadienses en la electricidad, contra 3.000 millones de capitales franceses), deseosa de salvaguardar sus inversiones del peligro marxista, mantendrá al menos una actitud pasiva de neutralidad. El general Franco, que ha tenido ocasión de entrevistarse con Eduardo VIII, el 25 de enero de 1936, dispone en Londres de un útil emisario en la persona del financiero Juan March, que subvenciona el movimiento.

Con veinticuatro horas de adelanto sobre la fecha prevista del 18 de julio, como consecuencia de unas intervenciones policíacas en Melilla, se desencadena la acción en Marruecos, con los tenientes coroneles Yagüe en Ceuta, Sáenz de Buruaga en Tetuán y Solana en Melilla, que disponen de 20.000 hombres bien armados y adiestrados y dominan la situación, después de haber fusilado al general Romerales y encarcelado al general Gómez Morato, comandante supremo. Advertido por Sangróniz de la llegada de un avión británico, fletado el 11 de julio por B. C. Pollard, de Scotland Yard, don Juan de la Cierva (inventor del autogiro) y el corresponsal de *A B C* en Londres, Luis Bolín, el general Franco, conducido por el capitán Beeb, aterriza el 19 en Tetuán, mientras que la acción de la U. G. T. queda desbaratada por sus tropas, en las Canarias. Menos afortunado, el general Sanjurjo, refugiado en Estoril (y advertido por la policía portuguesa de que unos esbirros enviados por José Alarco Mallol amenazaban su vida), ha sido víctima de un «accidente» cuando se disponía a salir de Portugal, el 20. Pilotada por José Antonio Ansaldo, su avioneta, abandonada sin vigilancia en Santa Cruz, debía trasladarse oficialmente al aeródromo militar de Alberca, para simular un vuelo hacia España, pero en realidad para llevar al general al hipódromo de la Marinha, contigua a Cascais, campo de aviación improvisado (ya que el general Carmona tenía que hacer frente a las susceptibilidades británicas). Pero fue saboteada (probablemente en su alimentación de gasolina, por unos amigos de Angel Galarza, según la *Humanitat*), de modo que se estrelló contra el suelo y se incendió, un quilómetro después de haber despegado.

El éxito del levantamiento, que acaba de perder a su jefe, no es más que parcial. Desde luego, Castilla la Vieja (Burgos, donde el general Dávila ha detenido al general Batet, Zamora, Salamanca, Avila, Segovia, Valladolid, donde Onésimo Redondo ha aportado la colaboración de las J. O. N. S., fundadas por él y fusionadas con la Falange, a los generales Saliquet y Ponte,

los cuales, apoyados por los guardias, han hecho ejecutar al general Molero; León, donde el general Bosch ha esperado al 20 para intervenir contra los mineros de Asturias; Soria, Vitoria, tomada por el general Alonso Vega), la mayor parte de Aragón (Zaragoza con el general Cabanellas; Jaca, Huesca, Teruel, gracias a la adhesión de los guardias), Galicia (donde el coronel Martín Alonso ha tenido que hacer fusilar a los generales Pita y Salcedo en La Coruña y sostener una lucha de dos días en El Ferrol contra los marineros amotinados, que han matado a 80 oficiales, y en Vigo), Navarra (donde el general Mola recibe en Pamplona el apoyo, primero de 7.000 y a no tardar de 20.000 «requetés» carlistas del teniente coronel Rada, perfectamente encuadrados y equipados), se unen al ejército. Y unos jefes enérgicos resisten valientemente en islotes aislados, tales como el coronel Pinilla en Gijón, el coronel Aranda en Oviedo (que ha logrado enviar 4.000 mineros en dirección a Madrid antes de declararse), el coronel Moscardó en el Alcázar de Toledo y los guardias civiles del Santuario de Santa María de la Cabeza (que no serán reducidos hasta el 1 de mayo de 1937), de modo que los nacionales controlan 31 ciudades. Pero, en Andalucía, la situación es precaria. Sólo la temeridad de Queipo de Llano, su arte del «bluff» y de la puesta en escena han permitido esperar la llegada de refuerzos a Sevilla, donde guardias civiles y artilleros han conseguido desarmar a los guardias de asalto, en tanto que en Córdoba estos últimos se han unido al ejército, que en Granada los oficiales han obligado al general Campans a intervenir el 20 y han reducido la resistencia del Albaicín el 24, y que el desembarco de algunos marroquíes ha permitido la ocupación de Cádiz.

En el resto del país, el movimiento ha fracasado. En Jaén; en Málaga, donde el general Pratxot lo ha comprometido todo al ordenar a las tropas, a las que había hecho salir, que regresen a sus cuarteles (con la vaga esperanza de una entente con Martínez Barrio), y donde se instala un Comité de Salvación Pública. En Madrid, los guardias y 10.000 milicianos han bloqueado el 20 al general Fanjul, suplente del general Villegas, y a sus débiles contingentes, en el cuartel de la Montaña, bombardeado durante cinco horas por la artillería y la aviación, y cuando se ha rendido le han asesinado con la mayoría de sus partidarios, mientras que en Carabanchel el general García de la Herrán era muerto por sus hombres; el incendio de 50 iglesias ha festejado el éxito. En Barcelona, el general Goded, llegado de las Baleares, no ha logrado hacer converger hacia la plaza de Cataluña, el 19, más que a una pequeña parte de los 12.000 hombres de la guarnición (los artilleros), de modo que sus tropas, encerradas unas en el hotel Colón, el edificio de Teléfonos y en El Dorado, en la misma plaza, y otras en los cuarteles del puerto, Atarazanas, han sido finalmente reducidas por los guardias civiles del capitán Escobar y los guardias de asalto, apoyando decisivamente a los milicianos a los que habían armado (hubo 520 muertos, de ellos 200 rojos, y 3.000 heridos). Constituido el 21 de julio, el Comité central de las milicias antifascistas hará fusilar al general Goded, a otros cuatro generales y a 96 oficiales, en Montjuich. En las Baleares, los rojos, dueños de Menorca y del puerto de Mahón, han ejecutado al general Bosch y a 11 de sus oficiales antes de emprender, el 11 de agosto, una expedición a Mallorca que, ante la reacción victoriosa del coronel García Ruiz, termina con un reembarque, el 3 de septiembre. En Valencia, el general Martínez Monje había acuartelado a sus hombres, el 20, en espera de Martínez Barrio y de otros dos delegados del gobierno de Madrid; los rojos no dejaron de bloquearlos por ello,

hasta que un amotinamiento de sus amigos del cuerpo de Ingenieros les proporcionó la ocasión, el 1 de agosto, de desarmarles, de disolver la «junta» gubernamental y de imponer la autoridad del coronel Arín, jefe de un Comité ejecutivo popular. Albacete, ocupado momentáneamente por la Guardia Civil, ha sido reconquistado por los rojos, dueños de todo el Levante: Castellón, Alicante, Murcia, Cartagena, etc. En las provincias vascongadas, finalmente, los autonomistas persisten en su alianza con el Frente Popular, la guarnición de Bilbao ha permanecido «leal» y la de Santander ha sido rodeada, mientras que en San Sebastián el coronel Carrasco, que no ha intervenido hasta el 20, siendo secundado el 21 por la Guardia Civil, ha tenido que ceder el 28 ante los reiterados asaltos de los milicianos desde el 23.

Además, la aviación, que sólo cuenta con 500 aparatos —de los que únicamente puede utilizarse una décima parte—, ha permanecido leal al gobierno. En cuanto a la Marina —aparte de un acorazado en reparación, un crucero y un destructor, capturados por los nacionalistas en El Ferrol—, ha caído en manos de las tripulaciones amotinadas, que, salidas de Cartagena el 18, han arrojado al mar a sus oficiales, pero, incapaces de gobernar sus buques (un acorazado, tres cruceros, 15 destructores y seis torpederos), han tenido que hacer rumbo a Tánger, donde se refugiarán hasta el 9 de agosto. En resumen, los nacionalistas disponen de unos 14.000 —luego 22.0000— guardias civiles, de un millar de guardias de asalto, de 6.000 carabineros, de una parte (alrededor de 40.000 hombres) de las unidades esqueléticas y mal equipadas de la metrópoli y sobre todo de 16.000, y luego de 25.000, legionarios y «regulares» (tiradores procedentes de los 32.000 hombres del ejército de Marruecos), engrosados inmediatamente con 7.000 requetés bien organizados (más tarde 30.000) y unos 50.000 falangistas. Enfrente, las fuerzas republicanas se componen teóricamente de 11.000 guardias civiles (que se desvanecerán de un modo u otro), 25.000 guardias de asalto, 10.000 carabineros y unos 36.000 soldados (en espera de la movilización de dos reemplazos, alrededor de 200.000 hombres), incorporados en la medida en que no han desertado, después de la disolución del ejército por Giral, el 20 de julio, a una masa de 400.000 milicianos, «voluntarios» mal equipados y peor encuadrados (en efecto, de un total de 14.000 oficiales de carrera, la mitad se unirá a los «rebeldes», 3.000 serán encarcelados y 2.000 eliminados por los marxistas, de modo que sólo 260, a pesar de la desconfianza de que son objeto, servirán a los rojos). Pero las ciudades más importantes, las regiones económicamente más ricas y más industrializadas y las reservas monetarias permanecen bajo el control del gobierno republicano, como hace observar Indalecio Prieto a través de la radio, el 10 de agosto.

Contra apoyo masónico, apoyo «fascista»

Sin barcos y sin aviones, ¿cómo trasladar a la metrópoli las fuerzas de Marruecos, punta de lanza del ejército? En los primeros días, un minipuente aéreo constituido por media docena de aviones, un Douglas y algunos hidroaviones, permite llevar a unos 2.000 hombres, para consolidar la situación en Andalucía. El 5 de agosto, protegido por algunos aparatos, que bastan para rechazar un ataque esbozado por el «Alcalá Galiano», un convoy miniatura consigue hacer pasar a 3.000 hombres. Pero la compra de aviones y de armas en el extranjero se revela absolutamente necesaria, si se quiere

evitar que el levantamiento quede aplastado en sus comienzos. Sin embargo, las primeras gestiones efectuadas distan mucho de ser estimulantes. En Alemania, donde se han establecido contactos por mediación del hombre de negocios Johannes Bernhardt y del jefe S. S. Adolf Langenheim, entre el capitán Arrauz, salido de Lisboa el 23, y el marqués de Quintanar, por una parte, y el representante del consorcio alemán del Aire, Grote, el ministro de la Guerra, von Blomberg, y el general von Fritsch, por otra, estos últimos, deseosos ante todo de rearmar a su país, y poco inclinados a favorecer las empresas «fascistas», se muestran reticentes, los días 25 y 26. Es necesaria la intervención de Goering y de un almirante para que Hitler consienta en enviar, el 30, 24 Junkers de transporte y, el 31, por Hamburgo, seis cazas Heinkel y personal técnico (antes de constituir, con 10 escuadrillas, la «Legión Cóndor»). En Italia, Luis Bolín y el marqués Luca de Tena reciben una primera negativa; entonces, el ex ministro Antonio Goicoechea se entrevista con un Mussolini todavía vacilante, que sólo se decide a poner en juego la solidaridad fascista el 29 de julio, y a enviar al día siguiente 15 trimotores Savoia-Marchetti (12 de los cuales llegarán a Nador, en Marruecos), al enterarse del apoyo prestado a los rojos por el gobierno de Leon Blum.

Ya que la solidaridad masónica ha intervenido inmediatamente en favor del gobierno formado el 19 de julio por Diego Martínez Barrio (¿con la secreta esperanza de llevar a los generales masones a un compromiso?), sustituido el mismo día (tras el fracaso de aquella maniobra) por el farmacéutico José Giral. ¿No contaba acaso el primero con nueve masones sobre 14 ministros, y el segundo con la totalidad? El gabinete francés del Frente Popular no puede negarle nada, evidentemente, cuando el 20 reclama, para empezar, 20 aviones, ocho cañones del 75 y ametralladoras, petición que Giner de los Ríos va a confirmar el 22 en París, donde se entrevista el 24 con Pierre Cot, ministro del Aire, y Jules Moch (primo y secretario de Blum). El 25, en el Consejo de Ministros, el presidente de la República, Albert Lebrun, apoyado por los radicales, subraya el peligro de guerra civil e incluso de guerra extranjera que implican aquellos suministros. Londres, por otra parte, se muestra hostil a ellos; los días 22 y 23, Anthony Eden y Stanley Baldwin han puesto en guardia a Yvon Delbos; Winston Churchill exige que se observe una rigurosa neutralidad. En *L'Echo de Paris* del 23, Raymond Cartier califica a aquella ayuda de «crimen contra la nación». Pero Leon Blum se obstina. El 24, en Marsella, dos trenes de municiones son transbordados al «Ciudad de Tarragona», con destino a Barcelona. El 25 salen 20 aviones «Potez», los días 26 y 27 son enviadas ametralladoras por ferrocarril. Siguen 10 bombarderos, 12 cazas, 10 aviones de transporte, para cuya compra ha actuado de intermediario André Malraux. Sin embargo, por instigación de Inglaterra, Yvon Delbos propone al gabinete el 2 de agosto la conclusión de un convenio internacional de no-intervención (que será firmado efectivamente el 9 de agosto, ya que el fracaso de la misión confiada al almirante Darlan, del 6 al 8, cerca de las autoridades británicas, ha obligado a Blum a inclinarse. De tan mala gana, por otra parte, que piensa en dimitir los días 10 y 14 de agosto). De todos modos, 35 buques son enviados por Francia de agosto a noviembre de 1936, así como 180 aviones, de agosto a abril de 1937, y 300 en 1938 (según las confidencias hechas por Daladier a Bullitt).

La presión de las logias es intensa. Una red de apoyo masónico trabaja internacionalmente en favor del gobierno republicano de Madrid y de las

dos obediencias españolas, refugiadas sucesivamente en Valencia y luego en Barcelona. En el seno del Gran Oriente y de la G. L. D. F., Edouard Serre, director técnico de Air-France, amigo de Pierre Cot (y afiliado a los talleres «Plus Ultra» y «Eolo», de la Gran Logia), que visitará el 5 de noviembre a Largo Caballero (muy satisfecho de sus relaciones con el agregado militar francés, Hermano Cahusac), el ingeniero químico Georges Zaborowski, el profesor Paul Perrin (fundador de los «Oficiales republicanos»), Marceau Pivert y otros muchos apoyan en los talleres franceses las peticiones formuladas por don Ceferino González Castroverde, Gran Maestre adjunto del Gran Oriente español. El judío húngaro Victor Basch, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, crea un Comité de Ayuda al Pueblo Español. Los judíos Pratkine, Rosenfeld y Schapiro secundan en París los esfuerzos del grupo formado en Barcelona por sus correligionarios Vladimir Vichitski, Lourie y Fuchs para organizar el contrabando de armas, en enlace con Wolf en Amsterdam, Cohen, Grunfeld, Kirsch y Simon en Rotterdam, Moise Israel Diamant en Dinamarca, Kahn, Kindler, Abter y Hithner en Praga, y Mandel en Hirtenberg (Austria). Reunida en congreso en Praga, del 29 al 31 de agosto de 1936, la Asociación masónica internacional, cuyo secretario es el judío belga Max Gottschalk, estimula aquella acción, a la cual el rito escocés británico (el 22 de diciembre de 1936) y, en América, por iniciativa de Cowles, el Supremo Consejo de Washington, prestan su apoyo moral, lo mismo que las logias de Argentina, Uruguay, etc.

En cuanto a la U. R. S. S., su intervención, tan activa como prudente, se ejerce bajo la tapadera del Komintern. Encargado de seguir las maniobras de la Rusia blanca en septiembre de 1936, el general francés Schweisguth, agregado militar, ha definido perfectamente su postura. «En el caso de que fuese atacada por Alemania... quiere tener de su parte a una Francia poderosa... Pero la U. R. S. S. preferiría con mucho que la tormenta estallara sobre Francia», a fin de poder situarse, como los Estados Unidos en 1918, en posición de «árbitro de la situación enfrente de una Europa agotada». Se esfuerza, pues, en tentar a Alemania, haciendo mantener por la III Internacional la agitación y la indisciplina en Francia, y en tentar a Francia, explotando el asunto de España. Además, se ocupa de avivar el conflicto latente entre París y Roma, encaminando con preferencia sus propios suministros a bordo de los barcos de la Compañía France-Navegation, creada *ad hoc* bajo pabellón francés, vía Burdeos y Le Perthus, puesto que el gobierno Blum deja pasar el material ruso, en vez de utilizar la vía directa Odesa-Barcelona, a través del Mediterráneo, y multiplicando los mítines, reclamando «aviones y cañones para España», que tienen la virtud de enervar a Mussolini.

El Komintern y sus «brigadas» encuadran a los rojos

Tras haber suscitado la guerra civil utilizando el Frente Popular como vehículo del virus, y puesto en marcha su dispositivo revolucionario por medio de sus agentes, desembarcados a partir del mes de marzo en Barcelona, el Komintern sabrá esperar para apoderarse del poder que la amenaza franquista sobre Madrid, y más tarde la salida del gobierno hacia Valencia, le proporcionen la ocasión deseada y le entreguen la plaza sin lucha. El 22 de julio, procedentes de Valladolid, los nacionalistas se habían

apoderado de las alturas de la Sierra del Guadarrama, Somosierra y el Alto del León, al norte de la capital. El general Varela, por su parte, había liberado Andalucía, obligando a retirarse a una columna del general Miaja que amenazaba Córdoba; entonces, Franco, a raíz de dos entrevistas con Queipo de Llano en Sevilla, los días 28 de julio y 6 de agosto, y de una tercera con Mola, el 13 de agosto, decidió establecer el enlace con el norte, a través de Extremadura, a fin de poder controlar la frontera portuguesa y las vías de abastecimiento de Lisboa y de Oporto. Aquel primer objetivo fue alcanzado con la toma de Mérida el 11 de agosto, de Badajoz el 14 por los 4.500 marroquíes del coronel Yagüe, la ocupación de Cáceres y de Guadalupe, el paso del Tajo el 26 de agosto, hacia Navalmoral de la Mata, y la entrada en Talavera de la Reina, disputada del 1 al 3 de septiembre por los rojos, en el curso de potentes contraataques, que costaron 500 hombres a los 10.000 del general Riquelme. En el Norte, el general Mola ha conseguido cortar la frontera francesa en Irún (dinamitado antes de ser evacuado el 3 de septiembre) y ocupar San Sebastián al día siguiente, antes de que el frente se estabilice en el Deva. Establecido el enlace entre las dos zonas, el 8, en Arenas de San Pedro, al norte de Talavera, por la caballería del coronel Monasterio, procedente de Avila, la ofensiva contra Madrid podría ser reanudada. Sin embargo, el general Franco prefiere correr el riesgo de aplazarla, a fin de liberar a los 1.150 heroicos defensores del Alcázar de Toledo, inútilmente asediados por 11.000 milicianos (28 de septiembre). Del mismo modo, partiendo de Galicia, los 1.800 hombres del coronel Martín Alonso, si bien llegarán demasiado tarde para socorrer a los defensores de Gijón, obligados a rendirse el 20 de agosto, lograrán liberar, el 17 de octubre, a los 2.300 militares y al millar de paisanos del coronel Aranda, que resisten en Oviedo los feroces asaltos de los 14.000 mineros de Asturias. Son éxitos apreciables, pero cuando el general Varela llega con 7.000 hombres a las afueras de Madrid, semisitiado, entre Illescas y Navalcarnero, aquel mismo 17 de octubre, y alcanza la carretera de Aranjuez, el 29, la resistencia ha tenido tiempo de organizarse en la capital.

Al día siguiente del fracaso de Talavera de la Reina, que deja abierto el camino hacia Madrid, José Giral presenta la dimisión (3 de septiembre). El 29 de agosto había recibido las cartas credenciales del primer embajador soviético admitido en España, Moise Rosenberg: aquel acto le resultó fatal. En su persona, en efecto, desaparece el gobierno republicano, llevándose con él toda apariencia de legalidad. Ya que el gabinete que le sucede el 4 de septiembre es más revolucionario que parlamentario. Presidido por Largo Caballero, comunista y masón, incluye a otros dos comunistas declarados (Vicente Uribe en la Agricultura y Jesús Hernández Tomás en la Instrucción Pública), cinco socialistas (Indalecio Prieto en la Marina y en el Aire, Angel Galarza, Anastasio de Gracia, más dos compañeros de camino notorios, Julio Alvarez del Vayo y el doctor Juan Negrín, casado con una rusa), tres rehenes de la Izquierda Republicana (José Giral, Bernardo Ginés de los Ríos y Mariano Ruiz Funes), un representante de la Izquierda catalana (José Tomás) y, en principio, un nacionalista vasco a designar; o sea, de un total de 12 ó 13 ministros, ocho francmasones. Pero aquel gabinete sigue siendo un gobierno-títere. Después de la dimisión de Casares Quiroga y su sustitución por José Giral, y sobre todo después de que los generales Pozas y Castelló, masones, han hecho distribuir armas a los milicianos y unos batallones de voluntarios han sido reclutados el 3 de agosto, en espera de la llamada de los reemplazos

de 1935 y 1936, el 29 de septiembre, reina la mayor confusión. Las medidas demagógicas se suceden: bloqueo de los precios, 4 de agosto, nacionalización de los ferrocarriles, 4 de agosto, ocupación de los dominios agrícolas «abandonados», 10 de agosto, clausura de las instituciones religiosas, 11 de agosto, creación de tribunales de excepción (con uno o tres jueces y 14 jurados «políticos»), 23 de agosto, confiscación de los inmuebles pertenecientes a propietarios condenados, en fuga, o simplemente «nacionales», decretada por Negrín, ministro de Hacienda, 19 de septiembre, obligación de entregar el oro, las divisas y los valores extranjeros, 3 de octubre. Pero aquel «gobierno» trata inútilmente de oponerse a los excesos de los elementos incontrolados creando unas Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, el 16 de septiembre (únicas encargadas en principio de los registros domiciliarios, a partir del 6 de octubre), sometiendo a las milicias al régimen militar (29 de septiembre, para los días 10 y 20 de octubre), reglamentando las detenciones (9 de octubre) y constituyendo jurados de urgencia para los sospechosos (10 de octubre), antes de imponer unas disposiciones excepcionales de precaución contra un levantamiento eventual, susceptible de acompañar al esperado ataque nacionalista (8 de noviembre).

Vanos esfuerzos para poner orden en la revolución. En realidad, los grupos armados populares, actuando cada uno por su cuenta, conducen a su manera su propia guerra, efectúan registros y detenciones, «requisas», «paseos de la muerte» y ejecuciones en las innumerables *checas* que funcionan en Madrid (donde, de 226, 126 son comunistas, 53 anarquistas y 33 socialistas), en Alcalá de Henares (donde actúan los auténticos moscovitas de la N. K. V. D. Sloutzky y sus adjuntos Nikolski, alias «Orlov», y Vialayev), en Valencia (donde, a pesar de la presencia del Gran Maestre Diego Martínez Barrio, «hermano Vergniaud», y de una delegación del gobierno, el Comité ejecutivo popular del coronel Arín y de Miguel Uribarri dejan a los judíos Leo Lederbaum, ruso, y Scheier Hochem en libertad para ejercer sus talentos especiales de torturadores en el convento de Santa Ursula), y en todo el Levante (Castellón, Játiva, Alcoy, Alicante, Murcia, Málaga, Almería, donde el Comité Revolucionario anarquista animado por Juan López dicta la ley), en Chinchilla, cerca de Albacete (donde André Marty practicará más tarde sus «carnicerías») y, desde luego, en Barcelona.

En la capital catalana, después de los «turistas» agitadores de la primavera de 1936, habían desembarcado unos «atletas», invitados a participar en unas Olimpíadas populares, organizadas y subvencionadas por los Frentes Populares francés (500.000 francos) y español (500.000 pesetas). Como por casualidad, se encontraron a punto para prestar ayuda a las milicias anarquistas de Buenaventura Durruti, Ricardo Sanz Ortiz, Juan García Oliver y Joaquín Ascaso, y reducir los centros de resistencia del ejército. Pero aquella vanguardia de las brigadas internacionales no podía rivalizar en influencia con la C. N. T., cuyas patrullas de control, mandadas por el anarquista Asenso, dominaban la ciudad y se imponían a Luis Companys, que no logró disolverlas hasta el 4 de marzo de 1937. La salida hacia Aragón, el 5 de agosto, de una columna de 12.000 milicianos a las órdenes de Durruti (que señalaron su paso con 38 ejecuciones en Fraga y con otros excesos, entre ellos el incendio de la catedral de Lérida), y, el 19 de agosto, de otros 14.000, embarcados con destino a las Baleares, donde fracasaron en su empresa, no disminuyó la presión de los anarcosindicalistas sobre el gobierno regional. En el Consejo

de la Generalidad, reajustado el 27 de septiembre, con un programa de colectivización general (elaborado el 20 de agosto, aplicado el 24 de octubre), Luis Companys Jover, rodeado de cinco francmasones sobre 13 consejeros, les concede tres carteras, en tanto que el partido socialista unificado recibe dos, el P. O. U. M. una, los «rabassaires» una, la Esquerra catalana tres y la Acción catalana dos. A cambio, obtiene la desaparición del Comité central de las Milicias Antifascistas, creado el 20 de julio, y que, bajo la dirección de Abad de Santillán y de Aurelio Fernández, ha llevado a cabo expropiaciones por valor de más de 100 millones de pesetas. Aquella combinación, modificada de nuevo el 26 de abril de 1937 para dar entrada a cuatro representantes de la C. N. T.-F. A. I., al lado de tres de la U. G. T., un rabassaire y tres de la Esquerra catalana (el P. O. U. M. ha sido eliminado), se mantendrá hasta el 29 de julio de 1937.

Pero el Komintern no está dispuesto a dejar a otros la dirección de la Revolución que ha desencadenado, organizado, encuadrado, armado y financiado. Encargados de controlar, en septiembre de 1936, la penetración soviética en España, el general Walter Ghinsburg («Krivitsky») y su adjunto Nikolsky («Orlov») velan por sus intereses. Junto a ellos se instala todo un Estado Mayor. Político: la delegación de la U. R. S. S. cerca del P. C., aumentada de dos a cinco miembros, tras la decisión adoptada en Moscú el 21 de julio por el Komintern y el Profintern de apoyar a los rojos españoles, incluye al argentino Vittorio Codovila, al búlgaro Stepanov, a Guéré, al italiano Togliatti y al francés Duclos, y el Comité de Administración del Fondo de Ayuda de 1.000 millones de francos, otorgado el 26 de julio en Praga, a Togliatti, también, Thorez, Largo Caballero, José Díaz y Dolores Ibarruri, «La Pasionaria». Policíaco: Sloutsky, Nikolsky, alias «Orlov», y Vialayev, de la N. K. V. D., con los cuales colabora, para la propaganda, Michel Koltsov, corresponsal de la *Pravda*. Y militar: los generales Berzine (alias «Goriev»), agregado militar y consejero de Miaja, Grigory, Stern («Kleber»), Krulik («Kupper»), consejero de Pozas, Jacob Smuchkievitch («Douglas»), comandante de la aviación, con Jansen; Koniev («Pavlov»), comandante de los tanques, Kutznetsov («Kolin»), comandante de la marina, llegados en tres grupos, a finales de agosto, septiembre y octubre (los futuros mariscales Malinovsky —alias «Manolito»— y Rokossovski —«Miguel Martínez», reclutador de los comisarios políticos— permanecerán también algunas temporadas en España). Los coroneles Skoblewski y Rose ayudan al coronel de carrera Casado a organizar seis brigadas mixtas de milicias, cuyo núcleo está formado por el 5.° Regimiento (8.000 hombres), creado por los jefes comunistas Enrique Castro Delgado, José Díaz y Dolores Ibarruri, y mandado por el italiano Vittorio Vidali (alias Carlos Contreras). Los comandantes de la 1.ª, Enrique Líster (ex cantero), de la 3.ª, José María Galán, y de la 6.ª, Luigi Longo («Gallo»), así como el 60 % de los mandos, pertenecen al Partido. Pero junto a esos contingentes locales, aficionados y poco seguros, el Komintern necesita una «tropa de choque» de «profesionales» que le sea adicta, con preferencia extranjera (la receta no es nueva, ya que se remonta a los «Gueux de Mer» de la revuelta de los Países Bajos, y fue empleada por Cromwell para imponer su dictadura en Inglaterra). Serán las «brigadas internacionales». Aprobado en Praga, el 26 de julio, puesto en punto en Moscú el 22 de septiembre por el muy activo Willy Münzenberg (agente de las Juventudes comunistas en París) y por Maurice Thorez, el proyecto es notificado a Manuel Azaña y a Largo Caballero a primeros de octubre por el italiano Luigi Longo,

el polaco Wieniewski y el francés Paul Rebière. El centro de reclutamiento, confiado primero al general «Walter» (el polaco Karol Swierzewski, profesor de la Academia Frounze de Moscú) y a Giulio Ceretti («Allard»), es establecido en París, con una sucursal para la Europa Central, que dirige Josip Broz (más tarde conocido por el nombre de «Tito»). Luigi Longo se encarga del transporte de los hombres, concentrados en Perpiñán, sea en camiones, sea en los barcos de la «France-Navigation». En Albacete, donde Vidali (el comandante «Carlos») utiliza para recibirles una base anexa al 5.° Regimiento, Vital Gayman (el comandante «Vidal») dirige su instrucción militar y André Marty su adoctrinamiento político (14). El primer contingente de 600 hombres, desembarcado el 1 de septiembre, es reagrupado en octubre con tres «centurias» de atletas de las Olimpíadas populares de Barcelona, traídas del frente. A mediados de septiembre, según Martínez Barrio, las incorporaciones se intensifican. El general «Kleber» (Gregori Stern, de Bukovina, procedente de la Academia Frounze —¿o Lazar Fakete, uno de los asesinos húngaros de Ekaterinenburgo?—) manda la I Brigada; la II, constituida en octubre, con el alemán Hans Beimler (desembarcado en agosto en Barcelona) como comisario político. La XII, dispuesta en noviembre, tiene por jefe al general «Lukascz» (alias Maté Zalka, un húngaro naturalizado ruso, también de la Academia Frounze) y por comisario a Luigi Longo, «Gallo». Disponibles en diciembre, la XIII obedece al general «Gómez» (el alemán Wilhelm Zeisser, de la Frounze, naturalmente, lo mismo que el teniente coronel «Hans», Hans Kahle, Ludwig, Tenn, etc.), y la XIV está a las órdenes del general «Walter» (ya citado). La XV, de «Gal» (otro húngaro, lugarteniente de Bela Kun), no aparecerá hasta febrero de 1937 (15). Dócil a las instrucciones del Komintern, atento a reforzar el control de esas unidades, Largo Caballero ha instituido, el 15 de octubre, un Comisariado político general, que ha confiado a su cuñado Alvarez del Vayo (hombre de confianza número 1 del Kremlin), dando instrucciones detalladas a aquellos «capellanes» marxistas.

A fin de equipar a aquel ejército rojo en gestación, el presidente del Consejo ha concluido, a primeros de octubre, con el embajador soviético Moise Rosenberg y el agregado comercial Stachewski, un acuerdo por el cual la U. R. S. S. se compromete a suministrar aviones, tanques, armas, petróleo, productos químicos y, además, algunos técnicos (llegarán en número aproximado a 2.000), mediante una primera entrega de 500 millones de pesetas, deducidos de las reservas del Banco de España (Krivitski se ha dirigido a La Haya en septiembre —se encuentra aún allí el 21— para organizar una red de tráfico de armas que controla en París el periodista norteamericano Louis Fisher). En ejecución de aquel acuerdo (del que Indalecio Prieto echará una

---

(14) Ayudado por los italianos Giuseppe di Vittorio («Mario Nicoletti») y Pietro Nenni, los franceses Rebière, Rouques, P. Georges (futuro «Fabien» de los Francotiradores y Partisanos), Tanguy (coronel Rol), Fr. Vittori (insurrecto de Córcega en 1944), los alemanes Hans Beimler, Dahlem, Ulbricht, el austríaco Julius Deutsch, el polaco Gottwald, los yugoslavos Gosniak, Rankovitch, Vlahovitch (futuros lugartenientes de «Tito») y Kalmanovitch.

(15) Disponiendo de unos efectivos de alrededor de 18.000 combatientes y 5.000 auxiliares a la vez, aquellas brigadas absorberán sucesivamente a unos 45.000 combatientes, más 20.000 auxiliares de servicios (entre ellos 15.000 franceses, con 3.000 muertos; 5.000 alemanes, 2.000 muertos; 3.250 italianos; 2.800 americanos, con 900 muertos; 2.700 ingleses, 500 muertos; 1.500 yugoslavos; 1.000 húngaros; 1.500 escandinavos; 1.000 canadienses y 5.000 de diversas nacionalidades. Y, en aquel conjunto, alrededor de 3.000 judíos).

copia sobre la mesa del Consejo, en Valencia, antes de la retirada de Largo Caballero), el doctor Negrín, ministro de Hacienda, y José Díaz confiarán a Valentín González, «El Campesino», la tarea de escoltar 7.800 cajas de oro del Banco de España (equivalentes a 1.581 millones de pesetas, sobre un total de 2.258, el 70 % en libras esterlinas; el resto, y en primer lugar 140.000 libras de oro, debía ser enviado a Francia como garantía) hasta Cartagena, donde fueron embarcadas hacia Odesa el 25 de octubre y entregadas en Moscú el 6 de noviembre. (Más tarde, Negrín, convertido en presidente del Consejo, para cubrir la compra de 12 barcos de France-Navigation, entregará 2.500 millones de francos al P. C. francés, que utilizará una parte para su propaganda y para el mantenimiento del periódico *Ce Soir*, según Indalecio Prieto: *Entresijos de la guerra de España*). A cambio, a mediados de octubre, aviones y tanques soviéticos empiezan a llegar a España (la cadencia de los barcos procedentes de Odesa será muy pronto de 30 a 35 mensuales hasta marzo de 1937 (16). El 4 de noviembre, la II Brigada internacional de «Kleber» sale hacia el frente de Madrid, donde se le reúne la columna anarquista de Durruti, llegada como refuerzo del frente de Aragón. La XII de «Lukascz», llegará el 26.

Muy oportunamente, por otra parte, ya que el ejército franquista, avanzando en cuatro columnas sobre un frente de 40 quilómetros, amenaza seriamente la capital. Después de que el coronel Yagüe ha desbordado a los milicianos, al norte del Tajo, en Santa Olalla-Maqueda, el 21 de septiembre, en la carretera de Talavera, el general Varela ha ocupado Illescas, el 17 de octubre, y se ha mantenido allí el 23, a pesar de un contraataque. El 29, una embestida de los tanques rusos de «Pavlov» queda frenada en el pueblo de Esquivias, ya que los infantes del 5.° Regimiento no han sabido avanzar «pegados» a los carros (los rusos extraerán conclusiones apresuradas y erróneas sobre las dificultades de empleo de los blindados en acciones que no sean otras que en apoyo a la infantería). El 4 de noviembre, los nacionalistas, en número de 20.000, se encuentran en el aeropuerto de Getafe, en la carretera de Aranjuez. El 7, penetran en la «Casa de Campo», donde «Kleber», que ha distribuido sus internacionales entre los milicianos, contiene su avance, perdiendo una tercera parte de sus efectivos. El 9 de noviembre, llegan al «Cerro de los Angeles» y al barrio de Carabanchel. El 15, los 3.000 anarquistas de Durruti flaquean y ceden la «Casa de Campo» (el 21, *liquidarán* a su jefe, culpable de haberse adherido secretamente al comunismo para verse confirmado en su mando). Franqueado el Manzanares, el 16, los «regulares» de Tetuán avanzan, a través del parque de la Moncloa, hasta la Cárcel Modelo. Pero, en su flanco, una lucha encarnizada se entabla en la Ciudad

(16) Los rojos recibirán, en tránsito por la frontera francesa, desde julio de 1936 hasta julio de 1938: 200 tanques, 198 cañones, 47 baterías, 4.000 camiones, 9.579 vehículos y carburante; directamente de Francia: 200 aviones (el 25 de marzo de 1937, de 460 aparatos, 420 son de procedencia rusa: 200 cazas, 150 bombarderos, 70 de reconocimiento); por mar, de septiembre de 1936 a marzo de 1938: los cargamentos de 164 barcos, 34 de ellos soviéticos (16 en octubre), 39 británicos, 17 griegos, 71 españoles, o sea: 242 aviones, 703 cañones, 27 piezas de D. C. A., 500 morteros, 1.368 camiones y carburante. El valor de esos suministros habría superado en 50 millones de dólares, para la U. R. S. S., los 63 millones de libras esterlinas entregados. Habrían alcanzado, para Méjico, dos millones de dólares. De los Estados Unidos, donde, en los medios dirigentes, únicamente les era adverso el secretario de Estado, Cordell Hull, los «republicanos» esperaban recibir motores de aviación, comprados por el letón Robert Cuse, pero el asunto se estropeó; aunque el «Mar Cantábrico» se hizo a la mar la víspera de la aplicación del embargo (8 de enero de 1937), no pudo evitar el ser capturado por los nacionalistas en Vizcaya.

Universitaria, donde la resistencia roja es apoyada por la artillería y los tanques rusos. Los bombardeos, incesantes del 16 al 19, causan un millar de víctimas, pero no hacen mella en la decisión de los republicanos. Abandonada la esperanza de que intervenga eventualmente una quinta columna, el ejército franquista, demasiado débil para imponerse a 50.000 adversarios y ocupar una ciudad tan extensa, tras una suprema tentativa de penetración, el 23 de noviembre, renuncia a su empresa, el 8 de diciembre.

Cada una de las dos zonas se instala en la guerra

A pesar de aquel fracaso, Alemania e Italia reconocen, el 19 de noviembre, al gobierno provisional del general don Francisco Franco Bahamonde, nombrado generalísimo y Jefe del Estado, el 29 de septiembre, por la «Junta de Defensa Nacional de España», creada en Burgos, «para restablecer el orden público y hacer prevalecer la solidaridad social», el 23 de julio de 1936, bajo la presidencia del general don Miguel Cabanellas Ferrer, con los generales Andrés Saliquet, Miguel Ponte, Emilio Mola, Fidel Dávila y los coroneles de Estado Mayor Federico Montaner y Fernando Morena. Aquel directorio militar protestó el 25 de agosto contra los envíos de oro efectuados por el «gobierno» republicano (protesta que será renovada el 15 de octubre), restableció la bandera bicolor, el 29 de agosto, anuló las expropiaciones agrarias, el 13 de agosto y el 28 de septiembre, declaró fuera de la ley a los partidos del Frente Popular, el 13 de septiembre, e inició la depuración de la administración y de la enseñanza en su zona (que será reglamentada los días 6 y 10 de diciembre). El 1 de octubre, cede el puesto a una «Junta Técnica», compuesta de siete comisarios y presidida por el general Dávila, asistido de Nicolás Franco (que, con el apoyo de los generales Orgaz y Kindelán, que habían reclamado el mando único, el 13 de septiembre, ha preparado muy hábilmente la subida de su hermano al poder) como secretario general, del general Blanco como gobernador general, del general Gil Yuste en la Guerra y del embajador Serra en los Asuntos Exteriores (6 de octubre).

Enfrente, a fin de salvar la capital y galvanizar las energías, Largo Caballero ha abierto su gobierno a los representantes de todas las tendencias revolucionarias. Desde Barcelona, a donde ha ido a entrevistarse con Manuel Azaña («Manolita», que ha corrido a refugiarse en Montserrat al producirse la primera alarma), ha reajustado su gabinete el 4 de noviembre, para hacer sitio a cuatro representantes de la C. N. T.-F. A. I. (Juan García Oliver en la Justicia, Juan Peyró en la Industria, Federica Montseny en la Sanidad y Juan López en el Comercio), al lado de dos comunistas declarados (Jesús Hernández en la Instrucción Pública, Vicente Uribe en la Agricultura), de cinco socialistas (Julio Alvarez del Vayo en los Asuntos Exteriores, Indalecio Prieto en la Marina y Aire, Juan Negrín en la Hacienda, Anastasio de Gracia en el Trabajo), de tres Izquierda Republicana (Julio Just en las Obras Públicas, Bernardo Giner de los Ríos en los Transportes y José Giral sin cartera), de dos Esquerra catalana (Carlos Esplá en la Propaganda y Jaime Ayguadé sin cartera) y de un nacionalista vasco (Manuel Irujo), más tarde. En aquella formación de 18 miembros, figuran 11 masones. Un Consejo Supremo de Guerra, compuesto por Largo Caballero, Indalecio Prieto, Alvarez del Vayo, Uribe y García Oliver, se esfuerza en ejercer una apariencia de autoridad. El 7, antes del amanecer, todo el mundo parte hacia

Valencia, no sin «peripecias» inquietantes: en Tarancón, los «duros» de la «Columna de Hierro» (17) amenazan con fusilar a aquellos fugitivos, a los que consideran unos traidores, y, en Cuenca, están a punto de ser acuchillados. Antes de abandonar Madrid, han encargado a una «Junta de Defensa» que dirija la resistencia. Presidida por el general Miaja (un masón bastante moderado), flanqueado por dos consejeros rusos, el general Berzine y Michel Koltsov, está compuesta por tres comunistas en la Guerra, dos de las Juventudes socialistas unificadas en el Orden Público, dos de la C. N. T. en la Producción, dos de la U. G. T. en el Abastecimiento, dos de la Izquierda Republicana en los Transportes, dos de la Unión Republicana en las Finanzas, dos de la Juventudes Libertarias en la Información, dos del Partido Socialista en la Evacuación (sic). Se observa que los comunistas y sus amigos controlan ya los puestos clave, especialmente las fuerzas armadas, y que los «republicanos» se ven relegados a unas tareas de intendencia sin gloria (8 de noviembre).

A partir de entonces, los dos bandos se hunden en la guerra civil larga, costosa y sangrienta. Cada uno de ellos, esforzándose en organizar su zona (18), ha empezado por «limpiar» su retaguardia. Las víctimas de la zona roja han sido calculadas en 85.940 (entre ellas, 14 obispos, 4.184 sacerdotes, 2.365 religiosos y 283 religiosas). 75.000 han muerto entre el 18 de julio y el 1 de septiembre de 1936. Esa cifra es un mínimo: el 19 de julio de 1938, el general Franco acusará a los rojos de haber asesinado a 400.000 personas, 70.000 de ellas en Madrid, 54.000 en Barcelona y 54.000 en Valencia. Las peores atrocidades, las más espectaculares, fueron el ametrallamiento del obispo y de 200 rehenes en Jaca, el 12 de agosto, el asesinato de 16 ex ministros y generales en Madrid, el 15 de agosto, la matanza de 600 presos sacados de la Cárcel Modelo, por orden de «Miguel Martínez», el 6 de noviembre, y, el 6 de diciembre, en Guadalajara, la ejecución en cadena de 298 detenidos. Las «confiscaciones» que acompañaron a aquellas carnicerías se calculan en 330 millones de pesetas en moneda y 100 millones en oro y joyas. ¿Replicarán los nacionalistas a aquellas matanzas con una carnicería? Pudo temerse a raíz de la toma de Badajoz, donde los marroquíes se entregaron a numerosos excesos y llevaron a cabo 200 ejecuciones sin previo juicio. Mas, por severa que sea, la represión será, a continuación, menos ciega. Tras haber alcanzado, al principio, a seis generales masones y al almirante Azarolo, de El Ferrol, que

---

(17) Trasladados de Teruel a Valencia, el 1 de octubre, aquellos energúmenos habían cometido innumerables exacciones, provocando, el 30 de octubre, una algarada que produjo 50 muertos.

(18) La zona roja coincide bastante bien con las regiones de implantación de los sindicatos U. G. T. (1.500.000 afiliados, casi la mitad de ellos campesinos: Asturias, Madrid, etcétera) y C. N. T. (Cataluña, Levante, Andalucía), y del radicalismo (Madrid, Valencia y Levante), con el país vasco en más —aliado porque es autonomista— y Andalucía y Extremadura (región de grandes dominios y de jornaleros hambrientos) en menos, porque están ocupadas por el ejército... en tanto que la zona nacionalista, apoyada en los dos ejes del ejército de Marruecos y de la Vendée navarra, comprende, con Castilla la Vieja y Aragón, las regiones predominantemente agrícolas (de pequeña propiedad) y de influencia católica, en las que toda una red de cooperativas, de Cajas y de sindicatos ha sido organizada por la «Confederación católica agraria», en forma de mutuas primero (tras la creación de un Consejo nacional de las Corporaciones, bajo el patrocinio del arzobispo de Toledo en 1901) y de organismos profesionales a continuación, fundados por la Federación nacional de los sindicatos católicos libres de los Padres Dominicos Gerard y Gafa, que en ocasiones colaboraron con los socialistas desde 1917 hasta 1923, y conocieron un gran desarrollo durante los siete años de dictadura del general don Miguel Primo de Rivera.

permanecieron fieles al gobierno, afectará, durante todo el curso de la guerra, a unos 40.000 rojos, más o menos culpables de exacciones o dirigentes notorios del Frente Popular.

Apoyo italo-alemán

En el terreno militar, habiendo resuelto los marxistas, gracias a la ayuda del Komintern, el problema de los efectivos y de los armamentos, transformando la guerra civil en cruzada internacional, los nacionalistas se ven obligados, por su parte, a apelar a la solidaridad fascista. Además de los primeros elementos de la «Legión Cóndor» (cuatro escuadrillas de 12 bombarderos y una de 12 cazas, más algunos hidroaviones, y unas piezas de D. C. A., a las órdenes del general Sperrle y del coronel von Richthofen) y de una agrupación de tanques (dos batallones de 16 carros, al mando del coronel von Thoma) llegados a partir del 6 de noviembre a Cádiz (aquellas unidades estarán formadas por unos efectivos de 6.000 a 10.000 hombres; por ellas pasará un total de 16.000 soldados, con un balance final de 300 muertos), el general Franco ha pedido el 30 de noviembre al general Faupel, embajador del Reich, el envío de una división de infantería, pero el general Blomberg se ha opuesto a ello (19). En cambio, el Caudillo sólo había solicitado al principio una división italiana. Concluida una entente secreta entre Roma y Burgos, el 28 de noviembre, limitada al simple compromiso de armonizar la política de los dos países, Mussolini, deseoso de dar un gran golpe en el Mediterráneo, se muestra más generoso. Al envío de un contingente de 3.000 camisas negras, desembarcado a mediados de diciembre, sigue otro de similar importancia, y de 1.500 técnicos en Sevilla. Más tarde, se añadirán otros, que aumentarán los efectivos del cuerpo expedicionario italiano, a las órdenes del general Roatta, a 20.000 y luego a 40.000 hombres (a mediados del año 1937) (20).

Naturalmente, el gobierno «republicano» no deja de protestar contra aquella ayuda en la Sociedad de Naciones, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Alvarez del Vayo, el 11 de septiembre. Pero ello le obliga a aceptar, el 16, el principio de No Intervención, aprobado por los Occidentales el 24 de agosto y por la U. R. S. S. el 28. El plan de control establecido por lord Plymouth para hacerlo efectivo reúne el acuerdo de Rusia, el 27 de diciembre de 1936, el de Portugal, el 7 de enero de 1937, y el de Alemania e Italia, el 9. A decir verdad, si bien aquellas medidas, igualmente burladas al principio por los dos bandos, y comprometidas por la retirada de Alemania y de Italia, a raíz del incidente del «Deutschland», atacado a lo

(19) Para realizar aquellos transportes, el hombre de negocios Bernhardt y Langenheim montaron, de acuerdo con las directrices de Goering, una Compañía de exportación, la ROWAK en Alemania, y en España la «Hispano-Marroquí de Transportes», o HISMA, que se encargó también de tomar participaciones en las sociedades españolas e importar minerales (hierro de Bilbao —1,6 millones de toneladas sobre 2,5 millones en 1937— y cobre de Riotinto).

(20) Aparte de las dos divisiones de camisas negras, de una parte de los «Flechas negras» y de los «Llamas negras», Italia entregará 763 aviones, 1.930 cañones y 7.663 camiones a los nacionalistas, así como dos submarinos y dos contratorpederos, a finales de agosto de 1937, más otros cuatro submarinos, en septiembre, a fin de reforzar el bloqueo. En total, aquellos suministros alcanzaron la cifra de 4.500 a 5.000 millones de liras (contra 3.500 de suministros alemanes).

En cuanto a las entregas de petróleo, la «Texas Oil» accederá a enviar, a crédito, 344.000 toneladas en 1936, 420.000 en 1937, 478.000 en 1938 y 624.000 en 1939.

largo de la costa de Ibiza el 29 de mayo de 1937 (21 muertos), y del bombardeo de Almería, como represalia (19 muertos), el 31 de mayo, no resultaron demasiado eficaces, al menos impidieron la extensión del conflicto español en una guerra entre las potencias occidentales, vivamente deseada por Stalin en aquella época. Y en ese sentido, los esfuerzos desplegados desde el 9 de agosto por el Comité de No Intervención no fueron inútiles.

Liberación de Málaga. Fracaso en Guadalajara. Reconquista del país vasco

A pesar de la inferioridad de sus efectivos: 200.000 contra 400.000 en enero —aunque aumentaron rápidamente a 500.000 en julio y 582.000 a finales de año, contra 492.000 rojos—, el ejército nacionalista, con mejores mandos, toma la iniciativa de las operaciones en 1937; iniciativa que sabrá conservar durante toda la campaña, a pesar de contraofensivas de diversión a veces peligrosas. Utilizando las unidades italianas disponibles en Sevilla, completa en primer lugar la conquista de Andalucía. donde el general Varela se ha apoderado de la fortaleza natural de Ronda. Contra Málaga, defendida por los 40.000 hombres del general Villalba, una columna, procedente del sudoeste a lo largo de la costa, ocupa Estepona el 12 de enero y Marbella el 17; desembocando del norte, mientras que la carretera del este se encuentra inundada en Motril, otra penetra en Alhama el 28; en la noche del 4 de febrero, la división ligera blindada Roatta lleva a cabo una penetración decisiva; los franquistas, que dominan las alturas el 6, ponen en fuga a los rojos el 8 y entran en la ciudad el 10. Durante toda la operación, la XIII Brigada internacional, temiendo un levantamiento anarquista en Valencia, ha permanecido pasiva en Murcia. Aquel fracaso le vale al general Asensio Torrado el ser separado de sus funciones de secretario de Estado para la Guerra. La represión fue severa: los rojos habían matado 1.500 personas, y los blancos fusilaron a 540. Y las operaciones prosiguieron alrededoı de la capital, con vistas a estrechar el cerco. A modo de preludio, dos ataques del general Orgaz, apuntando a la carretera de La Coruña, al noroeste de Madrid, en Boadilla, el 14 de diciembre y con el apoyo de los blindados el 3 de enero, hacia Pozuelo y Aravaca, bloqueados por la intervención de los tanques rusos, de la brigada Líster y de la XIV de Walter, sólo desembocaron en la conquista de 10 quilómetros de carretera, a costa de 15.000 bajas por ambos bandos. El 6 de febrero, la carretera de Valencia constituye el objetivo de la ofensiva dirigida por el general Orgaz, con 40.000 hombres, en el Jarama. Tomado Ciempozuelos a la XVIII Brigada, la confluencia del Manzanares es alcanzada el 7 y, el 11, los marroquíes toman por sorpresa el puente sobre el Jarama; pero, a partir del 9, aparecen las brigadas de refuerzo, siempre las mismas, Líster, II y XII internacionales, luego la XV de Gal, y potentes tanques rusos; el 12, el frente rojo resiste; ataques y contraataques se suceden los días 17, 23 y 27 de febrero; por una franja de terreno de 20 quilómetros de anchura y 15 de profundidad, el balance de los pérdidas es de 25.000 rojos y 20.000 nacionalistas. Hay que recobrar el aliento. La batalla se interrumpe, pues, cuando otra ofensiva, partiendo de Sigüenza, amenaza al noroeste de Madrid Guadalajara y la carretera de Zaragoza. Pero los rojos, beneficiándose de una posición central, no tendrán dificultades para desplazar a sus mejores unidades a aquel sector. La ofensiva en cuestión, iniciada el 7 de marzo, ha tenido unos comienzos prome-

tédores: el general Moscardó y 20.000 españoles avanzan por la derecha sobre la carretera de Soria, en tanto que en el centro y por la izquierda, las divisiones motorizadas italianas «Llamas negras» y «Flechas negras» (30.000 hombres) avanzan 30 quilómetros, sobrepasando Brihuega el 10 y Trijueque el 11. Pero, privadas por el mal tiempo de su protección aérea, mientras la aviación enemiga, disponiendo de buenos aeródromos, se hacía dueña del aire, sometidas a unos bombardeos tan violentos como precisos, golpeadas por vigorosos contraataques, retrocedieron precipitadamente siete quilómetros el 12 y perdieron Trijueque, y el 18 Brihuega, antes de que la división «Littorio» del general Bergonzoli consiga frenar la amenaza de los tanques rusos sobre Sigüenza. La operación, terminada el 22 de marzo, había costado 2.000 muertos, 4.000 heridos y 600 prisioneros. Sin revestir las proporciones de un desastre, al menos era un fracaso que, para los republicanos (a costa de 2.000 muertos, 3.500 heridos y 450 prisioneros), salvaba a la capital.

Modificando, aquel mismo 22 de marzo, su plan de «reconquista», el general Franco, que no tardará en disponer de 400.000 hombres, decide concentrar de nuevo su esfuerzo en la periferia, y en primer lugar sobre las provincias cantábricas, aisladas por un relieve dividido en compartimientos, ricas en minerales y en industrias que los nacionalistas precisan con urgencia. Prudente por naturaleza, se resigna a proceder con lentitud cuando es preciso, en vez de atacar con una prisa y una brutalidad ciegas, que equivaldría a «matar a un mayor número de españoles, a destruir una mayor parte de riqueza natural y, consecuencia, a hacer más inestables las bases de (su) gobierno» (declaración recogida por el diplomático italiano Roberto Cantalupo). En la noche del 31 de marzo, de acuerdo con las directrices del general Mola, el general Solchaga, con 50.000 hombres, desencadena a la vez, desde Guipúzcoa al este (donde San Sebastián ha sido ocupada intacta el 13 de septiembre de 1936), tras el fusilamiento de algunos anarquistas catalanes, molestos aliados, que pretendían incendiar la ciudad) y desde Alava (Vitoria) al sur, la ofensiva contra Bilbao, defendida por el general Llano de la Encomienda, con unos efectivos vascos y asturianos de similar importancia. Mientras que las alturas que dominan la ciudad son ocupadas por el general Alonso Vega, así como el pueblo de Ochandiano (4 de abril), al sur, el bloqueo de las costas se hace más estricto, hasta el punto de crear incidentes con los barcos ingleses que intentan abastecer su feudo. El 20 de abril se reanuda el avance, mal contenidos por unos contingentes anarquistas. El 28 de abril, caen Durango, al sur, y Guernica, al norte (esta última villa es el santuario del nacionalismo vasco; en ella fue proclamada, el 6 de octubre de 1936, la autonomía de «Euzkadi», reconocida por el gobierno de Valencia. El 16 de abril sufrió un bombardeo feroz de la aviación alemana: 1.654 muertos y 889 heridos). El 30, los «Flechas negras» entran en el puerto de Bermeo, donde se encontrarán bloqueados hasta el 3 de mayo. El 11 de junio, el general Dávila, que ha reemplazado a Mola (víctima de un accidente de aviación el 3), asalta el «Cinturón de Hierro», rompiéndolo al día siguiente; el 15, un ataque general acaba con las últimas defensas. El 19, los auxiliares asturianos, forzados a retirarse sobre Santander debido a la intervención de los guardias civiles y de asalto, abandonan la ciudad, dejando las fábricas intactas. Los rojos y sus aliados vascos han perdido de 20.000 a 30.000 hombres, más 14.000 prisioneros. El gobierno formado por José Antonio Aguirre, el 8 de octubre de 1936 (con cuatro autonomistas, tres socialistas, dos republicanos y un comunista), doblado por otra parte con

una «Junta de Defensa de Vizcaya», constituida el 17 de agosto con socialistas, representantes de la U. G. T. y de la C. N. T., ha huido. Ocupado por los nacionales el único enclave republicano en zona roja, en el que se ha mantenido una apariencia de legalidad democrática, en el que ha podido sobrevivir el culto religioso, la Iglesia española, a través de una Carta Episcopal publicada el 1 de julio, toma claro partido por el movimiento franquista, en espera de que el Vaticano reconozca oficialmente al gobierno de Burgos, el 28 de agosto de 1937.

Discordia, miseria y dominación moscovita

El desacuerdo entre vascuences católicos, asturianos marxistas y anarquistas catalanes y locales ha contribuido grandemente a la derrota de los gubernamentales. La discordia, por otra parte, es profunda en el bando de los «rojos», entre sindicatos y partidos, entre anarquistas y comunistas, incluso entre agentes del Komintern y amo del Kremlin. Feudo de los anarcosindicalistas, Barcelona es escenario, a finales de abril y primeros de mayo de 1937, de graves incidentes. Hasta entonces, las provincias catalanas y la «franja» roja de Aragón han servido de campo de experimentación de las lucubraciones sociales más extremistas: en las ciudades, los transportes, los servicios públicos, el gas, la electricidad, la gran industria, la prensa, los hoteles, los restaurantes y los espectáculos han sido nacionalizados, fijándose un techo de 1.500 pesetas para los sueldos de los directores, suprimiendo a los contramaestres, y aunque en algunos se han mantenido las jerarquías, en otras partes (en Puigcerdá, por ejemplo) se ha pretendido nivelar los salarios, y también suprimir la moneda y reemplazarla por simples vales de abastecimiento, etc. En las zonas rurales, la C. N. T., a las buenas o a las malas, ha agrupado a 430.000 campesinos en unas colectividades de tipo «kiboutzim», no sin resistencia a veces violenta (Hospitalet, Amposta) de los beneficiarios a pesar suyo de aquella «reforma agraria». Creado el 11 de agosto de 1936 un Consejo de Economía de Cataluña, dirigido por Santillán y el trotskista Andrés Nin, ha presidido aquella revolución social, con la colaboración de una burocracia parasitaria de «camaradas». Desprovisto de toda autoridad real, el gobierno de Luis Companys, habiendo subordinado él mismo su supervivencia, el 20 de julio, a la buena voluntad de los anarquistas, no ha intervenido para nada. El 24 de octubre, un decreto ha colectivizado las empresas con más de 200 asalariados, en tanto que las otras siguen sometidas al control obrero. El Consejo de la Generalidad, presidido por Juan Casanovas, no incluía el 31 de julio más que a tres socialistas sobre un total de 15 miembros. Sin embargo, el 20 de agosto, accedió a decretar, con las colectivizaciones, la confiscación de los grandes dominios, el control de los bancos y el monopolio del comercio exterior, el impuesto único y la reducción de los alquileres. Aquella formación cedió el puesto, el 27 de septiembre de 1936, a una combinación que incluye a tres representantes de la C. N. T., y, el 17 de diciembre, a otra de carácter más netamente sindicalista (cuatro C. N. T., tres U. G. T., un «rabassaire», contra solamente tres delegados de la «Esquerra»).

Pero, una vez agotados los stocks con los cuales han estado malviviendo, las empresas, desprovistas de fondos de reserva, se encuentran, o peligrosamente ralentizadas (las textiles sólo trabajan tres días a la semana), o amena-

zadas de parálisis completa. Además, el coste de la vida se ha duplicado, de julio de 1936 a marzo de 1937, en tanto que los salarios sólo han aumentado un 18 %. El P. O. U. M. (que lanzará el 4 de abril un programa de nacionalización en 13 puntos), la «Juventud Comunista Ibérica» y las Juventudes Libertarias se agitan. El 14 de febrero, un mitin ha reunido 50.000 protestarios en Barcelona. El 21 de febrero, la F. A. I., asociación secreta anarquista, se ha pronunciado a favor de la aplicación de un sistema comunal y de pequeña propiedad rural. La atmósfera política está turbia. El 21 de febrero, el embajador Rosenberg, llamado a Moscú, es reemplazado por Leon Gaikins (aquella caída en desgracia irá seguida de otras, después del proceso del P. O. U. M.: Antonov Ovseenko, Stachevski, el general Berzine, Koltsov y el propio Gaikins, reemplazado por Marchenko). Los días 20 y 22 de abril, Companys y el «Estat Català» se ponen de acuerdo con Juan Comorera y el P. S. U. C. sobre la táctica a seguir para «liquidar» a anarquistas y trotskistas. Evidentemente, Stalin no desea, ni trabajar para Trotsky en España, ni encontrarse directamente implicado en un conflicto mundial, tras haber intentado inútilmente provocar un choque fatal entre las potencias occidentales, so pretexto de una lucha ideológica entre fascismos y Frentes Populares. Togliatti ha explicado claramente su posición en estos términos: «La lucha desbordará las fronteras nacionales, para adquirir auténticamente el carácter de choque entre dos bloques de potencias, que se preparan para una segunda guerra mundial... La U. R. S. S. debe atender a su seguridad... Cualquier acción precipitada puede producir la ruptura del equilibrio actual, y apresurar la guerra hacia el Este» (Jesús Hernández, *Yo fue ministro de Stalin en España*, pág. 70).

A modo de preludio, el 23 de abril, después de un escándalo surgido en la Cheka a propósito de Cazorla, la «Junta de Defensa» de Madrid es disuelta. Los clanes rivales, como de costumbre, proceden inmediatamente a un intercambio de ajustes de cuentas: asesinato de Roldán Cortada, de la U. G. T. y del P. S. U. C., en Molins de Llobregat el 25 de abril, a raíz de un ataque de *Solidaridad Obrera* contra el comisario Cazorla; en represalia, aquella misma tarde cae un anarquista; asesinato de tres anarquistas en Puigcerdá, el 27, y más tarde, en la noche del 6 de mayo, del anarquista italiano Camillo Berneri, un amigo suyo y Alfredo Martínez, de las Juventudes Libertarias. Pero la lucha ya se ha entablado, provocada por la intrusión, el 3 de mayo, de Rodríguez Salas (por instigación de Antonov Ovseenko y de Ernö Gerö, lugarteniente de Bela Kun, alias «Pedro») en el edificio de la Telefónica, ocupado por los sindicatos C. N. T. y U. G. T. La fuerza armada dispara. Al día siguiente, los disturbios se han generalizado. Deseosos de apaciguar el conflicto, los delegados de la C. N. T. en el gobierno de Valencia aceptan, el 6 de mayo, una tregua precaria. Pero ellos mismos son blanco de los pistoleros, que disparan el 7 sobre el automóvil de Federica Montseny, a la que acompaña el secretario general de la C. N. T., Mariano Ramón Vázquez (este último escapa en aquella ocasión, pero su cadáver será encontrado más tarde en el Sena). Y el gabinete de Valencia, negándose a destituir a Ayguadé, comisario de Seguridad Interior, y a Rodríguez Salas, asume la responsabilidad del mantenimiento del orden en Cataluña, ordena a las fuerzas de policía que intervengan, sitúa a dos cruceros delante de Barcelona y envía por carretera a 4.000 ó 5.000 guardias de asalto de refuerzo. Crepitan las armas: oficialmente, el balance es de 400 muertos y 1.000 heridos. Colocado al frente de la policía, el 13 de mayo, Angel

Galarza Gago (masón, socialista e invertido) hace desarmar a los milicianos al día siguiente. Obedeciendo a las consignas dadas por José Díaz en reunión plenaria del Comité Central el 15, los representantes comunistas en el gabinete, Jesús Hernández y Vicente Uribe, exigen la disolución del P. O. U. M. Dócil, la U. G. T. hace lo mismo el 17. Bajo la amenaza de la dimisión de los comunistas y de cuatro socialistas (entre ellos su viejo adversario Indalecio Prieto, hostil a las colectivizaciones intempestivas), Largo Caballero abandona la presidencia del Consejo el 16. Antiguo sindicalista, se niega a sacrificar a la C. N. T. «Ya no quiere escuchar nuestros consejos», se quejan Codovila, Stepanov, «Orlov» y Gerö; desde aquel momento, está condenado.

Togliatti y Stachewski deciden llevar al poder al doctor Negrín, el dócil ministro de Hacienda que les ha entregado el oro del Banco de España. El hombre está tan desprovisto de convicciones como de escrúpulos, gran bebedor, aficionado a la buena mesa, jugador empedernido, y transfiere fondos al extranjero por si las cosas pintan mal, pero está casado con una rusa, y esto lo arregla todo. Formado el 18 de mayo, sin la C. N. T., que se ha negado a colaborar (el congreso de la A. I. T., reunido en París del 11 al 13 de junio, prohibirá a los anarquistas toda participación en los gobiernos de Valencia y de Barcelona), el «gabinete de la Victoria» se compone de nueve miembros (cuatro de ellos francmasones): José Giral en los Asuntos Exteriores, Bernardo Giner de los Ríos en Obras Públicas, Jaime Ayguadé, catalán, en el Trabajo, los dos comunistas Vicente Uribe y Jesús Hernández Tomás, Indalecio Prieto en la Defensa Nacional, un segundo socialista, Julián Zugazagoitia, en el Interior, y el vasco Manuel Irujo en la Justicia. Reajustado el Consejo de la Generalidad por Luis Companys, el 15 de junio (excluyendo a la C. N. T., con cinco masones sobre nueve comisarios), aquellos dos últimos ministros procedieron a la eliminación del P. O. U. M. (cuyo periódico, *La Batalla,* había sido suprimido el 28 de mayo): detenidos el 16 de junio, ocho miembros del Comité ejecutivo de aquel partido (entre ellos Joaquín Maurín, Julián Gómez, llamado Gorkin, Andrade), juzgados por uno de los tribunales especiales creados el 23 de junio de 1937, serán condenados en octubre de 1938 a penas de quince años de prisión (por supuesta colaboración con un falangista detenido en Gerona, y «lastrado» por la policía con una maleta de documentos comprometedores). En cuanto a Andrés Nin Pérez (de origen judío), torturado por «Orlov» en Alcalá de Henares, se ha negado a confesar sus errores y ha sido «escamoteado» limpiamente en el curso de una seudotentativa de evasión (¡supuestamente organizada por la Gestapo!). El partido queda disuelto.

A continuación les llega la vez a las «Juntas de Defensa», órganos controlados por los sindicalistas. La de Asturias incluye a cuatro anarquistas (de ellos, uno de la F. A. I. y uno de las Juventudes Libertarias), dos comunistas, dos J. S. U., dos Unión Republicana y dos Izquierda Republicana). La de Madrid ya ha sido suprimida. La de Aragón es disuelta el 10 de agosto, gracias a la intervención de la brigada Líster; su jefe, Joaquín Ascaso, detenido en el primer momento con otros 300 confederales, será puesto en libertad el 18 de septiembre. Luego, el sometimiento de los sindicatos: el 7 de agosto, el periódico *Solidaridad Obrera* es sometido a la censura; el 21 de septiembre, es asaltada la sede del Comité de la C. N. T.-F. A. I. en Barcelona, los «Escolapios». En el seno de la U. G. T., la influencia de Largo Caballero y de su equipo es minada sistemáticamente; de mayo a julio,

la redacción del periódico *Claridad* ha sido cambiada totalmente; el 26 de julio, *Adelante*, de Valencia, ha visto ocupadas sus oficinas; en el interior del Comité ejecutivo de la U. G. T., González Peña forma, el 1 de octubre, un comité nacional disidente, reconocido por el gobierno, el 28 de noviembre. Por haber protestado, el 17 de octubre, contra aquellos métodos, Largo Caballero es detenido el 21 en la carretera de Alicante y devuelto a Valencia. El 30 de noviembre, la *Correspondencia*, publicada en esta última ciudad, queda intervenida. Será necesaria la intervención de André Jouhaux para que cuatro de los amigos de Largo Caballero sean readmitidos en el Ejecutivo, el 2 de enero de 1938. En adelante, bajo la capa de Negrín, los moscovitas son los amos. Dueño de la radio desde el 18 de junio (bajo control de Koltsov), el 14 de agosto queda prohibida en la prensa toda crítica de la U. R. S. S. En tanto que los representantes catalán y vasco se retiran del gabinete el 11 de agosto, la colectivización agrícola queda suspendida en Cataluña el 28 de agosto, y el gobierno ejerce el control sobre las minas y la metalurgia (Wladimir Birchitski dirige las fábricas de armamento). Una policía militar especial, el «Servicio de Investigación Militar», creada por Indalecio Prieto el 15 de agosto, nominalmente dirigida por Uribarri y Santiago Garcés, de hecho por sus consejeros rusos, con sus 6.000 agentes, tiene bajo su bota a la zona roja. El ejército, finalmente, es controlado por los comunistas, que cuentan con 5.500 oficiales sobre 7.000 (F. A. I., septiembre de 1938), 163 comandantes de brigada contra 33, 61 de división contra nueve, 15 de cuerpo de ejército contra dos y tres comandantes de ejércitos, más dos simpatizantes, contra un neutral (Peirats, III, págs. 230-233).

Fusión de los nacionales, bajo el arbitraje del «Caudillo»

En el otro bando, desde luego, chocan diversas tendencias, monárquicos y falangistas, anglófilos y amigos del Eje, pero la autoridad de los generales, la prudencia y la habilidad de Franco, bastan para canalizarlos y mantener la unión necesaria para el éxito. Partidario de una restauración carlista (hecho difícil por la muerte del pretendiente Alfonso Carlos, dejando como heredero a Jaime de Borbón-Este), Fal Conde, negándose a seguir a su amigo político el conde de Rodezno en sus concesiones a la dinastía alfonsina, se retira a Portugal. Con unos efectivos hinchados hasta un millón a finales de 1936, la Falange ya no tiene jefes (José Antonio, detenido el 14 de marzo de 1936, ha sido fusilado en Alicante el 20 de noviembre del mismo año; Onésimo Redondo ha muerto en el Alto del León; Ramiro Ledesma Ramos, expulsado del partido, ha sido fusilado más tarde en Madrid). El único que subsiste, Manuel Hedilla, un mecánico de Santander, no tiene la envergadura necesaria para dirigirla. Sin embargo, se impone la necesidad de poner en marcha el programa y de llevar a cabo profundas reformas sociales. Ramón Serrano Suñer, abogado, diputado de la C. E. D. A., confidente de José Antonio, detenido, evadido, refugiado en la legación de los Países Bajos, que ha conseguido llegar a Burgos en febrero de 1937, convence de ello sin dificultad a su cuñado el general Franco (sobre el cual logra rápidamente reducir la influencia de su jefe de gabinete, el diplomático José Sangróniz, de tendencia liberal y anglófila, encargado de los Asuntos Exteriores en la «Junta Técnica»). Tras la intervención en el mismo sentido del general Faupel, embajador de Alemania, el 11 de abril, el Caudillo obtiene el asentimiento de los generales Queipo de Llano y Mola para la instauración de un partido

único. Tomando lo esencial de los 27 puntos de la Falange (aparte la nacionalización de los bancos, punto 14, y la supresión de los «latifundios», punto 18), el decreto del 19 de abril de 1937, promulgado el 21, proclama a España como Estado totalitario, de vocación imperial y marítima, sindicalista, hostil a la vez al capitalismo y al marxismo, y promete que «a la explotación liberal de los españoles sucederá la participación racional de todos en la gestión del Estado, a través de su función familiar, municipal y sindical». Simbolizada por el hermanamiento de la camisa azul y de la boina roja en su uniforme, así como por la presencia de cuatro falangistas y dos monárquicos en su directorio, la unión de las tendencias en el seno de aquel «Movimiento» no dejará de encontrar obstáculos. La «Comunión carlista» y «Renovación Española», el 22, y «Acción Popular», el 24 de abril, se inclinan y aceptan fundirse en aquella organización nacional; pero las resistencias surgen en el estado mayor de la Falange, en el que Manuel Hedilla y una veintena de sus amigos protestan contra la medida y hablan nada menos que de raptar al general Franco, hasta el punto de que el general Monasterio tiene que asumir el mando de la Milicia, el 11 de mayo, y una serie de condenas sancionará el 15 de junio aquella intriga (Manuel Hedilla y otros 13, a muerte con conmutación de pena, 20 a trabajos forzados y 46 deportados a Guinea), antes de que se restablezca la normalidad y que los estatutos de la Falange sean promulgados, el 4 de agosto de 1937.

La España nacionalista, por otra parte, no tardará en normalizar sus instituciones. El 30 de enero de 1938, un gabinete compuesto de un presidente y 11 ministros tomará el relevo de la «Junta Técnica», con el general Gómez Jordana y Souza como vicepresidente y ministro de Asuntos Exteriores, el general Dávila en la Defensa Nacional, Serrano Suñer en el Interior, el general Martínez Anido en el Orden Público, el conde de Rodezno en la Justicia, Andrés Amado en Hacienda, J. Antonio Suances en la Industria, Raimundo Fernández Cuesta (Fal.) en la Agricultura, Alfonso Peña Boeuf en las Obras Públicas, Pedro González Bueno (Fal.) en los Sindicatos y Pedro Sainz Rodríguez (Fal.) en la Educación. Faltan en esta combinación Nicolás Franco, nombrado Embajador en Lisboa, y José Sangróniz. Pero el general Jordana, en los Asuntos Exteriores, sabe hacer frente también a las exigencias de Alemania. Cuando Johannes Bernhardt reclama la revisión del acuerdo comercial del 12 de julio de 1937, con la concesión de un monopolio sobre cinco compañías mineras y sobre 73 minas, responde anulando por el decreto del 9 de octubre de 1937 las concesiones otorgadas después del comienzo de la guerra civil y limitando al 25 % del capital, en vez del 50 % solicitado, las participaciones extranjeras. Nicolás Franco ha intervenido para arreglar las cosas, y en junio de 1938, Serrano Suñer, que no se entiende demasiado bien con el general Faupel y ha logrado que sea sustituido por el diplomático von Stohrer, ha hecho admitir un compromiso del 35 al 40 %, con la constitución de cinco sociedades anónimas, en noviembre, para recoger los derechos de las compañías HISMA y Montana. Aquella manifestación de firmeza no cae en saco roto: después del reconocimiento del régimen franquista por el Japón, el gobierno de Chamberlain ha delegado el 16 de noviembre un representante en Burgos, sir Robert Hodgson, y acogido al duque de Alba en Londres. Finalmente, la promulgación del «Fuero del Trabajo», el 10 de marzo de 1938, ha fijado uno de los rasgos esenciales del régimen.

Derrotas marxistas: Belchite, Brunete, Teruel. Ocupación de Asturias

En los campos de batalla, los nacionalistas, aunque avanzando lentamente, no han cesado de reforzar sus posiciones y de infligir sangrientas derrotas a sus adversarios. A fin de retardar la caída de las provincias cantábricas, los rojos se habían limitado a lanzar algunos ataques locales de diversión (contra Huesca, donde perdieron 10.000 hombres, entre ellos el general Lukascz, y contra La Granja, con la XIV Brigada internacional de «Walter», el 31 de mayo de 1937), que no tuvieron el menor efecto. Contra la opinión de Largo Caballero, partidario de una ofensiva de gran estilo (75.000 hombres) en Extremadura, para cortar las comunicaciones franquistas entre el norte y el sur, alrededor de Mérida, el general Miaja, por temor a desguarnecer las defensas de Madrid, y el general ruso Krulik hicieron prevalecer la idea de una operación destinada a alejar al enemigo de la capital, con 50.000 hombres, 128 tanques y 150 aviones (V Cuerpo del comunista Juan Modesto, ex leñador, ex sargento de la Legión, al mando de las II y XIV internacionales, y de las Brigadas Líster, «El Campesino», etc., y XVIII Cuerpo, a las órdenes del coronel Jurado, XIII y XV internacionales, etc.). Roto el frente el 6 de julio, la división Líster ocupó Brunete y el avance continuó hasta el 13, pero los rojos, encarnizándose contra los pueblos que resistían, en vez de profundizar en su ataque, dieron tiempo al general Varela para concentrar reservas y contraatacar del 18 al 22, reconquistando Brunete el 24 (en tanto que una maniobra de diversión en Alcorcón, al sur de Madrid, terminaba en fuga a la desbandada de los marxistas). El resultado de aquella ofensiva fue el de hacer diezmar a las brigadas internacionales y perder 25.000 hombres contra 12.000, ya que el mando enemigo se limitó a sacar provisionalmente algunas unidades del frente norte. Pero el general Dávila no dejó de reanudar la ofensiva contra Santander (defendido por el general Gamir Uribarri y 50.000 hombres, apoyados por una aviación bastante débil), el 14 de agosto, con 106 batallones y 80 baterías, 26 batallones italianos, seis de «Flechas negras», navarros y vascos. Al sur, los navarros ocuparon las alturas de Reinosa y El Escudo el 16, Reinosa y su fábrica de armas el 17, en tanto que en la costa norte, los italianos avanzaban hacia los puertos de Laredo y de Santander, alcanzados el 18. La retirada de los asturianos se encontró cortada en Torrelavega, al oeste, el 24, por el general García Valiño. Los vascos se dirigieron entonces hacia Santoña para rendirse a los italianos, el 25 (el suegro de Aguirre, Constantino Zabala, había entablado en julio negociaciones en Londres, y a continuación en el Vaticano con el cardenal Pacelli). Pero la capitulación fue denunciada y toda huida por mar de los jefes imposibilitada, el 27. La víspera, los franquistas habían hecho su entrada en Santander, de donde las fuerzas de policía habían expulsado a los «republicanos». La contraofensiva, lanzada contra Zaragoza, el 24 de agosto, por el general Pozas y el coronel Cordón (disponiendo de 80.000 hombres, 40 baterías, 100 tanques y 200 aviones) se produjo demasiado tarde para salvar la ciudad. Rápidamente contenida al sur de Huesca (Tardienta), desembocó en dos penetraciones, a una y otra parte de Belchite, al sudeste de Zaragoza, donde los navarros resistieron desesperadamente hasta el 6 de septiembre, y llegó a 10 quilómetros de la capital aragonesa, pero los tanques rusos fracasaron en un asalto de tres días contra Fuentes de Ebro, en la orilla sur, y la operación quedó en nada. Otro ataque, más al norte, al este de Jaca, del 25 de septiembre a mediados de octubre, no obtuvo ningún

resultado. Entonces se desarrolló la última fase de la ofensiva franquista en Asturias: los navarros del general Solchaga, procedentes del este, dueños de Covadonga el 1 de octubre y del puerto de Ribadesella, el 14, se unieron en Infiesto, el 15 de octubre, a las fuerzas del general Aranda, procedentes del sur, que se habían apoderado del puerto de Pajares, la víspera. Con sus ataques en picado, la Legión Cóndor transformó la retirada de los rojos en desastre. Expulsados del puerto de Gijón por un levantamiento, que provocó la huida de Belarmino Tomás, los días 20 y 21 de octubre, no les quedó más recurso que el de rendirse o el de huir a los montes (en número aproximado de 18.000).

La relación de las fuerzas entre los dos bandos es entonces de 582.000 dotados de 400 aviones para los nacionalistas, en frente de 492.000 rojos, provistos de 350 aparatos. Terminadas las operaciones en el norte, 65.000 franquistas quedan disponibles para otro teatro de operaciones (¿el sector de Madrid, Guadalajara?). Por una vez, los marxistas no les dejan elegir. Sin preparación artillera, como tienen por costumbre, a fin de lograr el efecto sorpresa, 100.000 hombres, a las órdenes del general Hernández Saraiba, asaltan el 15 de diciembre el saliente de Teruel, defendido por una débil guarnición de 5.000 hombres, mandados por el coronel Rey d'Harcourt. Ocupada «La Muela» el 17, la ciudad queda rodeada. En medio de sangrientos combates callejeros, resistirá hasta el 8 de enero de 1938. Por desgracia, la columna de socorro, lanzada al ataque el 29 de diciembre, no llegará a La Muela hasta el 31, para encontrarse paralizada allí por un frío de 20 grados bajo cero. Reanudada el 17 de enero, la contraofensiva se apodera de aquella altura el 19; ampliada el 5 de febrero al norte de la ciudad, profundiza de ocho a 10 quilómetros, alcanza el río Alfambra el 7, barre el 9 todo lo que encuentra por delante, cruza el río el 17 y se lanza sobre la ciudad en ruinas, que los rojos evacúan el 20 de febrero. La aventura ha costado a estos últimos 14.000 muertos, 20.000 heridos y 16.000 prisioneros, y a sus adversarios 10.000 y 12.000. Si bien no ha sido aún decisiva, al menos señala un giro de la guerra.

¿Internacionalización del conflicto, o negociación y retirada de los voluntarios?

Es evidente que el ejército del Frente Popular, derrotado en todas las batallas, no puede aspirar a ganar la guerra con su esfuerzo militar. El primero en darse cuenta de ello, en el seno del gobierno, que se ha trasladado de Valencia a Barcelona el 31 de octubre, es el propio ministro de Defensa Nacional, el socialista Indalecio Prieto (que ha tratado de librar a los jefes militares del control de los comisarios, en noviembre de 1937). Al igual que su colega Julián Besteiro, en adelante deposita sus esperanzas en una paz negociada gracias a los buenos oficios británicos. Se envenenan sus relaciones con los jefes del S. I. M. (Uribarri, y en Madrid el comandante Durán), con Jesús Hernández y, sobre todo, con Alvarez del Vayo y Negrín, los cuales viven en la espera de una guerra general, que les resolvería la papeleta. Vuelto al poder el 13 de marzo, Leon Blum tal vez se dejaría arrastrar a ella. Al menos, ha tenido la veleidad de intervenir en Bilbao (como señala el mariscal Keitel en un informe del 22 de marzo de 1938). Después de la retirada de Alemania e Italia del Comité de No Intervención, la tensión inter-

Esta vez, la proporción de las fuerzas se inclina netamente a favor de los franquistas (300.000 hombres y 565 cañones contra 230.000 y 250 piezas), en aquel frente. Reforzados con nuevas entregas de armas alemanas, emprenden inmediatamente, sin dar tiempo a los rojos para reorganizar sus unidades, una ofensiva general contra Cataluña, el 23 de diciembre. El frente, roto en el norte por el general Muñoz Grandes, hacia Artesa de Segre (4 de enero de 1939), y al sudeste de Lérida, en Borjas Blancas, y, todavía más al sur, en Granadella, el 29 de diciembre, se resquebraja por todas partes. Dos columnas, marroquíes procedentes del sur y navarros del oeste, ocupan Tarragona el 15 de enero. Hanresa cae el 24, y el 25 es franqueado el Llobregat; el 26, los nacionalistas hacen su entrada en Barcelona y penetran en Gerona, el 5 de febrero, y en Figueras (donde el último núcleo de las Cortes, 62 diputados, se ha reunido con Martínez Barrio, el 1), el 9. Dejando atrás unos 200.000 prisioneros, los marxistas, en número aproximado de 250.000 milicianos (de los cuales, el 13, en Toulouse, 53.000 pedirán regresar a su patria) (22) y 150.000 paisanos, llevando con ellos once camiones de oro, de joyas y de tesoros religiosos robados, refluyen en desorden, a partir del 5 de febrero, hacia la frontera francesa, que las tropas de los generales Solchaga y Muñoz Grandes cerrarán respectivamente en el Perthus y en Bourg-Madame los días 9 y 10 de febrero.

Mientras la Gran Bretaña se dedica a obtener la capitulación de Menorca, el 9 de febrero, en Francia, Edouard Daladier delega el 15 de febrero a Burgos a Leon Berard, para que negocie allí con el general Jordana el reconocimiento del general Franco y la restitución de los 1.000 millones en oro, joyas y obras de arte puestos a salvo más allá de los Pirineos, y también de la flota que, desde Cartagena, se ha dirigido a Bizerta, el 5 de marzo. Concluido el acuerdo el 27 de febrero, y ratificado por la Cámara (por 323 votos contra 262), el mariscal Petain presentará sus cartas credenciales el 24 de marzo de 1939. Aquel mismo 27 de febrero, la Gran Bretaña ha seguido el ejemplo de Francia, y Manuel Azaña ha renunciado a la Presidencia, en carta dirigida a la Comisión Permanente de las Cortes. Anticipándose a la intervención de lord Halifax, en favor de una negociación con los rojos, el general Franco promulga el 13 de febrero un decreto reglamentando la represión, y el 18 precisa que, si bien está dispuesto a que el rigor de la Ley caiga únicamente sobre los criminales, no por ello dejará de exigir de los marxistas una rendición sin condiciones.

Capitulación roja en Madrid

Los socialistas que, con Julián Besteiro, ministro de Hacienda, tratarán de negociar la rendición de Madrid, con apoyo del diplomático inglés Corvan, tropezarán con una rotunda negativa. Consciente de la inutilidad de continuar la lucha, el coronel Casado, jefe de la «Junta de Defensa», se enfrenta en la capital a los comunistas, prohibiendo la publicación de su periódico *Mundo Obrero*, el 23 de febrero. Negrín no le hace cambiar de opinión el 25, prometiéndole la llegada inminente de material ruso. Tampoco convence a los jefes de Cuerpos de Ejército reunidos al día siguiente en el aeródromo de

(22) En total, unos 120.000 regresarán a España, 200.000 se quedarán en Francia y 150.000 emigrarán a América del Sur.

Los Llanos, cerca de Valencia. Sólo Miaja se pronuncia por la resistencia (lo mismo que entre los paisanos Alvarez del Vayo, Uribe y Garcés jefe del S. I. M.). No por eso deja de ser relevado de su mando, al igual que Casado, al que debe reemplazar Modesto (2 de marzo). Pero el nombramiento de Galán en Cartagena, el 4, provoca un motín que es sofocado por los comunistas. Al día siguiente, Casado se niega a obedecer las órdenes de Negrín. Apoyado por el socialista Wenceslao Carrillo (amigo de Caballero), y por los anarquistas Cipriano Mera, García Prada y sus unidades, logra desalojar a los rusófilos de Barceló, Bueno y Ortega del centro de la ciudad que han ocupado del 7 al 10 de marzo, y trata de negociar con Burgos, por mediación del coronel Centaños (entre el 13 y el 25 de marzo), sobre la base de la rendición de la aviación (que no se efectúa) y de la evacuación por dos puertos de Levante. Los ultrancistas aprovechan la ocasión para huir: Negrín y Del Vayo vuelan hacia Dakar (fletado en Boulogne para llevar a Méjico el tesoro de Negrín, el paquebote «Vita» será recibido allí por Prieto); en Valencia, el 27, algunos de sus colegas toman el avión para Londres, en tanto que Togliatti, Uribe y Hernández embarcan en Cartagena. Aquel mismo día 27, a las 11 de la mañana, el ejército del Centro cesa las hostilidades. Procedentes de Toledo y de Guadalajara, las tropas franquistas hacen su entrada el 28 en la capital, donde las recibe el alcalde anarquista Melchor Rodríguez. La ocupación de Ciudad Real, Cuenca y Albacete, el 29, de las ciudades del Levante, Valencia, Alicante, el 30, Almería, Murcia, Cartagena y Jaén, el 31, cierra las operaciones.

El balance de la guerra civil en la que el Frente Popular ha sumido a España es desolador. En vidas humanas: 110.000 nacionalistas muertos en combate y 175.000 rojos; respectivamente, 1.000 y 14.000 víctimas de los bombardeos; en total, unos 410.000 muertos, más 150.000 personas ejecutadas y 200.000 fallecidas a causa de las privaciones, es decir, alrededor de 800.000, sobre una población de 24 millones de habitantes (según Hugh Thomas, 600.000; para otros historiadores, de 850.000 a un millón). Y 241.000 personas encarceladas todavía en 1942. Daños materiales: 183 pueblos derruidos, pero sólo 250 fábricas; 160 iglesias en ruinas, 1.850 fuera de uso y 3.000 dañadas; 250.000 casas destruidas; el 27 % de las locomotoras, el 61 % (viajeros) y el 22 % (mercancías) de los vagones, perdidos; el ganado aniquilado en sus tres cuartas partes; escasez de trigo (1/4), de azúcar (más de la mitad), de aceite y de leche, etc.

Volver a levantar un país tan empobrecido exigirá esfuerzos tanto más prolongados por cuanto se encontrará reducido a sus propios recursos por el segundo conflicto mundial, al cual escapará por muy poco, que se dispone a asolar Europa.

CAPITULO XXXII

LA VENGANZA DE ISRAEL

«Europa será rota en pedazos»

«¡No hay esperanza para Europa!» En esta amarga reflexión, el riquísimo financiero judío-norteamericano Bernard Baruch resumía, en febrero de 1937, su profundo desencanto del Viejo Mundo. Después de la crisis de 1929-1930, en efecto, el horizonte no había cesado de ensombrecerse para los animadores del marxismo. Añadiéndose al triunfo del fascismo en Italia y a la instauración del nuevo Estado portugués, el fracaso del Frente Popular en Francia y el desastre rojo en España habían sellado su revés en el Mediterráneo. Y he aquí que en la Europa central se acumulaban las nubes anunciadoras de tormenta más amenazadora todavía, de un huracán dispuesto a barrerles. Y que el nacionalsocialismo, sólidamente establecido por la vía legal en Alemania, a partir de 1933, se extendía como mancha de aceite, ganando no solamente a los Estados vencidos, sino incluso a los Estados políticamente engrandecidos, restaurados o creados, pero económicamente desorganizados, por los tratados de Versalles.

«¡No hay esperanza para Europa!» Tanto dinero, tantas riquezas, tantas vidas humanas, en el curso de tantas guerras y revoluciones, ¿habrían sido sacrificados inútilmente? Tan cerca del objetivo, ¿habría que renunciar a la realización del gran designio, a la construcción de la Gran Obra, a aquel dominio sobre toda la Tierra prometido por los profetas al Pueblo Elegido (Daniel, VII, 14, 27)? ¿O bien, una vez más, tratar de derribar el obstáculo, al precio que fuera, incluso a costa de un cataclismo en el cual zozobraría la civilización?

Y he aquí, que un año más tarde (junio de 1938), un artículo incendiario de la *American Hebrew*, la más popular de las revistas judías de América, fundada en 1879, aporta como un eco la respuesta esperada, el llamamiento a la cruzada y vaticina: «Europa será rota en pedazos». Gracias a la influencia de los judíos Hore Belisha en Inglaterra, Leon Blum en Francia y Maximo Litvinov en la U. R. S. S., las democracias se unirán contra la dictadura nazi... «*Europe will be broken to pieces!*» Y, por encima de los himnos nacionales, el «God save the King», la «Marsellesa» y la «Internacional», se alzará el de Israel, «Eili! Eili!», orgullosa de su triunfo. ¡Puesto que no

hay nada que esperar de Europa, Europa será destruida! Después de haber leído aquel texto, ¿cómo no pensar que, en los banquillos del Tribunal de Nuremberg, faltaban los principales culpables?

* * *

Consecuencia de la crisis norteamericana: quiebras y paro obrero en Alemania

Principal beneficiaria de los créditos norteamericanos (de un total de 23.000 millones de marcos de deudas exteriores, contraídas de 1924 a 1931, según el informe de sir Walter Layton del 18 de agosto de 1931 —8.000 de ellos a corto plazo, de los cuales 6.300 serán reconvertidos por seis meses—, 10.300 sirvieron para el pago de las reparaciones), Alemania ha sido el país europeo más violentamente sacudido por el crack de 1929 y por las retiradas de fondos que provocó (11.000 millones de dólares; liquidación de 1.000 millones de marcos de valores alemanes; anulación de 11 millones de dólares de créditos a corto plazo, del 11 al 31 de mayo de 1931). Antes de que intervenga la moratoria Hoover (22 de junio-6 de julio), el Reichsbank ha desembolsado del 1 al 23 de junio 1.400 millones de marcos, de ellos 974 millones en oro y 93 en divisas. Se han producido quiebras: *Creditanstalt* (Crédito Vienés de Fritz Ehrenfelds, fusionado con el Banco de Crédito para el Comercio y la Industria de los Rotschild, desde el otoño de 1929), el 13 de mayo de 1931, después de perder 140 millones de schillings sobre un capital de 145; la del consorcio lanero «Nordwolle», el 17 de junio-3 de julio, dejando un «agujero» de 200 millones de marcos; el 13 de julio, las del Banco de Crédito austríaco (la unión aduanera con el Reich, decidida en marzo, será prohibida por el Tribunal de La Haya el 5 de septiembre) y de la «Danat» de Goldschmidt (la cuarta en volumen, pero la segunda para los créditos extranjeros), cuya salvación garantizarán las funciones «Vereinigte Stahlwerke»; la del «Dresdner Bank» (subvencionada por el Estado en la proporción de 300 millones por 400 de capital); la del «Landesbank» de Renania (con un pasivo de 200 millones de marcos). La J. F. Schröder de Brema, amenazada, saldrá del apuro. Dotado con 200 millones de marcos de créditos, el Banco de Aceptación y de Garantía es encargado de prestar ayuda a los establecimientos en dificultades.

El Reichsbank ha reaccionado bien contra la tormenta: ha cerrado la Bolsa el 13 de julio, aumentado al 7 y luego al 10 % su tasa de descuento, estrechando la vigilancia sobre las operaciones bancarias, instituyendo el control de los cambios (15 de julio), ordenando la declaración obligatoria de las divisas el 18 y prohibiendo la exportación de los capitales. Pero sus reservas han descendido a 1.600 millones de marcos, y la cobertura, de 40 % a finales de julio, a 24,8 % a finales de diciembre. Sin embargo, la producción industrial está en franca recesión: el índice, que sobrepasaba en una cuarta parte el de 1914, ha retrocedido de 150 a 85, de octubre de 1929 a febrero de 1932. Inexorablemente, el paro obrero se extiende. Reducida a 540.000 a finales de 1927, la cifra de parados alcanza 1.200.000 durante el verano en 1929, 2.600.000 en septiembre, 3.200.000 a finales de año, 3.484.000 el 15 de noviembre de 1930 y, aumentando el ritmo, 3.977.000 el 15 de diciembre, 4.765.000 el 15 de enero de 1931, 5.800.000 en noviembre de 1932:

y casi siete millones en 1933. Esforzándose en practicar una política de austeridad y de saneamiento a lo Poincaré, a partir del 12 de abril de 1930, el católico Heinrich Brüning, que ha reemplazado a Hermann Muller (sucesor de Marx después de las elecciones del 20 de mayo de 1928) el 27 de marzo de 1930, tras haber aumentado los impuestos el 7 de julio llega a reducir los subsidios de paro y a amputar los sueldos de los funcionarios, primero en un 10 %, luego en la cuarta parte. Pero el Reichstag se niega a seguirle por aquel camino y el canciller, sin otra alternativa que disolverlo, convoca a los electores para el 14 de septiembre. Es un suicidio.

Exito electoral del nacionalsocialismo

El escrutinio aporta al partido nacionalsocialista 6.406.000 votos (en vez de 810.000 en 1928), le permite introducir en el Reichstag 107 diputados sobre un total de 577 (en vez de 12 sobre 491) y convertirse en el segundo grupo en importancia en la Asamblea, detrás de los socialistas, que disponen de 143 escaños, en tanto que los comunistas pasan de 3.262.000 a 4.587.000 votos y de 54 a 77 escaños. Dividido momentáneamente en dos clanes (durante el encarcelamiento de su jefe), el de von Gräfe y del coronel Reventlow en el norte, y el de Gregor Strasser y de Ludendorff en Baviera (Partido Nacionalsocialista de la Libertad, disuelto el 12 de febrero de 1925), el partido nazi fue reconstituido por Hitler (amnistiado el 20 de diciembre de 1924) en la Burgerbraükeller, el 27 de febrero de 1925, con la colaboración de Rudolf Hess, de Julius Streicher, de Gottfried Feder, del doctor Frick y de Alfred Rosenberg. Pero la elección de algunos colaboradores no ha sido afortunada. El mando de las Secciones de Asalto, «Sturmabteilung» (creadas el 17 de septiembre de 1922 por el as de la aviación Hermann Goering, introducido por el marido de la hermana de su esposa, nacida Carin von Kantzov, Eric von Rosen, miembro de la sociedad «Thulé», cerca de Alfred Rosenberg y de Hitler), cuyo primer regimiento había sido constituido el 1 de marzo de 1923, es confiado entonces al capitán Röhm (hijo de un ferroviario, jefe de Estado Mayor del gobernador de Munich en 1919, fundador, con el capitán Bepp Römer, veterano del grupo «Oberland», de la asociación «Puño de Hierro», y luego, con Heines, de la «Frontbanner», el 30 de mayo de 1924), pero le será retirado el 1 de mayo de 1925, por haberse esforzado en reagrupar a los cuerpos francos bajo la autoridad de Ludendorff y el control de la Reichswehr, con vistas a la conquista del poder por la fuerza. Asimismo, la responsabilidad de la propaganda, atribuida el 15 de mayo de 1925 al ex estudiante de Farmacia Gregor Strasser, diputado del Landtag de Prusia en abril-mayo de 1924, tendrá que serle retirada porque, de tendencias demasiado socialistas, ha entrado en conflicto con Feder en el congreso de Bamberg, el 14 de febrero de 1926, por haber reclamado la confiscación de los bienes principescos. El doctor en Filosofía, de Heidelberg, Paul-Joseph Goebbels, expulsado por los aliados de Renania, le reemplazará y será nombrado jefe del sector de Berlín-Brandeburgo, el 1 de noviembre siguiente.

En el intervalo, el crecimiento del movimiento ha sido muy lento: 27.000 afiliados en mayo de 1925, 49.000 en 1926 y 70.000 en el III Congreso de Nuremberg, el 27 de agosto de 1927. Pero la derogación (4 de febrero de 1925) de la prohibición de su partido en Baviera, por el populista Heinrich Held, y la (28 de septiembre de 1928) de la prohibición de hablar en público, decre-

tada en Prusia el 1 de marzo de 1925, así como el éxito de su obra *Mein Kampf*, escrita en la prisión de Lansberg y publicada el 18 de julio de 1925 (seis millones de ejemplares vendidos en 1940), devuelven a Hitler todos sus medios de acción, en el momento en que el crack de 1929 crea para su propaganda unas circunstancias excepcionalmente favorables. A partir de entonces, la progresión se acelera. En 1928, el partido cuenta con 108.000 miembros, 178.000 en 1929, 210.000 en 1930. Los efectivos de las S. A. aumentan en la mismo proporción (6.000 en el II congreso de Weimar, 3-4 de julio de 1926; 20.000 en el III de Nuremberg, 19-21 de agosto de 1827; 60.000 en el IV, también de Nuremberg, el 4 de agosto de 1929), alcanzando a finales de 1929 la cifra de 100.000, es decir, casi la mitad del número de afiliados, lo que sitúa a la milicia de los camisas pardas en igualdad con la Reichswehr. Sin embargo, a raíz del procesamiento de tres tenientes de Leipzig, culpables de intrigas en el seno de esta última, y de un motín provocado por algunos S. A. en Berlín, en el curso de aquel mismo mes, Franz Pfefer von Salomon, que era su jefe desde el 27 de julio de 1926, es relevado por Hitler, que tiene la malhadada idea de llamar a Röhm, que se encontraba en Bolivia, para restablecerle en su mando, el 5 de enero de 1931.

Las S. S. —«Schutz Staffel», o escalones de protección— vieron la luz el 9 de noviembre de 1925. Surgidas del núcleo de la sección de asalto, «Stosstruppe», formada por Joseph Berchtold en marzo de 1923, reducida a 280 hombres hasta finales de 1927, encarnan la Orden de Caballería ideal, heredera de los Teutónicos, la élite racial de formación esotérica, semillero de superhombres (Rauschning, págs. 278-279), entre ellos Hitler, penetrado de su «misión» (Linz, 12 de marzo de 1938), por la cual estima «haber sido llamado por la Providencia» (Berlín, 29 de abril de 1939) a dirigir «la inminente lucha de los arios contra el peligro judío mundial» (Munich, 21 de abril de 1921), inspirándose a la vez en los jesuitas y en la «grandiosa jerarquía de la Iglesia católica» (Rauschning, pág. 267), así como en la Francmasonería, de la cual admira «el efecto mágico de sus símbolos rituales» («Nuestro partido debe estar constituido exactamente como su secta», informa Rauschning, página 268), que pretende hacer de la estructura misma de su movimiento una casta de jefes, destinados a regenerar al hombre y a convertirlo en «un dios en formación».

Colaboraciones masónicas y financieras contra la amenaza de guerra civil

Los Rosa Cruz, a los que hemos encontrado en el origen mismo del nacionalsocialismo, no cesan de animar su acción. Por instigación suya, el 26 de octubre de 1930, la Gran Logia nacional de los Francmasones alemanes asume el título de «Orden cristiano Nacional»; en 1932, la Gran Logia de Sajonia sigue su ejemplo. En abril de 1933, los «Tres Globos» y la Gran Logia nacional disuelven sus filiales, se reforman bajo el título de «Orden nacional cristiano de Federico el Grande», rechazan los símbolos masónicos tradicionales y los reemplazan por el martillo de Thor y la espada, en tanto que las logias que han permanecido bajo el control del judaísmo serán objeto de persecuciones dirigidas por Eichmann, adjunto de Himmler, y de su segundo Heydrich, encargado en septiembre de 1934 de establecer un fichero y de crear un Museo de la Francmasonería internacional. La última de esas

logias será cerrada el 17 de agosto de 1936; de un total de 80.000 francmasones alemanes, varios millares serán expulsados de la administración, 60 serán condenados a muerte, 133 desaparecerán en los campos de concentración y 138 encontrarán su salvación en el exilio. En su conquista del poder, el nacionalsocialismo no ha dejado de beneficiarse del apoyo de la gran mayoría de las logias, de inspiración Rosa Cruz y hostiles a la penetración del comunismo en la secta.

Tampoco le han faltado los apoyos financieros, incluso los más imprevistos. Su participación en la campaña del referéndum contra el plan Young en el curso del verano de 1929 ha aumentado su autoridad, le ha aportado 176.500 afiliados, le ha proporcionado fondos y le ha puesto en relación con numerosos capitalistas «nacionales», contra los cuales, a partir de entonces, sólo dirigirá ataques con balas de fogueo: Hugenberg, el magnate de la prensa (brazo derecho de Krupp, que sin embargo conservará las distancias un par de años más), al que ha conocido en el «Deutsche Order Klub» de Berlín, Emil Kirkdorf de las Hulleras, Fritz Thyssen de los Aceros, los dirigentes de los Seguros «Allianz», de la I. G. Farben Industrie, de la Hamburg-Amerika Linie, de los miembros del Círculo de los Amigos de la Economía, de los multimillonarios de Colonia, el industrial Otto Wolf y el banquero barón von Schröder, y también varios colegas de este último, entre ellos el doctor Schacht, director del Reichsbank, que es su jefe de filas. Valioso intermediario para mantener el enlace con la finanza germano-norteamericana, incluso con los Warburg, que no han vacilado en delegar cerca de Hitler a uno de sus primos, Sidney Warburg, en julio de 1929. Dimisionario muy pronto del Reichsbank, Schacht se entrevista con su amigo Melvyn Taylor (que le ha ofrecido emplear a su hijo Jens en el «First National Bank» de Chicago), segundo delegado norteamericano en Baden-Baden que, contrariamente a su jefe Jackson, se ha salvado del crack, y también con su colega Montagu en Londres (después del 14 de septiembre), y traba conocimiento con Hermann Goering, en diciembre de 1930, en el curso de una cena en casa de Strauss, uno de los administradores del Instituto de Emisión alemán, desde 1915. El 5 de enero de 1931 es huésped, con Fritz Thyssen, de Goering y del doctor Goebbels. A la semana siguiente, decidido a despejar el camino a Hitler, aconseja al canciller que forme una gran coalición, con la participación de los nacionalsocialistas.

¿Qué significan aquellos avances? Desde luego, la situación económica es inquietante, y más aún los disturbios sociales que engendra: el 1 de mayo de 1929, en el distrito de Wedding, de Berlín, unos motines comunistas han causado 19 muertos y 36 heridos graves; el 15 de octubre de 1930, 126.000 huelguistas se han manifestado en la capital; el 2 de enero de 1931, se producen disturbios en el Ruhr; los días 8 y 11 de junio, estallan motines en Hamburgo, Brema, Cassel, Francfort, Dusseldorf y Duisburgo, en el Ruhr, y Chemnitz, Beuthen y Leipzig, en Sajonia. En todo el país, revestidos de camisas de diferentes colores, encuadrados en unos «Frentes» más o menos militarizados, marxistas por un lado —socialistas de la «Reichsbanner» (fundada el 24 de febrero de 1924, con dos millones de miembros, más dispuestos por otra parte a ir «a la sopa» que a la lucha), y del «Frente de Hierro», constituido el 23 de diciembre de 1931— y comunistas del «Frente Rojo», en número de un millón, constituidos en «Unión de Combatientes» (100.000 hombres, organizados en 545 grupos de base de ocho a cinco hombres, en

secciones de cuatro grupos y en equipos de tres secciones), reemplazada por la «Liga Antifascista» después del 6 de mayo de 1929 (250.000 hombres, en grupos de autoprotección de islotes y de empresas, y en comités terroristas, disponiendo de un presupuesto de 3.700.000 marcos en 1932, encuadrados por la Guepeú, conectados con el Komintern por Walter Stöcker y el judío Willi Münzenberg)—, ex combatientes y nacionalistas por otro: «Frente Gris» del «Stahlhelm» o Casco de Acero (fundado por el teniente Seldte a finales de 1918, contando con 23.000 hombres a finales de 1919, con 425.000 en 1929 y con cerca de un millón en 1932), especie de reserva de la Reichswehr, militarizado en secciones, batallones, regimientos y brigadas, en enlace con el «Kyffhaüserbund» del mariscal Mackensen y del coronel Reinhardt —y «Ejército Pardo» de los S. A. de Röhm (440.000 hombres, encuadrados en unas formaciones análogas en julio de 1932) y «Orden Negra» de los S. S., mandados desde el 9 de enero de 1929 por Heinrich Himmler (1) y su segundo Reinhard Heydrich (2), encargada del Servicio de Información, o S. D. (60.000 hombres en 1932, 100.000 en enero de 1933), reforzados con las columnas motorizadas y los motociclistas del mayor Hühnlein—, se preparan abiertamente para la guerra civil.

Eso justifica acercamientos y estímulos sorprendentes. Pero no excluye determinadas segundas intenciones: por ejemplo, la de utilizar a Alemania, impulsada por el paro obrero al rearme y a la guerra exterior, esta vez como instrumento de destrucción del régimen estaliniano, en beneficio de una restauración del trotskismo en Rusia, empresa en la cual el Reich no dejará de agotarse hasta el punto de verse entregado a la revolución. Las facilidades encontradas al principio, la concomitancia de ciertas «purgas» en el seno de los dos futuros antagonistas, su efímero acercamiento para intentar escapar a su destino, en vísperas de la catástrofe final, lo hacen sospechar así.

De momento, en todo caso, el doctor Schacht sigue con sus buenos oficios. Muy preocupado por la situación, el mariscal Hindenburg, elegido presidente, a instancias del almirante von Tirpitz, después de la muerte de Ebert, ocurrida el 28 de febrero de 1925 (por 14.600.000 votos contra 13.700.000 del centrista Marx y 1.900.000 del comunista Thaelmann), el 27 de abril de 1925, ha accedido a entrevistarse con Hitler y Goering el 10 de octubre de 1931. Pero, al no haberse llegado a un acuerdo concreto, al día siguiente se celebra una primera conferencia en Harzburgo, en presencia de Schacht, con ocasión de un congreso, entre los jefes del nacionalsocialismo, los del Casco de Acero (Seldte y Düstenberg), el mariscal von der Goltz, Hugenberg y los representantes de la gran industria. A fin de preparar la próxima elección presidencial, el 25 de febrero de 1932, se celebra una segunda reunión por iniciativa de Goering, que ha invitado a Schacht. Esta vez, el barón Krupp

---

(1) Hijo de un preceptor del príncipe Enrique de Baviera, ingeniero agrónomo en 1922, católico, fue amigo de Röhm y secretario de Georges Strasser antes de convertirse en 1925 en el colaborador discreto, impenetrable y devoto de Hitler.

(2) Subordinado del capitán de fragata Canaris en el Servicio de Información de Kiel en 1930, expulsado de la Marina en abril de 1931 por haber dejado encinta a la hija del director de las construcciones navales del I. G. Farben, recomendado a continuación a Hitler por el barón von Eberstein, se asegurará la colaboración del jurista Walter Schellenburg, del economista Otto Ohlendorf, del publicista Gunther d'Alquen, y, aunque católico de origen, atacará al clero en su órgano *Das Schwarze Korps*, al igual que hace Streicher con los judíos en el periódico de las S. A., *Der Sturmer*, pero con mucha más mesura.

von Bohlen aporta su óbolo a la caja de los movimientos nacionales que, gracias a Schacht, sólo gastará 2.400.000 marcos, de un total de tres millones suscritos. Sin embargo, entre partidos rivales, la entente no llega a producirse, del mismo modo no se había producido en una ocasión anterior, los días 7 y 10 de enero, a raíz de unas conversaciones entre Brüning, Schleicher y Hitler. Hasta el punto de que (habiéndose retirado Düsterberg después de haber obtenido 2.557.000 votos en la primera vuelta, el 2 de marzo) el mariscal Hindenburg es reelegido el 10 de abril de 1932 por 19.250.000 electores (53 % del total). Hitler, nacionalizado alemán gracias a un nombramiento como consejero de Brunswick el 24 de febrero, obtiene 11.329.000 sufragios en la primera vuelta y 13.417.000 (36,8 %) en la segunda, a pesar de las vejaciones administrativas, registros y otras arbitrariedades de que ha sido víctima su partido. En cambio, Thaelmann, candidato comunista, retrocede de 4.983.000 a menos de un millón (10,2 %). Entonces, el gobierno aumenta su rigor contra la amenazadora ola nacionalsocialista. El 13 de abril, el general Groener decreta la disolución de las milicias hitlerianas (806.000 miembros a finales de 1931, 1.200.000 en julio de 1932, y 500.000 S. A. y S. S.). En tanto que Hitler se esfuerza en calmar a Röhm, Schleicher, para evitar un *putsch*, reclama el 15 del mariscal-presidente medidas similares para la «Bandera de Imperio» socialista. Denegada la petición por Groener el 4 de mayo, postura que mantiene en el Reichstag el 9, la Reichswehr le obliga a dimitir el 12 (se le acusa de haber tenido un hijo ilegítimo), provocando así la caída del canciller Brüning, el 29.

Hindenburg y von Papen llaman a Hitler al gobierno

El mariscal confía a su amigo el católico de derechas von Papen la delicada tarea de conciliar a los clanes rivales y, si es posible, domesticar a los nacionalsocialistas. El gabinete formado por él (con von Gayl en el Interior, von Neurath en los Asuntos Exteriores, Schwerin von Krosygk en las Finanzas y von Schleicher en la Guerra) disuelve la Asamblea el 4 de julio y anula la prohibición de las milicias nazis, el 17. El éxito obtenido por los hitlerianos en el Landtag de Prusia, en el que, el 24 de abril, 162 de los suyos han sido elegidos sobre un total de 422 representantes, si bien deja presagiar nuevas victorias, no deja de provocar disturbios. Disturbios que se inician al conocerse la noticia de la dimisión del ministerio socialista Braun-Severing. En Hamburgo, el 10 de julio, causan 18 muertos y más de 200 heridos graves, y el 17 del mismo mes, 19 muertos y 285 heridos. Nombrado comisario del Reich el 19 de julio, von Papen decreta el estado de excepción y el general von Rundstedt detiene a los jefes de la policía Grzcsinski, Weiss y Hermannsberg. En aquella atmósfera revuelta, el escrutinio del 31 de julio de 1932 otorga a los nacionalsocialistas 13.745.000 votos y 230 escaños sobre un total de 608, contra 4.500.000 votos y 73 escaños (+ 5) al Centro, menos de ocho millones y 113 escaños (— 10) a los socialistas y 5.250.000 y 89 escaños (+ 12) a los comunistas. Con el apoyo de los votos del Centro, Hermann Goering es nombrado el 30 de agosto presidente del Reichstag. Pero Hitler, que reclama para él la dirección del gabinete, rechaza el cargo de vicecanciller que le ofrecen von Papen y von Schleicher. El 4 de septiembre, un decreto deflacionista presentado por el gobierno bajo amenaza de disolución tropieza con la casi unanimidad de la Asamblea: 513 votos contra 32. Se vuelve, pues, a las urnas, los días 6 y 12 de noviembre. Ante el desacuerdo

de los nacionalistas estalla el descontento de los ciudadanos medios y, en tanto que los comunistas ven aumentar su clientela hasta casi seis millones y obtienen 100 escaños, los nazis retroceden a 11.700.000 votos y 196 escaños, y los otros partidos de derecha, de 52 a 37. Para aumentar la confusión, el grupo del Centro se fracciona en dos tendencias opuestas: monseñor Kaas se acerca por demagogia a los socialistas, en tanto que von Papen busca una entente con los nazis y, ante la negativa de Hitler a entrevistarse con él (13 de noviembre), abandona el poder el 17.

Siguiendo el juego, el presidente Hindenburg llama al jefe nacionalsocialista el 21 de noviembre, pero los dos hombres no llegan a ponerse de acuerdo, especialmente en lo que respecta a la resolución del caso prusiano. Entonces, el mariscal encarga al intrigante general Kurt von Schleicher la formación del nuevo gabinete (1-2 de diciembre de 1932). Aquel antiguo adjunto de Groener, muy ligado a los banqueros internacionales, que presume de ideas avanzadas y flirtea con los rojos (una especie de versión prusiana de De Gaulle), se dedica a seducir al ala izquierda de los tropas hitlerianas, ofrece a Gregor Strasser la vicecancillería (que una conferencia del partido le prohibe aceptar, el 9 de diciembre) y conspira con Röhm. Pero no tarda en chocar con el presidente, que no admite ni las críticas lanzadas contra el Osthilfe (ayuda a los terratenientes del este) ni la confiscación de 350.000 hectáreas de sus dominios de la Prusia oriental, y el 24 de enero de 1933 se niega a disolver de nuevo el Reichstag, como le reclamaba el canciller. Este se ve obligado a dimitir (28 de enero). Por otra parte, el 24 se le ha acusado de connivencia con los marxistas.

¡Un Pueblo! ¡Un Imperio! ¡Un Jefe!

Esta vez, gracias a la intervención del secretario de Estado Meissner cerca de Hindenburg el 20 de enero, la sucesión está asegurada ya para Hitler. Después de haber restablecido la cohesión de su partido liquidando el 8 de diciembre el bastión de Strasser (la 1.ª, Sección de Organización; la 2.ª, Oficina Política, era dirigida por el doctor Ley y Goebbels), el jefe nazi ha obtenido de von Papen, en el curso de una entrevista decisiva en casa del banquero von Schröder en Colonia, el 4 de enero, que acepte colaborar con él como vicecanciller. Aparentemente, Hitler no abusa de su triunfo, puesto que el gobierno que asume el poder el 30 de enero de 1933, presidido por él, sólo incluye a otros dos nazis, los ministros del Interior del Reich, doctor Frick, y de Prusia, Hermann Goering (que se apresura a llamar a las milicias: 10.000 S. S., 25.000 S. A. y 15.000 Cascos de Acero, para que secunden a la policía, «Hilfspolizei»). Las otras carteras están repartidas entre las diversas tendencias: los Asuntos Exteriores para von Neurath, las Finanzas para Schwerin von Krosygk, la Guerra para von Blomberg, el Trabajo para Seldte, la Agricultura para Gürtner, los Abastecimientos para Hugenberg. De todos modos, los nacionalsocialistas celebran su victoria con un espectacular desfile con antorchas, en el cual participan 25.000 hombres. Y monseñor Kaas se empeña en unir los votos de su grupo a los de los marxistas en la oposición, por lo que el gobierno decreta la disolución del Reichstag y la convocatoria de nuevas elecciones para el 5 de marzo, en tanto que los rojos apresuran sus preparativos de guerra civil, iniciados en Brunswick en diciembre.

El 24 de enero, delante de su cuartel general en Berlín, el Hogar Karl Liebknecht, se producen graves incidentes. En febrero, los disturbios se extienden a Renania, en Düren y Crefeld, a la Alta Silesia y a Hamburgo; del 14 al 20, una serie de registros tratan de ponerles coto. El 25, grupos de autoprotección y de combate marxistas se fusionan. Dimitrov en Berlín, y los búlgaros Popoff y Taneff dirigen el levantamiento. El 27, un comunista holandés, van der Lubbe, prende fuego al Reichstag, lo que desencadena una serie de medidas draconianas y de represión: detención provisional de Ernst Torgler, jefe del grupo comunista, decreto sobre la protección del Estado (28 de febrero), supresión de las garantías individuales y, el 1 de marzo, decretos de excepción contra los comunistas, preludiando la detención de 4.000 dirigentes y de 6.000 funcionarios marxistas, prohibición de periódicos, apertura de campos de concentración. Aunque en las elecciones del 5 de marzo los comunistas conservan 4.750.000 votos (sin obtener ninguno de los 81 escaños correspondientes, ya que el partido ha sido declarado ilegal), nazis y nacionalistas (von Papen y Hugenberg) se ven plebiscitados, los primeros con 17.300.000 votos y 288 escaños, y los segundos con 3.186.000 votos y 52 escaños (el Centro sólo reúne 5.305.000 votos, y los socialdemócratas 7.181.000 votos, o sea, 91 escaños). Inmediatamente (el 23 de marzo), el Reichstag concede plenos poderes a Hitler por un período de cuatro años, por la aplastante mayoría de 441 votos contra 94, ya que el Centro se ha apresurado a unirse a los vencedores. Unos días bastan para conquistar el control de las provincias y de las asambleas locales: en el Landtag de Prusia, disuelto el 7 de febrero por von Papen, comisario de Imperio, los nazis entran en número de 211 sobre un total de 392 representantes; en Baviera, el general von Epp, también comisario (9 de marzo), hace ocupar los edificios públicos por las S. S. y las S. A., y provoca la caída del gobierno Held; el ejemplo es seguido al día siguiente en Sajonia, en Wurtenberg y en el ducado de Baden, y el 14 de marzo en Hesse. Es el final de la Alemania compartimentada, tan apegada hasta entonces a sus particularismos; los 17 estados se ven absorbidos en el gran Reich unitario soñado por los pangermanistas. Según la divisa que Hitler ha tomado prestada de su maestro austríaco Georg von Schönerer: «Ein Volk! Ein Reich! Ein Führer!» ¡Un Pueblo! ¡Un Imperio! ¡Un Jefe! Las leyes sobre la unificación (31 de marzo) y sobre la institución de los Statthalter (7 de abril) son el primer paso; la supresión de los Landtag, de las Asambleas regionales, cierra el proceso.

Un Imperio unificado, que recobra sus antiguos colores el 11 de marzo. Un dictador absoluto, plebiscitado de acuerdo con la ley del 14 de julio, por 36.626.000 electores de un total de 42.900.000, el 12 de diciembre. Un partido único, encuadrando al «Deutschtum», el conjunto de pueblos de raza germánica. Tal debe ser la organización del Tercer Reich. Aquel partido, con un millón y medio de afiliados a finales de 1932, duplicará en unos meses sus efectivos y, a pesar de varias depuraciones, contará con tres millones de miembros en junio de 1933 y con casi cuatro y medio en 1939. Admite como primera reserva a sus aliados del «Casco de Acero» (21 de julio de 1933), antes de absorberles completamente a principios de 1934, y como segunda reserva al «Kyffhaüserbund». En cuanto a los otros, o bien les incita a disolverse por sí mismos, como al partido «Deutsch national» el 27 de junio, y al Centro, populista y popular bávaro, los días 4 y 5 de julio, o bien los suprime, como a los socialistas, «por traición» (22 de junio), o los proscribe como a los comunistas (26 de mayo). A fin de cuentas, la ley del 1 de

diciembre de 1933 identifica al partido nacionalsocialista (partido único desde el 14 de julio) y al Estado, reducido a un papel de administración, del cual es el animador; instruido por las lagunas de la experiencia mussoliniana, Hitler ha velado, por otra parte, por la formación previa de los cuadros especializados destinados a aplicar su programa y a dirigir a la nación.

Un restablecimiento espectacular: milagro del Trabajo

De momento, su tarea no resulta envidiable, y la herencia de la República de Weimar se revela excepcionalmente onerosa: cerca de 7.000 millones de marcos de déficit, 17.000 de deuda exterior, un activo reducido a 2.216 millones de marcos en 1930, a 984 en 1931 y a 439 en 1933, y... casi seis millones y medio de parados. El 17 de marzo de 1933, después de tres años de ausencia, Schacht vuelve a hacerse cargo de la dirección del Reichsbank (con el asentimiento de los judíos Mendelssohn, Wassermann y Warburg, miembros influyentes del Consejo de Administración). Detrás de Macdonald y de Herriot, he aquí que efectúa la peregrinación a Washington y que expone al presidente Roosevelt la imposibilidad en que se encuentra el Reich, no sólo de pagar las reparaciones, sino incluso la amortización y los intereses de los préstamos recibidos (20.000 millones de dólares entre 1924 y 1930). Antes de su marcha, una cena reúne con él en casa de David Sarnoff —uno de los delegados norteamericanos en París para la elaboración del plan Young en 1929— a catorce invitados, todos ellos, excepto Owen D. Young y Alfred Smith (candidato católico a la presidencia), tan judíos como su anfitrión, incluido el rabino Stephen Wise (por cierto: ¿qué pintaba un rabino en aquel cenáculo financiero?). Hombre hábil, Schacht ha sabido apaciguar las aprensoines de sus interlocutores, y hacer espejar ante ellos algún atractivo proyecto, puesto que en mayo los expertos reunidos en París reconocen la incapacidad de pagar de Alemania y la necesidad de reducir sus transferencias y de estimular sus exportaciones. Aunque una circular del doctor Frick no tarda en prohibir a los francmasones el acceso a los cargos más importantes, Schacht verá recompensados sus eminentes servicios con su nombramiento para el ministerio de la Economía, el 2 de agosto de 1934. (Tan furiosos contra Mussolini, «el asesino de Matteoti», Leon Blum y Vincent Auriol reservarán en cambio una excelente acogida al financiero alemán, llegando incluso a sugerirle la posibilidad de restituir el Camerún a Alemania.)

En el terreno económico y social, no tarda en producirse al otro lado del Rin un restablecimiento espectacular. Ya que si bien las arcas están vacías, a Alemania le quedan sus brazos: el talento organizador de sus jefes de industria, la osadía de sus empresarios, la competencia de sus ingenieros, el celo y el coraje de sus trabajadores. Todo ello, puesto en marcha por instigación de Hitler (convencido de que «el oro de Alemania —su riqueza— es la capacidad de trabajo de su población», tal como le dijo a Martin Bormann; ¿no demostró acaso en Zwiedeneck que «el patrón-oro no era más que una ficción»?), por el doctor Schacht, realizará un segundo milagro y proporcionará la prueba de que «el valor de una moneda no depende de la cantidad de oro almacenada en los sótanos del Instituto de Emisión, sino de la capacidad de producción del país» (Lesourd, II, 468). Pero esto supone un estricto control de los cambios, la compensación de las compras en el extranjero por vía de trueque, una autarquía cada vez más efectiva, impli-

cando la producción creciente de ersatz, de materias sintéticas, en resumen, la aplicación en tiempo de paz de una economía de guerra. Sin embargo, los resultados son concluyentes. En octubre de 1936, el éxito del primer plan cuadrienal, formulado en enero de 1933, está asegurado; la dirección del segundo es confiada a Goering en 1937. Se emprenden grandes obras públicas: construcción de autopistas (3.065 quilómetros completamente terminados, 1.387 parcialmente, 2.499 empezados, en seis años), fabricación de automóviles populares, Volkswagen, por la inmensa fábrica de Fallersleben, construcción de viviendas urbanas (701.552 en tres años) y rurales (en dos años, 21.301 terminadas y 59.000 en construcción por el Frente del Trabajo). Caída de 16.900.000 toneladas en 1929, a 5.800.000 en 1932, la producción de acero alcanza los 15.700.000 en 1935.

Gracias a ese esfuerzo perseverante y eficaz, el número de parados se reduce progresivamente: 6.200.000 en enero de 1933, 4.100.000 en 1934, 2.700.000 en 1935, 1.500.000 en enero y 350.000 en julio de 1937. En un clima de solidaridad social, el doctor Ley, responsable de aquella batalla del Trabajo, instituye unas «garantías del Trabajo» y, el 10 de mayo de 1933, unos «Comités de gestión paritarios». Participando así de las responsabilidades en las empresas que les proporcionan el sustento, los trabajadores han visto desaparecer sin nostalgia las antiguas centrales sindicales partidistas, que vivían de la lucha de clases. Tanto más fácilmente por cuanto se benefician del régimen de seguridad social más generoso del mundo y, además, de la estabilidad de los precios y de los salarios (en cinco años de guerra, el alza de los precios no sobrepasará el 12 % y el de los salarios será del 11 %), de las múltiples ventajas, vivienda, ambiente agradable de los talleres, vacaciones organizadas, que les procura el Servicio de «La Fuerza por la Alegría», creada en noviembre de 1933 (cf. Bruno Ranecker, *La Política Social de la Nueva Alemania*). Un Tribunal de Honor social vela por que los patronos, conscientes de la solidaridad que les une a sus empleados, respeten los derechos de estos últimos (los despidos injustificados se sancionan con una indemnización equivalente a un año de salario), a fin de mantener la cooperación necesaria entre unos y otros. El mismo espíritu preside las relaciones entre trabajo y capital, teniendo en cuenta, como proclama Hitler el 10 de diciembre de 1940, que en Alemania «el capital existe para la economía y la economía para el pueblo», lo que le impulsó a limitar la tasa de los dividendos al 6 %.

El Servicio del Trabajo, creado el 26 de junio de 1935 para ayudar a reabsorber el paro obrero, ha sido concebido de tal modo que opera un verdadero hermanamiento de las clases entre los jóvenes que se encuentran adscritos durante seis meses, armados con una pala simbólica, a unas tareas manuales y de utilidad pública, en las zonas rurales (Ayuda agrícola, Trabajo agrícola manual), al mismo tiempo que a una instrucción paramilitar. 400.000 al principio, aquellos jóvenes serán 20 millones en 1938, de ellos 12.400.000 obreros y campesinos y ocho millones empleados y artesanos. Aquella organización impecable causará una profunda impresión, lo mismo al ministro laborista inglés, sir Neville Henderson, que al universitario norteamericano Maxime Y. Sweezy, encargado de una encuesta por el «Radcliffe College». El conjunto de aquellas realizaciones en el campo del trabajo despierta el odio, la envidia y las aprensiones de la alta finanza y de los marxistas. En cambio, la sombra real que empaña aquel cuadro sólo puede regocijarles,

ya que el rearme y los preparativos para la guerra que implica sirven perfectamente a sus designios.

El dilema: ¿desarme y revisión de los tratados, o rearme?

Así, rechazan sistemáticamente —¿por fanatismo, por ceguera, o por voluntad deliberada?— todos los ofrecimientos alemanes para limitarlos. Desde que había nacido la Sociedad de Naciones, interminables palabras, tan frecuentes como inútiles, se pronunciaban en Ginebra sobre el desarme. Creada el 12 de diciembre de 1925, una comisión se había reunido en septiembre de 1926 y en marzo de 1927 para debatir la cuestión; la U. R. S. S. fue admitida en ella el 2 de diciembre de 1927; por medio del conde Bernstorff, Alemania planteó en ella por primera vez el 4 de mayo de 1929 el problema de su rearme. Bajo la presidencia de Arthur Henderson, el 2 de febrero de 1932, unas imponentes sesiones, agrupando a los representantes de 59 naciones, habían escuchado a los mejores tenores de la época, sir John Simon, del Foreign Office, Tardieu (ministro de la Guerra del gabinete Laval desde el 14 de enero, reemplazado por Paul Boncour, cuando fue llamado a presidir el gobierno, el 20 de febrero), el canciller alemán Brüning, el italiano Dino Grandi, el judío ruso Litvinov y el norteamericano Hugh Gibson, discutiendo una vez más el asunto. Sin ningún resultado positivo, por otra parte; la propuesta lógica y práctica de André Tardieu (7 de febrero) de constituir a base de contingentes nacionales una fuerza armada internacional, única que estaría dotada de tanques, de artillería pesada y de aviación, quedó ahogada bajo las olas de elocuencia demagógica de Litvinov, exigiendo un desarme general y total. Sin embargo, el canciller Brüning había regresado de aquella reunión con el acuerdo de Macdonald y de Stimson para duplicar los efectivos de la Reichwehr (26 de abril de 1932). Pero Herriot (presidente del Consejo desde el 3 de junio de 1932) presta oídos sordos lo mismo a la propuesta de Hoover y de Gibson (22 de junio) de prohibir las armas llamadas ofensivas, que al ofrecimiento de von Papen (canciller desde el 29 de mayo) de reanudar la negociación de un pacto francoalemán con control recíproco, y le niega el 11 de septiembre el reconocimiento de la igualdad de derechos a Alemania (reclamada los días 22 de julio y 29 de agosto), para conceder el principio (con una inconsecuencia absoluta) de aquella igualdad a su sucesor desde el 2 de diciembre, el general von Schleicher (11 de diciembre de 1932), bajo la presión de Inglaterra y de Italia.

Así están las cosas cuando Hitler asume el poder. Deseoso de borrar el efecto de los ataques de *Mein Kampf* contra la hegemonía militar francesa, el jefe nazi tiene la elegancia de declarar al embajador de Francia, François-Poncet, el 8 de abril: «Si tengo una ambición, es la de que algún día me sea erigido un monumento en mi calidad de hombre que habrá reconciliado a Francia y a Alemania». ¿Sobre qué bases? Renuncia a Alsacia-Lorena por parte de Alemania, y al Sarre por parte de Francia, le confirmará a Daladier, en vísperas de la caída de este último, en octubre de 1933. Sin embargo, en Ginebra la discusión es cada vez más inoperante: mientras Herriot y Paul Boncour señalan su preferencia por la institución de milicias a corto plazo, desprovistas de armas «ofensivas» (oponiéndose al mismo tiempo al mantenimiento de las S. A.), Macdonald presenta el 16 de marzo un proyecto de limitación de los efectivos, concediendo a Francia 200.000 hombres (más

otros 200.000 en ultramar), 200.000 a Alemania, 200.000 a Italia (más 50.000), 200.000 a Polonia, 100.000 a Checoslovaquia y 500.000 a la U. R. S. S. A pesar de que la consecuencia sería el cerco de 200.000 alemanes por más de un millón de adversarios eventuales. Hitler se declara dispuesto, el 17 de mayo, a aceptar los planes británico y norteamericano como base de discusión.

Suprema tentativa de Mussolini para dejar a salvo la posibilidad de una revisión pacífica de los tratados. el Pacto de los Cuatro no es firmado en Roma hasta el 7 de junio de 1933, tras haber sufrido por parte de Paul Boncour (que reconocerá más tarde, después de la derrota de 1940, en unas declaraciones a *Paris-Soir*, que, si hubiese sobrevivido, habría salvado a Europa), bajo la influencia de Benes y de los británicos, una serie de enmiendas que lo redujeron a un simple compromiso para reunirse en caso de crisis. Cansado de guerra, tras haber reclamado que se respetara la promesa hecha en Versalles de considerar la limitación de los armamentos de Alemania como el preludio de un desarme general, y por consiguiente, o el desarme de los demás o su propio derecho al rearme, y declarado que sólo aceptaría un control generalizado (15 de septiembre), Hitler, siguiendo el ejemplo del Japón, que el 24 de febrero de 1933 se retiró de la Sociedad de Naciones antes que evacuar sus tropas de Manchuria, abandona a la vez la Conferencia del Desarme y el organismo de Ginebra (14 de octubre), decisión que los electores alemanes, tras haber sido disuelto el Reichstag, aprueban el 12 de diciembre por 40.601.577 votos (el 95 % del total).

El Führer no renuncia por ello a negociar directamente el asunto con Francia. El 13 de diciembre se declara dispuesto, a cambio de la devolución del Sarre al Reich, a contentarse con la mitad de los efectivos franceses, sin bombarderos y sin tanques pesados, y concreta oficialmente a Paul Boncour, el 18 de diciembre, el ofrecimiento formulado a François-Poncet el 24 de noviembre, de limitar a 300.000 hombres sus fuerzas militares. Influenciado por Benes, el ministro francés vacila, en tanto que Inglaterra e Italia insisten en los 200.000 hombres. Reemplazado Daladier por Doumergue, el 6 de febrero de 1934, Louis Barthou, nuevo titular del Quai d'Orsay, al principio partidario de una respuesta favorable, tropieza con la oposición de Herriot y de Tardieu en el seno del gabinete y endurece su actitud, a pesar de las intervenciones de Eden cerca de Hitler (21 de febrero) y de Mussolini (26 de febrero), rechazando las propuestas alemanas de los días 13 de marzo y 16 de abril (no-armamento de las S. S. y de las S. A.; limitación de la aviación a la mitad de la de Francia), y renunciando bruscamente a la negociación, el 17 de abril de 1934, con una nota a Inglaterra, ya que está ilusionado por la próxima caída de Hitler, anunciada por von Schleicher. La consigna, evidentemente, no es la de entenderse, sino la de intentar una vez más el cerco de Alemania, empujándola a las soluciones extremas.

La irradiación del fascismo hace ineficaz el cerco

La cosa no resultará fácil. Ya que el ideal del fascismo y del nacional-socialismo se propaga por todo el continente y el Tercer Reich desarrolla rápidamente sus intercambios comerciales con la Europa del Este y del Sudeste. La Gran Bretaña, que no conoce la amenaza comunista, y cuyo espíritu insular permanece poco permeable a las influencias exteriores, es casi la

única que escapa al contagio, a pesar de que el régimen parlamentario, al democratizarse, ofrece síntomas de decrepitud, a pesar de que los círculos Rosa Cruz de la «Golden Dawn» mantienen relaciones con sus homólogos alemanes, a pesar de que algunos turistas aristócratas se hayan dejado impresionar por los espectáculos ofrecidos por el Servicio del Trabajo del doctor Ley y por las Olimpíadas de Berlín, y no oculten su admiración por aquel notable sentido de la organización, sin disputa la cualidad predominante de sus primos... germanos. A los ojos del hombre de la calle, sometido en Inglaterra más que en ninguna otra parte a una rígida presión social, los «camisas de plata» de sir Edward Mosley (tocado con un sombrero hongo gris y armado con un paraguas de seda —según Degrelle—, y cuya hermana está enamorada del Führer) aparecen como unos *dandys*, esforzándose en lanzar sin demasiada convicción una nueva moda, poco conveniente para unos británicos que se respeten a sí mismos. Asimismo, el «establishment» —el «sistema»—, emanación de la plutocracia de la City, reposando sobre una poderosa estructura masónica (Logias de las diversas obediencias y Fraternidades obreras de los «Odd Fellows»), respaldado por las Iglesias (la jerarquía católica no ha sido nunca la última en asumir la defensa de los judíos), disponiendo de una prensa intensamente judaizada (3), no ha encontrado obstáculos para descartar del trono —con unos pretextos eminentemente «morales», desde luego— a un joven soberano, Eduardo VIII, lo bastante atrevido como para intentar restaurar su propia monarquía restableciendo unas relaciones directas con su pueblo. De este modo, el único peligro real de «fascismo» en Inglaterra quedará descartado.

En los países nórdicos

En los otros países nórdicos, la forma nacionalsocialista prevalece en la propaganda de las nuevas ideas. Sin embargo, en Bélgica, entre los valones, es asumida por elementos católicos. Gracias a su don de gentes, a su dominio de la pluma y de la palabra, el joven Leon Degrelle, que ha rescatado la editorial «Christus Rex», lanzado un semanario, *Rex*, que tira 240.000 ejemplares, impreso folletos, difundidos de 100.000 a 700.000 ejemplares por amigos motorizados, y, con un capital inicial de 10.000 francos, publicado en octubre de 1936 un periódico, *Le Pays Réel*, con una tirada de 200.000 ejemplares, que lleva la contradicción a los mítines marxistas antes de celebrar sus propias reuniones, ha conseguido, a los veintinueve años, obtener 31 escaños (sobre un total de 212) en las elecciones de mayo de 1936, con un programa de reforma del Estado (autoridad, estabilidad, duración), de instauración de un socialismo de colaboración de las clases y de lucha contra la alta finanza, reforma concretada en una escoba simbólica. Entonces, si el rey lo hubiese querido (Leopoldo III, sucesor de Alberto I desde el 23 de febrero de 1934), con el apoyo del general Chardonne y de los «cazadores de las Ardenas», hubiese sido factible un golpe de Estado (octubre de 1936).

(3) Una breve llamarada antijudía, señalada por la publicación en diciembre de un folleto, *The Jewish Peril. Protocols of the Learnerd Elders of Zion*, difundido por «The Britons» en 1920, apoyados por la revista literaria *Plain English* (lord Alfred Douglas), fue apagada rápidamente, a finales de 1920, por los contraataques del periodista Lucien Wolf contra el «Jewish Bogey» (el espantajo judío). Por haber publicado unos extractos del folleto en cuestión, el órgano conservador *Morning Post*, boicoteado por los distribuidores de publicidad, se vio obligado a fusionarse con el muy oficial *Daily Telegraph*.

La reacción de los intereses amenazados no se hizo esperar. Asumiendo la defensa del partido «católico» oficial (que se había beneficiado de un subsidio sustancial de seis millones de francos concedido por Philips y otros tiburones de la finanza en 1934), el cardenal van Roey, arzobispo de Malinas y primado, trató por todos los medios de hacer callar al «enfant terrible», mientras se intentaba conseguir del Vaticano, en diciembre, una condena del «rexismo». Sin embargo, la maniobra se vio entorpecida por el escándalo que estalló el 2 de noviembre (eco del de Barmat en Alemania y de Stavisky en Francia): ministro de Estado, Paul Segers se había permitido disponer generosamente en beneficio propio de los fondos de las Cajas de Ahorro. A continuación le llegó la vez a van Zeeland, desafiado por Degrelle en una elección-plebiscito, el 11 de abril de 1937, comprometido por haber cobrado del Banco Nacional unos sueldos de funcionarios fallecidos y obligado a dimitir. A pesar de la hostilidad de la jerarquía, prohibiendo «en conciencia» a los fieles que votaran por él, el partido rexista obtuvo un 40 % más de votos. Pero, a pesar de su entente con la Alianza nacional flamenca de Staf de Clerq (U. N. V., 100.000 afiliados, 17-18 diputados), no logró triunfar, y en 1939 se vio incluso reducido a cuatro representantes.

En Holanda, el ingeniero Anton Adrian Mussert creó en Utrecht en 1931 un partido nacionalsocialista neerlandés (N. S. B.), el cual, gracias al apoyo financiero de los colonos de las Indias, reunió en cuatro años de 30.000 a 50.000 afiliados, y más tarde 100.000 (aunque otro grupo, declaradamente nazi, dirigido por Rost van Tonningen, le hiciera la competencia, con unos 10.000 afiliados). Recibido por Hitler en noviembre de 1936, Mussert, adscrito a la campaña antisemita en septiembre de 1939, registrará numerosas defecciones (64.000).

En Noruega, los marxistas, después de haber formado unos «consejos» en 1917, se habían adherido a la III Internacional en 1919, fomentando huelgas desde 1921 hasta 1923 y provocando disturbios entre guardias rojos y milicias burguesas. Luego se dividieron: los socialistas se separaron de los comunistas en 1923 para constituir un «Labour Party» a la inglesa. Inducido, en calidad de ministro de Defensa del partido Agrario en 1930, a reprimir unos motines en el barrio obrero de Oslo y a velar por los arsenales amenazados por los rojos hasta 1933, Vidkund Quisling, agregado militar en Moscú desde 1917 hasta 1930, ex miembro de la comisión Nansen en 1921, militar con aspecto de jefe de contabilidad («el rostro abotargado, la mirada apagada, tenebrosa», dirá de él Degrelle), impresionado por la amenaza soviética que siente planear sobre los países escandinavos, se esfuerza en buscar protección cerca de Inglaterra y de Alemania y, retirado del Storting (Parlamento) en 1933, fundó una «Unión Nacional» antimarxista, que a pesar de sus tendencias sindicalistas sólo obtuvo en 1936 26.000 votos, contra 618.000 de los laboristas (los comunistas retrocedieron de 22.000 a 4.000).

En los Estados bálticos

En los países bálticos, los elementos nacionalistas, luchando a la vez contra las ambiciones rusas y alemanas, y con frecuencia combatidos por sus propios gobiernos, vivían una existencia difícil. En Letonia, los 30.000 «Cruces de Fuego» —luego «Cruces del Trueno»— animados por el veterano estudiante

única que escapa al contagio, a pesar de que el régimen parlamentario, al democratizarse, ofrece síntomas de decrepitud, a pesar de que los círculos Rosa Cruz de la «Golden Dawn» mantienen relaciones con sus homólogos alemanes, a pesar de que algunos turistas aristócratas se hayan dejado impresionar por los espectáculos ofrecidos por el Servicio del Trabajo del doctor Ley y por las Olimpíadas de Berlín, y no oculten su admiración por aquel notable sentido de la organización, sin disputa la cualidad predominante de sus primos... germanos. A los ojos del hombre de la calle, sometido en Inglaterra más que en ninguna otra parte a una rígida presión social, los «camisas de plata» de sir Edward Mosley (tocado con un sombrero hongo gris y armado con un paraguas de seda —según Degrelle—, y cuya hermana está enamorada del Führer) aparecen como unos *dandys*, esforzándose en lanzar sin demasiada convicción una nueva moda, poco conveniente para unos británicos que se respeten a sí mismos. Asimismo, el «establishment» —el «sistema»—, emanación de la plutocracia de la City, reposando sobre una poderosa estructura masónica (Logias de las diversas obediencias y Fraternidades obreras de los «Odd Fellows»), respaldado por las Iglesias (la jerarquía católica no ha sido nunca la última en asumir la defensa de los judíos), disponiendo de una prensa intensamente judaizada (3), no ha encontrado obstáculos para descartar del trono —con unos pretextos eminentemente «morales», desde luego— a un joven soberano, Eduardo VIII, lo bastante atrevido como para intentar restaurar su propia monarquía restableciendo unas relaciones directas con su pueblo. De este modo, el único peligro real de «fascismo» en Inglaterra quedará descartado.

En los países nórdicos

En los otros países nórdicos, la forma nacionalsocialista prevalece en la propaganda de las nuevas ideas. Sin embargo, en Bélgica, entre los valones, es asumida por elementos católicos. Gracias a su don de gentes, a su dominio de la pluma y de la palabra, el joven Leon Degrelle, que ha rescatado la editorial «Christus Rex», lanzado un semanario, *Rex*, que tira 240.000 ejemplares, impreso folletos, difundidos de 100.000 a 700.000 ejemplares por amigos motorizados, y, con un capital inicial de 10.000 francos, publicado en octubre de 1936 un periódico, *Le Pays Réel*, con una tirada de 200.000 ejemplares, que lleva la contradicción a los mítines marxistas antes de celebrar sus propias reuniones, ha conseguido, a los veintinueve años, obtener 31 escaños (sobre un total de 212) en las elecciones de mayo de 1936, con un programa de reforma del Estado (autoridad, estabilidad, duración), de instauración de un socialismo de colaboración de las clases y de lucha contra la alta finanza, reforma concretada en una escoba simbólica. Entonces, si el rey lo hubiese querido (Leopoldo III, sucesor de Alberto I desde el 23 de febrero de 1934), con el apoyo del general Chardonne y de los «cazadores de las Ardenas», hubiese sido factible un golpe de Estado (octubre de 1936).

(3) Una breve llamarada antijudía, señalada por la publicación en diciembre de un folleto, *The Jewish Peril. Protocols of the Learnerd Elders of Zion*, difundido por «The Britons» en 1920, apoyados por la revista literaria *Plain English* (lord Alfred Douglas), fue apagada rápidamente, a finales de 1920, por los contraataques del periodista Lucien Wolf contra el «Jewish Bogey» (el espantajo judío). Por haber publicado unos extractos del folleto en cuestión, el órgano conservador *Morning Post*, boicoteado por los distribuidores de publicidad, se vio obligado a fusionarse con el muy oficial *Daily Telegraph*.

La reacción de los intereses amenazados no se hizo esperar. Asumiendo la defensa del partido «católico» oficial (que se había beneficiado de un subsidio sustancial de seis millones de francos concedido por Philips y otros tiburones de la finanza en 1934), el cardenal van Roey, arzobispo de Malinas y primado, trató por todos los medios de hacer callar al «enfant terrible», mientras se intentaba conseguir del Vaticano, en diciembre, una condena del «rexismo». Sin embargo, la maniobra se vio entorpecida por el escándalo que estalló el 2 de noviembre (eco del de Barmat en Alemania y de Stavisky en Francia): ministro de Estado, Paul Segers se había permitido disponer generosamente en beneficio propio de los fondos de las Cajas de Ahorro. A continuación le llegó la vez a van Zeeland, desafiado por Degrelle en una elección-plebiscito, el 11 de abril de 1937, comprometido por haber cobrado del Banco Nacional unos sueldos de funcionarios fallecidos y obligado a dimitir. A pesar de la hostilidad de la jerarquía, prohibiendo «en conciencia» a los fieles que votaran por él, el partido rexista obtuvo un 40 % más de votos. Pero, a pesar de su entente con la Alianza nacional flamenca de Staf de Clerq (U. N. V., 100.000 afiliados, 17-18 diputados), no logró triunfar, y en 1939 se vio incluso reducido a cuatro representantes.

En Holanda, el ingeniero Anton Adrian Mussert creó en Utrecht en 1931 un partido nacionalsocialista neerlandés (N. S. B.), el cual, gracias al apoyo financiero de los colonos de las Indias, reunió en cuatro años de 30.000 a 50.000 afiliados, y más tarde 100.000 (aunque otro grupo, declaradamente nazi, dirigido por Rost van Tonningen, le hiciera la competencia, con unos 10.000 afiliados). Recibido por Hitler en noviembre de 1936, Mussert, adscrito a la campaña antisemita en septiembre de 1939, registrará numerosas defecciones (64.000).

En Noruega, los marxistas, después de haber formado unos «consejos» en 1917, se habían adherido a la III Internacional en 1919, fomentando huelgas desde 1921 hasta 1923 y provocando disturbios entre guardias rojos y milicias burguesas. Luego se dividieron: los socialistas se separaron de los comunistas en 1923 para constituir un «Labour Party» a la inglesa. Inducido, en calidad de ministro de Defensa del partido Agrario en 1930, a reprimir unos motines en el barrio obrero de Oslo y a velar por los arsenales amenazados por los rojos hasta 1933, Vidkund Quisling, agregado militar en Moscú desde 1917 hasta 1930, ex miembro de la comisión Nansen en 1921, militar con aspecto de jefe de contabilidad («el rostro abotargado, la mirada apagada, tenebrosa», dirá de él Degrelle), impresionado por la amenaza soviética que siente planear sobre los países escandinavos, se esfuerza en buscar protección cerca de Inglaterra y de Alemania y, retirado del Storting (Parlamento) en 1933, fundó una «Unión Nacional» antimarxista, que a pesar de sus tendencias sindicalistas sólo obtuvo en 1936 26.000 votos, contra 618.000 de los laboristas (los comunistas retrocedieron de 22.000 a 4.000).

En los Estados bálticos

En los países bálticos, los elementos nacionalistas, luchando a la vez contra las ambiciones rusas y alemanas, y con frecuencia combatidos por sus propios gobiernos, vivían una existencia difícil. En Letonia, los 30.000 «Cruces de Fuego» —luego «Cruces del Trueno»— animados por el veterano estudiante

Gustav Zemlin, predicando la reforma agraria y el antisemitismo (aunque permaneciendo hostiles a Alemania), no habían podido evitar que el judío Karlis Ulmanis pusiera fin a la inestabilidad ministerial (18 gabinetes desde 1918 a 1934), decretando el estado de sitio, disolviendo el Parlamento (1934) y proclamándose «Vadonis» o «Duce». Estonia conoció un destino análogo. Después de haber combatido al gobierno Päts, Karl Selter y Jüri Ulüots, el general Landoner y sus veteranos de los cuerpos francos de la W. A. B. S. E. le apoyaron en su golpe de Estado del 12 de marzo de 1934 y le ayudaron a reprimir el *putsch* desencadenado en Tallinn en diciembre de 1935 por sus antiguos aliados el general Larka y el estudiante Artur Sirk, que en 1933 habían creado un «Frente Nacional del Trabajo», partidario de un acercamiento a Alemania. Pero Päts consiguió hacerse plebiscitar en 1936. En Lituania, decepcionados por la entrega de Vilno a Polonia y la negativa a reconocer los derechos lituanos sobre Memel (1920), los irredentistas —«Lobos de Acero», creados por el profesor católico Voldemaras (agrarios y antisemitas) y milicias de ex combatientes organizadas en 1923 por el general Glowackus— colaboraron en un golpe de mano sobre Memel. Pero el segundo de aquellos movimientos fue disuelto y sus dirigentes detenidos a principios de 1926. en tanto que Voldemaras, habiéndose acercado al conservador Smetona (jefe del partido cristiano nacional-demócrata), se hacía dueño de Kovno el 17 de diciembre de 1926. Después de haberle sido confiada la presidencia del Consejo por su acólito, que asumió por su parte la presidencia de la República, el primero fue eliminado por el segundo en septiembre de 1929. Una tentativa de *putsch*, reprimida por el general Kubiliunas en junio de 1934, con millares de detenciones, no le permitió reasumir el poder. En Finlandia, a fin de combatir el contagio bolchevique entre los socialdemócratas de Helsinki, el coronel Mannerheim había constituido un gobierno en Abo, recurriendo a los Aliados en julio de 1918 y obteniendo el apoyo de la división de cazadores del general von Falkenhausen para liquidar los Soviets. Diez años más tarde, a raíz de unos motines provocados por los comunistas de Viborg (1927-1928), unos grupos de autodefensa campesina (30.000 hombres) organizados en noviembre de 1927 por Vittori Kosvla y la guardia cívica del general Wallenius marcharon sobre Helsinki el 7 de julio de 1930 y, con la tolerancia del ejército, el partido comunista fue declarado fuera de la ley. Sin embargo, el movimiento Lapka, debilitado por la disidencia de los extremistas de derechas del capitán Kolsta y las reacciones del partido agrario, fue disuelto por el gobierno en mayo de 1932, así como el movimiento popular patriótico, I. K. L., que había surgido de él (noviembre de 1938).

En la cuenca danubiana

En los países danubianos, donde, como en Austria, juega la rivalidad entre las dos potencias del Eje, múltiples movimientos se declaran, sea fascistas, sea nacionalsocialistas. Los gobiernos se esfuerzan en dividirlos y en canalizarlos como en Hungría, apelando a los más moderados de entre ellos, o incluso en eliminarlos para sustituirlos ejerciendo una especie de dictadura real. como tratan de hacer en Rumanía. En Budapest, el almirante Horthy, regente, ha reemplazado en octubre de 1936 al general Gömbös, jefe fascistoide del partido cristiano-nacional y de las secciones de la Sociedad nacional, primer ministro desde octubre de 1932, por el banquero Imredy (jefe del movimiento de la «Vida húngara», o «Magyar Elet Poutja», antisemita a pesar

de su lejana ascendencia judía, pero considerado como más moderado que su predecesor. Constituido en 1932 por la fusión de dos grupos disidentes de los «Defensores de los Cristianos de Raza» del conde Stefan Bethlen (los partidos nacionalsocialistas de los «Trabajadores húngaros» de Zoltan Böszörmeny, y de los «Obreros y Campesinos» de Zoltan Mesko y del conde Fidel Palffy), el «Partido nacionalsocialista unificado», igualmente antisemita, difunde un programa a la vez irredentista y agrario, con el cual hace elegir dos diputados en 1933 y reúne alrededor de 50.000 afiliados en 1938. Pero, en los medios obreros, la «Hermandad de las Cruces con Saetas» (emblema de San Esteban, patrón de Hungría), lanzada por el mayor Ferenc Szalassy, de carácter místico, una especie de Orden religiosa militar, en torno a un plan de organización del país en 1933, luego fundador en la primavera de 1935 de un «Partido de la Voluntad Nacional», resueltamente sindicalista, hasta el punto de que sus camisas verdes fomentan unas huelgas para absorber a los ferroviarios, los transportistas y los jornaleros agrícolas, compite con éxito con aquellos movimientos tan tímidos. Preocupado por sus progresos, que se concretan en 200.000 afiliados en 1938, el gobierno encarcela a Szalassy, que durante el otoño de 1936 ha realizado dos viajes a Alemania, y le condena a tres años de prisión. Sin detener su avance, puesto en las elecciones de mayo de 1939 obtiene 31 escaños, y 18 el partido nacionalsocialista unificado (reuniendo entre los dos el 25 % de los votos), y sus efectivos aumentan a 250.000 miembros, y luego a 300.000. La purga de los extremistas de izquierda, llevada a cabo por Külman Hubay, frena un poco el impulso del movimiento, pero la fusión con el P. N. S. en septiembre de 1940, realizada por Szalassy que ha salido de la cárcel un mes antes, y el desencadenamiento de una huelga de los mineros en octubre, le han devuelto su vigor. Muy provisionalmente, por otra parte, ya que en el otoño de 1941, a pesar de los estímulos alemanes para la unión, el grupo Palffy del P. N. S. ha recobrado su independencia para apoyar con Imredy al gobierno del conde Teleki, hasta el punto de que en las elecciones de 1943 el partido de la «Renovación» (Imredy) obtiene 25 diputados, el de Szalassy 19 y el P. N. S. 13.

Ampliamente agrandada por los tratados, Rumanía, particularmente reticente a la absorción de sus minorías judías, ha padecido entre las dos guerras una gran inestabilidad política. Desde 1920 hasta 1937, su Parlamento ha sido disuelto siete veces, aunque dando muestras de una gran docilidad, los electores hayan dado casi siempre una mayoría al gobierno en funciones. Así, al liberal Jonel Bratiano, dimisionario en octubre de 1919, han sucedido (después de las elecciones de noviembre) Vaïda Voevode, en marzo de 1920, luego el general Averesco, fundador del «partido del pueblo» (que obtiene, después de una nueva disolución, en mayo, las dos terceras partes de los escaños), con Take Jonesko en los Asuntos Exteriores. Llamado de nuevo en enero de 1922, confirmado por unas elecciones en marzo, Bratiano ha logrado hacer aprobar una Constitución en marzo de 1923, pero ha caído en marzo de 1926 para regresar, tras el fracaso relativo de un ensayo de unión nacional llevado a cabo por el general Averesco, desde marzo de 1926 hasta mayo de 1927, y un breve intermedio de quince días del príncipe Stirbey en junio de 1927, después de una elección triunfal. En julio de 1927 muere el rey Fernando, dejando su sucesión, no a su hijo Carol (obligado a renunciar a sus derechos debido a sus «excesos» el 4 de enero de 1926), sino a su nieto Miguel, de seis años de edad, rodeado por tres regentes de tendencia liberal. En noviembre, Jonel Bratiano ha seguido a su soberano a la tumba y su her-

mano, el financiero Vintila Bratiano, sólo ha podido conservar el poder un año. El jefe del partido nacional-campesino, creado en octubre de 1926 en Transilvania, Maniu, ocupa su puesto y, cediendo a la presión judía, obtiene las tres cuartas partes de los escaños en las elecciones de diciembre de 1928 y logra estabilizar el «leu» en 1929.

Pero en julio de 1930, el príncipe Carol, llegado en avión el 6 de junio, sube al trono, destituye al presidente del Consejo, le reemplaza por Mironesco y luego, en abril de 1931, por el historiador Jorga, con Argetoiano en las Finanzas y en el Interior, disuelve la Cámara en junio y forma una coalición contra los nacionales campesinos. Casi simultáneamente se produce una grave crisis agrícola, que provoca la retirada de Jorga en 1932, el fracaso de la coalición dirigida por Nicolas Titulesco, y el retorno de Vaïda Voevode, que gana unas elecciones en julio y procede a la liquidación de casi el 70 % de las deudas. Se beneficia del apoyo de los nacionales campesinos, cuyo jefe Maniu denuncia al entorno real y la nociva influencia sobre el soberano de su amante judía Mme. Ida Lupescu, y maneja la «Guardia de Hierro» creada el 27 de junio de 1927 por Codreanu y que, disuelta por dos veces en 1931 y 1932, acaba de conquistar cinco escaños en el Parlamento. Contraatacando en noviembre de 1933, Carol llama a la presidencia al liberal Duca, que disuelve la Guardia de Hierro, pero es asesinado el 21 de diciembre en la estación de Sinaïa por tres hombres de Codreanu. Anghelesco primero, Tataresco después, le suceden durante cuatro años, hasta el momento en que este último, en agosto de 1936, destituye a Titulesco, demasiado amigo de la U. R. S. S., y pierde las elecciones de diciembre de 1937, en las cuales Maniu y Georges Bratiano se han aliado con Codreanu, que hace entrar a 72 de los suyos en la Cámara. El rey reacciona contra aquel fracaso imponiendo a Calinesco como ministro del Interior el nuevo presidente del Consejo, el transilvano Gogamin (ex ministro del Interior del general Averesco), antes de reemplazar a este último, en febrero de 1938, por el patriarca ortodoxo Miron Cristea, el cual, en nombre de la unión nacional, disuelve la Cámara, aplaza las elecciones e instaura una dictadura real, caricatura de fascismo, con Cámara corporativa y Senado nombrado en proporción de la mitad. Creado en diciembre de 1938, el «Frente del Renacimiento Nacional» obtiene la ratificación de aquella Constitución por 4.297.581 votos contra 5.483. La disolución de los partidos permite a Calinesco actuar judicialmente contra la Guardia de Hierro, encarcelar a Codreanu (con el pretexto de una carta «amenazadora» dirigida al prefecto Jorga), condenarle a seis meses de prisión y luego a diez años de reclusión, antes de hacerle estrangular con 13 de sus compañeros (acribillados después a balazos para hacer creer en una tentativa de fuga), e internar por alta traición a la mayoría de sus dirigentes en campos de concentración (finales de 1938). Hazañas que Calinesco (llamado a suceder como presidente al patriarca, fallecido en 1939) paga con la vida, al ser víctima de un atentado en plena calle, el 20 de septiembre de 1939. Pero habrá que esperar a enero de 1941 para que el general Jon Antonesco se calce las botas del dictador real, Carol, desacreditado a los ojos de su pueblo.

Los errores de Benes favorecen la expansión alemana

Aunque la penetración de las ideas «fascistas», al tropezar con la resistencia de las gentes sobre el terreno no haya permitido, en términos gene-

rales, que los grupos nacionalistas, muy diversificados de tendencias según los países, conquisten el poder, no ha dejado por ello de crear un clima favorable a la instauración en Europa de «Estados nuevos». En cuanto a la expansión económica de Alemania, se ha visto facilitada singularmente por los errores de sus adversarios. La obstinación de Benes en su hostilidad a una unión aduanera danubiana, e incluso a un régimen preferencial (cuyo ensayo por un período de cinco años había sido previsto por el artículo 222 del tratado de Saint Germain entre Austria, Hungría y Checoslovaquia), calificado por él de «sistema de explotación» en la Asamblea de Praga de los días 1 y 2 de septiembre de 1920, había arrastrado rápidamente los estados de la Pequeña Entente a una carrera desenfrenada en la elevación de las tarifas. Estas alcanzaron en 1927: el 33,6 % en Yugoslavia, 35,8 en Checoslovaquia, 43,4 en Polonia, y la increíble tarifa del ¡99,2 %! en Rumanía, cuando la tarifa media era del 18,6 en Austria, del 19,8 en Alemania y del 24,6 en Francia. En tales condiciones, no resulta sorprendente, ni mucho menos, que entre Polonia y Checoslovaquia de una parte, y Hungría, Rumanía y Yugoslavia de la otra, el volumen de las importaciones descendiera de 508 millones de dólares en 1911-1913 a 88 en 1935, y el de las exportaciones de 574 a 79, quedando así reducido el comercio danubiano al 15,5 % de lo que era antes de la guerra. Las consecuencias de aquella aberración, desastrosas en primerísimo lugar para Checoslovaquia, cuyas exportaciones habían retrocedido de 20.500 millones de coronas en 1929 a 5.800 en 1933, en tanto que en esta última fecha tenía casi un millón de parados (la mitad de ellos alemanes de los Sudetes), no dejarán de ser explotadas por el Tercer Reich que, respondiendo a los deseos expresados por Yugoslavia y Rumanía en Sinaïa, en 1930, de intensificar los intercambios entre productos agrícolas e industriales, y por Polonia de ver organizarse una federación extendida hasta Bulgaria, concluye un tratado comercial con Yugoslavia a raíz de una visita de Goering a Belgrado en mayo de 1934, y luego con Rumanía en 1935, aumenta sus exportaciones a Hungría del 11,4 al 34 %, y a Bulgaria del 30 al 47 %, y sus importaciones del 23 al 61 % entre 1929 y 1936. Así, el sistema de trueque organizado por el doctor Schacht minaba económicamente a la Pequeña Entente, desintegrada ya políticamente y cuya última reunión se celebró en Bled en agosto de 1938.

En tales condiciones, la gira emprendida por Barthou en la Europa oriental para coger a Alemania por la espalda tiene escasísimas posibilidades de alcanzar resultados positivos. En Varsovia, la acogida es más bien fría. Sin ser precisamente unos fascistas, el mariscal Pildsudki y el coronel Beck, respondiendo a los ofrecimientos de Hitler del 16 de noviembre de 1933, han firmado con él (26 de enero de 1934) un pacto de no agresión de una duración de seis años; en consecuencia, no sienten el menor deseo de atraer sobre ellos el rayo tomando parte en un Locarno del Este, destinado a defender la Pequeña Entente contra toda tentativa de revisión de los tratados. Al regreso de su periplo, iniciado el 20 de abril, que le ha conducido a Praga, a Varsovia, a Bucarest y a Belgrado (finales de junio), Barthou experimenta por otra parte un nuevo fracaso. Stanley Baldwin, que se dispone a negociar un acuerdo con Alemania para la limitación de los armamentos navales (18 de junio de 1935), precisa en julio de 1934 que, si bien «su frontera está en el Rin, la Gran Bretaña no se dejará arrastrar en ningún caso a un conflicto por unos compromisos en el Este».

Hitler elimina a Röhm y acumula los poderes

Entretanto, las esperanzas basadas en la inminente caída de Hitler en Alemania se han desvanecido. Las intrigas concebidas por el doctor Schacht y por el general von Schleicher (por mediación de Werner von Alvensleben, de los Cascos de Acero, con Röhm y Gregor Strasser) para controlar el movimiento nazi y desviarlo de sus objetivos esenciales, desbaratadas a tiempo, han fracasado rotundamente. Aunque el general von Fritsch, ex colaborador del coronel Bauer y de Ludendorff, haya reemplazado el 1 de febrero de 1934 al general von Hammerstein (secuaz de von Schleicher, lo mismo que sus colaboradores, el general Adam y el coronel von Bredow) al frente de la Reichswehr (que contaba con 165.000 hombres en noviembre de 1933), ni el Estado Mayor ni el general von Blomberg estaban dispuestos a tolerar que el ejército de los camisas pardas, aumentado de 400.000 a tres millones de hombres en la primavera de 1934, militarizado y organizado en siete cuerpos —«Obergruppen»— continuase escapando a su autoridad. Reclamado a voz en grito en las conferencias internacionales, el desarme de las S. A. mostraba un comienzo de ejecución con el licenciamiento por Goering de la «Hilfspolizei», el 25 de agosto, y la prohibición dictada a los milicianos, exceptuando a los jefes de pelotón, a salir a la calle armados. Admitido en el seno del gabinete con rango de ministro el 1 de diciembre de 1933, pero criticando abiertamente las «visiones» del Führer, las «divagaciones» de Rosenberg, las pretensiones de una Orden, inspirada en los Teutónicos, a regir el Estado, Röhm se permitía unas amenazas imprudentes. Ignorando las advertencias de Hitler en la conferencia de Bad Reichenball, el 1 de julio de 1933, y las del doctor Frick, el 11, contra la tendencia de los jefes S. A. a considerar que les correspondía preparar una segunda ola revolucionaria, dirigida contra los banqueros, los grandes industriales y los terratenientes de la Prusia oriental, pretendía imponer la voluntad de los pretorianos, convertir a las S. A. en el núcleo del nuevo ejército, en los «dueños del destino de Alemania» (comunicado a la prensa del 8 de junio). Era absolutamente necesario restablecer la disciplina. Cada uno de sus interlocutores se lo aconsejaba a Hitler: von Blomberg, en Kiel, el 11 de abril, formulaba como condición del apoyo de la Reichswehr para la sucesión de Hindenburg, la desmilitarización de las S. A., e insistía de nuevo para que se hiciera «entrar en razón a los extremistas». Mussolini, en un tono de protección teñido de desdén en Venecia (14-15 de junio): «Empezad por poner un poco de orden en vuestra casa». Fórmula que repite Hindenburg, el 23 de junio. El 17 de junio, en Marburgo, von Papen denuncia la «segunda revolución». El 28 de junio, en Essen, Krupp von Bohlen se muestra apremiante. El mismo día, Goering presenta a su jefe un expediente contra Röhm, expulsado por von Reichenau el 25 de junio de la Asociación de Oficiales alemanes; Himmler (herido en un atentado el 24 de junio) y el director de la policía Daluege (4) dejan prever para el 30 de junio un golpe de fuerza de las S. A.

Es inminente una crisis. En el terreno financiero, en el que el doctor Schacht anuncia, el 25 de junio, que las reservas-oro del Reichsbank se han reducido de 925 millones de marcos el 9 de junio de 1933, a 150 millones,

(4) Desde abril, a raíz de un complot trotskista contra Goering, el S. D. de Heydrich asume el control de la policía secreta o «gestapo», cuyo jefe, sospechoso de connivencia con Röhm, será reemplazado por el inspector bávaro Heinrich Müller.

lo mismo que en el terreno político, en el que Rudolf Hess en Colonia (aquel mismo 25 de junio) y Goering en Hamburgo, el 28, ponen en guardia a los miembros del partido. Sin embargo, los días 4 y 6 de junio, Hitler y Röhm habían convenido en conceder un mes de permiso a todos los milicianos, en julio. Se adoptan medidas contra un eventual levantamiento: la Reichswehr es acuartelada, los S. S. armados. Entonces, los jefes S. A. de la zona norte son convocados al Ministerio del Interior, en tanto que Hitler, al que se ha unido Goebbels en Godesberg, decide sorprender al amanecer del 30 de junio a Röhm y sus lugartenientes, reunidos en Bad Wiessee, en Baviera. Una docena de estos últimos son fusilados: Heines, de Silesia, el conde Spreti, de Munich, el teniente Reiner, ayuda de campo de Röhm que, de momento, sólo es detenido. Entretanto, en Berlín, Goering ha ocupado el cuartel general de las S. A. y detenido a varios de sus jefes, mientras que los dirigentes de la intriga (Gregor Strasser y su abogado el doctor Voss, von Schleicher y su confidente el coronel von Bredow; Erich Clausener, dirigente católico berlinés, y los consejeros de von Papen, su jefe de gabinete Bose, Ketteler, que había tomado parte en el complot para asesinar a Hitler, otros dos de sus colaboradores, Kageneck y von Haeften —un tercero, Tschirsky, logra escapar—) caen bajo las balas de los policías y de los S. S. encargados de detenerles. La represión, llamada «la noche de los largos cuchillos», ha sido tan rápida como brutal, pero limitada únicamente a los responsables. Ha causado, en total, alrededor de 1.000 víctimas (entre ellas von Kahr, 19 generales S. A., 31 oficiales, cinco miembros del partido y tres S. S. culpables de haber maltratado a sus prisioneros, fusilados; 13 jefes S. A. y paisanos muertos en el acto; tres suicidados). El 20 de julio de 1934, Hitler procede a la reorganización de sus milicias. Situadas bajo las órdenes de Himmler, las S. S. ven aumentados sus efectivos de 100.000 a 200.000 hombres (organizados en 10 sectores, 30 secciones y 85 regimientos); además, las 21 brigadas de los cuerpos motorizados del mayor Hühnlein (500.000 hombres) quedan adscritas a ellas. En cambio, las S. A. se reducen de tres millones a 1.200.000 hombres, no armados, formando, después de la supresión de los «Obergruppen», o cuerpos de ejército, 21 grupos, 97 brigadas, 627 «Standarten» o regimientos, al mando del hanoveriano Viktor Lutze.

Satisfecho, Werner von Blomberg levanta inmediatamente el estado de alerta, el 1 de julio. A la muerte de Hindenburg, producida el 2 de agosto, Hitler le sucede del modo más natural y más simple, fusionando las funciones de presidente y las de canciller. El pueblo alemán, llamado a sancionar aquella decisión el 19 de agosto, plebiscita a su Führer por 38.362.760 «síes» contra 4.294.654 «noes» y 872.296 papeletas en blanco sobre un total de 45.500.000 inscritos, o sea, el 90 % de los votos. En tales condiciones, el testamento político de Hindenburg será letra muerta, al menos en lo que respecta a una eventual restauración de la monarquía —esperada por von Schleicher—, en beneficio de un príncipe de Hohenzollern. Al contrario del fascismo italiano, el Estado nazi surge a la vida sin hipoteca monárquica. Pero no sin que una sorda rivalidad enfrente a su jerarquía al Estado Mayor superior de la Reichswehr. Sin embargo, en un mundo en el que las grandes potencias afilan sus armas en previsión del conflicto que se prepara, el ejército pasa al primer plano de las preocupaciones del poder.

La U. R. S. S., en cabeza del rearme. Su pacto con Francia justifica el rearme del Reich

En aquella carrera de armamentos, la U. R. S. S. da la señal de partida. Reconocida por la Checoslovaquia de Benes y la Rumanía de Titulesco el 9 de junio de 1934, admitida en la Sociedad de Naciones el 18 de diciembre, por 39 votos de un total de 49, gracias a Louis Barthou, que la ha defendido contra el suizo Motta, la U. R. S. S., cuyo representante Litvinov, sucesor de Tchitcherin en 1930, no ha cesado de reclamar el desarme general en el curso de las siete conferencias precedentes, reivindica ahora el retorno de los Países Bálticos, de la mitad de Polonia y de la Besarabia a su Imperio. Acosado por los rayos con que le ha amenazado Trotsky, directamente afectado por la ascensión de Hitler al poder y la recuperación de Alemania, Stalin toma la delantera y aumenta los efectivos de su ejército, a las órdenes del mariscal Tukahtchewsky, de 600.000 a 940.000 hombres el 31 de diciembre de 1934, y luego a 1.300.000, así como su presupuesto militar, de 6.500 a 14.800 millones de rublos. Aunque Louis Barthou, que el 13 de septiembre ha tropezado con una primera negativa de Polonia a dejar pasar eventualmente las tropas soviéticas por su territorio, haya sucumbido con el rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella, el 9 de octubre de 1934, bajo los disparos del ustachi croata Georguev, Pierre Laval (llamado a sucederle en el gabinete Flandin el 13 de noviembre, antes de acceder a la Presidencia del Consejo el 7 de junio de 1935), continúa su política. Él, que ha negociado el Pacto de los Cuatro y se ha mostrado partidario de la revisión pacífica de los tratados, rechaza el ofrecimiento de Hitler de conservar para Francia las ventajas económicas de las que se beneficia en el Sarre, a cambio de la devolución pura y simple de aquella región a Alemania... y proporciona al Führer un triunfo fácil, cuando el 90,8 % de los votos se pronuncian a favor de la anexión al Reich (13 de enero de 1935). Reasumiendo con el embajador Potemkin, el 2 de mayo de 1935, el proyecto de ayuda mutua con los Soviets, se limita a rectificar su carácter automático (sin que sea necesaria siquiera una recomendación de la Sociedad de Naciones), y firma con Stalin en Moscú el 14 de mayo aquel pacto, del que había dicho: «Los Soviets quieren un tratado para hacer la guerra», aquel pacto a la vez ineficaz —por el hecho de que Rusia no tenía fronteras común con Alemania— y peligroso, por su incompatibilidad, en el fondo, con la alianza polaca y rumana. Pero un pacto favorable a la política de Benes, que se apresura a establecer un compromiso similar con Rusia, el 16 de mayo.

El estadista checo, inscrito en la Logia «Pradva Vitezi», creada el 26 de octubre de 1918, y afiliada al Gran Oriente de Francia, en espera de que se constituya un Gran Oriente checo en 1931 con tres Logias principales en Praga, Brno y Bratislava, considera en efecto, al igual que el Gran Maestre Moravec, que «Praga es el eslabón que une a Francia con la Rusia soviética», y utiliza a los Hermanos Gottwald, Dragow y Ackermann como agentes de enlace con el Gran Oriente francés y el Comité ejecutivo de la Internacional comunista en Moscú. Destinado a encender la hoguera en Europa, el pacto en cuestión sólo serviría: 1) para suscitar las protestas de Hitler, expresadas en términos mesurados en el Reichstag el 21 de mayo de 1935, puesto que renovaba su promesa de respetar las fronteras de sus vecinos del Oeste, al tiempo que denunciaba la contradicción existente entre aquel instrumento

diplomático y los pactos de la Sociedad de Naciones y de Locarno, y de nuevo en un memorándum dirigido a Francia, el 25 de mayo, y 2) para servir de justificación al rearme de Alemania.

Neutralizando a Inglaterra, Hitler ocupa Renania

El mismo día en que Francia restablecía el servicio militar de dos años (16 de marzo de 1935), Hitler presentaba una ley, aprobada el 21 de mayo de 1935, reinstaurando el servicio militar obligatorio de un año y sustituyendo la Reichswehr por un ejército nacional o Wehrmacht, unificada sin distinción de origen de los contingentes, con unos efectivos de 650.000 hombres y, tras la adopción del servicio de dos años, el 24 de agosto de 1936, de 1.210.000, formando 36, y luego 50 divisiones articuladas en 12 Cuerpos de Ejército (susceptibles en caso de movilización de constituir 300 divisiones), más tres, en 1936, y luego seis divisiones blindadas (anexionadas a los tres «Gruppenkommandos»), apoyadas por unidades motorizadas, y entrenadas para cooperar con la aviación. El Führer, que consagrará de 1934 a 1939 60.000 millones de marcos, es decir, el 59 % de los recursos del Tesoro, al rearme, asume en persona el mando supremo, asistido de un ministro de la Guerra y jefe de Estado Mayor, el general von Blomberg, y, para el Ejército de Tierra, del general von Fritsch, para el del Aire, del mariscal Goering, y para la Marina, del almirante Raeder. En materia naval, se establece el 15 de abril un programa de construcción de dos acorazados, de contratorpederos y de 20 submarinos. Inglaterra se preocupa por ello pero, al contrario que Francia, tomándole la palabra a Hitler, que entre otras propuestas ante el Reichstag, el 21 de mayo, ha ofrecido limitar su flota al 35 % del tonelaje de la Royal Navy, o sea, 420.000 toneladas, entabla inmediatamente conversaciones: el 25 de mayo, Ribbentropp se traslada a Londres; el 18 de junio, firme el acuerdo por el que Alemania se compromete además a garantizar la integridad de las fronteras de los Países Bajos, de Bélgica y de Francia, e incluso, por su propia iniciativa, a ayudar en caso necesario a la defensa del Imperio británico, lo que sorprende a sus interlocutores.

Al firmar aquel convenio unilateralmente, la Gran Bretaña, deseosa de tener las manos libres contra la Italia de Mussolini en el asunto etíope, anulaba de hecho los compromisos adquiridos en Stresa (11-14 de abril de 1935), no sin reticencia por su parte, de ayudar a Francia y a Italia a contener la penetración alemana en Austria. Sabiendo a los antiguos aliados profundamente divididos por la cuestión de Abisinia, Hitler no vacilará en replicar a la ratificación del pacto franco-soviético, obtenida de la Cámara, por 355 votos contra 164, el 27 de febrero de 1936, y del Senado el 5 de marzo (5), por Herriot y Flandin (ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Serraut formado el 2 de enero), no sólo denunciando el 7 de marzo el tratado de Locarno, sino lanzando osadamente unos débiles contingentes (10.000 al principio, luego 30.000 hombres) a ocupar de nuevo «simbólicamente» la zona desmilitarizada de Renania, renovando al mismo tiempo su ofrecimiento de concluir un pacto de no agresión de veinticinco años con Francia y Bélgica,

---

(5) Hitler trató de evitar aquella rectificación, insistiendo en una entrevista concedida a Bertrand de Jouvenel, el 21 de febrero, en sus ofrecimientos de reconciliación franco-alemana, pero, retrasada por los servicios de prensa del Quai d'Orsay, aquella declaración apareció demasiado tarde en el *Paris-Midi* del 28 de febrero.

de limitar sus fuerzas aéreas y de reingresar en la Sociedad de Naciones (8 de marzo). Consultando únicamente la relación de las fuerzas en presencia, los generales alemanes han desaconsejado vivamente la operación. En efecto, sólo disponen de 26 divisiones de infantería, dos divisiones de caballería, una brigada de montaña y 99 escuadrillas, contra 28 divisiones de infantería, tres divisiones de caballería, dos divisiones motorizadas ligeras (más 14 batallones de carros de combate) y 134 escuadrillas francesas. Sin embargo, la reacción es nula. Ni Italia, ni la Gran Bretaña (Eden) ni Bélgica (Van Zeeland) piensan en una acción militar. Pusilánimes, los generales Maurin, ministro de la Guerra, y Gamelin, jefe de Estado Mayor —a pesar de las advertencias de Flandin a Sarraut en enero, y a Eden en febrero—, no han preparado ninguna réplica. En el Consejo de Ministros del 9 de mayo, rechazan la idea de apoderarse del puente de Kehl y de Sarrebrück, a título de rehenes, y, sobrestimando al adversario, reclaman para intervenir, si no la movilización general, al menos la llamada de tres reemplazos, medida evidentemente impopular, que el gobierno descarta. Dado que el Consejo de la Sociedad de Naciones, reunido en Londres el 14 de marzo, se inhibe (Baldwin le dice a Flandin que «no puede aceptar el riesgo de una guerra», a la que se oponían resueltamente la opinión británica, Lloyd George, Snowden, el *Times* y el *Daily Herald* laborista) y se limita a constatar la violación del artículo 43 del tratado de Versalles, el gabinete de París, que ha dejado de moverse al compás del de Saint-James, se siente también atacado de inhibición, de modo que la bravata de Albert Sarraut: «No estamos dispuestos a dejar Strasburgo bajo el fuego de los cañones alemanes», se pierde en el vacío.

Calculando acertadamente los riesgos que corría —que eran grandes— en función de las divisiones y de la impotencia política de sus adversarios, Hitler ha ganado la primera mano de póquer. En el exterior, donde Polonia, que al principio se había declarado dispuesta a intervenir, estima oportuno ahora pedir a Francia, el 25 de abril, que confirme sus compromisos en lo que a ella respecta, ya que tiene motivos para dudar de su eficacia, en tanto que Bélgica se dispone a proclamar, el 14 de octubre, su retorno a la neutralidad. En el interior, donde el 29 de marzo un referéndum la aprueba por 44.411.911 «síes», es decir, más del 98 % de los votantes, y donde se apunta un tanto sobre sus consejeros menos seguros, el doctor Schacht, von Neurath y el general von Blomberg, que el 6 de marzo se habían esforzado en disuadirle de actuar.

Después de la muerte de Dollfuss, Schuschnigg se apoya en Mussolini

A continuación, las esperanzas del Führer se vuelven hacia Austria, su patria, tierra «irredenta» a la que conviene integrar en el «Deutschtum». Hasta la guerra de Etiopía, Mussolini, protector de su independencia y deseoso de preservarla del «Anschluss», la ha considerado como un coto cerrado. Tras la elección del doctor Wilhelm Miklas para la presidencia de la República en 1928, ha concluido al año siguiente un tratado de amistad con el sucesor de monseñor Seipel en la Cancillería, el ex prefecto de policía Johannes Schober. Llegada la crisis, desencadenada por la quiebra de la «Boden Credit Anstalt» en mayo de 1931, continúa oponiéndose a la unión aduanera con el Reich, negociada por el doctor Curtius en marzo de 1931, pero declarada ilegal por el Tribunal de La Haya. Con Engelbert Dollfuss

(cristiano social, discípulo del ex alcalde de Viena Luegger), que ocupa el poder desde el 21 de mayo de 1932 (con el doctor von Schuschnigg en la Justicia y Rintelen en el Interior), estrecha todavía más sus relaciones. El infortunado canciller se debate en medio de apremiantes dificultades económicas (un déficit presupuestario de 6.000 millones de coronas; una multitud de 406.000 parados), en tanto que su posición política reposa sobre unas bases de lo más precarias: para obtener dos votos de mayoría sobre una oposición de 72 socialdemócratas, tiene que solicitar el apoyo de los ocho votos de la Heimwehr, creada por el general Hülguth y el príncipe Starhemberg, a imagen del Casco de Acero, para prestar eventualmente mano fuerte (con la ayuda de la «Heimatschutz» del mayor Frey, del O. S. S. del doctor von Schuschnigg y de las sociedades ginásticas cristianas) a los 20.000 hombres del ejército profesional impuesto por el tratado de Saint-Germain y a los 10.000 gendarmes, contra las maniobras del «Schutzbund» socialistas.

En el momento de concluir un nuevo empréstito internacional (tomando el relevo del de 650 millones de coronas concedido a monseñor Seipel en el otoño de 1922) supeditado al compromiso de no establecer durante diez años una unión aduanera con Alemania, el 18 de agosto de 1932, se produce la esperada crisis política: reducida su mayoría a un solo voto, Dollfuss se ve obligado a aceptar unas nuevas elecciones (21 de octubre). Pero, cuando a propósito de una huelga de ferroviarios, el 1 de marzo de 1933, seguida de una tumultuosa sesión en la Asamblea, el 4, se encuentra, el 7 de marzo, puesto en minoría por el desplazamiento, por otra parte dudoso, de un solo voto, y decide mantenerse en el poder contra viento y marea, hacer evacuar la Cámara por la policía el 15 de marzo y erigirse en dictador de hecho, visita a Mussolini en Riccione el 19 de abril de 1933 y concluye con él, el 17 de marzo de 1934, los protocolos de Roma, en aquel momento, la prueba de fuerza con los socialistas, convertida en inevitable, acaba de producirse. La prohibición de la milicia marxista del «Schutzbund», en el Tirol el 16 de marzo de 1933, y en todo el país el 31 de marzo, la instauración de un partido único, el «Frente Patriótico», el 20 de mayo, la disolución de los partidos de oposición el 26 de mayo, y luego la detención, el 19 de junio, de 1.142 nacionalsocialistas, el nombramiento de Frey como vicecanciller a raíz del congreso del partido cristiano social (del 9 al 12 de septiembre) y la apertura de campos de internamiento el 23 de septiembre, señalando en el curso del año 1933 las etapas de la instauración de la dictadura, no han provocado reacciones violentas. Pero una amenaza de huelga general responde el 19 de enero de 1934 a la tentativa de hacer entrar en razón a los sindicatos. Y un registro policíaco en la sede del Schutzbund de Linz, el 12 de febrero, desencadena en aquella ciudad y en otras partes una insurrección, que enfrenta durante los dos días siguientes 73.500 rojos a los 30.000 soldados, 15.000 gendarmes y 25.000 Heimwehren. En la capital, atrincherados (sin que los sindicatos se muevan, ni en Wiener Neustadt ni en otras partes) en las ciudadelas obreras «Karl Marx» de Florihsdorff y en el barrio de Heiligenstadt, los rojos resisten hasta el 15 al mediodía. La lucha es sangrienta: 128 muertos y 409 heridos entre las fuerzas del orden, 193 y 300 entre los insurrectos, en Viena, 417 y alrededor de 1.500 en todo el país. La represión será severa: 14 dirigentes condenados a muerte (aunque los dos jefes marxistas judíos, Otto Bauer y Julius Deutsch, huyen a Checoslovaquia), tres de ellos ahorcados en Viena, numerosas detenciones e internamientos.

Reducidos así los «rojos» a la impotencia, ¿logrará implantarse en Austria un fascismo a la italiana? Esto supondría en primer lugar un país económicamente viable. y dado que no es éste el caso (Benes volverá a rechazar en marzo de 1936 un último ofrecimiento de Schuschnigg de colaboración danubiana), ¿cómo prohibir a los alemanes de aquella marca del Este, privados de su *hinterland*, que se vuelvan hacia el Gran Reich y que reúnan a sus hermanos de raza? Supondría también un mínimo de cohesión en el seno del «Frente Nacional». Sin embargo, los pangermanistas se encuentran excluidos de él, y en primer término los «nazis». Dirigidos desde julio de 1931 por Theo Habicht, aunque prohibidos, disponen de una Legión de 15.000 hombres y de numerosas complicidades dentro de la policía. Reducidos a los atentados, el 25 de julio de 1934 organizan un audaz *putsch*, invaden la cancillería, asesinan a Dollfuss, advertido demasiado tarde por Fey, director de la policía y su sucesor (desde el 11 de julio) von Karwinsky, que cayeron en manos de los amotinados. Fracasan en Viena, pero en provincias los disturbios se prolongan hasta el 28 de julio y cuestan 400 muertos y 800 heridos a los nazis, 75 y 165 a los gubernamentales. Rintelen, detenido, no ha logrado suicidarse. Planeta y Franz Holzweber, los ejecutores del canciller, son ahorcados el 31 de julio, así como cuatro policías el 31 de agosto, y otros seis más tarde; 60 condenas a muerte son conmutadas por la de trabajos forzados.

Llamado a la cancillería el 30 de julio por el presidente Miklas, librado de una intervención alemana por la concentración de cinco divisiones italianas en el Brenero y de contingentes yugoslavos en la frontera, Schuschnigg no consigue colaborar en el seno del gabinete, ni con su ministro del Interior, Fey, del que prescinde el 27 de octubre de 1935, ni con el príncipe Stahrenberg, vicecanciller, al que considera como demasiado comprometido con Italia, destituyéndole por haber felicitado a Mussolini por su victoria en Etiopía y reemplazándole (12 de mayo de 1936) por Guido Schmidt en los Asuntos Exteriores. Aislado en el interior, privado del apoyo de la Heimatschutz y de la Heimwehr, a las que ha disuelto después de haber eliminado a sus jefes del gobierno, el 10 de octubre de 1935, intenta en vano instaurar en Austria un «Estado Nuevo» católico a lo Salazar, y, anticipándose a la encíclica de Pío XI, «Mit brennender Sorge», del 14 de marzo de 1937, condena en Klagenfürt, a finales de noviembre de 1936, al nazismo como enemigo mortal del catolicismo. Sin embargo, aislado cada vez más en el exterior, donde la Inglaterra de Chamberlain y la Francia de Leon Blum le ignoran, en tanto que el Duce le desdeña (en Florencia, en 1935), decide negociar con Alemania (el 23 de marzo de 1936), entrevistarse con von Papen (el 18 de mayo) y concluir con él un protocolo (11 de julio) prometiendo respetar la independencia política de Austria, a cambio de la amnistía de 15.583 detenidos y de una declaración reconociendo al país como un «Estado alemán».

Mal aconsejado por Pío XI, rechaza la entente ofrecida por von Papen, negociador del Concordato

Ninguna personalidad más idónea, en efecto, podía inducir a la católica Austria a una entente con el Tercer Reich que el ex canciller von Papen. En el seno del partido del Centro, con la fuerza, en 1919, de sus 90 diputados y el apoyo de 1.250.000 sindicalistas cristianos y de los 500.000 fieles reunidos

en Colonia por el alcalde Adenauer con ocasión del Katholikentag, orgulloso de la colaboración del abate Hitze y del sindicalista Segerwald en la redacción de la Constitución de Weimar, que reconocía finalmente a los católicos la igualdad de derecho, influyente en el Estado por la masa que representa (el 36 % de la población, 14.800.000 sobre 41 en 1871; 32.8%, 22 millones sobre 68 en 1939) y por la serie de cancilleres —Fehrenbach, Wirth, Marx y Brüning— proporcionados a la República, pero profundamente dividido, hasta el punto de que algunos prelados, los Lauscher y los Kaas, no se contentan con denunciar (en 1923 y de nuevo en 1930-31) las tesis anticristianas de los doctrinarios del nazismo (Alfred Rosenberg, *El mito del siglo XX*, y Arthur Dinter, *197 puntos para la realización de la Reforma*) y el antisemitismo, «el odio contra el pueblo que fue Elegido por Dios», sino que flirtean abiertamente con los marxistas, von Papen representaba por el contrario la tendencia favorable a la constitución de un «bloque nacional», y luego a la conciliación con el nacionalsocialismo vencedor.

A título de tal, aprovechando las buenas disposiciones de Hitler a raíz de su llegada al poder y su intención proclamada de «respetar los contratos establecidos entre las dos confesiones cristianas y los diversos países alemanes» (Baviera, ducado de Baden y Prusia, en lo que respecta a los católicos), y también la decisión adoptada en Fulda por el sínodo de los obispos alemanes de «no considerar ya como necesarias... las medidas generales de prohibición» que habían sido tomadas, von Papen había logrado negociar con el nuncio, cardenal Pacelli, en julio de 1933, un concordato «muy favorable a la Iglesia». «No sólo se reconocía en él la libertad total, reconociendo sus derechos y prerrogativas, sino que la enseñanza de la religión católica se convertía en materia escolar en los establecimientos públicos y eran admitidas las congregaciones» (Daniel Rops, *Un combat pour Dieu*, pág. 413) y, «si bien aceptaba que un artículo prohibiera a todos los eclesiásticos y religiosos el pertenecer a un partido político (el Centro), obtenía en cambio garantías para el matrimonio cristiano, la enseñanza y las obras católicas; podía, además, por primera vez desde la Reforma, entrar por la puerta grande en toda Alemania, y en particular penetrar en unas regiones tan protestantes como Sajonia y Wurtemberg. La creación del obispado de Berlín fue una de las consecuencias más notables de aquel acuerdo diplomático» (*ibíd.*, págs. 522-525).

Sin embargo, aquel Concordato concluido con un Führer nacido católico, terminó peor que el firmado con un Duce nacido ateo. Menos de un año más tarde, estallaba la guerra: la Asociación de la Juventud alemana disuelta, el «Katholikentag» prohibido, 15.000 escuelas secularizadas, Eric Kausener, presidente de la Asociación católica de Berlín, fusilado, Albert Probst, de la Asociación deportiva, asesinado, lo mismo que el universitario Friedrich Beck y el periodista Fritz Gerlich, de Munich, a raíz de la sangrienta «noche de los largos cuchillos» (30 de junio de 1934), los colaboradores de von Papen suprimidos, 500 sacerdotes detenidos, los palacios episcopales de Wurzburgo, Ratisbona y Maguncia invadidos, el obispo de Paderborn maltratado. ¿Debido a la incompatibilidad fundamental entre el Estado nazi, totalitario, unificador, y un Estado dentro del Estado, constituido por el partido del Centro, con su jerarquía, sus cuadros, sus escuelas, sus sindicatos, etc.? Desde luego, hasta cierto punto: ¿acaso no había conocido el fascismo, y resuelto por una temporada, el mismo conflicto? Y el programa social, realizado en la práctica por el nazismo, ¿no era el mismo de los cristianos sociales austríacos

y alemanes? Pero también y sobre todo por unas causas más profundas, sobrepasando en mucho las fronteras del Reich, y únicas susceptibles de explicar los estímulos prodigados a los progresistas del Centro, ligados a los marxistas y a los judíos, lo mismo por el cardenal Mundelein, arzobispo de Chicago, desencadenado contra el nacionalsocialismo, que por el Vaticano.

Pío XI, judaizante de origen y de espíritu («Somos espiritualmente unos semitas», dirá en 1938), no podía admitir, menos que cualquier otro Pontífice, que otro Pueblo disputara a Israel el privilegio de pretenderse «el Elegido de Dios». Así, cuando el cardenal Faulhaber protesta, y los obispos alemanes reclaman en una carta pastoral de enero de 1937 que sean respetados los derechos de la Iglesia, no sólo les aprueba y les apoya, sino que recompensa con el capelo cardenalicio a los más encarnizados de ellos, los von Preising, los von Galen, los Fringe. Y no vacila en condenar al nazismo en la encíclica «Mit brennender Sorge» del 21 de marzo de 1937, acompañada, por un procedimiento de «báscula» digno de un político, para salvar las apariencias de la equidad y escapar a la acusación de partidismo, de una condena teórica del marxismo por medio de la encíclica «Divini Redemptoris», redactada cuatro días después de la anterior, aunque lleve la fecha precedente del 19 de marzo (6). Y en confirmar aquella postura por un «Syllabus» en ocho puntos, el 13 de abril de 1938, antes de abandonar ostensiblemente la Ciudad Eterna el día de la visita de Hitler, el 3 de mayo de 1938», «para no asistir a la apoteosis de una cruz enemiga de la cruz de Cristo» (a pesar de que el Führer la había pedido prestada al monasterio de Lambach-am-Traun). ¿Reacción personal y espontánea? ¡Desde luego que no! Antes de que Goebbels adoptara las primeras medidas antisemitas (boicot de las tiendas judías, el 10 de abril de 1933), y de que Hitler las decretara en Nuremberg (15 de septiembre de 1935), y más exactamente a partir del momento en que, por instigación de los Rosa-Cruz y de los grupos secretos animadores del nacionalsocialismo, la Francmasonería alemana entrara en disidencia con la Masonería universal situada bajo el control de Israel, el judaísmo, como veremos más adelante, inspirándose en las tesis de James Darmesteter (1891) sobre la oportunidad de empeñar paralelamente en la vía de los Profetas a la religión de la Ciencia (la Francmasonería) y la religión de la Fe (la Iglesia), se había dedicado a infiltrarse en el Vaticano y, en los Estados Unidos primero, y en el resto del mundo después, a acercarse a unos dirigentes católicos, modernistas y progresistas, a fin de encontrar en ellos a unos protectores, y más tarde unos aliados, en la puesta en marcha del comunismo marxista. Desde el comienzo del año 1936, se encuentra en pleno desarrollo el reagrupamiento de las potencias «democráticas» con vistas a la cruzada contra el fascismo.

Aislado, se ve abocado al Anschluss

Al asociarse aquella campaña, el canciller Schuschnigg ha firmado su sentencia de muerte. Una visita de von Neurath a Viena, desautorizada al

(6) «Una condena formal de la herejía marxista hubiera estado en consonancia con la lógica de las cosas en el momento en que se hizo evidente que el comunismo había triunfado sobre la Santa Rusia y que su propaganda amenazaba al mundo. Sin embargo, aquella condena no apareció hasta el final del pontificado de Pío XI» (Daniel Rops, *obra citada*, pág. 534).

principio, el 22 de febrero de 1937, provoca manifestaciones y contramanifestaciones. Tras una entrevista con Mussolini y Ciano, el 17 de abril, el canciller austríaco decide conceder un puesto de secretario de Estado al nazi moderado Seyss-Inquart. Pero se producen unos incidentes en Wels. Amenazado de un complot de provocadores (el capitán Leopold), von Papen, llamado de su puesto de embajador el 4 de febrero de 1938, regresa a Viena para inducir a Schuschnigg a que se entreviste con Hitler, que le informa de sus deseos (12 de febrero): la cartera del Interior para Seyss-Inquart, alineamiento de su diplomacia con la de Berlín, intercambio de oficiales, preparación de la unión aduanera, autorización de las actividades nacionalsocialistas, con un plazo de tres días para contestar. Desde que Mussolini, al que las sanciones han acercado a Alemania, ha enviado a Ciano a Berchtesgaden y a Berlín, los días 24-25 de octubre de 1935, proclamado en Milán, el 1 de noviembre, que «el eje vertical de Europa pasa por Roma y Berlín», recibido a Goering en Roma el 23 de enero de 1937 y visitado Alemania del 25 al 27 de septiembre de 1937 (Munich, Essen, Berlín), asistido a las maniobras de Mecklemburgo y finalmente se ha adherido al pacto anti Komintern el 6 de noviembre de 1937, Austria está aislada. Ante el ultimátum alemán, el presidente Miklas tiene que inclinarse. Los nazis prodigan ahora las demostraciones en todo el país, y especialmente en Graz, el 24 de febrero, y en los primeros días de marzo. En vano Schuschnigg pretende, el 9 de marzo, en Innsbruck, convocar a los electores para un plebiscito el 13 de marzo, en unas condiciones insólitas (mayores de veinticuatro años, escrutinio público) y comprometedoras (por un torpe llamamiento a los marxistas). Ante una intimación de Seyss-Inquart y del general Glaise-Horstenau, tiene que inclinarse una vez más, aplazar en quince días la consulta y, cediendo a las exigencias de Hitler y de Goering y a la amenaza de dimisión de Seyss, el 11 de marzo, accedera retirarse, a pesar de la resistencia del presidente Miklas.

Llamado al poder con Glaise-Horstenau como vicecanciller, Seyss-Inquart llama inmediatamente a las tropas alemanas (el VIII Cuerpo de Ejército del general von Bock) y, en la noche del 12 al 13, al frente de dos divisiones blindadas (la II y la S. S. Adolf Hitler), Guderian entra en Viena, donde es acogido con entusiasmo, mientras que el 13 es proclamado el Anschluss. Hitler regresa como triunfador a su patria chica, el 12 de marzo en Linz, el 14 en Viena, y rinde a su antiguo profesor Leopold Poetsch un emocionado homenaje. El 18 de marzo declara ante el Reichstag que las fronteras del Reich están «definitivamente delimitadas, tanto del lado de Italia como del de Francia». El 10 de abril, un plebiscito que reúne el 99,08 % de los votos en Alemania (48.789.269 «síes»), y el 99,75 % en Austria (4.273.884 «síes») ratifica el retorno de los hermanos de la Marca del Este al «Deuschtum». Tal resultado sólo ha sido posible gracias a la adhesión de los católicos austríacos, de sus obispos y del cardenal Innitzer, conscientes (a pesar de las reprimendas de Pío XI) del papel social y anticomunista que el nacionalsocialismo está llamado a representar para la defensa de Europa, e incluso del jefe de los socialdemócratas, doctor Renner. Su victoria ha costado a los nazis 2.000 muertos y más de 13.000 heridos. Pagada muy cara, entrañará para sus adversarios un duro castigo: 76.000 detenciones en Viena (donde vivían 300.000 judíos y 500.000 «mestizos») y 90.000 en el conjunto del territorio. Los jefes de fila de la comunidad judía, los hermanos Schiffmann, propietarios de grandes almacenes, Luis de Rotschild, los financieros Krupnik y Sigismund Bosel, ven confiscados sus bienes.

Un gran Reich de 76 millones de habitantes se ha constituido, sin que intervengan las potencias. El 28 de mayo de 1937 Neville Chamberlain ha sucedido a Stanley Baldwin, y lord Halifax, que ha sucedido a Anthony Eden en el Foreign Office, el 21 de febrero de 1938, ha prestado oídos sordos a los llamamientos de Schuschnigg. En cuanto a Francia, a raíz de una visita de Camille Chautemps a Londres, el 29 de noviembre de 1937, Ivon Delbos, ministro de Asuntos Exteriores, ha emprendido un nueva gira por la Europa central, pero ha sido muy mal acogido en Yugoslavia por Stoyadinovitch (que ha concluido un acuerdo con Italia el 23 de abril de 1937), en Rumanía, donde Titulesco ha sido reemplazado por Maniu, del partido nacional-campesino, y finalmente en Polonia, donde el mariscal Rydz-Smigly, que ha solicitado de París un préstamo de 2.000 millones para su rearme, ha eludido todo compromiso (especialmente a propósito de Checoslovaquia), de modo que la condición impuesta por el embajador Potemkin a Blum, el 17 de febrero de 1937, en lo que respecta a una intervención eventual de la U. R. S. S. (el libre paso de sus ejércitos a través de Polonia y de Rumanía), no tiene ninguna posibilidad de ser aceptada. Cuando se produce el Anschluss, en París no hay presidente del Consejo, ya que Chautemps ha dimitido el 10 de marzo, y el efímero segundo gabinete Blum (formado el 13 de marzo) cederá el puesto a Daladier el 10 de abril. De modo que, el 2 de abril, la Gran Bretaña y Francia han reconocido el hecho consumado. Sin disparar un solo tiro, la Wehrmacht acaba de conquistar una posición estratégica que, cogiendo por la espalda a Checoslovaquia y a las fortificaciones levantadas sobre su frontera septentrional desde 1934, le permite dominar el bastión central de Europa.

El Führer hace entrar en razón a los jefes pacifistas de la Wehrmacht

La Wehrmacht, o más bien Hitler en persona, que se traslada a Italia, del 3 al 10 de mayo, para agradecer a Mussolini el haberle dejado las manos libres, al revistar a las fuerzas fascistas sólo ha quedado impresionado hasta cierto punto por la importancia de su flota submarina. Ya que los jefes del ejército alemán continúan conspirando contra el régimen. Sin llegar tan lejos como el general von Witzleben, denunciado por von Rundstedt y cogido con las manos en la masa el 11 de julio de 1935, en el momento de retirar 1.250.000 francos de un banco suizo para alimentar un movimiento previsto para el 15, los unos, el general von Hammerstein-Equard, por ejemplo, flirtean con los socialistas, y los otros, más numerosos, participan en las intrigas de los monárquicos, de los diplomáticos más tibios (von Neurath y su subsecretario de Estado von Weizsacker, von Bülow, el embajador en Roma von Hassel), es decir, en los complots de los dirigentes de la oposición, el doctor Schacht (del que Hitler dirá, el 20 de agosto de 1942, en su Cuartel General: «Cuando disolví la Francmasonería, Schacht empezó a portarse mal»; sin embargo, la invasión de Austria fue seguida de la condena a muerte de francmasones, el 13 de marzo de 1938), y sobre todo el burgomaestre de Leipzig, doctor Goerdeler, alto comisario para los precios (que entró en contacto, a partir de la disidencia masónica de 1933, con Roosevelt y Churchill, contacto que mantuvo posteriormente gracias a la gira por el extranjero que le fue confiada imprudentemente por Goering y que le condujo, del 4 al 16 de junio de 1937 cerca de Van Zeeland en Bélgica, luego de Anthony Eden en Londres (18 de junio al 15 de julio), a finales de julio en Holanda, en agosto

en Toronto (Canadá) y de allí a los Estados Unidos, donde se entrevistó con Cordell Hull, Sumner Welles, Herbert Hoover, Henry Morgenthau, Stimson, Owen Young y sobre todo Wheeler-Burnett, antes de regresar a Londres, donde tratará en vano de entrevistarse con Vansittart, secretario permanente del Foreign Office, en marzo-abril de 1938. A su regreso, amenazado de represalias por los manejos que se le atribuyen, se librará de ellas gracias a la intervención del doctor Schacht. Entre los militares, los enemigos más temibles del régimen son el almirante Wilhelm Canaris (de origen griego e hijo de una inglesa, Augusta Popp), jefe del Servicio de Información, secundado por unos colaboradores adictos (el mayor Hans Oster, los coroneles Piekenbrok y Groscauth y, en Viena, Marogna-Radwitz) y el general Ludwig Beck, jefe del Estado Mayor Central, que tiene numerosos amigos judíos en el extranjero. La misión de los unos y de los otros es la de eliminar a Hitler, después de que un *putsch* trotskista, al socaire de una guerra germano-rusa, habrá permitido liquidar a Stalin.

Pero, en lo inmediato, la maniobra fracasa en Alemania. A raíz de una conferencia restringida de von Neurath, von Blomberg, ministro de Defensa, y los jefes de los ejércitos, generales von Fritsch y Goering y el almirante Raeder (5 de noviembre de 1937), el coronel Hossbach, secretario, ha informado al general Beck de los proyectos de Hitler: ocupar Austria y Checoslovaquia, mantener a Italia en las Baleares a favor de la guerra civil española, tenerla preparada para concentrar un ejército en los Alpes y otro en Libia, y preparar, a partir del verano de 1938 y lo más tarde para 1943-45, la conquista del «espacio vital» en el Este, con ocasión tal vez de desórdenes internos o de un conflicto exterior en el cual se vería comprometida Francia en el Mediterráneo. En un memorándum a von Fritsch, el jefe de Estado Mayor expresa sus temores, proféticos quizá, pero de momento muy exagerados, de que aquella empresa desencadene una coalición internacional, a la que Alemania no podría resistir. Poco después, aprovecha un viaje a París para hacer transmitir una copia de aquella nota a Nueva York: traición caracterizada. Entretanto, una delegación de los cuadros superiores, monárquicos, del ejército, preocupados por los progresos de la nazificación, que después de la aviación y de la marina, alcanza al ejército de tierra, invadido por las Juventudes hitlerianas, se presenta a von Blomberg, que la despide con malos modos en Stolp, el 12 de enero de 1938. Decidido a sajar el absceso, Hitler, jugando por una vez por la banda, obliga a dimitir a von Blomberg (por haberse casado con una mecanógrafa de virtud sospechosa) y a von Fritsch (bajo la acusación, no probada, de homosexualidad), uno y otro hostiles a la constitución de grandes unidades de S. S. En adelante, el Führer asumirá personalmente la alta dirección de las Fuerzas Armadas (4 de febrero de 1938), con von Keitel como adjunto en el *Oberkommando der Wehrmacht* (O. K. W.), el general Walter von Brauchitsch al mando del ejército de tierra (asistido del general Guderian para los blindados, aumentados de tres a 10 divisiones) y Goering, ascendido a feldmarshal, al mando del ejército del aire. El pase a la reserva de siete generales de tierra (entre ellos von Kleist) y de seis del aire, y el traslado de 44, asegura la depuración de la alta jerarquía militar. La sustitución del doctor Schacht (que continúa siendo presidente del Reichbank) en la Economía por el doctor Funk, y la de von Neurath por Joachim von Ribbentrop en los Asuntos Exteriores (4 de febrero de 1938), completa el dominio del nacionalsocialismo sobre las esferas dirigentes del Estado.

* * *

El 12 de abril de 1937, Tukhatchevsky es trasladado al mando de la región del Volga. En el curso de un consejo, reunido por Vorochilov los días 1-4 de junio, Gamarnik, jefe de la dirección política, se suicida. El 11 de junio, un Tribunal militar envía al paredón a Tukhatchevsky, Yakir (judío, al mando de la región Ucrania-Crimea), Uborevitch (de la Bielorrusia), Primakov (adjunto en Leningrado), Kork (de la Aviación), Eidemann (director de la Academia Militar) y Putna (agregado militar en Londres). A continuación les llega la vez a siete de sus jueces, de un total de nueve: los mariscales Egorov (comisario adjunto de la Defensa) y Blücher (Extremo Oriente), los generales Alknis (Aviación), Belov (Rusia Blanca), Dybenko (Leningrado), Kachirin (N. del Cáucaso) y Goriatchev (Cosacos). Y de la casi totalidad de los cuadros superiores: 11 comisarios-adjuntos para la Defensa; 75 miembros del Consejo Superior de la Guerra (de un total de 80); tres mariscales de un total de cinco; el comandante de las fuerzas navales, almirante Orlov, los inspectores de la Aviación, de la Ossoviachim, de los aerotransportados, de los blindados, de la artillería; 13 comandantes de ejército de un total de 15; 57 jefes de Cuerpo de Ejército de un total de 85; 110 generales de división de un total de 195 y 220 de brigada de un total de 406. El 90 % de los generales y el 80 % de los coroneles, eliminados; en total, alrededor de 30.000 oficiales, la mitad de ellos «Spets».

Con Agranov y Prokofiev, adjuntos de Yagoda, y su sucesor Yegov (reemplazado por el medio judío Laurenti Beria en diciembre de 1938), la policía es igualmente decapitada. Y los dignatarios del partido —algunos de los cuales se suicidan, entre ellos Tomski (ex presidente del Consejo de los Sindicatos), Nikolas Skrypnik (secretario en Ucrania desde 1928, luego ministro de Instrucción Pública), etc.— miembros del Comité Central: 98 de un total de 139; delegados en el XVII Congreso, 1.108 de un total de 1.966; embajadores, Krestinsky, Kuakhan, Rakovski, en espera del proceso y la ejecución, el 13 de marzo de 1938; dirigentes de primera fila: Bujarin (presidente de la III Internacional), Rykov (presidente del Consejo de los Comisarios), Yagoda (ministro del Interior, N. K. V. D.), Krestinsky (ministro adjunto de Asuntos Exteriores), Rosengoltz (ministro adjunto de Comercio), Ivanov (secretario adjunto del Cáucaso), Tchenov (Comercio de Ucrania), Grinko (ministro de Finanzas), Zelenski (secretario de Moscú), doctor Levine (médico de Lenin y del Kremlin) (7), Maximov Dikovski (secretario de la Presidencia del Consejo), Pletnev y Rakovsky (embajador y presidente del Consejo de Ucrania), condenados a veintiocho y veinte años de prisión, respectivamente. Según las declaraciones de Bujarin, Enukidzé y Yagoda, en contacto desde 1931, por mediación de Kemnev, Piatakov y Tomski, con Trotsky, habrían urdido con los generales Tukhatchevsky y Kork un complot en el cual les secundaba el jefe de la Guardia del Kremlin, Petersen (ex comandante del tren de Trotsky); Karajan, sucesor de Felix Djerzinsky en la G. P. U., les habría puesto en relación con los alemanes.

En su temor a la guerra y a la revuelta trotskista, el amo del Kremlin ha hecho limpieza general, el mismo día del Anschluss (13 de marzo de 1938), liquidando a la mayoría de los dirigentes judíos de la Revolución (excepto

(7) El cual, con Pletnev y Kazakov, ha confesado haber suprimido a Kuibytchef, del Politburó, a Maximo Garki y a su hijo, e intentado envenenar por vía respiratoria a Menjensky y a Yegov, por orden de Yagoda.

Kaganovitch). Motivo: «los Estados Unidos y la Gran Bretaña pretendían lanzar a Alemania contra la U. R. S. S.,» escribirá en *Los problemas económicos del Socialismo*, el 2 de octubre de 1952. Y él no quiere entrar en el conflicto hasta el momento más favorable —lo mismo que los Estados Unidos, verdaderos vencedores de la primera guerra mundial—, cuando las otras potencias estén agotadas, a fin de quedar dueño de sus destinos y del mayor botín posible: «Intervendremos para echar el peso decisivo en la balanza, el peso que pueda hacerla inclinar de nuestro lado», había proclamado ya el 19 de enero de 1925 (*Obras*, t. VII, Moscú, 1947). Los fautores de guerra, que se ejercitan en España, tendrán que ir a buscar a otra parte sus primeros paladines. Sin embargo, el asunto checo tendría que interesarle particularmente: ¿no se trata acaso de hermanos eslavos, enfrentados al pangermanismo invasor?

Por Checoslovaquia: «Señores Occidentales, disparen ustedes primero»

Ciertamente, en el origen, el V Congreso de la Internacional comunista (del 17 de junio al 8 de julio de 1924), al negar la existencia de una «nación» checoslovaca, ha reconocido a sus elementos el derecho a separarse. Lo que no impide que la U. R. S. S. haya concluido el 16 de mayo de 1936 un pacto de asistencia con la patria de Benes, «cabeza de puente del marxismo» en Europa, y «portaaviones» de las democracias, con sus 40 aeródromos. Pero, ¿está de veras dispuesta la Rusia de los Soviets a hacer honor a aquel compromiso? Sí, ha contestado Litvinov (en el cual, como hemos dicho al comienzo de este capítulo, confían sus correligionarios para apoyar la cruzada antinazi), en unas declaraciones a los periódicos de Moscú, inmediatamente después del Anschluss, los días 15-17 de marzo de 1938. Pero a condición de que la Francia de Blum dé la señal: «¿Cuándo se decidirán las democracias a enfrentarse abiertamente a las dictaduras?» Para añadir: «Si Francia acudiera en socorro de Checoslovaquia, ¿haría otro tanto la U. R. S. S.? ¡Sí!» En resumen, se trata de lanzar a las democracias occidentales por delante en el conflicto. Jugando las mismas cartas, su compadre Leon Blum, quince días antes de retirarse, el 8 de abril de 1938, trata de arrastrar a la Cámara francesa, asegurándole que la U. R. S. S. estará al lado de Francia en caso de conflicto europeo (8). Y, por su parte —entre bastidores, ya que se encuentra aún en la oposición—, Winston Churchill se declara «dispuesto a concluir un pacto con el diablo para derrocar a Hitler», un diablo que, según él, se ha hecho ermitaño, ya que considera que «evidentemente, la Rusia soviética se aleja del comunismo y se desliza hacia la derecha». «El tema de la revolución mundial está olvidado». Pero la actitud de la U. R. S. S., por el contrario, está llena de reticencia. A su correligionario Davies, embajador norteamericano en Moscú, Litvinov confía «que la U. R. S. S. no tiene ya la menor confianza en Francia» (después del 24 de marzo), y precisa a Georges Bonnet, con el que se encontrado el 9 de mayo en el Consejo de la Sociedad

(8) En uno de sus clásicos arrebatos, otro belicista, Paul Reynaud, abogado de la «Alianza Israelita Universal», había tratado ya de galvanizar a la Cámara, en el curso del debate del 26 al 28 de febrero, respondiendo a la pregunta: «¿Es débil Francia?» «No, Francia no está sola», haciendo espejear el apoyo de Polonia (decidida por el contrario a atacar a Checoslovaquia)... aquel potente ejército checoslovaco (que saltará en pedazos), el «gigantesco» rearme británico (dos divisiones de infantería y 150 aviones disponibles sobre el continente), el rearme colosal (aunque futuro) de los Estados Unidos (reducido de momento a 150 aviones producidos por mes, tres veces y media menos que Alemania)...

de Naciones en Ginebra, «que no intervendrá sin el consentimiento explícito» de Rumania y de Polonia, consentimiento más que problemático, ya que aquellas víctimas propiciatorias del expansionismo soviético no sienten el menor deseo de introducir por sí mismas el lobo en el redil. El verdadero motivo de la prudencia de Stalin, por otra parte, se lo confiesa Litvinov a Heidrich, lugarteniente de Benes, el 11 de mayo: «El Occidente desearía utilizar a Hitler para eliminar a Stalin, y utilizar a Stalin para eliminar a Hitler». A esto se le llama poner el dedo en la llaga.

Buenos oficios británicos para los Sudetes

Aprovechándose de aquella desconfianza, que paraliza a sus adversarios, con el instinto hasta entonces muy seguro que le caracteriza, Hitler se dispone a negociar silenciosamente con Inglaterra el arreglo pacífico de la cuestión de los Sudetes. Sin embargo, el gobierno conservador que, después de las elecciones del 15 de noviembre de 1935 dispone en los Comunes de una mayoría de 247 votos, no ha vacilado, bajo la dirección de Stanley Baldwin, en apartar del trono al joven Eduardo VIII (proclamado a la muerte de su padre, el 20 de enero de 1936), demasiado abierto a las ideas modernas (es decir, fascistas) para su gusto, demasiado inclinado hacia las iniciativas populares susceptibles de devolver a la monarquía su prestigio, demasiado decidido a mantener a su país al margen de un conflicto en el que perecería Europa, soberano culpable, en una palabra, de pretender desempeñar realmente su papel de rey, y no el de simple marioneta en manos de la plutocracia reinante, para sustituirle por su hermano el duque de York, «*His bubbling Majesty*», el chistoso y tartamudo Jorge VI. Las exigencias de la moralidad, por no decir de la hipocresía puritana, dictan que Eduardo, y éste ha sido el pretexto, renuncie a casarse con una divorciada. Ante la negativa de Mrs. Simpson, formulada a Baldwin, a retirar su demanda de divorcio (16 de noviembre de 1936), el obispo de Bradford ha intervenido en nombre del Clero, antes de la coronación, el 1 de diciembre, y la prensa, el gabinete, los gobiernos de los Dominios (el 3) y los Comunes (el 5), a pesar de los esfuerzos de lord Beaverbrook y de Churchill, se han desencadenado contra la solución, sumamente lógica, de un matrimonio morganático, y han empujado al joven rey, o a renunciar a aquella unión, o a abdicar. Y ha abdicado. Pero, tras la coronación de Jorge VI, en mayo de 1937, Stanley Baldwin ha cedido el puesto a Neville Chamberlain, y el bullicioso Anthony Eden ha dejado el Foreign Office, el 18 de febrero de 1938, a lord Halifax, ex virrey de las Indias, consciente de los riesgos que un conflicto general haría correr a la civilización occidental. Y aunque la Gran Bretaña ha decidido rearmar el 10 de noviembre de 1936 —el 21 del mismo mes, Anthony Eden declarará que aquellos armamentos podrían servir «para la defensa de Francia y de Bélgica contra una agresión no provocada», lo que dejaba cierto margen de negociación al este—, no se ha inclinado aún definitivamente hacia el bando belicista. A pesar de que su acuerdo naval con Alemania (junio de 1935) no la tranquiliza del todo, Inglaterra ve alimentadas sus esperanzas de paz por el doctor Schacht, que continúa siendo presidente del Reichsbank y que (al mismo tiempo que aconseja a sus amigos ingleses que se muestren enérgicos con el Führer) iniciará en Londres en diciembre de 1938 unas negociaciones comerciales, que el ministro de Comercio, Stanley, continuará en Berlín, el 17 de marzo de 1939. Se encuentra, pues, perfectamente situada para ayudar a resolver diplomáticamente la suerte de las minorías alemanas en Checoslovaquia.

A raíz de la firma del tratado de Saint-Germain (10 de septiembre de 1919), los representantes de aquellas minorías, que el 5 de septiembre se habían negado a ser «entregadas» a las autoridades checas, habían protestado en términos tristemente proféticos: «De allí saldrá la próxima guerra mundial». A pesar de las medidas «integradoras» de que eran víctimas (control de los bancos, expropiación de fincas y bosques, cese de 33.000 funcionarios, estatización de sus escuelas, etc.), que provocaron entre ellos una epidemia de 20.000 suicidios, sus diputados en el Parlamento de Praga se habían resignado al principio a «cambalachear», desde 1924 hasta 1929, y tres de ellos aceptaron incluso participar en el gabinete formado por el agrario cristiano-social Anton Svehla en 1926. Pero, poco después de la subida de Hitler al poder, el 28 de septiembre de 1933, los jefes de los partidos «deutschnational» y nacionalsocialista habían tenido que disolver sus organizaciones y buscar refugio en el extranjero. En su lugar, Conrad Heinlein, discípulo del católico vienés Othmar Spaun y director de sociedades de gimnasia, «Türnerbände», fundó el 1 de octubre de 1933 un «Frente de la Patria Sudete», que en las elecciones del 19 de mayo de 1935 y de julio de 1936 reunió el 66,7 % de los votos alemanes y provocó en Aussig, el 1 de marzo de 1937, un gran reagrupamiento a base de un programa autonomista. Esforzándose en obtener el apoyo de Inglaterra a sus reivindicaciones, se entrevistó con lord Vansittart, del Foreign Office, el 9 de diciembre de 1935, y efectuó nuevas gestiones en Londres en julio de 1936, octubre de 1937 y mayo de 1938 —estas últimas de acuerdo con Hitler, con el que se entrevistó durante los Juegos Olímpicos de 1936, pero cuya ayuda no pidió oficialmente hasta el 19 de noviembre de 1937, después de que Benes rechazara sus reclamaciones, del fracaso de sus entrevistas con el presidente del Consejo, Hodja (agrario), el 16 de septiembre de 1936, y de la detención de su lugarteniente Frank, culpable de haber atacado violentamente al gobierno en Toeplitz, con ocasión de la campaña para las elecciones municipales, el 14 de noviembre de 1937—. Las brutalidades policíacas de que fueron víctimas en el curso de nuevas algaradas decidieron a sus 600.000 afiliados a reclamar su anexión al Reich. Hitler prestó oídos a sus reivindicaciones, al mismo tiempo que a las de los alemanes de Austria, y aludió a ellas en su discurso del 20 de febrero de 1938 en el Reichstag. Realizado el Anschluss, recibió a Heinlein el 28 de marzo de 1938.

La Pequeña Entente, dislocada. Checoslovaquia se desintegra

El momento, en efecto, le parece propicio para actuar. En plena descomposición la Pequeña Entente, los pactos que ligan a Checoslovaquia con Yugoslavia (desde el 14 de agosto de 1920) y con Rumanía (desde el 23 de abril de 1921), y los pactos a tres de los días 3 de agosto de 1922 y 21 de mayo de 1929, esencialmente dirigidos contra Hungría, han quedado vaciados de su sustancia. Polonia, tranquilizada por su pacto de no agresión con Alemania del 26 de enero de 1934, piensa más en aprovecharse de la crisis para recuperar el distrito de Teschen que en acudir en ayuda de los checos (ayuda que el coronel Beck y el mariscal Rydz-Smigly negarán formalmente al embajador Leon Noël, los días 26 de mayo y 3 de junio de 1938). Dadas las reticencias de Moscú, cuyos motivos ya hemos analizado, únicamente Francia, ligada a Checoslovaquia por un tratado de amistad (25 de enero de 1924), unos convenios militares (26-31 de enero de 1924) y un tratado de

ayuda mutua del 16 de octubre de 1925, estaría, sobre el papel, obligada a intervenir. Pero, después del fracaso de la gira de Yvon Delbos, en diciembre de 1937, en Varsovia, en Bucarest (en esas dos capitales le han pedido que estudie la posibilidad de enviar a los judíos de aquellos países a Madagascar), en Belgrado e incluso en Praga, relajados como están, de hecho, sus pactos con Polonia (1921), Rumanía (1926) y Yugoslavia (1927), no podría actuar sin el apoyo activo de la Gran Bretaña. Pero las reticencias de los amigos tradicionales de esta última, señaladas por el apresuramiento de Bélgica (14 de octubre de 1936), de Luxemburgo y de Holanda, y luego de los Estados escandinavos y de Finlandia (28 de mayo de 1938), en proclamar su neutralidad en caso de conflicto, impulsan a Londres a obrar con la mayor circunspección. Así, Checoslovaquia, que no ha querido moverse a raíz del Anschluss, se encuentra a su vez aislada.

Hitler lo sabe, cuando convoca al general Keitel para poner a punto su plan de ataque, el 21 de abril de 1938, y de nuevo el 30 de mayo, en cuyo intervalo los checos han movilizado a 180.000 hombres. A raíz de su entrevista con Hitler, el 28 de marzo, Heinlein (cuyo grupo parlamentario, habiendo absorbido a unos agrarios y cristiano-sociales, cuenta ahora con 55 miembros, de un total de 77 diputados alemanes) provoca la dimisión, el 8 de abril, del único representante alemán en el gabinete, hace aprobar por un congreso celebrado en Carlsbad los días 23 y 24 de abril un programa autonomista de ocho puntos, y se dirige de nuevo a Berlín y a Londres el 12 de mayo, donde recibe de lord Halifax, de Vansittart e incluso de Churchill, una acogida favorable. Los escrutinios de los días 22-29 de mayo, y las elecciones municipales del 12 de junio, refuerzan la posición de su partido, plebiscitado al 90 % en los distritos alemanes. Por su parte, los eslovacos, estimulados por la visita, el 5 de junio, de una delegación de Pittsburg, se mueven y amenazan con apelar al Tribunal de La Haya. Inquieto, el gobierno Hodja ofrece, el 26 de abril, algunas pequeñas concesiones, que amplía después de su derrota en las urnas, proponiendo la proporcionalidad de los partidos. Lejos de precipitar los acontecimientos con una solución de fuerza, Hitler envía a Londres el 18 de julio a su ayuda de campo, el capitán Wiedemann, que obtiene de lord Halifax y de sir Alexander Cadogan el envío de lord Walter Runciman, un liberal, en misión a Praga. Furioso, Benes, que ha hecho caso omiso de los consejos de prudencia de Georges Bonnet, transmitidos por su embajador en París, Osusky, los días 10 y 13 de julio, se inclina ante las amonestaciones de Hodja, federalista de siempre, antiguo colaborador del archiduque Francisco-Fernando, acepta los buenos oficios británicos (23 de julio), se achica incluso ante el árbitro llegado el 3 de agosto, simula consultar a los Sudetes sobre sus reivindicaciones (31 de agosto-3 de septiembre), promete satisfacerlas (el 5) y les presenta un proyecto el 7, cuando ya es demasiado tarde. Lejos de dejarse engatusar, lord Runciman condena el 16 de septiembre la política de Praga, y admite la necesidad de un plebiscito en los distritos alemanes, con vistas a su anexión al Reich.

A pesar de la intriga belicista y la fronda de sus generales, Hitler impone su criterio en Munich

A Benes le queda una sola posibilidad: provocar un conflicto mundial. Y se aplica a la tarea, empujado por los belicistas de todos los colores, en

primera fila de los cuales figuran los refugiados de Austria (los líderes socialdemócratas Otto Bauer, Julius Deusch, etc.) y de Alemania (los Heinrich Mann, Thomas Mann y otros), numerosos en Checoslovaquia. En conexión con sus congéneres de Praga, políticos, Blum, Zyromsky, Rosenfeld, Louis Lévy, en el seno de la S. F. I. O. (contra Paul Faure, Spinasse, Adrian Marquet), Mandel, Herriot, Jacques Kayser, Jean Zay, del partido radical (contra Edouard Daladier, Georges Bonnet, Anatole de Monzie), los «nacionales» Paul Reynaud, Louis Marin, Henri de Kerillis (contra Etienne Flandin, François Pietri, Jean Montigny), o publicistas de la cadena de periódicos judíos cuyo abanico se extiende desde *L'Humanité*, *Le Populaire* y *L'Europe Nouvelle* (Pertinax) hasta *L'Aube* (Georges Bidault) y *L'Epoque*, e incluso *Le Figaro*, dividido entre la tendencia Mauriac, Duhamel, etc., y la de Wladimir d'Ormesson. Como también, en Londres, con Vansittart (cuñado de Chamberlain), Anthony Eden, que acaba de regresar de los Estados Unidos, y el bullicioso Winston Churchill, que se dirige a París con Edward Spears para reanimar las energías de sus compadres Herriot, Reynaud y Mandel. Unos y otros, «manipulados» bajo mano, como veremos más adelante, por los jefes del judaísmo norteamericano, envalentonados por el apoyo que les presta Roosevelt.

La conjura se beneficia de apoyos inesperados, incluso en el seno del Estado Mayor de la Wehrmacht. Por dos veces, el 5 de mayo (después de la entrevista del 21 de abril entre Hitler y el general von Keitel) y, de nuevo, el 16 de julio (después de la conferencia del 7 entre Hitler, Keitel y Jodl), el general Ludwig Beck ha hecho partícipe de sus inquietudes al Führer, en un memorándum y en una nota, exponiendo los riesgos que correría Alemania si se decidiera por la solución de fuerza. Sobre el papel, en efecto, Checoslovaquia puede oponer 38 divisiones a las 41 grandes unidades alemanas de primera línea, que tendrían también como tarea contener eventualmente al ejército francés en el Oeste. Hitler lo sabe perfectamente, y ese es el motivo por el cual ha prolongado deliberadamente su maniobra diplomática, al tiempo que ha apresurado desde el 20 dè mayo los trabajos de fortificación de la Línea Siegfrido, protegiéndola con una segunda línea para que adquiera una profundidad de 50 quilómetros y alargándola enfrente de los Países Bajos hasta el mar, a fin de desalentar las veleidades de intervención de Francia. Pero sabe también que su vecina del Oeste sólo tiene 400.000 hombres bajo las armas, y Alemania 900.000; que la aviación francesa cuenta con 450 aviones en 1937 (contra 4.320 de Alemania) y con 500 en 1938 (contra 6.600); que el aliado británico no podría enviar al continente (únicamente en el caso de que Francia fuese atacada, ha precisado lord Halifax, el 12 de septiembre) más que dos divisiones de infantería, deducidas de un ejército de 40.000 hombres y 150 aviones (los 1.500 millones de libras de créditos aprobados el 7 de marzo de 1938, dedicados principalmente a las fuerzas aéreas, le permitirían poseer 1.750 aviones de combate en marzo de 1939 y 2.370 en marzo de 1940) (9), y que el ejército rojo, después de la purga de sus cuadros, necesita un plazo prolongado antes de entrar en campaña.

(9) El Comité Permanente de la Defensa Nacional, reunido el 15 de marzo de 1938, bajo la presidencia de Leon Blum, con Paul Boncour y Edouard Daladier, ha reconocido su impotencia; el general Vuillemin afirma que su aviación sería destruida en quince días, y que la producción mensual de aparatos es de 40, contra 550 al otro lado del Rin. De modo que el desfile de 50.000 hombres y 600 aviones, ofrecido a los soberanos británicos llegados a París, del 19 al 22 de julio, para inspeccionar «su ejército», no impresionará a nadie, en el extranjero.

Así, cuando una conferencia reúne a los generales en Berlín, el 4 de agosto de 1938, para aprobar el plan de acción contra Checoslovaquia (previendo la neutralización rápida de los aeródromos, dos ofensivas en tenaza, procedentes de Silesia y de la Baja Austria hacia Brünn, a fin de desbordar las fortificaciones, y un ataque relámpago de los blindados, desde Baviera, por Pilsen, sobre Praga), sólo una veintena de colegas apoyan con sus objeciones, contra Reichenau y Busch, a los generales Beck y Adam (comandante del frente occidental), lo que obliga a este último, el 18 de agosto, a una dimisión demorada por Beck hasta el 31 de octubre. Nuevas conferencias, el 3 de septiembre y en la noche del 9 al 10, ponen a punto los planes de los generales Halder y von Manstein. Pero algunos jefes de la Reichswehr —policía armada de la República de Weimar— han conservado, con una mentalidad de pretorianos, la afición a la intriga. Con los estímulos del doctor Schacht (que se ha divorciado de su esposa, demasiado leal a Hitler para su gusto, y se dedica a retrasar en nueve meses el plan Voegler de producción de gasolina sintética) rumian un proyecto de *putsch* para el 14 de septiembre a las veinte horas, con el apoyo de la III Panzer del general Hoeppner, estacionada al sur de la capital, de los generales Witzleben, comandante de la guarnición de Berlín, Brockdorff, de la de Postdam, Stülpnagel, von Helldorff, prefecto de policía, y Halder, adjunto de Beck. Sin embargo, el asunto será aplazado «sine die»: en la noche del 13 al 14 de septiembre llega la noticia de que el Premier británico acepta entrevistarse con Hitler en Berchtesgaden, el 15, y los generales Halder, von Brauchitsch y von Fritz estiman inútiles los riesgos que van a correr y consideran oportuno abstenerse.

De su primer contacto con Hitler, sir Neville Chamberlain ha regresado el 16, convencido de la urgencia con que debe evitarse la intervención armada, inminente, de Alemania. (Aunque en el Congreso de Nuremberg del 5 al 12 de septiembre, los discursos de Hitler, de Goering y de Goebbels han sido bastante moderados, unas algaradas han causado 23 muertos, los días 11 y 12 de septiembre, entre los Sudetes, se ha proclamado el estado de sitio y se habla de movilización.) A su regreso, convoca inmediatamente a Londres, el 18, a Edouard Daladier y Georges Bonnet (que ocupan la presidencia del Consejo y el Quay d'Orsay desde el 10 de abril, reemplazando a Leon Blum y a Paul Boncour, derrocados el 8). Partidarios de un arreglo, Daladier y Bonnet han estado ya en Londres los días 28 y 29 de abril y, a instancias de Chamberlain, renovadas los días 22 y 23 de mayo, y de lord Halifax (recomendando incluso a Francia que amenace con denunciar su pacto con Checoslovaquia), han intentado en vano por dos veces (una de ellas el 30 de abril) ejercer presión sobre Benes para inducirle a negociar.

Esta vez, el presidente checo, admitiendo el 17, para evitar el plebiscito, ceder por las buenas los tres salientes fronterizos de mayoría alemana, recibe la propuesta en Praga, el 20, de abandonar los distritos sudetes a cambio de una garantía franco-británica. Inspirada por una llamada telefónica de Georges Mandel, aconsejando la resistencia a toda costa, la primera respuesta checa es una negativa, invocando el tratado de arbitraje con Alemania del 16 de octubre de 1926; negativa matizada más tarde por una sugerencia de Hodja: que Francia se declare en la imposibilidad de intervenir sin el apoyo británico, y su gabinete se resignará a ceder (el 21, a las 17 horas). Se cumple esta condición, y el 22 Chamberlain se dirige a Godesberg, donde encuentra a un Führer endurecido, que lanza a Praga un ultimátum para

el 23, y niega su garantía a Checoslovaquia, en tanto no sean satisfechos los deseos de las otras minorías. En el intervalo, en efecto, mientras que el 17 los sudetes refugiados en Alemania han formado un cuerpo franco de 40.000 hombres, Mussolini, el 18, en Trieste, ha reclamado un plebiscito para todos los alógenos sometidos al yugo checo, y Hitler, después de haber recibido, el 20, a Imredy y una delegación húngara, y luego al embajador polaco Lipski (gestiones acompañadas de notas de protesta de Budapest a Praga, el 22, y de Varsovia a París, a Londres y a Praga, el 21, denunciando el tratado de arbitraje de 1925 y reclamando la devolución del distrito de Teschen), ha añadido la sugerencia de organizar el éxodo de los judíos de Polonia, de Hungría y de Rumanía hacia Madagascar. En aquella atmósfera enrarecida, la gestión de Chamberlain desemboca en la entrega, el 23, de un memorándum proponiendo la cesión inmediata de los distritos sudetes que figuran en rojo en un mapa anexo, y un plebiscito, antes del 26 de noviembre, para las zonas teñidas de verde.

Nunca ha sido tan grande el peligro de guerra: a raíz de unas manifestaciones en Praga el 22, en las cuales participan los comunistas de Grottwald, el general Sirovy, llamado al gobierno, decreta la movilización general el día siguiente a las 22,30 horas (31 divisiones de primera línea, más 17 de reserva), en tanto que Benes piensa en ceder Teschen a los polacos a cambio del derecho de paso para los soviéticos. Polonia no acepta (y los rusos, que el 21 de septiembre han remitido ya a Checoslovaquia a la Sociedad de Naciones, replican amenazando con denunciar el pacto de no agresión del 25 de julio de 1932) y concentran sus tropas, aquel mismo 23 de septiembre, alrededor de los distritos en litigio. Hungría se encuentra bajo las armas. Francia llama, tras una primera tanda de 275.000 hombres, a 400.000 reservistas el 24 de septiembre, seguidos prontamente de otros 100.000. Italia mantiene su flota bajo presión. La Gran Bretaña pone en estado de alerta la suya, y la defensa antiaérea. En Londres, Chamberlain está sometido a toda clase de presiones, por parte del mayor Attlee, de Winston Churchill, etcétera. Vansittart le entrega un mensaje del Congreso Judío Mundial, del 18 de septiembre, reclamando que sean salvaguardados los derechos de los 360.000 judíos de Checoslovaquia. Y desvergonzadamente, para forzarle la mano, lanza una supuesta declaración del Foreign Office, afirmando gratuitamente que una agresión alemana contra Checoslovaquia «se traduciría inmediatamente para Francia en la obligación de acudir en ayuda de aquélla, y la Gran Bretaña, así como Rusia (?), estarían ciertamente al lado de Francia». Naturalmente, el Primer Ministro británico desmiente por radio aquellas afirmaciones incendiarias. De acuerdo con Daladier y Georges Bonnet, llegados a Londres el 25 (al día siguiente se unirá a ellos el general Gamelin), ha decidido continuar la negociación, enviando a sir Horace Wilson a Berchtesgaden, y aunque no es partidario de la propuesta de Roosevelt a Hitler, los días 26 y 27 de septiembre, de reunir en conferencia «a todas las naciones directamente interesadas» (igual que había rechazado un ofrecimiento de reunir una conferencia internacional, en Washington, los días 11-14 de enero de 1938) —propuesta aceptada por Moscú—, encarga a su embajador en Roma, lord Perth, el 28 a las 10 horas, que ruegue a Mussolini que intervenga (como acaba de hacerlo, por su parte, el presidente de los Estados Unidos).

La reacción de Roma es inmediata. El 28 de septiembre, a las 11 horas,

el embajador François-Poncet se encuentra precisamente en conferencia con Hitler cuando su colega italiano, Attolico, presenta el mensaje del Duce, proponiendo la reunión urgente de los cuatro jefes de Estado europeos. Al día siguiente, 29 de septiembre, en Munich, sir Neville Chamberlain y Edouard Daladier ponen a punto con Hitler y Mussolini un proyecto de entente previamente sometido por Goering a Attolico, presentado como procedente de Mussolini: la ocupación de la zona sudete por Alemania será escalonada del 1 al 10 de octubre; una comisión internacional procederá a la delimitación definitiva antes de finales de noviembre (lo hará el 20 de octubre) y determinará cuáles serán los territorios sometidos a plebiscito (los alemanes de los otros distritos conservan el derecho de opción). La garantía germano-italiana sólo intervendrá cuando las reivindicaciones húngaras y polacas hayan sido satisfechas, en un plazo de tres meses. (A raíz de un ultimátum polaco, Teschen será evacuado el 2 de octubre.) El acuerdo, firmado el 30 de septiembre, es completado por un compromiso mutuo de la Gran Bretaña y Alemania «de no volver a entrar en guerra una contra otra» y de someter sus diferencias a consulta, y, con Francia, por un compromiso análogo, en el que figura el reconocimiento por Alemania de las fronteras comunes y una renuncia formal a Alsacia-Lorena, protocolo negociado el 25 de octubre por el embajador François-Poncet, aceptado el 5 de noviembre, aprobado por el Consejo de Ministros el 23, confirmado por el embajador en París conde Welczeck y, el 6 de diciembre, por Ribbentrop en persona, de visita en París. En Francia, la alegría es inmensa: 500.000 personas aclaman calurosamente a Daladier a su regreso a la capital, el 30 de septiembre; el gabinete le felicita y la Cámara —la del Frente Popular— lo aprueba el 5 de octubre por 553 votos contra 75.

En Inglaterra, la acogida dispensada a Chamberlain es más tranquila. Como máximo, el clan belicista accede a considerar el compromiso de Munich como un respiro para rearmar (10). Obligado a soltar lastre, Neville Chamberlain propone en los Comunes, el 3 de octubre, duplicar los créditos militares (aumentados de 400 a 800 millones de libras) con el fin de acelerar la producción de aviones, para poseer, en vez de 3.000 en 1938, 8.000 en 1939, aumentar el número de escuadrillas de caza de cinco a 26, y equipar seis divisiones, dos de ellas blindadas, más 13 de defensa del territorio. A pesar de esas concesiones, Duff Cooper, Primer Lord del Almirantazgo, dimite; y Winston Churchill, belicista impenitente, truena en los Comunes contra el gobierno. Lo que hace decir a Hitler, en Sarrebruck, el 9 de octubre: «Bastaría con que un Duff Cooper, un Eden o un Churchill ocupara el puesto de un Chamberlain para que se desencadenara inmediatamente una segunda guerra mundial, ya que esa es su intención». No hará falta: el propio Chamberlain no tardará en ceder a las presiones que le atosigan.

* * *

(10) «Entre 1939 y 1940 (los alemanes) sólo aumentaron sus efectivos en un 20% —dirá Churchill—, en tanto que nuestros progresos en la aviación de caza moderna fueron del 80%». «El año de respiro obtenido en Munich permitió a Inglaterra en 1940 ganar la batalla del aire», comentará Georges Bonnet (*Le Quai d'Orsay*, pág. 230). Hitler tuvo conciencia de ello, en el momento mismo de la Conferencia, en su advertencia a Mussolini: «Sucumbiremos al cerco, si no atacamos a tiempo», y reconocerá su error ante Martin Bormann (*Testamento*, pág. 87): «Desde el punto de vista militar, nuestro interés estaba en que la guerra empezara un año antes. Debí tomar la iniciativa en 1938». Pero confiaba aún en mantener la paz en el Oeste.

Dueño de los Estados Unidos, el Judaísmo para desencadenar el boicot...

Provisionalmente frustrados en su cruzada, los judíos se desencadenan en efecto en todo el mundo, y principalmente en Inglaterra y en los Estados Unidos. Habiendo escogido como objetivo la Rusia de los Soviets, Hitler no puede dejar de ser el blanco del Judaísmo internacional. «Estamos en guerra con Alemania desde el mismo día en que Hitler subió al poder», reconocerá el *Jewish Chronicle*, de Londres, el 8 de mayo de 1942. De hecho, el 24 de marzo de 1933, el *Daily Express* había proclamado: «Los pueblos judíos del mundo entero declaran la guerra financiera y económica a Alemania». El 7 de agosto, en Nueva York, Samuel Untermeyer, presidente de la Federación Económica Mundial judía, había proclamado «la guerra santa y el boicot». Y Wladimir Jabotinsky, fundador de la organización terrorista «Irgun» en Palestina, en el *Mascha Rjetsch* de enero de 1934: «Desencadenaremos una guerra espiritual y material del mundo entero contra Alemania». Esto, antes de las leyes de Nuremberg sobre la conservación de la raza, los matrimonios mixtos, etc.

Para los Estados Unidos, centro motriz del Judaísmo mundial, tres fases señalaron la escalada de aquella lucha: boicot, guerra a través de terceras personas, intervención directa. Imponer restricciones al comercio de un país en plena crisis, que sólo reabsorbe a sus parados inscribiéndoles en la beneficencia pública, parece una apuesta peligrosa. ¿No se volverá la opinión pública contra los instigadores de semejante movimiento? «Los esfuerzos de un número considerable de judíos para obligar a Alemania a transigir, boicoteando su comercio, tuvieron graves consecuencias políticas y sociales para los propios judíos», escribió Edwin Silcox, en 1934, en su libro *Catholics, Jews and Protestants*, pág. 104. «No sólo suscitaron una contrapropaganda e hicieron sugerir que el comercio judío podía ser igualmente boicoteado, despertando numerosos resentimientos entre los germano-norteamericanos, sino que se alienaron también a una gran masa de norteamericanos y de canadienses que creyeron que los judíos más decididos trataban de sumir a los Estados Unidos y al Imperio británico en un *impasse* económico con Alemania, en una época en que todo abogaba por la estabilidad económica y en que la propia Europa bordeaba continuamente el abismo de la guerra».

Los judíos, ciertamente, constituyen una minoría numerosa (4.228.029 en 1927, o sea, el 5 % de la población), concentrada en las ciudades (2.848.000 están agrupados en 10 grandes aglomeraciones: en Nueva York, 1.765.000; en Chicago, 305.000; en Filadelfia, 270.000; en Boston, 90.000; en Cleveland, 85.000; en Detroit y en Los Angeles, 75.000; en Baltimore, 68.000; en Newark (N. Jeresey), 65.000; en Saint-Louis, 50.000, etc.). Una comunidad sólidamente organizada, encuadrada por 15 Hermandades masónicas, desempeñando un papel de Seguridad social (cf. Ch. Wright Ferguson, *Fifty million Brothers*, N. Y., Farrar, 1937), con 2.451 sociedades afiliadas y 574.163 miembros (sin contar los 160.000 «Peregrinos del Sionismo»), al frente de las cuales figuraban grandes órdenes masónicas cerradas, racistas, reservadas exclusivamente a los judíos: la «Independant Order of B'nai B'rith» (fundada, como ya hemos visto, el 13 de octubre de 1843, compuesta, en ocasión de su asamblea trienal celebrada en Washington, del 7 al 12 de mayo de 1938, de 75.000 miembros y 768 logias, 570 de ellas en América del Norte y 198 en Europa,

América del Sur, Asia y Africa). Alfred M. Cohen (de Cincinnati, compañero de estudios de William Howard Taft, colega de Warren Harding como senador de Ohio), que durante largo tiempo presidió los destinos de aquella orden, que agrupaba esencialmente a los «Aschkenazim», había escogido como secretario de la «Constitution Grand Lodge» a Boris D. Bogen, delegado del «Joint Distribution Committee» en la U. R. S. S. hasta 1929: con esto queda dicho todo acerca de sus tendencias. En 1938, el gran mazo se encontraba en manos de Henry Monsky (de Omaha, Alabama; presidente también de la filial para estudiantes Aleph Zadek Aleph, creada en 1924, que reunía 120 capítulos) (11), rodeado de Isidore M. Golden, de San Francisco (California), de Archibald A. Marx, de Nueva Orleans, vicepresidentes, de Sidney G. Kussworm, de Dayton (Ohio), tesorero, y de Maurice Bisgyer, secretario. Verdadera animadora de los órganos de acción internacional del Congreso Judío Mundial y del «Joint Distribution Committee» (que ha repartido 59 millones de dólares en Europa, desde 1914 hasta 1924), del «American Jewish Committee» y, amos exclusivamente, del «American Jewish Congress», la Orden de los B'nai B'rith constituye la armazón más poderosa del judaísmo. A su filial, la «Anti-Diffamation League», le ha confiado la misión de luchar contra todas las manifestaciones del antisemitismo.

Agrupando más especialmente a los inmigrantes de la Europa oriental, la orden rival de los «B'rith Abraham» (fundada en 1850, reformada después de una grave crisis el 7 de febrero de 1887) contaba en 1930 con 52.000 miembros y 440 logias, sometidas a la autoridad de los Grandes Maestres Samuel Goldstein (de Nueva York) y Max F. Wolff (sucesores del rabino Ackerman, de H. Botwinik, etc.). Por su parte, los «Free Sons of Israel» (remontándose a 1849, reformados en 1870) han sido lo bastante ricos como para adquirir un millón de dólares de «Liberty Bonds» a raíz de la primera guerra mundial, y han prestado su apoyo a Herbert Hoover; su Gran Maestre Levenson es originario de Boston. Vienen a continuación los «B'rith Israel» (Samuel Rosenberg, de Buffalo), los «Sons of Zion», o «B'nai Zion» (1908), apoyos del «Jewish National Fund», los «B'rith Scholan» (junio de 1926, Filadelfia; Gran Maestre, Henry Rosenberg, de Baltimores), los «B'rith Holam» (Max Levine, Harrisburg, Pensilvania), los «B'nai Jacob» (Gutman Caplan, Pittsburg), los «Sons of David», los «Beth Jacob», etc.

Dominando la Finanza (como hemos demostrado suficientemente en anteriores capítulos), aquella poderosa minoría ejerce sobre la política una influencia desproporcionada con su importancia numérica; tiene dos representantes en la Corte Suprema, 10 diputados, cuatro gobernadores (Lehman en Nueva York; Horner en Illinois; Selingman en Nuevo Méjico; Leier en Oregon) —*Amer. Hebrew*, 9 de mayo de 1934— y controla una gran parte de los medios de información. Además de las grandes agencias internacionales (Havas en París, Reuter en Londres, Wolf y Hirsch otrora en Berlín) que ha creado y que dirige, el judaísmo posee, en efecto, la «Jewish Telegraphic Agency», creada en Londres en 1919 por Jacob Landau (de la que es filial la «Palestine Telegraphic Agency», abierta en 1925), que dispone en aquella época de 146 corresponsales, cuyas crónicas, reunidas en Londres, son difundidas por el «Jewish Daily Bulletin», no sólo en las columnas de

(11) Otras dos asociaciones de estudiantes judíos a tener en cuenta: la «Sigma Alpha Mu», 36 capítulos y 4.125 miembros, y la «Zeta Beta Tau», 34 capítulos y 5.291 miembros.

los periódicos judíos de todas las tendencias (alcanzando así a los dos tercios de la población judía mundial, es decir, 20 millones) (12), sino también en las de un centenar de semanarios y de grandes periódicos, especialmente en los órganos radicales: *New-York Times* (13), *Washington Post, Saint-Louis Post Dispatch, Saturday Evening Post, New-York Post* (Dorothy Schiff), *Atlanta Constitution, Louisville Courier Journal, Milwaukee Journal*, etc., sometidos a sus comanditarios, invadidos por sus redactores (14). Al igual que la radio, las empresas cinematográficas, así como los teatros, los espectáculos de variedades y las orquestas, están poblados de sus directores, sus actores y sus autores (el 10 % de los compositores, pero el 50 % de los violinistas, de la cuarta parte a la mitad de los otros). Pero sus métodos de conquista económica, si bien les han permitido monopolizar casi por entero la joyería, la relojería, las casas de empeño, la venta del alcohol, la industria de la confección y la trapería —más recientemente, la fabricación de zapatos—, expulsar a los «gentiles» sucesivamente de tal o cual sector, situando en ellos a los beneficiarios de su «Hebrew Free Loan Association», sociedad de préstamos gratuitos, dirigida por Max Rosenblum, de Cleveland, matar el pequeño comercio y artesanado y abusar de los productores imponiéndoles para las compras en masa de sus cadenas de grandes almacenes unos precios no remuneradores, aquellos procedimientos de competencia desleal les han suscitado muchos enemigos. En numerosos lugares —especialmente en Nueva Inglaterra— no tienen acceso a los barrios de moda, a las residencias de verano, a las playas «for Gentiles only», a las asociaciones de estudiantes (salvo en Cincinnati) y a los clubs (ellos tienen el suyo, el «Standard Club»). ¿Acaso no miran ellos con desdén a sus correligionarios inmigrados recientemente de la Europa oriental, los «kikes»? Si los «Rotary», los «Kiwanis» y sobre todo los «Lions» y los «Civitans» les admiten, el Y. M. C. A., que en 1932 sólo cuenta con un 19,5 % de no protestantes, tiende a restringir la influencia de estos últimos en sus centros directivos, a privarles del derecho de voto (salvo en Cincinnati, donde el rabino James G. Heller forma parte de ellos en 1933) y en contingentar el número de judíos del 10 al 15 % (lo que les decide a formar, aparte, el Y. M. H. A.).

(12) En los Estados Unidos, toda una prensa interior mantiene la cohesión de la comunidad. Comprende: unos órganos trimestrales (*Jewish Quarterly Review*, 1910, de Cyrus Adler; Dropsie College; una revista juvenil); 16 mensuales (entre ellos, el *B'nai B'rith Magazine*, 1886, Cincinnati, 50.000; la *Zukunft*, socialista, 1892; la *Forward Association*, marxista); medio centenar de semanarios (la mayoría en yiddisch, apareciendo el viernes) e incluso de periódicos: en Nueva York (*Jewish Daily Forward*, 1897, de 112.000 a 131.000 lectores; *The Day*, de 72.000 a 85.000; el *Jewish Morning Journal*, 1901, 78.000, y la *Freiheit*, 1922, con ediciones en Chicago y Filadelfia); en Chicago (*Jewish Courier*, 1887, 46.000; *Jewish Daily Forward*, 1919, 28.000 a 31.000); en Cleveland (*Jewish World*, 1906, 16.000); en Filadelfia (*Jewish Journal*, 1900, 18.000; *Jewish World*, 1914). El periódico sionista *New Palestine*, fundado en 1921 por Louis Lipsky, tira 36.000 ejemplares, y una hoja sefardita, publicada en 1922, 16.000. Asimismo, en Canadá existen dos mensuales (en Ottawa, 1928; en Toronto, 1930), uno quincenal, cinco semanarios y dos periódicos (en Toronto, el *Hebrew General*, 1912, 21.000, y en Montreal, el *Jewish Daily Eagle*, 1907, 19.000).

(13) Fundado en 1851, financiado por Adolphe Ocs (su tirada aumentó de 4.000 ejemplares en 1896 a 250.000 en 1914 y 370.000 en 1919) y por su yerno, a partir de 1917, Arthur Hays Sulzberger (Peixotto), este influyente órgano tiene como propietario y director a Arthur Ocs Sulzberger, junior, rodeado de una redacción predominantemente judía.

(14) De las agencias, aparte la «International News Services», de Hearst (1911) (Frank Mason, en 1928), que sirve a 600 periódicos y es partidaria de la paz, las otras: «United Press» (conectada desde 1909 con Exch. Tel. en Londres, Hirsch en Berlín y Fournier en París), que alimenta a 952 periódicos en 1928; la «Associated Press» y, con mayor motivo, la «Federated Press», marxista (Carl Haessler), con una clientela de 60 periódicos, apoyarán la política de Roosevelt.

...arrastra a los católicos a su cruzada antinazi

Antes de actuar contra Alemania necesitan, pues, conquistar aliados, ganar apoyos sobre el terreno. «Hubiese sido peligroso que los dirigentes judíos estropearan su causa en América con un exceso de clamores, pero los cristianos dieron un paso al frente (*stepped to the front*) y se asociaron a los judíos para organizar mítines en los que se reivindicaba la libertad religiosa para todas las creencias, lo mismo que para los judíos», precisa Silcox (pág. 340). Pero el apoyo de los católicos está justificado, de unos católicos que se encuentran no sólo en posición de minoría (20 %), sino a menudo de inferioridad. La «American Protective Association», creada en Clinton (Iowa) en 1887, ha propuesto excluirlos de las administraciones... y Theodore Roosevelt, rechazarlos a las tinieblas exteriores: «La Iglesia católica no conviene de ningún modo a este país (*The Menace*, 1908, en el momento en que el Vaticano creaba en los Estados Unidos una «provincia» de la Santa Sede). Desde luego, se han mostrado políticamente contrarios a la candidatura de Al Smith (apoyado por Tammany Hall), la presencia de David A. Walsh y de James A. Farley en el gabinete de Franklin Delano Roosevelt y la elección de dos gobernadores. Pero, al mismo tiempo, aquellos irlandeses de palabra fácil, que nutren igualmente los cuadros de la policía que los de los gangsters, se han asociado a los financieros judíos (15). El mejor ejemplo será la carrera fulgurante de los Kennedy. En materia de instrucción, son aún ciudadanos de segunda categoría y, además de pagar su contribución a la enseñanza pública, gastan de 150 a 200 millones de dólares anuales para instruir en sus escuelas a 2,5 millones de niños. Y, precisamente en ese terreno, los judíos, que en 1927 sólo han mantenido 12 escuelas parroquiales autónomas (con 3.697 alumnos; 194.691 frecuentan las escuelas congregacionistas y 51.086 las escuelas municipales) y únicamente poseen, frente a las grandes Universidades protestantes (Havard, Yale, Darmouth, congregacionistas; Columbia, episcopaliana, de tradición anglicana), el «Hebrew Union College» de Cincinnati, centro cultural y centro de Archivos del Judaísmo norteamericano, el «Jewish Theological Seminary» y los institutos «Yeshivale» de Nueva York y «Dropsie College» de Peimsylvania, como establecimientos de enseñanza superior, son ampliamente tributarios, para sus 38.959 estudiantes (11,4 % del total en 1933, agrupados por el «Menorah Hillal»), de las Universidades católicas (56,7 % en una de las mayores, del Este).

Aquellos contactos facilitan su propaganda en el seno de innumerables organismos creados para la cooperación, es decir, para la unión de las Religiones. Uno de los más antiguos, remontándose a la guerra 1914-18, es la «World Alliance for international Friendship through the Churches» (el Vaticano, por medio de una encíclica, ha prohibido con muy buen criterio que pertenezcan a ella los católicos «avanzados» que se habían afiliado a la Alianza en cuestión). Más tarde, en 1924, se forma la «World Fellowship

(15) Senador por Massachusetts, David Walsh figura en 1939 en el Comité de patronazgo parlamentario del «American Hebrew», al lado de Sol Bloom (republicano, Nueva York), Arthur Capper (senador, Arkansas), W. H. King (senador, Utah), Hermann P. Kooplemann (republicano, Connecticut), Charles Kramer (republicano, California), John O'Connor (republicano, Nueva York), Adolph Salerth (republicano, Illinois), Leon Sacks (republicano, Pensilvania), W. I. Serovitch (republicano, Nueva York) y Mollard Tydings (senador, Maryland).

of Faiths», por la fusión de la «Union of East and West» y de la «League of Neighbours», en la misma línea, bajo la dirección de Kedarnath Das Gapta y de Charles F. Weller. A fin de contestar a los ataques del Ku-Klux-Klan y del «Dearborn Independant» en mayo de 1920 (del gran industrial Ford, autor del libro *The International Jew*), el «American Hebrew» constituye unos «Goodwill Committees», comités de buena voluntad, publica unos artículos en el *Literary Digest*, organiza en Arkansas, en 1924, una «Better Understandig Week» (Semana de mejor entendimiento), una campaña en la cadena radiofónica W. R. N. Y. en el otoño de 1925, una manifestación de la «American Christian Fund for Jewish Relief» en 1926 en Saint John the Divine, en la cual participan el obispo Manning, el general Pershing, el mayor-general O'Ryan, el doctor Cadman y Louis Marshall. La «Church Peace Union» y el «Federal Council of the Churches of Christ» contribuyen a esos acercamientos, que la subida de Hitler al poder intensifica. Surgida del «Goodwill Committee» en 1927, la «National Conference of Jews and Christians», animada por Roger W. Strauss, desarrolla una gran actividad. En noviembre-diciembre de 1933, a raíz de la Exposición de Chicago, «Century of Progress», un «pageant» intitulado «The Romance of a People» glorifica el destino del Pueblo Elegido, y se convierte en tema de una gira por 38 ciudades del Oeste y del Sur, de 129 mítines (54.000 personas), de 21 conferencias en la radio, de la difusión de informaciones a 600 periódicos religiosos, y de la formación de 35 comités locales, establecidos sobre la base de los tres principios siguientes: libertad religiosa, creencia en un Dios justo y bueno, aceptación de la ética de Amos, de Oseas y de la Regla de Oro (Silcox, página 335), es decir, del ideal comunista, profesado también por Isaías, profetas en la vía de los cuales James Darmesteter, hijo de una Brandeis, pretente conducir a la humanidad cristiana, desde la Navidad de 1891. Señalemos de pasada que esos son precisamente los principios en que va a apoyarse Roosevelt para embarcar a Norteamérica en la cruzada contra el nazismo.

El libro de Everett Clinchy, *All in the Name of God* (noviembre de 1934), y el de Silcox están destinados a apoyar aquella propaganda, por medio de conferencias, banquetes, discursos en las escuelas, en la radio, etc., en el seno del Y. M. C. A., de los «Caballeros de Colón» y del Y. M. H. A. En las Universidades y la Enseñanza, el «National Council on Religion in Higher Education», animado, desde 1923 hasta abril de 1934, por Charles Foster Kent, profesor en Yale, comité que cuenta con siete judíos y un católico entre sus «fellows», dirige aquella acción. Dejando presagiar, con treinta años de anticipación, las condescendencias del Concilio Vaticano II, la «National Conference of Jews and Christians», patrocina un estudio crítico (por una comisión dirigida por J. V. Thompson, de la Drew University en 1934) de las alusiones a los judíos en los libros de texto publicados por seis de las mayores instituciones protestantes. Se llama oficiosamente la atención a los editores sobre los puntos que se consideran injustificados y erróneos, y la mayor parte de ellos se muestran dispuestos a proceder a su corrección y a introducir documentos escogidos para ayudar a una mejor comprensión del Judaísmo («to add material calculated to foster appreciation of the Jews», Silcox, págs. 310-311).

Además, no se escatiman medios para favorecer los contactos personales entre miembros de los diversos cleros: recepciones en el «Jewish Institute» de Cincinnati, en Toronto (Canadá, en presencia del teniente-gobernador), invitaciones de rabinos a protestantes en Cleveland, Buffalo, San Francisco

y Los Angeles fundación de «Forty Clubs» (en los que se alterna con el «rabino» por cortesía) en California, del «Monday Evening Club» en Washington (cerca de 400 miembros); federación de juventudes en Baltimore (abril de 1931), «Eastbay Fellowships» (Oackland, Berkeley, 1934), e incluso un reparto de Medallas del «American Hebrew» (21 de noviembre de 1931), del que se benefician el arzobispo Edward J. Herrera, el honorable Newton D. Baker, John H. Finley, Mrs. Carrie y Chapman Catt. Entre la alta jerarquía católica, aquellos avances reciben una acogida desigual. En Boston, el cardenal O'Donnell se muestra más que reticente; en cambio, los arzobispos de San Francisco y de San Pablo son más permeables, y el cardenal Mundelein, de Chicago, se señala por su celo intempestivo en su alocución a su clero del 18 de mayo de 1937. En Nueva York, donde el alcalde judío de la ciudad, La Guardia, marca la pauta, se limitan a exponer ante las puertas de la catedral unos carteles de propaganda contra los «Balillas». Masonería para uso de los católicos (fundada por Michael Joseph Mac Gioney en 1882; con 230.700 miembros en 1937), los «Knights of Columbus», reunidos en congreso en Seattle, el 15 de agosto de 1939, oyen a su jefe, Joseph Scott, fiscal de Los Angeles, ponerles en guardia contra el antisemitismo, «el más peligroso de los prejuicios raciales». Desde su cátedra de Toronto (Canadá), Jacques Maritain (cuya esposa, Raïssa, es una conversa) denuncia a la vez la ideología racista y el ateísmo marxista (aunque disculpando a este último: «Entre los elementos originales del comunismo se encuentran elementos cristianos». «La culpa es de un mundo cristiano poco fiel a su cristianismo», que debe renovarse en «un humanismo integral y progresista»), y abre el camino al «aggiornamiento».

Habiendo alarmado así a las conciencias —«¡En nombre de Dios!»— antes incluso de ser arañados, desde el momento en que una gran parte de la Francmasonería alemana ha rechazado las consignas marxistas, los judíos se esfuerzan, en los Estados Unidos, en alertar a los grandes medios financieros contra la amenaza económica de una Alemania dominante en Europa, extendiendo su influencia a Africa y susceptible de atraer a su órbita a la América del Sur, dominio reservado de los yanquis y de sus primos anglosajones. Sin gran éxito al principio, ya que aquella agitación inquieta a la mayoría de la opinión, poco deseosa de dejarse arrastrar por Roosevelt, como lo fuera ya por Wilson, a un conflicto mundial. En tanto que Ford, en su libro y en sus artículos, el Padre irlandés Coughlin en la radio y el coronel Lindberg (héroe nacional de la travesía del Atlántico, recibido, así como el ex presidente Hoover, en Berchtesgaden por Hitler), el general Pershing y la «American Legion» y el senador Borah, denuncian incansablemente los manejos belicistas, Gerald P. Nye (republicano de Dakota del Norte), al frente de una comisión del Senado, dirige en abril de 1934 una amplia encuesta sobre la industria de las municiones, que revela que la alta finanza y los fabricantes de cañones, con sus préstamos y sus suministros de armas, lanzaron a los Estados Unidos a la guerra en 1917. A fin de precaverse contra la repetición de aquellas intrigas, las asambleas votan una serie de leyes llamadas de neutralidad: el *bill* del senador Pittmann, estableciendo el embargo automático sobre las armas y municiones destinadas a beligerantes (aprobado el 21 de agosto por el Senado, el 23 por la Cámara de Representantes) por seis meses, a propósito de la guerra de Etiopía (prorrogado del 29 de febrero de 1934 al 1 de mayo de 1937), promulgado el 31 de agosto de 1935, el de los senadores Nye y Clark, extendiendo aquel embargo a los créditos (votado

el 29 de febrero de 1936, aplicable el 1 de mayo de 1937), completados por un *bill* especial del 8 de enero de 1937, relativo a la guerra civil española, y otro general implantando la cláusula «cash and carry» (Pagad al contado y transportad vosotros mismo) para las exportaciones que no sean material militar, incluyendo la prohibición a los ciudadanos norteamericanos, para evitar todo incidente tipo «Lusitania», de viajar a bordo de barcos beligerantes. Este *bill* fue aprobado por la enorme mayoría de 63 votos contra seis en el Senado, y de 376 contra 12 en la Cámara. Más categórico todavía, un proyecto de enmienda de la Constitución exigiendo que toda declaración de guerra sea sometida previamente a referéndum, presentado por Louis Ludlow, será aprobado en la Cámara, el 10 de enero de 1938, por 208 votos contra 188, pero no alcanza la mayoría de los dos tercios, necesaria en tales casos, lo que permite al gobierno enterrarlo.

Empuja al conflicto a los Occidentales

A pesar de una vaga propuesta del secretario de Estado, Cordell Hull, ofreciendo en cinco puntos, y luego en cuatro, a los Estados «proletarios» (léase fascistas), libre acceso de principio a las materias primas, así como una posibilidad de revisión pacífica de los tratados, el 6 de octubre de 1937 (memorándum «para la galería», al cual el propio Chamberlain no concederá ninguna importancia, el 11 de enero de 1938), se hace evidente que Roosevelt, en espera de su reelección como presidente en 1940, se adentra por el único camino que le está abierto —segunda fase de la operación—, empujar a los otros a hacer la guerra, en su lugar y en beneficio suyo. La víspera, 5 de octubre de 1937, en Chicago, se ha quitado la careta: «Pueblos y estados inocentes son sacrificados cruelmente a un ácido deseo de poder y de supremacía, que no tiene en cuenta para nada a la justicia ... Si tales cosas pueden ocurrir en otras partes del mundo, nadie debe imaginar que América se verá libre de ellas ... Las naciones que aman la paz deben unirse para defenderse contra esas violaciones de los tratados y ese desprecio de los instintos humanos, que crean hoy un estado de anarquía y de inestabilidad internacionales al cual no puede escaparse, ni por el aislamiento, ni por la neutralidad». Conclusión: aislar económicamente a Alemania: «Cuando una epidemia física empieza a extenderse, la comunidad aprueba la puesta en cuarentena de los enfermos».

Lo que equivale a desmentir su propio discurso, pronunciado el 14 de agosto de 1936 en Chautauqua, y desautorizar a su secretario de Estado, Cordell Hull (demócrata del Tennessee, casado con una judía, que le había sido impuesto por los senadores del Sur, en 1933), al que no ha cesado de «doblar» de colaboradores que gozan de toda su confianza (tales como William Bullitt y Raymond Moley), antes de adjuntarle en la Secretaría de Estado, el 20 de mayo de 1937, a Summer Welles, flanqueado en febrero de 1938 de Adolf Berle (antiguo protegido de Brandeis, miembro influyente del «Brain Trust»), secundado por Massorsmith (llegado de Viena, antihitleriano furibundo), y, como embajadores en Europa, William Bullitt en París, Drexel Biddle en Varsovia (desde abril de 1937 a septiembre de 1939), banquero ligado a Morgan y amigo de Bullitt, comanditario de la elección de Roosevelt, y, en Londres, Joseph Kennedy (al que reemplazará, el 6 de febrero de 1941, John Gilbert Winant, amigo de Eden y de Bevin, antiguo alumno de

Felix Frankfürter, con Ben Cohen como consejero). Futuro secretario de Estado para la Guerra, aunque republicano, Henry Stimson (hombre de Wall Street, amigo de los Morgan y de Aldrich Winthrop, del «Chase National Bank»), se ha apresurado a aplaudir el discurso de Chicago, dos días más tarde, en el *New-York Times*.

Mientras Roosevelt reclama en un mensaje al Congreso la aceleración de las construcciones navales (programa Leahy), cuyo presupuesto acaba de ser sensiblemente aumentado (28 de enero de 1938), aquel equipo se dedica a reforzar las posiciones norteamericanas en la América del Sur, mediante la conclusión de pacto militar y naval automático y la aplicación de medidas discriminatorias en lo que respecta al comercio alemán; la oposición del ministro argentino Cantillo hace fracasar aquellos proyectos en la Conferencia de Lima, en diciembre de 1938, pero la Conferencia de Panamá (otoño de 1939) decide establecer una zona de seguridad de 300 millas alrededor de las costas del Nuevo Mundo, la de La Habana (junio de 1940) prohibe la cesión de un territorio cualquiera a una potencia no americana, y Brasil es inducido a conceder, bajo la tapadera de la «Panamerican Airways» ocho grandes aeródromos a construir al norte y al sur de Pernambuco, orientados a Africa. Los norteamericanos no tardan en extender aquella política de bases a las islas Galápagos.

Pero la primera línea de resistencia a las ambiciones hitlerianas debe estar constituida por las potencias «democráticas» de la Europa occidental. Se trata, pues, de lanzarlas en primer lugar a la lucha. Por un momento, Roosevelt ha creído que la movilización checa bastará para desencadenar el deseado conflicto, y se ha congratulado de ello (30 de mayo). El compromiso de Munich le ha decepcionado profundamente. Bernard Baruch, que acaba de cumplir sesenta y ocho años, se ha precipitado a Londres para reprender a los ingleses. A su regreso a Washington, a finales de octubre, mantiene una serie de conciliábulos secretos en la Casa Blanca, cuya conclusión es la que: «Norteamérica necesita un plan de armamento, que absorberá en cinco años 5.700 millones de dólares». ¿Qué mejor medio, en efecto, en un país hostil en un 95 % a la guerra (según una consulta Gallup de finales de año), pero en el que la depresión persiste con sus 10 millones de parados, que interesar al «big business» en la reanudación de los negocios con el suministro de armamentos al extranjero, tarea que es encargada a Henry Morgenthau el 17 de diciembre de 1938? Pero hay que preparar a los parlamentarios y al público. En su mensaje al Congreso del 4 de enero de 1939, el presidente trata de nuevo de alertar al país: «Las tormentas desencadenadas en el extranjero ponen en peligro tres instituciones indispensables para los norteamericanos: la religión (16), la democracia y la buena fe internacional». Tal como

(16) A menos de confundir Religión y Judaísmo, aquella acusación (tan fuera de lugar en boca de un Roosevelt que no ha protestado por las persecuciones religiosas en la U. R. S. S.: 10.000 iglesias cerradas, 10 millones de hombres en campos de concentración), tomada de la propaganda judía que acabamos de describir, no corresponde estrictamente a nada. Lejos de obstaculizar el libre ejercicio de los cultos, el Estado nazi ha entregado a las Iglesias, protestante y católica, sumas cada vez mayores: 130 millones de marcos en 1933, 250 en 1935, 500 en 1938 y más tarde hasta 700, sumas que se añadían a sustanciosos ingresos calculados en 300 millones de marcos anuales. Sólo se ha prohibido la acción política del Clero y han sido disueltas las organizaciones sindicales confesionales. Hasta el punto de que la Iglesia evangélica, a raíz de una entrevista de sus ministros con Hitler en enero de 1934, y los obispos alemanes reunidos en Fulda el 20 de agosto de 1933, manifestaron su adhesión al régimen.

le pide insistentemente Baruch (*Paris-Midi*, 10 de enero de 1939), se esfuerza en promover la revisión de las leyes de neutralidad. Pero un accidente —la muerte de un oficial francés en un prototipo de avión, el 23 de enero— dificulta aquella tarea y provoca, en mayo, el fracaso en la Cámara y en el Senado de una propuesta de levantamiento del embargo, presentada por Sol Bloom, presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara (nacido en Pekín, de inmigrantes polacos, gran constructor de teatros, aficionado a los espectáculos, organizador de las recepciones en honor de Jorge VI), a pesar del envío, para uso interno, el 14 de abril de 1939, de dos mensajes apaciguadores de Roosevelt a Hitler y Mussolini (para el cese de la carrera de armamento, a cambio del libre acceso a las materias primas). Habrá que esperar a la invasión de Polonia y la declaración de guerra para que el Senado (por 63 votos contra 30), el 27 de octubre de 1939, y la Cámara (por 243 contra 181) el 4 de noviembre, aprueben el levantamiento del embargo, a condición de que los destinatarios paguen al contado y transporten ellos mismos, «cash and carry» (restricción que cuesta a la marina norteamericana una pérdida neta de 52 millones de dólares). De todos modos, Bernard Baruch tiene motivos para sentirse satisfecho. En marzo de 1939, Roosevelt, sin invocar ningún motivo concreto, grava con tasas especiales las exportaciones alemanas a los Estados Unidos. El 27 de julio, denuncia el tratado comercial, en vigor desde hace treinta años, con el Japón. En agosto, resucita el «War Ressources Board» reclamado por Baruch, cuya presidencia confía a Edward Stettinius, uno de los directores de la «U. S. Steel», del grupo Morgan (que obtendrá por 50 millones de dólares armamentos que valen 200 millones, para revenderlos a los Aliados).

Ejerce presión sobre Inglaterra

Y coloca a Londres entre la espada y la pared. Al envío de una misión de industriales británicos a Alemania, en marzo, seguido de una visita del ministro de Comercio, Stanley, el 17 (según Allen y Pearson), replica, en la noche del 15 al 16, con un verdadero ultimátum, amenazando con denunciar el tratado comercial de 1938 y suspender la venta de aviones a Inglaterra, si ésta persiste en la política de Munich. Bullitt se lo había advertido al embajador polaco en París, Lukasiewicz, en febrero: «Los Estados Unidos disponen en lo que respecta a Inglaterra de medios de presión muy diversos y de una gran importancia. La amenaza de utilizarlos debería bastar para evitar que Inglaterra se deslice por una política de compromiso». A raíz de una conferencia de prensa del presidente, celebrada el 11 de abril, un editorial del *Washington Post* (comprado por Eugene Meyer en 1937) del mismo día describe así la posición de Roosevelt: «Corresponde ahora a los Estados Unidos asumir la dirección de la lucha contra los dictadores, sea por medio de amenazas, sea, si las amenazas no bastan, recurriendo a la guerra». Es decir, de momento, metiendo en ella a los demás, con Inglaterra como jefe de fila. Para ello, los medios de presión económicos no son los únicos de que dispone el judaísmo norteamericano. Los lazos personales e ideológicos son numerosos. Entre los belicistas de Londres, Winston Churchill, protegido de sir Ernest Cassel al principio de su carrera, es, por su madre Jennie Jerome (prima de los Price, de los Deacon, de los Vanderbilt, cuya fortuna ha permitido restaurar el castillo de Blanheim), medio yanqui, con algo de sangre india. Anthony Eden (ligado por su primer matrimonio

con los Beckett, del «Westminter Bank» y del «Yorkshire Post»), dimisionario el 20 de febrero de 1938, que al día siguiente de Munich ha ido a estimular a Washington a la resistencia, no es sólo el cuñado de Litvinov, sino también el primo hermano de William Wiseman, socio de la banca Kuhn. Cruzado de primera hora, sir Robert Vansittart, apartado por Chamberlain del Foreign Office, a raíz de un incendiario comunicado, se ha visto confiar la propaganda del Servicio Secreto en los Estados Unidos.

La doctrina de Henry Pereira Mendez, «England and America, the Dream of Peace» (1899), vuelve a actualizarse. En Londres, financieros del grupo «sudafricano» e intelectuales radicales son sus discípulos y sus agentes activos. Los herederos de Cecil Rhodes y de lord Milner, fundadores del círculo de la «Round Table» en marzo de 1891, habían soñado quizá en una «pax britanica», «The extension of British rule throughout the World»; pero se resignan a aceptar lo que «Current History» llamaba en 1941 la «pax americana», que tendrá como consecuencia (según el judío Robin Gotesky en *Living Age* del mismo mes) «convertir a Inglaterra en el Estado número 49 de los Estados Unidos», y a unirse a los discípulos de Stead (autor, en 1902, de *The Americanization of the World*), miembros del «Carnegie Endowment for International Peace», dirigido por Nicholas Murray Butler, rector de la Universidad de Columbia, de la «League of Nations Association», creada por el judío Clark Eichelberger (apoyado por la banca Morgan) y de «Foreign Policy Association» (Marc Thomas Lamont, socio de Morgan, Felix Warburg, Owen D. Young y William Allen White). En Inglaterra, los animadores del grupo radical son Lionel Curtis, profesor en Oxford (autor de una obra publicada en 1939) y Harold Lasky, hijo del antiguo presidente de la Asociación de los Judíos británicos, fabiano, fundador de la «Socialist League» (disuelta en 1937), redactor del *Daily Herald* laborista, profesor de la Universidad norteamericana de Harvard desde 1916 hasta 1920. Su revista, *Round Table*, órgano de lord Lothian (Isaac Kerr, ex secretario de Lloyd George), del ex gobernador del Canadá, lord Tweedsmuir, y de Geoffrey Dawson, ex redactor-jefe del *Times*, y su movimiento, tienen el apoyo de los medios de la City que financian el «Royal Institute for International Affairs» (Chatham House) y también de la firma Nathan y Roselli de Wall Street (del grupo Morgan). Ex secretario de Churchill, Branden Breckan interpreta correctamente su pensamiento al escribir en su revista *Economist*, el 17 de febrero de 1941: «El centro de gravedad se desplaza hacia América, a la que compete cada vez más adoptar las decisiones supremas. No podemos frenar esa evolución histórica». Por algo ha sido escogido lord Lothian para orquestar, oficiosamente, la propaganda británica en los Estados Unidos, antes de convertirse en embajador titulado en Washington. Como presintiendo la próxima derrota de las democracias occidentales en Europa (tal era el caso de un corresponsal del *New-York Times*, que consideraba a Inglaterra incapaz de sostener un golpe serio durante el verano de 1938), toda aquella gente está dispuesta a aceptar el programa trazado por el ex corresponsal en Ginebra del mismo periódico, Clarence Streit, bajo el título de «Union Now», especie de prefiguración, antes de la derrota, de lo que será después la Alianza Atlántica, que pretende englobar no sólo a la Gran Bretaña y sus Dominios, sino también a Francia, a Bélgica, a los Países Bajos, a los estados escandinavos y a Suiza (de un total de 540 escaños previstos en el Parlamento de aquella Unión, 252 corresponderían a los Estados Unidos y 21 al Canadá, es decir, la mayoría absoluta). Aquella obra, traducida bajo el título de

«Unión o caos», verá restringidas sus ambiciones por su autor a las dimensiones exclusivas del Imperio británico, «Union Now with Britain».

Servida por una prensa sobre la cual la influencia judía pesa casi tanto como en los Estados Unidos (90 % en vez de 92, según cálculos de J. Eberlé), la propaganda belicista campa a sus anchas al otro lado del Canal. Aparte del trust de lord Rothermere (Harold Harmsworth y su hermano Alfred, lord Northcliffe) (*Daily Mail*, casi dos millones de lectores, *Evening News*, 700.000), que ha tenido que renunciar a asumir la defensa del «fascista» sir Oswald Mosley, ante las presiones de que ha sido objeto, pero que continúa siendo partidario de una entente europea (antes de caer en manos de grandes accionistas que actúan por cuenta de los Rotschild, de Sief o de sir John Ellerman), los otros cinco aúllan con los lobos, trátese del grupo Beaverbrook (Max Aitkin), amigo íntimo de lord Melchett (*Daily Express*, 2,5 millones de lectores, cuyo redactor-jefe, luego director, se llama R. D. Blumenfeld; *Sunday Express*, 1,5 millones; *Evening Standard*, 500.000), del grupo Beer o Berry (lord Camrose y lord Kernsley; un Berry se ha casado con una Rotschild), editor del *Daily Telegraph*, órgano del Foreign Office (fundado por Moses Levy en 1855, casi dos millones de lectores), del *Sunday Times* y de otros treinta periódicos; de la cadena «Westminter» y «Bradford Newspaper»: cuatro periódicos de la mañana, nueve de la tarde, 38 semanarios y ocho diarios deportivos, controlada por lord Rosebery, medio judío, cuya hija está casada con el marqués de Crewe, asimismo de sangre mezclada; del grupo *News Chronicle* y *Star* (1,5 millones y 700.000 lectores), controlado desde 1925 por lord Reading (Isaac Rufus), la «United Newspaper», luego la «Daily News Ltd.» en 1936, y por la «General Investors and Trustees» (Harry Kahn, Maurice Stern, Felix Rosenheim); o de la cadena llamada «Odhams Press», dirigida por el barón Sothwood of Fernhurst (Julius Salter Elias), englobando las sociedades «Illustrated, British National, Sporting and Dramatic Newspaper», editoras del *Daily Herald* laborista (dos millones de lectores, cuyo redactor de política extranjera, procedente del *Daily Express*, es entonces A. Easterman), de *The People* (tres millones), de las *Illustrated London News*, de las revistas *Tabler, Sphere, Graphic* y una docena más; o del *Times* (fundado en 1785 por la dinastía de los Walter, rescatado a Arthur Walter por lord Northcliffe, financiado por el coronel Astor en 1924, y luego por sir John Ellerman, hasta su muerte); del *Sunday Referee* (Isidore Ostrer, Maurice, su hermano, y Max Goulden, *Yorkshire Evening News*); del *Daily Mirror* (alrededor de un millón), controlado por Israel Sieff, Nathan Wolff, Meyerstein y sir John Ellerman (cuyo gerente, sir William Cox, posee 400.000 acciones de la «Odhams Press»); de las revistas *The Leader* (Hyams, Alfred Cosher), *Foreign Affairs* (D. Magarshak, Israel Cohen). Si se añaden los editores (Epstein) del «Statesman's Yearbook», (Victor Gollancz) de «Mundanus», «Farill Press», «Left Book Club», (Gustave Tuck, sir Reginald Tuck, D. A. Tuck) de «Raphael and Sons», (sir Leon Levison) de «Marshall, Mogram, Scott», puede medirse cuánto pesan los judíos sobre la opinión británica, y lo fácil que les resulta arrastrar al país a la guerra.

* * *

Londres, alarmado por el desmembramiento de Checoslovaquia

Entretanto, la atmósfera no ha cesado de enrarecerse en Europa. Como un vaso rajado que se rompe al tocarlo, inmediatamente después de Munich Checoslovaquia ha estallado en pedazos. Amenazado por Hodja y Beran con una comisión de encuesta por su pacto con Moscú, Edouard Benes ha dimitido de la presidencia el 4 de octubre, antes de trasladarse a Londres el 22 y, el 2 de febrero de 1939, a Chicago, cuyo alcalde checo es amigo suyo. Emil Hacha ocupa su puesto el 29 de noviembre, y el agrario Beran el del general Sirovy, dimisionario el 2 de diciembre. Entonces, los dos millones y medio de eslovacos —como habían hecho ya en agosto de 1933 en Neutra, en presencia de Hlinka—, reunidos los días 5 y 6 de octubre en Sillein, rechazan el ofrecimiento de Praga de una cartera para monseñor Tizo, católico (finales de septiembre) y reivindican de nuevo la autonomía completa, que en principio les es concedida, el 22 de noviembre. En las elecciones del 18 de diciembre, obtienen el 97,5 % de los votos; a raíz de lo cual, su jefe forma un gobierno el 23 de febrero de 1939, y proclama el 14 de marzo el Estado eslovaco autónomo. Los rutenos siguen su ejemplo (no son más que 569.000, pero constituyen para los 41 millones de ucranianos sometidos al yugo soviético un temible polo de atracción). Independientes del doctor Batchinsky y socialdemócratas del doctor Revay forman un gobierno en Uzhorod, primero con Brody, y al ser detenido, éste con el obispo ortodoxo monseñor Volozin, en Christ. Reconocida su autonomía el 22 de noviembre de 1938, vencedores en las elecciones del 2 de febrero de 1939, con el 92,4 % de los votos, no aceptarán sin reticencia el ser anexionados a Hungría. En ausencia de todo representante de la Gran Bretaña y de Francia, una comisión germano-italiana, reunida el 2 de noviembre de 1938 en Viena, en presencia de Ribbentrop y de Ciano, lo ha decidido así, del mismo modo que ha decretado el retorno de 672.000 magiares a Hungría, con la correspondiente rectificación de fronteras, hecha efectiva el 10 de noviembre.

Contra la desintegración de su país, amenazado además por las «disidencias» fascistas del general Gayda y del grupo de la Bandera, «Vlajka», los dirigentes checos intentan reaccionar por la fuerza, detienen al ruteno Brody, destituyen a monseñor Tizo, ocupan Bratislava (Pressburg), disuelven la Dieta eslovaca (10 de marzo). Con ello no hacen más que justificar la réplica de Berlín, que no se hace esperar. Hitler, el 12, da la orden de invasión para el 15, convoca a monseñor Tizo, que proclama la independencia de Eslovaquia bajo la protección del Reich, y confirma la anexión de Rutenia a Hungría (lo cual, sin inquietar a Rusia, da aquel país una frontera común con Polonia). El presidente Hacha, recibido en Berlín por el Führer el 15, se ve obligado a aceptar a su vez la autonomía checa, bajo la «protección» del diplomático alemán von Neurath, y ordenar al general Sirovy y a sus tropas, desorganizadas por la defección de los eslovacos, que no resistan al invasor. El 16, Hitler hace su entrada en el Palacio del Hradjin, de Praga, siendo acogido con mucha frialdad. El ejército checo, reducido de 150.000 a 7.000 hombres, abandona a la Wehrmacht un arsenal de 1.582 aviones, 468 tanques, 501 piezas de D. C. A. y 2.175 cañones «Skoda» de excelente calidad.

Al día siguiente, 17 de marzo, en Birmingham, Chamberlain, cediendo a la presión de Roosevelt (ejercida, tal como hemos dicho, en forma de un casi-

ultimátum en la noche del 15 al 16), y considerando la ocupación del resto de Checoslovaquia como un quebrantamiento de la palabra dada en Munich, amonesta severamente a Hitler, protesta contra la dominación del mundo por la fuerza y reitera, el 27 de abril, su advertencia en la Cámara (que le otorga su confianza por 380 votos contra 143): «Aunque apreciamos mucho la paz —dice—, apreciamos mucho más la libertad». En tanto que los Estados Unidos, el 20 de marzo, se niegan a reconocer el hecho consumado, Inglaterra apresura su rearme. Aumenta sus créditos militares de 405 a 589 millones de libras, establece el 27 de marzo el servicio militar obligatorio con el fin de permitir a Hore Belisha, ministro de la Guerra y uno de los pilares de la coalición, poner en pie 32 divisiones, y de acelerar la fabricación de aviones, de 150 a 250 por mes en septiembre de 1938, a 650 en febrero de 1939. Se reanuda la carrera de las construcciones navales. La decisión británica de construir dos acorazados, un portaaviones, cinco cruceros, 20 destructores, etcétera, provoca la denuncia por Alemania, el 28 de abril de 1939, del acuerdo del 18 de junio de 1936, la adopción de un programa, escalonado en seis años, de construcción de seis acorazados de 50.000 toneladas, de ocho cruceros de 20.000 y de 233 submarinos, y también la intensificación de las investigaciones sobre nuevas armas, en Kammersdorf y Peenemünde, así como la aceleración del plan económico cuatrienal en curso.

Los jefes del judaísmo norteamericano, pues, tienen motivos para sentirse satisfechos. Europa bruñe sus armas para el conflicto tan deseado por ellos. Sus reiteradas provocaciones han alcanzado su objetivo. La última, sincronizada con la negociación, preparada en Berlín por François-Poncet y en París por el conde Welczeck, con vistas a la firma de un pacto de no agresión franco-alemán por Ribbentrop, el 6 de diciembre de 1938, en la capital francesa, es el asesinato el 7 de noviembre del consejero de embajada von Rath por el judío galitziano Herschel Grynszpan. Afectado por una medida de expulsión, no ejecutada aún, aquel terrorista actuó ante la noticia de que 12.000 de sus correligionarios, refugiados de Polonia (donde el gobierno, después de haber prohibido la carne «kachir» en marzo de 1938, decidió el 5 de octubre expulsar a los emigrados de Rusia y de otras partes), privados de su pasaporte por el coronel Beck en abril, iban a ser rechazados por el Reich. Ya que, desde 1933, si bien las migraciones del Pueblo Elegido, convertido en indeseable en la Europa central, indujeron a salir de Alemania a 170.000 judíos de los 540.000 que allí vivían (17), entraron en ella otros 557.000 procedentes del Este, de los cuales el Tercer Reich ordenó la expulsión de 50.000. En un país sobrecargado de propaganda antisemita, el atentado de Grynszpan desencadenó contra los judíos una oleada de violencias populares (*pogrom* en Hesse, con unas 40 víctimas), cuyo punto culminante fue la «noche de cristal», del 9 al 10 de noviembre, con el saqueo de 815 tiendas, 171 viviendas y 276 sinagogas; 20.000 judíos detenidos; 36 muertos, 36 heridos; 174 nazis detenidos, internados en campos de concentración; seguida de una serie de medidas discriminatorias: dos decretos del Interior, del 12 de noviembre, el primero imponiendo a la comunidad judía una multa de 1.000

(17) A la emigración a Palestina de los judíos alemanes, negociada bajo el nombre de «Haavarah» el 6 de agosto de 1933 entre el Tercer Reich y la Agencia Judía, la Gran Bretaña impuso como condición que sólo serían admitidos 1.500 por mes, justificando la posesión de 1.000 libras esterlinas; y mantuvo aquellas exigencias en la Conferencia celebrada en Evian del 6 al 15 de julio de 1938, por iniciativa de Roosevelt, conferencia a la cual sólo asistió un observador alemán.

millones de marcos (o sea, la tercera parte de su fortuna, valorada en 3.000), y prescribiendo la entrega de las indemnizaciones no a las víctimas, sino al Estado, y el segundo prohibiendo a sus miembros el acceso a las profesiones liberales, a los puestos de directores de sociedades, privándoles del derecho a poseer inmuebles, de traficar con metales preciosos y de exportar más del 5 % de su activo (en vez del 75 % tolerado en 1933); textos completados por una ordenanza de Himmler, del 3 de diciembre, prohibiendo sus reuniones, su presencia en lugares públicos, salvo a unas horas determinadas, y excluyéndoles de la prensa, del teatro y de los cinematógrafos. Lo que equivalía a apartar de la sociedad (que mantenía a unos 40.000 en campos de concentración) a unos 500.000 judíos. Y a justificar la reprobación de la «conciencia universal», el llamamiento de Roosevelt en defensa «de la Religión» (4 de enero de 1939), la retirada de su embajador en Berlín y, bajo la presión norteamericana, el endurecimiento diplomático de Inglaterra (17 de marzo de 1939).

Prodigando sus «garantías», endurece la actitud de Varsovia

Inglaterra, antaño tan prudente, tan hostil a todo compromiso susceptible de arrastrarla a un conflicto engendrado por alguna complicación oriental, de aquellos «catorce gérmenes de discordia contenidos en el tratado de Versalles y sus anexos», he aquí que ahora multiplica las «garantías y los ofrecimientos de ayuda militar, incluso a los Estados que no las piden, y en primer lugar a Polonia, que hasta entonces no ha sido nunca objeto de una solicitud especial por parte de ella, sino todo lo contrario (basta con recordar la línea «Curzon»). Para cumplir la misión que le está destinada, el problema de Dantzig constituye el pretexto ideal, susceptible, por el juego de los pactos en vigor, de desencadenar las hostilidades contra Alemania, lo mismo en el Oeste que en el Este. A condición de que Polonia se decida a plantar cara. Cosa que no parece demasiado segura, al menos al principio. Hitler, que la considera como un bastión natural contra la Rusia de los Soviets, su único enemigo declarado, no hace nada para empujarla a ello, por otra parte. Al contrario, sólo piensa en la negociación para devolver al regazo germano el puerto de Dantzig, poblado por un 96 % de alemanes, arruinado por la competencia del nuevo puerto polaco de Gdynia, y el «pasillo», de población medio polaca (630.000), medio alemana (620.000), que, para unir el puerto a su hinterland polaco, ha cortado a la Prusia oriental del resto del Reich (combinación en la cual el mariscal Foch veía ya «la mecha de un nuevo conflicto mundial»).

Poco después de la muerte de su protector, el mariscal Pilsudki (12 de mayo de 1933), el coronel Beck, ministro de Asuntos Exteriores desde 1932 (masón), se ha entrevistado con Hitler, en Berlín, el 9 de julio de 1935. La discusión se ha reanudado, una primera vez, con un intercambio de notas sin resultado (24 de octubre, alemana, 19 de noviembre, polaca) en 1938, una segunda vez, con una visita del coronel a Berchtesgaden (5 de enero de 1939), devuelta por Ribbentrop a Varsovia el 26 de enero. Las ofertas alemanas son razonables: devolución al Reich de Dantzig y del pasillo, compensada por la concesión de una zona franca y la disposición de una autopista y de una vía férrea extraterritoriales. Esas propuestas, completadas con un pacto de no agresión (incluso una alianza contra Rusia), reiteradas por Rib-

bentrop, el 21 de marzo de 1939, son rechazadas, tras una manifestación estudiantil, el 22, por el gabinete polaco, que aquel mismo día rechaza también, por unilateral, el ofrecimiento de ayuda franco-británica, que le ha sido presentado la víspera. De todos modos, Varsovia llama a 334.000 reservistas, el 23 de marzo, para responder a la ocupación de Memel por Alemania, consentida por la prudente Lituania, los días 21 y 22 de marzo, en tanto que el coronel Beck, estimulado a la resistencia por los diplomáticos anglonorteamericanos, amenaza el 28 de marzo con considerar como un «casus belli» toda tentativa análoga sobre Dantzig, y acepta, en principio, el 6 de abril, en Londres, el pacto de ayuda propuesto. ¿Qué clase de ilusiones alimenta? ¿Acaso se ha dejado seducir por las promesas del general Gamelin, en el curso de unos contactos de Estado Mayor, del 14 al 21 de marzo, de intervenir automáticamente a favor de Polonia «en caso de amenaza contra sus intereses vitales en Dantzig», de realizar una acción ofensiva el tercer día, y de atacar, después del día decimoséptimo, la línea Siegfrido? Porque lo cierto es que al firmar aquel convenio con el ministro Kasprzycki, los días 15 y 17 de mayo, el general se excedía en sus atribuciones al no respetar la redacción «en caso de agresión contra el territorio polaco», impuesta por el Quai d'Orsay, y que su afirmación, el 18 de mayo, de que «la aviación francesa podrá actuar vigorosamente para defender a Polonia», no es más que una anticipación completamente gratuita, dada la debilidad de aquella aviación, a la que habrá que reforzar con unos pedidos de «Curtis» a los Estados Unidos (18).

En las esferas ministeriales parisienses, la opinión se encuentra dividida: hostil a los belicistas, Georges Bonnet, en el Quai d'Orsay, no sólo ha rechazado la redacción de un acuerdo secreto considerando a Dantzig como un «interés vital», sino que incluso es partidario, después de sus entrevistas con el embajador Lukasiewicz (diciembre de 1938 y febrero-marzo de 1939), de desligar a Francia de sus compromisos hacia Polonia, a fin de soltarse de un engranaje fatal, en tanto que el Estado Mayor y (hasta el 25 de octubre de 1938) el embajador Leon Noël insisten en mantenerlos, por temor a echar a Varsovia en brazos de Berlín. En cuanto al presidente Albert Lebrun, anglófilo impenitente, amigo intimo de Churchill, en vísperas de ser reelegido (con la bendición de S. M. británica, de acuerdo con la tradición) por 506 votos de un total de 910, el 5 de abril, ha visitado Londres en compañía de Bonnet el 25 de marzo y ha asociado a Francia al plan de fortalecimiento de las garantías en el Este, al cual Churchill acababa de adherir, la víspera, al titular del Foreign Office, lord Halifax.

Ya que no se trata únicamente de Polonia. El 13 de abril, la Gran Bretaña ofrece generosamente (¿con qué medios militares?) una ayuda análoga a Grecia, porque Mussolini, celoso de los éxitos nazis, ha hecho desembarcar a sus tropas en Valona y Durazzo los días 5-7 de abril, ocupando Tirana, expulsando al rey Zog y disponiéndose a proclamar, el 16 de abril, a Victor Manuel rey de Albania. Sin embargo, el gobierno de Atenas no había pedido nada a Londres. A continuación le llega la vez a Rumanía, ya que la penetración económica y política de Alemania en la cuenca danubiana inquieta a la City. Tal vez por instigación de lord Vansittart, el encargado de negocios

(18) El ritmo de fabricación era de 59 aparatos al mes en 1938 y de 221 en 1939. En consecuencia, Francia encargó 1.200 aviones a los Estados Unidos, los día 5 y 27 de mayo de 1938.

rumano Tilea, solicitando el 16 de marzo un préstamo de 10 millones de libras esterlinas para la compra de material militar, da a entender a lord Halifax el 17 que los petróleos de su país (controlados en parte, como es sabido, por los Rotschild) van a ser objeto de un ultimátum de Alemania, mientras que, por su parte, el embajador francés en Bucarest, Adrien Thierry (marido de Nadine Rotschild), daba la alarma sobre los movimientos de tropas rumanas en curso. Tataresco, embajador en París, y su ministro Gafenco, se apresuran a desmentir el supuesto «ultimátum», explicando que se había concluido un simple acuerdo comercial, el 23 de marzo, que no implicaba ninguna clase de monopolio; pero Chamberlain no deja de utilizar aquel pretexto para lanzar en los Comunes, el 31 de marzo, sus ofrecimientos de garantía unilateral, reiterando al mismo tiempo que «el gobierno de S. M. se considerará obligado a apoyar a Polonia con todos los medios, en caso de una agresión que ponga en peligro la independencia polaca».

Fracaso de las negociaciones con Moscú

Evidentemente, aquellos provocadores compromisos sólo tienen sentido a condición de que la U. R. S. S. participe en el cerco de la Alemania nazi (esto es tan cierto que la firma definitiva del acuerdo con Polonia será demorada hasta finales de agosto). Los días 5 y 14 de abril, unas propuestas en ese sentido son formuladas por Francia (Bonnet al embajador ruso Suritz) y la Gran Bretaña a Moscú, que responde el 19 con enormes exigencias: nada de paz separada, es cierto, pero alianza también con Polonia y Rumanía, válida contra todo agresor, extensión del pacto a los Países Bálticos y a Finlandia (que han recibido un ultimátum ruso el 28 de marzo). Se entabla una áspera discusión, el 22 de abril, en la que se trata de incluir a los Países Bajos, Luxemburgo y Suiza (que no han reconocido a los Soviets), con los estados de la Europa central y oriental, en aquel seguro general a todo riesgo; luego, el 21 de mayo, en Ginebra, entre lord Halifax, Georges Bonnet y el embajador ruso en Londres, el judío Maisky; de nuevo el 31 de mayo y el 14 de junio en Moscú, y otra vez el 27 de junio. Los embajadores Naggiar, sir William Seeds y William Strang toman parte en aquellas entrevistas, en el curso de las cuales la Gran Bretaña objeta cuerdamente que tal vez sería necesario el acuerdo previo de los países afectados.

Sin embargo, todo el edificio falla por la base, ya que por una parte los vecinos de Rusia se sienten poco inclinados a abrir sus fronteras al ejército rojo (a los apremios de Georges Bonnet y del embajador Noël, reiterados los días 15 y 18 de agosto, el coronel Beck opondrá el 19 una negativa categórica), y, por otra, Stalin no quiere ser el primero en dar la cara, sino por el contrario ganar posiciones en el espacio, ampliando sus glacis en el Oeste y su acceso al Báltico, y en el tiempo, reconstituyendo sus fuerzas y no interviniendo hasta el momento oportuno, si es posible después del agotamiento de los demás. «La tarea principal de nuestros partidos comunistas —había dicho al Comité directivo de la Internacional, el 20 de mayo de 1938— debe consistir en facilitar un conflicto entre estados capitalistas». Manteniéndose al margen, precisa ante el XVIII Congreso, el 10 de marzo de 1939, ya que está completamente decidido «a no permitir que los provocadores de guerras, acostumbrados a hacerse sacar las castañas del fuego por los demás, arrastren a la Unión Soviética». Así, aleja a Maxim Moisevitch Wallach Finkelstein,

llamado Litvinov, sospechoso de connivencia con sus correligionarios belicistas, el 3 de mayo. Viacheslav Mihailovitch Seriabin, llamado Molotov (martillo), que le sucede en el Comisariado de Asuntos Exteriores, plantea inmediatamente nuevas exigencias: «Rusia se reserva el derecho de apreciar por sí misma los casos de agresión indirecta que puedan justificar su intervención» y subordina el acuerdo político a la conclusión de un convenio militar (11 de julio). Inglaterra protesta al principio, el 13, pero a raíz de una visita de sir William Seeds y de Mr. Strang a Moscú, el 18, acepta el 24 de julio la inclusión de los estados bálticos en el pacto y el envío de una misión militar, dirigida por el general Doumenc y el almirante Plumket, que, del 12 al 21 de agosto, prolonga un diálogo de sordos con el mariscal Vorochilov, anclado en su pretensión de obtener para el ejército rojo (120 divisiones de infantería, 16 de caballería, de 9.000 a 10.00 tanques y de 5.000 a 5.500 aviones) derecho de paso, sea a través del pasillo de Vilna, sea en Galitzia (14 de agosto).

El pacto, contra natura, germano-soviético

En aquella atmósfera diplomática cargada de espesas nubes (aunque William Bullitt afirme que Roosevelt estaba informado desde 1934 de las intenciones de Stalin, como lo estará en 1939 de las de Hitler de atacar a Rusia en 1941), la firma, el 24 de agosto, del pacto germano-soviético, estalla como un trueno. En lo inmediato, desde luego, es un fracaso para los instigadores del cerco de Alemania, pero también para Hitler, apóstol de la cruzada contra el bolchevismo, constituye un recurso desesperado, una derrota moral, un mentís a su línea de conducta y, según su propia expresión, «un crimen atroz». Antes, por menos que eso, ha eliminado a Schleicher, el general «rojo», y en 1935 ha desautorizado a Schacht y anulado un crédito de 500 millones de marcos, otorgado por este último a la U. R. S. S. para la adquisición de un crucero, submarinos y material óptico y químico, a cambio de madera, trigo y petróleo. ¿Qué queda, después de esto, del pacto Anti-Komintern, concluido el 25 de noviembre de 1936, y de la amenaza que hacía planear sobre Stalin, de una guerra a sostener en dos frentes? En Tokio, el barón Hyranuma, sorprendido por la noticia y temiendo a su vez el cerco, dimite el 28 de agosto. Comprometido el ejército en Manchuria y en China, oponiéndose a la constitución de un gabinete anglófilo, el general Abe (ex agregado militar en Berlín, amigo del general Oshima), que le sucede el 30, continúa la misma política. Pero el Kremlin, en adelante, no tiene nada que temer en Extremo Oriente, ya que su retaguardia está asegurada. Y Alemania no tiene más que un aliado ideológico, Italia. Aliado cuyos apetitos en lo que respecta a Francia se han manifestado ruidosamente en la Cámara, el 30 de noviembre de 1938, unos días antes de la llegada de François-Poncet como embajador (en diciembre), con los gritos de «¡Túnez, Córcega, Saboya!» Y, diplomáticamente, con la denuncia el 17 de diciembre de 1938 de los acuerdos firmados con Laval en 1935, la reivindicación de dos escaños en el Consejo de Administración de Suez, de un puerto franco en Djibuti, de acciones del ferrocarril de Addis-Abeba y de la prórroga de la convención de 1896 sobre los italianos de Túnez (entrevistas Ciano-Baudoin y Ciano-François-Poncet del 25 de abril), pero aliado reticente, que sólo consentirá en estrechar sus lazos con el Reich (a raíz de las visitas de von Ribbentrop a Milán, el 6 de mayo de 1939, y de Ciano a Berlín, el 21 de mayo) y firmar con él una alianza militar —el «pacto de Acero»—, el 22 de mayo de 1939, tras haber especificado claramente que no estaría preparado para intervenir antes de 1943.

Pero el tiempo apremia. Dando sus directrices al general von Keitel para la preparación del «plan blanco» de ofensiva contra Polonia, el 3 de abril de 1939, Hitler ha fijado como fecha de ejecución el 1 de septiembre. En el intervalo, no obstante, agotará todas las posibilidades de negociación. En el Reichstag, el 28 de abril, al tiempo que declara caducado su pacto con Varsovia, como consecuencia de los compromisos recientemente adquiridos en Londres, ofrece reemplazarlo por otro, de no agresión, válido por veinticinco años, y confirma sus propuestas para el arreglo pacífico de la cuestión de Dantzig y de su pasillo. Pero, advertido de la creciente presión anglosajona sobre el coronel Beck, alarmado por la reapertura de la embajada soviética en Varsovia (después de una visita, el 12 de mayo, del viceministro de Asuntos Exteriores, Potemkin) desde el 23 de mayo, previene a sus generales de que el conflicto es inevitable y que ha llegado el momento de conquistar, para 15 ó 20 millones de alemanes, «el espacio vital» en el Este.

Se presta, sin embargo, a unas últimas gestiones: para arreglar la cuestión de Dantzig, como ha sugerido lord Halifax, el 21 de mayo, por un acuerdo limitado con el alto comisario de la Sociedad de Naciones para la Ciudad libre, el suizo Burckhardt (cuya entrevista con el gauleiter Forster, el 10 de agosto, provocará el envío de un ultimátum polaco), y para suavizar las relaciones con Inglaterra. Pero, ni la visita oficiosa del ministro sir Horace Wilson a Berlín con vistas a una entente económica (con Wohltat, finales de julio-primeros de agosto), ni la de Henderson a Birger Dahlerus (el amigo sueco de Goering, recibido por lord Halifax el 27 de agosto), ni el proyecto de entrevista con el general Ironside, jefe de Estado Mayor imperial (abortado a causa de una indiscreción de *Paris-Soir*) a mediados de agosto, tienen continuidad. Las trampas colocadas por los diplomáticos norteamericanos están muy bien distribuidas. Una primera vez, William Bullitt, conmemorando el 4 de septiembre de 1938 en la punta de Grave el desembarco norteamericano de 1917 había hecho espejear la esperanza de que la historia se repetiría y declarado que «Francia y los Estados Unidos están ligados en la paz como en la guerra». Esta equivalía a adelantarse a los acontecimiento y Roosevelt, ante la reacción inmediata de la opinión, se apresuró a desautorizarle, el 9. También confió al conde Potocki, el 15 de noviembre: «Sólo la fuerza y finalmente la guerra podrán poner fin a la expansión insensata de Alemania», y los Estados Unidos tomarán parte en ella, «a condición de que los ingleses y los franceses sean los primeros en atacar». Tal era la consigna. La inelegancia del procedimiento no escapaba, por otra parte, al embajador en París, que escribía en su correspondencia diplomática: «Es completamente honorable empujar a una nación a la guerra, cuando se está dispuesto a entrar inmediatamente en ella a su lado. Pero no concibo nada más inmoral que empujarla a ella, cuando no está dispuesto a tomar parte» (informe de Bullitt a Roosevelt, *Foreign Relations*, 1938, I, pág. 615). Su colega de Londres, John Kennedy, opinaba lo mismo. Comprometido por la publicación, en la primavera de 1940, de un Libro Blanco alemán (mencionado por el senador Reynolds, el 6 de abril de 1940), que revelaba el papel de Bullitt y el suyo propio, empujando a Polonia a la guerra desde noviembre de 1938 (con la ayuda de la prensa local, muy judaizada), con sus promesas de ayuda, de créditos, de suministros militares, en espera de su intervención y la de los aliados para hacer capitular a Alemania, confesará en sus Memorias que la propia Gran Bretaña fue empujada a la guerra por la presión norteamericana. Dirigida así por el judaísmo, paralizado aún los Estados Unidos por

el éxito de la campaña: «¡Keep U. S. out of the War!» «¡Be Neutral!», la intriga ha logrado situar a Hitler en un callejón sin más salida que la guerra, y empujarle a una alianza contra natura con los Soviets, alianza que, en último término, sólo favorecerá a estos últimos.

Aunque la realizaciones económicas y sociales del Tercer Reich son espectaculares, aunque su influencia ideológica, su prestigio político y su expansión comercial le abren las mayores esperanzas en la Europa danubiana y en los Balcanes, Hitler no deja de tener conciencia de su vulnerabilidad y de que está condenado, en un plazo más o menos largo, a una lenta asfixia. Si bien el rearme ha hecho desaparecer prácticamente el paro obrero, ha aumentado también peligrosamente la deuda pública, que ha pasado de 16.058 millones de reichmarks en 1936-37 a 30.676 millones en 1938-39. «En lo que respecta a nuestra situación económica —dirá a un centenar de sus generales, convocados en el Berghof, el 22 de agosto de 1939—, es tan difícil que no podremo resistir más allá de unos cuantos años». A menos de recurrir a las armas: «O somos los primeros en atacar, o pereceremos más o menos rápidamente». Conclusión: la conquista del «espacio vital», *leimotiv* de los geopolíticos nazis, del general Haushoffer y de las sociedades secretas, animadoras del régimen, se ha convertido en algo absolutamente ineludible.

Entretanto, al discurso de Chamberlain del 31 de marzo de 1939 ha respondido, una semana más tarde, cierto deshielo en las relaciones germano-soviéticas, iniciado por unos avances de Astachov a Kleist en Berlín (17 de abril), afirmado por la caída en desgracia de Litvinov (3 de mayo) y señalado por el deseo expresado por Molotov de extender al terreno político las negociaciones económicas emprendidas por von Schulenburg; deseo confirmado por Astachov a Weizsäcker el 30 de mayo y por unos contactos establecidos por mediación de Bulgaria, el 15 de junio. Ante la noticia del envío de una misión militar franco-británica a Moscú el 25 de julio, Hitler, al día siguiente, precipita su decisión y encarga a Ribbentrop cerca de Astachov (2 de agosto) y a Schulenburg cerca de Molotov, el 4, que concreten sus propuestas y pidan a Stalin y a Molotov una entrevista para su ministro de Asuntos Exteriores (14 de agosto). La negativa polaca, el 19 de agosto, a permitir el paso a los soviéticos proporciona al amo del Kremlin el pretexto deseado para obtener del Politburó la conclusión con Alemania de un acuerdo comercial, por el cual esta última abre un crédito de 200 millones de marcos a Rusia (reembolsable en siete años y medio) para el suministro de 125 millones de máquinas (locomotoras, etc.) en dos años, a cambio de entregas de trigo, madera, petróleo, manganeso y tungsteno, y de un pacto de no agresión, que Ribbentrop irá a negociar a Moscú, con una duración de diez años. En tanto que la Europa oriental es declarada esfera de interés exclusivo de los dos signatarios del pacto, unas cláusulas secretas precisan que, repartida de nuevo Polonia y atribuida Lituania a Alemania, Rusia, que reclama los puertos letones de Windau y de Libau (amenaza contra Finlandia), obtendrá, con Vilna, una frontera siguiendo aproximadamente el Narew, el Vístula y el San, así como las manos libres para recuperar la Besarabia a costa de Rumanía. Los dos emperadores de aquel nuevo Tilsitt están aparentemente satisfechos, aunque su interpretación de sus consecuencias sean diametralmente opuestas: Stalin considera que el pacto hace inevitable la guerra, en tanto que Hitler cree, por el contrario, que la hace imposible. En lo cual se equivoca lamentablemente.

Aquel mismo 23 de agosto, mientras el Senado de Dantzig se dispone a proclamar la independencia de la Ciudad libre, bajo la autoridad del gauleiter Albera Forster, el embajador Neville Anderson entrega al Führer, en el Berghof, una severa advertencia de sir Neville Chamberlain, el cual recibe al día siguiente de los Comunes, y su colega lord Halifax de los Lores, plenos poderes para su gobierno. La suerte está echada. El ofrecimiento de Hitler al representante de S. M., a cambio de Dantzig, de una garantía alemana a Polonia y, mediante una entente colonial, de una alianza para la defensa del Imperio británico (admirado por el jefe nazi, que considera necesario su mantenimiento para la preponderancia de la raza blanca), sorprenden, más que conmueven, al insular. Las advertencias proféticas que lo acompañan: «Si Inglaterra gana la guerra, no será ya la misma Inglaterra que hoy. Los verdaderos vencedores serán los pueblos asiáticos», superan su capacidad de comprensión y resultan tan inútiles como las desesperadas gestiones de Goering, efectuadas por mediación del ingeniero sueco Birger Dahlerus, cerca del diputado conservador Charles F. Spencer, el 24 de agosto, y luego el 27 cerca del gabinete, el 30, comunicando a sir Ogilvie Forbes, por teléfono, el texto moderado en 16 puntos (renunciando a Posen, aceptando un plebiscito en el pasillo) propuesto por Hitler a los polacos, texto que Ribbentrop acaba de negarse a entregar al embajador sir Neville Henderson. Y de nuevo el 3 de septiembre (a las 10,49 horas) al Foreign Office, para proponer la visita a Londres del ministro alemán. Lord Halifax responde a aquellos esfuerzos concluyendo, el 25 de agosto, una alianza completa con Polonia, dirigida únicamente contra Alemania (un protocolo secreto cuida de precisar que no funcionaría en caso de agresión rusa).

Quos vult perdere...

Francia, a remolque de Inglaterra

En París, el presidente del Consejo, Edouard Daladier, tiene conciencia del peligro: «La victoria más segura será la de la destrucción y la barbarie», escribirá el 26, en un postrer llamamiento al Führer. Georges Bonnet en el Quai d'Orsay, así como los presidentes de las Comisiones de Asuntos Exteriores de la Cámara, secundarán sus esfuerzos contra el clan belicista, representado en el seno del gabinete por Georges Mandel, Paul Reynaud, Champetier de Ribes, Jean Zay... Pero, al igual que en los Estados Unidos y que en Inglaterra, más aún que en 1914, en que había contribuido ya poderosamente a crear y a mantener una atmósfera de guerra, una campaña de prensa sabiamente orquestada se desencadena sobre Francia. Para alimentarla, se distribuirán 800 millones de fondos yanquis, tal como revela Emmanuel Berl, director de *Marianne*, desde 1933 hasta 1937 (*Pavés de Paris* de los días 3 de febrero y 17 de marzo de 1939), por Robert Bollack, director desde 1914 de la «Agencia económica y financiera» (en la que Alexandre Israel le había introducido en 1910), y desde el 19 de septiembre de 1938 de la Agencia Fournier (en la que, tras eliminar a Jean Fontenoy como director, se rodea de correligionarios, Meyer, Nathan, Weill, Levy...). Fundada en 1835-1840 por Charles Havas (cuyo adjunto Israel Josaphat Beer crea en 1849, bajo el nombre de Julius Reuter, su homóloga en Londres), la agencia de ese nombre, sostenida (a la muerte de Charles en 1879 y bajo la dirección de su hijo) por los barones Hirsch y Erlanger y por Arthur Meyer, tras haber situado bajo su tutela, a favor de la primera guerra mundial, los cinco diarios

más importantes, y, hasta 1939, las sociedades rivales de publicidad, se encuentra entonces controlada por Rosenblath (poseedor de 1.522 acciones) y por Horace Finaly (del Banco de París y de los Países Bajos), poseedor asimismo de la mayoría de las acciones de las Mensajerías Hachette (René Schoeller), organizadas en 1898-1912, constituida en Sociedad Anónima con un capital de 100 millones en 1919. Con François Crucy, Pierre Brossolette en la Agencia-Radio, Jacques Landau en la Agencia técnica de Prensa, Friedman, Kahn y Epstein en «Metropress», J. S. Berstein en la Agencia del Este, Kurt Rosenfeld en «Impress» y J. Meyer en la «Agencia telegráfica universal», la intervención de los judíos sobre las informaciones y la publicidad es casi absoluta en Francia.

La cadena de periódicos de que disponen cubre todo el abanico político. En la extrema izquierda, *L'Humanité* (19), dirigido por Marcel Cachin, con Paul Vaillant-Couturier y Jean-Richard Bloch como redactores-jefes, plagado de redactores judíos, fiel a la línea del partido, favorable, pues, al pacto germano-ruso y, por tal motivo, prohibido por el gobierno Daladier (tiraba entonces 400.000 ejemplares), es doblado oportunamente, en marzo de 1937, por un vespertino, *Ce Soir*, controlado por J. Richard Bloch y Louis Aragon, al frente de un equipo compuesto por Elie Richard, Gaston Bensans (Bensoussan), Pierre Abraham, Darius Milhaud, Paul Nizan, etc. Organo del partido S. F. I. O. (20), *Le Populaire* experimenta la repercusión de las diferencias que oponen a Leon Blum y a su equipo judío y belicista (Daniel Mayer, etc.) los disidentes franceses del grupo, Marcel Déat, Adrien Marquet e incluso el secretario general, Paul Faure, que crea en 1938 un nuevo diario, *Le Pays Socialiste* (21). *L'Aube*, fundada por Francisque Gay el 29 de enero de 1932, representa la aportación bastante débil (15.000 lectores) de los demócrataeristianos, que, después del Frente Popular, han apoyado a los rojos de España, en la cruzada antinazi. Aunque Georges Bidault, que colabora en aquel periódico desde 1936, haya dado un traspiés momentáneo aplaudiendo el acuerdo de Munich (1 de octubre de 1938). Entre los radicales, *L'Ordre*, fundado en diciembre de 1929, con el dinero de los «marqueses de la Chambre», por el ecléctico Smile Buré (que ha servido sucesivamente a Clemenceau y a Aristide Briand, para reservar a continuación sus favores a Stalin), administrado por Jacques Ebstein, es furiosamente antimuniqués, pero no goza de una gran audiencia. Finalmente, dirigiéndose a los nacionales, *L'Epoque*,

---

(19) Sostenido antaño, en 1906, por un envío de 25.000 francos-oro de A. Bebel, antes de ser financiado por una nueva Sociedad (con un capital de 125.000 francos) que incluía a Salomon Reinach (hermano de Joseph, agente de los Rotschild cerca de Gambetta), Levi Bruhl (distribuidor de los fondos de los banqueros a las revistas de vanguardia) y Leon Picard (ex director de los *Derechos del Hombre*, agente de transmisión de una subvención de 300.000 francos-oro de la Compañía de los agentes de Cambio), y, con una participación de los dos quintas partes, la pareja Rosnoblet (hombres de paja de los Rotschild).

(20) Semanario en 1915, surgido del *Populaire du Centre*, publicado en Limoges por Paul Faure, *Le Populaire*, trasladado a París por Jean Longuet (nieto de Carlos Marx), convertido en cotidiano de la tarde (11 de abril de 1918), y luego de la mañana (9 de abril de 1931), a pesar de un capital de 400.000 francos y de la colaboración de Leon Blum, padeció un eclipse de dos años (diciembre de 1925-enero de 1927), tras el fracaso del Cartel. Vuelto a aparecer como cotidiano, sólo tenía 30.000 abonados en 1930.

(21) Aquella querella se saldará, después de la Liberación, como un ajuste de cuentas difícil entre el administrador Eugene Gaillard (poseedor de 2.500 acciones, y sus amigos de 1.500) y los «nuevos príncipes» Vincent Auriol y Daniel Mayer.

creada con el dinero de Louis Louis-Dreyfus (22) por el ex aviador Henri de Kerillis y Henry Simond, cuando este último cedió *L'Echo de Paris* (cuyo comentarista de política extranjera era «Pertinax», alias Henry Geraud, alias Grunbaum) a Leon Bailby (12 de mayo de 1937), que lo fusionó con *Le Jour*, defiende también ferozmente la cruzada antinazi y la alianza con los Soviets.

Pero la propaganda insidiosa de los grandes periódicos de información, alcanzando a las masas de lectores, es algo más profundo y peligroso que la de los órganos políticos. Y, aparte *Le Jour* (fundado por Leon Bailby el 2 de octubre de 1933, pasado bajo el control del diputado Fernand Laurent en 1939), *Le Journal* (en el que Fr. Ignace Mouthon ha sucedido a Henri Letellier y que dirige Pierre Guimier) y, hasta cierto punto, *Le Temps*, adquirido en 1929 por Louis Mill y el «Comité des Forges», *Le Figaro* (dividido, como ya hemos señalado, entre las tendencias opuestas de Mauriac y Duhamel, por un lado, y de Wladimir d'Ormesson, por otro) y *Le Petit Journal* (órgano del P. S. F., desde que el banquero Neuflize se lo ha comprado el 27 de junio de 1937 al financiero Raymond Pâtenotre (23), la gran prensa se encuentra en manos de los belicistas: *Le Matin*, propiedad de Bunau-Varilla con Henri de Jouvenel (cuya cuarta esposa será la viuda de Charles Louis-Dreyfus), tiene como redactor-jefe a Stephane Lauzanne, flanqueado de Jules Sauerwein para la política extranjera. *Le Petit Parisien* (propiedad desde 1888 de Jean Dupuy, que ha moderado sus tendencias radicales y aumentado su tirada hasta tres millones a finales de 1918; 1.320.000 en 1930), da libre curso, con Joseph Elie Bois y su redactor-jefe Albert Londres, a las tendencias antihitlerianas y prosoviéticas.

En cuanto a la prensa de la tarde, es más incendiaria todavía. Cedido a finales de 1931 por Leon Bailby a Louis Louis-Dreyfus, *L'Intransigeant* (con una tirada de 400.000 ejemplares), arrendado el 14 de marzo de 1937 a una Sociedad controlada por Jean Prouvost (industrial de Roubaix, ministro de Información de Paul Reynaud en 1940, que se adherirá al mariscal Petain), tiene como secretario general a Jacques Meyer y a Louis Latzarus como redactor-jefe. *Paris-Soir* ha sido transformado por el propio Jean Prouvost y Pierre Lazareff (su colaborador desde 1928 en *Paris-Midi*, comprado por él en 1924), a partir de abril de 1930, de tal forma que su tirada ha pasado de 134.000 a un millón de ejemplares en 1931, y a 2.375.000 en 1936, para bajar de nuevo a 1.800.000 en 1939. Aquel periódico, destinado por su creador, Eugene Merle, a ser un órgano de la Francmasonería y del Cartel de las Izquierdas, se convirtió en un gran instrumento de relleno de cráneo, en manos de Pierre Lazareff (judío ruso, procedente del periódico socialista *Le Soir*, que, refugiado en los Estados Unidos, se pondrá al servicio del O. W. I.), de Georges Gombault, alias Weisskopf (ex redactor del diario ma-

---

(22) Francmasón desde 1896, banquero, armador, proveedor de los ejércitos en 1914-18, traficante de cereales (incluso con los Soviets desde 1926), y de soja con el Extremo Oriente desde 1930.

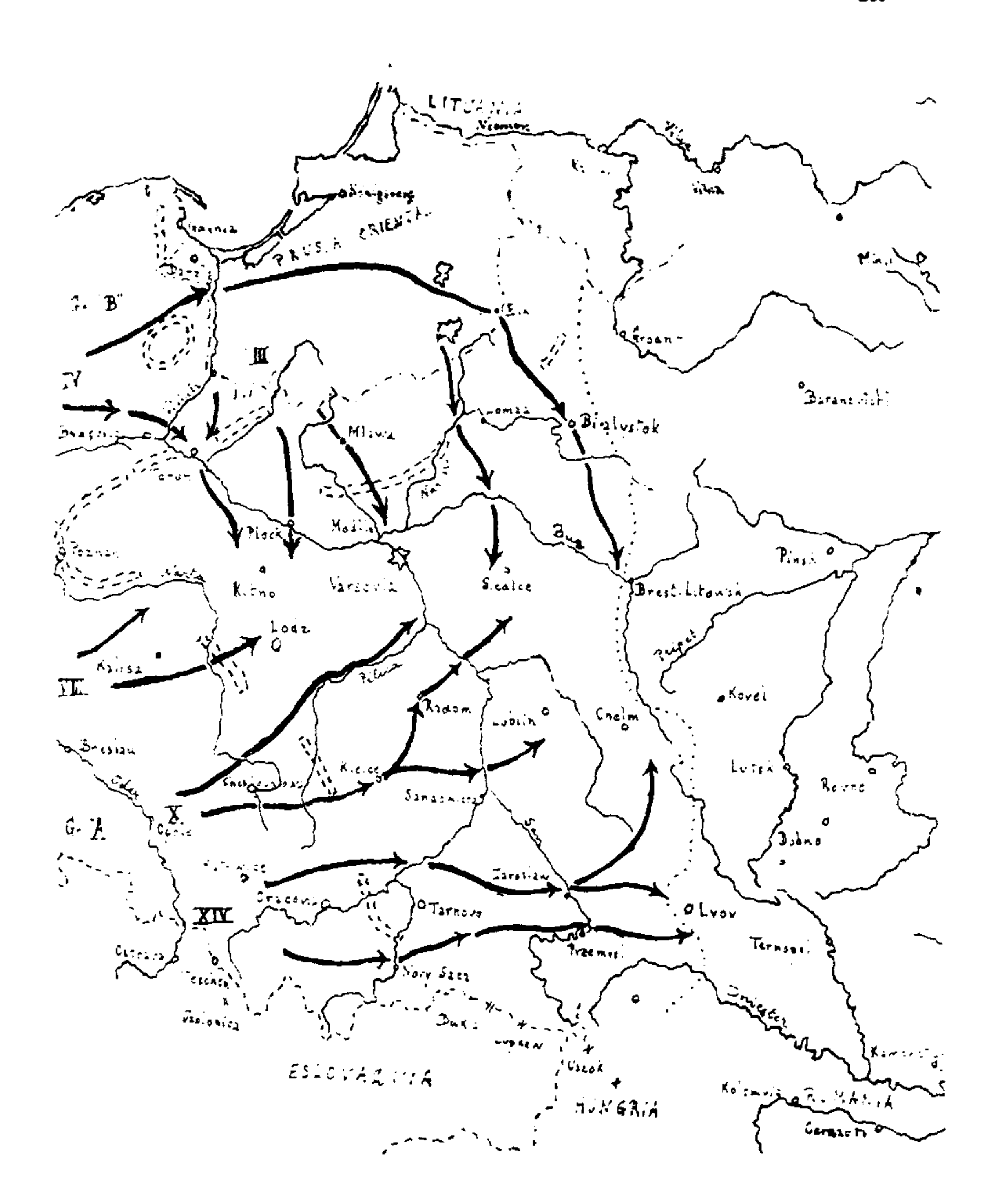
(23) Hijo de un embajador en Washington, enriquecido con la explotación de las minas de plata, subsecretario de Estado radical a partir de 1932, luego ministro de Economía de Daladier en 1938, comanditario de *Marianne* (fundado en 1933 con Emmanuel Berl), del *Petit Journal* (en el que instala a H. Dumay, del *Quotidien*), primero con J. Prouvost y el azucarero Beghin en 1932, luego solo, en julio de 1934, y de unos ocho diarios radicales de provincias, aquel plutócrata trabaja para extender el control financiero norteamericano sobre numerosas empresas francesas, y, de momento, realiza una activa campaña a favor del rearme.

sónico *La Lumière*, de Georges Boris) y de Jules Sauerwein, el redactor diplomático de *Le Matin*.

Cediendo a todas aquellas presiones acumuladas, el Comité de la Defensa Nacional, reunido por Georges Bonnet el 23 de agosto a fin de reconsiderar la posición de Francia tras la conclusión del pacto germano-ruso, adopta la descabellada decisión de apoyar a Polonia. Guy La Chambre declara que la aviación está en franco progreso; el almirante Darlan, que la Marina se encuentra a punto; Gamelin ha formulado una sola reserva en lo que concierne al ejército: que la neutralidad italiana alivie su tarea en los Alpes. En cuanto al resto, la exposición del jefe de Estado Mayor refleja una gran fantasía. Sus cálculos son erróneos: enfrente de 62 divisiones de infantería francesas, más cinco divisiones motorizadas, apoyadas por 2.200 tanques y por 1.600 aviones (una tercera parte de ellos vetustos), no hay 200 divisiones alemanas, sino solamente 90 (55 de ellas en activo), más una de fortificaciones y tres de montaña, cinco Panzer (siete a mediados de septiembre) dotadas de 2.574 tanques, apoyadas por 2.775 aviones de primera línea (771 cazas, 1.800 bombarderos, 408 bombarderos pesados, 336 Stukas), 1.528 en reserva y una división paracaidista (24). En cambio, por parte aliada, Polonia no alinea 80 divisiones, sino 32 (23 de ellas plenamente constituidas), reforzadas por 36 regimientos, anticuados, de caballería, cubiertos por 580 aviones, 250 de ellos cazas, y la Gran Bretaña no dispondrá de 40 divisiones, sino de nueve en 1940, y sólo podrá enviar inmediatamente al continente dos divisiones de infantería y 400 aviones. El cuadro que presenta de las futuras operaciones es igualmente fantasioso: el ejército polaco resistiendo hasta la primavera de 1940, el tiempo necesario para que el ejército francés, reforzado por tropas británicas, y eventualmente por una treintena de divisiones belgas y holandesa, rompa la línea Siegfrido (de la que un año antes había dicho que resistiría dos años el asalto francés). Al serle reprochado, en el proceso de Riom, su «optimismo», el general ofrecerá una pobre disculpa: «No tenía derecho a decirle al gobierno que no podíamos ganar la guerra». ¿Acaso no era ese su deber, por el contrario?

Pero, en una Francia «juguete de fuerzas que escapan a su control» (Jacques Chastenet, *Tercera República*, VI, 227), Gamelin es víctima del temor sabiamente difundido de que Alemania, victoriosa en el Este, se vuelva en seguida para aplastar a su vecina del Oeste (temor gratuito, ya que la empresa no sería rentable), y está intoxicado por las informaciones tendenciosas de los refugiados (muy activos desde el congreso que, después de Munich, les ha reunido en Evian) y por los propios despachos del embajador en Berlín, Coulondre, dejando prever un hundimiento del régimen. Todos aquellos personajes se unen para aniquilar los esfuerzos de Georges Bonnet, que se aferra a las últimas posibilidades de negociación: oferta de mediación del rey Leopoldo III de Bélgica y de la reina Juliana de Holanda, transmitida por el embajador español Lequerica, implicando una tregua de diez días, el 30 de agosto, propuesta por Mussolini a François-Poncet, el 31 de agosto a las 13 horas, de convocar una conferencia el 5 de septiembre en San Remo, aceptada difícilmente por el Consejo de Ministros francés a las 17 horas, contra la opinión de Alexis Léger, secretario general del Quai d'Orsay, que

(24) La flota incluye: dos cruceros de batalla, tres «acorazados de bolsillo», dos cruceros pesados, seis ligeros, 21 contratorpederos, 11 torpederos, 30 submarinos costeros y 27 de alta mar.



INVASION DE POLONIA

.... fuerzas polacas
IV ———→ empujes alemanes
.... limites de la ocupación rusa

Kluge, salido de Pomerania, avanza sobre el eje Bydgoscz (Bromberg), Torun (Thorn), donde tropieza con una resistencia encarnizada hasta el 7 de septiembre. Al sur, el VIII Ejército de Blaskowitz, amenazando Varsovia desde Breslau, es igualmente contenido delante de Lodz, pero el X de von Reichenau (17 divisiones de infantería y numerosos blindados), salido de la frontera checa en la Alta Silesia, conquista Radom el 4, Kielce el 5, Cracovia (más al sur) el 6 y coge a Lublin entre dos pinzas; en tanto que el XIV de List, procedente de Eslovaquia y de los Cárpatos, desborda Lvov del mismo modo y amenaza Tarnopol. Beneficiándose de una superioridad aérea aplastante, los blindados de las dos alas alemanas establecen contacto, el 14 de septiembre, a 30 quilómetros al este de Varsovia; la capital y Modlin oponen hasta el 27 y el 29 una resistencia tan valerosa como inútil a los asaltos del adversario antes de capitular. Atrapados en la bolsa, 600.000 polacos no tienen más alternativa que rendirse (en total, serán capturados 694.000). Las bajas alemanas, excepcionalmente leves, se cifran en 13.981 muertos o desaparecidos y 30.322 heridos, contra 200.000 muertos entre los polacos. Estos últimos dejan además 217.000 prisioneros en manos de los rusos, que al día siguiente de la derrota les han atacado por la espalda y más al este el 18, en Wlodawa, 60 quilómetros al sur de Brest-Litovsk, con el fin de ocupar, casi sin disparar un tiro, al norte Vilno y Brest-Litovsk, el 19, y al sur Lvov y el resto de la zona que les atribuye, el 22, el nuevo reparto.

Tras decidir así, en un tiempo record, la suerte de su adversario del Este, la Wehrmacht puede volver sus fuerzas contra las de las democracias occidentales que, tras intervenir con el pretexto de que no querían quedar aisladas, han dejado aplastar a su aliada sin apenas mover un dedo. Mientras que el frente occidental, protegido por la línea Siegfrido, era defendido únicamente por una cortina de 23 divisiones de activo y 12 de reserva, Gamelin ha reducido su ofensiva, de 35 divisiones en quince días prometida a los polacos, a un ataque local de nueve divisiones de infantería entre Sarreguemines y Bitche, que ha interrumpido el 12 de septiembre, para replegarse sobre la línea Maginot. ¿Para dar esa prueba de incapacidad y de impotencia se ha dejado arrastrar Francia a una guerra puramente ideológica, bajo la presión de una «aliada» cuya aportación es insignificante, por una pandilla de financieros cosmopolitas, de políticos incompetentes, de plumíferos vendidos y de refugiados resentidos?

Parodia de guerra en el Oeste

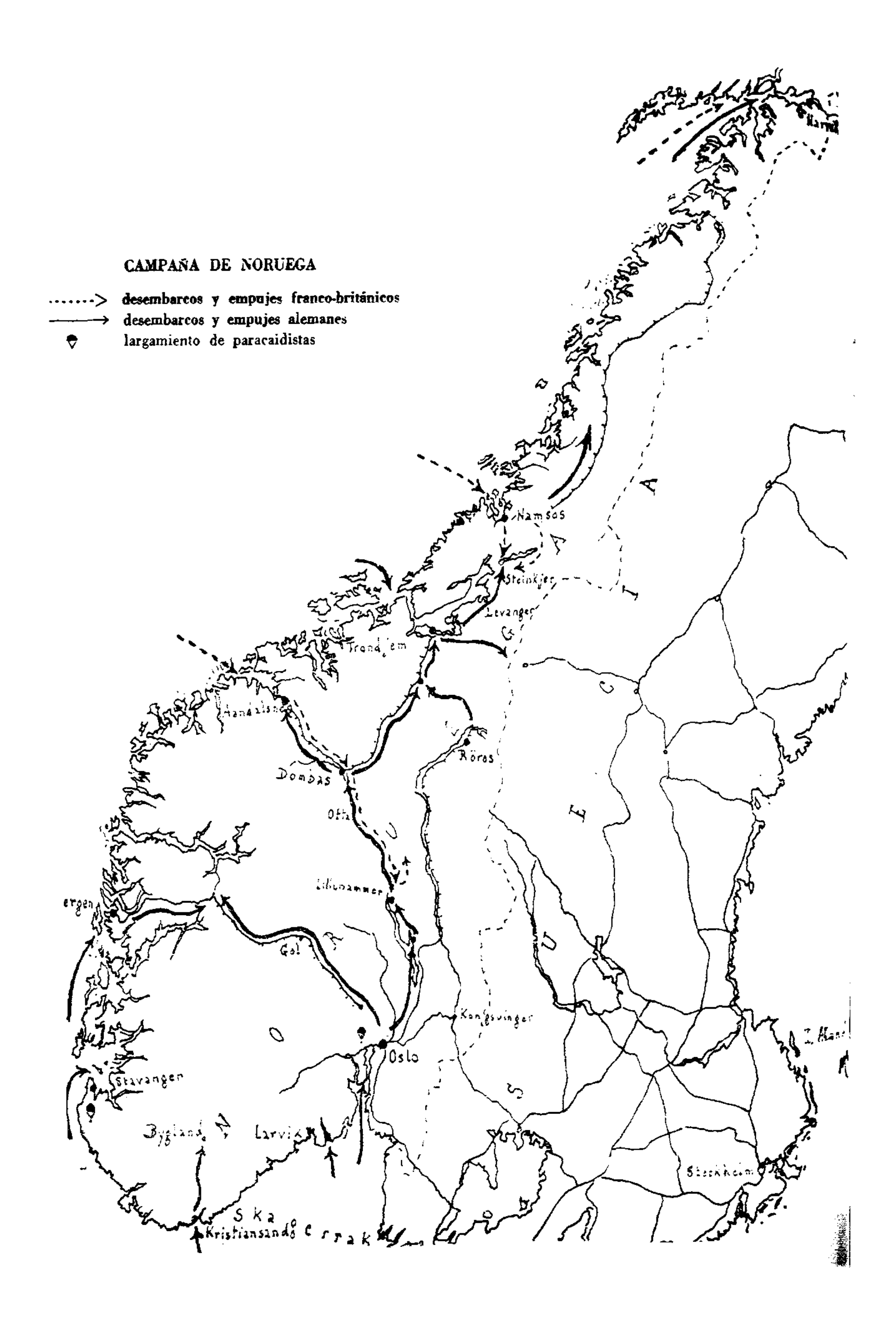
En el momento en que la Wehrmacht penetraba en Polonia (en la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre), el gabinete de París acababa de aceptar la invitación de Mussolini de someter a una conferencia internacional la cuestión de Dantzig. Pero al mismo tiempo el gobierno decretaba la movilización (tras la llamada de 600.000 reservistas el 29 de agosto y simultánea mente con la U. R. S. S.), el 1 de septiembre, y reclamaba a la Cámara, «para hacer frente a las obligaciones de la situación internacional», un crédito provisional de 75.000 millones. Por otra parte, el presidente del Consejo, Daladier, había especificado claramente a la Comisión de las Finanzas que «la guerra no será declarada sin una nueva consulta», promesa que los diputados Piétri y Frot le hicieron repetir delante de la Cámara, aunque Herriot, presidente de la Asamblea, impusiera la votación por el sistema de manos

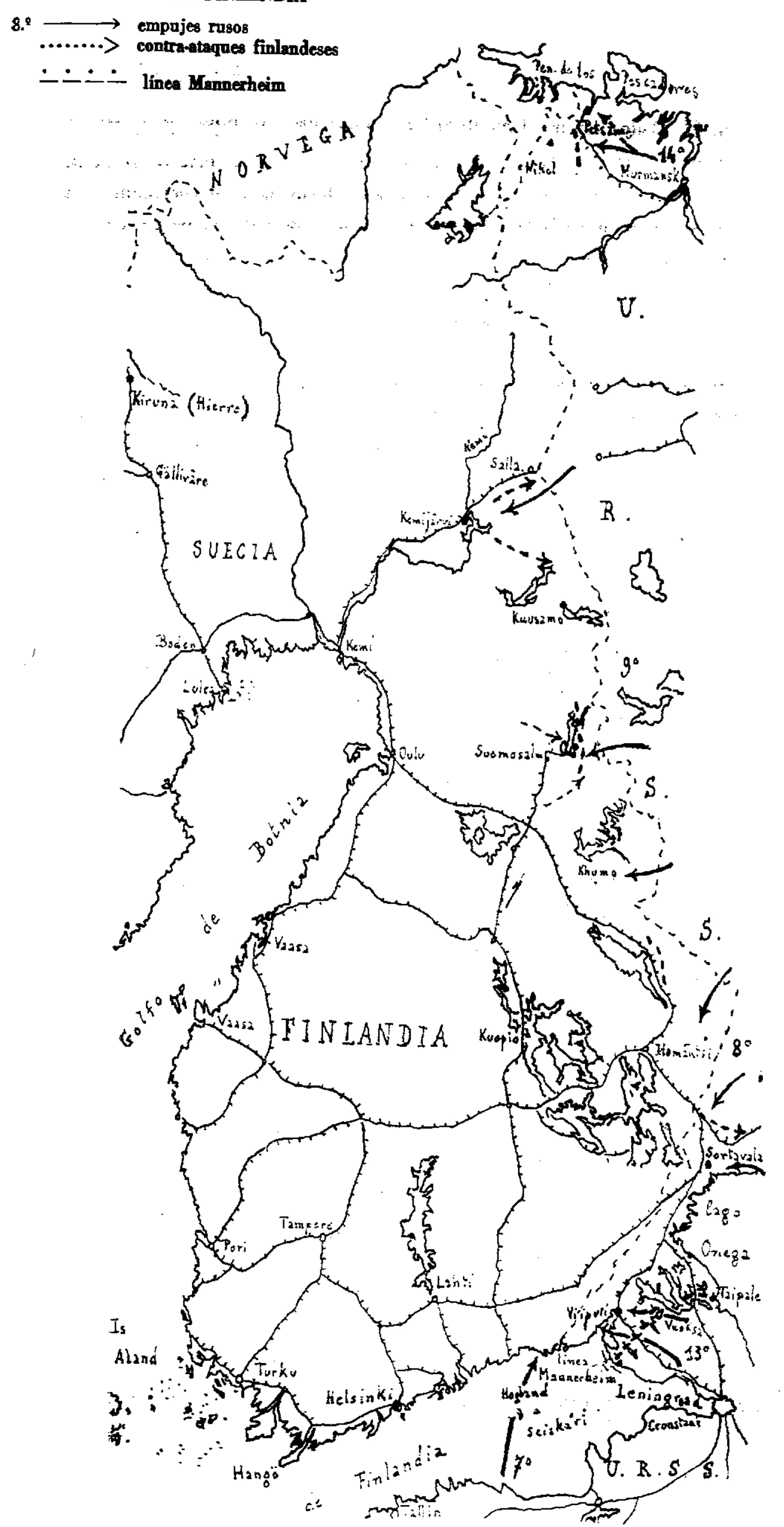
levantadas, escamoteando la petición de votación secreta presentada por Gaston Bergery, como Jeanneney iba a hacer en el Senado, ahogando la voz de Pierre Laval. Aquellas promesas serán letra muerta, y Francia se verá arrastrada al conflicto, con desprecio de la Constitución del 16 de junio de 1875, que estipula que «el presidente de la República no puede declarar la guerra sin el previo asentimiento de las dos Cámaras», sin que la Cámara —la del Frente Popular, prorrogada por dos años el 30 de julio de 1939— sea llamada a votar, por un acto de prevaricación característico de su gobierno.

Este último, tras haber solicitado por boca de Georges Bonnet un plazo de cuarenta y ocho horas para la apertura de las hostilidades (convencido al cabo de dos días de la inferioridad de su ejército, el mariscal Rydz-Smigly se muestra finalmente, aunque demasiado tarde, dispuesto a negociar en San Remo, y por otra parte Gamelin necesita una tregua hasta el 4 de septiembre), ha terminado por inclinarse ante la voluntad de guerra británica, manifestada por las exigencias de lord Halifax, pretendiendo imponer a Alemania, el 1 de septiembre, la retirada de sus tropas, e incluso el 2, no sólo la evacuación de Dantzig, sino también la de Checoslovaquia, así como la reconstitución de este último país, por las declaraciones del Premier en los Comunes, el 1 de septiembre («No tenemos ningún motivo de querella con el pueblo alemán, si no es el de que se deja gobernar por un régimen nazi. Mientras exista ese gobierno... no habrá paz para Europa»), por su negativa a recibir a Goering, dispuesto a negociar sobre la base de una suspensión de las operaciones, como proponía Dahlerus, y finalmente por la decisión del gabinete de Londres de entregar su ultimátum a Berlín el 3, a las 9 horas, con un plazo de siete cuartos de hora para la respuesta, decisión acompañada a las 11 horas de un nuevo discurso: «Espero vivir el tiempo suficiente para ver el día en que el hitlerismo será destruido», y de declaraciones análogas de los liberales Archibald Sinclair y Lloyd George y del laborista Arthur Greenwood (lo que provocará la respuesta de Hitler: «El pueblo y el gobierno alemanes no tienen, como la Gran Bretaña, la pretensión de dominar el mundo»). Dócil, aunque a regañadientes, Francia ha seguido a su «aliada» y ha iniciado las hostilidades el 3 de septiembre, a las 17 horas.

Aparentemente para nada, puesto que, víctima de sus provocaciones, Polonia sucumbe en tres semanas, sin recibir de sus aliados ninguna ayuda efectiva. ¿Lo reconocerán así en el Oeste, restableciendo la paz? ¿Reanudando el diálogo, tal como proponen Hitler (en el Reichstag, el 6 de noviembre), el rey Leopoldo de Bélgica y la reina Juliana de Holanda, en noviembre? (25). Contra tal eventualidad, que hubiese dejado frente a frente la Alemania hitleriana y la Rusia soviética, y desmantelado la «cruzada de las democracias», han sido adoptadas las precauciones necesarias, en las altas esferas, lo mismo en Londres que en París. Coincidiendo con la declaración de guerra, Winston Churchill es nombrado Primer Lord del Almirantazgo; imponiendo cada vez más su autoridad al gobierno, sabrá terminar con las veleidades de paz del inestable Lloyd George y de los escasos partidarios de una entente con

(25) Tampoco tendrán éxito unos contactos oficiosos; ni los iniciados por unos representantes de la oposición alemana, el doctor Joseph Mueller (enviado del almirante Canaris), o monseñor Kaas en diciembre, cerca de sir Francis Osborne, ministro británico en el Vaticano, de acuerdo con el Papa Pío XII (12 de enero, 7 y 17 de febrero de 1940), ni las entrevistas celebradas en Suiza entre el ex agregado del Aire en Berlín, coronel Christie, y los industriales Wirth y Thyssen.


CAMPAÑA DE NORUEGA
desembarcos y empujes franco-británicos
desembarcos y empujes alemanes
largamiento de paracaidistas
Namsos
Steinkjer
Levanger
Röros
Dombas
Otta
Lillehammer
ergen
Gol
Kongsvinger
Oslo
Stavangen
Bygland
Larvik
Kristiansand
S k a
r r a k
Stockholm


CAMPAÑA DE FINLANDIA
8.º empujes rusos
contra-ataques finlandeses
línea Mannerheim
NORVEGA
Pen. de los Pescadores
Petsamo
14º
Nikel
Murmansk
U.
R.
S.
S.
Kiruna (Hierro)
Gällivare
SUECIA
Kemi
Salla
Kemijärvi
Kuusamo
Boden
Kemi
Lulea
9º
Oulu
Suomosalmi
Golfo de Botnia
Khumo
Vaasa
Vaasa
FINLANDIA
Kuopio
8º
Sortavala
Lago
Onega
Tampere
Pori
Lahti
Taipale
Viipuri
Vuoksa
13º
Is Aland
Turku
Helsinki
línea Mannerheim
Leningrad
Hogland
Seiskari
Cronstadt
Hangö
Finlandia
7º
U. R. S. S.

Alemania. El 12 de octubre, Chamberlain rechaza los ofrecimientos de Hitler, exigiendo el restablecimiento no sólo de Polonia, sino también de Checoslovaquia. En cuanto a Daladier, se ha hecho cargo del Quai d'Orsay el 13 de septiembre, trasladando a Georges Bonnet, partidario de la negociación, a la Justicia, y se ha apresurado a rechazar, desde el 7 de octubre, las propuestas alemanas.

Los belicistas en el poder en París

Aquello colma los deseos de Roosevelt y del Judaísmo mundial. Las primeras consecuencias fueron, en el terreno financiero, la instauración del control de los cambios, el recurso a unos anticipos del Banco de Francia, la emisión de Bonos del Tesoro, la transferencia de 12.000 millones de oro a los Estados Unidos (más seis al Canadá) y otro tanto a Inglaterra (lo que reducía el activo a 120 millones), a fin de cubrir las compras efectuadas al otro lado del Atlántico por Jean Monnet (26) y, al otro lado del Canal, por Hippolyte Worms (el 12 de diciembre, la Gran Bretaña acepta tomar a su cargo los 2/3 de los gastos de guerra), lo que entraña rápidamente una depreciación del franco del 14 % con relación al dólar; en el terreno social, el bloque de los salarios, a pesar de un alza de precios del 20 % para los de detall, del 42 % para los precios al por mayor y del 22 % para los agrícolas; y, en el terreno político, una serie de medidas contra los comunistas (disolución del Partido Comunista el 27 de septiembre; encarcelamiento, entre el 5 y el 10 de octubre, de 35 diputados del total de 51 que, tras la dimisión de 22 de sus colegas, se habían declarado a favor de la paz, el 1 de octubre, en tanto que Maurice Thorez desertaba y emprendía la huida; decreto del 18 de noviembre instituyendo un régimen de residencia obligada), el control de la radio, la implantación de la censura (que Mandel hace depender en seguida de su ministerio del Interior), el 28 de agosto de 1939 (el 20 de marzo de 1939, el decreto Marchendeau había prohibido toda propaganda antisemita), y finalmente la abdicación del Parlamento, al otorgar plenos poderes al gobierno, el 30 de noviembre.

La crisis provocada, en Comité secreto, por los ataques de Laval contra Daladier en el Senado, el 14 de marzo de 1940, y de Gaston Bergery contra Louis Marin en la Cámara, el 19 de marzo, y por la puesta en minoría del gabinete el 20 de marzo, desembocó únicamente en la expulsión de Georges Bonnet y el fortalecimiento del clan ultrancista en el gobierno. Aconsejado por Jeanneney y Herriot, Lebrun llama a la presidencia del Consejo y a los Asuntos Exteriores a Paul Reynaud, hostil al Frente Popular pero amigo de Leon Blum, compadre de Pâtenotre en sus intrigas americanas, ligado a Hore Belisha por su jefe de gabinete Gaston Palewski, cómplice de Duff Cooper y de Churchill en la empresa belicista, con Daladier en la Defensa Nacional, Lamoureux en las Finanzas, y los «duros» Mandel en las Colonias y Campinchy en la Marina. La declaración ministerial (en la cual ha colabo-

(26) Hijo de un exportador de coñac, empleado en el Ministerio de Comercio, encargado de misión en Inglaterra en 1917, protegido de la Banca Lazard, ha sido consejero económico en Versalles, secretario adjunto de la Sociedad de Naciones, director de la Banca Blair de París, absorbida por el Bank of America, y, en 1935, experto en finanzas cerca de Chiang-Kai-chek.

rado su consejero militar el coronel De Gaulle) (27), recibe de la Cámara una acogida más que fría: 268 votos a favor contra 156 en contra y 111 abstenciones, lo que reduce la mayoría a un solo voto. A pesar, o a causa de ello, creyendo realizar un acto irreversible (aunque constitucionalmente nulo), Reynaud se apresura a agravar el vasallaje de Francia con respecto a los anglosajones, concluyendo por su cuenta y riesgo (sin haber consultado, ni al presidente de la República, ni a sus colegas) con la Gran Bretaña, el 28 de marzo, un compromiso de no firmar ni armisticio, ni paz separada, que Daladier se había negado a asumir hasta entonces, ya que Georges Bonnet exigía como contrapartida una promesa concretada en cifras de apoyo terrestre y aéreo. Hábil polemista parlamentario y gran especialista en «slogans» («Venceremos, porque somos los más fuertes», etc.), aquel astuto político, enriquecido con sus «Fábricas universales» de Méjico, se rodea de un gabinete de guerra restringido y de un comité económico, cuyos secretariados respectivos confía a unos inspectores de Hacienda, Paul Baudoin (politécnico, director del Banco de Indochina, ex agregado a Caillaux, ex experto de Blum) para el primero (al principio había pensado en De Gaulle), y Wilfrid Baumgartner, del Crédito nacional, para el segundo.

Por sus apetitos en el Báltico, ¿desviará Stalin el conflicto contra él?

En las ambiciones insaciables de Stalin y de Molotov, que han obtenido de Ribbentrop la atribución a Rusia de la Ucrania polaca, de la Rusia blanca y de los Países Bálticos, incluida Lituana, a raíz de la conclusión de un nuevo pacto, el 23 de septiembre de 1939 (a cambio de un millón de toneladas de petróleo, de cereales, de forraje y de diversas materias primas), completado por un acuerdo comercial el 11 de febrero de 1940 —que han obligado a Estonia, el 28 de septiembre, a Letonia, el 5 de octubre, y a Lituania, el 10, a someterse a su protectorado—, que han atacado a Finlandia el 30 de noviembre y ocupado al norte Petsamo, cuyo níquel les interesa, Reynaud

(27) Hijo de un profesor de un colegio de jesuitas, nacido en el seno de una familia burguesa de Châlons-sur-Marne, con sangre irlandesa (Mac Cartan) y alemana (el badense Ludwig Kolb) por parte materna, sirvió a su salida de Saint-Cyr a las órdenes del coronel Petain, en el 33.º Regimiento de Infantería, en Arras. Herido el 15 de agosto de 1914, no volvió al frente, en Verdún, hasta el 28 de febrero de 1916, para ser capturado con su compañía el 2 de marzo, mientras que, creyéndole muerto, Petain le concedía la Legión de Honor a título póstumo. En la fortaleza de Ingoldstadt, traba conocimiento con el comandante Catroux, tan desafortunado como él, puesto que ha perdido su batallón y comprometido su ascenso, que más tarde logrará recuperar por las alcobas. De Gaulle, que no ha conseguido destacar ante Weygand en Polonia en julio de 1920, logra introducirse en el gabinete de Petain (que le ha procurado una cátedra en Saint-Cyr, cuando a duras penas había aprobado sus asignaturas en la Escuela de Guerra, y le evitará una retirada del servicio activo por haber agotado en exceso su 19.º B. C. A. en Trêve en 1928-29, pero que le hará la afrenta de no llamarle a su gabinete de ministro después del 6 de febrero de 1934, y que romperá con él a propósito de la dedicatoria de su libro *Francia y su Ejército*, en 1938). Se gana la protección de Reynaud, al que interesan por sus fines «ofensivos» las cuatro páginas dedicadas por De Gaulle a los blindados en su libro *Hacia el Ejército profesional* (1934). Tras haber elogiado las fortificaciones en la *Revue Militaire* del 1-XII-1935, al «jefe» y al fascismo en *El Hilo de la Espada* en 1931, y luego a un ejército especializado de pretorianos, De Gaulle ha reasumido, en efecto, las ideas del coronel inglés Liddell Hart, del general italiano Douhet y del general Weygand (1930), preconizando la creación de divisiones blindadas, que los alemanes serán los primeros en poner efectivamente en pie, en tanto que la Cámara se las ha negado a Paul Reynaud el 2 de febrero de 1937; pero se ha olvidado de hablar de la cooperación esencial blindados-aviación (salvo en una reedición de 1944).

cree ver la ocasión de reanimar el entusiasmo y de salir de aquella «parodia de guerra» deprimente y desprovista de justificación. Por un momento, el 5 de febrero, las democracias occidentales parecen estar dispuestas a enviar 30.000 hombres a Narvik, para tender la mano a las 16 divisiones filandesas (300.000 hombres) del mariscal Mannerheim que, del 1 al 9 de diciembre, contenían los asaltos del 7.° Ejército rojo en Carelia, contra la línea de defensa de Koivisto (al sur de Viborg) a Taipale (sobre el lago Ladoga, aniquilaban el 8.º alrededor de Sortavala (al norte del lago (del 14 al 24) y rechazaban las tentativas de penetración en los bosques de la frontera oriental hasta Murmansk, de los tres ejércitos del mariscal Timochenko, esforzándose en cogerlos por detrás (Salla, 20-21 de diciembre; Suomossalmi, 30 de diciembre-8 de enero). Por instigación del mayor-general Doumenc y del general Weygand, se inician incluso unos estudios de Estado Mayor, el 21 de febrero, con vistas a una acción eventual contra los petróleos del Cáucaso. Condenada y excluida la U. R. S. S. por la Sociedad de Naciones el 15 de diciembre, ¿se desviará la guerra y tomará a Rusia como objetivo?

No, ya que Inglaterra vela: Suecia y Noruega se oponen al paso de las tropas aliadas, y éstas abandonan a su suerte a los finlandeses que, hundidas las líneas de Viborg por los rusos, aumentados a 600.000 hombres del 10 al 17 de febrero, tienen que ceder aquella ciudad y constituir un gobierno satélite (Rinö Ryti, Otto Kuusinen, uno de los escasos socialdemócratas que no han apoyado a Mannerheim contra los rusos), para obtener el cese de las hostilidades el 12 de marzo. Pero, a pesar de haberse mellado así su punta contra la U. R. S. S., no deja de esgrimirse el arma de un desembarco en Noruega, a fin de «cortar la ruta del hierro», es decir, de interrumpir (por instigación del católico Thyssen, antihitleriano refugiado en Francia) las importaciones de mineral (10 millones de toneladas de los yacimientos suecos de Kiruna y Göllivara) transportadas desde Narvik por aguas territoriales escandinavas, en las cuales la «Royal Navy» ha hundido el buque «Altmark» el 16 de febrero. En el curso de aquel mismo Consejo supremo, en Londres, en el que ha estrechado por su cuenta y riesgo la alianza con Inglaterra, Paul Reynaud ha hecho decidir la colocación de minas a lo largo de las costas y una serie de desembarcos en Noruega para el 8 de abril.

En Noruega, la Wehrmacht se anticipa al desembarco aliado

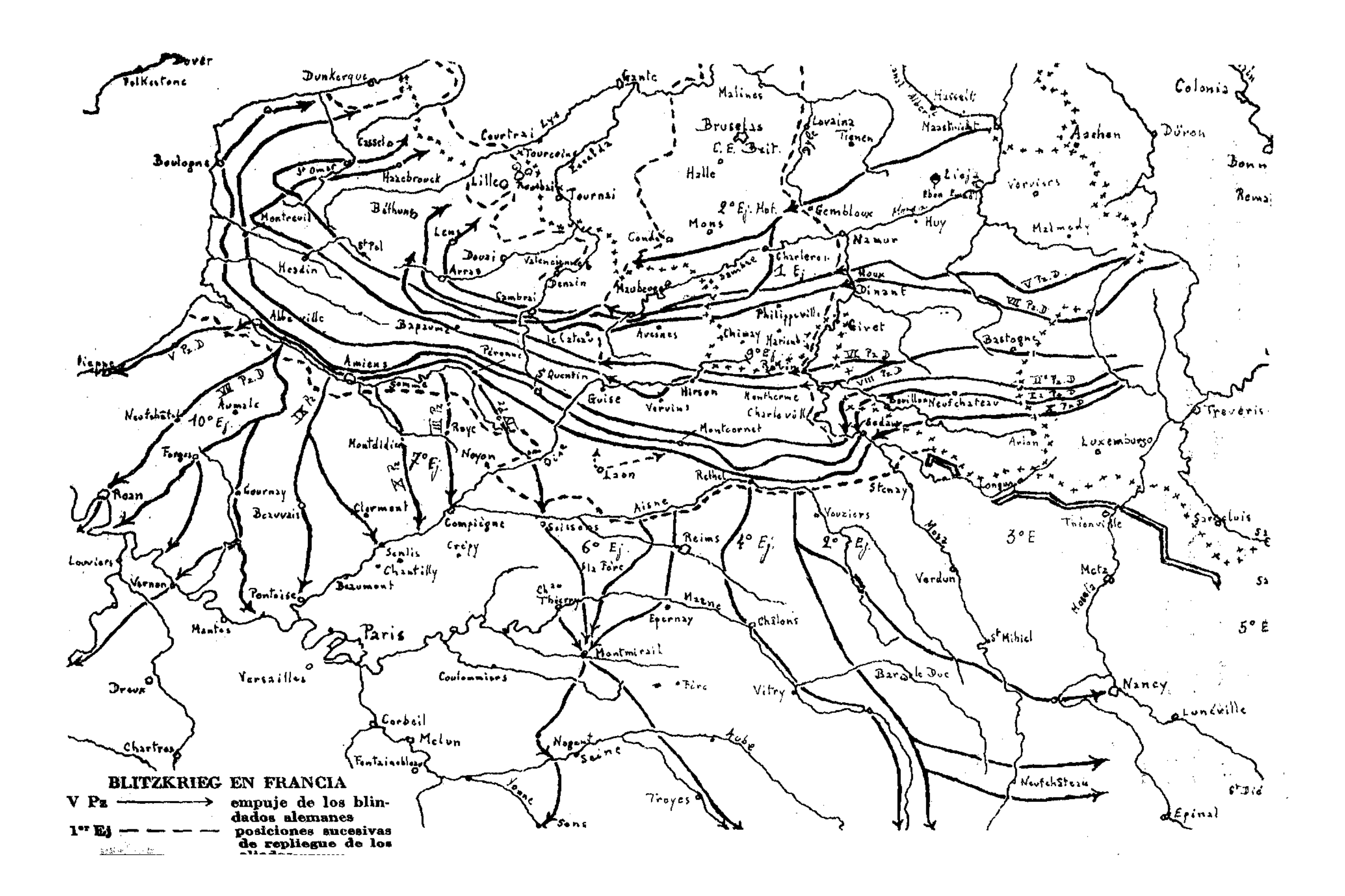
Advertido por el mayor Vidikund Quisling (ex ministro de la Guerra noruego), Hitler se anticipa a aquella empresa, lanzando elementos aerotransportados sobre Copenhague y sobre Oslo y Stavanger, en la noche del 9 de abril, y desembarcando (mientras el rey Aakon huye a Inglaterra) en los puertos de Stavanger, Bergen, Trondjheim (1.700) y Narvik (2.000) los 8.000 hombres del general Falkenhorst, seguidos muy pronto de otros 10.000. De modo que aquellos contingentes ocupan posiciones para acoger, el 13 de abril, a los Aliados depositados en Stavanger, Bergen y de una a otra parte de Trondjheim (5.000 al sur, en Andalsness, del 14 al 19 de abril; 8.000 en Namsos, al norte, del 17 al 19) por el general Auchinlek, en ejecución del plan Stratford (aunque entregado el 3 de abril al agregado militar holandés por el mayor Hans Oster, colaborador del almirante Canaris, un mensaje alertando al Estado Mayor británico no ha llegado a tiempo). Rechazadas en Dombas a pesar de su superioridad numérica (13.000 contra 6.000), el 30 de abril, las mejo-

res tropas británicas de la Guardia se ven obligadas a reembarcar una semana más tarde, del 1 al 3 de mayo. En cambio, en Narvik (al norte), 6.000 alemanes del grupo Dietl, después de haber resistido durante seis semanas, hasta el 28 de mayo (a costa de 3.692 muertos y 1.604 heridos), los asaltos de 20.000 franco-ingleses, desembarcados del 14 de abril al 13 de mayo, finalmente sumergidos, han tenido que ceder el terreno a los cazadores alpinos franceses y refugiarse en Suecia, de donde no tardarán en regresar, cuando el frente occidental ceda bajo el empuje de la Wehrmacht.

La «blitzkrieg» sumerge a Holanda y a Bélgica...

La ofensiva, al principio prevista los días 10 y 27 de octubre para el 12 de noviembre de 1939, luego aplazada por Hitler, para dejar la puerta abierta a unas negociaciones con Francia y la Gran Bretaña, sucesivamente demorada a causa del mal tiempo los días 20 y 27 de noviembre, 4, 6 y 12 de diciembre de 1939, se produce finalmente el 10 de mayo de 1940. La víspera, ante las críticas de Lloyd George, la reducción de su mayoría, descendida de 170 a 80 votos, y la negativa de los laboristas a participar en un gobierno de unión nacional bajo su dirección, Neville Chamberlain se había retirado, cediendo las riendas al belicista Winston Churchill, flanqueado de los conservadores Anthony Eden y lord Halifax, del liberal sir Archibald Sinclair, del mayor Attlee y de Arthur Greenwood, líder del «Labour». Colmando el deseo, tan imprudentemente expresado por Gamelin el 16 de marzo, de ver invadidas Holanda y Bélgica (lo que representaría para él una ganancia de 34 divisiones), el 10, a las 4 de la mañana, unos planeadores depositan sobre las cúpulas de los fuertes de Eben-Emaël —bastión de la defensa de Lieja, en la bisagra del ángulo recto formado por el Mosa y el canal Albert— unos grupos de asalto de zapadores, que las redujeron utilizando explosivos y lanzallamas el 11, a las 12.30 horas, en tanto que los 12.000 paracaidistas de la VII División Aerotransportada Kurt Student caían de improviso sobre Rotterdam y ocupaban los puentes del Mosa en Dordrecht y Moerdjik, desorganizando así la resistencia de los ejércitos neerlandeses y belgas.

A pesar de la oposición de los generales von Brauchitsch y Franz Halder, en ocasión de las conferencias de los días 5 y 23 de noviembre de 1939 (de nuevo dispuestos a recurrir a un *putsch*, de lo que les disuadió el general Fromm, comandante del Ejército del Interior, convencido de la fidelidad de los oficiales y de la tropa al Führer, el 29 de noviembre), Hitler, dotado de un innato sentido de la estrategia (desarrollado por el estudio a fondo de Clausewitz, Moltke y Schlieffen), había hecho prevalecer aquella táctica, del mismo modo que había impuesto la fabricación de tanques pesados, y sustituido el plan primitivo de Keitel y de Jodl (copia servil de Schlieffen) de desbordamiento por el ala derecha a lo largo del litoral de la Mancha, por un plan concebido el 17 de febrero y puesto a punto con von Manstein el 6 de marzo de 1940, de penetración hacia Sedan, completada el 12 de abril por una finta sobre Holanda; lo que de hecho suponía hacer enrocar hacia el centro una tercera parte de los blindados primitivamente afectados al ala derecha. En ejecución de aquellas directrices, al norte, von Bock, comandante del grupo B (420.000 hombres), lanzó sobre la orilla septentrional del Rin al XVIII Ejército de von Küchler (IX P. D., una división de caballería y siete divisiones de infantería) al ataque, por Tilburg y Dordrecht, del re-



BLITZKRIEG EN FRANCIA

V Pz ———→ empuje de los blindados alemanes

1er Ej — — — — posiciones sucesivas de repliegue de los aliados

la línea del Somme, Amiens, Abbeville (el 20), para alcanzar el mar en Montreuil. Con una anchura de 90 quilómetros, el pasillo que han abierto audazmente aísla de sus bases a las 20 divisiones aliadas aventuradas en Bélgica.

Sin embargo, a tal velocidad, la infantería sigue difícilmente. Si unos contraataques la separan de sus blindados, hacia Bapaume, por ejemplo, se producirá el desastre. Pero tendrían que ser suficientemente poderosos; el de la IV División Blindada de De Gaulle, en Montcornet, los días 17 y 19, apenas interrumpe el avance adversario y desemboca delante de Abbeville, los días 28 y 30 de mayo, en la destrucción de una parte de sus tanques, por falta de carburante. Llamado a reemplazar «in extremis», el 20, al incapaz Gamelin, el general Weygand está decidido a intentar aquella suprema maniobra. Pero tropieza en Ypres, el 21, con la reticencia de los belgas a reorganizarse sobre el Yser (reducido a la impotencia el 25, su ejército tendrá que capitular el 27), y con el silencio, de mal augurio, de los ingleses: lord Gort se presenta demasiado tarde a la conferencia, desde hace dos días ha decidido dirigirse a Calais y, mientras el 5.º C. de E. francés del 7.º Ejército trata el 22 de abrirse paso hacia Cambrai, en vez de mantenerse en el Escaut y el Scarpe se repliega a 35 quilómetros de Arras, sin advertir siquiera al generalísimo, y de acuerdo con Anthony Eden se retira hacia el mar en Gravelines, el 25. Los alemanes (I y X P. D.), llegados a Boulogne el 22, a Calais el 25, y luego a Gravelines, se han detenido sobre el Aa y el canal del Aire, a 16 quilómetros del puerto, y la resistencia de la cabeza de puente de Dunkerque, defendida por seis divisiones francesas, permite el reembarco, del 31 de mayo al 4 de junio, de 225.000 británicos, de un total de 250.000, y de 115.000 franceses. Con la esperanza, tenaz e ilusoria, de detener las hostilidades con Inglaterra, Hitler, a pesar de la opinión casi unánime de sus generales, ha permitido al cuerpo expedicionario británico escapar al aniquilamiento (no sin abandonar su armamento y su material, bajo los bombardeos de la aviación y de la artillería). Pero, a costa de 18.715 muertos y desaparecidos y de 42.523 heridos, los alemanes han infligido unas pérdidas de 370.000 hombres a los franceses y más de 63.000 a los ingleses (las operaciones de evacuación han costado además a la Royal Navy seis destructores, 24 barcos de pequeño tonelaje y 198 embarcaciones de diversos tipos).

En una campaña relámpago de dos semanas, los alemanes han obtenido en el oeste una victoria decisiva. Triunfo de la organización y de la maniobra. No del número: los Aliados opusieron al principio 86 divisiones de infantería francesas, más tres divisiones blindadas (formadas el 16 de enero y el 20 de marzo de 1940) y tres divisiones motorizadas ligeras; nueve divisiones de infantería y una división motorizada ligera británicas; 23 belgas y 12 neerlandesas, a 107 divisiones de infantería alemanas, más 10 P. D. (de 260 tanques cada una), o sea, un total de 2.900.000 hombres y 2.500 tanques, contra 2.750.000 hombres y 2.600 tanques. Pero los alemanes triunfaron gracias a su superioridad aérea inicial —4.500 aparatos, 2.800 de ellos de primera línea (1.300 cazas y 1.500 bombarderos) contra 3.450 (de ellos únicamente 1.730 franceses)—, superioridad prontamente incrementada por la destrucción de 10 «escuadrones» británicos (de 150 a 180 aparatos; 400 «Hurricanes» con las pérdidas de Noruega) y de 700 aviones franceses hasta el 1 de junio (300 en combate, 200 en tierra, 200 accidentados), hasta el punto de que a Francia sólo le quedan, el 11, 170 cazas. Gracias a la potencia de su artillería antitanque y D. C. A. Gracias, también, a la perfecta cooperación entre aviación de

asalto en picado, *Stukas*, blindados y tropas motorizadas de apoyo que, asegurando el dominio del aire, ha producido la ruptura en todas partes.

Rota su resistencia en el Aisne, Francia es invadida

Para oponer a la masa de 124 divisiones de infantería y de 10 Panzer alemanas, agrupadas ahora cara al sur y dispuestas para el ataque, Weygand sólo ha logrado reunir, detrás del Somme y del Aisne, 65 grandes unidades debilitadas que en realidad equivalen a 50 (de ellas, solamente una británica; siete traídas del sector en calma de la línea Maginot y tres de Africa del Norte), y los restos de tres divisiones blindadas y tres divisiones motorizadas ligeras, instaladas, en una profundidad de 10 a 20 quilómetros, en puntos de apoyo dispuestos al tresbolillo, desprovistos de comunicaciones por radio, de piezas antitanques y de D. C. A., cruelmente privados de cobertura aérea, y totalmente faltos de reservas para contraatacar. Desembocando sobre el Somme, a una y otra parte de Abbeville (V y VII P. D. de Hoth), y de Amiens (IX y X), al oeste de Péronne (III y IV de von Kleist) y sobre el Aisne (I, II, VI y VIII de Guderian), los blindados alemanes rompen fácilmente, del 5 al 7 de junio, aquel dispositivo improvisado, de modo que el 9, la V está en Dieppe, la VII (Rommel) en Elbeuf, la VIII en el bajo Sena, desde Ruan a Vernon, precediendo al IV Ejército de von Kluge; la IX, avanzando desde Beauvais hacia Pontoise y Creil; la X desde Montdidier, la III desde Roye, la IV desde Noyon, hacia Compiègne, seguidas del IV Ejército de von Reichenau; en tanto que al este del IX Ejército de Strauss y del II de von Weichs, el cuerpo de Guderian, vanguardia del XII Ejército de List, ha cruzado el Aisne y sobrepasado Soissons en dirección al Ourcq, el 9. Dislocado así el frente, las columnas alemanas se lanzan en persecución de las tropas desbandadas, confundidas en una marea de ocho millones de refugiados franceses y de dos millones de belgas, y se esparcen en abanico a través de Francia: el IV Ejército de von Kluge llega a El Havre el 15 de junio, a Cherburgo el 19, a Rennes el 18 y a Brest el 19, y, por otra parte, a Evreux, Alençon (el 17), Nantes (el 19) y Saint-Nazaire (el 23); el XVIII de von Küchler, en reserva hasta entonces, conquista, desde la desembocadura del Sena, Vernon el 12, Le Mans el 17, Sables d'Olonne y Royan el 23; el VI de von Reichenau penetra de una parte y otra de París (el 14), a la vez hacia Tours, Poitiers y Angulema, y también hacia Chateauroux. Del grupo de ejércitos A de von Rundstedt, el IX de Strauss avanza sobre Auxerre, Clamecy y Moulins; el XI de von Weichs, desde Châlons-sur-Marne, el 13, por Troyes, llega a Saint-Etienne; el XII de List entra en Saint-Dizier (y Mulhouse), Langres, Dijon (y Pontarlier), Châlons-sur-Saône (y Annecy), Mâcon, Lyon (y Chambery), hasta Valence; en tanto que el XVI de von Busch ha cogido por la espalda el conjunto de la línea Maginot, atacada de frente por el I de von Witzleben. El balance de la campaña se establece así: 89.383 muertos o desaparecidos, 318.000 heridos y 1.547.000 prisioneros para los aliados.

Paul Reynaud, en desacuerdo con su gabinete y con el aliado británico

Militarmente, la suerte de Francia está sellada. Queda por extraer la conclusión política, lo que no dejará de provocar fricciones con el aliado inglés, decepcionado en sus esperanzas, y, en el mismo seno del gabinete, entre realis-

tas y ultrancistas. Al mismo tiempo que reemplazaba a Gamelin por Weygand (30), Paul Reynaud había intentado ya reforzar su gobierno, el 18 de mayo, ofreciendo la cartera de la Defensa al mariscal Petain, especialmente llamado de su embajada en Madrid, y la del Interior a Georges Mandel, que se esforzará en emular a Clemenceau. Ante la noticia de la ofensiva del Somme, el 6 de junio, elimina a los «tibios», Edouard Daladier, Anatole de Monzie y Lucien Lamoureux (pero tiene que admitir en su lugar, como vicepresidente del Consejo, a Camille Chautemps, que también lo es), y, conservando a los «duros» Georges Mandel, René Campinchi, Georges Monnet y Rio, llama a un equipo de «nuevos», recomendados por su amiga Hélène de Portes: Baudoin, Bouthillier, Ybarnegaray (que le volverán la espalda), el americanófilo Jean Prouvost, de *París-Soir*, a la Información, y su protegido personal, De Gaulle, ascendido a «brigadier» a título provisional, al subsecretariado de la Defensa. Mientras que este último, atraído por los «fuegos fatuos» de la Armórica y por los espejismos del desierto, lanza con un celo ardiente de don Quijote las fórmulas publicitarias, pero vacías de contenido militar, del «reducto bretón», el 31 de mayo (cabeza de puente sin fortificaciones, ni guarnición, ni posibilidad de apoyo aéreo británico, según el propio general John Dill, que el general Altmayer y De Gaulle se esfuerzan en organizar sobre el terreno, el 12 de junio), y del «bastión norteafricano» (al que Reynaud piensa trasladar el gobierno, pero en el que no hay más que cinco divisiones sin armamento moderno ni recursos industriales susceptibles de equipar a los dos reemplazos de reclutas —240.000 hombres— que se desea enviar allí y para los cuales el general De Gaulle se dirige a Londres, el 6, a solicitar inútilmente medios de transporte), en el Consejo Supremo celebrado el 11 de junio, en el castillo del Muguet, cerca de Briare, Cuartel General de Weygand, Churchill, asistido de Anthony Eden y de los generales Dill, Ismay y Spears, opone a las insistentes peticiones de refuerzos y de apoyo aéreo «en masa» (la mitad de los 39 «escuadrones» disponibles el 31 de mayo) presentadas por el general Vuillemin el 3 de junio, por Weygand el 4, reiteradas por De Gaulle en Londres el 8, la imposibilidad de proporcionar otra cosa que tres «escuadrones» reconstituidos, más otros tres con base en Francia (de hecho, tardíamente establecido el enlace con el mariscal del Aire Barrett, el 6, intervendrán en la batalla aquel mismo día 144 cazas, y 50 cazas y 70 bombarderos, el 12; en cuanto a las tropas, la 52.ª División de infantería, una división de infantería canadiense, las 11.ª y 13.ª, y otra británica, desembarcadas en el continente, serán reembarcadas el 14 en los puertos del Atlántico por el general Brooke, por decisión tomada la víspera por sir John Dill: así serán evacuados 136.000 ingleses y 20.000 polacos). Lo que no impide que el fogoso Premier proclame su decisión de batirse a ultranza: «¡La suerte de la guerra se decidirá sobre el campo de batalla de Inglaterra!» («Evidentemente —dirá Weygand—, ustedes disponen de un imponente foso antitanques»). Y, de momento, hacer que luchen los demás, si es preciso en la capital («Convertir a París en una ciudad en ruinas no influirá para nada en el desenlace de la batalla», comenta Weygand, que cortará en seco la cuestión al día siguiente: «No tenemos la intención de defender París», que será declarado ciudad abierta), y, en toda Francia, organizando la «guerrilla» —su «hobby», dirá Spears—. «Sería condenar al país a la destrucción», objeta

(30) Criado por David Cohen, de Marsella, hombre de negocios del rey Leopoldo II de Bélgica, el general Maxime Weygand está considerado generalmente como hijo natural del soberano y de la esposa de un diplomático húngaro; su apellido es el de un colaborador de su «tutor», François Weygand.

Petain, preocupado por la suerte de sus compatriotas, como antaño en Verdun por sus hombres. Habiendo así predicado con calor (aunque «no puede derrotarse a Hitler con palabras», le dirá Petain a Spears, advirtiéndole que un armisticio es inevitable), el ardiente Premier oirá, antes de partir, de boca del general Georges, en el que tiene plena confianza, el mismo veredicto.

¿Reducto bretón o norteafricano? ¿Fusión con el Commonwealth? ¿O armisticio?

No se ha hablado para nada de Africa del Norte. Sin embargo, allí es donde Reynaud planea trasladar su gobierno, a ejemplo de Holanda, en tanto que el ejército depondría las armas. Weygand se subleva contra aquella solución que, para salvar a los políticos, entrañaría la rendición de la totalidad de las tropas y la ocupación del conjunto del territorio. Tras la lectura de una nota del mariscal Petain, insistiendo en la necesidad de solicitar un armisticio, el Consejo, reunido en Cangé (residencia del presidente Lebrun) el 12 por la tarde, decide llamar de nuevo a los ingleses a consulta al día siguiente. En la Prefectura de Tours, Churchill y su séquito (lord Halifax, lord Beaverbrook, sir Alexander Cadogan, los generales Ismay y Spears) se encuentran en presencia de Reynaud, acompañado únicamente de Baudoin, que solicitan a los británicos que consientan en desligar a Francia de sus compromisos de no parar las hostilidades. El Premier replica que es preciso informar primero a Roosevelt y esperar su respuesta, que entretanto Inglaterra «no piensa perder el tiempo en reproches y recriminaciones (es lo que él hace, sin embargo), pero que esto no significa que consienta en unas conversaciones de paz». Y que, si gana la guerra, «restablecerá a Francia en su potencia y su grandeza». Tras una interrupción, dedicada a escuchar las imprecaciones ultrancistas de Jeanneney, Herriot y Mandel, se reanuda la sesión, esta vez en presencia de De Gaulle. Churchill expresa su comprensión de las dificultades de Francia con una frase ambigua: «I Understand» (análoga al famoso «Je vous ai compris» de De Gaulle a los *pieds noirs*), que Baudoin interpreta como un acuerdo tácito a una petición de armisticio. Al enterarse de que los británicos se han marchado sin verles, los ministros reunidos en Cangé abruman de reproches a Reynaud, en tanto que Weygand se retira dando un portazo (y amenaza con hacer detener a De Gaulle por haber desencadenado, sin advertirle de ello, unos movimientos de reclutas hacia Africa del Norte) y el mariscal Petain se niega a abandonar en ningún caso el territorio nacional y adhiere a su punto de vista a Baudoin, Bouthillier e Ybarnegaray.

Ocupada la capital el 14, la discusión se reanuda aquel mismo día en Burdeos, donde el clan Mandel, establecido en la Prefectura, empuja al embajador sir Ronald Campbell y al general Spears a endurecer la posición británica, y se enfrenta con el clan Pierre Laval y el alcalde Adrien Marquet, establecido en el Ayuntamiento. La respuesta de Roosevelt a los mensajes de Reynaud del 10 y del 14, recibida el 15 a las 11 horas, es más que desalentadora: reiterando el principio de la «non-recognition policy», se limita a ofrecer la continuación de los suministros de material militar, «sin ningún compromiso de orden militar», ya que el patrono del «gang» belicista no quiere comprometer sus posiciones electorales. Reynaud, moderado ya en su ardor,

bajo la influencia de Mme de Portes, está aterrado. Convocado a petición del mariscal Petain a última hora de la tarde, el Consejo de Ministros decide, a propuesta de su vicepresidente Camille Chautemps, solicitar las condiciones de armisticio a Alemania, y no trasladarse a Africa del Norte más que en el caso de que resulten realmente inaceptables, especialmente en lo que respecta a la entrega de la marina de guerra, a la cual su jefe, el almirante Darlan, se niega en redondo. El temor a ver caer las escuadras francesas en manos del enemigo ciega a los ingleses, hasta el punto de que el 16, a las 13,30 horas, exigen que antes de cualquier negociación la flota zarpe hacia puertos británicos, cuando esencialmente protege el Mediterráneo («No, realmente es demasiado estúpido», comenta Reynaud), y, a las 15,45 horas, que la aviación despegue hacia Africa del Norte o Inglaterra.

En el Consejo, el mariscal Petain amenaza con dimitir. Entonces, Londres, consciente de su torpeza, esgrime un arma nueva, una propuesta de Unión de los dos Imperios, con Parlamento común, que sólo puede parecer insólita a los no iniciados en los arcanos de los anglosajones. Puesto a punto por los tecnócratas, Jean Monnet, el hombre de los Lazard, presidente del Comité de Coordinación económica franco-británico, René Pleven y el agregado financiero Emmanuel Monick, presentado por De Gaulle a Churchill y, con la colaboración de sir Robert Vansitart, al gabinete británico que lo adopta, el texto es comunicado por De Gaulle a Reynaud, por teléfono, el 16. Pero aquel ofrecimiento de Anschluss recibe del gabinete francés una acogida glacial. Chautemps se niega en redondo a aceptar para su patria y su imperio el estatuto de «Dominio»: por 14 votos contra 10, sus colegas aprueban su postura. El presidente Lebrun, considerando que el apoyo prestado por la Gran Bretaña a su aliada había sido demasiado pequeño para conferirle la autoridad moral de decir: «No puedo liberaros de vuestras obligaciones», acepta la dimisión de Paul Reynaud (19,30 horas). En vano el embajador británico y el general Spears se esfuerzan por convencer al ex presidente del Consejo (que será detenido el 6 de septiembre) e incluso a Georges Mandel (a pesar de sus orígenes), para que les sigan a Inglaterra. Habiendo vencido las reticencias de Churchill, Spears tiene que contentarse con izar a bordo de su aparato, en el momento del despegue, el 17, al «brigadier» De Gaulle, el cual, temiendo ser detenido y rodeándose de precauciones rocambolescas (tales como citas ficticias, etc.), le ha acechado la víspera a la salida del gabinete de Reynaud, disimulando su elevada estatura detrás de una columna, para pedirle asilo durante la noche en un barco británico y una plaza en su avión para sus voluminosos documentos y para él mismo, lastrado con 100.000 francos de fondos secretos. Cuando se dirigirá a los franceses, los días 18 y 19 de junio, pronunciando a través de los micrófonos de la B. B. C. una vibrante alocución impregnada de patriotismo mesiánico, habrá recuperado su soberbia: «Yo, general De Gaulle, tengo conciencia de hablar en nombre de Francia»:

Entretanto, aquel mismo 17 de junio, llamado por el presidente Lebrun a la pesada sucesión de Reynaud, el mariscal Petain había hecho «donación de su persona a Francia», y formado, con el general Weygand en la Guerra, el almirante Darlan en la Marina y Paul Baudoin en los Asuntos Exteriores, un gobierno que, con once miembros del anterior gabinete, e incluyendo a dos socialistas designados por Leon Blum (Rivière y Février), asumía la ingrata

tarea de solicitar, por mediación del nuncio en París y del embajador de España, Lequerica, las condiciones de armisticio del adversario.

Roosevelt «alimenta» la guerra por medio de terceras personas

Unos días antes de la firma de aquel armisticio, los franceses habían podido enterarse por la radio de que Bernard Baruch, después de haberles echado como pasto, al igual que a los polacos, al Moloch de la guerra, les abandonaba a su triste suerte.

En vísperas de una elección presidencial, Roosevelt no podía, desde luego, comprometer sus posibilidades echando cartas sobre la mesa, sino que tenía que superar a Wilson en hipocresía. A pesar de que se le había visto el plumero al negarse a asociarse a los ofrecimientos de buenos oficios del rey de los belgas y de la reina de Holanda en noviembre de 1939, a asumir la jefatura de una Liga de los Neutrales, así como a protestar por las violaciones del derecho de gentes cometidas por la U. R. S. S. al invadir Polonia, reducir a su merced a los Países Bálticos y atacar a Finlandia. En este último caso, un embargo moral bastó para acallar su conciencia. Lo mismo que la gira europea, destinada a tranquilizar a la opinión (partidaria en un 52 %, el 8 de marzo de 1940, de ayudar a los Aliados, a condición de no entrar en guerra), misión que, a espaldas de Cordell Hull, desempeñó Summer Welles en Nápoles, el 25 de febrero, en Roma, cerca de Ciano, el 16, en Berlín, cerca de Ribbentrop, el 1 de marzo, en París el 7 y en Londres, para volver a Nápoles, el 20 de marzo. Así aparece como un amigo de la paz, como también al hacer transmitir a Mussolini, por medio de su embajador Philipps, unos mensajes el 29 de abril y el 20 de mayo, tendiendo a retenerle en el sendero de la guerra y a evitar la extensión del conflicto al Mediterráneo, aislando más a Hitler. Pero no vacila, después de la invasión alemana de Dinamarca y de Noruega, en autorizar a la Gran Bretaña para ocupar las islas Feroë e Islandia (10 de mayo), en espera de que se resuelva el problema de la Groenlandia danesa.

De momento, lo importante es acelerar los suministros a los Aliados, centralizados, a partir del 6 de diciembre de 1939, por el comité de compras Purvis-Monnet (de 2.095 aviones encargados por Francia desde el 4 de agosto, sólo habían sido entregados 617, y de 1.450, la Gran Bretaña no había recibido más que 650, el 1 de enero de 1940, a los cuales se añadieron hasta el 26 de abril 140 cazas de 1.280 y 352 bombarderos de 1.980). Siguiendo los consejos de Baruch, Roosevelt crea, a finales de 1939, el «War Resources Board», cuya presidencia confía a Edward Stettinius, jerifalte de la «U. S. Steel», asociado al igual que su padre durante la primera guerra a Morgan (llamado ya a presidir el «National Defense Committee», y, como segundo, en abril de 1934, el «Big Steel's Finance Committee»), que obtendrá del presidente, para su firma, el privilegio de disponer de 50 millones de dólares de armamentos que revenderá por 200 millones a los aliados. Principales beneficiarios del negocio, financieros y fabricantes de cañones desempeñan naturalmente un papel preponderante en la creación del Comité para la revisión de las leyes de neutralidad en septiembre de 1939, y en su transformación en junio de

1940 en «Committee to defend America by aiding the Allies». La lista de sus miembros, verdadero Gotha de Wall Street, es edificante: figuran en ella, entre otros, Felix M. Warburg y James Warburg (31), Kahn y otros de la casa Kuhn, Strauss, Guggenheim, Untermeyer, los hermanos Lehman (especializados desde 1937 en la industria aeronáutica), ligados por una alianza matrimonial a los hermanos Lazard, los cuales están representandos en el Comité por su representante en Nueva York, Frank Altschul (32), Winthrop W. Aldrich, director general del «Chase National Bank», etc. (La mitad de los nombres son judíos, entre ellos una decena de Lévy). Por mediación de Thomas W. Lamont, el movimiento cuenta también con el apoyo de los Morgan. Ha sido concebido por 18 personas reunidas a finales de abril en casa del abogado neoyorquino Frederic R. Coudert, y su propaganda está dirigida por William Allen White, *self made man*, periodista sin diploma, propietario de un periódico local en Emporia (Kansas), pero que tiene el brazo largo (en 1939, Roosevelt le rendirá cuentas, por telegrama, del nombramiento de Felix Frankfürter para la Corte Suprema, 5-30 de junio), y, aunque republicano de origen, hasta 1912, de tendencias marxistoides (delegado en la Conferencia de la Paz, se trasladará a Prinkipo en 1919, abogará por el reconocimiento de la U. R. S. S., más tarde, reclamará el indulto de Eugene Dabs, pero considerará en 1933 a la Rusia de Stalin como una casa de locos), lo que no le impedirá, en su eclecticismo, el apoyar después de Wilson y la Follette, a Coolidge y Hoover, antes de adherirse a Roosevelt, para retirarse finalmente del «Comité de Ayuda a los Aliados», «utilizado con vistas a provocar un conflicto» (2 de enero de 1941). Flanqueado del judío Frank Eichelberger (ex presidente de la «League of Nations Association», disponiendo de importantes subsidios de la Fundación Carnegie) como secretario general, es apoyado en su acción por Henry Luce, magnate de la prensa (*Time, Life, Fortune*), con unos ingresos de un millón de dólares (amigo de Lamont, ha nacido en China y ha sostenido a Chiang-Kai-chek), por Walter Lippmann, por Arthur Ochs Sulzberger, propietario del *New-York Times*, y por numerosos universitarios, tales como James Conant, rector de Harvard (donde Lamont y la banca Morgan son todopoderosos, lo mismo que los Rockefeller en Yale, el «National City Bank» en Columbia y el grupo Rockefeller en Chicago).

Se asocia a los hombres de negocios

Con la alta banca formando bloque para apoyar a Roosevelt, éste refuerza su posición asociando a su poder a numerosos republicanos. Así, después de Stettinius al «War Resources Board», llama al Ministerio de la Marina a Frank Knox, candidato sin fortuna en las elecciones de 1936 (cuyo periódico se encuentra, es cierto, bajo el control de la banca Kuhn-Loeb), al que Felix Frankfürter honra con su amistad, así como a su nuevo colega Henry Stimson, nombrado para la Guerra el 20 de junio de 1940, dos días después de haber

(31) Nacido en Hamburgo en 1896, vicepresidente del «International Acceptance Bank of New-York» desde 1922 a 1926, a continuación vicepresidente y presidente de la «International Manhattan Cy», antiguo miembro, luego disidente, del «Brain Trust», ardiente belicista, escribió en 1939 *Peace in our time*, y en 1941 *Our War and Our Peace*, y será el animador del «Fight for Freedom Committee», antes de organizar la «Foreign Information» y de dirigir como adjunto la «Office of War Information», en 1942.

(32) Muy influyentes en la Francmasonería francesa, alimentaron con sus subsidios la propaganda belicista en Francia.

reclamado en New Haven el establecimiento del servicio militar obligatorio (abogado del gabinete Elihu Root con Winthrop, aquel ex secretario de Estado de Edgar Hoover, muy hostil al Japón y a sus aliados del Eje, tras haber reclamado el levantamiento del embargo para los republicanos españoles, se ha acercado a Roosevelt y toma parte en la acción del Comité de Ayuda a los Aliados). Es decir, que está dispuesto a preparar la entrada en la guerra, cosa que su predecesor, Harry Woodring, se negaba a hacer, declarando unos días antes de abandonar su puesto: «Hay una pandilla relativamente reducida de financieros internacionales que desean que los Estados Unidos declaren la guerra y se precipiten en el caos europeo con todo lo que poseemos, incluidos nuestros hombres. Esa gente no me tiene simpatía, porque me opongo a que nuestra propia fuerza defensiva sea debilitada, en la empresa de ir a caer sobre la espalda de Hitler a 3.000 millas de aquí. De todos modos, esa gente me obligará a retirarme».

Prepara la intervención y se quita la careta, después de su reelección

Los preparativos militares se aceleran, en efecto. El 16 de mayo de 1940, Roosevelt, en un mensaje al Congreso, fija como objetivo la fabricación de 50.000 aviones por año. El general George C. Marshall, nombrado jefe de Estado Mayor el 1 de septiembre de 1939, pide que los efectivos del ejército, entonces reducidos a 227.000 hombres (190.000 en septiembre de 1939, más 200.000 guardias nacionales) sean aumentados a 500.000 en julio de 1941, a un millón en enero de 1942 y a dos millones en julio de 1942, gracias a la implantación del servicio militar selectivo, el 16 de septiembre de 1940, que permitirá la incorporación de 800.000 reclutas por un año (prorrogado por la «Draft Extension Act» de octubre de 1941), y la constitución de un ejército de 1.400.000 hombres (500.000 más 270.000 guardias nacionales, más otros 630.000). Sin embargo, Roosevelt, en vísperas de su reelección, ha manifestado cierta reserva. Aunque el Consejo supremo del Rito Escocés, reunido en Washington el 31 de mayo, se pronuncia por la intervención, la opinión está lejos de seguirle: el 25 de junio de 1940, los sondeos sólo dan un 14 % a favor de la entrada en guerra. Nombrado el 15 de julio, contrariamente a la costumbre, para un tercer mandato, por 946 votos contra 147, por la Convención demócrata de Chicago, Roosevelt, paladín de las democracias, le da ciento y raya a Wilson en el arte de engañar a los electores: «Debemos permanecer al margen de la guerra a toda costa» (4 de mayo de 1940). Y añade, haciendo suya la fórmula presentada por el senador Wheeler, oficialmente incorporada al programa demócrata: «No tomaremos parte en unas guerras extranjeras, y no enviaremos a nuestras fuerzas armadas, navales o aéreas, a luchar en el exterior», con la enmienda, «salvo en caso de agresión», promete en Boston, el 30 de octubre, y en Brooklyn, el 3 de noviembre: «Lucho para conservar en esta nación el bienestar y la paz. Lucho para mantener a nuestro pueblo al margen de la guerra». Pero, asegurada su reelección, el 5 de noviembre, por 27.242.000 votos y 449 mandatos (con Henry Wallace como vicepresidente), contra 22.327.000 votos y 82 mandatos de su competidor, se quita la careta e inaugura su tercer mandato, anunciando en su conferencia de prensa del 3 de enero de 1941 y en su mensaje del 6 —con envío de Harry Hopkins a Londres— «una ayuda total a la Gran Bretaña, excluida la guerra», y el 4 de mayo, proclamando sin tapujos: «Los Estados Unidos de América están dispuestos a batirse en el mundo entero por el mantenimiento de la

democracia». El escrutinio, por otra parte, ha sido un fraude: los dados estaban cargados. Abastecedores de fondos de los dos partidos en presencia, los financieros (que han delegado especialmente a Filadelfia a Thomas Lamont, de la casa Morgan, y a Frank Altschul, representante de los Lazard) no han tropezado con ninguna dificultad para hacer nombrar por la Convención republicana, el 27 de junio, en la sexta vuelta, como candidato, no a un verdadero adversario, sino a un «compadre»: Wendell Wilkie (descendiente de refugiados de 1848 en Indiana, abogado de Wall Street varias veces millonario, «trustee» del «First National Bank», fiscal de Nueva York en 1929, demócrata tardíamente afiliado al partido adversario en 1936), que se ha beneficiado como presidente de la Compañía de Electricidad «Commonwealth and Southern» de un trato de favor de la Tennessee Valley Authority», recibiendo 78,6 millones de dólares por unas instalaciones que valían 55. Es más —amigo de Henry Luce, que ha patrocinado su candidatura, ligado como su agente electoral Davenport a Clarence Streit y al grupo «Union now with Britain»—, goza de la plena confianza de su afortunado rival, que inmediatamente después del escrutinio le envía en misión a Londres, en noviembre de 1940.

En las Oficinas de Guerra que se organizan, los representantes del «big business» se codean con los animadores del «New Deal» y los sindicalistas judíos. En la «Office of Emergency Production Management», creada en enero de 1941 y cuyos miembros han sido elegidos por Bernard Baruch, figuran Stettinius, William S. Knudsen (de la «General Motors») y Sidney Hillman (33); en el «National Defense Mediation Board» (marzo de 1941), que se ha hecho necesario por el recrudecimiento de las huelgas provocadas por los comunistas hasta junio de 1941 (4.288, afectando a dos millones de obreros), Eugene Meyer (propietario del *Washington Post* desde 1933, que ha aprobado el discurso de Chicago en 1937); en la «Office of Price Administration» (el alza ha alcanzado ya un 25 % en septiembre de 1941), Leon Anderson; en el «Supply Priorities and Allocation Board» (28 de agosto de 1941), el vicepresidente Wallace, Harry Hopkins, Leon Henderson, Rosenman y Donald Nelson, que fusionará sus diversas administraciones bajo su autoridad, el 7 de enero de 1942, con los mismos colaboradores, más el administrador de los Préstamos, Jesse Jones. En lo inmediato, estimulada la economía por la aceleración de la producción de guerra (la producción industrial se ha duplicado desde agosto de 1939 a diciembre de 1941, y el importe de las exportaciones ha pasado de 3.177 millones de dólares en 1939 a 5.147 en 1941), el número de parados ha descendido de nueve millones a finales de 1940 a seis millones en la primavera de 1941, aunque vuelve a aumentar en 2 millones en agosto, debido a la escasez de materias primas en la industria civil (56 grandes firmas monopolizan el 75 % de los pedidos de armamento), y muy pronto, por falta de acero, los programas de construcciones navales y de equipos para el ejército se ven frenados.

---

(33) Después de haberse unido a la C. I. O. en 1935, Sidney Hillman chocó con Sinclair Lewis que, decepcionado por no haber sido escogido como vicepresidente por Roosevelt, y partidario de la paz, tendrá que ceder el puesto al escocés Philip Murray.

Rearma a la Gran Bretaña, pero se apodera de sus bienes y de sus posiciones comerciales

Pero, en tanto que la alianza con Inglaterra se estrecha con la cesión de 50 destructores a cambio de la concesión de bases en las Antillas, a partir del 2 de agosto (intercambio de cartas entre Cordell Hull y lord Lothian del 3 de septiembre de 1940), con el pedido de 12.000 aviones, presentado por sir Walter Layton en Washington (añadiéndose a un primero de 14.000 en septiembre de 1939, de los cuales sólo han sido entregados 1.600), con el suministro de armamento de tipo norteamericano para 10 divisiones, acordado el 30 de octubre (no sin la contrapartida de un compromiso británico de reducir en un 35 % sus exportaciones normales hacia la América hispano-portuguesa), los bienes británicos en los Estados Unidos, cuyo censo se había establecido con el de los bienes alemanes y franceses, durante el verano de 1939, antes incluso de la declaración de guerra, se agotan. De ahí la necesidad de revisar la reglamentación «cash and carry». Alertado por una carta de Churchill del 6 de diciembre de 1940, convencido por Henry Morgenthau (al que ha nombrado secretario del Tesoro durante el verano de 1940), en el curso de un almuerzo el 17, de que «resulta conveniente librarse del problema de los dólares», Roosevelt dirige un llamamiento al público el 29 de diciembre: «Tenemos que ser el gran arsenal de la democracia» (lo que puede engolosinar a la opinión sin asustarla demasiado), y en su mensaje al Parlamento sobre el Estado de la Unión del 6 de enero, hablando de la defensa de los cuatro derechos esenciales del hombre, declara que debe ser libre para adorar a Dios, y estar a salvo de la necesidad y del miedo. Mientras que en el curso de una estancia de cinco semanas, iniciada el 5 de enero de 1941 en Londres (donde John C. Winant reemplaza el 6 de febrero a John Kennedy, considerado demasiado tibio), Harry Hopkins, bestia negra del Presidente, puede convencerse de que los ingleses sólo disponen de 10 millones de dólares para gastar, Roosevelt, asistido de Cordell Hull, de Henry Stimson, de Henry Morgenthau, de Knudsen, de tres senadores y de cuatro representantes, entre ellos Sol Bloom, reunidos en la Casa Blanca el 9 de enero de 1941, decide introducir al día siguiente el proyecto de ley de Préstamo y Arriendo (preparado por Henry Morgenthau y sus colaboradores Ed. Foley y Oscar Cox, con Arthur Parvis, jefe de la comisión de compras franco-británica, luego aprobado en la Cámara por 260 votos contra 165, el 6 de febrero; en el Senado por 60 contra 31, el 8 de marzo; promulgado el 11 de marzo). Nombrado a su regreso administrador de aquel organismo, Harry Hopkins dispondrá de 7.000 millones de dólares de créditos hasta el 1 de octubre de 1941, seguidos de otros 6.000, a partir de aquella fecha.

Aquel dinero, aunque a fondo perdido, no es gratuito. Lo paga un retroceso de la influencia británica en beneficio de los Estados Unidos. El dominio norteamericano sobre el Canadá (donde las inversiones yanquis en 1935, 4.000 millones de dólares, superaban ya ampliamente a las británicas, 2.700 millones) se refuerza con nuevos créditos, la conclusión de un acuerdo militar, el 17 de agosto de 1940, dando toda clase de facilidades a los Estados Unidos para utilizar el territorio canadiense, la de un acuerdo económico en agosto de 1941, y el proyecto de regularización del San Lorenzo, que lo hará tributario de sus vecinos para la fuerza motriz. La América Central y la América del Sur son igualmente objetivo de planes destinados a hacer

depender sus 122 millones de habitantes de los 130 millones de norteamericanos. Las inversiones británicas en aquellas regiones (de 700 a 1.000 millones de libras esterlinas, el doble de las efectuadas en la India y en Ceilán) son absorbidas ahora por el pago de los suministros de guerra norteamericanos, y los Estados Unidos toman el relevo, concediendo 270 millones de dólares de créditos desde noviembre de 1940 a marzo de 1941, a menudo, como en el Brasil, a cambio de bases (ocho aeródromos instalados con fondos del Export-Import Bank), o contra requisa de la flota (en el Perú). La propia Gran Bretaña tiene que acceder a limitar sus exportaciones a aquella zona a las dos terceras partes de las de antes de la guerra, y al 40 % para el acero. En tanto que el presidente de Panamá, Arias, es castigado con una revolución por su resistencia al empleo de su pabellón en los transportes de guerra yanquis, y que las firmas que comercian con las potencias del Eje (o simplemente demasiado enfeudadas a Inglaterra), incluidas en una lista negra, son boicoteadas, los hombres de negocios norteamericanos son invitados por el contrario a no escatimar sus generosidades a sus amigos (encuesta Rockefeller sobre 17.000 empresas), no sólo en el Nuevo Mundo, sino también en Africa del Norte, en Turquía, en Indochina y en Thailandia.

Entretanto, cada vez más, los Estados Unidos se comprometen financieramente en el conflicto. El presupuesto militar aumenta progresivamente de 13.100 millones de dólares en 1939 a 71.300 en 1944. Esas cargas serán cubiertas, en parte por unos ingresos multiplicados por 7 (impuesto sobre la renta), y en parte por 236.000 millones de dólares de empréstitos al 3 %. Bajo el nombre de «Victory Program», se emprende un esfuerzo considerable con vistas a la puesta en pie de 215 divisiones (mediante la movilización de 8.795.000 hombres, de ellos, dos millones para el ejército del Aire), la fabricación de 45.000 tanques para 1942 y de 75.000 para 1943, y de 60.000 y 125.000 aviones, respectivamente. Cuando se trata de abastecer el «arsenal de las democracias», Roosevelt no se muestra tacaño.

Trabajando a una opinión obstinada.

Queda por arrastrar a favor de la intervención a una opinión que, a pesar del desastre a que están abocadas las democracias occidentales, se muestra obstinadamente hostil a la entrada en la guerra: el número de los partidarios de la intervención sólo ha aumentado del 14 % el 25 de junio de 1940 al 21 % un año más tarde y al 26 % el 9 de septiembre de 1941. En el Comité «America First», fundado en septiembre de 1940 por Douglas Stuart Jr., el general Robert Wood, Henry Ford y Charles Lindberg, apoyados por el *Chicago Daily Tribune* y alrededor de 850.000 militantes, se oponen al Comité «Fight for Freedom», en el que volvemos a encontrar a James Warburg y a la mayoría de los miembros del «Comité para la Ayuda de los Aliados», y al «Century Group», animado por Lewis Douglas, Robert Sherwood, el editorialista Joseph Alsop, Dean Acheson, etc. Con Henry Luce, estos últimos difunden la consigna: «Ahora nos corresponde a nosotros asumir la dirección. Estamos haciendo nuestra guerra».

Envalentonado por su reelección, Roosevelt multiplica en el Atlántico, en favor de Inglaterra, los «servicios» que lindan con la provocación y hacen presagiar una intervención próxima: el 28 de marzo, se incauta de barcos

alemanes que se encuentran en puertos norteamericanos; el 9 de abril, se entiende con Dinamarca para asegurar la «protección» de Groenlandia, sólo renuncia a medias (ante la noticia de la firma de un acuerdo de neutralidad entre el Japón y la U. R. S. S., el 3 de septiembre de 1939) a su proyecto de escoltar los convoyes, para organizar unas «patrullas» navales, el 24 de abril, en espera, el 7 de julio, de asumir su protección hasta Islandia (donde unos contingentes han sido desembarcados el 27 de mayo), día en que, proclamado el estado de urgencia nacional, con extensión de las patrullas, orden de replicar a todo ataque e incluso a toda amenaza con unas bases cualesquiera, incluso lejanas, la ocupación de las Azores portuguesas ha sido preparada por el almirante Stark con desembarco de 25.000 hombres, con el protexto de que «dependen de los intereses norteamericanos», del mismo modo que se ha apoderado, el 8 de junio de 1940 (antes incluso del armisticio), en las Antillas francesas, de las islas Guadalupe y Martinica.

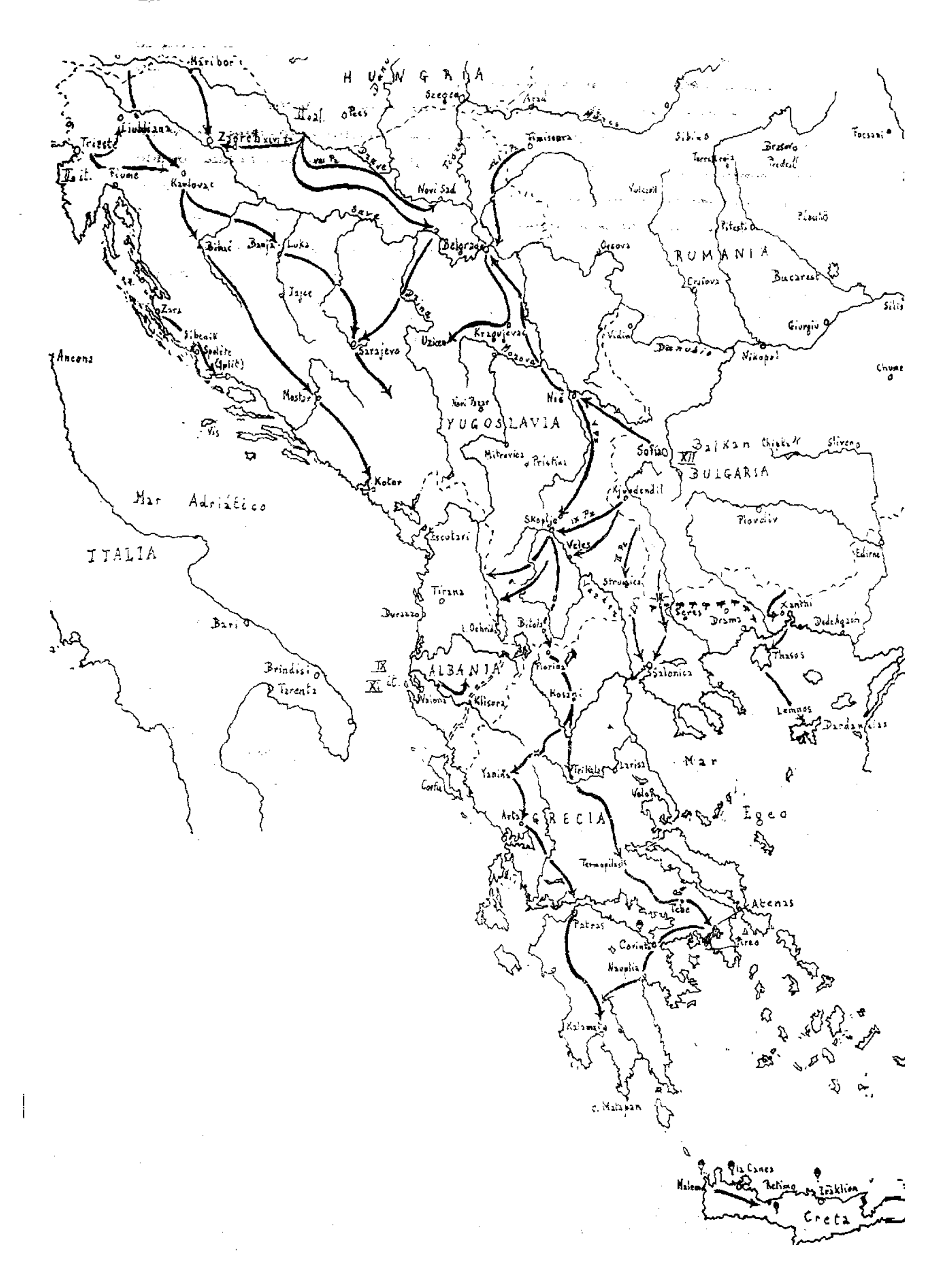
Se produjeron inevitables incidentes (el 4 de septiembre, el destructor «Greer» estuvo a punto de ser alcanzado por dos torpedos cuando, camino de Islandia, perseguía a un submarino señalado por un avión británico; el 16-17 de octubre, el «Kearny» es destruido por un tercer torpedo, cuando acudía en socorro de un convoy, a 350 millas al SO. de la gran isla; el 30 de octubre, el buque cisterna «Salinas», y el 30-31 de octubre, el «Reuben James» son también hundidos), pero en unas condiciones demasiado delicadas para suministrar un pretexto de guerra válido. Sin embargo, Roosevelt lo aprovecha para hacer aprobar en el Senado (por 50 votos contra 37) el 7 de noviembre, y en la Cámara el 13 (por 212 votos contra 194), una enmienda a la ley de neutralidad, promulgada el 17, autorizando a armar los barcos mercantes.

En lo que respecta a la U. R. S. S., cuyas exacciones y actos de bandolerismo ignora sistemáticamente (deportación de un millón y medio de polacos a Siberia; aniquilamiento por Jdanov, llegado a Tallinn el 19 de junio de 1940, de los «enemigos de clase» en los Países Bálticos, anexionados del 3 al 6 de agosto de 1940; envío de un ultimátum reclamando a Rumanía, el 26 de junio de 1940, la Besarabia, lo que provoca, a raíz de un arbitraje en Viena el 28 de agosto, la anexión de la Transilvania a Hungría y del sur de la Dobrudja a Bulgaria), Roosevelt se muestra sumamente complaciente, advirtiendo a Stalin de los proyectos de invasión nazis para la primavera de 1941, se las arregla para contrarrestar el ataque inminente echando a Yugoslavia a las piernas de Hitler y abriendo un nuevo frente en los Balcanes.

Echa a Yugoslavia a través de los preparativos alemanes contra la U. R. S. S.

Celoso de la creciente influencia alemana en aquellas regiones, concretada en la extensión del Pacto Anti-Komintern (confirmado el 27 de septiembre en Berlín, por diez años, con Italia y el Japón) a Hungría, a Rumanía (34) y a

(34) Donde el rey Carol II se ha visto obligado a abdicar por segunda vez a favor de su hijo Miguel, el 30 de agosto de 1940, bajo la presión del ejército, y de su jefe, el general Ion Antonescu (jefe de Estado Mayor en 1937, sucesivamente detenido y luego llamado por su soberano al ministerio de la Guerra, para ser destituido y detenido de nuevo en julio de 1940, antes de ser nombrado presidente del Consejo, bajo la presión de los acontecimientos, en septiembre). Primer Ministro, Antonescu se ha proclamado «Conducator» y ha recibido, el 7 de octubre, el apoyo de doce divisiones alemanas para ayudarle a hacer frente al peligro soviético.


HUNGRIA
YUGOSLAVIA
RUMANIA
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
ITALIA
Mar Adriático
Mar Egeo
Creta
Belgrado
Sarajevo
Zagreb
Ljubljana
Trieste
Fiume
Karlovac
Maribor
Szeged
Timisoara
Novi Sad
Bucarest
Craiova
Sofia
Skoplje
Salonica
Atenas
Tirana
Durazzo
Bari
Brindisi
Taranto
Ancona
Zara
Spalato (Split)
Mostar
Kotor
Escutari
Niš
Kragujevac
Uzice
Veles
Florina
Kosani
Yanina
Arta
Larisa
Volos
Trikala
Termopilas
Tebe
Pireo
Corinto
Patras
Nauplia
Kalamata
c. Matapan
Corfu
Vis
Thasos
Lemnos
Xanthi
Drama
Plovdiv
Edirne
Dardanelas
La Canea
Iraklion
Maleme
Retimo
Orsova
Vidin
Nikopol
Giurgiu
Pitesti
Brasov
Sibiu
Focsani
Ploesti
Valona
Klisura
Bitola
Strumica
Seres
Novi Pazar
Mitrovica
Pristina
Kjustendil
Bihać
Jajce
Danubio
Sava
Drina
Drave
Balkan

Eslovaquia, a finales de noviembre de 1940, luego a Bulgaria, el 1 de marzo de 1941, y a Yugoslavia, el 25, Mussolini ha suministrado el pretexto, dirigiendo por su cuenta y riesgo un ultimátum a Grecia, el 28 de octubre de 1940. Aquella torpeza, agravada por la severa derrota infligida por las 16 divisiones griegas a las 27 divisiones italianas lanzadas al Epiro desde Albania, entraña las peores consecuencias; permite a la Gran Bretaña aprovechar el fallecimiento de Jean Mataxas (29 de enero de 1941) y su sustitución en el gobierno por Alexandre Koritzis, director del Banco helénico, para enviar a sir Anthony Eden y a los generales sir John Dill y Wavell a negociar, el 12 de febrero, el desembarco de 60.000 hombres (ingleses, neozelandeses, australianos y polacos) en Grecia y en Creta (donde estará en condiciones de bombardear los petróleos de Rumanía), y obliga a Hitler a acudir en ayuda de su débil y comprometedor segundo (Instrucción número 20, operación «Marita»).

Económicamente ligada al Reich, con el que realizaba más de la mitad de sus intercambios exteriores, Yugoslavia le suministra el 25 de marzo de 1941 la base necesaria para intervenir. Pero, apenas firmado el acuerdo de Belvedere por el regente Pablo, el presidente del Consejo, Zwetkovitch, y su ministro de Asuntos Exteriores, doctor Alexandre Cinkar Markovitch (engolosinados por las promesas formuladas por Ribbentrop a Grégoritch, el 23 de noviembre de 1940, en Berlín, de una salida al mar en Salónica), apoyados por el doctor Radenko Stankovitch y el general Perovitch, se produce un golpe de Estado militar, el 27 de marzo, en Belgrado. Su autor, el general de aviación Dusan Simovitch (postergado por el Regente el año anterior, por haber proyectado atacar a Bulgaria con la ayuda de Turquía y de las fuerzas francesas de Siria a las órdenes del general Weygand), estimulado en su empresa por el coronel Donovan, representante de Roosevelt desde enero de 1941 (que el 14 de febrero había intentado ejercer presión sobre el gobierno), y por el embajador Campbell (que por su parte había hecho que Churchill telegrafiara al doctor Zwetkovitch), se había asegurado la colaboración del general Borislav Mirkovitch para efectuar un *putsch*. Tras haber proclamado rey a Pedro II, que sólo tenía diecisiete años, y nombrado ministro de Asuntos Exteriores a Mintchitch, el primer gesto del nuevo amo del poder fue el de enviar a Moscú al coronel Savitch para solicitar de Stalin, a propuesta del encargado de negocios, Lebedev, la garantía soviética (5 del abril).

Decidido a desbaratar lo antes posible aquella intriga, Hitler replicó el 6 con un violento bombardeo de Belgrado, que causó 15.000 víctimas y provocó la huida del joven rey y de su gobierno a Montenegro, en tanto que, de acuerdo con su Instrucción número 25, del 27 de marzo, y 26 del 3 de abril, precisando la colaboración húngara (pagada con la ocupación del banato de Temesvar en detrimento de Rumanía), la Wehrmacht invadió el país con 20 divisiones (contra 23 yugoslavas). Al sur, en dos días, el XII Ejército del mariscal von List, avanzando desde Bulgaria hacia el oeste, alcanza Skopljé y Velès, corta a los yugoslavos, rechazados hacia Nisch por el XIV Panzer Korps de von Kleist, de los griegos, en lucha con los búlgaros en Macedonia, y, una vez hundida la línea Metaxas por dos Cuerpos de Ejército y la II Panzer, que avanza hacia Salónica, separados a su vez de los anglo-griegos de Epiro. Mientras que en el norte, el II Ejército de von Weichs, desde Carintia y Stiria, bajando la Sava, alcanza el 10 de abril Zagreb (donde el coronel Slavko Kvaternik proclama la independencia de Croacia) y llega a Belgrado,

las Panzer de Reinhardt ocupan el Banato y el II Ejército italiano del general Ambrosio desde Ljubljana penetra en Istria y en Eslovenia. Entonces capitulan el ejército yugoslavo (335.000 hombres) el 17 de abril, y el 24 el griego (233.000), en tanto que los ingleses reembarcan 45.000 hombres de un total de 57.000. Para conquistar, en dieciocho días, los Balcanes, la Wehrmacht sólo ha perdido 1.283 muertos y 3.752 heridos. Pero la campaña le costará a Hitler muchísimo más cara: con un tiempo valioso, nada menos que la victoria en Rusia.

El ejército de List, comprometido en los Balcanes, tenía que formar el ala derecha de la ofensiva contra la U. R. S. S. Frente a las 100 divisiones de infantería, más 20 de caballería y 40 brigadas motorizadas, concentradas ahora en su frontera occidental por los soviéticos, convenía pues reagrupar el dispositivo del «Gran Ejército» de invasión, antes de pasar al ataque. El plan «Barbarroja» había sido concebido cuando las relaciones con Moscú no cesaban de envenenarse. A raíz de su visita a Berlín (10-12 de noviembre de 1940) y de su entrevista con Ribbentrop en la primavera de 1941, Molotov había formulado nuevas exigencias sobre Finlandia, Bulgaria, y sugerido los objetivos rusos en lo que respecta a los Estrechos. Aunque Stalin —perfectamente enterado de los proyectos de invasión nazis, por sir Stafford Cripps llegado a Moscú el 14 de abril de 1941, y por el grupo-radio checo «Sparta», que le transmitía las informaciones proporcionadas por un coronel de la «Abwehr» —, deseoso de obtener un plazo de seis meses para completar sus preparativos, se mostrara más conciliador al aceptar, el 12 de abril de 1941, la delimitación de frontera propuesta por Lituania, haciendo protestas incluso de su amistad cerca del embajador Shulenburg, haciendo algunas concesiones en materia de suministros económicos (13 y 15 de mayo), y desmintiendo a través de la agencia Tass, el 13 de junio, todo peligro de conflicto, el choque era inevitble. El 18 de diciembre de 1940, Hitler había previsto la ejecución del plan «Barbarroja» para el 7 de mayo de 1941: obligado por el golpe de Estado de Belgrado a conquistar los Balcanes (en total, 63 de sus divisiones, 915.000 hombres, serán distraídas del frente del Este para tareas de ocupación), debe aplazar su campaña, primero hasta el 27 de mayo, luego hasta el 22 de junio, lo que equivale a reducir en un mes y medio su duración útil, antes de que llegue el invierno.

Atacada la U. R. S. S., el 26 de junio, Roosevelt acude inmediatamente en su ayuda. Desde Londres, donde se encuentra el 11 de julio, Harry Hopkins, distribuidor de los fondos del Préstamo y Arriendo, se dirige a Moscú (30 de julio-1 de agosto), donde toma nota de una larga lista de armamentos reclamados (20.000 piezas de D. C. A., un millón de fusiles, etc.), por un valor de 1.850 millones de dólares, de momento (en total, serán enviados a través del puerto de Arkhangelsk suministros por valor de 10.000 millones). Como si fuera ya beligerante, el presidente, a bordo del «Augusta», se entrevista a lo largo de Terranova con Winston Churchill, que se ha trasladado allí a bordo del «Prince of Wales». En el curso de aquella «Conferencia del Atlántico», celebrada del 9 al 12 de agosto, los jefes de Estado anglosajones, habiéndose comprometido secretamente a derrocar la tiranía nazi y a garantizar después, de común acuerdo, la política del mundo, fijan en una Carta —la famosa «Carta del Atlántico»—, redactada por Sumner Welles, sus objetivos de guerra, bajo la forma de una Declaración de los Derechos, simple cartel de propaganda, destinado a convertirse en papel mojado.

Pero, dado que le resulta sumamente difícil arrastrar a su pueblo al conflicto, en Europa, en defensa de la U. R. S. S., tal como había hecho Wilson en 1917, en cuanto el Imperio de los Zares se hubo «democratizado», para ser luego derrocado por la Revolución, se decide a maniobrar astutamente para inducirle a comprometerse en una lucha menos impopular en los Estados Unidos: contra el Japón en el Pacífico.

El ataque fulgurante de la aviación nipona contra Pearl Harbour le proporcionará el pretexto, el 7 de diciembre.

De aquella segunda guerra mundial, deseada por el Judaísmo norteamericano, Europa correrá con los gastos.

CAPITULO XXXIII

EL MUNDO EN HOLOCAUSTO

Después de haber ensangrentado ya dos veces el Viejo Mundo, la lucha endémica entre el pangermanismo y el paneslavismo degeneraba en conflicto de razas y, volviendo a poner en duda la supremacía del hombre blanco, preludiaba el despertar de los amarillos y de los negros, y el enfrentamiento general de unos y otros a escala planetaria.

Así se cumplían las amenazas proferidas por Saint-Yves d'Alveydre, en su libro *Misión de la India* (publicado por sus amigos en 1949, pero escrito durante el reinado de la reina Victoria): «Si no hacéis la Sinarquía, veo, a un siglo de distancia, eclipsada para siempre vuestra civilización judeo-cristiana, interrumpida para siempre vuestra supremacía brutal por un renacimiento increíble de toda el Asia, armada de pies a cabeza, y cumpliendo sin vosotros, contra vosotros, las promesas sociales de los Abramidas, de Moisés, de Jesucristo y de todos los kabalistas judeo-cristianos» (pág. 109). Y más adelante (pág. 169): a cincuenta años de distancia, «con las armas en la mano Asia os impedirá que vayáis a turbarla en su observancia de la Ley del Reino de Dios (?), y, China y el Islam en cabeza, bajo la dirección de vuestros propios instructores militares, vendrá a imponeros que pongáis vuestra firma debajo de la promesa social... que vosotros habréis rechazado».

Roosevelt y el «consorcio chino» provocan la agresión nipona

Por algo Roosevelt, descendiente de una familia de traficantes con el Celeste Imperio, se había rodeado, en vísperas de la entrada en guerra, de representantes del «consorcio chino», hasta entonces dominado por los Morgan, y escogido como ministro de la guerra a Stimson, autor del memorándum de protesta contra la ocupación de Manchuria por el Japón (7 de enero de 1932), en nombre del Pacto Kellog de renuncia a la guerra, del 27 de agosto de 1928, y de la doctrina que lleva su nombre: «*Hands off China!*». En su fórmula moderna, la postura tradicional de la diplomacia norteamericana podría expresarse así: «Una China fuerte, capaz de defender el principio de la «puerta abierta» en el Extremo Oriente, y preparada para aquella defensa, valdría para los Estados Unidos miles de millones de dólares». Esto, para

los hombres de negocios. En cuanto a los políticos progresistas, a los que la declaración de neutralidad del Japón (3 de septiembre de 1939), confirmada por un pacto de no agresión con la U. R. S. S., el 13 de abril de 1941, no había tranquilizado del todo, deseosos como estaban de evitar a Rusia una guerra en dos frentes, llegaron a pensar que «unas bases aéreas norteamericanas en Vladivostok y en Kamtchatka permitirían a los Soviets concentrar su atención en el frente europeo».

Tomando la delantera, el 26 de julio de 1939, Roosevelt denunció, con un preaviso de seis meses, el tratado comercial que ligaba los Estados Unidos al Japón. Exponiéndose a empujar a este último país a buscar petróleo en otra parte, en Indonesia, por ejemplo, tal como advirtió el embajador norteamericano en Tokio, Grew, y como ocurrió cuando el príncipe Fumimaro Konoye, sucesor de Yunai en el gobierno, el 17 de julio de 1940, y su enérgico colaborador Matsuoka asumieron el poder (26-27 de julio). Entonces, Washington endureció su actitud y, bajo la presión de Stimson, de Knox y de Morgenthau, sometió a licencia la exportación del petróleo (25 de julio), del acero y de la chatarra (19 de septiembre), incluyendo, además, las máquinas-herramientas, de las cuales los japoneses habían comprados unidades por valor de 488 millones de dólares. Al mismo tiempo, la ayuda a China (170 millones de dólares en 1939 y 1940) era aumentada en 100 millones de dólares. Aquellas medidas tuvieron por efecto lanzar al Japón en brazos del Eje: en vista de que el embajador almirante Nomura no obtenía nada de Cordell Hull el 8 de marzo de 1941, Matsuoka se trasladó a Berlín, donde permaneció del 29 de marzo al 9 de abril, y si bien firmó un pacto de no agresión, por cinco años, con Rusia, el 13, no por ello estaba menos dispuesto a intervenir contra los soviéticos, en apoyo de la ofensiva alemana, cuando fue apartado del gobierno (25 de junio-2 de julio), a raíz de unas intrigas dirigidas bajo mano, por parte rusa por el diplomático «Makov» y el espía Richard Sorge, ambos judíos, y por parte norteamericana por el «Institute of Pacific Relations» (1). Y aquél es el momento que escoge Washington para bloquear los fondos japoneses en los Estados Unidos (25 de julio). A su regreso de la Conferencia del Atlántico, Roosevelt multiplica las provocaciones. El 17 de agosto, entrega al embajador Nomura una advertencia solemne: a la extensión de las conquistas por la fuerza, se le replicará con la fuerza. Al ofrecimiento de entrevistarse con él formulado por el príncipe Konoye (los días 17 y 29 de agosto), que, el 6 de septiembre, declara que acepta los cuatro principios expuestos el 17 de agosto, Roosevelt responde, a pesar de las advertencias de su embajador Joseph Grew, conjurándole a aceptar aquella última posibilidad de conciliación (el 29 de septiembre), declinándola el 2 de octubre, lo que provoca la caída del príncipe el 16 de octubre y su sustitución por el general Hideki Tojo, jefe del clan militar. Este último, de todos modos, intenta llegar a un compromiso; primeramente, el 7 de noviembre, hace proponer por su embajador Nomura y su enviado

(1) Aquel Instituto, calificado por la SS-Comisión de Seguridad Interior del Senado de «vehículo utilizado por los comunistas para orientar hacia sus objetivos la política norteamericana en Extremo Oriente», tenía al frente de su consejo para América en 1939-40 a Philip C. Jessup (cuya afiliación a cuatro grupos comunistas será descubierta el 30 de marzo de 1950), y como secretario a Fredrick Vanderbilt Field, miembro del partido. Ha recibido más de 60.000 dólares de fondos rojos, y unas subvenciones del Consejo sobre Relaciones Exteriores, que Emmanuel M. Josephson, en su libro *Rockefeller internationalist,* llama «el Eje Rockefeller-U. R. S. S.».

especial Saburo Kurusu una solución «A» que comporta el reconocimiento de la supremacía nipona en China, que es naturalmente rechazada, y luego una solución «B», el 20 de noviembre, proponiendo el cese de la expansión hacia el Sur y el Sudoeste asiático, Filipinas, Malasia, Tailandia (incluida la evacuación del sur de Indochina), correspondiente a las peticiones norteamericanas del 17 de agosto, en contrapartida del libre acceso a las materias primas (de Indonesia), de la reanudación de las relaciones comerciales y de las manos libres para el restablecimiento de la paz en China.

Pasando por encima de las reservas expresadas el 5 de noviembre por el almirante Stark y el general Marshall, deseosos de evitar la guerra en dos frentes, Roosevelt acepta el riesgo de una agresión repentina del Japón (que espera para el 1 de diciembre). Cediendo a la presión del «lobby chino» y de Winston Churchill, busca con sus consejeros íntimos, reunidos en conferencia el 25 de noviembre (Cordell Hull, Knox, el almirante Stark, Stimson y el general Marshall), a mediodía, «el medio de inducir a los nipones a disparar los primeros, sin exponerse a sufrir excesivos daños» (según el Diario de Stimson). Calculado para abocar a Tokio a la guerra, el memorándum entregado por Cordell Hull al día siguiente, 26, exigiendo la evacuación total de China y de Indochina, y el reconocimiento del gobierno de Chungking, no puede fallar su objetivo.

Asumir la iniciativa de las operaciones, como desearía Stimson, el 28, parece completamente inútil. Pero, dado que tienen que hablar las armas, como declara Cordell Hull, aquel mismo día, ¿acaso tienen los jefes militares, al menos, la precaución de alertar a sus subordinados? El general Marshall lo hace muy vagamente el 27, sin señalar al general Short, comandante de las Hawai, la necesidad de no limitarse a unas medidas contra los sabotajes. Más explícito, el almirante Stark lanza una «war warning», pero como su predecesor, el almirante Richardson (nombrado el 4 de mayo de 1940), ha sido destituido el 1 de febrero de 1941 porque desplazaba demasiado su flota a alta mar, el almirante Kimmel la retiene en el fondeadero, bajo la protección insuficiente de 50 aviones de reconocimiento (él había pedido 300). Poseyendo el «código púrpura» de los nipones, los norteamericanos, descifrando sus despachos secretos, tanto diplomáticos como militares, se hallaban en condiciones de leer a libro abierto sus intenciones (búsqueda de informaciones sobre las Hawai, 24 de septiembre, 22, 30 de noviembre; «wind message» del 4 de diciembre; «War with England, War with America, Peace with Russia»; consigna de destrucción de los códigos de la embajada, el 6 de diciembre —«Esto significa la guerra», comenta Roosevelt a Harry Hopkins—; orden de entrega el 7, a las 13 horas, la respuesta de Tokio al ultimátum de Washington). Australia ha advertido el 4 de diciembre que una escuadra de portaaviones ha salido de Tankabay en la noche del 27 al 28 de noviembre (al recibirse el ultimátum de Washington), y, el 5 de diciembre, que se dirigía hacia las Hawai. Sin embargo, Washington no da la alarma hasta el 7 de diciembre (cuatro horas antes de la agresión), no con carácter de urgencia, por teléfono, sino por mensajes de radio ordinarios que llegan a su destino de seis a ocho horas después del bombardeo. Por otra parte, la nota de Tokio anunciando la ruptura de las negociaciones, retrasada asimismo en la transmisión, será entregada en Washington, el domingo 7 de diciembre, a las 14 horas en vez de las 13. Y, a las 13,25, los bombarderos en picado japo-

neses, fieles discípulos de la «Royal Navy» (2), se lanzan sobre la escuadra norteamericana en Pearl Harbor, desprovista de toda protección, hunden cinco acorazados y tres contratorpederos, averían tres acorazados y tres cruceros (en total 18 buques), y destruyen 247 aviones, matando o hiriendo a 4.575 marineros (3). Era pagar muy caro el pretexto buscado, pero Roosevelt tenía ya su guerra. El 8 de diciembre podía limitarse a dar constancia ante el Senado de que habían empezado las hostilidades contra el Japón, y el 11 contra Alemania...

* * *

Rusia y Japón, rivales en Manchuria

Para introducirse en China, los Estados Unidos se habían aprovechado en primer lugar de la reacción de los rusos y de los franceses contra las pretensiones del Japón victorioso de imponer a Pekin la cesión de la península de Liao-tung, de Formosa, de las islas Pescadores, la independencia de Corea y la entrega de una indemnización de 200 millones de taëls, en el tratado de Shimonoseki del 14 de abril de 1895. Habiendo consentido Tokio en renunciar a Liao-tung (Dairen, Port Arthur), a cambio de una indemnización de 400 millones de francos-oro, en autorizar a Rusia a construir el ramal Tchita-Vladi del futuro Transmanchuriano (22 de mayo de 1895) y la línea del Este chino (8 de septiembre de 1896), las otras potencias habían obtenido la ampliación de sus concesiones en China, y los Estados Unidos, sin dejar de reclamar por boca del secretario de Estado, Hay, que se respetara el principio de «puerta abierta», habían tomado su parte del pastel: la vía férrea Canton-Pekin que Edward H. Harriman (socio de la banca Kuhn-Loeb, del «Northern Pacific») estaba encargado de construir, lo que había conducido a la formación de la «American Chinese Development Cy».

La expansión rusa en Extremo Oriente, señalada por la concesión en arriendo (por veinticinco años, factible de renovación) de Port Arthur y del ferrocarril Karbin-Mukden-Port Arthur (27 de marzo de 1898), del monopolio de las vías férreas del Jehol (1 de junio de 1899) y la inversión de 558 millones de rublos en Manchuria, la colocación de 2.688 quilómetros de raíles, la instalación de una base naval en Port Arthur y la explotación por la Compañía del Yalu de los bosques norcoreanos, cortada en seco por las victorias fulgurantes del Japón, apoyado por la alianza inglesa desde el 30 de enero de 1902, los Estados Unidos (que habían aplaudido el aniquilamiento de la escuadra de Port Arthur por el almirante Togo el 9 de febrero de 1904, sin declaración de guerra, las derrotas del general Kuropatkin en el Yalu y en Mukden (27.000 muertos, 110.000 heridos) y el desastre de la flota del almirante Rodjestvensky en Tsushima) habían impuesto su mediación y —«condicionado» el Imperio de los Zares para sufrir una primera revolución— se habían esforzado, al tiempo que concedían al Japón Liao-tung, la

(2) Cincuenta y un bombarderos en picado, 40 torpederos y 49 bombarderos horizontales, protegidos por 43 cazas, parte de los 423 aparatos embarcados sobre seis portaaviones (2 × 26.000 toneladas; 2 × 17.000, más dos transformados), salidos de las Kuriles el 26 de noviembre.

(3) Cf. almirante Robert A. Theobald, *The Last Secret of Pearl Harbour;* John T. Flynn, *The Roosevelt's Myth;* Mauricio Carlavilla, *Pearl Harbor*, y Charles A. Beard, *President Roosevelt and the Coming of the War 1941* (Yale, 1948).

mitad sur del ferrocarril manchuriano, el sur de Sajalin y las manos libres en Corea (que se anexionó el 20 de agosto de 1910), en frenar sus ambiciones, negándole una indemnización de 500 millones de dólares (que habría servido para hacerle la competencia a Harriman en el desarrollo de la red ferroviaria china).

Muy quebrantada por todos aquellos acontecimiento, la dinastía manchú se encontraba a la vez enfrentada a las intrigas de los bancos extranjeros y a los manejos de los revolucionarios, republicanos. En 1908, la «Hongkong and Shanghai Banking Corporation» (inglesa, fundada en 1867) aprovechó el desastre financiero provocado por las especulaciones de Craig sobre el caucho, y las dificultades subsiguientes en el seno de los bancos indígenas (bancos de Shanghai y bancos locales, «Tsien-chuangs» divididos en tres categorías, la primera de las cuales sólo era admitida en compensación), para descartar a estos últimos del empréstito de cinco millones de libras esterlinas solicitado por el gobierno para el rescate de la línea Pekin-Hankeu a una sociedad belga y rusa. Por su parte, los japoneses habían creado, en 1890, la «Yokohama Specie», en 1899 el «Bank of Taiwan» para la explotación de Formosa, y en 1906, en Dairen, el «Seyryn Bank» para Manchuria. Ultimos en llegar al mercado, en el que les representaban el «National City Bank of New-York» en Shanghai (1901) y la «International Banking Corporation» (1905), los norteamericanos no eran los menos activos: al frente de una comisión de expertos, el profesor Jeremiah W. Jenks, como condición previa para la concesión de empréstitos por aquella última firma, había recomendado en 1904 la adhesión del taël al patrón oro, pero, retenido por los japoneses, Pekin se había negado a ello. Una áspera rivalidad iba a enfrentar además la «Yokohama Specie» y el «National City Bank», por una parte, y la «Hongkong» inglesa, por otra, que aprovechó el período revolucionario de 1908-1911 para eliminar a los bancos indígenas y monopolizar (hasta 1914-18, en que tuvo que ceder una parte a sus competidores) el depósito de los ingresos de las aduanas (100 millones de dólares anuales), cedidos en garantía de empréstitos extranjeros, y el de las gabelas (90 millones de dólares).

Sociedades secretas y Revolución en China

Tal había sido el resultado, y no el menor, de la agitación de las Sociedades secretas. Procedente de la «Triade», como su amigo Cheng-Chi-liang, Sun-Yat-sen, ex estudiante de medicina en Hong-kong, y su hermano, plantador en Honolulú, obtuvieron el apoyo de las logias de aquellos dos lugares cuando fundaron, en 1895, la Asociación para el Renacimiento de China (Xing-chong-hui). En 1905, aquella sociedad se fusionó con otra, creada por Huang Xing (ex estudiante en Tokio) en el Hunan, en el seno de la «Tong-meng-hui», Sociedad para el Progreso Común, o «Liga juramentada», que proliferó en el Sseu-chuan y en el Yang-tsé medio. Con el apoyo de la poderosa Sociedad de los Mayores y de los Ancianos («Ge-lao-hui», extendida en el Hunan, el Hupei, el Kuei-cheu, el Sseu-chuan, que proporcionó más tarde al comunismo varios de sus jefes, Wu-Yu-chang, Chu-Teh, He-Long), lograron infiltrarse en el ejército. Sin embargo, sus diez primeras tentativas revolucionarias —entre ellas la de Ma-Fu-yi de la «Triade» en el Hunan en 1904, la insurrección de los mineros de Pingxiang en 1906 (Mayores y Tong-meng-hui), el levantamiento de Sun-Yat-sen y de Huang-Xing en Hoku

(cerca de la frontera de Tonkin)— fracasaron. Facilitada por la oposición de la oligarquía a la nacionalización de los ferrocarriles de la China central, susceptibles de ser hipotecados a los extranjeros (de un total de 11.753 quilómetros construidos en 1911, 7.687 pertenecían a sociedades extranjeras, y las inversiones europeas ascendían entonces a 3.035 millones de francos-oro para Inglaterra, 1.345 para Rusia, 1.315 para Alemania y 855 para Francia), la onceava, la de Wu-chang en octubre de 1911, triunfó. Pero una vez desembarazados de los manchúes, los comanditarios del movimiento eliminaron a Sun-Yat-sen y le sustituyeron, a principios de 1912, por el general y mandarín tradicionalista Yuan-Shi-kai, que estableció un régimen militar y reprimió, durante el verano de 1913, una «segunda revuelta» de Sun-Yat-sen, en el sur, apoyada por un levantamiento campesino de Bai Lang (de los Mayores y Ancianos) en el Honan, en el noroeste. A fin de permitir a aquel gobierno «republicano», ya que no democrático, reorganizar el país, un consorcio internacional le concedió un empréstito de 630 millones de francos-oro, bajo el control de expertos extranjeros, entre los cuales prevaleció la influencia del jurista norteamericano Goodnow.

Sobrevino la primera guerra mundial y, empujado por la Sociedad del «Dragón Negro» a intervenir para apoderarse de las concesiones alemanas (6 de agosto de 1914), el Japón ocupó Kiao-cheu (en el Chantung) y Tsing-tao (7 de noviembre de 1914). Envalentonado por las promesas que le habían hecho los Aliados, se atrevió incluso a dirigir a Yuan-Shi-kai, el 8 de enero de 1915, y en forma de ultimátum el 7 de mayo, 21 peticiones que tendían a establecer su preponderancia en el sur de Manchuria, Chantung y Honan (rico en mineral de hierro). Excepto en lo que respecta a la admisión de consejeros nipones, el dictador chino, el 24 de mayo, se resignó a ceder. Enarcando las cejas, el Departamento de Estado se limitó a formular unas observaciones moderadas. Pero, representando el papel de tercer ladrón, exigió para la paz (con desprecio de los acuerdos Lansing-Ishyi del 2 de noviembre de 1917) que las colonias alemanas del Pacífico no pasaran en bloque a manos del Japón, sino que fuesen repartidas de tal modo que las situadas al sur del ecuador se entregaran a Australia, unas y otras, naturalmente, en forma de mandatos. Nada se había decidido respecto al Chantung, debido a las violentas manifestaciones producidas en Pekin, el 4 de mayo de 1919, para protestar contra la atribución de aquella provincia al Mikado. Y, dado que los norteamericanos seguían imponiendo su mediación y sus soluciones, los nipones tuvieron que renunciar a mantenerse en aquella región (4 de febrero de 1922), antes de obtener de la Conferencia de Washington (12 de noviembre de 1921-6 de febrero de 1922), que situó a las dos flotas anglosajonas en primera fila, con el coeficiente 5 para cada una de ellas, el tercer lugar, con el coeficiente 3 (6 de febrero de 1922). El gabinete de Tokio recibió como otros tantos sofiones (que provocaron su dimisión en junio de 1922): el tratado a cuatro para el mantenimiento del «statu quo» en el Pacífico (13 de diciembre de 1921), la garantía de la integridad de China por el tratado de las nueve potencias (6 de febrero de 1922), la no renovación de su alianza con Inglaterra (exigida por los yanquis) y la discriminación establecida en lo que respecta a sus ciudadanos por las leyes norteamericanas sobre la inmigración de 1922 y de 1923.

Con la xenofobia, se introduce el comunismo

Entretanto, a favor de la anarquía reinante y de la reacción nacionalista del movimiento del 4 de mayo, el comunismo lograba penetrar en China. La entrada en guerra de los Estados Unidos en 1917 había tenido como consecuencia en Pekín el desencadenamiento de un golpe de Estado del primer ministro, Tuan-Chi-jai, y de los generales del norte contra el presidente de la República, Li-Yuan-hong, neutralista. Aquella lucha civil, que desembocó en la intervención de China en el conflicto contra Alemania (14 de agosto de 1917), debilitó hasta tal punto el poder central que en 1922, de un total de 18 provincias, únicamente cuatro obedecían a Pekín, y otras 12 a unos «señores de la guerra», generales comandantes de regiones, en tanto que en Canton, Sun-Yat-sen, dueño de dos provincias, había formado un gobierno rival y reorganizado el Kuo-Min-tang (emanación del «Tong-meng-hui» en 1912) en 1923, sobre la base, no marxista, de los «tres principios del Pueblo» (1924). Arrastrados igualmente por la ola nacionalista, dos marxistas de nuevo cuño (1920), Chang-Tu-siu y su amigo populista y patriota (autor de *La victoria del bolchevismo*) Li-Ta-chao habían fundado en Shanghai, en julio de 1921, un partido comunista chino, «Kung-chang-tang».

Organizador de una «Alianza obrera», emparentada con el «centralismo democrático» ruso, Chang-Tu-siu se vio frenado en sus tendencias exclusivistas por las consignas de la Internacional de agosto de 1922, de acuerdo con las directrices discutidas (en ocasión del II Congreso de la Internacional de julio de 1920) entre Lenin y Jean Roy, marxista hindú que consideraba a los pueblos de Asia como el motor de la Revolución. Por boca de Joffé (1923), y luego de Michel Grüzenberg, alias «Borodin» (llegado a Canton en octubre de 1923), Moscú acepta no sólo conducir a las masas campesinas al socialismo, sin pasar por una fase intermedia capitalista, sino también mantener relaciones con los otros grupos, e incluso con la «burguesía nacional». Mao-Tsé-tung (4), discípulo de su profesor de filosofía Yang-Chang-ji que, desde Changcha, le llevó como ayudante de bibliotecario a la Universidad de Pekin, en el otoño de 1918, nacionalista de siempre, marxista neófito y poco seguro, que ha predicado en tres artículos del *Xianjiang Pinglun*, «la gran unión de las masas populares» en el seno de organizaciones de obreros y campesinos, está completamente de acuerdo con aquel programa (incluida la alianza provisional con los comerciantes patriotas, tales como los de la Cámara de Comercio de Shanghai, que han protestado contra el golpe de Estado de Pekin, el 11 de julio de 1923).

Semejante táctica implica, para empezar, un acercamiento a Sun-Yat-sen y, si es posible, la infiltración en el Kuo-ming-tang por medio de adhesiones individuales. La colaboración contra los «señores de la guerra» y los «diablos extranjeros», sellada en el primer Congreso de enero de 1924, discurre al principio sin nubes. Lleno de buena voluntad, Sun envía a Chiang-Kai-chek

(4) Nacido en 1893, de un padre traficante de granos del Honan, alimentado de los reformistas Kang-Yu-wei y Liang-Qi-chao, gran admirador, a la vez, de los emperadores unificadores Qiu-Shi, Huang-di y Hang-Wu-di (el adversario de los Huns) y del gobernador Cheng-Guo-fan, que aplastó a los Taipings, profesaba en 1917-18 que «tenemos que librarnos de los "tres lazos" (o principios: fidelidad al príncipe, al padre y a la esposa) que constituyen, con la religión, los capitalistas y la autocracia, los cuatro demonios malos del imperio».

(miembro del partido desde 1911, enriquecido en Shanghai) a formarse a Moscú, de donde regresa en 1924, acompañado del general Vassili Blücher (Galen). La represión de un motín en Shanghai, a tiros de fusil, por la policía británica, el 30 de mayo de 1925, da la señal de huelgas en aquel puerto y, en Canton, del boicot de las mercancías extranjeras (junio de 1925), de disturbios, seguidos de la ocupación de la concesión británica en Hankeu (diciembre de 1926), de ataques contra el consulado de Nankin (marzo de 1927). Más grave es la agitación campesina lanzada por Mao, sin gran éxito al principio en mayo de 1925 en el Hunan, donde choca con unos grupos no marxistas (5), pero mantenida por las sociedades secretas: «Triade» (en el Fukien y en el Kuang-tung); Mayores y Ancianos; «Gelao-hui» (Hunan, Hupei, Kuei-cheu y Sseu-chuan); «Largos Cuchillos» (Nganhuei, Honan, Chantung); «Sociedad de la Moralidad» (en el Petchili y en las tres provincias del Nordeste); y «Lanzas Rojas», procedentes del «Lotus» y de los «Boxers», formados en grupos de autodefensa, 100.000, en el Honan. Pero las buenas relaciones entre el Kuo-Ming-tang y los comunistas no sobreviven a Sun-Yat-sen, muerto en marzo de 1926. El 20 de marzo se produce un incidente. Convertido al protestantismo, introducido por su matrimonio con Mei Ling en el clan, rico y poderoso, de los banqueros Soong, y cuñado de la viuda de Sun-Yat-sen, el generalísimo Chiang, lo mismo que su adjunto Uang-Ching-uei, se inquieta por la influencia rusa. Apenas se ha hecho dueño de Nankin (marzo de 1927) y del valle del Yang-tsé, rompe con el Kung-chang-tang, somete a Chang-Tu-siu a su autoridad, ordena que se practiquen registro en los locales de las misiones rusas (abril), hace estrangular a Li-Ta-chao, fundador del partido, por Chang-So-lin, reduce el motín de los obreros de Shanghai, dirigido por el sindicalista Li-Qi-han, tanto más fácilmente por cuanto los jefes de la «banda verde» —bateleros transportistas de cereales— «Qing Bang», y los de la «banda roja», son unos gangsters que se dejan comprar), ahoga en sangre en diciembre la revuelta de los trabajadores de Canton (fomentada por Borodin y dirigida por el extremista Li-Li-san), rompe sus relaciones con los Soviets el 14 de diciembre de 1927 y establece su capital en Nankin.

Dueño de Pekin el 8 de junio de 1928, logra restablecer una apariencia de orden y de unidad, lo que le vale cierta consideración por parte de los anglosajones: de los británicos (que conservan la preponderancia en el país, con el 50 % de las inversiones, el 50 % de las importaciones, cerca de 1.000 empresas en 1925, en vez de 590 en 1914), que renuncian a su concesión en Hankeu, el 19 de febrero de 1927, y también de los norteamericanos, que aceptan que le sea devuelta la autonomía aduanera. En el terreno financiero, el Banco Central de China ha sido reorganizado en 1924. Es el heredero del primer banco nacional, o Hou Pou, creado en 1905, que no cesado de luchar

(5) Mao extraerá las conclusiones de aquel fracaso en una encuesta de enero y de febrero de 1927. Distingue en ella, sobre 320 millones (el 80 % del total de la población), ocho clases de hacendados: grandes propietarios, 320.000; medianos, 500.000; y pequeños, dos millones, hostiles; campesinos explotadores, 120 millones (subdivididos entre los que viven con holgura, 12 millones, «cobardes»; los que tienen lo suficiente para vivir, pero no más, 60 millones, «neutrales»; y los que viven mal, 48 millones, «simpatizantes»); semipropietarios, 170 millones (arrendatarios, 50; aparceros, 60; campesinos pobres, 60), a los cuales hay que añadir los obreros agrícolas sedentarios, los jornaleros ocasionales y los artesanos rurales; finalmente, 20 millones de «parias», entre los cuales se reclutan los peones de las sociedades secretas. Si se añaden a estos elementos dos millones de obreros de fábricas, no existen más de cinco millones de contrarrevolucionarios sobre un total de 400 millones de chinos.

contra la circulación de los billetes de las Compañías extranjeras («Shanghai Bank», inglesa, «American Oriental Banking» y «American Express», sucursales niponas de las firmas Mitsui, Mitsubishi, Samitomo), a fin de reconquistar el monopolio de la emisión de la moneda nacional (taëls y dólares plata) y de controlar el Banco de las Comunicaciones y una treintena de bancos comerciales, en espera de que se organicen la «China Finance Development Corporation» para la industria (1934), y la «China Agricultural Investment Cy» para la agricultura (1935).

Los comunistas, reducidos a la impotencia en las ciudades, concentran ahora sus esfuerzos en las zonas rurales. Desde noviembre de 1927 hasta febrero de 1928, un primer centro administrativo al estilo soviético es constituido por Peng Bai en Hailufeng. En abril de 1928, en los montes Ching Kan Shan (en los límites del Hunan, del Kiangsi y del Kuantung), Mao establece contacto con las tropas que se han amotinado en Nantchang, respondiendo al llamamiento de Yeh Ping, de He Long, de Chu-Teh (6) y de Chu-En-lai, en agosto de 1927. El 4.º Ejército, así formado, permite a Mao establecer un régimen comunista en el Kiangsi, en agosto de 1929. Pero Chang-Kai-chek, secundado por una misión militar alemana (generales von Seekt, von Falkenhausen, Wetzell, coronel Kriebel), que será retirada por Hitler, reacciona con éxito, impide a Li-Li-san apoderarse de Changcha, y desarrolla ofensiva tras ofensiva (noviembre de 1930, mayo de 1931, junio de 1932, octubre de 1933) contra el Kiangsi, donde el primer Congreso soviético chino, reunido en Ruijin, ha proclamado a Mao-Tsé-tung presidente de la República el 1 de noviembre de 1931. Este último controla entonces 60.000.000 de habitantes, y dispone de 36 cuerpos y de 15 divisiones locales en 1932, y de 350.000 soldados regulares y 600.000 milicianos en 1933. Sus lugartenientes, Liu-Chi-dan y Xie-Zso-chang, pertenecen a la Sociedad de los Mayores y de los Ancianos, que Mao intentará unir en bloque a su movimiento, el 15 de julio de 1936.

¿Qué papel ha desempeñado el Judaísmo?

Al margen —o a través— de las sociedades secretas, ¿qué papel ha desempeñado el judaísmo en aquella instauración del comunismo en China? Poco importante, la colonia formada en Kai-fung-fu, en el Honan, sobre el río Amarillo, por los refugiados hebreos llegados a través de Persia después de la destrucción del Templo, bajo el emperador Ming-ti, de la dinastía Han, descubierta por el jesuita Padre Ricci a principios del siglo XVII, había conservado su sinagoga y sus libros sagrados. En 1760, unos judíos de Londres habían establecido contacto con ella y, a raíz de una encuesta llevada a cabo en 1850 por una asociación protestante británica para la conversión de los judíos, dos de sus representantes se dirigieron a Shanghai, centro en el que reinaba, como en la India, la poderosa dinastía financiera de los Sassoon de Bagdad. Confundidos frecuentemente con los discípulos de las religiones de la India, o Tiao-chu-kiao, e incluso con los musulmanes, los judíos chinos, poco diferenciados de la población autóctona, a veces convertidos al budismo, a veces llegados incluso al mandarinato, se llamaban entre ellos Tiao-Kin-kiao.

(6) Este general, salido de la Academia de Yunnan, de costumbres licenciosas, adherido al marxismo en 1922, ha vivido en Alemania, en París y en Moscú, y se ha unido a los rebeldes en 1927, al Noroeste de Canton.

Expulsados en 1857 por la revuelta de los Taipings de su centro de Kai-Fung-fu (al que sólo regresaron 300 ó 400 en 1866), se dispersaron hacia las grandes ciudades del litoral. Allí, en 1867, su correligionario vienés, y muy activo agitador revolucionario, J. B. Liebermann (pariente de Aaron Liebermann, expulsado de Viena en 1875, fundador en Londres en 1876 de la Asociación de los socialistas judíos, refugiado en Viena, luego expulsado de Austria en 1879, emigrado a los Estados Unidos), efectuó una gira entre ellos. Por instigación suya, trabajaron para el desarrollo de la Francmasonería y de las sociedades secretas chinas. El propio Mao, y algunos de sus colaboradores del partido comunista y del ejército rojo, pasan por ser unos Tiao-Kiu-kiao.

Presión de Tokio sobre Manchuria: oposición norteamericana

Entretanto, el Japón, aprovechando la anarquía china, ha logrado infiltrarse en Manchuria, y luego meter en un puño al país. Prudente, el barón Shidehara, presidente del Consejo (salvo una interrupción desde 1927 hasta 1929, con el barón Tanaka), ha actuado al principio por medio de terceras personas. Gracias a la complicidad del mariscal Chang-So-lin, dueño de la China del norte, secundado por el general Honjo, desde febrero de 1922 hasta 1924, 240.000 nipones y 800.000 coreanos pudieron establecerse en el país. Pero, muerto misteriosamente aquel «señor de la guerra» en 1928, su hijo Chang-Hsue-liang provocó con sus exacciones amotinamientos entre sus 120.000 soldados de Mukden. Presto a aprovechar la ocasión oportunamente ofrecida por la explosión de una bomba en la vía del sudmanchuriano (18 de septiembre de 1931) y el asesinato del mayor Nakamura, enviado de paisano, como «explorador», a Mukden, el gobierno de Tokio se decide entonces a intervenir.

El ejército del Kuangtung le ha empujado irresistiblemente a ello. Los militares, en el Japón, se encuentran por otra parte en plena efervescencia. Conscientes de las necesidades de expansión de una población que ha aumentado (después de la supresión del control de la natalidad), gracias a la industrialización, de 30 millones en 1868 a 82, suficientemente occidentalizados para participar de la ideología «fascista», trabajados por las sociedades nacionalistas (7) (que dan nacimiento en mayo de 1932 a un partido nacionalsocialista: «Nihu Kokka Shakai Tô»), soportan difícilmente la preponderancia del clan Choschu en el ejército (entrenado a la prusiana) y del clan Satsuma en la Marina (discípulo de la Royal Navy) y se sublevan contra el reinado de la plutocracia (representada por el barón Mitsui y sus 284 empresas con un capital de 26.000 millones de francos, el barón Iwasaki, controlando 92 empresas del grupo Mitsubishi, los miembros del «Keizai Club», etc.), y el dominio sobre la política, desde 1921, del partido «Seiyukai», emanación de los grandes intereses económicos. Hasta el punto de que se suceden los atentados, de los que son víctimas el ministro de Finanza, Unnosuki Inué (9 de febrero de 1932), Takuma Dan, administrador del *cartel* Mitsui (en marzo), el primer

(7) Agrupaciones de oficiales Sakura Kai, Kozakura Kai (septiembre de 1930); Meirin Kai, del general Tanaka (oficiales de Reserva, 1932); de terratenientes: Kodo Kai (1933); de nacionalistas: Kokumin Domei; de fascistas: Ketsumei-Dan, Dai Nihon, Shiupei Tai (1932), Tatsuo Amano, etc.

ministro Inukai, muertos, y heridos el príncipe Saiongi consejero del Mikado, el conde Makino, el almirante Susuki, chambelán, y los ministros Shidehara, Okeda y Tokugawa. Y los complots, en marzo de 1931, el 15 de mayo de 1932 (tentativa de *putsch*), 10 de julio de 1933 (Shiupei-thai), 20 de noviembre de 1934 (revuelta de la Escuela Militar), están a la orden del día.

Dueño de Manchuria, el 24 de octubre de 1931, el ejército, fortalecido por la autoridad que el general Araki, ministro de la Guerra, ejerce sobre el gobierno de Tokio, encarga a un Comité nacional reunido en Mukden el 16 de febrero de 1932 que proclame la independencia del nuevo estado del Manchukuo, y coloca a su cabeza al heredero de la dinastía expulsada de Pekín en 1911, Pou-Yi (1 de marzo de 1932). Con la ayuda de la Compañía del Ferrocarril Manchuriano (verdadera Compañía con Código propio, que dispone de una guardia, de una policía, de un Servicio de Información, de 3.500 funcionarios, de más de 200.000 empleados, con un activo de 200 millones de yens en 1907 y de 800 en 1938, dotada de una flota mercante de 500.000 toneladas, de Universidades, de hospitales, etc.), cuya red cuenta con 9.653 quilómetros en 1937 (contra 3.500 en 1907), lo convierte en un modelo de explotación agrícola, minera e industrial. La ocupación de Jehol al oeste y, del sur al norte, de las provincias de Liaoning, de Kirin y de Heilungkiang en la primavera de 1933 redondea sus fronteras; la expulsión de los chinos de la zona conquistada entre la Gran Muralla y los suburbios de Pekín, la constitución de regiones autónomas (Tchagar al oeste, junio de 1935, y Hupe, al sur del Jehol) y la desmilitarización de una franja meridional (Sueiyuan, Chansi, Chantung) lo rodearon de un glacis protector. La U. R. S. S., que por su parte había puesto pie en la Mongolia exterior (12 de marzo de 1936), se inclinó y aceptó ceder sus derechos sobre el Transmanchuriano por 140 millones de yens, el 23 de marzo de 1935; entonces, el Japón consideró que había llegado el momento de proclamar sus «derechos especiales» sobre el continente amarillo.

Por desgracia, aquella doctrina, versión asiática de la de Monroe, no fue del agrado del Tío Sam, que, el 25 de julio de 1928, había reconocido al gobierno de Chiang-Kai-chek. Contra la ocupación de Manchuria, el secretario de Estado, Stimson, reaccionó tan violentamente, a finales de 1932, que el presidente Hoover, temiendo que precipitara a los Estados Unidos en la guerra, se esforzó en moderarle. Bajo la égida de Ginebra, el informe de lord Lytton (29 de febrero de 1933) se encargó de poner a los japoneses en la disyuntiva de abandonar sus conquistas (24 de febrero de 1934). Respondieron abandonando la Sociedad de Naciones (26 de marzo de 1934), anexionando el Jehol al Manchukuo, denunciando los acuerdos de Washington (29 de diciembre de 1934) y acelerando su programa de construcciones navales (cinco acorazados de 40.000 a 45.000 toneladas, más tres de 55.000, más dos de 63.000; 11 portaaviones, 99 torpederos, 171 submarinos; para alcanzar 1.375.000 toneladas de buques de línea en 1940). La subido al poder de Franklin Delano Roosevelt y de su «Brain trust» marxistizante, el 4 de marzo de 1933, que se apresura a reconocer «de jure» a la U. R. S. S. y a introducirla en la Sociedad de Naciones el 18 de septiembre de 1934, y que no esboza la menor protesta contra el protectorado establecido por Moscú sobre la Mongolia exterior (12 de marzo de 1936), no tiende evidentemente a un relajamiento de la «non-recognition policy» (a pesar de la influencia moderada de Cordell Hull, que se niega a seguir a los ingleses en la aplicación de

sanciones), hasta el punto de que los japoneses, conscientes de constituir la única barrera válida contra el comunismo en Asia, no llegan a comprender la hostilidad sistemática de que son objeto en Washington.

El ejército nipón se compromete en China

De momento, dos tendencias se oponen en sus ejércitos: los jóvenes oficiales, agrupados en el movimiento Kodo-Ha, para los cuales el enemigo número 1 es Rusia (las 13 divisiones del mariscal Blücher, 300.000 hombres, que montan guardia en torno a Manchuria), y los cuadros superiores, miembros del Tosei-Ha, partidarios de la constitución de un partido único, pero que conciben la expansión hacia China y los mares del Sur como la solución del futuro y la verdadera vocación del Japón. El conflicto es tan áspero, que el 11 de agosto de 1935, el teniente coronal Saburo Aizawa mata de un sablazo al general Nagata, director en el ministerio de la Guerra. En diciembre, en espera de elecciones, en las cuales el Partido Seyukai, conservador, perdió 93 escaños en beneficio del Minseito, el proceso del asesino fue aplazado. En el momento en que, reanudado en febrero de 1936, iba a desembocar en una condena, el capitán Nuaka subleva al 3er Regimiento de la Guardia (26 de febrero de 1936), ocupa los edificios públicos, mata al almirante Saito y al general Watanabi, alcanza mortalmente al ministro de Finanzas, Takahashi y hiere al gran chambelán almirante Suzuki, en tanto que el almirante Okada, primer ministro desde 1934, logra escapar. El ministro del Interior, Tomo Goto, consigue al día siguiente reorganizar a los elementos leales y el general Hayashi, ministro de la Guerra, media el 28; el 29, el general Kishyi, gobernador militar de la capital, discute en nombre del Emperador con una delegación de los rebeldes: habiendo recibido la promesa de una reforma del gobierno, el capitán Nuaka y 20 oficiales se suicidan, y las tropas se reintegran a la disciplina (no obstante, la represión entrañará la ejecución del coronel Aizawa, 13 condenas a muerte, cinco a prisión perpetua, 24 reclusiones en fortaleza, 27 en prisión simple). El 9 de marzo, Hirota forma un gabinete, con el general Terauschi en la Guerra y el almirante Nagano en la Marina; con el general Hideki Tojo, el Tosei-Ha sube al poder; el programa del 16 de marzo incluye la restauración de la autoridad del Mikado (la eliminación del barón Ikki, presidente del Consejo privado, señala la repudiación del principio constitucional inglés: el rey reina, pero no gobierna), la imposición de tasas contra los *trusts*, el refuerzo del control del Estado sobre las industrias, ya que la economía japonesa padece una crisis temible —traducida en una devaluación del yen del 50 %—, que repercute en su agricultura, en su industria y en sus exportaciones.

Sin más dilación, el ejército se compromete en China con todos sus medios. En la noche del 7 al 8 de julio de 1937, la desaparición de un soldado japonés en un barrio de Pekin (Liokuchiao), provoca el ataque de Canping y el envío de un ultimátum (17 y 25 de julio), exigiendo la evacuación de la China del norte, que Chiang-Kai-chek rechaza, naturalmente. Tras lo cual, los nipones entran sin dificultades en la capital el 28 de julio y penetran a lo largo de la vía férrea del Chansi hasta Tai Yuan Fu (noviembre), y por otra parte desembarcan en Shanghai los días 25-27 de octubre hasta el 12 de noviembre, apoderándose de Nankin el 14 de diciembre y extendiendo su dominio sobre el valle medio del Yang-tsé, sobre Tsing-tao (10 de

enero de 1938), sobre Hankeu (25 de octubre) y el litoral sur, desde Amoy (12 de mayo) hasta Canton (21 de octubre) en 1938, lo que les hace dueños de una quinta parte del territorio chino —el más rico—, poblado por 200 millones de habitantes, o sea, el 42 % del total. Pero aquella ocupación de los puertos, de los principales centros urbanos y de las vías de comunicación más importantes, absorbe unos efectivos del orden de un millón, sin determinar por ello una decisión militar, y mucho menos política, en aquel inmenso territorio, que «encaja» las ofensivas a modo de un edredón de plumas los puñetazos. Aunque está apoyado por la Sociedad «Hong de los Cinco Continentes», procedente de la «Triade», el gobierno vasallo de Uang-Ching-uei, establecido en Nankin, no logrará imponerse (8).

Chang, aliado de los Rojos, apoyado por los anglosajones

Chang-Kai-chek, que antes de la invasión ha tenido tiempo de obligar a los comunistas a abandonar el Kiangsi en octubre de 1935, para llegar, tras una «larga marcha» de 10.000 quilómetros (extenuante hasta el punto de que, salidos 300.000, sólo llegarán 40.000), al norte del Chensi, en torno a Yenan, incapaz de hacer frente a los japoneses, ha replegado su gobierno sobre Chungking, en el alto Yang-tsé. Las circunstancias le obligan a un acercamiento con los rojos. Ya, caído en manos de Chang-Hsue-liang, el hijo de Chang-So-lin, en Sian, en diciembre de 1935, había tenido que prometer, como precio de su libertad, formar un frente común con ellos contra los nipones. El 22 de septiembre de 1937 es cosa hecha: se concluye un acuerdo entre Kuo-Ming-tang y Kun-Chang-tang. Mao, que con Chang-Guo-tao y Chu-Teh, se había mostrado partidario de él en su declaración del 10 de enero de 1933 y su proclama del 15 de julio de 1934, convertido en jefe del partido comunista chino en enero de 1935, cubierto aquel año por la decisión del VII Congreso de la Internacional de concluir «un frente unido en la cumbre» (haciendo tabla rasa de la doctrina exclusivista, obrera y proletaria, de Li-Li-san y de Wang-Ming en el Comité Central, y luego en el Comité Ejecutivo de la Internacional, el 26 de agosto de 1931), profesa en efecto (desde diciembre de 1935 al otoño de 1949) que «la dictadura democrática del pueblo» debe apoyarse sobre «el bloque de las cuatro clases», obreros, campesinos, pequeños burgueses y «burguesía nacional» (que estará representada durante mucho tiempo incluso en los círculos dirigentes del régimen). El partido, que ha declarado la guerra al Japón en 1932, colabora, pues, contra el invasor con Chang-Kai-chek, y el 4.° Ejército rojo mantiene bajo su control al oeste, entre la Mongolia exterior y el Hupeh, un arco formado por los confines del Chensi, del Kansu y del Ningshia, en tanto que el 8.° de Chu-Teh pasa a las órdenes del mariscal nacionalista Yen-Hsi-shan, «gobernador modelo» del Chansi, que opera en el Yang-tsé (9).

(8) La «Vía de la Unidad Fundamental», las Sociedades del «Gran Cuchillo», de las «Lámparas Rojas» y de la «Nube Blanca», apoyarán más tarde al gobierno de Formosa.

(9) En la región del río Amarillo, de enero a mayo de 1938, los japoneses progresan a lo largo de la vía del Lung-hai (Kaifong-Lao-yan, Sian-fu, en el Chensi). Convergiendo del norte y del sur, dos de sus ejércitos ocupan el nudo de comunicaciones de Siu-cheu (intersección de la línea de Pekin, Nankin-Shang-Hai y de la de Lung-Hai, cortando el Pekin-Hankeu al oeste de Kaifong). El 26 de julio, penetran en Kiu-kiang. Pero, en el centro del país, no logran controlar el ferrocarril Hankeu-Canton. Para cortarlo, atacan por tres veces Chang-cha, la capital del Hunan: son rechazados entre el 17 de septiembre y el 2 de octubre, y fracasan de nuevo entre los días 24-31 de diciembre de 1941 y 4 de

Por otra parte, a Chang-Kai-chek no le faltan apoyos exteriores. Moscú, tratando de atraérselo, le ofrece suministrarle el armamento de 24 divisiones. La Gran Bretaña le otorga créditos para el mantenimiento de sus vías férreas (primavera de 1937). Pero los que reaccionan con vigor son especialmente los Estados Unidos. Con palabras, primero: el 3 de enero de 1936, Roosevelt denuncia «a Alemania, Italia y Japón... que han vuelto a la antigua creencia en la ley del sable». Reprobación que estimula Tokio al firmar, por iniciativa de su agregado militar en Berlín, el 25 de noviembre de 1936, el pacto Anti-Komintern, desprovisto por otra parte de cláusulas militares (el Reich no olvida que ha mantenido, desde 1933 hasta 1935, una misión de un centenar de oficiales cerca de Chang). Diplomáticamente, después: los Estados Unidos se esfuerzan, inútilmente, en hacer condenar al Japón por siete de los firmantes del tratado de las nueve potencias, en Bruselas (del 3 al 24 de septiembre de 1937). Financieramente, por fin, con la concesión de créditos (170 millones de libras esterlinas en 1939-40, y 100 suplementarios, más tarde) y la admisión de China a los beneficios de la Ley de Préstamo y Arriendo.

Entretanto, Tokio, donde el gobierno Yonai, moderado, cede el puesto a un gabinete Konoye, más áspero en la negociación, el 17 de julio de 1940, se aprovecha de la derrota francesa para aislar a Chang de sus fuentes de abastecimiento, exigiendo del general Catroux, en Indochina, derecho de paso hacia el Yunnan (19 de junio de 1940), y negociando con su sustituto, el almirante Decoux (nombrado el 20 de julio), más coriáceo, la concesión de tres bases aéreas con una guarnición de 6.000 hombres en Tonkin, contra el reconocimiento de soberanía francesa (22 de septiembre) y la conclusión de un acuerdo económico (24 de octubre de 1940), en espera de imponer por el tratado de Tokio del 9 de julio de 1941 el reconocimiento de la ocupación por Tailandia (del 18 al 28 de enero de 1941) de la orilla derecha del Mekong a costa de Camboya, y de una franja de territorio al oeste del Alto Laos, y de proceder finalmente a una verdadera ocupación del país por 35.000 hombres (acuerdo Darlan-Kato del 29 de julio de 1941). Luego, prepara su penetración en las Indias neerlandesas, enviando allí en misión a Kobayashi, encargado de obtener las materias primas indispensables para el funcionamiento de su economía y para el mantenimiento de sus fuerzas militares. Es entonces cuando Roosevelt establece el embargo sobre las importaciones niponas, «congela» los fondos japoneses en los Estados Unidos (1 de agosto), se niega a entrevistarse con el príncipe Konoye (2 de octubre), provoca así su dimisión (15 de octubre) y su sustitución por el general Hideki Tojo (16 de octubre) decidido a recurrir a la fuerza, replica a Tokio, que pedía el cese de la ayuda norteamericana a Chang-Kai-chek, exigiendo la evacuación de Indochina y el abandono del gobierno de Uang-Ching-uei (notas de los días 20 y 26 de noviembre de 1941), y se lanza por el camino de provocaciones que hemos evocado anteriormente, con «el premeditado designio de inducir al Japón a tomar la iniciativa de las hostilidades» (como escribe Renouvin,

---

enero de 1942. Remontando el valle del Yang-tsé, llegan a I-chang el 12 de junio de 1940, al pie de las montañas, a 400 quilómetros de Chung-king, refugio de Chan-Kai-chek. En el sur, en el Kuang-si, en la frontera de Indochina, han tomado Nanning (terminal de la carretera de Hanoi) el 27 de noviembre de 1939, pero los chinos han resistido en Kiu-tung el 4 de enero y han reconquistado Pin-yang el 4 de febrero y Nanning el 18 de marzo. En 1942, atacan desde Nan-chang hasta Kian-si, y establecen contacto el 1 de julio con sus tropas del Che-kiang, que habían ocupado Shu-ki el 17 de mayo y Chu-sien el 1 de junio, a fin de impedir el acceso al litoral a los norteamericanos.

tomo VIII, pág. 309). El secretario de Estado para la Guerra, Stimson, confirma en su diario, con fecha 29 de noviembre de 1941, aquella intención deliberada: «El problema estriba en saber cómo debíamos maniobrar para que (el Japón) efectuara el primer disparo» (cf. William Langer Everett Gleason), incluso a costa de un desastre naval.

Para lanzar a América a la guerra, con el fin de salvar a los Soviets, Roosevelt había esperado a que los japoneses, teniendo las manos libres del lado ruso, se lanzaran a la gran aventura del Pacífico Sur, y a que la ofensiva alemana fuese contenida por el invierno, delante de Moscú.

* * *

Aislado, Londres codicia la flota y el Imperio francés: Mers-el-Kebir, Dakar

Desde el 25 de junio de 1940 hasta el 22 de junio de 1941, durante un año, Inglaterra había soportado prácticamente sola el peso de la lucha.

Calculado en función de la continuación de las operaciones contra el Reino Unidos, el armisticio concluido el 22 de junio en el vagón de Rethondes, en presencia de Hitler, Goering, Hess, Ribbentrop, de los generales Keitel y Jodl y del almirante Raeder, por el general Huntzinger, asistido del embajador Noël —en la atmósfera caballeresca propia de unos hombres de guerra—, apuntaba a la vez a asegurar a Alemania el control militar del litoral de la Mancha y del Atlántico y la ocupación de un «hinterland» (englobando las dos terceras partes del territorio) delimitado por una línea que pasaba por Gex-Chalon-Moulins y seguía, desde allí, una paralela a la vía férrea Tours-Burdeos-Hendaya, y a conceder a Francia unas condiciones aceptables: mantenimiento de la autoridad de su gobierno, teóricamente sobre la totalidad del país (con simple colaboración de los funcionarios con los ocupantes), y oficialmente, sin trabas, sobre la zona libre, sobre el Imperio, sobre un ejército reducido a 100.000 hombres, sobre una flota (en parte desarmada en puertos franceses, en parte dedicada a la defensa del Imperio) y sobre una aviación desarmada (900 de cuyos aparatos habían sido trasladados a Africa por orden del general Pujo). Habiendo eludido Hitler en Munich, el 18 de junio, la propuesta de Mussolini de hacer penetrar 18 divisiones de infantería por el boquete de Belfort en dirección a Langres, y puesto sordina a las ruidosas pretensiones italianas —sobre Niza, Córcega, Túnez, la costa de los Somalís, la ocupación de la región del sudeste, la entrega de la aviación y de la marina de guerra—, tanto más fácilmente por cuanto los dos asaltos lanzados por 20 divisiones en los Alpes y la Riviera habían fracasado lastimosamente contra la resistencia de cinco divisiones francesas, la extensión del armisticio a Italia, firmada el 24 en Roma por los mismos plenipotenciarios con el conde Galeazzo Ciano y el mariscal Badoglio, no había sido más que una cortés formalidad.

De momento, la flota y el Imperio de Francia continuaban siendo objeto esencial de los temores y de las apetencias de Inglaterra. Persistiendo en un proyecto que, el 18 de junio, preveía, en el caso de que las condiciones de armisticio fuesen inaceptables, el mantenimiento del mariscal Petain en la

Metrópoli, pero la salida hacia Africa del Presidente de la República, de los de las Asambleas, de Camille Chautemps y de los ministros, por Port-Vendres, y de los Parlamentarios por Burdeos, Georges Mandel (detenido, luego soltado una primera vez el 17 de junio) decidió, en compañía de Mendès-France, Jean Zay, Daladier, Delbos, Le Troquer, Paul Bastid, Campinchi y otros ultrancistas (en total, un senador y 19 diputados, de 200 parlamentarios replegados en Gironde), embarcar en el «Massilia» (cuya tripulación les trató de cobardes y de fugitivos) el 21 de junio en dirección a Casablanca, donde trató de «tomar el poder» el 24. Inmediatamente, el bullicioso Duff Cooper y el brillante general Gort fueron a reunirse con él. Pero la aventura no prosperó, lo que salvó al Imperio de la invasión. El general Georges, el mariscal Goering y el propio Churchill coincidieron más tarde sobre ese punto, y el general Desmond-Young analizará los motivos en estos términos: «Hitler les hubiera seguido hasta allí. España se habría visto obligada... a dejar que los alemanes cruzaran su territorio... Gibraltar hubiese caído... la toma del canal de Suez... las rutas de Siria, del Irak, del Irán y finalmente del Cáucaso, habrían quedado abiertas de par en par».

En cuanto a la flota, fingiendo ignorar las seguridades dadas el 17 de junio, solemnemente confirmadas el 19 por el mariscal Petain, el almirante Darlan y el ministro Paul Baudoin al Primer Lord del Almirantazgo Alexander, al almirante sir Dudley Pound y al ministro de las Colonias, lord Lloyd, y las condiciones del armisticio, que le fueron comunicadas por Baudoin y Charles-Roux, su secretario general, el 22, el embajador sir Ronald Campbell (que ha precipitado su salida de Burdeos el 23), el brigadier Spears, e incluso De Gaulle (que, tras haber sido separado del Ejército, se verá, por aquella desdichada iniciativa, condenado a muerte en rebeldía, el 30 de julio, por el Consejo de Guerra de Clermont-Ferrand), no cesan de intervenir cerca de Churchill para que sea confiscada o destruida, medida «necesaria para mantener el prestigio inglés». La decisión, tomada el 28 de junio —al mismo tiempo que la del reconocimiento de la «Francia libre», que no pondrá al lado de De Gaulle, al que se han unido René Cassin y Maurice Schumann en Londres, ni al personal de la embajada, ni a más de 6.000 «voluntarios» (únicamente 1.000 de los 10.000 combatientes traídos de Narvik por el general Bethouart)—, de la operación «Catapult», conducirá a la captura de barcos franceses anclados en Portsmouth, Plymouth y Southampton y el internamiento de sus tripulaciones, el 2 de julio, al desarme de la escuadra del almirante Godefroy por el almirante Cunningham en Alejandría, y a la ignominiosa destrucción de la escuadra de Mers-el-Kebir (por orden formal de Londres, a pesar de que el almirante Gensoul ha comunicado al almirante Somerville las últimas instrucciones de Darlan, del 24 de junio, ordenando que los buques se refugien en los Estados Unidos o en las Antillas, o sean hundidos, antes que caer en manos de los alemanes): cuatro acorazados, un portaaviones, seis contratorpederos, cuatro torpederos, cuatro submarinos —destrucción a la cual sólo escaparon el acorazado «Strasbourg» y tres contratorpederos—, machacados sin poder replicar el 3 de julio por la artillería de los atacantes, y rematados los días 6 y 8 (el «Dunkerque» y el portaaviones) por los torpedos de su aviación. Aunque murieron 1.297 marineros y 351 resultaron heridos, aunque se perdieron 122.000 toneladas de las 590.000 de la flota francesa, el gabinete de Vichy, frenado por Paul Baudoin y el general Weygand, se negó a perseguir a la escuadra inglesa,

cómo deseaba Darlan; y, a pesar de Laval, se limitó a romper, el 4 de julio, las relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña.

Es cierto que, por su parte, Hitler no hacía nada para atraerse la confianza de Francia. Conglutinador del «Deutschtum», no ha resistido a la tentación de reanexionar la Alsacia y la Lorena: y, para empezar, establece el cordón aduanero en los Vosgos, suprime la administración francesa, expulsa el 16 de julio, concediéndoles un plazo de media hora, a 22.000 personas, declara el alemán idioma obligatorio, el 29 de julio, y nombra en agosto dos «gauleiter», Robert Wagner y Joseph Burckel. En Flandes, ha puesto los departamentos del Norte y del Paso de Calais, situados en zona costera prohibida, bajo la dependencia del gobierno militar de Bruselas, lo que despierta dudas sobre sus intenciones futuras. Además, con el millón y medio de prisioneros que retiene, así como con la aplastante indemnización de 400 millones diarios para el mantenimiento de las tropas de ocupación (que la cotización encarecida del marco, 20 en vez de 16, hace más pesada), y la continua amenaza del cierre de las línea de demarcación entre las dos zonas, dispone de temibles medios de presión contra la Francia vencida. ¿Hay que asombrarse, pues, de las reticencias de los franceses a coger una mano tendida con tanta reticencia, y de su tendencia a contestar a unas semi-medidas de generosidad con un doble juego, o más exactamente con una prudente actitud de espera?

En Vichy, Laval instala el gobierno del Mariscal

Desde el 23 de junio, Pierre Laval es miembro, y desde el 27 vicepresidente del gobierno francés, bajo la autoridad del Mariscal. Partidario, en 1932, de la candidatura de este último a la Presidencia, ha permanecido ligado, como Henri Lémery, al vencedor de Verdún, al cual el estuto Doumergue ha llamado, después del 6 de febrero de 1934, para apaciguar a la opinión amotinada contra «los ladrones», a un gabinete de revoque de la III República, llamado de Unión nacional. Asociado a la campaña (inspirada por Alibert) de Gustave Hervé en 1935, «lo que necesitamos es un Petain», autor de una gestión cerca de él, por mediación del comandante Loustaunau-Lacau (de la Cagoule) en septiembre de 1939, en el momento en que la «parodia de guerra» habría podido terminar antes de haber empezado, Laval (nacido en 1883, hijo de un posadero de Châteldon), antaño socialista, siempre pacifista, lo intentó todo para evitar la guerra. Auvernés ladino, de origen humilde (pero con una fortuna de 57 millones en 1934), político camastrón, introducido por Briand en el gobierno, comparte con el Mariscal su apego al terruño («No puedo vivir, si no piso cada tarde la tierra). Contrarrestado en su política de acercamiento a la Italia mussoliniana por la Inglaterra de Eden, y en sus esfuerzos de saneamiento y de recuperación interior por los paladines del Frente Popular, convencido de la necesidad para su país de construir un régimen social susceptible de insertarse en la Europa nueva, aunque de acuerdo con sus propias tradiciones («Que Rusia se guarde su comunismo —dirá— y Alemania su nacionalsocialismo»), a raíz de la derrota se dedicó, del 18 al 21 de junio, con la colaboración de Montigny y del ex ministro socialista Spinasse, a impedir el éxodo del gobierno, llegando incluso a amenazar al indeciso Lebrun: «Si abandonáis a 40 millones de franceses, las poblaciones constituirán por sí mismos el verdadero gobierno de Francia».

En Vichy, a partir del 1 de julio, ha puesto en juego todo su don de gentes para ganar a los parlamentarios, con el apoyo del socialista Spinasse, del neosocialista Marcel Déat, del independiente Gaston Bergery, del radical Jean Montigny y de Leon Bérard, a las ideas de Xavier Vallat y de los manifestantes del 6 de febrero de 1934 («las instituciones han corrompido a los hombres, hay que cambiar las instituciones») y a los proyectos preparados por el «legista» Raphael Alibert (ex consejero de Estado, profesor de Ciencias Políticas, administrador de empresas, hombre de confianza de Eugène Mercier, el magnate de la electricidad, en el «Redressement français», presentado al Mariscal por Henri Lémery, del que había sido jefe de gabinete en 1917). A pesar de las intrigas del socialista Georges Monnet, del independiente Marcel Héraud, del parlamentario «ex combatiente» Taurines, y sobre todo de su rival Pierre-Etienne Flandin, que desearía que se limitaran a convencer a Lebrun para que cediera su puesto a Petain y a suspender provisionalmente los efectos de la Constitución, como lo querría también Paul Boncour, Laval no encuentra grandes dificultades para lograr —en estricta conformidad con el procedimiento de revisión previsto el 25 de febrero de 1875 (artículo 8)— que la Cámara y el Senado, reunidos por separado el 9 de julio, aprueben (con sólo tres disidentes de un total de 398 diputados, y sólo uno de 230 senadores) el principio, y al día siguiente, reunidos en Asamblea Nacional (por 569 votos contra 80 y 17 abstenciones, sobre 666 presentes), el texto de las tres actas constitucionales (promulgadas el 11 de julio), concediendo al mariscal Petain los plenos poderes (incluido el poder legislativo, añade la comisión) y la autorización para promulgar una nueva Constitución del Estado francés, garantizando los derechos del Trabajo, de la Familia y de la Patria (única reserva a aquella «carta blanca», necesita el asentimiento de la Asamblea Nacional para declarar la guerra). En busca de un «salvador», las ranas del pantano parlamentario han quedado con la boca abierta ante las severas acusaciones, más que merecidas, de que son objeto: Blum se ha callado, Jeanneney y Herriot (que a pesar de todo ha intentado defender a sus colegas del «Massilia») han asegurado al Mariscal su «veneración». Vincent Badie, en el momento de franquear la tribuna, ha sido retenido por Fernand Bouisson, pegado a sus vascos. En cuanto a Reynaud, después de un accidente de automóvil en el que su amiga Hélène de Portes ha perdido la vida, ha sido víctima de un enojoso incidente: sus dos jefes de gabinete han sido detenidos en Madrid el 26 de junio, con una maletas conteniendo los lingotes y las divisas que se disponían a llevarse como viático a los Estados Unidos, lo que le impone la reserva más absoluta. En el extranjero, todos los jefes de Estado reconocen la perfecta legitimidad del régimen... salvo Su Majestad británica, que mantiene su propio gobierno francés «libre».

Para colaborar, hacen falta dos

Sin embargo, el clima de Vichy no es favorable a un acercamiento con Alemania. Ni el entorno inmediato del Mariscal: Raphael Alibert, que le acompaña en las comidas, el general Laure y Henri Du Moulin de Laberthète (antiguo protegido de Reynaud, traído de Madrid, donde era agregado financiero), ni, en conjunto, los doce ministros y los tres secretarios que, desde el 12 de julio, componen el gobierno. En el seno del gabinete restringido de seis miembros, Laval, el europeo, encuentra enfrente de él al autoritario y nacionalista Alibert (en la Justicia), a los inspectores de Hacienda, anti-

guos colaboradores de Reynaud, Paul Baudoin (en los Asuntos Exteriores, con Robert Loustau, del «Orden Nuevo») e Yves Bouthillier (en las Finanzas), y el adusto general Weygand, cuya idea preconcebida de no ofender a Inglaterra choca con el frío realismo del almirante Darlan. Entre los otros seis ministros, Adrien Marquet (en el Interior), neosocialista, es casi el único que comparte las ideas de Laval, enfrente de Emile Mireaux (en la Instrucción Pública), de Jean Ibarnegaray (en la Familia), de Pierre Caziot (en la Agricultura) y de René Belin (en el Trabajo), ex factor, secretario adjunto de la C. G. T., que se ha opuesto a la entrada de los comunistas en la organización, ha fundado el periódico *Syndicats* y dimitido del *Bureau* en junio de 1940, de François Piètri (Comunicaciones) y de Henri Lémary (Colonias).

Sin embargo, cuando después del drama de Mers-el-Kebir el general Stülpnagel escribe al general Weygand, el 16 de julio, para pedirle el apoyo de la flota y del Imperio contra Inglaterra —y más concretamente el derecho a utilizar la vía férrea Rabat-Túnez y los puestos de la costa africana— (a lo que Weygand, para quien los ingleses «siguen siendo unos aliados», responde que hay que atenerse «al armisticio, y sólo al armisticio»), Laval aprovecha la ocasión para sondear al ocupante. Respondiendo el 17 que unas peticiones nuevas exigen nuevas negociaciones, se traslada a París del 19 al 22 de julio para examinar las perspectivas de una colaboración franco-alemana. Ayudado por Jean Luchaire (izquierdista, director de *Notre Temps* desde 1927, protegido de Briand, amigo de Blum y de Lecache, pero muniqués y antibelicista, que lanzará en noviembre de 1940 *Les Nouveaux Temps*), se entrevista con Otto Abetz, consejero de embajada, que será nombrado embajador el 5 de agosto, partidario convencido de aquella colaboración desde el congreso de Juventudes de Rethel en 1931 y de Maguncia en marzo de 1932, en los que se ha hecho amigo de Luchaire, con cuya secretaria se ha casado. Pero, si bien los jefes de la Kriegsmarine están mejor dispuestos en lo que respecta a Francia, Ribbentrop se muestra más que reticente. Para el futuro de un acercamiento, las instrucciones que envía a Abetz el 17 («fomentar la desunión entre París y Vichy, para debilitar a Francia») son tan decepcionantes como la negativa opuesta al retorno del gobierno francés a la capital (de la que es expulsado el ministro Bouthillier), la anexión de hecho de Alsacia-Lorena (en agosto), la fijación de los gastos de ocupación en 400 millones diarios por Hemmen, el 8 de agosto, la intervención de los bancos parisienses, etc. La tensión aumenta hasta el punto de que el Mariscal piensa —ya—, en caso de invasión de la zona libre, en delegar sus poderes en el almirante Darlan, que partiría hacia Africa del Norte (primeros de agosto de 1940).

Francia, entre dos fuegos

Vencida, Francia se encuentra así cogida entre dos fuegos, ya que su antigua aliada no vacila, tal como ha demostrado Mers-el-Kebir, en atacarla donde cree que el hacerlo favorece a sus intereses: intentando un desembarco en Duala (Camerún), lanzando un ultimátum a Madagascar el 30 de julio, y proclamando el 31 el bloqueo de las posesiones francesas de ultramar. El interés de Francia exigiría atenerse al armisticio, defender —sola, de ser posible— el Imperio, desde luego, pero sin que ello signifique volver a entrar en la guerra (habiendo pagado suficientemente cara la posibilidad de salirse de ella), reorganizar así sus fuerzas para aprovechar el desgaste del ocupante,

que no tardará en verse comprometido en el Este, y su interés en despejar su retaguardia, y conquistar unas condiciones de paz aceptables, a condición de que la propia Alemania lo comprenda y de que los ataques anglosajones reciban, cada vez, la respuesta adecuada. Pero no es éste el caso. Del 26 al 30 de agosto, actuando desde Londres, Reñé Pleven provoca, gracias a la colaboración del gobernador Eboué (un negro, originario de Guyana), del coronel De Larminat, de los comandantes Leclerc, d'Ornano y Koenig, la disidencia del Tchad (26 de agosto), del Camerún (27 de agosto), del A. E. F. (28 de agosto) y del Ubangui-Chari (30 de agosto). Como réplica, el almirante Darlan propone bombardear Gibraltar, y Laval declarar la guerra a Inglaterra (formulismo pleonástico) (30 de agosto). Temiendo ser conducido a donde no quiere ir, Petain aleja a Weygand el 6 de septiembre (aunque confiándole el puesto-clave de procónsul en Africa del Norte), y retira a Laval el 8 el título de sucesor designado que le había otorgado el 23 de julio (acta constitucional número 4). Sin embargo, negociando con las dos partes, encarga al coronel Fonck que le consiga, por mediación de Goering, una entrevista con el Führer y —a raíz de la negativa de Churchill, el 23 de agosto, a conceder libre paso a los convoyes de víveres con destino a las colonias reclamado por Baudoin el 2 de agosto— recibe el 20 de septiembre)en presencia del almirante Fernet y de René Gilloun), al profesor Louis Rougier, que parte en misión secreta a Londres (preparada por un despacho enviado desde Ginebra, al cual su amigo el economista liberal Lionel Robbins ha contestado el 29 de agosto).

Entonces, De Gaulle, jugando a los Miranda, empuja a Inglaterra a un ataque traicionero contra Dakar, llevado a cabo por la escuadra del almirante Cunningham, la «Royal Marine Brigade», una brigada polaca y unidades auxiliares de la «Francia libre» (23 de septiembre, a las 6,45 horas). La puesta estratégica, muy importante, se encuentra reforzada por la esperanza de un valioso botín: 1.500 toneladas de oro belga y polaco, que el Banco de Francia ha depositado en Kayes antes del armisticio, y la posibilidad de destruir el acozado «Richelieu» que, después de haber escapado de Brest, lo mismo que el «Jean Bart» de los astilleros de Saint-Nazaire en el momento de la invasión, asume la defensa de la rada, con una escuadra de tres cruceros y tres contratorpederos que, salida de Tolón, ha conseguido pasar el estrecho de Gibraltar el 11 de septiembre. Al cabo de tres días de duros combates, en el curso de los cuales son hundidos dos submarinos franceses y averiados el «Richelieu» y dos contratorpederos (166 muertos y 340 heridos entre militares y civiles), la Royal Navy, con un acorazado, el «Resolution», y dos destructores dañados, se retira sin gloria el 25 de septiembre, a las 9 horas, ante la determinación del gobernador general Boisson, de sus marinos y de sus soldados. La resistencia francesa, espontánea, contra aquel segundo golpe bajo de la antigua aliada, ¿permitirá suavizar las relaciones franco-alemanas? La coyuntura parece favorable: el 8 de octubre, Abetz informa a Berlín del deseo del Mariscal de entrevistarse con el Führer.

La Luftwaffe pierde la batalla de Inglaterra

Pero, en el intervalo, Hitler, que no se ha preparado seriamente para la lucha contra el Reino Unido, está en trance de perder la batalla de Inglaterra. Reducidos, inmediatamente después de Dunkerque, a un ejército de

30.000 hombres, equipado con 200 cañones y con menos de 100 tanques, cuando Churchill rechaza las últimas propuestas del Führer en el Reichstag, el 19 de julio, y los buenos oficios del rey de Suecia, el 3 de agosto, los británicos serían absolutamente incapaces de resistir sobre sus playas a un ejército de invasión (10). Pero, disponiendo su flota de una aplastante superioridad (11 acorazados, tres cruceros de batalla, cuatro portaaviones, más seis a punto de ser botados) para defender el Canal, sólo un dominio completo del aire, susceptible de mantenerla alejada durante cuarenta y ocho horas, como mínimo, haría posible el desembarco de 10 divisiones, seguidas de otras 21, previsto por el plan «Seelöwe» (16 de julio).

A partir del 8 de agosto, la Luftwaffe se encarnizó contra los puertos (y perdió 700 aparatos en diez días), luego contra los aeródromos, las fábricas de aviación (19 de agosto al 5 de septiembre), y finalmente contra Londres, del 7 de septiembre al 2 de noviembre, durante cincuenta y siete noches consecutivas, causando 14.000 muertos y 20.000 heridos, no sin sufrir pérdidas muy graves (185 aparatos en una sola noche, la del 15 de septiembre). En el duelo que la enfrenta (con —en agosto— 1.015 bombarderos, más 375 bombarderos pesados, 346 Stukas y 933 cazas) a los 1.080 cazas y otros 400 aviones de que dispone la R. A. F., pierde en un mes 1.733 aparatos, contra 733 británicos. Si Hitler ha pensado alguna vez en un desembarco, tiene que renunciar a la idea (12 de noviembre) y limitarse a replicar con unas operaciones de hostigamiento a las incursiones de los bombarderos ingleses sobre el territorio del Reich. En efecto, al día siguiente de su subida al poder, el 11 de mayo de 1940, Churchill ha inaugurado aquella forma de guerra, especialmente asesina para las poblaciones civiles, al imponer como objetivos a su aviación —cuyo apoyo sólo concedía con cuentagotas a sus aliados franceses sobre el campo de batalla— los centros industriales adversarios, el Ruhr por ejemplo, y sólo a regañadientes había renunciado (ante las admoniciones de los generales Vuillemin y Weygand, deseosos de no atraer represalias sobre Lyon y sobre Marsella) al placer de hacer bombardear Milán y Génova. Para él, la consigna del «American Hebrew», «Europe will be broken to pieces», tenía que ser tomada al pie de la letra. La réplica alemana se hizo esperar más de tres meses y medio. Pero cuando, el 27 de agosto, las bombas de la R. A. F. cayeron sobre un barrio de Berlín, la Luftwaffe alcanzó el centro industrial de Coventry y, a partir del 7 de septiembre, todas las noches, durante casi dos meses consecutivos, la capital inglesa (la población británica lamentó 41.650 muertos y 48.073 heridos en mayo de 1941).

Veleidades de desbordamiento por el Mediterráneo que nacen muertas

El horizonte de Hitler apenas sobrepasaba la vieja Europa. Decepcionado en su tenaz esperanza de obligar a la Gran Bretaña a concluir la paz, se adhirió demasiado tarde y con reticencia a los puntos de vista del almirante Raeder y de Goering, tratando de convencerle de la necesidad de llevar la guerra al Mediterráneo para cortar la ruta de las Indias. Hitler, confiará Churchill al general Georges en Marrakech en 1944, «cometió un error al

(10) El encargado de negocios Prytz sirvió de intermediario en unas gestiones a las cuales eran favorables lord Halifax, Butler y los dos duques de Bedford y de Buccleugh (suegro del duque de Gloucester, hermano del rey), pero que rechazaron Churchill, Clement Attlee y Arthur Greenwood.

conceder el armisticio (a Francia). Tenía que haber marchado a Africa del Norte, apoderarse de ella y continuar hacia Egipto». Cuando se dio cuenta, tras el fracaso del carrusel aéreo sobre Inglaterra, era ya demasiado tarde para ganarse el apoyo indispensable de Francia y de España. En la península, comprometida en Burgos el 31 de marzo a colaborar con Alemania y a no participar en una coalición contra ella, pero desconcertada por el pacto germano-ruso del 25 de agosto de 1939, firmemente decidida a observar una estricta neutralidad (el 4 de septiembre) para dedicar todos sus esfuerzos a su reconstrucción interior (plan de diez años establecido el 7 de octubre), dispuesta únicamente a ofrecer su mediación con vistas a la paz (gestión del almirante Magaz en Berlín, el 3 de octubre), y momentáneamente satisfecha con la ocupación de Tánger, el 14 de junio de 1940 (a raíz de un acuerdo negociado con el general Noguès y la Gran Bretaña), unas manifestaciones estudiantiles, favorables al Eje, tuvieron lugar los días 1 y 4 de junio de 1940; el general Vigón, recibido por el Führer el 16 de junio, aludió a unas reivindicaciones sobre el Marruecos francés y sobre Orán; y, dirigiéndose a los jefes del ejército, el 17 de julio, el propio general Franco dejó entrever la eventualidad de una intervención. Pero la voluntad de resistencia británica, la presión norteamericana (y el riesgo que hacía pesar sobre las Canarias, la Guinea y otras posesiones de ultramar) y, más tarde, la lamentable actitud de las tropas italianas en Libia, en Etiopía y en Grecia (en noviembre), frenaron aquellas disposiciones favorables. Hasta el punto de que, a pesar de los avances de Ribbentrop a Serrano Suñer, en Berchtesgaden y en Berlín, los días 13 y 15 de septiembre (promesa de Orán, a cambio de bases en las Canarias y en Fernando Poo), la actitud del general Franco y de su ministro de Asuntos Exteriores, en el curso de nueve horas de regateos en Hendaya, el 23 de octubre, fue casi tan reservada en lo que respecta a Hitler como iba a serlo, al día siguiente, en Montoire, la del mariscal Petain, que, advertido de las intenciones de Alemania por el embajador del Japón, Renzo Sawada, el 26 de septiembre, se había apresurado a comunicárselas al embajador de España, Lequerica.

Presentándose sin Paul Baudoin (que, en señal de protesta, no tardaría en dimitir), el Mariscal se oyó repetir, en presencia de Ribbentrop y del mariscal Keitel, las propuestas que Hitler había hecho la antevíspera a Pierre Laval, insistiendo en «el interés de Francia en que Inglaterra, y no ella misma, pagara los gastos de la guerra», a saber, «una paz basada en el entendimiento mutuo» (aunque concluida únicamente después de la derrota británica, lo que la desposeía de su atractivo), colaboración poniendo como base la defensa del Imperio y la recuperación de las bases disidentes (es decir, la conquista de Nigeria, presentada como una compensación por Túnez; del mismo modo que, en Europa, la Valonia y la Suiza francesa podrían equilibrar la pérdida de Alsacia). Al no recibir Petain una respuesta inmediata a las peticiones que había formulado en contrapartida: suavización de la línea de demarcación, reducción de la indemnización, regreso de los prisioneros, la entrevista no tuvo más continuidad que un platónico elogio de la «colaboración», pronunciado en una alocución radiodifundida el 30 de octubre: «Esa colaboración debe ser sincera... La soberanía de Francia le impone reducir las disidencias de sus colonias». Sin embargo, aquel mismo 30 de octubre, en presencia del representante de Portugal, García Ochoa, Paul Baudoin hacía que el Mariscal se comprometiera a que, a pesar de Montoire, ningún acto de hostilidad se llevaría a cabo contra Inglaterra o a favor de Alemania.

Por otra parte, los resultados obtenidos en Londres no eran más estimulantes que los de Montoire. A raíz de unas entrevistas con sir Alexander Cadogan (el 22 de octubre), lord Halifax (el 23) y Churchill (el 24), que se disculpó del «error» cometido en Dakar imputándolo a la «Francia libre», el profesor Rougier había logrado poner en pie un «protocolo» en seis puntos (restablecimiento de la soberanía francesa —confirmada por una carta de Jorge VI al Mariscal el 25 de octubre—; abastecimiento de las colonias; renuncia a los ataques de la B. B. C., a cambio de la promesa de no reconquistar los territorios disidentes, de preparar la nueva entrada en guerra del Imperio y de hundir la flota antes de entregarla). Renovado el 16 de noviembre en los Estados Unidos, aquel mismo compromiso tendrá como consecuencia el nombramiento del almirante Leahy como embajador en Vichy. Pero los ingleses consideran aquel documento como un «modus vivendi» precario, que no les obliga a nada. La negociación fue reanudada por Jacques Chevalier y el almirante Auphan con el complaciente ministro del Canadá, Pierre Dupuy, portador de una propuesta de lord Halifax (persuadido de que «detrás de una fachada de desacuerdo, es preciso que nos entendamos»). El memorándum que obtuvo el 6 (frialdad aparente, devolución de las colonias disidentes por simple medidas de policía, defensa contra todo ataque, sordina a la B. B. C., abastecimiento por «cabotaje», negociación en Madrid para el suministro de petróleo, entre los embajadores La Baume, luego Piètri y sir Samuel Hoare), sólo desembocó en el envío de un despacho de Dupuy, «Todo va bien», el 9 de diciembre... y en la destitución del imprudente lord Halifax, que será reemplazado por Anthony Eden, a finales de diciembre.

En tales circunstancias, el plan de la operación «Félix», que debía conducir al general von Reichenau a cruzar la frontera española el 10 de enero de 1941 para atacar Gibraltar a primeros de febrero, con el equipo de paracaidistas de los fuertes de Eben Emaël y el apoyo del ejército español, con 22 divisiones, queda en simple proyecto. Nuevas entrevistas, de Serrano Suñer en Berchtesgaden el 18 de noviembre, del almirante Canaris en Madrid el 7 de diciembre, y de Franco con Mussolini en Bordighera el 12 de febrero de 1941, seguida de un encuentro con el mariscal Petain y el almirante Darlan en Montpellier, no lograron quebrantar la voluntad del «Caudillo». En cambio, a la amenaza esgrimida por los Estados Unidos de ocupar las Canarias y las Azores (25 de julio de 1941), a las intrigas de los rojos, Miaja en Méjico, Asensio en Nueva York, a las reticencias manifestadas por los anglosajones en lo que respecta a la entrega de los *navicerts* necesarios para la importación del trigo, del petróleo, del algodón, etc., Franco (que ha firmado un tratado de amistad con Portugal el 27 de marzo de 1939 y se entrevista con Salazar en Sevilla, el 12 de febrero de 1941), replica que, si es atacado, dejará pasar a los alemanes hacia Marruecos, al tiempo que defenderá, solo, su territorio, y declara, el 14 de febrero de 1942, en Sevilla, que «si se ofrece a Europa como presa posible al comunismo... no será una división española de voluntarios (como la división «azul» del general Muñoz Grandes) la que irá allí, serán un millón de españoles los que se ofrecerán». A fin de cuentas, el 16 de mayo de 1942, el embajador Carlton Hayes tranquiliza a Madrid: los Estados Unidos renuncian a desembarcar en las Canarias.

Italia socorrida por Rommel en Africa

La consecuencia de aquellos fracasos diplomáticos de Berlín no es otra que la de hacer recaer sobre Italia todo el peso de la guerra en el Mediterráneo y en Africa. E Italia es incapaz, a pesar de la neutralización de Francia, de sostenerlo. Debilitada por las sangrías efectuadas en provecho de la España franquista (1.900 cañones, etc.), desabastecida por la carencia del general Dallolio, encargado de las fabricaciones de guerra, que dimitirá en 28 de agosto de 1939, el ejército, de un total de 73 divisiones, sólo cuenta con 37 completas y 11 convenientemente equipadas. La aviación, que diez años antes fue un modelo, ha quedado reducida a unos 700 aparatos modernos. La marina es magnífica (siete acorazados, 19 cruceros, 60 destructores, 120 submarinos), pero, en el espíritu de sus jefes, más leales a la dinastía que al fascismo (el almirante Maugari, jefe de Estado Mayor, será condecorado más tarde por los norteamericanos), demasiado valiosa para arriesgarla en la lucha. Duramente alcanzada el 11 de noviembre de 1940, en el curso de la campaña de Grecia, por un ataque aeronaval británico sobre Tarento, y en la batalla del cabo Matapan (22 de marzo de 1941), en la que perdió tres cruceros y tres destructores, permanece escondida en sus bases, incapaz de neutralizar Malta y de garantizar la seguridad de los convoyes hacia Africa. La moral está en su punto más bajo. Comprometida en una guerra que nadie había deseado (incluido el Duce, que se dejó arrastrar a ella el 11 de junio de 1940 creyendo que la victoria estaba asegurada), ni el rey, ni algunos dirigentes fascistas, y no de los menos importantes (Galeazzo Ciano, el yerno, Dino Grandi, ex embajador en Londres, Giuseppe Bottai, Italo Balbo), ni los jefes del ejército (víctimas de la actitud desdeñosa de los «Tedeschi», que les desprecian), las tropas no tienen la voluntad de vencer, ni la de combatir.

Esto se hace evidente cuando con 100.000 hombres (más otros tantos en reserva), 400 aviones y varios centenares de tanques, el mariscal Graziani efectúa una penetración de 50 quilómetros, el 12 de septiembre de 1940, a través de los puestos avanzados ingleses de Egipto, para dejarse detener en Sidi Barani por las líneas defendidas por 50.000 británicos. Churchill no ha vacilado, en plena batalla de Inglaterra, en dirigir hacia el Nilo para defender la ruta de las Indias la tercera parte de los blindados disponibles, y ha tenido tiempo suficiente para reforzar las cuatro divisiones australianas, la neozelandesa y las ocho indias encargadas de la defensa del país, abastecidas por El Cabo y por un puente aéreo a través de Africa (desde la Costa de Oro hasta Takoradi y Khartum, en el Sudán), en espera de que una fuerza naval «H», reorganizada en Gibraltar, restablezca las comunicaciones en el Mediterráneo, con Malta y Alejandría. Reasumiendo la iniciativa el 10 de diciembre, el general Wavell, ahora al frente de 150.000 combatientes (más 60.000 hombres en los servicios) en Egipto, y de 70.000 en Kenia, tiene la sorpresa de poder transformar un ataque limitado en una ofensiva que le permite apoderarse, con Tobruk (el 22 de enero) y Bengasi (el 6 de febrero), de la Cirenaica, y perseguir sobre 800 quilómetros a los italianos (reducidos a 80.000 hombres) hasta el fondo de la Gran Sirte, hasta el Agheila (febrero de 1941), destruyendo nueve de sus divisiones y capturando 130.000 prisioneros, 400 tanques, 1.200 cañones. El 20 de diciembre, y de nuevo el 20 de enero, Mussolini se ve obligado —como no tardará en estarlo en Grecia— a recurrir a los alemanes, en tanto que Churchill retira a los

australianos y a los neozelandeses (tres divisiones de infantería) para trasladarlos a los Balkanes. Bajo la protección de los 250 aviones del general Stumpf, con base en Sicilia, y utilizando las aguas territoriales tunecinas, el general Erwin Rommel logra transportar a Tripolitania las XV y XXI Panzer, una división motorizada ligera (XC) al principio incompleta y una división de infantería, con las cuales, contraatacando el 31 de marzo de 1941, y dominando a los ingleses con sus cualidades maniobreras, pone fuera de combate a su 2.° *armoured* y su 3.ª brigada motorizada y les obliga a retroceder, casi tan rápidamente como habían venido, sobre 700 quilómetros, hasta Mersa-Matruh. Menos Tobruk, sitiado, que resistirá doscientos cuarenta días, el 8.° Ejército inglés ha perdido, en abril, la Cirenaica. Entretanto, tras la efímera ocupación de la Somalia británica en agosto de 1940, el ejército italiano en Etiopía (200.000 hombres, 400 cañones y 200 aviones), habiéndose hundido también ante dos ofensivas lanzadas en febrero desde el Sudán y la Somalia, acaba de abandonar Addis-Abeba el 10 de abril de 1941, antes de que el duque de Aosta, que lo mandaba, capitule el 17 de mayo (Gondar no caerá hasta el 27 de noviembre).

Sin embargo, la contraofensiva de Rommel y la campaña relámpago de List en los Balkanes, llevando a los alemanes a Atenas el 27 de abril, no tardarían en poner en peligro a la escuadra inglesa del Mediterráneo. Atacada por una jauría de 25 submarinos alemanes, había perdido sucesivamente el portaaviones «Ark Royal», de 27.000 toneladas, el acozarado «Barham», de 31.000, luego el porataaviones «Eagle», en tanto que otros dos acorazados, los «Queen Elisabeth» y «Valiant», iban a ser torpedeados por unos intrépidos hombres-rana italianos en la rada de Alejandría. A continuación, el 20 de mayo de 1941, la VII división de paracaidistas alemanes del general Kurt Student, apoyada por 640 aviones, suelta 5.000 hombres sobre los tres aeródromos de Maleme, de Rethymnon y de Heraklion en la isla de Creta, defendida por 28.600 británicos y 28.000 griegos, a las órdenes del general Freyberg. Sacrificando las cuatro quintas partes de sus efectivos, los paracaidistas, reforzados por aire con un batallón alpino, logran mantenerse en Maleme. La flota británica consigue al principio detener los refuerzos en material y en hombres (800 ahogados, 1.500 obligados a dar media vuelta) enviados por mar desde Grecia. Pero, vigorosamente atacada por la aviación alemana, tiene que retirarse el 23 de mayo, después de haber perdido dos cruceros y cuatro destructores hundidos, más dos acorazados y cuatro cruceros seriamente dañados, sin que la flota italiana haya intervenido. Habiendo logrado los alemanes aumentar sus fuerzas a 22.000 hombres el 29 de mayo, los ingleses abandonaron La Canea el 27 y reembarcaron poco gloriosamente 16.000 hombres, de los cuales llegaron a Egipto 11.000; 40.000 prisioneros, en su mayor parte griegos, quedaron en manos de los vencedores (que habían perdido 10.000 hombres, 250 aviones de transporte y 181 de combate). Un golpe similar en Malta, y la supremacía naval de Inglaterra en el Mediterráneo habría pasado a la historia. Pero Italia no era capaz de un esfuerzo semejante, y la Lutfwaffe debía atender a otras tareas en Rusia. De modo que la ventaja adquirida se perdió.

De nuevo, los convoyes mal protegidos sufren pérdidas importantes, 35 % en agosto, 63 % en octubre y 75 % en diciembre de 1941. En tales condiciones, Rommel, que ha establecido su frente en abril sobre la línea Bardia-Sollum-Halfaya, es atacado el 12 de noviembre por las fuerzas superiores de Auchin-

leck (sustituto de Wavell, sacrificado a la cólera de Churchill): 118.000 hombres, apoyados por 455 tanques y 1.100 aviones, contra 96.000 (de ellos, solamente 32.000 alemanes), dotados de 260 tanques y de una aviación muy débil (320 aparatos, 200 de ellos italianos). Hundidas las líneas italianas el 18 de noviembre, Cunningham realiza una penetración de 70 quilómetros hacia Sidi Rezegh y captura 39.000 hombres. A raíz de una salvaje lucha de tanques en la retaguardia del enemigo, Rommel, que tiene 21.000 hombres fuera de combate, restablece la situación, pero debe retirarse de la zona de Tobruk a mediados de diciembre y replegarse sobre Agedabia, en la Gran Sirte.

No por mucho tiempo, sin embargo, ya que el Afrika Korps, reforzado por el II cuerpo aéreo de Kesselring, trasladado de Rusia a Italia, reanuda la ofensiva el 19 de enero de 1942, avanza hacia Bengasi y Derna, desborda el 26 de mayo con dos grupos blindados (500 tanques) las líneas de Gazala-Bir Hakeim, defendidas hasta el 16 de junio por el general Ritchie y el coronel Koenig (llegado como refuerzo del Fezzan), obliga a Tobruk a capitular el 21 de junio con su guarnición de 40.000 hombres y, sobrepasando Mersa-Matruh, penetra en Egipto hasta el Alamein, obligando a la escuadra británica a abandonar Alejandría, a 100 quilómetros de allí. Pero aunque Rommel ha capturado 60.000 prisioneros y destruido 2.000 tanques, no dispone de reservas; privado de gasolina y de víveres, ya que los convoyes italianos siguen sin llegar, está sin aliento. Destituido a su vez Auchinleck por el bulldog de Downing Street, Montgomery y Alexander, nombrados el 15 de agosto, disponen del tiempo necesario para reorganizar el 8.° Ejército, primero con 300 tanques y 100 cañones norteamericanos, y luego para acumular los efectivos y el material (150.000 hombres, 1.114 tanques y más de 1.000 aviones) que le asegurarán una aplastante superioridad sobre el adversario: 32.000 alemanes, 60.000 italianos, 558 tanques (219 + 339) y un centenar de aviones. La suerte, veleidosa, cambia de bando.

Un ataque contra El Quettara, del 31 de agosto al 3 de septiembre, fracasa y cuesta 300 tanques a Rommel. Para colmo de males, cuando se desencadena la ofensiva británica Rommel se encuentra de permiso; su sustituto, el general Stumme, muere de un ataque cardíaco; Rommel regresa apresuradamente; pero el bloqueo se estrecha (un convoy destinado a Trípoli pierde nueve barcos de un total de 10; los días 26, 27 y 28 de octubre, tres buques-cisterna son hundidos: hay que racionar la gasolina). Atacados del 28 al 30 de octubre en el litoral, a pesar de los campos de minas que las protegen, las líneas de El Alamein son perforadas el 2 de noviembre. Las pérdidas son elevadas: 500 tanques, 1.000 cañones, 25.000 muertos y heridos, 30.000 prisioneros, contra sólo 13.600 británicos fuera de combate. No quedan más que un centenar de tanques para oponerse a tres divisiones blindadas. Entonces empieza una retirada de 2.400 quilómetros que, después del abandono de Tobruk, el 13 de noviembre, de Derna el 15 y de Bengasi el 19, se interrumpe en El Agheila del 25 de noviembre al 11 de diciembre, para continuar hasta Buerat (del 26 de diciembre al 2 de enero de 1943), interrumpiéndose de nuevo hasta mediados de enero y, desbordado Trípoli por el sur y ocupado el 23 de enero, conducir los restos del Afrika Korps a evacuar Zarzis, el 19 de marzo y dirigirse a Túnez.

* * *

Lucha submarina contra los convoyes norteamericanos

En aquella primavera de 1943, la llegada de material norteamericano desequilibraba la balanza contra las fuerzas del Eje.

Empeñada en la guerra naval con una inferioridad irremediable (11), incluso para los submarinos —el almirante Raeder, confiando en los buques de superficie, le había negado al almirante Doenitz los 300 sumergibles que reclamaba—, la Kriegsmarine había tratado de reaccionar por medio de prodigios de valor (destrucción del portaaviones «Courageous», de 22.000 toneladas, el 18 de septiembre de 1939; del acorazado «Royal Oak», de 33.500 toneladas en plena rada de Scapa Flow, el 14 de octubre; odisea del «Graf Spee» que, tras haber destruido 50.000 toneladas mercantes, y hecho frente a tres cruceros, fue hundido por sus propios tripulantes delante de Montevideo, etc.), pero se vio handicapada por la mala calidad de sus torpedos (¿sabotaje?). El 30 de octubre de 1939, tres torpedos alcanzaron al acorazado «Nelson», a bordo del cual se encontraba Churchill, pero no estallaron; y hasta el 66 % «fallaron» durante la campaña de Noruega en 1940) y, obligada a utilizar sus nuevos medios, desde que salían de los arsenales, sin esperar a agruparlos, no obtuvo de ellos el máximo de resultados (lo mismo las minas magnéticas en 1939, que los 28 submarinos construidos durante el primer año de guerra, que los buques de línea, tales como el acorazado de bolsillo «Bismarck» que, el 24 de mayo de 1941, después de haber hundido al acorazado «Hood» de 42.000 toneladas y averiado al «Prince of Wales», sucumbió solo el 27 ante una persecución organizada en el Atlántico por ocho acorazados y cruceros de batalla, dos portaaviones, cuatro cruceros, 21 contratorpederos, seis submarinos y 100 aviones, cuando más tarde hubiese podido formar una temible escuadra con el «Von Tirpitz» y dos cruceros de batalla, entre ellos el «Prinz Eugen»).

De todos modos, a finales de 1940 había conseguido agrupar en el Atlántico 60 submarinos alemanes y 27 italianos, que atacaban en «pandilla» los convoyes organizados por los británicos desde el mes de agosto, hasta el punto de que durante los dos primeros años de guerra habían sido hundidos 2.432 barcos, que desplazaban 8.939.828 toneladas, 526 de ellos por los bombarderos (incluidos dos cruceros, el «Laurentic», de 18.000 toneladas, y el «Patroclas», de 11.000, en el Atlántico; y, el 19 de noviembre, el «Sidney», destruido por un corsario a lo largo de las costas de Australia). Las bases organizadas en las costas francesas, especialmente la de Saint-Nazaire, el empleo de barcos, y luego submarinos, de aprovisionamiento, facilitaban la tarea de los sumergibles, cada vez más perfeccionados por el profesor Walter (inventor del «schnorkel»). En 1942, 7.706.000 toneladas habían sido hundidas (menos 456.000 por la aviación, las minas y los corsarios) por 250 submarinos, 75 de los cuales operaban simultáneamente, e Inglaterra se vio reducida por un momento a no disponer más que de tres semanas de abastecimientos, y los tres cruceros «Scharnhorst», «Gneisenau» y «Prinz Eugen», salidos de Brest en la noche del 11 al 12 de febrero, pudieron cruzar de día el Canal, protegidos por los 250 aparatos disponibles en el Oeste (que derribaron 60 aviones

(11) Cincuenta y cuatro buques de línea y 57 submarinos (de ellos, solamente 27 de largo radio de acción) contra 272 de Inglaterra (12 acorazados, siete portaaviones, 63 cruceros, 179 destructores, 135 submarinos) y 99 de Francia.

británicos, perdiendo únicamente 17). Cruel humillación para la «Royal Navy», cuyo balance de pérdidas totalizaba: cinco acorazados, cuatro portaaviones, 15 cruceros, 68 destructores y 37 submarinos. Pero, en el curso del segundo trimestre de 1942, la caza organizada por los anglosajones con poderosos medios de aviación, de radar, etc., desembocó en una verdadera hecatombe de sumergibles: en vez de tres como promedio mensual, las pérdidas sumaron 17 en julio, 10 en agosto, 12 en septiembre, 13 en octubre, 15 en noviembre.

En 1943, la cosa fue peor. Aunque todo el esfuerzo se dedicó —demasiado tarde— a los submarinos, tras la caída en desgracia del almirante Raeder, reemplazado por Doenitz el 1 de enero, aunque en marzo fueron hundidas un millón de toneladas, a costa de 15 unidades (19 en febrero), aunque seis nuevos sumergibles lograron llegar al Océano Indico (el profesor Walter había puesto a punto el tipo a propulsión eléctrica número XXI), en mayo se produjo un desastre: 43 submarinos perdidos (más 16 en junio y 24 en julio). La decisión tomada por Roosevelt y Churchill en Casablanca de dedicar 3.000 barcos y 1.500 aviones para reducirlos, resultó tanto más eficaz por cuanto que los receptores «Metox» de que estaban dotados atraían a sus perseguidores, provistos de tubos Braunsche emisores de ondas. En consecuencia, el precio pagado por hundir 2.579 toneladas en 1943 (más 623.000 por otros medios) —en total, 19.846.000 toneladas desde el comienzo de las hostilidades— fue de 231 sumergibles (lo que elevaba a 377 la cifra total de las pérdidas).

Incursiones aéreas de destrucción sistemática

En adelante, en todos los frentes, los suministros de guerra, producidos en masa por el inmenso potencial industrial norteamericano, y fabricados en absoluta seguridad, fuera del alcance de las represalias del Eje, llegarán en cantidades tales que permitirán aplastar al adversario. Mientras que, por el contrario, el territorio de Alemania y de los países ocupados por ella será sometido, con desprecio de las leyes de guerra, a un destrucción sistemática, a menudo ciega. Aplicando la maldición del «American Hebrew», «Europe will be broken to pieces», Roosevelt y Churchill, azotes de Jehová, instrumentos de la venganza de Israel, deciden, el 19 de mayo de 1943, intensificar las incursiones sobre las aglomeraciones urbanas (inauguradas, de acuerdo con unos planes establecidos en 1936, por el Premier británico, el 11 de mayo de 1940, a base de bombas explosivas, incendiarias y de fósforo, de las cuales las poblaciones civiles son las principales víctimas. Así, en 1943 serán arrojadas sobre Alemania 180.000 toneladas de bombas (contra 5.000 en 1940 —el total alcanzará 2.700.000 toneladas—. Rostock (destruida en sus 7/10 partes), el 28 de abril de 1942, Colonia, el 31 de mayo de 1942 (460 muertos), la ciudad medieval de Hildesheim, de nuevo Colonia, el 4 de julio de 1943, y Hamburgo (blanco de siete incursiones, cuatro nocturnas y tres diurnas, del 24 de julio al 3 de agosto, que causaron la muerte de 40.000 civiles y la destrucción de 250.000 casas, la mitad del total), fueron las más duramente castigadas.

La réplica alemana no tardará en hacerse sentir. Algo deslumbrado por el éxito de la guerra relámpago en Polonia y en Francia Hitler había imaginado

al principio que podría hacer rápidamente la paz con Inglaterra (12) y arreglar sus cuentas con la U. R. S. S. en una sola campaña, sin dar tiempo a intervenir a los Estados Unidos. En materia de tanques, y sobre todo de aviación —Goering se había dormido un poco sobre sus laureles, y la red de sabotaje del coronel Becker y del funcionario de la Economía Harnack había actuado a fondo—, la industria alemana no funcionó a pleno rendimiento, ni mucho menos, con una media de 500 aviones mensuales, en 1941. Para hacer frente a la lucha, que dispersa en varios frentes las fuerzas alemana (13), está obligada a acrecentar su esfuerzo. Sucesor del ingeniero Todt, el arquitecto Albert Speer conseguirá aumentar su potencial con una rapidez sorprendente, llamando del frente a 10.000 técnicos, produciendo 12.700 tanques en 1943 (contra 9.330 en 1942), entre ellos los «Tigre» y los «Panther» pesados, armados de tubos de 88 mm., 17.800 cañones (contra 11.800) y 17.800 aviones (contra 14.800). Dotada de modelos nuevos (Me 109, Focke Wulf 190, Me 262 a reacción, cuya fabricación ha sido retrasada un año por Goering), disponiendo de 7.600 cazas fabricados en los ocho primeros meses de 1943, la aviación alemana pone las cosas muy difíciles a las superfortalezas norteamericanas (la VIII flota aérea pierde 60 aparatos de un total de 376, más 100 dañados, el 17 de agosto, sobre Schweinfurt, 62 de 147 el 24 de agosto, y 61, más 140 dañados, de 226, el 14 de octubre). El 1 de agosto, una tentativa contra los petróleos rumanos de Ploesti, procedente de Bengasi, se salda con 54 aparatos derribados y 31 obligados a aterrizar, de un total de 177, de los cuales únicamente seis han alcanzado su objetivo. Pero la protección del techo aéreo requiere un millón de servidores de D. C. A., y los servicios de 700 cazas nocturnos (harían falta 2.000), que han derribado 1.000 aviones hasta septiembre de 1942.

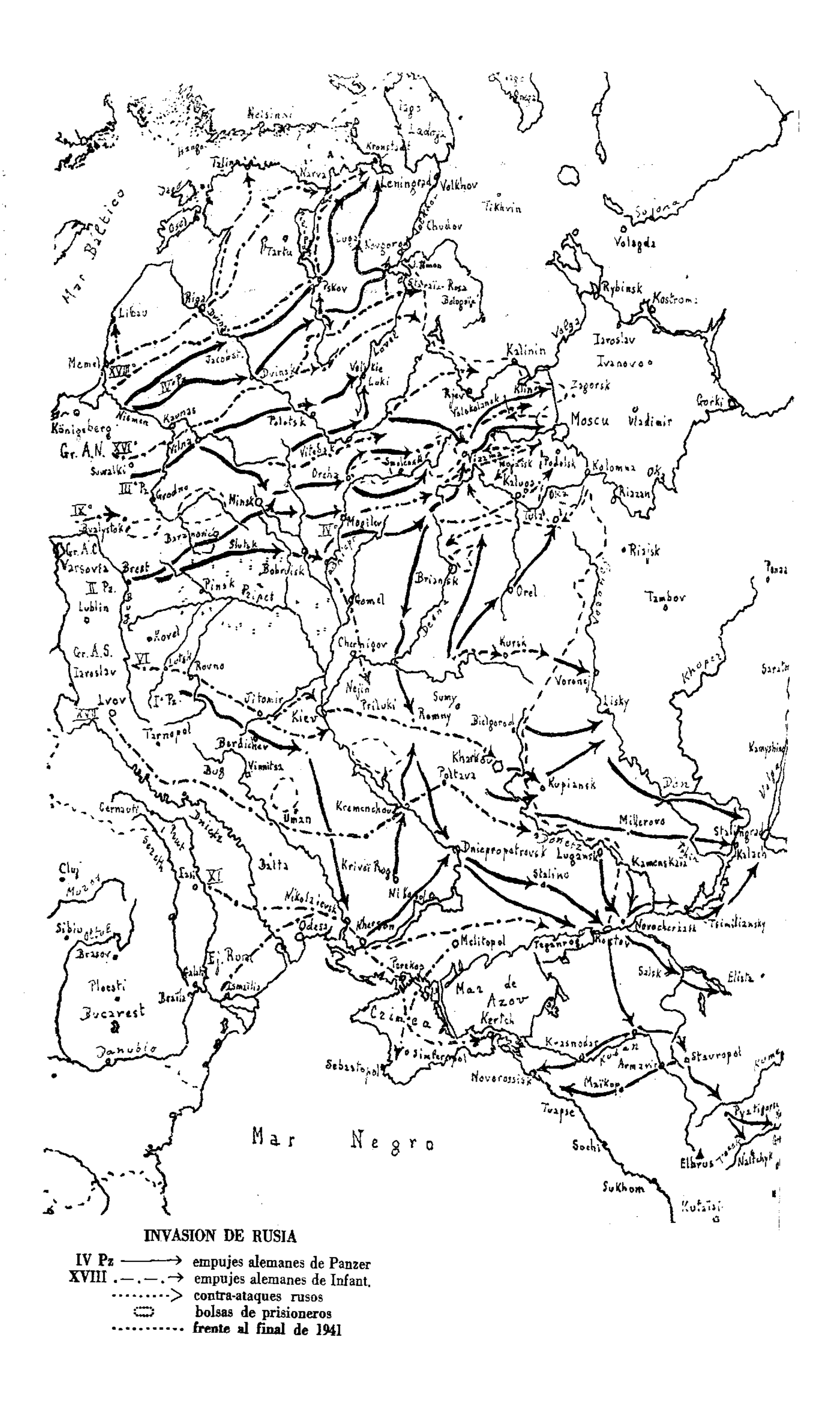
* * *

Invasión retrasada, pero fulgurante, de la U. R. S. S.

Desviado de su enemigo principal, los Soviets, por las campañas secundarias a las cuales las intrigas del Judaísmo internacional y de sus agentes

(12) Mensajero de paz, Rudolf Hess, sucesor designado de Hitler, voló desde Augsburgo, el 10 de mayo de 1941, para aterrizar cerca de Glasgow, con la esperanza de entrevistarse con el duque de Hamilton (que había asistido en 1936 a los Juegos Olímpicos de Berlín), el duque de Bedford y sir Ivan Kirkpatrick (ex encargado de negocios en Alemania). Concertada o no con el Führer en la Cancillería el 4 de mayo, su misión había sido preparada por el general Karl Haushofer, profesor de geopolítica, del cual Hess había sido ayudante en Munich (por unas gestiones de su hijo Albrecht, 8 y 15 de septiembre, y por una carta a Lisboa del 23 de diciembre de 1940). Esencialmente, consistía, para los Rosa-Cruz alemanes de las Sociedades «Thule» y «Vril», en establecer contacto con sus homólogos de la Sociedad Rosicruciana inglesa (creada en 1867 por Robert Wentworth Little —140 miembros, entre ellos Bulwer Lytton—), y de su filial la «Golden Dawn» (fundada en 1887 por Wyner Westcott, Woodman y Samuel Mathers, que fue su primer Gran Maestre —cuñado de Bergson, había declarado en 1896 haber recibido de los «Supremos Desconocidos» «la sabiduría de la segunda Orden»—). Los miembros más ilustres de aquella secta fueron sir Gerald Kelly, presidente de la Royal Academy, el astrónomo Peck, el ingeniero Allan Burnett, los escritores Blackwood, Stokes (Drácula) y Sax Rolsmere. Hess, herido y «raptado» por Churchill, se entrevistó en el hospital, del 13 al 15 de mayo, con el duque de Hamilton, sir Ivan Kirkpatrick, y también con sir John Simon y lord Beaverbrook, a los cuales entregó un memorándum el 10 de junio. Tras lo cual, se encarceló como prisionero de guerra al imprudente «palomo», antes de encerrarle en la fortaleza de Spandau, después del proceso de Nuremberg.

(13) De 65 a 66 divisiones: siete en Noruega, una en Dinamarca, 38 en el Oeste (Francia, Bélgica y los Países Bajos), siete en los Balkanes, 10 más dos P. D. en la reserva general.



INVASION DE RUSIA

IV Pz ———> empujes alemanes de Panzer
XVIII .—.—.> empujes alemanes de Infant.
-------> contra-ataques rusos
bolsas de prisioneros
.... frente al final de 1941

anglosajones han logrado sucesivamente arrastrarle, en Polonia, en Francia, en los Balkanes, obligado a dispersar sus fuerzas para mantener la ocupación de aquellos países, Hitler se encuentra aún empeñado contra Inglaterra, en sus islas y en Africa, cuando toma la decisión de invadir Rusia, en la madrugada del 22 de junio de 1941.

Así, no puede dedicar a aquella tarea principal más que 108 divisiones de infantería, nueve divisiones Panzer, 13 divisiones motorizadas ligeras, una divión de caballería (de un total de 208, 21 P. D. —3.300 tanques— y 17 motorizadas), y 2.000 aviones (720 cazas, 1.160 bombarderos y 120 aparatos de reconocimiento), en tanto que 1.500 operan contra Inglaterra. Aquella masa, que no tarda en elevarse a 141 divisiones de infantería y 2.800 aviones, en tres flotas, será reforzada por unas 33 divisiones del Eje (16 finlandesas, 10 y luego 15 rumanas, dos ligeras eslovacas, tres brigadas húngaras, más, en agosto, cinco divisiones italianas y una española, «azul»). Ejército relativamente débil, con sus 2.715.000 hombres, para conquistar un país inmenso, cuyos recursos económicos se encuentran ya algo dispersos (el 28,2 % de la fundición, el 32,3 % del acero, el 36 % de la hulla) (14), defendido por una masa humana (4,5 millones), cuyos efectivos exactos e incluso algunos materiales son poco conocidos (tanques pesados T34 y KW2 de 52 toneladas «organillos de Stalin», etc.), cuyas fuerzas concentradas en el Oeste por el mariscal Timochenko, comisario de Guerra, asistido por el mariscal Chapochnikov, del antiguo ejército (que han multiplicado los aeródromos y construido, a partir de 1934, una línea fortificada entre el alto Dniester y el lago Peipus), se calculan en 211 divisiones en abril de 1941, y más tarde en 160 de primera línea y 140 en la retaguardia (más 25 divisiones de infantería, ocho de caballería y cinco brigadas blindadas en Extremo Oriente), cuando más de 400, y a no tardar 460, manifestarán su existencia. Ejército acrecentado sin cesar por el servicio militar obligatorio, equipado por una industria que trabaja a pleno rendimiento (el decreto del 26 de junio de 1940 ha establecido la semana de siete días de ocho horas), pero ejército cuyas principales debilidades residen, aparte de la falta de capacidad de los mandos, en la relativa ineficacia de la aviación, que, sorprendida en sus aeródromos en un radio de 300 quilómetros por unos bombarderos que vuelan a ras del suelo, pierde en dos días de 2.500 a 2.700 aparatos, y, en los diecinueve primeros días, un total de 6.233 aviones; en el empleo disperso de las brigadas de tanques y en la insuficiencia de la artillería antitanque y de D. C. A.

Atento a no repetir los errores de Napoleón, Hitler, en su directriz número 21, «Barbarroja», del 18 de diciembre de 1940, y en el plan acordado los días 2 y 3 de febrero de 1941, se ha negado a tomar como objetivo Moscú (como proponían von Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor Franz Halder), o, a través de Ucrania, Rostov y la desembocadura del Don (como había sugerido al principio el general Erich Marks, ex colaborador de von Schleicher), ya que aquella zona, económicamente la más importante, debía ser también la mejor defendida. Más flexible, su idea de maniobra, concebida de acuerdo con von Rundstedt y Guderian, consistía: 1) en tender la mano a los finlan-

(14) Más tarde, en 1942, la pérdida de la cuenca del Donetz reducirá la producción industrial en un 52 %, en un 63 % para el carbón, en un 68 % para la fundición, en un 58 % para el acero, a pesar del traslado de 445 empresas al Ural, de 200 a la Siberia occidental y de 250 al Kazakhstan, y la producción agrícola en un 38 % para el trigo, un 84 % para el azúcar y un 60 % para los cerdos.

anglosajones han logrado sucesivamente arrastrarle, en Polonia, en Francia, en los Balkanes, obligado a dispersar sus fuerzas para mantener la ocupación de aquellos países, Hitler se encuentra aún empeñado contra Inglaterra, en sus islas y en Africa, cuando toma la decisión de invadir Rusia, en la madrugada del 22 de junio de 1941.

Así, no puede dedicar a aquella tarea principal más que 108 divisiones de infantería, nueve divisiones Panzer, 13 divisiones motorizadas ligeras, una divión de caballería (de un total de 208, 21 P. D. —3.300 tanques— y 17 motorizadas), y 2.000 aviones (720 cazas, 1.160 bombarderos y 120 aparatos de reconocimiento), en tanto que 1.500 operan contra Inglaterra. Aquella masa, que no tarda en elevarse a 141 divisiones de infantería y 2.800 aviones, en tres flotas, será reforzada por unas 33 divisiones del Eje (16 finlandesas, 10 y luego 15 rumanas, dos ligeras eslovacas, tres brigadas húngaras, más, en agosto, cinco divisiones italianas y una española, «azul»). Ejército relativamente débil, con sus 2.715.000 hombres, para conquistar un país inmenso, cuyos recursos económicos se encuentran ya algo dispersos (el 28,2 % de la fundición, el 32,3 % del acero, el 36 % de la hulla) (14), defendido por una masa humana (4,5 millones), cuyos efectivos exactos e incluso algunos materiales son poco conocidos (tanques pesados T34 y KW2 de 52 toneladas «organillos de Stalin», etc.), cuyas fuerzas concentradas en el Oeste por el mariscal Timochenko, comisario de Guerra, asistido por el mariscal Chapochnikov, del antiguo ejército (que han multiplicado los aeródromos y construido, a partir de 1934, una línea fortificada entre el alto Dniester y el lago Peipus), se calculan en 211 divisiones en abril de 1941, y más tarde en 160 de primera línea y 140 en la retaguardia (más 25 divisiones de infantería, ocho de caballería y cinco brigadas blindadas en Extremo Oriente), cuando más de 400, y a no tardar 460, manifestarán su existencia. Ejército acrecentado sin cesar por el servicio militar obligatorio, equipado por una industria que trabaja a pleno rendimiento (el decreto del 26 de junio de 1940 ha establecido la semana de siete días de ocho horas), pero ejército cuyas principales debilidades residen, aparte de la falta de capacidad de los mandos, en la relativa ineficacia de la aviación, que, sorprendida en sus aeródromos en un radio de 300 quilómetros por unos bombarderos que vuelan a ras del suelo, pierde en dos días de 2.500 a 2.700 aparatos, y, en los diecinueve primeros días, un total de 6.233 aviones; en el empleo disperso de las brigadas de tanques y en la insuficiencia de la artillería antitanque y de D. C. A.

Atento a no repetir los errores de Napoleón, Hitler, en su directriz número 21, «Barbarroja», del 18 de diciembre de 1940, y en el plan acordado los días 2 y 3 de febrero de 1941, se ha negado a tomar como objetivo Moscú (como proponían von Brauchitsch y su jefe de Estado Mayor Franz Halder), o, a través de Ucrania, Rostov y la desembocadura del Don (como había sugerido al principio el general Erich Marks, ex colaborador de von Schleicher), ya que aquella zona, económicamente la más importante, debía ser también la mejor defendida. Más flexible, su idea de maniobra, concebida de acuerdo con von Rundstedt y Guderian, consistía: 1) en tender la mano a los finlan-

(14) Más tarde, en 1942, la pérdida de la cuenca del Donetz reducirá la producción industrial en un 52 %, en un 63 % para el carbón, en un 68 % para la fundición, en un 58 % para el acero, a pesar del traslado de 445 empresas al Ural, de 200 a la Siberia occidental y de 250 al Kazakhstan, y la producción agrícola en un 38 % para el trigo, un 84 % para el azúcar y un 60 % para los cerdos.

deses a través de los países bálticos y hacer caer Leningrado; 2) en volverse contra Moscú; y 3) en desbordar Kiev en dirección a Kherson y la desembocadura del Dnieper, sin perder de vista que el objetivo real de la guerra era el cerco y la destrucción de los ejércitos soviéticos, y el objetivo final mantener, desde Arkhangelsk hasta Stalingrado, un frente bordeando el curso del Volga. Pero, ya de entrada, al persistir en el fondo en sus puntos de vista el Gran Estado Mayor, ni la constitución de los grupos de ejército, ni la elección de sus jefes, correspondían a aquella estrategia que hacían de la izquierda el ala *activa* del conjunto. El dispositivo adoptado confía al general Ritter von Leeb, comandante del grupo Norte, 29 divisiones, 570 tanques y la flota aérea del general Keller. En tanto que, en el extremo septentrional, el general Dietl, procedente de Noruega (22 de junio), se encuentra atascado por la tundra el 29 de junio delante de Murmansk, y detenido a 30 quilómetros de su vía férrea, a la altura de Kandalakcha (al sur del gollete de la península de Kola), y que los finlandeses (que no entran en el conflicto hasta el 20 de julio) no recuperan Viborg hasta agosto, dos ejércitos avanzan, enmarcando a otro, blindado: a la izquierda, el XVIII de von Küchler ataca sobre dos ejes, 1) por Riga (2 de julio) Tallinn (20-28 de agosto) y el litoral báltico, y 2) por Pskov, en dirección a Cronstadt. En el centro, la IV Panzer de von Hoppner progresa en dos columnas: Reinhard, con bastante lentitud, por Jacobstadt y Luga, cruza el río el 14 de julio, y Manstein, rápidamente, por Dvinsk (el 26 de junio), que cruza el viaducto de Dubissa y los puentes del Duna por sorpresa, está a punto de hacerse cortar por un contraataque contorneando el lago Ilmen, se apodera de Novgorod, pero no consigue bloquear, en Tchudov, la vía férrea Leningrado-Moscú. A la derecha, el XVI de von Buscha ocupa Kovno el 22 de junio, y Cholm, más al sur. La infantería ha quedado atrás, a quince días de marcha, y la ofensiva no puede ser reanudada hasta el 8 de agosto: Staraia-Russa no caerá hasta el 20. Los blindados, a través de los campos de minas, rompen la línea fortificada que defiende los accesos meridional y suroriental de Leningrado, del 10 de agosto al 8 de septiembre; Vorochilov, que ha perdido en dos meses 216.000 prisioneros, se encuentra el 23 de agosto cercado con 12 divisiones (300.000 hombres) en la ciudad, en la que Jdanov animará la resistencia durante un asedio de dieciséis meses.

En el centro, el grupo de ejércitos más potente, a las órdenes de Fedor von Bock, opone 49 divisiones de infantería, nueve P. D. y siete motorizadas (un millar de tanques), y la II flota aérea del general Kesselring, a las divisiones y 3.500 tanques del mariscal Timochenko. Penetrando profundamente a través de las línea enemigas —a una y otra parte del IX ejército de Strauss que, marchando desde Bialystok, por Vitebsk (sobre al Dvina), alcanzará Rjev (el 18 de octubre) y luego Kalinin sobre el alto Volga—, dos ejércitos Panzer, el III de von Hoth, al norte, avanzando sobre Vilno (26 de junio), y desde allí sobre Minsk y sobre Velikié-Luki, sobre el Lovat y la línea Riga-Moscú (y, desde allí, al norte de Vitebsk), y el II de Guderian, al sur, lanzado (tras haber franqueado el Bug gracias a 80 anfibios), en dos columnas, desde Brest-Litovsk hacia Minsk, y desde Slutsk hacia Bobruisk (sobre el Beresina, y barriendo, desde Vitebsk hasta Orcha, el pasillo de 100 quilómetros entre el Dvina y el Dnieper (franqueado los días 10-11 de julio entre Orcha y Rogatchev), se cerrarán como dos amplias tenazas, una primera vez detrás de Bialystok, y al cabo de cinco días (tras un recorrido de 290 quilómetros por Hoth y 320 por Guderian), una segunda vez sobre Minsk (aniqui-

lando, del 27 de junio al 10 de julio, tres ejércitos rusos, 400.000 hombres, que dejaron en sus manos 3.332 tanques, 1.909 cañones y 323.098 prisioneros) y luego, una tercera vez (después de haber roto la línea Stalin en Perekov y cruzado el Dnieper a nado), detrás de Smolensk, donde Timochenko había reorganizado su ejército, gracias al refuerzo de 3.200 tanques y 3.500 cañones que perdió casi por completo, con 310.000 prisioneros, en una nueva batalla de cerco, del 18 de julio al 7 de agosto). Después de haber practicado, no al norte, sino en el centro, un profundo agujero y aniquilado las primeras masas que se le enfrentaban, la Wehrmacht se encontraba a 300 quilómetros de Moscú. Había que avanzar directamente sobre la capital, como deseaban el mariscal von Brauchitsch, el general Halder y el propio von Bock, desde el 25 de julio, o bien, desde Smolensk, volverse a la vez hacia el norte sobre Leningrado (de hecho, un solo cuerpo blindado tomará aquella dirección el 12 de agosto), y hacia el sur, sobre Ucrania y Kiev (directriz 35 del 19 de julio), a fin de destruir las masas rusas —la mitad del total —del mariscal Budienny: 100.000 hombres en torno a Gomel, amenazando las comunicaciones de von Bock, y 700.000 y 2.400 tanques, delante de Kiev, oponiéndose al avance del grupo de ejércitos del sur, mandado por el mariscal von Rundstedt (VI ejército de von Reichenau y la 4.ª flota aérea del general Loehr). Provisionalmente abandonado el plan inicial, en el curso de los consejos de guerra de los días 4 y 23 de agosto, se impuso esta última operación.

Después de haber roto la línea Stalin, del 5 al 15 de julio, tras unos violentos combates de tanques en torno a Lutsk, el ala izquierda de von Rundstedt (VI ejército de von Reichenau y I Panzer de von Kleist) había sobrepasado Jitomir y Berditchev, pero se había encontrado detenida delante de Kiev y Bielaia-Tserkov, en tanto que su ala derecha (XVII ejército de von Stülpnagel) había ocupado Lvov el 30 de junio, luego Vinitza sobre el Bug y Kamenetz-Podolsk, y reducido, alrededor de Uman, del 25 de julio al 8 de agosto, tres ejércitos rusos, desbordados al norte por el avance de von Kleist y cercados, que perdieron 217 tanques, 856 cañones y 103.000 prisioneros. El despliegue del grupo de ejércitos del centro, una vez sobrepasados los pantanos del Pripet, que había insertado en su dispositivo al IV ejército de von Kluge entre Smolensk y Mohilev, y al II de von Weichs alrededor de Bobruisk (sobre el Beresina) y de Rogatchev, permitió la intervención de este último y de la II P. D. (Model) de Guderian hacia el sur, en beneficio del ala izquierda de von Rundstedt, y, sucesivamente, el aniquilamiento en la bolsa de Gomel de un ejército soviético y la captura de 144 tanques, 848 cañones y 70.000 hombres (20 de agosto), y el cerco de cinco ejércitos de Budienny (21, 5, 37, 26 y 38) entre dos tenazas, cerradas por los blindados de Model, progresando por Romny, y por los de von Kleist, franqueando el Dnieper el 31 de agosto para alcanzar Poltava, los días 14-16 de septiembre, cerco que desembocó en la caída de Kiev (19 de septiembre) y en la rendición, el 26, de 665.000 hombres, y en la captura o en la destrucción de 848 tanques y 3.718 cañones. Explotando hacia el extremo sur aquella victoria, que condujo a la Wehrmacht delante de Kharkov (ocupado por el VI de von Reichenau el 24 de octubre), la I Panzer de von Kleist avanzó en dos columnas, por una parte con el XVII de von Stülpnagel) hacia Krementchug (9 de septiembre), Dniepropetrovsk (5 de octubre), Stalino (20 de octubre) y Rostov, en la desembocadura del Don, alcanzado el 22 de noviembre (pero que, minado, no tardará en saltar) y, por otra parte (con el XI ejército de von Manstein y sus contingentes aliados, salidos de Jassy y de Kichinev), hacia

Nikolaiev y Kherson, en la desembocadura del Dnieper, capturando a los 6, 12, 19 y 18 ejércitos soviéticos, 100.000 hombres, 212 tanques y 672 cañones. Para completar aquella brillante victoria había que ocupar los puertos del mar Negro y del mar de Azov, que resistían aún, y conquistar Crimea. La península sólo era accesible por dos angostos istmos (Perekop, siete quilómetros; Ishun, tres quilómetros), forzados del 24 al 29 de septiembre por tres divisiones alemanas (que capturaron 10.000 hombres, 112 tanques y 135 cañones); la operación, continuada por seis divisiones alemanas contra 16 soviéticas, se reveló de las más duras, pero terminó el 27 de octubre con severas pérdidas para los rojos (25.000 muertos, 50.000 heridos, 100.000 prisioneros, 160 tanques y 700 cañones). En el intervalo, el 16 de octubre, Odesa había caído a la presión del ejército rumano del general Antonescu, aunque a costa de elevadas pérdidas (70.000 hombres).

Echada así la suerte de Ucrania, se planteó la cuestión de saber si convenía continuar la campaña, a pesar de lo avanzado de la estación otoñal (contra la opinión de von Rundstedt), y, en este caso, escoger el lugar al cual aplicar el esfuerzo principal: sobre Leningrado (como proponía entonces von Brauchitsch), ahora completamente bloqueado (2 de octubre) por las 10 divisiones del XVIII ejército de von Küchler, que se había apoderado el 15 de septiembre de la fortaleza de Schlusselburg, en tanto que el XVI ejército de Busch, habiendo establecido contacto con los finlandeses en el Svir, alcanzaba Tikhvin en dirección a Vologda y a la vía férrea de Archangelsk —es decir, volver al plan inicial, terminar con la antigua capital de los zares y acortar el frente antes del invierno—, o bien lanzar contra Moscú la gran ofensiva aplazada el 23 de agosto (como preconizaba von Kluge). Se escogió esta última disyuntiva. Contra el millón de hombres de que disponía aún Timochenko para defender la capital (62 divisiones de infantería, nueve divisiones de caballería y 11 brigadas blindadas), se llevó a cabo la concentración en el grupo del Centro de 46 divisiones de infantería, una división de caballería, 15 divisiones Panzer, nueve divisiones motorizadas ligeras y 900 aviones, sacando del norte la IV Panzer de Hoeppner y una parte de su aviación, y reduciendo el del sur a 35 divisiones de infantería, tres divisiones Panzer, tres divisiones motorizadas ligeras, tres divisiones de infantería italianas, seis rumanas, tres húngaras, una eslovaca y un regimiento croata, contra 82 grandes unidades rojas.

La ofensiva, paralizada por el frío delante de Moscú

Así convergieron contra Moscú (evacuado por el gobierno soviético retirado a Kuibytchev, sobre el Volga, a 900 quilómetros de distancia) —donde el 17 de octubre se produjeron unos motines contra los judíos— de norte a sur: el IX ejército de Strauss y la III Panzer de Hoth, que ocuparon Rjev el 18 de octubre y Kalinin en el alto Volga; Reinhard sobre Volokolamsk y Klin, y el resto de la IV Panzer de Hoeppner sobre Mojaisk; el IV de von Kluge sobre Kaluga; el II de von Weichs, desde Briansk sobre Tula, y la II Panzer de Guderian, desde Orel (caído el 9 de octubre), asimismo sobre Tula. La progresión hacia el norte de estas dos últimas grandes unidades había permitido envolver, del 2 al 18 de octubre, el grueso de las fuerzas de Timochenko, al que Stalin (generalísimo desde el 10 de agosto) iba a destituir y reemplazar por Jukov (discípulo de von Seekt). Tras la captura de

648.198 hombres, la destrucción de 1.697 tanques y de 5.229 cañones, todo permitía creer que el ejército rojo, a costa de 700.000 alemanes fuera de combate, habiendo perdido 3.048.000 prisioneros, 18.697 tanques y 26.829 cañones, estaba prácticamente aniquilado. Por eso, a pesar de la lluvia y del barro que hacía impracticables las carreteras desde el 10 de octubre, y a pesar de la nieve anunciadora de unos fríos precoces (cuando la Wehrmacht, por una increíble imprevisión, no estaba equipada para el invierno), Hitler y von Bock se obstinaron el 13 de noviembre en continuar, con menos de 1.900 tanques y 1.000 aviones, la ofensiva contra Moscú, que dirigió von Kluge (por enfermedad de von Bock) con 33 divisiones de infantería, 13 divisiones Panzer (reducidas) y cinco divisiones motorizadas ligeras. Tras unos esfuerzos inauditos, la II Panzer de Hoeppner llega a Khimki, ocho quilómetros al noroeste de Moscú, el 30 de noviembre las vanguardias de von Kluge están a 22 quilómetros del Kremlin, el 4 de diciembre, los blindados de Guderian, al sudoeste rodean Tula, pero, desde el 20 de noviembre, la temperatura ha descendido a 30, a 40 y hasta 50 grados bajo cero a primeros de diciembre, helando los motores, paralizando a los hombres, bloqueándolo todo. El 6 de diciembre, Jukov contraataca con un centenar de divisiones (15) (una tercera parte de ellas de siberianos, perfectamente equipados contra el frío) que han quedado disponibles gracias al pacto de neutralidad concluido, el 13 de abril de 1941, entre el Japón y la U. R. S. S. La ofensiva alemana, rota, refluye en el norte alrededor de 100 quilómetros (dejando 386 tanques, inutilizados, en manos de los rusos, del 6 al 12 de diciembre), bajo los ataques de Kuznetsov y de Rokossovski, y en el sur de 150, bajo los golpes de Boldin y Belov asestados contra sus flancos, en tanto que el IV ejército consigue mantener sus posiciones, en el centro. El despecho y la cólera del Führer se traducen en una serie de relevos en cadena: el de von Rundstedt (provocado por la destrucción de Rostov), reemplazado por von Reichenau en Ucrania el 28 de noviembre, los de von Brauchitsch (23 de diciembre) y de von Bock (enfermos), los de Guderian (partidario del repliegue), reemplazado por Rudolf Schmidt, de Hoeppner (por insubordinación a Hitler), de Stülpnagel, de Strauss (enfermo), reemplazado por von Küchler), etcétera. Pero, acosado por la idea de padecer la suerte de la «Grande Armée» napoleónica si se retira, Hitler, con su obstinación en pegarse al terreno, salva, esta vez, a la Wehrmacht de un desastre seguro. A costa de la evacuación de Volokolamsk y de Kaluga, 68 divisiones alemanas, formadas en «erizos», logran contener, en el centro, sobre un frente desmesurado de 1.500 quilómetros, el empuje de 88 divisiones de infantería, 15 divisiones de caballería y 24 brigadas motorizadas soviéticas. La contraofensiva de invierno, algo desordenada, en dirección a Vitebsk, desencadenada por Koniev en Kalinin el 5 de enero, y más al sur por Zhukov, es frenada delante de Cholm y Velikié-Luki (gracias a unos refuerzos de Francia) por Model, que logra rodear y destruir siete divisiones rusas, al oeste de Rjev, del 23 de enero al 17 de febrero de 1942. Pero, el 20 de febrero, el balance de las pérdidas alemanas se establece en 243.790 muertos o desaparecidos y 708.351 heridos (112.627 víctimas del hielo).

---

(15) Doce brigadas blindadas, 10 del N. K. V. D. y 47 divisiones de refuerzo.

Dos empujones simultáneos, con medios insuficientes, hacia el Cáucaso y Stalingrado...

Cuando, en la primavera de 1942, Hitler, vuelve a asumir la iniciativa de las operaciones, de las 21 divisiones blindadas que han abierto la campaña sólo ha logrado reorganizar 10 y formar cuatro nuevas: la punta de lanza de su ejército está mellada (16). Defendido el resto del frente por 85 divisiones, cuenta, pues, con unos medios limitados —60 divisiones, nueve de ellas Panzer, más 28 grandes unidades aliadas, rumanas, italianas y húngaras— para el desarrollo de su directriz número 41 del 5 de abril, que prevé la ocupación de Crimea, la destrucción por el grupo B de los ejércitos soviéticos en el anillo formado por el Donetz y el Don, la toma de Kalatsch y, si es posible, de Stalingrado, cubriendo una progresión relámpago del grupo A hacia el Cáucaso y sus petróleos. Durante el invierno, un primer ataque contra Sebastopol (el 17 de diciembre) había tenido que ser aplazado y, aprovechando los hielos, los 44.° y 51.° ejércitos rojos habían reconquistado Kertch y el puerto de Feodosia (recuperado muy pronto). Nombrando comandante del XI ejército, von Manstein, con seis divisiones alemanas y dos y media rumanas, emprendió el 8 mayo la tarea de expulsar de la península a las 17 divisiones de infantería, dos divisiones de caballería, tres brigadas de tiradores y cuatro de tanques que la defendían. El 18, había vuelto a tomarles los puertos, capturando 180.000 hombres, 343 tanques y 1.303 cañones, y destruido 323 aviones. Quedaba por conquistar Sebastopol, defendido por el general Petrov, con ocho divisiones de infantería, tres brigadas de marineros y 208 baterías. Precedido de un martilleo de cañones pesados y de bombarderos desde el 7 de junio, el ataque, lanzado el 12, condujo el 4 de julio a la rendición del puerto y de 90.000 hombres (35.000 habían perecido).

Liberado, el XI ejército, trasladado al sector norte, en el que 45 divisiones alemanas defendían 1.100 quilómetros de frente, acudió en apoyo del XVIII, cuyas líneas habían sido perforadas, en una extensión de ocho quilómetros, el 4 de septiembre, delante de Volchov, por el 2.° ejército soviético (que acabó perdiendo, del 21 de septiembre al 2 de octubre, 12.000 prisioneros, 244 tanques y 300 cañones). Desde luego, el contraataque de los 2.°, 52.° y 59.° ejércitos rojos había fracasado, pero no es menos cierto que había salvado una vez más a Leningrado. En el sector del Centro, defendido sobre 1.800 quilómetros —luego 1.600— por 85 divisiones, otro contraataque ruso contra el saliente de Rjev (13 de julio de 1942) sólo había desembocado en la pérdida de 40.000 prisioneros, 220 tanques y 738 cañones. En el intervalo, una potente contraofensiva de Timochenko (con los 6.°, 9.° y 5.° ejércitos, 300.000 hombres) para liberar Kharkov, el 14 de mayo, llegando al norte a 20 quilómetros de la ciudad y, al sur, a los alrededores de Poltava, había amenazado con cercar al VI ejército, pero la intervención de la I Panzer de von Kleist, apoyada por una flota aérea renovada, dotada de cazas Me 109 y FW 190, transformó en dieciséis días aquel éxito inicial en un desastre: rodeados a su vez en la bolsa de Izun-Barrenkovo, 239.506 hombres capitularon con 2.026 tanques, 1.249 cañones y 540 aviones.

---

(16) Dispone de 179 divisiones alemanas, 14 finlandesas, una española, 13 húngaras, una eslovaca, 22 rumanas, 10 italianas y 2.500 aviones.

La operación «azul» hacia Stalingrado y el Cáucaso se anunciaba así bajo felices auspicios. Con la salvedad de que las notas y los planos, elaborados en consejo de guerra del 19 de junio por el general Stumme del XL Cuerpo de Ejército y de la XXIII Panzer, transmitidos por el comandante Reichel, aterrizaron en las líneas rusas. En el grupo A, abriendo el camino el 29 de junio al XVII ejército (25 divisiones, 700.000 hombres), la I Panzer de von Kleist, por Kupiansk, Vorochilovgrado y Rostov (reconquistado el 23 de julio), cruzó el Don el 24, ocupó Krasnodar el 8 y Maikop el 10 de agosto, y avanzó hasta las cercanías de Ordjonikidzé (18-21 de agosto); pero, mientras que una división de montaña escalaba el Elbruz (5.685 m.), cumbre del Cáucaso, venerado por los Arios «Ases», los blindados alemanes se detenían en Modosk, sobre el Terek, a 600 quilómetros de Baku, el 31 de agosto. Entretando, delante del grupo A, desde Kursk a Rostov, el frente ruso había cedido bajo la presión alemana (25 de junio de 1942). Pero, al este de Kursk, los rojos (prevenidos por el incidente Reichel) escaparon a las tenazas de los blindados y sólo dejaron en Voronej 120.000 prisioneros, 1.077 tanques y 1.688 cañones en manos de los atacantes (7 de julio). Ante las 100 divisiones de von Weichs, sucesor de von Bock, desplegadas sobre 600 quilómetros, que ocuparon la cuenca del Donetz (rica en hierro, carbón y manganeso) y cortaron el oleoducto Rostov-Moscú, el grueso de sus fuerzas se retiró hacia Kalatsch, sobre el Don, donde 13 divisiones de infantería, dos divisiones motorizadas ligeras y ocho brigadas blindadas (en total, 250.000 hombres) del 1^er^ ejército blindado y de la 62.ª de infantería opusieron, del 24 de julio el 10 de agosto, una resistencia feroz a los invasores, que sólo capturaron 57.000 hombres, pero tomaron o destruyeron 1.000 tanques y 750 cañones (17). Sucesor de von Reichenau al frente del VI ejército (12 divisiones de infantería, más dos rumanas, una de cazadores, tres Panzer y tres divisiones motorizadas ligeras), von Paulus, oficial de Estado Mayor lleno de celo, pero no excesivamente brillante como militar, dejó escapar a finales de agosto y primeros de septiembre (los días 2 y 3) la ocasión suministrada por los blindados de Hoth (IV Panzer) de cortar la retirada a los rusos comprometidos al sur de Stalingrado. De todos modos, habiendo reanudado su progresión hacia el Volga (3 de agosto), cercó la ciudad el 1 de septiembre y ocupó su centro el 17, a pesar de la encarnizada resistencia del general Chuikov y de Nikita Krutchev. Se disponía a rechazar el 62.° ejército rojo hacia el Volga, el 18 de octubre, cuando este último cuerpo recibió, a finales de octubre, un refuerzo de seis divisiones.

...saldados con una severa derrota

La sorpresa del jefe de Estado Mayor alemán, Kurt Zeitzler (sucesor de Franz Halder desde diciembre de 1942), fue total. Engañado por el almirante Canaris, jefe del Servicio de Información, y creyendo agotadas las reservas soviéticas, había enviado a Francia dos divisiones de élite a raíz de los desembarcos canadienses en Dieppe el 19 de agosto de 1942, y acababa de mandar a Túnez, para combatir allí a los anglosajones desembarcados el 8 de noviembre en Africa del Norte, a las 13 divisiones de reserva estratégica, más 400

(17) El 1 de agosto de 1942, las pérdidas alemanas eran de 336.000 muertos, más 75.990 desaparecidos y 1.127.000 heridos; los rusos habían perdido unos 10 millones de hombres, entre ellos 4.644.741 prisioneros (3,6 millones en 1941 y 1,04 en 1942), 24.958 tanques, 36.960 cañones y 28.056 aviones.

aviones sacados del frente del Este. Entonces, a una y otra parte de Stalingrado, los rusos, aprovechando las lecciones de sus adversarios, lanzaron dos potentes contraofensivas en tenaza, apuntando a cerrarse sobre Kalatsch. Cruzando el Don el 19 de noviembre, el grupo del general Vatutin, en el Norte, entre Serafimovitch y Kletskaya, rompió el III ejército rumano (ocho D. I., dos D. C. y dos D. B.) y el VIII italiano (nueve D. I.), rechazándolos hasta Millerovo, y el grupo del general Rokossovski, por cada lado de Kremenskaia, el VIII cuerpo rumano, hasta Morozoks, mientras que al sur Ieremenko rechazaba a los cuatro cuerpos del IV ejército rumano y a la IV Panzer hacia Tsimlanskaia. El contacto entre unos 66.°, 24.°, 65.° ejércitos y otros (27.°, 57.°, 64.°) se estableció el 22 en Kalatsch, donde encontraron un puente intacto sobre el Don, de modo que, el 30, el ejército de von Paulus (20 divisiones, 235.000 hombres) se encontró bloqueado por 71 divisiones o brigadas en un reducto de 60 quilómetros por 40 alrededor de la ciudad que había conquistado. ¿Abastecerlo por vía aérea? Sólo pudieron suministrarle 100 toneladas diarias en vez de 500. ¿Liberarlo desde el exterior? El mariscal von Manstein y la IV Panzer de Hoth, procedentes del sudoeste, lo intentaron; el 12 de diciembre rechazaron delante de ellos cinco divisiones rusas y el 51.º ejército enviados como refuerzo, y el 19 de diciembre llegaron a 48 e incluso a 30 quilómetros de la ciudad en ruinas. Pero, habiendo flaqueado de nuevo los italianos en el norte, la inactividad de von Paulus y la intervención del 2.° ejército de la Guardia soviético obligaron a Manstein a renunciar a la empresa el 25 de diciembre. Reducidos el 8 de enero de 1943 a la mitad de sus efectivos, privados de su último aeródromo el 16, los sitiados resistieron hasta el 2 de febrero, día en que los 90.000 supervivientes se rindieron. Reteniendo alrededor de la ciudad 60 grandes unidades rojas, de las 143 del frente sur, su resistencia permitió al menos a von Kleist, a partir del 28 de diciembre, llevarse las 25 divisiones (700.000 hombres con los servicios) del ejército del Cáucaso (XVII y I Panzer), en una retirada de 700 quilómetros, antes de que les cortaran el paso en Rostov. Afortunadamente, el 1er ejército de la Guardia soviético, tras haber hecho retroceder de nuevo al VIII ejército italiano (del cual sólo se defendieron valerosamente las unidades alpinas), se detuvo el 14 de febrero sobre el Tchir, a 70 quilómetros del puerto. Uniendo sus esfuerzos, la IV Panzer (Hoth) y la I (Kleist), lograron detener el impulso de las 341 grandes unidades soviéticas (el equivalente a 220 divisiones), a las cuales sólo se oponían sobre 700 quilómetros 32 divisiones alemanas, infligiéndoles, en la región de Krasnogrado y del Donetz, 35.000 muertos, y capturando 10.000 hombres, 676 tanques y 648 cañones. Kharkov, ocupado (lo mismo que Slaviansk al sur y Bielgorod al norte) el 16 de febrero, fue reconquistado (con Bielgorod) por tres divisiones Panzer S. S. el 14 de marzo. El frente alemán se restableció sobre el Kuberle, 200 quilómetros al oeste de Stalingrado. A primeros de febrero, seguía el Oskol, el Donetz (Vorochilovgrado) y el Mius hasta Taganrog.

Por haberse dejado arrastrar hacia el objetivo, político pero irreal, de Moscú, en vez de terminar con Leningrado, Hitler había perdido en un ataque frontal lo mejor de sus blindados en el duro invierno de 1941. Por haberse dejado atraer por el espejismo místico del Cáucaso y por el interés económico de aquella región, en su impaciencia por alcanzarla, distrajo una parte de los medios necesarios para la conquista de Stalingrado y del «limes» del Volga, y perdió la una y el otro, al extender desmesuradamente su frente

sobre 2.600 quilómetros en el invierno de 1942. En los dos casos, bordeó el desastre.

Ahora, ha perdido la iniciativa de las operaciones. Superada en material por la producción de guerra norteamericana (que suministra a los Soviets por la vía aérea Congo-Sudán, por las vías marítimas de El Cabo, del Pacífico norte y del Transiberiano, y sobre todo del Golfo Pérsico y del Irán —ocupado por los británicos y los rusos, los días 23-25 de agosto de 1941—, 17.000 aviones, 12.000 tanques, 8.000 cañones, 451.000 vehículos y hasta 105 submarinos), dispersada sobre todo el continente (177.000 hombres en Finlandia, 11 divisiones en Noruega, cinco en Dinamarca, 38 en Francia-Bélgica-Países Bajos, 22 en Italia, 22 en los Balkanes y 12 en reserva general, es decir, un total de 110 divisiones con 3.300 aviones), la Wehrmacht se esfuerza penosamente en reorganizar en el frente del Este 190 divisiones (más 10 rumanas y seis húngaras), contra las 327, más 51 blindadas, de que dispone la U. R. S. S., que produce entonces 1.700 tanques y 1.200 cañones por mes.

Obnubilado por el «espacio vital», Hitler ha perdido la partida política en Rusia

En tales condiciones, se plantea para Alemania, duramente, el problema de los efectivos y de la mano de obra. Empeñado en una campaña similar contra Rusia, pero con el solo objeto de obligarla a aliarse con él, Napoleón había movilizado en la «Grande Armée», alrededor de la «Gran Nación», la Francia de entonces contra la «mayor nación moscovita», los recursos de todo el viejo continente, reorganizado por él durante los breves respiros dejados por las coaliciones en estados vasallos de su Imperio, más o menos enfeudados a su «dinastía». Hitler lanzó al Reich pangermanista de 88 millones de habitantes a una empresa más ambiciosa todavía, puesto que se trataba, no ya como habían hecho antaño los Teutónicos en los países bálticos y las comunidades germánicas de artesanos y comerciantes en la cuenca del Danubio, de encuadrar y desarrollar unas poblaciones atrasadas, sino de conquistar, con vistas a su repoblación por 20 millones de arios de pura cepa alemana, unas tierras de colonización quitadas a los «Untermenschen» —subhombres— eslavos que las ocupaban, de acuerdo con los principios del espacio vital, tan caros al general-profesor Haushoffer, a Walter Darré, a Alfred Rosenberg, teóricos del nacionalsocialismo, adeptos de las sociedades secretas que le dieron vida. Pero Alemania tiene que soportar sola el peso de aquella obra inmensa. De las potencias del Eje, Japón libra en el Pacífico, contra China y Estados Unidos, su guerra «particular», de la que Rusia está prácticamente al margen. Italia ha abierto por su propia iniciativa los teatros de operaciones de Africa y de los Balkanes, sólo para arrastrar a ellos, intempestivamente, a Alemania, obligada a sostenerla. Unicamente Rumanía ha aportado una ayuda militar eficaz, aunque haya flaqueado, al igual que el aliado italiano, delante de Stalingrado. En el intervalo, Hitler, imponiendo el yugo del ocupante a unos países sometidos, no ha sabido canalizar la ola «fascista» que animaba por doquier a la juventud occidental, reorganizando Europa de acuerdo con aquel ideal. Esto es cierto hasta el punto de que el adversario impone a menudo sus métodos a quien pretende combatirle: la dictadura del proletariado anunciando al Estado totalitario, la Cheka a la Gestapo, los campos de concentración a otros campos de exterminio, las depor-

taciones a otras deportaciones, etc., en un engranaje fatal de crueldad y de barbarie.

Se vio claramente en Rusia donde, al principio de la guerra, ejércitos enteros se habían rendido, tras ejecutar a sus comisarios políticos, en un país en el que los soldados, desde los tiempos de Napoleón, se hacían matar dos veces antes que capitular. En los países bálticos, víctimas después de la conclusión del pacto germano-ruso de implacables matanzas por los rojos, los alemanes habían sido acogidos como liberadores. En la Rusia blanca, en Ucrania, la población les había recibido con flores. Al acercarse los Panzers a Moscú, el 17 de octubre de 1941, se había desencadenado un movimiento contra los judíos que obligó a implantar la ley marcial. Más tarde, la progresión hacia el Cáucaso, en 1942, desencadenó entre los cosacos del Kuban, los Tchetniks, los kalmukos de Astrakan, los tártaros, revueltas reprimidas con 15.000 ejecuciones, a las órdenes de Semenovitch Arbanikov; y el asalto a Stalingrado, disturbios en las fábricas de Kazan, en el Volga. No obstante, si bien volvían a abrirse las iglesias, los ofrecimientos de los habitantes bálticos, galitzianos de Lvov, ucranianos de Melnik y de su «Unión Nacional» para constituir unos cuerpos auxiliares contra los «rojos» eran rechazados en todas partes. (finalmente, 20.000 ucranianos, 25.000 caucasianos y 8.000 turcomanes ingresaron en los cuerpos auxiliares de la Wehrmacht), y la población, sometida a la más severa disciplina, espantada, se vio imponer el mantenimiento de los kholkozes, con el pretexto de que las requisas resultaban así más fáciles, por aquellos singulares «cruzados» antisoviéticos. Uno de los defensores de Leningrado, el general Vlassov, «héroe de la U. R. S. S.», caído en manos de los alemanes, se había ofrecido, en junio de 1942, para constituir un ejército «blanco»: durante dos años, nadie le hizo caso. Acerca de ese problema, en efecto, los dirigentes nazis estaban muy divididos. Se concibe fácilmente que la tesis consistente en oponer unos «Grandes Rusos blancos» a unos «Grandes Rusos rojos» no podía prevalecer. Sólo una Rusia desmembrada, reducida a unos elementos de volumen comparable a los otros Estados, podía ser incorporada al resto de Europa, bajo cualquier forma. Habiéndolo comprendido así, el memorándum del 2 de abril de 1941 preveía la constitución de siete estados: Rusia blanca, incluido Kalinin; la región del Don, incluyendo Saratov; la Ucrania autónoma; la Federación del Cáucaso; la musulmana del Turquestán; los Países Bálticos, transformados en «Ostland» alemán; y finalmente la «Gran Rusia», la Moscovia, estrictamente desarmada. En Jelna, el 16 de julio de 1941, Hitler precisó que la península de Kola, vecina de Finlandia, la Galitzia, Crimea, Bakú y la república de los alemanes del Volga, serían colocadas directamente bajo control alemán.

Dos racismos frente a frente

Hasta aquí, el programa pangermanista está de acuerdo con un razonamiento político. Que comporte asimismo la eliminación de los jefes comunistas locales, judíos o no, por cuatro equipos especiales (3.000 hombres), o «Einsatzgruppen», encargados a finales de 1941 de la «limpieza» de la retaguardia, es una buena política de guerra. Que las poblaciones judías, particularmente numerosas en la antigua «zona de residencia» ocupada, sean reunidas, desde Polonia, cerca de Nisko, hasta el sudoeste de Lublin (en número de 300.000 hasta el 13 de abril de 1940), y luego rechazadas, en número

	1932-39	*—emigrados +refugiados antes 1939*	*desp. 1939*	*intern.-deport.*	*superviv.*	*desapar.*
Alemania.	510.000	—300.000 A Israel 120.000 A América 180.000	—58.157	100.516 (no-inter. 51.327) (31-12-1942)	40.000	111.843
Austria.	230.000	—180.000		47.655 (no-inter. 8.102)	20.000	40.000
Checoslovaquia.	260.000 (26) 294.000 (39)	—131.600 pasados a Hungría	+ 162.200 (74.200 checos + 88.000 eslovacos) (protocolo Wannsee, enero 1942)		55.000	105.000
Polonia.	3.100.000 + 30.000	—422.000 Al Oeste —289.300 Al Danubio	1.288.700 zona rusa 257.740 zona alemana	829.040 (360.000 en Varsovia + 500.000 en ghetto creado en 16-10-1940)	1.980.960	830.000
Países Bálticos.	245.000				196.000	49.000
Dinamarca.	7.000					500
Noruega.	1.500					900
Francia.	300.000	+170.000		120.000 (sólo 6.000 franceses)	350.000	
Bélgica.	90.000	+ 25.000		25.000	90.000	83.000
Países Bajos.	150.000	+103.000		118.000	100.000	de los cuales 69.000
Luxemburgo.	3.000	—250.000		2.000	1.000	de Hol.
Hungría.	320.000 361.000 (39)	+289.300 Pol. +131.660 Chec. (huidos a Constantza) + 17.500 Yug.	760.000 (19-3-1944, inf. Kasztner) (217.000 deportados)		543.000	217.000
Rumanía.	900.000 850.000 (39)		—206.700 (Besarabia, anexionada por por la U. R. S. S.) — 88.600 (Bukovina, id.)		457.000	147.600
Yugoslavia.	75.000 (39)	—35.000 (a Hungría, Italia) —10.000	20.000 deportados sobre 40.000 finales de 1941 y 30.000 febrero de 1943 (Herm. Krumey, Zagreb)		20.000	20.000
Bulgaria.	50.000 (39)		11.000 deportados		43.000	7.000
Grecia.	75.000 (39)		(55.000 zona alemana 20.000 italiana) —10.000 (huyen febrero 1943)	8.000 a 10.000 deportados	25.000	8.000
Italia.	50.000 (27) 57.000 (39)	+ 16.500 Yugoslavia			60.000	6.500
U. R. S. S.	3 millones	+ 2,2 millones *		600.000 en zona alemana	2,6 millones	400.000

* Muchos de los cuales pasaron por el Birobidjian, el Asia Central y Hong-Kong. Según Nahoum Goldman en el «World Jewish Congress» (12-IX-1963), la población judía de Rusia ha vuelto a ascender a tres millones desde 1948 hasta 1963.

de un millón, en 1941; las de Dantzig, Prusia occidental, Posnania, Alta Silesia, 500.000, concentradas para ser posteriormente deportadas a ultramar, y, cerrada esta salida por los defensores titulares, anglosajones, del Judaísmo, que un inmenso «ghetto» encierre el 19 de abril de 1943 en Varsovia, a 500.000 de ellos detrás del alambre espinoso, no es motivo de asombro, ya que «la expulsión de los judíos del espacio vital del pueblo alemán» es un punto doctrinal del nacionalsocialismo. Hitler, Himmler y Rosenberg, partidarios del envío de los «Ashkenazim» a Palestina (a pesar de su reticencia, su negativa formulada a von Mildenstein), ¿no habían encargado acaso al doctor Schacht una gestión en ese sentido en Londres, en diciembre de 1938, gestión precedida por unas entrevistas de Eichmann con Eliahu Golomb, dirigente de la «Haganah» en 1937, que desembocaron en el éxodo de 45.000, y luego 150.000, judíos de Austria en dieciocho meses, seguidos de 78.000 de Bohemia y de Moravia, y, de Alemania, de 40.000 en 1938 y de 78.000 en 1939? Ante la poca prisa de los anglosajones en acoger a sus protegidos, y tras el fracaso del proyecto de Eichmann (que lo había tomado de Georges Mandel) de enviarles a Madagascar, empezó el drama: los campos de concentración se convirtieron en campos de exterminio, y de los hornos crematorios para incinerar los cadáveres se llegó a las cámaras de gas. ¿Por crueldad, por sadismo, por odio racial? Tal vez en algunos. Pero también y sobre todo en cumplimiento de una «misión» recibida, digna de la venganza contra los Amalecitas, que no se ejerce solamente contra los judíos (produciendo alrededor de un millón y medio de víctimas) (18), sino también contra los gitanos, aquellos semiiniciados, «reprobados» por los dioses y las sociedades secretas de la India (de los cuales serán ejecutados de 200.000 a 300.000), y que, en provecho de una raza «elegida» superior, aria, opuesta a la otra, la judía, aspira a situar bajo su yugo a los eslavos, aquellos subhombres cuyo nombre es ya sinónimo de esclavos.

---

(18) Denunciadas por Raphael Lemkin (*Axis rule in occupied Europe*, Londres, 1934), las matanzas de judíos, ya suficientemente atroces, han sido hinchadas sistemáticamente con el fin de avivar la reprobación universal, de intensificar la represión del nazismo y de aumentar las indemnizaciones reclamadas a la Alemania Federal.

El número de desaparecidos, calculado en 4.500.000 por el juez Jackson de Nuremberg (que ha aumentado de 9.240.000 a 9.600.000 la cifra de la población y no ha tenido en cuenta la emigración desde 1932 hasta 1939), se convierte para el «Centro de Documentación Judía y Contemporánea» en 6.009.400 (por medio de una simple resta: 8.297.500 (en 1931) menos 2.288.100 supervivientes en 1945), y para Raoul Hilberg (*The Destruction of the European Jews*, 1935) en 5.419.000 (9.190.000 menos 3.770.000). Partiendo de las estadísticas de Arthur Ruppin (*Los judíos en el mundo moderno*, Payot, 1934) para 1932, pero analizando la emigración desde 1932 hasta 1939, los traslados, las deportaciones, así como la inmigración de los huidos, Paul Rassinier (*Le Drame des Juifs européens*, Les Sept Couleurs, 1964) ha demostrado que había que deducir de aquellas dos últimas cifras 4.524.108 contados de más, lo que les reduciría, para el primero a 1.485.292 víctimas, y para el segundo a 896.892. El siguiente cuadro se esfuerza en resumir esos datos:

Para los supervivientes, los países que les acogieron fueron:

Israel: 1.055.657 inmigrantes europeos, desde 1931 hasta 1962 (sobre un total de 2.300.000). Estados Unidos: 4.461.184 en 1926, 5.500.000 en 1962, más de siete millones, probablemente, en la actualidad 200.000 han pasado al Canadá (254.000 en vez de 170.000); al Brasil, 140.000; a la Argentina, 450.000 (en vez de 240.000); a Africa del Sur, 110.000 (población judía de Méjico, 70.000; del Uruguay, 60.000; de Chile, 15.000). Además, muchos han salido de Europa o han regresado a su país de origen. Francia contaba con 250.000 en 1932, 300.000 en 1939, 500.000 a finales de 1962, y posteriormente 550.000 (de ellos, 130.000 refugiados de Argelia y 20.000 de Marruecos y Túnez). Bélgica, de 20.000 a 25.000 (entre ellos, los repatriados del Congo). La población judía mundial se calculaba en 12.296.180 en 1962.

Aquella visión apocalíptica se traduce primeramente en unas instrucciones de Hitler, que provocaron objeciones de los jefes del ejército, y luego, con más exageración aún, por Himmler a los oficiales de tres divisiones Waffen S. S. en Kharkov, en abril de 1943 («tenemos que aniquilar en los campos de batalla a ese pueblo ruso de 200 millones de seres»). Las intenciones nazis son expresadas de una forma que se acerca más a la realidad por von dem Bach-Zelewski, encargado de la lucha contra los partisanos («aquellos métodos habrían desembocado en el aniquilamiento de unos 30 millones de individuos, cifras coincidentes con los planes de los dirigentes hitlerianos»). Pero aquellos propósitos, inspirados por un falso iluminismo y desprovistos de todo sentido político, facilitan grandemente la tarea de los comisarios soviéticos que, tras haber hecho el vacío delante de los invasores (hasta el punto de destruir la presa de Dniepropetrovsk), reclutan activamente en la retaguardia grupos armados de francotiradores, destinados a cortar las vías férreas y a hostigar las vías de comunicación de los ejércitos alemanes, ahora reducidos a la defensiva. Aquellos partisanos, a las órdenes de Kirochenko, después del congreso de Jitomir de mayo de 1943, actuando en el Cáucaso, en Crimea, en Ucrania (en número de 220.000), hacia los Cárpatos, en el bosque de Briansk, desempeñan un importante papel en la batalla de Kursk (en el otoño de 1943) y en la de Bobruisk-Vitebsk (en junio de 1944). En tales condiciones, la tarea de Alfred Rosenberg, nombrado ministro de los territorios del Este, y de su adjunto Gottlob Berger, sólo consiste en sacar de las regiones ocupadas la mayor cantidad posible de productos alimenticios y de materias primas necesarios para el abastecimiento y para la producción de guerra.

* * *

Polonia y los países bálticos, mártires

Desposeída de su papel histórico de bastión del Occidente contra los Soviets, Polonia no es mejor tratada que Rusia. En torno a Varsovia y a Cracovia, el centro y el sur del país (incluido Lvov) forman un gobierno general englobando a una docena de millones de habitantes, colocado bajo la autoridad de Hans Frank, que tiene la mano dura (17.000 fusilados en 1943) y persigue no sólo a los judíos y a los gitanos, sino también a numerosos intelectuales y a algunos miembros del Clero. El 26 de octubre de 1939, la región occidental del Warta (Silesia y Pomerania), con 9,5 millones de habitantes, ha sido llamada a constituir una especie de marca, la «Wartheland», dirigida por el gauleiter Arthur Greise. Lugar de repoblación para los alemanes del Alto Adigio, de Besarabia, etc., la región, destinada a ser germanizada, es particularmente malsana para la población polaca, privada por una parte de sus aperos y de su ganado, requisados para dotar a los recién llegados, y reducida a unas raciones alimenticias inferiores. Semejante política, no hace falta decirlo, no es precisamente la más adecuada para fortalecer la retaguardia de un ejército reducido a contener, en el Este, a un adversario cuya superioridad en hombres y en material, ya aplastante, se incrementa sin cesar.

Reunidos en «Ostland», los países bálticos padecen una suerte casi idéntica, ya que está previsto rechazar hacia el Este a sus habitantes, para dejar sitio a la colonización alemana. Sin embargo, los bálticos, víctimas del terror rojo, habían sido los primeros en ayudar a los alemanes en su avance. En

Letonia, Ulmanis había sido deportado a Siberia en julio de 1941, así como un gran número de sus compatriotas, «enemigos de clase», y un plebiscito amañado había precedido a la anexión del país por la U. R. S. S. (5 de agosto). Después de lo cual, el mayor Voldemar Veis y el general Rudolf Bangersky, refugiados en Alemania, habían aportado el apoyo del S. D. al general Oskar Dunkers, que organizaba sobre el terreno la resistencia contra los Soviets. A pesar de que en vísperas de la invasión alemana, del 12 al 14 de junio de 1941, el judío Boris Kum, del N. K. V. D., practicó la detención en masa de 35.000 letones, unos grupos nacionalistas participaron en la liberación de Libau, Mittau y Riga (donde se desencadenó un *pogrom*), antes de constituir una Legión S. S., que encuadraba a 31.000 hombres. Cuando sobrevino la derrota, 115.000 letones huyeron a la bolsa de Curlandia, aislada por el ejército rojo en mayo de 1945, tras lo cual 50.000 fueron expulsados por los rusos en 1945-46, más 60.000 deportados hasta 1949. En Estonia, Pätts, a pesar de haber firmado un pacto de asistencia con la U. R. S. S., el 28 de septiembre de 1939, corrió la misma suerte que Ulmanis y que sus vecinos letones: anexión, ejecuciones, deportaciones, etc. Entonces, en las inmensas extensiones del Este, en número de varios millares, los «Hermanos del Bosque» plantearon serios problemas a los rojos, en espera de unirse a los alemanes en agosto y septiembre de 1941. Sin embargo, aquella colaboración no valió en el Consejo territorial creado en enero de 1942 y presidido por Hjalmar Maes, ninguna consideración especial por parte del gauleiter Heinrich Lohse y de su sucesor en 1943, Otto Tief. Al ver lo cual, mientras que Alfons Rebane se prestaba a la formación de una brigada S. S. (20.000 hombres), Viktor Koern reorganizó un *maquis* (en el que, tras la resistencia de Dorpat, en julio de 1944, el cerco de Tallinn, el 29 de julio —provisionalmente roto del 20 de agosto al 22 de septiembre—, y la caída de la capital, los partisanos hicieron frente a 10 divisiones rusas hasta la muerte de Koern en 1948 y la de Rebane en 1949). Entretanto, los lituanos —que habían aprovechado la derrota polaca para recuperar Vilno en septiembre de 1939— habían padecido, de manos de Jdanov y de Boris Kum, el mismo calvario que los otros bálticos (liquidación de los oficiales de la reserva, ejecuciones y deportaciones sistemáticas). Encuadrada por el «Frente activista», agrupando a los «Lobos de acero» de Valdemaras y al «Comité de Salvación» creado por Smetona, la resistencia buscó el apoyo de Alemania y de los Estados Unidos al mismo tiempo. Apenas apareció el ejército alemán, el 22 de junio de 1941, el cuerpo lituano incorporado al ejército soviético liquidó a sus comisarios políticos, en tanto que el general Kobiliunas proclamaba de nuevo la independencia (los propios sionistas-revisionistas del movimiento «Betar» hostigaron a las secciones del N. K. V. D.). Bajo la ocupación alemana, el país no dejó de padecer los rigores (trabajo obligatorio, deportaciones) impuestos en el Baltikum por sus gauleiters. De todos modos, cuando reaparecieron los rojos, en el otoño de 1944, los partisanos huyeron a los bosques del sur de Kovno y de la región de Vilno donde, a pesar de sus numerosas bajas (30.000 muertos a mediados de julio de 1949), continuaron resistiendo hasta 1952.

* * *

Ocupación menos rigurosa de los países nórdicos

En los países ocupados del Oeste, Alemania, ciertamente, tiene la mano menos pesada. En Noruega, el mayor Quisling, que había buscado una me-

diación entre Inglaterra y Alemania, en el curso de dos entrevistas con Hitler en diciembre de 1939, y luego advirtió al Führer de la inminencia del desembarco aliado, sostenido por 50.000 partidarios y 50.000 simpatizantes, había llevado a cabo un *putsch* inmediatamente después de la ocupación y —mientras el rey Aakon y su gabinete se refugiaban en Londres, tras la capitulación del general Ruge en Trondjheim el 10 de junio de 1940— negociado con los alemanes (que se habían limitado a crear, el 15 de abril de 1940, como harían más tarde en Bélgica, un Consejo administrativo que disolvería, a finales de septiembre, el gauleiter Terboven) la constitución de un gobierno nacional. Sin embargo, no consiguió su objetivo hasta febrero de 1942, y aquel gabinete, maltratado por el comisario del Reich, llevó una existencia precaria antes de ser reemplazado por algunos notables, «bajo la bota» del procónsul (19). En Dinamarca, ocupada el 9 de abril de 1940, el gobierno ejerció sus funciones hasta agosto de 1943, es decir, hasta la celebración de unas elecciones democráticas que, de un total de 150 diputados, llevaron al Parlamento a un solo nazi (20). En cambio, en los Países Bajos, habiendo abandonado el país la reina Guillermina y su gobierno para trasladarse a Londres, el 17 de mayo de 1940, fue nombrado un gauleiter (Seyss-Inquart hasta febrero de 1941, luego Schmidt), y el nacionalsocialista Anton Mussert fue mantenido a distancia por Hitler, aunque su partido contaba con numerosos afiliados (de 30.000 a 50.000), y a pesar de que reclutó (con sus rivales Rost y Feldmeyer) un número igual de voluntarios (55.000) para las Waffen S. S. del general Seyffardt (asesinado en 1943), en comparación con 6.000 noruegos y 6.000 daneses (21). En Bélgica, aunque Pierlot trasladó a Londres su gabinete, más tarde presidido por el socialista, amigo de los banqueros, Paul-Henri Spaak, el rey Leopoldo III permaneció en el castillo de Laeken, donde, aconsejado por el barón Capelle, se consideró como prisionero (aunque celebró una entrevista con Hitler) y se prohibió toda actividad oficial. Sin embargo, el jefe socialista Henri de Man, célebre por sus obras reformistas, constituyó un gobierno sobre el terreno. Jefe del partido rexista, Leon Degrelle, aunque víctima después de la invasión de Bélgica de las represalias de los Aliados, que le condenaron a muerte en Lille, en tanto que la policía francesa abatía en Abbeville, el 24 de mayo de 1940, a 21 de sus compañeros, y detenía a 12.000 rexistas, fue mantenido al margen por los alemanes. Degrelle era mal visto por los flamencos de V. N. V. (partidarios de la Unión con los Países Bajos), por los 100.000 afiliados de Staf de Clerq, por los germanófilos de Vlag, por las «Amistades germano-flamencas» (creadas en 1936 por Jef van de Wiele, 17.000 miembros), e incluso por los «borgoñones» nacionalsolidaristas místicos de Joris van Severen, asesinado en 1940 (25.000 afiliados). Pero, en la esperanza de obtener para su patria un estatuto favorable en una Europa «fascista», Degrelle asumió la Jefatura de las Waffen S. S. (23.000

---

(19) Montada en febrero de 1941, desmantelada en diciembre de 1942, la Organización militar (MilOrg) del general Ruge, en enlace con las islas Shetland, realizó un golpe de mano sobre las islas Lofoten en marzo de 1941. En 1943 fueron detenidos, como medida de precaución, 1.100 oficiales el 16 de agosto, y 1.200 estudiantes el 30 de noviembre.

(20) Al producirse la Liberación, el rey amalgamó, mitad por mitad, aquel gabinete con representantes del Comité danés libre, de siete miembros, formado en Londres.

(21) Neutralizada una red de información por el alemán Schreider, la resistencia sólo se manifestará con unas huelgas en abril de 1943 (150 fusilados) y, en septiembre de 1944, con unos sabotajes ferroviarios preparando la operación aerotransportada sobre Eindhoven, Nimega y Arnhem que, prevista a tiempo por el adversario, se saldará con un completo fracaso.

flamencos y 20.000 valones), y con ello se ganó la confianza y la amistad de Hitler, que le nombró general de división (22).

En Francia, relaciones correctas, recuperación y «Orden Nuevo»

En Francia, en el clima de una ocupación que, siendo correcta en conjunto, no deja de resultar enojosa, la consigna de colaboración dada por el mariscal Petain en la radio, a raíz de la entrevista de Montoire, no se ha convertido nunca en una realidad concreta. Encargado de misión cerca de los prisioneros el 20 de agosto, Scapini ha obtenido la liberación de 50.000 de ellos (al mismo tiempo que de 60.000 alsacianos-loreneses) el 16 de noviembre, lo que ha reducido el total a 1.490.000, pero el valor de aquel gesto, el único que ha hecho Alemania, ha quedado anulado inmediatamente por la expulsión de 66.000 loreneses y de 120.000 alsacianos, entre el 12 y el 22 de noviembre, la anexión de Lorena al Sarre, «Gau Westmark», el 30 de noviembre, y de Alsacia a Baden, y por nuevas exigencias financieras de Hemmen: entrega de 200 toneladas de oro belga (reclamada el 12 de septiembre, otorgada por Laval el 29 de noviembre), participación en las minas de cobre de Bor (en Yugoslavia y en Bulgaria; colocadas bajo dirección alemana desde el 26 de julio), el 6 de noviembre. A su regreso de París, a donde se ha dirigido el 29 de noviembre, Pierre Laval anuncia, el 5 de diciembre, la convocatoria del general Huntzinger para una conferencia militar con el general Warlimont, el 10, para la recuperación de los territorios disidentes del Tchad. Desde que Otto Abbetz ha estimulado la aparición de una prensa favorable a la colaboración (*Aujourd'hui*, el 10 de septiembre, con Henri Jeanson y Robert Perrier, reemplazados prontamente por Georges Suarez; *Le Petit Parisien*, autorizado el 8 de octubre; *Le Cri du Peuple*, de Doriot, el 14 de octubre; *Les Nouveaux Temps*, de Jean Luchaire, el 1 de noviembre), Marcel Deat, partidario de la creación de un partido único, se ha convertido en el centro de aquel movimiento intelectual «europeo», que flirtea con el nacionalsocialismo, en tanto que en Vichy financieros, nacionalistas y petimetres coquetean con los anglosajones. Así, de acuerdo con el secreto deseo de Ribbentrop, hostil al retorno del gobierno a la capital, dos Francias se enfrentan (sin contar la gaullista, que en aquella época sólo existe en la emigración).

Después de haber resuelto felizmente sus tareas más urgentes: reinstalación de 3.800.000 refugiados, reconstrucción de 6.000 obras de ingeniería para restablecer las comunicaciones por ferrocarril y por carretera, reducción del número de parados de 1.500.000 a 900.000 a finales de año, por medio de la eliminación del trabajo de las mujeres y la limitación estricta a cuarenta horas de la duración semanal del trabajo, en unos tres meses, el gobierno del Mariscal se ha preocupado de asentar su poder depurando la administra-

(22) En 1941, la *Sûreté* belga constituyó unas redes de información, conectadas con Londres. Dos años más tarde, el coronel Bastin, ayudado por la Gendarmería (Movimiento nacional belga), por la Legión (Unión Nacional de los oficiales de la reserva), se encargó de encuadrar un «Ejército secreto», en tanto que los comunistas creaban un «Frente de la Independencia y de la Liberación» y formaban unas milicias. El mayor Quinet organizó un *maquis* en las Ardenas. En ejecución de los planes establecidos el 4 de junio, se produjeron unos sabotajes el 12 de julio de 1944, en espera de que, el 2 de septiembre, el general Gerard coordine las «Fuerzas del Interior», en vísperas de la liberación de Bruselas (4 de septiembre).

ción (ley del 17 de julio, que afectó a 49 prefectos, 58 subprefectos y secretarios generales, y 2.282 funcionarios en seis meses), prohibiendo las funciones públicas a los hijos de extranjeros, revisando las nacionalizaciones obtenidas desde 1927 (22 de julio), prohibiendo las sociedades secretas (ley del 13 de agosto, ante la cual Chautemps, gran dignatario, se ha «inclinado noblemente» el 19). Luego ha actuado contra los responsables de «las mentiras que nos han causado tanto daño», de la guerra y de la derrota, ha internado en el castillo de Chazeron (3 de septiembre): a Daladier, Reynaud, Gamelin (el 5), Mandel (el 9), Leon Blum (el 15), Guy La Chambre (el 19), Vincent Auriol, Max Dormoy, Salomon Grumbach, Jules Moch (el 25), Schrameck (el 27), Pomaret y el hijo de Marius Moutet (el 30), y «declarado privados de la nacionalidad francesa» (el 23 de julio) a los emigrados: la tribu de los Rotschild (Edmond, Philippe, Henri, Robert, Maurice), Léonce (posteriormente exonerado) y Maurice Stern, David Weill (de los Lazard, exonerado), Pierre Cot, Edouard Jones, los periodistas belicistas, Henri de Kerillis, Mme. Geneviève Tabouis, Emile Buré, André Géraud (llamado «Pertinax»), Elie-Joseph Bois (el 7 de septiembre), seguidos, el 28 de octubre, de Alexis Léger, ex secretario general del Quai d'Orsay, de Pierre Lazareff y, el 10 de diciembre, de los generales De Gaulle (degradado a coronel y pasado a la reserva el 23 de junio, condenado a cuatro años de prisión por desobediencia en Toulouse el 4 de julio, y a muerte en rebeldía en Clermont-Ferrand el 2 de agosto de 1940), Catroux (que desde Indochina se ha trasladado a Londres para reunirse con su antiguo compañero de cautiverio), Legentilhomme, y del coronel de Larminat (el Tribunal de Gannat pronunció del 24 de septiembre de 1940 a octubre de 1941 una veintena de condenas en rebeldía contra gaullistas). La suerte de los judíos ha sido regulada, para la zona libre, por un estatuto (estudiado en el Consejo el 1 de octubre, fechado el 3, promulgado el 18) que, por instigación de Xavier Vallat (animador de las medidas contra las sociedades secretas en 1934), apunta, guardando las debidas consideraciones a los ex combatientes (pero no a los neo-conversos, como en Hungría y en Eslovaquia), a controlar a los refugiados extranjeros (internados en campos) y a los argelinos (derogando el decreto Crémieux), y a preservar de su influencia la función pública, la gran industria, la prensa, la radio, el teatro y el cine. Para la zona ocupada, los alemanes han promulgado el 27 de septiembre una ordenanza que les obliga, además, a señalar sus tiendas con una inscripción especial.

Buscando su camino entre las diversas influencias que se ejercen sobre él, el Mariscal ha definido en una serie de mensajes de un elevado alcance moral los objetivos de la «Revolución Nacional» (11 de octubre de 1940), su programa de restauración del Estado y de constitución de grandes regiones económicas (13, 14 y 18 de noviembre). Considerando el «Orden Nuevo como una necesidad francesa», pretende organizar de tal modo «la comunidad de trabajo» «que nuestro país se vea libre de la tutela más miserable, la del dinero». En defensa de la familia, se esforzará en devolver a la mujer al hogar y en luchar contra el alcoholismo, y será el promotor de medidas que sobrevivirán a su régimen (Asignaciones familiares). En defensa del Trabajo, disolverá las centrales patronales y obreras, marcos de la lucha de clases (9 de noviembre de 1940), para promulgar una Carta del Trabajo, que prohibe a la vez la huelga y el lock-out, crea unos sindicatos (libres, pero únicos) en el seno de organizaciones profesionales mixtas e implanta por primera vez el salario mínimo vital, y, si bien rinde culto al dirigismo (16 de agosto de 1940),

fundando unos Comités de Organización, susceptibles de proteger de la intervención alemana a la industria del Norte y del Este, sabrá crear, con su ministro Caziot, a fin de estimular el retorno a la tierra, unas corporaciones agrícolas *autónomas* (2 de diciembre de 1940), que rendirán los mayores servicios. «Cada pueblo —ha dicho— debe concebir un régimen adaptado a su clima y a su temperamento». El régimen que él ha querido implantar —en unas circunstancias desesperadas, con una autoridad sin cesar disminuida por el ocupante, y sin las colaboraciones necesarias—, se asemeja bastante al más flexible de los «fascismos», el del portugués Salazar, del que comparte también las debilidades y las vacilaciones, especialmente en lo que respecta al sistema de representación. Habiéndose opuesto el general Weygand y el «liberal» Louis Rougier a la creación de un «movimiento» único, susceptible de formar la base del régimen, la única organización puesta en pie, después de los «Chantiers de Jeunesse» del general De la Porte du Theil, había sido, bajo la presidencia de Xavier Vallat, la «Legión de los Ex Combatientes» (29 de agosto de 1940). Observemos de pasada que Jean Goy, presidente de los Ex Combatientes el 6 de febrero de 1934, se adherirá en cambio al «Rassemblement national populaire», fundado en diciembre de 1940 por el neo-socialista Marcel Déat, respaldado por el «Movimiento social revolucionario», surgido de la «Cagoule» después del armisticio, hasta que su jefe, el ingeniero Eugene Deloncle, sea eliminado por la Gestapo en 1942. Sospechosa, lo mismo que los «Chantiers», de formar un embrión de ejército complementario (a lo Stein), la Legión fue prohibida inmediatamente en la zona ocupada (por una ordenanza del 28 de agosto, publicada el 23 de septiembre de 1940).

Intrigas a favor y en contra de la colaboración; realismo de Darlan

La tensión entre París y Vichy culmina entonces en unos violentos ataques de Marcel Déat, en *L'Oeuvre,* el 2 de diciembre. Yves Bouthillier los censura en el Consejo con vehemencia, y aprovecha un viaje a Tolón y a Marsella para sugerir al Mariscal la sustitución de Laval por Flandin. El inicio de una cooperación militar para la reconquista del Tchad, es decir, para el ataque a Nigeria (reclamado el 10 de diciembre por el general Warlimont, aplazado por Huntzinger hasta octubre de 1941), por una parte, y por otra la posible repercusión sobre la opinión pública de gestos de acercamiento tales como la devolución de las cenizas del duque de Reichstadt a los Inválidos el 15 de diciembre (sugerida por Benoist-Méchin a Ribbentrop en 1934), inquietan tanto más a los anglófilos de Vichy (Bouthillier, Baudoin, Marcel Peyrouton, yerno de Malvy) por cuanto van acompañados de la autorización, confirmada el 11 por de Brinon al Mariscal, para hospedarse en el Trianón durante aquellos festejos. Notando que el jefe del Estado está a punto de ceder a los argumentos de Laval, de regreso el 13, los conjurados deciden precipitar las cosas y forzarle la mano, con la connivencia de Alibert, del general Laure y de Dumoulin de Labarthète. Mientras que en París, el 14, se da la orden de detener a Marcel Déat —que será puesto en libertad inmediatamente por intervención de Abetz—, el 13 por la noche, después de un Consejo de gabinete y de un Consejo de Ministros, durante el cual los miembros del gobierno son invitados a presentar su dimisión individual, Pierre Laval es detenido por los grupos de protección, G. P., del doctor Martin (ex «cagoulard») y del coronel Groussard, y situado bajo arresto domiciliario en su casa de Châteldon. Revolución palaciega en miniatura, completamente intem-

pestiva, dadas la época y las circunstancias, susceptible como máximo de desacreditar a los intrigantes de Vichy. Si «trapacear» —cuando, no pudiendo ser el jinete, hay que ser el caballo— es lícito en el amor como en la guerra, cocear como un mulo equivale a atraer sobre uno todos los golpes.

Llamado a Vichy, Pierre-Etienne Flandin se ve encargado de formar el nuevo gabinete y es enterado de las actas secretas de Montoire y de los «protocolos» de Rougier en Londres, con esta explicación del Mariscal: «Las negociaciones de Laval en París nos exponían a tener que declarar la guerra a Inglaterra». De regreso del entierro de la colaboración, señalado por la ceremonia fúnebre de los Inválidos, Abetz hace liberar a Laval, al que se lleva con él a París (el 17), obtiene la destitución de Alibert y del general Laure (19 de diciembre) y la formación de un triunvirato Darlan-Flandin-Huntzinger. En suma, aparte del cierre de la línea de demarcación y de la interrupción de las negociaciones sobre los prisioneros —a título de sanciones—, un golpe para nada. Cuyas consecuencias desastrosas conviene borrar. El 25 de febrero, en la Ferrière-sur-Epte, Darlan (designado la antevíspera como futuro sucesor de Petain) se esfuerza en apaciguar la cólera de Hitler, que pregunta por qué le han puesto en relación con Laval, si éste no gozaba de la confianza del Mariscal, y ofrece «por última vez, una política de colaboración con Francia», que Darlan acepta, «dentro del marco del Orden Nuevo europeo». El 18 de enero de 1941, en la Ferté-Hauterive, Petain echa bálsamo sobre el corazón de Laval, con el que se entrevista en secreto; se dan explicaciones, y el disentimiento se resume en este reproche: «Usted no me informaba». Engañado a su vez, Flandin replica con una conferencia de prensa a unos periodistas extranjeros. Además, tiene la desgracia de designar a 27 senadores y 44 diputados para el «Consejo Nacional», creado el 24 de enero, el cual, constituido el 22 de marzo, incluirá a 192 miembros, trabajando en comisión. ¿Es esto una «Revolución nacional»? En París brota un clamor de indignación. Déat replica fundando una «Agrupación nacional popular». El 9 de febrero, Flandin dimite. Al día siguiente, Darlan, que preconiza «la colaboración, con exclusión de la guerra a Inglaterra», y que se ha dirigido por dos veces, los días 3 y 4 de febrero, y de nuevo el 7, a la capital (el 5, Ribbentrop ha recomendado a Abetz que no insista en la vuelta de Laval), pone fin a aquel embrollo, asumiendo las funciones de vicepresidente del Consejo y de sucesor designado.

Lúcido y objetivo, el Almirante, que al principio asume las responsabilidades de los Asuntos Exteriores, del Interior y de la Marina, conserva la colaboración de Yves Bouthillier en la Economía y en las Finanzas, de Pierre Cazot en la Agricultura, del general Huntzinger en la Guerra, y se rodea de personalidades universitarias de primer plano (Joseph Barthélémy, antimasón convencido, en los Sellos; Jérôme Carcopino en la Educación Nacional; Lucien Romier y Henry Moisset, como ministros de Estado), y también de Benoist-Méchin, espíritu independiente y realista (ni a favor ni en contra: «con su vencedor»), de Pierre Pucheu, tecnócrata dinámico (becario salido de Normal-Letras, director en Worms de la Compañía de maquinaria Japy hasta agosto de 1939, tal vez cinarca), como ministro de la Producción y luego, el 11 de agosto, del Interior, y de Paul Marion, en la Información y Propaganda (dimisionario del Partido Comunista en 1929, y del P. P. F. de Doriot en 1939). Secundado por aquel equipo, Darlan sabrá, maniobrando todo lo que haga falta, sostener con mano firme el timón contra viento y marea, durante la

época en que el viento cambia de dirección, en que la guerra contra la U. R. S. S. desencadena la resistencia interior comunista, en espera de que el fracaso de la campaña de Rusia preludie el desembarco anglosajón en Africa del Norte.

Lucha fratricida en Siria

Una primera crisis se abre con la revuelta del Irak, desencadenada por el presidente del Consejo, Rachid Ali el Ghailani contra Inglaterra, el 2 de mayo de 1941. Llamado por Abetz a París el 3 de mayo, Darlan concede al general Vogl, el 6, el tránsito por el aeródromo de Alepo de aviones alemanes enmascarados y la cesión de suministros militares a los rebeldes, a cambio de una suavización de las condiciones de paso de los valores y de los productos por la línea de demarcación, de una reducción de 100 millones en los gastos de ocupación, de la liberación de 83.000 prisioneros, ex combatientes de 1914-18, y del rearme de seis destructores y de siete torpederos. En el curso de una entrevista con Hitler y Ribbentrop, los días 11 y 12 de mayo, en Berchtesgaden, se prevén unas compensaciones por la pérdida de Alsacia-Lorena (la Walonia, la Suiza francesa) y de Túnez (Nigeria). A raíz del Consejo de ministros del 14 de mayo, el Mariscal (el 15) y el Almirante (los días 23 y 31 de mayo) pronuncian unas alocuciones en la radio. Del 21 al 27 de mayo, en París, la negociación conducida por Darlan y Huntzinger con el general Warlimont se amplía: los alemanes solicitan el derecho a utilizar no sólo el aeródromo de Alepo y los puertos sirios, sino también Bizerta y los ferrocarriles de Gabès, para abastecer al Afrika Korps, así como el establecimiento de una base de submarinos en Dakar y la expulsión de los disidentes gaullistas del Africa Ecuatorial Francesa. Los franceses quieren subordinar toda nueva concesión a la contrapartida de refuerzos militares y ventajas económicas y políticas. Cuando Weygand, decidido a «defender el Africa del Norte contra cualquiera, con fuerzas únicamente francesas», se opone el 3 de junio a la utilización de bases en sus orillas por los italogermanos, Darlan se muestra de acuerdo, en la reunión ministerial celebrada el 6, en presencia de Weygand, del almirante Esteva (residente en Túnez) y del gobernador general Boisson (de la A. O. F.), en que sea reclamado a cambio un estatuto especial para Alsacia-Lorena, el cese de las operaciones de colonización del Ostland (que habían entrañado la expulsión de 2.000 agricultores del este del Mosa), la reconversión de los prisioneros en trabajadores libres, la reanudación de las fabricaciones de guerra y un notable rearme antiaéreo.

Es el momento que escogen Catroux y Spears (viejo adversario de la presencia francesa en el Levante) para provocar una agresión británica contra Siria, donde no se encuentra entonces ningún alemán («La Francia libre asumió la iniciativa de la operación... arrastrando a ella a Inglaterra», dirá De Gaulle en 1945). Aceptando a la vez perder el país (al prometer, de buenas a primeras, la independencia a Siria y al Líbano) y enfrentar unos franceses a otros franceses, nuestro general de alcoba proporciona el 8 de junio al general sir Maitland Wilson los auxiliares gaullistas del general Legentilhomme para ayudar a los australianos y a la «Legión Arabe» a expulsar del Cercano Oriente a las tropas francesas del general Dentz, que sufrirán 1.092 bajas (muertos y desaparecidos) contra 800, y de los cuales solamente 2.000, de un total de 20.000, se dejarán convencer para unirse a los «vencedores».

Antes que aceptar la ayuda de los Stukas (a los cuales el general Bergeret, llegado a Beyrut el 17 de junio, ha negado la utilización de los aeropuertos y ha impuesto unas bases demasiado lejanas para permitirles actuar), el gobierno de Vichy firma un armisticio en Saint-Jean d'Acre, el 14 de julio, completado el 25 con un acuerdo entre De Gaulle y Lyttleton. El pabellón de Lorena se ha manchado así de nuevo, tras Mers-el-Kebir y Dakar, de sangre francesa, y si bien la U. R. S. S., en el momento de ser atacada por Alemania, ha ganado al ver asegurada en beneficio suyo la retaguardia de Turquía, Francia, una vez más, ha perdido en todos los tableros.

Aunque Darlan, por su propia iniciativa, ha expulsado al embajador soviético Bogomolov, su respuesta a los protocolos del 27 de mayo, llena de condiciones voluntariamente exageradas, entregada al general Vogl el 14 de julio, marca una nueva tensión de las relaciones franco-alemanas («vacaciones» concedidas a Abetz, misión de enlace del general Otto von Stülpnagel, nombramiento de Krug von Nidda como cónsul en Vichy). En el interior, el conflicto germano-soviético es la señal para un recrudecimiento de la actividad comunista, contra la cual el gobierno reacciona por medio de medidas especiales (instrucción de Darlan en Chavin, del 25 de junio de 1941; ley Pucheu del 14-24 de agosto de 1941; selección, en el seno de la Legión —contra la opinión de su jefe François Valentin—, de elementos de choque del Servicio de Orden Legionario (S. O. L.), mandados por Joseph Darnand, héroe de las dos guerras), endureciendo su actitud con respecto a los judíos (estatuto de los días 2-14 de junio de 1941 y ley del 22 de julio, alineándose con las ordenanzas de los ocupantes de 20 de mayo y 18 de octubre de 1940; «numerus clausus», 2 % para los abogados y médicos, 3 % para los estudiantes; creación de una «Unión general de los israelitas franceses», con censo completo, 29 de noviembre) y a los francmasones (publicación de listas de dignatarios por el J. O.; ley del 14 de agosto; juramento exigido a todos los funcionarios el 4 de octubre; sanciones por declaraciones falsas) y, en aplicación del mensaje leído el 12 de agosto en el Casino de Vichy, suspensión de los partidos políticos y de la inmunidad parlamentaria el 30 de septiembre; designación de un Consejo de Justicia política (29 de septiembre) con sede en Riom, llamado a juzgar a los ministros, subsecretarios de Estado y sus colaboradores inmediatos «que hubieran traicionado los deberes de su cargo en los actos que concurrieron en el paso del estado de paz al estado de guerra» —fórmula ambigua, que no afecta directamente a los belicistas, sino más bien a los responsables de la falta de preparación de Francia —lo que inducirá a Hitler a exigir, por medio del consejero Grimm (15 de marzo-15 de abril de 1942), que se interrumpa aquel proceso falseado en la base. Entretanto, en todos los terrenos, la administración francesa se esfuerza en frenar las exigencias alemanas (según los propios términos del procurador Mornet y del presidente Montgibeau a raíz del proceso del mariscal Petain); el ministro Caziot protegiendo a los agricultores, así como el servicio de los intereses extranjeros a los industriales, contra las participaciones alemanas (limitadas a Franscola y a France-Rayonne, donde son mayoritarias, y a los «Carburantes franceses», donde son reducidas a la tercera parte, y luego a la séptima parte).

Mediante pequeñas concesiones (tránsito de 400 camiones por la A. F. N. para Libia, por ejemplo) y algunas entrevistas manteniendo el principio de la colaboración: Petain-Darlan-Goering en Saint-Florentin (Borgoña), el 1 de diciembre; Darlan-Ciano en Turín, el 9 de diciembre, Darlan no cede en

nada esencial, responde a un ultimátum de Goering al general Juin, el 20 de diciembre, reclamando el tránsito por Bizerta del abastecimiento del Afrika Korps y la preparación de una defensa común del Sur tunecino, exigiendo la derogación del armisticio para el Africa del Norte y su rearme, cosa lógica, niega al doctor Michel, el 14 de enero de 1942, el envío de 9.000 ferroviarios, y en febrero-marzo, el de 150.000 trabajadores a Alemania. Obligado, a raíz de un últimátum presentado por Abetz el 25 de septiembre de 1941, a destituir a Weygand de su proconsulado el 18 de noviembre, declara: «Con o sin Weygand, nunca dejaré penetrar en el Imperio a los alemanes». Por su parte, el Mariscal (que ha asegurado al general Franco en Montpellier, el 14 de febrero de 1941, que no tolerará la presencia de alemanes en Africa del Norte) contestará a una supuesta «oferta del Führer», presentada por Abetz el 9 de enero de 1942, y trasladada al día siguiente a Vichy por Benoist-Méchin: «He sacado a Francia de la guerra, y no pienso hacerla entrar de nuevo en ella al lado de Alemania».

Manejos yanquis en Africa del Norte

Pero si el gobierno francés, desde que Darlan lleva las riendas, se defiende bastante bien contra las intrigas de Londres, está mucho menos en guardia contra las de Washington. Nombrado el 5 de enero de 1941, después del fracaso de Montoire y la sustitución de Laval por Flandin el 14 de diciembre de 1940, el almirante Leahy es tan «persona grata» en Vichy cerca del Mariscal como su cónsul general, el irlandés Robert Murphy, lo es en Argel cerca del general Weygand. Este último, aconsejado por Emmanuel Monick (el hombre del Anschluss en Londres) y por Tarbé de Saint-Hardouin (ex encargado de negocios en Berlín, después de la marcha de François-Poncet), se ha apresurado a negociar con los yanquis, del 18 al 26 de febrero de 1941, un acuerdo económico para el suministro de telas a los autóctonos y sobre todo de gasolina, con un ir y venir de dos petroleros. A favor de aquel arreglo, ha tolerado la presencia de doce «agentes consulares» norteamericanos, entre ellos el coronel John Knox (verdadero agregado militar, salido de Saint-Cyr y de West-Point), el cual, a pesar de la negativa del general a prestar su colaboración personal a la operación, dedica la mayor parte del tiempo a reclutar auxiliares con vistas a un desembarco anglosajón. Cediendo a las instancias del almirante Leahy, Vichy ha destituido, por otra parte, el 13 de julio de 1941, al almirante Abrial, gobernador general de Argelia, y ha encargado a Weygand que asuma directamente sus funciones. Aquellas intrigas no han pasado inadvertidas a los alemanes (poco después del accidente de aviación en el cual el general Huntzinger encontró la muerte en el monte Aigoual, el 12 de noviembre), y Weygand ha tenido que ceder el puesto, el 18 de noviembre, al gobernador general Yves Chatel, en tanto que el general Juin era encargado del mando de las tropas en Africa del Norte. Naturalmente, el 20 de noviembre, el almirante Leahy protestó con la mayor energía.

Laval es llamado de nuevo

Tres meses más tarde, cuando el crédito de Darlan se agota —lo mismo en Vichy, donde Du Moulin de Labarthète y el coronel Fonck querrían reem-

plazarlo por Barthélemy, que en Alemania—, el consejero de embajada Achenbach, el 24 de febrero de 1942, y el consejero jurídico Grimm, el 18 de marzo, llevan a cabo unas gestiones para el retorno de Laval (el cual, a pesar del consejo en contra de Goering en París, el 20, se entrevista en secreto con el Mariscal en el bosque de Randon, el 26 de marzo), en tanto que el almirante Leahy se considera lo bastante fuerte como para amenazar al gobierno francés con una ruptura diplomática. Darlan, que trata de contrarrestar cerca del general von Stülpnagel las maniobras de Abetz, comete la imprudencia de advertir al coronel Krug von Nidda de aquel ultimátum. Alemania recoge el guante, en el preciso instante en que Moysset estima que «ha perdido la guerra». Obligado a volver a llamar a Laval, el 18 de abril, a la presidencia del Consejo, el Mariscal declara el 20 que no es más que «un hombre a la deriva», que ha perdido la iniciativa de su política. Puesto así en evidencia, el almirante Leahy tendrá no obstante la sorpresa de oír de labios del jefe de gobierno (y ministro del Interior, con Barthélemy, Lucien Romier, el almirante Platon, Pierre Cathala en las Finanzas, Abel Bonnard en la Educación Nacional, Bichelonne en la Producción Industrial y tres socialistas —Brevié, Lagardelle en el Trabajo y Bonnafous—; el almirante Darlan conserva el mando de las fuerzas armadas), el 27 de abril, estas singulares afirmaciones: «Esta guerra es una guerra civil, cuyo único vencedor será Stalin, si las democracias continúan luchando contra el Reich». Y: «Yo soy el único, con el general Franco, que durante la guerra se ha entrevistado con el Canciller», y, por consiguiente, el único que podía intervenir como mediador. Desconcertante mezcla de penetración (con respecto a Stalin) y de ingenuo candor (hacia Roosevelt) en un Laval (emparentado por su yerno René con el ex embajador en Washington, Gilbert de Chambrun, progresista). Siendo Francia la más débil, los dos adversarios sólo se ponen de acuerdo para acabar con ella. Rompiendo de hecho las relaciones diplomáticas, el almirante Leahy abandona su puesto, y, el 9 de mayo, el almirante Hoover lanza un ultimátum para las Antillas.

Mientras que en el interior Laval pone fin el 31 de agosto a la actividad de las oficinas parlamentarias, al tiempo que frena la acción antimasónica del almirante Platon (¿acaso no ha conservado a Stora como jefe de gabinete?), la presión extranjera se hace más apremiante en todas partes. Del lado alemán, la intensificación de la lucha contra los atentados comunistas (23) (asesinato del aspirante Mozer, en el Metro, por el «coronel Fabien», el 21 de agosto de 1941; del coronel Holz, comandante de la plaza de Nantes, el 20 de octubre de 1941, que provoca la ejecución de 16 rehenes el 21 de octubre, y de 27 detenidos del campo de Chateaubriand y de cinco en París, el 22; del 8 al 14 de diciembre de 1941, otros 100 rehenes pagan con su vida las nuevas agresiones), determina el nombramiento, el 28 de abril, del general Karl Oberg, el cual, después de haber «domado» a los checos, se encarga con sus S. S. de controlar la represión (200 ejecuciones tendrán lugar del 20 de abril al 24 de mayo; 93 rehenes serán fusilados el 12 de agosto), y la misión en París, el 6 de mayo, del general Heydrich, jefe del S. D. y «protector» de Checoslovaquia, cerca del secretario general de la policía, Bousquet, que le planta cara (no obstante, el 28 de septiembre, 280 agentes alemanes son

(23) Precedidos por la bomba, lanzada por unos enmascarados en Montélimar el 26 de junio de 1941, que mató a Max Dormay (ex ministro del Interior del Frente Popular); acompañados de los disparos de revólver de Colette, hiriendo a Marcel Déat y a Pierre Laval, a raíz de una manifestación de la L. V. F. en Versalles, el 27 de agosto de 1941.

autorizados a buscar y detener a los emisores clandestinos de la zona libre). Los judíos de la zona ocupada, obligados a llevar la estrella amarilla desde el 29 de mayo de 1942, son recogidos a partir del 12 de julio por Danneck (20.000 de ellos en la capital, los días 21 y 22 de julio), para ser internados en campos; en la zona libre, 10.000 judíos extranjeros, refugiados después de 1936, tienen que ser entregados a los ocupantes. Falta de efectivos y de mano de obra, Alemania, que ha pedido el 12 de mayo material ferroviario y barcos mercantes, y que ha impuesto el 30 de mayo el servicio obligatorio del Trabajo en Alsacia, delega en junio al gauleiter Sauckel para reclamar de Francia 350.000 trabajadores, entre ellos 150.000 metalúrgicos. Haciendo suya una idea lanzada por Scapini en septiembre de 1940, Laval solicita en contrapartida la liberación de los prisioneros, a razón de uno por cada tres trabajadores. Dirigiéndose al país, el 22 de junio, explica su política en estos términos: «Quisiera que mañana pudiésemos amar a una Europa en la cual Francia tendrá un lugar digno de ella». Tenemos que «actuar de modo que Alemania no sea demasiado fuerte para oprimirnos, pero al mismo tiempo de modo que tampoco el bolchevismo pueda suprimirnos». Y añade aquella frase profética, que le ha sido reprochada como traición, separándola de la anterior: «Deseo la victoria de Alemania, porque sin ella el bolchevismo se instalaría mañana en todas partes». El 11 de agosto entraba en Francia el primer tren de prisioneros repatriados. De todos modos, el ritmo de la salida de trabajadores es de los más lentos: 12.000 en junio, 23.000 en julio, 18.000 en agosto, en vez de 350.000. Hasta el punto de que Sauckel decreta el 22 de agosto la movilización de la mano de obra de los países ocupados, y el gobierno francés, para no abdicar de su soberanía, tendrá que promulgar el 4 de septiembre una ley análoga, aplicable a la zona sur, que tendrá por efecto rechazar hacia el *maquis* a numerosos refractarios.

Entretanto, del lado anglosajón, continúan las agresiones. El 5 de mayo, bajo la protección de un crucero, cuatro torpederos y 48 aviones, 20.000 británicos desembarcan en Diego Suárez, matando a 294 franceses; desarrollando su ofensiva el 10 de septiembre contra Majunga, ocuparán el resto de Madagascar, aunque reconocerán la soberanía de Francia en el armisticio firmado el 6 de noviembre. El 19 de agosto, protegidos por seis destructores y 69 escuadrillas, 6.000 canadienses desembarcan en Dieppe. Aquel reconocimiento sobre el continente, rechazado muy pronto, cuesta a los asaltantes un destructor, 100 aviones y la mitad de sus efectivos. La población no se ha movido, y Hitler la recompensa liberando a los prisioneros de la región. En aquella ocasión, ¿ha dirigido realmente el Mariscal, el 21 de agosto, una carta al Führer, por mediación del gabinete de Benoist-Méchin, proponiendo «considerar la participación de Francia en su propia defensa... el ver a Francia aportando su contribución a la protección de Europa»? Considerada como apócrifa, aquella carta no fue presentada por la acusación, a raíz del proceso. Había sido antes, en julio, cuando Alemania había consentido en que el ejército del armisticio aumentara en 50.000 hombres. Es evidente que un estado incapaz de la cohesión necesaria para asegurar la defensa de sus posesiones de ultramar y de su propio territorio está destinado a perder las primeras y a servir de campo de batalla en la lucha de los grandes beligerantes entre ellos.

Conjuras y preparativos secretos

No tardaría en verse en Africa del Norte, y posteriormente en la Metrópoli. En abril de 1941, un té en «Dar Mahiddine», propiedad de Lemaigre-Dubreuil, en el curso del cual algunos conjurados examinaban un primer proyecto de invasión elaborado por cuenta de Leahy y Murphy, y traído de Vichy por el comandante Loustanau-Lacau (24), fue interrumpido por el inspector Bègue, subordinado del comisario Delgove; el comandante Beaufre, casado con una inglesa, hija de un «baronet», sospechosa de pertener al *Intelligence Service*) y el comandante Faye, detenidos el 31 de mayo, habían sido condenados a un año de prisión. Gracias a la complicidad del comisario Achiary, de la Brigada de Vigilancia del Territorio (contraespionaje), trabajando de acuerdo con un capitán del I. S., casado con una argelina, no tardaron en recobrar la libertad, y los otros escaparon (el teniente coronel Jousse, yerno del ex alcalde de Argel Charles Brunel, el comandante de aviación d'Artois, el teniente coronel De Rozières y un belga). Poco después, el 25 de noviembre, el mismo comisario presentaba a Jousse al industrial Jacques Lemaigre-Dubreuil, yerno de Georges Lesieur (de los Aceites del mismo nombre) (25), deseoso de trasladar sus fábricas a Dakar, Casablanca y Argel, llevado por el trust «Unilever» a remolque de los norteamericanos de Vichy. El 20 de diciembre, se reúne con él su amigo Jean Rigault, por mediación del cual aquel antiguo *cagoulard* aficionado a la intriga establece contacto, en casa de Roger Carcassonne, con Henri d'Astier de la Vigerie (otro *cagoulard* de tendencias realistas, entonces en el *Deuxième Bureau* de Orán) (26), en relación ya con el norteamericano John Knox. Entretanto, en Washington, el coronel Otto Solborg, agregado militar en Lisboa, subordinado del coronel-abogado William Donovan (jefe del O. S. S. desde el 11 de julio de 1941), preparaba con el coronel de la reserva Aumeran un plan de invasión (11 de enero de 1942). En junio, estableció contacto con el «Grupo de los Cinco», constituido en Pascua (abril) por Lemaigre-Dubreuil, Jean Rigault, Jacques Tarbé de Saint-Hardouin (ex jefe de gabinete de Flandin, secretario adjunto de Asuntos económicos de la delegación Weygand), van Heck, jefe de los *Chantiers de Jeunesse*, y Henri d'Astier de la Vigerie, que se habían asegurado la colaboración del general Bethouart, de la división de Casablanca (el cual, a su regreso de Narvik, se había negado a unirse a De Gaulle), del general Mast (jefe de Estado Mayor del 19.° Cuerpo de Ejército), nombrado

(24) Ex oficial de ordenanza de Petain, desde 1934 a 1938, *cagoulard*, depurador de los comunistas en el ejército, ligado a Doriot el 19 de octubre de 1938, más tarde encarcelado por Daladier, internado a raíz del armisticio y deportado por los alemanes.

(25) Y de los almacenes «Printemps», animador de la «Liga de los Contribuyentes» en 1933, *cagoulard* del C. S. A. R. después del 6 de febrero de 1934.

(26) Ligado al abate Cordier, teniente del Servicio de Información, a van Heck y al coronel Lelong de los «Chantiers de Jeunesse», a los dirigentes judíos doctor Morali (que recibe a los delegados de la metrópoli, y los fondos que el ex vicecónsul inglés Bernard Metz, empleado ahora en el consulado norteamericano, le entrega con tanta más facilidad por cuanto vive en el mismo inmueble que él, en la calle Constantine), doctor Henri Aboulker, jefe del partido radical, doctor Raphael Aboulker, José Aboulker, el industrial P. Alexandre, J. Bensaïd de Blida y sus amigos Louis Joxe (ex agregado en el gabinete de Pierre Cot, casado con una Halévy), profesor del Liceo, el doctor Henri Duboucher, el profesor René Capitant, de «Combat», Muscatelli y Brindard, directores regional y departamental de la *Sûreté*, el comisario Esquerré, etc. Estos conjurados, que se reúnen en la tienda «Elysées-Couture», propiedad de los hermanos Guy y Elie Cohen, disponen en sus desplazamientos de órdenes de misión de los «Chantiers de Jeunesse», de vehículos y del depósito de gasolina del garaje Lavaysse.

para la división de Argel el 1 de septiembre de 1942, del general Bouscat, de la Aviación (ex jefe de gabinete de Guy La Chambre) y del coronel Lorber, de la subdivisión de Bona. Faltaba encontrar un jefe francés de un prestigio suficiente para cubrir la operación «Torch», decidida en julio por Roosevelt y Churchill, puesta a punto en Londres por el general Marshall y el almirante King. Weygand, abordado el 27 de diciembre por un mensaje de Roosevelt y una segunda vez en Cagnes, el 17 de julio, por el consejero de embajada norteamericano Douglas Mac Arthur jr., se disculpó diciendo: «Soy demasiado viejo para convertirme en un rebelde». Entonces, Giraud fue aquel «bravo militar». Lemaigre-Dubreuil, que había sido capitán en su Estado Mayor, se había encargado, tras la accidentada evasión del general de la fortaleza de Koenigstein el 17 de abril (y a pesar de que había dado al Mariscal su palabra de honor de que no emprendería ninguna acción), de inducirle a asumir el mando del asunto, bajo reserva de que se extendiera a la metrópoli (19-21 de mayo). Había establecido nuevos contactos con él, los días 11 y 22 de agosto (en presencia de Metz) y el 9 de septiembre. En septiembre, la detención de Mr. De Roquemore en Túnez sembró el desorden entre los conjurados, con los cuales el teniente coronel de Marina William Eddy permanecía en contacto en Tánger. André Achiary, sorprendido en flagrante delito de «ignorar», a raíz de un registro, un mapa detallado del orden de batalla francés, pagó su negligencia en el exilio en Sétif, pero Bernard Karsenty tuvo tiempo de dar la señal de alarma en Orán y de poner a salvo al doctor Solal.

Desembarco en Argelia y en Marruecos

El cónsul Murphy, después de recibir las instrucciones de su gobierno en Washington (del 10 al 30 de agosto), ultimó los preparativos del desembarco con el teniente coronel Eddy y el general George Strong, del E. M. de Eisenhower en Londres, y se puso de acuerdo con los «Cinco» en Argel, sobre las cláusulas de un convenio con Giraud, los días 15, 18 y 19 de octubre. Luego, dos días antes de hacerse a la mar la «armada» norteamericana destinada a Casablanca, una conferencia preparada por Ridgway Knight, sustituto de Knox, y *maître* Queyrat de Orán, reunió los días 22 y 23 de octubre, en la villa Tessier, en los alrededores de Cherchell, al general Mark Clark, al brigadier Lyman Lemnitzer, al coronel Julius Holmes, norteamericanos, traídos por un submarino británico en la noche del 21, y sus auxiliares franceses. (Obligados a ocultarse precipitadamente en el sótano para escapar de la curiosidad del comisario de Cherchell y de los *«douairs»*, atraídos por los insólitos movimientos de automóviles americanos, los conjurados fueron sacados del apuro por el teniente que mandaba aquellas fuerzas). De acuerdo con las instrucciones entregadas a Murphy por Roosevelt el 22 de septiembre: nada de participación gaullista, colocar a los «Cinco» ante el hecho consumado, advertir a los franceses sólo con veinticuatro horas de anticipación, los norteamericanos dan a entender que desembarcarán 500.000 hombres hacia el 20-25 de noviembre (no habrán más de 110.000 el séptimo día) en todo el litoral de Africa del Norte (incluidos Bona y Túnez). La misma actitud con respecto a Vichy. Interrogados Pinckney Tuck, adjunto del almirante Leahy, por Darlan (enterado de las maniobras de Lemaigre-Dubreuil) en septiembre, y Murphy, a su regreso el 11 de octubre, por el coronel Chrétien, del Servicio de Información, en Guyotville, el cónsul general ha dado seguridades al co-

mandante Dorange (jefe de gabinete del general Juin), el 13 de octubre, en el sentido de que «los Estados Unidos no intervendrán más que a petición de Vichy o de sus representantes». Darlan, que teme una nueva incursión contra Dakar (enviará refuerzos allí el 26 de octubre), aprovecha una visita el 22 a su hijo enfermo de poliomielitis en Argel desde el 13 de octubre, para entrevistarse con el general Noguès en Rabat el 23 y el 30 con el general Juin, quien le informa de su acuerdo con Murphy, antes de regresar a Vichy el 31 (dejando a su esposa en Argel). Llamado otra vez por el almirante Fenard el 4 de noviembre (el 2, el general de aviación Bergeret ha avisado al Mariscal de la inminencia de un desembarco), Darlan volverá a ese puerto el 5, cerca del general Juin.

La misma desconfianza y las mismas promesas engañosas en lo que respecta al comandante francés de la expedición. Trasladado a Gibraltar por un submarino británico, en el que ha embarcado en la costa de Lavandou en la noche del 5 al 6, el general Giraud, que esperaba encontrar en Eisenhower un nuevo Pershing a las órdenes de Foch, tiene la sorpresa de enterarse de que estará subordinado a aquel norteamericano, de que no se llevará a cabo ningún desembarco simultáneo en la costa mediterránea de la metrópoli (cuando en previsión de aquella eventualidad ha sido preparada la concentración del ejército del armisticio, por una parte en el macizo central, y por otra parte alrededor de Sète, donde el general De Lattre de Tassigny intentará moverse); de que la operación es inminente, de que los efectivos en liza son muy inferiores a lo que había sido previsto y de que, en resumen, su papel será el de un simple figurante, adornado con el título de comandante civil y militar. Pero no puede hacer otra cosa más que expresar su cólera y tragarse su resentimiento cuando, el 8 de noviembre, oye pronunciar en su nombre por Rafael Aboulker un mensaje en la radio del que no es autor. En el momento de pasar a la acción, aquella pretensión de los norteamericanos de manejar el asunto solos, con un desprecio absoluto hacia sus auxiliares provisionales, tendrá las peores consecuencias. Contrariamente a lo que los analistas han podido escribir, el factor sorpresa no intervino plenamente. Los servicios de la Legión, alertados por una confusión en las convocatorias de los amigos de d'Astier para el día siguiente, pudieron advertir lo que se tramaba al comandante Dorange, jefe de gabinete del general Juin, en la tarde del 7 y, aquel mismo día, al general Martin, presidente de la Legión, que se disponía a salir hacia la metrópoli. Como medida de precaución contra la armada salida de Gibraltar, la Marina hace embotellar el puerto de Orán y pone en guardia al almirante Derrien en Bizerta contra la posibilidad de un ataque sobre Bona o sobre Túnez. El almirante Moreau advierte de todo esto al general Juin. Pero éste, ignorando los proyectos de Giraud («Nada de ello trascendió hasta mí», escribe en sus *Memorias*, pág. 73), ante la «sorpresa del 8 de noviembre», eludiendo su «deber estricto ... presentar batalla ... ya que los anglo-norteamericanos se presentaban como agresores» («hubiese sido posible», con 45 tanques y las tropas de Blida y de Koléa —*ibíd.*, pág. 79—), se contenta con un «*baroud* de honor», a fin de ganar tiempo hasta la intervención de las tropas del Eje, contra las cuales se batirá con todos sus medios.

En Marruecos, el general Bethouart, esperando a los norteamericanos a las dos de la mañana, cuando no se presentarán hasta las cinco, da aviso al general Noguès en Rabat a medianoche y, ante su negativa a entrar en disidencia, le retiene prisionero. Pero, interviniendo desde Casablanca, el almi-

rante Michelier hace que le liberen a las cinco de la mañana. El ejército, lo mismo que la Marina, resistió a los invasores, al mando del general George Patton, desembarcados a las cinco menos cuarto en tres sitios: 6.000 y unos blindados en Safi (200 quilómetros al sur de Casablanca); 19.000 en Fedala (25 quilómetros al norte), en una confusión indescriptible, de la cual dan testimonio los restos de 162 lanchas; y 9.000 en la desembocadura del río Sebu, en Port-Liautey (375 quilómetros al norte). Bajo los golpes de los bombarderos y de la artillería naval, 13 buques de la 2.ª Escuadra francesa resultaron hundidos (el acorazado «Jean Bart», en curso de reparación, el crucero pesado «Primauguet», cinco contratorpederos y cinco submarinos que no vacilaron en librar batalla). Hubo, por ambos bandos, alrededor de 1.500 muertos y, con el alto el fuego del día 11, la ciudad de Casablanca apenas escapó del bombardeo que le había preparado ya el almirante Hewitt. Entretanto, en Argel, durante la noche, ha tenido lugar un *putsch* judío. Los conjurados, reunidos en casa del doctor Henri Aboulker, en el número 26 de la calle Michelet, han recibido a las 22,30 horas la visita del comisario Delgove; pero como éste se ha presentado solo, les ha resultado fácil neutralizarlo y, bajo la dirección de José Aboulker y de Achiary (traído aquel mismo día de Sétif por Guy Cohen), sin disparar un tiro, aunque con un reducido número de voluntarios (de un millar de convocados, sólo se han presentado 377) (27), han llevado a cabo los golpes de mano previstos, contra el Comisariado Central (donde les esperaban Bringard y Esquerré), Correos, el centro militar «Mogador» (ocupado por el abate Cordier), el cable subterráneo del Almirantazgo, el Cuartel General de Juin del Palacio de Invierno, el Hotel del Cuerpo de Ejército (donde es detenido el general Koeltz), la villa de los Oliviers (residencia del general Juin, donde el coronel Chrétien ha llevado a Murphy y donde Darlan, atraído por teléfono, es cogido en la trampa). A la una y media, con una hora de retraso, los primeros «Rangers» del general Ryder ponen pie en Sidi Ferruch y avanzan con una prudencia tan extremada que Alexandre irá a exigir a John Knox que aceleren el ritmo de su progresión.

El asunto se estropea en Argel por la quinta columna judía (a pesar de sus esfuerzos, los yanquis no han podido atraer a su servicio, como deseaban, a los activistas musulmanes) que ha quedado «en el aire». El almirantazgo resiste. Ayudado por un pelotón de guardias móviles, a partir de las 3,30, el comandante Dorange ha logrado liberar al general Juin y al almirante Darlan, que ha llegado al fuerte Empereur, y amotinar al 5.º de Cazadores de Africa que, por la mañana, expulsa a los «putschistas» de Correos y del Comisariado Central (donde encuentran la muerte el teniente Dreyfus y el capitán Pilafort), y monta guardia delante del consulado de los Estados Unidos. Giraud no se encuentra allí (muy mal acogido en el aeródromo de Blida, el domingo día 9, será alojado, aparte, en Dar Mahieddine y tendrá que someterse, por la noche, a la autoridad del almirante Darlan). Lo cierto es que Einsenhower, en vez de organizar «una especie de gobierno» francés de su devoción, como pretendía, se ve obligado a negociar con el representante del gobierno legal, Darlan, y con el jefe del ejército de Africa, Juin. (No habiendo desembarcado, desde Agadir a Bona, más que 35.000 hombres, corre el peligro de que lo echen al agua, especialmente si la escuadra de Tolón viene a amenazar sus comunicaciones). Consciente de esos riesgos, Murphy y Clark (tan cor-

(27) Grupo de Astier; grupo l'Hostis (dependiente del I. S. de Gibraltar); grupo «Combat» (Capitant, coronel Tubert, profesor Viard, Joxe); desconfiados los comunistas, Marin, se han mantenido al margen.

tante y brutal en la tarde del 9) negocian el 10 a las 9 horas en el hotel Saint-Georges un alto el fuego, cuya extensión, en espera de instrucciones de su gobierno, limita Darlan a la región de Argel.

En Vichy, el 8, a las cuatro de la mañana, Roosevelt ha hecho entregar una carta bastante cínica, afirmando que los Estados Unidos «no ambicionan la conquista de ningún territorio», y pretextando la necesidad de prevenir «una agresión del Eje contra el Imperio» (desde luego imaginaria) para velar su ataque deliberado. Afortunadamente, Petain conserva su sangre fría, y si bien replica: «Con estupor y tristeza me he enterado esta noche del ataque de vuestras tropas contra el África del Norte... Somos atacados, nos defenderemos» (única respuesta merecida por un «invitado» que penetra en nuestra casa rompiendo la puerta), hace saber a Darlan, a las 8'45 (por código secreto entre los almirantes Auphan y Battet): «Me alegro de que se encuentre usted ahí. Puede usted actuar e informarme. Sabe que goza de toda mi confianza». En suma, la dualidad de poderes prevista en agosto de 1940 parece funcionar normalmente. Sin embargo, toda clase de presiones se ejercen sobre el Mariscal. Weygand (que ha contribuido de un modo decisivo a preparar aquellos acontecimiento y que luego se ha negado a asumir su responsabilidad), el general Georges y Bouthillier le inducen a trasladarse a Argel (lo que es contrario a la misión de protección de la Metrópoli que se ha impuesto a sí mismo). Laval, para romper con los Estados Unidos, exige de los alemanes el compromiso previo de respetar la integridad del Imperio y rechaza la oferta de alianza de Hitler transmitida por Krug von Nidda a las 14,50 horas: «Si el gobierno francés adopta una decisión tan concreta (declarar la guerra a los anglosajones), Alemania está dispuesta a marchar con él para lo mejor y para lo peor». Laval es convocado a Munich en compañía de Abetz, en tanto que 100 bombarderos de la Luftwaffe aterrizan en Túnez. El 10 se encuentra en Berchtesgaden, en presencia de Hitler, Goering, Ribbentrop, Abetz y Ciano, cuando se entera de que el almirante Darlan (a instancias de Juin) ha consentido finalmente en firmar el armisticio general que exigía el general Clark. Del Mariscal, que mantiene oficialmente la orden de defenderse, el almirante ha recibido oficiosamente, el 10 por la noche, y de nuevo el 13, a las 14 horas, dos mensajes aprobando su conducta y confiándole «los intereses del Imperio» (en clave secreta, entre el capitán de fragata Joannin en Vichy y el almirante Battet, en Argel). En consecuencia, el general Noguès (que ha concluido un alto el fuego con Patton, el 10), consiente en Argel en seguir el movimiento (no sin haber zamarreado liberalmente a Giraud delante de los norteamericanos el 12 por la noche). En la mañana del 13, un acuerdo reconoce a Darlan como Alto Comisario, a Noguès como residente en Marruecos, a Giraud como comandante en jefe y a Juin como comandante de las fuerzas de tierra, acuerdo que suscriben a la 14 horas Murphy, Eisenhower, Clark y el almirante Cunningham. Vichy, por la noche, confirma al general Noguès su «acuerdo íntimo». El 23 de noviembre, el gobernador general Boisson, del Africa Occidental Francesa, se une al acuerdo. Entonces, Laval se niega a su vez a «asumir la responsabilidad de ceder Túnez y Bizerta al Eje» y, los días 13 y 16 de noviembre, a declarar la guerra a los anglosajones, alegando que habría que convocar a la Asamblea Nacional para que aprobase tal decisión. Al autorizar, por el Acta constitucional número 12, al jefe del gobierno para que promulgue leyes y decretos (18 de noviembre), el Mariscal renuncia de hecho a su autoridad. El 19 de noviembre, Abetz es destituido.

En Túnez, las tropas del Eje recogen a Rommel

En tales condiciones, Alemania se ve obligada a utilizar la fuerza, a entregar, el 10 a las 23,50 horas, un ultimátum relativo a Túnez y a hacer penetrar sus tropas, el día 11 a las 5,30 horas, en la zona libre, y luego en Córcega. La estúpida pretensión de los norteamericanos a comportarse como conquistadores, la contradicción aparente entre las instrucciones secretas de Petain a Darlan (negociar) y sus consignas oficiales (defenderse), continúan costando caras a los franceses: desarme y disolución del ejército de armisticio en la noche del 27 de noviembre; hundimiento en Tolón (tras una visita del almirante Raeder, el 17, los alemanes anulan la promesa de respetarla, hecha el 11), en la noche del 26 al 27 de noviembre, de la flota del almirante Laborde (acorazado «Strasbourg», un portaaviones, cinco cruceros, 10 contratorpederos, tres torpederos), y de la escuadra del almirante Marquès (acorazado «Dunkerque» en reparación, dos contratorpederos, dos torpederos, cuatro submarinos, etc.), seguido de la entrega, bajo la amenaza de matanza de las tripulaciones, de la flotilla del almirante Darrien en Bizerta (tres torpederos, nueve submarinos) el 8 de diciembre, después de que unas órdenes y contraórdenes (de Juin contra el Eje, luego del gobierno contra los anglosajones) sucesivamente transmitidas por el almirante Esteva, el 1 de noviembre, a las 17 y a las 19 horas, neutralizan momentáneamente a las tropas del general Barré, que deberán limitarse a cubrir las comunicaciones con Argelia. A favor de aquella confusión, los germano-italianos, desembarcando a partir del 12 de noviembre, dispondrán de una semana para concentrarse, antes de iniciar las hostilidades el 19 contra los franceses que controlan, los de Túnez las carreteras Bizerta-Bona al djebel Abiod, Bizerta-Souk-Ahras a Sidi S'rir, Túnez-Souk-Ahras a Medjez-el-Bab, y el 19.° Cuerpo de ejército de Argelia del general Koeltz y la agrupación sahariana del general Delay los accesos del Sur: la carretera Sousse-Tebessa, luego Sbeïtla (23 de noviembre) y Gafsa (16 y 22 de noviembre), hacia Sfax. Y aquellas falsas maniobras cuestan caras también a los anglosajones: el 5.° cuerpo del 1^er^ ejército británico de Anderson, desembarcado en Bona el 23 de noviembre, entrado en combate el 25 entre Bizerta y Túnez con el apoyo de 100 tanques norteamericanos, bloqueado con grandes pérdidas por los antitanques y los Stukas, rechazado de Mateur y de Tébourba el 27, dispuesto a abandonar Medjez-el-Bab, de no mediar la intervención de los franceses que, más al sur, se encarnizan contra la Dorsal tunecina, ocupan Bou Arada y Ousseltia el 2 de diciembre, el puerto de Faïn (hacia Sfax) el 3, Fondouk el 10 y Pichou el 19 hacia Kairouan y Sousse), aunque no puedan conquistar el monte Fkirini, del 20 al 27 de diciembre.

Unos contraataques de von Arnim (que acaba de reemplazar a Nehring), llevados a cabo con tanques «Tigre», del 18 al 26 de enero, desembocando de Pont du Fahs contra Bou Arada y Ousseltia, los desalojan del *oued* el Kebir y relajan su presión sobre el pasillo entre la Dorsal y el mar, desde Túnez hasta Sousse, en el momento en que el Afrika Korps en retirada ante el 8.° Ejército de Montgomery desemboca en el sur tunecino. Rommel, precipitándose hacia Tebessa, ocupa el puerto de Faïd el 30 de enero, rechaza en Sidi Bou Zid el 14 de febrero al 2.° Cuerpo de Ejército U. S. Fredendall, que pierde 100 tanques y su artillería y huye en desorden, hace caer Sbeïtla los días 15 y 16 de febrero, así como Gafsa, penetra a través del paso de Chambi el 22 de febrero y sólo se detiene ante Tebessa, defendida por la

división de Constantine, a pesar de las órdenes de evacuación dadas por el general Anderson. Cuando se dispone a desbordar y a coger en tenaza con von Arnim a los cuerpos aliados comprometidos en la Dorsal, una orden del Führer (23 de febrero) le obliga a retirarse y hacer frente a Montgomery en la línea del Mareth, al sur de Gabès (15 divisiones de infantería y cinco divisiones blindadas aliadas se encuentran entonces en presencia de 10 y 5, respectivamente, del Eje). En vano se lanza contra el flanco izquierdo de Montgomery por el desfiladero de Ksar el Allouf el 6 de marzo: es desbordado a su vez por el oeste, en el Hamma, el 26 de marzo, y su línea se hunde al día siguiente. Ocupado Gabès dos días más tarde, se ve obligado a replegarse. Escapando a dos tentativas, poco espaciadas, para cortarle la retirada (la primera del 2.° Cuerpo de Ejército norteamericano, mandado ahora por Patton, que después de haber ocupado de nuevo Gafsa el 17 de marzo amenaza Maknassy el 21; y la segunda, el 8 de abril, de la división de Constantine hacia Kairouan, ocupado el 11), cuando el 8.° Ejército alcanza Sousse el 12, ha enlazado con von Arnim, que reagrupa las tropas del Eje a partir del 20 en una gran cabeza de puente que se extiende desde Cap Ferrat hasta Enfidaville. En aquella serie de operaciones, el apoyo de las tropas francesas de Africa, asegurado a Clark por la convención del 13 de noviembre de 1942, ha salvado a los anglosajones de la derrota.

Darlan, asesinado

Para ser total, aquel apoyo implica la unión de los franceses. Darlan se ocupa de la cuestión y, para realizar «la unidad nacional», anula el juramento al Mariscal (15 de noviembre), disuelve el S. O. L. apenas formado (30 de noviembre), reintegra individualmente a algunos francmasones, y, el 15 de diciembre, en las administraciones y profesiones liberales, a título personal, a los judíos, a los cuales restituye inmuebles y fondos de comercio, devolviendo la nacionalidad francesa a los que se alisten en los «cuerpos francos». Giraud, poco inclinado a las intrigas de gabinete, se limitará a decir que él hace la guerra, simplemente. Pero De Gaulle, vejado por haber sido mantenido al margen (los gaullistas, al igual que los ingleses —que se harán pasar por norteamericanos—, están seguros de ser recibidos a tiros por el ejército y por el conjunto de la población), y puesto en presencia del hecho consumado, el 8 a mediodía (después de que Bogomolov y Masaryk han advertido servicialmente a Pleven el 7), vomita su bilis en el Albert Hall de Londres el 11 de noviembre: «No admitimos que alguien venga a dividir el esfuerzo de guerra de la Patria con una empresa paralela, a la cual la voluntad nacional (sic) sabrá hacer justicia». En Argel, su portavoz, Capitant, amenaza en *Combat:* «A falta del Almirante, *cuyos días están contados*, es necesario un gobierno para refundir al ejército», gobierno que reconozca a De Gaulle (¿no es esto acaso lo esencial?)

De hecho, el ejército de Africa, considerando como vulgares agentes del extranjero a los conjurados de Cherchell, y negándose a obedecerles, ha obligado a alejar a los generales Béthouart y Mast a Gibraltar, y luego a Washington, y a relegar al general de Montsabert al mando de un «grupo franco» formado el 25 de noviembre en Cabo Matifu para reagrupar a los «putschistas». Para suprimir la competencia, se suprimirá al primero de los estorbos, es decir, a Darlan (calificado de «recurso provisional» por Roosevelt,

defendiéndose de las críticas de Rosenman y Hopkins el 17 de noviembre). Después del desembarco, la quinta columna, derrotada en la mañana del 8 de noviembre, no pudiendo hacerlo a plena luz, actúa en la sombra. Eficazmente dirigido por un capitán del I. S. (casado con la hija de un pastelero de la calle Isly, de Argel) y su subordinado el comisario Achiary, el equipo judío d'Astier-L'Hostis, cubierto por el servicio de «Phychological Warfare», dependiente de Patrick Walberg (y de James Warburg, jefe de la «Office of War Information» —coronel Hazeline, Ed. Taylor, George Rehm, Percy Winner, John Mac Vane, autor del primer artículo norteamericano favorable a De Gaulle, y sus colegas ingleses, coronel Johnson y vicecónsul Bernard Metz—), procede, a partir del 18 de noviembre, a la detención ilegal de supuestos «colaboracionistas», de jefes de la Legión y del S. O. L. de Argel, Blida y Orán (donde Bill Garrett trabaja con Roger Carcassonne), a los que secuestra en la «Casa de los Italianos» en Argel (una especie de Cheka, en la que abundan los golpes, las amenazas de balas en la nuca, las torturas a base de electricidad y otras prácticas sádicas, en las cuales destaca un tal «Dominique», comunista, futuro gorila de De Gaulle, y... gaullista de choque), antes de enviarles, en vísperas de Navidad, al campo de concentración de Bossuet (hasta entonces residencia obligada de los comunistas). El 19 de diciembre ha llegado de Londres el general de aviación François d'Astier de la Vigerie, trayendo a su hermano Henri (nombrado secretario-adjunto para los Asuntos políticos del Alto Comisariado) las instrucciones del «General», así como una bolsa con 38.000 dólares. Naturalmente, finge ignorar al Almirante (cuando el 20 los almirantes Ferrard y Battet, los generales Giraud y Bergeret y Rigault le ponen en su presencia). Lo cual permite a Henri y al abate Cordier proporcionar un móvil al asesino,cuyo brazo arman: «Es preciso que Darlan desaparezca... se ha negado a recibir al enviado del General». Enmascarar el crimen como complot monárquico resulta fácil: el equipo cuenta entre sus conjurados y sus dirigentes con un número suficiente de ex *cagoulards* de tendencias realistas. Tras haber ofrecido a Vichy sus servicios y haberle sido ofrecido a su vez por Laval, irónicamente, el ministerio de Abastecimientos (donde resulta fácil crearse una popularidad), el Pretendiente se agita, en efecto, tratando de aprovechar la vacancia del poder para maniobrar cerca de los gobernadores y de los residentes generales, que de hecho ejercen la autoridad en el Imperio (28). De ahí la elección, el 19-20 de diciembre en el número 7 de la calle Charras (después de que dos voluntarios del «Cuerpo franco» se negaran a tal acto), del asesino, el joven Fernand Bonnier de la Chapelle, hijo de un periodista «realista», que, después de una primera visita por la mañana, y en la ausencia oportuna del agente de «seguridad», mata al almirante de dos disparos de pistola y hiere a su oficial de ordenanza, el capitán de fragata Fourcade, en el Palacio de Verano, el 24 de diciembre de 1942, a las 15,30 horas. Aunque hayan dejado una ventana abierta para facilitar su huida, no puede alcanzar el coche Peugeot donde le esperan Mario Faivre, el hijo mayor de d'Astier y Gilbert Sabatier, desertor del «Cuerpo franco». Al joven

---

(28) Trabajan en ello un tal L... en Argel (camino de Télemly), el príncipe de Polignac, la princesa de Ligne, Alfred Pose (más tarde comisario en las Finanzas), que, con Ludovic Tron, Pucheu, Couve de Murville y Leroy-Beaulieu, han estimulado a Weygand a concluir sus acuerdos económicos con Murphy, autorizando las exportaciones de oro y de capitales a ultramar (17 de agosto de 1941) y concedido unos créditos a Argelia el 5 de septiembre de 1941. Así, en las tres semanas que precedieron al desembarco, 9.000 millones de francos han sido transferidos, y Alfred Pose y la B. N. C. I. (representante de Worms) pidieron prestados a tres bancos norteamericanos 50 millones de dólares en favor de Giraud.

exaltado le han prometido la impunidad. Sin embargo, llevado por su inquietud, ha hablado: se quemarán y se tratará de hacer desaparecer todos los ejemplares del primer interrogatorio del comisario Garidacci; pero, antes de ser fusilado, el 26, interrogado por el capitán Gaulard y el teniente Schilling de la Guardia móvil, ha denunciado a sus amigos en una tarjeta de visita de Henri d'Astier. La encuesta ha demostrado que este último le ha facilitado el Peugeot de un amigo, y que el abate Cordier le ha proporcionado una documentación falsa (Morand) y la pistola que ha utilizado, antes de darle por anticipado la absolución el 24. Así, cuando se entera por el comandante Castaing y el coronel De Villermet que un nuevo *putsch* está previsto para el 29 de diciembre, el general Bergeret hace detener por la Guardia móvil, en la noche del 28 al 29, al equipo de 13 conjurados, que incluye a los policías Muscatelli, Bringard, Esquerré, Achiary; René Capitant (que logra escapar), Fernand Morali Daninos, René Moatti y su padre, los tres Aboulker, el abogado Jacques Brunel, Alexandre y Temime, para enviarles al extremo sur, a Attar, en la frontera mauritana (no sin que los yanquis del «Phychological Warfare» se interpongan, interceptando en Blida a Alexandre, a Moatti y a uno de los Aboulker). Luis Joxe es movilizado. Alfred Pose se salva de la quema. En cuanto a Henri d'Astier, denunciado por Achiary, interrogado por el mayor Paillole y los generales Rivet y Ronin del contraespionaje el 9 de enero, será encarcelado al día siguiente con el abate Cordier. Bergeret ha aprovechado la ausencia de Giraud, nombrado alto comisario el 26 de diciembre y de viaje a San Luis del Senegal desde el 7 de enero, en visita de inspección, para protegerle, incluso contra su voluntad. También él está amenazado. Aunque sólo sea por haber contestado a un llamamiento bastante intempestivo de De Gaulle a la unión, el 28 de diciembre, diciendo que, a raíz del asesinato del Almirante, «la atmósfera es desfavorable en este momento para un encuentro personal» (el 29). Los atentados de que Giraud estuvo a punto de ser víctima, cuando asignado a residencia y vigilado por el comandante «de Malglaive», la bala de un senegalés le atravesó la mejilla (entre abril y junio de 1944), probaron suficientemente, más tarde, la realidad de aquel riesgo. Sin embargo, a raíz de una gestión de John Boyd en Laghouat, la presión norteamericana fue tal que hubo que soltar en febrero a los doce internados, al mismo tiempo que a los diputados comunistas, detenidos anteriormente por Daladier.

Giraud, destituido

Por otra parte, el «bravo general» no cesa de echar lastre sobre todos los planes. Si bien permanece hostil a la «depuración», llama a Marcel Payrouton, que se encuentra en Buenos Aires, para reemplazar a Yves Chatel en el gobierno general de Argelia, acepta anular las leyes promulgadas por el Estado francés desde el 22 de junio de 1940, reconoce (de acuerdo con la antigua ley Tréveneuc) a los Consejos generales como a las únicas autoridades legítimas, deroga la legislación contra los judíos y los francmasones, y suprime la «Legión de los Combatientes». Habiendo minado así las bases legales de su frágil autoridad, no le queda más que dejarse atar y echar abajo. En presencia de Roosevelt y de Churchill, reunidos en Anfa, cerca de Casablanca, el 22 de enero de 1943, De Gaulle, especialmente convocado bajo amenaza de ver cortados sus suministros, ha consentido de mala gana en estrechar la mano de su antiguo comandante de Cuerpo de Ejército, en Metz. Cuando

Jean Monnet, el agente de los Lazard, intercede a favor del hombre de Londres, Giraud no puede negarse a introducir el lobo en el redil. Catroux, el 15 de mayo, transmite la invitación. El 30 llega De Gaulle, flanqueado de Gaston Palewski (ex jefe de gabinete de Reynaud), del coronel Billotte, del capitán Charles-Roux y del subteniente Maurice Schumann. Al día siguiente, estalla la pendencia: en presencia de los generales Giraud y Georges y de Jean Monnet, De Gaulle y sus lugartenientes Catroux y René Massigli apoyan a André Philip, antiguo S. F. I. O. fanático que reclama «una depuración implacable». Inmediatamente empiezan las maniobras tortuosas: el 1 de junio, Jacques Brunel ruega a Marcel Peyrouton que dimita de su cargo de gobernador general; el interesado obedece, escribe a De Gaulle que acepta la dimisión, y a título de información a Giraud, que se traga la afrenta. El «fiel» Catroux es nombrado para el gobierno general. El primer acto del «Comité Francés de Liberación Nacional» (título evocador de todos los organismos de resistencia montados por los comunistas), en el cual figuran codo con codo Giraud, Georges y el «sajón» Monnet, seudo-giraudista, en frente de De Gaulle, Catroux, Massigli y André Philip, consiente en destituir al gobernador general del Africa Occidental Francesa, Boisson, y al residente general en Marruecos, Noguès, y en retirar al general Bergeret (29). André Philip, profesor de Derecho en Lyon, y René Massigli, embajador en Ankara (incorporados en Londres, el primero el 25 de julio de 1942 y el segundo el 30 de enero de 1943), nombrados respectivamente comisario para los Asuntos Exteriores el segundo, el 5 de febrero, y para el Interior el primero, el 28 de febrero, el «Comité de Liberación», completado el 7 de junio, del lado Giraud por el doctor Abadie, de Orán, y por los «sajones» Couve de Murville en las Finanzas y René Mayer, y del lado De Gaulle por André Diethelm (Producción), René Pleven (Colonias), André Tixier (Trabajo) y Henri Bonnet (Información), cuenta en realidad con dos giraudistas contra seis gaullistas. Al «General» le ha bastado una semana para conquistar la plaza. Traicionado por Monnet, rodeado de colaboradores inmediatos poco seguros (el comandante Beaufre, su jefe de gabinete, ligado al I. S. por su esposa; uno de los hermanos Poniatowski, casado con una hija de los riquísimos judíos neoyorquinos Lehman, ramificados en el O. W. I., único apoyo norteamericano de De Gaulle), Giraud (lo mismo que Darlan, que sólo contaba con lo devoción de los débiles efectivos de la Marina) necesitaría, para plantar cara a los políticos de Londres, del apoyo absoluto del ejército de Africa. Especialmente él que se jacta de ser militar por encima de todo. Sin embargo, el jefe reconocido de aquel ejército, el general Alphonse Juin, mayor de la promoción de Saint-Cyr de la que ha salido, con mucha menos categoría, De Gaulle, se deja conquistar por los modales envolventes de su «camarada» de escuela, y, militar por encima de todo también él, adopta instintivamente la posición de firmes ante el «poder civil» y el que pretende confiscarlo en beneficio suyo.

Giraud, invitado por Roosevelt, se traslada el 2 de julio a Washington. Lejos de negociar con los norteamericanos, formulando unas condiciones políticas para la colaboración del ejército de Africa, se limita a solicitar los medios que ese ejército necesita para volver a entrar en guerra al lado de

(29) Bergeret será detenido el 26 de octubre; Peyrouton, Boisson y Flandin (llamado por el diputado Saurin, de Orán) le seguirán el 18 de diciembre. Jean Rigault dimitirá del Interior el 13 de marzo («Soy partidario del mantenimiento del orden en Francia»), por no estar de acuerdo con los proyectos subversivos del Comité. Noguès, dimisionario el 5 de junio, llegará a Lisboa el 13.

los Estados Unidos. De todos modos, el presidente de los Estados Unidos ha declarado explícitamente que, después de la liberación, sólo reconocería en Francia a un gobierno legítimo. Al pasar por Londres, a su regreso, Giraud comenta aquella actitud declarando que, en su opinión, «nadie que se encuentre hoy fuera de Francia tiene derecho a hablar en nombre de Francia». ¿No es esto un crimen de lesa majestad? De Gaulle, que el 1 de julio ha concedido la amnistía a los comunistas, sustituyendo al almirante Muselier por Catroux como prefecto de policía y aprovechando la ausencia de su colega para reintegrar a sus puestos a todas las víctimas de Vichy los días 4 y 6 de julio (88 depurados administrativos), disolver las agrupaciones «colaboracionistas» y perseguir a sus miembros (6 de julio), colocando al general Bergeret y al almirante Muselier en situación de disponibles y destituyendo al rector de la Universidad de Argel, Georges Hardy, descargará sobre Giraud todo el peso de su cólera (31 de julio). Nombrado, el 4 de agosto, «comandante de las Fuerzas francesas», será eliminado del Comité, el día en que se emprenderán las operaciones. Así, tras haber liberado Córcega, del 9 de septiembre al 4 de octubre, el «bravo general» será recompensado por su victoria perdiendo la co-presidencia del Comité y encontrándose situado a las órdenes del comisario para la Defensa, Le Troquer, el 1 de octubre, en espera de ser expulsado del Comité con los suyos, el general Georges y el doctor Abadie, el 9 de noviembre, e incluso desposeído de su mando, el 8 de abril de 1944. Fiel a su vocación, aquel general había querido hacer la guerra. El otro prefiere la intriga política a la estrategia. Lo subordina todo a su objetivo: el poder.

«Cromwell» De Gaulle y sus elegidos: marxistas y financieros

Bajo su presidencia, asistido de Catroux, André Philip (30) y Henri Queuille (31) como comisarios de Estado, el Comité de Liberación incluye entonces: en los Asuntos Exteriores, a René Massigli; en el Interior, a Emmanuel d'Astier, el barón rojo, tercero de la tribu (32); en la Justicia a François de Menthon, profesor en Lyon; en la Guerra, a André Le Troquer (33); en la Marina, a Louis Jacquinot, casado con Simone, hermana de los «Lazard Brothers»; en las Colonias, a René Pleven, protegido de los Lazard (34); en las Finanzas, a Pierre Mendès-France (35); en las Comunicaciones, a René

(30) Marxista, seudocristiano, redactor de la *Terre Nouvelle* en 1935.

(31) Diputado, luego senador radical por la Corrèze.

(32) Oficial de marina, antisemita y doriotista en 1935 (artículos de los días 17 y 29 de mayo, y 26 de junio, en la *Hebdo 1935*), contrajo matrimonio con la hija del embajador ruso Leonid Krassin, Lubova (divorciada de Gaston Bergery), se convirtió en resistente, *creó el movimiento «Liberación-Sur»* y, miembro del Consejo Nacional de la Resistencia y criptocomunista, se trasladó sucesivamente a Londres (1942) y a Argel.

(33) Marxista, ex colaborador de los periódicos *L'Humanité* y *Le Populaire*, posteriormente comprometido en el famoso escándalo de los «Ballets roses».

(34) Inspector de Hacienda, protegido de Jean Monnet, jefe de empresas dirigidas por los Lazard, secretario general de la A. E. F. gaullista, el 8 de julio de 1940; presidente de la conferencia de Brazzaville en 1944.

(35) Francmasón de la Logia «París» del Gran Oriente en 1928; elegido diputado por Louviers, con el apoyo comunista en 1936, conocido por sus trabajos sobre un super-banco internacional; miembro del «brain trust» de Leon Blum, con George Boris, ex secretario del banquero Loewenstein, director del periódico masónico *La Lumière*, Georges Weiskopf, alias Gombault, de *Paris Soir*, y Weill-Raynard. Casado con Lily Cicurel, de los bazares de El Cairo, posee intereses en los algodones de Egipto. Evadido de un hospital el 22 de junio de 1941, se unió a De Gaulle en Londres.

Mayer, el hombre de los Rotschild (36); en los Prisioneros, a Henri Frenay, oficial del ejército secreto, del grupo «Combat»; en el Trabajo, a André Tixier; en la Producción, a A. Diethelm; en la Industricción Pública, a René Capitant; a los cuales se unirán, el 4 de abril de 1944, dos comunistas declarados, Fernand Grenier y François Billoux (37). A propuesta de Albert Gazier, secretario de la C. G. T., aquel Comité, símbolo perfecto de la unión de la Finanza internacional y del marxismo, se transformará en gobierno provisional, el 2 de junio de junio de 1944. Paralelamente a él funciona un Comité Financiero de la Resistencia, consorcio de la alta banca, en el que figuran François Bloch-Lainé (38), André Debray (del B. P. P. B.), Miguel Debré, Felix Gaillard, Chaban-Delmas y René Courtin.

Rodeado así, como Cromwell, de sus «elegidos», el «General» anatematiza a todos sus adversarios, e incluso a todos aquellos que, por el hecho de no haberle apoyado, le son supuestamente hostiles (39). Alma de su movimiento, Pierre Bloch (40) ha lanzado en noviembre de 1942 (con Paul Antier, Felix Gouin, Max Hymans y Pierre Mendès-France) un primer manifiesto exigiendo la depuración, la eliminación de los réprobos. El 5 de abril (tras haberse unido a ellos André Philip, Fernand Grenier y el senador Masorelli), aquellos «santos» de Cromwell, cinco hasta entonces, han pasado a ser ocho; el 17 de junio, son 20. En la primera reunión del «Comité de Liberación», el 3 de junio, aquel puñado de emigrados (así los califica Quilici, el 7, en «La Marseillaise» de Londres) decreta la exclusión «de los parlamentarios que votaron los plenos poderes a Petain el 10 de junio de 1940» y, siempre obedeciendo las consignas de Pierre Bloch, el 14 de abril («La legislación del golpe de Estado puesta en vigor por el mariscal Petain y su cómplice Laval adolece de absoluta nulidad»), un profesor de Derecho de Burdeos se entrega a una tarea abracadabrante para demostrar que la obediencia militar tiene que ser interpretada con subordinación «a la defensa de las leyes de la República y de la independencia de la Patria», y que la legalidad no deriva del derecho constitucional, sino de una moralidad superior, «del bien común de la comunidad», expresión del patriotismo «mesiánico», del cual el «General» es el único profeta.

---

(36) Agregado al gabinete de Laval, le acompañó a Moscú en 1933; encargado de misión para el armamento en Londres, se unió a Giraud.

(37) Grenier, ex diputado por Saint-Denis en 1937, delegado del P. C. en Londres desde enero a octubre de 1943, es relativamente moderado; Billoux, marsellés, jefe de las Juventudes Comunistas en 1928, hostil a la «guerra imperialista» en 1940, fue encarcelado en Argel, desde donde solicitó atestiguar contra Daladier en Riom.

(38) Hijo de Frédéric (del gabinete de L. L. Klotz, que le envió en misión a Londres y a Nueva York en 1914-18, ha reemplazado a Raymond Philippe en casa de los Lazard el 19 de julio de 1929), François Bloch-Lainé, inspector de Hacienda, encargado de misiones en China y en Indochina, ha sido nombrado director del Tesoro; se convertirá en director general de la Caja de Depósitos y Consignaciones y de otros seis organismos, lo que le permitiría ejercer un verdadero monopolio del crédito en Francia después de la Liberación.

(39) No puede haber unión «con los que... después del armisticio... sirvieron conscientemente al enemigo o al poder que, en Vichy, era su emanación directa» (P. Bloch, 5 de abril). Y André Philip, el 12 de abril: «Descartar... a todos los que no asumieron ningún riesgo en la resistencia francesa».

(40) Colaborador de *Le Populaire*, francmasón de la Logia «Liberté» (10-II-1929), miembro del Consejo del «Derecho Humano» y de la «Liga de los Derechos del Hombre», presidirá los B'Nai B'rith de Francia después de la Liberación. Diputado por Laon (centro talmúdico en el M. A.) en 1936, obedeciendo las consignas del judaísmo norteamericano ha tendido la mano a los católicos y se ha hecho el promotor de la descolonización. Secretario del Comité Blum-Violette en Argelia, ha lanzado en «Marianne» la «Unión de las Repúblicas Francesas», prototipo de la efímera «Comunidad Francesa» preconizada por De Gaulle en la conferencia de Brazzaville, el 30 de enero de 1944.

En virtud de aquella «misión superior», se decide también la creación de una caricatura de Parlamento, el 17 de septiembre, con 20 parlamentarios (dado que no hay más), entre ellos cinco socialistas y tres comunistas, 12 consejeros generales (única concesión a la legislación en vigor), 49 delegados de la resistencia metropolitana y 21 de la de ultramar, que funcionará a partir del 3 de noviembre. Mientras que en Vichy, el Mariscal, aconsejado por Yves Bouthillier (que no tardará en ser detenido por los nazis), por Lucien Romier y por Henry de Moysset, se disponía el 27 de septiembre a confiar el poder —en caso de incapacidad por su parte— a un directorio de siete miembros (general Weygand, almirante Auphan, Bouthillier, Gidel, Caous, Noël y Porché), y, el 12 de noviembre, a devolver sus poderes a la Asamblea Nacional (a lo cual le empujaban Anatole de Monzie y L. O. Frossard en octubre, en tanto que un centenar de parlamentarios radicales se reunían en Lyon, y cuando en aquella época, de un total de 120 diputados y 160 senadores, más de 200 permanecían fieles al Mariscal). Imposibilitado por Krug von Nidda a pronunciar el mensaje previsto el 25 de octubre, obligado por Abetz el 13 de diciembre, y por Ribbentrop el 29, a someter sus decisiones legislativas al visto bueno del Reich, Petain, considerándose en la «imposibilidad de ejercer sus funciones», renuncia a sus poderes, escribiendo dos cartas a Hitler (11 y 18 de diciembre), el cual le designa un mentor en la persona de Renthe-Fink, el 19. ¿De qué parte se encontraba, pues, la legalidad? ¿Y con qué derecho pretendían, desde Brazzaville, prohibir a los parlamentarios que ejercieran sus funciones en Francia?

Anatematizan a sus adversarios

Conquistar el poder, bajo la protección de los nuevos ocupantes anglosajones (sucesivamente, la Restauración, la III República, el régimen de Vichy, ¿no habían nacido acaso de la derrota?), con el apoyo de los comunistas, con unos medios revolucionarios y unos métodos de terror: tal es el objetivo de la pandilla de emigrados reunidos en Argel en torno al general de la radio de Londres. Un puñado de judíos y de comunistas, dirá de ellos con desprecio el irlandés Robert Murphy. «No tenemos nada que envidiaros —dicen los "*louettes*" de Bab-el-Oued a los "*titis*" parisinos—. Si vosotros tenéis vuestras F. F. I., nosotros tenemos nuestras F. I. F.,» las «Fuerzas Israelitas de Fromentin» el Liceo de Muchachas de Argel, en el que Jean Rigault ha instalado la administración provisional). Sólo sueñan en depuraciones, venganzas y castigos. ¿Qué importa la dirección de la guerra? Otros se encargarán de ella, los generales, que para eso es su oficio, los Giraud, los Juin, en Túnez, en Córcega, en Italia, en Provenza, con los 233.000 musulmanes y los 176.000 «pies negros» (el 16,4 % de la población) movilizados hasta el reemplazo de 1919 (que a su regreso serán pagados viéndose expulsar de sus hogares por los guardias móviles en 1959-62). ¡Mal haya la unión sagrada! El 17 de agosto, 240 oficiales, entre ellos 40 generales, son colocados en situación de disponibles. Para reforzar los contingentes simbólicos y esqueléticos de la «Francia Libre» («Nuestros muertos y heridos superaban ya a los efectivos con que ellos contaban», dirá Juin en sus *Memorias*, página 207), cuyos cuadros se otorgan graduaciones a capricho, se recurre no solamente al atractivo de la elevada paga británica, sino incluso a unos métodos desvergonzados de soborno en el ejército y la marina regulares (como en Fort-de-l'Eau), sin conseguir con ello atraer a más de 10.000 hombres de un total de 400.000.

El Estado Mayor norteamericano se encara con tales procedimientos. Un cuerpo blindado francés de tres divisiones (armado con prioridad, de acuerdo con los generales Clark y Gruenther), debe apoyar a la aviación reconstituida (19 escuadrillas), está en vías de formación, así como ocho divisiones de infantería. Llega De Gaulle y su secuela. Las escuadrillas, a medida que son armadas, serán colocadas bajo mando «aliado». Y las tres divisiones blindadas, dispersadas cada una al servicio de las grandes unidades de infantería. No es preciso que una fuerza francesa suficientemente poderosa para imponer el orden, abra el camino a la liberación. Aunque se haya negado con desdén (lo mismo que Koenig, penosamente llegado al rango de capitán en el armisticio, teniente coronel en el Camerún, con el brillante hecho de armas de sus Legionarios y de sus senegaleses en Bir-Hakeim: 10.000 hombres que, del 26 de mayo al 11 de junio, contienen los asaltos de la división blindadas italiana «Ariete» en un reducto de cuatro por cuatro quilómetros, auténtico hecho de armas, aunque sublimado por ser el único que, hasta entonces, ha enfrentado unos «franceses libres» a las tropas del Eje) a desfilar en Túnez al lado del ejército de Africa, el capitán Jacques de Hauteclocque (salido de la Escuela de Guerra, convertido en general «Leclerc» después de haber conquistado el oasis de Koufra, ocupado el Fezzan y enlazado su columna de 3.200 hombres, en Trípoli, el 24 de enero de 1943, con las tropas de Montgomery), que, al menos, es un brillante oficial, se considerará afortunado al recoger una de aquellas divisiones, al frente de la cual hará su entrada triunfal en la capital francesa. En el mismo estilo, para acabar de una vez con las intrigas de Larminat, que pretende, durante la ausencia de Giraud, hacerse nombrar jefe-adjunto del Estado Mayor general (por las Fuerzas francesas libres) y dirige al Comité de Defensa una requisitoria contra los jefes del ejército de Africa, el general Juin tiene que amenazar a De Gaulle con una resonante dimisión (17-22 de julio de 1943).

Mientras los jefes gaullistas intrigan de ese modo, lo que importa de momento a los «Elegidos» de Argel es imponerse en Africa, para hacerlo más tarde en la Metrópoli. El 27 de junio, en Túnez, De Gaulle lanza la consigna: «Castigar a los traidores... que han echado a Francia a la prueba», palabras de doble filo, que suenan bastante mal en boca suya, teniendo en cuenta que los belicistas tienen la parte más importante de la responsabilidad. El 8 de agosto, en Casablanca, su lema continúa siendo: la Traición llama a la Justicia. Unico medio de crearse una «legitimidad». Pasando a la ejecución, François de Menthon, comisario para la Justicia, constituye el 18 de agosto una comisión de depuración de cinco miembros (Bosman, Ribière, d'Alsace, Gabriel Esquer), cuyo presidente William Marçais dimite inmediatamente porque Menthon impone unas sanciones sin consultarle; reducida entonces a un presidente, Charles Laurent (ex secretario de los Funcionarios en la C. G. T.), y a dos miembros, el bibliotecario Esquer y Rubière, la comisión instruye 998 expedientes, decreta 278 depuraciones oficiales (ya que hay otras) de funcionarios y el expolio de los principales periódicos. Apenas reunidos el 3 de noviembre, los miembros de la Asamblea consultiva (47 presentes de un total de 84) rivalizan en propósitos vengativos. Como en la época de los Jacobinos. La víspera, en una entrevista concedida al *Alger Republicain* (un periódico judío que ha sustituido a la *Dépêche Algérienne*), Jean Pierre-Bloch (que, huido de Perigueux, se ha reunido con René Cassin y Gaston Palewski en Londres para trabajar en el B. C. R. A., y cuyo primer acto como comisario del Interior en Argel ha sido el restablecer el decreto Crémieux)

ha proclamado: «Francia tiene cuentas que ajustar, y las ajustará». El primero exige «que se envíe al pelotón de ejecución a Pucheu y otros traidores de su calaña». «Hay que hacer un escarmiento ejemplar», dirá en la Asamblea. Hablando a la prensa, al día siguiente, cinco diputados comunistas reclaman también aquella cabeza, condenada ya por el Consejo Nacional de la Resistencia, el 30 de agosto de 1943. Por su parte, André Philip invita a la Asamblea a reforzar los poderes de De Gaulle, a efectuar la depuración, a quebrantar a las potencias financieras o industriales que oprimen a la comunidad y a eliminar a las clases pudientes (con ese objetivo, inspirándose en una obra publicada en 1941 por «Pertinax» en los Estados Unidos, una ordenanza ha previsto el 6 de octubre sanciones económicas). Emmanuel d'Astier proclama que «ni el Cielo, ni la Gran Bretaña, ni América impedirán que esa purga tenga lugar... antes de la liberación» (3 de noviembre). Su celo es recompensado el 9 con la sucesión de André Philip en el Comisariado del Interior. Y el profesor Paul Rivet, del «Museo del Hombre», preso de un acceso de antropofagia, declara: «París habrá eliminado a los traidores, sin esperar a que se instituyan los tribunales». «No se trata de una revolución, sino de una liquidación». Hasta el reverendo padre Carrère, olvidando el hábito que lleva y los preceptos elementales de la caridad cristiana, clama por la santa venganza, por «la hora de la justicia de Dios» (o más bien de Jehová...).

De Gaulle está servido, él que ha dicho, el 12 de marzo de 1941: «¡Malditos sean los que han provocado la derrota de la Patria!», que ha calificado al Mariscal de «Padre Derrota» (15 de noviembre de 1941) y que, con su grandilocuencia habitual, denuncia ahora, en nombre de veinte siglos de historia, «un régimen abominable de poder personal, de mentira y de inquisición». Bogomolov, que después del reconocimiento del Comité de Liberación por las potencias beligerantes (Gran Bretaña, Canadá, Estados Unidos y Brasil, a partir del 26 de agosto, la U. R. S. S. en septiembre), llega precisamente a Argel el 9 de noviembre (seguido de Duff Cooper, el 16), puede sentirse satisfecho del prometedor espectáculo que se le ofrece (por otra parte, está a partir un piñón con De Gaulle, el cual, enojado por la negativa británica a repetir la incursión sobre Dakar con su participación, le ha preguntado el 6 de junio de 1942 si Rusia accedería a «acoger a su gobierno y a sus fuerzas», después de haber enviado, el 10 de agosto de 1941, por mediación de Gérard Jouve, un mensaje al Kremlin, deseando un «contacto directo», dado que Francia y la U. R. S. S. tienen «unos objetivos diferentes a los de los países anglosajones, los cuales son ante todo potencias marítimas»). En vano, Henri Frenay, auténtico resistente, objeta (en la asamblea de «Combat», el 7 de mayo de 1944) que: pretender rehacer Francia con los 10.000 franceses de la primera Resistencia es «una empresa descabellada». En vano, el profesor Viard, del mismo grupo, pero argelino y católico, predica la moderación: los comunistas le acusan de asumir la defensa de los traidores. En vano, el presidente Froger y su Consejo general (el único que, constitucionalmente, tiene algo que decir en la coyuntura), protesta contra la demolición de la Constitución de 1875, a la cual procede aquella caricatura de Comité de Salvación Pública (21 de abril de 1944), diciendo: «Tenemos ante nosotros tareas más importantes que la de destrozarnos», y reclamando el apaciguamiento (pedido por 24 votos contra tres, el 28 de mayo de 1944). Cuatrocientos detenidos serán echados como pasto al Tribunal militar (creado el 20 de octubre de 1943, presidido por Ohlman, del Tribunal de Apelación, asistido por Fisher y por tres oficiales) y, previa instrucción del general Tubert (alto dignatario de la Francmaso-

nería) y requisitoria del comisario del gobierno, el general de aviación Weiss (conocido en Argel por el sobrenombre de «Blanchette», rescatando así sus vilezas con respecto a Vichy), la sangre de Pucheu (lo bastante imprudente como para ofrecer sus servicios de capitán a Giraud, bajo arresto domiciliario desde el 12 de mayo, detenido en agosto) sellará la alianza de De Gaulle con los comunistas. Ministro del Interior de Vichy, a raíz del asesinato del teniente coronel Holtz en Nantes, en la noche del 19 al 20 de octubre de 1941, Pucheu hizo modificar por la Prefectura de Policía una lista de 50 rehenes del campo de Chateaubriand que debían ser fusilados por los alemanes, y en la que sólo figuraban 10 comunistas, de modo que, de los 50 ejecutados, los días 22 y 23, 44 serán afiliados al P. C. Ese fue su crimen. Habiendo condenado el Mariscal los atentados el 27 de octubre, a través de la radio, los alemanes renunciaron a fusilar a otros cincuenta. Pero esto no se tuvo en cuenta. El general Schmidt admitió que el artículo 75 del Código Penal, que sancionaba la inteligencia con el enemigo, no podía aplicarse, por lo que se invocará «el derecho común» para condenar al acusado, reteniendo como cargos el haber estimulado el reclutamiento de la L. V. F. (?), combatido a los comunistas y a los *maquisards*, y puesto a la fuerza pública al servicio del ocupante. Tras haber sido rechazado el recurso de casación el 17 de marzo, De Gaulle confiesa, en el momento de serle presentada una petición de indulto, el 18: «Sólo la razón de Estado debe dictar mi decisión (el apoyo comunista tiene este precio). Pucheu sigue contando con toda mi estimación (por lo tanto, no es un traidor)... haré... todo lo que esté a mi alcance... para asegurar la educación de sus hijos» (¿Para tranquilizar su conciencia, quizá?). El 20 de marzo Pucheu cae bajo las balas del pelotón. Al juzgar a los miembros de la «Falange tunecina» por colaboración con los germano-italianos, el mismo tribunal condena, sobre un total de 18 musulmanes, dos a muerte y tres a trabajos forzados, y sobre un total de 18 europeos, cinco a muerte (entre ellos el bibliotecario Duchatel) y 12 a trabajos forzados (los más valientes reciben el trato más severo, los más cobardes se benefician de cierta indulgencia), por el delito de obediencia; el vicealmirante Derrien a trabajos forzados a perpetuidad (12 de mayo), por haber ayudado al reclutamiento de la L. V. F. (cuando, ni de hecho ni de derecho, la U. R. S. S. era aliada ni siquiera amiga de Francia); al coronel Magnin a muerte y al general Blanc a veinte años de reclusión. Finalmente, como para castigarle por su «colaboración» con los norteamericanos, Jacques Lemaigre-Dubreuil se ve despojado de sus empresas, confiadas a la administración de sus competidores, el 19 de junio de 1944. Entonces se traslada a España, con su amigo Jean Rigault. Triste epílogo del asunto del 8 de noviembre, para sus autores.

La Metrópoli, dividida, amenazada de subversión.

Las consecuencias echaban ya a la Metrópoli en el desorden y la anarquía. Reducido a transmitir a la población, tratando de frenar sus efectos, las órdenes del ocupante, el gobierno carece de autoridad real. Sabiendo que no puede esperar de Francia ninguna colaboración, armada o no, en su lucha contra la U. R. S. S. (aparte de la Legión de Voluntarios Franceses —con 16.500 voluntarios, de ellos 4.500 incorporados, cuyas bajas ascenderán a 400 muertos y 200 heridos—, creada en la zona norte en julio de 1941 por el coronel Labonne y el capellán Mayol de Luppé, relevada por la Legión Tricolor, fundada por Bénoist-Méchin el 6 de junio de 1942, estimulada por el general

Bridoux, ministro de la Guerra), Alemania, no teniendo ya motivos para tratarla con consideración, relega a Francia al rango de los otros países ocupados cuyos recursos explota. El 15 de diciembre de 1942, Hemmen aumenta los gastos de ocupación de 400 a 500 millones por día. El 19 de diciembre, Hitler, que ha convocado a Laval, exige de él que el S. O. L., prácticamente autónomo a las órdenes de Darnand desde octubre, sea transformado en milicia y colabore con la Gestapo y las S. S. en el mantenimiento del orden (30 de enero de 1943). Sus efectivos alcanzarán la cifra de 15.000 hombres (41). Aunque el arquitecto Alberto Speer, gran responsable de la producción del Reich, comprende que el rendimiento de los obreros franceses sería superior en su país, el gauleiter Sauckel, jefe de la mano de obra, reclama 250.000 trabajadores más (para alcanzar un total de un millón, sobre cuatro), el 4 de enero, y acude a reclamarlos el 11 a París. El 17 de febrero se implanta el servicio obligatorio del Trabajo (de una duración de dos años) para los reemplazos de 1940, 1941 y 1942. En la primavera habrá en Alemania 500.750 obreros franceses. El 30 de abril de 1943, Pierre Laval se dirige de nuevo a Berchtesgaden, pero de un total de 220.000 reclamados sólo saldrán 170.000 en julio y agosto; en vano exigirá 500.000 más; las salidas se interrumpirán el 16 de octubre. En contrapartida, el jefe del gobierno ha obtenido el retorno de 100.000 prisioneros y de 11.000 enfermos, la conversión en trabajadores libres de otros 250.000 y la retirada de los departamentos del Norte y del Paso de Calais de la región militar de Bruselas. ¿Quién piensa en agradecérselo?

Un foso profundo se abre entre dos Francias: la de los herederos del 6 de febrero de 1934, partidarios sinceros de un Estado nuevo y de un entendimiento franco-alemán, hostiles a la guerra y decepcionados al comprobar que no se ha llegado a ningún acuerdo real, y cuyos elementos más comprometidos se transforman paulatinamente en «colaboradores», es decir, en auxiliares del ocupante (alrededor de 50.000); y la otra, la de los defensores del Frente Popular, belicistas de 1939, dispuestos a asociarse a los comunistas, de acuerdo con las consignas de De Gaulle: «La liberación nacional es inseparable de la insurrección», la cual debe insertarse «entre el debilitamiento decisivo de los alemanes y la llegada de las tropas de desembarco», y que se convierten en auxiliares de los invasores anglosajones (de 260.000 a 280.000 hombres). Entre esos dos grupos extremos, dispuestos a llegar a las manos, la población francesa, martilleada sin piedad, no dispone ya de los medios para evitar que su país sirva, una vez más, de campo de batalla. «Europe will be broken to pieces», ha escrito el *American Hebrew*. Francia forma parte de ella: sus colores no han sido olvidados, entre los de Alemania e Italia, en las cintas que adornan la Cruz de Guerra norteamericana, de color pardo, como conviene a una cruzada contra el nazismo. Al abrigo de represalias eventuales, ¿por qué habrían de tratar los yanquis con miramiento a esos franceses que han decepcionado sus esperanzas? La progresión de los bombardeos es rápida: solamente uno en 1941 (sobre Brest); tres en 1942; 20 en 1943 (uno de ellos sobre Nantes, que causa más de 2.000 víctimas, y otro sobre París, con 105 muertos y 205 heridos); casi un centenar en 1944 (sobre Lyon, los días

(41) Miembro de la Acción Francesa hasta 1930, luego del P. P. F., Darnand fue detenido como *cagoulard* en 1938; en Niza, creó el S. O. L. antes de convertirse en secretario general de la Milicia el 31 de diciembre de 1943, luego en secretario general del «Maintien de l'Ordre», y finalmente en ministro del Interior.

26-27 de mayo, 600 muertos y 500 heridos; sobre Saint-Etienne, 870 muertos y 1.400 heridos; sobre Marsella, 1.976 muertos y 1.323 heridos; sobre Grenoble, Niza Chambery, Amiens, Avignon, Nimes, Ruán, y la región parisina. En total, desde 1941 a 1944, el número de víctimas se eleva a 67.078 muertos y 75.660 heridos.

Preponderancia marxista en la resistencia

A esto hay que añadir las destrucciones llevadas a cabo por la «Resistencia». Durante largo tiempo muy modesta, se ha limitado a montar unas redes de información que controla en Londres Buckmaster (jefe de la sección francesa del «Secret Operations Executive» de la Guerra económica), que dirige (octubre de 1941) y centraliza el coronel Dewavrin, alias «Passy», asistido por Jacques Soustelle (subdirector del «Museo del Hombre»), en la Oficina Central de Información y de Acción (B. C. R. A.). Un centenar de esas redes funcionaron en Francia. En París, el pequeño círculo, llamado «Comité de Salvación Pública», del «Museo del Hombre» (Boris Vildé y Lewitski), que publica el 15 de diciembre de 1940 la hoja *Résistance,* es desmantelado desde febrero de 1941 a noviembre de 1942. En el Norte, socialistas (Christian Pineau, Charles Laurent), demócratas-cristianos (Gaston Tessier) y sindicalistas, crean «Los de la Resistencia», «Los de la Liberación» y «Liberación-Norte», que, con la «Organización civil y militar» (diciembre de 1940, coroneles Heurteux y Touny, flanqueados por el «laborista» Blocq-Mascart, más tarde director del *Parisien Libéré*), manifiesta más vitalidad. En la zona libre, a los mensajes del general Cochet ha respondido la fusión de los grupos «Vérités» (creados por el capitán Henri Frenay en Marsella, en julio de 1940), «Libertés» y «Libération nationale» (François de Menthon) en la organización «Combat» (octubre de 1941). Reuniendo a socialistas, sindicalistas de la C. G. T. y comunistas, el «barón rojo» Emmanuel d'Astier de la Vigerie forma «Libération-Sud». En Lyon, donde los militares avanzados de «France d'abord», los francmasones del «Coq enchaîne» y los progresistas de «Témoignage chrétien» (el jesuita Padre Chaillet y el profesor André Mandouze) rivalizan en su propaganda, nace el grupo cripto de «Franc-Tireur» en diciembre de 1941. A partir del giro de la guerra en 1943, la prensa clandestina conoce un rápido incremento. *Franc-Tireur* tira 165.000 ejemplares, a pesar de que sólo cuenta con 29.000 afiliados (*Combat* sólo posee de 800 a 1.000, el ejército secreto de 25.000 a 30.000, y *Résistance,* 70.000). Organo del «Frente nacional», *Défense de la France* llega a 20.000 lectores en 1942, y a 400.000 en 1944. En conjunto, todos aquellos periódicos alcanzarán una tirada de dos millones aquel año.

Entrados en liza después de la invasión de la U. R. S. S., los comunistas disputan a los gaullistas el control de aquellos movimientos. Los primeros, al igual que en los otros países, han constituido en el otoño de 1941 un «Frente nacional en el cual se han extraviado auténticos «nacionales» como Louis Marin, Jacques Debû-Bridel, por un momento incluso François Mauriac, aunque sus dirigentes lo controlan minuciosamente. Bajo el nombre de «Movimientos Unidos de Resistencia» (M. U. R.), favorecen la reunión de «Combat», «Libération» y «Franc-Tireur», lo que facilita la infiltración comunista en ellos. Pero organizan sus propias tropas, con encuadramiento especial, en «Francotiradores y Partisanos», y traen a sus simpatizantes a las «Milicias patriótica». Los segundos —los gaullistas—, se esfuerzan en coronar el con-

junto de los grupos. Lanzado en paracaídas en la noche del 1 al 2 de enero de 1942, el ex prefecto Jean Moulin (más afortunado que «Passy» y P. Brossolette en la zona norte) consigue crear una Oficina de Información y Prensa (B. I. P.) en abril de 1942, un «Consejo general de Estudios» (C. G. E.) en junio de 1942, agrupar en la zona sur «Combat», «Libération» y «Franc-Tireur» bajo la autoridad del general Delestraint, del ejército secreto (noviembre de 1942) y poner en pie, el 27 de mayo de 1943, un Consejo nacional de la Resistencia del cual es presidente, al mismo tiempo que delegado general del Comité de Argel. Ocho representantes de movimientos, dos de los sindicatos (C. G. T. y C. F. T. C.) y seis de los partidos (Leon Blum se lo ha exigido a De Gaulle a primeros de abril de 1943, y «el general» ha cedido) componen aquel órgano directivo en el que predomina la influencia de los rojos, François Villon, comunista declarado, Saillant (C. G. T.) y Pascal Copeau (M. U. R.), criptos, en frente de Blocq-Mascart (representante de la zona Norte), del indolente Laniel (Alianza democrática), y del que Georges Bidault (redactor de *Combat* en diciembre de 1941 y delegado en el B. I. P.) será nombrado presidente por 12 votos (comunistas incluidos) contra uno y tres abstenciones, ya que se deshace en sonrisas y se contenta con palabras. Partidario de un retorno a la III República, Moulin ha tenido la desgracia de ser detenido en Calluires, cerca de Lyon, el 11 de junio de 1943, cuando conferenciaba con unos oficiales. Gracias a la mala suerte que seguirá encarnizándose sobre sus rivales de un modo realmente oportuno, los comunistas no tardarán en apoderarse de las palancas de mando del Comité de Acción Militar (C. O. M. A. C.) en la primavera de 1944: François Villon (F. T. P.), sustituto de Jussieu en el Estado mayor de los F. F. I.; Kriegel-Valrimont (M. U. R.), Claude Bourdet (de Combat», detenido en abril); con el apoyo de Voguë, alias «Madelin», simpatizante («Los de la Resistencia»), hacen la ley. Nombrado jefe del Estado Mayor nacional, Joinville (M. L. N.) es también de los suyos. Así como el jefe de los F. F. I. de París, Tanguy, alias «coronel Rol», sustituto de Lefaucheux, detenido (el delegado regional Rondenay, alias «Sapeur», protesta: es entregado a la Gestapo y fusilado en julio). Desbordado así por su ala más activa, «el General» trata de recuperar alguna autoridad, nombrando a Parodi como delegado general de la Resistencia, en marzo de 1944, y a Koenig comandante en jefe, en Londres, de los F. F. I., así como toda una red de Delegados militares regionales (D. M. R.).

Con la preponderancia de los marxistas en su seno, la Resistencia cambia de carácter. No se trata ya únicamente de informaciones, de propaganda, de cauces de evasión (20.000 voluntarios para el Africa del Norte pasan a España, que los criba en el campo de Miranda), de lanzamientos en paracaídas (5.634 con éxito en 1943 y 1944), de constitución de depósitos clandestinos de armas, sino del ciclo infernal de los atentados contra el ocupante, seguidos de represalias y de ejecuciones (los Consejos de Guerra alemanes emitirán de 1.500 a 1.700 sentencias de muerte en la región parisina); de los asesinatos y ajustes de cuentas entre franceses (para ahogar la voz sincera y convincente de Philippe Henriot, un comando le ejecuta en el Ministerio de Información, el 28 de junio de 1944); la radio de Londres señala a las personas que deben ser eliminadas (magistrados de Lyon, Toulouse, Nantes, Béthune, Aix, alcaldes, consejeros municipales); a las ejecuciones sumarísimas de los «Tribunales populares» (Givors, Thiers, fuerte Montluc en Lyon, bosque de Cabertat cerca de Toulouse, en los alrededores de Périgueux, en junio de 1944), responden las de las Cortes marciales a tres de la Milicia (20 de junio de 1944). De los

sabotajes, destrucciones de todas clases de las redes ferroviarias (llevadas a cabo por el «Bloc Fer», creado por René Hardy, alias «Didot», a principios de 1943 y de acuerdo con el «plan verde», a costa de 300 ferroviarios fusilados y 3.000 deportados, que obligarán a los alemanes a traer 25.000 de sus técnicos) y telefónicas (cuyas escuchas han sido muy valiosas) —plan azul—. De acciones de guerrilla, montadas por los *maquis*, engrosados a finales de 1942 con los desmovilizados del ejército del armisticio, afiliados a la Organización de Resistencia del Ejército, que se fusionó con los F. F. I. en octubre de 1943, y con los refractarios al trabajo en Alemania; acciones desencadenadas de modo prematuro en el Ain (Oyonnax, 11 de noviembre de 1943, Geminiat), en la Corrèze, el Ariège, el Gard, reducidas de febrero a marzo de 1944, así como en la altiplanicie de las Gliéres en Saboya (cerca de 200 víctimas, 25 de marzo), en el Vercors en el Delfinado (noviembre de 1942-febrero de 1943, por instigación de los dirigentes del S. F. I. O. de Grenoble, del pintor Yves Farge, del grupo «Franc-Tireur», apoyados por Vidal y el general Charles Delestraint, detenido en París el 9 de junio de 1943).

A pesar de las privaciones que padece (raciones reducidas a 800 calorías en las ciudades), del aumento del coste de la vida (166 %, desde el otoño de 1940 hasta febrero de 1944), de la atmósfera de inseguridad en que vive, la población francesa, aunque antialemana en un 90 %, según los informes de la D. G. S. S. de Londres, continúa viendo, en una proporción del 50 %, su mejor escudo contra las pruebas que le esperan en el mariscal Petain, al que aclama en París, después del bombardeo de los Batignolles, el 26 de abril de 1944, lo mismo que en Ruan, en Lyon e incluso en Saint-Etienne el 6 de junio, fecha del desembarco en Normandía. El último mensaje del Mariscal será un llamamiento a la unión de los franceses: «Francia se convierte en un campo de batalla». «Os negaréis a empeorar la guerra extranjera con el horror de la guerra civil».

* * *

Desgracia de Mussolini

Desde la primavera de 1943, en todos los teatros de operaciones, las potencias del Eje están reducidas a la defensiva. Siendo Italia la más débil, es también la primera en hundirse. Para encontrarse del lado de los vencedores, Mussolini se ha lanzado a la guerra. Ahora, para quedarse en él, trata de hacer la paz. Alrededor de Stalingrado, el 16 de diciembre de 1942, las 10 divisiones italianas en liza (unos 240.000 hombres) han perdido la mitad de sus efectivos (entre ellos 70.000 prisioneros), aunque el general Messe se haya batido bien en el Don y en el Donetz, y haya logrado conducir más tarde a Rumanía a 120.000 de sus mejores soldados. Por instigación de su yerno Galeazzo Ciano, el Duce sugiere a Hitler negociar una paz blanca con la U. R. S. S., e insistirá en el mismo sentido en Salzburgo, el 6 de abril de 1943. Después de la caída de Túnez y de Bizerta, el 7 de mayo, de los 150.000 hombres obligados a capitular, con 1.000 cañones y 250 tanques, en cabo Bon, el 13 de mayo de 1943, las tres cuartas partes son italianos. Al descubierto, la península va a servir de campo de batalla. El ataque a Sicilia es inminente. Roosevelt y Churchill lo han decidido en Anfa (Casablanca), del 12 al 24 de enero de 1943, al mismo tiempo que, sin consultar a su interlocutor, el pre-

sidente norteamericano, haciendo suya una idea emitida por Norman Davis, el 21 de mayo de 1942, proclama en una conferencia de prensa, el 24, que la guerra continuará hasta la rendición incondicional del adversario, a fin de asegurar «la destrucción de la ideología de esos países», como una guerra mesiánica de religión y de exterminio. La conferencia «Trident», reunida en Washington del 12 al 25 de mayo, ha confirmado el primer objetivo fijado, y aplazado el desembarco en Francia hasta el 1 de mayo de 1944 (lo cual enfurece tanto más a Stalin por cuanto, para congraciarse con los Occidentales, ha aprovechado el viaje a Moscú de Joseph E. Davies, el 5 de mayo, para disolver el Komintern, el 22 de mayo). Pasando a ejecutar la operación «Husky», preparada en Argel el 26 de mayo, los Aliados han ocupado, del 10 al 12 de junio, la isla de Pantelaria, sin resistencia apreciable por parte de sus 10.000 defensores. Es cierto que, en las altas esferas gubernamentales, se piensa más en salvarse de la quema que en resistir.

Por haber mantenido inquietantes conciliábulos con Dino Grandi, Giuseppe Bottai y Federzoni, Ciano ha sido expulsado de los Asuntos exteriores, el 5 de febrero de 1943, como lo había sido antes que él, el 21 de enero, el mariscal Caballero. Entretanto, aconsejado por el mariscal Badoglio y por el general Ambrosio, nuevo jefe de Estado Mayor (en negociaciones con Bonomi desde el 4 de diciembre de 1942, y que cubre las intrigas del general Carboni, jefe del Servicio de Información), el rey Victor Manuel escribe a Mussolini, el 13 de marzo de 1943, para pedirle que separe la suerte de Italia de la de Alemania. El general Caviglia, en un memorándum del 15 de marzo, y luego el almirante Thaon di Revel a raíz de una visita a primeros de abril, insisten en el mismo sentido cerca del soberano. Sin embargo, el Duce, acompañado de Ambrosio y de los ministros Bastianini y Alfieri, al reunirse con Hitler y Himmler en Salzburgo el 6 de abril, y luego en Feltre el 19 de julio (como por azar, aquel día Roma sufre un bombardeo que causa 1.400 muertos y 6.000 heridos), no se atreve a abordar aquel tema escabroso y se limita a encargar a su embajador que establezca unos contactos en Madrid. Entonces, sus «mariscales», tras haberse puesto de acuerdo en Castelporziano a primeros de julio, se impacientan. A petición suya (16 de julio) el Gran Consejo fascista se reúne el 24 de julio (dos días después de la rendición de Trapani y de Palermo en Sicilia), y por boca de Ciano, Grandi y Bottai, intima al Duce a abandonar el mando supremo, y le destituye por 19 votos contra siete y dos abstenciones. Al día siguiente, al salir de la residencia del rey, que le agradece los servicios prestados, es detenido por el duque de Acquarone, ministro de la Casa Real; el 26 por la noche es trasladado en una ambulancia a Gaeta, y posteriormente a Ponza, el 28 de julio, a la isla de la Madalena, a lo largo de Cerdeña y de Córcega, el 7 de agosto, y finalmente al Gran Sasso, el 26 de agosto.

El rey, que el 15 de julio se ha negado a confiar a Bonomi la tarea de formar un gobierno de Unión Nacional, concede plenos poderes al mariscal Badoglio para negociar con los Aliados, gracias a los buenos oficios de la Santa Sede. Por mediación del embajador británico en Lisboa (4 de agosto) y del cónsul general en Tánger (6 de agosto), el general Castellano trata de entrevistarse con sir Samuel Hoare en Madrid el 15 de agosto, y es informado en Lisboa el 18 de un texto de armisticio militar, «corto». Desgraciadamente, un segundo texto, «largo», entregado al general Zanussi el 26, endurece de

modo singular aquellas propuestas, dado que comporta —aun respetando el derecho de los italianos a escoger su régimen gubernamental— una capitulación sin condiciones y la obligación de hacer público aquel acuerdo (finalmente firmado el 3 de septiembre por Castellano en Sicilia) el 8 de septiembre. Stalin, que había aceptado el primer texto el 5 de agosto, sólo admite el segundo, el 24, a condición de que una Comisión militar y política de los Tres Grandes controle la evolución política de Italia.

Invasión anglosajona contenida por los alemanes

El riesgo es grande. Desembarcados en la noche del 9 al 10 de julio en Sicilia, los Aliados (el 7.° Cuerpo norteamericano, ocho divisiones, y seis británicos del 8.° Ejército) (42) rechazan sin dificultad a los 350.000 italianos (nueve divisiones de infantería) que ocupaban la isla y que se rindieron en masa, entran en Augusta el 12, en Trapani y en Palermo el 22 de julio, pero los 50.000 alemanes (cuatro divisiones de infantería) encargados de respaldar la defensa resisten valerosamente en el macizo del Etna, alrededor de Catania, de modo que los anglosajones no se hacen dueños de la isla, con la caída de Messina, hasta el 17 de agosto. Contenidos por seis divisiones alemanas, los ingleses de Montgomery no han podido desembarcar en la punta de Calabria hasta el 3 de septiembre, y el V Ejército norteamericano (Clark: 100.000 británicos y 67.000 norteamericanos) sólo ha conseguido, difícilmente, constituir una cabeza de puente en Salerno, gracias al apoyo de 2.500 paracaidistas y de la artillería naval, del 9 al 24 de septiembre, antes de apoderarse del aeródromo de Foggia (27 de septiembre) y de Nápoles (7 de octubre). Entretanto, la flota italiana que a pesar de la insistencia del mariscal Kesselring se ha mostrado incapaz durante todo el conflicto de ocupar Malta y de asegurar la protección de los convoyes hacia Libia, conduce, al parecer sin bochorno, sus tres acorazados de 35.000 toneladas, sus seis cruceros, sus 20 contratorpederos y sus submarinos, intactos (aparte del «Roma», hundido por la Luftwaffe), a La Valeta. Pero aquella demora ha bastado para permitir a la II división aerotransportada de paracaidistas y a la III división Panzer (30.000 hombres), reforzada muy pronto con otras siete divisiones, neutralizar y desarmar (el botín se eleva a 4.553 aviones, 970 tanques, 9.988 cañones, 38.383 ametralladoras y 15.500 camiones) a las 11 grandes unidades desperdigadas por la península (500.000 hombres con los servicios), cinco de las cuales (70.000 hombres) habían sido reagrupadas alrededor de Roma, donde el general Stuhel se establece como gobernador (las otras 35 divisiones se encuentran dispersas en Francia y en los Balkanes; estas últimas, en Santi-Quaranta, Cefalonia, Rhodes, Leros, Cos, serán reducidas y desarmadas por los alemanes del 10 al 13 de septiembre).

El rey y Badoglio dominados por los rojos

Reina el desorden. Estimulados por el cansancio de la población (sometida durante todo el mes de agosto a unos bombardeos intensivos, como si los Aliados, ante la proximidad de la rendición, se encarnizaran en apresurar

(42) 160.000 norteamericanos de Patton, en la bahía de Gela, al SO. de Palermo, con 1.000 cañones y 600 tanques; los ingleses entre el cabo Passero y el SE. de Siracusa.

la misión de destrucción que les había sido encomendada), el alza del coste de la vida (110 en 1939, 165 en 1943), la baja del poder adquisitivo (de 100 en 1928 a 90 y a 80), la aparición de huelgas en las empresas Fiat y Minelli, el 5 de marzo de 1943, afectando a 300.000 obreros y provocando 600 detenciones, los antifascistas reconstituyen sus fuerzas. Caído Mussolini, el 24 de julio, se entregan a exacciones, a las cuales trata de poner coto el general Roatta el 27, pero que entrañan al día siguiente la disolución del partido fascista y la incorporación de las milicias al ejército. Desde la invasión de la U. R. S. S. por la Alemania hitleriana, los comunistas del grupo «Giustizia é Libertá», en julio de 1941, han intensificado su actividad, estableciendo contacto con los socialistas Silvio Trentin, Fausto Nitti, Pietro Nenni, Saragat, Sereni e incluso, en septiembre de 1942 en Turín (en tanto que el industrial Pirelli se marchaba a Suiza), con unos representantes de los demócrata-cristianos, cuyo jefe, Alcide de Gasperi, se asociará a una gestión de Bonomi, el 3 de agosto, cerca de Badoglio, para el cese de las hostilidades. En agosto, constituyen unos «Comités de Frente Nacional», y en septiembre, a iniciativa de un abogado de Cuneo, Duccio Galimberti, forman en el norte unos grupos de partisanos «Giustizia é Libertá», armados por el general Carboni, del Servicio de Información Militar, coronados por el comité central del «Frente Nacional de Acción» (cuyos órganos clandestinos, *Unitá*, *Avanti* e *Italia Libre*, tienen entonces una difusión de 30.000, 20.000 y 20.000 ejemplares, respectivamente). El 8 de septiembre, víspera del desembarco de Clark en Salerno, aquel organismo da nacimiento a un Comité de Liberación Nacional (primo hermano del de Argel), del que forman parte, bajo la presidencia de Bonomi, los comunistas Scoccimarro y Amendola, los socialistas Nenni y Romita, La Malfa y Roncato, del partido de Acción, y los democristianos De Gasperi y Gronchi. Aquel Comité, que sembrará de sucursales las ciudades en la primavera siguiente, será doblado por un hermano de preponderancia marxista para la Italia del Norte (reconocido por el general Maitland Wilson el 7 de diciembre de 1944). En noviembre de 1943, 28 jerarcas fascistas (y más tarde, el 15 de abril de 1944, el filósofo Gentile, asesinado en Florencia) caen bajo los disparos de los partisanos: brigadas «Garibaldi», comunistas, en el centro y en Milán, «escuadras» de acción patriótica (alrededor de 10.000) y «Voluntarios de la Libertad» del general Cardona, hijo, tan masón como el padre (90.000 el 1 de abril, más tarde 130.000, marxistas en sus dos terceras partes), asistido por Parri, del partido de Acción, y de Longo, comunista, en la Alta Italia (43). Más tarde, participarán en la liberación de Florencia, de Génova, de Padua y de Bellune. Refugiado con el rey en Brindisi, Badoglio, para congraciarse con los Aliados, ha declarado la guerra a Alemania, el 13 de octubre de 1943, y constituido un gobierno en Salerno, en diciembre. Pero, en tanto que el Congreso de los partidos del C. L. N., reunido en Bari los días 28 y 29 de enero de 1944, exige la abdicación del soberano, el presidente del Consejo, si bien admite al príncipe Humberto como teniente-general, cede a la presión de Vichinski y de Bogomolov y modifica su gabinete, el 22 de abril de 1944, para incluir en él al comunista Togliatti, que ha regresado de Rusia, al lado del democristiano Rodino, del liberal Croce, de dos simpatizantes del grupo de Acción y del conde Sforza, judío y masón. Este último, que, refugiado en los Estados Unidos, ha lanzado un manifiesto vengativo de ocho puntos en el congreso de Montevideo, en agosto de 1942, a ejemplo de Pierre Bloch en Argel, se encargará, en el seno del gabinete Bonomi, formado bajo el signo del C. L. N., inmediatamente después de la liberación

de Roma (4 de junio de 1944), el 10 de junio, con Croce, De Gasperi, Saragat y Togliatti (en tanto que Victor Manuel abdicaba en favor de su hijo), de proceder a una depuración draconiana (de los senadores, de los que eliminará a las tres cuartas partes, y de los funcionarios, de los que destituirá a una tercera parte, especialmente en el norte de Italia).

Liberado, Mussolini reorganiza el Norte, apoyado por Kesselring

Mientras que en la zona «liberada» por los Aliados reina el hambre y su sórdido cortejo de corrupción y de prostitución, en el Norte hace estragos una guerra civil larvada. Lanzado por unos planeadores (ocho de los cuales, de un total de 12, llegaron al objetivo) sobre el Gran Sasso, el 12 de septiembre, el mayor Skorzeny y su comando de 108 paracaidistas, en el curso de una operación de increíble temeridad, logra arrancar a Mussolini de sus guardianes (250 carabineros) y llevarle en avión, a Roma primero, luego a Viena y a Munich, donde se reúne con su hijo Vittorio, con Roberto Farinacci y con sus amigos Pavolini, Ricci y Prezieti, refugiados en Alemania desde el 26 de julio. Recibido por Hitler el 14, restaura el partido «republicano fascista» el 15, lanza una proclama por radio el 20, decreta la movilización general el 22, forma el 23, en Garguano y Sasso, sobre el lago de Garde, un gobierno que preside el mariscal Graziani y proclama, en principio, la República, el 26. Vuelto a Italia el 29 de septiembre, decreta el 1 de octubre el Servicio obligatorio del Trabajo, reemplaza al día siguiente las corporaciones mixtas por unos sindicatos únicos, asociados a la gestión del Estado (el 7). Aquel programa radical, completado el 11 por un fortalecimiento de las medidas contra los judíos, concretado en 18 puntos, aprobados por un congreso reunido en Verona el 15 de noviembre, comporta la nacionalización de las industrias y un severo control de la prensa. Desprendido de la influencia del soberano, del ejército y de los dirigentes de la gran industria, el Duce, para definir la República social italiana, oficialmente proclamada el 1 de diciembre de 1943, vuelve a las fórmulas del socialismo de su juventud. A los alemanes que le han liberado antes de que fuera entregado a los Aliados, les paga su deuda de gratitud reclutando cuatro divisiones y entregándoles una contribución de 20.000 millones por trimestre (28 de octubre), en tanto que su yerno, Galeazzo Ciano, detenido el 19 de octubre, condenado en Verona, el 8 de enero de 1944, con cuatro de sus amigos (de un total de cinco), entre ellos el mariscal De Bono, pagará con su vida, el 11 de enero, su «doble juego». Como represalia, unos jefes neofascistas caen víctimas de atentados en Milán, Génova, Ferrara y Florencia, y los milicianos de las «brigadas negras», en lucha contra los partisanos, sufren numerosas bajas —344 muertos y 339 heridos— en febrero y marzo de 1944. Al entrevistarse de nuevo con Hitler en Kleisheim, el 22 de abril de 1944, Mussolini, convencido de lo inútil de la lucha, se esfuerza de nuevo en convencerle de la necesidad de concluir una paz blanca con Rusia. Volverá a verle en Görlitz, en la Prusia oriental, el 22 de julio: será su último gesto político.

---

(43) Existen entonces seis partidos antifascistas: comunista (Giorgio Amendola, hijo, Scoccimarro), Partido de Acción, progresista (De Ruggiero, Salvatorelli, Omodeo, Parri), socialista (Pietro Nenni), demócrata-cristiano (De Gasperi, Gronchi, Grandi) y liberal (Soleri, conde Casati, Corandini).

La barrera opuesta con éxito desde el otoño de 1943 por el mariscal Kesselring al avance de los Aliados en la península está a punto de ceder. A pesar de una aplastante superioridad aérea (4.000 aparatos contra 300), el impulso del 5.° ejército norteamericano y del 8.° británico (compuesto de neozelandeses, de hindúes, de sudaneses, de polacos, de brasileños e incluso de judíos) ha sido contenido durante cuatro meses en la cadena dominada por el monasterio de Cassino, entre los valles del Rapido, al este, y el del Garigliano, al oeste. A través de los obstáculos de la posición «Invierno», cuyo pantano ha sido brillantemente conquistado el 16 de diciembre por la 2.ª división marroquí (desembarcada con la 3.ª división de infantería de Argel, el 22 de noviembre: en total, 65.000 norteafricanos franceses), aquella línea ha sido alcanzada a la derecha por estos últimos, del 12 al 15 de enero, en el centro por el 2.° Cuerpo de Ejército U. S. detenido delante de Cassino, del 8 al 16 de enero, y a la izquierda por el 10.º Cuerpo de Ejército británico, que ha logrado franquear el Garigliano, el 17 de enero. Mientras que la división de Texas, lanzada contra San Angele el 21 de enero, se hacía diezmar, y que la 3.ª división de infantería de Argel, desesperadamente pegada al Belvedere el 25 de enero, amenazada de desbordamiento, perdía las dos terceras partes de sus efectivos, 36.000 norteamericanos del general Lucas desembarcaban sin tropiezos en Anzio, 48 quilómetros al sur de Roma, en la noche del 22 al 23 de enero. Sorprendido, después de que, engañado por las falsas informaciones del almirante Canaris, ha desguarnecido la capital para reforzar su frente con las divisiones blindadas (XXIX y XXX Divisiones Panzer), el mariscal Kesserling logra no obstante a partir del día siguiente bloquear el avance demasiado lento de aquellas fuerzas con el equivalente de cuatro divisiones (1 de febrero), infligiéndoles 6.487 bajas (entre muertos y heridos), y contraatacarlas con cinco divisiones los días 3, 19, 29 de febrero y 1 de marzo, sin poder echarlas de nuevo al mar (debido a la violenta reacción de la aviación y de la artillería naval), pero reduciendo de 15 a siete millas el perímetro de la cabeza de puente, en la que ahora se amontonan 150.000 aliados.

Desbordado Cassino, la línea cede

En Cassino, donde el 30 de enero había sido rechazado un nuevo asalto norteamericano, el comandante del cuerpo expedicionario neozelandés, general Freyberg, apoyado por el general Maitland Wilson, exige para atacar que el monasterio (hasta entonces respetado por los alemanes), sea martilleado del 15 al 17 de enero por unos bombardeos en masa, que permitirán a los defensores ocupar los escombros e incluso las primeras líneas hindúes, convertidas en insostenibles, y diezmar a continuación a los asaltantes. De nuevo, el 15 de marzo, a pesar de un diluvio de fuego vertido por 500 aviones y 890 cañones, los neozelandeses llevan las de perder en un cuerpo a cuerpo encarnizado con los paracaidistas alemanes en las ruinas del pueblo de Cassino. Entonces, el general Gruenther, adjunto de Clark, hace adoptar un plan presentado el 4 de abril por el general Juin, que dispone ahora de cinco divisiones, las cuales relevan a los ingleses en la cabeza de puente sobre el Garigliano, a la izquierda. Aunque rechazada en la noche del 11 al 12 de mayo, la 2.ª división de infantería marroquí, apoyada por el fuego de 400 cañones y por la 3.ª división de infantería de Argel, trepa al día siguiente por las laderas de los

montes Faïto y Majo, mientras entrecruzan su eje de marcha con ellas la 4.ª marroquí de montaña y los tabors, los cuales, girando hacia el sudeste, se lanzan a través de los montes Arunci (Petrella, Revole), desbordan las defensas del XIV ejército alemán y alcanzan Pico el 22 de mayo. La resistencia que encuentra en el centro el 13.º Cuerpo de Ejército U. S. y el 10.º cuerpo británico, hace que los polacos del general Anders no ocupen monte Cassino hasta el 18 de mayo, y que los canadienses no lleguen a Pontecorvo hasta el 24, retrasando así el avance y salvando al X ejército alemán. Entonces, el 2.º Cuerpo de Ejército U. S., que ha seguido el litoral, y el 6.º, desembocando finalmente el 23 de la cabeza de puente de Anzio, se precipitan hacia Roma, con el cuerpo francés (1.ª división de infantería marroquí y 3.ª división de infantería de Argel), desbordando la capital hasta Tivoli al norte el 4 de junio y penetrando en ella el 5. Cogiendo a Sienna entre dos tenazas, los días 2-3 de julio, los franceses la salvan de la destrucción. Abandonando Florencia a los británicos el 11 de agosto, el mariscal Kesselring se retira sin ser inquietado sobre la línea llamada «gótica», acondicionada en los Apeninos para proteger la llanura del Po, el 10 de septiembre. El esfuerzo aliado (tras la retirada del Cuerpo Expedicionario Francés, del 24 de junio al 14 de julio, y del 6.º Cuerpo de Ejército U. S.) tiene que concentrarse ahora en otra parte, en Provenza.

* * *

Fuerte apoyo norteamericano al Kremlin, sin garantía política

Considerando, a pesar de todo, al teatro de operaciones italiano, lo mismo que a los de Libia y Túnez que le habían precedido, como secundario, Stalin reclamaba a voz en grito la apertura en el oeste de un segundo frente. Desde luego, tras las primeras misiones de Harry Hopkins (30 de julio-1 de agosto de 1941) y la conclusión de un acuerdo con Churchill el 10 de julio, los Aliados no habían escatimado su apoyo, alimentando la guerra con el envío de suministros cada vez más considerables (1.850 millones de dólares hasta el 1 de octubre; hasta el 1 de agosto, 20.000 D. C. A., un millón de fusiles). La invasión del Irán, en agosto, por los rusos al norte (el 2), hacia Tabriz, y los británicos al sur (el 3), hacia Kermanshab, su enlace en Kazvin, el 30 de agosto, seguido de la destitución de Reza Khan Pahlevi (16 de septiembre), reemplazado el 29 de enero de 1942 por su hijo Mohamed Reza, había abierto un camino seguro (cuidadosamente preparado por Harriman Jr.) para aquellos abastecimientos (cinco millones de toneladas de mercancías seguirán aquella ruta). En contrapartida, Stalin ha accedido a firmar la «Carta del Atlántico», discutida por Roosevelt y Churchill el 24 de agosto, después de su entrevista sobre el crucero «Augusta», a lo largo de Terranova (9-12 de agosto). El 28 de septiembre, Averell Harriman (socio de la banca Kuhn-Loeb, comanditaria del bolchevismo) y lord Beaverbrook se han dirigido a Moscú para establecer un nuevo programa de suministros. A raíz de un viaje de Churchill a los Estados Unidos (22 de diciembre de 1941-14 de enero de 1942), en el curso del cual la conferencia «Arcadia» ha puesto a punto la Declaración de las Naciones Unidas y añadido la libertad religiosa a las garantías prometidas por la Carta citada anteriormente (declaración que reunirá las firmas de 26 naciones, el 26 de enero), la U. R. S. S., admitida a los beneficios de la Ley de

Préstamo y Arriendo, se ha visto conceder un nuevo crédito de 1.000 millones de dólares, lo cual ha entrañado una sensible disminución de la ayuda concedida a China. Sin que Stalin se haya comprometido a nada. Por el contrario, Roosevelt ha recomendado insistentemente a Eden, que ha estado en el Kremlin desde el 16 al 28 de diciembre de 1941, que no se preste a negociar ningún arreglo secreto: el georgiano, que trataba de engolosinar al insular con el ofrecimiento de bases para Gran Bretaña en Occidente, a cambio de un reconocimiento escrito de sus fronteras en la Europa central, se ha visto chasqueado. Pero insiste, envía a Molotov a Londres el 21 de mayo de 1942, y a Washington el 26, para arrancar a Roosevelt «la apertura de un segundo frente aquel mismo año», con intervención como mínimo de 30 divisiones de infantería y de cinco divisiones blindadas. Sin embargo, el acuerdo del 26 de mayo —y el pacto de ayuda mutua concluido el mismo día con una duración de veinte años entre la Gran Bretaña y la U. R. S. S.— no dicen nada sobre la cuestión de las fronteras, y el comunicado conjunto del 11 de junio se limita a precisar que un Directorio de las Cuatro Grandes Potencias (incluida China) será situado al frente de las Naciones Unidas, y que el régimen colonial abolido tendrá que dar paso al de los mandatos (trusteeships) internacionales. Algo que está muy lejos de satisfacer a Churchill. Habiendo protestado en Washington el 21 de junio contra un desembarco reducido en Europa en 1942 (operación «Bolero»), seguido de otro más importante en 1943, habiendo impuesto en Londres, el 18 de julio, al general Marshall, al almirante King y a Harry Hopkins, la operación «Torch» contra el Africa del Norte, decidida el 25 de julio, el irascible Premier, acompañado del inevitable Harriman, afronta del 12 al 15 de agosto la cólera del Zar rojo, enfrentado a la segunda ofensiva alemana contra el Cáucaso y Stalingrado, y tanto más inquieto por cuanto en lo más fuerte de la batalla, los convoyes sobre Murmansk experimentan una tercera parte de pérdidas y se van espaciando, para interrumpirse del todo el 9 de octubre. Y he aquí que en Anfa, el 12 de enero de 1943, Churchill hace prevalecer de nuevo su punto de vista a favor de la continuación de las operaciones hacia Sicilia e Italia, lo mismo que a raíz de la visita de Eden a la Casa Blanca, del 12 al 30 de marzo, y otra vez en la conferencia «Trident», celebrada en Washington del 12 al 25 de mayo. Entonces, Stalin, que para congraciarse con Joseph Davies, nuevo embajador llegado el 5 de mayo, ha disuelto el Komintern el 22 del mismo mes, pone el grito en el cielo, protesta vehementemente cerca de Roosevelt los días 11 y 24 de junio, y exige que el segundo frente, reclamado desde el 16 de febrero, sea abierto en Francia antes del mes de agosto de 1943.

Equivocándose del todo acerca de sus intenciones, Roosevelt interpreta, o finge interpretar, su insistencia como una señal de desinterés por su parte de las cuestiones alemana y europea. Ceguera tan singular como su voluntad, bruscamente manifestada en Anfa, de imponer una rendición incondicional, y como su obstinación en eludir toda discusión entre aliados relativa a la paz. Sin embargo, sobre ese extremo no son consejos lo que le falta. Consejos oficiales: apenas declarada la guerra —por los otros—, Cordell Hull nombraba, el 16 de septiembre de 1939, «special assistant» a un tal Leo Pasvolsky; el 27 de diciembre, creaba un «Committee on Problems of Peace», compuesto por Sumner Welles, R. Walton Moore, Georges S. Messersmith, Adolf F. Berle Jr., Henry F. Grady, Herbert Feis y Jay Pierrepont Moffat, reunidos el 8 de enero de 1940; reforzándolo, el 3 de febrero de 1941,



ALEMANIA
SUIZA
YUGOSLAVIA
Lyon
Ginebra
Annecy
Chambéry
G.S. Bernard
Aosta
Grenoble
Mt Cenis
Torino
Alejandría
Valence
Montélimar
Gap
Avignon
Digne
Durance
Arles
Marsella
Toulon
Hyères
Fréjus
Cannes
Nice
Antibes
Monaco
Menton
Genova
Como
Milano
Pavia
Novara
Brescia
Cremona
Mantova
Verona
Padova
Venezia
Trento
Brenner
Udine
Trieste
Ljubljana
Fiume
Piacenza
Parma
Modena
Bologna
Reggio
Ferrara
Argenta
Ravena
Rimini
Pesaro
Línea Gótica
Pisa
Livorno
Firenze
US 2
Arezzo
Siena
Ancona
Perugia
Brit. 13
Terni
Brit 10
Pescara
Pol. II
Línea Gustav
Sangro
Termoli
Foggia
Barletta
Bari
Brindisi
Taranto
Potenza
Benevento
Capua
Napoles
Salerno
Gaeta
Cassino
Anzio
Roma
Ostia
C. Vecchia
U.S. 4
C. Fr.
Bastia
I. Elba
Corcega
Ajaccio
Sassari
Cerdeña
Cagliari
Mar Tirreno
Mar Adriático
Zara
Sibenik
Split
5° Ej. U.S
8 Ej. Brit
10° Ej.
Catanzaro
Lipari
Messina
Reggio
Palermo
Trapani
Marsala
Termini
Brolo
Sicilia
Sciacca
Caltanisetta
Enna
Taormina
Catania
Agrigento
Caltagirone
Gela
Ragusa
Syracusa
C. Passero
7° Ej. U.S
8° Ej. Brit.
I. Pantellaria
Malta
la Vallette
Bizerta
C. Bon
Bône
Tabarca
Philippeville
La Calle
Constantine
Guelma
ALGERIA
Souk-Ahras
Beja
Túnez
Medjez el Bab
le Kef
19 C.A.
TUNES
Enfidaville
Sousse
Kairuan
Tebessa
Kasserin
Sbeitla
Sfax
Gafsa
Graiba
Gabes
Chott Djezid
I. Djarba
Mareth
Medenin
CAMPAÑAS DE TUNISIA Y DE ITALIA
fuerzas del Axis
fuerzas aliadas
líneas fortificadas

con una oficina especial de Investigación, a las órdenes de Leo Pasvolsky. Creado el 22 de diciembre de 1941, el «Advisory Committee on Post-War Foreign Policy» daba más relieve a aquel primer organismo de estudio, gracias a la colaboración de relevantes personalidades: Dean Acheson, Myron Taylor (embajador en el Vaticano), Norman H. Davies, del «Council on Foreign Relations» (club dirigente de la política norteamericana), Hamilton Fish Armstrong (de la revista *Foreign Affairs*), Ann S. Harn Mac Cormick (del *New York Times*), Isaiah Bowman, el economista Jacob Vine, y a la participación de parlamentarios, de representantes del ministerio de Defensa, del Departamento de Estado, de las Cámaras de Comercio, de los sindicatos. Una síntesis de sus trabajos se estableció, en forma de memorándum, el 9 de marzo de 1943. Unos días más tarde, del 12 al 20 de marzo de 1943, Anthony Eden discute en Washington; se prevé devolver Besarabia a la U. R. S. S., así como su frontera de marzo de 1940 con Finlandia; de situar a Polonia, en el este, en la línea Curzon, concediéndole en el oeste, tras un plebiscito, compensaciones en la Prusia oriental y en Silesia; de devolver su independencia a Austria; de separar a Croacia de Yugoslavia; de dividir a Alemania en dos o tres Estados; de devolver a China el Mondchukuo y Formosa, y transformar a Corea en territorio bajo mandato.

Benes entrega Polonia, y luego la Europa Central, a los Soviets

Pero una cosa son los consejos y las conversaciones oficiales, y otra las consignas oficiosas. Para no cambiar, Edouard Benes, a la vez judío y gran dignatario de la Francmasonería, sigue siendo el instrumento de aquellas consignas. Ganado por la idea de un bloque paneslavo (desarrollada en la revista *Slovansky Prehled,* comprada por él en 1925), apoya la acción de Kalinin y del Comité paneslavo creado en Moscú en 1942 por el general Gundorov. En una entrevista concedida a Sulzberger, del *New York Times,* el 19 de febrero de 1943, preconiza la conclusión de un largo armisticio, de dos o tres años, que permita proceder a unos intercambios de minorías por medio de deportaciones en masa. Desde Londres, ha denunciado por la radio, el 24 de julio de 1940, las decisiones de la Conferencia de Munich, y ha obtenido de Eden, con el apoyo del grupo «Combate por la Libertad» de lord Vansittart, del laborista Gilliers William y del socialista Huysmans, una carta a Jan Masaryk denunciando los cambios operados desde 1938 (5 de agosto de 1942). A fin de torpedear la colaboración económica con Alemania, conducida a buen término por Heydrich, el cual, «protector» de Checoslovaquia, ha reservado sus rigores para los intelectuales, Benes ha fomentado el asesinato del jefe S. S. por un equipo de paracaidistas, el 27 de mayo de 1942, atentado que ha entrañado como represalia la ejecución de 173 habitantes de Lidice, el 11 de junio (e indirectamente ha salvado a Canaris, cuya traición había descubierto Heydrich). Al tiempo que estimulaba a su lugarteniente Hubert Ripka a publicar un libro preconizando una federación danubiana de preponderancia checa, y parecía acoger favorablemente un acercamiento con Polonia y una entente aduanera con este país (proyecto del 11 de noviembre de 1940 y memorándum en 14 puntos del 9 de enero de 1942), ha admitido en su Consejo de Londres a un comunista sudete, Karl Kreibich, y a Vlado Clementis (culpable de haber fomentado motines entre las tropas checas en el extranjero), futuro ministro de Asuntos Exteriores, y ha estimulado al general Svoboda (según el testimonio del embajador Finlinger y del agregado

militar en Moscú, Heliodor Pika) a constituir unas unidades checas bajo mando soviético.

Así, cuando estalla el escándalo de Katyn (13 de abril de 1943) y se constituye, partiendo de la «Unión de los Patriotas Polacos», el núcleo del futuro gobierno de Lublin (8 de mayo de 1943), Benes se quita la careta en Moscú, el 23 de abril y el 17 de mayo, y ordena a Ripka que rompa con los polacos de Londres (lo cual no le impide fingir que la entente continúa siendo válida, en Chicago, el 22 de mayo). Luego se dirige a los Estados Unidos, donde pronuncia un discurso en el Capitolio, en presencia de los senadores reunidos, el 13 de mayo, se entrevista con Churchill y Roosevelt, y una segunda vez con este último, el 7 de junio. La oportuna disolución del Komintern le permite eludir toda objeción a la conclusión de un tratado bilateral entre Checoslovaquia y la U. R. S. S. (firmado el 12 de diciembre de 1943 en Moscú, y en Londres el 8 de mayo de 1944). De Hopkins, obtiene la seguridad de que las reivindicaciones de Stalin serán acogidas favorablemente. Así, la Europa Central será entregada a los Soviets, mucho antes de Yalta, por las intrigas de Benes.

En el asunto, Polonia, como de costumbre, resulta sacrificada. Ahora que ha servido de detonador del conflicto, su papel ha terminado, se la abandona. Después de la derrota, el general Wladislaw Sikorski ha formado, el 30 de septiembre de 1939, en París, bajo Wladislaw Raczkiewicz, un gobierno provisional, del cual Paderewski y Stanislas Nikolajszyk han sido nombrado presidente y vicepresidente por una asamblea reunida el 23 de enero de 1940. Casi medio millón de polacos, 84.000 de ellos armados y entrenados, viven entonces en Francia; 24.000 son evacuados a Inglaterra, donde su número no tardará en alcanzar el cuarto de millón. Luchan en todos los frentes en aquella formación cosmopolita que es el ejército británico y, en primer lugar, tomarán una parte heroica en la batalla aérea de Inglaterra (1.800 pilotos muertos en la R. A. F., o sea, el 40 % de los efectivos totales, que han derribado la sexta parte de los aviones alemanes destruidos). Sin embargo, en la balanza no pesarán aquellos servicios, ni aquellos títulos de gloria.

Los polacos han sido perjudicados por los nazis, desde luego (represión contra los jefes de los cuatro partidos de oposición: Aleksander Debski, de los nacionales; Mardij Rataj, de los campesinos; Franciszek Kwiecinski, de los trabajadores cristianos; Mieczyslaw Niedzialkavski, de los socialistas, reunidos en Palmiry, a 22 quilómetros de Varsovia; y 6.000 de los suyos; ejecución de 700 sacerdotes, desde septiembre de 1939 a enero de 1941; matanza o concentración de los judíos en el campo de Treblinka). ¡Pero cuánto más por los rusos! 250.000 presos políticos en los campos; 1,5 millones de deportados en 1939. Sin embargo, dominando aquellos rencores, y a pesar de las evidentes reticencias soviéticas a admitir el retorno al *statu quo* de 1939, Sikorski consiente en firmar con el embajador Yvan Maisky en Londres, el 20 de julio de 1941, un pacto con la U. R. S. S., seguido el 14 de agosto de un convenio militar. Encargado, en virtud de aquel texto, de reconstituir el ejército polaco, el general Wladislaw Anders se dedica a buscar los 15.000 oficiales, detenidos en los campos de Starobielsk (al este de Smolensko: 3.920), de Kosielsk (cerca de Kharkov: 4.500) y de Ortorskov (cerca de Kalinin: 6.500), de los cuales no tiene noticias desde marzo de 1940, habiéndose presentado a él únicamente de 350 a 400. En vano interroga a Bogomolov en Londres el 15 de

octubre de 1941, y el embajador polaco a Molotov y a Stalin, el 14 de noviembre. Cenando en Moscú el 4 de diciembre, Sikorski oye hablar de reivindicaciones fronterizas, pero no obtiene más información. Las cosas quedan así y, en cumplimiento de su misión, Anders recluta 80.000 hombres, de los cuales los rusos sólo acceden a armar a la mitad (enviados al Irán, se hará cargo de ellos Inglaterra, en agosto de 1942). Pero, a principios de 1943, las relaciones se envenenan: en diciembre de 1941, Stalin ha creado en Saratov una «Unión de los Patriotas Polacos» a su hechura, susceptible de ser opuesta al gobierno provisional de Londres. La animadora de aquel movimiento es la «coronela» Wanda Wasilevska, cuyo tercer marido, Kerneitchuk, viceministro de Asuntos Exteriores, revela el 19 de febrero de 1943 en un artículo de la revista *Radianska Ukraina* las apetencias soviéticas sobre la Polonia oriental. Los polacos de Londres protestan inmediatamente (25 de febrero-2 de marzo), del mismo modo que habían encargado a su embajador en Washington, Jan Ciechanovski, que combatiera la propaganda de la «Office of War Information».

El 13 de abril de 1943, la radio alemana difunde el descubrimiento cerca de Smolensko, en Katyn, de ocho fosas conteniendo los restos, casi momificados desde abril de 1940, de 4.253 hombres, atados con cuerdas, muertos de un balazo en la nuca utilizando revólveres alemanes exportados a Rusia, tal como establecerá una comisión internacional convocada por los alemanes, después de que Sikorski reclamara inútilmente, el 16 de abril, una encuesta de la Cruz Roja internacional. Es más que probable que los otros, en los bosques contiguos de Viazma y de Kharkov, corrieran la misma suerte, después de que los rusos propusieran a los alemanes intercambiarlos por 30.000 ucranianos, e intentando inútilmente incorporarlos al ejército rojo (en el que el general Zygmunt Berling formará la división «Kosciusko» el 9 de mayo de 1934). El escándalo provoca, el 25 de abril, la ruptura del gobierno polaco de Londres y de los Soviets... y, contragolpe imprevisto pero oportuno, unos meses más tarde, el accidente de aviación en el que pierde la vida el general Sikorski. Convertido en una fuente de fricciones entre anglosajones y soviéticos, el general polaco, al regreso de un viaje de inspección al Irak, vía El Cairo, abandona Gibraltar donde había hecho escala (y donde se encontraba casualmente el embajador ruso en Londres, Yvan Maisky) cuando, el 4 de julio de 1943, a las 23 horas, su avión se hundió rápidamente en el mar. En el accidente perecieron también su hija, su estado mayor y el representante británico Victor Cazalet (por milagro, el piloto checo se salvó, lo cual atrajo las sospechas contra él).

Convertido en primer ministro, el 14 de julio de 1943, Mikolajczyk, removiendo cielo y tierra para defender la causa polaca, vio cómo se le cerraban todas las puertas. En vísperas de la capitulación italiana, en la conferencia de Quebec, llamada «Quadrant», del 12 al 24 de agosto, y, al día siguiente de aquella capitulación, en la Casa Blanca, el 9 de septiembre, Churchill, deseoso de «acudir en ayuda de los patriotas de los Balcanes», a fin de frenar el impulso ruso hacia aquellas regiones, había tratado de fijar en aquella zona la apertura del «segundo» frente, y se esforzaba en poner en guardia a Benes contra una entente bilateral con los soviets. Todo esto no era lo más indicado para granjearle las simpatías de Stalin. Mal apoyado por Cordell Hull en Moscú, el 7 de octubre, Anthony Eden obtiene el acuerdo de los rusos al principio de una rendición incondicional, de la eliminación de los nazis y de la organización internacional, pero no logra incluir en la Declara-

ción de los Cuatro, ni la prohibición de un reparto de zonas de influencia, ni la obligación de una acción conjunta en los territorios liberados, ni, con mayor motivo, ninguna garantía en lo que respecta a Polonia. En vano, Mikolajczyk le entrega un memorándum el 22 de noviembre, lo mismo que al embajador norteamericano Biddle el 27, en previsión de la inminente conferencia que debe reunir a los Grandes en Teherán, el 6 de diciembre de 1943. En vano se esfuerza en entrevistarse previamente con Roosevelt: el propio Churchill le pide a este último, «como favor personal», que aplace la entrevista. Así, los anglosajones, pisoteando la Carta del Atlántico, y resignados a dejar las manos libres a Stalin, echan la cuerda al cuello a los desdichados polacos de Londres.

En Teherán, Roosevelt ratifica aquel abandono

En Teherán, donde Roosevelt se presenta con Harry Hopkins, los generales Marshall y Arnold y el almirante King, tras haber conferenciado del 23 al 26 de noviembre, en El Cairo, con Chang-Kai-chek y Churchill (que se había entrevistado previamente en Malta, el 12 de noviembre, con Eisenhower), Stalin descubre sus cartas: reivindica en Finlandia el retorno a la frontera de 1940, bases en Viipuri (Viborg) y Petsamo (el níquel del Norte), los países bálticos, Königsberg, en Polonia las fronteras de octubre de 1939, compensadas en el oeste hasta la línea Oder-Neisse (occidental), con la constitución de un gobierno que no sea el de Londres. Anthony Eden protesta. Roosevelt también, por pura fórmula (en la medida en que los votos polacos le interesan para su reelección del 20 de julio de 1944). Pero ofrece a los rusos la libertad de los Estrechos y, de cara al Japón, las bases de Dairen y de Port Arthur. A China (a la que considera, como a la India, «la gran fuerza del futuro, el tercer miembro de la Trinidad que gobernará al mundo», según Raymond Cartier, II, 119, en el momento de la conferencia de El Cairo, 22-26 de noviembre de 1943), prevé devolverle Manchuria, Formosa y las islas Pescadores, y admitirla en el Directorio a Cuatro que, en el seno del Consejo de los Diez, gobernará la O. N. U. (Stalin preferiría la creación de Directores regionales). En cuanto a Alemania, la desearía dividida en cinco Estados: Prusia; Sajonia-Hanovre; Hesse-Renania; Baviera-Baden-Wurtemberg; con internacionalización de Kiel, de Hamburgo, del Ruhr y del Sarre. Durante toda la conferencia (del 28 de noviembre al 2 de diciembre), Stalin y Roosevelt —cuyas delegaciones se alojan juntas en la embajada soviética— miran por encima del hombro a Churchill y a sus adjuntos, a los que consideran como unos conservadores retrógrados. En el terreno militar, las sugerencias del Premier inglés son rechazadas: a pesar de su reticencia, la operación llamada «Anakim» en Birmania es mantenida; los éxitos obtenidos en Italia serán explotados, no como él deseaba, lo mismo que el general Juin, hacia Istria y Liubliana, en dirección a Viena, con el apoyo de los balcánicos, sino con un desembarco en Provenza, operación «Anvil» (yunque), destinado a completar el de Normandía, operación «Overlord», previsto con 19 divisiones británicas y 16 norteamericanas, colocadas bajo el mando de Eisenhower, preferido al general Marshall. De regreso a El Cairo, del 4 al 6 de diciembre, los anglosajones tropiezan con la negativa absoluta de los turcos, el presidente Ismet Inönü y su ministro de Asuntos Exteriores, Menemendjoglou, a dejarse arrastrar al conflicto.

La resistencia polaca, sacrificada

En resumen, dejando planear la vaga amenaza de una posible entente con Alemania, Stalin se ha asegurado una completa libertad de maniobra. En realidad, se han establecido contactos entre Peter Kleist, director de los territorios ocupados, en Estocolmo, para la evacuación de los suecos de Estonia, y Edgar Clauss, hombre de negocios comisionado por la embajadora soviética Mme. Kollontai, por segunda vez, el 18 de junio de 1943 (sobre la base de las fronteras de 1939); y de nuevo (en el intervalo, Kleist ha sido detenido y puesto en libertad) en septiembre de 1943 (retorno a las fronteras de 1914). Ribbentrop ha contribuido personalmente al fracaso de aquellas negociaciones, lo mismo que se opondrá a las tentativas de negociación emprendidas por Himmler (bajo la influencia de su masajista, el finlandés Kersten) con el norteamericano Hewitt, siempre en Estocolmo, en octubre de 1943. Así, en el momento en que el ejército rojo se dispone a penetrar en Polonia, el 4 de enero de 1944, ordena distribuir por el país unas octavillas anunciando el nombramiento de un jefe del «Ejército del Pueblo» (Ejército de Liberación), Berling, del cual es núcleo la división «Kosciusko», constituida el 9 de mayo de 1943, y la designación de un Consejo Nacional en Varsovia, con vistas a la formación de un gobierno prefabricado en torno a Boleslav Bierut (44). A Mikolajczyk, que protesta, Churchill le replica secamente, el 20 de enero de 1944, que «Inglaterra y los Estados Unidos no harán la guerra para defender las fronteras orientales de Polonia»; en consecuencia, serán deportados siete millones de alemanes, etc. Nuevas notas, el 15 de febrero a Churchill, que habla en los Comunes el 22, y al Foreign Office, el 24, no sirven para nada. Cuando el ministro polaco logra trasladarse a los Estados Unidos, con el general Tabor, subjefe de Estado Mayor en Varsovia, y entrevistarse con el subsecretario de Estado Stettinius, el 6 de junio, y con Roosevelt, el 7, se oye repetir: «Es preciso que lleguen ustedes a un acuerdo con Rusia; ni los ingleses ni los norteamericanos tienen la intención de luchar contra ella». A título de consuelo, obtiene la promesa de Königsberg, la Prusia oriental, la Silesia, Lwow, la región de Tarnopol y la de Drohobycz (rica en petróleo y en potasa), pero no de Vilno. Tales son las últimas informaciones traídas de Moscú por Oscar Lange, al que se disponen a imponer a los polacos como embajador en Washington. Además, Stalin, que invita a Mikolajczyk a presentarse en el Kremlin el 30 de julio, exige la destitución del gabinete polaco del presidente Raczkiewicz, del ministro Kot y de los generales Sosukovski y Kukiel, por medio de su embajador Lebedico, en Londres. Dueño de la situación militar, el zar rojo quiere imponer a sus hombres y eliminar a los otros, sea liquidándoles a medida que se produce el avance ruso (tal es el caso a partir del mes de marzo en Volhynia, en Kowel, donde han luchado solos, en Nowogrodek, Vilno, Lwow, Lublin y Rzeszov, donde el ejército interior polaco desencadena la operación «Tempestad» ante la proximidad de los rojos, los cuales se benefician de sus informaciones (45), de sus sabotajes,

(44) Bierut, discípulo del anarquista Hempel en Lublin, ha sido detenido por los polacos en 1920 y por los rusos en 1922; deportado a Siberia hasta 1930, posteriormente utilizado como agente en la Europa central y en Polonia; encarcelado de nuevo en 1939, luego puesto en libertad y refugiado en Rusia hasta finales de 1943.

(45) Los servicios polacos fueron los que señalaron la actividad de los centros de cohetes de Peenemunde y de Blizna (cerca de Cracovia), en enero de 1944. Los sabotajes, muy importantes en 1941, frenados en 1942 hasta el 8 de octubre, se multiplicaron a comienzos de 1944, entre el Vístula y el San.

de sus acciones de hostigamiento, y recompensan estos servicios con detenciones y deportaciones, llevadas a cabo por orden de Stalin por el Comité Nacional de Liberación de Lublin, encargado de la administración de los territorios ocupados), sea dejando a los alemanes la tarea de diezmarles, a raíz de la insurrección de Varsovia, por ejemplo, sin aportarles ayuda y asistencia.

En Rusia, la Wehrmacht se esfuerza en desarticular la ofensiva roja

Sin embargo, los ejércitos rojos de Rokossovski se encuentran, el 28 de julio, a 60 quilómetros de la capital, y la división «Kosciusko» de Berling, aunque desprovista de apoyo artillero, forzará el paso del Vístula (que tendrá que repasar el 23 de septiembre). Después de que la operación «Ciudadela», destinada a rodear Koursk entre la IX Panzer de Model al norte, y la IV de Hoth al sur, desencadenada el 5 de julio de 1943 por 15 divisiones Panzer (1.081 tanques, entre ellos los Pantera y Tigre más recientes), 19 de infantería y 376 cañones, contra 90 divisiones soviéticas, había tenido que ser interrumpida, al cabo de catorce días (después de haber costado 40.000 bajas a los alemanes, y a los rusos 17.000 muertos, 34.000 heridos, 34.000 prisioneros y 4.827 tanques, 2.201 cañones, 1.080 morteros y 2.344 aviones), a fin de permitir el envío de refuerzos a Italia contra los anglosajones desembarcados en Sicilia el 10 de julio, el ejército alemán se replegaba lentamente en el Este, desorganizando el empuje enemigo por medio de violentos contraataques. Salvo en materia de aviación (que nunca se recuperó de sus pérdidas iniciales), los soviéticos disponen entonces de una superioridad aplastante en efectivos (513 divisiones o brigadas de infantería, a menudo mal instruidas, 41 de caballería, 290 brigadas blindadas o motorizadas), contra 176 alemanes; en tanques, seis contra uno (producen 2.000 al mes, el doble que los alemanes), y en artillería, diez contra uno (30.000 cañones de un calibre superior a 100). Ola tras ola, sin preocuparse de las bajas, sus masas tratan de romper, ora en un sector, ora en otro, el inmenso frente. Del 12 al 20 de julio, Popov y Rokossovski atacan el saliente de Orel (tomado el 5 de agosto), al norte de Koursk; el 3 de agosto, al sur de la misma ciudad, Vatutin y Koniev reducen el saliente de Kharkov, evacuado el 22. Más al norte, Smolensko resiste del 16 de agosto al 24 de septiembre los ataques de Sokolovski; delante de Orcha y de Rogatchev, las 40 divisiones del grupo de ejércitos del centro, de Busch, con las IV, II, IX y III Panzer, contienen el avance de 100 divisiones rojas. Pero el esfuerzo principal se dirige contra Ucrania, defendida por el grupo de ejércitos de von Manstein (38 divisiones y 14 blindadas), contra el equivalente a 174 divisiones soviéticas (109 divisiones de infantería, más nueve brigadas; siete cuerpos de caballería; siete cuerpos motorizados; 10 cuerpos blindados, más 20 brigadas y 16 regimientos de tanques). Bajo el mando de Hollidt, el VI ejército reconstituido contraataca, captura 18.000 hombres, 700 tanques y 200 cañones. El VIII, de von Woeshler, hace frente a cinco ejércitos, más una división blindada, rojos. Menos afortunados, el I de von Mackensen y el IV de Hoth, atacados el 23 de agosto por Malinovski y Tolbukhin, se retiran del recodo del Donetz y Stalino cae el 8 de septiembre. Las pérdidas son graves: 133.000 hombres, que un refuerzo de 33.000 no permite compensar. Se impone un repliegue para acortar el frente, sobre las posiciones de la línea «Panther»: desde Narva a Vitebsk, Gomel (Briansk es evacuada el 8 de septiembre) y el Dnieper hasta Zaporoje, Melitopol y el mar de Azov. Sobre cinco puentes, 52 divisiones repasan el Dnieper, no sin combatir (la

I Panzer de von Mackensen destruye ocho divisiones que le cerraban el paso: 10.000 muertos, 5.000 prisioneros, 350 tanques, 350 cañones capturados) del 14 al 25 de septiembre. El 7 de octubre, contra 197 divisiones alemanes, 330 grandes unidades soviéticas (los frentes: del Volkhov, los dos de Rusia blanca y los tres de Ucrania) generalizan su ofensiva, aunque la presión más intensa continúa ejerciéndose en Ucrania. El 14 de octubre, entre Krementchug y Zaporojie, es franqueado el Dnieper. Las puertas de Crimea —a la que Hitler se ha aferrado temiendo que Turquía y Bulgaria se declaren contra él— se cierran: Melitopol cae el 22 de octubre y Perikop, cerrojo del istmo, el 1 de noviembre. Kiev, la capital, cortadas sus comunicaciones hacia el oeste por Vatutin, el 3 de noviembre, es ocupada el 6, y Jitomir el 12, pero los blindados alemanes contraatacan el flanco del enemigo, reconquistan esta última ciudad el 20, liberan Nikopol (su níquel y su manganeso), Krivoi Rog (y su mineral de hierro), y vuelven a establecerse sobre una porción del Dnieper. Por poco tiempo. Bajo la presión de 206 divisiones contra 60, Jitomir sucumbe a un nuevo ataque de Joukov (25 de diciembre de 1943-1 de enero de 1944); Nikopol (el 8 de febrero) y Krivoi Rog (el 22) son evacuadas por los ejércitos IV y I (aunque los rusos hayan perdido en dos meses 25.353 prisioneros, 3.928 tanques y 788 cañones). Los días 16 y 17 de febrero, los restos de cinco divisiones de infantería y una y media Panzer, 30.000 de un total de 40.000 hombres, cercados entre Pereiaslav al norte y Tcherkassy al sur, en el Dnieper, logran romper la argolla que se cerraba sobre ellos. Sin embargo, en el extremo sur, Iieremenko se apodera en febrero de Novorosisk, en el Kubán, y alcanza la península de Kertch; el 8 de abril, Tolbukhin desemboca en Perekop, penetra en Odesa el 10 y reduce en Crimea a los restos de cinco divisiones alemanas y de siete rumanas, y reconquista Sebastopol, del 5 al 9 de mayo. En cuanto al extremo norte, los alemanes, levantando el sitio de Leningrado el 14 de enero, amenazados de cerco hacia Luga, evacúan Staraia-Russa y, más al sur, Cholm: el mariscal Model (sustituto de von Kuchler) les lleva sobre las línea «Panther»: Narva, lago Peipus, Pskov, Nevel, Vitebsk. Los días 4 y 6 de marzo, se reanuda la ofensiva rusa en los dos «frentes» de Ucrania (donde la guerrilla, estimulada a la acción por las exacciones de Erich Koch, comisario del Reich, no sólo sabotea las comunicaciones, sino que constituye fuertes unidades que hostigan la retaguardia). La línea «Panther» cede, Uman cae, el Bug es franqueado el 20, Joukov alcanza Chernovitz el 24 (rodeadas al norte y al oeste de Kamenetz-Podolsk, las 10 divisiones alemanas del general Hube logran abrirse paso, no obstante, del 23 de marzo al 6 de abril). Mientras von Manstein y von Kleist, que preconizan un repliegue más profundo, son relevados de su mando, reemplazados por Model y Schoerner, la línea, sucesivamente trasladada del Donetz al Dnieper, y del Dnieper al Bug, está ahora sobre el Dniester, en la frontera rumana. En la Rusia Blanca, la situación no tarda en hacerse igualmente crítica. El 23 de junio, 140 divisiones de infantería y 43 brigadas soviéticas pasan al ataque contra 37 grandes unidades alemanas y una Panzer de los ejércitos III y IV, atrincheradas en unos puntos de apoyo «en erizo» de Vitebsk (tres divisiones), Orcha (una división), Mohilev (una división) y Bobruisk (una división), cuyos defensores serán cercados. Superada aquella línea, del 27 al 29, los rojos alcanzan el 30 Borissov, en el Beresina; el 11 de julio se encuentran delante de Polotsk (en el Dvina), Minsk, cercada el 3 de julio, y los pantanos del Pripet. Penetrando en Polonia, ocupan Vilno el 13 de julio. A finales de mes, se alinean desde Mitau (al oeste de Riga) hasta Kovno

(Kaunas), el 31 de julio, lo que tiene por efecto aislar a los 750.000 alemanes del grupo de ejércitos del norte, que sólo podrán ser abastecimientos por mar, Grodno, Bialystock (al sur del Pripet, Koniev ataca el 13 de julio con 70 divisiones y 3.000 tanques; Harpe, que sólo tiene 31 y 600 tanques, franquea el Bug en Cholm el 22, rodeando a 40.000 alemanes en Brody, al este de Lwow), Lublin (21-24 de julio), Lwow (el 27) y Przemysl (el 28). Llegados a Brest-Litovsk el 28, se encuentran el 31 a 20 quilómetros de Varsovia.

Varsovia se subleva y sucumbe sin recibir socorros

Ante su proximidad, en la capital polaca, cuyo ghetto ha sido liquidado por las S. S. el 19 de abril de 1943, la explosión de una mina en el Cuartel General alemán el 1 de agosto a las 15 horas da la señal de la insurrección. Contra cinco divisiones alemanas, prontamente reforzadas con otras tres escogidas, el general Tadeusz Bor-Komorovski dispone de unos 40.000 hombres, la mitad de los cuales están armados. Los días 5 y 6 de agosto, se apoderan de los puentes, de las estaciones de ferrocarril, del cuartel de Zoliborz, pero, después de un ultimátum el 11 de agosto, los alemanes hacen intervenir a los tanques y a la aviación, en vuelos rasantes, destruyen las centrales hidráulicas y eléctricas el 4 de septiembre, asaltan Praga el 12, los barrios de Mokotov y de Zoliborz el 30 de septiembre. Agotados después de sesenta y cuatro días de lucha, habiendo perdido 25.000 hombres, 10.000 de ellos muertos, Bor capitula el 2 de octubre a las 20 horas, con seis generales, 942 oficiales y 11.000 soldados (200.000 habitantes han perdido la vida; 350.000 son deportados, 12.000 son evacuados al campo de exterminio de Oswiesim). El ejército rojo no entrará en Varsovia hasta el 17 de enero de 1945.

De los Aliados, el levantamiento sólo ha obtenido un débil apoyo: el mariscal del Aire británico, Slesser, ha interrumpido las incursiones de pilotos polacos, sudafricanos, ingleses, de la R. A. F.; el 18 de septiembre, 104 bombarderos norteamericanos se han presentado sobre la ciudad, después de que Roosevelt pidiera el 24 de agosto y obtuviera, cuando se entrevistaba con Churchill en Quebec (conferencia «Octogone», celebrada del 13 al 16 de septiembre), el derecho para ellos a hacer escala en Rusia (10 de septiembre). Del mariscal Rokossovski, al que ha pedido ayuda el 11 de septiembre, Bor recibió la noche siguiente un lanzamiento en paracaídas de cañones antitanques y de municiones inutilizables; los días 20 y 29 de septiembre, el mariscal permanece sordo a sus últimos S. O. S. Respondiendo a Churchill, Stalin ha estimado que la insurrección, desencadenada a espaldas del mando soviético, constituye una «aventura descabellada». En su fuero interno, desea la liquidación de una empresa lanzada por el Ejército interior, cuyo éxito conduciría al establecimiento en la capital del gobierno polaco de Londres, competidor del «Comité de Liberación Nacional», bajo su bota, oficialmente constituido en Cholm, el 21 de julio. «En adelante, trataré con un solo gobierno polaco», declara sin rodeos, la noche del 3 de agosto, a Mikolajczyk, cuyo acompañante, el profesor Grabski, reacciona con violencia. Sin embargo, es preciso someterse a los dictados del Kremlin, entrevistarse el 6 con el equipo de Lublin, la Wanda Wasilevska, el general Michal Rola-Zymieeski (dejado de lado por sus compañeros de armas), Andrej Witos («domesticado» tras una larga estancia en campos de concentración), Edward Osolka-Moravski, un social-cooperador, y verse ofrecer el 7, por Bierut, la presidencia del Con-

sejo, si se le acepta como jefe del Estado. «El comunismo no está hecho para los polacos, demasiado individualistas, demasiado nacionalistas», ha dicho un día Stalin. Pero no por ello dejará Polonia de ser reducida al papel de un estado satélite. Un vago proyecto de gobierno surgido de unas elecciones libres, con escrutinio secreto y representación proporcional, que reuniría a los cuatro grupos de oposición (que han reclamado la integridad de Polonia, el 15 de agosto de 1943, y formado un Consejo de Unidad nacional, el 9 de enero de 1944) más los comunistas, entregado a los Aliados el 30 de agosto, basta para apaciguar sus escrúpulos democráticos. Mikolajczyk, Grabski y Romer (A. E.) —el general Tabor ha sido rechazado— se presentan en el Kremlin, con la soga al cuello (Miko dimitirá el 24 de noviembre). Mientras el ejército rojo incendia pueblos y deporta a millares de soldados del ejército interior (al que su jefe, el general Okulicki, se dispone a disolver), Churchill y Eden, flanqueados del embajador yanqui Harriman, que han ido a entrevistarse con Stalin del 9 al 18, oyen cómo Molotov les replica, ante la primera objeción, el 13 de octubre: «¡Todo eso quedó resuelto en Teherán!» El 27 de octubre, en los Comunes, Churchill se inclina. La víspera, Roosevelt ha hecho entregar un mensaje por Harriman: «De acuerdo con su política tradicional (¿abandonar y entregar a sus amigos?), el gobierno norteamericano no puede garantizar ninguna frontera». Así cae la cuchilla sobre Polonia.

Churchill le disputa Grecia a Stalin

Realista, Churchill extrae la lección del acontecimiento: arriando la Carta del Atlántico, se sienta ante una mesa con Stalin y empieza a trinchar los Balkanes, fijando la influencia de Rusia en un 90 % en Rumanía, 75 % en Bulgaria (entre Molotov y Eden había sido propuesto el 80), 50 % en Hungría (en vez de 80), 50 % en Yugoslavia (en vez de 60) y sólo un 10 % en Grecia, la cual, vigilando la salida de los estrechos, debe corresponder a la Gran Bretaña (9 de octubre). Golpeando el hierro mientras está caliente, Inglaterra interviene inmediatamente en Atenas con el general Scobie y sus paracaidistas, en tanto que una escuadra fondea en el Pireo. En aquel país sometido desde 1936 a la dictadura del general Metaxas, la temeraria invasión italiana que volvió a encender la guerra en los Balcanes había tenido como consecuencia restablecer una especie de unión sagrada (incluso con los grupos de oposición de 1937: liberales de Sofoulis, juventud, oficiales republicanos dirigidos desde París por el general Plastiras). Ante la proximidad de los alemanes, el rey Jorge y su gobierno huyeron a El Cairo, el 23 de abril de 1941. En septiembre, sin embargo, se organizaron *maquis* contra el ocupante, animados los unos por generales, la E. D. E. S. del general Zervas, la E. K. K. A. del coronel Psaros (en el Parnaso), el grupo del general Sraphis y, el más importante, la E. L. A. S., por unos elementos reunidos en un «Frente Popupular de Liberación», el 27 de septiembre de 1941, dominado por los comunistas. De acuerdo con la conocida táctica de estos últimos, la E. L. A. S. y su ejército popular (formado en febrero de 1942), no vacila en atacar a sus rivales, especialmente en abril de 1943. Sin embargo, los agentes del servicio inglés de acción clandestina (S. O. E. = Secret Operation Executive), lanzados en paracaídas en Grecia, utilizarán a aquellos resistentes para hacer saltar un viaducto en la línea Atenas-Salónica, el 27 de noviembre de 1942, y provocar numerosos sabotajes, la víspera del desembarco en Sicilia (10 de julio de 1943). También se mostraron dispuestos a conceder a los delegados de

(Kaunas), el 31 de julio, lo que tiene por efecto aislar a los 750.000 alemanes del grupo de ejércitos del norte, que sólo podrán ser abastecimientos por mar, Grodno, Bialystock (al sur del Pripet, Koniev ataca el 13 de julio con 70 divisiones y 3.000 tanques; Harpe, que sólo tiene 31 y 600 tanques, franquea el Bug en Cholm el 22, rodeando a 40.000 alemanes en Brody, al este de Lwow), Lublin (21-24 de julio), Lwow (el 27) y Przemysl (el 28). Llegados a Brest-Litovsk el 28, se encuentran el 31 a 20 quilómetros de Varsovia.

Varsovia se subleva y sucumbe sin recibir socorros

Ante su proximidad, en la capital polaca, cuyo ghetto ha sido liquidado por las S. S. el 19 de abril de 1943, la explosión de una mina en el Cuartel General alemán el 1 de agosto a las 15 horas da la señal de la insurrección. Contra cinco divisiones alemanas, prontamente reforzadas con otras tres escogidas, el general Tadeusz Bor-Komorovski dispone de unos 40.000 hombres, la mitad de los cuales están armados. Los días 5 y 6 de agosto, se apoderan de los puentes, de las estaciones de ferrocarril, del cuartel de Zoliborz, pero, después de un ultimátum el 11 de agosto, los alemanes hacen intervenir a los tanques y a la aviación, en vuelos rasantes, destruyen las centrales hidráulicas y eléctricas el 4 de septiembre, asaltan Praga el 12, los barrios de Mokotov y de Zoliborz el 30 de septiembre. Agotados después de sesenta y cuatro días de lucha, habiendo perdido 25.000 hombres, 10.000 de ellos muertos, Bor capitula el 2 de octubre a las 20 horas, con seis generales, 942 oficiales y 11.000 soldados (200.000 habitantes han perdido la vida; 350.000 son deportados, 12.000 son evacuados al campo de exterminio de Oswiesim). El ejército rojo no entrará en Varsovia hasta el 17 de enero de 1945.

De los Aliados, el levantamiento sólo ha obtenido un débil apoyo: el mariscal del Aire británico, Slesser, ha interrumpido las incursiones de pilotos polacos, sudafricanos, ingleses, de la R. A. F.; el 18 de septiembre, 104 bombarderos norteamericanos se han presentado sobre la ciudad, después de que Roosevelt pidiera el 24 de agosto y obtuviera, cuando se entrevistaba con Churchill en Quebec (conferencia «Octogone», celebrada del 13 al 16 de septiembre), el derecho para ellos a hacer escala en Rusia (10 de septiembre). Del mariscal Rokossovski, al que ha pedido ayuda el 11 de septiembre, Bor recibió la noche siguiente un lanzamiento en paracaídas de cañones antitanques y de municiones inutilizables; los días 20 y 29 de septiembre, el mariscal permanece sordo a sus últimos S. O. S. Respondiendo a Churchill, Stalin ha estimado que la insurrección, desencadenada a espaldas del mando soviético, constituye una «aventura descabellada». En su fuero interno, desea la liquidación de una empresa lanzada por el Ejército interior, cuyo éxito conduciría al establecimiento en la capital del gobierno polaco de Londres, competidor del «Comité de Liberación Nacional», bajo su bota, oficialmente constituido en Cholm, el 21 de julio. «En adelante, trataré con un solo gobierno polaco», declara sin rodeos, la noche del 3 de agosto, a Mikolajczyk, cuyo acompañante, el profesor Grabski, reacciona con violencia. Sin embargo, es preciso someterse a los dictados del Kremlin, entrevistarse el 6 con el equipo de Lublin, la Wanda Wasilevska, el general Michal Rola-Zymiceski (dejado de lado por sus compañeros de armas), Andrej Witos («domesticado» tras una larga estancia en campos de concentración), Edward Osolka-Moravski, un social-cooperador, y verse ofrecer el 7, por Bierut, la presidencia del Con-

sejo, si se le acepta como jefe del Estado. «El comunismo no está hecho para los polacos, demasiado individualistas, demasiado nacionalistas», ha dicho un día Stalin. Pero no por ello dejará Polonia de ser reducida al papel de un estado satélite. Un vago proyecto de gobierno surgido de unas elecciones libres, con escrutinio secreto y representación proporcional, que reuniría a los cuatro grupos de oposición (que han reclamado la integridad de Polonia, el 15 de agosto de 1943, y formado un Consejo de Unidad nacional, el 9 de enero de 1944) más los comunistas, entregado a los Aliados el 30 de agosto, basta para apaciguar sus escrúpulos democráticos. Mikolajczyk, Grabski y Romer (A. E.) —el general Tabor ha sido rechazado— se presentan en el Kremlin, con la soga al cuello (Miko dimitirá el 24 de noviembre). Mientras el ejército rojo incendia pueblos y deporta a millares de soldados del ejército interior (al que su jefe, el general Okulicki, se dispone a disolver), Churchill y Eden, flanqueados del embajador yanqui Harriman, que han ido a entrevistarse con Stalin del 9 al 18, oyen cómo Molotov les replica, ante la primera objeción, el 13 de octubre: «¡Todo eso quedó resuelto en Teherán!» El 27 de octubre, en los Comunes, Churchill se inclina. La víspera, Roosevelt ha hecho entregar un mensaje por Harriman: «De acuerdo con su política tradicional (¿abandonar y entregar a sus amigos?), el gobierno norteamericano no puede garantizar ninguna frontera». Así cae la cuchilla sobre Polonia.

Churchill le disputa Grecia a Stalin

Realista, Churchill extrae la lección del acontecimiento: arriando la Carta del Atlántico, se sienta ante una mesa con Stalin y empieza a trinchar los Balkanes, fijando la influencia de Rusia en un 90 % en Rumanía, 75 % en Bulgaria (entre Molotov y Eden había sido propuesto el 80), 50 % en Hungría (en vez de 80), 50 % en Yugoslavia (en vez de 60) y sólo un 10 % en Grecia, la cual, vigilando la salida de los estrechos, debe corresponder a la Gran Bretaña (9 de octubre). Golpeando el hierro mientras está caliente, Inglaterra interviene inmediatamente en Atenas con el general Scobie y sus paracaidistas, en tanto que una escuadra fondea en el Pireo. En aquel país sometido desde 1936 a la dictadura del general Metaxas, la temeraria invasión italiana que volvió a encender la guerra en los Balcanes había tenido como consecuencia restablecer una especie de unión sagrada (incluso con los grupos de oposición de 1937: liberales de Sofoulis, juventud, oficiales republicanos dirigidos desde París por el general Plastiras). Ante la proximidad de los alemanes, el rey Jorge y su gobierno huyeron a El Cairo, el 23 de abril de 1941. En septiembre, sin embargo, se organizaron *maquis* contra el ocupante, animados los unos por generales, la E. D. E. S. del general Zervas, la E. K. K. A. del coronel Psaros (en el Parnaso), el grupo del general Sraphis y, el más importante, la E. L. A. S., por unos elementos reunidos en un «Frente Popupular de Liberación», el 27 de septiembre de 1941, dominado por los comunistas. De acuerdo con la conocida táctica de estos últimos, la E. L. A. S. y su ejército popular (formado en febrero de 1942), no vacila en atacar a sus rivales, especialmente en abril de 1943. Sin embargo, los agentes del servicio inglés de acción clandestina (S. O. E. = Secret Operation Executive), lanzados en paracaídas en Grecia, utilizarán a aquellos resistentes para hacer saltar un viaducto en la línea Atenas-Salónica, el 27 de noviembre de 1942, y provocar numerosos sabotajes, la víspera del desembarco en Sicilia (10 de julio de 1943). También se mostraron dispuestos a conceder a los delegados de

la E. L. A. S., trasladados a El Cairo, la admisión de sus representantes en el seno del gobierno en el exilio y la promesa de un plebiscito al final de la guerra sobre el mantenimiento o la abolición de la monarquía.

Pero Churchill se opuso personalmente a ello. En consecuencia, la E. L. A. S. constituyó un Comité Nacional de Liberación (26 de marzo), de acuerdo con la fórmula comunista habitual, provocó, para apoyar sus reivindicaciones, un amotinamiento de marineros en los cinco buques griegos de Alejandría (4 de abril), y redobló sus golpes contra sus competidores (hasta el punto de que, habiendo muerto el general Psaros en la primavera de 1944, sus hombres se unieron a los batallones de seguridad, encargados de la lucha contra los partisanos). En junio de 1944, en el curso de una conferencia celebrada en Beiruth, bajo la presión del coronel ruso Popov, se decidió la formación de un gobierno de coalición, para reemplazar al gabinete conservador Tsoudhos. Se constituyó, bajo la presidencia de Papandreu, en septiembre, con la participación de cinco «populares». Reconciliados en apariencia, los movimientos de resistencia encuadran a unos 15.000 partisanos, que esta vez rivalizan en ardor para hostigar a los alemanes en retirada. Pero, desaparecidos los alemanes, la E. L. A. S., al contrario de la E. D. E. S., se niega a dejarse desarmar. De ahí la intervención británica (que admite la colaboración de las milicias del coronel Rallis y de los nacionalistas de la Alianza Nacional, E. E. E., fundada en 1933), y la instalación de una Regencia con el arzobispo Damaskinos, para evitar un *putsch* comunista. La guerra civil, por otra parte, no había hecho más que quedar aplazada. Ante la proximidad del ejército de Tolbukhin, el 3 de diciembre («domingo sangriento»), se encendió de nuevo y duró treinta y tres días. La presencia de Churchill, llegado en persona por Navidad, evitó la voladura del Hotel de la Gran Bretaña, a la vez Cuartel General y sede del gobierno Papandreu. El 6 de enero de 1945, la E. L. A. S. se retiró y, el 13, aceptó el alto el fuego. Pero Jorge II había tenido que aceptar que el Regente Damaskinos encargase al general Plastiras, republicano, la tarea de formar gobierno, con lo que se había establecido simplemente una tregua. Al menos, la obstinación de Churchill había salvado a Grecia de la bolchevización.

Los rusos, dueños de Rumanía y de Bulgaria

En efecto, en todos los países en los cuales penetraba el ejército rojo la bolchevización era un hecho. Principal aliada de la Alemania hitleriana, Rumanía fue la primera víctima. Esperando para actuar, como Víctor Manuel, a que el enemigo alcanzara sus fronteras, el rey Miguel I, sucesor de Carol, apartado el 30 de agosto de 1940 por el ejército, hizo detener al «Conducator», general Jon Antonescu, en el Palacio, el 23 de agosto de 1944 (será ejecutado más tarde en la prisión de Jilava). Aquel día, precisamente, los mariscales Malinovski y Tolbukhin, que habían iniciado la ofensiva el 20 y establecido contacto en el Pruth, el 25, convergían hacia Galatz en la desembocadura del Danubio y cortaban la retirada a 16 divisiones alemanas (el VI ejército reconstituido, evidentemente perseguida por la desgracia, y una parte del VIII). Muy quebrantado, después de haber dejado 377.000 prisioneros en manos de los soviéticos, reducido a unos 385.000 hombres, el ejército rumano, impotente para contener al invasor, abandonó Ploesti y sus campos petrolíferos el 29, el puerto de Constanza el 30 y Bucarest el 31. Lo

mismo que Victor Manuel, también, Miguel I intentó cambiar de chaqueta, restableció la Constitución y ofreció a los Aliados el apoyo de 15 divisiones (una parte de las cuales se negó a obedecer). Con anterioridad, los antiguos políticos Maniu y Bratiano en Lisboa y Estocolmo en enero de 1943; Michel Antonescu, vicepresidente del Consejo, y el embajador Bova-Scoppa con Ciano; el príncipe Stirbey en Ankara y en El Cairo en marzo de 1944, y el nuevo presidente del Consejo, general Radescu (46), habían intentado sucesivamente establecer contacto con los anglosajones, pero éstos, respetando las zonas de influencia otorgadas a Moscú, les habían remitido amablemente a los rusos. Y, los rusos, eran Vichinsky, llegado el 27 de febrero, instalado en la villa Lupescu con sus secuaces: la judía Ana Pauker (Robinson), el fanático secretario del Partido Gheorghiu Dej (llegados el 7 de enero de 1945), el comandante de la «Brigada de la Libertad», Vasile Luca, el agente secreto Bodnaras, abogado de Bucovina, los clandestinos Patrascanu y Theoari Gheorghescu, animadores de los 100.000 milicianos rojos de la «Apararea Patriotica». Una manifestación, el 24 de febrero, que se transformó en motín y terminó en un tiroteo, permitió a los marxistas reclamar el desarme de las tropas, y mientras el general Vinogradov se aseguraba el control de la prensa y de la radio, Vychinsky presionaba al rey para que «dimitiera» a Radescu, el 28 de febrero. Pero, dado que en Rumania, dejando aparte a los judíos, los comunistas podían contarse con los dedos (el P. C. contaba un millar de afiliados en 1939), se decidió constituir con elementos antifascistas, socialdemócratas y campesinos, un «Frente nacional democrático», y se confió el gobierno al simpatizante Petru Grozea (del «Frente de los labradores»), recién salido de la cárcel, con los camaradas Gheorghescu en el Interior, Petrascanu en la Justicia, Gheorghiu en la Educación... y el alma en pena de Tatarescu en los Asuntos Exteriores (2-6 de marzo de 1945). Encargados de formar otro gabinete fantoche, el 4 de febrero de 1946, el campesino Hatsieganu y el liberal Romui Ceanu, viendo sus grupos reducidos respectivamente a 32 y tres diputados (sobre un total de 461) a raíz de unas elecciones perfectamente orquestadas, el 18 de noviembre, se retiraron el 21 (mientras que el sobrino de Bratiano, Cintila, era enviado a la muerte). El armisticio, concluido el 12 de septiembre de 1944, desposeyó de la Besarabia y del norte de la Bukovina a los rumanos, a los cuales les fue devuelta la Transilvania, como compensación.

Aquel mismo 12 de septiembre, el ejército rojo hace su entrada en Sofia. El joven Simeón II, rodeado de un Consejo de Regencia, ha sucedido en el trono de Bulgaria a Boris III (aliado de Alemania el 1 de marzo de 1941, muerto el 28 de agosto de 1943, a raíz de una entrevista con Hitler). Agentes tradicionales del paneslavismo en los Balcanes, los búlgaros, si bien han declarado la guerra a los anglosajones, han exceptuado de ella a la U. R. S. S. El día de la derrota nazi creen que eso les será tenido en cuenta, y aunque los emisarios del gobierno Bagrianeff hayan sido expulsados de El Cairo, consideran posible un arreglo con los soviéticos. Cambiando de chaqueta también él, el agrario Muravieff, llamado el 2 de septiembre a la presidencia del Consejo, declara la guerra a Alemania, pero la U. R. S. S. se la declara a su

(46) Radescu reemplazó al general Satanescu, cuyo gabinete, formado el 23 de agosto con los jefes campesino Maniu, liberal Bratiano, socialista Petrescu y comunista Patrascanu, había sido reestructurado en noviembre con cuatro campesinos, tres liberales, tres socialistas y un comunista.

vez el 5 de septiembre y, sin encontrar resistencia, del 6 al 9 de septiembre, el ejército rojo penetra en el país. Constituyendo, como en todas partes, un «Frente patriótico», lo pone a paso sin más tardar. Mientras unos «Tribunales del pueblo» inmolan a varios millares de enemigos de clase, el 2 de febrero de 1945 tres Regentes, 17 ministros, ocho consejeros y 66 diputados son enviados al pelotón de ejecución, y se pronuncian 1.920 condenas a veinte años de prisión. Se forma un gobierno títere con el coronel Kimon Georgieff, de la sociedad secreta «Zweno», comunista, en el Interior, Anton Jugof, Mintscho Neitscheff, Zola Dragatschewa (la «Pasionaria» búlgara), el coronel conspirador Daman Weltscheff y un «rehén» campesino, Nikolo Patkoff. El dominio soviético sobre el país es, pues, inmediato. Habiéndose abstenido la oposición en las elecciones del 18 de noviembre de 1945, el gobierno ha obtenido el 86 % de los votos. Tras lo cual, Vichinsky, llegado el 9 de enero de 1946 a Sofia, impone el 29 de marzo un gabinete Gheorghieff homogéneo y nuevas elecciones, el 27 de octubre, que (con la «ayuda» del asesinato de 29 agrarios) llevan al «Sobranié» a 277 comunistas y a 87 representantes del «Frente patriótico», contra 101 de la oposición, lo que permite a George Dimitrov instalarse en el poder.

Apoyo total británico al revolucionario Tito, con preferencia a los militares serbios

Aunque Tito, negociando, del 6 al 18 de septiembre, a cambio del reconocimiento de su Comité de Liberación nacional, la penetración rusa en su país, haya volado hacia Moscú, sin advertir a los Aliados, el 21 de septiembre, para concertar la entrada de una división blindada soviética en Belgrado el 19 de octubre (otras tropas entrarán en Nitch el 15), el caso de Yugoslavia, liberada por sus partisanos, es realmente particular y plantea un doble enigma. El enigma Tito, en primer lugar. Este sobrenombre, ¿oculta simplemente la personalidad del croata Josip Broz, o, como sugieren algunos, la del judío Josip Walter Weiss, el cual, durante la guerra de España, habría usurpado la identidad de Broz, muerto en las brigadas internacionales? (Tito, suboficial austríaco, había ingresado en el ejército rojo en 1917). Y un segundo enigma, el del *titismo*, a continuación. ¿Cómo explicar «la amplitud sin equivalente» de la ayuda recibida por ese secretario general del P. C. croata (encargado por Dimitrov en 1937 de reorganizar el partido yugoslavo —apoyado por unos 300.000 sindicalistas entre 1918 y 1920—), sostenido en su acción, menos por Stalin que por los anglosajones, y menos aún por los norteamericanos (aunque su colaborador y amigo Moses Pijade mantuviera contacto con Bernard Baruch) que por los británicos? Se conocen, desde luego, las tendencias progresistas del S. O. E., que hemos visto ya actuando en Grecia; pero, ¿por qué Churchill hace inclinar la balanza en favor de Tito en Yugoslavia? ¿De qué potencia secreta, aparte del apoyo financiero de los hermanos Lazard, ha recibido Josip Broz, o Weiss, su misión de paladín del comunismo a gusto de los banqueros, susceptible llegado el caso de ser enfrentado a Stalin, demasiado imbuido de su poder y demasiado indócil?

Bajo el choque de la invasión alemana, Yugoslavia se había desintegrado. Oprimidos hasta entonces por los serbios, los croatas se habían liberado. En octubre de 1918, su Dieta o «Sabor» había manifestado su hostilidad a la anexión. Aplazadas durante seis años, las elecciones habían fortalecido la

posición del partido campesino croata, cuyo jefe, el republicano Stepan Raditch (perseguido a raíz del asesinato del ministro del Interior, Milorad Drakovitch, por un comunista en 1925), presionado por Francia, había aceptado una cartera en el gobierno y la vuelta de su grupo al Parlamento («Skouptchina»). Las balas de un diputado, Punitsa Ratchictch, de las que fue víctima el 20 de julio de 1928, pusieron término a aquella breve colaboración y provocaron la retirada de sus amigos de la Asamblea. Desprovistos de representación oficial hasta las elecciones de 1935, que consagraron el éxito del partido popular croata y de su jefe, el doctor Wladimir Matchek, los activistas croatas, dirigidos por el diputado Ante Pavelitch, fundaron en la clandestinidad el grupo de la «Ustacha» (la revuelta) y una guardia cívica secreta. Obligado a refugiarse en Alemania y en Austria el 1929, y en Italia en 1930, su jefe, aliado de la asociación terrorista macedonia O. R. I. M., provocó el atentado en el que perecieron en Marsella, el 9 de octubre de 1934, el rey Alejandro y Louis Barthou.

Estalla la guerra y, en Obersalzberg, el 18 de noviembre, Ciano, que ya había jugado contra Matchek, poco dócil, la carta de los Ustachis, tiene que reconocer la preponderancia de Alemania sobre Yugoslavia, donde el doctor Edmund Veesenmayer establece contacto primeramente con el «mariscal» Eugen Kvaternik, cuya madre era de origen judío, por vía paterna. Sin embargo, a raíz de la derrota serbia, Pavelitch, que ha regresado con 400 de sus amigos, se instala en Zagreb y obtiene de Hitler, el 6 de mayo, la creación de una «Gran Croacia», a la cual debe renunciar rápidamente, ya que Italia exige para ella la Eslovenia y la Istria, la ocupación de la costa dálmata y el advenimiento al trono de aquel país de un príncipe italiano, Aimone de Spolete, y se acuerda restituir a Hungría el triángulo Drave-Danubio, al mismo tiempo que a Bulgaria la Macedonia serbia (protocolos de Roma, 13 de junio de 1941). Proclamado «Poglavnik», Ante Palevitch hace desarmar las milicias del partido campesino por su policía (a las órdenes de Kvaternik junior) y, con el apoyo del arzobispo Stepinac, hace la vida imposible a los judíos y a los serbios, no sin que su mentor, el general austríaco Glaise von Horstenau, se esfuerce en moderar los excesos de sus Ustachis.

En Belgrado, bajo la ocupación (donde Tito vive al principio, tranquilamente, como ingeniero), el coronel, a no tardar general Milan Neditch, ex ministro de la Guerra, ejerce un poder precario y sólo dispone para imponer su autoridad de la Milicia, análoga a la Guardia de Hierro rumana, del movimiento nacional «Zbor» de Dimitri Lietich (alrededor de 3.000 estudiantes) y de batallones de «Domobranen», de territoriales poco seguros. Comandante del teatro de operaciones del Sur-Este, el mariscal List, cuyo Cuartel General está en Salónica, con unos efectivos reducidos por las necesidades de la guerra contra Rusia (22 de junio), se esfuerza sobre todo en proteger sus líneas de comunicaciones esenciales, y no siempre lo consigue (en la noche del 23 al 24 de junio, un sabotaje provoca un descarrilamiento en la línea Zagreb-Belgrado). En las regiones montañosas y boscosas del oeste del país, débilmente vigiladas, se organizan *maquis*. Unos por iniciativa del coronel Draga Mihailovitch (nombrado general y ministro de la Guerra por el rey Pedro II, refugiado en Londres, y luego en El Cairo con el general Simovitch) y de las sociedades secretas militares serbias, los «tchetniks» (al estilo de los «haiduks» de la resistencia contra los turcos), engrosados con eslovenos, im-

prudentemente expulsados por los alemanes, que esencialmente combaten contra el ocupante. Los otros, bajo la autoridad del P. C., transformado por su secretario general, Tito, después del llamamiento del 17 de junio de 1941, en Cuartel General de partisanos, que prepara ante todo lo insurrección revolucionaria, dirigiendo sus atentados (en agosto se cuentan ya 242) contra «la policía y las administraciones municipales», y, al mismo tiempo, «los puestos enemigos en los pueblos». Tito se instala en un establecimiento bancario de Uzice (al este de Bosnia), donde dispone de una fábrica que produce 400 fusiles por día (47). Habiendo establecido Mihailovitch contacto con Malta en septiembre, el capitán inglés Hudson trata de acercar a los dos grupos, llevando a Tito, al teniente coronel Pavlovitch y al consejero Dragisa Vasitch, al Cuartel General tchetnik de Brajice (Raina Gora), colaboración sin futuro, puesto que en noviembre los partisanos atacan a los tchetniks, reducidos a negociar unas armas italianas y a establecer contacto con los elementos de Neditch.

Entonces, las tropas del Eje desencadenan sucesivamente siete ofensivas de represión. Llevada a cabo por 60.000 alemanes, la primera desaloja de Uzice, previamente bombardeada, en septiembre, a Tito, que se refugia en el monte Zlatibor; el 21 de octubre, un poco más al este, en Kragoujevac, sobre el Morava, 7.000 serbios son fusilados; en el ataque de Krajelvo, también sobre el Morava, al sur, los partisanos abandonan a los tchetniks, que pierden 4.000 hombres; el 2 de noviembre, unos y otros se lían a tiros. De todos modos, Tito reorganiza sus fuerzas, alrededor de 80.000 hombres, a finales de año, y crea la I brigada proletaria de choque. La segunda ofensiva (15 de enero-15 de febrero de 1942), lanzada sobre el límite de Bosnia y de Herzegovina, se señala por el asalto al nuevo puesto de mando de Foca, en el Drina, por los Ustachis, y la conquista del monte Romanis por los alpinos alemanes. La tercera tiene como objetivo encerrar a los partisanos en Montenegro y en Herzegovina, pero, escurriéndose por el sector de enlace entre alemanes e italianos, logran escapar hacia la Bosnia occidental (a las órdenes del general Ambrosio, y luego del general Roatta, el II ejército italiano, que cuenta con 60.000 hombres, reforzado únicamente por cuatro divisiones alemanas de reserva, ha dejado libre un pasillo de 80 a 100 quilómetros de anchura). Del 18 de enero al 16 de febrero de 1943, una nueva ofensiva (Weiss I), con el apoyo de la división S. S. Prinz Eugen, no obtiene mejores resultados: expulsados del Cuartel General de Bihac (sobre el Una, en la Bosnia del noroeste), las brigadas proletarias I, II y III toman Iono e Imotski, rechazan a los italianos en el Neretva y en Herzegovina y ocupan Prozor. La operación (Weiss II), reanudada del 25 de febrero al 18 de marzo, alcanza la línea Seroki-Pijej (al oeste de Mostar), y Jablonica, pero se detiene en el Neretva (límite de la zona italiana), de modo que las tres brigadas se abren paso hacia el norte de Montenegro. En la ofensiva siguiente, la quinta y la más importantes («Schwartz»), participan 120.000 hombres (alemanes, italianos, búlgaros y ustachis) (48) del 15 de mayo al mes de agosto de 1943: oponien-

(47) Entre sus favoritas Zdenka y Olga, impera allí, rodeado de su estado mayor: el montenegrino Arso Jovanovitch, el teórico esloveno Edo Kardelj, el judío Moshe Pijade, el joven montenegrino Milovan Djilas, el conspirador Alex. Markovitch y su lugarteniente Kotcha Popovitch.

(48) Los croatas han formado al principio, a las órdenes del general Fedor Dragoilov y bajo la autoridad del general alemán Lueters, tres y luego cinco divisiones de Ustachis, más tres de «Legión» y cuatro brigadas de montaña (64.000 hombres, a finales de 1943,

do una fuerte resistencia alrededor de Podgorica (al sur de Montenegro), los partisanos ejercen una intensa presión al oeste de Sarajevo y rompen la línea enemiga cerca de Kalinovk, avanzando hacia el norte, aunque han perdido la mitad de sus efectivos y abandonado 5.000 heridos, refugiándose en Bosnia. El hundimiento italiano (8 de septiembre) les salva al despejar la costa (el general Roatta había establecido ya contactos con Tito, y sus tropas habían vendido armas a los tchetniks). De ocho divisiones italianas, dos se vuelven contra los alemanes y las otras abandonan su material: una ganga para Tito, que puede equipar a 80.000 hombres y aumentar sus efectivos de 150.000 a 200.000.

Presidente del «praesidium» del Consejo antifascista de Liberación nacional (A. V. N. O. J.), en Bihac, en noviembre de 1942, es nombrado presidente del Comité nacional y «mariscal», a raíz de otra conferencia, en Jajce (en la Bosnia central). Aquella reunión, presidida por el doctor Ivan Ribar, prohibe el regreso del rey y bloquea las reservas de oro yugoslavas en el extranjero (29 de noviembre de 1943). Tito se ha convertido en una potencia. No por el favor de Stalin, que en 1941-42 le ha aconsejado la prudencia, e incluso el entendimiento con Mihailovitch (muy reticente con Eden en Moscú, el 23 de octubre, y también en Teherán, el 28 de noviembre de 1943, el zar rojo sólo aceptará un acuerdo con Tito a condición de mantener el establecido con los tchetniks), que ha pretextado sus propias necesidades para no concederle ningún suministro militar, que se ha limitado a instalar en Tiflis, en 1942, una emisora de gran potencia para Yugoslavia, y que ha esperado a febrero de 1944 para enviar a Tito los dos generales Kornieyev y Gorskov. Ni por el favor de los norteamericanos: dispuestos a enviar una misión en febrero y armas a finales de marzo de 1943 a Mihailovitch, el general Donovan tropezará con la negativa de Londres, que tolerará no obstante que les releve, enviando al coronel Mac Powell (profesor en Boston), cerca del jefe tchetnik, durante el verano de 1943. Sino por la voluntad de los británicos, que le han designado, desde El Cairo primero, a raíz de la quinta campaña, a Bill Deakin (profesor en Oxford), y luego al extraño brigadier Fitzroy Mac Lean en la primavera de 1943, que ha provocado durante el verano la ruptura con Mihailovitch y, para terminar, a instancias de Ralph Stevenson (embajador cerca del gobierno emigrado de Pedro II), que vaticina que «los partisanos serán los dueños de Yugoslavia» (25 de diciembre de 1943), al propio hijo de Churchill, Randolph, lanzado en paracaídas en el país.

En ninguna parte la ayuda inglesa (interrumpida a finales de diciembre a Mihailovitch, después del discurso en la Cámara de los Comunes del 22 de febrero de 1944, será reservada exclusivamente a Tito) ha sido tan eficaz: base establecida en la isla de Vis (Lissa) a lo largo de la costa dálmata, dotada de un aeródromo, de un hospital y de una flotilla de 27 buques; facilidades para la utilización de otra base en Bari, y para el entrenamiento de los pilotos y de los oficiales en Egipto; lanzamiento en paracaídas en 1944 de 100.000 fusiles, 50.000 metralletas y 1.380 morteros (arma muy valiosa, que le será negada a la Resistencia francesa); apoyo constante de la aviación

114.000 a finales de 1944), y hasta 17 divisiones (200.000 hombres), en el verano de 1945. Los «Domobranen» contaban con 38.000 hombres. Los Tchetniks habían cometido el crimen de asesinar a 70.000 musulmanes del «sandjak», amigos de los Ustachis: los alemanes se aprovecharon de ello para reclutar la división Waffen S. S. musulmana, «Hanschar», mandada por oficiales austríacos.

aliada, especialmente en mayo y septiembre de 1944. Nada se ha escatimado para respaldar a Tito. El gobierno yugoslavo de El Cairo es sacrificado a esa política, como lo ha sido el gobierno polaco en Londres. Churchill, que ha provocado un encuentro en la isla Lbitch (Vis) entre Tito y Choubachitch, un liberal de la Voivodina, a fin de formular las bases de un gabinete de coalición, en el cual entrarían dos titistas, obliga a Pedro II (que ha desautorizado a aquel negociador poco seguro y ha intentado inútilmente escapar de El Cairo en avión para dirigirse a su país) a nombrar presidente del Consejo a aquel «conciliador», que se apresura a reconocer las instituciones revolucionarias (16 de junio y 8 de agosto de 1944), a relevar a Mihailovitch de su mando (25 de agosto, a raíz de una entrevista en Nápoles entre Churchill y Tito, que se ha opuesto al regreso del rey), y a invitar a los tchetniks a colocarse a las órdenes de Tito (12 de septiembre), en espera de que un Consejo de Regencia confiera oficialmente a este último la presidencia del Consejo, el 3 de marzo de 1945, con un gabinete que cuenta, sobre un total de 28 miembros, con 23 comunistas declarados.

A pesar de sus exacciones y sus matanzas

El gobierno comunista instaurado así por la City no es más democrático que su modelo soviético. De los futuros satélites es incluso, de buenas a primeras, el más dictatorial. Habiendo eliminado militarmente toda resistencia, Tito no necesita ya recurrir a las parodias de Frente nacional, patriótico, antifascista o popular, ni a aquellas fórmulas de coalición, clásico «caballo de Troya» para la conquista del poder. Es indiscutiblemente el amo y reina por medio del terror. La operación «Kugelblitz» (la sexta contra los partisanos) no ha logrado devolver a los alemanes, tras la capitulación italiana, el control de la zona costera, y la operación «Rösselsprung», desencadenada el 25 de mayo, si bien ha expulsado, una vez más, a Tito de su Cuartel General en Drvar, no le ha impedido reconstituir sus fuerzas, entonces en plena progresión: 50 divisiones y 16 brigadas «autónomas» (500.000 hombres en marzo de 1944). Obligado a retirarse, después de la capitulación de Rumanía y de Bulgaria, el ejército alemán de los Balcanes (350.000 hombres y 35.000 heridos) es conducido en cuatro meses, sucesivamente, por el mariscal von Weichs (hasta el 25 de marzo de 1945), y a continuación por el general Löhr, después de haber evacuado las islas de Rodas, de Kos, de Creta, etc., primero sobre la línea septentrional de Albania (donde, en septiembre de 1942, se había formado otro Comité de Liberación comunista, en torno al jefe del P. C. Enver Hoscha), Skolpje, las Puertas de Hierro, luego por el itinerario Mitrovitsa, Kraljevo, Visegrad y Sarajevo (después del 10 de octubre), sobre la posición fortificada Marbourg-Trieste (línea «Zvonimir» y la «Sudostwall»), frente germano-húngaro. El 12 de abril cae Viena y los yugoslavos franquean el Drave. Entonces empieza una matanza, digna de los Amalecitas: la de 400.000 croatas que, después de haber capitulado en la noche del 8 al 9 de mayo, han sido desarmados por los británicos en Bleiburg el 14 y entregados por ellos a los verdugos de Tito, para ser fusilados en Maribor, Kocevlje (SE. de Liubliana en Eslovenia: 130.000), o alcanzados en Croacia y asesinados de un balazo en la nuca, ahogados en cisternas, arrojados a precipios, o arrastrados a unas agotadoras marchas de 500 a 1.000 quilómetros a través de la Voivodina. En total, de 200.000 a 300.000 víctimas que añadir a las pérdidas humanas en la guerrilla (balance oficial: 1.700.000 víctimas; 800.000 viviendas.

el 90 % de las vías férreas destruidas, las dos terceras partes del ganado sacrificadas). Por su parte, de 200.000 a 240.000 alemanes (de los 400.000 del ejército de Kesselring retirado de Italia y los 350.000 del ejército de los Balcanes) caen en manos de los partisanos, que les obligan a realizar unas marchas agotadoras, les matan al menor pretexto o incluso les fusilan sistemáticamente (como en Brezice, 1.800 S. S. de la división «Prinz Eugen», el 18 de mayo de 1945), de modo que mueren cerca de 80.000. Las comunidades civiles alemanas, establecidas en el país, no reciben mejor trato: de un total de 500.000 en 1931, 200.000 han permanecido en la Battschka y el Baranja (de donde ha huido la mitad de la población) y serán deportados a la cuenca del Donetz, desde el 25 de diciembre de 1944 a principios de enero de 1945. Por iniciativa del A. V. N. O. J. del 19 de enero de 1946, los de Eslovenia serán expulsados antes del verano de 1946, lo mismo que los de Eslavonia lo han sido hacia Austria el 10 de julio de 1945. De los 63.000 alemanes que figuran todavía en el censo el 31 de marzo de 1953, 53.000 abandonarán el país hasta finales de 1960. Eran los elementos más activos; desde luego, la producción se resiente de su marcha. Pero, ¿qué importan la miseria y la ruina cuando se trata de hacer prevalecer el marxismo?

La orgullosa Hungría, sometida al yugo de Moscú y de los judíos emigrados

Aunque sometida bajo la Regencia del almirante Horthy, después de la crisis económica de 1930, al gobierno «fascista» del mariscal Gömbös (1932-1936), reemplazado por Bela Imredy; aunque varios grupos nacionalsocialistas, alemanes o magiares (bajo el signo del pájaro «Turul»), vieran la luz en ella; aunque el partido nazi del mayor Ferenc Szalassi obtuviera 43 escaños en las elecciones de mayo de 1939; aunque obtuviera la restitución de de una parte de la Transylvania, del Banato, del sur de Eslovaquia y de la Rusia subcarpática, a favor de los arreglos balcánicos de marzo-abril de 1941, Hungría se mostró el más independiente de los aliados de Alemania. Hasta el punto de que su presidente del Consejo, conde Teleki, intentó oponerse al paso de las tropas del Reich encargadas de meter en cintura a Yugoslavia. Pero se suicidó, y su sucesor Bardossy consintió en participar, en una medida bastante reducida, en la guerra contra Rusia, hasta el momento en que Horthy, deseoso de aflojar sus lazos con el Reich, le sustituyó el 10 de marzo de 1942 por el príncipe Kalay. Este se vio amenazado con la destitución por su resistencia a las exigencias de Hitler con respecto a sus vasallos, en la conferencia de Kleisheim (del 16 al 18 de abril de 1942), pero el Regente le apoyó. Confiando muy poco en la victoria alemana, a raíz de la derrota sufrida por los húngaros en Voronej, a finales de 1942, Kalay, practicando un doble juego, trató de establecer contacto con los anglosajones, en Estambul, en enero de 1943, y recibió unos agentes norteamericanos lanzados en paracaídas el 16 de marzo de 1944, después de que, a finales de febrero, Horthy reclamase la retirada de las tropas húngaras del frente del Este. El Regente fue convocado a Berchtesgaden el 17 y, habiéndose negado a inclinarse, el ejército alemán ocupó el país en la noche del 18 al 19 de marzo y, apoyado por la mayor parte de las tropas magiares (que conservaban muy vivo el recuerdo de las exacciones de Bela Kun) y por el gobierno del general Sztojay, formado el 23 de marzo, con la colaboración de los partidos de Renovación y del P. N. S., sin la participación de Szalassy, se esforzó en contener la presión

soviética en los Cárpatos. Cuando el gabinete del general Lakatos Geza, constituido el 29 de agosto, reanudó las conversaciones el 9 de septiembre y delegó el 22 al general Naday a Nápoles, donde el general Maitland Wilson le remitió a los rusos, y cuando negoció, del 11 al 15 de octubre, un armisticio en Moscú, los nazis de Szalassy lo derrocaron, en tanto que los alemanes de Skorzeny raptaban al Regente, le deportaban a Baviera y le sustituían por Szalassy, con Imredy y Bardossy. Entretanto, habiéndose apoderado los rusos de Debreczen, el general en Jefe húngaro Bela Miklos se disponía a formar en aquella ciudad, del 9 al 19 de octubre, un gobierno «democrático». En medio de aquella confusión, el ejército alemán del sur, mandado por el general Friessner, luchaba contra los grupos de ejércitos rojos de Petrov, Malinovski y Tolbukhin, hasta que, hundidas las posiciones del lago Balatón el 19 de diciembre, y rodeada Budapest el 23, los soviéticos penetran el 13 de febrero en la capital magiar, en donde recogen 127.000 prisioneros, ejecutan a los oponentes por millares y les internan por decenas de millar, en espera de ahorcar a los tres jefes «fascistas» en enero de 1946.

En aquel país, que no contaba con más de 3.000 comunistas en el momento de la derrota, dos equipos «populares» pretenden acceder al poder. Intitulado «Frente nacional democrático» (del que ha surgido un «Consejo nacional de la Resistencia»), el primero, formado en Szegedin el 5 de diciembre de 1944 por el poeta judío Jossef Revai, incluye a socialdemócratas, nacionales-campesinos y pequeños propietarios. El segundo, el del general Miklos, aceptado por los rusos en Debreczen, el 21 de diciembre, cuenta, sobre 12 ministros, con tres comunistas: Ferencz Erdei en el Interior, Imre Nagy (49) en la Agricultura y Peter Gabor en el Comercio (este último se dispone a dirigir la policía política o A. V. H., encuadrada por 22 comunistas preparados en Moscú). Unas elecciones, decididas en febrero de 1945, tendrán lugar en noviembre: darán el 60 % de los sufragios a los «pequeños propietarios», cuyo jefe, el pastor calvinista Zoltan Tildy, se convertira en presidente del Consejo, y su segundo, Ferenc Nagy, en ministro; los socialdemócratas reúnen el 17 % de los votos, y su caudillo, el ex carpintero Arpad Szakasik, será vicepresidente del Consejo, siendo el segundo Mathyas Rakosi, judío, representante de los comunistas que, gracias al apoyo de sus correligionarios, han obtenido un poco más del 17 % de los sufragios, o sea, 750.000. Aquel gobierno está dominado por una pandilla compuesta por ex compañeros de Bela Kun, judíos emigrados, revolucionarios profesionales, que han entrado en el país con las tropas soviéticas: Rakosi, salido de la Escuela de Comercio, en Rusia hasta 1917, escapado de la Comuna de Budapest en 1919, liberado tras dieciséis años de encarcelamiento por el pacto germano-soviético en 1940; Ernö Gerö, con la misma carrera, pero salido de la prisión (¿por qué milagro?) para alistarse en las brigadas internacionales (fanático de tez verdosa); Milahy Farkas, tipógrafo, ex combatiente en España, secretario general adjunto del P. C., ahora general de opereta. Aquellos agentes de la Internacional, que no soportan a los dirigentes locales de la Resistencia, tales como Lazlo Rjak (estudiante detenido en 1932, marxista convencido, combatiente también en España, evadido de Francia en 1941, secretario clandestino del P. C. en Budapest, internado en Alemania), se esfuerzan, en espera de la colectivización, en crearse una clien-

(49) Metalúrgico, prisionero, incorporado al ejército rojo en 1917; encarcelado durante dos años; comunista agrario; dirigente de Kolkhozes en Siberia, traído por Rakosi, amigo suyo desde 1940.

tela repartiendo los grandes dominios, el 40 % de las tierras, entre 700.000 jornaleros (hay tres millones de candidatos) en la primavera de 1945, pero se apoderan de las fábricas para confiar su gestión al Estado. Es sabido a qué insurrección sangrienta condujeron al país, el 23 de octubre de 1956.

* * *

Preponderancia nipona en el Pacífico, tan rápida como precaria

En el otro extremo del mundo, el Japón, explotando la ventaja inicial adquirida en Pearl Harbour, no ha tardado en imponer su preponderancia en el Pacífico.

Para ello, dispone de una potente marina de guerra: 11 acorazados, 11 portaaviones, 18 cruceros pesados, 16 ligeros, 110 torpederos y 64 submarinos (1.270.000 toneladas), protegiendo a una flota mercante relativamente reducida (seis millones de toneladas, en comparación con los 21 de la Gran Bretaña y los nueve de los Estados Unidos), pero muy moderna y permitiendo una rápida rotación. Cubriendo a esos buques en el cielo, la aeronaval cuenta con 1.685 aparatos (600 de ellos en picado). Por su parte, la aviación militar alinea alrededor de 3.000 aparatos; se ha constituido una reserva de gasolina de 43 millones de barriles. En cuanto al ejército, que al principio cuenta con 1.700.000 hombres, no tardará en alcanzar los tres millones. El grueso —128 divisiones de tipo antiguo (1.930.000 hombres)— está retenido en China y en Manchuria, de modo que en las operaciones del Pacífico sólo participan 26 divisiones (alrededor de 400.000 hombres).

Las operaciones son conducidas con vigor. A la vez hacia el Este, donde Wake —en dirección a las Hawai—, bombardeada el 8 de diciembre de 1941, se rinde el 14, y en las Marianas, donde Guam es ocupada sin resistencia el 22, antes de que sea instalada una base en pleno centro del océano, en la albufera de Truk, en las Carolinas. Hacia el Sur, donde los japoneses entran en Hong-Kong del 8 al 9 de diciembre y penetran en Malasia, evacuada por los británicos a finales de mes. Orientadas sus defensas únicamente hacia el mar (el acorazado «Prince of Wales» es hundido el 10 de diciembre, como lo será el crucero de combate «Repulse»), la base de Singapur, a pesar de una guarnición de 90.000 hombres (dos divisiones británicas y cuatro coloniales) y de 150 aviones, cede el 15 de febrero de 1942 ante el asalto de cuatro divisiones niponas desembarcadas en la noche del 8 al 9 de febrero en la península malaya. Dos divisiones japonesas, puestas en tierra en la bahía de Lingayen el 21 de diciembre de 1941, así como una tercera sobre el litoral este, han invadido Luzón, en las Filipinas. El 1 de enero de 1942 se encuentran delante de Manila, donde penetran antes de reducir a las últimas tropas de Mac Arthur, que resisten hasta el 9 de abril de 1942 al este de la península de Batán y hasta el 6 de mayo en la antigua fortaleza de Corregidor. La isla meridional de Mindanao (donde es establecida una base en Davao, al sudeste), la cara occidental (británica) de Borneo (Brunei, Sarawak), han sido ocupadas a mediados de diciembre; la zona oriental (holandesa) en enero, así como las Célebes, Macassar y las Molucas, a mediados del mismo mes. Luego, las grandes islas neerlandesas, Sumatra (febrero), Java, donde las fuerzas desembarcadas al oeste y al este, el 1 de marzo, convergen

hacia Bandoeng, que capitula el 7, Bali, y en el extremo oriental de las islas de la Sonda, la posesión portuguesa de Timor, desde donde el aeródromo de Koepang (al SO de la isla) amenaza a Port-Darwin en Australia, del mismo modo que las bases de Rabaul, establecida el 22 de enero en Nueva-Bretaña, de Tulagi (Florida) y de Guadalcanal en las Salomón, amenazan a Port-Moresby, al sur de Nueva Guinea, cuyo litoral septentrional ocupan los japoneses. Unica barrera a la expansión nipona, Australia se asusta y reclama a sus unidades que combaten en Africa, a raíz de una entrevista celebrada en Sidney, el 3 de abril de 1942, entre el primer ministro laborista Curtiss y los británicos. Hacia el Oeste, finalmente, los japoneses han penetrado en Birmania el 16 de enero, tomando Rangún el 7 de marzo y Mandalay el 2 de mayo, en el alto Irrauadi. Por un instante, el 2 de abril, han dirigido incluso una escuadra sobre Ceilán y otra sobre Calcuta. ¿Van a suscitar la revuelta de las Indias y actuar contra Suez, tendiendo la mano a las fuerzas del Eje? No, renuncian a ello para continuar, en su exclusivo beneficio, con las conquistas fáciles que les procuran en abundancia las materias primas que necesitan: petróleo, caucho, estaño, cáñamo. Pero, extendidas sobre 4.800 quilómetros de rutas marítimas, aquellas conquistas resultan particularmente vulnerables.

Reconstituidas, la flota y sobre todo la aviación norteamericana dominan el océano

Cuando la marina norteamericana reconstituida disputa a sus adversarios el dominio del mar, al general Mac Arthur le bastarán cuatro divisiones de «marines» y seis divisiones australianas para iniciar la reconquista, tanto más fácilmente por cuanto la producción de aviones de los Estados Unidos (240.000 en tres años y medio de guerra) supera netamente la del Japón (65.000). En el mar del Coral (del 3 al 8 de mayo de 1942), dos portaaviones yanquis (150 aparatos), ocho cruceros y 11 destructores se oponen a un desembarco nipón en torno a Port-Moresby, en la costa sur de Nueva Guinea. El desembarco fracasa. En el Pacífico norte (al noroeste de las Hawai), del 3 al 5 de junio de 1942, defendiendo el acceso de Midway contra la proximidad de una fuerza de invasión japonesa —cuatro portaaviones (250 aparatos), dos acorazados, dos grandes cruceros, 12 destructores, y cubierta con una gran flota, un portaaviones, un acorazado gigante, dos acorazados, cuatro cruceros pesados, tres ligeros y dos divisiones de destructores—, los almirantes Fletcher y Spruance concentran sus dos escuadras (tres portaaviones, dos acorazados, nueve cruceros y 30 destructores) contra la escuadra del almirante Nagumo. En los combates aéreos subsiguientes, el 4, los aviones nipones «Zero» se imponen al principio y destruyen la aviación de Midway y los aviones-torpederos yanquis, pero, en la confusión del regreso, intervienen los bombarderos norteamericanos, que hacen blanco sobre tres portaaviones y luego sobre un cuarto (250 aparatos destruidos), perdiendo uno solo y 156 aparatos. Renunciando a enfrentarse directamente, las flotas dan media vuelta. Es una derrota para el Japón, que se verá confirmada por la destrucción de un millón de toneladas mercantes en el curso del año 1942.

Los nipones, que han atacado Buna, en la costa nordeste de Nueva Guinea, a 100 quilómetros de Port-Moresby, enredados en la jungla de Papuasia, se retiran el 9 de noviembre. Pero se empeñan en mantenerse en Guadalcanal,

en la punta de las Salomón, de donde los «marines» han intentado desalojarles, desembarcando del 7 al 9 de agosto. Aquel día, a lo largo de la isla Savo (la escuadra de Fletcher se ha alejado hacia Numea), han dañado seriamente a la flota norteamericana (cuatro cruceros pesados hundidos, más uno ligero averiado, contra un crucero japonés torpedeado más tarde), lo que les ha estimulado a golpear de nuevo. El 24 de agosto, en una segunda batalla naval en la isla Stewart, cuatro acorazados, dos portaaviones (más uno ligero, que se perderá), 12 cruceros, 31 destructores y 12 submarinos nipones se enfrentan a un acorazado, tres portaaviones (uno de los cuales resultará dañado), siete cruceros y 18 destructores norteamericanos... para llevar el refuerzo de un batallón. Los días 11-12 de octubre, tercera batalla naval en el cabo Esperanza, acompañada de un ataque de 30.000 japoneses, seguido de una penosa infiltración por pistas a través de la jungla, que fracasa los días 24-25 y 26-27 de octubre. La cuarta batalla naval, la de Santa Cruz (26 de octubre), cuesta a los japoneses tres portaaviones contra uno. La quinta, llamada de Guadalcanal, enfrenta, del 13 al 15 de noviembre, dos acorazados (que serán sucesivamente hundidos) y 15 destructores (dos de los cuales correrán la misma suerte), escoltando un convoy que transporta 13.000 hombres, de los que sólo desembarcarán 2.000, ya que, del lado nipón, serán destruidos siete transportes de un total de 11, y, por parte de los yanquis, un acorazado (averiado), 13 cruceros y destructores (tres de estos últimos, de un total de cuatro, se perderán). El 30 de noviembre, sexto encuentro delante de Tassafaronga, y los días 29-30 de enero, en las islas Rennell, séptimo y último, que cuesta un crucero a los norteamericanos (en total, sus pérdidas se elevan a dos portaaviones y 126.000 toneladas de buques de guerra diversos), antes de la partida, a la inglesa, el 7 de febrero de 1943, de 11.700 supervivientes japoneses (de un total de 25.000 hombres), que precedió a la ocupación total por los yanquis, el 9 de febrero. El asunto ha representado para el Japón una dura prueba de desgaste (dos acorazados, un portaaviones, cuatro cruceros, 11 torpederos, seis submarinos hundidos).

Mac Arthur al Oeste y Nimitz al Este, dirigen la reconquista

Con la campaña de 1943, dirigida por una parte, en la zona del Pacífico Sudoeste, por el general Mac Arthur, dotado de la 7.ª flota, de la 5.ª aérea (1.300 aviones) y de unas 10 divisiones, y por otra parte, en el Pacífico Sur, por los almirantes Nimitz y Halsey, que disponen de la 3.ª flota y de unas seis divisiones: el primero progresando por Nueva Guinea y las Molucas hacia las Filipinas, los segundos tomando como objetivo principal la flota enemiga y sus bases del Pacífico central (los archipiélagos Gilbert, Marshall, Carolinas y Marianas), empieza la reconquista. Tras haber destruido a principios de marzo con unos B-25 un convoy de siete transportes (9.000 hombres), protegidos por ocho destructores, y desembarcado el 11 de mayo en Attu y Kiku, en las Aleutianas (al norte del Océano), que resistieron dieciocho días, los almirantes lanzan a la jungla de Nueva Georgia, el 30 de junio, tres divisiones (50.000 hombres contra 5.000), que ocupan la base de Munda; el 1 de agosto, constituyen con 14.000 «marines» acompañados de perros una cabeza de puente en Bugainville (Salomón) del 1 al 7 de noviembre, atacan con poderosos medios navales, del 18 al 21 de noviembre, las bases de Makin (6.507 hombres contra 800) y de Tarawa (15.545 contra 4.800) en el archipiélago de las Gilbert, y desembarcan antes de Navidad en Nueva Bretaña, donde

neutralizan por medio de bombardeos la base de Rabaul, bloqueando a 100.000 japoneses en la isla y en su vecina de Nueva Irlanda. Paralelamente, al Sudoeste, Mac Arthur hace desembarcar el 14 de septiembre en la península de Huon paracaidistas y una división australiana, que conquistan Finschafen el 2 de octubre y progresan en Nueva Guinea. Con las ocho divisiones norteamericanas y las siete australianas de que dispone en marzo de 1944, descuidando deliberadamente y desbordando la parte oriental de la isla —Madang, Hansabay y Wewak, en manos de 20.000 japoneses, que tratarán en vano de abrirse una vía de repliegue el 11 de julio—, hace irrupción en Hollandia, en la bahía de Humboldt, el 22 de abril, en Tanamerah, en Wadké el 17 de mayo, y en la isla de Biak el 27 (donde, interceptados sus refuerzos el 8 de junio y tomando su aeródromo, entre los días 18-24 de junio, 10.000 nipones ofrecen hasta el 20 de agosto una resistencia encarnizada). El 30 de julio alcanza el norte de Nueva Guinea, habiendo perdido 8.000 hombres, y los nipones 12.000 sobre un total de 16.000.

Por su parte, el almirante Nimitz (que, reducido a dos portaaviones, ha reconstituido su flota gracias a la botadura del «Essex» el 13 de mayo de 1943, de otros dos unas semanas después, y de dos más en septiembre-octubre), se ha lanzado al asalto, el 31 de enero en Kwajalein, Roi y Namu, en el centro de las Marshall (matando a 8.500 japoneses), y conquistado el atolón de Truk, en febrero, en las Carolinas. A continuación ha ocupado Eniwetok, el 20 de febrero, e invadido el 15 de junio, en las Marianas, la isla de Saipan, defendida por 31.600 nipones con unos medios enormes (127.000 hombres, transportados por 600 buques) y la protección de una potente flota (siete portaaviones grandes, ocho pequeños —956 aparatos—, siete acorazados, 21 cruceros y 69 destructores), contra la cual se empeña la gran flota japonesa del almirante Toyoda (cuyo predecesor Koga ha sido muerto el 31 de marzo de 1944, como lo había sido ya Yamamoto, interceptado el 18 de abril de 1943 encima de Kaihili, en Bugainville, gracias al descifrado de la clave secreta nipona por los yanquis): cinco portaaviones grandes, cuatro pequeños (429 aparatos), cinco acorazados, 11 cruceros pesados, dos ligeros, 28 destructores y 22 submarinos. Los encuentros: ataque japonés al Yak, el 15, réplica norteamericana, el 20 por la noche, son un desastre para la aeronaval nipona que, de un total de nueve portaaviones, pierde siete (315 aviones destruidos contra 29) y todos sus aparatos menos 35. En la noche del 7 al 8 de julio, 4.000 japoneses perecen en un ataque suicida. Atacada el 21 de junio, Guam resiste hasta el 11 de agosto. En Tinian, el 25 de junio, 8.000 japoneses se hacen matar. La conquista de las Marianas ha costado a los norteamericanos 24.000 muertos y heridos sobre 150.000 hombres. En adelante, Tokio está al alcance de los bombarderos B-29, que lo visitarán por primera vez el 1 de noviembre de 1944. El 18 de julio de 1944, el general Tojo dimite; el general Kunkiaka (Yonai) y el almirante Koisi le reemplazan y se esfuerzan en reconstituir el resto de la marina nipona: tres portaaviones (acorazados transformados) y cuatro pequeños, dos acorazados gigantes de 65.000 toneladas, siete acorazados, 11 cruceros pesados (más tres), dos ligeros, dos docenas de torpederos.

Liberación de las Filipinas

En las conferencias de Honolulú (julio) y de Quebec, Roosevelt arbitra contra Nimitz, que proponía atacar directamente Formosa, en favor de Mac Arthur, que insiste en la liberación previa de las Filipinas. Ocupando, el uno el archipiélago de las Palau, y el otro la isla de Morotai en septiembre, el almirante y el general se acercan al objetivo fijado. La operación se inicia el 20 de octubre, con el desembarco en Tacloban y Dalag, en la isla central de Leyte, de los primeros elementos de un ejército de 175.000 hombres. Como réplica, la idea de maniobra de la marina imperial es la de atraer hacia el norte a la 3.ª flota del almirante Halsey, cruzando al este del archipiélago, cebándole con una escuadra vetusta procedente de Formosa, a fin de sorprender a la 7.ª flota del almirante Kinkaid, comprometida en el centro del archipiélago entre dos tenazas formadas por otras dos escuadras, procedentes de Singapur y de Indochina, para abordar Leyte separadamente por el sur y por el norte. En realidad, las cosas ocurren de un modo algo distinto. El 24, 150 aparatos japoneses, procedentes de los aeródromos terrestres, hunden un portaaviones yanqui. Al día siguiente, en el estrecho de Surigao, la escuadra del almirante Nishimura, la del sur (dos acorazados, un crucero pesado, cuatro destructores y otros siete buques), derrochando sin resultado sus torpedos, pierde sucesivamente sus dos acorazados, dos destructores hundidos y uno averiado. Pero, descubriendo sucesivamente a última hora de la tarde del 24 a la «flota» del almirante Ozawa (un portaaviones, tres cruceros y ocho destructores), el almirante Halsey, en el cabo Engaño, le da caza con cinco portaaviones pesados, cinco ligeros (700 aviones), seis acorazados, dos cruceros pesados, seis ligeros y 40 destructores. Aunque con retraso, la treta ha dado resultado. Atacado por la retaguardia, en el estrecho de San Bernardino, a lo largo de la isla Samar, por la segunda escuadra japonesa, la del Norte, del almirante Kurita, de Indochina (cinco acorazados —uno de los cuales será hundido y otro averiado—, 11 cruceros —dos de los cuales serán torpedeados y uno averiado— y 15 destructores), el almirante Kinkaid pierde dos portaaviones, dos destructores más uno de escolta, y llama en su ayuda al almirante Halsey. En la confusión subsiguiente, Ozawa, destinado normalmente a la destrucción, salva sus tres acorazados transformados, tres cruceros y ocho destructores, y Kurita conserva cuatro acorazados de un total de cinco, pero todos los portaaviones japoneses empeñados en la acción se han perdido. Impotente para maniobrar, la aeronaval nipona ha recurrido por primera vez al empleo desesperado de los pilotos sacrificados o «kamikazes» (viento de Dios) el 25 de octubre (pondrán en su tablero de caza los días 27 y 29 de noviembre dos acorazados y un crucero; en total, de 2.950, alcanzarán su objetivo 450 y tocarán 253 buques, entre ellos 13 portaaviones y 10 acorazados; más tarde, en marzo de 1945, harán su aparición unos torpedos humanos, o «kaitais»). Lo que no impide que, en adelante, la ofensiva norteamericana pueda desarrollarse libremente en las Filipinas, defendidas por las 10 divisiones (262.000 hombres) del general Yamashita. En la isla principal de Luzón, el 9 de enero de 1945, 100.000 yanquis, transportados por una armada de 850 barcos, ponen pie en aquella misma bahía de Lingayen, en la que los japoneses habían desembarcado el 22 de diciembre de 1941, capturan el aeródromo de Clarkfield el 27 de enero, y llevan a cabo el 31 un segundo desembarco más al sur, en la bahía de Naongbu, penetran en la península de Batán, rodean el 3 de febrero Manila, donde los nipones resisten obstina-

damente, encerrándose en la antigua ciudad de intramuros desde el 23 de febrero hasta el 3 de mayo. El 26 de febrero cae la ciudadela de Corregidor, y al día siguiente el general Mac Arthur instala al filipino Osmena en la presidencia del Estado liberado.

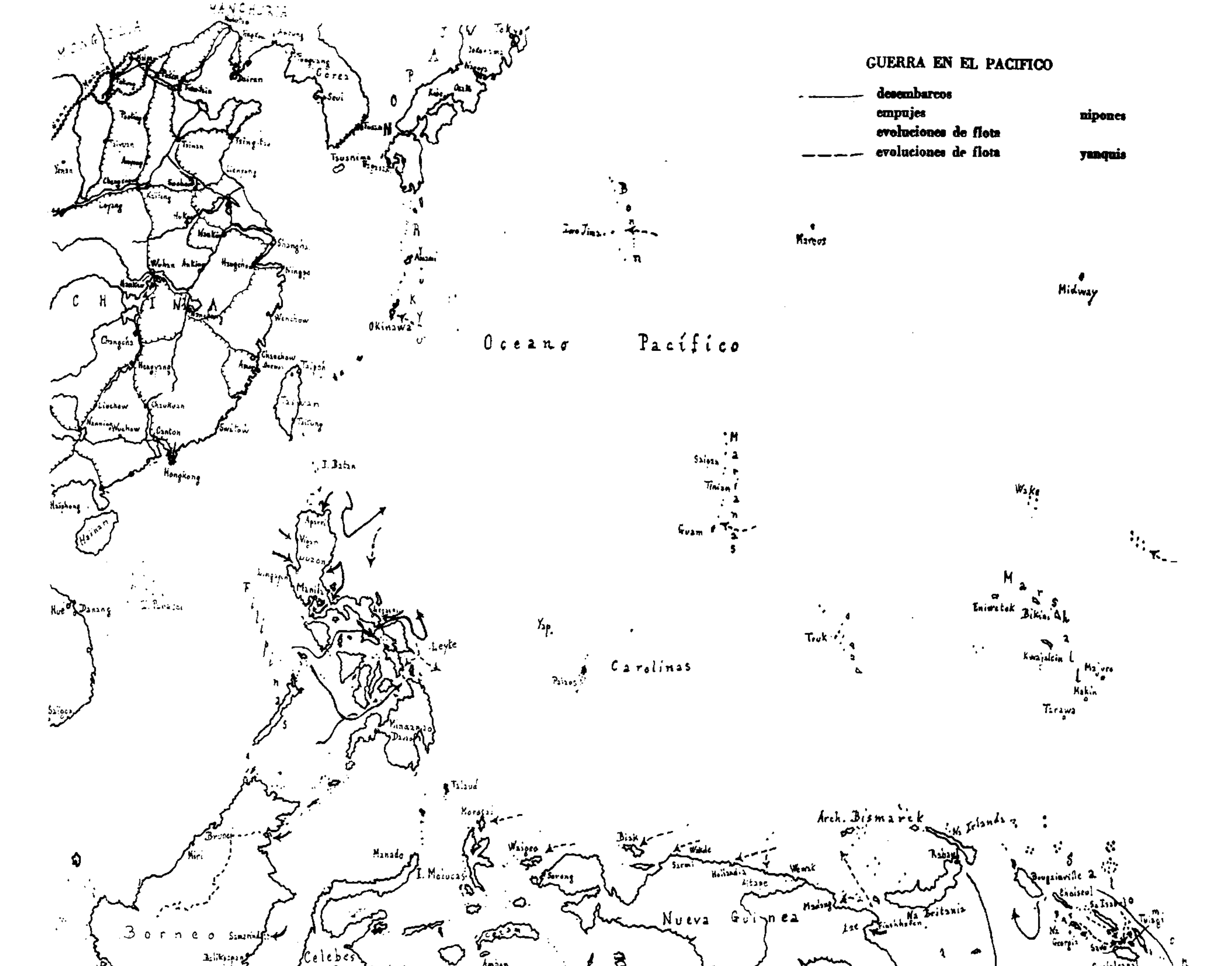
Allí como en otras partes, a fin de interesar a los países ocupados en contribuir a su propia defensa, Tokio había estimulado los movimientos nacionalistas antioccidentales. En las Filipinas, proclamó en septiembre de 1943 una República independiente, gobernada por elementos moderados, que combaten a los *maquis* comunistas organizados por los «Huks». En Indonesia, al lado de la asociación musulmana «Suekat Islam», ha apoyado al partido nacionalista fundado en 1939 por Soekarno. En Indochina, ha subvencionado a la «Liga para la independencia del Annam» y, si bien ha procedido a 10.000 internamientos en 1943, ha estimulado el crecimiento del Viet-minh. En agosto de 1943, ha proclamado la independencia de Birmania y formado un gobierno Ba Maw que le es adicto. Al general Ilda, detenido en su progresión por la extensión de sus líneas de comunicaciones, con sus divisiones esparcidas desde Imphal hasta Chittagong, ha sucedido el general Mutaguchi, atento a avivar la insurrección que late en las Indias después de la detención de Ghandi (9 de agosto de 1942), en Madras, en Bihar y en las Provincias-unidas, contra los ingleses; ha hecho llamar desde Berlín, donde se había refugiado, al agitador nacionalista Sabhas Chandra Bose.

Roosevelt concede prioridad a China, imponiendo Mao a Chang

Preocupado ante todo por apoyar a China y trabajar «para la liberación general de Asia», Roosevelt, entrevistándose en El Cairo con Chang-Kai-chek, del 23 al 25 de noviembre de 1943, impone a Churchill, que preferiría unas operaciones limitadas contra Rangun y Singapur, sus puntos de vista sobre la cuestión, concediéndole a título de consuelo el nombramiento de lord Luis Mounbatten (50) como comandante en jefe del teatro de operaciones del sudeste asiático. En primer lugar, mantener una corriente ininterrumpida de suministros a China. Consejero político cerca de Chang, Owen Lattimore (51) había obtenido fácilmente de Roosevelt que China figurase entre los «Cuatro Grandes» de las Naciones Unidas, y que le fuese concedido un nuevo crédito de 500 millones de dólares en febrero de 1942. Pero los éxitos alcanzados por Rommel en junio-julio en Libia retrasaron las entregas, al igual que las destinadas a Rusia, y en octubre sólo habían sido suministrados 100 cazas de los 350 previstos. Pero, habiendo cortado los japoneses la carretera de Birmania, que unía Kun Ming, capital del Yunnan, con Lashio, término de la vía férrea de Rangún a Mandalay, al ocupar Indochina, el general del Aire Claire Chennault había organizado, por encima de regiones montañosas con picos de más 6.000 metros de altitud, un puente aéreo de los

(50) Hijo del príncipe austríaco Luis de Battenberg y de la princesa Victoria (hija a su vez de Luis IV de Hesse y de Alicia, hija de la reina Victoria), casado en 1922 con la riquísima Edwina Ashley, hija de lord Mount Temple (Sammy Japhet de Francfort, establecido en Londres en 1896) y nieta de sir Ernest Cassel, amigo íntimo de su padre.

(51) Del «Institute of Pacific Relations», reconocido en 1952 como «un instrumento consciente, por espacio de quince años, de la conspiración comunista», crítico del *New-York Times*, recomendando las obras que presentaban a Mao y a sus amigos como unos reformadores agrarios, autor de artículos en el mismo sentido en el *Saturday Evening Post* y en el *Collier's*.


GUERRA EN EL PACIFICO
desembarcos
empujes
evoluciones de flota
nipones
evoluciones de flota
yanquis
Oceano Pacífico
CHINA
Corea
Okinawa
Iwo Jima
Marcos
Midway
Shanghai
Hongkong
Canton
Taiwan
Saipan
Tinian
Guam
Wake
Eniwetok
Bikini
Kwajalein
Majuro
Makin
Tarawa
Truk
Yap
Palaos
Carolinas
Luzon
Manila
Leyte
Talaud
Morotai
Arch. Bismarck
Rabaul
Nueva Guinea
Hollandia
Aitape
Wewak
Madang
Lae
Na Bretania
Bougainville
Choiseul
Borneo
Brunei
Miri
Celebes
Manado
I. Molucas
Waigeo
Sorong
Biak
Sarmi
Danang
Hue
Hainan
Dairen
Tsushima

más escabrosos, cuyo rendimiento, limitado a 306 toneladas en julio de 1942, alcanzará 10.000 toneladas mensuales a finales de 1943, y hasta 45.000 en febrero de 1945. ¿Había que atenerse a aquel notable logro, o bien, como reclamaba el general Joseph Stilwell, nombrado el 9 de febrero de 1942, exigir a Chang-Kai-chek que enviara sus mejores tropas a luchar con los Aliados para la reapertura de la arteria birmana? Esto suponía un previo acuerdo con el Kuo-Ming-tang y los comunistas, puesto que 150.000 hombres de las tropas regulares chinas estaban ocupados en contener a los 500.000 defensores de la zona roja. Acuerdo que propugnaba vehemente la camarilla progresista de Roosevelt: Lauchlin Currie (del I. P. R.), «executive assistant» del presidente (alumno de Felix Frankfürter en Harvard, lo mismo que Nathan Witt, secretario del «National Labor Relations Board», Lee Pressman, de la W. A. P., John Abt, etc.), Philip C. Jessup, jefe del Consejo político consultivo del I. P. R. (la «Foreign Policy Association», que suministró numerosos diplomáticos al Departamento de Estado, estaba igualmente contaminada, puesto que su jefe de investigaciones desde 1941 hasta 1961 no era otra que la marxista de origen ruso Vera Michael Dean), John Stewart Service (diplomático detenido por el F. B. I. el 7 de junio de 1945, por haber entregado unos documentos a un agente soviético, destituido a principios de 1950, reivindicado en 1956). Alger Hiss (del *Daily Worker*, introducido por Isaac Don Levine cerca de Adolph Berle, secretario de Estado adjunto; denunciado en 1939, pero protegido de Dean Acheson y de Felix Frankfürter, promovido a los Asuntos políticos el 1 de mayo de 1944; comprometido en el caso Chambers en 1949 como agente de Walter Krivitski, condenado el 22 de enero de 1950), unos y otros cubiertos por Dean Rusk, responsable de la sección de Extremo Oriente del Departamento de Estado (miembro del I. P. R., a favor del cual obtuvo dos millones de dólares de subvenciones de la Fundación Rockefeller, de la que era presidente, más un millón de la Fundación Carnegie). En la prensa, Henry Luce (administrador del I. P. R.) y Walter Lippmann apoyan con entusiasmo aquella propaganda.

Cediendo a la presión de que es objeto, Chang invita a los comunistas, que tienen en sus manos las provincias de Chen-si, del Kan-su, del Ning-hia, en la China septentrional, a enviar unos delegados a negociar en Chung-king en junio de 1943. Pero, a raíz de unas gestiones realizadas por Churchill cerca de los generales Arnold y Wavell (virrey de las Indias) en Nueva Delhi, y de Chang a principios de año, los «Combined Chiefs of Staff», los jefes del Estado Mayor conjunto, general Marshall y sir John Dill, flanqueado cada uno de ellos por dos adjuntos, deciden el 20 de mayo aplazar la ofensiva de Birmania, llamada «Anakim», hasta febrero de 1944, y el asunto pierde su urgencia, hasta el momento en que, del 23 al 25 de noviembre, Roosevelt lo reasume personalmente en El Cairo. Convencido de la necesidad de establecer unos contactos directos con Mao, sigue en esa línea los consejos de Stilwell y delega en noviembre como representante personal cerca de él en el Cuartel General comunista de Yenan al general Patrick Hurley. Aquel oficial presta un oído tan complaciente a los deseos de los rojos, que Mao dirá de él (en *La Dictadura Democrática del Pueblo*, en 1949) que «manifestó una actitud favorable en lo que respecta al plan presentado por el Partido Comunista chino».

La lucha continúa en China con la misma aspereza. En el centro del país, en el granero de arroz de Hunan, Chang-cha sigue resistiendo los ataques de

los japoneses, que han logrado penetrar en Chang-teh del 21 de noviembre al 3 de diciembre de 1943, para ser expulsados el 9. Se combate por las grandes vías de comunicación. En 1944, los nipones consiguen ocupar Loyang el 15 de mayo, Chengchu el 26 y el resto de la línea hasta Hankeu. Reanudando el 29 de mayo la ofensiva contra Chang-cha, entran en ella el 18 de junio y se apoderan, del 26 de junio a finales de julio, de Heng-yang (empalme de las líneas de Canton y de Liu-cheu al Kuang-si hacia Indochina). En la China del Sur, después de la base aérea norteamericana de Kuei-lin, Liu-cheu cae el 10 de noviembre y Nanning el 26, en tanto que progresando hacia Kuei-yang para cortar la ruta de Birmania, los japoneses, salidos de Kuei-lin el 11 de noviembre, llegan a King-yuan el 25, pero son frenados en Tu-chan (reconquistado el 8 de diciembre).

Entretanto, la campaña se ha reanimado en Birmania. Por una parte, al oeste, los japoneses han cercado a la 7.ª división británica en el Arakhan, en el litoral, en enero; han lanzado al norte tres divisiones en la llanura de Imphal en Assam, de febrero a junio, y, al este, en China, al norte del Vietnam, han amenazado durante el verano Kung-ming, cabeza de línea del puente aéreo «Hump» del general Chennault. Por otra parte, el 15.º Cuerpo británico, por el litoral, y el 4.º por Kalewa y el Irrauaddy, han progresado hacia Prome y Meitkila en dirección a Rangun, mientras que, procedentes del norte, de Ledo en Assam, los norteamericanos, preocupados por restablecer la carretera y el oleoducto, avanzaban hacia Myitkyina (y luego, en abanico, hacia Lashio, Mandalay y Katha). Conquistaron el aeródromo de la ciudad, en el cual los japoneses resistieron hasta el 14 de mayo. En aquella acción participó la agrupación Stilwell, que incluía a tres de las mejores divisiones de Chang (entre ellas la 2.ª y la 3.ª del Yunnan). En consecuencia, rechazados los nipones sobre el valle de Saluen, una nueva ruta de Birmania, que empieza en Ledo, se abrirá a los convoyes para China el 24 de enero de 1945, y nuevos aeródromos, construidos en Luliang y Cheng-tu, acercarán al Japón a los B-29, que tomarán como blanco las funciones de acero de Yamata, la base de Sasebo, Nagasaki, etc.

Es el momento que escoge Roosevelt para imponer Mao a Chang-Kai-chek. Como en el caso de Tito, Stalin, que ve con malos ojos a los rivales que le suscita la Finanza internacional, se muestra reticente: el embajador Averell Harriman, el hombre de la Kuhn-Loeb, no logra convencerle de la necesidad de abandonar a Chang. De todos modos, el 21 de junio, el vicepresidente Wallace, cuyas tendencias progresistas son notorias, acompañado de Owen Lattimore, pone al general chino, en Chung-king, entre la espada y la pared: o acepta un acuerdo en cinco puntos firmado por Mao, y deja sitio en su gobierno a los comunistas, o dejarán de apoyarle. Chang rechaza el ultimátum. Ultima tentativa de Roosevelt el 6 de julio: confiar el mando supremo a Stilwell. Nueva negativa, si deben incorporarse a aquel ejército contingentes comunistas. Aunque Stilwell se beneficia del apoyo del general George Marshall (recalado en West-Point, pero francmasón y progresista notorio, que debe a Roosevelt, que le ha ascendido en 1939, su brillante carrera), no por ello deja de ser sacrificado, el 18 de octubre, al resentimiento de Chang-Kai-chek, y reemplazado por el general Wedemeyer. Pero, en el ánimo de Roosevelt, Chang está condenado. El 5 de enero de 1945, el general chino solicita un préstamo de 1.000 millones de dólares, que le es negado por Henry Morgenthau, secretario del Tesoro. Lo que equivale a privar de combustible a sus

aviones y a sus tanques, y de municiones a las armas que le han sido suministradas. Encarnizados en minar su poder, los subordinados de Morgenthau no se paran en barras. Harry Dexter White, del I. P. R., naturalmente, secretario adjunto del Tesoro, distribuidor de los créditos en el extranjero, y su representante en Chung-king, Salomon Adler, atacarán la moneda china y provocarán la quiebra del régimen. En resumen, en el momento en que, so pretexto de restablecer las comunicaciones se le priva de sus mejores tropas, se cortan los suministros a Chang-Kai-chek para dejar el camino libre a los comunistas de Mao-Tsé-tung. Decididamente, en Asia lo mismo que en Europa, en el curso del año 1944, los anglosajones abandonan en todas partes a sus aliados para calentar el asiento a los marxistas, estalinistas o no (52).

Ataque a los archipiélagos. Aplastamiento atómico del Japón

Entonces se precipita el desenlace del drama del Pacífico. Uno tras otros, los puestos avanzados del archipiélago nipón caen en manos de los yanquis. Los días 16-19 de febrero de 1945, dos divisiones, y luego una tercera, 40.000 hombres en total, desembarcan en Iwo-Jima en las Bonin, defendida durante veintiséis días por 21.000 hombres, que resisten hasta la muerte (las bajas norteamericanas son 4.000 muertos y 15.000 heridos; un portaaviones, el «Saratoga», ha sido averiado por los «kamikazes»). La lucha por Okinawa, en las Ryu-kiu, iniciada el 1 de abril por una armada de 1.400 buques, enfrenta a siete divisiones (tres de ellas de «marines»), más una de refuerzo, con una guarnición de 75.000 hombres. Se distingue por unos violentos combates aeronavales: tras haber lamentado, de buenas a primeras, la destrucción de un portaaviones (otros dos resultan averiados), la flota yanqui se ve asaltada, el 6 de abril, por 699 aviones japoneses, 355 de ellos «kamikazes», que hunden tres destructores y alcanzan a 10 portaaviones (otro destructor será destruido, y un portaaviones averiado por ellos, el 12 de abril). Jugándose el todo por el todo contra la poderosa flota norteamericana (seis acorazados, siete cruceros y 21 destructores), el 7 de abril, la marina imperial pone en liza una escuadra que incluye un superacorazado, un crucero y ocho destructores, de la cual sólo escapan cuatro destructores. En tierra, después de un primer fracaso, el 4 de mayo, los combates salvajes continúan hasta el 22 de junio, causando a los japoneses la muerte de 89.000 soldados y 42.000 civiles, contra la de sólo 7.213 norteamericanos. A costa también de 35 buques y 880 aviones, el 2 de julio la isla queda totalmente ocupada.

Entretanto, los B-29 del «Strategic Air Command» del general (de origen judío) Curtiss Le May, animados del mismo furor bíblico que hacia Alemania, aplastan al Japón: el 14 de mayo, Nagoya es atacada en pleno día; el 16 de mayo y en la noche del 17, Tokio (donde el 9 de marzo han sido muertas ya 83.793 personas) sufre otros brutales ataques, el palacio imperial

(52) Poco antes del fallecimiento de Roosevelt, producido el 12 de abril de 1945, se observa un cambio de dirección en la política norteamericana. El 2 de abril, en Washington, el general Hurley «ha renunciado a lo que había dicho en Yenan», declara Mao, y luego «regresó a la embajada norteamericana en Chungking, en espera de dimitir el 26 de noviembre». En el intervalo, en junio, el *Reader's Digest* ha publicado una seria advertencia de Powell y de Eastman: «¡El destino del mundo está en juego en China!» A la cual Mao ha replicado: «La nueva democracia que China quiere realizar no es otra cosa que la dictadura democrática común» (?). (Artículo de los días 12 y 19 de julio en la agencia Xin-Hua).

arde; Yokohama está envuelta en llamas; el 1 de junio, Osaka, Kobe y de nuevo Tokio padecen dos bombardeos sucesivos, que provocan destrucciones e incendios en una proporción que varía del 40 al 65 % (197.000 muertos). Del 17 de junio al 14 de agosto, les llega la vez a las ciudades secundarias, entre ellas Totama: arrasada en un 99,5 %. En total, casi un millón de civiles empapan con su sangre el suelo de su patria, que el ejército —26 divisiones, 1.800.000 hombres), apoyado por la población, parece decidido a defender hasta el final.

En tales condiciones, ¿deben intentar los Estados Unidos, con 36 divisiones (1.500.000 hombres), la invasión del archipiélago nipón, previsto para el 1 de noviembre de 1945 para Kyushu, y para el 1 de marzo de 1946 para Honshu? El general Marshall y el almirante King son partidarios de ello; el almirante Leahy, hostil. A instancias del ex embajador Grew, Washington, renunciando a la doctrina de la rendición incondicional, ofrece al Japón, si depone las armas, el mantenimiento de la monarquía bajo una forma constitucional, el 26 de julio. El 29, Tokio «ignora» aquel ultimátum, pero a través de su embajador en Moscú, Sato, el príncipe Konoye hace saber a Stalin que está dispuesto a entrevistarse con él. El amo del Kremlin «entierra» la propuesta, y sólo convoca al embajador por medio de Molotov, la noche del 6 de agosto, para notificarle que declara la guerra al Japón. Aquel mismo 6 de agosto, en cumplimiento de una orden por escrito (previamente exigida el 25 de julio por el general Spaatz del belicista Stimson, secretario de la Guerra, y del general Marshall) y de una orden de ejecución firmada el 5 por el presidente Truman, el coronel Paul Tibbets deja caer sobre Hiroshima una bomba atómica al uranio, que provoca de inmediato 78.000 muertos reconocidos (más 13.958 desaparecidos, alrededor de 20.000 militares) y 9.824 heridos graves (139.000 personas morirán más tarde de las secuelas de la catástrofe). El 9 de agosto, una segunda bomba, lanzada sobre Nagasaki, sólo causa 40.000 víctimas (las colinas que rodean la ciudad han formado pantalla) y está a punto de entrañar la pérdida del avión-portador. Decidido a poner fin a los sufrimientos de su pueblo, a pesar de la oposición de la mitad de su Consejo, los días 10 y 14 de agosto, el emperador Hiro-Hito (ignorando que de momento no hay ninguna otra bomba disponible) decide el 15 de agosto negociar con Washington, donde el secretario de Estado James Byrnes, pasando por encima de la opinión de Owen Lattimore, decreta que el emperador, mantenido en el trono, será colocado bajo la autoridad del jefe de las tropas de ocupación norteamericanas, el general Mac Arthur. Un último sobresalto de los militares ultrancistas provoca el asesinato del comandante de la guardia imperial y una epidemia de suicidios rituales (entre ellos el del general Anami, ministro de la Guerra), y la dimisión del almirante Susuki, el 15, antes de que el príncipe Higashikuri y el general Ataugi sean autorizados a firmar el armisticio a bordo del «Missouri» con el general Mac Arthur, que desembarca en Yokohama el 2 de septiembre. Habiendo manifestado el Japón, con anterioridad, la intención de negociar, resulta que el empleo de la bomba atómica —sin ser más asesina que los bombardeos precedentes— fue un crimen gratuito, que ni siquiera sirvió para evitar una intervención soviética en Asia, convertida en perfectamente inútil. Más allá de la muerte, Franklin Delano Roosevelt continuaba entregando la humanidad a los bárbaros.

* * *

Roosevelt, zar de la economía norteamericana

Así maduraban los frutos amargos de Yalta. Inclinados a conceder a Roosevelt la excusa de la enfermedad, algunos historiadores presentan aquella conferencia como el origen de las fatales concesiones de la Casa Blanca al Kremlin. Sin embargo, aquel encuentro no fue el principio, sino por el contrario el desenlace lógico de una política de abandono que, so pretexto de eludir todo compromiso susceptible de hipotecar la paz futura (hecha imposible, por otra parte, con la condena previa de los vencidos a una rendición incondicional en Anfa, el 22 de enero de 1943), había dejado de hecho las manos libres a Stalin —con el cual Roosevelt mantenía una correspondencia privada a través de Zabronsky (20 de febrero de 1943)—, antes de encontrarse diplomáticamente sellada en Teherán (del 28 de noviembre al 2 de diciembre de 1943).

Roosevelt, que entonces había negociado en situación de inferioridad, debido al retraso en abrir el segundo frente, y bajo el chantaje de la reapertura de conversaciones germano-rusas, ¿podía y quería hacer marcha atrás, ahora que se encontraba en una posición de fuerza? En el interior, había sido reelegido en noviembre de 1944 contra Thomas Dewey, con una mayoría disminuida en relación con la de 1940, es cierto, pero que no dejaba de ser sustancial (3.600.000 votos, en vez de cinco millones), con Harry Truman como vicepresidente y el apoyo efectivo de la C. I. O. (controlada por el judío belicista Sidney Hillman, hasta el punto de que su «Political Action Committee» se verá acusado de tendencias comunistas, y con seis millones de afiliados, contra 6,8 de la A. F. L., sobre un total próximo a los 14 millones). El predominio de los demócratas se había fortalecido a la vez en el Senado (37 + 1 contra 38 republicanos en enero de 1943; 57 + 1 en enero de 1945) y en la Cámara de Representantes (223 + 3 contra 209 y, dos años más tarde, 243 + 2 contra 190). El control del Estado, y de sus «zares», suplantando a los «reyes» de antaño, no ha cesado de extenderse sobre la economía norteamericana, mientras que el índice de la producción industrial se ha elevado de 69 en 1933 a 125 en 1940 y a 203 en 1945, que la producción nacional —101.400 millones de dólares en 1941— ha alcanzado 215.200 millones en 1943 y 212.600 millones en 1945, la renta nacional —81.300 millones en 1941— 182.700 en 1943 y 179.600 en 1946, las exportaciones 5.146 en 1941, 14.257 en 1943 y 9.807 en 1945, y las importaciones 3.346 en 1941, 3.381 en 1943 y 4.145 en 1945. De un total de 16.000 millones de dólares para la construcción de industrias de guerra, el Estado ha conservado en sus manos los 5/6 y, controlando el resto, ha logrado hacer fabricar, del 1 de julio de 1940 al 31 de julio de 1945: 297.000 aviones, 86.338 tanques, 320.000 cañones, 17.400.000 fusiles, 2.450.000 camiones, 8.200.000 toneladas de barcos de guerra (entre ellos 64.500 pinazas de desembarco) y 53 millones de toneladas mercantes, y entregar, del 11 de marzo de 1941 al 1 de diciembre de 1945, suministros por valor de 49.096 millones de dólares, de los cuales el 60 % ha sido para los ingleses y el 22 % para los rusos. Sobre los precios, el «Emergency Price Control», creado en agosto de 1941, autorizado por una ley del 30 de enero de 1942, ha practicado el racionamiento a partir de los primeros meses de 1942 (enero a mayo), y en tanto que el índice de los precios al por mayor se elevaba de 78,6 en 1940 a 105,8 en 1945, ha conseguido frenar el alza del coste de la vida, contenido a 115 en mayo de 1942, 124 a principios de 1943

y 129 en agosto de 1945 (índice 100 en 1939), gracias a la «Economic Stabilization Act» del 3 de octubre de 1942, cuando en diecinueve meses el índice 100 de 1914 había aumentado a 154 durante la primera guerra mundial. El mismo control sobre los salarios, cuyo índice (100 en 1938-39), partiendo de 103,9 en 1919, caído a 53,1 en 1933, subió a 114,5 en 1940 y a 293,4 en 1945. Y sobre el mundo del trabajo, sometido el 12 de enero de 1942 a la autoridad de un «National War Labor Board» tripartito, presidido por William H. Davis (lo que no impidió, entre los mineros, unas huelgas el 30 de abril y a finales de octubre de 1943, que provocaron, antes de la conclusión de un compromiso sobre la base de un aumento compensado con una extensión de la duración del trabajo, dos incautaciones por el Estado, procedimiento que el *bill* Smith-Connally trató de legalizar en junio, pero que tropezó con el veto de Roosevelt, dispuesto a no admitir más que un período de espera de treinta días, seguido de una votación), y entre los ferroviarios, del 30 de diciembre de 1943 al 18 de enero de 1944, unas reclamaciones satisfechas con la concesión de un aumento y de vacaciones pagadas. Contra aquella creciente intrusión del Estado, servido por una burocracia invasora (920.000 funcionarios federales en 1939, 3.300.000 en 1944, más seis millones de funcionarios locales), el Congreso intentó reaccionar, inútilmente, suprimiendo en mayo de 1943 el «National Resources Board», ciudadela del «planning» rooseveltiano.

La apertura del segundo frente, facilitada: las armas nuevas del Reich no están a punto; la aplastante superioridad aérea cubre el desembarco

Todopoderosa en su casa, la administración Roosevelt, en el exterior, había logrado por fin abrir el segundo frente, tan esperado. El fracaso de la incursión contra Dieppe (3.369 perdidos de los 5.000 canadienses desembarcados el 19 de junio de 1942), sustitutiva de la operación contra la península de Cotentin reclamada por Stalin el 24 de julio, había enseñado que serían necesarios unos medios muy poderosos para obtener alguna posibilidad de éxito. A pesar de las protestas del Kremlin, los anglosajones se limitaron, pues, a desembarcar en Africa del Norte (8 de noviembre de 1942), luego en Sicilia (10 de julio de 1943) y finalmente en Italia (Reggio, 3 de septiembre, Salerno, 9 de septiembre de 1943), mientras que, desde el portaaviones británico, sus bombarderos martilleaban sin piedad, de día la U. S. Air Force, y de noche la R. A. F., Alemania y la Europa ocupada, de acuerdo con las decisiones de la conferencia de Londres del 14 de abril de 1942. Transformada en «plataforma de invasión» (Georges Blond) contra el continente, Inglaterra es invadida por dos millones de norteamericanos, a las órdenes de Dwight David Eisenhower (nacido en Tejas, descendiente de una familia de judíos alemanes —Jacob y Rebeca—, emigrados en el siglo XVIII), ex oficial de tanques, dotado de talento organizador y más diplomático que estratega, sustituido en el momento de la acción (24 de diciembre de 1943) al político George Cabbet Marshall, del cual era el mayor-general (desde el 25 de junio de 1942), teniendo como adjuntos al almirante norteamericano Ramsay, al mariscal del Aire Mallory y, al frente de las tropas de tierra británicas, no al mariscal Alexander como él hubiese deseado, sino a Bernard Montgomery (puritano de cabeza de hierro, de mentalidad de ayudante, testarudo pero batallador, el único de los generales ingleses que, amparado en su superioridad de medios, no se había dejado vencer por Rommel en Africa),

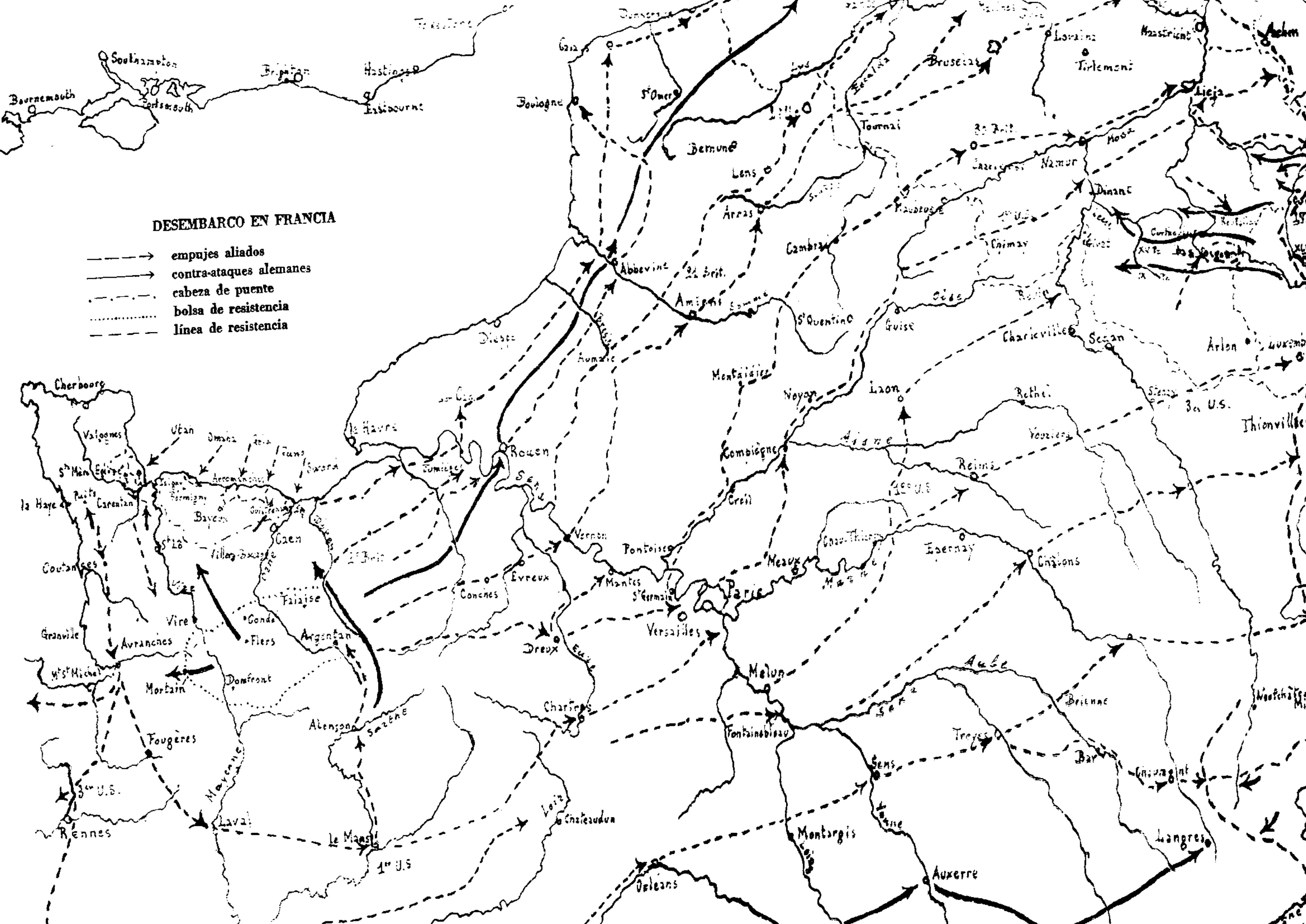
que se apresuró a reclamar cinco divisiones de refuerzo y a hacer revisar el plan de operación «Overlord», aprobado en Quebec en julio de 1943, con ejecución fijada en Teherán (finales de noviembre de 1943) para el 1 de mayo de 1944. El plazo necesario para fabricar, en el curso del año 1943, y reunir los medios exigidos (una armada de 4.000 transportes, aproximadamente, dotada de dos puertos artificiales «Mulberries», formados con 56 «blockships» destinados a ser hundidos y de artesones de hormigón, «Phoenix», de una flotilla de 21.525 pinazas de desembarco de todos los tipos y de «Ducks» anfibios, protegida por un millar de barcos de guerra —entre ellos seis acorazados, 22 cruceros, 119 destructores y 250 dragaminas—, y cubierta por 1.136 aviones del «Bomber Command» y 1.083 de la 8.ª Air Force —sobre los 7.428 bombarderos y 5.409 cazas disponibles en aquel frente, contra 100 cazas y 219 aparatos alemanes de otros tipos, presentes sobre un total de 3.222—, para situar en tierra el día J ocho divisiones, elementos aerotransportados y 14 regimientos de tanques —incluidos unos «tankdozers» contra los obstáculos metálicos—, y el día J + 20, de 20 a 24 divisiones. La demora resultó beneficiosa. El momento de desencadenar aquella acción, el 6 de junio de 1944, no podía estar mejor escogido.

Ya que sorprendía al enemigo en flagrante delito de relevo de su armamento clásico por unas armas nuevas, de clase superior, pero que habían sobrepasado apenas la fase de los prototipos. Puestos en juego, tal como había sido previsto, unos meses antes, los cohetes V1 y V2 (que no entraron en acción, respectivamente, en el Paso de Calais, hasta el 13 de junio y el 8 de septiembre de 1944), y V3 (150 m/segundo), habrían podido convertir en insostenible la zona de Portsmouth a Southampton, en la que debían concentrarse de 55 a 60 divisiones. Tras haber retirado del frente a numerosos técnicos, las investigaciones relacionadas con aquellos ingenios (los primeros, de aletas, poco precisos —de un total de 8.000, sólo la cuarta parte alcanza el objetivo—, reducidos a una velocidad de 500 a 600 quilómetros por hora, para los cuales han sido preparadas 607 rampas de lanzamiento; pero los segundos, estratosféricos, elevándose a 100 quilómetros, más móviles y más precisos —600 sobre 1.000 al objetivo—, alcanzando los 5.580 quilómetros por hora) habían sido reanudadas en el centro de Peenemunde por 7.000 especialistas, bajo la dirección de von Braun y del general Domberger, en junio de 1943, con vistas a producir en serie unos 430.000. Pero, informado Churchill por el Servicio Secreto, el ataque de 561 bombarderos «Halifax» el 17 de agosto de 1943, había causado graves daños en las instalaciones, retrasando las tareas de fabricación. Una primera incursión de comandos sobre Peenemunde, en febrero de 1943, destinada a apoderarse de «agua pesada», había tenido las mismas consecuencias para la puesta a punto de la bomba atómica, cuando a raíz de los trabajos de Otto Hahn y de Strasmann en Berlín (17 de diciembre de 1938 al 6 de enero de 1939), la desintegración del átomo (confirmada por F. Joliot-Curie en París y por Fermi en Nueva York) había sido obtenida (y llevada al conocimiento de los Estados Unidos por la judía Lisa Maitner), y en la primavera de 1942 había empezado en Nurember la fabricación del plutonio (pila de Helderloch, cerca de Sigmaringen; fábrica en Leuna, destruida en 1944). Albert Speer, director de la producción de guerra alemana, que había advertido de la situación a Hitler, procuró por otra parte realizar toda una serie de prototipos de aviones (cazas a reacción Messerschmidt 262, alcanzando los 950 quilómetros por hora;

avión-cohete Messerschmidt 163 —860 quilómetros por hora y un techo de 11.000 metros, «Natter»; Herschel 298, Heinkel 162 a reacción y Focke-Wulf 11) y cohetes teledirigidos, tierra-aire (Rheintochter, R4M, Feuerlilie, X4). Pero la industria alemana se ve castigada hasta tal punto por los bombardeos, que de un total de 25.860 cazas construidos en 1944 la Luftwaffe sólo podrá poner en línea una pequeña parte. Sin embargo, en el curso de aquel año, Alemania ha fabricado 38.000 aviones (contra 25.000 en 1943), 27.000 tanques (contra 12.700) y 40.000 cañones (contra 17.800). Intensificados en la semana del 17 al 24 de febrero de 1944, los bombardeos, aunque a veces han costado muy caros (64 superfortalezas derribadas encima de Ratisbona en la noche del 24 de febrero, y 95 el 31 de marzo), han reducido a la mitad la capacidad de producción aérea de Alemania (3.375 en septiembre a 2.630 en diciembre de 1944), en el momento en que, si bien han destruido en el Ruhr (Essen, Dusseldorf, Duisburgo, Dortmund, Gelsenkirchen, Mannheim) el 70 % de las viviendas, sólo han alcanzado el 20 % de las fábricas, mientras continúan los estragos contra Hamburgo (devastado en un 70 %), Berlín, Francfort y Stuttgart. Además, destruyeron totalmente 60 y parcialmente 21 de las 91 fábricas de carburante sintético (que producían anualmente seis millones de toneladas, además de los dos millones de petróleo rumano), lo que paralizó a la Luftwaffe, reducida a 26.000 toneladas de gasolina sintética en diciembre, contra 175.000 en abril de 1944, cuando las fábricas de aviones, dispersadas por Speer, alcanzaban su punto máximo de producción en septiembre de 1944 (3.013 cazas y 1.090 bombarderos), permitiendo entregar 1.041 aviones a reacción en 1944 y 947 a principios de 1945.

En tales condiciones, los Aliados poseen no sólo el dominio de los mares (de los primeros destructores alemanes que pasarán al ataque, cuatro serán destruidos, luego otros cuatro, y 20 vedettes lanzatorpedos en El Havre, y dos averiadas; de 10 submarinos —los efectivos totales eran 40—, seis irán al fondo, de modo que únicamente las minas causarán pérdidas a los anglosajones —91 barcos hundidos, 135 averiados, del 6 al 24 de junio—) (53), sino también el señoreo absoluto del cielo. Así, el desembarco estará precedido por unos bombardeos en masa cuyo objetivo, a partir del 6 de marzo de 1944, es la paralización del sistema ferroviario francés —en abril, 450 ataques dejan caer 55.000 bombas explosivas y 1.500 incendiarias, de un modo especial sobre Juvisy, Noisy-le-Sec, Sotteville-les-Ruan, la Plaine Saint-Denis (donde se cuentan 641 muertos y 460 heridos entre la población civil)—, y que desembocarán únicamente en una disminución del tráfico del 10 %; luego, a partir del 6 de mayo, el objetivo será esencialmente la destrucción de los puentes: en el curso del mes, 1284 ataques —404 contra las estaciones— tienen como efecto reducir el tráfico a la mitad, e incluso a la cuarta parte (en el Norte) del normal. El mariscal von Rundstedt, llamado a ejercer el mando supremo en Francia en marzo de 1942, tras su caída en desgracia en el frente del Este, y su jefe de Estado Mayor general Hans Spiedel, en su puesto de mando de la Roche-Guyon, sólo disponen de 100 cazas y de 219 aparatos de otros tipos, por lo que no pueden oponerse a aquellas incursiones y no tardan en quedar reducidos a la impotencia en ese terreno.

(53) En el mar, la invención del «schnorkel» (dispositivo que permitía renovar el aire sin emerger) y la botadura de los nuevos tipos de submarinos, XXI, XXIII y sobre todo XXVI (tres veces más rápido que los precedentes) en mayo de 1944, han llegado también demasiado tarde para reanimar la guerra submarina: 243 sumergibles de modelos antiguos serán hundidos en 1944 (sobre un total de 637 durante el conflicto, cuyo tablero de caza fue de 14 millones de toneladas, sobre un total de 20.527.000).


DESEMBARCO EN FRANCIA
empujes aliados
contra-ataques alemanes
cabeza de puente
bolsa de resistencia
línea de resistencia
Southampton
Bournemouth
Portsmouth
Brighton
Hastings
Eastbourne
Boulogne
St Omer
Bethune
Lens
Arras
Cambrai
Abbeville
Amiens
St Quentin
Guise
Charleville
Sedan
Arlon
Tournai
Bruselas
Lovaina
Tirlemont
Maastricht
Aachen
Lieja
Namur
Dinant
Chimay
Montdidier
Noyon
Laon
Rethel
Aumale
Dieppe
Cherbourg
Valognes
Carentan
Bayeux
Caen
St Lô
Coutances
Granville
Avranches
Vire
Flers
Falaise
Argentan
Mortain
Domfront
Fougères
Rennes
Laval
Le Mans
Alençon
Chateaudun
Orleans
Montargis
Auxerre
Sens
Troyes
Langres
Fontainebleau
Melun
Versailles
Paris
Meaux
Reims
Epernay
Chalons
Soissons
Compiègne
Creil
Pontoise
Vernon
Mantes
Conches
Evreux
Dreux
Chartres
Rouen
Le Havre
Thionville
3er U.S.
1er U.S.
3er U.S.
1er U.S.

Patton logra salir de la cabeza de puente ampliada

Para hacer frente a la invasión, la Wehrmacht dispone en el oeste de unas 55 divisiones (teóricamente, 62 en Francia, seis en Bélgica y seis en Holanda, 10 de ellas Panzers) (54). Pero la mayoría de aquellas unidades, incompletas, son de un valor mediocre y están dispersas por el litoral y todo el territorio francés; seis se encuentran al sur del Loire. Aunque Hitler haya tenido la intuición de un desembarco entre el Orne y el Vira, en Normandía, y aunque el mariscal Rommel preconice el batirse en las playas, ni Rundstedt ni el Führer se atreverán a desguarnecer el Paso de Calais, el pasillo más corto y base de las V2, donde siempre temen que se produzca el ataque principal, para destruir a tiempo las cabezas de puente aliadas mediante unos contraataques suficientemente poderosos, sacando del XV Ejército (15 divisiones), en beneficio del XIV, unos refuerzos cuyo traslado requiere, por otra parte, un mínimo de protección aérea. Los Aliados, pues, han escogido perfectamente el lugar en el que desencadenar su operación, asegurándose todos los triunfos. Pero no por ello dejará de adolecer la operación de un exceso de minuciosidad, que la convertirá en defectuosa en muchos aspectos. Al este, en el sector de Ouistreham a Arromanches (al norte de Caen y de Bayeux), el 2.° ejército británico pone en tierra su 3.ª división y la 3.ª canadiense, y su 51.ª, en las tres playas «Sword», «Juno» y «Gold», pero al norte de Caen, donde tiene como misión contener las reacciones alemanas, sus paracaidistas son atacados por los 170 tanques de la XXI división Panzer, y el 9 su avance queda bloqueado por los contraataques de las XII y III divisiones Panzer S. S., sin que éstas, martilleadas por la aviación aliada (150 tanques destruidos, 10.000 prisioneros), consigan rechazarlo. En el oeste, en cambio, en el sector del I ejército norteamericano, las cosas presentan un feo cariz. En la playa «Omaha» (al norte de Formigny) reina el mayor desorden, el oleaje dificulta el desembarque de los tanques y, para colmo de males, la I división choca con la CCCLII división alemana en maniobras, que le impide avanzar. En la punta del Hoc, los «Rangers» son detenidos; la 4.ª división es desviada hacia el sur de la playa «Utah», y los 13.000 paracaidistas de las divisiones 101.ª y 8.ª, aerotransportadas, pierden el 60 % de sus planeadores, de sus efectivos y de su material, y se mantienen difícilmente en el pueblo de Sainte-Mère l'Eglise. A pesar de esos contratiempos, 10 divisiones anglocanadienses y ocho norteamericanas ponen pie en el continente, y aunque sólo ha podido establecerse un puerto artificial en Arromanches del 8 al 19 de junio para facilitar su abastecimiento, el 12 de junio, la ocupación de Carentan permite reunir las diversas «playas» en una sola cabeza de puente continua, defendida por 18 divisiones aliadas contra 14 alemanas. Muy a tiempo, ya que la tormenta que descarga del 19 al 22 de junio arroja a 800 barcos sobre la costa y compromete el desembarque del material. Atacado a la vez por mar (el 25 de junio) y por tierra (del 22 al 27), Cherburgo es ocupado y 37.000 alemanes son hechos prisioneros, pero el puerto se encuentra en

(54) El 10 de mayo de 1944, sobre un total de 321 divisiones alemanas, más 89 del Eje, 21 (germanas) se encuentran estacionadas en Noruega y en Dinamarca; 49 alemanas, 24 búlgaras y tres italianas están repartidas entre Italia, Grecia y los Balcanes, en tanto que 186 alemanas, 20 rumanas, 25 húngaras y dos eslovacas combaten en el frente del Este, en el que luchan también 1.700 aviones sobre un total de 5.000. Además, 15 divisiones finlandesas defienden su propio país, y otras 10 divisiones constituyen lo que podría llamarse una reserva general.

un estado lamentable. Tomado como blanco por los bombarderos y la artillería naval aliados, el II cuerpo blindado S. S., contraatacando desde Evrecy, ha perdido 120 tanques. El 2 de julio, los anglosajones han logrado situar sobre el continente alrededor de un millón de hombres, 171.000 vehículos y cerca de 600.000 toneladas de suministros.

Pero hay que salir de la cabeza de puente así establecida. Montgomery lo intenta a su manera, con un diluvio de fuego y sin gran idea de la maniobra. Los días 6 y 7 de julio, 2.200 bombarderos convierten Caen en un montón de ruinas, pero los alemanes, que han permanecido fuera de la ciudad, rechazan el 8 a los canadienses. Un nuevo bombardeo, en la noche del 12 al 13, destruirá la ciudad en sus tres cuartas partes, lo mismo que Saint-Lô, arrasado del 5 al 6, Vire, Coutances, Lisieux, Falaise, y luego Avranches (del 7 al 9), Argentan, Domfront y Alençon (los días 9 y 24). Aunque una primera vez, después de haber aplastado bajo 1.000 toneladas de bombas la encrucijada de Villers-Boccage, sus tanques hayan sido cogidos de flanco (29 de junio), Montgomery reanuda la operación en mayor escala y sin más éxito, el 18 de julio, empleando 12.000 toneladas de bombas para abrir un pasillo al avance de cinco divisiones de infantería, tres divisiones blindadas y dos brigadas, las cuales, habiéndose encajonado ellas mismas, pierden 200 tanques y sólo avanzan siete quilómetros. Entretanto el 12.° grupo de ejércitos norteamericano, a las órdenes de Omar Bradley (del Missouri, rígido como un cadete modelo, perfecto masón y demócrata convencido), libra duros combates en el Boccage y, durante cuatro días, en la Haye du Puits, antes de ocupar Saint-Lô el 19 de julio, y la península del Cotentin, donde se amontonan 22 divisiones. Al oeste de la ciudad, el 25 de julio, mientras que en Normandía los anglo-canadienses empujan hacia el sur entre Falaise y Vire, las divisiones blindadas 2.ª y 3.ª norteamericanas rompen el frente, se apoderan de Coutances el 28 y de Avranches el 31, en la bisagra del Cotentin y de la Bretaña. Penetrando entonces en la angosta abertura, el intrépido californiano George Patton (ex oficial de tanques, de modales muy «Far West», al que han tirado de las orejas en Sicilia por haber abofeteado a un soldado, llamado el 1 de agosto para ponerle al mando de un ejército en formación: siete divisiones de infantería y cinco divisiones blindadas) avanza sobre Rennes, liberada el 3, y desde allí lanza en abanico el 8.° Cuerpo de Ejército al oeste hacia Quimper (9 de agosto) y Brest (cuyos defensores resistirán en las puntas norte hasta el 9, y en las puntas sur hasta el 19 de septiembre), el 20.° al sur hacia Fougères (3 de agosto) y Angers, y el 15.° al sudeste hacia Mayenne (5 de agosto), Le Mans (8 de agosto) y Laval, antes de progresar hacia el Este, cogiendo de revés las posiciones alemanas. Para la Wehrmacht, que ha perdido 97.000 hombres hasta el 20 de julio, y que del 4 al 13 de agosto dejará 60.000 prisioneros en manos de los Aliados, ha llegado el momento de reaccionar. Tras haber reunido el 7 de junio las divisiones blindadas del sur del Loire (que, hostigadas por las F. F. I., con las vías férreas y las carreteras cortadas entre Périgueux y Limoges, han tardado una semana en llevar sus elementos al lugar de concentración), Hitler se decide finalmente, demasiado tarde, a detraer dos divisiones del XV ejército. Se entabla una batalla decisiva, a la vez para contener la ofensiva de Patton y para liberar a las fuerzas alemanas concentradas en una bolsa que se extiende desde el este de Mortain hasta Falaise. El 7 de agosto, un contraataque de 400 tanques alemanes, progresando 15 quilómetros, reconquista Mortain (ocupado por el I ejército norteamericano), pero sus 300

aviones de apoyo están clavados al suelo y los cohetes de los «Typhoons» detienen a sus blindados. Más afortunada, el 9, la XII división Panzer destruye con sus piezas de 88 mm. 150 tanques Sherman y frena en seco a los canadienses que avanzan desde el norte (de la región de Caen) para cerrar la bolsa. Reanudando su avance demasiado lento, Bradley no alcanza el Orne en Argentan hasta el 13. De todos modos, a pesar de las órdenes formales de Hitler, von Kluge considera el 15 que ha llegado el momento de replegarse: evacúa Falaise el 17 y, bajo un huracán de fuego, sus 80.000 hombres se abren paso a través de la ratonera, hasta el 22 (llamado para suceder a Rommel, Kluge se envenenará entre Verdun y Metz, el 18, y será reemplazado por el mariscal Model). Explotando su ventaja, Patton alcanzará el Sena en Mantes, el 19 de agosto, rechazando al enemigo en retirada. Después del desembarco, la invasión ha triunfado. La batalla de Francia está ganada. Ha costado a la Wehrmacht 240.000 muertos y heridos, 210.000 prisioneros, 1.300 tanques de un total de 2.000 y 3.500 cañones.

Conspiraciones contra el Führer

Intuyendo que la lucha en el oeste se ha perdido, y acariciando la ilusión de una posible entente con los norteamericanos (en el momento en que Roosevelt destituía en 1944 a su representante personal en Turquía, George H. Earle, culpable de haber recomendado, ante el peligro soviético, la negociación con Alemania, y le relegaba a las Samoa, como gobernador-adjunto), la oposición a Hitler levanta la cabeza. Varios atentados contra el Führer habían fracasado lamentablemente (el 13 de marzo de 1943, una bomba, oculta en una caja de botellas de coñac por el general von Treschkov, del Estado Mayor de von Kluge, no estalló al regreso de un avión de Smolensko al Cuartel General de Rastenburg; a finales de 1943, a raíz de una presentación de uniformes, un coronel ha fallado el golpe; el 20 de febrero de 1944, el aplazamiento de una visita ha frustrado una tentativa del coronel Joseph Hoffmann). La caída en desgracia del almirante Canaris (relevado en enero de 1944, luego estrangulado en la prisión), reemplazado por su amigo el coronel George Hansen, la detención de Helmuth von Moltke, del círculo sindicalista-cristiano de Kreisau, no desquiciaron a los conjurados (cuyos principales jefes conocemos ya: el general Ludwig Beck, el mariscal von Witzleben, los generales von Hammerstein, Olbricht, Hoeppner, von Treschkov, Stieff, Fellgebiel y Thomas, los coroneles von Stauffenberg y von Schlabrendorf, los civiles Karl Goerdeler, ex burgomaestre conservador de Leipzig, el socialdemócrata Wilhelm Leuscher, ex ministro del Interior de Hesse, el doctor Strolling, ex burgomaestre de Stuttgart, y sus simpatizantes en el Clero, el obispo activista von Galen de Münster, el cardenal Faulhaber de Munich, el obispo Stürm de Stuttgart, el pastor Debelius, etc.). Reanudaron sus intrigas, haciendo ofrecer a Churchill, por mediación del banquero sueco Wallenberg, la constitución de un gobierno provisional, proyectando retener prisionero a Hitler en la Roche-Guyon el 19 de junio, e incluso celebrando el 22 de junio una reunión secreta con tres comunistas, entre ellos un confidente. El 20 de julio de 1944, el coronel von Stauffenberg pasa a la acción: mutilado de un brazo, deposita sobre la mesa del Consejo, en Rastenburg, su cartera conteniendo una bomba, que hace volar el barracón en el que se celebra la reunión, causando 13 víctimas (cuatro muertos) e hiriendo levemente al Führer. Creyendo que el atentado ha tenido éxito, el culpable ha desen-

cadenado el plan «Walkyria», pero, en Berlín, el doctor Goebbels ha recurrido a la división S. S. Adolf Hitler y ha hecho cambiar de opinión, conectándole directamente con el Führer por teléfono, al mayor Remer, de la Guardia de Seguridad, que se disponía a obedecer a los conjurados, por lo que la ejecución del plan ha fallado, descubriendo a los más comprometidos y provocando una hecatombe de grandes jefes (unos ejecutados: Stauffenberg, Olbricht, Paul von Hase, comandante de la capital, Helmuth Stieff, Erich von Hoeppner, Friedrich Fromm —a pesar de haberse vuelto contra sus cómplices—, condenados con otros seis el 7 de agosto por el «Tribunal del Pueblo»; los otros suicidados: por orden superior, Ludwig Beck, Erwin von Witzleben, Rommel (55); por desesperación, von Kluge; para escapar al castigo, von Treschkov, Lindemann, Wagner; Goerdeler, huido y capturado, será ejecutado el 2 de febrero de 1945, y Fromm el 9 de marzo).

Enemistados De Gaulle y Churchill, París escapa a los comunistas

Entretanto, mientras que los anglo-canadineses bordean el bajo Sena en Ruan el 23 y lo franquean el 25 (no sin que Monty reproche vehementemente a «Ike» su incapacidad y la timidez de sus movimientos), el 3[er] ejército norteamericano, por la parte inferior, y el 1.º, desbordan París. Con la capital, está en juego el futuro régimen de Francia. Y las relaciones de De Gaulle con los Aliados son todavía tensas. Aunque el general Koenig, responsable en Londres de las Fuerzas Francesas del Interior (F. F. I.) desde el 17 de junio, ha aceptado el aplastamiento de las ciudades francesas y ha consentido en desencadenar (so pretexto de no desvelar el punto de impacto de la invasión), el 5 de junio, no sólo el «plan verde» de sabotaje de las vías férreas y de las líneas telefónicas, sino también una acción general y prematura de guerrilla, «plan violeta», por el conjunto del *maquis*, que desembocó en unas matanzas inútiles (en Saint-Marcel, 18 de junio, en Saffré, Bretaña, 28 de junio; en el monte Mouchet, en Auvernia, del 2 al 20 de junio; en el Vercors, cerca de Grenoble, del 13 al 15 de junio y del 21 al 23 de julio) (56), De Gaulle, que ha transformado por su cuenta, el 15 de mayo, su Comité de Liberación nacional en gobierno provisional, pretende imponerse a los vencedores. Negándose —y tiene razón— a admitir la administración por ellos de los territorios liberados (y la autoridad de la A. M. G. O. T.) y la introducción de una falsa moneda de ocupación, en Londres (donde, convocado el 2, no se ha presentado hasta el 4 de junio en compañía de Gaston Palewski y de los generales Béthouart y Billotte), tras haber intimado a Koenig, el 17 de mayo, la orden de romper los contactos y de retirar los oficiales de enlace preparados por Pierre Laroque (secretario general de sus servicios en Inglaterra) con vistas a colaborar con los miembros de los «Civil Affairs», se subleva —y no tiene razón— contra la proclama de Eisenhower, reservando al pueblo francés la libertad de escoger democráticamente su gobierno, ya que exige, previamente, el reconocimiento del suyo, y hasta el día 8 no se decide a hablar a las 16 horas por la B. B. C. y a conceder la colaboración de 20 oficiales de enlace (en vez de 170). El 14 de junio, pronuncia en Bayeux, única ciudad normanda que no ha sido bombardeada,

(55) Llevado a la conjura por su esposa y por el doctor Stroling, se envenenó el 13 de octubre.

(56) Sobre unos efectivos de 140.000 hombres, las F. F. I. tuvieron 24.000 muertos a raíz de la Liberación.

una breve alocución, rechaza la invitación de Montgomery y se retira, dejando sobre el terreno como «comisario de la República» para la región a François Coulet (secretario general de la Prefectura de Córcega a la liberación), provisto de 25 millones, el cual, comportándose como un «representante en misión» de la Revolución, bloquea las cuentas bancarias (16 de junio), secuestra los periódicos (el 17), extiende su autoridad a Cherburgo, donde detiene a 200 personas (24 de junio), disuelve asambleas locales y administraciones, lleva a cabo detenciones y arrestos domiciliarios y, el 30 de junio, deroga las «leyes de Vichy». Ya que el «gobierno» de Argel, por ordenanza del 3 de junio de 1944, ha decretado la sustitución sistemática de los altos funcionarios de la Administración (a pesar de que su actitud con respecto al ocupante ha sido ejemplar: el 24 de enero de 1944, seis prefectos o subprefectos habían sido fusilados, 20 deportados, siete detenidos, 15 sustituidos, 12 relevados) por unos «resistentes» patentados, reclutados por Michel Debré, Pierre Teitgen y el ex secretario general del Interior Verlommé (hermano masón destituido por Vichy), y nombrado como delegado político a Parodi, como delegado militar nacional al joven y elegante inspector de Hacienda Jacques Chaban-Delmas, ascendido a «general» para la circunstancia, y a una serie de delegados militares regionales (entre ellos a Hirsch-Ollendorf, alias Grandval, en Châlons, y, en las regiones 3, 4, 5, Montpellier, Toulouse, Limoges, a unos criptocomunistas). Arrastrado por los «emigrados» de Argel, que preparan abiertamente la insurrección armada, el «General» se ha negado desdeñosamente a hacer revivir la Asamblea nacional, única legítima, pero culpable a sus ojos de haber entronizado al mariscal Petain, y ha rechazado el ofrecimiento de transmisión de poderes, que el Mariscal le ha presentado «in extremis» por mediación del general Brécard y del coronel Vanlande, los días 7-8 de agosto, después de haber hecho intervenir en el mismo sentido, el 3 de julio, al nuncio monseñor Valerio Valeri; ofrecimiento renovado el 27 de agosto, a raíz de una entrevista del almirante Auphan y del general Juin en París en casa del general Lacaille (ex jefe del gabinete de Huntzinger). Como último recurso, el Mariscal ha tenido el 17 la veleidad, con la oposición del doctor Ménétrel, de pasar a las F. F. I., antes de ser trasladado a la fuerza a Alemania por el general von Neubronn (19-20 de agosto), tras haber confiado la gestión de los asuntos a los secretarios generales de los ministerios. Puesto que, en los furgones del ejército de invasión, al norte del Loire, el coronel De Chevigné, acompañado de sus «comisarios», de sus «jueces de excepción» y de una escolta de senegaleses a guisa de líctores, había podido instalar a los representantes del nuevo régimen sin provocar demasiados excesos, De Gaulle respondía ya a los que le reprochaban el no haberse preocupado de asegurar la continuidad del orden: «He echado al representante de Vichy). Caballeros, ¿dónde está la guerra civil?»

La anarquía ensangrienta el Midi

Pero no tardó en hacerse evidente que, evitada por muy poco en la capital, al sur del Loire la anarquía amenazaba con instalarse por doquier. Ante la proximidad de los ejércitos aliados, París se ha agitado: unos sindicalistas —Tardic de la Construcción y Grodzinski de los Transportes— han organizado el 14 de julio una manifestación, seguida (por instigación del Comité parisino de Liberación, tras haberse reunido el 7 de agosto, en Saint-Maur, el sindicalista Tollet y el comunista Carrel con el politécnico Flanet, pro-

puesto como prefecto contra Marrane) de un paro de los ferroviarios (12 de agosto) y de una huelga de 15.000 agentes de policía (pertenecientes a tres grupos, radical, socialista y comunista) el 15 de agosto, para protestar contra el desarme por los alemanes, la antevíspera, de 375 de sus colegas. Tras lo cual, pasando por encima de las reticencias de Chaban-Delmas y de Parodi (cuyo nombre simboliza perfectamente la impotencia de la autoridad gubernamental que en teoría representa), el «coronel Rol», comunista, y el coronel Lizé, reunidos en casa de la secretaria de Parodi, Mlle. Raffalovitch, desencadenan la insurrección el 19 de agosto, haciendo ocupar la Prefectura de Policía por 3.000 agentes. Agotadas sus municiones, se encuentran en una situación crítica, cuando una tregua —buscada a la vez por el general Choltitz (gobernador de la capital en sustitución de Stüpnagel desde finales de julio) cerca de Eisenhower, con el que ha establecido contacto a través del comandante Bender, de sus servicios secretos, y del barón austríaco von Poch-Paster, y por el presidente del Consejo municipal de París, Pierre Taittinger, al que ha recibido una primera vez el 17 de agosto, y una segunda, en compañía de Raoul Nordling, cónsul general de Suecia, y de dos F. F. I., el 20 de agosto, en el Hotel Meurice— es concluida y aprobada por una minoría del Consejo nacional de la Resistencia. Decepcionados en su sueño de resucitar la Comuna, dispuestos a provocar la destrucción de la ciudad, los marxistas la rompen inmediatamente apoderándose del Ayuntamiento y de comisarías, y entablando el 21 escaramuzas alrededor de las Halles, de los ministerios de la Guerra, del Interior y de Agricultura, de la estación del Este y de la Bolsa del Trabajo, en tanto que Parodi parlamenta con Choltitz, que se limita a defender sus puntos de apoyo, a fin de proteger la retirada de las tropas alemanas. Habiendo reunido Parodi en Matignon a los secretarios generales nombrados para hacerse cargo de los ministerios (el general Fortier en la Guerra, Laffon en el Interior, Guignebert en la Información, con dos comunitas, Wallon en la Educación Nacional y Me Willard en la Justicia), Georges Bidault acepta que la tregua sea denunciada para el 22 por la noche. Pero, mientras se levantan barricadas, mientras Choltitz (cubierto por von Speidel, jefe de Estado Mayor del grupo de ejércitos B) confirma por mediación de unos amigos de Nordling (el banquero Saint-Phalle, von Poch-Paster, el comandante Mender y un agente del *Intelligence Service*) a los generales Bradley y Eisenhower su intención de no entablar combate en la capital, y en tanto que el 24 las Fuerzas Francesas del Interior atacan el cuartel «Prinz Eugen» en la Republique y el túnel de Buttes-Chaumont, y tirotean el Quai d'Orsay, el Palais-Bourbon y la Escuela Militar (en total, los alemanes tendrán 2.788 muertos y 4.911 heridos, las F. F. I. 901 y 1.455 y la población civil 582 y 2.012), la llegada de los primeros elementos de la 2.ª división blindada (aunque el general Leclerc, salido de Rambouillet el 23, haya visto retrasado su avance porque, al no tomar en cuenta el itinerario señalado, ha tropezado en Etampes con las fuerzas alemanas) pone fin a la lucha el 24 y permite la rendición de von Choltitz el 25 de agosto.

De Gaulle, al que las F. F. I. han prohibido el acceso al ministerio de la Guerra, reprende a Leclerc por haber permitido que el «coronel Rol» refrende al armisticio, consiente de mala gana en dirigirse al Ayuntamiento, donde le esperan el Comité Nacional de la Resistencia y el Comité parisino de Liberación, se niega a que Bidault proclame el restablecimiento de la República, la cual, dice, «nunca ha dejado de existir», pero no por ello deja de interpelar al prefecto Flanet sobre la cuestión: «¿Dónde está la depura-

ción?», revelación de su preocupación dominante. A fin de poner en su juego el mayor número posible de triunfos, ha visitado el Vaticano del 27 al 30 de junio y, a instancias del general Bedell Smith, jefe de Estado Mayor de Eisenhower (10 de junio), ha terminado por aceptar la invitación de Roosevelt, transmitida por el almirante Fenard, y se ha dirigido a Washington del 6 al 9 de julio (donde el presidente yanqui le ha juzgado «esencialmente egoísta»), y luego a Nueva York, el 10, donde ha celebrado una conferencia de prensa antes de trasladarse al Canadá, donde ha permanecido hasta el 13. A pesar de aquellas precauciones, su triunfo el 26 de agosto (un desfile por los Campos Elíseos, en el que figura el general Juin —es preciso que haya un vencedor—, en compañía de André Le Troquer (el de los futuros «ballets roses»), de Georges Bidault (al que ruega que guarde las distancias y que no ande pisándole los talones), del Estado Mayor del Comité Nacional de la Resistencia, del Comité parisino de Liberación, etc., mientras que a falta de la 2.ª división blindada (retenida por el general norteamericano Gerow) el regimiento del Chad rinde honores (los negros siempre han gozado de la predilección del General, cuya primera capital ha sido Brazzaville), una multitud de resistentes le aclama (se contaban por centenares; ahora son millares, incluidos aquellos que tienen debilidades que hacerse perdonar), su triunfo, pues, no ha sido completo. A guisa de «Te Deum» en Notre-Dame, ceremonia a la que el cardenal Suhard, lo bastante osado como para criticar los atentados de los resistentes, ha sido invitado a no asistir (57), estallan unos disparos que dispersan a los asistentes (58). En aquella atmósfera enrarecida se instala el gobierno provisional, cuyos miembros se han trasladado desde Argel a la capital en medio de humillantes dificultades.

El desembarco en Provenza, el 15 de agosto, sobre 70 quilómetros de costa, al este de Hyères (cuando el sudeste de Francia sólo estaba defendido por tres divisiones alemanas al oeste y cuatro al este del Ródano: 250.000 hombres y 230 aviones), del 7.º ejército norteamericano del general Patch (incluyendo, aparte de la 2.ª división blindada, a casi todas las fuerzas francesas reconstituidas, o sea, cinco divisiones de infantería y dos divisiones blindadas, alrededor de 286.000 hombres, y únicamente las tres divisiones de infantería, 100.000 hombres, del 6.º Cuerpo de Ejército norteamericano), transportados por una flota de 2.000 embarcaciones (convergiendo desde Tarento, desde Nápoles, desde Orán y desde Casablanca), protegida por 250 barcos de guerra (35 de ellos franceses) y por 2.500 aviones, precipitan la evacuación del territorio francés por los alemanes, cogidos de revés en un nuevo frente. Impuesta por Roosevelt el 29 de junio, con pretextos logísticos, aquella operación llamada «Anvil» ha sido preferida a la explotación de las victorias

(57) El Padre Panici, predicador de Cuaresma en 1945 en Notre-Dame, ha tenido el valor de denunciar los crímenes de la Liberación (que el episcopado condena por dos veces, el 28 de febrero y el 13 de noviembre de 1945), por lo que el «católico» François de Menthon, Guardián de los Sellos, amenazará con detener al cardenal e impondrá como predicador al Padre Riquet, resistente, amigo de los judíos y de los francmasones. El nuncio, monseñor Valerio Valeri, convertido en «persona non grata», calificado con desprecio de «nuncio de Vichy», verá cómo Gaston Palewski le niega la audiencia del «General», y cómo Georges Bidault, sucesor de Massigli en los Asuntos Exteriores, el 9 de septiembre de 1944, le cierra su puerta en términos dignos del general Cambronne.

(58) En París, de acuerdo con las listas negras preestablecidas, se organiza la caza de «colaboracionistas», de los cuales son detenidos alrededor de 10.000 (entre ellos 175 ministros, prefectos y generales, 42 escritores, nueve editores, 17 locutores de radio, 33 y luego otros 34 periodistas, etc.), fusilados 100 de ellos en el Institut Dentaire y amontonados en gran número en Fresnes.

aliadas de Italia en dirección a los Balcanes, preconizada a la vez por Winston Churchill y por el general Juin, el 28 de junio, porque el presidente norteamericano, fiel a los compromisos de Yalta, no quiere meterse en lo que es coto de Stalin. Nombrado por De Gaulle para mandar las tropas francesas (que constituyen el grueso del total), apartando de ellas al general Juin para no monopolizar los laureles sobre una sola cabeza —aunque sea la de un amigo—, el general De Lattre de Tassigny ha chocado de buenas a primeras con la incomprensión y la desenvoltura del británico Maitland Wilson, sucesor de Eisenhower en el mando del teatro de operaciones mediterráneo desde el 8 de enero de 1944. Para que el inglés modificara su plan elemental, consistente en remontar el valle del Ródano, donde la defensa alemana estaba naturalmente concentrada —aplastando las ciudades al paso como había hecho con la abadía de Monte Cassino—, fue necesaria la intervención en el Cuartel General de Nápoles, el 5 de agosto, del general Patch, el cual, por iniciativa del coronel Zeller, hizo adoptar «in extremis» el itinerario de la ruta Napoleón, a media pendiente de los Alpes, para desbordar la resistencia enemiga.

En Tolón, los 25.000 alemanes de guarnición, rodeados del 17 al 20 de agosto, se rindieron el 27 en número de 17.000. Alcanzados el 23 los suburbios de Marsella por la 1.ª división blindada (Du Vigier), los tabores marroquíes y la división del impulsivo Montsabert (la 3.ª división de infantería argelina, que tendrá a fin de cuentas 4.000 muertos y 12.000 heridos), ocupada Notre-Dame de la Garde el 25 y el fuerte Saint-Nicolas el 27, los defensores de la ciudad capitularon en número de 37.000 (las bajas francesas fueron de 4.000 hombres). Los *maquis*, con 13.000 voluntarios, ayudaron a despejar la ruta de montaña, y los alemanes evacuaron Grenoble el 22, abandonando 43.000 prisioneros, y se retiraron del valle del Ródano del 22 al 28. Amenazados de cerco por la 1.ª división blindada, evacuaron también Lyon. Fue la señal de una retirada general, iniciada el 20 de agosto. Hostigados desde los Pirineos por las F. F. I. del coronel Schneider (en número de 9.000, luego de 25.000), no dejando detrás más que 60.000 hombres de guarnición en las bases del Atlántico (Royan, La Rochelle, Lorient, Saint-Nazaire) (59), 80.000 alemanes, refluyendo de Hendaya y de Burdeos, de Toulouse y de Nantes, hacia Poitiers, y desde allí, lo mismo que desde Limoges y desde Tulle, llegan a Nid, al

(59) El puerto de La Rochelle es respetado, por un acuerdo entre el almirante Schirlitz (que se verá recompensado por ello con una condena francesa a trabajos forzados) y el capitán de fragata Hubert Meyer, de Rochefort (13 de septiembre-18 de octubre). Lo mismo hubiese ocurrido con Royan (donde el almirante Michaheller inició negociaciones el 2 de enero de 1945) si, interpretando al pie de la letra las vengativas instrucciones de De Gaulle en Saintes el 18 de septiembre de 1944, de «reducir las bolsas por la fuerza», Larminat (expulsado por De Lattre como comandante de división pero catapultado el 14 de octubre a «general de Ejército de las Fuerzas francesas del Oeste»), una multitud de 12.000, y luego 73.000 F. F. I. (que esperarán para atacar a que lleguen los zuavos y unos elementos de la 2.ª división blindada en abril de 1945), no hubiera tratado de justificar sus estrellas con una «victoria» sonada. Por desgracia, la mayor relajación reinaba en su Cuartel General establecido en Cognac desde el 13 de noviembre: el ayudante de enlace no se dignó interrumpir su cena para descifrar un mensaje del S. H. A. E. F., anunciando para aquella misma noche un bombardeo previsto los días 10 y 11 de diciembre por un general norteamericano del 6.º ejército (¡en Vittel!), como blanco de entrenamiento para sus pilotos, una escuadra escocesa de la R. A. F., desplazadas sus balizas por el viento desde las puntas de la bahía hacia la ciudad, la arrasaron en la noche del 5 de enero de 1945, matando a 1.800 civiles y a 90 alemanes. Para completar la cosa, en el curso del asalto de abril (que costará a los alemanes 1.000 muertos, 800 heridos y 8.000 prisioneros, y a los franceses 364 muertos y 1.560 heridos), las tropas indisciplinadas de Larminat saquearán las ruinas, provocando una protesta en regla del primer adjunto de Royan.

norte de Autun, punto de reunión donde Blaskovitz resiste desesperadamente hasta el 9 de septiembre antes de evacuar Dijon, el 11, en tanto que la retaguardia (los 20.000 hombres del general Elster) se rinde a los norteamericanos, en Issoudun, el 10.

Las tres cuartas partes del territorio francés se encuentran así liberadas. No sin desórdenes. Aunque, en el sudeste (los siete departamentos de R 2), los comunistas sólo constituyen la mitad de los contingentes F. F. I., numerosos resistentes auténticos se dejan incorporar por el decreto del 23 de agosto al ejército —donde «blanquearán» la 1.ª división de Franceses libres (6.000 negros) y la 9.ª división de infantería colonial (9.200 negros)— y el terror rojo impera en Marsella, bajo el ingeniero Samuel, alias «Aubrac», comisario de la República, y el socialista Leenhardt, y en Lyon (donde la severa represión alemana ha encendido unos odios implacables y donde funcionan 40 «checas»), bajo el comisario marxistoide Yves Farge. Donald Robinson, agregado al 7.° ejército, calculará en 50.000 el número de las víctimas de la zona mediterránea, en el *American Mercury* de abril de 1946; y Frank Mac Millan corroborará su testimonio en *The Tablet* del 7 de enero de 1950. Si semejantes excesos se han producido en una región reconquistada, pero solamente atravesada, por un ejército francés lanzado hacia el Jura y hacia Alsacia en persecución de los alemanes, imagínese lo que ocurrirá en toda la zona del sur del Loire, en las seis regiones constituidas por la ordenanza del 25 de marzo de 1944, donde el vacío creado por el repliegue alemán (tras haberse negado el «gobierno» de Argel, en julio, a poner en pie un contingente de 15.000 a 20.000 hombres, que debía mandar el general Revers, para garantizar el orden) deja las manos libres a los profesionales del alboroto. Allí, más que las F. F. I., mandan las F. T. P. Mientras que en Vichy 578 personalidades son concentradas en el hipódromo, en espera de ser detenidas o internadas, rojos y gaullistas, en todas partes, se disputan el poder.

En Burdeos, donde el mayor Kühneman ha salvado el puerto y los puentes, antes de la evacuación de la ciudad, sin destrucciones, por el general Nake, en la noche del 27 de agosto un agente del I. S., Landis, logra engañar a los jefes de los marxistas, el «coronel» Martel (hijo de un diputado comunista), el «comandante Docteur» (Urbanovitch, un checo nacionalizado ruso), «Doublemètre» y «Soleil» (instalado en el castillo de Thouars), Coustelier (un rufián marsellés), por lo que el coronel Druilh, llegado el primero de Bergerac con una columna de 1.800 hombres, planta cara tanto más fácilmente a sus tropas (6.000 rojos españoles de la «Unión Nacional» y de las «Juventudes españolas de Liberación», llegados de Dordogne y de Toulouse, y 12.000 F. T. P.) por cuanto antaño ha participado en la guerra civil, allende los Pirineos; pero, si bien les impide proclamar los soviets, se necesitarán tres meses para acabar con las exacciones de aquella «guardia cívica republicana»; el comisario Gaston Cuzier es el primero en preconizar «la instauración de un nuevo orden revolucionario» (8-17 de septiembre). En Toulouse (R 4), evacuada el 19 de agosto, el periodista Pierre Bertaux ha reemplazado al comisario designado, Jean Cassou, que ha sido asesinado. Aunque Noirot, alias «coronel Georges», y sus F. T. P. del Lot se han unido a él, el «coronel Ravanel» (subteniente Asher) controla una de las dos emisoras de radio y hace reinar el terror organizando 37 «checas» en la ciudad y ejecutando a 30 personas en Pamiers, en tanto que en Rodez, los guardianes «li-

quidan» a sus prisioneros; a primeros de septiembre, André Philip y Pierre-Bloch se presentan allí para confirmar los poderes de Bertaux (60).

En Limoges (R 5), evacuada el 20 de agosto por el general Gleiniger (que se suicida), la situación es todavía peor. Hijo de un sargento y de una maestra roja, el «coronel» Guingouin, que controla el *maquis* desde el invierno de 1940, procede a 25 ejecuciones, seguidas de 75 condenas oficiales en la ciudad, del 24 de agosto al 6 de octubre, en tanto que en las zonas rurales las víctimas superan el millar (incluidos tres oficiales del ejército secreto, asesinados el 7 de julio (61). Llegado el 5 de septiembre, con las palabras «Comité de Salud Pública» en la boca, el comisario de la República Boursicot carece de poder; a pesar de sus fechorías, Guingouin será elegido alcalde, el 13 de mayo de 1945. En Montpellier (R 3), evacuada en la noche del 21 al 22 de agosto, el «coronel Carrel» hace su entrada el 27, al frente de 9.000 F. F. I. (de los cuales, de 5.000 armados, 3.840 son F. T. P.). Aquel Gilbert de Chambrun es un émulo del «barón rojo» Emmanuel d'Astier, que acaba de proclamar, el 8 de septiembre, su voluntad de que «las potencias del dinero no sigan haciendo la ley», y cubre la nacionalización de las minas de Alès por el comisario de la República, el ingeniero Bounin. De cinco delegados generales, tres son comunistas, flanqueados por dos socialistas, jefes de cuerpos francos. Un antiguo cuartel sirve de prisión y de lugar de tortura; una Corte Marcial pronuncia 50 condenas. En el Aude, los rojos españoles se entregan impunemente a sus venganzas y proceden a 27 ejecuciones en Carcasona. Mientras que el P. C. invita el 2 de septiembre a las milicias «patrióticas» a no integrarse en el ejército de De Lattre para luchar contra los alemanes, sino a servir a la revolución, el coronel Zeller, nombrado adjunto técnico de Chambrun, se esfuerza en neutralizar a este último con diplomacia, en espera de que se marche el 1 de diciembre con el 81.° de infantería (62). Con el apoyo de Lecoeur y de Villon (Ginsburger) en el *buró* del P. C., el C. O. M. A. C. ha llegado a pensar, incluso, en proclamar la República de los Soviets en el Sur de Francia, y para ello ha enviado al coronel Noirot y sus F. T. P. del Lot, como refuerzo, a Limoges.

Disolución de las milicias, a cambio de un pacto con el Kremlin

Viéndose desbordado, De Gaulle, que se ha resignado a pedir a los norteamericanos dos divisiones para restablecer el orden, se vuelve entonces hacia el Kremlin: «He tenido que ir a Moscú y firmar unos acuerdos... para obtener del P. C. el año de respiro que necesitaba», le confesará al coronel Dewavrin, alias «Passy» (que había abandonado sus funciones en el B. C. R. A. para no hacerse cómplice de las intrigas de Emmanuel d'Astier, y recibirá en diciembre las confidencias de André Tixier, ministro del Interior, calculando en unas 105.000 las víctimas de la liberación, y en 400.000 el número de los

(60) En Tulle, del 7 al 9 de junio, los F. T. P. han asesinado a 40 alemanes prisioneros. En Périgueux, el ejército secreto ha reaccionado contra los comunistas, que han ejecutado a 83 personas y multiplicado las exacciones.

(61) En Gueret, los resistentes, que habían fusilado a sus prisioneros, han sido pasados por las armas, gracias a un retorno de los alemanes, por 400 milicianos que, detenidos a su vez el 25 de junio, han sido «liquidados» en Limoges.

(62) En Nimes, donde las bodegas de dos hoteles sirven de cámaras de tortura, se procede al fusilamiento de milicianos hasta el 22 de septiembre. En Béziers, en Sète, unos facinerosos efectúan 500 detenciones. En Perpiñán funcionan dos «checas».

internados»). El «General», que ha amnistiado a Maurice Thorez el 28 de octubre y ha delegado al comandante Christian Fouchet cerca del Comité polaco de Lublin, vuela el 24 de noviembre (en compañía del general Juin, de Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores, de Dejean, de los Asuntos políticos, de Hervé Alphan, de su fiel Palewski y de su amigo el embajador Bogomolov) para entrevistarse con Stalin, con el cual firma el 10 de diciembre un pacto, que la Asamblea ratificará el 21, comportando el compromiso «de no participar en ninguna coalición dirigida contra una de las dos partes contratantes», pacto del que ha hecho el 21 de noviembre la condición previa para la aceptación de la alianza ofrecida por Churchill. Aquella «hermosa y buena alianza» con la U. R. S. S., como él la llama, equivale a pagar la tolerancia de su autoridad precaria en el interior con el alineamiento de su política exterior con la diplomacia del Kremlin (63). Aquella hipoteca no cesará de pesar, al filo de los días, sobre el «poder» gaullista. Al tiempo que convierte a Francia en el único «satélite voluntario» de los Soviets en Europa, implica en lo inmediato, como contrapartida de la disolución de las milicias «patrióticas», la admisión de Maurice Thorez (puesto que De Gaulle no ha tomado al pie de la letra el exabrupto de Stalin: «¡Si Thorez os molesta, hacedle fusilar!») y de otros cuatro comunistas en el gobierno de tipo Badoglio, formado el 21 de noviembre. Aquella formación reemplaza al gabinete provisional constituido el 15 de mayo de 1944 en Argel con cuatro comunistas (Ch. Tillon en Armamento, Marcel Paul en la Producción Industrial, Fr. Billoux en la Economía y Ambroise Croizat en el Trabajo), trasladado a París el 2 de septiembre y modificado el 9 (Bidault reemplaza a Massigli en los Asuntos Exteriores y, en el Interior, Adrien Tixier —que ha pasado la guerra en los Estados Unidos— al «barón rojo» d'Astier, más Jeanneney, veterano de la III República), a fin de obtener el reconocimiento de los Aliados, que no se producirá hasta el 24 de octubre. Aquel gobierno seguirá en funciones hasta el 20 de enero de 1946.

Retirada alemana en el Oeste, a pesar de la embestida de Bastogne

En el intervalo, los restos de los ejércitos alemanes del Oeste han acelerado su retirada. A pesar de la tardía intervención del XV, el del Paso de Calais, los anglo-canadienses han alcanzado el Somme en Abbeville y Amiens el 31 de agosto, y la frontera belga (capturando 40.000 prisioneros) el 2 de septiembre; el 4 han entrado en Amberes, donde permanecerán bloqueados hasta el 28 de noviembre, ya que los alemanes han vuelto a ocupar las bocas del Escalda. En el centro, los cuerpos norteamericanos 5.° y 7.° llegan a las cercanías de Aquisgran (que capitulará el 21 de octubre), Hodges bordea la Westwall, el 3.° ejército de Patton fuerza en Chateau-Thierry el paso del Marne, el 27 de agosto, alcanza el Mosa en Commercy el 31, y llega a las afueras de Metz (20.000 alemanes se han rendido a los yanquis). En el sur, la 2.ª división blindada de Leclerc enlaza con el ejército de De Lattre y los norteamericanos que suben desde Provenza. Pero la ofensiva aliada se hace más lenta. Comprometido en su logística, alargadas sus líneas de comunicación, Eisenhower tiene que acercar y reorganizar sus bases. Y la resistencia alemana se endurece. En la conferencia de Quebec, del 13 al 16 de septiembre, Roose-

(63) Su complacencia no le valdrá siquiera al «General» un asiento de observador en Yalta y en Postdam, de lo que se resiente su amor propio.

velt, siempre bajo la influencia de Harry Hopkins, no ha encontrado nada mejor que adoptar, contra la opinión de Stimson, el plan Morgenthau de destrucción de Alemania, que apunta a reducirla al papel de tierra de labor y de pastos. Tensando sus últimas fuerzas, la Wehrmacht, que el 30 de noviembre habrá perdido en el conjunto de los frentes 1.911.000 hombres (más 1.435.000 desaparecidos), 438.000 mutilados, 774.000 heridos y 278.000 prisioneros, reconstituye y rearma el resto de sus unidades del Oeste (48 divisiones de infantería, más 14 divisiones Panzer y cuatro brigadas blindadas), recluta 20 divisiones de «Volksgrenadieren» con recuperados de todas clases para guarnecer las fortificaciones (24 de agosto de 1944) e incluso unos guardias cívicos con brazal, o «Volkstum» (18 de octubre), restablece un frente continuo, apoyado en los Vosgos y la línea Sigfrido, hasta el canal Albert. Una tentativa de desbordar esas defensas en los Países Bajos, dejando caer las divisiones aerotransportadas británicas 1.ª y 52.ª y una brigada polaca sobre Arnhem, la 82.ª U. S. sobre Nimega y la 101.ª sobre Grave y Eindhoven, por 478 planeadores y 1.544 aviones protegidos por 919 cazas, en tanto que 35.000 hombres atacaban los puentes de Arnhem, se salda con costosos fracasos (7.000 muertos, 8.000 prisioneros), del 17 al 21 de septiembre.

Estimulado por aquel resultado, Hitler gasta sus últimos triunfos en una osada aventura, destinada a separar a través de las Ardenas las 38 divisiones aliadas del norte de las del sur. Precedidas por un lanzamiento de paracaidistas de Skorzeny disfrazados de yanquis sobre la carretera Eupen-Malmédy (que sólo alcanzarán 300, de un total de 1.200), nueve divisiones blindadas (800 tanques), una división motorizada ligera y 14 de infantería, incompletas, aprovechando la niebla, abren el 16 de diciembre en dirección a Lieja una brecha de 100 quilómetros de anchura y 100 de profundidad, hacia Dinant y Givet al norte, y Loramunt al sur (22 de diciembre), pero los norteamericanos resisten el 17 en Bastogne; la falta de carburante paraliza a los asaltantes; el tiempo aclara el 23 y permite a los bombarderos aplastarlos; y los contraataques sobre sus flancos, al norte por el 1^er^ ejército norteamericano, y al sur por el 3.º, del 26 al 28, les obligan a retirarse, después de haber perdido 90.000 hombres (29.000 muertos, 48.000 heridos), contra 77.000 y 700 tanques aliados. Pero el aviso no ha caído en saco roto. Patch y su 7.º ejército se han visto obligados a retirarse para permitir a Patton intervenir hacia el norte; Einsenhower, temiendo otra contraofensiva de 14 divisiones alemanas (seis de ellas de «Volksgrenadieren») en Alsacia, ha dado incluso el 3 de enero la orden a los franceses, que se han negado a ejecutarla, de evacuar Estrasburgo, conquistado (después de Saverna el 23) por la 2.ª división blindada el 25 de octubre de 1944. Por otra parte, el 1^er^ ejército de De Lattre, constituido ahora en grupo independiente, ha entrado en Montbeliard el 17 de noviembre, y su 5.ª división blindada ha penetrado en Belfort el 25, en tanto que el 1^er^ ejército había llegado a Mulhouse y al Rin, el 21 de noviembre, y luego a Colmar, entre el 20 de enero y el 2 de febrero de 1945.

En Yalta, Roosevelt entrega la mitad de Europa a los Soviets

Prácticamente rechazada hasta sus antiguas fronteras, Alemania se veía amenazada a su vez de invasión —en el Oeste por 89 (muy pronto 95) divisiones aliadas, dotadas de 10.000 tanques y de 6.000 aviones (4.000 bombarderos), y en el Este por 167 divisiones rusas de primera línea (27 de ellas

blindadas), más 90 en reserva—, en el momento en que los Tres Grandes se reunían para decidir su suerte. A petición de Roosevelt, formulada el 17 de julio de 1944, y renovada después de la reelección del 14 de noviembre, se reunieron en Yalta, Crimea (lugar escogido por Stalin en diciembre), del 4 al 11 de febrero de 1945. Acechado ya por la muerte, Roosevelt, sólidamente encuadrado por el equipo progresista que conocemos perfectamente (Harry Hopkins, su eminencia gris; Edward Stettinius, sustituto de Sumner Welles como subsecretario de Estado desde el 25 de septiembre de 1943, y secretario de Estado tras la dimisión de Cordell Hull el 27 de noviembre de 1944; el agente comunista Alger Hiss; el embajador en Moscú Averell Harriman junior —hijo del socio de Kuhn-Loeb, comanditario de los Soviets—; Charles Bohlen; el general Marshall; el general del Aire Arnold y, contrastando con el lote, el almirante Leahy), llega lleno de ilusiones y dispuesto a todos los abandonos hacia una Rusia supuestamente en plena evolución (que mima a la Iglesia ortodoxa y que ha reemplazado desde hace un año la Internacional por un nuevo himno ruso). Enfrente de él, el amo del Kremlin está rodeado del sólido Molotov, del astuto procurador Vichinsky (un judío de Odesa), del frío Andrei Gromyko (de la región de Minsk), del embajador Maisky (otro judío, ex menchevique), del brillante general Antonov, del macizo almirante Kuznetsov y del turbulento Losovsky (judío del servicio de prensa). Winston Churchill, que se ha entrevistado con Roosevelt del 30 de enero al 2 de febrero de 1945, pero que teme por encima de todo un «aparte» entre los dos supergrandes, está particularmente en guardia; además de Anthony Eden, sir Alexander Montagu Cadogan, del Foreign Office, el embajador sir Archibald Clark Kerr, un escocés, su escolta es sobre todo militar (el mariscal Alan Brooke —que considera al general Marshall como a un hombre peligroso—, el mariscal del Aire Portal, el mariscal Alexander, el almirante Cunningham y el general Ismay).

Sobre el reparto de las zonas de ocupación en Alemania (decidido ya en principio en Quebec: el 40 % del territorio y el 38 % de la población, para la U. R. S. S.; la zona Noroeste, para los Estados Unidos), el entendimiento es fácil; a petición del Premier británico, Francia, admitida el 11 de noviembre en la Comisión consultiva europea, e «in extremis» en la Comisión de Control, recibe su parte de la zona aliada de ocupación (5 de febrero). Pero, sobre las reparaciones, los días 5 y 7 de febrero, la discusión es ardua: los rusos pretenden reducir en un 80 % la industria pesada alemana, llevarse por un período de dos años fábricas y maquinaria y, durante los diez años siguientes, hacerse entregar, sobre un total de 20 millones de dólares, 10 millones, contra ocho para sus dos socios, y los dos restantes a repartir... entre los demás. En el intervalo, en efecto, James Warburg (el hijo de Paul y de Nina Loeb, director de la «Office of War Information» desde el otoño de 1943, autor en 1944 del libro *Foreign Policy begins at home*, partidario del mantenimiento de la unidad alemana e incluso de sus fronteras orientales, aun estimando que no hay nada que temer de las ambiciones soviéticas), hostil al plan Morgenthau, se ha esforzado en convencer a Roosevelt de que debe renunciar a las imprudentes posiciones que ha adoptado en Quebec. El abandono de la línea Curzon como límite oriental de Polonia (aceptado ya en Teherán), entraña naturalmente el traslado de la frontera alemana al Oder y al Neisse, así como las correspondientes transferencias de poblaciones (6 de febrero). Para no perder del todo la cara, las «democracias occidentales» se

limitan a reclamar la introducción de algunos miembros del gabinete en el exilio de Londres —en proporción de las dos quintas partes— en el gobierno de Lublin a las órdenes de Moscú —expediente provisional—, la celebración de elecciones libres de sufragio universal y escrutinio secreto (cuyo control renuncian finalmente a exigir) y, para tranquilizar su conciencia, reafirman el principio del «derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la cual vivirán» (6, 8, 9 y 10 de febrero). Sobre todos esos puntos que, a fin de cuentas, sólo interesaban a Europa, Roosevelt ha cedido con tanta más facilidad por cuanto ha llegado con dos preocupaciones esenciales: comprometer a Rusia en la guerra contra el Japón, y entenderse con ella sobre la organización futura de las Naciones Unidas. Stalin, habiéndole comprendido inmediatamente, se hace pagar la promesa de declarar la guerra al Japón, tres meses después del final de las hostilidades con Alemania, a buen precio (indicado ya a Harriman, el 14 de diciembre de 1944): la Mongolia exterior, el control del ferrocarril sudmanchuriano, el restablecimiento del arriendo de Port-Arthur y Dairen (a costa de China), las islas Kuriles, el sur de Sajalin (a costa del Japón), un mandato a tres, China incluida, sobre Corea e Indochina (8 de febrero). Al día siguiente, Alger Hiss formula incluso la cuestión del conjunto de los mandatos y de los territorios protegidos, la creación de un organismo internacional encargado de la administración de las ex colonias que ya ha sido previsto, a propósito del Pacífico, por la conferencia de Hot Springs, el 17 de enero de 1945. Esto, naturalmente, tiene la virtud de sacar de quicio a Churchill. En lo que respecta a las Naciones Unidas, los días 6, 7 y 8 de febrero se examina el proyecto establecido por Cordell Hull a finales de diciembre de 1943, estudiado por una comisión de ocho senadores, bajo la dirección del demócrata Tom Connally y del republicano Vandenberg, en abril-mayo, que ha sido previamente sometido en Dumbarton Oaks (21 de agosto-7 de octubre) a la aprobación de los rusos (los cuales, habiendo reclamado primeramente 16 escaños, se han contentado con tres o cuatro, del 21 de agosto al 28 de septiembre) y de los chinos (29 de septiembre-7 de octubre). En tanto que el Premier inglés se erige en defensor de las pequeñas naciones, Stalin, que en el fondo preferiría un Pacto a Tres, sólo acepta el principio de la O. N. U. a condición de que se reconozca a los Grandes un derecho de veto, pero se muestra dispuesto a aceptar también tres escaños para los Estados Unidos. A fin de cuentas, se decide que el 25 de abril de 1945 se reunirá una conferencia en San Francisco, a fin de poner en pie la nueva organización.

Paso del Rin: invasión de Alemania

Entretanto, la Wehrmacht no tarda en quedar sumergida bajo la masa de sus adversarios. En el oeste, donde intervienen 96 divisiones, 15 de ellas blindadas, y 6.000 aviones, contra 67 divisiones incompletas, mandadas por Kesselring el 8 de marzo, la línea Sigfrido es atacada. Del 8 al 23 de febrero, los anglo-canadienses han luchado en torno a Clèves, ocupándola el 12, lo mismo que las ruinas de Colonia el 6 de marzo, y Bonn el 8. Los norteamericanos se adentran en los macizos renanos del Roehr y del Eiffel (ejércitos U. S. 9.°, 1.° y 3.°), luego en el Hunsrück y el Palatinado (7.° ejército y cuerpo francés) del 14 al 25 de marzo, de modo que habiendo reunido el 24 sus tres cabezas de puente al este del Roehr, el 14 de marzo bordean el Mosela hasta Coblenza. Habiendo encontrado un puente milagrosamente

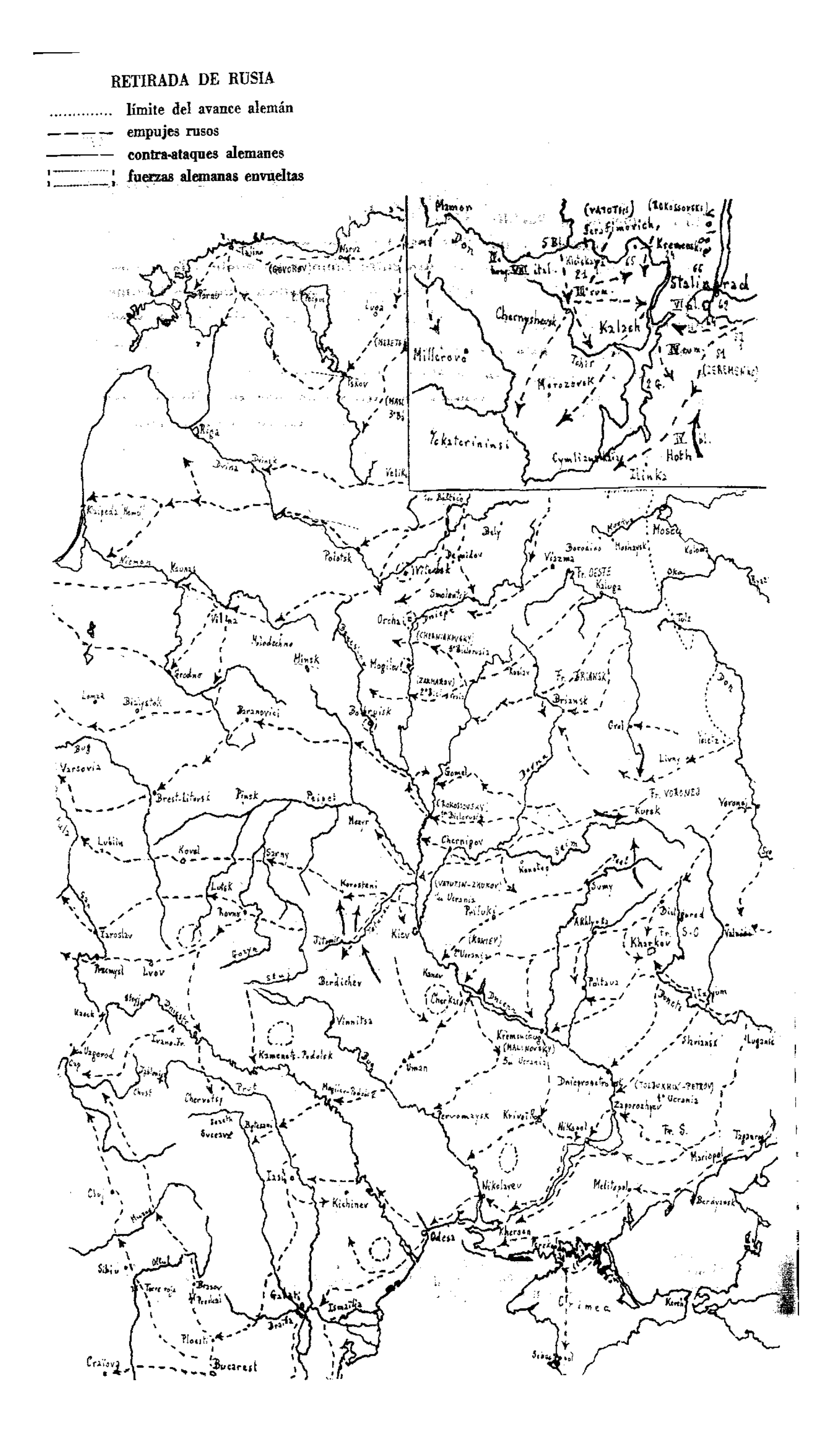
intacto en Remagen, el 1.°, de Horges, franquea el Rin el 7 de marzo; pero Bradley no se decide a modificar sus planes y el enclave sólo se amplía 15 quilómetros en diez días. Sin embargo, el 3.°, de Patton, cruza el río el 23 al sur de Maguncia y dos días más tarde los norteamericanos poseen tres bases de partida, una en Wesel, otra entre Bonn y Neuwield y la tercera en Oppenheim. Desde allí, los ejércitos aliados se extienden tanto más fácilmente por toda Alemania por cuanto que, por aquel lado, la resistencia se debilita (900.000 alemanes serán hechos prisioneros entre el 1 y el 20 de abril), para concentrarse en el Este, contra los soviéticos. Por un instante, la muerte de Roosevelt, producida el 12 de abril, suscitará incluso la esperanza de una posible entente con los occidentales. Aconsejado por su adjunto, Walter Schellenberg, que se ha entrevistado ya con el conde sueco Folke Bernadotte los días 12 de febrero y 2 de abril, y le verá de nuevo el 23 en Flensburg, Himmler en persona se entrevista con este último, en la noche del 23 al 24, en el sanatorio de Hohenlychen, cerca de Lübeck (tras haber intentado rendirse a los norteamericanos, en Bremerhaven, el 21 de mayo, se envenanará el 23). Delante de Keitel y de Jodl, el 22 de abril, Hitler ha hablado de confiar a Goering la tarea de negociar, pero el mariscal, aconsejado por el general Koller, comete el error de pedirle instrucciones al día siguiente, y el Führer, empujado por Bormann, anula sus disposiciones del 29 de junio de 1941, le proclama desposeído de su sucesión y nombra en su lugar al almirante Doenitz.

Doenitz no tardará en verse obligado a capitular, ya que los anglo-canadienses progresan sobre tres ejes: desde Groninga hacia Brema (el 26 de abril) y Hamburgo (alcanzado el 4 de mayo); desde el norte de Münster al Elba, luego a Lübeck (2 de mayo) y a Wismar (3 de mayo); y desde Münster, el 2 de abril, a Minden (5 de abril) y a Bunswick; y los norteamericanos de los ejércitos 9.° y 1.°, salidos de Colonia y del sur de Wesel, tras haberse apoderado del Ruhr haciendo 80.000 prisioneros del 1 al 18 de abril, avanzan, los unos por Paderborn, Hanover (10 de abril), sobre Magdeburgo y el alto Elba (18 de abril), los otros desde Cassel (3 de abril), por Halle y Leipzig (14 de abril), hacia Torgau sobre el Elba, alcanzado el 25 de abril, en tanto que los del 3er ejército (Patton) penetran, los unos en Gotha (5 de abril), Erfurt y Chemitz, y los otros, por Würzburgo (5 de abril) y Bayreuth, se lanzan hacia Praga, y que el 7.° ejército, abierto en abanico, procede a partir del 19 de abril a la ocupación de Baviera, ganando desde Bayreuth y Ratisbona (27 de abril), a la vez Linz y Salzburgo (4 de mayo) —por otra parte Nuremberg (19 de abril) e Ingoldstadt (27 de mayo)—, y también Stuttgart (22 de abril), Ulm, Munich (29 de abril), y desde allí Insbruck y el Brenero (4 de mayo), en tanto que el ejército de De Lattre, desde Spire, por Constanza (26 de abril) y Bregenz, llega a Berchstesgaden también el 4 de mayo (64).

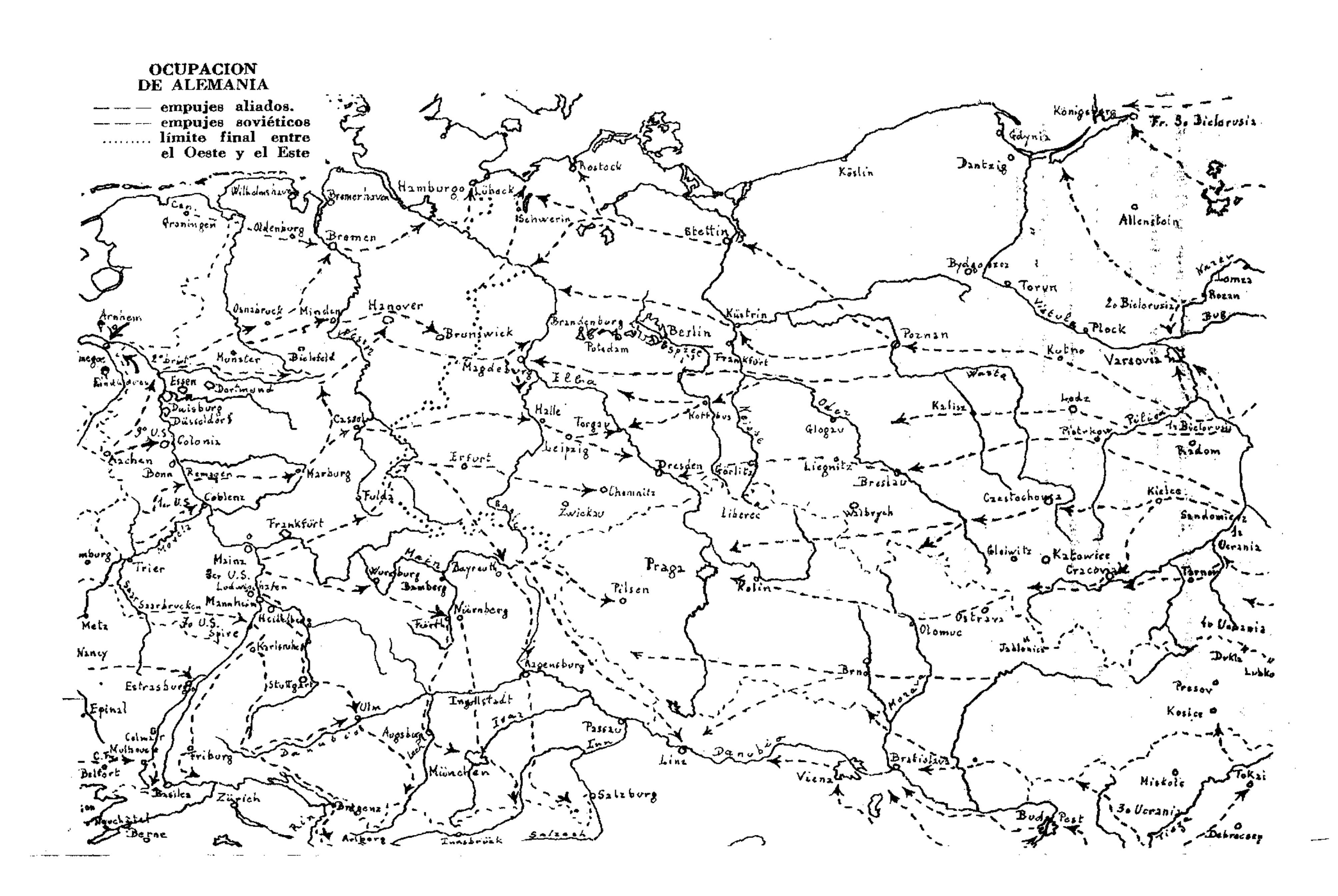
El Reich, sumergido por los ejércitos rojos; aplastado bajo las bombas

En el frente del Este, marcado por el Niemen, el Narev, el Vístula, el Wisloka y los Cárpatos, a principios del año 1945, 102 divisiones alemanas, más 33 blindadas (1.200 tanques), dotadas de 8.000 cañones, se esfuerzan en

(64) A pesar —o a causa— de sus victorias, el general De Lattre será sustituido por Koenig en el alto mando y en el mando de las tropas francesas de ocupación, el 1 de agosto de 1945, por decisión de De Gaulle.


RETIRADA DE RUSIA
límite del avance alemán
empujes rusos
contra-ataques alemanes
fuerzas alemanas envueltas
Mamon
Don
Serafimovich
Stalingrad
Chernyshevsk
Kalach
Millerovo
Morozovsk
Tchir
Yekaterininsi
Hoth
Ilinka
Narva
Luga
Pskov
Riga
Dvina
Dvinsk
Velik
Niemen
Kaunas
Polotsk
Vitebsk
Bely
Viazma
Borodino
Moscu
Kaluga
Oka
Smolensk
Orcha
Vilna
Molodechno
Minsk
Mogilev
Grodno
Lomza
Bialystok
Baranovici
Bobruisk
Briansk
Orel
Livny
Bug
Varsovia
Brest-Litovsk
Pinsk
Gomel
Kursk
Voronej
Lublin
Kovel
Sarny
Mozyr
Chernigov
Lutsk
Rovno
Korosteni
Kiev
Sumy
Jitomir
Jaroslav
Przemysl
Lvov
Berdichev
Kanev
Kharkov
Poltava
Izyum
Vinnitsa
Kremenchug
Kamenets-Podolsk
Uman
Dniepropetrovsk
Zaporozhiev
Prut
Pervomaysk
Nikopol
Mariopol
Nikolayev
Melitopol
Kichinev
Odesa
Kherson
Cluj
Sibiu
Brasov
Galati
Ismailia
Crimea
Kerch
Ploesti
Craiova
Bucarest

contener la embestida de las fuerzas soviéticas que disponen de una superioridad aplastante en hombres y en armamentos (sobre 500 divisiones diezmadas, 167 de primera línea, 27 de ellas blindadas, y 90 de reserva; 41.000 cañones y «organillos de Stalin», 6.300 tanques —algunos, muy pesados, armados con piezas de 122 mm.— y 8.400 aviones). Con 60 divisiones, 12.000 cañones y ocho brigadas blindadas, el 12 de enero, Koniev (comandante del 1er frente de Ucrania) ataca la cabeza de puente de Sandomir (en la orilla izquierda del San), reconquista Radom, invade Silesia, franquea el alto Oder a primeros de febrero, cerca Breslau (que resistirá hasta el 4 de mayo), y ocupa Glogau. Más al norte, la Prusia oriental, encerrada entre dos tenazas —por Tcherniakovsky (un judío, comandante del 3er frente de Rusia blanca), viniendo del este el 13 de enero, hasta Tilsitt el 20 de febrero, y por Rokossovsky (comandante del 2.° frente de Rusia blanca), que, remontando desde la región norte de Varsovia, desciende al Vístula hacia Tallin, y desde allí se despliega en abanico, alcanzando Küstrin y el Báltico, Stettin (26 de abril), Dantzig y Rostock, el 2 de mayo. En la bolsa así formada, el general Hilper y unas 35 divisiones (470.000 hombres resistirán durante ciento un días los asaltos de 50 divisiones de infantería y de 10 divisiones blindadas soviéticas, a fin de evacuar por mar un millón y medio de civiles, antes de ver cómo los británicos les niegan el derecho a hacer otro tanto para rendirse. Cubierto por la ofensiva de Koniev, Jukov (comandante del 1er frente de Rusia blanca) ocupa Kielce el 15, Radom el 16, Varsovia el 17, y Poznan en el Wartha. Czestochowza cae el 17, Lodz y Cracovia el 19. Con el apoyo de Petrov (comandante del 4.° frente de Ucrania), 180 divisiones rojas y 27 unidades blindadas de primera línea (y 90 en reserva) empujan delante de ellas los restos de 120 divisiones alemanas, 30 de ellas Panzers, a través de Silesia, alcanzan Gorlitz en el Neisse el 23 de febrero y Francfort en el Oder. A pesar de las bajas irreparables (cerca de 800.000 hombres y 350.000 prisioneros en cuarenta días), los alemanes lanzan aún al contraataque, desde Sturgard hacia Lansberg, del 16 al 18 de febrero, 30 divisiones, ocho de ellas blindadas (12 de marzo), a las cuales las Panzer S. S. de Hungría se esfuerzan en tender la mano; desembocando el 5 de marzo, se acercan al Danubio el 15, cuando la escasez de gasolina y de municiones frena su avance. Por su parte, la ofensiva rusa pierde impulso y se detiene momentáneamente en el Oder. Pero, más al sur, el frente se desintegra. Tres ejércitos soviéticos maniobran en aquella zona. Si, en los Cárpatos, Petrov ha sido contenido largo tiempo en el puerto de Doukha, Malinovsky, establecido de Oradea Mare a Targu-Mures en Rumanía el 29 de septiembre, ha alcanzado Szolnok el 10 de octubre, Szegedin el 11, y se ha apoderado de Debreczen, que resistía desde el 9, el 20 de octubre. Desde sus posiciones de Temisoara a Csaribrod, Tolbukhin ha avanzado hacia el lago Balaton, donde ha llegado el 6 de diciembre. Rodeado por aquellas acciones convergentes, del 1 de noviembre al 25 de diciembre (los barrios de Ujpest y de Csepel ocupados los días 13 y 26 de noviembre), Budapest cae el 14 de febrero de 1945. Entre los días 8 y 25 de diciembre, la última línea de defensa, el Ostwald, Szekesfehervar (que no caerá hasta el 3 de abril), lago Balaton-Nagikanizsa, se ha hundido. Entonces, Petrov avanza hacia Brno, Malinovsky penetra en Györ el 28 de marzo, ataca Bratislava el 4 de abril y Viena (que resiste del 7 al 13 de abril y donde captura 130.000 prisioneros), en tanto que Tobulkhin alcanza Gratz el 30 de marzo.


OCUPACION
DE ALEMANIA
empujes aliados.
empujes soviéticos
límite final entre
el Oeste y el Este
Königsberg
Fr. 3. Bielorusia
Gdynia
Dantzig
Köslin
Allenstein
Rostock
Hamburgo
Lübeck
Bremerhaven
Wilhelmshaven
Schwerin
Stettin
Oldenburg
Bremen
Groningen
Bydgoszcz
Toryn
Narew
Lomza
Rozan
2o Bielorusia
Bug
Plock
Vistula
Hanover
Brunswick
Osnabruck
Minden
Arnheim
Brandenburg
Berlin
Potsdam
Küstrin
Frankfurt
Poznan
Kutno
Varsovia
Munster
Bielefeld
Magdeburg
Elba
Essen
Dortmund
Duisburg
Düsseldorf
Cassel
Halle
Torgau
Kottbus
Oder
Glogau
Kalisz
Lodz
Warta
Pilica
Piotrkow
1o Bielorusia
Radom
Colonia
Aachen
Bonn
Remagen
Marburg
Erfurt
Leipzig
Dresden
Görlitz
Liegnitz
Breslau
Czestochowa
Kielce
Coblenz
Fulda
Chemnitz
Zwickau
Liberec
Walbrzych
Sandomierz
Frankfurt
Mainz
Trier
Mosela
Praga
Gleiwitz
Katowice
Cracovia
Tarnow
Ucrania
Wurzburg
Main
Bayreuth
Bamberg
Pilsen
Kolin
Saarbrucken
Mannheim
Heidelberg
Nürnberg
Fürth
Ostrava
Olomuc
Metz
Nancy
Spire
Karlsruhe
Jablonica
4o Ucrania
Dukla
Lubko
Estrasburgo
Stuttgart
Regensburg
Brno
Presov
Epinal
Ulm
Ingolstadt
Isar
Passau
Inn
Kosice
Augsburg
Danubio
Linz
Viena
Bratislava
Colmar
Mulhouse
Belfort
Friburg
Basilea
München
Salzburg
Miskolc
Tokai
Zurich
Bregenz
Rin
Budapest
3o Ucrania
Tisza
Neuchatel
Berne
Arlberg
Innsbruck
Salzach
Debrecen

Asesinato del Duce. Suicidio del Führer. «¡Vae Victis!»

Se representa el último acto del drama. Después de cuatro días de lucha encarnizada (del 16 al 20 de abril), librada a seis contra uno en efectivos humanos, a 20 contra uno en tanques, a 10 contra uno en artillería (22.000 piezas contra 2.200), el ejército rojo fuerza el paso del Oder. Ampliamente desbordada al norte por Rokossovsky, llegado el 18 de abril al sur de Stettin, y al sur por Koniev que, franqueando el Neisse aquel mismo día, penetra hasta 15 quilómetros al sur de Postdam y empuja hacia Magdeburgo, atacada de frente y cogida entre dos pinzas por Jukov (que se encontrará el 20 de abril a 20 quilómetros de Spandau y enlazará en Torgau el 25 con los norteamericanos), la capital alemana se dispone a sufrir el último asalto de los rojos. Los bombardeos aliados, redoblados durante la invasión, la han reducido (especialmente el del 3 de febrero) a un montón de escombros, lo mismo que Leipzig y Dresde (invadida por tres millones de refugiados, donde los días 13-14 de febrero 135.000 civiles morirán entre las llamas de un incendio provocado por las bombas de fósforo de los «Lancaster» del mariscal del Aire sir Arthur Harris, incendio que duró cuatro días, sin que la estación de maniobra fuese alcanzada), Emdel, Wesel y tantas otras ciudades. En total, aquellas matanzas sistemáticas causan 593.000 muertos y 620.000 heridos graves, lo que eleva el número de bajas de la población civil alemana a 1.800.000 muertos y heridos, con 363.000 inmuebles destruidos. En aquel final digno de Wagner, desde el fondo del bunker de la Cancillería, el Führer dirige la suprema resistencia. Pero el socorro esperado para tapar la brecha abierta en Postdam entre las tres divisiones Panzer S. S. de Steiner, el ejército de Heinrich que flanquea al norte y el IX de Banse al sudeste, se desvanece con el ejército de Wenck (12 divisiones concentradas primeramente alrededor de Hamburgo contra el flanco de los norteamericanos, de las cuales únicamente tres llegan a las proximidades de la capital). En vano, para abrirle un acceso hacia el Havel, cuando los suburbios han sido alcanzados el 22, la ciudad rodeada el 25 y el aeródromo de Tempelhof perdido el 27, del 25 al 28, las Juventudes Hitlerianas (de las cuales quedarán 500 supervivientes de un total de 5.000) se hacen diezmar en torno a Pichelsdorf. Renunciando a organizar un «reducto bávaro» alrededor de Berchstesgaden, Hitler, para escapar a los invasores soviéticos, decide el 30 de abril suicidarse en compañía de Eva Braun y del doctor Goebbels y su familia.

Dos días antes, Mussolini, a raíz de la capitulación de la Wehrmacht en Italia el 22 de abril, y de una entrevista preparada por el cardenal Schuster en Milán el 25 con el Comité de Liberación, ha intentado llegar a Suiza, llevándose su correspondencia con Laval y Churchill. Interceptado en Dongo el 27, cuando se ocultaba en un convoy alemán, fue ejecutado el 28 a las 16 horas, delante de la villa «Belmonte», a orillas del lago de Como, con Clara Petacci, por el comunista Walter Audisio, llamado «coronel Valerio», ya que el general Cadorna no tenía demasiado interés en que los norteamericanos organizaran su proceso. Su cadáver, los de su amante y de 16 jerarcas fascistas (entre ellos Achille Starace), fueron a continuación ignominiosamente expuestos en Milán, desnudos y cabeza abajo, a los insultos del populacho.

La venganza de Israel es completa. Alimentado con la mística «Hitler para mil años», el III Reich no ha podido edificar su Imperio. Si hubiera vivido,

Saint-Yves d'Alveydre no habría dejado de calificar aquella tentativa de «Revuelta de Segundo Orden», análoga a la que logró edificar la «paz romana», y que sólo las invasiones bárbaras, desencadenadas a propósito, consiguieron abatir. Sin embargo, aquella venganza no será satisfecha más que en Nuremberg (aunque Goering tape la boca del primer fiscal que se enfrenta con él, el norteamericano Jackson, y escapa a sus verdugos envenenándose, lo mismo que el doctor Ley, con cianuro), con la condena, no sólo de los responsables de los horrores de los campos de la muerte (discípulos de los asesinos de los boers, émulos de los chequistas de Holmogor y de Katyn), sino también de los diplomáticos, de los militares y de los altos funcionarios, cuyo delito principal había sido el de obedecer las órdenes de su Führer y haber sido vencidos.

«¡Vae Victis!»

Pero, si se ha satisfecho una venganza (65), ¿lo ha sido la Justicia? Los verdaderos fautores de guerra, Roosevelt, su pandilla y sus cómplices británicos, servidores de los jefes del Judaísmo, responsables de las matanzas en masa de civiles del «Murder» llamado «Strategic Command» —genocidio tan reprochable como cualquier otro—, escapan a sus rigores. Sin embargo, han echado en holocausto a aquella venganza 50 millones de seres humanos, casi la mitad de ellos no beligerantes (en 1914-18, la proporción de estos últimos había sido únicamente de 1/20), es decir, del lado del Eje, 4.5000.000 alemanes (el 20 % civiles) y 310.000 italianos (150.000 civiles), más 700.000 prisioneros desaparecidos en la U. R. S., y del otro, de 13 a 17 millones de soviéticos, cinco millones de polacos, 1.200.000 civiles y 300.000 militares yugoslavos, 350.000 civiles y 250.000 militares franceses, 326.000 militares y 62.000 civiles británicos, 140.000 civiles y 20.000 militares griegos, 200.000 holandeses, 120.000 belgas y solamente 300.000 norteamericanos, exclusivamente militares. Más 1.500.000 japoneses y 2.200.000 chinos (según las cifras facilitadas por Latrille, *Historia de la Segunda Guerra Mudial*, y por Lesourd, en su *Historia Económica*).

(65) Condenados el 30 de septiembre de 1946, Joachim von Ribbentrop, el mariscal Wilhelm Keitel, el general Alfred Jodl, Julius Streicher, Ernst Kaltenbrunner, Fritz Sauckel, Hans Frank, Arthur Seys-Inquart, Wilhelm Frick y Alfred Rosenberg, serán ahorcados en las primeras horas del 16 de octubre de 1946, y Walter Funk (Economía), el almirante Karl Doenitz, Baldur von Schirach (Juv.) y Albert Speer (a pesar de haber evitado las destrucciones previstas), internados, los dos últimos hasta 1966, en la fortaleza de Spandau, en compañía de Rudolf Hess. La caza de nazis, marcada aún por la ejecución del general Sepp Dietrich y del mariscal Fernand Schoerner en enero de 1947, dirigida desde Dusseldorf por un tal Karl Marx, apunta en primer lugar a los S. S.; desemboca en la ejecución de unos 20.000 prisioneros alemanes; en mayo de 1956, en vista de que se estaban instruyendo aún 13.000 sumarios, el plazo de prescripción se prorrogó en cinco años.

VI PARTE

DECADENCIA DE OCCIDENTE

CAPITULO XXXIV

EUROPA HUMILLADA: ESCLAVIZADA O AVASALLADA

La maldición del «American Hebrew» va a verse plenamente cumplida.

Del viejo continente que ha servido de campo de batalla, la mitad caerá bajo el vasallaje económico y financiero de los Estados Unidos, y la otra, entregada al terror rojo, será sometida a deportaciones en masa y a un yugo del que ni siquiera las épocas bárbaras ofrecen un término de comparación.

La Europa central, abandonada a los Soviets

En tanto que los soviéticos entran en Berlín (cuya conquista les ha costado 70.000 hombres, y 90.000 a los alemanes), en la noche del 1 al 2 de mayo de 1945, el almirante Doenitz, nombrado por Hitler sucesor suyo, encarga el 3 de mayo al almirante de la flota submarina von Friedburg que solicite cerca de Montgomery un armisticio que Eisenhower rechaza de buenas a primeras, de modo que la capitulación de Alemania no será firmada hasta el 7 de mayo en Reims por el general Jodl (1). Obedeciendo instrucciones de Roosevelt, y de acuerdo con el protocolo ruso-norteamericano del 12 de septiembre de 1944, el propio Eisenhower, de acuerdo con Marshall, había notificado a Stalin el 28 de marzo, sin consultar con los británicos, que le cedía el honor de ocupar Berlín. Fiel a las intenciones del presidente desaparecido, haciendo caso omiso de los consejos del embajador Lawrence Steinhardt, deja ahora que el amo del Kremlin ocupe no sólo Budapest y Viena, sino también Praga. Por ello, al haber alcanzado Patton la línea Isek-Borun-Rakovitz, a 30-50 quilómetros de la capital checa (donde ha estallado una insurrección que costará 2.000 muertos), le ordena que se retire 60 quilómetros más atrás, sobre las posiciones Budweis-Budejovice-Pilsen, Carlovy-Vary, sobrepasadas el 5 de mayo, a fin de permitir a las tropas de Koniev que entren en la ciudad el 9, llevando en sus furgones a Edouard Benes, que llegará el 16. En la coyuntura, los rusos han dejado abandonados a su suerte, como en Varsovia,

(1) El general Schoerner continuará la lucha hasta el 14 de mayo. La resistencia de Breslau, que no se rindió hasta el 4 de mayo, terminó con una carnicería. Se calcula en tres millones el número de civiles víctimas de las exacciones, de las violaciones y de las matanzas a las que se entregó el ejército rojo en las regiones orientales de Alemania.

como a los eslovacos sublevados en Banska Bystria en el otoño de 1944, a los checos insurreccionados en Praga ante la proximidad de los Aliados. Y, abandonando del 2. de junio al 1 de julio Lübeck, Wismar, Schwerin (Mecklemburgo), Halle, Leipzig, Torgau, Chemnitz (Sajonia) y también Erfurt y la Turingia (que Churchill deseaba conservar como garantía de las elecciones polacas), a cambio de la seguridad de una simple participación en la ocupación de Viena (2 de julio) y de Berlín (11 de julio), sin exigir el libre acceso a la capital, el comandante en jefe norteamericano situará a las fuerzas aliadas sobre la línea de demarcación Lübeck-Eisenach-Adriático, sobre la cual cae lo que Churchill llama ya, en un despacho a Truman, «la cortina de hierro que ha descendido sobre su frente». Deseoso de poner un dique a la inundación soviética que sumerge a la Europa oriental, el Premier británico ha declarado en la televisión que «sería inútil castigar a los hitlerianos por sus crímenes, si el reinado de la ley y de la justicia no debía ser establecido, y si unos gobiernos totalitarios y policíacos debían ocupar el lugar de los invasores alemanes».

Las Naciones Unidas, club cerrado de las democracias

Esto, en el momento en que el novato Truman (Harry Salomon Schripp, alias «Truman», hijo de un agricultor del Missouri, camisero en Kansas City, que ha entrado en el Senado gracias al apoyo del gangster Pendergast —que terminará en presidio)—, vicepresidente llamado a suceder a Roosevelt el 12 de abril, sin que este último le haya puesto al corriente de los asuntos, nombra al agente comunista Alger Hiss como representante suyo en la conferencia de San Francisco, encargada el 20 de abril de poner en pie la Organización de las Naciones Unidas. El pertenecer a aquel club de las Democracias queda inmediatamente subordinado a la participación efectiva en la cruzada contra el nazismo. En río de Janeiro (15-28 de enero de 1942), Sumner Welles había pretendido ya imponer a las repúblicas sudamericanas la ruptura con el Eje; Méjico, el 1 de junio, y Brasil, el 22 de agosto, se habían inclinado; Chile rezongó hasta el 20 de enero de 1943; Argentina se negó, y no se resignó a ello (después de la congelación de sus haberes en los Estados Unidos por Morgenthau, golpe de Estado del general Ramírez el 4 de junio de 1943, derrocado a su vez por el general Farrell y el coronel Juan Domingo Perón) hasta la conferencia de Méjico, en noviembre de 1944. Después de lo cual, Washington decretó que el último plazo para declarar la guerra a la Alemania nazi sería el 1 de marzo de 1945. Con esta condición, Argentina fue admitida, el 23 de abril. Pero España quedó excluida (2), a propuesta de Paul Boncour

(2) A una advertencia del general Franco contra el peligro de entregar Europa a los Soviets (6 de enero de 1943), reiterada el 21 de febrero, después de la caída de Stalingrado, sir Samuel Hoare ha contestado el 25 que «la influencia británica será la más fuerte... apoyada (como lo está) por una enorme potencia militar» (!!!). Pero, a pesar del relevo de Serrano Suñer por el general Jordana, y del general Varela (contra el cual un atentado en Bilbao, el 15 de agosto de 1942, ha causado 72 víctimas) por el general Asensio Cabanillas, en el seno del gabinete de Madrid; a pesar de la limitación de las entregas de wolframio a Alemania exigida por Hayes, bajo amenaza de cortar el suministro de carburantes (desde finales de abril a junio); a pesar de la retirada de la «División Azul» el 12 de octubre de 1943, y a pesar de las seguridades de Churchill en los Comunes («Nunca olvidaré el inmenso servicio que España prestó» en 1940 y 1942), sir Samuel Hoare no deja de intrigar con el duque de Alba para eliminar la Falange y oponer al general Franco (24 de mayo de 1944) a Juan de Borbón, conde de Barcelona, educado en la marina británica, que se desacredita a los ojos de su pueblo con su manifiesto del 19 de marzo de 1945 y sus declaraciones posteriores en el *Observer*.

y de Méjico, «descartada de las organizaciones mundiales», se precisará en San Francisco, al igual que «las naciones cuyos regímenes han sido establecidos con la ayuda de las fuerzas armadas que han combatido a las Naciones Unidas, mientras esos regímenes permanezcan en el poder». En Europa, Turquía, que ha mantenido su neutralidad contra viento y marea durante todo el conflicto, sólo se ha dejado doblegar cuando el desenlace no ofrecía dudas, después de Yalta, y a cambio de un crédito de 500 millones de dólares.

Los «rojos» de Lublin impuestos en Varsovia

De todos modos, la primera reacción del Club ha sido negarse a admitir como representante de Polonia al gobierno de Lublin (reconocido únicamente por la U. R. S. S., el 5 de enero de 1945, por Benes en Londres el 31 de enero y por De Gaulle), gobierno cuyo jefe Bierut ha firmado el 22 de abril un tratado de amistad con Rusia, pero cuyos excesos son tales que Averell Harriman (miembro con sir Archibald Clark Kerr y Molotov de la comisión tripartita creada en Yalta) advierte a Truman que «Stalin está a punto de romper sus compromisos», lo que provoca la entrega de una nota de advertencia a Molotov («Si se revelara como imposible... llevar a la práctica las decisiones de Yalta... la confianza y la unión de los tres grandes recibirían un golpe muy duro»), una reacción de Churchill (curado de sus ilusiones: «No conozco ningún gobierno que mantenga con más firmeza sus promesas, aunque sea en detrimento suyo, que el gobierno soviético», ha tenido la imprudencia de declarar en los Comunes, el 27 de febrero de 1945): «Soy aún más pesimista que usted. Lo soy sobre el futuro de toda Europa, lo mismo que sobre el de Polonia», y el envío de Harry Hopkins a Moscú (tras una reducción inmediata, el 18 de mayo, de la ayuda préstamo-arriendo a la U. R. S. S.). En el curso de seis entrevistas con Stalin, la eminencia gris de Roosevelt logra, el 25 de mayo, descartar las objeciones rusas al procedimiento del Consejo de Seguridad, lo que permite la firma de la Carta de las Naciones Unidas el 26 de junio de 1945, pero se limita una vez más a las buenas palabras en lo que respecta a Polonia (4 de junio). El resultado no se hace esperar: el nuevo gabinete de Varsovia, constituido el 27 de junio, cuenta, sobre un total de 21 ministros, con 14 del equipo de Lublín... que no tardarán en eliminar a los otros. Tras haber descartado como indeseables al partido nacional y al de los trabajadores cristianos (Karol Popiel), los rusos han atraído a una emboscada en casa del general Ivanov y detenido el 27 de marzo a los jefes de la resistencia (Jan Jankovski, vicepresidente, Kasamierz Puzak, presidente del Parlamento secreto, el coronel Leopold Okulicki, comandante del Ejército del Interior disuelto, 13 representantes de los cuatro partidos clandestinos, y el 31 de marzo, a Wincenty Witos, presidente del partido campesino), antes de condenarles el 2 de junio a penas de prisión. Adoptadas aquellas precauciones, y mantenido al margen el cardenal Sapieha, han conducido de tal modo las negociaciones entre elementos de Lublín de Londres y de Varsovia, del 12 al 14 de junio, y luego el 17, que después de haber intimidado a Stanzyk (sacado de la cárcel), sólo han concedido la primera vicepresidencia a Wytos, la tercera a Grabski, y seis carteras (entre ellas la de Agricultura) a los campesinos, acuerdo que Harriman y Kerr se han negado a ratificar. Finalmente, Mikolaczyk (de Londres) obtiene la segunda vicepresidencia y la Agricultura, Kiernik la Administración y Jan Stanzyk el

Trabajo, pero, como la acogida de Cracovia, de Varsovia (50.000 personas el 3 de julio) y de Poznan (50.000 más) es demasiado favorable a Mikolaczyk, el comunista Gomulka le amenaza: «¡Nos haremos con el pueblo! ¡Y nos haremos con vosotros, también!».

Checoslovaquia, ofrecida por Benes al marxismo

En Checoslovaquia, el dominio soviético se ha afirmado también de buenas a primeras. El 5 de abril, en Kosice, Benes (que había aceptado el 27 de marzo en Moscú confiar las carteras de Defensa, Interior, Información, Agricultura e Instrucción Públicas a unos comunistas o simpatizantes en un gabinete de Liberación, formado en Kaschau) se ha inclinado ante las exigencias comunistas: eliminación de los agrarios checos y de los populistas (católicos eslovacos), constitución de un Consejo nacional eslovaco autónomo, mantenimiento, al lado del P. C., de los socialistas nacionales (Petr Zenkl, ex alcalde de Praga, liberado de Buchenwald), de los populistas católicos checos y de los socialdemócratas (cuya fusión con el P. C., realizada en Eslovaquia, es buscada en Bohemia, bajo la presión de los sindicatos unificados dirigidos por Zapotocky y E. Erban, mientras que por el contrario los «Sokols» se resisten a la unión de las Juventudes), constitución de un gabinete presidido por el socialdemócrata, ex embajador en Moscú, Zdenek Fierlinger, con cinco vicepresidentes (entre ellos el líder comunista Klement Gottwald), 15 ministros y tres subsecretarios de Estado (a razón de tres por cada uno de los seis partidos), entre ellos ocho comunistas declarados (con las carteras del Interior, Agricultura, Información, Instrucción Pública, Previsión Social, y más tarde Asuntos Exteriores con Clementis), más un simpatizante, el socialdemócrata Lansman en la Industria y, en la Defensa Nacional, el general Svoboda, comandante de los contingentes checos del Ejército rojo, que han hecho estragos en Komotan el 3 de junio y han obligado a los polacos a evacuar Liegnitz, Honchberg, Banglau y Görlitz. La preponderancia de los marxistas queda así asegurada, para la realización de un programa de nacionalización de los bancos, de la industria y de reforma agraria, inicio de la colectivización. A partir del 19 de junio se desencadena la más severa depuración (20.000 procesos hasta octubre de 1946; 302 ejecuciones, entre ellas las de 205 alemanes), seguida de confiscaciones, el 21.

Churchill, molesto, es descartado de la Conferencia de Postdam

Justamente alarmado por aquel desencadenamiento de apetitos de Stalin, Churchill ha reclamado en mayo que los Grandes vuelvan a reunirse. La conferencia se abre por fin en Postdam, el 17 de julio. Pero, como conviene descartar a toda costa a aquel molesto Primer ministro conservador, que pretende turbar el mano a mano de los Supergrandes, los laboristas, dirigidos por su secretario general Harold Laski y su Estado Mayor de profesores de la «London School of Economics», a raíz de un Congreso muy agitado, en el cual la coalición con los comunistas ha sido rechazada únicamente por 1.314.000 votos contra 1.219.000, y en el que el rencoroso Aneurin Bevan ha reclamado la abolición de la monarquía, han dimitido del gabinete el 21 de mayo, a fin de provocar la disolución del Parlamento británico el 15 de junio y, el 5 de julio, nuevas elecciones cuyos resultados no serán cono-

cidos hasta el 26. Aunque el desplazamiento de votos no supera el 12 %, las elecciones son un desastre para los «tories», que con 8.610.510 votos pierden 210 escaños y sólo conservan 213 contra 412, en tanto que liberales e independientes quedan también reducidos de 87 a 32. Aunque sólo entren en los Comunes dos comunistas, el «Labour», que ha ganado 240 escaños, dispone, con 394 escaños, de una aplastante mayoría. No encontrando delante de ellos, el 27, más que al blando mayor Clement Attlee (hombre de leyes, que explota un gabinete de negocios en un barrio popular y que ha apoyado a los rojos españoles durante la guerra civil) y el ex obrero portuario Ernest Bevin, sindicalista promovido a secretario del Foreign Office, Stalin y Truman tienen las manos libres. Pero el presidente norteamericano, lo mismo que Roosevelt en Yalta, aunque se dispone a utilizar la bomba atómica (cuya existencia notifica precisamente al amo del Kremlin, enterado ya por las informaciones del traidor Klaus Fuchs), lo subordina todo a la intervención soviética contra el Japón (justificada por Benjamin Cohen, invocando el artículo 103 de la Carta de las Naciones Unidas), y hasta mucho más tarde no conseguirá el almirante Leahy frenar sus complacencias en lo que respecta a Moscú. En tales condiciones, Stalin goza de una gran ventaja: representada Polonia por Bierut, Rzymowski y Mikolajczyk (reducido a la impotencia), obtiene sin dificultad la atribución de Koenigsberg y de Lvov a la U. R. S. S., a cambio del establecimiento de la frontera occidental de Polonia en la línea Oder-Neisse.

Deportaciones en masa

Eso implica deportaciones en masa de poblaciones, pero, ¡qué importa! «La era de las tiranías empieza», tal como observa, no sin valentía, el historiador judío Elie Halevy. El ejemplo de aquellos «intercambios» de desarraigados ha sido dado por los tratados subsiguientes a la primera guerra mundial, en 1922: emigración de 250.000 armenios, de 500.000 griegos de Tracia, de 500.000 turcos, etc. El período de lucha entre Frentes Populares y fascismos se ha señalado por el éxodo de 250.000 antifascistas, de un millón de antinazis, de 700.000 rojos de España. El 1939, el pacto germano-soviético ha entrañado el traslado de 800.000 alemanes (134.000 de Polonia, 138.000 de Besarabia y de la Bukovina septentrional, 70.000 del sur de Bukovina y de Dobrudja, 20.000 de Bosnia, 16.000 de Carniole) —y de 30.000 a 40.000 ucranianos del oeste—, etc., que han tenido que ser reintalados en Dantzig y en Posnania, reemplazando a los polacos expulsados (discurso de Hitler del 6 de octubre de 1939). Ahora, desde toda la Alemania oriental, invadida por los rojos, 11 millones de refugiados, más 300.000 sudetes, refluyen a las zonas de ocupación aliadas. Por su parte, los polacos (además de los judíos desaparecidos) habían sufrido 800.000 bajas (incluidas las de la clandestinidad) y unos tres millones de ellos habían sido deportados. Ahora les llega la vez a 40.000 hombres del ejército interior (sobre unos efectivos de 300.000 hombres y mujeres), y luego a 50.000, comprometidos en la operación «Tempestad», y a 150.000 partisanos «campesinos». Además, 4.500.000 son obligados a evacuar las zonas cedidas a la U. R. S. S., que acaban de ocupar dos millones de súbditos soviéticos. El amo del Kremlin, por otra parte, extiende también sus ásperas reivindicaciones a los bienes materiales: reclama la entrega de 20 millones de libras esterlinas de depósitos polacos en los bancos ingleses, se apropia de 50 millones de dólares de maquinaria y de suministros norteamericanos de la

U. N. R. R. A., impone la cesión a Rusia del 51 % de los bienes ex alemanes confiscados en el Oeste, traslada a la U. R. S. S. varias fábricas, entre ellas dos de gasolina sintética, vías férreas, tres muelles flotantes de Dantzig, exige la entrega de 12 millones de toneladas de carbón por año, concede 800.000 hectáreas de tierras del oeste al ejército rojo de ocupación (300.000 hombres a las órdenes del mariscal Rokossovski), que las explotarán en provecho suyo. Bierut, el primer vicepresidente del Consejo Osobka-Moravski, el ministro de Industria Hilary Minc y el interino de los Asuntos Exteriores Modzelwski, con o sin poderes, se han inclinado ante las pretensiones de Molotov.

Presión militar y policíaca sobre Polonia

En el terreno político, la sumisión a Moscú de los países satélites no tardá en ser un hecho consumado. En Polonia, el ejército rojo, reforzado por los 200.000 polacos del mariscal Rola-Zyminski (con un jefe de Estado Mayor, el general Korczyc, y numerosos mandos rusos, especialmente en la aviación), secundado por los 120.000 milicianos del «Ormo» y los 230.000 de la policía de Seguridad de Radkiewicz, ex miembro del N. K. D. V. de Beria (de ellos 100.000 acuartelados y 40.000 civiles, con un presupuesto de 17.000 millones de zlotys, contra 25 para el ejército en 1947), toma parte en la lucha con su periódico *La Palabra del Soldado* y se encarga de doblegar la resistencia de los partidos. A pesar del asesinato de sus jefes (Wladislas Kojder, en septiembre de 1945, y, después de la muerte de Witos, el 31 de octubre, Boleslav Scibiorek, liquidado en Lodz el 5 de diciembre), de sus cuadros locales (48 de ellos en Klepno, y más tarde 32 sólo en el distrito de Miechow), de los incendios en serie de casas de labor (333 en un solo pueblo a principios de 1946), los campesinos de Mikolajczyk, después de sus congresos de Cracovia en septiembre de 1945 y el 19 de enero de 1946 (600.000 miembros), organizan todavía mítines en Stettin (60.000), Katovice (50.000), Radom Palmiry (11 de mayo), y los estudiantes de Cracovia, el 3 de mayo, día de la fiesta nacional, y los portuarios de Gdynia les apoyan. Pero, en septiembre de 1945 se ven corroídos por una disidencia, sus ministros se retiran del gabinete (6 de diciembre de 1945), se les concede únicamente 30, y luego 52 escaños, en vez de 145 (la tercera parte) en el Parlamento provisional (29 de diciembre de 1945 al 3 de enero de 1946), se registra su sede (12 de marzo de 1946), se falsean los resultados del referéndum sobre la abolición del Senado, reduciendo del 83,14 % al 32 % el número de los «noes»; se les obliga a entrar en la coalición gubernamental (30 de agosto de 1946), contentándose con la cuarta parte de los escaños, al igual que los socialistas (bajo la amenaza de reducirlos al 10 %), se prohibe la reconstitución del partido de los trabajadores cristianos de Karol Popiel, se establecen Consejos de disciplina en las Universidades, se fusionan a la fuerza las organizaciones juveniles, se amordaza a los cardenales Hlond y Sapieha y se persigue a los sacerdotes como «saboteadores» (enero de 1947); y, a pesar de las reiteradas protestas (5 y 18 de enero de 1947) a los embajadores, se manipulan tan hábilmente las elecciones del 19 de enero de 1947, procediendo a detenciones en masa (149 candidatos, 7.000 dirigentes, 100.000 afiliados, 130 de ellos asesinados), que los resultados del escrutinio (que en realidad dan, en los 36 colegios sobre 5.200 en los que figuran delegados de la oposición, del 65 al 85 % de los votos a los campesinos, y, en conjunto, el 74 %, según las cifras secretas comunicadas a Stalin) se traducen en la atribución de 327, y luego 394 esca-

ños a la coalición oficial, contra 38 al partido campesino, 12 a los trabajadores cristianos, siete al partido campesino de la Liberación (de Tadeusz Rek, conmutado de la pena de muerte) y tres a los progresistas cristianos de Piasecki.

Renunciando a continuar la lucha, el partido campesino celebrará sus últimas reuniones los días 8, 18 y 20 de octubre de 1947, y en la noche del 20, su jefe, Stanislas Mikolajczyk, acusado por el general Paszkiewicz de ser un espía extranjero, huirá y conseguirá llegar a la zona de ocupación británica en Alemania. Reunida el 4 de febrero de 1947, aquella Cámara vota con urgencia, el 20, una Constitución, que da el título de Consejo de Estado a su Soviet Supremo. El 7 de febrero, Josef Cyrankiewicz (un socialista tanto más dócil por cuanto se ha comprometido con sus tráficos en el campo de Auschwitz), nombrado por Moscú como presidente del Consejo el 28 de agosto de 1946, forma un gabinete de 24 miembros: cinco comunistas declarados (Wladislaw Gomulka, secretario general del P. C. —emparentado por su matrimonio con el ruso Unschlicht— en la vicepresidencia y en la Administración del Oeste, Radkiewicz en la Seguridad, Hilary Minc, amigo de Malenkov, en la Industria y el Comercio, Skezeszevski en la Instrucción Pública, Modzelewski en los Asuntos Exteriores), y ocho fantoches seudosocialistas (entre ellos Rola-Zyemirski en la Defensa Nacional y Oselka-Moravski en las Finanzas y en la Administración del Este), cuya máscara cae el 1 de mayo con la fusión de los partidos hermanos, decretada por Gomulka (que encarcela a 10.000 protestatarios). Dócilmente servido por aquel equipo, por un Politburó de 12 miembros y dos suplentes en 1948, por un Comité Central de 33 miembros, y por los consejos de Jacob Berman (subsecretario de la Presidencia del Consejo —en enlace directo con Molotov y Jdanov—, que fue de 1941 a 1943 comisario político de la división polaca de Berling) y de Roman Nusbaum (alias Zambrowski), en tanto que otro judío, Goldberg (alias Boresjsza), controla la prensa y la edición, el general ruso Malinov se encarga de sovietizar el país.

Iniciado por Minc, con la nacionalización, a principios de 1946, de las imprentas y de las empresas que emplean a más de 50 personas, el socialismo de Estado es introducido en Polonia (tras la implantación de una nueva moneda y la obligación de depósito del ahorro) por siete leyes de mayo de 1947, que decretan: 1) la fijación de los precios por el Estado y la confiscación de las empresas privadas; 2) la percepción de una tasa comercial y el establecimiento de un nivel de vida limitado; 3) la necesidad de una licencia para toda empresa; 4) el aumento de un 300 % del impuesto sobre los bienes raíces, pagado en especie (la U. R. S. S. revenderá a la tarifa norteamericana el trigo así entregado); 5) la fijación por el Estado del precio de los suministros de las cooperativas; 6) la subordinación de los sindicatos al Estado, con la implantación de cartillas de alimentación y de alojamiento (a lo que los obreros de 17 fábricas de Lodz —cuya industria textil está dirigida por judíos y alemanes, Ponianski, Schuber, Grauman— replican con una huelga ilegal); 7) la creación de comisiones especiales para la atribución de los alojamientos. En la agricultura (cuya proporción de mano de obra será reducida del 70 % en 1931 al 48 % en 1960), los especialistas de la revolución se ven obligados a actuar con más circunspección, teniendo en cuenta que la propiedad ha sido ya ampliamente repartida, puesto que, de un total de 3.196.000 casas de labranza existentes antes de la guerra, sólo 14.700 sobrepa-

saban las 50 hectáreas, y la presencia de cooperativas, creadas por los Padres Wawrzynisk y Blizinski a finales del siglo XIX, representa una dificultad. De todos modos, el gobierno de Lublín ha confiscado 3.111.745 hectáreas, de ellas 2.131.284 cultivables, de las cuales ha reservado 465.614 para el Estado y ha distribuido el resto: 390.455 entre 221.354 explotaciones antiguas, y 734.562 entre 157.967 casas de labranza nuevas. Más libres para actuar en el Oeste y en el Norte, en las tierras abandonadas por los alemanes, expulsados por la invasión, han establecido allí 4.200 sovkozes, de modo que en 1962, 2.300.000 hectáreas serán explotadas directamente por el Estado, contra 200.000 por unos kolkhozes y 17.430.000 por más de tres millones de casas de labranza individuales.

Comunistización de Checoslovaquia

En Checoslovaquia, aunque la mano de obra agrícola experimenta una reducción todavía mayor (de 4.600.000 en 1930 a 2.700.000 en 1950 y dos millones en 1960), la colectivización recibirá un impulso mucho más decidido. Tras repartir entre 200.000 familias, en 1945, 2.600.000 hectáreas de tierras alemanas (más 0,9 millones) y, el 17 de julio de 1947, 5.600.000 hectáreas a 888.000 explotadores, la propiedad quedará limitada a 50 hectáreas en 1948. Pero en 1962 se desembocará en un reparto de los 7.500.000 hectáreas cultivadas entre 1.500.000 a los sovkozes, 4.500.000 a cooperativas de cuatro tipos distintos (uno, vecino de los sovkozes —principalmente en las tierras requisadas a los sudetes—; otro, de los kolkhozes, con recinto individual, exclusivamente; un tercero, sin que se explote el ganado en común; y un cuarto, comportando unas parcelas en común, con reparto de los beneficios) y un millón de hectáreas (sobre todo en Eslovaquia) cultivadas por casas de labranza individuales. En cuanto al ganado, de un total de 4.400.000 reses, 3.500.000 pertenecerán a empresas colectivas.

En Praga, lo mismo que en Varsovia, los comunistas van a apoderarse del Estado obteniendo la neutralidad benévola del ejército (a las órdenes del general Svoboda), armando unas milicias, infiltrándose en los servicios de Seguridad y de Policía, comprometiendo y reduciendo a la impotencia a los jefes de los «partidos hermanos» y gozando de un seudo «Frente Nacional» sostenido por unos sindicatos unificados bajo su bota. El 10 de mayo de 1945, gracias a la connivencia del coronel Samer, controlaban la fuerza pública y la reforzaban con destacamentos paramilitares, una nueva Seguridad (S. N. B.), secciones especiales (Z. O. B.), se aseguraban los servicios de Información (con Reicin en la Defensa Nacional y Kopecky en la Información), eliminaban al general Bartik, que pretendía controlar aquellos organismos, en enero de 1946 (antes de detenerle en 1948) y le reemplazaban con uno de sus hombres, el capitán Pokorny. En mayo de 1946 se celebran unas elecciones. Precedidas por la exclusión de 250.000 a 300.000 electores, considerados como «indignos», introducirán en la Asamblea, compuesta de 300 miembros, a 113 comunistas, que dispondrán con sus aliados socialdemócratas (37 checos y tres eslovacos) de una exigua mayoría de 153 diputados, enfrente de 55 socialistas-nacionales, 46 populistas y tres representantes del partido de la Libertad eslovaco. Llevado a la presidencia del Consejo (y Vaclay David, un judío, a la presidencia de la Cámara), el comunista Gottwald constituye un gabinete «nacional» de 26 ministros (de ellos, nueve comunistas, con Daris en la

Agricultura, tres socialdemócratas, el general Svoboda —que deja sin mando a 25 generales no comunistas y detiene al general Pika, cuyo rastro se perderá— en la Defensa, Jan Masaryk en los Asuntos Exteriores, y cuatro representantes de cada uno de los otros tres partidos: Zekl, vicepresidente, Stransky en la Instrucción Pública, Drtina en la Justicia y Ripka en el Comercio Exterior, por los socialistas-nacionales). Realizada aquella parodia de unión, el 28 de octubre de 1946, se establece un plan bienal y la U. N. R. R. A. norteamericana se apresura a ayudar a su puesta en marcha con unas entregas valoradas en unos 17.000 millones de coronas (261 millones de dólares desde agosto de 1945 hasta junio de 1947).

Detras del telón de acero, Stalin es el amo

Pero Stalin, que en la conferencia de los Cinco ministros de Asuntos Exteriores (incluidos los de Francia y China), reunida en Londres del 11 de septiembre al 2 de octubre, ha reclamado el 26 de septiembre el reconocimiento de los regímenes húngaro, rumano y búlgaro, y reivindicado el control de los Balcanes, no quiere a ningún precio levantar aquel «telón de acero», denunciado de nuevo por Churchill en Fulton (Missouri) el 5 de marzo de 1946. ¡Antes la guerra! «Si los Aliados desencadenaran una nueva campaña contra la Europa oriental, serían aplastados», escribe *Pravda* una semana más tarde. Por otra parte, distan mucho de estar decididos a ello. El intrépido general Patton, que ha hablado confidencialmente de aquella posibilidad a Robert Murphy, es desautorizado y amonestado... y fallece en un accidente de automóvil. En cuanto al general Marshall, que se limitará a dejar constancia de que «no puede considerarse que los compromisos de Yalta y Postdam hayan sido cumplidos», después de la farsa de las elecciones polacas del 19 de enero de 1947, ha tomado la delantera dispersando las fuerzas norteamericanas con una desmovilización prematura, que las ha reducido de 13 millones de hombres a uno y medio. Los ingleses están divididos: si bien el diputado Mayew se inclina también en los Comunes, el 3 de febrero de 1947, y algunos laboristas (Will Lawther y su movimiento «Never again») y lord Vansittart, promotor del movimiento «Fight for Freedom», ratifican todos los abandonos, numerosas voces se han elevado (entre ellas la del *Times* contra las deportaciones, 16 de febrero de 1944, la división de Alemania, 29 de febrero de 1944, la expulsión de los alemanes de las zonas danubianas; la del *Economist;* las de las Iglesias anglicanas: gestión en Downing Street el 13 de septiembre de 1945; manifestación en el Albert Hall en enero de 1946), en el mismo sentido que las de los diputados Stokes (el 15 de octubre) y Boothby (el 10 de octubre de 1945) en los Comunes: «¿Hubiésemos creído, hace un año, que hacíamos esta guerra para transformar la Europa central y oriental en un desierto, y para diezmar sus poblaciones?» Pero eso no son más que palabras. Haría falta algo más para detener al amo del Kremlin, el cual ha «gruñido» ya a raíz de la conclusión (preparada por Dejean y Hervé Alphand en Praga) de un acuerdo económico (24 de octubre de 1945). Ha provocado el rechazo por Clementis y Gottwald de una alianza, a pesar de estar dirigida únicamente contra Alemania (junio de 1946). A la firma de una entente franco-británica, el 4 de marzo de 1947, ha replicado retirando la participación de los comunistas en el gabinete de París (mayo). Ahora, se opone a unos tratados que ligarían con Francia a Polonia y a Checoslovaquia. En tales condiciones, la conferencia de los Cuatro ministros de Asuntos Exterio-

res celebrada en Moscú el 24 de abril de 1947, desemboca en un callejón sin salida. Con mayor motivo reacciona contra la extensión a la Europa oriental de la ayuda ofrecida por el plan Marshall (5 de junio). Lo mismo que los polacos Modzelewski y Minc, el checo Masaryk estaría dispuesto a aceptar la invitación (4 de julio). Pero Molotov ha abandonado la conferencia de París (2 de julio) y Gottwald, Masaryk y Drtina, convocados a Moscú, son intimados en la noche del 9 al 10 de julio a no moverse. A título de consuelo, la U. R. S. S. consentirá en comprar productos metalúrgicos, motores eléctricos y tuberías de oleoductos, que no podrán ser vendidos a Occidente, en enviar 200, y luego 50.000 toneladas de trigo y en conceder un crédito de 1.000 millones de coronas (11 de diciembre de 1947).

El «golpe de Praga» elimina a los demócratas

Al mismo tiempo, se estrecha el dogal que aprieta a los checos. El proceso es el mismo que en Polonia. Unificación de los sindicatos (U. R. O.), realizada a pesar de Gustav Husak, en Bratislava, el 30 de octubre de 1947, bajo la dirección de Zapotocky. Fusión con los socialdemócratas, obtenida a pesar de la amenaza de dimisión del ministro Majer, y gracias a la connivencia de Lansman, sustituto de Fierlinger como presidente del congreso de Brno, por 233 votos contra 182, los días 13-16 de noviembre. Constitución de un «Frente Nacional», primitivamente concebido como una alianza entre la Unión de los Obreros y la de los Campesinos (4 de noviembre), transformado en Praga, los días 17-18 de noviembre, en Federación de partidos políticos. Meter en cintura a los eslovacos (cuyos jefes Tusa y monseñor Tiso han sido ejecutados), culpables de haber concedido el 60 % de sus votos a los demócratas en 1946: no tendrán más que siete representantes sobre 26, en vez de nueve sobre 25, en el gabinete; además, el 6 de octubre de 1947, su vicepresidente del Consejo, Ursing, dimite a raíz de 237 detenciones efectuadas bajo el pretexto de complicidad con los partisanos ucranianos «banderistas», que resistirán en el *maquis* hasta 1949, y a causa de persecuciones contra los secretarios generales Kempny y Bugur. Tentativas de intimidación de los jefes socialistas-nacionales, a raíz de haber sido rechazado por el ministerio, el 5 de septiembre de 1946, un proyecto de impuesto del 5 al 6 % sobre los capitales superiores a un millón de coronas, y de la negativa a la «fusión» propuesta, sea por medio de atentados (en forma de paquetes dirigidos a Zenkl, a Masaryk y a Drtina) —aunque la maquinación, montada en Olomuc por el comunista Slansky, descubierta por Krajina, secretario general de los socialistas-nacionales el 8 de noviembre, provoca una demanda judicial el 19 de noviembre contra Josef Stepanek, presidente local, el abogado Alexis Cepicka, futuro ministro, y el diputado Sosnar, contra el cual Drtina, ministro de Justicia, solicita la retirada de la inmunidad parlamentaria, el 21 de enero de 1948—, sea por medio de unas acusaciones de espionaje a favor de los norteamericanos (entrevistas de Zenkl, Drtina y Krajina con Reichel en Most, resultantes de falsos testimonios de inculpados, Podivin y dos «figurantes yanquis» de la policía, 20 de noviembre de 1947), maniobras que Drtina denuncia ante el gabinete el 27 de enero de 1948.

Evidentemente, la hora del enfrentamiento, del «golpe de Praga», cuya inminencia anuncian los húngaros, el 9 de febrero, se acerca. La llegada a Praga del viceministro ruso de Asuntos Exteriores, Zorin, el 19 de febrero,

dará la señal. Como un reto, el joven Cepicka, nombrado ministro de Comercio Interior el 3 de diciembre de 1947, pretende con Duris activar la colectivización, crear una banca única, establecer el monopolio de comercio exterior, nacionalizar las empresas que posean más de 50 empleados (proyectos presentados el 17 de febrero), suprimir los mayoristas, encargar al Estado de la distribución de las mercancías, ampliar la reforma agraria, someter a cooperativas y sindicatos. Al aumento de un 25 % de las asignaciones, que el socialdemócrata Majer hace adoptar, el U. R. O. opone la concesión de una indemnización uniforme de 300 coronas mensuales, el 21 de enero de 1948: el conflicto servirá de pretexto para convocar un congreso de los comités de empresa para el 22 de febrero (que votará las nacionalizaciones, incluyendo las imprentas, hospitales y estaciones termales, con la sola oposición de 700 votos sobre 8.000), y otro de los campesinos para el 29 de febrero. Así dispondría de un eje sólido para eliminar del gobierno a los reformistas. La infiltración sistemática en la policía ha asegurado ya a los rojos 12 direcciones regionales del S. N. B. sobre 17, y 60 sobre 70 de los mandos superiores; el 17 de febrero, Drtina, ministro de Justicia, hace aplazar hasta el 24 por el gabinete la sustitución de ocho comisarios divisionarios de Praga por unos comunistas, solicitada por el ministro Nosek; pero este último somete a las fuerzas del orden a su obediencia, concentra guardias móviles de toda confianza en la capital y en Bratislava, hace detener a unos funcionarios del partido socialista-nacional y entrega, a partir del 17 de febrero, armas a las milicias rojas, en tanto que Gottwald pone en marcha el 20 de febrero unos «Comités de Acción». Fiados en la promesa de Benes en la mañana del 18 de febrero: «Nunca aceptaré un gobierno del que queden excluidos dos o tres partidos», los 12 ministros «disidentes» no vacilan en dimitir el 20 de febrero, ante la negativa de Nosek a explicarse. Pero, el 22 de febrero, Zenkl, Stranski, Drtina y Ripka, advertidos por Jina, consejero del Presidente, encuentran a un Benes mucho más vacilante, que acepta su dimisión, en espera de dejarse convencer al día siguiente por los generales Svoboda y Bocek de la inutilidad de resistir (dispuestas a sostener con las armas las críticas de *Pravda* contra los checos, unas concentraciones soviéticas tienen lugar en Austria y en Sajonia desde el 20). Y sus adversarios no les dan tiempo a organizar las manifestaciones previstas para el 24 y el 26. El 23, los dirigentes de los tres partidos «democráticos» son encarcelados, incluido el eslovaco Jean Ursény, acusado de ser un agente del activista Durconsky, refugiado en el extranjero. Los 200 delegados socialistas-nacionales, reunidos en conferencia el 24, sólo registran dos defecciones (Aloïs Neumann y Slechter); en cambio, Majer, controlado por Fierlinger y Lansman, no ha podido obtener, ni de sus colegas el 20, ni del comité ejecutivo socialdemócrata el 23, que retiren a sus representantes del gabinete. Y aquel mismo 23 de febrero, el «Frente Nacional» animado por el U. R. O. ha constituido un Comité Central de Acción, compuesto de 112 delegados de los organismos controlados por los rojos y de 175 «personalidades» o rehenes, bajo la dirección de Zapotocky, Fierlinger, Eban y Cepicka como secretario general, que declara una huelga general simbólica el 24 y hace ocupar los locales centrales y las imprentas de los socialistas-nacionales, e incluso de los socialdemócratas.

El gobierno formado por Gottwald en la noche del 24 al 25 (con Aloïs Neumann y Slechter, disidentes socialistas-nacionales, los socialdemócratas Fierlinger, Lansman y Eban, el demócrata eslovaco Svcik, los populistas Pitr y Ploshar) es una emanación directa de aquel «Soviet central» que de hecho

sustituye al Parlamento. Benes se resigna a entronizarlo, y luego se retira al campo, antes de dimitir el 7 de junio (morirá el 3 de septiembre). Protestando contra aquel *putsch*, 10.000 estudiantes marcharán sobre el castillo: una nutrida descarga los detiene; posteriormente, a principios de 1949, serán enviados a trabajar a las minas. Desesperado, Prokop Drtina, el 28 de febrero, trata de suicidarse al estilo checo, arrojándose desde la ventana de un piso alto, y sólo consigue herirse; es detenido (su padre había sido amigo de Thomas Masaryk); el 10 de marzo, se encuentra al hijo de Masaryk, Jan, «defenestrado» desde el segundo piso del palacio Czernin (¿había querido imitar a su colega, o le habían ayudado a ello?): 200.000 personas asistieron a su entierro... y a los funerales de la libertad. Gottwald (mal visto de Moscú como demasiado germanófilo) es llamado a suceder a Benes en la presidencia de la República, el 7 de junio de 1948, y Antonin Zapotocky le reemplaza al frente del gobierno. Protegida por una ley de octubre de 1948, llamada de «Defensa del Estado», la dictadura policíaca no tarda en imponer al país una colectivización muy avanzada, con nacionalización de la industria al 95 % (3), supresión del comercio al por mayor, confiscación de las tierras, incluso por debajo de las 50 hectáreas, con monopolio del Estado para la distribución de las máquinas (150.000 tractores en junio de 1965), de los abonos y de las semillas. En cuanto al comercio exterior, será desviado de sus clientes de Occidente (60 % del total), en beneficio exclusivo de la U. R. S. S., que además del uranio absorberá el 50 % de los productos de la industria pesada (en especial locomotoras) concentrada en Kosice, a base de coque de Ostrava y de hierro ucraniano; se hará entregar textiles y calzados, se reservará un tercio de las exportaciones, más otro tercio para los países satélites, antes de otorgar generosamente a los países subdesarrollados del Tercer Mundo otro tercio, en forma de donativos... gratuitos, puesto que impone su suministro a los checos. La economía checa, una de las más prósperas de Europa, no ha resistido aquel régimen de explotación intensiva. A finales del año 1948 empezó a padecer una gran escasez de divisas, hasta el punto de que la U. R. S. S. tuvo que abrirle unos créditos en oro. Su equipo industrial, falto de las necesarias renovaciones, se agotó (metalurgia Skoda de Pilsen, aceros de Vitkovice en Ostrava, Ringhoffer en Praga, arsenales de Brno, fábricas Bata en Zlin).

Reparto de tierras para volver a quitárselas a los campesinos en Hungría

Territorios enemigos ocupados, los otros países danubianos tendrán derecho a menos consideraciones todavía, si es posible. Sin embargo, al principio, a falta de una base popular suficiente (30.000 afiliados al P. C. húngaro en 1939), el proceso es el mismo. En Hungría, las elecciones, decididas en febrero, celebradas el 4 de noviembre de 1945, han dado el 60 % de los sufragios y 245 diputados al partido de los pequeños propietarios del pastor calvinista Zoltan Tildy, y 23 a los nacional-campesinos, 17 % y 49 diputados a los socialdemócratas del ex carpintero Arpad Szakasits, 70 a los comunistas (750.000 votos, judíos en su mayor parte, ya que al principio apenas eran 3.000); la participación en el escrutinio ha sido considerable: el 80 %. Sale de ellas un gabinete Tildy, pero éste, tras haber hecho aprobar una Constitución

(3) El 24 de octubre de 1945, bancos, seguros y minas habían sido nacionalizados y, en marzo de 1946, de un total de 17.000 empresas, las 2.200 más importantes, representando el 65 % de la producción.

a principios de 1946, se ve elevado a la presidencia de la República y cede el puesto a su segundo Ferenc Nagy, en enero. Sin embargo, los dos vicepresidentes son comunistas, Szakasits y el judío Rakosi (hijo de un tendero de ultramarinos, alumno de la Escuela de Comercio, prisionero en Rusia, lugarteniente de Bela Kun en 1919; liberado después de dieciséis años de prisión por el pacto germano-soviético en 1940, casado en Moscú con una kirghiza). Otro comunista, Imre Nagy (metalúrgico, prisionero de los rusos en 1917, más tarde condenado a dos años de prisión en su país, refugiado entonces en un kolkhoze de Siberia, vuelto a Hungría con Rakosi que le ha conocido en Moscú en 1940), que, en el gobierno del general Miklös, ha procedido inmediatamente a un reparto de los dominios superiores a 120 hectáreas (tres millones de hectáreas, el 40 % de las tierras) entre unos 642.000 jornaleros (sobre tres millones de candidatos) —15 de marzo de 1945—, ha pasado de la Agricultura al Interior, en el que le reemplazará en marzo de 1946 (a raíz de una manifestación de 400.000 personas en Budapest, por la expulsión de Desider Salyok y de 21 diputados «pequeños propietarios») el fanático resistente Lazlo Rajk (hijo de un zapatero, detenido como estudiante en 1932, herido en España en las brigadas internacionales, internado, luego evadido de Francia en 1941, detenido por los nazis como secretario del P. C. clandestino), secundado en la Policía por el ex sastre Gabor Peter, el cual, desde diciembre de 1944 ha organizado la A. V. H. con otros 22 secuaces formados en Moscú. En el curso del año 1947 (reducido el ejército a 12.000 hombres, en vez de los 70.000 autorizados, y cuidadosamente dispersado), aquel equipo reduce poco a poco al silencio a los oponentes: detiene y deporta a Siberia a Bela Kovacs, secretario general de los pequeños propietarios (21 de febrero), intimida y obliga al presidente del Consejo, Ferenc Nagy, a dimitir, al presidente de la Cámara, Bela Varga, a huir (en julio), excluye o encarcela a 50 diputados. A pesar de aquellas medidas de rigor, los electores insisten en no conceder a los comunistas más que el 22 % de los votos (31 de agosto). Se contemporizará, pues, nombrando para la presidencia del Consejo a Dinnys, pequeño propietario tímido, dominado por Rakosi y Rajk, que viene a reforzar en los Transportes a Ernö Gerö (lugarteniente de Bela Kun, celoso agente del Komintern en España, judío de tez verdosa, enfermo del estómago). Pero la presión continúa (disolución de las Juventudes católicas y de los *Scouts*, de las mujeres cristianas, del grupo demócrata popular, del partido de la Independencia —cuyo jefe, Pfeiffer, es liquidado— y del partido radical), extendiéndose incluso a los socialdemócratas (el ministro de Industria, Jules Kelemen, Anna Kethly, Antal Ban), reticentes a la fusión de su partido con el P. C., que será un hecho consumado el 12 de junio de 1948. Entonces, Szakasiks reemplaza a Tildy en la presidencia de la República, y Rajk, relegado en agosto a los Asuntos Exteriores por el clan de los «emigrados» judíos, cede el ministerio del Interior a Janos Kadar (ex cerrajero, joven comunista, jefe adjunto de la policía, de aire ensimismado), en tanto que la Defensa Nacional pasa al «general» Milahy Farkas (tipógrafo, joven comunista, veterano de España, convertido en secretario de Estado para el Interior y secretario general del P. C.; judío). Entretanto, redoblan los ataques contra los católicos: en junio, el Estado interviene las escuelas, el cardenal Mindzenty que ha recibido el capelo en octubre de 1945 y ha sido internado por los nazis) es detenido el 26 de diciembre de 1948 y juzgado el 3 de febrero de 1949 (se le reprocha el haber asistido en junio de 1947 al congreso mariano de Ottawa y haberse entrevistado con Otto de Habsburgo en un convento cerca

de Chicago); más flexible, el arzobispo de Eger, monseñor Czapil, se inclina y se separa de él.

La represión se ejerce a continuación contra los resistentes del interior, sospechosos para el equipo emigrado de Rakosi de reticencias nacionalistas y de connivencia con Tito. Detenido el 18 de junio de 1949, y juzgado el 16 de septiembre con siete de sus amigos, Rajk (convenientemente «preparado» por el general Bielkin, de la N. K. D. V., y por su ex compañero Janos Kadar para que se confiese «culpable») es ahorcado con Szony y Szalai, el 22 de septiembre de 1949. A su vez, Kadar, reemplazado por Zöld Sandor en el Interior en junio de 1950, es encarcelado y vilmente torturado por Wladimir Farkas, hijo del seudo «general», el cual decapita al ejército, envía a la horca a los generales Dalfy Osterreicher y Kuthy, y nombra general en jefe a un ex cobrador de tranvía, el mayor-general Istoän Bata (que permanecerá en el cargo hasta octubre de 1956). El 2.° congreso del partido, celebrado el 2 de febrero de 1951, confirma las condenas para Kadar y Losonczy y extiende la purga a la vez a los depuradores, a los ministros Sandor (Interior) y Kallaï (Asuntos Exteriores) y a 65.000 miembros del P. C., expulsados por «titismo», en tanto que monseñor Grosz es condenado a quince años de prisión y Rakosi llega al colmo de su tiranía invitando al ex presidente Szakosits a cenar para entregarle a los esbirros del A. V. H.

Aquella odiosa dictadura va acompañada de una acelerada colectivización. Los rusos han metido mano primeramente sobre los bienes y los créditos alemanes, luego sobre los yacimientos de bauxita, los petróleos, las hulleras de Pecs, las centrales eléctricas, las fábricas de productos químicos (gajes que cederán a Gerö por 200 millones de dólares, 1 de enero de 1946). Han tasado las reparaciones, escalonadas en ocho años, en el 65 % de la producción de 1946, y los gastos de ocupación en 500 millones de florines (sobre un presupuesto de 12.000 millones). En julio de 1947 nacionalizan siete grandes bancos, y entre enero y marzo de 1948 todos los bancos y todas las fábricas que emplean a más de 100 obreros. Se han asegurado el control de la navegación del Danubio y de las líneas aéreas y se han hecho entregar la mitad de la producción industrial, en pago de sus suministros (julio de 1946). Desde 1947 hasta 1949, la puesta en marcha de un plan trienal ha dado la señal para la nacionalización de los bancos, del comercio exterior, de los seguros y de las empresas que emplean a más de 100 obreros (marzo de 1948). El 1 de enero de 1950 ha entrado en vigor un ambicioso plan quinquenal, aprobado por Mikoyan. Destinado a impulsar el desarrollo de las industrias pesada y química, comporta la creación de un combinado siderúrgico en Dunanjvaros, de fábricas de productos químicos en Szolnok (construidas de un modo incompleto, hasta el punto de que faltan los superfosfatos necesarios para su funcionamiento) y la apertura en Budapest de un Metro, cuyas bóvedas, excavadas en terreno quebradizo, se hunden. Por desgracia, aquellas realizaciones son tan artificiales como espectaculares, ya que Hungría tiene que importar de la U. R. S. S. su aluminio, las tres cuartas partes de su coque, los dos tercios de su mineral de hierro y dos millones de toneladas de petróleo (traídas desde Baku por el oleoducto «de la amistad» hasta Szazhalanbatto, en tanto que otro ramal servirá a Polonia y a la República Democrática Alemana). Y, si bien la población industrial aumenta, del 23 % en 1930 al 50 % en 1962, se ve infligir en 1951 unas multas sobre los salarios, un descuento del 10 % a título de empréstito «para la paz», y carece de ropa y de vivien-

das. La ejecución del plan, por otra parte, no tarda en verse comprometida, en 1953 y a principios de 1954, y se hace necesaria una pausa estilo N. E. P. En efecto, los resultados de la colectivización agrícola son catastróficos. Las explotaciones del Estado, sovkozes, reducidas en número de 501 a 333, con 920.000 hectáreas en 1952 y 976.000 en 1961, y las cooperativas (1.367, trabajando 182.000 hectáreas en 1949; 5.110 sobre 1.500.000 hectáreas en 1952; 2.089 sobre 5.970.000 hectáreas en 1956, y 4.556 sobre 7.650.000 hectáreas en 1961), producirán una tercera parte del vino, de la fruta y de las legumbres, el 50 % de la carne y el 60 % de la leche. A pesar de los esfuerzos por concentrar las tierras y reagrupar a los campesinos en «agrovillas», el ganado se estanca (1.900 en 1935, 2.000 en 1965) y la producción de cereales disminuye (de 22 millones de quintales como promedio desde 1931 hasta 1940, a 18 en 1958-62), hasta el punto de que aquel país, antaño granero de la Europa danubiana, tiene que importar trigo de Francia y de los Estados Unidos para subsistir. Antes de la intervención de Moscú, las dos terceras partes de los intercambios se hacían con el Occidente: ahora son desviados a la fuerza en provecho de la Madre Patria del socialismo, de sus satélites y del Tercer Mundo.

El mismo panorama en Rumanía

De Rumanía, la U. R. S. S. ha exigido también unas entregas (1.700.000 toneladas de petróleo durante seis años; 286 locomotoras, 5.000 vagones, 2.600 tractores, etc.), unos gastos de ocupación (1.785 millones de dólares hasta junio de 1946) y unas reparaciones (cerca de 2.000 millones de dólares), lo que ha tenido por efecto hacer pasar el índice de los precios (100 en 1939) a 483.248, y depreciar el leu de modo que la nueva unidad monetaria, creada el 15 de agosto de 1947, vale 20.000 lei antiguos. Lo mismo que en Hungría, los rojos han tratado en primer lugar de atraerse a la población rumana, reticente al comunismo, por medio de importantes repartos de tierras, al tiempo que exilaban al rey y condenaban a prisión perpetua a los jefes agrarios Maniu y Mohalache, a finales de agosto de 1947. La existencia de 25.000 grandes dominios, cultivando el 32 % de la superficie, enfrente de 2.500.000 agricultores reducidos a explotar únicamente el 28 %, les facilitó la tarea. Confiscando las propiedades superiores a 50 hectáreas (el 15 % de la superficie, las repartieron entre 500.000 pequeños agricultores y 400.000 campesinos sin tierra. Pero la colectivización que siguió, a partir de 1949, volvió a quitarles lo que les había sido entregado. Desembocó en la organización de sovkozes (G. A. S.) —363 en 1960, 683 en 1963—, empleando a 300.000 asalariados sobre dos millones de hectáreas, y de kolkhozes (en disminución de 6.424 a 4.700), englobando a 3.300.000 familias dotadas de lotes personales, sobre nueve millones de hectáreas, y de cooperativas voluntarias (reducidas de 1.834 en 1950 a 274 en 1964), incorporando a 69.000 familias, sobre sólo 30.000 hectáreas; el sector individual, relegado a la montaña, cubre el 6 % de la superficie cultivada. Como en otras partes, la población agrícola ha descendido del 74 % del total en 1950 al 58 % en 1962. Paralelamente, a raíz de la creación de sociedades mixtas, el 6 de marzo de 1945, de la Sovrom-Petrol, controlando el 30 % de la producción en febrero de 1947, y de Oficinas Industriales en junio de 1947, la industria y el comercio han sido nacionalizados el 1 de junio de 1948, lo que no ha dejado subsistir, en la red de distribución, más que a 5.000 elementos, la cuarta parte de ellos dedicados a la alimentación. Sucediendo a los primeros planes, que se remontan al 27 de

diciembre de 1948, tres planes quinquenales (1956-60; 1961-65, y 1966-70) han atribuido las mayores inversiones a la metalurgia y a los productos químicos (aunque hayan aumentado la construcción anual de viviendas de 50.000 en 1956 a 100.000 en 1965, y renunciado a edificar ciudades y combinados artificiales y espectaculares). Pero las exportaciones se basan de un modo casi exclusivo en el petróleo y la maquinaria petrolífera, el problema principal del tráfico por el Danubio no ha sido resuelto (el plan Valev ha sido rechazado) y, al igual que en los otros satélites, la sensación de asfixia económica y social crea la más urgente necesidad de respirar en el exterior.

Tito, un «partisano» protegido por los progresistas anglosajones

En los países balcánicos, la posición particular de Tito ha complicado inmediatamente sus relaciones con el Kremlin. El hecho de que sucediera en 1937 como secretario general del P. C. de su país a Milan Gorkitch (nombrado en 1932), sospechoso ya de mantener relaciones con el Intelligence Service, de que se beneficiara durante la guerra de un apoyo financiero excepcional de los Lazard y de una ayuda total de los progresistas del S. O. E. británico, y de que uno de sus principales colaboradores judíos (al lado del doctor Moseh, presidente del Consejo legislativo, de Illis Bilvert, ministro de Asuntos Exteriores, del general Kostanaye, etc.), Mosha Pijade, mantenga estrechos contactos con Bernard Baruch, no constituyen factores favorables, precisamente, para que Stalin confíe en él. Tanto menos por cuanto aprovecha la menor ocasión para poner en evidencia su falta de docilidad, su deseo profundo de independencia y su neutralismo a ultranza. El 27 de mayo de 1945 ha osado decir en Liubliana «que cada uno sea dueño en su propia casa», «no nos dejaremos mezclar en las políticas de zonas de influencia». Unos días más tarde, el 5 de junio, ha protestado contra las reticencias de los rusos a apoyar sus reivindicaciones sobre Trieste. Aprobada al principio por Stalin, en el curso de una conversación con Mosha Pijade, su tentativa de unión con Bulgaria y de Federación Balcánica (preparada por unas entrevistas de Edvard Kardelj con Traicho Kostov en Sofía del 22 al 24 de diciembre de 1944), ha tropezado con la hostilidad del zar rojo, en cuanto la Gran Bretaña ha hablado de ampliar aquella entente regional extendiéndola a Albania, a Grecia y a Turquía (del 26 de enero a febrero de 1945, según *Borba* de los días 11 y 12 de diciembre de 1949). A partir de aquel momento, Tito ha sido causa de continuas preocupaciones para la Meca del socialismo. El conflicto ha estallado en 1947, después del fracaso, el 24 de abril, de la conferencia de Moscú con los occidentales. Pudiendo caer entonces sin inconveniente la máscara de un comunismo supuestamente «nacional», por iniciativa del polaco Gomulka, renaciendo el «Komintern» de sus cenizas, los jefes de los ocho partidos comunistas europeos, reunidos en Sykarska-Poreba, Polonia, en septiembre, han reconstituido el 5 de octubre de 1947 la «Kominform». Pero, en las sesiones subsiguientes, los representantes de Tito, Kardelj y Djilas, no han escatimado sus críticas a Togliatti y a Duclos, por haber sacrificado a las consignas apaciguadoras de Moscú y a las combinaciones de la diplomacia soviética las posibilidades de la Revolución en Italia y en Francia, a raíz de la Liberación. Y, como yugoslavos y búlgaros habían reanudado en Bled sus proyectos de Federación (a raíz de la detención y de la ejecución de Nicolas Petkov, jefe del partido agrario, a finales de agosto de 1947, Dimitrov acababa de formar en Sofía un nuevo gobierno que incluía a 14 comu-

nistas sobre un total de 23 ministros), la reacción del Kremlin no se hizo esperar. La *Pravda* se entregó el 29 de enero de 1948 a unos ásperos ataques; Kardelj y Dimitrov, especialmente convocados, se vieron expuestos el 10 de febrero a la cólera del Amo, que el 18 de marzo retiró su misión militar en Belgrado y el 19 sus especialistas civiles. Siguió, entre Tito y Kardelj por una parte, y Stalin y Molotov por otra, los días 27 de marzo, 13 de abril y 22 de mayo, un intercambio agridulce de correspondencia. El tono no tardó en hacerse más fuerte. Decepcionado por la negativa formulada por la conferencia de París en julio de 1948 a sus reivindicaciones sobre Trieste (y por la indiferencia manifestada por Rusia en el asunto), Tito no se presentó —lo mismo que Dimitrov y Gomulka, por otra parte— en la conferencia de la «Kominform» reunida en Bucarest el 20 de junio para condenarle. Con el apoyo de los 2.344 delegados de su partido (cuyo control conservará celosamente, depurando a 200.000 miembros poco seguros, entre 1948 y 1952, tras haber eliminado y hecho detener a los dos ministros Hegrang y Tonyovitch en abril), contraataca incluso en el V congreso del 21 de julio, y su lugarteniente Mosha Pijade denuncia el «desviacionismo» de Moscú, a propósito del proceso del «resistente» Rajk en Hungría.

Los otros «resistentes» depurados por Moscú

En efecto, Stalin persigue sañudamente en todas partes a aquellos «resistentes» locales, titistas en potencia. En Albania, después de la denuncia, el 1 de julio de 1948, del acuerdo económico con Yugoslavia (cuya conclusión le había valido al ministro de Economía, Nakos Spirou, el morir «suicidado» el 27 de noviembre de 1946), Kotchi Dodze, ministro del Interior, relevado (con su adjunto Vaska Koletsi y Pandikristo de la comisión de control) por el demagogo Enver Hodja en diciembre de 1948, será fusilado en junio de 1949.

En Bulgaria, Dimitrov ha hecho protestas de fidelidad al Kremlin el 12 de julio de 1948, antes de ir a morir a Moscú el año siguiente, y su cuñado Tchervenkoff se ha encargado de la depuración. Ha eliminado al ministro de Economía, Bougiloff (por haberse atrevido a protestar contra un trueque tabaco-máquinas en unas condiciones leoninas), atacando a continuación a Traicho Kostoff, ex secretario del Comité Central, comprometido por un discurso «independiente», pronunciado el 8 de septiembre de 1947: excluido del Buró político el 26 de marzo de 1949, encarcelado el 28 de julio, juzgado por sus supuestas relaciones con el coronel Bailey, es condenado a muerte el 14 de diciembre de 1949 (con cuatro de sus amigos a cadena perpetua, tres a quince años, uno a doce y uno a ocho). Además, el 5 de abril se habían efectuado 300 detenciones, entre ellas la del vicepresidente de la Asamblea Nacional, en tanto que el vicepresidente del Consejo, Georgei Popoff, era depuesto de sus funciones.

En Rumanía, desde febrero de 1947 hasta 1949, Lucretiu Patrascanu, Doncea, Bellu y Silber son expulsados del P. C. Ministro de Defensa, a finales de 1947, Bodnaras depura el ejército (cuyo núcleo ha sido formado con dos divisiones de prisioneros), trasladando o dejando en situación de disponibles a 10.000 mandos. Más tarde, el 27 de mayo de 1952, los judíos Anna Pauker (destituida de los Asuntos Exteriores el 4 de julio), Vasile Luca, ministro

de Finanzas, y Theohari Gheorghescu, ministro del Interior, son excluídos del Comité Central, en tanto que Petru Grozea accede a la presidencia del *Praesidium* y que Gheorghiu Dej, dócil instrumento entre las manos del embajador ruso Lavrentiev (7 de julio), asume a la vez la jefatura del gobierno y del partido, en calidad de secretario general.

En Grecia, el general Markos «desaparece» en febrero de 1949. En Hungría, Lazlo Rajk es ejecutado; el ejército (80 oficiales «titistas») y el partido son depurados. En Polonia, Gomulka, caído en desgracia por su hostilidad a la política alemana de Moscú y a la sovietización de las zonas rurales, reemplazado por Bierut como secretario general del P. C. el 31 de agosto de 1948, apartado del Politburó en septiembre, relevado de la presidencia del Consejo en enero de 1949, expulsado del partido en noviembre de 1949, será finalmente encarcelado.

En Checoslovaquia, Eugene Klinger, jefe del servicio de prensa del ministerio de Asuntos Exteriores, ha sido detenido en 1949, y su ministro, Vladimir Clementis, obligado a dimitir en marzo de 1950, ha corrido la misma suerte en febrero de 1951, con sus amigos eslovacos Husak y Novomeski. El 6 de septiembre de 1951, el Comité Central ha degradado a Rudolf Slanski, secretario general, pasándole a la vicepresidencia del Consejo; el presidente Clement Gottwald ejerce sus funciones interinamente, antes de hacerle reemplazar por su yerno Alexei Cepicka; también son descartados el general Svoboda, el ministro de Trabajo Erban y Bedrich; eliminados, Geminder y Bruno Koehler. En total, aquella purga ha alcanzado a unos dos millones y medio de miembros de los países comunistas de los países satélites, cuyos efectivos han pasado en Polonia de 20.000 en 1939 a 800.000 en 1947 y a 1.340.000 en 1950, para descender a un millón en octubre de 1951; en Checoslovaquia, de 80.000 a 1.300.000 y 2.300.000 para quedar en 1.300.000; en Hungría, de 30.000 a 750.000 y a 1.200.000, para bajar a 800.000; en Rumanía, de 1.000 a 710.000 y a un millón, descendiendo a 700.000; en Yugoslavia, de 15.000 a 400.000 en 1947; en Bulgaria, de 8.000 a 460.000 en 1950, para retroceder a 250.000 en 1951, y en Albania, de 70.000 a 60.000. Un refuerzo sensible de las fuerzas militares ha acompañado a aquella depuración: en Hungría, 200.000 hombres en vez de los 70.000 previstos, en Rumanía, 290.000 en vez de 138.000 y en Bulgaria, 220.000 en vez de 65.000, en tanto que unos generales formados en el ejército soviético (Bata en Hungría; los ministros de Defensa, vicepresidente del Consejo y jefe de Estado Mayor en Bulgaria) asumían su mando; la coordinación del conjunto estaba asegurada por el mariscal Bulganin, comandante del grupo de ejércitos de Odesa, en espera de la constitución del Pacto de Varsovia.

En cambio, después de haber desbaratado Tito las intrigas de los generales Arso Yovanovitch, jefe de Estado Mayor, detenido y muerto en la frontera rumana, el 11 de agosto de 1948, Peko Dapchevitch, encarcelado en Belgrado el 2 de septiembre, y Petritchevitch, Stalin sólo dispone contra aquel disidente de un arma bastante mellada, el boicot de su régimen. Ya que la posición interior de Tito es sólida.

En Yugoslavia, el colectivismo a gusto de los banqueros

Habiendo limpiado el terreno durante la guerra civil, eliminando a sus rivales junto con sus adversarios (4), Tito no ha tenido problemas con el gobierno de coalición, a base de 23 comunistas sobre 28 ministros, instalado el 7 de marzo de 1945, ya que ha eliminado de él a Gröl en agosto, y a Chubachitch y Chubei en octubre de 1945. Unas «elecciones» celebradas el 11 de noviembre de 1945 han aportado el 96 % de los votos a su «Frente Popular», de modo que ha proclamado la República el 29 de noviembre. A continuación, la confiscación del 80 % aproximadamente, de las empresas, empezando por las minas de Bor, ha preludiado, desde 1946 a 1948, las nacionalizaciones. Puesto en pie un plan quinquenal el 28 de abril de 1947, el Estado ha intervenido de un modo absoluto los bancos, las industrias y el comercio. (Mientras el número de las cooperativas aumentaba de 10.734 a 17.011, y el de los almacenes estatales de 2.391 a 15.253, el de los establecimientos privados se veía reducido de 40.167 a 834, entre aquellas dos fechas) (5). El resultado es una diferencia enorme entre los precios del sector libre y los del sector reglamentado, y, como en todas partes en el paraíso de los soviets, una carestía general de los productos de consumo. Y también el nacimiento de una casta privilegiada, compuesta por los militares, los policías (los 40.000 hombres de la «Oobah», a las órdenes del ministro del Interior, Aleksander Rankovitch, que ha «fichado» a toda la población) y los obreros de choque, los «udarniki». El abanico de las asignaciones y los salarios, variando de 2.200 dinares para un peón a 14.000 para un ministro, ha sido reducido, desde luego (lo que permite a los dirigentes yugoslavos, a Milovan Djilas, por ejemplo, secretario del Politburó en marzo de 1950, dirigir ásperas críticas a los burócratas soviéticos, algunos de los cuales cobran 400.000 rublos, contra 15.000 el «vulgum pecus»). En una población de 18 millones de habitantes, el 80 % campesinos, y un millón de empleados en la industria, hay 1.600.000 sindicados, sobre los cuales vela Lazar Stefanovitch. Sometidos a unas «normas» revisadas cada seis meses, los trabajadores son repartidos entre nueve grupos de actividades; su poder adquisitivo continúa siendo muy débil.

La colectivización, en cambio, ha sido lenta en la agricultura. El hecho de que sólo el 10 % de la superficie cultivada pertenezca a propietarios que poseen más de 30 hectáreas, y que la mitad sea explotada por un campesinado pequeño y mediano, cultivando parcelas inferiores a 10 hectáreas, ha obstaculizado a Tito en la aplicación del procedimiento comunista habitual: fingir la entrega de tierras, para volver a tomarlas a continuación. Desde 1945 a 1947, ha tenido que limitarse a confiscar 1.500.000 hectáreas, es decir, el 15 % del total, para convertir el 6 ó 7 % en explotaciones del Estado y redistribuir el resto. Y ha estimulado la constitución de cooperativas o «zadrugas», cuyo número ha pasado de 31 en 1945 a 774 en 1947 y a 6.300 en 1949, explotando el 1 de diciembre el 16 % de las tierras (6). Moscú

(4) Y expulsando a los últimos alemanes que quedaban en el país: los de Eslavonia, el 10 de julio de 1945, luego los de Eslovenia hacia Austria, antes del verano de 1946, de modo que no quedarán más que 62.000 (de unos 500.000 en 1931) en el censo del 31 de marzo de 1953, de los cuales emigrarán 52.000 hasta 1960, llevándose con ellos, ya que eran de los más activos, la prosperidad que habían aportado a aquella comunidad.

(5) No obstante, en 1965 subsistían 115.000 empresas artesanas.

(6) Pero, de 6.900 en 1950, el número de aquellas cooperativas descendió a 1.200 en 1953 y a 147 en 1960, y, a partir de 1953, la venta, el alquiler de las tierras y el empleo de jornaleros para el cultivo fueron autorizados.

no ha dejado de censurar las consideraciones de que se hace objeto en Yugoslavia a los criadores de cerdos. Pero se ofusca más con las reformas introducidas por el esloveno Edvard Kardelj en la administración de los bienes nacionalizados, transformando los comités populares, de simples órganos de control que eran en mayo de 1946, en gestores de la economía (ley de 1949), autorizados (policía y ejército al margen) a disponer de los ingresos, de los beneficios, de las tasas, de las tierras y de los edificios y a dirigir lo mismo los dominios agrícolas que las empresas industriales comerciales y de transportes. Aquel sistema de autogestión, extendido a las empresas estatales en 1950, que se acerca más al ideal de los extremistas del sindicalismo anglosajón (estilo «Industrial Workers of the World» e incluso C. I. O.) que a las teorías marxistas y al socialismo totalitario de la U. R. S. S., plantea el peligro de un posible contagio entre los satélites, que pueden poner en tela de juicio el régimen de opresión que impera en Rusia... Tanto más, por cuanto se acompaña de un matiz —muy desvaído, es cierto— de liberalización política (ampliación a 10 millones del número de los electores en marzo de 1950, posibilidad de votar «en blanco» y, para un grupo de 1.000 electores como mínimo, de presentar un candidato en las listas, etc.), tendiendo a ocultar que, en el fondo, apenas una tercera parte de los yugoslavos apoyan a Tito, que la mitad le soportan y que el 20 % le son contrarios, y también que las nacionalidades más fuertes (croatas y eslovenos católicos y musulmanes de Bosnia) aguantan difícilmente el yugo serbio, a pesar de la constitución del Estado en una Federación de siete comunidades y de dos territorios. Lamentable ejemplo, de todos modos, que explica el encarnizamiento de Stalin por acabar con el «titismo».

Churchill salva a Grecia del contagio

Aparte de Bulgaria, donde se mantiene (7), la expansión soviética se encuentra así frenada en la península balcánica. Heredera de las ambiciones tradicionales del paneslavismo en el Mediterráneo, no había vacilado, en efecto, en atacar a Grecia (con desprecio de sus compromisos con la Inglaterra de Churchill). Violando la tregua de Varkiza, concluida en febrero de 1945, los partisanos del E. L. A. S. han replicado a las elecciones de la primavera del 1946, favorables a los populistas monárquicos de Tsaldaris, y a un referéndum organizado en septiembre para el regreso del rey (que morirá al año siguiente, dejando al diadoco Pablo para sucederle), reconstituyendo su *maquis*. Y se han aprovechado de la retirada de 40.000 soldados británicos, a finales de marzo de 1947, de su relevo por los norteamericanos de la misión Paul Porter, aportando con ellos 250 millones de dólares (concedidos por una ley aprobada por el Congreso el 11 de marzo y promulgada el 22 de mayo de 1947), y del apoyo activo de sus vecinos comunistas, albaneses, yugoslavos y búlgaros, para establecerse en el Pindo y el Olimpo, y sobre todo en los montes Grammos, donde en diciembre proclaman un gobierno de la Grecia libre, bajo la autoridad del general Markos (que no tardará en ser depurado por el Kremlin como «titista»). Pero el ejército griego, asesorado por el general norteamericano Van Fleet, ha luchado bien y, favorecido por el cierre de la frontera yugoslava decretado por Tito bajo la presión de los occidentales,

(7) 1.600 cooperativas agrícolas, explotando 550.000 hectáreas el 1 de enero de 1950, y 2.729, sobre 2.332.050 hectáreas, el 47,9 % del total, a principios de 1951.

en julio de 1948, en el curso de una áspera contienda, que causa 50.000 muertos y dura hasta el 16 de octubre de 1949, ha reducido a los rojos, que se llevarán con ellos a la deportación a más de 20.000 niños griegos.

Turquía y el Irán escapan al dominio soviético

En lo que respecta a Turquía, que bajo el presidente Ismet Inonu (octubre de 1923 a noviembre de 1937, luego reelegido en abril de 1939) había mantenido la más estricta neutralidad, interrumpiendo sus ventas de cromo a Alemania en mayo de 1944, antes de romper las relaciones diplomáticas con ella en agosto de 1944 y finalmente declararle la guerra en febrero de 1945, las exigencias de Stalin no son menos draconianas. Denunciando el 19 de marzo de 1945 el pacto de no agresión firmado en 1925, el zar rojo se atreve a reclamar a Ankara la restitución de Kars, Ardahan y Artwin en la frontera transcaucásica, y no sólo la revisión del acuerdo de Montreux del 20 de julio de 1936, que situaba a los Estrechos bajo control turco, sino también la concesión de una base en los Dardanelos. Aunque en julio, en Postdam, los Occidentales rechazaron aquella petición que afectaba a Dedegatch, en el mar Egeo, y que se negaran a rechazar todo lo que no fuera la libertad de los Estrechos (lo que confirmarán el 2 de noviembre), Stalin vuelve a la carga cerca de Bedell Smith en abril de 1946, propone a continuación el 7 de agosto que se organice la defensa común del paso y sólo cede cuando Truman (que concederá en mayo de 1947 150 millones de dólares de ayuda a Turquía) se decide a enviar a Estambul una escuadra norteamericana. También ha reivindicado, a raíz de la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores en Londres el 13 de septiembre de 1945, un mandato sobre la Tripolitania, a lo cual Bevin ha replicado en París, el 25 de abril de 1946, concediendo la independencia a Libia.

Con tales disposiciones, obtener la retirada de los soviéticos del Irán no ha sido tarea fácil. Desde luego, se había decidido en Postdam que evacuarían Teherán y, en Londres, el 13 de septiembre de 1945, que la ocupación cesaría el 2 de marzo de 1946. Los británicos respetaron aquellos compromisos; pero la U. R. S. S., descontenta por la amenaza del doctor Mosadegh de prohibir las prospecciones petrolíferas extranjeras (3 de diciembre de 1944), antes de abandonar el lugar juega todos los peones de que dispone: enciende en noviembre de 1945 en Tabriz una revuelta de Pichewari por un república de Azerbaidjan, que provoca la dimisión del presidente del Consejo, Hakimi, prooccidental, y su sustitución por Ghavam es-Sultaneh, el 20 de marzo de 1946 una insurrección de Barzani en favor de una república popular kurda, y finalmente una huelga de los empleados de la Anglo-Iranian, desencadenada por el partido «Tudeh» de su devoción. La protesta norteamericana del 6 de marzo no sirve para nada. Con el Kremlin, ninguna discusión llega a buen término: ni las conversaciones directas entabladas por Ernest Bevin y Ghavam en Moscú hasta el 9 de marzo, ni un llamamiento en la O. N. U., rechazado por Gromyko el 20. Entonces, para hacer ceder a Moscú, las tropas británicas desembarcan en Basorah, delante de Abadan, en tanto que las tribus del sur se agitan. Fortalecido por las elecciones de julio de 1947, Hakimi asume de nuevo el poder, rechaza las convenciones petrolíferas propuestas, y los rusos, a fin de cuentas, se retiran del Azerbaijan.

Austria, neutralizada

En un solo punto Stalin ha consentido en ceder una leve porción de las conquistas que, con su apatía o su connivencia, Roosevelt le ha permitido realizar en la Europa central. En Viena, donde el antiguo canciller socialista Renner ha vuelto a empuñar las riendas, a raíz de la liberación, formando un gabinete con un comunista en el Interior, ha aceptado que una comisión interaliada de control funcione casi normalmente, y habiendo confirmado las elecciones de 1945, por una aplastante mayoría, el fracaso de los comunistas, ha preferido contentarse con exigir de aquel país la neutralidad más estricta, en vez de imponer el mantenimiento de la presencia soviética. Por otra parte, el caos reina por doquier. La pretensión de Roosevelt de imponer la rendición incondicional de los vencidos y su negativa a negociar entre aliados las futuras condiciones de paz, han tenido como único resultado el dejar el camino libre a las ambiciones paneslavistas. Cuanto más se multiplican los encuentros diplomáticos, más se convierten en diálogos de sordos. En París, en junio-julio de 1946, se decide devolver las islas del Dodecaneso a Grecia y declarar a Trieste ciudad libre, a fin de evitar que Yugoslavia, que la reclama a gritos, se apodere de ella. Pero, siempre en la capital francesa, el 29 de julio al 15 de octubre, no es posible ningún acuerdo que permita concluir una apariencia de paz. De todos modos, reunidos de nuevo los cuatro ministros de Asuntos Exteriores en Nueva York, en noviembre-diciembre, Molotov se muestra menos intransigente, acepta la autonomía de Trieste y la libre navegación por el Danubio. La U. R. S. S. retira finalmente su ejército de Hungría y de Rumanía, el 10 de febrero de 1947, y unos tratados poniendo fin a las hostilidades podrán ser firmados con Roma, Sofía, Bucarest, Budapest y Helsinki (8), en espera de que otro, con Viena, sea concluido en Moscú el 10 de marzo.

* * *

Alemania saqueada, partida en dos

Pero respecto a Alemania pronto se verá que resulta imposible llegar a un acuerdo. Su suerte no quedó decidida en Postdam: ¿seguirá unificada o será dividida? En el momento en que la Comisión de Control interaliado, creada el 5 de junio de 1945, en una declaración en 15 puntos, de los jefes de las tropas de ocupación, que empezó a funcionar el 30 de julio de 1945, discute sobre si mantiene o no los departamentos administrativos centrales (ministerios), a los que el general Koenig, representante de De Gaulle, opone su veto, los rusos ya han constituido 12 departamentos, el 25 de julio, para su zona de ocupación, y han empezado a sovietizarlos sin preguntar a nadie su parecer. A partir de la invasión, se han dedicado a la caza del sabio

(8) Molotov, que ha exigido de Finlandia en octubre de 1945 el pago de una indemnización de 300 millones de dólares, reanudará con Paasikivi, el 23 de marzo de 1948, unas negociaciones que desembocarán en la firma de un tratado el 6 de abril. Pero la determinación anticomunista de los electores fineses, expresada por dos veces (marzo de 1945, 150 contra 50, y julio de 1948), obligarán, tras el fracaso de una tentativa de huelga general, al ministro del Interior rojo, Yejo Leino, a retirarse, dejando el puesto a su esposa, Herta Kuusinen.

—han raptado a 7.000 (la mayor parte de los 2.500 especialistas en cohetes de Peenemünde, la mitad (200 de los 400) atomistas de Swinemünde y de la zona de Stettin; los expertos en economía Anton von Poller, Hugo Kreisbach, Heinrich Kunze, Hugo Sundler, Gerhardt Wilke, Gustav Sertorius), se han apoderado de los prototipos de armas nuevas (aviones a reacción Focke Wulf Ta 183, que darán lugar a los Mig-19, y Messerschmidt 264, los cohetes V1 y V2, cohetes transatlánticos, «Feuerlilie», planos del satélite espacial «Sanger»), a veces también de modelos ya conocidos (de donde el lanzamiento del Sputnik del 4 de octubre de 1957), también se han apoderado de gases paralizantes («Tabun» y «Saryn») que los americanos les han comunicado; han despedazado y transportado fábricas (Prensas «Wotan», fábricas de Junker de Dassau, instrumentos de precisión Zeiss, con 7.000 técnicos, Centro de Investigaciones aeronáuticas Rechlin), en total, algo como 1.800, herramientas y maquinaria por valor de 1.000 millones de dólares.

La zona oriental sovietizada, a pesar de tener una fachada de parlamento

Precedidos por un programa establecido para seis meses en 1949, y para dos años en 1950, dos planes quinquenales de producción y de inversión fueron impuestos a los distintos sectores de la economía para los períodos 1951-1955 y 1956-1960, antes de poner en pie un plan de siete años que iba a ser supervisado por Alfred Neumann en julio de 1961. En la industria, la nacionalización empezó a partir de 1946. Pero un plebiscito que tuvo lugar el 10 de junio reveló que incluso en la «Sajonia Roja» una tercera parte de los electores eran hostiles a las expropiaciones, se hizo de oficio confiando la operación, primero a los lander y luego a Uniones especializadas (1948), antes de centralizarlas en manos de ministerios en 1950 y disolver las Uniones en 1952. Las empresas primero fueron dirigidas por las fuerzas de ocupación (S. A. G.) —30 % del total en 1946—, pero fueron compradas posteriormente por dichas Uniones el 30 de agosto de 1953, el sector estatal llegará a no representar más del 10 % del conjunto, mientras el sector nacionalizado de los V. E. B., pasará del 20 % en 1946 al 69 % en 1954, 89 % en 1958 y 88,6 % en 1962; el sector semi-nacionalizado pasó por su parte de 3,2 a 8,6 %, y entre todos fueron absorbiendo al sector privado, el cual en 1946 representaba el 50 %, 21 % en 1954, luego 7,8 y por fin sólo 21,2 %.

Luego, al tiempo que llevaban el petróleo de Baku por un oleoducto hasta Schwed sobre el Oder, se dedicaron a separar de Occidente (de la cuenca del Ruhr en particular) la economía de Alemania oriental, suministrando ellos mismos de materias primas los nuevos complejos creados: Maschütte (V. E. B. a partir del 1 de julio de 1948), Stalin, Eissen, Hüttenstadt en Brandenburgo (11 de agosto de 1944, trabajando a base de coke polaco de Silesia y mineral de hierro de Krivoi Rog en Ucrania), hornos especiales de Calbe sobre el Saale (de esta forma, la producción de acero, caída a 0,999 millones de toneladas en 1950, se elevará a 2.507 en 1955 y a 3.662 en 1962, y la de laminados, de 781 a 1.884 y 2.861), cobre de Mansfeld y Hellstadt (cobre, aluminio y níquel procedentes de la U. R. S. S. y el zinc de Polonia), uranio (procedente de Aue, en Erzgebirge) tratado por Wismut en Zwickau y en Karl Marxstadt (Chemnitz), industrias químicas, «Schwarze Pumpe» (trabajando con los lignitos de Sajonia), la industria textil algodonera de Chemnitz, Dresde, Francfort sobre el Oder. Igualmente separada del Oeste, la corriente

de intercambios con el exterior (bienes de equipo, productos mecánicos, electrotécnica, óptica) será orientada en 1964 hacia la U. R. S. S. en un 47 %, en un 29,3 % hacia los países satélites, y solamente en un 7,2 % hacia la Alemania federal (9). Por el contrario, y a despecho del «telón de acero», el éxodo hacia el Oeste de la población activa (2.609.321 entre 1950 y 1961) será tal que el «muro de Berlín» tendrá que ser levantado el 13 de agosto de 1961 para frenar esta sangría hacia la libertad.

En la agricultura la colectivización, emprendida inmediatamente por la confiscación, del 3 al 12 de septiembre de 1945, de todas las propiedades superiores a 100 hectáreas (o pertenecientes a «criminales de guerra» o a nazis), es decir, 3,2 millones de hectáreas, repartidas primero en 209.000 lotes de ocho a 16 hectáreas, y por la creación de 535 explotaciones colectivas (Völkeigens Güter), sobre 250.000 hectáreas, se proseguirá acto seguido, gracias al control ejercido sobre la maquinaria, las semillas y los abonos por la «Ayuda mutua campesina» y, en marzo de 1949, por los parques que detentarán el monopolio, procediendo a la reestructuración de la tierra y a la reagrupación de los granjeros, sometidos, una vez disueltas sus cooperativas (que contaban 872.000 miembros), a la autoridad de una Unión central de Cooperativas (abril de 1949), a la espera de la creación de las «comunidades agrícolas de producción» prioritarias (octubre de 1950 y ley de 24 de julio de 1952). Mientras que los campesinos se esforzaban en emigrar para escapar a las nuevas formas de servidumbre de la gleva, al lado de 650 sovicozes que ocupaban 445.111 hectáreas, es decir, el 6,4 % de la superficie cultivable en 1964, se organizaban tres tipos de kolkhozes (L. P. G.): el primero, que únicamente ponía en común las parcelas; el segundo, que añadía la cabaña ganadera y el utillaje (con una remuneración de 1/3 para las tierras y de 2/3 para el trabajo), y el tercero, que no dejaba más que dos vacas, dos terneros, dos cerdas de cría, corderos y aves de corral en propiedad a los participantes. Bajo la dirección de Gerhard Grüneberg y Ernst Goldenbaum este último tipo, análogo al kolkhoze ruso (que, con 6.281 unidades todavía no ocupaba más que 1.395.000 hectáreas en 1956), representará en 1962 el 39 % y en 1964 el 64 % del total de cooperativas (5.467.870 hectáreas, o sea, el 85,6 % de la superficie).

Claro es que esta sistemática sovietización, emprendida por la potencia ocupante, ha precedido y después apoyado la reconstitución de instituciones políticas de acuerdo al esquema habitual. Creación de un «Frente único» entre los únicos cuatro partidos «tolerados» (11 de junio-14 de julio de 1945). Después, en abril de 1946, fusión del Partido comunista de Wilhelm Pieck (1,3 millones de adheridos al Primer Congreso del 25-28 de enero de 1948, dos millones en junio, reducidos por la depuración practicada por el VI Congreso en enero de 1963 a 1.556.000; dirigidos por un Comité central de 121 titulares y 60 suplentes un Politburó de 14 (más nueve) y un Secretario de siete), con los socialdemócratas del judío Otto Grotewohl, constituyendo el 57 % del total. Sin embargo, esta absorción disfrazada se tropezará con la

(9) En el momento del VI Congreso de enero de 1963, subsisten 5.200 empresas semiestatales, empleando a 335.000 trabajadores, fabrican el 8 % de la producción industrial, y la parte del artesanado (regido por la ley de 23 de diciembre de 1957) se ha visto reducida de un 11,7 % en 1950 a un 6,3 de volumen de negocios, mientras que el comercio privado y detallista se contraía de 33,3 % a un 7,8 % en beneficio de los 40.000 H. O. y 43.000 Konsum del sector público.

resistencia del mutilado Kurt Schumacher y de Ollenhauer, sostenidos en otras zonas por el 88 % de sus adheridos, de tal forma que el «Partido socialista unificado» no tendrá mayoría, en las elecciones del 20 de abril de 1946, más que en tres «Países» de los cinco de la zona oriental, mientras que en Berlín y en las zonas occidentales, siete millones de votos irán a los socialdemócratas, otros tantos a los cristianodemócratas y únicamente dos a los comunistas. Por otro lado, en las elecciones municipales de Berlín, el 22 de octubre de 1946, los socialistas de Schumacher lograron el 46,7 % de los sufragios y los socialcristianos (organizados por el sindicalista Joseph Kaiser) el 22,1%, mientras que los comunistas no alcanzaron más que el 19,8 % (con 26 escaños sobre 130).

Pero, entre los vencedores, el desacuerdo aumenta. El 3 de mayo de 1946, el general Lucius Clay, comisario general americano, corta sus suministros a la U. R. S. S. El secretario de Estado, Byrnes, que ha chocado con Molotov en París en abril-mayo a propósito del desarme germánico, replica fusionando las dos zonas angloamericanas de ocupación en Alemania, el 29 de julio, y anunciando en Stuttgart, el 5 de septiembre, la inmediata constitución de un gobierno provisional que, salido de un Consejo nacional compuesto de los ministros-presidentes de los «Länder» deberá administrar Alemania como una unidad económica, debiendo desaparecer totalmente las barreras entre las zonas. Pero ante la oposición soviética, Byrnes y Bevin se ponen de acuerdo el 2 de diciembre de 1946 en Nueva York para organizar su propia bizona (transformada en trizona, con el sector francés de ocupación, el 1 de abril de 1949). En 1947, Molotov, habiendo denegado al general Marshall, sucesor de Byrnes en el Departamento de Estado, la neutralización del país durante un período de cuarenta años, y reclamado 10 millones de dólares a los Estados Unidos, las relaciones se envenenaron todavía más (28 de marzo). Mientras que Georges Bidault reivindica el Sarre, y se decide a firmar el 21 de abril un convenio con los anglosajones para la distribución del carbón del Ruhr, el general americano da la orden a Lucius Clay de organizar políticamente la zona occidental (25 de abril). A fines de mayo, un Consejo ejecutivo, representante de los once «Länder» y un Consejo legislativo y económico de 52 delegados se reúnen en Frankfurt, donde es proclamada la fusión de las zonas occidentales los días 7-8 de enero de 1948. Francia, que había insistido hasta el 6 de marzo en pro de la creación de una federación, se suma el 7 de junio, al mismo tiempo que acepta la autonomía de la región del Ruhr (constituida sin los rusos y sometida por la conferencia de Londres a una Autoridad internacional de Control, el 4 de junio de 1948).

Como respuesta a estas medidas, en la zona soviética, un 2.° Volkskongress, designa, en marzo de 1948, un Volksrat, que elabora una Constitución (30 de mayo de 1949), se transforma en Volkskammer y el 7 de octubre de 1949 proclama la Deutsche Demokratische Republik (reconocida independiente por la U. R. S. S., el 25 de marzo de 1954) y designa a Wilhelm Pieck, sustituido a su muerte en 1960 por Walter Ulbricht, como presidente de un Consejo de Estado de 23 miembros, y Otto Grotewohl como jefe de un gobierno de 37 ministros en octubre de 1954 (este gabinete será reducido a 23 en octubre de 1958, por la supresión de los ministros «económicos» en el mes de febrero precedente), secundado por un Presidium de nueve miembros (el presidente del Consejo, el vicepresidente Willi Stoph y siete vicepresidentes) y por una

Comisión del Plan y un Consejo económico industrial dirigido por Bruno Leuschner.

Gracias a la fórmula del «Frente nacional», con atribución predeterminada de escaños entre los grupos y público escrutinio, el partido comunista controla en un 66 % la Asamblea. En 1950 (15 de octubre), 1954 (17 de octubre) y 1958, los 400 escaños de dicha Asamblea (más los 66 reservados a los representantes de Berlín-Este con voz consultiva) están en realidad atribuidos de antemano, a saber: 117 al S. E. D., partido Socialista Unificado de Hermann Matern, 52 a cada uno de los cuatro grupos «tolerados» (D. B. D., demo-agrarios (demo-paysans) de Bertold Rose, con algo como 75.000 miembros), L. P. P. D., liberales del doctor Külz, ex ministro de Weimar, fallecido en abril de 1948, sustituido por Hans Loch, luego por Johann Dierckmann, economista radical, ex amigo de Stresemann, que se sumó a la mayoría en 1952, y presidirá la Asamblea (unos 100.000 miembros) (C. D. U., demócratas-cristianos progresistas, unos 150.000, agrupados alrededor de Otto Nuschke, de diciembre de 1947 hasta su muerte en diciembre de 1957, dirigidos luego por Gerald Götting) (N. D. P. D., ex agrupaciones nacionales de Wolfgang Rösser, 140.000 miembros) el resto, siendo atribuido a distintas organizaciones sindicales (B. F. D. G. B., 53 escaños), o de la juventud (F. D. J., 29 escaños), o femeninas (D. F. D., 29 escaños), culturales K. B., 18 escaños), y por fin a organizaciones de ayuda para el campesinado (V. D. G. B., 12 escaños). Esta parodia de régimen parlamentario permite al comunismo reinar sobre la seudo República «Democrática» alemana.

Choque de fuerzas en Berlín: bloqueo y puente aéreo

De modo que, en los hechos, la división de Alemania en dos Estados, separados por el telón de acero, y casi por su pertenencia a dos bloques antagónicos, está prácticamente realizada. En Berlín, los aliados de ayer se enfrentan. Al cortar el débil cordón umbilical que comunica la capital alemana con la zona occidental, los soviéticos esperan obligar a los demás a retirarse. El 20 de marzo de 1948, dejan de participar en los trabajos del Consejo de Control, el 31 de marzo pretenden controlar los convoyes militares en la autopista. El 18 de junio protestan contra la introducción en la ciudad del Deutsche Mark occidental, que cotiza más que nunca y oponen su veto a la elección de Ernst Reuter en la alcaldía (como ya lo hicieron el 22 de octubre de 1946, después de que haya sido elegido por 89 votos a favor y 17 en contra). Aquel mismo día, prohiben el tráfico. Pero los americanos, aplicando su experiencia en Birmania, aceptan el desafío. El 26 de junio, el general Clay y Murphy organizan un puente aéreo que, por milagro, consigue mantener durante el invierno una corriente suficiente de suministros. Hasta el punto de que los rusos, que hasta entonces se han mostrado intratables (Stalin, los días 2 y 23 de agosto; el general Sokolovsky, comandante del sector Este, el 7 de septiembre, y Vichinsky, que ha opuesto su veto en la O. N. U., a la cual ha sido llevado el caso el 22 de octubre, el 23 de noviembre de 1948), ceden al llegar la primavera y el 4 de mayo de 1949 renuncian al bloqueo. Entonces, cada uno de los adversarios en sus posiciones, organiza políticamente su zona. Precedida por una conferencia preliminar, el 1 de julio de 1948, en Francfurt, entre los once ministros de los «Länder», en presencia de los generales Clay, Robertson y Koenig, la

Asamblea constituyente de la Alemania del Oeste se reúne en aquella misma ciudad, el 1 de septiembre de 1948. Tras la instalación de la municipalidad de Berlín-Oeste, el 6 de septiembre, la República Federal Alemana será oficialmente proclamada, y su ley fundamental adoptada, el 10 de mayo de 1949, por 53 votos contra 12. Habiendo otorgado las elecciones del 14 de agosto de 1949 139 escaños (más dos de Berlín) a los cristianos sociales (con 7.357.759 votos, o sea, el 31 %), 131 (más cinco en Berlín) a los socialistas, S. P. D. (con 6.932.271 votos, o sea, el 29,2 %) y 52 a los liberales, F. D. P. (con 2.788.635 votos, o sea, el 11,9 %), una conferencia, celebrada en casa del banquero Robert Pferdmenger, de Colonia, decide la formación de una «pequeña coalición». El 7 de septiembre, Erich Köhler es elegido presidente del Bundestag, el 12, Theodor Heuss es nombrado presidente de la República, y el 15 del mismo mes, Conrad Adenauer es designado Canciller, por 202 votos sobre un total de 402. Su gabinete se compone de nueve cristianos sociales, de tres liberales y de dos representantes del partido alemán (10).

La República Federal Alemana será reconocida soberana el 26 de mayo de 1952. A aquellas iniciativas, la U. R. S. S. replica instaurando en su zona (cuyos cinco «länder» elimina, sustituyéndolos por 14 distritos) la República Democrática Alemana (7 de octubre de 1949), a la que emancipará, en principio, el 20 de septiembre de 1955.

Las ambiciones insaciables de Stalin han decepcionado profundamente, en los Estados Unidos, a sus mejores amigos. En 1947, el embajador Averell Harriman, a pesar de sus simpatías por los Soviets, ha recomendado que la ayuda norteamericana a Alemania sea reservada a la zona occidental, y que América renuncie a conceder préstamos a largo plazo a la U. R. S. S. Truman se adhiere a sus puntos de vista. El 16 de septiembre, exige a Henry Wallace, que se ha pronunciado el 12 en Madison Square en sentido contrario, que dimita, y el líder de la extrema izquierda no tiene otro recurso que el de fundar, para continuar su propaganda, su propio partido «progresista». De todos modos, Rusia dispone aún de un crédito de 1.500 millones de dólares en el Banco Mundial y en el Fondo Monetario Internacional creados en Bretton Woods en 1944. En lo que respecta a Alemania, si bien los norteamericanos han renunciado a seguir a Morgenthau en sus visiones apocalípticas y a transformar el país en un desierto, si bien no han convertido su zona en un campo de muerte (cuando se calcula en unos tres millones el número de víctimas en la zona oriental, y en unos dos millones, hasta

(10) Los cristianos sociales conservarán su preponderancia, sin grandes cambios, en el escrutinio del 6 de septiembre de 1953 (244 escaños, más seis, contra 151 más 11 de los socialistas, 48 más cinco de los liberales, y 44 de otros partidos), con unas ganancias apreciables que les aseguran la mayoría absoluta en el del 15 de septiembre de 1957 (270 contra 169 y 41, respectivamente), y un retroceso bastante acusado, el 17 de septiembre de 1961 (242, con 14.239.984 votos, o sea, el 45,3 en vez del 50,2 %) contra 190 socialistas (11.406.253 votos, o sea, el 36,3 en vez del 31,7 %) y 67 liberales (4.009.988, o sea, el 12,7 en vez del 7,7 %). El gabinete formado el 28 de octubre de 1957 sin los liberales, cuenta con 18 miembros, dos de ellos del partido alemán. El siguiente, el 14 de noviembre de 1961, con 21 miembros, con cinco liberales y tres bávaros C. S. U. Al frente del partido socialista, Erich Ollenhauer ha reemplazado a Kurt Schumacher, fallecido el 20 de agosto de 1952. El P. C., reducido a 22.000 miembros, dirigido por Kurt Bachmann, es prohibido el 17 de agosto de 1956. En la presidencia de la República, Heinrich Lübke reemplaza a Theodor Heuss (verano de 1949); será reelegido en 1964. Finalmente, Ludwig Erhard, nombrado canciller por 159 votos contra 47, el 23 de abril de 1963, sucede a Conrad Adenauer, que se retira el 15 de octubre siguiente.

el 2 de septiembre de 1950, el de los prisioneros alemanes que han perecido en Rusia), su ocupación, tendiendo a hacer predominar —esta vez por la fuerza—, con la «democracia» tan del agrado de Wilson y de Roosevelt, un «american way of life» (cuya superioridad no ha sido demostrada), no ha dejado de servir con celo la venganza de Israel.

La zona occidental, desnazificada y expoliada

Aparte de los interminables procesos de Nuremberg (la primera tanda incluía 24.000), hasta el 19 de diciembre de 1946 se pronunciaron 1.432 condenas a muerte y 15.000 a penas de prisión en la zona occidental, y, sólo en la zona norteamericana, hasta el 10 de mayo de 1946, fueron destituidos 167.512 funcionarios, 81.939 jefes de industria y 47.554 mandos, de acuerdo con las listas de «desnazificación» minuciosamente elaboradas por el Judaísmo norteamericano. En materia industrial, su comportamiento apenas ha diferido del de los rojos. El método ha sido el mismo. Tomar a su servicio a los sabios (al menos 2.000), especialistas del átomo, de la aeronáutica, de los cohetes, cuyo inventario han establecido cuidadosamente en abril de 1945, y que, cuando han podido hacerlo, han preferido rendirse a ellos con preferencia a los soviéticos (los Werner von Braun, Willy Ley, Stuhlinger y otros). Apoderarse de los planos de armas nuevas, a veces incluso de los más recientes modelos en servicio (120 submarinos eléctricos XXI, 61 del tipo XXIII y ocho del tipo XXVI; los alemanes han saboteado 217, y los ingleses han sido lo bastante tontos como para hundir 100 Mark 25 a lo largo de las costas de Islandia), de los últimos prototipos de aviones y de cohetes, de las muestras de gases paralizantes «Tabun» y «Saryn», así como de los planos de plataformas espaciales (a 7.500 quilómetros del globo terráqueo). Apropiarse de 346.000 patentes de descubrimientos, confiscadas en provecho suyo. Desmantelar incluso 682 fábricas, aunque finalmente renunciaran a una parte de aquel programa de desarme industrial y se limitaran, a finales de 1949, a destruir únicamente 17 de las 167 previstas, entre ellas la fábrica de gasolina sintética de Rührchemie (ya que los trusts petrolíferos no pierden nunca sus derechos).

Rehabilitada por el hábil Adenauer

Al menos, la libertad económica que le es concedida permite a la República Federal erguirse espectacularmente de entre sus ruinas, en medio de una notable paz social. En la zona británica, el gobierno laborista ha favorecido, con la descartelización, la nacionalización de la gran industria. Pero por otra parte ha estimulado la instauración de comités de gestión, que la ley del 21 de mayo de 1951 ha hecho obligatorios en la industria pesada, y que otra ley de julio de 1952 ha extendido a las otras empresas, de modo que un directivo social representando a los obreros tiene un puesto en el comité de dirección (Vostand), al lado de sus colegas administrativo, técnico y comercial, bajo el control de un Consejo de Vigilancia paritario (de 10, 15 ó 20 miembros, más un miembro elegido por el propio Consejo) elegido por la Asamblea de los accionistas. Aquel sistema, posibilitado por la existencia de sindicatos únicos, ha logrado crear un clima de colaboración entre las clases, que ha eliminado prácticamente las huelgas. Entretanto, en el

terreno político, la actuación prudente y perseverante del canciller Conrad Adenauer contribuirá a devolver a Alemania occidental un puesto más que honorable en el concierto de las naciones. Tanto más por cuanto el francmasón Stresemann, el astuto canciller de la República Federal, católico, pero miembro de los Caballeros teutónicos, sabe utilizar su amistad con el banquero de Colonia, Salomon Oppenheim, para mantener unas excelentes relaciones con Bernard Baruch, al cual no deja nunca de visitar en sus viajes a los Estados Unidos. No hay que olvidar que sus consejeros más escuchados son Robert Pferdmenger (formado en la Diskontogesellschaft antes de convertirse en mayo de 1938 en animador de la banca Oppenheim, que financia Krupp), uno de los principales fundadores del partido demócrata-cristiano en 1946, y Hermann Joseph Abs (colaborador de la banca Delbrück, luego del Deutsche Bank, al que los británicos han protegido contra las reclamaciones de Tito, porque les ha entregado los archivos de aquel Instituto), nombrado director de la «Kreditanstalt für Wieder aufbau» (para la Reconstrucción, en 1948). Escapando al destino de la Europa sojuzgada, la Alemania del Oeste es admitida así en el seno de la Europa «socorrida», según la frase de Jacques Fauvet, aplicada a Francia.

* * *

La Italia demócrata-cristiana se apoya en los Estados Unidos

Ya que, en este viejo continente humillado, la situación de los «vencedores» no es más envidiable que la de los vencidos. Italia, pasada demasiado tarde de un campo al otro para ser colocada entre los primeros, ofrece un triste ejemplo. Cansada de la depuración vengativa dirigida por el francmasón Sforza, la Cámara ha obtenido de Bonomi que modifique su gabinete en enero de 1945. Ferruccio Parri, del partido de Acción, le ha sucedido a mediados de junio, al frente de una amplia combinación, que incluye a 20 ministros y 26 subsecretarios de Estado, ya que el parlamentarismo italiano, caracterizado por el fraccionamiento de los partidos —cada *personalidad* dotada de un mínimo de talento oratorio forma a su alrededor un grupito de clientes—, con su inestabilidad, sus intrigas entre bastidores y de pasillos, sus grupos de presión, su corrupción y su impotencia, permite que, en medio de la miseria general, si hay carestía, no sea de ministros ni de «ministrables». Compuesta de 358 miembros, la Asamblea consultiva provisional, reunida el 19 de septiembre de 1945, se ha librado de Parri en noviembre, ya que el país está harto de la tiranía de los comités de liberación. Alcide de Gasperi, que ha formado en diciembre de 1945 un gabinete con tres comunistas (en las Finanzas, en la Agricultura y en la Justicia), va a inaugurar el 2 de junio de 1946 el reinado del partido demócrata-cristiano. Después de la abdicación a primeros de mayo del «pequeño rey» Victor Manuel III, Humberto II, inclinándose ante los resultados de un referéndum que sólo ha concedido 10.700.000 votos a la Monarquía, contra 12.700.000 a la República, ha abandonado el 7 de junio su efímero trono. Y Gasperi se ha decidido a volverse hacia los Estados Unidos, permeables a sus deseos por la presencia de tres millones de electores de origen italiano, para obtener de ellos la ayuda necesaria para la subsistencia de la península, en la que cuatro millones de parados viven en la miseria, en la que los comunistas replican con una oleada de huelgas a la expulsión de sus ministros del gobierno, en la que un movimiento autonomista agita incluso a Sicilia.

El gaullismo y la resistencia decapitan al nacionalismo francés

Liberada por los desembarcos de Normandía y de Provenza, pero entregada a la anarquía por el gobierno provisional traído de Argel por el general De Gaulle en los furgones de los anglosajones, Francia es también incapaz de alzarse por sí misma de entre sus ruinas. Al mariscal Petain le había costado tres meses volver a ponerla en pie, a pesar de la ocupación alemana, tras su derrota en 1940. Después de unas destrucciones mucho más graves, De Gaulle se revela completamente incapaz de hacer otro tanto. Lo único que maneja diestramente es la depuración: el mariscal Petain, que ha regresado voluntariamente a Francia el 26 de abril de 1945, condenado a muerte el 15 de agosto; Pierre Laval (admitido en España por Lequerica, el 28 de abril, internado tres meses en Montjuich, pero expulsado el 31 de julio, es entregado a los Aliados en Linz), ejecutado el 15 de octubre; 2.071 condenas a muerte oficiales (de los cuales, 998 sobre 1.594 conmutadas por De Gaulle; 177 sobre 297 por Félix Gouin, y 35 sobre 59 por Georges Bidault) y dos veces más pronunciadas en rebeldía; 2.777 a trabajos forzados a perpetuidad, 40.000 a penas de prisión (de las cuales subsistirán 20.685 en 1947, y 4.791 en 1950), y 48.273 a la indignidad nacional. Y el embargo sobre la Prensa y los medios de información. Alto dignatario de los B'nai B'rith (de los cuales será el Gran Maestre para Francia), eminencia gris del «General», Pierre Bloch dirige «la incautación en masa de las instalaciones de imprenta, bajo la tapadera de las organizaciones de resistencia» (Livois, *Historia de la Prensa*, II, 559), la confiscación de la prensa (88 periódicos en París, 394 en provincias, incluidos unos periódicos que se han saboteado a sí mismos bajo la ocupación, tales como *Le Jour*, *Le Petit Journal*, 1944, *L'Action Française*, noviembre de 1942), en virtud de la ordenanza del 8 de julio de 1944, el reparto del botín entre resistentes de izquierda, en beneficio de los comunistas (52 cotidianos en vez de cinco en 1939), de los socialistas (34 en vez de seis) y de los demócrata-cristianos (27 en vez de tres), y el control del total por la Sociedad nacional de las Empresas de Prensa, S. N. E. P., instituida por la ley del 11 de mayo y el decreto del 16 de junio de 1946 (hasta el momento en que, sobrepasada toda medida con sus trapicheos, el citado Pierre-Bloch tendrá que retirarse ante el escándalo en 1954). En tales condiciones, la libertad de una prensa, sometida a un inmenso trust judío, no es más que un engaño.

Pierre-Bloch confisca y monopoliza la prensa

La Croix, gracias a Gaston Tessier, de la C. F. T. C., sólo ha interrumpido su publicación entre el 21 de junio, en Limoges, y el 15 de octubre de 1944; ha sido protegida por el ministro del Interior, el democristiano P. H. Teitgen. También *Le Figaro*, que había suspendido su publicación del 10 de noviembre de 1942 al 25 de agosto de 1944; su dirección ha sido confiada al oportunista Pierre Brisson, flanqueado de François Mauriac, que va a convertirse en el turiferario del «General». Pero, como aquel equipo no se entiende con la ex esposa de François Coty, casada de nuevo con el judío rumano Cotnareanu, «Regis-Presse» y Bleustein-Blanchet hacen presión sobre esta última para que ceda la mitad de las acciones al lanero de Roubaix J. Prouvost (propietario antes de la guerra de *Paris-Soir*, *Paris-Midi*, *Match*, *Marie-Claire*),

socio del azucarero Béghin (tirada 469.000). Antiguo adepto del «Sillon, redactor de la *Jeune République*, de *L'Aube* y del semanario *Sept* de los Dominicos, Emilien Amaury instala su *Parisien Libéré* (729.000), en agosto de 1944, en los locales del *Petit Parisien;* la Oficina de Publicidad que posee desde 1932 (con el apoyo de la B. P. P. B.) va a controlar *Carrefour* (50.000), *Images du Monde*, *Marie-France*, *La France Agricole* y *L'Information* (este último con Robert Bollack). *L'Aube*, de Francisque Gay y Louis Terrenoire renace en agosto de 1944 (el 24) para ver caer su tirada de 148.000 a 70.000 en 1949, y desaparecer en 1951. Aunque haya dejado de publicarse el 29 de noviembre de 1942, *Le Temps* tiene que ceder sus prensas al *Monde*, cuyo redactor jefe será Hubert Beuve-Méry (otro democristiano, ex corresponsal del *Temps* en Praga, colaborador de *L'Europe Nouvelle* y de la revista *Esprit*).

Entre los periódicos de gran información, *L'Intransigeant* es absorbido el 14 de noviembre de 1944 por *Paris-Presse* y su equipo moderado (Ph. Barrès, Merry Bromberger, Michel Rapoport «Gordey», Bernard Zimmer, Eve Curie, Jacques Bloch-Morhange). Pero su tirada baja de 200.000 a 175.000 en 1948, y luego a 65.000; el fabricante de aviones Marcel Bloch-Dassault lo ayudará hasta noviembre de 1959, antes de que el grupo «Holpa», filial de Hachette, lo fusione con *France-Soir.* Surgido del clandestino *Defense de la France*, difundido en 1941 por Robert Salmon y el judío rumano Aristide Blank, el vespertino *France-Soir*, dirigido por Pierre Lazareff a su regreso de América (con Sam Cohen y Charles Weiskopf, llamado «Gombault»), apoyado por el grupo Hachette y por Bleustein-Blanchet (que mantiene un pleito judicial con Blank desde el 15 de febrero de 1949 hasta el 30 de septiembre de 1950), alcanza en cambio grandes tiradas (1.200.000, reducida a 995.000 en 1963).

Al lado de este éxito, la mayoría de los periódicos de la Resistencia hacen el ridículo. *Combat*, salido el 21 de agosto de 1944 de la sombra en que vivía desde diciembre de 1941, impreso en el antiguo *Intran*, se hundirá pronto (de 185.000 a 30.000); después de la marcha de Claude Courdet, para fundar *France-Observateur*, y luego *Le Nouvel Observateur*, será dejado en manos de Roger Cohen y del rico judío tunecino Henri Smadja, que lo recapitalizará en mayo de 1951; *L'Aurore*, clandestino desde 1942, ha visto la luz el 11 de septiembre de 1944 (absorberá *La France Libre*, 1941-46, el 10 de marzo de 1953); eliminado Paul Bastid, es dirigido por un ex disidente del P. C. (con Ludovik-Oscar Frossard), Robert Lazurick, su esposa Francine Bonitzer, Gaston Meyer, P. Loewel y Henri Bénazet (con el apoyo financiero de Marcel Boussac, representado por Jérôme Lévy), que lo convertirán en el órgano por excelencia del sionismo en Francia (tirada 344.000). *Franc-Tireur*, clandestino desde diciembre de 1941, salido el 21 de agosto de 1944, dirigido por Albert Bayet y J. P. Lévy (13 de febrero de 1945), caerá después de la marcha de Georges Valois (que le había aportado un importante contrato de publicidad de 80 millones) y de Fourrier a *Liberation*, de 370.000 a 107.000 ejemplares, de 1948 a 1957, a pesar de una tentativa de recapitalización de David Dubensky, del sindicato neoyorquino de la Confección; el 18 de noviembre de 1957, será adquirido por Cino del Duca (de la «Presse du Coeur»), que lo convertirá en un anexo de *Paris-Journal*, y luego de *Paris-Jour* el 24 de septiembre de 1959 (con Ph. Boegner, Daniel Morgenstein, Rob. Aeschelmann y Michel Eberhardt (tirada 208.000). Judío converso, Maurice Schumann, el ex locutor de la radio de Londres, ayuda a Emmanuel d'Astier de la Vi-

gerie a publicar el 21 de agosto de 1944 su periódico clandestino de la zona sur, *Liberation* (1 de febrero de 1945). Aquel órgano progresista (que el general Imbert intentará inútilmente inclinar hacia el plan Marshall, el 28 de junio de 1949), es el lugar de cita de los resistentes extremistas (René Cassin, Georges Vallois, Kriegel, alias «Varlimont», Alfred Malleret, alias «general Joinville», Raymond Samuel, alias «Aubrac», Yves Farge, Francis Lazard, profesor Paul Rivet, Pierre Cot, Louis Saillant, Francis Viaud, Gran Maestre del Gran Oriente, Jacques Mitterand, su futuro sucesor, etc.), pero su audiencia es restringida (alrededor de 150.000 lectores), y cuando el P. C. le cortará los suministros, desaparecerá, el 28 de noviembre de 1961. Al lado de éstos, los principales órganos declarados del marxismo siguen estando *Le Populaire,* socialista, reaparecido el 22 de agosto de 1944 en la imprenta del *Matin,* con Leon Blum, E. Kahn, de la «Liga de los Derechos del Hombre», Roger Nahon, J. Pierre-Bloch y Oreste Rosenfeld en *Populaire-Dimanche,* pero el equipo Vincent Auriol, Daniel Mayer y Bernard Lecache no logra hasta 1948 recuperar las 240.000 acciones (más 1.500 de sus amigos) detentadas por Eugene Gaillard, Paul Faure y J. B. Séverac, adheridos al gobierno de Vichy en 1940, y la tirada desciende incesantemente (de 235.000 a 150.000 hasta el 15 de marzo de 1947, y a 85.000 hasta el 15 de enero de 1949), de modo que una subvención de 25.000 dólares de David Dubensky (del sindicato de la Confección de Nueva York) llega muy a punto para hacer revivir el periódico. *L'Humanité,* en cambio, dirigida por Etienne Fajon, aumenta al principio su tirada (326.000 a finales de 1944, 600.000 en 1945, antes de volver a caer a 500.000 en 1946, 400.000 en 1947, 310.000 en 1949 y 192.000 en 1962), en tanto que *L'Humanité-Dimanche,* sostenido por una amplia publicidad capitalista, tendrá aún 455.000 lectores en 1965.

Conviene añadir a ese cuadro de la prensa las agencias de información y de publicidad. Havas-Information es absorbida por la oficial Agencia France-Presse, y el Estado participa en un 57 % en el control de su sección publicitaria, que impera sobre 40 cotidianos y 100 semanarios, aunque la B. P. P. B. conserva en ella su influencia. Con Emmanuel Monick (y Jacques Fouret, sucesor de Edmond en 1952), aquella misma banca ha recuperado el control de las Mensajerías Hachette, en virtud de la ley del 2 de abril de 1947 (tras una efímera gestión de Georges Vallois de *Franc-Tireur,* en competencia con «Transport-Presse» y «L'Expeditive», y una vana tentativa de nacionalización, llevada a cabo por Albert Bayet y Gaston Defferre). Pero aquellos antiguos trusts se han visto birlar el primer puesto por el emprendedor Marcel Bleustein-Blanchet, yerno de Levitan (de los muebles Wolff-Levitan), colaborador de Leon Renier en la Havas en 1938, que ha creado el 11 de mayo de 1939, en vísperas de la guerra, con el apoyo del banquero de Londres Edev. Mich. Behrens, ligado a los Rotschild ingleses, la agencia «Publicis», en la que vuelve a encontrarse después del conflicto con Gilbert Cohen-Salvador y Lazare Rachline, llamado Lucien «Rachet» (futuro administrador de la Sociedad de *L'Express*). Girando anualmente 15.000 millones de publicidad, difundida por 160 grandes firmas, Bleustein ha podido transformar el viejo poste de Lucien Lévy, con la ayuda de Fr. Louis-Dreyfuss, para montar Radio-Cité, Radio 37, Radio-Alger, Radio-Maroc, Radio Normandie. Dueño de aquella cadena de televisión, lo es también, por «Regie-Presse» (de la que *France-Soir* posee un tercio de las acciones y Hachette otro gran paquete, lo mismo que la B. P. P. B.), de la mayoría de los periódicos surgidos de la Liberación (*France-Soir,* cerca de un millón de ejemplares; *Paris-Presse,*

90.000; *France-Dimanche*, un millón; *Le Journal du Dimanche* —que dirige Bernard Lecache, de la L. I. C. A.—, 619.000; *Elle*, 622.000; *Réalités*, 124.000, etcétera), así como de la Publicidad «Métrobus», se ha convertido en una potencia en la política francesa.

Así dirigida y monopolizada, la prensa «francesa» distribuye de hecho una sola propaganda, más o menos adaptada a los gustos de una clientela variada. Se comprende que aquel alimento indigesto desaliente a un creciente número de lectores, provocando unos descensos de tirada del orden de 450.000 en París y de 700.000 en provincias, a pesar de una concentración que ha reducido el número de los cotidianos de 26 en 1945 a 11 en 1962. Y se comprende el éxito de los escasos semanarios que han logrado conservar una apariencia de independencia.

Un neo-Frente Popular: nacionalizaciones, inflación

La situación creada por la Liberación en el terreno político es enteramente análoga. La liquidación de los partidos «nacionales», decapitados por la depuración de sus jefes y de sus cuadros, privados de todo medio de expresión, ha establecido la preponderancia de un «sindicato de resistentes», coalición de comunistas, de socialistas, de demócratas-cristianos y de gaullistas, cubriendo con una etiqueta falsamente democrática el retorno al poder de un Frente Popular, ampliado a los hombres de Moscú. De aquella resurrección, el «General» no tiene ya la iniciativa ni el control, sino Leon Blum, que le ha impuesto el volver a los partidos de anteguerra. Y aquel segundo Frente Popular conducirá a los mismos resultados que el primero: inestabilidad gubernamental, inflación, escándalos, alza de los precios, desórdenes sociales, quiebra monetaria, recurso a la ayuda extranjera, vasallaje económico, impotencia militar, abandono de lo que fue el Imperio, retirada en el Hexágono y decadencia irremediable. Puesto que al desgarrar la ley Treveneuc se han dispersado las Asambleas locales que habrían tenido que asegurar la transmisión de poderes, lo único que puede hacerse es reemplazar las instituciones difuntas de la III República votando sin parar: siete consultas electorales en catorce meses. Un primer referéndum, decidido el 9 de julio de 1945, entierra la Constitución de 1875, por 17.957.868 «síes» contra 670.672 «noes», el 21 de octubre de 1945, pero, sobre la limitación a siete meses de la Asamblea constituyente, sólo son favorables el 66 %, o sea, 12.317.882 contra 6.271.512. En las elecciones del mismo día, a pesar del ambiente revolucionario que aún persiste, los marxistas (con el 26 % de los sufragios y 160 escaños para el P. C., y el 23,8% y 142 escaños para la S. F. I. O.) obtienen una leve mayoría de 302 escaños sobre 586, en tanto que el M. R. P. (el movimiento demócrata-cristiano, surgido en el salón de Mme. Abrami, en noviembre de 1944, del manifiesto de Gilbert Dru, fusilado por los alemanes en julio, y de la carta de la «Liga de Acción para la Liberación», organizada por André Colin y Maurice Simonnet en septiembre, de acuerdo con el programa del C. N. R., presidido por Georges Bidault) obtenía 4.580.000 votos, o sea, el 24,9 % y 152 escaños; el U. D. S. R., 30; los radicales, el 11,1 % y 29 escaños; los moderados, el 13,3% y 68 escaños, y otros varios, el 0,9 %, o sea algo más de la mitad. Por unanimidad de los 555 presentes, De Gaulle es designado el 13 de noviembre como jefe de un gobierno tripartito, al cual es llamado a participar el M. R. P. (por 358 votos contra 39), a pesar de la reticencia de los comunistas.

Estos últimos exigen las tres carteras más importantes, es decir, el Interior. los Asuntos Exteriores y la Guerra. El «General», que ya ha chocado con la Asamblea consultiva los días 27 y 28 de julio, a propósito del mantenimiento de la responsabilidad ministerial y de la iniciativa de las leyes en la futura asamblea, y los días 2 y 3 de agosto sobre el escrutinio de lista proporcional y departamental que le impiden instaurar, amenaza el 16 con retirarse, y transige al día siguiente, aceptando a cuatro comunistas en su gabinete: Maurice Thorez como ministro de Estado, François Billoux en la Economía, Marcel Paul en la Producción y Charles Tillon en el Armamento (la Guerra se había escindido en dos). Durante el corto trimestre de su paso por el poder, De Gaulle, lejos de «poner de nuevo el tren sobre los raíles», como pretenderá en Bayeux, el 16 de junio de 1946, queriendo presentarse como salvador, tendrá el tiempo justo para situarlo en la pendiente fatal de las nacionalizaciones y de la quiebra. Aplicando el programa del C. N. R. (15 de marzo de 1944): una República socialista y productivista, una democracia económica estatal y planificada (lo bastante vago para que se adhieran a él unos moderados como Laniel y Mutter), su gobierno provisional había creado el 22 de febrero de 1945 unos comités de empresa en las fábricas, aumentando los salarios en un 50 % en septiembre, y decretando un bloqueo de los precios completamente ilusorio en noviembre. Sin esperar, había procedido a la nacionalización de las Hulleras (las del Norte y el Paso de Calais primero, el 13 de diciembre de 1944; luego, el conjunto de las seis cuencas, sometido a un organismo central, el 2 de marzo de 1945). Siguieron los bancos (ley del 2 de diciembre de 1945, fijando la indemnización de los accionistas con unos títulos de renta fija), el Banco de Francia; luego, los cuatro principales bancos de Depósitos —Société Générale, Crédit Lyonnais, Comptoir d'Escompte de París y B. N. C. I.—. Luego, la mayoría (34) de las compañías de Seguros, disponiendo de reservas considerables; las Sociedades productoras de Energía, fusionadas en «Gaz de France» y en «Electricité de France»; las fábricas de aviación, fábricas de motores (Gnome y Rhône) o de automóviles (Renault, administrada por Dreyfus), confiscando el Estado en provecho suyo, al mismo tiempo que la fortuna de la Nación, una parte importante de su equipo.

Por desgracia, el uso que hizo de todo ello se reveló inmediatamente desastroso. La «Intendencia» no fue nunca el fuerte del «General». Desbordado por la demagogia reinante, arbitró las diferencias que enfrentaban en el seno de su gabinete a Ramadier, Lacoste y Tanguy-Prigent con Mendès-France, Jules Moch y André Philip, preocupados por las consecuencias de las alzas de los transportes y de la energía y de un nuevo aumento de los salarios, en oposición a su ministro de Economía y de Finanzas, Mendès-France, cuyas advertencias eran ignoradas desde el 1 de enero, partidario de un intercambio de billetes y de un bloqueo de las cuentas corrientes (como en Bélgica), pero hostil a un empréstito, y que dimitió de la Economía el 6 de abril de 1945. René Pleven, el hombre de los Lazard, que le sucedió en la Economía, y luego en las Finanzas (el 9 de noviembre), procuró defender a los bancos contra los ataques del socialista Christian Pineau, pero no pudo escapar a una primera devaluación (24 de diciembre de 1945), que aumentó el valor del dólar de 50 a 120 francos, y el de la libra esterlina de 200 a 480 (fijando un tipo de cambio especial para el franco CFA, Colonias Francesas de Africa, en 1,70, y para el franco CFP, Colonias Francesas del Pacífico, en 2,40). La carestía es tal que hay que restablecer la cartilla de pan y que los funcionarios se declaran en

huelga, el 12 de diciembre. El 31 de diciembre, André Philip, apoyado por Edouard Herriot, reclama una reducción del 20 % de los créditos militares. Abrumado, el «General» se aísla en Eden Roc, del 4 al 14 de enero de 1946.

Humillante abandono de Siria

En el terreno internacional, asimismo, sólo ha registrado decepciones. Siria y el Líbano, a los cuales Catroux había prometido imprudentemente la independencia —reconocida por Stalin el 19 de julio y por Roosevelt el 8 de septiembre de 1944—, han reclamado el 29 de enero y el 6 de febrero de 1945, respectivamente, el control de su propio ejército. De Gaulle ha replicado enviando al general Beynet, los días 6 y 16 de mayo, a bordo de cruceros, tres batallones de refuerzo. Medida a la cual los nacionalistas han respondido a partir del 19 de mayo con una huelga general, manifestaciones y disturbios en Beyrut (hasta el 21), en Damasco (donde un teniente ha sido apuñalado el 21 y otro quemado vivo el 22) y en Alepo (donde tres pelotones han sido reducidos por 5.000 amotinados y la ciudadela evacuada). A fin de liberar los puestos franceses atacados, la artillería ha intervenido el 30 de mayo en Damasco y el 31 en Deiatz-Zor. El asunto se salda en Damasco con 86 gendarmes y 500 civiles muertos y 1.300 heridos. La Gran Bretaña, que había estimulado bajo mano aquella agitación —hasta el punto de que el general Monclar había pedido la destitución del coronel Sterling y de Altunnian—, interviene entonces abiertamente «para restablecer la calma». (¿No lo había hecho ya, después del éxito de los candidatos del brigadier general Spears en las elecciones de octubre de 1943, para exigir de Catroux, el 19 de noviembre, un nuevo gobierno y el restablecimiento de la asamblea libanesa, disuelta el 10 de noviembre por el delegado general Helleu, nombrado por Argel, que tuvo que ceder el puesto al «liberal» Yves Chataigneau, futuro gobernador general de Argelia, más dócil?) Ejecutando las órdenes de Eden y de Churchill, en su discurso en los Comunes de la tarde, el coronel Morgan, la noche del 31 de mayo, intima a las tropas francesas la orden de regresar a sus cuarteles y permanecer en ellos, en tanto que al día siguiente 100 tanques británicos del general Paget desfilan por la ciudad, en la que la muchedumbre se mofa de los franceses. «¡No estamos dispuestos a someternos a las prescripciones de Inglaterra!», ha gruñido De Gaulle, pero se ha inclinado. Con Truman, ha encontrado el modo de tener una agarrada en junio, a propósito del mantenimiento de las tropas francesas en el valle de Aosta, lo que no hace más que acentuar su puesta en cuarentena. A pesar de su complejo de Superioridad, de su Suficiencia, de su Soberbia, está sujeto a crisis de desánimo, de desaliento, consciente como es a veces de no ser más que un instrumento: ya, a mediados de 1944, impotente ante la anarquía del Midi, ha murmurado: «Yo me retiro... aunque sólo sea para conservar la imagen de Juana de Arco.» En octubre de 1945, nuevamente ha hecho partícipe a Blum de su decepción. Terminada su meditación, un incidente mínimo con Herriot, el 16 de enero (a propósito de las condecoraciones concedidas a los militares que han combatido contra los Aliados en Africa) le saca de quicio. El 20, se presenta de uniforme en el Consejo, convocado en el Ministerio de la Guerra, y esta vez se marcha en serio. Porque considera, como le ha dicho a P. H. Teitgen, que «serán necesarios de cinco a ocho años para levantar cabeza», antes de poder «desarrollar una política digna de este nombre», que «los hombres se gastarán en esa empresa», y que aquella tarea ingrata no le atrae. O bien en la espe-

ranza de que volverán a llamarle y entonces podrá dictar sus condiciones («Antes de ocho días me pedirán que vuelva», le ha confiado el 18 a Francisque Gay). Pero no ocurre nada de eso. En lo inmediato, nadie le necesita.

Desalentado, De Gaulle deja el puesto al M. R. P., y luego a Blum

Tanto menos por cuanto los jefes del M. R. P., Georges Bidault y Maurice Schumann (advertidos por el general Billotte, jefe de Estado Mayor adjunto, de que los anglosajones no admitirán un gobierno marxista), aceptan participar en la combinación formada por el presidente de la Asamblea Nacional, Felix Gouin, el 26 de enero, tras concluir la antevíspera una entente sobre tripartismo, mediante una pausa en el camino de las nacionalizaciones. Aquel gabinete, que incluye a los comunistas Maurice Thorez (vicepresidente), Tillon, Paul, Billoux (en la Reconstrucción) y Laurent Casanova (en los Ex Combatientes), es investido el 29 por 503 votos contra 44. Pero, a propósito de la Constitución, surgen nuevos desacuerdos entre el ponente Pierre Cot y el M. R. P., que no obtiene, ni la inscripción en aquel texto de la libertad de la enseñanza y del derecho de propiedad (en marzo), ni la institución de una segunda Cámara o Consejo de la República (9 de abril). El 19 de abril, los marxistas imponen la instauración de una asamblea única tipo Convención, por 309 votos contra 219. Consultado por referéndum el 5 de mayo, el país no está de acuerdo y rechaza aquel proyecto por 10.584.359 «noes» contra 9.454.034 «síes». En las elecciones que tienen lugar el 2 de junio, los socialistas, que se han separado de los comunistas, pierden 500.000 votos (con 4.187.818, o sea, el 21,1 % y 115 escaños), y los comunistas obtienen una ganancia (5.199.111, o sea, el 26,2 % y 140 escaños), lo mismo que el M. R. P., por otra parte (5.589.059, o sea, el 28,1 % y 160 escaños), y los radicales (11,5 %), en detrimento de los moderados (12,8 %) y de otros varios (0,3 %) —62 escaños en total—. Tolerado por los comunistas, porque pretende equilibrar la balanza entre los anglosajones y la U. R. S. S., Georges Bidault forma, el 25 de junio de 1946, con Robert Schumann (M. R. P.) en las Finanzas, ocho M. R. P., seis S. F. I. O. y los seis comunistas precedentes, más René Arthaud en la Sanidad, un gabinete que sólo se aguantará hasta el 28 de noviembre siguiente, y que se limitará a hacer aprobar el 30 de septiembre, por 540 votos contra 106, un texto constitucional que un referéndum aprueba, esta vez, el 13 de octubre, por 9.039.032 «síes» contra 7.830.369 «noes». Pero, aunque figura en él la creación de un Consejo de la República, 7.880.119 electores, moderados en su mayor parte, se han abstenido. Y De Gaulle, que ha reclamado en Bayeux el 16 de junio el establecimiento de un régimen presidencial, no se satisface con la elección por las dos Cámaras, en escrutinio secreto, del primer magistrado del Estado, que debe designar al presidente del Consejo. En Epinal, el 22 de septiembre, se declara hostil; en torno a su nombre, René Capitant crea una «Unión gaullista», que a primeros de septiembre reunirá 500.000 afiliados, 22 diputados y 61 simpatizantes. Una nueva consulta electoral, el 10 de noviembre, confirma el ascenso de los comunistas (28,6 % = 500.000 más), la baja de los socialistas (17,9 % = un millón menos) —en conjunto, 273 escaños—, una leve progresión de los radicales (12,4 % y 43 escaños) y de la U. D. S. R. (23 escaños), un retroceso del M. R. P. (26,4 %, 4.988.000 votos, 164 escaños), sobre el cual los gaullistas han detraído el 1,6 % del porcentaje, el mantenimiento de los moderados (12,8 %) y de los varios (0,3 %), con

38 escaños para el P. R. L. y 28 para los independientes. Los escrutinios que se suceden a partir del 21 de octubre, para la elección de los «grandes electores» el 24 de noviembre y de los miembros del Consejo de la República, el 8 de diciembre, dan más o menos los mismos resultados (29,3 % para los comunistas, 16,6 para los socialistas, 14.5 para el R. G. R. (Unión de Izquierdas Republicanas), 25,3 % para el M. R. P., 13,7 % para los moderados).

La consecuencia en el terreno gubernamental es, paradójicamente, tras el fracaso de Maurice Thorez (que sólo alcanza 259 votos en vez del quorum de 310, el 4 de diciembre), y de Bidault el 5, la constitución de un gabinete socialista homogéneo en torno a Leon Blum, el 18 de diciembre, que reúne desde el primer momento la casi unanimidad de 575 votos sobre 590. El reparto de las presidencias desemboca en la instalación en el Elíseo de Vincent Auriol (por 452 votos), en el Consejo de la República a su desafortunado competidor (con 242 votos) Champetier de Ribes (elegido por el beneficio de la edad contra Marrane, candidato comunista, que ha obtenido el mismo número de sufragios, o sea, 129), y en la Cámara a Edouard Herriot. El 16 de enero de 1947, Leon Blum cede el puesto a Paul Ramadier (con los comunistas Maurice Thorez, Fr. Billoux en la Defensa, Ambroise Croizet en el Trabajo, Ch. Tillon en la Reconstrucción y Georges Marrane en la Sanidad; 23 de enero). Aquel gobierno de frente Popular, en estado puro, compuesto de «*chevaux de retour*», se dispone a ampliar las nacionalizaciones a la siderurgia, a las industrias químicas y a la Marina mercante. Entonces, el M. R. P. reacciona y Maurice Schumann amenaza con retirarse. En el terreno internacional, terminado el coqueteo con Moscú, la conferencia de los ministros de Asuntos Exteriores celebrada en la capital soviética a partir del 10 de marzo, desemboca el 24 de abril en una ruptura entre el Este y el Oeste, que entraña la salida de los comunistas de los gobiernos occidentales: el 5 de mayo, los Thorez y compañía se enteran por el *Diario Oficial* de que han sido «dimitidos» por un voto hostil emitido la víspera, llegado tras una serie de incidentes (negativa de Billoux a asociarse a un homenaje a los soldados de Indochina, el 18 de marzo; al día siguiente, su grupo rechaza los créditos para el cuerpo expedicionario; Casanova pone un parque de varios millares de vehículos a disposición de Zimmermann, de la C. G. T., etc.). Con el nacimiento de la III Fuerza, como la llamará Guy Mollet, separada de los comunistas, la creación del R. P. F. (Rassemblement du Peuple Français) respondiendo al llamamiento de De Gaulle en Bruneval el 30 de marzo («la masa inmensa de los franceses se agrupará con Francia», a lo cual ha replicado Ramadier el mismo día, en Avignon, que «ya no hay Salvador supremo, ni César, ni tribuno»), y en Estrasburgo (14 de abril), la constitución paralela de gobiernos demócratacristianos, Alcide de Gasperi en Italia (2 de junio de 1946), Conrad Adenauer en la Alemania del Oeste, y Robert Schumann en Francia, el 24 de noviembre de 1947 (el M. R. P. ha retirado su apoyo a Ramadier, el 12 de noviembre, y se lo ha negado a Blum, al cual le faltan nueve votos para ser investido), empieza un nuevo período, por otra parte tan agitado como el anterior, en la evolución política de la IV República. Pero, en el terreno financiero, económico y social, «el sistema» sigue deslizándose por una pendiente tal, que sólo China conocerá un peor desastre.

Despilfarro y ruina financiera

Las cifras del presupuesto lo dicen todo: 390.000 millones de gastos contra 145.000 de ingresos en 1945; 600.000 millones de gastos (de ellos, 176.000 de créditos militares) en 1946. El de 1947 lleva retraso. Púdicamente disfrazado de *impasse*, el déficit es constante: 318.000 millones en 1945, 687.000 en 1946, 502.000 en 1951, 656.000 en 1952, cerca de 700.000 en 1953. La deuda interior —437.000 millones el 21 de diciembre de 1938— alcanzará los tres billones en diciembre de 1951 y casi cinco billones el 31 de marzo de 1956. Aunque los Estados Unidos pasan la esponja sobre 2.774 millones de dólares, la deuda exterior se elevará de 6.800 millones a un billón 254.400 millones y a un billón 009.500 millones en las mismas fechas. Las existencias-oro descienden de 707 toneladas en 1945 a 487 en 1955. De 2.000 millones de dólares de reservas de oro y de divisas el 1 de enero de 1946, sólo quedan 1.000 millones en enero de 1947. La inflación se acelera de un modo galopante. En 1946 existen en el mercado 500.000 millones de Bonos del Tesoro y de deudas activas diversas. El 20 de marzo de 1947, el techo de anticipos del Banco de Francia tiene que ser aumentado de 10.000 a 50.000 millones. La circulación fiduciaria se ha hinchado de 150.000 millones en diciembre de 1939 a 630.000 en octubre de 1944; se elevará a 784.000 en marzo de 1947, luego a un billón 883.000 millones en 1952 y, en abril de 1957, a tres billones 113.000 millones (es decir, 518,6 veces más que en 1914). El cambio se hunde. Las devaluaciones se suceden: al franco Pleven (dólares a 120, libras esterlinas a 480, 24 de diciembre de 1945) sucede el franco René Mayer (que incita a los capitales expatriados a regresar, adoptando una tasa casi igual a la del mercado negro), dólares a 214,39 y libras esterlinas a 864 el 26 de enero de 1948, y luego el franco Queuille, rebajado a 322-329 por un dólar, 1.062,50 a 1.096 por una libra esterlina, el 12 de octubre de 1948 (como consecuencia de la alineación con el dólar de las monedas no negociables en el mercado libre), rectificado en septiembre de 1949, tras la devaluación de la libra esterlina (de 4,03 £ a 2,80), a 350 el dólar y 980 la libra esterlina). Pleven estabiliza provisionalmente el franco, por decreto del 3 de agosto de 1950, a 350 en relación con el dólar (es decir, a 2,542 miligramos en vez de 7,46 miligramos, el 24 de diciembre de 1945).

Superchería financiera e inflación —sin hablar del mercado negro, al que la ley del 4 de octubre de 1945 no ha podido yugular, ni de los escándalos de los textiles, de los vinos, etc., que florecen en 1946— hacen completamente inútiles los esfuerzos de los gobiernos por contener el alza de los precios. Para los de al por mayor, el índice de 135 mercancías se establecía en 1938 en 650 (en relación a 100 en 1914), cuando se le hizo partir de nuevo de 100: trepó a 145 en 1940, 375 en 1945, y luego a 648, 989, 1.712 y 1.917 desde 1946 hasta 1949, año en que se sitúa de nuevo en 100, para continuar a 120,4, 151,1 en diciembre de 1951, bajar a 140,6 en diciembre de 1952 y subir de nuevo a 164,4 en enero de 1958 y 174,1 en febrero de 1959 (es decir, multiplicada por 183,49 la cifra de 1914). Naturalmente, los precios de detall han seguido la misma marcha: multiplicados por 7,04 en 1938, en relación con 1914, en marzo de 1957 se han multiplicado por 173,46. Francia, pues, se encuentra comprometida a fondo (a pesar de una tentativa de baja autoritaria del 5 % de los precios decretada por Blum, el 31 de diciembre de 1946) en el ciclo infernal coste de

la vida-salarios (aumentados en un 45 % en el otoño, y del 30 al 35 % en la primavera de 1945). En agosto de 1947, la ración de pan es reducida a 200 gramos, la más pequeña desde 1940.

Agitación social

En tales condiciones, la agitación social es inevitable. Apartados del gobierno, los comunistas disponen de libertad para explotarla. Ministro del Interior, Jules Moch denuncia la mano de los moscovitas, entre ellos 19 agitadores rusos, a los que expulsa el 25 de noviembre de 1947; en 1948 les llegará la vez a los polacos (lo que provoca violentos ataques contra Francia en la conferencia de Belgrado en agosto; la clausura el 2 de agosto de los establecimientos franceses de enseñanza en Rumanía y la expulsión de empleados de la embajada en Varsovia a finales de año). El 25 de abril de 1947, 1.500 empleados de la Regie Renault se declaran en huelga, respondiendo al llamamiento del trotskista P. Bois; el 29, son 10.000, luego 20.000. El 6 de agosto, Ramadier deniega el aumento de salarios en un 18 %, reclamado el 1 por la C. G. T., tras un acuerdo con el C. N. P. F. en el Palais-Royal, el 6 de julio.

En noviembre, la agitación sube de tono: el 12, en Marsella, 4.000 huelguistas invaden el Palacio de Justicia y el Ayuntamiento, en el que pretenden reinstalar al comunista Cristofol; el 17, cesa el trabajo en las Hulleras del Norte, y en todas las minas el 22 de noviembre; también el 17, una huelga desencadenada en la Renault se extiende a 250.000 metalúrgicos; del 20 al 25 de noviembre, el movimiento alcanza a los ferroviarios de la línea París-Marsella; el 27, la C. G. T. constituye un Comité Nacional para dirigir la huelga, que a fin de mes afecta a tres millones de trabajadores. No pudiendo dejar paralizar la economía —se descontarán 23.371.000 jornadas de huelga en 1947 contra 374.000 en 1946—, el gobierno reacciona. Taitgen y Jules Moch, ministro del Interior, encargan a 5.000 soldados y 1.000 policías el restablecimiento del orden en el Norte, pero tienen que disolver 14 compañías de C. R. S. poco seguras; utilizan equipos de la marina y de los bomberos para restablecer la corriente, cortada por unos empleados de la E. D. F. el 1 de diciembre. El general Revers firma la llamada a filas de 80.000 reservistas, lo que provoca en la Asamblea, del 29 de noviembre al 3 de diciembre, unos debates tan tumultuosos que los comunistas son expulsados del hemiciclo. Intervienen las sanciones: se efectúan 1.375 detenciones, 112 de ellas por sabotaje (el 28 de noviembre, el descarrilamiento del París-Tourcoing ha provocado la muerte de 12 pasajeros). Entonces, el Comité Nacional de Huelga se inclina (9 de diciembre) y decide la reanudación del trabajo. Sin embargo, un nuevo estallido se producirá en 1948: en junio, en Clermont-Ferrand, donde se producirán 182 detenciones, y, el 4 de octubre, en las hulleras del Norte, y luego en todas las minas, del 18 de octubre al 10 de noviembre; estallan disturbios en Alès y en Saint-Etienne; el gobierno lleva al norte 40.000 militares y 5.000 policías, traídos de Alemania; se efectúan más de 1.000 detenciones y se pronuncian más de 300 condenas. Cansado de aquellos desórdenes, los elementos no comunistas de la C. G. T. se separan de ella y crean en París, el 18 de noviembre de 1947, una nueva Central sindical, bajo el nombre de «Fuerza Obrera».

Francia, arruinada por su intervención en la segunda guerra mundial, que ha visto el aniquilamiento de la mitad de su fortuna nacional (más de cinco billones), se ha convertido en «el hombre enfermo» de Europa. Los tecnócratas se inclinan sobre ella, le toman el pulso. Jean Monnet valora sus pérdidas en capital en 700.000 millones de francos, y su retraso en equipamiento desde 1929 hasta 1939 en 500.000 millones. Para reponerla, aquel hombre de confianza de los Lazard, intermediario obligado de las relaciones económicas con los anglosajones, sustituto de Georges Boris en la dirección del Plan (creado por Mendès-France el 23 de noviembre de 1944), se rodea de un equipo (Etienne Hirsch, Robert Marjolin, Pierre Uri) que, transformado en Comisariado del Plan, el 3 de enero de 1946, prepara con 18 comisiones un plan de inversiones. Pero, ¿y los fondos? El Export-Import Bank ha anticipado ya 550 millones de dólares a Francia en noviembre-diciembre de 1945, y otro convenio ha concedido a Monnet 205 millones. Leon Blum se encarga de solicitar otros. El 20 de marzo de 1946, en Washington, el secretario de Estado James F. Byrnes le concede la anulación de una deuda de 1.500 millones de dólares a título de préstamo-arriendo, y le facilita, al cabo de tres semanas, un préstamo de 650 millones de dólares del Export-Import Bank y un crédito de 720 millones de dólares, reembolsable en treinta años (28 de mayo). Convertido en presidente del Consejo el 16 de diciembre, se entrevista en Londres con su colega laborista Attlee, y aquel acercamiento, contra el cual De Gaulle rechina los dientes, desemboca en la firma por Bidault y Bevin en Dunquerque, el 4 de marzo de 1947, de una alianza valedera por cincuenta años, y dirigida exclusivamente contra Alemania, a fin de no despertar objeciones del Kremlin. A pesar de aquella precaución, las conversaciones celebradas en Moscú, del 14 de marzo al 25 de abril de 1947, terminan con una ruptura y los Estados Unidos se resignan a adoptar con respecto a los soviets la política del «containment», de contención, tal como la definió en julio en *Foreign Affairs* Georges Kennan, de Princeton, consejero de embajada en la U. R. S. S.

* * *

¿Gobierno atómico mundial? ¿Baruch, Júpiter tonante?

Por un momento, sin embargo, el Judaísmo norteamericano, poseedor del monopolio de la bomba atómica, ha podido creerse en vísperas de instaurar el gobierno mundial al que aspira. Cuando no era más que presidente de la Comisión del «Federal Council of Churches» para el estudio de las condiciones de paz, John Foster Dulles definió perfectamente aquel objetivo de guerra, recomendando «un gobierno mundial, la limitación inmediata y severa de las soberanías nacionales, el control internacional de todos los ejércitos y todas las marinas, un sistema monetario universal, la libertad de inmigración en el mundo entero, la eliminación progresiva de todas las restricciones aduaneras (derechos y contingentes) al comercio mundial, y un Banco mundial bajo control democrático» (*Times*, 16 de marzo de 1942). Ahora, al parecer, el Tío Sam posee los medios para imponer aquel programa.

Gracias a los trabajos de los alemanes James Franck (premio Nobel refugiado en los Estados Unidos en 1934) y a las investigaciones de Otto Hahn y de Strassman (autores de la primera fisión del uranio en diciembre

de 1938-enero de 1939), entregados al centro de los Alamos, organizado por el general Groves en 1942, la primera bomba (puesto a punto igualmente en el centro de Berkeley por Robert Oppenheimer y los refugiados Leo Szilar, húngaro, Enrico Fermi, italiano, Klaus Fuchs, alemán, Frisch y Bohler, daneses, con seis sabios de Chicago), dispuesta el 11 de junio de 1945, ha sido experimentada el 16 de julio. ¿Había que negociar, como proponían Einsttein y una parte de aquel equipo, un acuerdo que prohibiera su utilización? ¿O emplearla como advertencia en el Japón, tomando como objetivo un macizo o volcán deshabitado? ¿O, como aconsejaba al Consejo consultivo Oppenheimer, Fermi, Compton, Lawrence, utilizarla abiertamente para aniquilar grandes aglomeraciones niponas? Sabemos que, por desgracia, a instancias del belicista Stimson y del general Marshall, prevaleció la última solución. Después de haberla ratificado, Truman se asustó y reconoció, un poco tarde, que «la bomba atómica es demasiado peligrosa para ser confiada a un mundo sin ley» (9 de agosto de 1945). El secreto, pues, en la medida de lo posible, será mantenido (15 de agosto).

Sin embargo, al día siguiente, el informe Smyth deja asomar algunas indiscreciones. Y los Estados Unidos no pueden negarse a «conversar» con asociados británicos y canadienses el 3 de octubre, y de nuevo el 10 de octubre, en Washington. Esto es suficiente para que se produzcan las primeras fugas, por parte de Karl Fuchs (más tarde juzgado y liberado en 1959), de Bruno Pontecorvo, del centro inglés de Hartwell, en enlace con Harry Gold, de Filadelfia), luego de Allan Nun May, de 16 judíos canadienses (denunciados por el diplomático ruso Igor Guzenko, que ha escogido la libertad el 5 de septiembre), cuya pista conduce hasta David Greenglas, empleado en los Alamos, a su hermana Ruth (que hace de «recadero» con Nueva York) y a la pareja Julius y Ethel Rosenberg (juzgados por haber entregado el sistema de detonador, serán ejecutados en 1953). Poniendo en marcha la ejecución del plan de gobierno mundial, ideal de Bernard Baruch y de Einstein, la O. N. U. convoca el 14 de junio en Nueva York a la comisión atómica que ha creado el 24 de enero. Bajo la presidencia de Bernard Baruch —elevado así al papel de Júpiter— (consejero de James F. Byrnes, secretario de Estado, desde el 19 de junio de 1943, luego de Truman para la política exterior, el 31 de mayo de 1945, ha sido nombrado representante norteamericano en la Comisión de la O. N. U. el 18 de marzo de 1946), el secretario de Estado Dean Acheson (amigo íntimo de Felix Frankfürter), ayudado de David Lilienthal (el todopoderoso manager de la «Tennessee Valley Authority») y de Robert P. Oppenheimer, presenta un proyecto que comporta la creación de una Autoridad internacional de almacenaje y de un cuerpo de control, y la prohibición de toda fabricación ulterior. Poco deseoso de confirmar en su monopolio a sus rivales yanquis, Stalin replica el 19 de junio por boca de Andrei Gromyko, proponiendo la destrucción de los ingenios existentes y la prohibición del átomo como arma de guerra. Tras lo cual, a pesar de la oposición del senador Vandenberg y del ejército, la ley Mac-Mahon instituye una comisión civil atómica y protege el secreto interrumpiendo la colaboración en ese terreno con la Gran Bretaña (que responderá con una ley análoga en noviembre de 1946, pero no podrá experimentar su propio ingenio hasta siete años más tarde en Montebello, Australia).

Stalin, informado por la traición, acepta el reto

Sin embargo, la U. R. S. S. poseerá la bomba atómica el 25 de septiembre de 1949. Gracias a los progresistas y a los criptocomunistas del entorno de Roosevelt y de Truman, que han detenido el avance de Patton en Alemania, los rusos se han apoderado del doctor Gustav Hertz (autor del ciclotrón), de Robert Dropel, de Leipzig, de Ludwig Beliogna (adjunto de Heisenberg, instalador de la pila atómica) y de la mitad de los 400 técnicos del laboratorio de Berlín. Y, en los Estados Unidos no sólo continúan las fugas (secretario del Comité mixto E. U.-G. B.-Canadá, el diplomático británico Donald Mac Lean y su colega Guy Burgess prosiguen sus traiciones antes de buscar refugio en Rusia), sino que, a bordo del «Michel Koutousov», la U. R. S. S. recibe equipo atómico en 1947 (agosto). Por otra parte, una extraña protección encubre a los traidores, en Washington. Los que los denuncian se exponen a los rigores de la Administración: por haber señalado a Alger Hiss como sospechoso, el comandante Racey Jordan, oficial de enlace cerca de los rusos, es amenazado con ser enviado al Pacífico sur; cuando los agentes del almirante Ellis M. Zacharias descubren las maniobras soviéticos en Hungría, en Rumanía, en Bulgaria y en Checoslovaquia, se les invita al silencio tras una queja del Kremlin a la Casa Blanca; el mayor general Charles S. Willoughby, jefe de los Servicios de Información de Mac Arthur, investiga en 1949 las actividades de los espías Ricard Sorge, Gunther Stein y Agnes Smedley (mezclados, como se ha visto, en las intrigas que precedieron a la guerra contra el Japón), pero el secretario de Guerra, Kenneth Royal, le ruega que modere su celo (ante la Comisión Mac Carthy, 9 de agosto de 1951).

La tragedia de James Forrestal

Es cierto que el trágico final de su precedesor, James Forrestal, tiene que incitar al ministro a ser prudente. Ilustrado por el memorándum de Bert Andrews del 23 de noviembre de 1944, prediciendo que «Europa caerá bajo la hegemonía soviética», y reprochando al gobierno su errónea política en el Pacífico, alertado por las advertencias del Comité de Encuesta sobre las Actividades antiamericanas, creada por el representante Dies (frenado por Roosevelt, pero reanimado por Mac Carthy en 1950), que ha descubierto la presencia de al menos 2.000 criptos en la Administración —y más tarde la de 151 invertidos y 100 criptos en el seno de la Comisión de la Energía Atómica—, el secretario de Estado para la Defensa, que ha sido objeto de una gestión del Postmaster General Hannogan el 4 de septiembre de 1947, a favor de la admisión de 150.000 judíos en Palestina —a cambio de su apoyo electoral en los Estados Unidos—, ha estimado necesario intervenir sucesivamente cerca del senador Mac Grath, del secretario de Estado James Byrnes (3 de diciembre de 1947), del senador Vandenberg (10 de diciembre) y del gobernador Dewey (13 de diciembre), a fin de que, de común acuerdo entre los partidos, los problemas judíos sean mantenidos al margen de las contiendas electorales. Pero ha cometido la imprudencia de hablarle del asunto a Franklin D. Roosevelt junior, que inmediatamente ha objetado que negarse a colaborar con los judíos equivaldría a perder las elecciones en Nueva York, en Pennsylvania y en California. Y ello le ha valido una seria advertencia de Bernard Baruch, para que «refrene su actividad... si no quiere ver comprometida su

posición». De hecho, la jauría de los publicistas a sueldo, Walter Winchell y Drew Pearson, se ha desencadenado contra él, acusándole de haber defraudado al fisco, y a su esposa de estar complicada en un desfalco de joyas. Afectado de una depresión nerviosa, ha sido admitido en el hospital naval de Bethesda, en Maryland. Casi restablecido, la noche del 21 de mayo de 1949, se dispone a leer un tomo de poesías para dormirse: le encuentran con una cuerda anudada al cuello, «defenestrado» desde el decimosexto piso (¿por algún checo?). Por una curiosa coincidencia, el senador por Wisconsin, Joseph Mac Carthy, culpable de haber desencadenado la «caza de las brujas» y provocado la caída en desgracia de Robert Oppenheimer (acusado de haber retrasado voluntariamente la fabricación de la bomba «H») el 7 de abril de 1954, y por ello objeto de la cólera de Einstein, de la viuda Roosevelt, del senador Herbert H. Lehman y del congreso de rabinos de Atlantic City (25 de junio de 1953, aunque haya admitido a los judíos David Schine, Julius Kahn y Roy M. Cohn en su comité), víctima de una moción de censura del Senado, el 2 de diciembre de 1954, entrará vivo y saldrá muerto del mismo hospital, en mayo de 1957. En el intervalo, la desaparición de Forrestal, que desde 1947 estudiaba con el general alemán Hans Dornberger y von Braun el lanzamiento de las estaciones espaciales, ha tenido por efecto interrumpir durante siete años aquellas investigaciones, y las de la bomba «H», en beneficio de los rusos, que lanzarán sus «sputniks» el 4 de octubre y harán estallar su propia bomba «H» el 8 de octubre de 1957. Pero el almirante Lewis L. Strauss (a la vez socio de Kuhn Loeb, desde 1929 a 1947, y consejero de Rockefeller), miembro de la Comisión atómica desde 1946, reemplazará a Oppenheimer como presidente de aquella Comisión, lo que significa que el control judío sobre las bombas norteamericanas está a salvo. Y, ¿acaso no es esto lo esencial?

Agitación marxista y liberalización económica de los Estados Unidos

Entretanto, la negativa de Moscú a inclinarse ante el «gobierno mundial» ejercido por el Judaísmo yanqui ha entrañado complicaciones de todo orden. Incluso en los Estados Unidos, donde «las actividades antiamericanas» explotan a fondo las dificultades nacidas de la postguerra. Sobre un total de gastos de 383.000 millones de dólares, desde 1941 hasta 1946, el conflicto le ha costado a América 330.000 millones. De ellos, 176.000 millones (el 40 % del total) han sido suministrados por los impuestos (aumentados por las «Revenue Acts» de octubre de 1940, sobre los superbeneficios hasta un máximo de 90 %, de septiembre de 1941 y del 23 de octubre de 1942 sobre las sobretasas, elevadas del 6 al 13 %, y sobre los ingresos, del 4 al 6 % con imposición del 5 % por encima de 624 dólares). El volumen del presupuesto federal ha sido aligerado, de 100.000 millones de dólares en 1945 a 39.300 en 1948 (11.200 dedicados a la Defensa nacional), para fijarse en 43.000 (12.900 para la Defensa) en 1949, y se han otorgado desgravaciones fiscales por valor de 4.800 millones de dólares, con exención para siete millones de pequeños contribuyentes, a propuesta del republicano Knutsen y a pesar del veto de Truman, por la Cámara (311 votos contra 88) el 2 de abril de 1948, y por el Senado (77 votos contra 10). La reserva de oro —2.800 millones en 1920—, que había bajado a 2.200 en 1946, ha subido a cuatro en 1948, para hincharse hasta 24.000 millones, acumulados en Fort Knox en 1950 (volverá a bajar en 1963 a 15.800, de los cuales, 12.000 representan la cobertura legal, lo que dejará únicamente 4.000 mi-

llones disponibles para hacer frente a 22.000 millones de compromisos exteriores). Pero la deuda, acrecentada de 26.596 millones en 1919, a 61.363 en 1941 y 279.764 millones a finales de 1946, no ha sido reducida sensiblemente (257.000 millones en 1957, 258.000 en 1958), aunque en mayo de 1946 la «War Assets Administration» haya sido encargada de «liquidar» las fábricas de guerra (de las cuales serán rescatadas el 53 % sobre un total de 16, por 15 de las 250 firmas más importantes de los Estados Unidos). En el automóvil, especialmente, dos nuevos grandes han nacido del conflicto: el grupo Henry Kaiser, interesado también en el aluminio, y el grupo Tucker. Otras grandes compañías han ampliado sus dominios: la «Rubber Development Corp.» (Nelson D. Rockefeller) sobre el caucho en la América central y meridional, y la «Metal Reserve Corp.» sobre el estaño de Bolivia, el cobre de Chile, etc. Si bien existe aún una tercera o una cuarta parte de la población que no dispone de recursos suficientes, son numerosos los norteamericanos que se han enriquecido: del 4 % en 1941, la proporción de los ingresos superiores a 5.000 dólares pasa al 25,9 % en 1948 (según el «Joint Committee on the Economic Report»).

Aunque el gobierno haya cometido la imprudencia de acelerar la desmovilización —reduciendo los efectivos de 11.300.000 a 1.500.000 desde 1945 a 1947—, la reabsorción de aquella mano de obra en la economía, de acuerdo con la «National Employment Acta» de febrero de 1946, se ha realizado sin que el número de los parados sobrepase los 3.600.000 en el período-punta, en julio de 1949. De todos modos, los conflictos sociales no han podido ser evitados. Truman, que se ha pronunciado a favor de una mejora de los salarios el 20 de octubre de 1945, no ha logrado llevar a buen término el encuentro Capital-Trabajo convocado para el 5 de noviembre. Las huelgas, en la «General Motors», en las Acererías, se han extendido a 750.000 obreros a finales de noviembre. Marxista convencido, aunque anticomunista de boquilla, Walter Reuther, amo de la C. I. O., ha reivindicado un 30 % de aumento; una encuesta provocada por la Casa Blanca sobre los resultados de las Compañías, del 27 de noviembre de 1945 al 7 de enero de 1946, ha concluido en un 18 %. El número de huelguistas, que a finales de enero era de dos millones, ha retrocedido a 200.000 a mediados de marzo: un acuerdo ha podido ser concluido en las Acererías. Pero Lewis y sus mineros han pasado al ataque, y el 1 de abril 400.000 han interrumpido el trabajo; ha sido necesario incautarse de las Hulleras en mayo para forzar un acuerdo sobre unas bases análogas, y luego los Ferrocarriles el 17 de mayo, y amenazar con movilizar a los ferroviarios para evitar que el movimiento se extienda. La súbita alza de los precios reaviva la agitación. Desde abril de 1943, el bloqueo había reducido el aumento al 10 %; más cuatro desde el final de la guerra. Pero, levantado el control en octubre de 1946, un salto del 20 % ha elevado el índice a 153. De ahí el malestar en noviembre entre los mineros, que sólo consienten en una tregua después de haber sido condenados a una multa, el 4 de diciembre. Sin embargo, dado que el coste de la vida sigue elevándose en un 18 %, el «National Wage Stabilization Board» (que a principios de 1941 ha reemplazado al «War Labor Board») se ve obligado, tras un informe de R. Nathan, a conceder el 15 % de aumento a los sindicatos, que reclamaban el 23.

El país exige a voz en grito que la Administración afloje la argolla con la que aprieta a la economía, y hay que abolir, a pesar del veto de Truman, las subvenciones concedidas a los productos alimenticios (excepto sobre el

azúcar: 1 de mayo-30 de junio de 1947), y renunciar a la limitación de los precios de los alquileres (1 de marzo de 1948, para finales de año); sólo se ha mantenido el apoyo a los precios agrícolas por la «Commodity Credit Corp.», mediante el «Aitken bill», en 1948. En tales condiciones, el aumento de los precios al por mayor (78,6 en 1940, 105,8 en 1945, 165,1 en 1948) ha entrañado el del coste de la vida (100,2 en 1940, 128,4 en 1945 y 171,2 en 1948). El índice de los salarios ha seguido la curva (114,5 en 1940, 293,4 en 1945 y 365,1 en 1948). Pero la producción nacional (101.400 millones de dólares en 1940), si bien se ha duplicado en 1945 (215.200), ha retrocedido ligeramente (212.600) en 1946, antes de reanudar su progresión (258.700 en 1949), y la renta nacional ha registrado una evolución paralela (81.300 millones de dólares en 1940, 182.700 en 1945, 179.600 en 1946 y 222.500 en 1949). Y la balanza comercial ha acusado desde 1942 hasta 1945 un déficit de 5.500 millones de dólares (acumuladas las reservas de oro del mundo en el Fuerte Knox, los importadores eventuales, arruinados si se trata de los europeos, no disponen ya de ningún medio para pagar sus compras). Impaciente por sacudirse el control del Estado, la opinión pública norteamericana se inquieta ante el recrudecimiento de la inseguridad social y de la agitación mantenida por la quinta columna comunista. La comisión de encuesta sobre las «Actividades antiamericanas», creada en junio de 1938 por el representante de Texas Martin Dies, denuncia las intrigas de Henry Wallace, la influencia marxista en el seno de la C. I. O. (11), las tendencias colectivistas de C. B. Baldwin, director de la «Farm Security Administration», creada en mayo de 1942, las campañas del *Daily Worker* y de su director Albert J. Fitzgerald. Por todos esos motivos, lo mismo que al final de la primera guerra mundial, el país vota republicano. El escrutinio de enero de 1947 da la vuelta a la situación parlamentaria: los demócratas sólo conservan 45 escaños en el Senado, contra 51 de sus rivales, y 188 (más uno) en la Cámara, contra 246. Conviene soltar lastre. Truman, que al principio ha opuesto su veto al *bill* Case, para la creación de una Oficina Federal de Arbitrajes y de Conciliación, «Federal Mediation Board», tiene que aceptar el 23 de junio de 1947 la «Taft-Hartley Act», que equilibra los derechos concedidos por la «Wagner Act» a los trabajadores, imponiendo un plazo previo de sesenta días, seguido de otro de veinte y de un escrutinio entre los obreros antes de toda declaración de huelga, derogando el sistema del «Closed shop» (del taller reservado a un solo sindicato, cerrado a los demás) y prohibiendo las subvenciones políticas a las centrales obreras, que cuentan entonces, sobre 55.000.000 de trabajadores, 15.400.000 afiliados (9,5 millones la A. F. L. en 1953 y cinco millones la C. I. O., que expulsa de su organización en 1949-50 a once sindicatos comunistas) (12).

---

(11) En los años 30, la mitad de los miembros del Comité ejecutivo de aquella central estaban considerados como marxistas, y 21 de sus Uniones controladas por comunistas (así como su consejero Jurídico Lee Pressman). Durante aquel mismo período, la presencia de Nathan Witt como secretario, y de Edwin S. Smith como uno de los cinco miembros del «National Labor Board», facilitó singularmente la infiltración en los sindicatos. Si bien hubo que renunciar a la acción demasiado llamativa del «Political Action Committee», montado por Sidney Hillman, y que contaba con 117 comunistas entre sus 141 miembros, después de las elecciones de 1947, el «Committee on Political Education» continuará aquella propaganda con más prudencia y controlará a más de una tercera parte de los delegados.

(12) Amigo a la vez de Sidney Hillman y de Arthur Schlesinger (futuro consejero privado de Kennedy, que pretendía instaurar el socialismo en los Estados Unidos por medio de una serie de «New Deal»), Walter Reuther, animador de la C. I. O. desde la muerte de Ph. Murray, a finales de 1952 (fecha en la cual George Meany sucedió igualmente a William Green, fallecido, al frente de la A. F. L.), ha procurado poner sordina a su

La reelección de Truman, en noviembre de 1948 (con sólo 2.100.000 votos de mayoría), contra Thomas Dewey, y la reconquista en enero de 1949 de las posiciones parlamentarias perdidas (54 escaños en el Senado contra 42, y 263 [más uno] en la Cámara contra 271), consolida provisionalmente al partido demócrata en el poder, no sin que haya hecho concesiones, como en la cuestión del arbitraje, y dado garantías a la opinión pública, endureciendo su actitud con respecto al comunismo. En el interior, donde el decreto-ley del 21 de marzo de 1947 prescribe una encuesta sobre la lealtad de los funcionarios, donde la creación del «National Security Council» y de la «Central Intelligence Agency», C. I. A., aquel mismo año, refuerzan los medios de que dispone el Ejecutivo, lo mismo que en el exterior, donde la «Foreign Operation Administration» y el «Export-Import Bank» le suministran los instrumentos que necesita para actuar. A la vez mejorando sus posiciones comerciales (si bien las importaciones no han cesado de aumentar —3.346 millones de dólares en 1941, 3.381 en 1943, 4.145 en 1945, 5.732 en 1947, 7.137 en 1948—, las exportaciones han experimentado a veces peligrosas sacudidas —5.146 millones de dólares en 1941, 14.257 en 1943, pero sólo 9.087 en 1945, 14.429 en 1947, y nuevo descenso a 11.365 en 1949—), y apoyando con todas sus fuerzas a los Aliados, tan arruinados como los adversarios, en una Europa «broken to pieces» más allá de toda esperanza, pero a la que hay que restablecer lo antes posible, so pena de verla constituirse en presa fácil para los soviéticos indóciles, reticentes a someterse al «gobierno mundial».

La isla británica, mantenida artificialmente a flote

Ya que no solamente Italia, Francia, Bélgica y los Países Bajos, campos de batalla del conflicto en el Oeste, se debaten en medio de inextricables dificultades financieras y económicas, sino también la isla británica, que reinaba antaño sobre los mares, se hundiría inevitablemente en el oleaje, si no se le mantuviera artificialmente la cabeza por encima del agua. Ha perdido cuatro millones de inmuebles (la tercera parte del total), un tercio de su flota mercante, y sus exportaciones, en 1944, no cubren más que una séptima parte de sus importaciones. Los Estados Unidos, que le han arrebatado en 1940 su cartera en las Américas, le cortan el beneficio del préstamo-arriendo en 1945 (y le imponen en las Bermudas, en noviembre, que renuncie a su monopolio de los cables telegráficos internacionales). Las reservas del Banco de Inglaterra (1.800 millones de libras esterlinas, de ellas, 600 millones en oro) han sido enviadas al Banco de Canadá. Debe, no sólo a los Estados Unidos (que consentirán en reducir el reembolso), sino también 80 a la India, sobre un total de 23.774 millones. Después de un año de euforia, sir Stafford Cripps (un puritano, hijo de lord y abogado de negocios), canciller del Exchequer, le ha impuesto la más estricta austeridad: racionamiento de la gasolina, del carbón (que el país tiene que importar) e incluso del pan. Discípulo de Maynard Keynes y del economista Ernest Beveridge, el «Labour» ha prometido instaurar el «Welfare State», el régimen del bienestar. Manteniendo a un nivel aceptable el coste de la vida, el pleno empleo y el reembolso total de los gastos de Seguridad

---

intención de «trabajar por una América soviética» (según un manifiesto de los años 30), pero no por ello deja de combatir las medidas destinadas a frenar la agitación subversiva, presentadas en la convención de sus «United Auto Workers», celebrada en Atlantic City el 10 de mayo de 1962.

Social, se esfuerza en cumplir su palabra. Pero la realización de su programa de nacionalizaciones, mediante indemnizaciones, es un lujo por encima de sus medios. Sin embargo, incluye al Banco de Inglaterra, las Hulleras, la Energía (Gas y Electricidad), los Transportes (por ferrocarril, por carretera y por aire), e incluso la industria metalúrgica (y aquí tropieza con la resistencia de la Cámara de los Lores, cuyo derecho de veto va a ser reducido de dos años a uno). El mantenimiento provisional de dos millones de hombres movilizados, impuesto por la presión soviética en Europa y por los estallidos que, por doquier, preceden a la desintegración del Imperio, gravita pesadamente sobre aquel país empobrecido. No tarda en hacerse evidente que la fortuna de los ricos, aplastados por unas tasas prohibitivas de impuesto sobre la renta, de sobretasas de lujo y de detracciones sobre las sucesiones que alcanzan el 75 % por encima de dos millones de libras (el número de ingresos superiores a 5.000 libras se encontrará reducido a 250, en vez de 11.000 antes de la guerra), no será suficiente para pagar aquellas cargas. Entonces, la City, antaño acreedora del mundo, se ve reducida, si no a la mendicidad, sí a solicitar del tío Sam los créditos de relanzamiento que precisa.

Ayuda a la Europa «atlántica»: el plan Marshall

La hora de la «Union now», de la «Union with Britain», de aquellos objetivos «atlánticos» que, en algunos norteamericanos, habían acompañado la propaganda belicista, ha sonado ahora, en forma de ayuda a Europa. Tras haber destruido, es tiempo de reconstruir, «socorriendo» a las potencias occidentales. Aunque es un lamentable estratega, el general Marshall, otrora recomendado por Harry Hopkins como secretario de Defensa, goza de toda la confianza de Bernard Baruch, lo que le vale ser llamado por el presidente Truman para reemplazar a James Byrnes, dimisionario, como secretario de Estado. El 8 de mayo de 1947, su subsecretario, Dean Acheson, expone las grandes líneas de aquel plan, y él mismo, el 5 de junio, lanza desde la Universidad de Harvard (semillero del «Brain Trust» de Felix Frankfürter) un vibrante llamamiento para la ayuda financiera norteamericana y para el entendimiento entre los países europeos. El 12 de junio, en Ottawa, el presidente Truman confirma su intención de apoyar a los gobiernos libres, respetuosos con los derechos de los individuos, «para reanimar su producción y sanear su economía... a condición de que actúen con un espíritu de estrecha colaboración, aboliendo las absurdas barreras que los compartimentaban y los ahogaban». Bevin y Ramadier (acompañado de Bidault) responden inmediatamente a aquellas iniciativas, trasladándose a Washington, los días 17 y 18 de junio. Después de la interrupción de las entregas del préstamo y arriendo en agosto de 1945 hasta diciembre de 1947, bajo una forma u otra (donativos, o créditos de los Estados Unidos y del Export-Import Bank), más de 2.000 millones de dólares han sido anticipados ya a Francia. Para cubrir el «período de interinidad» que ha de preceder a la puesta en marcha del proyecto, unos donativos (597 millones de dólares) son otorgados por el Congreso (29 de septiembre-17 de noviembre) a Inglaterra, a Italia y a Francia (328 millones de dólares a esta última el 31 de diciembre de 1947).

El 27 de junio de 1947, las partes interesadas se han reunido en París para establecer la lista de sus necesidades. Molotov, presente con Bevin y Bi-

dault, se ha negado a todo lo que no sean unos acuerdos bilaterales, lo que no ha sorprendido a Marshall, el cual, de vuelta ya de sus ilusiones, juzga ahora a los rusos como «fríamente decididos a explotar el estado de la Europa indefensa para propagar el comunismo». El 2 de julio, el ministro soviético se ha retirado de la conferencia, y el 11 ha obligado a los representantes de los «satélites» a hacer otro tanto (13). El 12 de julio, los dieciséis países europeos que aceptan participar en el «plan» calculan sus necesidades en unos 22.000 millones de dólares. En el Congreso, Truman, en enero de 1948, pide 17.000, repartidos en cuatro años y medio (hasta el 30 de junio de 1952); el 3 de abril de 1948, la ley de ayuda al extranjero le concede 13.000, a condición de que la mitad al menos de los suministros sean entregados bajo pabellón yanqui. El 16 es firmada la convención instituyendo el «Organismo europeo de Cooperación económica» O. E. C. E., encargado de centralizar las peticiones y de repartir las contribuciones, de las cuales algo menos de 10.000 millones de dólares son susceptibles, en principio, de reembolso. Dirigida por Paul G. Hoffman (de la Studebaker), la Administración de Cooperación económica (E. C. A.), cuyo delegado para Europa es Averell Harriman, se encarga de manejar los fondos. Por otra parte, unos acuerdos bilaterales con los Estados Unidos ligan a cada uno de los Estados beneficiarios (y fijan las modalidades de empleo del contravalor, ingresado en una cuenta especial, los porcentajes destinados a los gastos norteamericanos sobre el terreno —generalmente el 5 %—, a los fondos de estabilización, de equipamiento global; Francia destina el excedente a equilibrar su presupuesto). Desde julio de 1948 hasta julio de 1951, la ayuda norteamericana funcionando sobre esas bases es, en la proporción de un 95 %, de *orden económico*. Los beneficiarios son (en cifras que se remontan a 1945): la Gran Bretaña, por 5.793 millones de dólares (más 1.077 del 1 de julio de 1951 a 1954); Francia, por 3.710 (más 1.272); Alemania del Oeste, por 3.083 (más 747); Italia, por 1.950 (más 703); Grecia, por 776 (más 454); los Países Bajos, por 857 (más 211); Bélgica y Luxemburgo, por 600 más 134). Además, a finales del año 1848, las inversiones privadas norteamericanas en el extranjero son del orden de los 17.000 millones de dólares. Y las inversiones directas han pasado de 7,3 en 1940 a 11,3, desglosándose así: en el Canadá, de 2,1 a 3,3; en la América Latina, de 2,6 a 4,1; en Europa, de 1,9 a 2,3; y en otros países (petróleos del Cercano Oriente), de 0,7 a 1,6.

Excluida, la España franquista rompe el cerco

Se observará que, de aquella distribución de un «maná» vivificante a los países occidentales, España ha quedado excluida. País «fascista», proscrita de las Naciones Unidas en San Francisco, se la ignora cuando se trata de restablecer en Tánger el «statu quo ante» y la zona internacional (en la cual se infiltran los rusos), del 4 al 26 de septiembre de 1945. En Francia, el comunista Maurice Thorez, vicepresidente del Consejo, reclama en una nota del 26 de febrero de 1946 al socialista Felix Gouin, jefe del gobierno, el cierre de la frontera —decretado por Bidault, ministro de Asuntos Exte-

(13) La resurrección del Komintern, bajo el nombre del Kominform, el 5 de octubre de 1947, *envenenará todavía más las relaciones* Este-Oeste. En Londres, del 25 de noviembre al 15 de diciembre, la U. R. S. S. verá cómo le es negada una tanda suplementaria de reparaciones de 10.000 millones de dólares. El 19 de diciembre, los Estados Unidos bloquearán sus suministros.

riores, el 1 de marzo—, la ruptura con la dictadura franquista y el reconocimiento del gobierno en el exilio, cuyo representante José Giral (nombrado sucesor del Gran Maestre de la Francmasonería Martínez Barrio, confirmado por las seudo-Cortes de Méjico el 17 de agosto de 1945), se instala en las proximidades de la frontera. El 17 de abril, el Comité de Seguridad escucha sin parpadear la requisitoria del polaco Oscar Lange, que acusa a los refugiados alemanes (¡100.000!) de preparar en Ocaña una bomba atómica (?) y, en diciembre, una propuesta del norteamericano Tom Connally para que España sea puesta en cuarentena, que desemboca (a petición de Francia, el 23 de marzo) en la retirada de los representantes diplomáticos, decidida el 13 de diciembre por la Asamblea General (por 34 votos contra seis, con las abstenciones del Canadá, de la Unión Sudafricana y de los países árabes). Menos sectario y más hábil que su colega francés, el laborista Bevin intriga en favor de una restauración de don Juan, conde de Barcelona (que se ha dejado entrevistar imprudentemente por *The Observer*), con el apoyo del líder católico Gil Robles e incluso del socialista Indalecio Prieto, cuya desafección provoca la sustitución de Giral por Llopis, al frente del gabinete en el exilio. El general Franco replica a aquellas maniobras el 9 de diciembre con una manifestación monstruo de 500.000 personas contra la presión extranjera, haciendo aprobar su política por las Cortes el 7 de junio y, el 6 de julio, con un referéndum que le otorga 14.145.163 «síes» contra 722.656 «noes» sobre 17 millones de electores. ¿Puede pedirse algo más democrático?

Pero, ¿cómo escapar a la asfixia económica con que se la amenaza? Con un crédito de 350 millones de pesos, concedido en octubre de 1946, y unas entregas de 30 millones de quintales de trigo, 10 millones de quintales de maíz, 8.000 toneladas de aceite y de carne, a cambio del suministro de material ferroviario, de barcos y de la apertura de una zona franca en Cádiz, el dictador argentino Juan Domingo Perón le aporta la ayuda que necesita con más urgencia. Y el activo embajador vizcaíno Félix de Lequerica obtiene en marzo de 1948 ciertos apoyos en los Estados Unidos, por parte del Pentágono, de los demócratas del Sur, de algunos hombres de negocios, hasta el punto de que, a favor de la creciente hostilidad contra los manejos soviéticos, O'Kinsky logra hacer aprobar por 149 votos contra 52 una enmienda admitiendo a España a los beneficios del plan Marshall. Truman opone inmediatamente su veto (30 de marzo de 1948), pero tolera que unos bancos privados concedan créditos a la península. Cuando Bidault, que continúa siendo ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Schuman —que ha sucedido a Ramadier el 24 de noviembre de 1947—, vuelve a abrir el 5 de febrero de 1948 la frontera de los Pirineos, restablece las relaciones diplomáticas el 2 de marzo y negocia con España a primeros de mayo un acuerdo comercial por un importe de 1.500.000 pesetas, Francia ha pagado las consecuencias del celo antifascista de su gobierno de neo-Frente Popular: más allá de los montes, sus exportaciones han retrocedido en un 45 % para los fosfatos, un 38 % para los colorantes, un 29 % para el cemento y un 14,8 % para los automóviles... en beneficio de los británicos. Sin embargo, aunque en la O. N. U. el número de los votos favorables a España aumenta de seis a 16 en noviembre de 1947, para alcanzar 25 en mayo de 1950 (contra 16 hostiles y 16 abstenciones, entre ellas Francia y los anglosajones), Dean Acheson está tan mal predispuesto como Marshall en lo que a ella respecta y habrá que esperar a la guerra de Corea para que, en noviembre de 1950, la Asamblea

General se pronuncie (por 38 votos contra 10 y 12 abstenciones) por la reanudación oficial de las relaciones diplomáticas con España (el primer embajador yanqui, Stanton Griffis, llegará a Madrid el 1 de marzo de 1951). Rechazada por un veto de la U. R. S. S., en septiembre de 1947, la candidatura de Portugal, apoyada esta vez por los anglosajones, será admitida en 1955.

Después de la guerra de Corea, prioridad a la ayuda militar

Aquella misma crisis coreana, por otra parte, modificará el carácter de la ayuda prestada por los Estados Unidos a la reconstrucción europea. Sustituyendo la fórmula del plan Marshall por la de los pedidos de ultramar, «off shore» manejados por la «Technical Operations Administration», y dando prioridad a la ayuda militar, a partir de junio de 1951 (los créditos de carácter económico quedan reducidos al 32 % en 1954). Aquellas compras llamadas «indirectas», cuando son efectuadas en beneficio de los Estados Unidos en el extranjero (mantenimiento de las tropas y de las bases), o «directas» cuando se trata de armamentos o de equipos destinados a los países de la O. T. A. N., interesarán a una veintena de Estados (incluidas Yugoslavia y Africa del Norte), y en primera fila a Francia, por 1.336 millones de dólares; a Gran Bretaña, por 750 millones (aeronáutica); a Italia, por 490,4; a Bélgica, 190,9 (municiones); a los Países Bajos, 121,9, y a Alemania Occidental, 75,9. En total, la ayuda norteamericana, desde 1945 hasta el 30 de junio de 1954, alcanzará la enorme suma de 47.000 millones de dólares (34.000 para Europa), sin tener en cuenta la participación yanqui en el capital del Banco Internacional de Reconstrucción y de Desarrollo, y el Fondo Monetario Internacional (creados por los acuerdos de Bretton Woods en julio de 1944), que elevaría ese total a más de 50.000 millones.

Una ayuda de esa importancia confiere al Estado que la presta el medio de hacer prevalecer sus puntos de vista, en lo que respecta a la reorganización de los países que se benefician de ella, sobre todo si la potencia en cuestión —los Estados Unidos en este caso— constituye la única garantía de la independencia de los favorecidos contra la presión de un vecino —la U. R. S. S.— tan temible por los medios de subversión interior de que dispone como por las masas de sus 300 divisiones. Ante esta amenaza, la unión europea aparece como una necesidad incluso a los ojos de los insulares más inveterados, los ingleses. «Necesitamos algo como los Estados Unidos de Europa», ha dicho Churchill en Zurich, en septiembre de 1946 (antes de recaer en 1948 en La Haya en su *«dada»* de coalición particular con los primos del otro lado del Atlántico), y Bevin no puede permitirse el lujo de contradecir sobre ese punto a los norteamericanos (enero de 1948). El golpe de Praga (25 de febrero de 1948) siembra la alarma en el campo occidental: por iniciativa de Robert Schuman (católico renano, antiguo discípulo de monseñor Kaas, lo mismo que Conrad Adenauer), partidario convencido de la cooperación europea, presidente del Consejo desde el 24 de noviembre de 1947 hasta el 19 de julio de 1948, los representantes de Francia, de Gran Bretaña y del Benelux, reunidos en Bruselas del 4 al 17 de marzo de 1948, firman un pacto de asistencia y, por medio de una nota de Georges Bidault del 4, solicitan el apoyo eventual de los Estados Unidos para defenderlos. Llegan incluso más lejos, el 19 de julio. Aunque aquel día Robert Schuman abandona la presidencia del Consejo (debido a una reducción de 8.000 mi-

llones de los créditos militares), para permanecer en el Quai d'Orsay en los gabinetes sucesivos (André Marie, 26 de julio-28 de agosto de 1948; Henri Queuille, 11 de septiembre de 1948-6 de octubre de 1949; Georges Bidault, 28 de octubre de 1949-24 de junio de 1950; René Pleven, 13 de julio de 1959-28 de febrero de 1951), los cinco ministros de Asuntos Exteriores se adentran en el camino de una unión económica y de la institución de una Asamblea europea (26 de noviembre de 1948). Reunidos de nuevo en Londres, el 5 de mayo de 1949, adoptan un proyecto de Consejo de Europa, agrupando a diez Estados (los cinco, más Italia, Irlanda, Dinamarca, Noruega y Suecia) y ponen en pie una Asamblea consultiva de 87 miembros (de ellos, 18 franceses y 18 británicos), que será convocada por primera vez en Estrasburgo, bajo la presidencia de Edouard Herriot, el 19 de agosto de 1949, y nombrará en septiembre una comisión de 26 miembros para la redacción de una Constitución europea. A aquella entente occidental, los Estados Unidos aportan su apoyo militar (17 de marzo de 1948) bajo la forma del Pacto Atlántico, firmado el 4 de abril de 1949 en Washington (ratificado el 25 de julio por el Parlamento francés), y la refuerzan obteniendo el 8 de abril de sus aliados la constitución en Bonn de un gobierno federal de los 11 «Länder» de la Alemania del Oeste, cuyo primer canciller será Konrad Adenauer (24 de noviembre de 1949).

Unión europea en gestación

Paralelamente, intervienen las primeras medidas conducentes a una unión económica. Liberación de los intercambios. De acuerdo con los principios formulados por los acuerdos de Bretton Woods (julio de 1944), la conferencia de Ginebra (noviembre de 1947) ha negociado una reducción de las tarifas aduaneras entre las naciones occidentales y los Estados Unidos, y la de La Habana (marzo de 1948) ha formulado una Carta del Comercio Internacional aprobada por 53 países (en ausencia de la U. R. S. S., de Polonia, de Turquía y de Argentina). En aplicación de aquel texto, la O. E. C. E. decide al 2 de noviembre de 1949 suprimir el 50 % de los contingentes limitando las importaciones antes del 15 de diciembre de 1949, y aplicar únicamente, de un modo progresivo, unas tarifas «ad valorem». Compensación multilateral de los Reglamentos internacionales. Tal es el objeto de la Unión Europea de Pagos, organizada en julio de 1950 entre 14 países, más los de la zona de la libra esterlina. En tres años, aquel sistema permitirá «compensar» un volumen de 80.000 millones de dólares de transacciones, no liquidando en oro más que 750 millones de déficit, y recurriendo solamente a 1.000 millones de dólares de créditos reales, y obligando a los países acreedores a recibir como pago más mercancías. Instauración de un *Pool* Carbón Acero. Este proyecto, establecido por Jean Monnet (autor, a partir de 1947, de un plan de inversiones, cerca de un billón de francos, repartidos entre 420.800 al sector nacionalizado, 451.800 al sector mixto y privado, y 127.000 a ultramar —plan que precisaría la obtención de 11.000 millones de dólares y el suministro de 20 millones de toneladas de carbón alemán—, que permite a la industria francesa recuperar su nivel de producción de 1929, y a la agricultura sus promedios de 1934-38, en 1950, y aumentar su producción de carbón de 47,6 millones de toneladas en 1938 a 53 en 1949 y a 60 en 1952; la del acero de 6,2 a 9,1 y a 12,5; la de la electricidad de 20.800 millones de KWH a 29.700 y a 43.000; la del cemento de 3.600 millones de toneladas

a 6.400 y a 8.000, etc.), lleva el nombre de plan Schuman (aunque la idea no sea nueva, puesto, que ya había sido lanzada por Paul Reynaud). Desemboca en la conclusión, el 18 de abril de 1951, de una entente, llamada C. E. C. A., entre Francia, Alemania del Oeste, Italia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo (sir Stafford Cripps ha negado la adhesión de la Gran Bretaña el 26 de mayo), para la creación de una Alta Autoridad (cuyos destinos presidirán primero Jean Monnet y luego René Mayer, en 1955-57) encargada de fijar los precios y de organizar la producción y la distribución del carbón y de los productos siderúrgicos durante un período de cincuenta años. Al principio se producen numerosas fricciones, debidas a la disparidad de las cargas sociales alemanas (46 %) y francesas (89 %), a la franquía del impuesto indirecto alemán del 4 % sobre las exportaciones, a la oposición alemana al proyecto de canalización del Mosela, a la necesidad de proteger a la siderurgia italiana, que importa la mayoría de las materias primas ,y a las hulleras belgas, de equipo anticuado. Pero unos años de rodaje bastan para poner el asunto en marcha.

La cooperación militar «atlántica» planteará problemas más espinosos. La «guerra fría» que opone a los dos Supergrandes en Europa, se calienta hasta encender una fogata en Asia, con la invasión de Corea del Sur, el 25 de junio de 1950. Impone a los Estados Unidos el rearmarse a sí mismos, elevar sus gastos militares de 13.000 millones de dólares a 50.000 millones en abril de 1950, rearmar a sus aliados instaurando el sistema de pedidos «off shore» (véase más arriba), y esforzándose en organizar la Comunidad Europea de Defensa (C. E. D.), e incluso a rearmar a sus adversarios de ayer («¿Es posible que nos equivocáramos de enemigos en ocasión del último conflicto?», ironiza Churchill, cínico), Alemania por un lado, Japón por el otro. Con este último, Foster Dulles, habiendo obtenido en Londres, el 5 de junio de 1951, el acuerdo británico, se apresura a concluir la paz, invita el 20 de julio a 50 naciones (a excepción de China) a San Francisco para firmar allí el 8 de septiembre (tras la retirada de la U. R. S. S., de Polonia y de Checoslovaquia) un tratado por el cual el gobierno de Tokio renuncia a Corea y a Formosa; al sur de Sajalin y a las Kuriles, en manos de los rusos; a las Riu-Kiu y a las Bonin, situadas bajo tutela yanqui, y acepta el mantenimiento de la ocupación norteamericana.

CAPITULO XXXV

DESPERTAR DE ASIA

CRECIMIENTO DEL COLOSO CHINO

PENETRACION SOVIETICA EN EL CERCANO ORIENTE GRACIAS AL CONFLICTO ARABE-ISRAELI

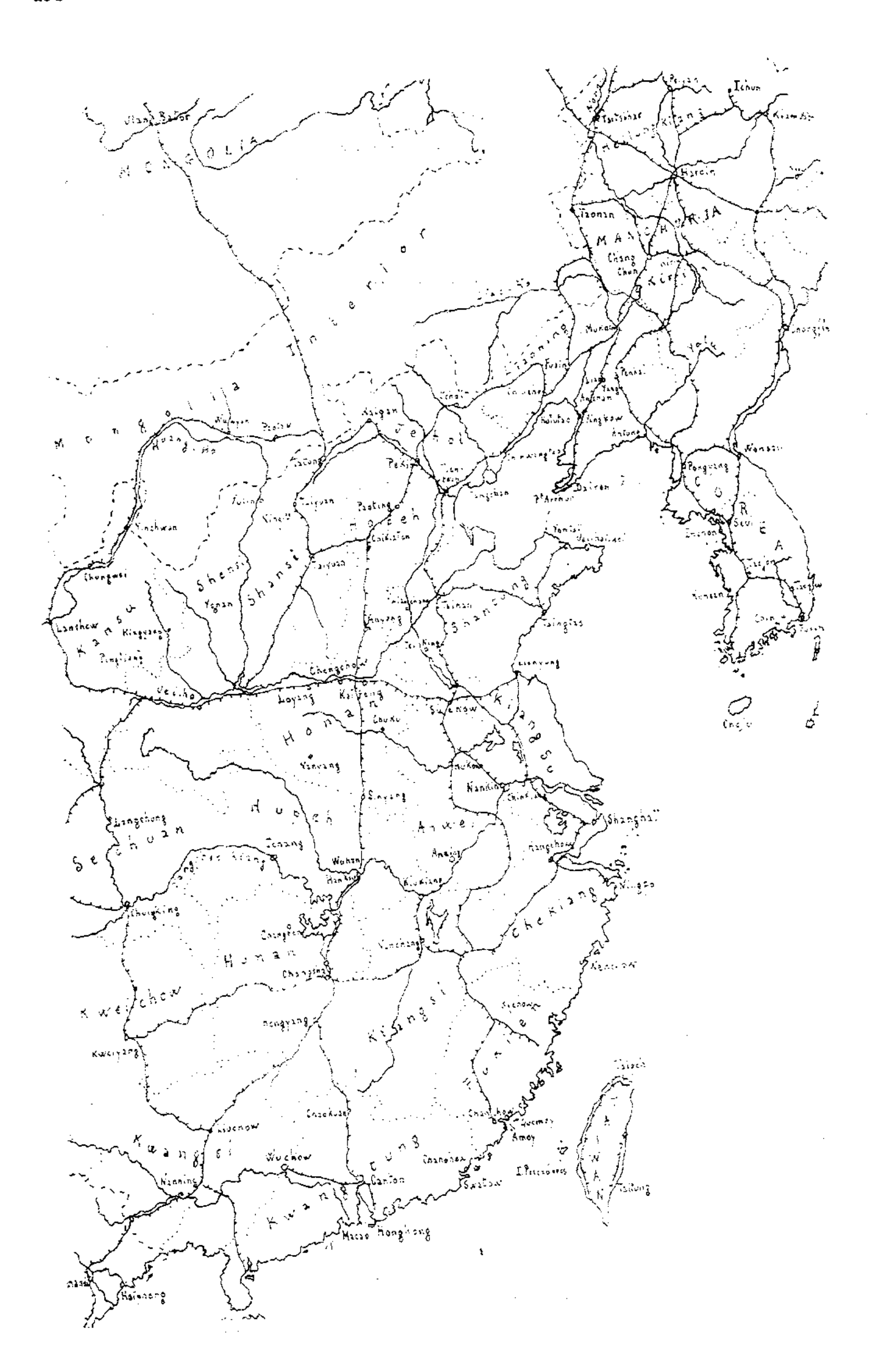
Como verdaderos aprendices de brujo, Roosevelt, su «Brain Trust» y sus epígonos, en su ceguera, no sólo han entregado la mitad de Europa a la tiranía comunista, sino que han favorecido también la expulsión de los occidentales de Asia, de acuerdo con las profecías de Saint-Yves d'Alveydre.

Apenas se ha hecho dueño de China, el comunismo nacionalista y racista de Mao-Tse-tung vuelve a asumir con respecto a Corea, a Indochina, al Tibet y a Mongolia, los proyectos expansionistas tradicionales del Celeste Imperio.

* * *

En China: rojos y nacionalistas a la greña

En el momento en que el Japón capitula, y crea, al retirar sus dos millones de tropas de ocupación, un temible vacío en aquel inmenso país, los rojos, que han triplicado sus efectivos desde comienzos del año 1945, disponen de 900.000 soldados regulares (organizados en regimientos de 1.000 y en «columnas» de 10.000) y de dos millones (en vez de 700.000) de milicianos. Su armamento está constituido principalmente por material japonés abandonado, o norteamericano capturado a los nacionalistas. Sus cuadros proceden de la Academia creada en Yunan por Chu-Teh. Aplican los principios de «La estrategia de la guerra revolucionaria», definidos por Mao en 1936 y precisados en un informe del Comité Central de diciembre de 1947: 1.°) ataque a los elementos dispersos y aislados; 2.°) conquista de las pequeñas aglomeraciones; 3.°) aniquilamiento de las fuerzas vivas adversarias; 4.°) concentración de medios superiores; 5.°) ataques solamente sobre seguro; 6.°) hosti-



CONQUISTA DE CHINA

por Mao (y Corea)

gamiento permanente del adversario; 7.º) extrema movilidad; 8.º) asalto contra los puntos fuertes momentáneamente debilitados; 9.º) utilización del armamento enemigo; 10.º) proseguir las operaciones sin pausa. Mao, para quien «el ejército es el elemento de poder más importante para el Estado» (en el Pleno del Comité Central, en noviembre de 1938), asigna en efecto el primer lugar a las cuestiones militares.

Desde Kalgan hasta la desembocadura del Yang-tsé, los comunistas controlan casi toda la China del norte, el Chantung, la mitad del Hupei, el Kiang-su, es decir, alrededor de un millón de quilómetros cuadrados, poblados por unos 100 millones de habitantes. Aunque los parias y los fuera de la ley forman la masa de sus tropas —aunque los propietarios rurales viven aterrorizados desde 1927, obligados a pagar elevadas contribuciones, ridiculizados por unos desfiles con grandes sombreros por las calles, encarcelados en las prisiones de distrito (xiau), liquidados a título de ejemplo—, una estricta disciplina reina en el ejército rojo, que alardea de moderación, reduce los impuestos, los precios de los arrendamientos, aconseja a los campesinos sobre la selección de las semillas y los métodos de *dry farming* (desde 1935), les distribuye unas parcelas muy reducidas (0,6 hectáreas), limitando las expropiaciones a los cultivadores «grandes» y medianos (1946), a fin de captarse a los «sin tierra», y reserva a menudo a los no comunistas los 2/3 de los puestos en los Soviets locales, lo que acredita la fórmula de la «nueva democracia», y les vale contar con representantes en la delegación china enviada por el embajador general Hurley a la conferencia de San Francisco. En la cumbre, tres clanes se reparten la influencia en torno a Mao: el del Hunan (Liu-Chao-shi, en la organización; Lu-Ting-yi, en la propaganda; Li-Fu-chan, en las Finanzas; seis miembros del Comité Central y unos generales); en frente, Li-li-san (moscovizante, antiguo secretario del P. C.), los generales Lin-Piao, de Manchuria, y Chen-Yi (del 4.º ejército), en el Chantung y en el Kiangsu; en el centro, evolucionando según las circunstancias, Kang-Chen (formado por la G. P. U.), el diplomático Chu-En-lai y los generales Chu-Teh y Lin-Pcheng, de las llanuras centrales (los jefes del Sseu-Tchu-an, predominantes en el ejército).

Enfrente, Chang-Kai-chek posee sobre el papel un ejército numeroso: 2.500.000 hombres (1.620.000 armados, dotados de 6.000 cañones), repartidos en 278 brigadas, pero de valía muy desigual; 39 divisiones equipadas a la norteamericana, son su punta de lanza, pero el resto procede, sea de antiguos contingentes de los «señores de la guerra», sea de los restos de las tropas de Wang-chin-Wei, el hombre de los japoneses. El material, heterogéneo, es norteamericano en un tercio, japonés en otro tercio, los servicios son inexistentes, el Estado Mayor mediocre (aparte los generales Fu-Tsi-yi, Pai-Chung-si y Chih-Ching-chuan). La marina posee un centro de instrucción en Tsing-tao (está reducida a un viejo crucero británico, unas cañoneras y 131 pinazas de desembarco). La aviación tiene el suyo en Hang-tcheu, más ocho centros de formación de pilotos (el coronel, luego general norteamericano Claire Chennault ha logrado hacer de los «Tigres voladores» en noviembre de 1943 una fuerza no desdeñable). Políticamente, el Kuomintang está dividido también en camarillas: dos dos hermanos Chen-Li-fu y Chen-Kuo-fu, conservadores; los cadetes de la Academia de Whampoa; los ex señores de la Guerra Li-Tsung-jen y Pai-Chung-hsi, personajes del Kuantung y del Kuangsi; y, a la izquierda, los economistas de las Ciencias Políticas y los financieros. Personalmente íntegro,

Chang, incorporado a la dinastía de los T. V. Soong, el hermano H. H. Kung, el cuñado, y las tres hermanas de la familia (entre ellas, Hing-Ling, viuda de Sun-Yat-sen), no ha conseguido, ni depurar la administración, ni eliminar la corrupción endémica en el país, ni aliviar los males que padece el campesinado (precio excesivo de los arrendamientos, deudas, cargas, deficiencia de los transportes, extorsiones de los bandidos, etc.), ni reducir la agitación de los estudiantes famélicos. Aunque los gastos militares absorben del 70 al 80 % de un presupuesto cuyos ingresos (aparte las adunas, 10 %) sólo entran en un 25 %, sus soldados mal pagados (1/4 del sueldo de anteguerra para los oficiales, 1/5 para la tropa), mal abastecidos, mal equipados, mal mandados, carecen a menudo de valor combativo. A pesar de la concesión de créditos norteamericanos (500 millones de dólares en 1943, más tarde 900 millones), de 82 millones de dólares del Export-Import Bank, de 60 del Canadá, de 31 para la Reconstrucción, y de una ayuda de 58 millones de la U. N. R. R. A. de 1945 a 1947 (de la cual los comunistas reciben el 10 %), y la existencia de 800 millones de dólares de fondos en el extranjero en junio de 1946, una inflación galopante mina las finanzas y arruina la moneda (ya hemos visto antes cómo los hombres de Morgenthau sobre el terreno, lejos de frenarlo, aceleran aquel proceso): el dólar valía 2 fapis chinos en 1937, vale 1.200 en 1945, 2.020 dólares chinos el 1 de enero de 1946, y 6.500 en diciembre. En el curso del año 1946, el alza del coste de la vida es del 700 %. Una tentativa de recuperación, llevada a cabo por el hijo del generalísimo, el general Chang-Ching-kuo, el 19 de agosto de 1948, sustituyendo un «gold yuan», equivalente a 1/4 de dólar norteamericano, por tres millones de «fapis» desvalorizados, con control de los cambios, bloqueo de los precios y de los salarios (comprometido por unas complacencias hacia David Kung y su «Yang-tsé Development Corp.»), terminará con un fracaso el 31 de octubre siguiente.

La reconquista de Manchuria agota a Chang

Con aquellos medios completamente insuficientes, al menos en calidad, Chang, que se ha esforzado por neutralizar a los rusos concediendo a la U. R. S. S. el 13 de agosto de 1945 la independencia de la Mongolia exterior, una base en Port-Arthur, un puerto franco en Dairen y un condominio de treinta años para la explotación de los Ferrocarriles de Manchuria, emprende a la vez (a pesar de las advertencias del general norteamericano Wedemeyer) la reconquista de aquella provincia —puesto que, rica y bien equipada por los japoneses, puede servirle de arsenal—, y el restablecimiento de su autoridad en la China central, cuando sus bases se encuentran todavía en el extremo Sudoeste, en el Sseu-chuan y en el Yunan, y su capital en Chungking, en el alto Yang-tsé. Mientras que los rusos desembarcan el 2 de octubre en Port-Arthur y aprovechan que se les ha pedido que retrasen su repliegue en Manchuria hasta el 15 de agosto para llevarse todo el equipo industrial posible, el general Mar Arthur ordena a los japoneses que evacúen Nankin el 25 de agosto, Shanghai el 10 de septiembre, Hankeu y Pekin el 17, que se rindan únicamente a los nacionalistas, y él mismo ocupa con los *marines* Tien-tsin el 7 de octubre, Pekin el 9, Tsing-tao el 10, y transporta por aire 110.000 soldados de Chang a Shanghai (86.000) y a Pekin (21.000), del 26 al 28 de octubre, y a Nankin (35.000), no sin que los rojos, en su repliegue, destruyan las vías férreas y dejen unas guerrillas susceptibles de cortar, desde Chensi hasta el mar,

las comunicaciones de los nacionalistas, tres de cuyos ejércitos se concentran alrededor de Pekin para recuperar la Manchuria.

Dos de aquellas grandes unidades, desembarcadas en Ching-uan-tao (los rusos les han prohibido hacerlo en Port-Arthur y Dairen), se abren paso en quince días de combates a través de la Gran Muralla, en Chankaikuan, fuerzan el paso de Nankeu el 22 de noviembre, alcanzan Hubutao, sobre la línea de Mukden, el 24, y lanzan el 13 de diciembre unas tropas aerotransportadas sobre la gran ciudad manchú. Reanudando su avance en la primavera de 1946, para expulsar a 35.000 rojos que, al marcharse los rusos, han tratado de infiltrarse en Mukden el 12 de marzo, se han lanzado sobre la capital Chang-Chun el 18 de abril, sobre Kirin el 22, sobre Kharbin el 25, y sobre Tsitsikar el 28, los nacionalistas ocupan esas dos primeras ciudades los días 23 y 29 de mayo, y avanzan el 5 de junio hasta el Sungari, a 50 quilómetros al sur de Kharbin. Pero las tropas de Lin-Piao, que disponen de 100.000 soldados regulares y 200.000 milicianos en noviembre de 1945, controlando la provincia de Chagar y las campiñas manchúes, han entrado en Chung-Teh, capital del Jehol, y han rodeado Tatung, con el apoyo del ejército Tung-Pei de Chang-Hsue-liang; los nacionalistas han liberado esta última ciudad a finales de noviembre, pero no recuperarán Chung-Teh hasta el mes de agosto de 1946 (del 20 al 28), y aunque se apoderan de Antung, en el Yalu (al norte de Corea) el 27 de octubre, y de Tunghua, al nordeste de Manchuria, el 8 de noviembre, a finales de año se encuentran con siete divisiones en la zona Chang-Chun - Kirin al norte, y 12 alrededor de Mukden y de Corea, en tanto que los rojos controlan, con cinco provincias del Oeste, la mitad de la población (20 millones sobre 40), colocada bajo la autoridad del gobierno «democrático» de Chang-Hsue-xin, hermano de Chang-Hsue-liang. En la China del norte, tras haber trasladado por mar sus contingentes del Kuantung al Chantung, los marxistas se han reagrupado en la zona Chensi-Kansu-Ninghia. Para aislarles de los del Hopei, los nacionalistas han restaurado los diques del Río Amarillo, rotos en 1938, pero aunque 20 de sus divisiones han logrado liberar el 10 de julio Tsinan, cercado en el Chantung, no han podido desalojar a los 130.000 hombres de Chen-Yi de los alrededores de Nantung en el Kiangsu y del ramal Sutcheu-Nantung de la línea Tientsin-Shanghai, ni restablecer el tráfico en la línea Pekin-Hankeu, Pekin-Paoting y Paoting-Shih-Chiao-Chuang, en la China central.

Chang-Kai-chek, traicionado por los progresistas norteamericanos

Empeñados en su designio de imponer a Chang la unión con los comunistas, los consejeros de Washington no han cesado de favorecer a estos últimos. Al dimitir el 27 de noviembre de 1945, tras el fracaso de las negociaciones de Chungking, rotas con Mao (que reclamaba 48 divisiones del total de 100 del nuevo ejército chino, en tanto que Chang sólo le concedía 20), y la marcha de Chu-En-lai, el 25 de noviembre, el general «cow-boy» Hurley (que había traído en su propio avión a Mao y a Chu el 3 de septiembre), acusa formalmente a Dean Acheson y a John Service de haber saboteado su política y seguido el juego a los comunistas. Enviado a Nankin el 23 de diciembre para reemplazarle, el general George C. Marshall crea el 7 de enero de 1946 un comité a tres (con Chu-En-lai y el general nacionalista Chang-Chun), que negocia el 13 un alto el fuego, instituye el 14 un comité ejecutivo en Pekin, en tanto

que Chang convoca una asamblea nacional (de 2.050 miembros) para el 5 de mayo, y promete el 25 de febrero reducir su ejército, primero a 108 divisiones de 14.000 hombres (18 de ellas rojas), y luego a 60 (con 10 rojas). Pero Marshall se ausenta del 11 de marzo al 18 de abril para informar a Washington... y los rojos vuelven a encender la guerra civil en Manchuria. Una tregua de quince días impuesta por Marshall, propuesta por Chang el 24 de mayo, viene a romper el empuje nacionalista y sólo dura del 7 al 30 de junio. Marshall, que ha hecho nombrar embajador al rector de la Universidad norteamericana de Pekin, Leighton Stuart, obtiene el 1 de agosto la creación de un Comité a Cinco (con dos representantes de cada partido), pero Mao se niega a retroceder a las posiciones ocupadas el 7 de junio, y el 19 de agosto decreta la movilización general. Pasando por encima de la oposición de Chu-En-lai (que reclamaba 14 escaños en el Consejo de Estado) y de su marcha el 26 de octubre, Chang reúne en Nankin, el 15 de noviembre (sin los 600 representantes del P. C. y de la «Liga Democrática»), una Asamblea nacional, que agrupa, en vez de los 1.440 previstos, 1.580 delegados del Kuomingtang, y les hace aprobar una constitución liberal. Para hacer presión sobre él e impedirle conquistar Kalgan, capital de la Mongolia interior, el general Marshall no encuentra nada mejor que someter a embargo, en agosto, los suministros que le habían sido prometidos (el armamento de 39 divisiones y de ocho grupos y medio de aviación). Llamado por Truman, el 6 de enero de 1947, abandona China dos días más tarde, pero el daño ya está hecho. En vano aquel general-diplomático se ha dado cuenta —un poco tarde— de que los comunistas chinos (a los que al principio había considerado como unos liberales, capaces de proponer un «compromiso equitativo») «no vacilan en adoptar las medidas más radicales para conseguir sus fines, por ejemplo, la destrucción de las comunicaciones, arruinando la economía de China..., sin preocuparse en absoluto por los sufrimientos inmediatos de la población», y que están decididos a «excitar el odio a América entre el pueblo chino».

Superioridad de las guerrillas activas contra una defensa estática

De hecho, Mao, que denuncia el 1 de febrero de 1947 todos los acuerdos concluidos después del 10 de enero de 1946, está más decidido que nunca a impulsar a fondo la guerra civil. Contra las 248 brigadas nacionalistas (227 de ellas regulares, alrededor de 2.600.000 hombres, un millón de ellos en los servicios), sólo dispone de 1.100.000 hombres, pero sus guerrillas gozan de libertad de movimientos en sus incursiones de destrucción, en tanto que sus adversarios están reducidos a la defensa estática de los centros urbanos y a la protección de las principales vías de comunicación, lo que los hace muy vulnerables. En Manchuria, Lin-Piao, con unos efectivos de 300.000 a 320.000 hombres (más unos 400.000 de contingentes locales), multiplica los ataques: 1), del 6 al 15 de enero de 1947, en el Sungari, al norte; 2), del 16 al 24 de febrero, amenaza sobre Chang-Chun; 3), 10 de marzo, cerco de Tonghua; 4), 10 de mayo, toma de Tonghua el 25, de Antung el 10 de junio, de la península de Liaotung, corte de la línea Mukden-Changchun en la zona oriental; 5), inflige a los gubernamentales (que restablecen el 9 de julio unas precarias comunicaciones entre Mukden-Changchun y Kirin) unas pérdidas tan severas, acompañadas de deserciones en masa (el 50 % de los efectivos), que abandonan las dos terceras partes de las líneas férreas y la mitad de los territorios ocupados.

A pesar de los esfuerzos del general Chen-Cheng para restablecer el Pekin-Mukden (6), del 15 de septiembre al 1 de octubre, Chang-Chung y Kirin no tardan en quedar aisladas, luego (7) Mukden amenazada (15 de diciembre) y (8) aislada (5 de enero de 1948) de Pekin, en Ku-Pan-Tze, desde Dairen hasta Liao-yang (4 de febrero), de modo que cuando Kirin cae el 9 de marzo, Mukden y Changchun sólo son abastecidas por medio de un puente aéreo. El ejército nacionalista más moderno (reducido a 25 divisiones reorganizadas en cuatro agrupaciones) encontrará su tumba en Manchuria.

En la China del norte, los nacionalistas aspiraban a controlar el Pekin-Hankeu, a separar la zona roja del Oeste (Chensi-Chansi) de la del Este (Chantung-Kiangsu), y a fraccionar esta última apoderándose de las líneas Tsinan-Kukeu y Tsinan-Kiaotcheu. Atacando en Chantung con ocho divisiones a las seis del general rojo Chen-Yi, tras haber desbaratado un contrataque en el curso del cual los contingentes del general Ho-Pong-cha han desertado (1-23 de abril de 1947), han conquistado el Cuartel general comunista de Lin-Yi (15 de febrero) y restablecido la vía férrea Tsinan-Sutcheu, en tanto que en el Chensi la capital roja de Yenan ha sucumbido el 19 de marzo a una serie de ataques concéntricos. Pero los comunistas han reaccionado. En el Chansi, Chen Keng se ha apoderado de Yi-cheng el 5 de abril, y de la casi totalidad de la provincia en mayo; Tai-yuan está cercada. En el Hopei, capturan el nudo ferroviario de Shih-Chiao-Chuang, donde Mao instalará su capital en noviembre. En el Honan, Liu-Po-cheng, viniendo de los montes Tapeh, el 12 de agosto, con seis columnas, captura el arsenal de Liuan y franquea el Río Amarillo, en tanto que Chen-Yi, descendiendo del Chantung con siete columnas, llega a las afueras de Kaifong. En el Chantung, los gubernamentales efectúan dos desembarcos el 27 de agosto en Che Fu, fracasan el 30 de septiembre en Wei-hai-wei, y a fin de cuentas no logran ninguna ventaja apreciable. Aunque el embargo decretado por Marshall ha sido levantado en mayo, les ha resultado fatal. Han perdido unos 400.000 hombres. La sustitución de T. V. Soong, dimisionario el 2 de marzo, por el general Chang-Chun como primer ministro, no ha mejorado la situación. Así como tampoco la misión del general Wedemeyer en Nankin, del 16 de julio al 24 de agosto.

Kaifong y Sutcheu, dos grandes derrotas

En 1948, los rojos tienen la iniciativa en todas partes. En el Jehol, en el Chagar, 80.000 de ellos controlan las tres cuartas partes de aquellas provincias. En el Chensi, 50.000 atacan en Yenan la última resistencia. En el Chansi, el 29 de febrero, 12 columnas rodean a 200.000 gubernamentales en Taiyuan y hacen caer Yichuan el 3 de marzo. Sin embargo, al evacuar Yenan en el Chensi, la guarnición nacionalista recoge la de Le Chuan, que ha resistido desde el 10 de marzo hasta el 17 de abril, e inflige aún a los marxistas una severa derrota. Pero en el Honan, Loyang, perdida el 12 de marzo, reconquistada el 18, es abandonada el 7 de abril y, a finales de mes, con Tsinan y Che fu, se ha perdido el Chantung. Entonces, 18 columnas rojas (200.000 hombres en cinco cuerpos) convergen de aquellas tres provincias hacia Kaifong, en el Hoang-ho (río Amarillo), que cubre, al este, Chenshien (en la línea Pekin-Hankeu) y Haitcheu (en la línea Sutcheu-Sian), defendida por 250.000 nacionalistas, que resisten tres asaltos desde finales de mayo, pero se dejan sorprender el 15 de ju-

nio, evacúan la ciudad el 25 y no logran contener a los asaltantes hasta el 8 de julio, al sudeste del Lunghai, a costa de perder 90.000 hombres. En el momento en que Chang es reelegido en mayo, con el general Li-Tsung-jen como vicepresidente y el Dr. Wong-Wen-hao como Primer ministro, 24 de mayo), los gubernamentales sólo disponen de 980.000 hombres, armados con 21.000 cañones, contra el ejército rojo, cuyos efectivos ascienden a 1.560.000 regulares y 700.000 guerrilleros, armados con 22.800 cañones. Una a una, las provincias caen. La guarnición de Tsinan, capital del Chantung (60.000 hombres), atacada el 15 de septiembre por ocho columnas, y traicionada por uno de sus jefes, el general Wu, capitula el 25. En Manchuria, el último acto se consuma: Lin-Piao, que dispone el 12 de septiembre de 600.000 hombres contra 300.000, rodea Chintcheu, donde captura 100.000 prisioneros (ocho divisiones); el mismo día, otras cinco divisiones se amotinan y se rinden, en Chang-Chun; un ejército de socorro (11 divisiones), subiendo desde Hulutao, se deja envolver, del 27 al 30 de octubre, y la guarnición de Mukden (siete divisiones), cuyo comandante se pasa a los rojos, es desarmada.

Es un desastre, que precipita el hundimiento de los nacionalistas: 400.000 regulares de Lin-Piao podrán intervenir al sur de la Gran Muralla. En la China del norte, el general nacionalista Fu-Tso-yi se encuentra aislado con 25 divisiones. Tras la caída de Paoting (23 de octubre), de Chengte, en el Jehol (8 de noviembre), de Chanhaikwan (18 de noviembre), negocia con los rojos —que rodean Pekin con ocho columnas—, abandona Tangku el 19 de diciembre, Kalgan el 26, Tientsin (15 de enero de 1949) y firma con Lin-Piao el 23 un acuerdo que le permitirá incorporar sus tropas al ejército rojo. En torno a Sutcheu se decide la suerte de la China central, en una gran batalla, en la que participan unos 600.000 hombres por cada bando. Unas defecciones, en el gran canal al oeste (lago Tai) y en la ciudad, debilitan a los gubernamentales, a los que apoya enérgicamente la aviación de Nankin. Dos ejércitos de socorro se acercan, pero el primero (90.000 hombres) es diezmado el 22 de noviembre en Nieutchuang, y el segundo (125.000), cercado en Shuang Chiao Chi (25 quilómetros al sur de Nankin) el 26 de noviembre, se rinde el 25 de diciembre. Bloqueada al oeste de Sutcheu, que ha tenido que abandonar, la guarnición (25 divisiones, 200.000 hombres) ha capitulado el 6 de diciembre. En total, hasta el 10 de enero de 1949, los rojos han capturado 327.000 prisioneros; 55 millones de refugiados aumentarán la miseria y el desorden en la zona nacionalista. Mientras los marxistas ponen en pie el 1 de septiembre de 1948 un gobierno popular de la China del Norte, reuniendo en torno a Tung-Pi-wu 27 ministros (nueve comunistas, representantes de la «Liga Democrática», de la «Liga de Salvación Pública» y de los sin partido), confiscan los dominios y reparten las tierras, el general Marshall congela en octubre los créditos norteamericanos (aparte de 125 millones de dólares de ayuda económica, aprobados por el Congreso), y el director de la E. C. A., Paul Hoffman, que ha estado en Shanghai del 11 al 20 de diciembre, suspende la ayuda para la reconstrucción. Para los nacionalistas, en efecto, la partida está definitivamente comprometida: han perdido 4.959.000 hombres (el 75 % de ellos, prisioneros) del 1 de julio de 1946 al 31 de enero de 1949, 1.709.000 fusiles, 193.000 armas automáticas, 37.000 cañones y morteros, 513 tanques y 86 aviones.

Dueño del país. Mao lo organiza a su manera

Victorioso, Mao define en ocho puntos, el 14 de enero, sus condiciones: castigo de los criminales de guerra, abolición del Kuomintang, coalición «democrática»», confiscación del capital, reforma agraria. Entra en negociaciones el 25 de febrero con los excluidos del partido nacionalista refugiados en Hongkong, hace ofrecer por su Comité Central instalado en Shih-Chia-Chuang, el 23 de marzo, unas negociaciones en Pekin entre el 1 al 20 de abril. Mientras que en el Chansi Taiyuan caerá el 24 de mayo, el «gobernador modelo», general Yen-Hsi-shan llega el 2 de junio a Canton, donde se concentran 300.000 hombres, para convertirse en primer ministro, con el vicepresidente Li-Tsung-jen, al que Chang ha dejado sus poderes el 21 de enero para dirigirse a Formosa. El 23 de enero, Pekin es ocupado, Franqueando el Yang-tsé, el 20 de abril, el ejército rojo entra en Nankin el 23 de mayo y en Shanghai el 25. Los últimos islotes de resistencia caen unos tras otros: Sian, en el Chensi (20 de mayo), el puerto de Tsingtao en el Chantung (2 de junio), Changcha en el Hunan (4 de agosto); las provincias del Oeste: Sueiyuan (20 de septiembre), Ninghia (25), Sin kiang (29); la China del Sur: Canton (14 de octubre), Swatow, Amoy (17); y las provincias del Sudoeste: Sseu-chuan y Chungking (30 de noviembre), el Yunan (14 de diciembre) y el Kuangsi (15); el 14 de diciembre, la frontera de Indochina (donde se refugian 25.000 nacionalistas) es alcanzada. La isla de Hainan será ocupada más tarde (del 17 al 21 de abril de 1950).

En plena euforia, Mao, con el que se reúnen en Pekin Andrei Jdanov y N. Pokrischev, ha escrito el 1 de julio que «es posible... llegar al comunismo a escala mundial», y, fiel a Moscú, se ha apresurado a añadir: «Nosotros pertenecemos al frente imperialista dirigido por la Unión Soviética». En efecto, el apoyo financiero y técnico de la U. R. S. S. le resulta indispensable. De una conferencia consultiva de 662 miembros, ha hecho salir un gobierno, del cual es el presidente, rodeado de seis vicepresidentes (tres comunistas, Chu Teh, Liu-Shao-chi, Kao Kang, y tres no comunistas, entre ellos la viuda de Sun-Yat-sen), de un comité central de 56 miembros (entre ellos, tres generales adheridos, Fu-Tso-yi, Cheng-Chien y Chang-Chih-shung, el industrial de Shanghai Chen-Shu-tung, Tan-Kah-kei de Singapur, la esposa de Fen-Yu-hsiang...), de un gabinete de 37 ministros y de un Consejo administrativo de Estado de 15 miembros, en torno a Chu-En-lai. Proclamada el 1 de octubre, la República Popular china es reconocida el 20 por la U. R. S. S. De Moscú, a donde se dirige el 16 de diciembre, Mao trae un tratado de amistad y de asistencia (firmado el 14 de febrero de 1950), válido por treinta años, la promesa de evacuar Port-Arthur a finales de 1952, el abandono a China del Ferrocarril de Chang-chun y de la administración de Dairen, la devolución de los bienes nipones en Manchuria y la concesión de un préstamo de 300 millones de dólares por cinco años, a cambio de la independencia de la Mongolia exterior (1).

(1) Cuando el apoyo de Rusia le será menos indispensable, recordará haber declarado a Edgar Snow, el 23 de julio de 1936, que «cuando la revolución popular triunfe en China, la Mongolia exterior se convertirá en parte de la Federación china, y los pueblos musulmanes y tibetanos constituirán igualmente unas repúblicas autónomas, adheridas a la Federación china».

¿Quiere esto decir que presta obediencia al Kremlin? Creerlo sería no conocerle. «Las teorías de Marx-Engels, Lenin y Stalin... (él las tiene por) ...válidas... no como dogmas, sino como una guía para la acción». Insiste en la necesidad de la «sinicación (Zhongguhua) del marxismo», precisa que «lo que nosotros llamamos marxismo concreto es el marxismo que ha asumido una forma nacional... en las condiciones concretas de China», y concluye (en el VI Pleno del Comité Central de octubre de 1938) que «hay que terminar con las fórmulas elaboradas en el extranjero», imponiendo un «estilo chino», basado «en la experiencia histórica y la práctica revolucionaria de China» (en la Escuela del Partido, en Yenan, el 1 de febrero de 1942). «Después del VII Congreso mundial de 1935 —añade orgullosamente, comentando a los cuadros la disolución del Komintern, el 26 de mayo de 1943—, la Internacional comunista no ha vuelto a inmiscuirse en los problemas internos del P. C. chino.» Así, organiza su régimen a su manera: congreso panchino elegido, conferencia política consultiva, gobiernos provinciales con sus propias conferencias locales, bancos y comercio exterior nacionalizados, economía dirigida socialista (cuyo primer plan quinquenal será adoptado en enero de 1953), pero colectivización prudente y por etapas de la agricultura. Primera fase: crear primeramente cooperativas, «organizar unos equipos de ayuda mutua de una decena de hogares»; segunda fase: «a continuación, organizar unas pequeñas cooperativas, semisocialistas, de producción..., caracterizadas por la puesta en común de las tierras y por una dirección unificada»; tercera fase: «Solamente entonces... apelaremos a los campesinos... para la organización de grandes cooperativas de producción... de carácter enteramente socialista» (discurso del 31 de julio de 1955). De hecho, se esperará al final de la guerra de Corea (agosto de 1953) para inducir durante el segundo semestre del año a 60 millones de campesinos a adherirse a las cooperativas, y a julio de 1955 para obligarles a hacerlo. Y la campaña de las «Cien Flores» (junio de 1957), al autorizar las críticas, permitió decapitar a la oposición que se dio a conocer ingenuamente. Entonces, «el gran salto hacia adelante», anunciado por Mao en un artículo de la *Bandera Roja* de abril de 1958 («Hongqi»), y por Liu-Shao-chi en el VIII Congreso del 5 de mayo de 1958, se distinguirá por una colectivización a ultranza, la creación de comunas populares (tipo «Falansterios») (2), de talleres artesanales de producción del acero (en septiembre), constituyendo «una forma china o asiática del marxismo, de revolución permanente, que influenciará a todos los demás países del Sudeste de Asia, cuyas condiciones de vida son semejantes a las de China». Ya que el comunismo chino, intensamente teñido de nacionalismo y de racismo, vuelve a tomar por su cuenta los tradicionales objetivos expansionistas sobre los países antaño «tributarios» del Celeste Imperio: las islas Ryu-kiu, Corea, Indochina, Birmania, Nepal, Bhutan, el Tibet (en *La Revolución china y el P. C.*, en 1939); sin olvidar la Mongolia exterior.

(2) Destinadas a reagrupar 750.000 cooperativas creadas en 1957 que engloban a 500 millones de campesinos, aquellas 27.000 comunas populares, instituidas el 27 de agosto de 1958, tendrán que ser convertidas después de dos años de calamidades agrícolas, en 1959 y 1960, en 70.000 comunas más pequeñas, federando unas «brigadas de producción», reforzadas con cuadros y trabajadores urbanos, en 1961, en tanto que a partir de 1965 unas granjas-piloto, explotando tres millones de hectáreas, servirán de modelo al conjunto.

El imperialismo de Mao

Apenas ha establecido su autoridad sobre el conjunto del país, las profundas tendencias al imperialismo del régimen maoísta se manifiestan en Corea, lo mismo que en el Tibet y en Indochina. Dirigiéndose al Club Nacional de Prensa, el 12 de enero de 1950, y enumerando las posiciones incluidas en el perímetro defensivo de los Estados Unidos en Extremo Oriente, el secretario de Estado Dean Acheson ha cometido la insigne imprudencia de no mencionar Corea (dividida después del emplazamiento de la comisión mixta el 8 de mayo de 1946 en dos zonas de influencia delimitadas por el paralelo 38°, en 1948), y añadir que, aparte de aquellos puntos, «nadie puede garantizar a los otros contra un ataque militar». Singular manera de dar a los rojos, por omisión, el «disco verde». Justamente, el enérgico Syngman Rhee, presidente de la zona sur desde agosto de 1948, que no ha vacilado en detener a 14.000 revolucionarios (entre ellos, 14 diputados) para paralizar sus manejos, es puesto en minoría en las elecciones. Aprovechando la ocasión, el 25 de junio, los Nordistas (200.000 hombres, o sea, ocho divisiones de activo y dos de reserva, encuadradas por 5.000 rusos) rechazan a los 60.000 Sudistas (ocho divisiones esqueléticas y mal armadas, sin anticarros ni artillería) y, convirgiendo hacia Seul por Kaesong y el pasillo de Uijongbu, llegan al día siguiente a los suburbios de la capital, Seul. ¿Se cruzará de brazos Washington? No. Reacciona inmediatamente a través de las Naciones Unidas. El 27, el Consejo de Seguridad (del que está ausente la U. R. S. S., puesto que los ha abandonado el 13 de enero para protestar contra la puesta en cuarentena de la China maoísta) aprueba por siete votos contra uno (Yugoslavia) y dos abstenciones (India y Egipto) la ayuda militar a Corea del Sur, y el 29, Truman (que no acepta el ofrecimiento de 33.000 hombres de Chang-Kai-chek) saca del Japón un *combat team*, seguido de dos débiles divisiones, que abandonan el río Kum y se repliegan sobre Taejon, donde escapan difícilmente al cerco, el 20 de julio. Por Pusan, se unen a los refuerzos que, constituyendo el 8.º ejército (142.000 hombres, entre ellos cinco divisiones surcoreanas), van a defender, al sudeste del país, alrededor de Tegu y de Pusan, una cabeza de puente reducida, llamada «Perímetro». Una división escogida norcoreana, la 4.ª, tras franquear el Naktong el 6 de agosto, es destruida el 20 por los «marines», procedentes de Chigju, que intentaban reconquistar. Una segunda embestida, el 31 de agosto, lleva a los norcoreanos a ocho quilómetros de Tegu, cuando el desembarco inopinado del X Cuerpo norteamericano (formado por dos divisiones y por «marines») el 14 de septiembre en la isla de Wolo, enfrente de Inchon, acompañado de un contraataque delante de Tegu, les obliga a una retirada precipitada, después de haber perdido tres divisiones. Después de tres días de duros combates, el X Cuerpo reconquista Seul. Entonces, aunque los rusos se han reincorporado al Consejo, la Asamblea autoriza el 7 de octubre (por 47 votos contra cinco y siete abstenciones) a las tropas de la O. N. U. a franquear el límite del paralelo 38. Pero las instrucciones de Truman al general Mac Arthur son de lo más vagas: continuar, mientras exista «una posibilidad razonable de resistir con éxito» (en otras palabras: avanzar, a condición de no dejarse derrotar).

Flujo y reflujo de la lucha en Corea

Así, el 8.° ejército, tras haber penetrado en Pyongyang, capital del norte, el 21 de octubre, alcanza el Yalu (límite de Manchuria) el 24, en Chosan, en tanto que el X Cuerpo, desembarcado esta vez en la costa oriental, progresa desde Hungnam hacia el depósito de Chosin y llega a Iwon (a 80 quilómetros de Vladivostok). De momento, el comandante en jefe, que se entrevista el 15 de octubre con el presidente en la isla de Wake, no cree en la intervención china, pero tiene previsto, si se produjera aquella eventualidad, hacer bombardear los puentes del Yalu, lugares de paso obligados de los «voluntarios» y de sus suministros. Pero, el 5 de noviembre, Mao invita al pueblo chino «a la sagrada tarea de resistir a América». Y el general Marshall, secretario de la Defensa, se apresura al día siguiente... a oponerse a la réplica de 90 fortalezas volantes, mientras el general chino Wu-Hsin-chuan (de formación soviética, que acaba de acompañar a Mao al Kremlin) es recibido por el Consejo de Seguridad el 22 de noviembre. Sin embargo, burlando la vigilancia del Servicio de Información norteamericano, 56 divisiones chinas, mandadas por Lin-Piao, entradas en contacto con los surcoreanos, desembocando de Wonsan, descienden hacia el sur el 26 de octubre, se infiltran en la montaña que rodea a Tokchon, desbordan el ala izquierda norteamericana y la obligan a un repliegue que se transforma en retirada general, a pesar de la resistencia desesperada del contingente turco en Kunu, sobre el río Chongchon, el 3 de diciembre, en tanto que los «marines» se abren paso en el monte Taktay hacia Hugaru y Koto (6 de diciembre) y fuerzan el desfiladero de Funchilin para llegar a Chinghen. A mediados de diciembre, los enclaves de Iwon, Hungnam y Wonsan son evacuados; el 31 de diciembre son abandonados Kaesong y Yanyang. Seul es ocupada el 3 de enero de 1951. Sin embargo, el 4, Truman y Dean Acheson escuchan con un oído atento al mayor Attlee, laborista ingenuo y fuertemente teñido de rojo, que les expone lo interesante que sería admitir en las Naciones Unidas a los Chinos, «¡maduros para el titismo!». Mientras los coreanos del norte y sus aliados descienden más allá del paralelo 38, Truman, al tiempo que proclama el estado de urgencia (15 de diciembre), continúa negando a Mac Arthur (según sus declaraciones del 19 de abril de 1951) el envío de refuerzos, la colaboración de 500.000 nacionalistas chinos, el bombardeo de los aeródromos de Manchuria y el bloqueo de las costas del continente. Pero la embestida china pierde impulso y, tras haber rechazado Pekin las propuestas de la O. N. U., el 17 de enero de 1951, empieza el reflujo: Usan y Suwan son reconquistadas el 16 de enero, y Wonju el 19. El 12 de febrero, un asalto supremo de Lin-Piao contra Chipyong es rechazado. Una contraofensiva de siete divisiones norteamericanas, cuatro surcoreanas, una de las Commonwealth y unos contingentes auxiliares, avanza entre el barro, reconquista el 13 de marzo una Seul devastada, abandonada por sus habitantes. En una proclama, Mac Arthur amenaza con extender el conflicto a Manchuria, y los chinos aceptan entonces el principio de una conferencia a siete.

Una guerra que no hay que ganar: contener al comunismo, pero sin destruirlo (!) (C. F. R.)

Es el momento que escoge Washington para aportarles una ayuda tan imprevista como eficaz, tirando de las orejas a un general lo bastante osado

como pretender llevar sus tropas a la victoria. En Asia fue donde los comunistas «decidieron jugarse el todo por el todo por la conquista del mundo», escribió el 20 de marzo en una carta hecha pública el 5 de abril por el representante republicano Joseph Martin. Pero si la consigna es la de contenerles, no es en modo alguno la de destruirles. Mac Arthur, excesivamente impulsivo, es destituido. Los chinos aprovechan la ocasión para desencadenar, el 22 de abril, un último ataque (con 34 divisiones, ocho de ellas norcoreanas) que, tras haberse apoderado de Chuchon y de Uijjongbu (27 de abril), viene a morir a siete quilómetros de Seul, agotado por el elevado número de bajas (200.000 hombres). Del 23 de mayo al 15 de junio, el ejército del general van Fleet, sucesor de Ridgway, cruza de nuevo el paralelo 38 y se detiene por orden superior en medio del «triángulo de hierro» Chewon-Kunhwa-Pyongyang. Una vez más, su gobierno frena a los generales norteamericanos: Mark Clark, sucesor del comandante en jefe, Albert C. Wedemeyer, ex embajador, y James A. van Fleet (comandante del 8.° ejército), correrán la misma suerte que Mac Arthur. Lo atestiguarán ante la Comisión de Encuesta del Senado (van Fleet, el 5 de marzo de 1953, y en su libro *La verdad sobre Corea*) y ante el país. En una entrevista con Jim G. Lucas, de la Scripp-Howard (20 de enero de 1954), Mac Arthur denunciará las «fugas» producidas en el Departamento de Estado, revelando a los chinos sus informes, sus peticiones y el curso que seguirían (¿acaso no se habían enterado, por conducto de los británicos, de que sus santuarios del Yalu serían respetados?). Intimo amigo de Felix Frankfürter, que le acompaña con frecuencia en su coche a su despacho ministerial, Dean Acheson no es el hombre más apropiado para combatir a fondo a los marxistas. A una propuesta del senador aislacionista Johnson de un alto el fuego en el paralelo 38 (19 de mayo), mientras se pronuncia un embargo contra China, propuesta ratificada por Trygve Lie, secretario general de la O. N. U., el 1 de junio, y confirmada por Acheson el 7, el embajador soviético Malik, el 23 de junio, y la *Pravda* responden favorablemente. Tras lo cual, los representantes de los beligerantes se reúnen en Kaesong, el 10 de julio. Interrumpida el 28 de agosto, la negociación continuará en octubre de 1951, bajo la forma de interminables discursos a propósito de la repatriación de los 132.000 prisioneros norcoreanos (3) (muchos de los cuales se niegan a volver a caer bajo el yugo comunista, e incluso se amotinan en Kobé, el 18 de febrero de 1952), para interrumpirse de nuevo en octubre de 1952, reanudarse el 28 de mayo de 1953 (después de la muerte de Stalin), desembocar en un intercambio de enfermos el 11 de abril, conducir a una entente el 8 de junio sobre los no repatriados (entente comprometida el 20 de junio porque Syngman Rhee ha dejado escapar a 25.000) para ser reanudada el 10 de julio y desembocar el 27, después de un último ataque rojo del 7 al 19 de julio, en la firma de un armisticio. El balance de la aventura es de dos millones de muertos (las cuatro quintas partes civiles) por parte coreana, y 54.000 (de ellos 33.629 norteamericanos) por las Naciones Unidas. Para volver al «statu quo ante» de la división en dos zonas, y dejar aumentar el peligro chino, en espera de que numerosos G. I. viertan su sangre más tarde en Indochina... y tal vez en una III Guerra Mundial.

De aquella indulgencia persistente, por no decir de aquella serie de complacencias culpables, numerosos norteamericanos hacen responsables no sólo

(3) 12.000 prisioneros (5.000 de ellos norteamericanos) se encuentran en manos de los rojos; el ejército de las Naciones Unidas ha capturado 170.000, entre ellos 20.000 «voluntarios» chinos.

a los progresistas y a los criptocomunistas que hormiguean en la alta administración de Roosevelt y de Truman, sino también a un organismo extraoficial que, proporcionando a los gobiernos sucesivos sus más eminentes colaboradores, se ha erigido en verdadero gobierno oculto de los Estados Unidos: el Consejo de Relaciones Exteriores, especie de «Herrenklub», de Círculo masónico norteamericano, en el cual los plutócratas demagogos reemplazan a los «Señores». Nacido en mayo de 1919, en el hotel Majestic, de París, de un cenáculo formado —con el apoyo de Jacob Schiff y de J. P. Warburg— por jóvenes delegados norteamericanos decepcionados por la hostilidad de su opinión pública interior al Pacto de la Sociedad de Naciones, que ellos habían redactado (Christian Herter, los hermanos John Foster y Allen Dulles, parientes de los Rockefeller, etc.), aquel Consejo, que contará con 1.400 miembros en 1960, ha sido sucesivamente denunciado como «una agencia gubernamental que persigue sus propios objetivos internacionales» por el representante Reece (presidente de la Comisión de Encuesta sobre las Fundaciones exentas de Impuestos, en 1954), como «otro cuerpo representando a otra forma de gobierno, una élite burocrática, que considera anticuada nuestra Constitución» y que prepara la instauración de un socialismo mundial colectivista, por el senador William Jenner (representante por Indiana en 1954, y en el Congreso, 15 de enero de 1962, pág. 198), y como «un gobierno invisible en los Estados Unidos», por Dan Smoot (ex adjunto de Edgar Hoover en el F. B. I., en 1961). Emmanuel M. Josephson ha revelado que «los más significados de los agentes y de los traidores comunistas, Joseph Fels Burnes, William W. Lockwood, Philip C. Jessup (4), Edward C. Carter... ocupan los más altos cargos de ese organismo». Desde 1944, los presidentes (salvo Truman, que lo fue por accidente), los secretarios de Estado desde Cordell Hull, Edward Stettinius, Dean Acheson (aparte James Byrnes), numerosos ministros, más de 60 titulares de los más altos empleos bajo Kennedy y Johnson, 40 de los miembros de la delegación norteamericana en San Francisco para la organización de las Naciones Unidas (entre ellos Alger Hiss, Adlai Stevenson, Ralph Bunche, etc.), los diplomáticos Charles Bohlen, Douglas Dillon, John Mac Cloy (socio de Kuhn-Loeb, presidente del Banco Mundial, subsecretario de la Guerra, alto comisario en Alemania), Henry Cabot Lodge, los generales L. L. Lemnitzer y su sustituto Maxwell Taylor, los jefes de la C. I. A., Allan Dulles y su sucesor John Mac Cone; Paul G. Hoffman (de la Studebaker, colaborador de la Enciclopedia Británica y de la Fundación Ford, administrador de la C. E. A.), han sido hombres del «Council on Foreign Relations». Y una legión de publicistas, de locutores de la televisión (John A. Stormer, en su libro *None dare cull in treason* proporciona dos listas, pág. 211), de grandes banqueros, de dirigentes de las Fundaciones distribuidoras del maná de la propaganda, de grandes jefes de empresas (U. S. Steel, AT y T, General Motors, Du Pont, I. B. M., Standard Oil, etc.).

Después del Tibet, Indochina

La invasión de Corea del Sur por los rojos se remonta al 25 de junio de 1950. En octubre, los chinos intervienen en el Tibet, a petición, dicen del

(4) Aunque exonerado oficialmente por el Tydings Committee, encargado de revisar las decisiones de la Comisión Mac Carthy, el Senado rechazará su nombramiento de embajador en las Naciones Unidas, propuesto en noviembre de 1950 por Truman, que le enviará, a título de consuelo, a representar a los Estados Unidos en el Tribunal internacional de Justicia de La Haya.

Pancheu-lama (trece años), erguido contra el decimotercer Dalai-lama, jefe teocrático del Estado, desde comienzos de año. La O. N. U., interviniendo el 7 de noviembre, y la India no han logrado poner coto a la invasión, y un acuerdo en 17 puntos, instituyendo un comité militar mixto administrativo en Lhassa, concluido el 23 de mayo, finalmente fue reconocido por Nueva Dehli, el 29 de abril de 1954. Y, en octubre todavía, las fuerzas del Viet-minh a las órdenes del general Giap toman los dos puestos fronterizos de Caobang y de Langson (apoderándose de 13 cañones, 940 ametralladoras y 8.000 fusiles) y se aprestan a levantar cinco divisiones para atacar Hanoi, la capital de Tonkin, en enero de 1951.

Para expulsar a los franceses, Roosevelt da entrada a los chinos

Como el de Siria, el «affaire» de Indochina había sido abandonado por el «gaullismo» en la mayor confusión. Fieles a la intención de Roosevelt de eliminar a Francia de estas regiones, los americanos habían aceptado en Postdam que los británicos, ocupando (el 12 de septiembre) la zona sur hasta el paralelo 16, los chinos ocupasen, el 11 de septiembre, la zona norte. Ahora bien, aprovechando que los japoneses habían reducido las tropas francesas a la impotencia el 9 de marzo de 1945 para asumir ellos mismos el control del país, el emperador Bao-Dai había proclamado el 20 de agosto la independencia, y, ante la negativa del general De Gaulle a reconocerla (el 24) dimitió el 25, para devenir, bajo el nombre de Vinh-Tuy, el «consejero supremo del jefe comunista Ho-Chi-minh (quien, desde 1943, recibía de los chinos y de los americanos una mensualidad de 100.000 dólares). Este último, cuyo verdadero nombre era Nguyen-Ai-Qua, convertido al comunismo por Vaillant-Couturier durante una estancia en Francia, de 1917 a 1923, autor de un folleto: *Proceso de la colonización francesa*, mezclado en la revuelta del «soviet» de Nghé-en en el Vietnam Central, en la creación del P. C. indochino en 1930, por no decir en el motín de los tiradores de Yen-bay (que siguió al congreso de Canton, 19 de mayo de 1929), formado durante dos años en Moscú antes de acompañar a Borodin a Shanghai cerca de Chang-Kai-chek, fundó en el Kuangsi, en 1941, el «Frente unido para la Liberación», «Vietnam Doc Lap Dong Hoa», futuro Viet-minh, mientras que el P. C. entraba en letargo en 1943 y se disolvía con la Komintern en 1945. Eliminando al pro-japonés Tran Trong Kim, Ho (liberado por Chang bajo el falso nombre de Ho-Chi-minh) había constituido un gobierno el 29 de agosto y proclamado la independencia del Tonkin el 2 de septiembre.

La difícil ocupación del Norte

Encargado por De Gaulle en agosto de 1945 para volver a tomar pie en Cochinchina con un cuerpo expedicionario de 45.000 hombres, el general Leclerc obtuvo fácilmente de lord Louis Mountbatten, con el que se entrevistó en Karachi, la retirada de los británicos, entrando en Saigón con su D. B. el 5 de octubre, haciéndose dueño de la zona sur (al precio de 630 muertos y de 1.037 heridos), del 13 de septiembre de 1945 al 28 de febrero de 1946, controlando así una población de 10 millones de habitantes. De conformidad con las intenciones del «General» —constituir una Federación de los cinco países, integrada en la Unión francesa—, fueron concluidos acuerdos con el

príncipe Sihanuk de Camboya, mientras que el general Alessandri volvía a ocupar Laos. Sin embargo, para despejar el norte del país, ocupado del 12 de septiembre a finales de octubre de 1945 por 130.000 chinos, acompañados del general americano Gallangher, cuyo jefe, el general Lu Han, del Yunnan, había recibido la capitulación de 35.000 japoneses el 28 de septiembre, hizo falta: 1) que el general Salan, después de haberse entrevistado con el general Lu el 10 de noviembre y el 14 de diciembre de 1945, emprendiera interminables conversaciones en Tchung King (5 de enero-2 de febrero de 1946) para obtener el regreso de 6.000 franceses refugiados por Laichau en el Yunnan después de la agresión japonesa del 9 de marzo de 1945 (de los cuales, 5.000 se abrieron paso a Phong To el 13 de febrero) y el derecho a penetrar en Laos, pero siéndole negado el rearme de las tropas de Hanoi; 2) que el gobierno chino firme, mediante el abandono por Francia de sus concesiones en Tientsin, Shanghai, Hankeu y Canton, el acuerdo del 28 de febrero de 1946, y que 3) el general Salan y el profesor Jean Roger, llamado Sainteny, comisario del Tonkin, lleven adelante difíciles conversaciones con Ho-Chi-minh. Este último tiene a su merced, gracias a 35.000 hombres concentrados en el Delta por Vo-Nguyen-Giap (un diplomado en gramática, refugiado en China en 1939, convertido en jefe de partisanos), después del 9 de marzo en el triángulo Thai Nguyen-Cao-Bang-Langson, a 13.000 civiles y a 4.100 militares franceses desarmados en Hanoi, sometidos a la presión de los viets (10-11 y 25 de diciembre), y más aún a la de los más extremistas, los miembros de la sociedad secreta V. N. Q. D. D. (Vietnam Quoc Dang Dang) y de la liga revolucionaria D. M. H. (Dong Minh Hoi).

Pues bien, el líder del Viet Minh, apoyado desde enero por una asamblea provisional de 230 Vietminh de los 300 miembros que la componen, se empeña en reclamar el «self-government» (8-16 de febrero), se opone al regreso de los franceses (27 de febrero), no cede más que a petición del general chino Chow respecto al principio de una fuerza común de 15.000 franceses y de 10.000 anamitas y, al tiempo que firma el acuerdo del 6 de marzo de 1946, sigue siendo intratable sobre el principio de una Federación de los «tres Ky».

Aunque los chinos hayan aceptado el desembarco de los franceses entre el 1 y el 15 de marzo, un incidente provocado por el general manchú Wang (que apoya bajo cuerda al V. N. Q. D. D.) por poco consigue volver a poner todo en tela de juicio: ese mismo día, 6 de marzo, entre las 8,30 y las 10 horas, unas ráfagas acogen a los franceses que se acercan a Haiphong, causándoles 32 muertos y 40 heridos. Sin embargo, desembarcan al día siguiente en el puerto. Era el 7 de marzo. Luego debían entrar en Hanoi en la segunda mitad del mes. Pero, a pesar de la intervención de un emisario de Georges Bidault, Max André (vinculado al comunista Marrane, cuya hija se casó con el ministro viet Nguyen Manh Ha), las relaciones seguían siendo tensas con Ho-Chi-minh, el cual al renunciar a las elecciones generales del 23 de diciembre, designó una Asamblea constituyente en la cual dio 50 escaños al V. N. Q. D. D. y 20 al D. M. H., y reorganizó una primera vez su gobierno (con Giap en Gobernación) y una segunda vez, el 2 de marzo para dar paso a cuatro V. N. Q. D. D. y D. M. H., a dos independientes y a dos cochinchinos, al lado de 10 de sus amigos, en su gabinete. Las continuas agresiones y la inseguridad reinante no contribuían a mejorar un clima que las reticencias y las evasivas del alto comisario Thierry d'Argenlieu habían deteriorado.

La confusión, alimentada por Leclerc y d'Argenlieu, favorece la insurrección de Ho-Chi-minh

Nombrado el 17 de agosto de 1945 por De Gaulle, deseoso de «doblar» al general Leclerc con un incondicional que se lo debía todo (puesto que, de aquel monje, capitán de corbeta de la reserva, apodado «el carmelita naval», había hecho en Londres un «almirante»), d'Argenlieu, fanático de la depuración, no había encontrado nada mejor, en marzo de 1946, que volver a encarcelar a los funcionarios de Vichy, apenas salidos de las prisiones japonesas. Pero hizo algo peor. Después de haber aceptado el acuerdo del 6 de marzo, volviendo sobre sus concesiones, se las ingenió para sabotearlo, rechazando la «Federación de los tres Ky» exigida por Ho, dejando en suspenso el referéndum prometido en Cochinchina, chocando con Leclerc en ocasión de una revista naval en la bahía de Along el 24 de marzo, y reuniendo en Dalat una conferencia en la cual el Viet-minh sólo está representado por su ministro de Asuntos Exteriores, Nguyen Tuang Tam, a espaldas de Ho, al que el general Salan llevaba precisamente a Francia para negociar. Este último se entera en El Cairo de que el almirante ha formado el 1 de junio en Saigón un gobierno bajo la autoridad de Nguyen Van Thinh (que se suicidará el 11 de noviembre siguiente), con el coronel Nguyen Van Xuan en la Defensa, gobierno que se ha apresurado a constituir Cochinchina en República, el 10 de junio.

Primera decepción de Ho-Chi-minh, seguida prontamente de una segunda cuando, después de haber esperado en Biarritz del 12 al 22 de junio el desenlace de la crisis ministerial francesa, no se encuentra ya en París en presencia de otro marxista, Felix Gouin, interlocutor complaciente, sino de Georges Bidault, que si bien le recibe durante tres días con todos los honores debidos a un jefe de Estado, se muestra tanto menos maleable por cuanto el general Leclerc le ha puesto en guardia por medio de una carta dirigida a Maurice Schumann el 8 de junio contra la actuación del Viet-minh (asesinatos, raptos cometidos por las milicias «Tu-Ve», concentración de tres divisiones, 31.000 hombres, por el general rojo Giap; el cual sabotea la creación de unidades vietnamitas por el general Valluy, sustituto de Salan en el Tonkin desde el 3 de abril), en estos términos: «Nosotros conservamos los puntos vitales», pero Ho «es un gran enemigo de Francia». En tales condiciones, la conferencia celebrada en Fontainebleau, del 6 al 31 de julio de 1946, bajo la presidencia de Max André, torpedeada el 2 de agosto por la noticia de la postura hostil a los «tres Ky», adoptada por el almirante en Dalat, aunque reanudada el 2 de septiembre, tropieza con la intransigencia sobre ese punto del representante del Viet-minh, Pham Van Dong, y se salda con un fracaso, enmascarado por el «modus vivendi» firmado el 14 de septiembre por Marius Moutet.

Sin embargo, reunida el 28 de octubre (en presencia solamente de 291 diputados de un total de 440, entre ellos 70 de la oposición), una asamblea nacional aprueba el 8 de noviembre, por 242 votos, una constitución. Así están las cosas cuando la captura de un junco de contrabando, el 20 de noviembre, provoca graves incidentes en Haiphong entre milicias «Tu-Ve» y tropas francesas (que cuentan 22 muertos). Al día siguiente, conciliador, el general Morlière negocia una tregua, pero veinticuatro horas más tarde el general Valluy,

que asume interinamente el puesto de d'Argenlieu, lanza un ultimátum a las fuerzas del Viet-minh para que evacúen Haiphong. Ejecutando aquella orden, el comandante de la plaza, coronel Dèbes, solicita el apoyo del crucero «Suffren», que bombardea la ciudad, causando numerosas víctimas (23 de noviembre). Diversos llamamientos, dirigidos por Ho-Chi-minh a Georges Bidault (16-30 de noviembre), y luego a Leon Blum, nuevo presidente del Consejo (17 de diciembre), llegan demasiado tarde (15-24 de diciembre). El 19 de diciembre, el general Giap, que dispone ahora de 100.000 hombres, concentra tres divisiones alrededor de Hanoi, donde, cortada previamente la corriente eléctrica, los milicianos «Tu-Ve» asesinan y mutilan a 50 civiles y raptan a 200 personas. Es la guerra.

¿Con quien podrían negociar los inestables gobiernos de París?

Restablecido el prestigio de la Metrópoli con la liberación de Hanoi (aislada de Haiphong por la destrucción de los puentes de Lai-Khe) en enero, de Hué el 7 de febrero y de Nam Dinh el 11 de marzo de 1947, el alto comisario quiere aprovechar el cansancio de la población para negociar. Pero, ¿con quien? ¿Restaurar al príncipe Bao Dai? Piensa en ello desde enero, cuando es «dimitido». Nombrado en su lugar el 5 de marzo, el prefecto radical Bollaert (ex jefe de gabinete de Herriot) llega el 27 y recibe un ofrecimiento de alto el fuego del Viet-minh, fechado el 19. Responde a él exigiendo el desarme de las milicias (rechazado el 12 de mayo) y negándose a negociar con sólo el movimiento comunista (15 de mayo). Finalmente, habiendo usado un subterfugio para pronunciar en su discurso de Hadong del 10 de septiembre de 1947 la palabra de independencia «Doc Lâp» (púdicamente traducida al francés como «Libertad» para tranquilizar a los parlamentarios), Bollaert entra en negociaciones con Bao Dai el 18 de septiembre, para concluir con él, el 5 de junio de 1948, el acuerdo de la bahía de Along, que concede al Vietnam, asociado a la Unión Francesa, la independencia. En el intervalo, los nacionalistas locales se han sentido reforzados por la constitución en Bangkok, el 8 de septiembre de 1947, de la Liga del Sudeste Asiático, agrupando a los delegados de Birmania, de Siam, de los Estados indochinos, de Malasia y de Indonesia. El príncipe Bao Dai, refugiado en Hongkong, ¿obedece a aquella influencia al negarse expresamente a regresar a su país? Para que se resigne a instalarse en Dalat el 28 de abril de 1949 —y estará la mayor parte del tiempo ausente—, habrá que negociar con él, en Cannes, el 8 de marzo de 1949, y en Pau en junio de 1950, un nuevo acuerdo, que reconoce al Vietnam, a Laos y a Camboya como Estados asociados (a los cuales Tailandia ha cedido, el 16 de octubre de 1946, los territorios abandonados a Tokio). En aquel momento, el sucesor de Bollaert, Leon Pignon, en su lucha contra el rival de Giap, Nguyen Binh, y sus 20.000 guerrilleros en Cochinchina, tropieza a la vez con las reticencias del general Xuan, sucesor del caodaísta Hoach en el gobierno, y con las exigencias de las sectas (8.000 Hoa-Hao, cuyo maestro Huyinh Phu So ha sido asesinado por el Vietminh; 4.000 caodaístas del general Nguyen Thanh Phung, adheridos en agosto de 1946; 1.200 piratas Binh Xuyen, que controlan Cholon; y unos católicos de la U. M. D. C. (inducidos por el general Boyer de Latour a ofrecer su colaboración en agosto de 1947), formando 80 brigadas, 3.000 hombres, bajo el general Leroy.

Entretanto, en Tonkin, el general Salan, llegado el 23 de mayo de 1947, ha dispersado una concentración de 15 batallones viets en un cuadrilátero al Noroeste de Langson, soltando unos paracaidistas sobre Bac Kan y lanzando la columna del coronel Beaufre sobre Cao Bang, ocupado el 12 de octubre, mientras que otra columna remontaba el Río rojo hasta Chiên Hoa (operación puerto de Lea, 17 de octubre), en la provincia de Thö. Luego, ha liberado el Nordeste de Hanoi, entrando en Bac Ninh y en Thai Nguyen (operación cinturón, 19 de noviembre-14 de diciembre). Y, en la provincia de Nung, se ha instalado en Hóa Binh. Ha obtenido, pues, unos éxitos que le valen reemplazar al general Valluy al frente del Cuerpo Expedicionario el 10 de febrero de 1948. Pero reclama que sus efectivos (elevados sucesivamente de 85.000 a 108.000 hombres a principios de 1948) sean aumentados a 115.000 (de ellos, 48.000 franceses), y desagrada por sus críticas a la Metrópoli. Se le reemplaza primero por el general Blaizot (15 de mayo de 1948), y luego por el general Carpentier (un norteafricano), el 10 de septiembre de 1949. Equivale a cambiar de atalaje en el momento de cruzar un paso difícil: el ejército chino de Mao se acerca a la frontera.

Ante la amenaza china, evacuación desastrosa de los puestos fronterizos

Ha sonado la hora de las decisiones. Jefe de Estado Mayor, el general Revers se traslada a Indochina, donde piensa en hacer nombrar alto comisario a su amigo el general Mast. Su misión (13 de mayo-17 de junio de 1949) termina con un escándalo. El 26 de agosto de 1949, la radio del Vietminh difunde su informe del 29 de junio, preconizando el repliegue de las tropas francesas sobre el delta del Tonkin. La explicación: aquel general francmasón, en apuros económicos, ha cedido una copia de su texto a un agente corrompido de la S. D. C. E. (Servicio de Información, rival de la D. S. T. de Wybot), Roger Peyré, que huye al Brasil el 30 de noviembre, antes de que el general sea expedientado, el 7 de diciembre. El asunto, en el cual está comprometido un tal «M. Paul» (¿el hijo del presidente Auriol?) y algunos parlamentarios, sofocado al principio por los presidentes del Consejo Queuille, Ramadier y Moch, estalla en enero de 1950 y no tardará en ir seguido de otro, el del tráfico de las piastras indochinas, cotizadas a 10 francos en Saigón y a 17 en la Metrópoli, lo que resulta muy tentador para los pescadores en aguas turbias (campaña Jacques Delpech, 1952).

De todos modos, las instrucciones de Revers (evacuar Bac Kan, Nguyen Binh, establecer el dispositivo desde Moncay a That Khé) son ejecutadas. En el momento en que el Vietminh, ahora en contacto directo con China (que lo reconoce el 18 de enero de 1950, así como la U. R. S. S. el 31 de enero) va a disponer de campos de instrucción en el Yunnan, en Minh Ho y en Kai Kuan, y de un crédito común de 500 millones de dólares, el general Carpentier, a raíz de la caída del puesto de Phu Tong Hoa el 25 de julio de 1949, del ataque a un convoy Langson-Cao Bang en el puerto de Lung Vai (72 muertos y 37 heridos) el 2 de octubre de 1949, de la pérdida, por dos veces (25-27 de mayo y 16 de septiembre-7 de octubre de 1950), del puesto de Dong Khé, evacúa (en tanto que Lao Ky, al norte, en el río rojo, sigue resistiendo) los puntos de apoyo de la frontera nororiental, incluido, sin necesidad absoluta, Langson (17-18 de octubre), en tan malas condiciones, bajo la presión de 30 batallones viets apoyados por 30 cañones, que se pierden

siete batallones y 1.000 partisanos (en Dong Khé, en el desfiladero de Coc Xa, en el collado de Deo Cat, al abandonar That-Khé).

De Lattre y el primer ensayo de «vietnamización»

El 15 de diciembre de 1950, el general De Lattre de Tassigny, que se ha hecho famoso en Provenza, hereda aquella situación peligrosamente comprometida, en calidad de alto comisario y de comandante en jefe. Animador infatigable, somete a su disciplina al Cuerpo Expedicionario. Secundado por Salan como adjunto, libera con 13 batallones (13.000 hombres, 14-18 de enero de 1951) Bao Chuc y Vinh Yen, atacados por 24 batallones (30.000 hombres), rechaza los asaltos del Vietminh al Este, contra Uong Bi (24 de marzo) y Mao Khé (30 de marzo), en la provincia Thö; le cierra en el Day (29 de mayo) la ruta de Nin Binh y de Phat Diem, al SO.; coge por la espalda a la 312.ª división, lanzada contra Nghia Lo (entre río rojo y río negro), soltando a unos paracaidistas 20 quilómetros más al NO. (2-6 de octubre); hace ocupar por el general De Linarès Cho Ben y Hoa Binh (13 de noviembre), pasillos por los cuales los viets, procedentes del Oeste, se infiltraban en el delta (defendido ahora por un cinturón de 900 fortines hormigonados, en un radio de 20 quilómetros alrededor de Haiphong y de 40 a 50 alrededor de Hanoi); resiste del 10 al 11 de diciembre los ataques de la 308.ª contra Tu Vu y de la 320.ª contra Phat Diem; inflige finalmente, el 24 de enero de 1952, una sangrienta derrota a tres divisiones viets (30 batallones, más 10 regimientos) delante de Hoa Binh, defendida por nueve grupos, más siete móviles.

En el intervalo, De Lattre se esfuerza ya en vietnamizar el conflicto, exhortando a los autóctonos a defenderse por sí mismos (discurso de Vinh Yen del 19 de abril, en presencia del presidente del gobierno Tran Van Huu), se dirige a Francia, peregrina a Roma, luego a Washington (13-24 de septiembre de 1951) y a Londres (4-7 de octubre) para obtener créditos y armamentos (desde junio de 1950 hasta mayo de 1954 la contribución norteamericana alcanzará 2.600 millones de dólares y soportará el 40 por 100 de las cargas en 1952: 110.000 millones, más 90.000 en material). Pero tiene la desgracia de perder a su hijo, muerto en combate en junio; agotado, ingresa en una clínica el 1 de enero y fallece el 11 de enero de 1952.

Exitos tácticos del general Salan

El general Raoul Salan le sucede el 1 de abril de 1952, con Jean Lacouture como alto comisario (19 de abril). Hábil maniobrero, el general De Linarès ha logrado despegar de Hoa Binh, del 22 al 25 de febrero. Pero, a finales de julio de 1952, a los 260.000 franceses y auxiliares (175.000 del Cuerpo Expedicionario, más 30.000 vietnamitas, 5.000 camboyanos y laosianos y 50.000 complementarios), el Viet-minh opone 276.000 hombres (de ellos, 75.000 regulares —seis divisiones, más una de artillería pesada—, 35.000 regionales y 50.000 milicianos en el Tonkin, sobre un total de 108.000, más 53.000, más 115.000). Su impulso principal se hace sentir ahora en la provincia thai, en dirección a Laos. Desde el alto valle del río rojo, progresa hacia el río negro; Tulé (al este), perdido el 17 de octubre, Nghia Lo, sobre

el cual los puestos avanzados se han replegado los días 14-15 de octubre, tiene que ser evacuado, pero al Oeste del curso de agua, entre los puntos de apoyo de Laichau, al Norte, que resiste, y de Sam Neua, al Sur, los asaltos reiterados de 19 batallones viets vienen a estrellarse, del 30 de noviembre al 2 de diciembre, contra las defensas de Na San, establecidas por el coronel Gilles *sobre la orla de colinas* de una hondonada de cinco por dos quilómetros, dotada de un campo de aviación (ocupada por ocho batallones, más dos de paracaidistas). Aprovechando el respiro así obtenido, Salan concibe el proyecto (febrero de 1953), aprobado por el Pentágono (visitas del almirante Radford, a finales de octubre, y del general Clark, el 19 de marzo), de constituir en unidades móviles las dos terceras partes de las tropas francesas, relevándolas en sus tareas estáticas de protección por unidades vietnamitas. Pero, en la primavera de 1953, la embestida del Viet-minh contra Laos se acentúa, obligando a evacuar hacia la llanura de los Jarros los puestos de Sam Neua (12-20 de abril) y de Xien Khuan (perdido y reconquistado los días 17 y 18 de mayo), y amenazando por un momento Luang Prabang, donde el rey Sisavong Vong y su ministro Suvana Fuma se disponen a reclamar la ayuda de los occidentales.

En tal eventualidad, el secretario de Estado John Foster Dulles sería partidario de internacionalizar el conflicto, tras confirmar la independencia de los Estados asociados, en tanto que Georges Bidault se opone a ello. Los gabinetes-fantasma que se suceden en París, por otra parte, se agotan en inútiles tentativas para negociar. En 1951, François-Valentin ha esperado inútilmente a un emisario de Ho-Chi-minh. En enero de 1953, René Mayer no tiene más suerte con sus enviados, Jacques-Raphaël Leygues y el doctor Buu-Loc (presidente del Consejo después de Tam y pariente de Bao Dai, al que Antoine Pinay encargará un mensaje para Ho, en Rangun). En Saigón, un Congreso de 214 notables, presidido por Buu Loc, reclama la independencia, el 12 de octubre de 1953. En París, en el seno del gabinete, Georges Bidault, hostil a una conversación directa con el Viet-minh, se opone a René Pleven, Paul Reynaud, François Mitterand y a Marc Jaquet, dispuestos a dar luz verde a Pierre Cot y a Alain Savary (17 de marzo de 1953). A fin de facilitar la negociación con China, René Mayer llama al general Salan a París, el 8 de mayo de 1953. Tres días antes, el mariscal Juin, recién llegado de Indochina, ha puesto en guardia en su informe contra la táctica de los «erizos» y la inmovilización de 25 batallones, «cogidos en su propia trampa», y diseminados entre Lai-chau, Na-san, la llanura de los Jarros y Luang-Prabang.

Dien-Bien-Phu: medida de la impericia de los jefes

Como nuevo comandante en jefe, bajo el control del mariscal, el presidente del Consejo nombra al general Henri Navarre, que nunca ha puesto los pies en Indochina, en tanto que el general Cogny reemplaza al general De Linarès en el Tonkin. Apenas Navarre expone sus planes, el 24 de julio, ante el Comité de Defensa nacional, se produce una fuga, debida a Roger Worms (alias «Stephane»), de *France-Observateur*, íntimo amigo del matrimonio Edgar Faure. En la atmósfera de descolonización que prevalece generalmente en París, el representante del Viet-minh, Nguyen-Van-chi, gran amigo del profesor Rivet (el antropófago de Argel), se mueve como pez en

el agua. A fin de preparar el retorno de Pierre Mendès-France, paladín de aquella política, la familia Servan-Schreiber (Jean-Claude, gaullista; Jean-Jacques, de *Le Monde*, Bernadette Gradis —de la dinastía de Burdeos—, Brigitte Grosz —de los sacos Dofan—), descendientes de judíos prusianos introducidos en Francia en 1874 y naturalizados en 1894, lanza el 16 de mayo de 1953 *L'Express*, con el apoyo de la Banca Lazard, del grupo Schneider, de Lazare Rachline, llamado «Rachet» (de los colchones), de la L. I. C. A., asociada a Bleustein-Blanchet, y la colaboración de Françoise Giroud (Gourdji-Eliacheff), Jean Daniel (Bensaid), Ph. Grumbach, Leone Georges-Picot (Mme. Simon Nora-Aron), Evelyne Reyre (casada con el director del B. P. P. B.), François Mitterand, Jacques Soustelle, etc. (5). En el curso de una crisis ministerial de más de un mes de duración (entre la salida de René Mayer, derrocado sobre la C. E. D. el 21 de mayo de 1953, y la constitución del gabinete Joseph Laniel, el 28 de junio), Mendès-France ha probado suerte, pero sólo ha obtenido 52 votos M. R. P. sobre 89, y ha tenido que renunciar. Pero el asunto no ha hecho más que aplazarse. La Alta Finanza, que trabaja en minar en el mundo entero las últimas posiciones europeas, no está dispuesta a abandonar la partida. Cuando al cabo de seis días y trece vueltas de escrutinio, René Coty, superando a Laniel por una cabeza, es finalmente elegido presidente de la República, el 23 de diciembre de 1953 (por 477 votos contra 329 al socialista Naegelen), Pierre Mendès-France no tarda en volver a ocupar la presidencia del Consejo: el 19 de junio de 1954, es investido por 419 votos, entre ellos 99 sufragios comunistas.

En medio de aquella atmósfera metropolitana singularmente enrarecida, el general Navarre, con la firma del armisticio coreano en Pan Mon Jun el 27 de julio de 1953, tropieza sobre el terreno con unas dificultades a las cuales se añade la presión que China va a ejercer, en forma de envío de mandos (unos norcoreanos se encarga de organizar la 5.ª división del Vietminh), de «voluntarios» y de material pesado (cañones de 105, morteros de 120, piezas de D. C. A., bazookas, incluso «organillos de Stalin» en su asalto final a Dien-Bien-Fhu). Sin experiencia personal del país, ha incluido en el plan aprobado el 24 de julio de 1953 por el Comité de Defensa nacional lo esencial de las ideas de sus predecesores: evitar la batalla en 1953-54, a fin de disponer del apoyo de las tropas vietnamitas (330.000 hombres a finales de 1954), antes de reanudar la campaña en 1954-55. Para ello reclama 12 batallones de refuerzo (6), de los que sólo obtiene nueve, y —habiendo concedido los norteamericanos el 30 de septiembre 385 millones de dólares de créditos— un grupo de aviones de transporte C-47 y unos bombarderos B-26 (que no le entregan), a fin de conservar el delta del Tonkin, limpiar el Vietnam-Centro y contener al enemigo en el alto Laos (para lo cual no recibe ninguna consigna concreta: el compromiso de asistencia asumido por el gobierno el 22 de octubre debe ser mantenido en principio, aunque el 13 de noviembre se deja al general en libertad para «adaptar sus planes a los medios de que dispo-

(5) Una tentativa de aquel semanario para transformarse en cotidiano, celebrada el 13 de octubre de 1955 con una fastuosa recepción en presencia del embajador británico, sir Gladwyn Jebb (con vistas a las elecciones del 2 de enero de 1956), se salda con dos ampliaciones de capital (27 de marzo de 1956 y 15 de enero de 1957), y con un «bouillon» sensacional.

(6) A costa de debilitar la defensa del Africa del norte, el gobierno ha detraído de sus efectivos 11 batallones de infantería, tres regimientos blindados, cuatro grupos de artillería, dos batallones de zapadores y un grupo de Transmisiones, el 20 de marzo de 1951: aquellos refuerzos eran supuestamente «prestados» hasta el 1 de julio de 1952.

ne»). Pero, tras haber logrado lanzar una operación aerotransportada sobre Langson, evacuar sin tropiezos Na-san (12 de agosto) y desarticular (con ocho grupos, más dos blindados y dos anfibios) los preparativos de Giap, que intenta, con seis divisiones y dos regimientos, aislar Hanoi de Haiphong, del 20 de septiembre al 20 de octubre, Navarre descubre unas infiltraciones adversarias en el norte de Laos, donde una división del Viet-minh —y a no tardar otras cuatro, del 27 de noviembre al 5 de diciembre— vienen a reforzar a los 14 batallones rebeldes del país thaï.

En tanto que el general Cogny, comandante del sector, propone limitarse a cortar las comunicaciones de los viets, él decide abandonar Lai-Chau (5 de diciembre), aunque haciendo ocupar (20 de noviembre) la plancha giratoria de Dien-Bien-Phu, estratégicamente importante, desde luego, puesto que domina las comunicaciones hacia China, Birmania y Tailandia, pero militarmente difícil de defender: base aérea improvisada a 300 quilómetros del Delta, establecida en una hondonada mal reconocida, protegida únicamente por unas fortificaciones dispersas sobre una zona de 16 ×8 quilómetros, que no tiene de «campo atrincherado» más que el nombre (3 de diciembre), y de aceptar allí la batalla —contrariamente a su plan primitivo— con unos efectivos reducidos (seis batallones, a los que se unirán otros tres después de la evacuación de Lai-Chau, reforzados más tarde con tres más, siete baterías de artillería y un grupo de morteros), contra un enemigo superior en número (22 batallones —de 35.000 a 40.000 hombres— al principio, luego 27 y 30 a final de mes, servidos por 70.000 u 80.000 coolíes que cuidan 100 quilómetros de pistas), abundantemente provistos de piezas de D. C. A. y de cañones pesados, fácilmente enmascarados en la jungla. Resuelto a no replegarse, cuando aún es tiempo hasta el 20 de diciembre (porque confía en la aviación para abastecer la plaza a razón de 80 toneladas diarias), Navarre, en vez de montar una contraofensiva poderosa, sea desde el Delta, en febrero (con tres grupos, al menos), contra Phu Dvan y el eje de comunicaciones Yen Bay-Tuan Giao, sea desde Laos, el 2 de abril (con siete batallones, pero fallan los medios aéreos), donde los viets (en lugar de atacar el campo atrincherado en la noche del 25 al 26 de enero de 1954) habían lanzado su 308.ª división en una osada excursión contra Luang-Prabang, frenada por el coronel de Crèvecoeur en la primera quincena de febrero, Navarre, pues, se empeña en cargar su esfuerzo principal en la operación «Atlante» de limpieza del Veitnam-Centro (desencadenada el 20 de enero por 15 ó 20 batallones, con desembarco en Tuy-Hoa y progresión hacia Tourane). Así, cuando tiene lugar el primer asalto, en la noche del 13 al 14 de marzo de 1954, por 52.000 hombres (27 batallones, 20 piezas de 105, 18 de 75, 100 de D. C. A. de 12,7 y 16 de 37), los dos bastiones avanzados («Beatrice) y «Gabrielle»), establecidos sobre dos altozanos al nordeste del dispositivo, aplastados sus puestos de mando, quedan sumergidos sin contraataque eficaz; de este modo, la pista queda inutilizada desde el 28 de marzo. El general Cogny, artillero, ha confiado demasiado en la potencia de sus cañones (a los cuales escapan los blancos, en tanto que ellos mismos constituían uno de primer orden) (7) y en la debilidad del adversario en ese terreno (oficial de reserva de artillería, el presidente del Consejo Laniel, por el contrario, no compartía el optimismo

(7) Desesperado, el coronel Piroth, jefe de la artillería, se suicida; en toda la batalla un solo cañón vietminh será destruido.

de los miembros de la misión, Pleven, Chevigné, generales Ely y Blancau, al regreso de a estancia en Vietnam del 7 al 28 de febrero, sino las dudas del general d aviación Fay). Asimismo, Navarre ha confiado excesivamente en sus aviones; cuando aparte de la Aeronaval, la acción de los bombarderos (dos grupos de B-26) ha sido mal concertada y el general Dechaux, falto de pilotos y de aparatos utilizables (de 65 a 75), no ha podido superar el máximo de 140 toneladas lanzadas en paracaídas por día. Abandonado a sí mismo, a pesar del refuerzo de un batallón de paracaidistas lanzado los días 3-4 de abril, de un segundo los días 11-12 de abril y de un tercero el 2 de mayo, el coronel de caballería de Castries, que ha cometido el error de desplegar todas sus fuerzas (incluidos tres batallones de reserva) en primera línea, perjudicado por la deserción de un batallón thai el 18 de marzo y por la de un batallón argelino ante los ataques del 30 de marzo y 5 de abril, ha visto, a pesar de la valentía de los defensores, rodeadas sus posiciones el 1 de mayo y derrumbadas el 7 (aparte del P. A. «Isabelle»). El desdichado asunto de Dien-Bien-Phu ha costado 1.500 muertos, 3.000 heridos y 8.000 prisioneros, sobre un total, cuando se firme el armisticio el 20 de julio de 1954, de 92.000 muertos (de ellos, 19.000 metropolitanos, y una proporción inusitada de jóvenes oficiales), 114.000 heridos y 28.000 prisioneros (y tres billones de francos de gastos, de los que dos billones 385 mil millones estarán a cargo del presupuesto francés). En contrapartida, ha salvado provisionalmente a Laos y a Camboya de la invasión comunista, pero al producirse aquella capitulación, en vísperas del inicio en Ginebra de la discusión sobre Indochina, sin ser un desastre militar irreparable, ha asestado un golpe mortal al prestigio de Francia.

Inglaterra disuade a los Estados Unidos de intervenir, y Mendès-France «liquida» Indochina en Ginebra

Tal era el resultado de las falsas maniobras y de las tergiversaciones de los gabinetes de Frente Popular de París. Todos, en el fondo, estaban dispuestos a negociar; pero, ¿con quién? ¿Con Ho-Chi-minh? Los días 19 de octubre y 20 de noviembre de 1950, Pierre Mendès-France había pedido en la Asamblea que se buscara «un acuerdo con los que nos combaten». ¿Con Bao Dai? Joseph Laniel, cediendo a sus exigencias, había hecho aprobar por el Parlamento, el 28 de octubre de 1953, una promesa formal de independencia. A raíz de lo cual, Ho-Chi-minh, que hasta entonces había eludido todo contacto, entrevistado por un periodista sueco el 4 de diciembre de 1953, se había declarado favorable a una negociación, pero sus conversaciones con Alain Savary, el 31 de marzo de 1954, no habían dado ningún fruto positivo. ¿Continuar la guerra? Esto implicaba un aumento de la ayuda norteamericana, una internalización del conflicto que Bidault se negaba a admitir (6 de noviembre). Por fin, consciente de la debilidad de su aviación, el general Navarre, reticente al principio, se decidió reclamar aquella ayuda (4 de abril). Del 19 al 27 de marzo, el general Ely negoció en Washington: siempre tímido, Eisenhower le prometió el apoyo de los Estados Unidos, en el caso muy improbable de que los «Mig» chinos intervinieran directamente; mucho más decidido, el 24 de marzo, el almirante Radford estaría dispuesto a aportar la colaboración de 300 cazabombarderos de los portaaviones y de 60 B-29 (fortalezas volantes con base en Manila); más osado todavía, el vicepresidente Nixon hablará incluso, el 16 de abril, de «correr el riesgo

de enviar allí a nuestros soldados». El 29 de marzo, John Foster Dulles, secretario de Estado, declara en el «Overseas Press Club» que sería conveniente internacionalizar el conflicto, contra «la participación china en la agresión comunista». En el mismo sentido, el 3 de abril, una conferencia entre partidos pone como condiciones la independencia de los Estados indochinos, el mantenimiento de las tropas francesas, la formación de una coalición de los países del Sudeste asiático, con la colaboración de la Gran Bretaña. Esas condiciones son confirmadas a Joseph Laniel por el embajador Douglas Dillon los días 4 y 6 de abril.

Pero Inglaterra no va al paso. Los conservadores, arrastrados por lord Woolton y Winston Churchill (autor, en julio de 1949, de un folleto intitulado *El buen camino para la Gran Bretaña*), se han reagrupado desde 1948 (sus cotizantes, un millón en 1945, se han elevado a dos millones y medio en 1949); la devaluación inopinada de la libra esterlina (de cuatro dólares a menos de tres), decidida por sir Stafford Cripps a su regreso de Washington, el 18 de diciembre de 1949, provocando una participación excepcional (83,5 %) de los electores en el escrutinio del 23 de febrero de 1950, les ha permitido reconquistar, bajo el slogan «la igualdad en la miseria», un centenar de escaños, o sea, 296 contra 315 de los laboristas (que han perdido 85) y nueve (en vez de 25) de los liberales. Más aún, el equipo del Labour se ha desquiciado como consecuencia de la enfermedad mortal de Ernest Bevin y de sir Stafford Cripps (reemplazados por el ineficaz Herbert Morrison en el Foreign Office y Hugh Gaitskell en Hacienda) y de la dimisión de Bevan, y la Cámara de los Comunes, disuelta el 5 de octubre, se ha encontrado, tras la nueva consulta del 25 de octubre de 1951, compuesta de 321 «tories», seis liberales y 296 laboristas (en total, los comunistas sólo han reunido 20.000 votos). Rodeado de lord Woolton (presidente del Consejo privado), del marqués de Salisbury (Commonwealth), del mariscal Alexander (Defensa), de Harold Mac Millan (en la Vivienda), Winston Churchill ha vuelto a tomar las riendas del poder. Mientras que Churchill se dirige a los Estados Unidos para solicitar un aumento de la ayuda yanqui (30 de diciembre de 1951) y que Isabel II sucede a su padre Jorge VI, muerto el 6 de febrero de 1952, Richard Austen Butler, en Hacienda, sube el tipo de descuento, reduce en un 2,5 % la tasa del impuesto sobre la renta, reajusta provisionalmente la balanza de cuentas disminuyendo las importaciones, y restablece sobre el papel el equilibrio presupuestario alrededor de 4.500 millones de libras en 1954 (gracias a la ayuda norteamericana), desnacionaliza la industria metalúrgica y los transportes por carretera, y logra eliminar las últimas medidas de racionamiento (gasolina, carne y tocino) en junio de 1954. Pero, si bien el servicio militar había sido alargado por Attlee de dieciocho meses a dos años a raíz de la guerra de Corea, convenía, para conservar un precario equilibrio, frenar los gastos militares y de rearme, y en consecuencia restringir los compromisos en ultramar de un Reino Unido prácticamente limitado a la superficie de sus islas.

En la conferencia de las Bermudas (del 4 al 8 de diciembre de 1953), Bidault, que al principio ha intentado unir la cuestión de Indochina al armisticio de Corea (14 de julio), se ha adherido al criterio de una negociación desarrollada en Ginebra entre los Cinco Grandes, incluida China. Anthony Eden, que ocupa de nuevo el cargo de secretario del Foreign Office, se atiene a ello. Para empezar, pretende reducir la conferencia de los emba-

jadores del Sudeste asiático, convocada en Washington para el 20 de abril, en una simple reunión informativa, preparatoria de la conferencia de Ginebra, prevista para el 26. Deseosos de mantener un Estado-tapón, susceptible de cubrir a los Estados malayos y a Singapur, los británicos son partidarios para Indochina de una división tipo coreano. Por boca de su plenipotenciario Pham-Van-dong, el Vietminh reclama el 25 de mayo unas zonas de reagrupamiento «formando un solo territorio», entre ellas el Tonkin. Entrevistándose con el coronel de Brébisson, el ministro de Defensa Ta-Quang-Bun propone una línea de demarcación contigua a Hué (en tanto que los franceses desearían el paralelo 18 y la «puerta de Annam»); el 12, Fréderic Dupont traslada al Elíseo aquel ofrecimiento, que Bidault rechaza. Entonces, la gente de Ho-Chi-minh reivindica como límite el paralelo 13 y una división análoga de Laos y Camboya. El 10 de junio, la conferencia se encuentra en un punto muerto. Para inducir a Chu-En-lai a ceder sobre la evacuación y la neutralización de estos dos últimos países, es preciso que el general Bedell Smith, ex embajador norteamericano en Moscú, amenace con suspender la negociación sobre Corea (15 de junio), en tanto que, el 18, Pierre Mendès-France (recién investido como presidente del Consejo por 419 votos, 99 de ellos comunistas), se entrevista con el ministro chino en Berna. Entonces, Molotov impone el 20 de julio su arbitraje: la línea de demarcación seguirá el paralelo 17; Chu-En-lai y Pham-Van-dong consienten en un plazo de trescientos días para la evacuación de las tropas francesas, y de dos años para la celebración de elecciones. El acuerdo es firmado en la noche del 20 al 21 de julio de 1954, al margen de los Estados Unidos, que no reconocen a la China de Mao, y sin que el gobierno del católico Ngo-Dinh-diem de Saigón, que es el primer interesado, haya sido consultado (8). La Cámara francesa aprueba aquellos convenios al día siguiente, por 569 votos contra nueve.

Para defender Formosa, Washington coaliga a sus aliados del Pacífico

Apenas ha transcurrido un mes y medio cuando la embestida china vuelve a dirigirse contra Formosa y sus posiciones avanzadas. El 3 de septiembre, las islas Quemoy y Matsu, que dominan el acceso a los puertos de Amoy y de Fu-cheu, son bombardeadas por los rojos. A fin de poner un dique a las pretensiones maoístas, el presidente Quirino, de las Filipinas (donde, desde 1948, Luis Turno había organizado el *maquis* de los «Huks» contra el gobierno Roxas), había tomado la iniciativa de convocar en Baguio, del 26 al 30 de mayo de 1950, una conferencia que había sido interrumpida por la invasión de Corea. A continuación había concluido, el 30 de agosto de 1951, un tratado de defensa mutua con los Estados Unidos, y, siguiendo su ejemplo, Australia y Nueva Zelanda habían firmado un Pacto de Seguridad del Pacífico, el 1 de septiembre de 1951. Como réplica a la amenaza de Pekin contra Formosa, John Foster Dulles, secretario de Estado desde enero de 1953, extendió aquel sistema defensivo del Sudeste asiático a la Gran Bretaña, a Fran-

(8) No habiéndose obtenido la neutralización de los dos arzobispados de Phat Diem y de Bui-Chu (ni la frontera en el paralelo 18.º), casi un millón de refugiados refluyen hacia la zona sur (Cochinchina, con seis millones de habitantes, acogerá 700.000). El éxodo ha dado lugar en el litoral a escenas desgarradoras y a inútiles tentativas para subir a bordo de los barcos liberadores, en tanto que en el interior se producen horribles matanzas (como la de 10.000 católicos en Ba-Lang, a finales de diciembre). En cuanto a los prisioneros, 60.000 viets son intercambiados por sólo 12.000, ya que 20.000 no pueden ser encontrados, entre ellos 15.000 vietnamitas.

cia, a Tailandia (Siam) —representada ya por un contingente en Corea— y al Pakistán (que había participado ya en la conferencia de Baguio), constituyendo en Manila, el 8 de septiembre de 1954, la O. T. A. S. E., y firmando en diciembre un pacto de ayuda mutua con Chang-Kai-chek (subordinado a un acuerdo previo). Ante aquella resistencia, y la amenaza de intervención de la VII flota norteamericana, los chinos, que desembarcan el 18 de enero de 1955 en Yekiang, en las islas Taschen (más al norte), se verán obligados a renunciar a su empresa. No sin que protesten, en todo el mundo, los que se intitulan «liberales» (los senadores Lehman y Kennedy, Adlai Stevenson, Walter Lippmann, dispuestos a abandonar Quemoy y Matsu, Anthony Eden el 8 de marzo, y Pierre Mendès-France), mientras que por el contrario el *New-York Times* pone en guardia a la gente de Pekín, discutiendo «el derecho unilateral a intervenir en un país extranjero por motivos estratégicos», y recordando que los militares preconizaban en abril un bombardeo en masa de China, «destinado a destruir su potencial militar y poner freno a sus tendencias expansionistas» (25 de marzo).

En el Japón, desde la invasión de Corea del Sur, ha sido preciso volver sobre las cláusulas de desmilitarización incluidas en la constitución de 1946, creando el 8 de julio de 1950 una «policía suplementaria nacional» de 75.000 hombres, susceptible de relevar a las unidades norteamericanas de ocupación, detraídas para las necesidades de la guerra. Prestar confianza al partido «demócrata» de Ichiro Hatoyama, que ha derrotado en las elecciones a los «liberales» de Yoshida. Y, por iniciativa de Truman, el 14 de septiembre de 1950, entablar en San Francisco unas negociaciones, que desembocarán en la firma, el 8 de septiembre de 1951, de un tratado de paz, comportando la renuncia a la isla de Formosa, a los Pescadores, al sur de la isla de Sajalin, y a las Kuriles. Gromyko, que ha exigido la limitación a 195.000 hombres de aquella «policía» (transformada el 15 de octubre de 1952 en «cuerpo de seguridad nacional»), no se asocia por otra parte a aquel acto diplomático. Sin perder la cara, no es posible, en lo inmediato, rearmar al Japón hasta el punto de devolverle su papel de contrapeso natural de la potencia china. En cuanto a las otras potencias orientales, su tendencia «neutralista» entre los dos bloques antagonistas, se afirma cada vez más.

Al frente de los neutralistas, la India sin los ingleses

La India es su jefe de filas. En su lucha contra Inglaterra, los dirigentes extremistas del Congreso han sido de los primeros en prestar oídos a la propaganda antiimperialista de los soviets. Zinoviev les ha invitado a Bakú, en agosto de 1920, y a Irkutsk en diciembre de 1921; Radek se ha entrevistado en París con Chattopadyaya, que asiste al III Congreso de la U. R. S. S., lo mismo que Chandrah Bose al IV; invitado por el Profintern, el sindicalista Rabindranath Tagore viaja a Rusia en 1924; en 1926, Jawaharlal Nehru se traslada al Kremlin para el aniversario de la revolución de octubre. Roy, cuyo papel cerca de Lenin ya hemos estudiado, teje desde Moscú aquella trama con perseverencia, y participará en el congreso de Karachi. Unos cuerpos francos musulmanes se entrenan en la «Indian School» de Tashkent, en tanto que los intelectuales son atraídos por el Instituto de Estudios Orientales y la Universidad de los Trabajadores de Oriente (1921) y los líderes políticos se agrupan en la «Liga antiimperialista» y en la «Asociación de los Pueblos

Oprimidos», surgida de un congreso en Moscú en 1924. Uno de los más venenosos de aquellos agitadores, Krishna Menon (amigo íntimo de Annie Besant y de los círculos de Teósofos), es el portavoz del Congreso Indio en la conferencia anticolonialista de Bruselas, que reunió en 1927, bajo la presidencia del laborista Landbury, 175 delegados representando a 37 países. Es el momento en que, para alimentar las revueltas que se multiplican en la India, Tagore solicita armas a la U. R. S. S. El momento también en que el congreso de Karachi adopta, con una declaración de los Derechos fundamentales, a propuesta de Roy, el principio de la colectivización de las industrias. Habiendo hecho prevalecer Gandhi, después de una severa represión, el sistema de la resistencia pasiva, la concesión en 1935 de un estatuto que constituía un embrión de asamblea legislativa restringida provocó una distensión y contribuyó a tranquilizar los ánimos. Y la influencia japonesa no tardó en contrapesar la de Rusia cerca de los apóstoles de la independencia.

Dividida y desgarrada por luchas raciales sangrientas

En la conferencia celebrada en Nagasaki durante el verano de 1926, por iniciativa de los «Dragones negros» y de la «Asociación para la Gran Asia», en presencia de delegados llegados desde Corea hasta Afghanistan, Chandrah Bose había contribuido personalmente a poner en pie, en sustitución del «Frente asiático», la «Liga de los Pueblos asiáticos», lo que le valió a la India albergar, después del congreso de Calcuta de 1928, una «oficina de enlace internacional», y, a raíz de la segunda conferencia asiática japonesa de Dalny (Dairen), en febrero de 1934 (en presencia de Siam, pero en ausencia de Annam y de Malasia), una oficina de enlace más oficial todavía, establecida en Nueva Delhi. Estalló la guerra. Ante la amenaza nipona y las maniobras de Chandrah Bose en Berlín y Tokio, sir Stafford Cripps decide en marzo de 1942 negociar con el Congreso, pero, fracasados sus esfuerzos, la situación se envenena, entrañando la detención de Gandhi y de Nehru el 7 de agosto de 1942 y unas revueltas severamente reprimidas.

Terminadas las hostilidades, el gobernador, mariscal lord Wavell, habiendo reunido previamente en conferencia en Simla, el 25 de junio de 1945, a 25 caudillos (entre ellos 11 primeros ministros provinciales, Gandhi y sus lugartenientes del Congreso, Ali Jinnah y los suyos de la Liga musulmana), la misión Pethick-Lawrence y a sir Stafford Cripps, organiza unas elecciones para una Asamblea constituyente (marzo de 1946), en la cual, además de 90 representantes de los Estados, fueron llamados a ocupar un puesto, por una parte 202 miembros del Congreso sobre 210 diputados hindúes, y por otra 73 afiliados de la Liga sobre 78 musulmanes, que se negaron a participar en las tareas de aquella convención nacional, ya que exigían la creación de un Estado musulmán separado (en 1933, Choudary Rahmat Ali había reclamado en su libro *Now or Never* el nacimiento de aquel «Pakistán»). En aquella atmósfera tensa entre las nacionalidades, disturbios y matanzas, el 16 de agosto de 1946 en Calcuta, en Dacca (228 muertos) y en Bombay (232 muertos), acogieron el nombramiento del pandit Nehru como vicepresidente, bajo la autoridad del mariscal Wavell, y, el 1 de enero de 1947, una insurrección siguió a la proclamación de la independencia de la India, el 13 de diciembre de 1946. Lejos de apaciguar los ánimos, el plan de partición propuesto por el almirante lord Louis Mounbatten, escogido por el

Premier laborista Attlee para reemplazar a lord Wawell, plan aprobado por el Parlamento de Su Majestad el 18 de julio, entrado en vigor con la independencia el 14 de agosto, entrañó el «desplazamiento» de 10 millones de personas, la anexión al Pakistán (porque el Nizam era musulmán) del Estado de Haiderabad, poblado en sus tres cuartas partes por hindúes, e inversamente, a la India, de Cachemira, de mayoría musulmana, la partición del Punjab (Lahora al Pakistán, con una zona que englobaba a 1.600.000 sikhs; Amritsar a la India), con el correspondiente éxodo de 4.300.000 musulmanes y de otros tantos hindúes, encuentros sangrientos entre refugiados, matanzas que causaron un millón de víctimas... para terminar con el asesinato del mahatma Gandhi, el 30 de enero de 1948. Más tarde, Ceilán recibió el estatuto de Dominio (10 de diciembre de 1947). Anticipándose a esas medidas, el «Indian Council of World Affairs», emanación del «Congreso Hindú», había convocado en Nueva Delhi (del 23 de marzo al 2 de abril de 1947) una conferencia asiática sobre la descolonización y el subdesarrollo económico, a la cual asistieron unos delegados soviéticos. De ella salió, bajo la presidencia del Pandit Nehru, una «Asociación de las Relaciones Asiáticas», y, habiendo lanzado Malasia e Indonesia la idea de un «bloque neutralista», la constitución —a raíz de una segunda conferencia, celebrada igualmente en Nueva Delhi, del 20 al 23 de enero de 1949 (esta vez en ausencia de los rusos, pero en presencia de los australianos y de los neozelandeses), para facilitar el acceso de Indonesia a la independencia— de un «grupo asiático» en la O. N. U., que se aproximó al grupo árabe, antes de que se le unieran Siam y las Filipinas en 1952, y luego los estados independientes de Africa, Etiopía y Liberia, en 1953.

Aunque Krishna Mennon, siempre en punta, propusiera sin éxito la admisión de la China comunista en la O. N. U. en 1950 (propuesta rechazada por 33 votos contra 16 y 16 abstenciones), y que la India e Indonesia se abstuvieran en determinados escrutinios, aquel grupo, que se pronunció a favor de elecciones generales en las dos zonas de Corea, se asoció en conjunto a la acción contra la invasión de Corea del Sur por la del Norte, aceptando incluso, en octubre, la ocupación del Norte (decidida por 47 votos contra cinco y siete abstenciones), para dar marcha atrás, con la India, unos días más tarde (32 contra 24 y siete abstenciones), para adherirse a la resolución Acheson (aprobada por 50 contra cinco y tres abstenciones), antes de pronunciarse (con el voto de la India y de 13 delegaciones asiáticas) a favor del nombramiento de una comisión de los tres para la conclusión de un alto el fuego (aprobado por 51 votos contra cinco el 13 de diciembre de 1950). Cuando, después del armisticio, se planteó la cuestión de la repatriación de prisioneros en la sesión de 1953, se observó la misma inestabilidad en las actitudes, hasta el punto de que la India, que había obtenido la aprobación casi unánime (por 51 votos contra cinco) de un texto muy semejante al propuesto por los Estados Unidos, dio media vuelta para asociarse con Birmania y el Pakistán a otra de la U. R. S. S. Aquellas acrobacias de Krishna Mennon tuvieron como consecuencia el apartar a la India de la Conferencia de Ginebra (en la cual, admitida al principio por sólo 27 votos contra 21, será finalmente rechazada en 1954 por 40 contra cuatro y 10 abstenciones). Aquel fracaso, y el sofión encajado en aquella misma sesión, sobre la admisión de Corea del Norte (apoyada también por Birmania e Indonesia), no desaniman a Nehru (que ha concluido con Chu-En-lai una primera entente sobre el Tibet en abril de 1954 y otra sobre las relaciones chino-hindúes en

junio), en sus esfuerzos comunes con sus colegas U Nu, birmano, y Sastroamidjojo, indonesio, para convocar en Bandoeng una conferencia asiática, que será resonante réplica a los acuerdos de Manila y a la constitución de la O. T. A. S. E.

Los rojos se disputan Birmania entre ellos

De los estados de aquella zona, liberados al final de la II Guerra Mundial, Birmania es en efecto la más adicta a la influencia comunista. Apoyado por una asamblea ampliamente representativa (establecida en 1937, en aplicación de las reformas prometidas en 1923), el primer ministro Ba Maw, que ha permanecido en funciones bajo la ocupación japonesa, había proclamado en agosto de 1943 la independencia del país que, tras la marcha de los nipones en abril de 1945, los ingleses confirmaron el 4 de enero de 1948 (al mismo tiempo que dotaban en febrero a la Federación Malaya —en la que tropezaron con una fuerte oposición malaya y china, y con unas guerrillas en junio de 1948— de una asamblea legislativa restringida). Pero, en el intervalo, a principios de 1946, habiendo derrocado Aung Son a Ba Maw, se disputó con otros grupos marxistas competidores (Thakin Nu, trotskistas, etcétera) el favor de Stalin y el apoyo decisivo del Kremlin. El celo prosoviético del afortunado vencedor de aquella carrera por el poder, U Nu, se manifestó en sus esfuerzos por desembarazarse de unos 20.000 nacionalistas chinos refugiados en el norte del país, que de hecho controlaban, en espera de que se resolvieran las quejas formuladas contra ellos en la O. N. U. en 1953 y 1954.

Expulsados los holandeses, Indonesia vacila entre el Islam y el marxismo

En Indonesia, desde luego, la influencia comunista era grande. Pero el jefe del partido desde 1922, el viejo agitador Tom Malaka, perseguido por la policía holandesa en 1926, y comprometido en unas huelgas insurreccionales trotskistas en 1926-27, habiendo chocado con Stalin a propósito de Chang-Kai-chek en el VI Congreso de 1928, se había refugiado en el Japón, donde participó en el congreso de Tokio en noviembre de 1943. En 1939 había colaborado con el movimiento nacionalista musulmán «Sarekhat Islam», fundado en 1917, reorganizado en 1927 por el ingeniero Soekarno, con el slogan: «Un Estado, una Nación, un Idioma», y transformado su partido en organización paralela, «Red Sarekhat Islam». Rechazando las consignas insurreccionales dadas por el P. K. comunista en noviembre de 1946, estimuló la creación de un Frente común entre Ahmed Soekarno, jefe del «Partindo» o «Poetera» (autorizado por los japoneses en marzo de 1943, después de la capitulación holandesa del 9 de marzo de 1942, llamado en junio a participar en el gobierno y en septiembre en el Consejo General consultivo), y Mohamed Hatta, jefe del «Perhimpoenan». Después de la evacuación por los nipones en mayo de 1945, aquellos dos líderes, a raíz de una conferencia en Saigón, proclaman del 14 al 17 de agosto la independencia del país, en tanto que, desembarcadas el 29 de septiembre y el 25 de octubre, en Tandjonk Prior (cerca de Batavia), y en Java, dos divisiones anglo-indias libran a partir del 10 de noviembre quince días de combates para penetrar en Surabaya, y que, en la ocurrencia, la mitad de Bandoeng es presa de las llamas. Bajo la

presión norteamericana y laborista británica, los holandeses, a pesar de que han enviado 150.000 hombres a Indonesia en abril, tienen que consentir en una tregua (14 de octubre de 1946) y luego en un acuerdo en Lingyudjati, el 15 de noviembre, y renunciar a reinstalarse por la fuerza. Negocian; Hubertus van Monk discute en La Haya el 25 de marzo de 1947 con el socialista moderado Soltan Sajahrin un estatuto federal. El 27 de mayo de 1947 es concluido un acuerdo. A pesar del envío de un ultimátum el 27 de mayo de 1947, concluyen por mediación del norteamericano Graham, el 17 de enero de 1948, un acuerdo. Tras lo cual, un criptocomunista, Sjarifuddin, sucede en el gobierno a Mohamed Hatta (que ha reprimido con tal rigor un levantamiento rojo en el este de Java, el 15 de septiembre, que millares de rebeldes quedan sobre el terreno, y que Dipat Aidit no podrá reconstituir el P. C. hasta 1960). A pesar de una veleidad de intervención neerlandesa, con detención de Soekarno, del 29 de diciembre de 1948 al 21 de enero de 1949, la independencia ha sido definitivamente reconocida el 27 de diciembre de 1949 (aparte de Nueva Guinea, que no será abandonada hasta 1962). Musulmanes, los dirigentes indonesios impulsan al acercamiento con la «Liga Arabe», incitan a los 13 miembros del grupo asiático a tomar parte en la Conferencia de El Cairo en enero de 1952. Deseosos de hacer prevalecer en las relaciones entre los Estados los cinco principios del «Pantjasila» (integridad y soberanía de los estados; no agresión; no injerencia en los asuntos internos; igualdad en la cooperación; coexistencia pacífica), buscan un éxito de prestigio, que les permita afirmar su autoridad.

Los cimientos del Tercer Mundo: Bandoeng

Es lo que impulsa al doctor Sastroamidjojo a asumir la iniciativa de un primer encuentro en Colombo (Ceilán), el 28 de abril de 1954, y de un segundo en Bogor (cerca de Yakarta), a finales de diciembre de 1954, con sus colegas Nehru de la India, Mohamed Ali del Pakistán, sir John Kotelawara de Ceilán y U Nu de Birmania, a fin de elaborar la lista de las potencias afroasiáticas independientes a invitar a Bandoeng. Entre los 30 elegidos no figuran, ni la Unión Sudafricana (culpable de discriminación racial), ni Australia, ni Nueva Zelanda (excluidas por los indonesios), ni Israel (puesto en el índice por los árabes), ni las dos Coreas, ni la Mongolia exterior. La Federación del Africa Central, gobernada por unos blancos, declinará la invitación, por aislada que se encuentre en medio de la gente de color. Ninguna objeción ha sido presentada contra el Japón (con el cual, por otra parte, han colaborado Sastroamidjojo y U Nu). Este último ha impuesto la presencia de China. Aunque, muerto Stalin, Krutchev se ha dirigido a Pekín en octubre de 1954, nadie ha prpouesto abrir la puerta a la U. R. S. S., que replicará reuniendo en Nueva Delhi, seis días antes de la conferencia de Bandoeng, a los representantes de 18 países para discutir acerca de la distensión internacional, y que cosechará de la reunión una ventaja indirecta, en forma de una recomendación a sus miembros para que se abstengan de participar «en unos acuerdos colectivos de defensa, destinados a servir los intereses de las grandes potencias» (artículo 6, párrafo G: en aquel caso concreto la O. T. A. S. E., de la que forman parte Pakistán, Siam y Filipinas). En cambio, Ho-Chi-minh por el Vietminh y N'Krumah por Ghana (no reconocida aún), son admitidos a enviar unos «observadores». En Inglaterra, Eden ha decidido sucesivamente estimular a sus amigos a asis-

tir a la conferencia (19 de enero), y, más tarde, no disuadirles (febrero), y ha intervenido cerca de Foster Dulles para que los Estados Unidos adopten la misma actitud con respecto a los suyos. Como resultado, la atmósfera de la conferencia lo será todo menos favorable al comunismo.

Ante los 2.000 delegados presentes el 18 de abril de 1955, en el club «Concordia», rebautizado con el nombre de Palacio de la Independencia, a pesar de los micrófonos deficientes, Soekarno, Sastroamidjojo y Norodom Sihanuk de Camboya pronuncian uno tras otro interminables discursos sobre los «Cinco Principios». Sir John Kotelawala denuncia a «los dos bandos hostiles que traicionan la paz». Gamal Abdel Nasser se labra un éxito al condenar los experimentos nucleares, contra los cuales se sublevan todos los ribereños del Pacífico, la discriminación racial en Africa del Sur y el colonialismo en general, incluido el de Israel en Palestina, ataque que Mohamed Fadhel Jamali de Irak desarrolla con más violencia todavía. Mientras que los japoneses inician interesantes conversaciones comerciales, el hábil y cultivado Chu-En-lai (hijo de un mandarín del Kiangsu, 1898, estudiante en el Japón, en Francia, en Inglaterra, en Alemania y en Moscú en 1923, antes de unirse en 1924 a Mao, que en 1949 le ha convertido en su ministro de Asuntos Exteriores), introducido por Nehru (bastante decepcionado por no ser la «vedette» de la conferencia), sabiendo que sólo siete de las 28 potencias presentes han reconocido a China, se deshace en apaciguamiento hacia todo el mundo (en su declaración escrita del 19), obtiene para los dos millones de chinos de Indonesia un plazo de opción de dos años, declara que «el pueblo chino no desea una guerra con los Estados Unidos» (cosa que no resulta difícil de creer) y se muestra dispuesto a negociar con ellos la devolución de Formosa a China (¡sería tan sencillo!), pero no dice ni una sola palabra sobre la U. R. S. S., lo que deja presagiar una próxima ruptura entre los dos mastodontes del marxismo. Consternados, Nehru y Krishna Mennon asisten a un desencadenamiento casi general contra el imperialismo soviético. «Hoy —dice el apasionado delegado del Irak—, los Soviets han sojuzgado a unas razas en Asia y en la Europa oriental, en una escala mucho más amplia que cualquier potencia colonial». A aquella condena del comunismo, «religión subversiva», se asocian los delegados de Turquía, del Irán, de Siam, de Filipinas y de Ceilán. Este último insiste el 21, reclamando la abolición total de un nuevo tipo de colonialismo, el que practica la Unión Soviética en la Europa oriental. Rindamos homenaje de pasada a aquellos orientales que, antes de separarse el 24 de abril de 1955, tuvieron el coraje de alzarse a la vez contra la esclavización de la mitad de Europa por el comunismo, y contra la invasión de Palestina por Israel. ¡Qué contraste con la falta de energía de los Occidentales y la connivencia de los Estados Unidos en aquellos crímenes contra la civilización!

* * *

Desaparecido Stalin, los judíos respiran

Después de la muerte de Stalin, en efecto, cierta distensión es de buen tono en las relaciones entre el Este y el Oeste.

De las circunstancias de la desaparición del zar rojo —oficialmente anunciada el 5 de marzo de 1953, aunque sobrevenida en la noche del 28 de

febrero al 1 de marzo— existen tres versiones, que sólo difieren en algunas variantes de detalle (la de Krutchev, la de Ilya Ehremburg a Sartre y la de Ponomarenko, embajador en Varsovia, a Michel Gordey, de *France-Soir* en 1957). Sintiéndose amenazados de caer en desgracia (después de que el XIX Congreso —5-14 de octubre de 1952— ha decidido la fusión del Politburó y del Orgburó en un solo Presidium de 25 miembros), y tal vez advertidos de las intenciones de Stalin (cuyo confidente, el medio judío Menjlis, mezclado a las purgas anteriores, desaparecido el 13 de febrero de 1953, ha podido ser obligado a «hablar»), los cuatro veteranos de la «Vieja Guardia», el mariscal Vorochilov (nombrado en 1925), Molotov (designado en la misma fecha, reemplazado en los Asuntos Exteriores por Andrei Vichinsky desde marzo de 1949), cuya esposa, judía, acaba de ser deportada a Siberia, y sus amigos S. Lozovski, D. Manuolski, diplomáticos, y N. Polgornov (de la agencia Tass), detenidos a finales de enero-primeros de febrero de 1953, Lazare Kaganovitch (advenedizo a la vez en el Politburó y en el Secretariado, desde que su hermana la doctora Rosa se ha convertido en 1933 en la tercera esposa de Stalin —las dos primeras, Katy Schwanitze y Nededja Aleluieva, eran igualmente judías— y que ha situado a su tribu en los más altos puestos de la administración), numerosos protegidos del cual han tomado, con varios millares de funcionarios judíos, el camino del exilio, y Anastase Mikoyan (entrado en el Politburó en 1935), ruso armenio, especialista en cuestiones comerciales, algunos de cuyos colaboradores, judíos de Kiev, han sido juzgados por una Corte Marcial que ha hecho fusilar a tres, se han acercado a sus colegas más jóvenes del Politburó, tal vez destinados a la misma carreta. Tres de éstos, sin embargo, son «polluelos» de Stalin, reclutados cuidadosamente por su secretario particular (desde 1922), Alexandre N. Poskrebychev, que les ha reunido bajo una dirección común, lo mismo que a Lazare Kaganovitch, Nicolas Chvernik, Andrei Andreiev y Piotr Pospelov (redactor de los «Principios del Lininismo») por cuenta del georgiano), en el «Speziale Sektor», armazón secreta del régimen. Son Georges Malenkov, hijo de un general cosaco, depurador en el Turkestán, llevado por Poskrebychev a Moscú en 1922, ingeniero mecánico en 1924, admitido en el Politburó en 1946 y ascendido al rango de primer secretario; Nicolas Bulganin (9), entrado en el Politburó en 1949; Nikita Salomon Krutchev (10),

(9) Bulganin, ligado a Kaganovitch en la Cheka de Nijni-Novgorod (Gorki) en 1919, luego a Malenkov, con el que se unió en el Turkestán; sucesivamente encargado de los servicios económicos militares, del control del gobierno polaco en Lublin, mariscal en 1947; hostil a los judíos, acaba de eliminar de la dirección política del ejército a Leon Meklis, al que Kaganovitch y Malenkov han colocado en el Control del Estado.

(10) Nacido en 1894, para algunos llamándose realmente Pearlmutter, y cuñado de Malenkov, hijo (¿adoptivo?) de un herrero de Kalinowska, que estableció un taller en Kursk; «gallo de pueblo» en su juventud, que prefería el merodeo a la escuela, castigado por un guarda del príncipe Kozlovski, por haber pescado en un estanque de su propiedad, convertido a sus ideas por dos primos socialistas-revolucionarios que le recogieron en Kharkov (el tío abuelo de estos últimos, nihilista, había sido deportado a Siberia después del asesinato del príncipe Kropotkin, gobernador general de Ucrania). Tornero en la fábrica Helferich-Sade, perseguido por haber tomado la palabra en ocasión del asesinato de Stolypin (1 de septiembre de 1911), se refugió en la aldea de Karan, y luego en Mariopol, en casa del zapatero judío Yankelievitch, cuyas velas encendía los sábados; resultó herido en una pelea en defensa de los judíos. Empleado en un depósito de locomotoras de Iasinovatnia, en el Donetz, y luego en Lugansk en septiembre de 1914, escapó a la movilización. Arrastrado por la revolución en 1917, regresa a Kharkov, se erige en repartidor de tierras en Kalinowska y vuelve a Lugansk, donde el ex sargento Clement Vorochilov, ardiente extremista, presidente del Soviet local, mantiene muy buenas relaciones con su prima (diciembre de 1917). Con los guardias rojos que ha reclutado contra los cosacos del Don

miembro del Palitburó desde 1939, nombrado para el Secretariado en diciembre de 1949, amigo de los mariscales Koniev y Jukov, de los cuales ha sido el comisario político, pero criticado por su experimento de las «agrovillas», y sobre todo Laurenti Beria, georgiano, medio judío por su madre (11), que, después de haber impulsado a Stalin a la guerra de Corea, ha visto relegar su retrato de la cuarta a la sexta posición en el aniversario de octubre, y delegar sus funciones exclusivamente al ministerio del Interior, en la

---

del atamán Kaledin, es herido por los Junkers en Tangarov y se hace rechazar con los 30.000 hombres de Vorochilov, delante de Kharkov, por los 100.000 alemanes del mariscal von Eichhorn, sucesor de Mackensen. Refugiado en Bielgorod, se adhiere al partido bolchevique (abril de 1918) a los veinticuatro años, y presenta al comisario de Agricultura Kaligaiev un informe sobre la reforma agraria en Kursk, antes de ser nombrado para la Comisión extraordinaria, Cheka local, y luego como juez de excepción en Kharkov. Sólo haciéndose el muerto escapa a la derrota infligida a los rojos por las fuerzas del general Denikin. Regresando a la ciudad como comisario político con el coronel Ivan Serov en enero de 1920, participa en las salvajes ejecuciones llevadas a cabo por este último, pero se inscribe en la «Rablak» (donde se casa con la agrónoma Surkova). Llamado a reemplazar a Rakowski, nombrado embajador en Londres, como secretario del partido ucraniano, Lazare Kaganovitch lo toma bajo su protección como responsable de la propaganda, y le lleva con él a Moscú cuando es reemplazado por Skrypnik y su equipo, Postychev, Lebed y Kosior, y promovido a tercer secretario. Mientras sigue los cursos de la Academia industrial de la capital, a partir de enero de 1930, se convierte en el protegido de Rosa Kaganovitch (como Malenkov lo ha sido de la segunda esposa de Stalin, Nadedja Aleluieva, que se suicidó). De secretario de comité de distrito, es promovido a finales de diciembre de 1934 a segundo secretario para la ciudad y, puesto de manifiesto su celo en las purgas consecutivas al asesinato de Kirov, a secretario-adjunto de Kaganovitch para la región de Moscú en 1935, y a miembro del Poliburó en 1939. Las grandes purgas, desde el verano de 1936 hasta finales de 1938, le acercaron a Bulganin, constructor del Metro y presidente del Soviet de Moscú, cuya esposa, Nadia, doctora, es amiga de Rosa Kaganovitch. Stalin le ha enviado en misión especial de depurador, con el coronel Serov, primero al Cáucaso, donde Chevoldaiev, que se ha comportado como un sátrapa, parece mantener contacto, por medio de su secretario Utkin, con un trotskista deportado a Siberia, y luego, en diciembre de 1937, a Ucrania, como secretario del partido (cargo que Kaganovitch ha rechazado). Allí, tras el asesinado de Kirov, Apolinar Balitski y 100 de sus chequistas han sido detenidos en 1936, por haber provocado el suicidio de Nicolas Skrypnik (ucraniano, antisemita, caído en desgracia) y la ejecución de tres de sus amigos el 2 de diciembre de 1934. Actuando al estilo oriental, Krutschev no tarda en deshacerse del Comité Central: convoca a los 120 miembros y los detiene (a excepción del presidente Liubtchenko, que, olfateando el peligro, ha regresado a su casa para suicidarse con su esposa, 1938). A pesar de un informe de Beria, que no le escatima las críticas (no tardará en cobrárselas), Krutschev conserva su posición. Llega la guerra. Primero comandante, con el coronel Sierdiuk, de los Francotiradores del bosque de Briansk, luego comisario político de Timochenko durante la desdichada ofensiva contra Kharkov, Krutschev, miembro del Comité de Defensa de Moscú en septiembre de 1942, tiene ocasión de volver a encontrarse con Malenkov en Stalingrado y de prestar servicio al mariscal Jukov (criticado por Rokossovski) y al mariscal Koniev (al que sigue, como comisario político, desde el ejército de las estepas en Voronej hasta el 1[er] frente de Ucrania). Apenas liberada Kiev, Krutschev se encarga con Beria de castigar a los ucranianos que se han repartido las tierras de los kholkozes, finalmente disueltos en 1943. Balance: tres millones de fusilados y deportados. A los demás, los reagrupa en brigadas militarizadas en unas «agrovillas» a lo Trotsky. El fracaso es resonante. Pero se le imputa a Andreiev, en tanto que Krutschev es nombrado segundo secretario del Comité Central... ¡encargado de la Agricultura!

(11) Laurenti Beria, nacido en 1899, criado en Sukum, depurador de los estudiantes de Bakú en 1921, jefe adjunto de la Cheka de Azerbaidjan, y luego de la Federación Caucasiana, después de la represión de Georgia, que causó de 15.000 a 20.000 víctimas en 1922, llamado un momento por Mikoyan a Moscú después de 1930, antes de volver al Cáucaso en 1932 como secretario general del P. C., miembro del Comité Central en 1934, sucesor y ejecutor de Iegov, jefe del N. K. V. D. en diciembre de 1938, miembro del Consejo de Defensa durante la guerra, fue nombrado mariscal el 10 de junio de 1945. Ministro del Interior, fue encargado de controlar en marzo de 1946, con Kaganovich, la Comisión de Investigaciones atómicas de la U. R. S. S.

primavera de 1952, por el nombramiento del general Serge Kruglov (de los campos de trabajo) para la dirección de la Seguridad militar (G. R. U.), el del general Ivan Serov para la del espionaje y el del general Semione Ignatiev para la dirección de la Seguridad (M. G. B.). Además, la vuelta al primer plano de dos de sus adversarios, a los que él había descartado en 1944, Michel Suslov, redactor jefe de *Pravda*, doctrinario y jefe de los «apparitchniki», reingresado en el Orgburó y nombrado tercer secretario del Comité Central, y P. Ponomarenko (ex jefe de Estado Mayor de los partisanos), nombrado quinto secretario, no contribuye precisamente a tranquilizarle.

Amenazados de desgracia, los epígonos reaccionan

Los conjurados han logrado aislar a Stalin, raptar a su confidente el medio judío Menjlis, hacer desaparecer al general Piotr Kosinkin, comandante del Kremlin, muerto repentinamente (*Pravda* del 15 de febrero), detener a los generales Artemiov, gobernador de Moscú, y Sinilov, comandante de la Guardia (al que han reemplazado por el general Serov, del M. V. D., amigo de Krutschev), apoderarse del general Poskrebychev, secretario y hombre de confianza del Amo, a su llegada al palacio, alertar a las dos divisiones de intervención de Beria y asegurarse la colaboración del mariscal Jukov y del general Moskalenko, comandante de la región de Moscú (amigo de Bulganin). La trampa está perfectamente tendida, pues, cuando Stalin, procedente de su datcha (el ex dominio del príncipe de Orlov), llega al Kremlin la noche del 28 de febrero, para presidir una reunión del Presidium, dedicada al examen de la situación agrícola. La discusión no tarda en desviarse, y el dictador amenaza con deportar en masa a los judíos al Birobidjan (la República autónoma contigua a Manchuria, que les ha sido atribuida y en la que han sido preparados unos barracones para recibirles después de un censo efectuado a finales de 1952). Vorochilov se expresa con vehemencia contra aquella intención, arroja su carnet del partido sobre la mesa, y Lazare Kaganovitch reacciona reclamando que se revise el proceso de los médicos y que se juzgue a Riumin, adjunto al M. V. D., que ha dirigido la encuesta. Encolerizado, Stalin se dirige hacia el teléfono para llamar a Poskrebychev y a la Guardia: Molotov le advierte que los hilos están cortados, y Mikoyan que Jukov y el ejército ya no le obedecen. Víctima de una congestión y de una hemorragia cerebral, el zar rojo se desploma (las inyecciones que le ha aplicado su médico judío Kuprin —el mismo que procederá a su autopsia, una vez trasladado el cadáver a su datcha— le han predispuesto quizá a aquel tipo de ataque) (*Il Tempo*). Ante el cuerpo inanimado del déspota, Laurenti Beria se desahoga de su miedo con una danza desenfrenada. Aquella noche, como por azar, en el Gran Teatro de Moscú se representaba «Boris Gudonov».

Desde 1948, sobre todo, los rencores acumulados contra los judíos, autores de la Revolución, que habían confiscado en provecho suyo, y verdugos del pueblo ruso, se traducían en un antisemitismo, sino contraído en la lucha contra la Alemania hitleriana, al menos cada vez más consciente. En tanto que la U. R. S. S. había sido la primera, con los Estados Unidos, en reconocer al Estado de Israel, las pretenciones de la embajadora Golda Meier (¡ya!) de reagrupar las comunidades judías de Rusia, con más de tres millones de

seres, a fin de facilitar su emigración (principios de 1948), provocaron como réplica la disolución del «Comité judío antifascista» a finales de año, el asesinato del activista judío Mikaels y la inclusión de la mención «Evrei» en los pasaportes judíos en 1949. Más tarde, la explosión de una bomba en la legación rusa en Tel Aviv, el 9 de febrero de 1953, entrañará el 12 de febrero la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos países. En las altas esferas del régimen, además de Stalin, su heredero oficial Andrei Jdanov, ideólogo de tendencias nacionalistas, y Nicolas Chvernik, ex dirigente de los sindicatos (sustituto de Andreiev en el Comité Central desde 1926 hasta 1927), sucesos de Kalinin en la presidencia en 1946, les manifestaban poca indulgencia. Por iniciativa de su jefe de Estado Mayor, el general S. M. Chtemenko, el ejército llevaba de un modo creciente sus objetivos, más allá de la Sublime Puerta y de los Dardanelos, hacia el Cercano Oriente y Suez (estrategia que la terminación en 1952 del canal Don-Volga, navegable para los submarinos y destructores de hasta 12.000 toneladas, y la creación del lago artificial de Zimlyansk, permitiendo proteger a Stalingrado por medio de una inundación, hacían posible). Nicolas Bulganin indujo al mariscal A. Vasilievski a servir a aquella política, aliándose con el mariscal Ivan Koniev, el mariscal Govorov (de la policía militar) y el almirante Kuznetsov (desde enero de 1951). La diplomacia, al frente de la cual Andrei Vychinski reemplazó a Molotov en marzo de 1949, seguía el movimiento: la actividad de Daniel Solod, ministro en El Cairo, se ejercerá a favor del coronel Nasser y de la revolución que expulsará al rey Faruk el 23 de julio de 1952, y eliminará al general Naguib a finales de 1954; apoyado por Moscú, el partido «Tudeh» fomentará revueltas en Teherán en 1952-53, en tanto que en Siria, el golpe de Estado de Damasco será estimulado por el Kremlin: acciones todas ellas susceptibles de envenenar el conflicto árabe-israelí y de amenazar los suministros de petróleo a Occidente. La detención del norteamericano Noel H. Field, mezclado ya a los complots judeo-masónicos de Praga, Varsovia y Budapest después de 1945, *habían atraído* las sospechas sobre Beria, y Stalin reaccionó contra él con las medidas mencionadas anteriormente y multiplicando las purgas hasta el punto de que sólo quedan en funciones 26 de los 139 miembros titulares del Comité Central designados en marzo de 1939, y de que el 70 % de los secretarios son depurados en las regiones bálticas y musulmanas, y el 4 % en Ucrania y en Rusia.

Así están las cosas cuando se reúne, del 5 al 14 de octubre de 1952, el XIX Congreso del partido (que ha aumentado de dos millones y medio de afiliados a seis millones; de 1.192 delegados, una tercera parte son burócratas, y otra tercera parte técnicos). Tres días antes de la apertura, Stalin, sin esperar el informe de Malenkov, ha publicado un folleto, *Los problemas económicos del socialismo en la U. R. S. S.*, en el cual ha denunciado a «las fuerzas subterráneas que, incluso cuando desarrollan su acción de modo invisible, no por ello dejan de determinar el curso de los acontecimientos», y la amenaza de rearme de Alemania, preludio de un nuevo conflicto. En la Asamblea, proclamará que «Occidente no detenta ya el monopolio de la bomba atómica». (En efecto, si bien la primera bomba termonuclear, anunciada por Truman el 31 de enero de 1950, ha estallado en Eniwetok el 1 de noviembre de 1952, los rusos poseerán la suya el 8 de octubre de 1957). En tanto que en el Congreso, Malenkov (y sus técnicos) y Krutchev (y sus elementos del aparato agrícola) se enfrentan en medio de la confusión, en espera de verse atribuir el control de los cuadros, el pri-

mero del Estado, el segundo del Partido, Politburó y Orgburó son refundidos en un Presidium de 25 titulares y cuatro suplentes (solamente nueve de ellos veteranos de 1925), y el número de los secretarios del Comité Central es aumentado de seis a 10. Entre estos últimos, nueve figuran a la vez en los dos organismos; tres de ellos salidos de la «Joven Guardia» de Jdanov, protegidos de Bulganin: A. Aristov, responsable del Komsomol (17 millones de jóvenes) y de los sindicatos (30 millones de trabajadores); su adjunto en el Komsomol N. Mikhailov (cuarenta y seis años) y Leonid Brejnev, un ucraniano de cuarenta y seis años también, ingeniero metalúrgico (un cuarto, Nicolas B. Inatov, es un nacionalista que se ha distinguido en el *maquis* de Orel). Satisfecho por este lado, Bulganin se ha prestado en el ejército a un compromiso que le asegura el apoyo de Jukov: la sustitución de Chtemenko (enviado a la Alemania del Este) por el mariscal Sokolovski (ex jefe de Estado Mayor de Jukov) y el mantenimiento de Vassilevski (ligado a Jukov por alianzas familiares).

Pero las purgas antijudías continúan, afectando al entorno de Molotov, a los amigos de Kaganovitch y de Beria, en total, varios millares de funcionarios judíos. Gottwald ha dado la señal, a su regreso de Praga, el 20 de octubre de 1952, abriendo el proceso de Rudolf Salzmann, alias «Slansky». Este amigo de Benes es acusado de haber mantenido contactos, en Francia, en 1937, con Georges Mandel, por mediación de Otto Kaz, llamado André Simon, en los Estados Unidos, con el traficante de armas L. Fisher y, después de 1939, con Felix Frankfürter, y más tarde aún, después de 1945, con el judío Schönbrunn de Nueva York, de las «News Agency» financiada por Bernard Baruch, lo mismo que en Inglaterra, con Paul Willert y Noel Coward del Intelligence Service, el diputado laborista Konni Zilliacus, amigo de Herbert Morrison, y también con el sionista Mordecai Oren, del I. S., jefe del ala izquierda del partido israelita Mapam, ligado a Moshe Pijade, el hombre de confianza de Tito. Otros 13 dirigentes, 11 de ellos judíos, son juzgados igualmente como sionistas; 11 de ellos serán condenados a muerte (Slansky, Geminder, Krejka, Clementis, Reicin, Margolius, Sling, Simon, Franck, Svab, Fishel) y tres a cadena perpetua (London, Hadjer, Loebel). En la misma época, son eliminados del gobierno en Rumanía la influyente Anna Pauker, en Hungría el ministro de Justicia Gila Becsi, y del partido, en Austria el doctor Heinrich Nagler y algunos de sus correligionarios, mientras que en la U. R. S. S. 26 escritores de idioma yiddisch son encarcelados y varios de ellos ejecutados. Entonces, la detención del doctor A. N. Vinogradov, el 13 de enero de 1953, desencadena unos procesos contra los «blusas blancas» del Kremlin (Vinogradov, Iegorov y Mayerov, rusos, M. Vovsi, B. Kogan, A. Feldman, A. Grinstein, Etinguer y M. Kogan, judíos), acusados —los cinco primeros de los judíos— de connivencia con el «Joint Distribution Committee» norteamericano, por mediación del doctor Chimeliovitch y de Salomon Mikoelis, los demás de haber atentado, de acuerdo con los servicios ingleses, contra la vida del general Chtcherbakov el 11 de marzo de 1945, de Andrei Jdanov el 31 de agosto de 1948 y de planear la muerte de los mariscales Vassilevski, Govorov y Koniev, del teniente general Chtemenko y del almirante Levtchenko, cuyos planes antiisraelitas ya hemos señalado.

Las ambiciones de Beria, defraudadas

Muerto Stalin, el 1 de marzo Beria hace ocupar la capital por sus dos divisiones de intervención provistas de blindados. El 7 de marzo, la Defensa es confiada a una troika de mariscales, Bulganin-Vassilievski-Jukov, y un gabinete restringido es formado por Malenkov, presidente, y los cinco vicepresidentes del Consejo de Ministros: Beria, Molotov, Bulganin, Kaganovitch y Mikoyan. El Presidium queda reducido a 10 titulares y cuatro suplentes (a fin de descartar a la «Joven Guardia» de los herederos nacionalistas y antisemitas de Jdanov); Malenkov es nombrado primer secretario (en vez de secretario general), antes de ser reemplazado en ese cargo por Krutchev el 14 de marzo, con Suslov como segundo, lo que equivale a colocar el poder político en manos de otro triunvirato: Malenkov-Beria-Molotov. ¿Cuál de las cabezas de la nueva dirección colegiada (*Pravda* del 16 de abril) va a imponerse sobre las otras? Al principio, Beria se cree aquel afortunado elegido del Señor. El 27 de marzo de 1953, se erige en libertador, decreta la amnistía, suelta a 500.000 detenidos, cierra los campos de Magdan y de Verkuta, libera a los médicos el 4 de abril, encarcela a Riumin, ex adjunto de Ignatiev, destituye antes de liquidarle al general V. S. Abakumov, del M. V. D. Como por azar, el checo Klement Gottwald, que ha vuelto de Moscú en perfecto estado de salud tres días antes, muere repentinamente el 14 de marzo de una hemorragia pulmonar. Los judíos respiran. En el exterior, la simpatía de todos aquellos que han protestado contra los procesos de Praga y de los blusas blancas se inclina hacia Beria (declaración conjunta de los presidentes Truman y Eisenhower, recientemente elegido, el 22 de diciembre de 1952; el «Jewish Labor Committee», *New-York Times* del 12 de marzo de 1954; la Federación de las Asociaciones judías británicas), que aparece como el «hombre de la paz», dispuesto a contribuir al armisticia en Corea, apaciguando a Mao-Tsé-tung con la promesa de una ayuda económica, a disuadir a Ho-Chi-minh de sus proyectos sobre Laos, a preparar una distensión con Tito (esperado el 23 de marzo en Londres, donde, a través de Escandinavia y de Suiza, Beria efectúa unos sondeos, mientras encarga al agregado militar soviético en Tirana que se dirija en secreto a Belgrado en mayo, para entrevistarse con Alexandre Kuez y M. Josepovitch).

Entretanto, para asentar su dominio, tritura la alta administración, opone en la Rusia blanca a B. Kholochtchev a K. Mazurov, sustituye a un amigo de Krutchev, A. Kiritchenko, por L. G. Melnikov en Ucrania, expulsa a Leonid Brejnev de su puesto en Moldavia. Pero, grave imprudencia, se atreve a atacar al ejército y, con el pretexto de que hay que rejuvenecer los cuadros, propone la jubilación de 3.000 de sus jefes más prestigiosos, el mariscal Vassilievski, el almirante Kuznetsov y 291 generales de un total de 1.297. A su regreso de Praga, donde ha asistido al entierro de Gottwald, el mariscal Bulganin se opone a aquel proyecto y gana a sus puntos de vista a Vorochilov y a Molotov. ¿Será también por maquiavelismo, para dispersar las fuerzas militares con las cuales puede tropezar su golpe de Estado, o por pura negligencia, que emprende unas «reformas monetarias», económicas y sociales peligrosas, y que deja que se desarrolle en la periferia un clima de revuelta, que invade rápidamente la mayoría de los países satélites ocupados? A la confiscación de las cuentas corrientes, decretada el 1 de junio

de 1953 en Checoslovaquia, responden el mismo día unos motines obreros en Pilsen y en la cuenca hullera de Ostrava el 5 de junio (para restablecer la calma, el presidente Zapotocky arenga a los trabajadores de la C. K. O. de Praga, el 10). En Hungría, el 17 de junio, los obreros de las fábricas de Csepel se agitan. Mientras 200.000 detenidos se insurreccionan en el campo de Norilsk, la Alemania oriental es escenario de desórdenes similares, el 16, en el Berlín Este. Se producen manifestaciones en la «Stalin Allee» y delante de la Wilhelmstrasse, como protesta por el alza de los precios y la carestía (también allí, el ministro del Interior, Selbmann, se esfuerza en apaciguar a los revoltosos). El 17 se declara la huelga general, se producen ataques contra los edificios gubernamentales e incendios, intervienen dos divisiones rusas blindadas y el general Dobrova decreta la ley marcial (aunque Beria, en una visita anterior, le había recomendado al general Gretchenko que actuara con moderación). Los disturbios se extienden a Magdeburgo, lena (22.000 obreros de las fábricas Leuna), Halle, Dresde, Leipzig, Görlitz y otras catorce aglomeraciones. Se producen 25 muertos y 189 heridos. Los comunistas en el poder, el presidente de la República Pieck, el presidente del Consejo Grotewohl y el secretario general del partido Ulbricht reaccionan duramente, con 42 ejecuciones y 25.000 encarcelamientos.

Aunque Beria, confiando en su policía, en la fidelidad de los tenientes generales Sinilov (comandante de la plaza) y Spiridonov (comandante del Kremlin), y en la red de escuchas de que ha rodeado a sus colegas, sigue con sus alardes, aquellos graves incidentes le entregan a la vindicta de sus rivales. Estos, informados por el general S. Kruglov (primo de la tercera esposa del ministro Mariana (12), que le odia por sus orgías, consigue incluso «intoxicarle» con las conversaciones que cree sorprender. Con tanta eficacia, que Krutchev, apoyado por sus colegas Mikoyan, Vorochilov, Kaganovitch, Saburov, Periukhin y Suslov, el 25, obtiene de Malenkov que convoque a Beria ante el Presidium para el día siguiente (aquella noche, el Bolchoi, con un agudo sentido de la actualidad, representará «Los decembrinos»), a fin de que se explique sobre el papel de sus divisiones de intervención. Instalados en una habitación contigua, los mariscales Jukov, Koniev y el general Moskalenko (que han tomado la precaución de desplazar al gobernador militar Artemiev y de traer como refuerzo a la capital, desde el Ural, a dos divisiones de la Guardia, una de ellas blindada), intervienen y arrestan a aquel Fouché de vía estrecha, caído en las redes de Savary. Un centenar de sus colaboradores del M. V. D. y del M. G. B. son liquidados en el curso de la noche; Artemiev, Spiridonov, Silinov, Vassily Stalin detenidos y 20.000 deportados en tres días. El Servicio de Información del ejército se ha impuesto sobre la Cheka civil. Mientras Beria comparece el 17 de diciembre (con seis de sus amigos, entre ellos Merkulov y Dekazonov del M. V. D.) ante un tribunal militar compuesto por el mariscal Koniev, el general Moskalensko (nombrado gobernador de Moscú), Chvernik y Mikhailov, juzgado como agente inglés, dispuesto a transformar la República Democrática alemana en «estado burgués», y ejecutado el 25 de diciembre, sus medios de dominio son dispersados inmediatamente: las divisiones de intervención pasan bajo el control de Bulganin, el Interior y el M. V. D. al

(12) María Bagration, cuya hermana Lydia, viuda de un millonaro, judío norteamericano, muerto en un campo nazi, volvió a casarse con el gran duque Wladimir, sobrino de Nicolás II.

general S. Kruglov, la Seguridad (K. G. B.) al general Ivan Serov, la administración de los campos (G. O. O. L. A. G.), que regenta el 80 % de los bosques y de las minas, el 75 % de los yacimientos de oro y el 45,5 % del cromo) a Michel Saburov, del Control del Plan, y la vigilancia de los M. T. S. de tractores a Krutchev. Sin embargo, nuevas revueltas concentracionarias, seguidas de la excarcelación de varios millares de detenidos, tendrán lugar aún en 13 campos políticos de un total de 30, en Vorkuta (74 fusilados, 20 heridos), Karaganda, Potma, Norilsk y en las instalaciones del lago Baikal.

Malenkov y Krutchev se disputan la dirección de la expansión económica

Entre Malenkov, amo de la administración, apoyado por los técnicos y los «Izvestia», y Krutchev, nombrado primer secretario el 3 de septiembre de 1953, cabeza del partido, apoyado por la *Pravda* y jefe de un aparato agrícola compuesto de 15.000 secretarios regionales, flanqueados cada uno de ellos por dos adjuntos, se entabla una nueva lucha de influencia, dominada por una situación económica difícil. Atento a las quejas de los cuadros y de los funcionarios a los que representa, Malenkov anuncia el 8 de agosto su intención de aumentar la producción de los bienes de consumo. Se sabe, en efecto, que entre 1929 y 1952, la U. R. S. S. ha dedicado el 64 % de sus inversiones a la industria pesada (la producción de hulla se ha elevado de 166 millones de toneladas en 1940, a 390 en 1955 y a 593 en 1960, contra 448 en los Estados Unidos en 1955; la del acero bruto de 18,3 a 45,2 y 68,3 —Estados Unidos 106—; la del petróleo bruto de 31 a 71 y 135 —EE. UU. 332—; y la de la electricidad de 48.000 millones de KWH a 170.000 y 320.000 —Estados Unidos 623.000), el 19,4 % a los transportes, el 9,4 % —muy poco— a la Agricultura, y sólo el 7,2 % a los bienes de consumo. En 1954, de 160.000 millones de rublos, 16.000 millones irán a los tres ministerios de los productos alimenticios, de la industria ligera y del comercio, para una población de 213 a 216 millones de habitantes en 1955. Pero la financiación de aquel esfuerzo es obtenida, tomando como ejemplo las cifras del presupuesto de 1956 (592.700 millones de rublos de ingresos y 569,6 de gastos), del modo siguiente: del lado de los gastos, los créditos militares figuran por 102.500 millones (casi el 10 % menos que en 1955), los créditos a la industria pesada por 100.900 (sobre un total de 158.700), a la agricultura 48.600 (sobre 56.000), a los transportes 21.800 (sobre 40.500), a la enseñanza 72.800, a la sanidad 35.100, a los seguros sociales 53.600, a la formación de los cuadros 23.500 y a la investigación científica 13.600. Los ingresos proceden, respectivamente, de las deducciones sobre los beneficios de las empresas del Estado, 107.300 millones, de las entregas de las organizaciones cooperativas, 122.900 millones, y del producto del impuesto sobre la cifra de negocios, 271.100 millones. A esto se añaden 32.200 millones procurados por los empréstitos del Estado. Estas «punciones», más obligatorias que voluntarias (sin interés, reembolsables por sorteo periódico de lotes o a la par en veinte años), habían procurado 37.000 millones en 1951 y 52.500 en 1952 (contando un empréstito para el desarrollo de la Economía, de los días 6-8 de mayo, de 35.700 millones). Más que una inversión, representan un ahorro forzoso, destinado a «enjugar» unas bajas de precios al detall sobre los géneros alimenticios impuestas a los kholkozes en 1950 (80.000 millones), 1951 (27.000 millones), 1952 (23.000 millones), etc. Y se agravan con «reformas» o, mejor dicho, con manipulaciones monetarias. En la U. R. S. S. la supresión del ra-

cionamiento se acompañó de una conversión de los billetes de 10 contra uno en diciembre de 1947. Una baja de los precios siguió a la reducción del impuesto sobre la cifra de negocios (que proporcionaba el 60 % del total de los recursos en 1940). Sin embargo, los ingresos de los almacenes del Estado se mantuvieron entre 230.000 y 240.000 millones. De ello resultó —teniendo en cuenta que el Tesoro drenaba severamente las disponibilidades de las empresas y de los particulares y vigilaba estrictamente los salarios (pagados en metálico en una proporción del 75 %)—, no un aumento del poder adquisitivo, sino una hinchazón de los excedentes presupuestarios (3.000 millones de rublos en 1945, 39.600 en 1948, 28.000 en 1951 y 33.000 en 1952).

Los satélites son víctimas de medidas análogas, lo mismo en Polonia que en Hungría o que en Checoslovaquia. En este último país, un bloqueo de las cuentas corrientes (superiores a 500 coronas), de las pólizas sobre la vida y de los valores, acompañaron en 1945 a una triplicación nominal de los salarios y de los precios. El 1 de junio de 1953 se llevó a cabo un verdadero despojo: confiscación de los valores, conversión de las cuentas corrientes (a un interés preferencial hasta 300 coronas, a cinco por una hasta 5.000, a 20 por una por encima de las 10.000, etc.), fijación arbitraria del tipo de cambio del rublo a 1,80, multiplicación nominal por cinco de los salarios y de los precios, supresión del racionamiento, pero aumento de los precios hasta las dos terceras partes aproximadamente de los del mercado libre (negro). A esos decretos, equivalente a anular las indemnizaciones por las nacionalizaciones, a despojar a la población del 98 % de sus signos monetarios y a confiscarle más del 75 % de sus ahorros, al tiempo que los productos alimenticios escaseaban cada vez más, los checos, como hemos visto, respondieron el mismo día con una revuelta, que no tardó en extenderse a la Alemania del Este, y a Poznan, en Polonia. También allí, después de un período de racionamiento, de mercado negro y de inflación, la pretendida «reforma monetaria» del 28 de octubre de 1950 había «reabsorbido» el excedente del poder adquisitivo, vaciado los calcetines de lana y aumentado los precios sin aumentar paralelamente los salarios (una manera indirecta de racionar), decidiendo además rebajar la tasa de las inversiones de la industria pesada, del 46,7 % en 1953 al 40,4 % en 1954, cuando se daba la circunstancia de que el plan de 1949 a 1955 sólo preveía el 11,8 % para la agricultura.

Responsable de la política agrícola —aunque especialista de los fracasos en la materia—, Krutchev registró el 3 de septiembre de 1953 la quiebra del régimen en ese terreno. Resulta paradójico, en efecto, que las parcelas privadas, o «dvor», de un cuarto de hectárea a una hectárea, dejadas a los campesinos en 1934, suministren el 23 % de los productos alimenticios, cuando su superficie representa únicamente el 2 % del total (13), y que en 1955 sus ventas alcancen la cifra de 35.000 millones de rublos, aproximadamente, contra 15.000 millones para las de los kholkozes en el mercado libre. A partir de 1953, Krutchev cree encontrar el remedio aumentando el precio de las

(13) Esta situación persistirá: a finales de 1959, aquellas parcelas (de una superficie de 8.300.000 hectáreas contra 253,8 millones de los sovkozes y 744,1 millones de los kholkozes), poseerán 24.900.000 bueyes (contra 10.500.000 y 36.900.000); 17.100.000 vacas (contra 3.600.000 y 12.800.000); 13.800.000 cerdos (contra 9.800.000 y 26.800.000), y 28.800.000 corderos (contra 29.100.000 y 76.600.000), y en 1964 producirán aún el 42 % de la carne, el 40 % de la leche, el 73 % de los huevos y el 60 % de las patatas.

entregas efectuadas por aquellos organismos al Estado (al menos para el algodón, el tabaco, el ganado y el lino; el precio del trigo se mantiene inalterable), y luego, disminuyendo el volumen de los suministros obligatorios y aumentando los precios de almacenamiento y de venta en el mercado libre de los excedentes (septiembre de 1955), a fin de incitar a los jornaleros a trabajar más para las cooperativas, finalmente capaces de entregar salarios en metálico, sin esperar al final del ejercicio para liquidarlos, como ocurría antes.

Pero, a pesar de que se concede a los kholkozes cierta libertad de planificación, de acuerdo con las M. S. T. —estaciones de tractores— (9 de marzo de 1955), antes del traslado del material desde estas últimas a la cooperativa (30 de junio de 1958), y a pesar de la supresión de los pagos en especie, la «liberalización» no llega más lejos. Al contrario, va acompañada de un incremento de la colectivización, mediante el reagrupamiento de los kholkozes (cuyo número disminuirá de 236.900 en 1940 sobre 117.700.000 hectáreas, a 93.300 en 1953, sobre 132 millones de hectáreas, y a 41.300 en 1961, sobre 110.600.000 hectáreas), y por la extensión de la superficie cultivada por los sovkozes (en metálico, en jornadas de trabajo, «trudodni») —4.159 sovkozes sobre 11.600.000 hectáreas en 1940; 4.988 sobre 12.900.000 hectáreas en 1950, y 6.496 sobre 53.900.000 hectáreas en 1959—. Y espera aumentar sensiblemente la producción agrícola procediendo en marzo de 1954 a la explotación en grande de tierras vírgenes, 36 millones de hectáreas en el Kazakstan y en la Siberia meridional, empresa que va a tropezar con el escaso entusiasmo de los primeros 400.000 «voluntarios» designados (la mitad de los cuales desertarán), reforzados con desmovilizados durante los tres años siguientes, y también con un millón y medio de moldavos «transferidos», empresa cuyos resultados serán muy inferiores a las esperanzas: 19 millones de hectáreas cultivadas en 1962 por 703 sovkozes y 97 kholkozes y 105 millones de quintales entregados únicamente en 1960, ya que el rendimiento —de cinco a seis quintales por hectárea— es muy bajo. Consecuencia de aquella quiebra agrícola: la cosecha de cereales de 1957, en bruto, 1.108 millones de quintales para 203 millones de habitantes proporcionará una media individual de 4,1 quintales, inferior a la de 1913 (en toneladas, la producción evoluciona así: 159,1 millones en 1913, 192,5 en 1940, 171,1 en 1946, 201,7 en 1957, 231,9 en 1966); para el trigo, 33 millones de toneladas en 1913, 63 en 1959; para el centeno, 28,2 y 17,1; para los bovinos, 50,8 millones en 1918, 85,4 en 1964; las vacas, 25,3 y 38; los cerdos, 19,3 y 70; los carneros, 80,2 y 133,8. Habrá que restablecer el racionamiento del pan en 1963-64 e importar de Occidente 12 millones de toneladas de cereales.

Aunque Krutchev se encuentra entorpecido en su propio dominio por la presencia de Ivan Benediktov, que Malenkov, confiando muy poco en su capacidad, le ha impuesto, por instigación de Molotov en junio de 1953, como ministro de Economía Rural, no por ello juega con menos habilidad contra su rival, se atrae a la «Joven Guardia», descartada en marzo de 1953 (Mme. Furtzeva, que reemplaza a Mikhailov en Moscú, Frol Kozlov en Leningrado, Ignatov en Voronej, Podgorny, adjunto a Kiritchenko, mantenido en Kiev, Ponomarenko y Brejnev en el Kazakstan, Ignatiev en Bachkiria, Aristov en el Extremo Oriente, con el mariscal Malinovsky), se acerca a Michel Suslov (segundo secretario encargado de los cuadros), a Bulganin y a Mikoyan, obtiene la reincorporación de Alexis Kossyguin como segundo vicepresidente del Consejo, y utiliza contra sus adversarios los expedientes establecidos an-

taño por Poskrebychev y Pospelov. En tales condiciones, Krutchev logra una primera ventaja en las elecciones al Soviet Supremo, preparadas por Nicolas Chvernik, el 14 de marzo de 1954: obtiene más votos que Malenkov y, sobre 1.347 delegados (en su mayoría de cincuenta a sesenta años, con sólo un 6 % de rurales y un 4 % de obreros), 833 son «aparatchniki» sobre los cuales predomina su influencia. Explotando su éxito, ataca a Benediktov, su adjunto en la Agricultura, a Bechtchev en los Transportes y a Saburov, protegidos de Malenkov, critica, después de haberla aprobado en principio, la política de «coexistencia pacífica», y entabla en diciembre, contra la prioridad para los bienes de consumo preconizada por las «*Izvestia*», una polémica en la *Pravda*, apoyado por Chepilov, el estado mayor de Bulganin y la «Joven Guardia», Mikoyan, Kossyguin y los «técnicos». Malenkov, puesto en minoría en el Comité Central, se ve obligado a pronunciar su autocrítica (8 de febrero) ante el Soviet Supremo, cuya convocatoria ha adelantado Vorochilov al 3 de febrero de 1955. Llamado a reemplazarle, Nicolas Bulganin forma con Molotov y Krutchev una nueva troika gubernamental. A fin de tranquilizar a Occidente, el mariscal Zhukov, partidario de la distensión internacional, recibe el ministerio de Defensa, en el cual se apresura a nombrar once nuevos mariscales (11 de marzo).

* * *

Rearme de Alemania y Comunidad Europea de Defensa

En tanto que aquellas revoluciones palaciegas sucesivas añaden nuevos episodios a la obra *Los misterios del Kremlin*, las relaciones entre el Este y el Oeste experimentan, en efecto, violentas y peligrosas sacudidas. Deseosos de oponer al apetito insaciable de Stalin un dique en Europa, los Estados Unidos se habían visto inducidos a pensar en el rearme de Alemania. Después del comandante norteamericano Lucius Clay, el 7 de mayo de 1950, el alto comisario Mac Cloy, aconsejado por Robert Bowie y el coronel Henry Byroade, había declarado en Washington el 25 de julio que resultaba difícil negar a los alemanes el derecho a defender su patria. Cogiendo la ocasión al vuelo, el canciller Konrad Adenauer había presentado un informe del general Hans Spiedel (ex jefe de Estado Mayor de Rommel), pidiendo autorización para reclutar 150.000 voluntarios (17 de agosto). La posición de los doce signatarios del Pacto Atlántico (4 de abril de 1949) era poco brillante, en efecto. Los tres ministros de Asuntos Extranjeros, Acheson, Bevin y Robert Schuman, reunidos en Nueva York los días 11-12 de septiembre de 1950, y luego de nuevo el 15 los miembros del Pacto, y del 18 al 22 los ministros de Defensa (los generales Marshall y Shinwell y Jules Moch) constataban que sólo podían alinear sobre el viejo continente de 12 a 14 divisiones aliadas contra 175 soviéticas, y 1.000 aviones contra 2.000. Además, las 30 divisiones rusas de ocupación en Alemania no tardarían en encontrarse reforzadas por un ejército popular (60.000 hombres a mediados de agosto de 1950), formado por Heinz Hoffmann (un veterano de las Brigadas Internacionales en España) y los ex oficiales de la Wehrmacht Vincenz Muller y Arno von Leski. Atento a ese peligro, Truman ha previsto, en abril de 1950, con el aumento de los créditos de la Defensa de 13.000 a 50.000 millones de dólares, y la duplicación de los efectivos de un millón y medio a tres millones en un año, la concesión de 5.000 millones de ayuda militar a los países amigos (Defense

Prod. Act, de agosto de 1950). El general Gruenther (jefe de Estado Mayor del general Eisenhower, nombrado comandante de la O. T. A. N.) preconiza el reclutamiento de unos efectivos alemanes correspondientes a 12 divisiones. Aparte del canciller Adenauer (cuya primera esposa, nacida Zinsser, era prima hermana de Mme. Mac Cloy), resignado en el fondo a la partición del Reich en dos zonas, una de ellas de predominio católico, pero que reivindica el 25 de agosto la igualdad de derechos, «Gleichberichtung», los alemanes son más que reticentes. ¿Cómo los Estados Unidos, que les han negado unas paz honrosa en el Oeste cuando aún era tiempo, se atreven ahora a reclutarles como carne de cañón en un conflicto contra los soviéticos? Que lo hagan sin mí. *«Ohne mich!»*, es la respuesta del alemán medio, del 70 % de la opinión, de acuerdo con el pastor Niemoller, el socialdemócrata Kurt Schumacher (cuyo partido ha obtenido en 1949 el 29,2 % de los sufragios contra el 35 % de los democristianos) y del pacifista Heinemann, que abandona la cartera del Interior.

¿Y cuál será la reacción de los franceses? Es cierto que los generales Ely y Stehlin, a raíz de las negociaciones del pacto de Bruselas, el 17 de marzo de 1948, se han mostrado favorables a la participación de contingentes alemanes en la defensa de Europa. Y René Pleven, presidente del Consejo del 13 de julio de 1950 al 28 de febrero de 1951, ha dirigido un llamamiento a los Estados Unidos para un «esfuerzo de defensa... concebido como una empresa colectiva de las naciones atlánticas». Francia, que ha dedicado ya 500.000 millones de francos (el 8,2 % de su renta nacional) en 1950, y 80.000 millones más en 1951, al mantenimiento de 659.000 soldados (150.000 de ellos en Indochina), no puede emprender por sí sola el reequipamiento de su ejército que costaría dos billones (de un billón 60.000 millones en 1952, está dispuesta a asumir un billón 70.000 millones). La idea de un ejército europeo, con participación de contingentes alemanes, lanzada por André Philip, ha sido recogida por Churchill el 12 de agosto de 1950 en la Asamblea de Estrasburgo, y aceptada por 89 votos contra cinco. Jean Monnet, animador del movimiento europeo, expone a Robert Schuman, el 9 de septiembre de 1950, la necesidad de una «participación de Alemania en una organización federal del rearme de la Europa del Oeste»; los días 18 y 23 de septiembre dirige en el mismo sentido unos memorandums al presidente del Consejo. René Pleven se adhiere el 24 de octubre a aquel plan, previendo la admisión de grupos alemanes inferiores a 5.000 hombres, que en adelante llevará su nombre, y que es aprobado el 26 por 343 votos contra 225 (por miedo a todo y a todos, a los rusos, a los alemanes y a los norteamericanos). Pero su propio ministro de Defensa, Jules Moch, le es hostil: al llegar el 28 de octubre a Washington, donde los doce ministros de Asuntos Exteriores del Pacto Atlántico se encuentran reunidos desde el 17, y en la conferencia de los suplentes en Londres, se vuelve atrás, se niega a aceptar contingentes alemanes superiores al batallón y termina presentando en Bruselas unas contrapropuestas atrabancadas de «combat-teams» de 10.000 hombres. En tanto que el general Eisenhower es oficialmente nombrado, el 18 de diciembre de 1950, comandante del S. H. A. P. E. (no sin que los generales alemanes Alfred Heusinger y Hans Spiedel le obliguen en Bad Homburg, el 22 de enero de 1951, a retirar sus afirmaciones peyorativas sobre la Wehrmacht de 1945), la incoherencia de la política francesa no cesa de ponerse de manifiesto. En el curso de una conferencia occidental en el Quai d'Orsay, el 15 de febrero de 1951, el secretario general de la casa, Hervé Alphand, califica

de utopía el ejército europeo. En Petersberg, los negociadores militares siguen negando a Alemania el principio de la igualdad, tal como se reconoce en un memorándum de Monnet a Robert Schuman sobre sus entrevistas con Adenauer y Hallstein (8 de mayo de 1951).

Reaparición de De Gaulle: el R. P. F. explota el peligro rojo

Y las elecciones del 17 de junio de 1951 no hacen más que aumentar la confusión. La intervención del R. P. F. en el escrutinio trastorna los condicionamientos de la política francesa. Siempre atento a las consignas de la Alta Finanza, harta de las extravagancias y de las insaciables ambiciones del díscolo Stalin, De Gaulle se aprovecha del «miedo al cosaco» que atenaza a Occidente desde el golpe de Praga para volver al poder. En Rennes, el 27 de julio de 1946, ante 60.000 personas estigmatiza a los comunistas, a los que califica de «separatistas, dispuestos a someter a nuestro bello país a un régimen de servidumbre totalitaria», denuncia a los agentes del Kominform que fomentan las huelgas en Francia y a «las vanguardias cosacas (que) acampan a 158 quilómetros del Rin y detrás (de las cuales) se descubren 30.000 tanques, 20.000 aviones y 175 divisiones». ¿Comparte él personalmente aquellos temores? Es posible: algunos de sus amigos (Corniglion-Molinier) piensan ya en prepararle, en caso de invasión, un refugio en el Canadá, desde donde dirigiría la Resistencia. Refiriéndose a Indochina, ha dicho: «No permanecer allí sería el final del Imperio. Hay que sostener a Bao-Dai». y el 10 de marzo de 1954, ha declarado a Tournoux: «Si América, en 1951, hubiese escuchado a Mac Arthur, habría ganado la guerra en Asia. Era la única que disponía de bombas atómicas». Poniendo sordina a su hostilidad hacia los anglosajones, proclama: «No repitamos los errores del pasado; en adelante, los Estados Unidos tienen que estar ligados a Europa». Ante todo, no obstante, trata de explotar aquel «gran temor». Lanzado en Estrasburgo el 7 de abril, y fundado el 14 de abril de 1947, su «Rassemblement du Peuple Français», R. P. F., si bien es tributario de la Alta Finanza (aparte de las contribuciones de buena fe, tales como la de Alain de Sérigny, yerno del senador radical Duroux, propietario del *Echo d'Alger*, que la entrega 10 millones), la elección de René Fillon, apoderado de los Rotschild, para suceder al industrial Alain Boizel como tesorero, es suficientemente reveladora, y confirma las concomitancias del «General» con la empresa, que por otra parte le ha proporcionado como jefe de gabinete a Georges Pompidou (futuro director de la casa, 1956-1961), presentado por Jean Brouillet, no deja de ser una máquina de guerra montada por unos hombres de izquierda (Jacques Soustelle, su secretario general, mendesista; René Capitant, de la Asociación Francia-U. R. S. S.; André Malraux, encargado de la Propaganda, aviador con los rojos de España, afiliado al P. C. chino; entre los cuales constituye la excepción el coronel Rémy), para «absorber» los votos derechistas y evitar la reconstitución de un movimiento nacional auténtico. En las elecciones municipales de 1947, el 40 % de los electores se dejan engañar por aquellas actitudes de bravura; el R. P. F., que cuenta con 400.000 afiliados, reclama la disolución de la Cámara, pero se trata de simples alardes verbales. Blum, al concluir con Inglaterra la alianza a la cual se había negado el General, Ramadier, expulsando a los comunistas del gabinete después del fracaso de la conferencia de Moscú (24 de abril y 5 de mayo de 1947), y Jules Moch, rompiendo la ola de huelgas desencadenada por los marxistas, siegan la hierba bajo los

pies del R. P. F. Entonces, contra la III Fuerza que gobierna, De Gaulle juega la políti a de lo peor haciendo votar a sus diputados con los comunistas. Reagru ados una parte de los moderados en torno a Roger Duchet y a Antoine ! inay en el Centro Nacional de los Independientes, De Gaulle se niega a «emparentar» con ello, como le recomienda Barrachin, y los rechaza hacia el M. R. P. y la S. F. I. O. Planteadas así las cosas, la consulta electoral del 17 de junio de 1951 aporta a la S. F. I. O. 104 escaños (y el 14,9 % de los votos), al M. R. P. 85 (y sólo el 12,8 % de los votos: 2.367.778 en vez de 5.058.000 en noviembre de 1946), a los radicales nueve (y el 11,2 %), y a los moderados 98, más 25 independientes de ultramar (12,3 %). Aquellos partidos del Centro, totalizando el 51 2 % de los sufragios, se encuentran amenazados a la vez por los comunistas, que obtienen 103 escaños (el 25,6 % de los votos, o sea, 4.190.547) y por el R. P. F., que sólo cuenta con 121 escaños (21,56 % de los votos, o sea, 4.125.492), cuando esperaba obtener 200. Decepcionado por aquel resultado, el «General», negando a Barrachin el seguir el «proceso parlamentario», se decide a practicar «la oposición, hasta que el régimen se desmorone», y para lograrlo se alía con los comunistas contra la política europea del gobierno y vuelve a su alianza con Rusia, la única a la cual permanece fiel.

De Gaulle, aliado de los comunistas para minar los gobiernos...

Cuando, tras el breve intermedio del ministerio Henri Queuille (10 de marzo-11 de julio de 1951), René Pleven vuelve al poder el 11 de agosto, después de una crisis que ha durado un mes, los gaullistas se abstienen y los comunistas votan contra él, de modo que sólo obtiene 391 votos para la investidura. Edgar Faure (que le sucederá del 20 de enero al 28 de febrero de 1952) sólo obtendrá 327 el 19 de febrero, cuando gaullistas y comunistas unirán sus 287 boletines contra el proyecto de «Comunidad Europea de Defensa». Ese plan ha sido estudiado durante la crisis ministerial. entre Jean Monnet y el general Eisenhower (en el hotel Astoria de París, el 27 de junio), y luego con Hervé Alphand (secretario general del Quai d'Orsay), Theodor Blank (sindicalista cristiano alemán, sustituto de Hallstein como delegado) y el embajador norteamericano David Bruce, el 7 de julio, en tanto que una declaración del 9 de julio ponía fin al estado de guerra entre Francia y Alemania. Fue puesto a punto por Averell Harriman, sir Edwin Plowden y Jean Monnet, miembros del «Comité de Expertos» creado por el Consejo Atlántico en Ottawa en septiembre de 1951. Para obtener su aprobación, el abogado Edgar Faure (progresista «teórico», que sueña en un acercamiento entre el Este y el Oeste, en un nuevo «Contrato Social», en la desconolización, en la ayuda a los países subdesarrollados, etc.) ha tenido que desplegar toda su capacidad dialéctica y toda su habilidad maniobrera, en ocasión del debate que se ha prolongado del 11 al 19 de febrero de 1952, desarmando a Guy Mollet (por consejo de Mendès-France) con la promesa de una negociación previa con la Gran Bretaña (sin poder domeñar, en el seno de la S. F. I. O., la oposición de los «patriotas» Robert Lacoste y Max Lejeune, ni la más feroz aún de los prosoviéticos Jules Moch y Daniel Mayer). El regateo que, después de la entrevista de los tres ministros de Asuntos Exteriores en Londres el 17 de febrero, se establece en la conferencia de Lisboa, del 20 al 23 de febrero, provocará su caída, por otra parte. Para adherirse a un primer programa que comportaba la puesta en pie de 38 divisiones,

ha reclamado una ayuda suplementaria de 100 millones de dólares, y Dean Acheson ha subordinado su consentimiento a un aumento de los impuestos del mismo orden (con bastante imprudencia, Georges Bidault ha aceptado incluso aumentar los créditos de la Defensa de un billón 200.000 millones de francos a un billón 400.000 millones). Pero, en la noche del 28 al 29 de febrero, la Asamblea rechaza (por 309 votos contra 283 y 26 abstenciones) todo nuevo esfuerzo fiscal (120.000 millones; del mismo modo que había derrocado a Pleven al negar a René Mayer plenos poderes para liquidar los déficits de la S. N. C. F. y de la Seguridad Social). Leon Gingembre y sus dos millones de afiliados de las empresas medianas y pequeñas hacen campaña contra todo aumento de impuestos (marzo de 1952). Los expertos Jacques Rueff y Wilfrid Baumgartner se alzan contra la inflación. Etienne Hirsch, comisario del Plan (no hay que confundirlo con su homónimo Robert, director de la Sûreté), Roger Goetze, director del Presupuesto, Pierre-Paul Schweitzer, director del Tesoro (podemos ver que, después de la Liberación, los puestos-clave están en buenas manos), dan la voz de alarma.

Para restablecer la confianza quebrantada, hay que resignarse a llamar a un moderado, independiente, el emprendedor Antoine Pinay, el hombre del sombrero pequeño (al que rodean el normalista Raymond Arasse, el inspector de la Economía Henri Yrissou y el inspector de Hacienda Henri Lébersart). Aquel equipo, decidido a frenar la fiscalidad, a mantener las inversiones indispensables y a relanzar los empréstitos, consigue hacer bajar los precios al mayor, desde febrero a julio, del índice 152 a 143,5, y los de detall (elevados de 121 en febrero de 1951 a 148,5) a 142,8, liberar 100.000 millones y colocar (en unas condiciones atractivas para los ahorradores) 428.000 millones al 3,5 %, en forma de empréstito indiciado sobre el oro y reembolsable en sesenta años. Pero los capitales huidos al extranjero, a pesar de la amnistía fiscal, no retornan en las proporciones esperadas, y la libra esterlina arrastra al franco el 21 de julio en una nueva devaluación con respecto al dólar; la negativa a aumentar el precio del trigo descontenta a los agricultores y, para terminar, Pinay cae el 23 de diciembre de 1952, por una cuestión de asignaciones familiares. Una vez más, el R. P. F. ha minado a aquel gobierno, cuya investidura había sido obtenida por 324 votos contra 206, el 6 de marzo de 1952, gracias a la defección de 27 de sus miembros (entre ellos Frédéric Dupont), que habían votado a favor, en vez de abstenerse como sus 89 colegas, asegurando así a Pinay una mayoría superior a los 310 votos requeridos. (En el Consejo nacional celebrado en St. Maur des Fossés el 4 de julio, 26 de aquellos disidentes se constituyeron en grupo de «Acción Republicana y Social»). Furioso, el «General» desautoriza a su partido, que asumirá el nombre de «Unión de Republicanos de Acción Social», pero intriga para que el M. R. P. abandone a Pinay y prepara, con sus colaboradores Burin des Roziers y Chaban-Delmas, el advenimineto de un gabinete René Mayer, que acepta reemplazar a Robert Schuman por Georges Bidault en los Asuntos Exteriores y «congelar» el tratado que instituye la C. E. D., a pesar de que Francia lo ha firmado el 27 de mayo de 1952.

...sabotea la Comunidad Europea de Defensa

Contra la constitución de un «*Pool* militar europeo» se desata en el país una ola de protestas sin precedente. Los jefes militares ven con malos ojos

aquella absorción: el 21 de abril de 1953, el mariscal Juin se hace su intérprete en el Comité de Defensa, reclamando la ampliación del período transitorio de dieciocho meses previsto. Henri, conde de París, se muestra hostil a él. De Gaulle lo condena: «La confusión militar calificada de europea sería absurda, incluso si existiera una Confederación». Y se une a la oposición activa de todos los que prefieren para Francia la alianza rusa, a pesar de sus riesgos. El presidente Vincent Auriol en cabeza, que ha formulado todas las reservas y ha precisado que «la firma no es la ratificación», los dos Edouard del Frente Popular, Herriot y Daladier, Martinaud-Déplat, el integrante del radicalismo, etc. El rumor de que en el Quai d'Orsay Hervé Alphand, secretario general, establece unos acuerdos secretos con los norteamericanos es difundido bajo mano por el «general Bou» (el diplomático Jacques Bouchacourt). La «señora» Tabouis (Geneviève, sobrina de Jules y Paul Cambon, colaboradora de Thèodore Reinach, antes de convertirse en secretaria de su tío en la Conferencia de la Paz y comentarista de política extranjera), André Ulmann (de la *Tribune des Nations*), Jacques Bloch-Morhange (de *Information et Conjoncture*), amigo de Michel Debré y de Edgar Faure, introducen a aquel informador cerca de aquellos personajes consulares, que se dejan engañar por sus revelaciones. El 27 de septiembre, el ministro desmiente que exista un protocolo secreto, pero no puede publicar el orden de batalla europeo (anexo al texto), de modo que subsiste la duda. Algunos grandes patronos de la economía unen sus voces a la de los líderes políticos: Georges Villiers, del C. N. P. F., que manifiesta a Mendès-France, el 23 de junio de 1954, sus temores a la competencia en el seno de la Comunidad europea; André Boutemy (ex prefecto de Vichy, distribuidor de los fondos electorales del C. N. P. F., reincorporado como senador en 1952, imprudentemente nombrado ministro de Sanidad por René Mayer, el cual, cediendo a una campaña comunista, se desprendió de él en febrero de 1953), deseoso ahora de justificarse preconizando la entente con Moscú, etcétera. A fin de respaldar aquellas resistencias, el P. C. F. (que cuenta todavía con 500.000 inscritos, 50.000 militantes y 5.000 «duros») reanuda su agitación, acoge al general Ridgway, nombrado jefe de la O. T. A. N. con gritos de «Go home!» (23 de mayo de 1952) y provoca el 28 unas manifestaciones que se traducen en un muerto, 200 heridos y 718 detenciones. El propio Jacques Duclos pasará por las dependencias policiales; más tarde, el 8 de octubre, son detenidos cuatro jefes de las Juventudes comunistas y el secretario general de la C. G. T., Alain Le Lèap. Aunque en las elecciones municipales del 16 de abril de 1953 el P. C. ha perdido el 10 % de los votos con relación a 1947, no por ello deja de desencadenar una peligrosa ola de huelgas durante el verano de 1953. Contra la reforma del estatuto de los funcionarios, los dirigentes F. O. de Burdeos (Duphil, Mourgues, Viguié) han incitado a los carteros a interrumpir el trabajo los días 28-29 de julio. Del 5 al 15 de agosto, el movimiento, acompañado de motines entre los viticultores del Midi, se ha extendido a cuatro millones de trabajadores. El gobierno Laniel, que sospecha que Irwing Brown y su C. I. S. L. (sindicatos libres) han financiado la huelga, moviliza a carteros y ferroviarios, y exige la reanudación del trabajo (decidida por F. O. y C. F. T. C. el 21 de agosto) antes de liberar el 25 a Alain Le Lèap y a sus camaradas encarcelados.

En el intervalo, René Mayer ha reasumido el proyecto de la C. E. D. (a pesar de la hostilidad de Jules Moch en la comisión de Asuntos Exteriores y del general Koenig en la de Defensa), condimentado con «protocolos adi-

cionales» (libre disposición de los efectivos franceses en ultramar, proyecto de convenio franco-sarrés, que será firmado el 21 de mayo de 1953, aplazamiento de la Comunidad política) destinados a apaciguar los temores de los vacilantes, protocolos cuyo principio hace aceptar en Washington el 25 de marzo. A pesar de esas concesiones, la oposición gaullista no arría velas. Sin embargo, el R. P. F. se deshincha rápidamente: en las elecciones municipales del 16 de abril ha perdido 1.962 escaños de consejeros; sus finanzas están agotadas; su tesorero Alain Boisel está comprometido con André Diethelm en el escándalo de las piastras indochinas. De Gaulle deja de patrocinarlo y lo declara disuelto el 6 de mayo de 1953; se reorganiza bajo la etiqueta de «Unión republicana de Acción Social». Pero, cuando después de la ratificación del tratado por Alemania, el presidente del Consejo propone el 20 de mayo la reunión de una conferencia a tres en las Bermudas para el mes siguiente, es derrocado al cabo de veinticuatro horas: 71 gaullistas, de un total de 73, han votado contra él, aparentemente a propósito de unos poderes especiales financieros. En realidad, el techo del anticipo permanente del Banco de Francia al Estado, elevado en enero de 175.000 millones a 200.000, ha sido sobrepasado en marzo, y como faltaban 80.000 millones para el vencimiento, la Asamblea había autorizado ya la ampliación necesaria el 24 de marzo (por 257 votos contra 221, con la abstención de los gaullistas); pero harían falta 100.000 millones más, y los dólares norteamericanos destinados a Indochina se pierden en la sima del déficit interior. Pero eso no es más que un pretexto. Sobrevenido dos meses y medio de la muerte oficial de Stalin, el 5 de marzo, la crisis ministerial, que va a prolongarse treinta y siete días, tiene una incidencia muy distinta. El acceso al poder de Beria ha suscitado en el Oeste descabelladas esperanzas: Molotov, el 2 de abril, ha vuelto a hacerse cargo de la cartera de Asuntos Exteriores, descartando a Vichinsky; la U. R. S. S. ha reanudado sus relaciones diplomáticas con Yugoslavia (6-15 de junio) e Israel (20 de julio); ha puesto sordina a sus reivindicaciones hacia Turquía; ha dejado en libertad al norteamericano Oatis (condenado en Praga en 1951). El 16 de abril, Eisenhower, optimista, ha declarado que «la corriente se ha invertido». Y Churchill, el 20, le hace eco en los Comunes, deseando «unas consultas a los niveles más altos». En la Alemania del Este, el 11 de junio, se habla de un «Neue Kurs», de amnistía, de una pausa en la colectivización y en la lucha antirreligiosa, de una mayor transigencia en la línea de demarcación... El propio Adenauer propone el 22 de junio a los ministros de Asuntos Exteriores en Washington la reunión de una conferencia a Cuatro, y una nota, ofreciendo la convocatoria de elecciones libres en Alemania, es dirigida a Moscú el 15 de julio. Por desgracia, la más severa represión aplasta los primeros levantamientos de los países satélites, y Beria se encuentra rápidamente «liquidado» (10 de julio).

La crisis ministerial francesa, de una duración excepcional, ha experimentado el contragolpe de aquellos remolinos diplomáticos. Tras un primer fracaso de Paul Reynaud (por el cual sólo han votado 34 gaullistas de un total de 81), ha estado a punto de desembocar en Mendès-France, progresista, paladín de la descolonización y del diálogo Este-Oeste (pero le han faltado 13 votos, ya que el M. R. P. sólo le ha dado 52 de un total de 89). Bidault, apoyado por 64 sufragios gaullistas, ha quedado a un voto de la mayoría, y André Marie (con sólo 42 votos gaullistas y 12 M. R. P.) más lejos todavía del quórum. Finalmente, los días 26-28 de junio de 1953, se

llega a la investidura, por 398 votos contra 206, de un gabinete formado por Joseph Laniel (un rico normando, mezclado a la Resistencia, que dejará a sus ministros sin directrices y perderá, dos años más tarde, su fortuna en unos meses), gabinete en el cual participan los gaullistas. El nuevo presidente del Consejo es un contemporizador: insistiendo sobre las garantías (mantenimiento de las tropas norteamericanas durante veinte años en Alemania, arreglo sobre el Sarre), sólo vuelve a poner sobre el tapete el expediente europeo para un confuso debate, del 17 al 27 de noviembre de 1953, en el que se decide la reanudación de las negociaciones por 257 votos contra 244, pero en la conferencia de las Bermudas (aplazada ante la incertidumbre sobre las intenciones del Kremlin), deja la palabra a Bidault, el cual tergiversa las cosas hasta tal punto que Churchill amenaza con autorizar a Alemania a rearmar unilateralmente (del 4 al 8 de diciembre de 1953) y de que Foster Dulles habla el 14 de diciembre en París de llevar a cabo una «revisión drástica» de la política norteamericana, si Francia insiste en bloquear toda solución concreta.

La elección de un sucesor para Vincent Auriol en la presidencia de la República, que se prolonga por espacio de seis días, del 17 al 23 de diciembre, revela por otra parte la impotencia profunda del régimen. El Congreso se compone de 627 diputados y de 319 senadores. Por 22 sufragios (que tal vez tenía, pero, con el pretexto de que un hermano suyo es diputado, Le Troquer se niega a atribuirle los boletines que no mencionan su nombre de pila), en la octava vuelta, el 20 de diciembre, Laniel, combatido por Roger Duchet y sus 181 independientes, pierde la elección y tiene que ceder el Elíseo a René Coty, elegido en la decimotercera vuelta el 23 de diciembre por 477 votos contra 329 del socialista patriota Edmond Naegelen. El malestar se extiende al ejército. Entre el mariscal Juin y el gobierno, el desacuerdo se envenena (a propósito del retorno de las cenizas del mariscal Petain a Douaumont, reclamado por él en junio de 1952; de las relaciones entre los fuerzas francesas del África del Norte y la O. T. A. N., tres días más tarde; de la admisión de España en la C. E. D., solicitada por él en octubre). A los que le animan a hacerlo, les ha negado el presentar su candidatura a la presidencia de la República, pero lo ha hecho en términos despreciativos (septiembre de 1953). Comandante de las Fuerzas terrestres Centro-Europa de la O. T. A. N., el 28 de marzo de 1954, en Auxerre, ha reprochado a la C. E. D. el no facilitar las transiciones, y se ha negado a acudir «como un corneta» a la convocatoria de Laniel. En Saumur, el 31 de marzo, ha llegado a decir: «Tendría que haber un Estado. No puede permitirse por más tiempo el debilitamiento del ejército. Lo que está en juego es el destino de la Nación». Furioso, Laniel y su Consejo privan al mariscal de sus prerrogativas nacionales, en la noche del 31 de marzo al 1 de abril. En el Arco del Triunfo, el 4 de abril, se producen unos graves incidentes, en el curso de los cuales René Pleven es golpeado. Creyendo llegada su hora, De Gaulle preconiza el 7 en unas conferencia de prensa la paz en Indochina y la reconstitución de una fuerza francesa autónoma, dotada del arma atómica, y cita al «pueblo francés» para que le acompañe cuando vuelva «solo» a reanimar la llama el 8 de mayo, fiesta de Juana de Arco y aniversario de la «Victoria». Decepcionado por el escaso éxito de su llamamiento, vuelve a su retiro de Colombey para seguir redactando con su fiel Pompidou y René Brouillet el primer tomo de sus *Memorias*, que el editor Plon publicará en octubre. Insistiendo en el asunto de la C. E. D. por el lado de las «garantías»,

Laniel firma el 12 de abril un convenio con la Gran Bretaña (a pesar de la oposición de ocho de sus ministros) y trata de negociar —con el apoyo de Maurice Schumann y de P. H. Teitgen, y a pesar de las reticencias de Bidault— un acuerdo sobre el Sarre, pero la hostilidad de los gaullistas se endurece, hasta el punto de que tres de sus seis representantes en el gabinete (el general Koenig, Lemaire y Chaban-Delmas) dimiten. Muy pronto, Laniel, puesto en minoría por 13 votos el 12 de junio, en el curso de un debate sobre Indochina, que ha enfrentado el 9 a Bidault y a Mendès-France, se retira, cediendo el puesto a este último, que esta vez obtiene la investidura por 419 votos (99 de ellos comunistas). Se está celebrando entonces la Conferencia de los Cinco (incluida China) en Ginebra, del 26 de abril al 21 de julio. No cabe duda de que Francia es realmente «el enfermo de Europa». Bajo semejante dirección, la Cámara rechaza el 30 de agosto, por 319 votos contra 264 (53 socialistas han votado a favor y 50 en contra) el proyecto de «Comunidad Europea de Defensa». Hay que volver a partir de cero.

De Gaulle, eco de Molotov: «desde el Atlántico hasta el Ural»

Los Soviets tienen motivos para regocijarse de la ayuda que les han prestado los gaullistas en aquel asunto, esencial para el futuro del viejo continente. Molotov, que ha exigido en la Conferencia de los Cuatro de Berlín (del 29 de enero al 9 de febrero de 1954) que China sea invitada a Ginebra, advertirá por otra parte al embajador Louis Joxe que la ratificación de la C. E. D. por Francia entrañaría «ipso facto» la anulación del pacto del 10 de diciembre de 1944 entre los dos países. El 10 de febrero de 1954, en efecto, el ministro soviético ha opuesto a aquella comunidad su propio plan (*Neue Zeit* del 23 de febrero y *France Nouvelle* del 6 de marzo), el de una Europa «desde el Atlántico hasta el Ural» que De Gaulle hará suyo y no cesará de preconizar. De aquel conjunto continental tienen que formar parte 32 Estados, entre ellos Rusia —y siete de sus estados federados— y Turquía (únicamente en su zona europea), con excepción de Inglaterra, de Irlanda y de Islandia. Además, Moscú se declara dispuesto a discutir la seguridad colectiva del continente, lo que incita a Eden a pedir que se celebren unas elecciones libres con vistas a la reunificación de Alemania; pero los rusos están aún demasiado obsesionados con el recuerdo de la Wehrmacht par atolerar a sus dirigentes cualquier concesión sobre ese extremo. Después de Beria, Malenkov verá cómo le reprochan, en el momento de su desgracia (8 de febrero de 1955), el haberse adherido al plan Eden en Varsovia el 6 de febrero de 1955, y más tarde Krutchev caerá precisamente porque se ha hecho sospechoso de debilidad en la materia. El asunto, pues, no puede prosperar.

La admisión de la Alemania del Oeste en la O. T. A. N. (con 12 divisiones y 1.000 aviones, pero sin armas A. B. C.), a raíz del fracaso de la Conferencia de Bruselas, por los Nueve, reunidos en Londres del 23 de septiembre al 3 de octubre de 1954, mientras Eden promete mantener 100.000 soldados en el continente, extrae la consecuencia de aquellas reticencias francesas. El 12 de octubre, la Cámara se resigna a aceptar aquel rearme (por 330 votos contra 113) y ratifica los acuerdos de París que lo confirman (28 de octubre), la Asamblea el 30 de diciembre de 1954 por 287 votos contra 260 (98 comunistas, 53 M. R. P. de un total de 84, y 76 abstenciones, 15 de

ellas M. R. P.), y el Consejo de la República el 27 de marzo de 1955 (por 184 votos contra 110). En el intervalo, Pierre Mendès-France (al que el M. R. P. ha dejado de apoyar, absteniéndose sobre el presupuesto el 10 de noviembre y sobre la reforma constitucional el 30 de noviembre), puesto en minoría el 5 de febrero de 1955 por 319 votos (73 de ellos M. R. P.) contra 273, ha tenido que abandonar el poder —con tanta cólera por su parte, que ha subido a la tribuna, con la amenaza en los labios: «Lo que se ha hecho durante estos siete u ocho meses, no se interrumpirá», ha gritado— y ceder el puesto a Edgar Faure (investido el 23 de febrero por 369 votos contra 210: S. F. I. O. y comunistas), con Antoine Pinay en los Asuntos Exteriores.

El Pacto de Varsovia contra la O. T. A. N.

Al rearme de la Alemania del Oeste, el mariscal Bulganin, portavoz del ejército rojo, replica concluyendo con los satélites de la U. R. S. S., el 14 de mayo de 1955, el pacto de Varsovia, que permite oponer a la O. T. A. N. una coalición de las fuerzas soviéticas, y proponiendo el 9 de junio neutralizar a las dos Alemanias. A fin de borrar la impresión dejada en Ginebra por Krutchev y el mariscal Jukov, ministro de Defensa, de que tal vez podría ser revisada la cuestión alemana (18-23 de julio), ha cerrado la puerta a la discusión, proclamando sin rodeos el 6 de agosto que «en el curso de los últimos diez años han surgido dos Estados alemanes». Y si bien ha consentido en la reanudación de las relaciones diplomáticas y en la liberación en principio de los prisioneros de guerra (fallecidos en su mayor parte), ha confirmado su postura, declarando a Konrad Adenauer, de visita en Moscú el 9 de septiembre, que la adhesión de la Alemania del Oeste a la O. T. A. N. impediría toda solución próxima del problema alemán.

En cambio, la diplomacia soviética se muestra más conciliadora en materia de armamento nuclear. Malenkov, al anunciar al mundo que la U. R. S. S. poseía la bomba «A», el 8 de agosto de 1953, ha proclamado al mismo tiempo su deseo de «coexistencia pacífica» con los Estados Unidos. A raíz de lo cual, Eisenhower ha propuesto en la O. N. U., el 8 de diciembre de 1953, la creación en Viena de una agencia internacional para la energía atómica. Y, a pesar de la reserva manifestada por Krutchev en Ginebra ante el deseo de los norteamericanos de obtener un régimen de «cielo abierto» (21 de julio), es decir, de control aéreo de las instalaciones militares, Moscú accede a enviar un representante a aquel organismo en 1955. En Austria, por otra parte, el Kremlin se ha visto obligado a ceder poco a poco, tras el fracaso de una huelga insurreccional intentada por los marxistas en septiembre de 1950. Renuncia ahora a la pretensión formulada en Berlín (29 de enero-9 de febrero de 1954) cerca del ministro de Asuntos Exteriores, Leopold Figl, de mantener sus tropas de ocupación en el país, y accede a la petición del canciller Raab, llegado a la capital rusa el 14 de abril de 1955: Molotov refrenda el acuerdo sobre la evacuación concluido el 15 de mayo por los Cuatro (Foster Dulles, Mac Millan y Pinay). La estricta neutralidad impuesta en Austria en contrapartida satisface efectivamente a Rusia en el terreno estratégico, ya que crea un vacío peligroso en el dispositivo de defensa occidental, entre Baviera y Venecia.

* * *

Krutchev, paladín de la «coexistencia pacífica»

Para Krutchev, el mejoramiento de sus relaciones con Nueva York resulta entonces esencial. Al eliminar a Malenkov ha facilitado aquella distensión. Según Salisbury-Salzburger, del *New-York Times*, Bernard Baruch le habría encargado de exigir aquella eliminación como prenda de la coexistencia pacífica, ya que Malenkov era considerado culpable de haber intentado hacer saltar a Tito por medio de un golpe de Estado, a raíz de una visita a Belgrado, y sospechoso de hostilidad hacia los sionistas (según el corresponsal de *Le Monde* en Tel Aviv, el 5 de marzo de 1953). Krutchev se esforzará, pues, en manifestar su buena voluntad mejorando sus relaciones con Mao-Tse-tung por una puerta y Tito por otra, dado que éstos sostienen las esperanzas de las democracias y del Judaísmo.

Al morir el zar rojo, el amo del comunismo chino ha expresado en un memorándum en diez puntos sus opiniones sobre la revolución mundial (a finales de la primavera de 1953) y proclamado «inquebrantable» la gran amistad entre los pueblos de China y de la Unión Soviética, y luego ha reclamado, en una carta del 10 de junio de 1954, que no haya acercamiento con Tito y que sean revisados los acuerdos concluidos con China el 14 de febrero de 1950. Para ganarse su simpatía, al tiempo que logra que se abstenga de atacar Formosa, Krutchev le ha prometido en Pekín, donde ha estado con N. Bulganin y A. Mikoyan del 29 de septiembre al 12 de octubre de 1954, su colaboración en el terreno nuclear, el envío de técnicos a las plantas fisiles del Sin-kiang y al reactor de agua pesada de los alrededores de Pekín, la entrega de 15 plantas (químicas), un crédito de 520 millones de rublos y la evacuación de Dairen, de Port Arthur y de la Manchuria para el 14 de mayo de 1955. Esas buenas relaciones se mantienen en 1956 y 1957. Mao admite, en el *Reumin Ribao* del 5 de abril de 1956, las críticas formuladas por Mikoyan y Krutchev, en el XX Congreso, el 24 de febrero de 1956, contra Stalin y el culto de la personalidad, y acepta la nueva dirección colegial, no sin expresar algunas reservas, el 23 de octubre de 1956. El 4 de noviembre, su periódico, *El Diario del Pueblo*, aprueba la brutal represión de la revuelta húngara y proclama el 29 de diciembre que «la U. R. S. S. es el centro y el corazón de nuestro movimiento», lo que confirma Chu-En-lai, llegado a Moscú el 7 de enero de 1957: «La gran Unión Soviética está a la cabeza del campo socialista». El mundo comunista se encuentra entonces en plena euforia. Mao, que ha dejado dilatarse las «Cien Flores», en mayo de 1956, para que la oposición se haga visible, a fin de poder decapitarla (deteniendo a 81.000 reaccionarios, depurando 300.000 funcionarios y enviando numerosos intelectuales, a los que desprecia (14), a establecer contacto con las realidades campesinas), se dispone a acelerar la colectivización, a organizar unas «comunas populares» en el Hunan en abril de 1958, y a hacer lanzar por Liu-Chao-chi en el congreso del 3 de mayo de 1958 una campaña para la multiplicación de los bajos-hornos de metalurgia artesana. Engolosinado por Aristov, que se ha presentado en el momento del lanzamiento del

(14) Desprecio que expresa en términos muy poco académicos en la Escuela del Partido, en Yenan, el 1 de febrero de 1942: «Vuestro dogma es en realidad menos útil que la mierda. Todos sabemos que la m... de los perros puede enriquecer los campos y que la m... humana puede alimentar a los perros. ¿Y los dogmas? No pueden, ni enriquecer los campos, ni alimentar a los perros. ¿para que sirven?» (Risas).

«sputnik» (*Pravda* del 26 de agosto de 1957) y en vísperas de las pruebas de la bomba «H» (4 de octubre y 3 de noviembre), a garantizar la ayuda soviética a Pekín (15 de octubre de 1957) para el desarrollo de la Mongolia exterior, la construcción de una vía férrea Sinkiang-Kazakhstan y la creación de un complejo industrial, Mao ha asistido en persona en Moscú, el 3 de noviembre de 1957, a los festejos del aniversario de la revolución rusa, y se ha felicitado delante de los Doce, según Nehru, de que «el viento del Este triunfe sobre el viento del Oste».

Consciente del peligro amarillo, Krutchev rompe con China

Pero, si bien desaprueba (*Diario del Pueblo* del 5 de mayo de 1958) las acusaciones yugoslavas contra la Rusia explotadora, no por ello admite la injerencia del Kominform en los asuntos internos del P. C. chino, reaviva, sin consultar previamente a Moscú, el conflicto contra Formosa (donde el ejército nacionalista, 75.000 hombres ha recibido cohetes atómicos el 7 de mayo de 1957), bombardeando de nuevo las islas Quemoy y Matsu (en la noche del 22 al 23 de agosto y hasta el 6 de octubre de 1958), y sólo renuncia a él (a pesar de las inútiles admoniciones del mariscal Malinovsky a Peng-Teh-huai, del 27 de mayo al 27 de julio) después haber obtenido en contrapartida de Krutchev, que ha viajado a Pekín en compañía de Kuznesov (primer viceministro de Asuntos Exteriores, ex embajador en China en 1953-55) y de Boris Ponomarev, el 2 de noviembre de 1958, cuatro submarinos y cohetes atómicos de alcance mediano, exigiendo controlar por sí mismo el empleo de aquellas armas, e impulsando los experimentos del sabio Chien-San-chiang (ex colaborador de Joliot-Curie en 1934, que había sido admitido con Klaus Fuchs e Igor Kurtchakov en los laboratorios Atomgrado I y II, en el lago Baikal) y de sus colaboradores Cha-Sung-yao, profesor del Instituto tecnológico de California, Wang-Kan, formado en Berlín, etc., que darán a China la bomba «A» y la bomba «H», seis y nueve años más tarde, respectivamente (15). Inmenso es el peligro de poner semejantes armas de destrucción en manos de un fanático que proclama, el 27 de febrero de 1957: «Estamos en contra de la guerra. Pero, si el imperialismo quiere desencadenar una, no debemos temerla. La primera guerra mundial determinó la aparición de la Unión Soviética, con una población de 200 millones de habitantes. La segunda guerra mundial determinó la aparición de un campo socialista con una población total de 900 millones de habitantes. Si los imperialistas están absolutamente decididos a desencadenar una tercera guerra mundial, puede tenerse la seguridad de que el resultado será el de hacer pasar a varios centenares de millones de personas al lado del socialismo. Entonces no quedará mucho espacio en el mundo para el imperialismo; incluso es posible que todo el sistema imperialista se derrumbe de un modo definitivo».

(15) El 16 de octubre de 1964, al día siguiente de la caída de Krutchev, y el 16 de junio de 1967. Los vectores han sido puestos a punto por Chien-Hsueh-shen (de Shanghai, becario del Instituto Tecnológico de Massachusets en 1935, discípulo del judío húngaro Theodor von Karman, especialista en cohetes en el Caltech de Pasadena (California), casado con la hija de un general nacionalista). Enviado en misión a Alemania como coronel norteamericano al final de la guerra, se disponía a reunirse en China con los 5.500 técnicos formados en el extranjero y los 80 chinos que habían regresado a su país después de 1949-50, a raíz del conflicto de Corea, cuando fue encarcelado en Honolulú en 1950. Fue liberado en 1955, ya que el gobierno Eisenhower, a pesar de la opinión en contra del secretario de Marina, Dan Kimball, accedió a cambiarlo por 11 aviadores yanquis prisioneros.

Krutchev se da cuenta del peligro, tanto más por cuanto la presión de China sobre sus antiguos estados tributarios, lejos de disminuir, se hace cada vez más insistente. El ejército rojo reprime duramente la revuelta tibetana; el Dalai Lama se ve obligado a huir (10-17 de marzo de 1959). Pekin aprovecha la ocasión para formular pretensiones sobre el territorio fronterizo, el Sikkim, el Bhutan e incluso el territorio de Ladakl (al este de Cachemira, el 17 de julio), en Lhassa. Moscú, que ha denunciado el 20 de junio de 1959 el acuerdo atómico con Pekin del 15 de octubre de 1957, respalda a la India concediéndole un crédito de 1.500 millones de rublos el 12 de septiembre. En tales condiciones, las conversaciones de cuatro días entre rusos (Suslov, Chelepin, Gromyko, Yuri Andropov) y chinos, el 30 de septiembre, sólo pueden desembocar en un callejón sin salida. El 6 de febrero de 1960, en vísperas de un viaje de Mr. «K» a la India, el Comité Central soviético acusa a China de «nacionalismo mezquino». El P. C. chino replica con una manifestación monstruo de un millón y medio de personas contra la conferencia en la cumbre, las negociaciones con el Oeste y la coexistencia pacífica (20 de mayo), que Lu-Chang-sheng denuncia el 8 de junio ante el Consejo de la Federación Mundial de Sindicatos, en los siguientes términos: «Es completamente erróneo creer que la guerra puede ser eliminada para siempre, mientras exista el imperialismo». La controversia se envenena: en el III congreso rumano de Bucarest, Krutchev acusa a los chinos de «no tener en cuenta los cambios que se han producido en la proporción de las fuerzas mundiales» y de «querer desencadenar una guerra» (21-22 de junio). Pero, temiendo una reacción de los neoestalinistas, el jefe del gobierno ruso se vuelve también contra Eisenhower y declara que sería «peligroso dejar que un hombre como él gobierne una nación», en vísperas de las elecciones que llevaron a John Kennedy a la presidencia, y suelta lastre retirando el 27 de junio sus delegados en el Comité de los Diez de Ginebra sobre el desarme. El foso se hace cada vez más ancho entre las dos «Mecas» del comunismo. Rusia reduce su cooperación, limita el 20 de junio de 1959 el alcance de la convención nuclear de octubre de 1957, rebaja al 40 % su participación en la financiación del plan chino, interrumpe los trabajos de ferrocarril del Sin-kiang, cuyo ramal chino alcanza a Lantcheu, así como 343 contratos, la construcción de una presa en el Yangtse, y anula 257 proyectos de cooperación. Aunque el presidente de la República china, Liu-Chao-shi visita Moscú el 6 de noviembre, los Soviets retiran a 1.390 técnicos y reducen todavía más sus suministros a China.

Se reconcilia con Tito

En lo que respecta a Tito, en cambio, se ha producido un acercamiento espectacular. Sin embargo, los anglosajones no habían dejado de aprovechar su ruptura con Moscú en 1948 para intensificar su ayuda a Yugoslavia. Los Estados Unidos, desbloqueando el 10 de julio de 1948 57 millones de dólares «congelados» desde 1941, y luego concediendo un primer crédito de tres millones de dólares el 18 de agosto de 1949, para la construcción de acererías por la «Continental Fondry and Machinery Cy», seguido de un préstamo de 200 millones de dólares del Export-Import Bank, el 8 de septiembre de 1949. La Gran Bretaña, concluyendo un acuerdo comercial por cinco años, financiado por un crédito de 2.500.000 libras esterlinas, facilitado en su mayor parte por el «Midland Bank» (al mismo tiempo que un crédito

igual a Polonia, el 23 de diciembre de 1948). Además, a raíz de un viaje del general Kotcha Popovitch, jefe del Estado Mayor yugoslavo, a Washington en junio de 1951, se ha concedido a Tito un crédito conjunto occidental (EE. UU G. B.-Francia) de 50 millones de libras esterlinas (16). A la muerte de Stalin, Tito no ha tenido inconveniente en adherirse a un nuevo pacto balcánico, con Atenas y Ankara (enero de 1953). Desde luego, Bulgaria queda excluida esta vez de aquella entente regional, lo mismo que Albania, convertida en el intervalo, por hostilidad al mismo tiempo contra Moscú y Belgrado, en un satélite lejano, una cabeza de puente de Pekin en Europa (17). A pesar de aquel flirteo en dirección al mundo occidental, la prensa soviética pone sordina en marzo de 1953 a sus campañas hostiles al régimen de Tito. Los epígonos, Beria en cabeza, tratan de ganarse la simpatía del Judaísmo; el 4 de mayo, Molotov (sustituto de Vichinsky desde el 2 de abril) consiente en recibir al encargado de negocios yugoslavo y en nombrar un embajador en Belgrado, el 16 (Firiubin, marido de la Furtzeva), en tanto que las conversaciones, reanudadas el 18 de abril con Rumanía, sobre el régimen del Danubio, desembocan en una reunión de ribereños, en junio, Mikoyan y D. T. Chepilov, que han estimulado a Krutchev a reanudar las relaciones con Tito, acompañan a su jefe de filas y a Bulganin a Belgrado, del 26 de mayo al 2 de junio de 1955. Una declaración conjunta reconoce entonces que «las cuestiones de organización interna, de diferencias de sistemas sociales... afectan exclusivamente a los pueblos de los diferentes países». La concesión de un crédito de 90 millones de dólares acaba de sellar aquella entente. La admisión en la O. N. U. de Albania, de Bulgaria, de Hungría y de Rumanía, obtenida de los Occidentales a raíz de la Conferencia de Ginebra (17 de julio de 1955), constituye el primer resultado de aquella política de coexistencia pacífica.

Condena a Stalin en el XX Congreso

Reunido el 14 de febrero de 1956, en presencia de 1.430 delegados (de los cuales tres cuartas partes tienen más de cincuenta años), el XX Congreso del P. C. (con 7.215.000 afiliados) es la consagración de aquella política. En tanto que el Comité Central, hinchado de 236 a 255 titulares, recibe a 123 nuevos miembros (entre ellos el mariscal Jukov y Leonid Brejnev), y que al lado de Krutchev y de Suslov, Chepilov, Mme. Furtzeva y Brejnev acumulan sus funciones en el Presidium con las del Secretariado, Michel Suslov condena el culto de la personalidad, Anastase Mikoyan critica el folleto de 1952 *Los problemas económicos del Socialismo* y condena el terror estalinista, rehabilita a Antonov-Ovseenko y a Kossior, en espera de que Krutchev forme en tres días, en forma de «ponencia secreta», una requisitoria que se presenta como una continuación del «Testamento político» de Lenin (24-25 de febrero de 1956). El Congreso aprueba la coexistencia pacífica con los Estados Unidos, a los cuales se concede la satisfacción de principio de suprimir el Kominform (*Pravda* del 17 de abril de 1956), reducido a las simples proporciones de una «sección internacional» del Comité Central, confiada a Suslov. Muy pronto, el plan del polaco Adam Rapacki de desnu-

(16) Desde 1945 hasta enero de 1962, la ayuda anglosajona a Yugoslavia alcanza 5.460 millones de dólares, 3.500 de ellos de los Estados Unidos.

(17) «Desde hace cinco años, nuestros dos pueblos han anudado ya una amistad fraterna», declara Mao al embajador de Albania, el 23 de septiembre de 1954.

clearización de las dos Alemanias, de Polonia y de Checoslovaquia (expuesto en la Naciones Unidas el 2 de octubre de 1957 y confirmado por un memorándum del 14 de febrero de 1958) ofrecerá garantizar la seguridad, neutralizando la Europa central. Transferida al terreno económico la rivalidad entre los dos Supergrandes, Krutchev, optimista, espera los mejores resultados de la descentralización, en beneficio de 107 regiones, organizada por el ingeniero Kuzmin (cuarenta y siete años) y por Frol Kozlov, y lanza un reto a los norteamericanos: «La U. R. S. S. habrá alcanzado a los Estados Unidos en la producción de mantequilla y de leche tal vez en 1958, y en la de carne en 1960». A pesar de una circular difundida a primeros de agosto por Malenkov, Molotov y Kaganovitch, cuyos efectos se ha apresurado a borrar Krutchev dirigiéndose a Brioni para reunirse con el dictador yugoslavo, llevado delante del Presidium en Sotchi, en vísperas del ataque israelí contra Egipto, la distensión con Tito es aprobada por el Congreso («todas las naciones vendrán al socialismo, aunque no de un modo idéntico»). Esto entraña el alejamiento de Molotov, que, tras haber hecho su autocrítica el 16 de septiembre, se ve reemplazado en los Asuntos Exteriores, primero por Chepilov (8 de junio de 1956) y luego por Gromyko.

Descarta a Zhukov, un aliado que se ha hecho molesto

A mediados de junio de 1957, Krutchev logra desbaratar el contraataque de la «Vieja Guardia», desencadenado por siete de los 11 miembros del Presidium el 18 de junio, convocando a tiempo el Comité Central, que le confirma en sus funciones de primer secretario, por unanimidad de todos los presentes (309) —26 de junio—, aumenta el número de los miembros del Presidium de 11 a 15 titulares, y de seis a nueve el de los suplentes, excluye a Malenkov, Molotov, Kaganovitch, Saburov y Pervukhin, y releva a Chepilov de sus funciones en el Secretariado (por haber hecho imprimir el 30 de junio un pasquín anunciando la muerte de Mr. «K»). En otros tiempos, aquella purga hubiese resultado fatal para los excluidos. Esta vez, se limita a relegar a Malenkov a la dirección de una central eléctrica, a Molotov a la embajada de Ulan-Bator (Mongolia exterior), a Kaganovitch al frente de una fábrica de cemento y a Chepilov a una cátedra de un Instituto polar. Krutchev, que no podía prescindir del ejército para llevar a buen término aquella operación, paga su deuda al mariscal Zhukov nombrándole, a pesar de tratarse de un militar, para el Secretariado (después de haberle llamado ya al Politburó, en recompensa de su colaboración contra Beria). Sin embargo, se trata de un aliado comprometedor. El verdugo de Berlín, amigo de Eisenhower, oficial de granaderos cuando había sido convertido al comunismo por Eugenia Bosch (hija de un general polaco), a la que había conocido en Viena, ¿no se ha entrometido acaso, en 1911, con su hermana Olga, para reconciliar a Lenin y Trotsky? Además, Eugenia (que se suicidará en 1924) y su amante, el capitán Dzevaltovsky, le han iniciado probablemente en la Francmasonería. Y hay algo peor: el camarada «X» (Zhukov), su amigo Belinsky y sus cómplices Yagoda y Beria, del N. K. V. D., así como unos profesores de la Academia Budienny de Leningrado, han tomado parte (mientras Krutchev desarrollaba una campaña contra Yenukidzé en *El Trabajador*, de Moscú, los días 14-15 de junio) en unas conjuras contra Stalin en 1935 (especialmente el proyecto de bombardear en picado el 1 de mayo la tribuna de honor con la colaboración de los pilotos del aeródromo central

y de los cadetes). Aplazado el complot hasta la próxima guerra, Zhukov, Beria y Belinsky han logrado escapar a las purgas monstruo que han eliminado a Radek, a Bukharin y a Rykov en 1938 y decapitado los cuadros del ejército. Furiosos, han asistido impotentes a la negociación por Molotov del pacto germano-soviético, que desbarataba provisionalmente todos sus planes. Lo que no impide que ahora Zhukov, caído en desgracia ante Stalin, alejado del mando de las regiones de Odesa y luego del Ural, excluido en 1946 del Comité Central, en el que no reingresa hasta 1952, sea susceptible de arrastrar demasiado lejos al régimen.

Los días 2 y 15 de julio, se atreve a atacar las purgas de 1938 y reclama la aceleración de las negociaciones con Eisenhower y los Estados Unidos... Ha llegado el momento de descartarlo de nuevo. Krutchev conviene con Tito, con el que se entrevista discretamente en agosto en Rumanía, que el mariscal será invitado a Belgrado, del 8 al 17 de octubre de 1957. Enviándole a continuación a Tirana, se le alejará hasta el 26 de octubre. El momento está bien elegido. En Rusia sólo se habla de los éxitos espaciales (lanzamiento del «sputnik», el 4 de octubre) y nucleares (explosión de la bomba «H», el 8). Y la atención de los diplomáticos está centrada en una tensión cuidadosamente mantenida por Gromyko con Turquía (habiendo desaparecido la valija diplomática de los Estados Unidos, el agregado naval ruso ha sido expulsado el 10 de septiembre, a raíz de lo cual, a una concentración turca en la frontera siria, ha replicado la de las tropas del mariscal Rokossovsky en el Cáucaso). La noche del 25, Krutchev, Bulganin y Mikoyan llegan con retraso a una recepción en la embajada del Irán. El 26 se sabe que Zhukov ha sido «recogido» al descender del avión por un piquete de honor de la Seguridad Militar. El mariscal Malinovsky le reemplaza en la Defensa Nacional; el carnet del partido es retirado a 34.000 oficiales; otros reciben un ascenso inesperado; el mariscal Gretchko es nombrado jefe de Estado Mayor; Ivan Serov asume el mando de las tropas de intervención del K. G. B., pretorianas del régimen; los créditos militares alcanzan el 21 % del presupuesto (en los Estados Unidos, el 9 %). «Sic transit»... Justificación: el mariscal en desgracia manifestaba «cierta tendencia a la aventura en materia de política exterior», y era necesario reforzar la autoridad política sobre el ejército. Como por arte de magia, la tensión cae: el 30 de octubre, Krutchev hace acto de presencia en la embajada de Turquía. En cambio... Tito se abstiene de asistir a la conmemoración de la Revolución de octubre, el 6 de noviembre. (¿Esperaba tal vez ser acogido por Jukov, convertido en amo del Kremlin?). El *New-York Times* se resigna a poner buena cara al mal tiempo: «Las fuerzas que motivaban su actitud, sobreviven (a Zhukov)», escribe.

Krutchev lanza un reto a Norteamérica, donde tiene asegurada la ayuda de los progresistas

La autoridad de Krutchev parece sólidamente asentada. En marzo de 1958 ha logrado relevar a Bulganin de la presidencia del Gobierno y relegarle al Banco del Estado, antes de excluirle del Presidium en septiembre. En el XXI Congreso, anticipado a enero de 1959 (y en el que dispone de 700 delegados sobre 1.260), no vacila en proclamar que «la U. R. S. S. será en menos de siete años la primera potencia económica de Europa, y en menos de quince años la primera del mundo». Entre el Este y el Oeste, si bien

subsisten o renacen los puntos de fricción (especialmente en Berlín, donde Ulbricht el 27 de octubre y Krutchev el 27 de noviembre declaran caducados los protocolos de los días 12 de septiembre de 1944 y 26 de julio de 1945, y pretenden suprimir las zonas de ocupación en un plazo de seis meses, lo que tiene por efecto reducir los votos del partido socialista unificado del 2,7 % en 1954 al 1,9 %), al menos se realizan esfuerzos para resolverlos por medio de negociaciones. Anastase Mikoyan efectúa en 1959 (4 de enero) un viaje «de vacaciones» a los Estados Unidos, donde es recibido por Cyrus Eaton, magnate de Cleveland (pariente cercano del ex presidente de los B'nai B'rith Herman Joseph Eaton), partidario de reanudar las relaciones comerciales con los Soviets, que ha visitado Moscú en septiembre de 1958 (18). Simultáneamente, Mr. «K», el 10 de enero, se muestra conciliador y habla «del derecho del pueblo alemán al restablecimiento de la unidad de Alemania». ¿Será el retorno de la primavera? El inglés Mac Millan, que ha llegado a Moscú el 21 de febrero para discutir acerca de los petróleos del Oriente Medio, evoca la posibilidad de reasumir el plan Eden, procediendo a unas elecciones generales, pero Gromyko se niega a ello. Sin embargo, la consigna es de entendimiento entre los bloques socialista y capitalista.

El título de un memorándum, cuya redacción, el 24 de febrero de 1961, los departamentos de Estado y de Defensa han confiado al doctor Lincoln P. Bloomfield, *Un Mundo bajo el control efectivo de las Naciones Unidas* (publicado el 10 de marzo de 1962), resumirá perfectamente aquella consigna. (Contiene esta perla: si el dinamismo del comunismo resulta gravemente afectado, el Oeste podría perder todo interés —incentivo— por un gobierno mundial; lo que implica que la ayuda norteamericana debe ser mantenida, ya que su supresión podría provocar el hundimiento del imperio comunista). En América, los «comanditarios» de los Soviets, Averell Harriman, Harold Stassen y James Warburg, abundan en el mismo sentido, apoyados por el todopoderoso «Council on Foreign Relations» y, en la prensa, por Walter Lippmann, seis grandes periódicos (de un total de siete) progresistas (*New-York Times, Washington Post, Saint-Louis Post Dispatch, Atlanta Constitut., Louisville Courier Journal* y *Milwaukee Journal*; únicamente el séptimo, el *Chicago Tribune*, es conservador), Henry Luce y sus revistas de gran difusión, Howard K. Smith y Edward R. Murrow en la radio, y el grupo «Americans for Democratic Action», fundado por los publicistas Marquis Childs (*Saint-Louis D.*), los hermanos Joseph y Stewart Alsop (*Sat. Eve. Post*), James Wehsler (*N. Y. Post*), Ken Crawford (*Newsweek*) y Elmer Davis. El presidente Dwigth Eisenhower (elegido contra Adlai Stevenson en noviembre de 1952 por 33.900.000 votos y 442 mandatos contra 27.300.000 y 89, y de nuevo en noviembre de 1956 por 35.500.000 contra 26 millones), sólo es republicano de fachada. El juez del Tribunal Supremo, William O. Douglas, radical, le había escogido primeramente como candidato demócrata, cuando,

---

(18) Nacido en Pugwash (Nova Scotia, Canada), ha sido, gracias a un tío suyo, protegido de John D. Rockefeller. Se ha enriquecido, desde 1907, en asuntos de gas y electricidad («Continental», 1912; «United Light», 1925). Luego, interesado desde 1916 en el banco «Otis», prosperó en la siderurgia («Rep. Steel», 1925; «Cleveland Cliffs», 1929) y en los neumáticos («Goodyear», 1930). Habiendo perdido su fortuna, evaluada entre 80 y 100 millones de dólares, en un pleito intentado por la «Betlehem Steel», la rehizo, durante la última guerra, reconstituyendo la «Cleveland Cliffs» y participando en los beneficios de los coches «Kaiser-Frazer». En octubre de 1946, gracias a Franklin Roosevelt, consiguió evadirse de una encuesta del Congreso y de un nuevo proseguimiento por ganancias ilícitas.

para hacer frente a la candidatura de Robert A. Taft, consideró más hábil oponerle, en el interior de la convención republicana, la del general, apoyada por unos periodistas demócratas adheridos a la idea, tales como Philip Graham del *Washington Post* y Arthur Hays Sulzberger del *New-York Times*. Así, el general (cuyo gobierno aumenta la deuda en 25.000 millones de dólares en ocho años; extiende el control federal sobre la Sanidad, las asambleas de los Estados y sobre 400 grandes ciudades, en materia de paro obrero, de construcción y de urbanismo, y eleva el déficit a 12.500 millones de dólares en 1958, lo que le vale ásperas críticas del senador Barry Goldwater a partir del 8 de abril de 1957) se apresura a prohibir la comunicación de los expedientes de los funcionarios a las comisiones de encuesta parlamentarias (29 de diciembre de 1954) y a reducir al silencio al senador Mac Carthy (que desaparecerá en 1957 en circunstancias sospechosas). Sus buenas disposiciones, no sólo a favor de la paz en Corea, sino también de la coexistencia pacífica, se traducirán en una ayuda de casi 3.000 millones de dólares a Polonia y a Yugoslavia hasta 1961, de 479 millones de dólares al presidente Soekarno de Indonesia (desde 1955) y de 20 millones a Lumumba en el Congo (en total, 7.000 millones de dólares a los comunistas y a los neutralistas). Su vicepresidente Richard Nixon representa entonces la tendencia anticomunista en aquella administración. Sin embargo, él es quien, habiéndose reanudado las conversaciones del 13 de julio al 3 de agosto, se dirige a Moscú el 23 de julio, e invita a Mr. «K» a efectuar, ocho semanas más tarde, una gira por los Estados Unidos (15 de septiembre de 1959), en la cual los hombres de negocios son los primeros en acogerle. Lo mismo ocurrirá en Francia cuando De Gaulle, amigo íntimo del embajador Vinogradov. acariciando la idea de un encuentro en la cumbre, organiza para aquel «compañero de honor» una vuelta a Francia y unos encuentros engolosinadores con los negociantes «liberales» (23 de marzo de 1960).

Polonia se alza contra la explotación soviética

Aquella «buena voluntad» norteamericana persistente en lo que respecta a Moscú no ha sido desmentida durante la crisis, que se incubaba desde la muerte de Stalin, entre la Meca del comunismo y sus satélites, y que acaba de culminar en la agitación polaca y el levantamiento húngaro de 1956. En el interior mismo de la U. R. S. S., a comienzos del año 1955, los disturbios se habían reproducido, como en la época de Beria, en los campos de concentración de la desembocadura del Yenisei, provocando tres meses de combate y el empleo de blindados contra 25.000 insurgentes de Karaganda y de Vorkuta (donde hubo 32 muertos). El 4 de marzo de 1956, una revuelta, probablemente estimulada bajo mano por los neoestalinianos, tras unas manifestaciones en Georgia, en Mingrelia y en Bachtiria, ensangrienta durante tres días Tiflis, donde se recogen 600 muertos y 300 heridos. Quince días después de su invitación a Tito en Sotchi, Krutchev era llamado a resolver con Polonia unas dificultades que no habían cesado de acumularse en 1955, a pesar de que el Congreso celebrado del 10 al 16 de marzo en 1954 había separado los poderes entre Bierut, secretario general, y Zawordski y Cyrankiewicz, respectivamente presidentes de la República y del Consejo de ministros; de que Stanislas Radkiewicz había sido apartado del ministerio de Seguridad, disuelto el 7 de diciembre de 1954, y de que se promulgara una amnistía parcial a finales de año, Además, Bierut, el hombre de Stalin

obligado a hacer su autocrítica delante del Comité Central el 21 de enero de 1955, había muerto en Moscú, el 12 de marzo; su brazo derecho, el judío Jacob Berman, había dimitido el 5 de mayo del Politburó; 30.000 detenidos habían sido liberados y 70.000 se habían beneficiado de reducciones de pena, el 25 de abril, en tanto que el ex ministro de Justicia Swiatkowski, el procurador general Kalinvski y varios policías, arrestados, acompañaban a Radkiewicz en su desgracia. El 20 de marzo, en presencia de Mr. «K», había sido nombrado un nuevo secretario general, Edouard Ochab (con preferencia al judío Roman Zambrowski). El 6 de abril, Gomulka, sus amigos Spychalski y Kliszko, y cinco generales (Tatur, Kirchmayers, Moczár, Karopiesca y Komar) habían sido liberados, al mismo tiempo que otros amigos de Tito eran rehabilitados: Kostov en Bulgaria, Rajk en Hungría (27 de marzo de 1956), y que el Kominform era disuelto (el 17 de abril). Por desgracia, el pueblo respondió muy mal a aquel anticipo de democratización prometida por el primer ministro Cyrankiewicz. El 28 de junio, en Poznan, 15.000 obreros de la fábrica de material ferroviario Zispo protestan contra el aumento de las «normas» y se sublevan a los gritos de: «¡Queremos pan! ¡Abajo el comunismo! ¡Fuera los rusos!» Las tropas especiales del K. B. W. disparan; se producen 44 muertos y más de 300 heridos entre los manifestantes, y nueve muertos entre las fuerzas de represión, que efectúan 323 detenciones. Bulganin y Jukov llegan a Varsovia el 18 de julio, y en un pleno del Comité Central autorizan a Ochab a admitir a Adam Rapacki, Eugen Gierek y Roman Novak como titulares en el Politburó, con dos suplentes «liberales» (28 de julio); a reducir los efectivos militares en 50.000 hombres (13 de agosto); a nombrar al general Komar (un judío, veterano de las brigadas internacionales de España, amigo de Tito) jefe de los Servicios de Seguridad (24 de agosto); a destituir al ministro de Economía, el judío Hilary Minc, y al presidente del Consejo de los Sindicatos, Klosiewicz (20-21 de agosto); y a reanudar las relaciones diplomáticas con Yugoslavia. El 19 de octubre, el asunto termina, en presencia de todo el Estado Mayor soviético, Krutchev y Mikoyan, vigilados por Molotov y Kaganovitch, y del mariscal Koniev, con el nombramiento de Gomulka (readmitido el 5 de agosto en el Partido) como secretario general (por 74 votos contra 23 del mariscal Rokossovsky) y la entrada en el Politburó de cuatro dirigentes «liberales» (de un total de nueve): Gomulka, Spychalski, Loga-Sowinski y Kliszko (21 de octubre). Los estudiantes, reunidos en número de 20.000 en la Escuela Politécnica, se manifiestan y reclaman la libertad de prensa. Otras manifestaciones tienen lugar en Poznan, Wroclav, Lignice y, el 23, en Varsovia (300.000 personas). Por su parte, la oposición procura no atacar de frente al régimen comunista en sí. De este modo se evita el drama. El 30 de octubre, la U. R. S. S. concede un crédito de 100 millones de rublos, autoriza un alza de los precios del carbón, promete la repatriación de los deportados, acepta la suspensión de la colectivización (a finales de 1956, de 10.600 kolkhozes sólo quedarán 1.700), el mejoramiento de las relaciones con la Iglesia. El 18 de noviembre, a cambio del mantenimiento de sus tropas, acuerda la anulación de 2.000 millones de rublos de deudas y la entrega de 1.400.000 toneladas de trigo.

Hungría se subleva

Por desgracia, en Hungría discurren las cosas de otro modo. Queriendo evitar, tras la desaparición de Stalin, que los disturbios de la Alemania orien-

tal se extiendan a aquel país (en el que los obreros de Csepel se movían ya), el Presidium ruso había convocado el 25 de junio de 1953 a Moscú a los dirigentes magiares. Atacado violentamente por su semicorreligionario Beria (¡Nunca ha habido, y nunca toleraremos que haya un rey judío en el trono de Budapest!), el sanguinario Mathias Rakosi (privado del apoyo de sus acólitos Gerö, Farkas y Revai, eliminados) es reemplazado el 27 de junio en la presidencia del Consejo por Imre Nagy (reintegrado al Politburó en 1951). Este último libera el 4 de julio a 100.000 detenidos y suprime los campos de internamiento, decide aumentar los salarios, construir viviendas y proteger al artesanado. Tiene el valor de denunciar 120.000 millones de forints de despilfarros y de reanudar los contactos con unos representantes del Frente Popular de Independencia. Pero aquella acción fue saboteada inmediatamente por Rakosi, mantenido hábilmente en el secretariado del Partido, que seguía siendo el amo del «plan». Contraatacando, en el III Congreso, el 24 de mayo de 1954, y en Debreczen, el 21 de diciembre, Rakosi reclama la elevación de las «normas», la disminución de los salarios, el aumento de los impuestos a los campesinos y, aprovechando la circunstancia de que Nagy ha sido víctima de un infarto, le aleja de la presidencia del Consejo, del Politburó y del Comité Central, el 18 de abril de 1955 (antes de expulsarle del P. C. en el otoño, e incluso de la Academia de Ciencias), y pone en su lugar a Andreas Hegedüs, que se esfuerza en reconstituir en todas partes unos núcleos comunistas sólidos, en forzar la adhesión de los campesinos a los kolkhozes y en reestructurar la policía política, la A. V. H., cuyo jefe, Gabor Peter, había sido detenido en diciembre de 1952.

Aquello equivalía a ir contra la corriente. Apenas Bulganin y Krutchev se dirigen a Belgrado para reunirse con Tito, el 26 de mayo de 1955, Miklos Göres (un periodista judío, ex colaborador de Revai, excluido del partido por «laborismo») reclama la rehabilitación de Rajk (28 de mayo). Los intelectuales le hacen eco; para hacerles callar, el gobierno se incauta de su periódico, *Irodalni Ujsag*, y condena el 6 de diciembre a Zoltan Zelk y a 60 miembros de la Asociación de Escritores, que han protestado el 10 de noviembre. Pero los estudiantes, la Unión de las Juventudes comunistas, vuelven a la carga: en el círculo «Petöfi» (el poeta de la independencia húngara), creado en mayo de 1956, la viuda de Lazlo Rajk (rehabilitado el 27 de marzo de 1956), acusa a Rakosi delante de 6.000 personas el 19 de junio, y el 28, Geza Losonczy, liberado de la prisión, hace aclamar a Imre Nagy. Rakosi querría reaccionar deteniendo a 400 personas (30 de junio): Moscú se opone a ello. Mikoyan, presente el 17 de julio en una reunión del Politburó magiar, antes de ir a entrevistarse con Tito en Brioni, obtiene de Krutchev que ordene por teléfono a Rakosi que haga su autocrítica y salga hacia Crimea (18 de julio). Nombrado secretario general, Ernö Gerö elimina al «general» Farkas del gobierno (así como a su hijo y a quince de sus esbirros de la policía), admite a Janos Kadar en el gabinete, se dispone a readmitir a Imre Nagy en el partido y renuncia al empréstito obligatorio. Pero el 6 de octubre de 1956 (aniversario de la ejecución de 13 generales en 1849, y también de la de Rajk y tres de sus amigos), 300.000 personas se manifiestan; el 15, una delegación pasa una semana junto a Tito en Zagreb y en Belgrado. En Szeged, el 19 de octubre, los estudiantes, en Györ, el 20, Gyula Hay, líder de los intelectuales, reclaman las mismas concesiones que acaban de obtener Gomulka y los polacos, y en Budapest, el 23, delante de la estatua de Petöfi, los jóvenes llevan a cabo una demostración. Desbordado, Gerö (que acaba

de regresar de Belgrado con un acuerdo de cooperación con Tito) no se atreve a hacer disparar contra la multitud, como le aconsejan Revai y el ministro del Interior, el ex carnicero Laszlo Piros. Engrosada con obreros, en la plaza Marx, la manifestación absorbe a 900 cadetes en la plaza Bem, e incluso a unos soldados, cruza el puente Margarita y por la noche agrupa a 200.000 personas delante del Parlamento. Tímidamente, Imre Nagy (llamado por Losonczy, pero que subordina al acuerdo del Comité su acceso al poder) las arenga: «¡Camaradas!» Le abuchean, derriban la estatua de Stalin, asedian la radio (defendida por 500 hombres de la A. V. H., tomada por asalto alrededor de medianoche por obreros armados de Csepel y de Ujpest). «Invitado» por el Comité Central, Nagy acepta la presidencia del Consejo, con Hegedüs como vicepresidente, y tres de sus amigos, Losonczy, Ferenc Donat, Lukacs (reemplazando a los lugartenientes de Rakosi, Piros, Bata...); aprueba la ley mareial; pero, ¿quién, a espaldas suyas, llama como refuerzo a las dos divisiones blindadas rusas de ocupación (600 tanques, 20.000 hombres)? El 24 de octubre, 70 tanques y 50 autoametralladoras intervienen contra los sublevados (25.000 jóvenes y unos millares de obreros). Llegados aquel mismo día, Suslov y Mikoyan consienten en principio a considerar su retirada, y reemplazan a Ernö Gerö por Janos Kadar como secretario del P. C. Los incidentes continúan, por otra parte: en el cuartel Killian, bloqueado por los manifestantes, el coronel de blindados Pol Maleter (ex comandante de la Guardia del presidente Zoltan Tildy) restablece la calma, el 25, pero, sobre la multitud que fuerza la entrada del Parlamento, la A. V. H. dispara desde los tejados de enfrente, mata a 30 personas y hiere a otras gravemente (en total, los muertos durante la jornada serán 170). Al día siguiente, 26, mientras en la capital los tanques rusos toman por blancos las casas y, para reprimir unos disturbios en la frontera austríaca, en Magyarovar, la A. V. H. mata a 77 paisanos y Gerö y Hegedüs buscan refugio en Rusia, Nagy, tan decepcionante hasta entonces, liberado de su escolta policíaca secreta por Sandor Kopacsi (comandante de la policía de uniforme), adquiere por fin cierta seguridad. Recibe a unos delegados de Miskolc (ciudad de 150.000 habitantes, centro del distrito de Borsod), que han expulsado a la policía y a la administración del P. C. y formado unos consejos de obreros y de soldados, y les promete ampliar su gobierno. En provincias, la insurrección se extiende a Györ, Vezprem, Debreczen. De hecho, si bien conserva al estaliniano Antal Apro como vicepresidente, Nagy llama a Zoltan Tildy (de los pequeños propietarios) como ministro de Estado y a Bela Kovacs a la Agricultura, el 27, disuelve el Comité Central el 28, lo reemplaza por un Comité de seis miembros (cuatro de ellos amigos suyos), que decide el 30 incluir a tres no comunistas y reconstituir cuatro de los antiguos partidos. El 3 de noviembre modifica su gabinete, con Szabo (de los pequeños propietarios), Ferenk Farkas y Bibo (del partido «Petöfi»), Anna Kithly, liberada de la prisión, Kelemen y Fisher (socialdemócratas), en tanto que Gerö y Hegedüs, el 26 de octubre, Piros y Bata el 30, y finalmente Janos Kadar y F. Münnich, ministro del Interior, buscan refugio en territorio soviético (los dos últimos, con Apro, en Uzhgorod, en la Ucrania subcarpática).

Los tanques rusos aplastan la contrarrevolución

El movimiento, en efecto, reviste cada vez más el carácter de una contrarrevolución. En la capital, la sede del P. C., en la plaza de la República

(defendida por un destacamento de la A. V. H., cuyo jefe ha sido colgado), es conquistada el 30 de octubre. Otros locales del partido han sido ocupados. Los nacionales-campesinos levantan la cabeza. En enlace con Attila Szigathy, que reúne en Györ un Consejo nacional de 400 delegados del Oeste, con los comités de Sopron y de Miskolc, Joseph Dudas, el 30 de octubre, convoca un congreso para el 1 de noviembre, reclama ser reconocido por Imre Nagy y denuncia el pacto de Varsovia. Desbordado, el jefe del gobierno se esfuerza todavía, con Sandor Kopacsi, el coronel Maleter e incluso el ministro del Interior Münnich, en constituir una guardia nacional, encuadrada por el ejército y la gendarmería, en tanto que el ministro de Defensa Nacional Karoly Janza tiene que ceder el puesto a un comité formado por el general Bela Kiraly (encarcelado en 1951), el general Varadi de los blindados, el coronel Maleter y el teniente coronel Maridu, que Istvan Kovacs es nombrado jefe de Estado Mayor y que Kopacsi lanza un programa en ocho puntos, con un ultimátum a los rusos para que evacúen el país sin demora (31 de octubre). Los campesinos se disponen ya a disolver kolkhozes y suvkozes y a reemplazarlos por unas cooperativas facultativas. Y los obreros de las 24 fábricas principales de Budapest, siguiendo el ejemplo de los comités de gestión yugoslavos, reclaman la constitución de comités de empresa, facultados para discutir los salarios, los contratos, los planes de producción y de financiación, y para nombrar los directores (31 de octubre). Es un desquiciamiento total del régimen comunista. Los jefes de las Iglesias, el cardenal Mindszenty y los obispos luterano y calvinista, se adhieren al movimiento y lanzan un llamamiento a Occidente en demanda de ayuda (2 de noviembre).

Adormecido hasta entonces por la retirada aparente, después del 29 de octubre, de las tropas rusas de ocupación (que han ido a ocupar los aeródromos contiguos a la capital y se han reagrupado en espera de refuerzos), por los ofrecimientos de negociaciones difundidos por Radio Moscú, por las entrevistas que ha celebrado, el 31 de octubre, con Suslov y Mikoyan, que han venido a calcular sobre el terreno la extensión de los daños, y por las declaraciones conciliadoras del embajador Andropov, Imre Nagy espera al 1 de diciembre para denunciar el pacto de Varsovia, declarar la neutralidad de Hungría (a ejemplo de Austria) y dirigir un llamamiento a la O. N. U. Pero ya es demasiado tarde. Para colmo de desgracia y de imprudencia, los delegados del ejército húngaro (Ferenc Erdei, el general Kovacs, los coroneles Maleter y Szucs), que, a invitación de Andropov, han conversado en el Parlamento el 3 de noviembre con los generales rusos Malinin, Cherbanin y Stepanov, se dejan atraer por la noche al Cuartel General soviético de Tokol, donde el general chequista Serov se apodera de sus personas. Es una emboscada. Pero, ¿acaso no es una trampa todo el asunto de Budapest? La primera manifestación no tuvo lugar hasta el 23 de octubre, y desde los días 20 y 21 la ocupación de los puentes de Zahony (en la frontera soviética) y las concentraciones efectuadas desde el 22, preparaban la intervención del ejército rojo. Empujados por los jefes militares, Zhukov y Koniev, y por los dirigentes de la Alemania del Este, de Checoslovaquia y de Rumanía, temerosos del contagio, Molotov, Kaganovitch y Suslov han inducido a Krutchev, ya en posición de inferioridad después de los acontecimientos de Polonia, a reaccionar con vigor y a comunicar sus decisiones a los mariscales reunidos el 2 de noviembre.

Para sofocar la rebelión, ocho divisiones blindadas (2.500 tanques y autoametralladores, 1.000 vehículos), 150.000 y muy pronto 200.000 soldados penetran en Hungría. Desde Checoslovaquia, a través del Matra, franqueando el Danubio en Kormarus, desde Rumanía, desde Ucrania, por Debreczen y Szolnok, a pesar de la oposición de los ferroviarios, aquellas fuerzas, establecidas en arco de círculo, desde Zahony hasta Debreczen y Szolnok (donde Kadar constituye el 4 de noviembre un gobierno que promete aplicar —aparte de la restauración de los partidos políticos— el programa de Imre Nagy), al Nordeste y Sudoeste de Budapest, ocupan la provincia de Borsod, cortan el camino de Viena enterrando unos blindados en la frontera austríaca, capturan los aeródromos de Szeged, de Kecskemet (en el Sudeste), además del de Ferigehy, contiguo a la capital, antes de converger hacia el centro del levantamiento. Al amanecer del 4 de noviembre, sus tanques, procedentes del sur, cortan la isla de Csepel (que resistirá hasta la mañana del 10 de noviembre), aislan el distrito de Ujpest, atacan a cañonazos en Pest, sobre la orilla izquierda, los reductos de los insurgentes (avenida Ullov, plaza Marx, plaza Kalvin, cuartel Killian, cine Corvin), entablan combates en la orilla derecha, en el monte Gellort, en la Ciudadela, sobre la colina del Palacio Real, en la plaza Szina, antes de alcanzar el Parlamento, los puentes, las sedes de la radio y de la Policía. En provincias, algunos bastiones resisten: en el sur, cerca de Pecs y de las minas de uranio, 5.000 rebeldes se mantendrán tres semanas en el macizo del Meczek, antes de retirarse a Yugoslavia; en Vezprem (al NO. del lago Balaton), estudiantes y guardias nacionales luchan dos días, así como la guarnición de Szekesfohervar, los estudiantes de Sopron (en la carretera de Györ), los mineros de las hulleras de Tatabanya. Para escapar a los verdugos, Tildy y Szabo desaparecen; el cardenal Minszenty encuentra asilo en la embajada norteamericana; Nagy, Losonczy y algunos amigos en la legación yugoslava, donde, a pesar de su salvoconducto, son detenidos a su salida el 22 de diciembre, para deportarles a Rumanía, antes de volver a traerles para juzgarles, condenar a la horca al coronel Maleter, a Szylagyi y a Gorres el 17 de junio de 1958, y a los otros, Losonczy, el universitario Donth, Janosi (yerno de Nagy), el periodista Vasarhelyi, Tildy y Kopacsi a penas de prisión. Mientras 200.000 húngaros emprenden el camino del exilio, detenciones y deportaciones en masa marcan la represión. Como antaño en Varsovia, el orden —rojo— reina en Budapest. Kadar suprime la libertad de prensa, anula los consejos de empresa (9 de diciembre), aplaza las elecciones (8 de enero de 1957), castiga la huelga con la pena de muerte (el 13), disuelve la Unión de Escritores (el 17) y hace ejecutar a 40 insurgentes (antes del 23 de febrero).

Frente a la O. N. U. impotente y con la complicidad del Judaísmo norteamericano y del C. F. R.

En la O. N. U., el Consejo de Seguridad ha oído, el 28 de octubre, al representante francés, Corniglion-Molinier, denunciar la intervención de la U. R. S. S. como «un atentado a las libertades de Hungría», ya que el pacto de Varsovia sólo debía funcionar contra una agresión exterior. Ha condenado a Rusia por nueve votos contra uno y una abstención, la de Yugoslavia, aunque el delegado húngaro, Peter Kos, haya tenido la desfachatez de pretender que se trataba de una cuestión interna. Volviendo a la carga el 2 de noviembre, Francia pide que el caso sea llevado a la Asamblea

(que se dispone a aprobar el alto el fuego en Suez). A su vez, en la noche del 3 de noviembre, el representante norteamericano, Henry Cabot Lodge, reivindica en el Consejo de Seguridad el derecho de Hungría a elegir su propio gobierno; al día siguiente, su propuesta de reunir inmediatamente la Asamblea es adoptada por nueve votos, a pesar del veto soviético, pero cuando aquel organismo condena la intervención rusa por 53 votos contra siete, el gobierno Nagy ya no existe, y el ruso Sobolev arguye que, en tales condiciones, su queja —la de Nagy— no puede ser admitida. De todos modos, la Asamblea decide por 50 votos contra ocho y 15 abstenciones que una comisión irá a investigar sobre el terreno. ¿Para qué? Para salvar la cara, únicamente... La confianza brilla por su ausencia hasta el punto de que el diplomático danés Povl Bang-Janson, ponente de la Comisión, se negará a citar los nombres de las personas interrogadas por él en Hungría, a fin de no comprometerlas, y, por esa negativa, el secretario general de la O. N. U., Dag Hammarrskjöld, le destituirá en 1958.

En cuanto a los llamados paladines de la libertad y de la democracia, es decir, los políticos norteamericanos, sus actos no están de acuerdo con sus palabras. La víspera misma de la intervención rusa (3-4 de noviembre), el azar quiso que un almuerzo reuniera al ministro de Asuntos Exteriores Chepilov y al delegado Sobolev con Bernard Baruch (*Pravda* del 17 de noviembre). ¿Dio «luz verde» a sus invitados el pontífice del Judaísmo? En todo caso, el 2 de noviembre, un telegrama del Departamento de Estado advierte ya a Tito que el gobierno norteamericano «no considera con simpatía la actitud inamistosa de gobiernos vecinos de la U. R. S. S.» hacia ese país. Lo que no está mal. ¿Se ve más claro ahora? Apenas tres días después de las primeras manifestaciones, el 26 de octubre de 1956, Walter Lippmann, el «oráculo», escribe a propósito de los húngaros, que luchan heroicamente una vez más por su independencia, esta advertencia cínica: «No nos interesa que el movimiento en la Europa oriental llegue tan lejos como para hacer imposible un acuerdo con Rusia... En interés de la paz y de la libertad (!!!)... el levantamiento en la órbita de los satélites debe estabilizarse bajo la forma del titismo». ¿Acaso el objetivo final del Judaísmo no es el comunismo a gusto de los banqueros?

¿No es esa también la doctrina constante del progresismo norteamericano, del «gobierno invisible» del C. F. R.? Futuro ayudante personal de John Kennedy y de Johnson, Arthur Schlesinger Jr. lo expresaba en los siguientes términos en la *Partisan Review* de mayo-junio de 1947: «Los Estados Unidos no deben tratar de "ganar" contra el comunismo, de liberar a los pueblos cautivos, *ni siquiera de permitirles que se liberen ellos mismos*» ... «Byrnes y Marshall experimentaron la necesidad de ser firmes, pero sin rencor, de hacer fracasar la expansión soviética, sin asumir compromisos ilimitados en lo que respecta a la cruzada antisoviética». «Unos hombres como Ben Cohen, Dean Acheson y Charles Bohlen (los tres del C. F. R.) trataron de precisar los detalles y de forzar ("whip up") unos apoyos para ese programa considerado como "arriesgado"» (Congress Record, 6 de febrero de 1962, A, 883). John Stormer llegó a la acertada conclusión (pág. 212) de que «los fracasos del Occidente no han sido accidentales», y de que «los acontecimientos posteriores a la segunda guerra mundial se han desarrollado en su conjunto de acuerdo con un plan». Plan que se aplica también a los Estados Unidos. Profesor en Harvard, Schlesinger, nuevo Lasalle, no ocultará por otra parte,

en 1947, sus sentimientos marxistas, prudentemente evolucionistas: «Hay que introducir el socialismo paso a paso y democráticamente», considerar la «progresión gradual del socialismo en los Estados Unidos a través de una serie de "New Deals"» (el propio Stalin ha declarado a Harold Laski que la cosa no era imposible). «Sus agentes activos (son) no la clase obrera, sino alguna combinación de hombres de leyes, de jefes de empresas y de sindicalistas, políticos e intelectuales, al estilo del primer "New Deal"» (6 de febrero de 1962, Congress Record, A, 881). El senador Jenner ha definido perfectamente aquella táctica: «Alguien, en alguna parte, ha concebido la brillante estrategia de la Revolución por medio de un ensamblaje en cadena». «El plan de la Revolución universal ha sido dividido en elementos separados, cada uno de los cuales parece completamente inocuo, tranquilizador y familiar ... No se pulsará el botón hasta que el pueblo norteamericano esté condicionado o convencido de que toda resistencia sería inútil» (Congress Record, 23 de febrero de 1954, pág. 2014, ff). Durante cierto período transitorio, el propio capitalismo puede no ser un enemigo, sino un aliado. David Lilienthal, el hombre de la «Tennessee Valley Authority» y de la Comisión atómica, ha dedicado un libro entero, *Big Business*, publicado en 1953, a explicar que los monopolios capitalistas, e incluso el control ejercido por ellos sobre la mayor parte de las empresas medianas y pequeñas (como la seudodemocratización de las sociedades por acciones), constituían no un obstáculo, sino una etapa útil en el camino del socialismo (19).

* * *

Del «hogar judío» al Estado de Israel

Por todos esos motivos, los Estados Unidos se muestran tan prestos a reaccionar contra las maniobras de los «colonialistas» franco-británicos sobre Suez, como poco decididos a hacerlo contra el imperialismo soviético en Europa. El asunto, llevado a la O. N. U. al mismo tiempo que el de Hungría, encuentra a los norteamericanos dispuestos a unirse a los rusos para hacer presión sobre sus antiguos aliados, al tiempo que tratan con la mayor consideración a Israel, del cual ambos han sido «padrinos».

De la primera guerra mundial, según las predicciones de Pereira Mendez, el Judaísmo ha hecho surgir un «hogar judío» en Palestina; de la segunda, el Estado de Israel, en espera de lanzar al Universo, si es preciso, a una tercera guerra, para conquistar para aquel Estado, ombligo del mundo, sus fronteras naturales, del Nilo al Eúfrates («Me pedís que os entregue las llaves de la región estratégica más importante del mundo», respondió Ernest Bevin al doctor Nahum Goldman, presidente del Congreso Judío Mundial).

---

(19) Promotor de la política de contención, considerado por algunos como responsable de la «guerra fría», John Foster Dulles no alimentaba ninguna animosidad particular contra los Soviets, a juzgar por este informe al «Federal Council of Churches» (P. V. de 1946, págs. 240 a 246): «Como programa económico de reconstrucción social, el comunismo tiene puntos de contacto con el mensaje social del cristianismo, lo mismo que en su preocupación por los más pobres y en su insistencia por la igualdad de las razas (¡el que habla es un yanqui!). Ni el socialismo de Estado ni la libre empresa ofrecen un sistema económico perfecto; cada uno de ellos puede aprender de la experiencia del otro».

Sobre el estatuto futuro de Palestina, todas las negociaciones han fracasado: la primera conferencia de Londres (7 de febrero-11 de marzo de 1939), insistiendo en los proyectos de partición de la comisión Peel de julio de 1937 y del informe de sir W. Woodhead de 1938 (federación de cuatro zonas; judía, árabe, Neguev y Jerusalén, internacionalizado), lo mismo que la segunda (10 de septiembre-2 de octubre de 1946), basada en el plan Morrison, estudiado desde julio hasta septiembre. Los árabes oponen un contraproyecto de gobierno provisional único, compuesto de siete musulmanes y tres israelitas, y se niegan a sentarse alrededor de la «Mesa redonda» propuesta por Ernest Bevin en enero de 1947, que reúne contra ella la unanimidad. Lejos de pensar en prorrogar por cinco años su mandato, como preveía su ministro, la Gran Bretaña está deseosa de librarse lo antes posible de aquel avispero. Por haber limitado la adquisición de tierras (el 28 de febrero de 1940) y tratado de restringir la inmigración en marzo, no sólo ha provocado las protestas de la Conferencia sionista del 11 de mayo de 1942, reclamando un «commonwealth», sino que se ha atraído violentas reacciones de los terroristas judíos: ataques a mano armada en 1943, asesinato en El Cairo (en noviembre de 1944) de lord Moyne, alto comisario (culpable de haber cerrado Palestina a los judíos alemanes que Hitler proponía evacuar allí), golpes de mano contra las comunicaciones (junio de 1946), voladura del hotel «King David», Cuartel General británico de Jerusalén, que causó 101 víctimas el 22 de julio de 1946; guerrilla organizada, a pesar del estado de sitio decretado en febrero de 1947.

Washington releva a Londres y favorece la inmigración

En cambio, los Estados Unidos están dispuestos a asumir el relevo. Truman, judío, es particularmente sensible a la presión que no cesa de ejercerse sobre el gobierno norteamericano, desde que en última instancia el Congreso Sionista Mundial, reunido en Nueva York el 11 de mayo de 1942 (antes de la reelección de Roosevelt contra John Dewey), ha exigido la creación de un Estado judío independiente. Así, el presidente interino se ha mostrado en Postdam decidido a proteger al sionismo y a acelerar la inmigración (tal como ha exigido otro Congreso en mayo de 1945). A pesar de las protestas del rey de Arabia, Ibn Saud, con el intercambio de notas de los días 15 y 28 de octubre de 1945, encarga a una comisión anglo-americana (Singleton-Hutchinson), creada el 10 de diciembre de 1945 con el acuerdo del Congreso, dado el 19, que estudie el problema. Después de la lectura de aquel informe (presentado el 20 de abril de 1946), Truman se pronuncia, el 4 de octubre de 1946, en favor de la constitución de un Estado judío y de la admisión de 100.000 nuevos inmigrantes en Palestina.

A decir verdad, la inmigración, más o menos rápida según los períodos, no se había interrumpido: 99.206 judíos se habían establecido en Tierra Santa desde 1920 hasta 1929; 182.839 desde 1930 hasta 1936, y 122.796 desde 1937 hasta 1946, o sea, unos 400.000 en total. Habiendo resuelto la Gran Bretaña, el 2 de abril de 1947, remitir el caso a las Naciones Unidas, la Asamblea, reunida el 28 de abril, nombró una comisión compuesta de representantes de once Estados, que funcionó primero en Lake Success y luego en Jerusalén, del 26 de mayo al 31 de agosto. Pero aquel aerópago no pudo ponerse de acuerdo: frente a una minoría de tres delegados, partidarios de un Estado

federal, la mayoría, es decir, los otros ocho, se pronunció por la partición de Palestina en dos zonas de tres sectores cada una, la primera, judía, incluyendo el 55 % de la superficie (comprendidas las mejores tierras, meseta de Galilea, llanuras costeras de Saron y de Sephala, y el Nedj hasta Akaba a pesar de que hasta entonces no habían poseído más que 10 % del total —); y englobando a tantos judíos (498.000) como árabes (497.000); la segunda, árabe (con el enclave de Jaffa = 3 % de la superficie), habitada por 725.000 musulmanes y solamente 10.000 israelitas; Jerusalén y su región (el 0,65 % de la superficie) debía ser internacionalizada. Nombrada por la Asamblea reunida el 23 de septiembre de 1947, una nueva comisión de la O. N. U. rechazó la creación de un Estado unitario por 29 votos contra 12 y 14 abstenciones, y se pronunció, tras fuertes presiones, el 29 de noviembre de 1947, por 330 votos contra 13 y 10 abstenciones, por aquel plan de partición, notoriamente parcial, puesto que entregaba a Israel un territorio con la mitad de la población no judía, a la que le bastaría expulsar para duplicar su propia población. Lo que no dejó de hacer, ya que la tentación era demasiado fuerte.

Las milicias judías rechazan a los ejércitos árabes

De hecho, apenas los británicos han decidido evacuar sus tropas, entre el 11 de diciembre de 1947 y el 15 de mayo de 1948, la milicia de la «Haganah», que cuenta con 60.000 hombres aguerridos, y los grupos terroristas judíos (Irgun zwei Leumi y Stern), dueños desde el 4 de abril de los depósitos de armas y de municiones dejados por la potencia mandataria, ocupan militarmente su zona y proclaman por boca de David ben Gurion, presidente del Ejecutivo de la Agencia Judía, en Tel Aviv, la independencia del Estado de Israel, inmediatamente reconocido, el 14 por los Estados Unidos, y el 17 por la U. R. S. S. Antes de que los ejércitos árabes hayan tenido tiempo de intervenir, han multiplicado los atentados después de Navidad (voladura del hotel Semiramis; de tres camiones británicos el 22 de febrero, con 200 víctimas: descarrilamiento de un tren de tropas, con 29 muertos; ataque a una unidad británica el 17 de abril; en tanto que 3.000 árabes, asaltando unas colonias cerca de Hebron, mataban a 35 milicianos de la Haganah), y han expulsado de su zona a 300.000 no judíos, a los que han aterrorizado liquidando hasta el último, el 9 de abril de 1948, a los habitantes del pueblo de Deir Yassine. La diferencia con la matanza de Oradur estriba en que la autoridad alemana ha condenado sobre el terreno al comandante de la unidad culpable (los Estados Unidos esperarán mucho más para juzgar como burro de carga a uno de los oficiales responsables de excesos cometidos en el Vietnam), en tanto que el Irgun y su jefe Menahem Beghin se jactan como de un hecho de armas de aquellas atrocidades. En las fronteras, que la Liga Arabe, rechazando la partición, se había negado a reconocer en Sofar, en septiembre de 1947, y protestando ante la O. N. U., el 6 de febrero de 1948, las escaramuzas habían causado ya en los dos bandos, desde el 30 de noviembre de 1947 al 1 de febrero de 1948, entre muertos y heridos, 2.768 víctimas (Kfar Szol, Dan, Lahavot y Yeham al norte; Ramat Rachel, cerca de Jerusalén; Kfar Etzim, cerca de Hebrón).

Pero los ejércitos árabes, concentrados (24.000 hombres) bajo el mando de los generales iraquíes Ismael Safwat y Taha Sacha el Hachemi, designados por los jefes de Estado reunidos en Amman el 26 de abril, no lograron amenazar

seriamente las posiciones adversarias. Al norte, en Galilea, evacuada Haifa el 20 de abril, los dos contingentes sirio-iraquíes (de 3.000 hombres cada uno), avanzando a una y otra parte del lago Tiberíades, derrotados en Armageddon, se veían rechazados de las colonias de Shaar Hagolane, Ashdot, Afikim, e incluso de Tiberíades y de Safed (10 de mayo). En el centro, en Judea, la Legión Arabe jordana, dueña de Jericó el 23 de abril, atacó las colonias de Gesher y de Kfar Etzim el 4 de mayo, ocupó la central del Yarmuk y, esforzándose en aislar Jerusalén, conservando la carretera de Samaria, Ramallah-Naplouse, al norte (15 de mayo), y la de Tel Aviv, al oeste, bloqueada en Latrun, y controlando la conducción de agua de la capital, donde el rey Abdullah hizo su entrada el 27 de mayo, defendió Jerusalén contra el asalto de los 10.000 judíos de la ciudad nueva, que, no obstante, continuaron su avance. Por su parte, los egipcios (seis batallones, un regimiento de artillería, uno de tanques y 15 aviones), a lo largo del Mediterráneo, habían alcanzado Esdud, a medio camino entre Gaza y Tel Aviv, cuando el conde Folke Bernadotte, mediador de la O. N. U., consiguió imponer el 11 de junio un alto el fuego (reclamado en vano por el Consejo de Seguridad los días 17, 22 y 29 de abril). Tregua ilusoria, rota el 8 de julio por los sionistas que, en una «Guerra de los diez días», se apoderaron de Nazareth en Galilea, de Lydda y Ramleh (para cubrir Tel Aviv, sin poder conquistar Latrun, que les cerraba el camino de Jerusalén), e infligieron a los egipcios (que tras bombardear con sus aviones Tel Aviv, habían atacado Urim e invadido el Neguev) una severa derrota en Faluja (al este de Ascalon). Después de asesinar descaradamente en Jerusalén al conde Bernadotte y al comandante Serot, del Deuxième Bureau francés (haciéndoles pagar con la vida el éxito de sus gestiones para un armisticio, el 17 de septiembre), los judíos, continuando sus conquistas, ocuparon el 14 de octubre Beersheba, capital de la Idumea, y El Auja, puerta del Neguev, y violando el 22 de diciembre un nuevo alto el fuego firmado el 23 de octubre, reanudaban su avance en el Neguev, a fin de apoderarse de Eilath (Akaba) el 10 de marzo de 1949. (Instalarán allí un oleoducto que unirá el mar Rojo con el Mediterráneo; el tráfico del puerto pasará de 600 toneladas a 40.000 en 1957 y a 260.000 a finales de 1966, y la población aumentará de 13.000 a 100.000 habitantes.) Finalmente, los esfuerzos del doctor Ralph Bunche, mediador interino, desembocará en la conclusión de una tregua el 7 de enero y en una serie de armisticios, con Egipto el 24 de febrero en Rhodes, con el Líbano el 23 de marzo, con Jordania el 3 de abril y con Siria el 20 de julio.

Los palestinos, bajo la autoridad de los beduinos o internados en campos

Lo que quedaba de la zona árabe de Palestina fue anexionada, a raíz del Congreso de Jericó (1 de diciembre de 1948) por el emir Abdallah, el más maleable de los husseinitas, reconocido el 22 de marzo de 1946 rey de una Jordania independiente. La composición de la población de su Estado (400.000 beduinos) se encontró profundamente modificada por aquel aflujo de 400.000 palestinos de Cisjordania, y sucesivamente de 472.000 y luego 100.000 refugiados más. El número total de estos últimos, 940.000 en el momento del armisticio de Rhodes, alcanza 1.016.004 en 1960 y 1.346.000 en 1966. Con desprecio de la resolución de la O. N. U. del 11 de diciembre de 1948, imponiendo su regreso o su indemnización, y de las promesas hechas por Israel, a raíz de su admisión en las Naciones Unidas, el 11 de mayo de 1949, aquellos refugiados, repartidos entre los estados árabes vecinos, internados en cam-

pos, mantenidos por la caridad pública mundial (representada por la U. N. R. W. A., que destinará para ellos más de 220 millones de dólares en diez años), se verán condenados a una vida miserable, cuando los bienes abandonados por ellos han sido valorados en 1.933 millones de libras sirias. Por haber ofrecido a Israel una zona franca en el puerto de Akaba, en el golfo Pérsico, y tratado de fusionar Siria con Jordania, Abdallah incurre en la cólera del gran mufti de Jerusalén, Hadj Amin el Husseini, y morirá en la mezquita, el 20 de julio de 1951, apuñalado por un fanático.

Egipto, paladín de la causa árabe

En tales condiciones, Egipto aparece cada vez más como el paladín de la causa árabe. Al término de la primera guerra mundial, después de la expulsión de los turcos de los países contiguos en 1919, ha pasado por un período azaroso. Animado del mismo ideal nacionalista que el coronel Ahmed Arabi, Saad Zaghlul, alimentado por las enseñanzas del cheik Mohamed Abdu, promotor de la «reforma» religiosa, y de Lufti el Sayed, que ha lanzado el slogan «Egipto para los egipcios», ha desencadenado un movimiento revolucionario, que no ha tardado en desbordarle, el partido «Wafd» (Delegación), en el poder después de las elecciones de enero de 1924, revelándose impotente para reprimir ocupaciones de fábricas y sublevaciones en las zonas rurales. Sin embargo, el orden es restablecido. Habiendo reconocido la Gran Bretaña la independencia de Egipto el 28 de febrero de 1922 (salvo cuatro reservas que afectan a la seguridad de las comunicaciones imperiales, a la defensa, a la protección de los extranjeros y al Sudán), el rey Fuad ha otorgado, el 19 de abril de 1923, una primera constitución, del tipo de la belga de 1830, y luego una segunda, aprobada el 22 de octubre de 1930. Pero, detrás de una fachada democrática a lo occidental, predominaba el «caciquismo» de los grandes terratenientes (20), amos de los candidatos, a los que se exigían depósitos considerables, y de los electores, y que boicoteaban sistemáticamente la formación de cooperativas. Unas manifestaciones estudiantiles en 1935 habían desembocado en la formación de un «Frente Nacional» en 1936, cuando en abril falleció el rey. Bajo el reinado de su hijo Faruk, la creciente corrupción acabó de gangrenar al régimen.

Entretanto, en el curso del período de entreguerra, El Cairo se ha convertido en el centro del panarabismo en plena expansión. La influencia de los «ulemas», de los sabios del Islam, de los profesores reformistas de la Universidad de El Azhar, se ha hecho preponderante. La secta de los «Hermanos musulmanes» es igualmente muy activa. «Nosotros, los egipcios —proclama su Gran Maestre Talat Habib en 1925—, cumpliremos con nuestro deber al servicio de la Nación árabe». Para discutir sobre el problema del Califato, un primer Congreso Islámico se ha reunido en El Cairo en 1926, pero la hostilidad de los musulmanes de la India y la de los soviets al restablecimiento de aquella autoridad suprema han impedido que se llegue a un resultado positivo. Cuando se ha impuesto la necesidad de defender Palestina contra la invasión sionista, la conferencia de Jerusalén (27 de diciembre de 1931,

(20) Los cuales, representando únicamente el 6 % de la población, poseían el 65 % de las tierras, en tanto que 2.760.000 fellahs se encontraban reducidos a cultivar menos de seis millones de «feddans» (10 = 40 hectáreas).

con asistencia de representantes de Nigeria, de Yugoslavia, de China, de las repúblicas musulmanas de la U. R. S. S., etc., pero con la ausencia de los turcos) ha adoptado un programa o «covenant» en favor de la Unión de la Patria Arabe, «Umma», y de la independencia de los Estados, y se ha esforzado en obtener el apoyo de los musulmanes de la India. A las pretensiones del congreso sionista de 1937, los dirigentes sirios del Comité de Defensa de Palestina opusieron las conclusiones del congreso árabe de Bledan (otoño de 1938), y un segundo congreso islámico de El Cairo procedió a la convocatoria de la «Mesa redonda» de Londres del 7 de febrero de 1939, en la que los representantes de Egipto, de la Arabia saudita, del Yemen, de la Transjordania y del Irak debían ser llamados a discutir la cuestión palestina.

En vísperas de la segunda guerra mundial, en tanto que la extrema izquierda se une al «United Front» lanzado por Dimitrov en 1935, y que ciertos sindicatos se afilían al Profintern moscovita, los dirigentes musulmanes, bajo la influencia del Gran Mufti de Jerusalén Hadj Amin el Husseini y de la organización panárabe montada en Ginebra por el sirio Chekib Arslan, se inclinan más bien del lado del Eje. En Egipto nace incluso un movimiento de «camisas verdes». Algunos oficiales forman parte de él, entre ellos, un tal Abdel Gamal Nasser, que milita también en el «Misr el Fatah» en 1938, al tiempo que establece contactos con el marxista Khaled Mohieddin, antes de adherirse, al terminar la guerra y a instancias del coronel Labid, a la sociedad secreta de los «Hermanos Musulmanes» (21). Durante aquel período, los gobiernos de los Estados Arabes del Cercano Oriente, Egipto e Irak en cabeza, se esfuerzan en cerrar sus filas concluyendo, a partir de 1937, unos acuerdos bilaterales. Consiguen incluso agruparse en torno a un órgano de enlace permanente, la «Liga Arabe», surgida del protocolo de Alejandría de septiembre de 1942 y del pacto de El Cairo, elaborado en septiembre de 1944, por iniciativa del secretario general Abder Rhaman Assan, firmado el 22 de marzo de 1945. Y concluyen, demasiado tarde, en 1950, un acuerdo de defensa. Por desgracia, la ineficacia de aquellas medidas preventivas se hizo evidente, en cuanto nació el Estado de Israel, ante Jerusalén.

El coronel Nasser instaura un socialismo nacional

Profundamente decepcionado por aquel fracaso, Abdel Gamal Nasser (15/I/1918-28/IX/1970), ingresado en la Academia Militar en 1937, fundador de la sociedad de los «Oficiales libres», «Debat el-Ahrar», cuando era capitán en 1945 (con sus colegas Abdel Hakim Amer, Zakaria Mohieddin, Salah Salem y Saroit O Kocha), se pone de acuerdo en la Faluja sitiada con sus amigos y agrupa en torno a aquella sociedad, cuyo secretario procede de la «Hadetta» comunista, a nacionalistas y marxistas (el caballero Khaled Mohieddin, Zaheddin, el abogado Ahmed Fuad Kemal Rafaat). Con el aviador Gamal Salem y el comandante Yussef Sadek, prepara el derrocamiento del régimen «podrido» del rey Faruk, con el apoyo del «Wafd». Este partido, que ha concretado sus reivindicaciones en un memorándum del 30 de julio y una nota del 20 de diciembre de 1945, ha exigido del gobierno, bajo amenaza de recurrir a la U. R. S. S., la revisión de sus relaciones con la Gran Bretaña (26 de enero de 1946). Londres

(21) Cuyo jefe Hassan el Bamra reivindicó 500.000 afiliados al término de la guerra. Por haber entrado en el conflicto contra Alemania, el Premier Ahmed Mahar había sido asesinado por los «Hermanos».

ha aceptado el 26 de agosto conservar una sola base naval en Alejandría, pero estas concesiones no han satisfecho las exigencias del nacionalismo egipcio. El primer ministro Nahas Pacha, impuesto por los británicos el 4 de febrero de 1942, descartado a continuación, luego llamado de nuevo por el rey, ha intentado soltar lastre negándose a adherirse a un acuerdo regional de defensa (propuesto en septiembre por la Gran Bretaña, los Estados Unidos, Francia y Turquía, que desembocará en la creación de un Cuartel General en Ankara el 11 de noviembre de 1951), a consentir en el establecimiento de una base aliada en Suez, y denunciando el 8 de octubre de 1951 el tratado anglo-egipcio de 1936, se ve afectado negativamente por un grave incidente producido el 25 de enero de 1952 en Ismailia, donde las tropas británicas, atacando a la gendarmería, han matado a 50 egipcios, incidente que ha provocado violentos motines y el incendio de 400 inmuebles.

El 23 de julio de 1952, el ejército, conducido por un directorio revolucionario de doce miembros (el general Mohamed Neguib, el coronel Abdel Gamal Nasser, Abdel Hakim Hamer —futuro mariscal y ministro de Defensa—, Zakaria Moheddin, futuro ministro del Interior, vicepresidente y primer ministro, retirado en 1968; Anwar es-Sadat, encarcelado momentáneamente por los británicos, futuro sucesor de Nasser; Hussein el Chafei, Salah Salem, teniente coronel, encargado de la propaganda, y su hermano Gamal Salem, comandante de aviación; Khaled Mohieddine, teniente coronel de caballería, Abdel Latif Boghadi, técnico; Kahal Eddin Hussein —Educación—), rodea el Palacio en la noche del 25 al 26, expulsa al rey y lleva al general Naguib al poder. Moderado, partidario de una democracia parlamentaria, el general es bastante bien visto por el Intelligente Service y por la C. I. A. Llamado primero a la vicepresidencia, y al ministerio del Interior, el coronel Nasser es nombrado en marzo de 1945 gobernador militar de El Cairo y encargado de la presidencia del Consejo. Nasser es partidario de la institución de un partido único y de la implantación de reformas de carácter socialista, y por ello confía a Ali Sabri, un marxista, el secretariado general de la Unión Socialista árabe (22). En ocasión de un mitin en Alejandría, en septiembre de 1954, escapa a un atentado montado por los «Hermanos Musulmanes», y replica haciendo ejecutar a los dirigentes de la hermandad. El 19 de octubre obtiene de los británicos, comprometiéndose a garantizar la libre navegación por el Canal, que retiren sus tropas de la zona reservada, en un plazo de veinte meses (junio de 1956). A finales de año, destituye al general Neguib, sospechoso de connivencia con los «Hermanos Musulmanes». Tras haber acogido sucesivamente a Tito en Alejandría y a Nehru en El Cairo, el «Bickbachi» adopta con ellos la postura resueltamente neutralista que afirmará en abril de 1955 en Nueva Delhi, y luego en Bandoeng (18 de abril de 1955).

---

(22) En una carta al Congreso de las Fuerzas Populares del 21 de mayo de 1962, Nasser precisará su programa: ni abolición de la propiedad privada, ni supresión del derecho de herencia; nacionalización de los bancos y de las compañías de seguros; control por el Estado de las tres cuartas partes del comercio exterior y de la cuarta parte del interior; incorporación de las industrias del sector privado, escapando del monopolio, pero sometidas al plan general; reforma agraria, con reparto de los dominios superiores a 200 y luego a 100 «feddans (40 Ha.) (leyes de 1952 y de julio de 1961); desarrollo de las cooperativas y de los sindicatos; impuesto progresivo sobre los inmuebles y limitación de los alquileres; control del Estado sobre las inversiones extranjeras, a fin de juzgar acerca de su utilidad.

Los Estados Unidos arbitran en beneficio suyo el conflicto anglo-iraní

Es decir, que permanece sistemáticamente al margen del pacto de Bagdad (24 de febrero de 1955), que agrupa en la órbita occidental, con los Estados Unidos, el Irak, Turquía y luego la Gran Bretaña, el 4 de abril, al Pakistán, el 23 de septiembre, y el Irán, el 3 de noviembre. El Irak, cuyo dictador Nuri Said, después de haber roto con la U. R. S. S. el 3 de enero, se ha entendido con su colega turco, el presidente de la República Celal Bayan (que se había dirigido a Washington en enero de 1954, y luego a Karachi, Pakistán, en febrero). En Irán, ha reinado la mayor confusión desde que terminó la segunda guerra mundial: reclamada el 13 de septiembre de 1945, la retirada de las tropas extranjeras de ocupación no ha tenido lugar hasta abril de 1946 (los rusos persistían en sus ambiciones sobre el Azerbeidjan). Entonces, el doctor Mossadegh (descendiente de la dinastía de los Kadjars destronados por Rheza Khan Pahlevi), que ya había hecho aprobar por el Mejlis, el 2 de diciembre de 1944, una ley prohibiendo las concesiones extranjeras, reanudó, con el apoyo del partido marxista «Tudeh», la lucha contra las compañías petrolíferas occidentales. En 1949, a instancias suyas, el Parlamento ha rechazado un proyecto de revisión de los acuerdos concluidos con la Anglo-Iranian en 1933, presentado por el Primer Ministro, general Ali Razmara, que se había trasladado a los Estados Unidos para discutirlo. Al volver este último a la carga, el 3 de marzo de 1951, sugiriendo el nombramiento de expertos, fue asesinado el 7 por un «Fedayi Islam», y Mossadegh ocupó su puesto el 8 de abril, haciendo aprobar y promulgar la nacionalización de los bienes extranjeros, el 2 de mayo. Entonces, los británicos, cuyo personal había sido expulsado de las refinería de Abadan el 25 de septiembre de 1951, hablaron de intervención militar, recurrieron al Tribunal de La Haya (que se declaró incompetente a finales de julio de 1952) y finalmente rompieron sus relaciones diplomáticas con el Irán (16 de octubre de 1952). Mossadegh, confirmado por unas elecciones a principios de año, trató de llevar a cabo una reforma agraria, pero tras la negativa de los Estados Unidos a concederle un crédito de 120 millones de dólares, esperó inútilmente de la Banca internacional, de noviembre de 1951 a marzo de 1952, otro préstamo de 8.750.000 dólares, y sólo recibió 25 millones de dólares de ayuda militar. Por un momento, confió en abocar al Shah a la abdicación (28 de febrero de 1953), pero el apoyo del mollah chiita, Kachani, y sobre todo el del ejército, no le faltaron al soberano (estimulado a la resistencia por la C. I. A. y el general Schwarzkopf). De modo que, si bien Mossadegh, apartado del gobierno el 21 de julio, pudo escapar a la detención e incluso obligar al rey a buscar refugio en Roma durante unos días, finalmente tuvo que ceder a la presión de manifestaciones populares contra el «Tudeh». El nuevo presidente del Consejo, general Zahedi (antaño germanófilo), restableció la calma, persiguió a los dirigentes marxistas y condenó a Mossadegh a tres meses de prisión, antes de depurar el ejército y de proceder en 1954 a 25 ejecuciones y 600 detenciones. Su intervención, discreta pero eficaz, de árbitro, reportó a los Estados Unidos grandes ventajas económicas: el contrato firmado en 1954 por el consorcio petrolífero con la N. L. O. C., la compañía nacional (qué a ejemplo de Venezuela y de la Arabia Saudita, debía cobrar la mitad del canon), otorgaba en efecto a los norteamericanos una participación del 40 % (en vez del 15 en 1949), contra el 40 % a los británicos y el 6 % a los franceses. Para ellos, constituía un verdadero éxito.

Los intereses de Occidente, sacrificados a las exigencias israelitas

La cosa fue muy distinta en lo que respecta a las negociaciones con Egipto. Importantes créditos eran necesarios para mejorar la suerte de una población numerosa (30 millones), reducida a unos medios de existencia muy precarios. Atentos a aquel problema, el coronel Nasser y sus amigos alimentaban el ambicioso proyecto de construir en Assuan una enorme presa, susceptible, al regularizar el curso del Nilo, de irrigar 500.000 hectáreas y de suministrar a su país luz y fuerza motriz (10 millones de Kw/h. por año). Pero los fondos necesarios eran del orden de 1.300 millones de dólares. ¿A quién pedirlos? En aquel año de 1954, se hallaban en competencia un consorcio europeo (Hochstiff, de Dusseldorf; «Grands Travaux», de Marsella; English Electric) y el grupo norteamericano Morrison-Knudsen. Rechazadas las ofertas europeas, los egipcios se dirigieron en primer lugar, el 26 de septiembre de 1955 (solicitando 240 millones de dólares), al Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (B. I. R. D., que prestaba al 4 %). En Washington, su ministro de Finanzas obtuvo el 9 de febrero de 1956 un acuerdo de principio sobre un préstamo de 200 millones de dólares al 3,5 %, con 70 millones de subvenciones (56 de los Estados Unidos y 14 de la Gran Bretaña). Continuando las conversaciones, el director del B. I. R. D., Eugene Black, se trasladó a El Cairo el 27 de enero de 1956. Pero, cediendo a la presión del «lobby» sionista, los negociadores yanquis pretendieron imponer cuatro condiciones a su colaboración: normalización de las relaciones con la Gran Bretaña; arreglo del problema palestino; derecho del B. I. R. D. a inspeccionar las finanzas egipcias; renuncia a solicitar empréstitos del bloque del Este (según *Le Monde* del 28 de julio de 1956).

En El Cairo, aquellas condiciones parecieron inaceptables. «Yo era un amigo sincero de Occidente —declarará el coronel Nasser a Jean Lacouture (*Egipto en movimiento*, 1962, edic. «Le Seuil», pág. 208)—. En adelante, no cuenten más conmigo». Ni hablar de reconocer al Estado de Israel. Por el contrario, el conflicto latente no cesaba de emponzoñar las relaciones: en tanto que el canal quedaba prohibido para los buques israelitas, en Gaza se sucedían una incursión aérea y otra de blindados (28 de febrero de 1955), que causaron 60 víctimas; un ataque sobre El Auja (en el límite del desierto del Sinaí), y luego otro, el 11 de diciembre de 1955, en Emaús, cerca de Latrun, en la frontera siria, sobre el lago de Tiberíades (40 muertos, 30 prisioneros), y otra más el 16 de octubre, contra Kalkilyia, cerca de Naplus (que causó 57 muertos y nueve heridos). Para obligar a los habitantes a marcharse de la zona ocupada por ellos, los israelitas volaron más de 5.700 casas. Entre los dos adversarios en potencia, la carrera de armamentos se aceleraba. Llegados a París, Moshe Dayan en agosto de 1954 y Moshe Sharett en octubre, obtienen la entrega, el 9 de junio de 1955, de los mejores tanques (AMX, Panhard), de motores Matra y de los aviones más modernos (Mystères IV, Mirages), que Francia niega a Egipto. Este país los solicita al embajador norteamericano Henry Byroade, el cual elude la cuestión exigiendo el pago al contado. La Gran Bretaña ejerce presión sobre Jordania para que se adhiera al pacto de Bagdad: a raíz de la visita del general Temple a Amman, a primeros de diciembre, el gobierno dimite (13 de diciembre) y releva a Glubb Pacha del mando de la Legión Arabe; a fin de evitar que el rey Hussein

se vea obligado a someterse a las exigencias de Inglaterra, Egipto, Siria y Arabia Saudita le otorgan un crédito común de 60 millones de dólares. Es el momento que escoge el jefe del Foreign Office, Selwyn Lloyd, para dirigirse a El Cairo.

Moscú construye la presa de Assuan y se impone en Egipto

Siendo un hecho consumado el apoyo de Occidente a Israel, los Soviets se encuentran en las mejores condiciones para imponer su influencia a los países árabes y para alcanzar, más allá de Estambul y de los Estrechos, el Mediterráneo y Suez. Tal es la ambición, como hemos visto, de los jefes del ejército rojo, que son los verdaderos amos del Kremlin. Explotando las exigencias de los financieros, y luego la carencia de los diplomáticos del Oeste, el ministro ruso en El Cairo, Daniel Solod (promovido embajador en 1954 al igual que su colega en Tel Aviv), se dedica activamente a ello. En mayo de 1955, ofrece armas al coronel Nasser, con el cual, el 26 de julio, su jefe Dimitri Chepilov, acaba de negociar personalmente el envío de material checo (acuerdo hecho público el 26 de septiembre) (23). Propuestas semejantes son dirigidas a Amman. Y Moscú entra en el juego para la construcción de la presa de Assuan (200 millones de dólares al 2 % para empezar). Mientras los diplomáticos acrecientan su actividad, Guy Mollet y Anthony Eden se entrevistan en los Chequers (los días 11 y 12 de marzo de 1956), Dag Hammarskjoeld, secretario general de la O. N. U., hace confirmar el alto el fuego en Palestina con Egipto el 18 de abril, y con Siria el 24, Guy Mollet y Christian Pineau se dirigen a Moscú, el 16 de mayo, y Nasser reconoce a la China Popular aquel mismo 16 de mayo, envía al mariscal Amer a Pekin y recibe el 18 en El Cairo a Dimitri Chepilov, sucesor de Molotov en los Asuntos Exteriores desde el 8 de junio, que le garantiza las buenas disposiciones del Kremlin para concederle unos créditos a largo plazo. Entonces, los Estados Unidos pierden los estribos: el Senado deniega el desbloqueo de la ayuda prometida, Foster Dulles cubre a Ahmed Hussein de violentas recriminaciones (19 de julio) y el Banco Mundial retira su ofrecimiento.

La nacionalización de Suez corta la ruta del petróleo

Para procurarse el dinero necesario, Egipto tiene que recurrir al Canal, su principal fuente de divisas, junto con el algodón. El 26 de julio de 1956, el coronel Nasser proclama la nacionalización de la Compañía de Suez, que ha preparado Ahmed Yunes: «Conseguiremos construir la gran presa, y recuperaremos nuestros derechos expoliados». Desde luego, el canal ha sido construido por una empresa extranjera, con fondos extranjeros, pero en suelo egipcio. Y, si bien el tráfico ha aumentado de 20 millones de toneladas en 1912 a 33 en 1924 y a 115 en 1955, durante largo tiempo, desde 1880 hasta 1936, Egipto no ha percibido nada sobre sus ingresos. El tratado del 26 de agosto de 1936 con la Gran Bretaña le ha reconocido unos ingresos anuales de 300.000 libras egipcias, y, a partir de 1949, una participación del 7 % sobre los beneficios, con un mínimo garantizado de 350.000 libras. En el Consejo de Admi-

(23) Egipto recibirá, de febrero a octubre de 1956, de 200 a 300 tanques T-34, cañones de 122, cañones automotores SU-100 y piezas de D. C. A. de 85, 150 Mig-15, 50 bombarderos Iliyuchin, dos destructores y 19 vedettes lanzatorpedos.

nistración, sólo ha poseído dos puestos, y luego cuatro, cuando la ley egipcia de 1947 preveía una representación nacional del 40 % en las sociedades extranjeras. Es cierto que, si bien el contrato firmado en febrero de 1866 con el Khedive Ismail especificaba que la Compañía se sometía a las leyes egipcias, su concesión era válida hasta 1968. En consecuencia, Anthony Eden y Hugh Gaiskell protestan inmediatamente, el 27, en nombre de la Gran Bretaña, y Guy Mollet y Christian Pineau en nombre de Francia, contra aquella decisión «unilateral», y replican «congelando», el 29, los fondos egipcios en sus países: los Estados Unidos se limitan a un bloqueo provisional, hasta la «clarificación» del asunto, e insisten en Londres, por medio de Murphy cerca de Eden y de Christian Pineau, el 29, y con una gestión posterior de Foster Dulles, para que la protesta incida esencialmente sobre la libertad de navegación del canal (negada a Israel) y para que sea presentada por los 18 ó 22 principales usuarios. Habiendo rechazado El Cairo la constitución de una «Autoridad Internacional del Canal», negociada del 3 al 9 de septiembre, los ministros francés y británico deciden, el 10, que los pilotos extranjeros abandonen su puesto el 15, pero, dado que han sido reemplazados sin dificultad, la réplica se revela ineficaz. Las medidas de represalia previstas, en defensa de los intereses financieros expoliados, ¿entrañarían el empleo de la fuerza? Ni Anthony Eden, cubierto en los Comunes por una mayoría de 70 votos (a pesar de la dimisión de sir Walter Monckton, ministro de Defensa), ni Guy Mollet, de acuerdo para la creación de una «Asociación de Usuarios», el 21 de septiembre, asumieron el compromiso de abstenerse de hacerlo (22 de septiembre).

La aventura franco-británica de Suez sólo beneficia a Israel

En aquel momento, una intriga israelita viene a planear sobre el asunto de Suez. Ministro de Asuntos Exteriores socialista, pacifista, cuya actividad se ha limitado hasta entonces a actuar de recadero del titismo cerca de Nehru y del coronel Nasser, Christian Pineau, súbitamente asaltado de un intemperante acceso de celo patriótico, teje aquella trama. A instancias de David ben Gurion, que ha reemplazado a Moshe Sharett el 2 de noviembre de 1955 como jefe del gobierno, y de su ministro de Defensa, Simon Peres, de acuerdo con el presidente del Consejo Guy Mollet y su director de gabinete Abel Thomas, el embajador Louis Gilbert y el ministro de la Guerra Bourgès-Maunoury, y en Inglaterra, Anthony Eden y Selwyn Lloyd, a partir del 30 de julio. Tras unas primeras entrevistas en París, el 16 de octubre, los conjurados (Ben Gurion, Selwyn Lloyd y Pineau) vuelven a reunirse cerca de la capital francesa el 22 de octubre, y dan los últimos toques a los preparativos de una contraofensiva-relámpago («Mousquetaire») contra Egipto, previendo un ataque de los israelitas el 29 de octubre, seguido de un ultimátum franco-británico el 30, de una retirada simbólica de 15 quilómetros, para atacar a continuación con el martilleo de los aeródromos árabes el 31 y la intervención de los paracaidistas aliados, precediendo a un desembarco el 6 de noviembre. Los Aliados prometen a Tel Aviv que opondrán su veto en el Consejo de Seguridad de la O. N. U. a toda tentativa de detener las operaciones militares y que aportarán a los israelitas el apoyo de la aviación y de la flota francesa.

Todo se desarrolla de acuerdo con lo previsto. Bajo el mando de los ge-

nerales sir Charles Keightley y Beaufre, se concentran en Chipre 40.000 ingleses y 25.000 franceses (dotados de 9.500 vehículos y de tres grupos de F34 de la O. T. A. N.). Aunque estorbados por la presencia de la VI Flota (que debe evacuar a los súbditos norteamericanos el 1 de noviembre), y en particular por las evoluciones de sus torpederos, tres buques de superficie, el «Surcouf» y el «Bouvet», protegen las costas (un navío de escolta, el «Kersaint», cogiendo bajo su fuego al destructor egipcio «Ibrahim el Awal» delante de Haiffa le obligará a rendirse, el 29 de octubre), en tanto que el «Georges Leygues» hunde las defensas de Rafah, más allá de la bolsa de Gaza (reducida prontamente por el ataque iniciado en la noche del 29 al 30 de octubre). Con atuendo civil o británico, los pilotos franceses del general Brohon (disponiendo, además de 60 «Mystères» cedidos a Israel, de un grupo de «Mystère IV» y de otro de «Sabre F 86» franceses) protegen las principales aglomeraciones, atacan con bombas a los refuerzos de blindados egipcios procedentes del Delta, el 1 de noviembre, y abastecen las columnas israelitas, que, por una parte, atacando los puestos de Ras el Naqb, Kuntilla y el Quseima, apoderándose de Abu Aguib (el 31 de octubre), de Rafah (el 1 de noviembre), ocupando el Arish abandonado (el 2 de noviembre), en tanto que la franja de Gaza capitula, cortando las carreteras de El Kantara y de Ismailia, alcanzando Port-Tewfik en el canal enfrente de Suez, y por otra parte, progresando rápidamente a través del Sinaí por Thamud, Nakhl, el puerto y el oasis de Mitla (a 40 quilómetros de Qabrit), donde han sido lanzados unos paracaidistas (tres quilómetros al este) el 29 de octubre, como lo serán otros sobre Charn el Cheik en la punta sur de la península, alcanzada el 5 de noviembre, tras haber inflingido a sus adversarios la pérdida de un millar de muertos, de 4.000 prisioneros, de 100 tanques y de 300 cañones.

De acuerdo con lo convenido, Francia y la Gran Bretaña oponen su veto a la resolución del Consejo de Seguridad, imponiendo la retirada israelita, el 30 de octubre, y pretenden separar por sí mismas a los combatientes, anticipándose a la intervención de las fuerzas de la O. N. U. que la Asamblea de las Naciones Unidas, después de una primera condena por 64 votos contra cinco y seis abstenciones, el 2 de noviembre, reiterada el 4 por 57 votos y 19 abstenciones, encarga al general Burns que reclute. Aquel mismo 5 de noviembre, los paracaidistas anglo-franceses son lanzados sobre Port-Said y otros franceses sobre Port-Fuad, que toman al asalto, desbordando a las tropas egipcias que se esfuerzan en contener a los israelitas, que convergen desde tres direcciones distintas hacia el canal, acercándose a una distancia de 16 quilómetros. Pero ya es demasiado tarde. Aunque los israelitas continúan hasta el 16 de noviembre su avance en la ciudad vieja de Jerusalén, en la orilla izquierda del Jordán y en la frontera siria (alturas de Golan), los franco-británicos ven paralizada su ofensiva por una intensa reacción diplomática.

A pesar de que han actuado a espaldas de los norteamericanos, los Aliados han imaginado que éstos, en plena elección presidencial (Eisenhower será reelegido el 6 de noviembre), serían incapaces de una decisión rápida y que tal vez neutralizarían incluso a los rusos, los cuales, empeñados en una odiosa represión en Hungría, se verían reducidos a protestar por pura fórmula. Pero, no es así. La U. R. S. S. reacciona con vigor: el 5 de noviembre, su representante Sobolev exige la retirada de los invasores en un plazo de doce horas, bajo amenaza de una intervención activa, cuya naturaleza precisa Bulganin (al tiempo que llama a su embajador en Tel Aviv), dirigiendo a los 20,30

horas a Ben Gurion, Mollet y Eden un mensaje en el cual se habla de emplear contra ellos cohetes atómicos. ¿Bluff? Es probable. ¿Intoxicación? Es seguro. Oportunas informaciones son esparcidas en Occidente: entre otras, que los Soviets han pedido a Turquía autorización para que cinco buques franqueen los Estrechos, y que seis submarinos se encuentran ya fondeados en Alejandría (6 de noviembre). Desquiciados en el inestable equilibrio de sus combinaciones económicas y diplomáticas en el Próximo Oriente, los Estados Unidos no disimulan su cólera. Por un lado se ejerce sobre su gobierno la presión de los intereses petrolíferos, de la «Arabian American Oil Cy» (ARAMCO), formada por la Standard Oil of California y la Texaco, apoyada en 1947 por un préstamo de 102 millones de dólares de la «Chase», y que extrae de Arabia 49 millones de toneladas de crudo, contra 27 extraídos de Kuwait, ocho del Irak y seis del Irán.

Un Estado racista y comunista, mantenido por unos multimillonarios

Por otra parte, la del «lobby» israelita, respaldado por un Congreso económico de 100 hombres de negocios, celebrado en Jerusalén (en presencia de los magnates británicos, S. Gestetner, Marcus Sieff, franceses, barón Guy de Rotschild y Christian Valensky de la firma Lazard, y norteamericanos, Edward M. Warburg, Dewey David Stone, de los B'nai B'rith, etc.), que obligan a Eisenhower a restablecer en parte (25 millones de dólares sobre 60) la ayuda norteamericana suspendida en octubre de 1953 para inducir a Tel Aviv a renunciar a captar en beneficio propio las aguas del Jordán (Western Polit. Quarterly, I, marzo de 1959, pág. 12). ¿Qué político norteamericano tendría talla suficiente para resistir a los todopoderosos comanditarios del Estado judío? (24). Los cuales añaden un nuevo préstamo de 160 millones de dólares al otorgado a sus protegidos en 1951. Emparedada entre aquellos intereses opuestos, la diplomacia norteamericana, preocupada por el sabotaje al oleoducto de la Irak Petroleum y la obstrucción del canal por unos barcos de cemento hundidos por los egipcios, interviene inmediatamente cerca de sus ex aliados para imponer su arbitraje. Gestión en París del embajador Dillon, encargado de advertir a Guy Mollet que la «solidaridad atlántica» no puede funcionar para Suez, agravada por un mensaje muy seco de Eisenhower, el día 5 a las 22,30 horas: «No aceptamos vuestra intervención armada», calificada de «agresión». Intensa presión financiera sobre Londres (ventas de libras esterlinas en el mercado, seguidas del ofrecimiento de una prima, un crédito de mil millones de dólares, para interrumpir la operación). Atacado a la vez por los Dominios, la India, el Canadá, Australia, por una parte de los conservadores y los intereses petrolíferos, la oposición laborista y la conciencia puritana del arzobispo de Canterbury, Anthony Eden, ante una llamada telefónica del presidente norteamericano, cede el 5 por la noche. Lo único que

(24) Israel ha recibido, de 1945 a 1955: 370 millones de dólares del gobierno norteamericano (de 30 a 50 millones de subvenciones, de 10 a 14 de ayuda técnica, siete de contribuciones por año), contra 30 Egipto y 25 Jordania; 135 del Export-Import Bank, contra cuatro repartidos entre Egipto y la Arabia Saudita; 314 de inversiones privadas (especialmente en favor de la «Palestine Econ. Corp.», creada en 1929 por L. D. Brandeis, dirigida por F. Warburg, alimentada principalmente por los bancos Kuhn y Lehman (*La Tribune des Nations*, 5 de noviembre de 1954) y 3.000 millones de dólares de colectas de las comunidades del otro lado del Atlántico. Además, a título de indemnización, la Alemania Federal le ha entregado 715 millones de dólares en virtud del acuerdo de Bonn del 10 de septiembre de 1952.

exige es que el alto el fuego no entre en vigor hasta el 6, a medianoche (con la esperanza de que, en el intervalo, los generales ocuparán El Kantara, Ismailia y quizá Suez).

Sin embargo, a pesar de la decisión de la Asamblea, aprobada el 6 por 63 votos contra cinco y diez abstenciones, los israelitas se pegan a sus conquistas. El 8, Golda Meier se niega a abandonar la franja de Gaza y los islotes del estrecho de Tiran, no evacúa el Arish hasta el 15, exige la libertad de navegación hacia el puerto de Eilath, el cese del hostigamiento de los «fedayin» contra las colonias sionistas, y rechaza la presencia en su territorio de los «cascos azules» que la O. N. U. pretende enviar para mantener la tregua (decisión aprobada por la casi unanimidad de 75 votos y tres abstenciones, el 19). Tal como observa Christian Pineau, «el balance israelita del asunto de Suez es ampliamente positivo». El Estado judío, defendido por un ejército activo de 50.000 hombres, engrosado con 200.000 reservistas, se ha consolidado. Su carácter «racista» ha sido reafirmado por la ley del 1 de abril de 1952 sobre la nacionalidad, y por la del 28 de julio de 1953 sobre el estatuto personal religioso de sus ciudadanos. Sobre una población total de 2.598.400 habitantes a finales de diciembre de 1965, sólo contará con 299.300 autóctonos, convertidos en «alógenos» en su propia patria (212.400 musulmanes, 57.100 cristianos y 29.800 drusos), en tanto que los judíos sólo eran 784.000 en enero de 1949. Aparte de 32 sobre 35.000 refugiados de Libia (a raíz de los *pogroms* de Trípoli, que causaron 120 muertos y 300 heridos en tres días el 4 de noviembre de 1945, y de nuevo el 12 de junio de 1948), de los fugitivos de los «mellahs» de Marruecos (después de los motines de Ujda y de Djerada en 1948), y de casi 46.000 fugitivos de las comunidades del Yemen, la mayoría de aquellos inmigrantes (en número de 968.748 entre 1948 y 1960, de los que hay que descontar 122.453 «regresos») proceden de la Europa oriental.

Ellos contribuyen a dar al nuevo Estado su carácter original, netamente marxista, sobre todo en su organización agrícola. Queriendo entroncar con la tradición mosaica del «jubilé», es decir, de la redistribución de las tierras cada medio siglo, el «Keren Keyemeth b. Israel», O. K. K. L. (Fondo nacional judío creado en 1901 y doblado en 1921 por el «Keren Hayessod»), ha instituido unos arriendos hereditarios de cuarenta y nueve años (en siete períodos de siete años), con pago de renta, del 2 al 4 % a partir del sexto año. Existen, pues: 1) explotaciones individuales, en 117 pueblos, en los que residen 269.699 habitantes, en diciembre de 1960; 2) pueblos de cooperadores, «Moshvé Ovdim», agrupando desde 1921 en una especie de «mir» a la rusa a unos cultivadores que viven en familia (de 120, con 31.442 habitantes en 1949, han pasado a 365, con 124.743 habitantes en diciembre de 1965); 3) algunos pueblos «mixtos», «Moshavim Shittesfiyim», cuyos habitantes, explotando en común pero viviendo en familia, se reparten los beneficios (27, con 3.379 almas en 1950, 22, con 4.740 en 1965), y sobre todo 4) «kibbutzim», comunidades de miembros no asalariados, mantenidos por el grupo, dirigido por un secretariado elegido, aplicando la fórmula marxista de «a cada uno según sus necesidades» (1920). Nacidos de las experiencias poco estimulantes de las colonias Sedjera, Kinneret (1908) y Dryania (1909), organizadas por los movimientos «El Pionero», «Hohalutz» (del ex oficial ruso Joseph Trumpeldor, caído en Tel Hai en 1921), «Trabajadores de Sión» (fusionados en 1905 con los «Jóvenes Obreros», antes de constituir el partido laborista, «Mapai», en 1925, y «Jóvenes Guardias» en 1927), aquellos «kibbutzim» han pasado de 25, con

2.300 colonos cultivando 7.500 hectáreas en 1927, a 46 y 11.700 habitantes sobre 14.500 hectáreas en 1936, a 205 y 60.610 habitantes sobre 110.276 hectáreas en 1949, y 230 con 80.753 habitantes en diciembre de 1965. Reunidos en siete federaciones, venden sus productos a través de cooperativas, controladas por la organización sindical «Histadrut» (fundada en 1920 con 4.433 afiliados, contaba con 114.000 en 1945 y con 500.000, o sea, el 72 % de los trabajadores, en diciembre de 1961). Ese mismo organismo controla también el débil sector cooperativo (7,8 % de las empresas, 20,1 % de los trabajadores) de una industria que ha permanecido bajo el régimen de explotación individual (4.434 obreros empleados por 1.749 empresas en 1931, 30.040 en 5.606 empresas en 1937, 67.000 en 1947, 128.300 en 1960). Se han realizado importantes progresos: en la agricultura (superficie cultivada que pasa de 1.650.000 «dumans» en 1948 a 4.220.000 en 1966, y superficie irrigada de 290.000 a 1.580.000), lo mismo que en la industria (química, potasas del mar Muerto, fosfatos del Neguev, abonos, automóviles Kaiser-Frazer, etc.) y el acondicionamiento de los puertos (Ashdod, entre Tel Aviv y Gaza).

Pero esas realizaciones han costado muy caras. En 1946, el presupuesto israelí está en rojo en más de 42 millones de libras. En 1960, se establece en 1.515 millones de libras. Para equilibrarlo, son necesarios 350 millones de dólares anuales. La deuda asciende entonces a 2.165 millones de libras, 961 de ellos de compromisos interiores. En 1962 hay que devaluar la libra israelí. A pesar de un acuerdo con Turquía, y de una activa penetración en el Africa negra (Etiopía, Mozambique, Congo, Unión Sudafricana, Mali), la balanza comercial continúa siendo deficitaria: 404 millones de libras en 1963, 528 en 1964 y 500 en 1965 (importaciones, 835,4; exportaciones, 429,14). Aunque la riqueza nacional aumenta de 535 millones de libras en 1950 a 1.400 en 1965, y la renta nacional de 358 millones de libras a 8.209 durante el mismo período, el aumento del coste de la vida, que alcanza el 53 % en 1952 y el 173 % desde 1952 hasta 1960 (la escala móvil corrige sus efectos sobre los salarios), el del número de parados, que oscila entre 75.000 y 100.000, y la marcha de 122.453 inmigrantes, decepcionados, entre 1948 y 1960, proyectan unas sombras inquietantes sobre el cuadro de aquel Estado de vocación comunista, mantenido por unos multimillonarios.

En la presidencia, se han sucedido Haim Weizmann, y luego David ben Gurion, desde 1948 a 1953, Moshe Sharett, de 1953 a 1955, y, desde 1963, Levi Eshkol. La Asamblea, o «Knesseth», constituida el 25 de enero de 1949 (reelegida sucesivamente los días 30 de julio de 1951, 26 de julio de 1955, 2 de noviembre de 1958, 15 de agosto de 1961, 2 de noviembre de 1965), celebra sus sesiones desde agosto de 1966 en un suntuoso palacio ofrecido por los Rotschild. Posee una mayoría marxista bastante estable, coalición del Frente obrero, apoyado por la poderosa central sindical Histadrut (Partidos laborista «Mapai» y «Ahdut Haavoda»), 45 diputados, del Frente nacional religioso («Mizrahi» y «Hapoel Mizrahi»), 11 diputados, y del ala izquierda, o «Mapam», ocho diputados; mayoría que los grupos de oposición («Rafi» de Ben Gurion, procedente de una escisión del «Mapai» el 2 de noviembre de 1965, 10 diputados; los liberales «Herut» de Menahem Beggin, y «Gahal», 26 diputados; «Agudat Israel», «Poale Agudat Israel», seis diputados; los liberales independientes, cinco diputados; la lista «Haolam Haze», un diputado) no tienen posibilidad de domeñar. Por otra parte, los musulmanes sólo poseen cuatro representantes y los cristianos árabes de Galilea aportan sus

votos a los cuatro únicos diputados de aquel Parlamento marxista que se declaran abiertamente comunistas.

Retroceso de Inglaterra y de Francia en el Próximo Oriente

Con Israel, sólo la U. R. S. S. se ha beneficiado del conflicto de Suez, cuyo saldo ha sido catastrófico para los Occidentales. «Hemos echado al mundo árabe en brazos de los Soviets», escribe Paul Reynaud en la *Revue de Paris* en diciembre de 1956. Sir John Glubb (pachá, ex comandante de la Legión Arabe) estima incluso que, para llegar a ese resultado, «la U. R. S. S. ha suscitado la crisis del Oriente Medio y la derrota de Siria y de la R. A. U.». Los Estados Unidos no lo creen aún, puesto que su gobierno insiste en ofrecer, el 5 de enero de 1957, ante el Congreso, bajo el nombre de «doctrina Eisenhower», su «ayuda económica y militar a los países del Oriente Medio». Contra aquella pretensión, Rusia se alza inmediatamente, el 11 de febrero, y desarrolla su ventaja, ofreciendo a los países del Tercer Mundo importantes créditos (desde 1955 hasta 1958, 480 millones a Egipto, 280 a Siria, 10 al Yemen, 145 al Afghanistan, 270 a la India, 20 a Ceilán, 13 al Nepal, 22 a Camboya y 110 a Indonesia).

En cuanto a los británicos, han resultado seriamente afectados. Desde luego, después de la sustitución de Eden como primer ministro por Harold Mac Millan (cuya madre es norteamericana), son recompensados por su docilidad y reciben cohetes nucleares, prometidos por Ike en las Bermudas (21-23 de marzo de 1957). Pero su influencia ha quedado irremediablemente comprometida en el Próximo Oriente. Egipto denuncia el acuerdo de 1954. Irak se retira del pacto de Bagdad. Jordania reclama la retirada de los cuadros británicos. Surgen dificultades con los emiratos árabes y el Yemen. La agitación alcanza a la isla de Chipre. Reunidos el 17 de enero en El Cairo, y de nuevo el 24 de febrero, el jefe del gobierno sirio, los reyes Hussein e Ibn Saud (a pesar de la obtención de un crédito de 250 millones de dólares y aviones) deciden seguir una política de «neutralismo positivo». Amenazado en Jordania por el jefe del gobierno Nabulsi, surgido de las elecciones del 21 de octubre, apoyado por los palestinos y por el general Nuwal, que, sostenido por unos contingentes sirios, lanza los blindados contra Amman y resiste el 14 de abril alrededor de Zarka antes de cruzar la frontera, el rey Hussein puede conservar su trono (en el que contribuye a asentarle un crédito de 10 millones de dólares) gracias a la devolución de sus beduinos y el apoyo de Ibn Saud. A raíz de unos disturbios en Beiruth contra el presidente Chamun en junio, otra ayuda en dólares otorgada al Líbano viene a reforzar oportunamente, entre la primera y la segunda vuelta del escrutinio, la posición electoral de aquel hombre de Estado proocidental. Pero, en Siria, el ministro de Defensa Khaled el Azam (rico francófilo de la época de Vichy, contra el cual el gobierno francés ha apoyado al pronasseriano Chukry Kuatly) acepta la invitación de Moscú, y el nuevo jefe de Estado Mayor, general Bezri (antaño afiliado al P. C. francés), se rodea de una misión de oficiales rusos. Una intriga pronorteamericana, dirigida por Chichackly, descubierta el 13 de agosto, denunciada por Gromyko el 10 de septiembre, provoca el envío de barcos de guerra rusos a Lattaquié el 21 de septiembre, y una tensión entre Damasco y Bagdad (que la intervención de Ibn Saud logra resolver el 25) y también con Turquía (tensión que persiste hasta el 9 de octubre y motiva los frunci-

mientos de cejas de Mr. «K.», en el momento en que este último se libra del mariscal Zhukov). Pero, habiéndose producido una reacción contra el druso Khaled Bagdache, comunista (que huye a Praga), los rusófilos Khaled el Azam y el general Bezri son destituidos, y Siria y su presidente Chukry Kuatly se vuelven finalmente hacia Egipto. El 31 de enero de 1958, Nasser realiza (con la ayuda del jefe de Información de Damasco, coronel Abdul Hamid Serra) la fusión entre los dos países, y proclama la República Arabe Unida —a la cual se adhiere el príncipe heredero del Yemen, Mohamed el Bahr, y a la que Jordania e Irak se acercan el 14 de febrero—. Aunque no haya podido situar a sus agentes directos (por el contrario, el P. C. egipcio es prohibido, y el Ba'as sirio se disuelve), la U. R. S. S. se adapta a aquel Estado de cosas. De su viaje a Moscú el 1 de mayo, el coronel Nasser trae unas promesas de colaboración, que se concretan en el envío de un reactor atómico en septiembre, y la concesión el 23 de octubre de un crédito de 400 millones de rublos para la construcción de la presa de Assuan (25).

Los países árabes vecinos no tardan en verse agitados por graves convulsiones. En Arabia, Ibn Abdel Aziz Saud, acusado por el coronel Serraj la antevíspera de haber ofrecido 22 millones de libras esterlinas por un atentado contra el coronel Nasser, se ve obligado a ceder las riendas, el 5 de marzo, a su hermano Faisal, más flexible y más evolucionado. En el Líbano, estallan disturbios en Beirut y en Trípoli, y entre los drusos, a raíz del asesinato, el 8 de mayo, de un publicista de la oposición. El general Chebab los reprime, pero el presidente Camille Chamun pide la ayuda de los Occidentales el 13 de mayo y reclama el 17 una encuesta del secretario general de la O. N. U., Dag Hammarskjoeld. Temiendo lo peor, expuestos a perder a sus últimos amigos en la región, los Estados Unidos reaccionan haciendo desembarcar 10.000 *marines* en Beirut, los días 14 y 15 de mayo, y 2.500 paracaidistas ingleses aterrizan en Amman, el 17 de agosto. Elegido para la presidencia, el general Chebab restablece la calma en el Líbano. En Irak, el rey Faisal, el príncipe heredero Abdul Illul, Nury Said (llamado al gobierno por su soberano, el 3 de marzo de 1958) y el ex regente Abdulülah perecen en un *putsch* organizado por el coronel Aref y el general Abdul Karim el Kassem, el 14 de julio. El segundo apoyado a la vez por los chiitas y por los kurdos de Barzani, hace fracasar el 1 de octubre un golpe de Estado del primero, partidario de la unión con Egipto. Indulta a su rival, que le matará sin contemplaciones cinco años más tarde, pero reprime duramente un levantamiento kurdo en Mossul el 8 de marzo de 1959.

Si los Estados Unidos no han ganado nada, y si la Gran Bretaña ha salido perdedora en el asunto de Suez, el resultado ha sido todavía peor para Francia. En Egipto, donde, según declaración de Georges Bonnet ante la Comisión de Finanzas: «Hemos perdido 500.000 millones de bienes (por privilegio especial, los de la esposa de Pierre Mendès-France, los bazares Cicurel, escaparon al secuestro el 30 de diciembre de 1956), y gastado 60.000 millones en la expedición. Los franceses han sido expulsados. Las escuelas cerradas». El bloqueo del canal, hasta marzo de 1957, ha interrumpido los suministros de petróleo. Ha habido que racionar la gasolina. Y también en Africa del Norte,

(25) Egipto recibirá, de 1952 a 1965: 1.000 millones de dólares de la U. R. S. S., más 534 millones de sus satélites y 84 millones de China, aparte de 218 millones de los organismos internacionales, 1.230 de los Estados Unidos y 400 de los otros Estados del mundo libre.

en la medida en que esperaba alcanzar, a través del Bikbachi, protector de Abd el Krim y del F. L. N., la rebelión del Maghreb. «Apoyar a Israel equivalía a proteger a Argelia», dará como excusa Harvé Alphand, secretario general del Quai d'Orsay. Pero, en ese dominio, después de haber utilizado su colaboración en la campaña de 1956 contra Egipto, Israel ha llegado al extremo de rechazar su alianza. A los ofrecimientos del sionista Jacques Soustelle, fundador de la Alianza Franco-Israelí (en la presidencia de la cual le sustituirá el general Koenig), Ben Gurion ha contestado con una negativa (17-22 de agosto de 1957). Y, aunque Menahem Begin ha presentado un proyecto en ese sentido en el Knesseth, sus propios amigos del partido «Heruth» se unirán a la mayoría, que lo rechaza por 180 votos contra ocho, el 19 de noviembre de 1957, porque en su condición de marxistas, no querían defender —ellos, los conquistadores, los exterminadores de los árabes— la colonización francesa, exenta de racismo y generalmente abierta a una evolución necesaria (26).

(26) «Los partidos de la coalición gubernamental, adeptos del marxismo, no quieren identificarse abiertamente con el país que lucha contra los rebeldes de Argelia» (Informat. de Israel, 27 de febrero de 1958).

CAPITULO XXXVI

DESCOLONIZACION PREMATURA Y TUMULTUOSA DE AFRICA: UN BOOMERANG PARA LOS ESTADOS UNIDOS

En el origen de la gran empresa de colonización, los grandes historiadores, Jacques Chastenet por ejemplo, habían creído reconocer la mano de la Francmasonería, obedeciendo a la consigna de hacer entrar en el ciclo de la civilización moderna a los pueblos de Asia y de Africa, parados en sus costumbres milenarias, y no solamente al afán de lucro, a la voluntad de explotar las riquezas de sus tierras y de su subsuelo. ¿Quiénes fueron los promotores del movimiento inverso? Al principio, tanto y quizá más aún que la U. R. S. S., protectora titulada de los pueblos oprimidos y de los nacionalismos autóctonos, desde que el hindú Jean Roy impulsó a Lenin en la vía del llamamiento del 20 de mayo de 1922, los dirigentes de los Estados Unidos, fieles ejecutores de las órdenes del Judaísmo y de las sociedades secretas, atribuyéndose la tradición anticolonialista del Nuevo Mundo, desempeñaron un papel activo y decisivo en la expulsión de las potencias occidentales de sus posesiones y mandatos de ultramar.

¿Pagar con la independencia del Maghreb el reconocimiento de Israel?

En lo que respecta al Africa del Norte, la presencia del «sabio» Henry Pereira Mendez (cuyas profecías de 1899 relativas a la segunda guerra mundial conocemos ya) en Argel al final de su vida (murió en 1937), ¿tiene algún significado especial? Naturalmente, resulta difícil determinarlo. En cambio, en unos artículos que se remontan a principios de 1934, el radical *Manchester Guardian* ha revelado la idea de maniobra de los que conducen el juego: trabajar para la formación en el Maghreb de una Federación de estados árabes independientes, susceptible de ser ofrecida como compensación por la constitución del Estado de Israel. Los sionistas más fanáticos, de imaginación mesiánica, un André Chouraqui, por ejemplo, veían ya en aquel espejismo un puente echado por encima del Atlántico, un «camino sagrado» enlazando la nueva capital judía, Nueva York, con la antigua, Jerusalén. En sus *Orígenes de la guerra de Argelia*, Robert Aron no deja de mostrarse impresionado por el hecho de que, para llegar hasta el jefe de los ulemas Tewfik Madani, tuviera que utilizar los buenos oficios de un rabino de Argel. Sin

embargo, no hay de qué asombrarse: la cooperación fue total en aquella época entre unos y otros, y los jefes del Judaísmo, arrastrando en el asunto a sus correligionarios locales, víctimas señaladas de la operación, ayudaron poderosamente al nacimiento y al desarrollo del panarabismo y de la lucha antifrancesa en el Maghreb, lo mismo que al proceso de descolonización del Africa negra.

* * *

La agitación antifrancesa, dirigida por Mesali Hadj en Francia, los ulemas en Argelia, apoyada por el P. C. y orquestada por Pierre-Bloch y consortes

Apenas terminados los festejos del Centenario de Argelia en 1930, con sus bandas de música, sus juegos ecuestres, sus pompas oficiales, se descubren en el país los síntomas de una acción subterránea contra Francia.

Es la época del Frente Popular, en la que el semanario *Marianne* del financiero Patenôtre (cuyo papel consiste, recordémoslo, en entregar unas empresas francesas al control yanqui) lanza la idea de sustituir el concepto de Imperio por el de una «Unión de Repúblicas Francesas», ya socialista, y quizá mañana soviética, de una U. R. F. S. S., en suma. El autor del artículo es Jean Pierre-Bloch, ex colaborador del *Populaire*, masón afiliado a la Logia «Libertad» el 10 de febrero de 1929, miembro del Consejo del «Derecho humano» y de la «Independent Order of B'nai B'rith», de la cual se convertirá en presidente para Francia a raíz de la Liberación. Instrumento dócil, por consiguiente, del Judaísmo norteamericano, es entonces diputado por Laon —lo mismo que sus colegas del Frente Popular en Narbona —Blum— y en Orleans, ha escogido como circunscripción la sede de una de las comunidades judías más antiguas de Francia, centro de una escuela talmúdica famosa, rival de las de Mesopotamia en la Edad Media. Al igual que los judíos del otro lado del Atlántico —y que los comunistas— practica la política de mano tendida a los católicos, y se hace notar por su celo antifascista y belicista. Pero su papel esencial es el de iniciar la descolonización de Africa, empezando por Argelia, donde el Judaísmo, espantado por las reacciones violentas de los fellahs, explotados por los usureros durante la crisis de 1931 a 1935, que se han entregado a un *pogrom* en Constantina el 5 de agosto de 1934 (balance: 23 víctimas judías de un total de 27), se esfuerza en ganar para su causa a los musulmanes, sus «hermanos en Abraham».

Un manual comunista, escrito por «Loew y D'Orient», analiza perfectamente la situación política de la época y fija la táctica a seguir. Los jefes de gran tienda, la jerarquía tradicional de los caids, los cheiks, de las cofradías morabitas, la burguesía musulmana en su conjunto y la mayoría de los evolucionados son fieles a Francia, por lo que la agitación se apoyará en la Metrópoli en el movimiento de Messali Hadj, y en Argelia en el de los Ulemas. Nacido en 1898 en Tlemcen, obrero en la empresa Renault, casado con una francesa comunista, Messali se ha hecho cargo en 1927 de «L'Etoile Nord-africaine», creada el año anterior por un marxista, Abdelkader Hadjali, para uso de las Kabilas de la región parisiense (traídos durante la guerra 1914-18, los trabajadores argelinos son unos 100.000 en la Metrópoli en 1930),

y luego ha obtenido de Moscú en 1930 los fondos necesarios para la publicación de un periódico, *El Ouma* (La Patria Islámica). Su programa extremista, difundido en París el 28 de mayo de 1933: independencia total del Maghreb, sufragio universal, idioma árabe, nacionalización, confiscación de los dominios, y la propaganda antimilitarista de la Unión Nacional de Musulmanes Nordafricanos que acaba de fundar, le han valido a principios de 1935 una condena a un año de prisión. Refugiado en Ginebra en casa del druso Chekib Arslan (discípulo de Gamal ed Dine y editor de *La Nación Arabe*), hasta su exoneración en julio, rompe con los comunistas. A sus reivindicaciones de independencia hacen eco los estudiantes nordafricanos, reunidos en París en el Palacio de la Mutualidad (Salah ben Yussef, tunecino, Allal el Fassi, marroquí), y luego en Argel (Hedi Nuira y Mongi Slim, tunecinos, Amar Narun, kabila y católico argelino, y Abdelmalek Torres, marroquí).

En Argelia, la Asociación de los Ulemas, doctores de la ley islámica, propagadores de las doctrinas reformistas y nacionalistas del cheik Mohamed abdu, de la Universidad egipcia de El Azhar, ha visto la luz el 5 de mayo de 1931. Sus jefes Abdelhamid ben Badis (de Constantina, antiguo discípulo de la «Zituna» de Tunes), Bachir Brahimi, que le sucederá (instalado en Tlemcen, después de haber vivido en Siria), Embarek el Mili (de pequeña Kabilia), gozan ya de un gran prestigio entre las multitudes, inculcan en la juventud su ideal: «El Islam es mi religión, el árabe es mi idioma, Argelia es mi patria», y difunden sus consignas en su periódico *El Bassair* y su revista *Ech Chihab* (La Estrella). Burgués de origen tunecino, agente de la propiedad en Argel, donde ocupa una lujosa villa en Saint-Eugene, Tewfik el Madani controla la política del movimiento y recibe discretamente a sus visitantes a la sombra de la Casbah. A aquella propaganda «religiosa», la Administración ha puesto un solo obstáculo: un decreto de 1933 reserva a los imanes y muftis oficiales el derecho a predicar en las mezquitas, en espera de que otro decreto, el de Marcel Régnier del 5 de abril de 1935, le suministre los medioss para reaccionar contra la agitación nacionalista.

A aquella acción, el Partido Comunista argelino, surgido del congreso de Villeurbanne, dirigido por Jean Chaintron, llamado Barthel, y por Ben Ali Bukhort, aporta su experiencia revolucionaria, los cuadros de sus células y, en las ciudades, el apoyo de los trabajadores autóctonos, encuadrados en los sindicatos cegetistas. Coronándolo todo, de acuerdo con las consignas recibidas, los dirigentes judíos locales financian y encuadran el movimiento de reivindicación nacionalista contra Francia. ¿Un ejemplo? Tomemos el del «Círculo del Progreso» de Argel, presidido por el doctor Loufrani, secundado por el doctor José Aboulker de Belcourt, asistidos por un acólito musulmán, el ulema Taieb el Okbi (originario de Biskra, pero que ha pasado veinticinco años en el Hedjaz, comprometido como instigador del asesinato del mufti malequita de Argel Kahlul, dejado en libertad porque su acusador se retractó) y por un figurante democristiano, el arquitecto Scelles-Millie. Sobreviene la victoria del Frente Popular y, dos días después de la formación del gabinete Leon Blum, el 7 de junio de 1936, un «Congreso Musulmán Argelino» abre sus sesiones en Argel, a donde Messali el Hadj se dirigirá el 2 de agosto. Además de los movimientos anteriormente citados, participan en aquella Asamblea, arrastrados por la ola nacionalista, los miembros de la Federación de los Elegidos musulmanes (1931-1934), dirigida por el doctor Tamzali (de Argel, en relaciones permanentes con Egipto), el doctor Bendjelloul, de Constantina,

y el farmacéutico Ferhat Abbas, de Sétif (1), estos dos últimos aliados hasta entonces de lc «nacionales» franceses y poco sospechosos de benevolencia en lo que respecta a los judíos. Esos «moderados» desempeñan un papel importante en el Congreso, que aprueba una «Carta reivindicativa», reclamando el sufragio universal con mantenimiento del estatuto coránico en un colegio único (medida que permitiría a los musulmanes mayoritarios dominar «democráticamente» el país). Tres delegados entregan a Leon Blum aquel texto, con el que se contentan los comunistas, en tanto que los ulemas sólo se resignan a él de labios para fuera y que los messalistas lo rechazan en bloque. A imagen de los desfiles del Frente Popular en la Metrópoli, se organizan al otro lado del Mediterráneo unas manifestaciones de masas de inspiración nacionalista.

El proyecto Blum, contra la asimilación preconizada por Violette

Entonces, en el plano institucional y parlamentario interviene Pierre-Bloch, secretario general de la Comisión encargada de poner a punto un proyecto de estatuto «liberal», estableciendo contacto sobre el terreno con unos presuntos interlocutores válidos atraídos por las aguas de la ola revolucionaria. Patrocinado por Leon Blum, aquel proyecto lleva el nombre del ex gobernador Maurice Violette (1925-1929), miembro del Consejo de la Orden del Gran Oriente, ministro de Estado en el gabinete de Frente Popular, bienquisto por los *autóctonos*, cuya causa ha defendido al intentar trazar un camino nuevo para su evolución en una obra intitulada *¿Vivirá Argelia?* Pero eso no es más que una etiqueta engañosa: en tanto que Violette preconizaba una asimilación progresiva (consistente en llevar a la igualdad en el estatuto francés a las élites, a medida que iban formando, sin que se produjera ninguna ruptura con las capas menos evolucionadas), el proyecto Blum, inspirado de hecho en un estatuto de los judíos de Rumanía, tendía a admitir a unos 21.000 privilegiados, que conservarían su estatuto coránico, a la ciudadanía francesa.

El problema se había planteado por primera vez cuando, en vísperas de la primera guerra mundial, Francia había establecido por los decretos del 31 de enero y del 3 de febrero de 1912 el servicio militar obligatorio para los musulmanes de Argelia restringiendo el reclutamiento de los conscriptos a 2.500 sobre 45.000). Su participación en las hostilidades había sido de 175.000 movilizados —87.000 de ellos combatientes— y 25.000 muertos, contra 155.000 movilizados —115.000 combatientes— y 22.000 muertos europeos. Dando por sentado que la contribución de la sangre tiene como contrapartida la concesión de los derechos cívicos, no se habían contentado con la obtención de una tercera parte, en vez de una cuarta (nombrados de acuerdo con el decreto Chanzy del 30 de septiembre de 1878), de los representantes en los consejos

(1) Nacido en 1899 de un padre caid, estudiante en Constantina y luego de Farmacia en Argel, de formación francesa (no habla el árabe), su colección de artículos «El Joven Argelino» (1926) se la señalado a la atención pública. Sucesivamente consejero general de Constantina, consejero municipal de Sétif y delegado financiero, de 1933 a 1936, ha fundado en 1933 el periódico *L'Entente* para defender la causa de emancipación de los musulmanes, pero ha escrito el 23 de febrero de 1936: «No moriré por la patria argelina, porque esa patria no existe». Refractario a la asimilación completa, permanece favorable a la integración en un régimen controlado por Francia.

municipales (que se remontaba a 1914), sino que habían reivindicado la ciudadanía. El decreto Crémieux del 24 de octubre de 1870, ¿no había naturalizado acaso en bloque a los 33.000 judíos argelinos, mantenidos hasta entonces en unas «mellahs», despreciados por los autóctonos, y que habían proliferado en un 215 % en cincuenta años? Y la ley del 26 de junio de 1889, ¿no había afrancesado automáticamente a los hijos de los inmigrantes de origen español, italiano o maltés, nacidos en el país? (Francia, desangrada por las guerras de la Revolución y del Imperio, había perdido su fuerza demográfica al conquistar Argelia). Padeciendo aquella discriminación, reivindican la igualdad de derechos, con el añadido de un privilegio, el de conservar su estatuto, lo que hubiese entrañado como consecuencia que, viviendo al margen del Código Civil francés, sus representantes habrían podido legislar en el seno del Parlamento de París, en tanto que, mayoritarios en las asambleas argelinas, habrían sometido a su ley a los europeos (973.729 en 1948, sobre una población total de 8.681.785). La solución de aquel problema —que una sociedad medieval de régimen jurídico personal hubiera podido encontrar— le estaba tanto más vedada a la democracia parlamentaria francesa por cuanto que el régimen centralizado confunde la soberanía con la representación, no comporta ninguna autonomía provincial y, por consiguiente, el sufragio universal conduce de un modo irremediable, si cohabitan dos elementos étnicos distintos, a la opresión de la minoría por la mayoría y, a plazo más o menos largo, a la independencia y a la expulsión de la primera por la segunda.

No hay autonomía de las comunidades posible en una democracia parlamentaria

Consciente del peligro, la III República había limitado, pues, la representación de los indígenas, al tiempo que la acontonaba en un colegio distinto. No atreviéndose a derogar el decreto Crémieux (que había hecho de la minoría judía, votando en bloque de acuerdo con las directrices de su Consistorio, el árbitro de las elecciones europeas), pero temiendo que la campaña antisemita de Max Regis desembocara en algún movimiento separatista, el consejero de Estado Laferrière, nombrado gobernador por el presidente del Consejo Brisson, había al menos hecho reconocer a Argelia la «personalidad civil», la había dotado de un presupuesto especial y de una asamblea regional (ley del 19 de diciembre de 1900). El 31 de diciembre de 1896, el gobernador Jules Cambon (abril de 1891 a 1898) había hecho abolir ya los decretos del 26 de agosto de 1881 (tomados de la época de Albert Grévy, 1879-1881, y de Louis Tirman, nombrado por Gambetta), decretos que hacían depender los asuntos argelinos de cada uno de los ministerios metropolitanos «competentes», con todos los retrasos, los errores de visión, el desorden y la incoherencia que semejante régimen entrañaba. Las Delegaciones financieras, organizadas en 1900, comportaban dos colegios de 24 miembros cada uno (colonos y no colonos) y uno indígena (incluyendo a 17 árabes y ocho kabilas); estaban, además, representadas por 31 delegados en el Consejo Superior. En los consejos generales de cada uno de los tres departamento figuraban 24 europeos y seis musulmanes. La ley municipal del 5 de abril de 1884 había sido extendida a Argelia, y el número de las comunas de pleno ejercicio (irradiando sobre los aduares vecinos) aumentado de 198 en 1882 a 248 en 1890, y luego a 296, y algunos miembros musulmanes (nombrados por un colegio restringido) figuraban en aquellos consejos (englobando a dos millones de habitan-

parte, trabajan en Francia, de donde envían a sus familias unas sumas que varían de 30.000 a 35.000 millones de francos por año; y si bien la Metrópoli impone a Argelia un régimen de unión aduanera y de monopolio del pabellón, en contrapartida cubre el déficit de la balanza comercial (68.500 millones en 1952: 181 de importaciones-112,5 de exportaciones; 56.800 millones en 1953: 167-110,2; 78 en 1954: 192-114), procura la mayor parte de las inversiones y financia el presupuesto extraordinario en una proporción que alcanza el 80 %: 28.000 millones sobre 33.000 en 1953-54.

Ha desarrollado hasta tal punto la agricultura de aquel país naturalmente árido (4.4 millones de hectáreas «útiles» sobre 20 millones para una superficie total de 209.640 quilómetros cuadrados), salvo algunas zonas privilegiadas, 600.000 hectáreas de tierras consideradas «buenas» (de rendimiento, no obstante, bastante débil: 9,7 quintales por hectárea, en relación con una media de 5,8, contra 22,78 en la Metrópoli), cuya superficie cultivable ha aumentado de 500.000 hectáreas en 1830 a 7.200.000 (de ellas 50.000 irrigadas por presas desde 1926). Ese aumento ha compensado ampliamente las 2.810.000 hectáreas arables y las 200.000 de bosques explotadas por los colonos, cuyo origen procede, para casi un millón de hectáreas, del dominio público (9,4 de ellas heredadas del «beylik» turco después de la conquista), del secuestro de 325.000 hectáreas a raíz de la insurrección kabila de 1871, en beneficio de refugiados de Alsacia-Lorena) (leyes del 21 de julio y del 15 de septiembre), y de cesiones libres de tierras, autorizadas por una ley del 26 de julio de 1873 que hizo aprobar el ex sansimoniano Warnier, gobernador, pero que aprovechará hasta tal punto a los traficantes que tendrá que ser derogada catorce años más tarde (2). De hecho, en 1954, 7,6 millones de hectáreas pertenecen a los musulmanes, en forma de bienes colectivos «arch» o familiares «melk» (615.000 explotaciones; de ellas, 600 de más de 500 hectáreas, 5.000 de más de 100, ocupando el 20 % del total), de una media de 14 hectáreas, aunque fraccionadas hasta el infinito por las costumbres sucesorias que las atomizan. El régimen de arriendo al quinto, «khamessat», poco favorable para los campesinos, está en retroceso (154.692 en 1951, 60.563 en 1954), pero los 50.580 obreros agrícolas, que trabajan en casa de 30.590 fellahs y sólo reciben 4.000 millones de salarios, envidian generalmente a sus camaradas empleados por los europeos (3). Estos últimos, en número de 24.900, explotan 2,7 millones de hectáreas, en dominios cuya media es de 109 hectáreas (4); 14.381 emplean 120.652 asalariados, a los cuales entregan 20.000 millones.

---

(2) Bajo el Segundo Imperio, la ley del 16 de junio de 1851, llamada del «acantonamiento», había permitido al Estado meter mano a 2,4 millones de hectáreas de pastos y de tamojal, dejando como «zoujas» a las tribus unas parcelas de ocho a 10 hectáreas. Bajo la influencia de su consejero arabófilo Ismael Urbain, Napoleón III renunció a ellas y el senatus-consulte del 22 de abril de 1863 protegió las tierras de los autóctonos, aunque autorizando ciertas compras. Más tarde, el general Chanzy, gobernador, desarrolló grandemente la colonización, instalando a 30.000 europeos, dotados de lotes de unas 40 hectáreas en 198 pueblos. Así fueron sucesivamente ocupadas: 481.000 hectáreas de 1830 a 1871; 401.099 de 1871 a 1880; 176.000 de 1881 a 1891, y 120.000 de 1891 a 1900.

(3) En total, 160.000 obreros agrícolas ganan alrededor de 75.000 francos al año, y 400.000 de 20.000 a 25.000; un tercio del proletariado rural lleva una vida rudimentaria.

(4) Los grandes dominios: Compañía Genovesa (15.000 hectáreas), Compañía Argelina (100.000), cuya confiscación reclama Ferhat Abbas, constituyen la excepción. En cuanto a la queja relativa a la preferencia de los colonos por los cultivos mediterráneos (viña, 400.000 hectáreas; agrios, 30.000; olivos, 25.000; árboles frutales, 20.000; cultivos hortenses, 100.000 hectáreas), no tiene razón de ser, ya que esos cultivos son más propios de determinados terrenos que los cereales y procuran una fuente apreciable de exportaciones.

Al lado de los esfuerzos realizados contra la erosión por el Servicio de Defensa y de Restauración del Suelo, creado el 7 de julio de 1945 (que ha repoblado de árboles 1.040 hectáreas desde 1946 hasta 1954), han sido fundados, en el sentido de las reivindicaciones de Ferhat Abbas, unos organismos locales destinados a ayudar a los fellahs: Sectores de Mejoramiento Rural (S. A. R., 18 de abril de 1946), en número de 200, con 300.000 afiliados en 1954; las Obras de Iniciativa Comunal (T. I. C.), que desde 1948 hasta 1952 acondicionan 1.000 quilómetros de caminos vecinales, establecen 2.930 puntos de agua y construyen 821 escuelas; y finalmente las Sociedades Agrícolas de Previsión (S. A. P.) que proporcionan créditos a corto plazo, pero que recuperan difícilmente sus anticipos desde que se ha suprimido el control que ejercían sobre ellas los jefes de comuna, el 28 de agosto de 1952.

Aquella importante obra económica (5) ha ido acompañada en el terreno social de un esfuerzo de enseñanza todavía insuficiente, y pecando (al igual que en la Metrópoli) por defecto de formación profesional, aunque no desdeñable. Sobre los mismos bancos que 200.000 niños europeos, 1.250.000 musulmanes son escolarizados; la proporción sólo es de un niño por cada 10 y de uno por 16 para las niñas, pero aumentará en un 11 % en 1945 y en un 18 % en 1955. Admitidos en un plano de igualdad con sus camaradas europeos en la Universidad, un millar de diplomados constituyen la élite evolucionada, pero, a pesar de la creación de «medersas» oficiales (23 de julio de 1895), la jerarquía judicial musulmana de los «Cadis», en parte formada en la «Zituna» de Túnez (1.000 estudiantes), en la «Karauyina» de Fez (120) e incluso en El Azhar de El Cairo (150), no escapa a la influencia de los ulemas. El índice de crecimiento galopante de la población autóctona anula por otra parte todos los esfuerzos de la Administración por mejorar sus condiciones de vida, sumamente precarias: de 2,3 millones en 1856, los musulmanes han pasado a 4,47 en 1906, 5,58 en 1931 y 8,45 en 1954. Este éxito, indiscutible para los Servicios de Sanidad (1.033 médicos en 1939, 1.855 en 1954), que han reducido la mortalidad de 205 por 10.000 en 1906 a 130 en 1954 (contra 120 en la Metrópoli), aunque se comprueba una merma de los dos tercios entre los reclutas, plantea al gobierno un problema insoluble.

Orientación de los espíritus inexistente: perdida la carta bereber, por sectarismo masónico, ceguera de los arabizantes y falso cálculo del Judaísmo: «¡seis millones de orientales!»

Ya que ha fracasado en el terreno moral. Por falta de decisión, de autoridad, de voluntad. Desde la conquista, ha vacilado entre la ocupación restringida de «presidios» costeros y la ocupación completa del interior. De política a largo plazo, nada de nada. Demasiado enfeudada a Inglaterra hasta 1840, la Monarquía de Julio ha tardado en impulsar la conquista, decidida por Carlos X en desafío al gabinete de Saint-James. Ha habido que esperar a Bugeaud para iniciar una colonización «militar» (1842 y 1847) que, habiendo fracasado, ha tenido que ser reemprendida por civiles, deportados del cuarenta y ocho en 1852, repatriados de Alsacia-Lorena en 1872, en espera

(5) Reconocida por Ferhat Abbas ante el Consejo de la República el 29 de agosto de 1947 (J. O., pág. 1923): «Desde el punto de vista del europeo, la obra francesa podría inspirar orgullo a los franceses. Argelia posee hoy la estructura de un verdadero Estado moderno... incluso puede soportar la comparación con muchos países de la Europa central».

del aflujo de la inmigración mediterránea. Napoleón III, espíritu soñador, ha acumulado los errores de todas clases (6). La III República, aunque ha protegido los flancos de Argelia con el establecimiento de los protectorados sobre Túnez (1881) y Marruecos (1912), y agrandado el Imperio en una parte del Africa negra, ha sido incapaz de dar un sentido determinado a la evolución del país. Hasta el punto de que, de los autóctonos, los judíos han sido los únicos admitidos a suministrar un apoyo a la población europea. Desde el primer momento, se han presentado como intermediarios entre el ejército y la población (Jacob Bacri, consejero de Bourmont; Juda Ben Drane, alias «Duran», suministrado como «Oukil» por Abdelkader a Drouet d'Erlon; Lasry, encargado por Clauzel de recaudar una contribución de guerra; Duran, utilizado por Bugeaud para negociar el tratado de la Tafna, el 30 de mayo de 1837, y luego caído en desgracia porque cobraba de los dos bandos; Busnach y ben Bajou, mezclándose entre Damrémont y Ahmed bey de Constantina en 1837, y uno de los hermanos Drane, acompañando al emisario de Abdelkader, Miloud ben Arrach, a París en la primavera de 1839), y como proveedores de los intendentes. El decreto Crémieux del 24 de octubre de 1870 les ha convertido, en bloque, en franceses. Marginados, descontentos por la introducción de una administración civil, los musulmanes han replicado inmediatamente con la insurrección kabila (7).

Sin embargo, de los dos elementos étnicos que los componen, si bien los árabes sólo son aquí (contrariamente que en España, donde han intervenido en el siglo VIII, a la cabeza de los «djonds» de los elementos sirios formados ya en la civilización por sus contactos en Damasco con la administración

---

(6) Ensayo de introducción de las instituciones metropolitanas por su primo el iluminado príncipe Jerónimo (ministro de Argelia del 2 de junio de 1858 a mayo de 1859); restablecimiento del gobierno general (26 de noviembre de 1860) a raíz de una primera visita a Argel, con el anciano mariscal Pelissier; luego, bajo la influencia de Jerôme David y de Ismael Urbain (sansimoniano), renuncia al «acantonamiento» (carta del 6 de febrero; senatus-consulte del 22 de abril de 1863), defensa de las propiedades tribales y distribuciones individuales a los árabes, seguidas (tras la revuelta de los Uled Sidi Cheikh en marzo-abril de 1864) de un fortalecimiento de los poderes del gobernador (decreto del 7 de julio de 1864) y del nombramiento de Mac Mahon (1 de septiembre de 1864), de una prohibición de las concesiones gratuitas (previstas por decreto del 26 de abril de 1851), de la adquisición de 700.000 hectáreas por los indígenas, pero, por contra, de concesiones a grandes sociedades capitalistas: Compañía Genovesa de la región de Sétif (15.000 hectáreas en 1863), Sociedad del Habra y de la Macta, y sobre todo, Compañía Algeriana (100.000 hectáreas) encargada en marzo de 1865, a la moda americana, de obras públicas por un valor de 87 millones, bajo el control de Talabot. Todo esto culminando, en el plan político, con declaraciones contradictorias, definiendo el país como «tierra francesa para siempre» y «nacionalidad árabe» (durante su viaje del 3 de mayo al 7 de junio de 1865) y, en una carta a Mac Mahon, como «un reino árabe, una colonia europea (en la costa) y un campo militar». Acariciando el sueño de ganarse por su liberalismo la simpatía del Islam, proclama en el senatus-consulte del 14 de julio de 1865, judíos y musulmanes «franceses dentro de su estatuto» (pero son escasas las solicitudes de naturalización) antes de declarar el 17 de julio de 1869 una unión aduanera con Francia.

(7) Endeudado en 350.000 francos por unas compras de trigo para sus hombres, el bachaga Mohamed el Mokrani atacó el 16 de marzo de 1871 Bord bou Arreridj con 6.000 guerreros; apoyado por el cheikh el Haddad y la hermandad de los Rahmanyia, arrastró a 100.000 kabilas, por una parte hasta Ouargla y Touggourt, en el sur, y por otra parte hasta el Alma, en dirección a Argel. Reforzado con 86.000 hombres, el ejército francés le mató el 5 de mayo cerca de Bouira; su hermano, bou Mezrag, después de la sumisión de los Zouara (13 de abril), derrotado en Bou Taleb en el Hodna (12 de octubre), fue capturado en el desierto el 20 de enero de 1872. Los franceses tuvieron 2.685 muertos. Una indemnización de 36 millones de francos-oro y la confiscación de 446.406 hectáreas sancionaron la revuelta.

y la cultura bizantinas) un conglomerado de tribus de beduinos nómadas, depositadas por las invasiones hilalianas de siglos XIV y XV, los berberiscos representan un fondo de población mediterránea, sucesivamente sometida a la influencia púnica, romana y cristiana (hasta el punto de haber dado a la Iglesia uno de sus Padres, san Agustín), poseedores de un idioma y de unas costumbres (kanoun) particulares (los djemaâs» y sus «amin», descritos por Masqueray, ilustran los textos que atestiguan un embrión de instituciones municipales en los montes cántabros en el siglo IX), abierto a la asimilación de la cultura occidental. ¿Cómo se ha podido descuidar el buscar en ese elemento local el apoyo necesario a la población europea para restablecer el equilibrio demográfico en favor suyo? ¿Cómo se ha podido volver la espalda a una evolución natural, inscrita en la historia, en los hechos y en las aspiraciones, hasta el punto de introducir, como ha hecho la administración francesa, el derecho coránico en Kabilia (con desprecio de las promesas formuladas de conservar costumbres e instituciones, después de la conquista, efectuada, para la pequeña Kabilia por Saint-Arnaud a finales de 1842, y, para la grande, en dos campañas, bajo el mariscal Randon, de 1851 a 1854 y, después de la guerra de Crimea, del 24 de mayo al 12 de julio de 1857?) ¿Cómo se ha podido prestar la mano a la islamización (sacrificando las cofradías religiosas a la influencia de los ulemas) y tolerar incluso la arabización del país, cuyo propio nombre, «Maghreb», significa Occidente, y favorecer, como último recurso, su orientalización?

En primer lugar por sectarismo anticatólico: cubiertos por Soult en París, los mariscales y generales de la conquista, ex oficiales del Imperio, cuyo ateísmo escandaliza a los musulmanes, provocan la destitución de 15 capellanes militares sobre un total de 19. Nombrado mariscal y gobernador en noviembre de 1837, Valée sólo ha tolerado a un obispo, monseñor Dupuch, para uso de los europeos, en 1838 (una iglesia ha sido abierta en Argel en 1833, luego una capilla en Orán y otra en Bona; en 1857 se contará únicamente con 187 parroquias). Entrado en conflicto con Bugeaud (por haber escrito directamente al rey, a raíz de un intercambio de prisioneros), el 3 de agosto de 1841, monseñor Dupuch ha terminado por dimitir en 1845. Las relaciones de su sucesor, monseñor Pavy, con Pelissier han sido tensas. Lo mismo que las de monseñor Lavigerie con Mac Mahon, flanqueado de un alto dignatario masónico como jefe de Estado Mayor, el general Gresley. El fundador del Santuario de Nuestra Señora de Africa, esforzándose en extender la obra de conversión iniciada por algunos jesuitas en Kabilia en 1864, creando la Sociedad de Misioneros de Africa, o «Padres Blancos», ha obtenido con muchas dificultades en Biarritz, en septiembre de 1858, la autorización de Napoleón III, cediendo al temor de alienarse a los católicos franceses.

A continuación, bajo la influencia de «especialistas del Islam», formados en Levante pero completamente incapaces de comprender las tradiciones particulares del Africa del Norte, donde la civilización musulmana de Marruecos no ha sido más que una prolongación del Califato (occidental) de Córdoba, y Tlemcen (único monumento «árabe» de Argelia) un puesto avanzado de Marruecos, y donde la influencia oriental de El Cairo se ha detenido en Kairouan, en Túnez. Y en último término, como ya hemos visto, bajo la influencia del Judaísmo, soñando con nostalgia en el papel de visir desempeñado antaño por los suyos en los reinos musulmanes de España (según la tesis cara a sus historiadores, del académico español marrano Menéndez Pidal

al universitario argelino Levi, llamado Provençal), y del sionismo, aliándose con los ulemas y abriendo el país al panarabismo, con la esperanza de hacer tolerar la existencia del Estado de Israel, favoreciendo la creación de una Federación Arabe en Africa del Norte.

Desde luego, los políticos de la III República eran incapaces de concebir y de imprimir al Africa del Norte una evolución análoga a la que un Kemal Ataturk impuso a Turquía, modernizando y occidentalizando aquel país musulmán no árabe. Por otra parte, carecían de la autoridad necesaria para llevarla a feliz término: ni para «forzar la mano» a las élites, que sólo de ese modo renunciarían a su estatuto, ni para confiar a una jerarquía musulmana válida la tarea de preparar la indispensable adptación, acabando con la influencia de los ulemas, ni para frenar el crecimiento demográfico, garantía segura de un porvenir miserable. Como resultado de aquella incomprensión y de aquella impotencia, tal como constataba con pesar Ferhat Abbas, vivían en Argelia «seis millones de orientales».

El desembarco «aliado», fatal para el prestigio de Francia

En tales condiciones, el desembarco aliado del 8 de noviembre de 1942 acabó de hacer perder la cara a Francia. En adelante eran los anglosajones, y no ya el ejército del armisticio, los que representaban la fuerza en el Maghreb. Aquellos invasores, después de haber repartido chocolatinas y gomas de mascar, se les comían sus carneros y traían con ellos, en vez de un alivio de la carestía, un aumento de las privaciones; la cosecha de cereales descendió de 17.371.000 quintales a 3,6 millones en 1945, la del aceite de oliva de 200.000 a 100.000 en 1944; el ganado ovino de 6,5 millones en 1942 a 2,8 en 1946, el caprino de 3,2 a dos, el porcino de 190.000 en 1942 a 59.000 en 1946, etcétera. Les soportaban mal, pues, y sabiéndoles amigos de los judíos les despreciaban, y todavía más a sus acólitos franceses. Militar, el general Giraud, para «hacer la guerra» moviliza a diestro y siniestro, envía al frente a 233.000 musulmanes y 176.000 «pies negros» (dejando únicamente en sus puestos a 20 redactores del G. G. de un total de 64, y 192 administradores de comunas mixtas sobre 880), sin preocuparse del «peligroso vacío administrativo» así creado. Candidato a cónsul a lo César, o a «lord Protector» a lo Cromwell, De Gaulle, para preparar la revolución, depura sin contemplaciones, detiene, interna en campos o confina a los «nacionales» franceses, lo mismo que antes y después del armisticio había reanudado con los jefes musulmanes la cadena de la amistad. Ante aquel espectáculo, los dirigentes llegan a una conclusión: Ha llegado el final para Francia... Tanto más por cuanto los estadistas aliados les estimulan abiertamente a emanciparse: Roosevelt, cerca del sultán de Marruecos en Anfa, en enero de 1943, y tal vez, en el curso de una visita a Argel, cerca de Ferhat Abbas, al que el diplomático Robert Murphy, de todos modos, empuja a actuar prometiéndole el apoyo de los Estados Unidos. Y tanto más, también, por cuanto entre los príncipes del cortejo de De Gaulle figura, al lado de Gaston Palewski, Jean Pierre-Bloch (que se ha escapado de Perigueux para reunirse en Londres con «el General y su B. C. R. A.), un antiguo conocimiento para ellos, puesto que, botafuego del Congreso musulmán, ha sido el animador de la Comisión Blum-Violette en 1936. Nombrado comisario del Interior, se ha apresurado a poner de nuevo en vigor el decreto Crémieux y en restablecer en sus derechos de franceses a sus corre-

ligionarios. Luego, en su calidad de presidente de los Asuntos Musulmanes de la Asamblea Consultiva, se hace cargo de la suerte de los musulmanes, autoriza de nuevo el P. C. A., saca de la cárcel a Messali (condenado a dieciséis años de trabajos forzados el 17 de marzo de 1941 por haber provocado el 25 de enero de 1941 el amotinamiento en Maison-Carrée de tiradores destinados al Levante, que se esparcieron por la ciudad y mataron a 10 europeos), al que señala residencia en Reibell, en la que reanuda su actividad y reclama que un «soplo nuevo» pase sobre la administración argelina (a propósito de un oficial lo bastante «retrógrado» como para aconsejar que se refuercen las sanciones penales a fin de reprimir mejor la subversión en aumento).

En adelante, las reivindicaciones que apuntan a la independencia... ¿por la vía legal?

Con tales personajes, no hay motivo de preocupación. Inmediatamente, cambia el tono. Puesto que se piden nuevos sacrificios a los argelinos, Ferhat Abbas reclama para ellos, el 22 de diciembre de 1942, un nuevo estatuto político, económico y social, en un mensaje que dirige no solamente al gobernador general, sino también a los representantes de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, procedimiento insólito que demuestra el poco caso que hace a las autoridades francesas. Giraud rechaza sumariamente aquella reinvindicación a principios de 1943, repitiendo: «¿Reformas? ¡Ni hablar! ¡Lo que yo quiero son soldados!» (Michal K. Clark, *Algeria in turmoil*). Entonces, Abbas lanza el 10 de febrero su «Manifiesto del Pueblo Argelino», firmado por 56 notables, dirigido también el 3 de marzo a los embajadores Murphy y Bogomolov, así como al gobernador general Peyrouton, en el cual afirma que «la colonia francesa no admite la igualdad con la Argelia musulmana... como no sea en los campos de batalla», que «el bloque europeo y el bloque musulmán permanecen separados uno de otro, sin un alma común», y reclama la abolición de la colonización y una constitución que garantice la igualdad y las libertades esenciales, es decir, precisa en un Anexo (fechado el 26 de mayo y sometido al director de los Asuntos Indígenas, Agustín Berque antes de entregado a De Gaulle el 10 de junio de 1943): el reconocimiento de la soberanía argelina, la constitución de un gobierno argelino y la convocatoria de una Constituyente elegida por sufragio universal, al término de las hostilidades. El general Catroux (escaldado por la crisis siria, que por otra parte había provocado él mismo con sus promesas desconsideradas), llamado a reemplazar a Marcel Peyrouton, nombrado por Giraud, que ha dimitido del Gobierno General el 1 de de julio, replica secamente a aquellas pretensiones: «Argelia es parte integrante de Francia», respuesta que el Comité de Liberación hace suya. Tras lo cual, los delegados musulmanes se niegan a figurar en las Delegaciones financieras convocadas para el 22 de septiembre, lo que vale a Ferhat Abbas y a Saiah Abdelkader el ser adscritos a residencia forzosa (hasta el 2 de diciembre), en tanto que el segundo colegio es disuelto.

Sin embargo, el diálogo continúa en el seno de una comisión mixta creada el 14 de noviembre, y «el General» pronuncia el 12 de diciembre, en la plaza de la Brèche de Constantina, un discurso prometiendo próximas reformas. Cerca de él, en efecto, Jean Pierre-Bloch no cesa de ejercer su influencia. Inaugurando la conferencia de los 20 gobernadores y de nueve representantes

de la Asamblea consultiva, reunida en Brazzaville del 30 de enero al 8 de febrero de 1944, De Gaulle, jugando a los Bolívar (después de haber jugado, en Dakar, a los Miranda), se presenta como liberador de Africa: «La guerra actual no ha hecho más que precipitar la evolución»... «Ninguna potencia imperial puede oír mejor que Francia esa llamada», porque «ella ha encontrado en sus territorios de ultramar el refugio... y ahora la base de partida de su liberación... esto ha creado entre ella y su Imperio un lazo definitivo»... «Ha decidido, pues... elegir noblemente... unos caminos nuevos... hacia el destino». Así: «Señores gobernadores... estudiaréis aquí... las condiciones que deben ser progresivamente aplicadas para que... cada uno de nuestros territorios ("asociados a la gestión de sus propios asuntos") se integre en la Comunidad francesa, con su personalidad, sus intereses, sus aspiraciones y su futuro» (*Discursos*, t. II, 1945, págs. 194 a 197). Encontramos aquí, en el pomposo estilo del General —muy orgulloso de su iniciativa: «Vamos por delante de los británicos», le dirá a Tournoux (*La tragedia del General*, pág. 175), y lleno de ilusiones sobre sus consecuencias: «Esto nos evitará muchos disgustos»—, la idea de Pierre-Bloch de una «Unión Francesa» britanizada en «Comunidad» (Commonwealth). Sin más tardanza, su autor trata de aplicarla, en el espíritu del proyecto Blum-Violette, a Argelia. Es la ordenanza del 7 de marzo de 1944 que concede a los musulmanes el acceso a todos los empleos, admite sus representantes en las asambleas locales en la proporción de los 2/5, confiere el derecho de voto en el colegio musulmán a 1,5 millones de no ciudadanos mayores de 21 años (la mitad de los cuales se abstendrán de incribirse), introduce en el colegio francés con pleno disfrute de los derechos cívicos a unos 60.000 evolucionados, y prevé la financiación en veinte años de un programa económico de «promoción social». Sin embargo, la acogida reservada por los musulmanes a aquellas medidas «liberales» no puede ser más desfavorable. Ha pasado su hora. Aunque siguen siendo partidarios del ingreso en una Federación con Francia, Ferhat Abbas y Saiah Abdelkader las rechazan, recomendando el boicot (especialmente a la admisión en el colegio electoral francés, prohibida por el cheikh Hadi Senoussou y los ulemas, prohibición de la que hacen caso omiso 32.000 «evolucionados») y fundan inmediatamente en Sétif, el 14 de marzo de 1944, el movimiento de los «Amigos del Manifiesto y de la Libertad», con el doctor Saâdane, de Biskra.

Ferhat Abbas aparece entonces como el paladín de la independencia. Todos los adversarios del régimen francés se agrupan a su alrededor, y en torno a su periódico *L'Egalité*, lanzado el 13 de septiembre de 1944, cuyo redactor jefe Kessous hace campaña por una «República federada», contra las elecciones, los abusos del mercado negro, la escasez de los abastecimientos (el anuncio de falsos repartos sirve incluso para provocar aglomeraciones sediciosas). Llega así a 30.000 lectores. Por su suegro, Benkhalef de Djidjelli, está personalmente ligado a los ulemas (al frente de los cuales Bachir Brahimi ha reemplazado a Ben Badis, muerto en 1940), al igual que lo está con los comunistas, a la vez por su preparador de Sétif, Sidi Moussa, y por su sobrino, Abbas Allaoua, farmacéutico en Constantina; el órgano del partido, el semanario *Liberté*, le apoya, pues, sin reservas, así como también *Alger-Républicain*, periódico del Frente Popular, instalado por Pierre-Bloch en el edificio de *La Dépêche Algérienne*, suprimida. En cuanto a los extremistas nacionalistas del P. P. A. (disuelto el 26 de septiembre de 1939), a raíz de una visita de Abbas y de Brahimi a Messali en Reibell (donde se encuentra adscrito a residencia forzosa), no sólo le apoyan, sino que se infiltran en el

Comité directivo de los «Amigos del Manifiesto» (Lamine Debaghine, Mekki y otros), empujan a la conferencia celebrada en Argel en enero de 1945 a reclamar la supresión de las comunas mixtas y de los Territorios del Sur, y el árabe como idioma oficial, y aprovechando la ausencia de Abbas, enfermo, y de Boumendjel, movilizado, en la conferencia siguiente, celebrada del 2 al 4 de marzo, se declaran partidarios de la creación de un gobierno y de un Parlamento argelinos, pero hostiles a todo lazo de Federación. Desbordado, Ferhat Abbas, que interpreta por su parte como una promesa de independencia las decisiones de la Conferencia de San Francisco garantizando «la libertad de todos los pueblos», asiste a la infiltración en su movimiento de los partidarios de la violencia, estimulados por el ejemplo de los disturbios en Marruecos y por el nacimiento de la «Liga Arabe», embrión del «Ouma», de la «Nación Arabe», cuyos estatutos acaba de aprobar el Congreso de Heliópolis (4 de abril).

El armisticio, ensangrentado por unas atrocidades

Todo coincide en señalar que se prepara una insurrección: en tanto que Abbas, los días 1-2 de abril, se esfuerza en poner en guardia a sus amigos, un plan de levantamiento, tipo «Resistencia» (comportando el sabotaje de las comunicaciones, la ejecución de golpes de mano y de atentados contra los «colaboracionistas» musulmanes y la constitución de *maquis* en la Alta Kabilia y en el Constantinado, plazas fuertes de los ulemas) (8), es capturado en el momento en que dos militares lo llevaban a Argel (P. D. Creveaux, *Yves Châtaigneau, fossoyeur de l'Algérie,* pág. 57); en el Milia y Chateaudun du Rhummel se llevan a cabo unas tentativas para poner en marcha unos organismos que reemplacen a la administración oficial; pero es inútil que el Centro de Información y de Estudios en febrero, y la Seguridad General en marzo, aconsejen la disolución de los «Amigos del Manifiesto», convertidos en la «tapadera legal» del P. P. A., y que el oficial de las A. M. M. de Sétif señale el 14 de abril que se preparan unos motines en su sector. Unas manifestaciones tumultuosas a favor de Messali y de la independencia, organizadas a modo de ensayo general con ocasión del 1 de mayo, especialmente en Argel (donde se recogen dos muertos y 13 heridos), en Orán, en Sétif (5.000 en la sala de los Festejos), en Bougie, en Bona y en Guelma, no bastan para alertar seriamente al liberal Châtaigneau (ex secretario general de la Presidencia bajo Leon Blum, luego diplomático en Oriente, que ha reemplazado a Catroux en el Gobierno General el 9 de septiembre de 1944). Aunque del 3 al 6 de mayo se efectúan unas treinta detenciones, el 7 son autorizados los desfiles separados previstos por los nacionalistas para la celebración de las fiestas del armisticio, al día siguiente, 8 de mayo de 1945.

Entonces se produce el drama sangriento que abrirá entre las dos comunidades un foso imposible de colmar, y del que surgirá una guerra todavía más cruel. En Sétif, a primeras horas de la mañana, 7.000 u 8.000 musulmanes, precedidos de «scouts», son desposeídos por un comisario de policía de las banderolas subversivas de que eran portadores. Unos asesinados se han infiltrado en el cortejo, disparan: a una ráfaga de metralleta (de la que José

(8) Habiendo dejado proliferar sin control las «medersas» libres desde noviembre de 1944, la administración calcula su número en un centenar, en tanto que el prefecto de Constantina cuenta 120 sólo en su departamento.

Aboulker, en la Asamblea, acusa a los policías), responden unos disparos y un europeo cae muerto; mientras el cortejo se dispersa, para reagruparse con 3.000 ó 4.000 manifestantes en el monumento a los Caídos, antes de ser cortado por un coche de los gendarmes (en total, las «fuerzas del orden» cuentan con 40 agentes y 20 gendarmes), unos fanáticos se entregan en la ciudad a una verdadera caza del hombre, de la que son víctimas el presidente de la Delegación especial (alcalde) de Luca, y unos europeos asesinados en el mercado de ganado; el propio secretario de la sección comunista resulta herido (las muñecas cortadas con un hacha). ¿Incidente local? Ni hablar. Por la tarde, a las 15,30 horas, en Guelma, un desfile de 2.000 musulmanes choca con el subprefecto Achiary (el ex comisario de la D. S. T.), cuyos policías (20 agentes, 12 gendarmes), atacados (cinco heridos), responden, causando un muerto y seis heridos entre los alborotadores. Se impone el toque de queda. En toda la región, unos asesinos transportados en automóvil, asaltan al grito de «djihad» (guerra santa) unos centros, Périgotville (donde resultan muertos el administrador y 12 europeos), Takitount (donde mueren el administrador y su adjunto), Chasseloup, unas granjas en Sillegue... Un sacerdote es asesinado en el Ouricia; el autobús de Bougie es atacado; una porció de vía férrea arrancada entre Guelma y Duvivier; el 9, dos columnas procedentes de Kabilia y de los Aurès, tratan de converger hacia Constantina; cuatro guardas forestales son asesinados en la región de Djidjelli; 10 europeos en Kerrata (defendida por cuatro gendarmes), cuatro en La Fayette y dos en Chevreul, el 10, son exterminados (los otros se han refugiado junto a los dos gendarmes del lugar); otros dos guardas forestales son degollados en las inmediaciones de Oued Marsa: 108 europeos, 34 de ellos funcionarios, han perecido, más de 150 han resultado heridos de gravedad (250 muertos y 50 heridos en Sétif; 150 muertos y 200 heridos en Guelma). Una primera represión (en la cual han participado los comunistas en Guelma, con la milicia civil creada), causa de 500 a 700 víctimas entre los insurgentes (unos 50.000 sobre un millón de habitantes con que cuenta la región). La intervención de la flota, que cañonea Kerrata, de la aviación, que bombardea 44 «mechtas» (aldeas), y del ejército (10.000 hombres, marroquíes, senegaleses, Legión), a las órdenes del general Duval, comandante de la división de Constantina, entraña la capitulación de los insurrectos. Costará 12 muertos y 20 heridos a los militares, y a los rebeldes de 1.000 a 1.340 víctimas (según el general gendarme y masón Tubert en el informe de la comisión de encuesta), tal vez incluso de 5.000 a 6.000 (como admite el coronel Schoen, de los Asuntos Musulmanes). Además, se practican 4.500 detenciones (entre ellas la de Ferhat Abbas) y se pronuncian 1.476 condenas, 121 de muerte, de las que sólo se ejecutarán 20, 64 a trabajos forzados a perpetuidad y 329 a penas de prisión. Messali es trasladado a El Goléa, y luego deportado a Brazzaville, en el Africa Ecuatorial Francesa. El levantamiento ha fracasado.

Comprometido por unos incidentes en Reibell el 19 de abril y por la captura de documentos sobre Adjali Saib ben Tahar, asesinado en Argel, debía extenderse a otras regiones: el valle del Chelif, donde unas tribus saquearon las cosechas, la zona de Saida en el Oranesado, etc., la Escuela de Alumnos-oficiales de Cherchell, donde se descubrirá el 2 de junio un complot montado por el sargento Ouamrane (futuro jefe fellagha) para hacer estallar el polvorín. Posee incluso ramificaciones internacionales: islámicas, desde luego, que revelan la distribución el 12 de mayo de octavillas que emanan del Comité supremo de Liberación de Africa del Norte de Chekib Arslan, en

Ginebra, y otras del Consejo supremo de Defensa de Africa del Norte en El Cairo. Pero también anglosajonas. La Gran Bretaña que, no lo olvidemos, interviene como árbitro en el mismo momento (con ocasión del armisticio del 8 de mayo) para hacer cesar en Siria la represión de los disturbios de Damasco y obligar a las tropas francesas a encerrarse en sus cuarteles (9), ha acuartelado a las suyas en Argelia el 7 de mayo, víspera del levantamiento: lo menos que se puede deducir de ello es que sus representantes, al igual que los de los Estados Unidos, habiendo estimulado a los rebeldes, estaban perfectamente al corriente de lo que se preparaba (10)

Vanos estatutos, vanas palabras. Falsa democracia y fraude

En lo inmediato, el 19 de mayo, Boumendjel, Sator, Kessous y el ulema Kheireddine, se esforzaron en deslindar la responsabilidad de los nacionalistas moderados, publicando una «puntualización» sobre los tristes incidentes del Constantinado. Sin embargo, la rebelión, momentáneamente yugulada, se refuerza con la adhesión de los futuros jefes fellaghas Ben Bella, Boudiaf, Ouamrane, Cherif Mahmoud, y las dos comunidades se miran ahora con unos sentimientos de temor y de hostilidad, cuando no de odio. Entonces, sobre aquella llaga sangrienta, la IV República y su neo-Frente Popular se esfuerzan en aplicar la panacea democrática del boletín de voto. Instrumento que una masa ignorante, que permanece en el estadio social de la «clientela» (aparte de los miembros de los «djemaâs» kabilas), sólo utiliza siguiendo las consignas, sea de los jefes de clan, de «çofs» envenenados por un áspero rencor nacionalista, sea de los cuadros de la administración francesa. La ordenanza del 7 de marzo de 1944, completada por la ley del 5 de septiembre de 1946, ha previsto la elección para el Parlamento francés de 15 diputados y ocho senadores por cada uno de los dos colegios de Argelia (en el intervalo, el 15 de septiembre de 1945, ha reemplazado las Delegaciones financieras suprimidas por una asamblea nombrada entre los miembros de los Consejos generales de los tres departamentos). Los argelinos participan, pues, en las elecciones para la primera asamblea constituyente, el 21 de octubre de 1945, que dan siete escaños a la Federación de los Elegidos, cuatro a los socialistas y dos a los comunistas (que, aprovechando la disolución del P. P. A. para atraer a ellos a los extremistas, encuentran el modo de reunir 135.357 votos en aquel país donde su partido carece de raíces profundas). La participación ha sido del 55 % de los inscritos, excepto en Argel, donde se han seguido las consignas de abstención del P. P. A. y el número de votantes sólo ha alcanzado el 25 %. Amnistiado Ferhat Abbas por la ley del 9 de marzo de 1946 y liberado el 16 de marzo, reconstituye inmediatamente con el doctor Saâdane, Boumendjel y Sator su movimiento, bajo el nombre de «Unión Democrática del Manifiesto Argelino» (U. D. M. A.) y su periódico (*L'Egalité*), bajo el título más atrevido de *La République Argérienne.* Precedido de la ley Lamine-Gueye (7 de mayo de 1946), que confiere la nacionalidad francesa a todos los súbditos de los Territorios de Ultramar, el

(9) De hecho, al expulsar a los franceses, los ingleses han tomado a su cargo lo más odioso de la tarea y han sacado las castañas del fuego a los norteamericanos, que han llevado al poder a sus alumnos de la Universidad de Beirut.

(10) Bajo la ocupación, los alemanes, más discretos, se habían limitado a ejercer su propaganda, dirigida por el doctor Brenner, cerca de Chekib Arslan, y habían inspirado la formación de una disidencia kabila del P. P. A., bajo el nombre de P. P. K.

escrutinio de 12 de junio de 1946 para la segunda Constituyente (a pesar del número considerable —52 %— de abstenciones), significa para él un resonante éxito: la U. D. M. A., en efecto, obtiene 11 escaños sobre un total de 13 con el 72 % de los votos (458.946 sobre un total de 633.349, contra 86.829 de la S. F. I. O. y solamente 53.396 del P. C. A.). Pero es un éxito sin futuro. El proyecto de instauración de una República argelina autónoma (sin distinción de religión ni de raza), asociada a Francia, dotada de un gobierno propio y de un Parlamento elegido por sufragio universal en colegio único, presentado el 2 de agosto de 1946, criticado el 22, especialmente por François Quilici, y torpemente defendido por el doctor Saâdane (que deja traslucir demasiado la voluntad de independencia), es rechazado naturalmente por la Asamblea francesa (3 de octubre). La palabra pasa entonces a Messali Hadj que, liberado en octubre de 1946, un mes antes de las elecciones siguientes (10 de noviembre), organiza su Movimiento para el Triunfo de las Libertades Democráticas (M. T. L. D.), conquista cinco escaños (con 153.000 votos) contra ocho de los moderados (con 225.000) y dos del P. C. A. (con menos de 80.000). Hay que observar que, de 1.245.108 inscritos, sólo han votado 464.319. Para el Consejo de la República (elegido en dos grados), la U. D. M. A. obtiene, a modo de consuelo, cuatro escaños sobre siete. Después del Congreso del 7 de septiembre de 1947, en el que el doctor Lamine-Debaghine desempeña el primer papel, las elecciones municipales de octubre de 1947 y la de los djemaâs en noviembre confirman el impulso messalista, sobre todo en las ciudades, donde obtiene el 35 % de los votos.

Entretanto, en París, la Asamblea discute un estatuto para Argelia. Presentado el 29 de mayo de 1947 por E. Depreux (de acuerdo con un esquema de Georges Bidault que se remonta a septiembre de 1946), aprobado el 27 de agosto de 1947 (por 320 votos contra 90) y el 1 de septiembre (por 325 contra 86), con 208 abstenciones, entre ellas las de 15 diputados musulmanes, aquel texto mantiene un Gobernador General (que los S. F. I. O. reemplazarán por un ministro residente), asistido por un Consejo de Gobierno de seis miembros, prevé la elección el 15 de enero de 1948, para seis miembros, con renovación de la mitad para cada uno de los dos colegios distintos (el primero incluyendo a 532.217 electores, 63.194 de ellos de estatuto musulmán, y el segundo a 1.301.072 musulmanes), de 60 representantes en una Asamblea, habilitada para adaptar las leyes a Argelia, pero esencialmente dotada de atribuciones financieras (aprobación del presupuesto y de los impuestos), suprime los Territorios del Sur y las (setenta y ocho) comunas mixtas (dando satisfacción al P. C. A.), generaliza los consejos municipales y los djemaâs (11) y extiende la enseñanza del árabe. Para tranquilizar a los moderados, el gobierno ha concedido que en ciertos casos especiales, una mayoría de los dos tercios podría ser requerida en la Asamblea arge-

(11) Al margen de satisfacciones de etiqueta (la Delegación de Asuntos Musulmanes rebautizada el 8 de septiembre de 1945 Delegación «de las Reformas», y en mayo de 1945 «Delegación general del Plan», y el Servicio de Información rebautizado «de Enlaces» en 1948), las reformas tienden a una democratización comunal: creación de 78 comunas (15 + 6 agrandadas con 196 anexiones de aduares), de 150 centros municipales en Kabilia. Por desgracia, aquellas medidas acentuaron todavía más «la insuficiencia de la implantación administrativa», que no cesa de agravarse (300 administradores para tres millones en 1922, contra 257 para 4,5 millones en 1954), administradores cuya competencia (ya no están obligados a conocer el árabe) disminuye, y a los que informaciones y quejas llegan cada vez en peores condiciones.

lina. La S. F. I. O. se ha adherido finalmente al proyecto gubernamental, pero los diputados musulmanes han abandonado la Asamblea después de la intervención de Benchennouf el 23 de agosto y han dimitido del Consejo de la República, de modo que el estatuto ha fallado su objetivo moral. A trancas y barrancas, el socialista patriota Marcel-Edmond Naegelen, sustituto del «liberal» Yves Châtaigneau (destituido a petición de René Mayer para ser nombrado embajador en Moscú) en febrero de 1948, se esfuerza en hacer funcionar aquel régimen «democrático», en el cual la candidatura oficial y el fraude electoral responden a la violencia y al asesinato.

En el escrutinio de los días 4 y 11 de abril de 1948, 55 candidatos de la «Unión argelina», cuatro S. F. I. O. y un comunista entran en el primer colegio, y en el segundo 41 «independientes» (administrativos) y dos socialistas, contra ocho U. D. M. A. y nueve M. T. L. D. (la víspera, de 54 candidatos messalistas han sido detenidos 32). Esas cifras serán confirmadas por la primera renovación trienal de febrero de 1951 (con un U. D. M. A. y cuatro M. T. L. D. menos). Bajo el sucesor de Naegelen (que ha dimitido), Roger Leonard, nombrado en marzo-abril de 1951, los mismos métodos producen los mismos resultados para las elecciones legislativas del 17 de junio de 1951. En las cantonales de octubre de 1951, la oposición, que ha constituido el 5 de agosto entre la U. D. M. A., el M. T. L. D. y los ulemas, un «Frente Común para la defensa y el Respeto de la Libertad» y ha aceptado el apoyo financiero de Irwing Brown y de sus sindicatos libres norteamericanos (a pesar de las críticas de Larbi Bouali, secretario general del P. C. A.), se abstiene de presentar candidatos. En las municipales de abril de 1953, Jacques Chevalier, futuro alcalde «liberal» de Argel (que, mientras que está ligado al multimillonario del esparto Blachette, al armador Schiaffino, a Borgeaud, a Gratien Faure y a René Mayer, es secretario de Estado para la Guerra de Mendès-France), habiéndose aliado con los kabilas «centralistas» Kiouane y Lahouel Hocine (calificados de berberisco-materialistas por los defensores del panarabismo), procede a un sondeo que él querría honesto, pero que se convierte en fraudulento a favor del M. T. L. D. (12). Como reacción, para la renovación de la Asamblea argelina, en febrero de 1954, el trucaje administrativo es de tales dimensiones, que afecta no sólo a los resultados, sino incluso a las urnas. «Un día —comenta Boumendjel— nos despertaremos con una Argelia musulmana, adscrita al bloque oriental».

* * *

La rebelión se organiza

Afirmación que no tiene nada de profética, puesto que al mes siguiente nace en Suiza el Comité Revolucionario de Unidad y de Acción (C. R. U. A.), decidido a recurrir a las armas. Ha surgido de la Organización Especial (O. S.) de los grupos paramilitares creados en el seno del M. T. L. D. en diciembre de 1947 por un hijo de caid, Hocine Ait Ahmed, a ejemplo de las «Juventudes del Congreso» (J. C. M. A., alrededor de 4.000), tropas de choque de las que Lamine Lamoudi había dotado a los ulemas en 1937. Sus efectivos —unos 1.800 hombres en 1949— están encuadrados por unos comandos de medio centenar de hombres, cuyo entrenamiento ha empezado

(12) Los «centralistas» celebrarán su congreso en Argel, del 13 al 16 de agosto de 1954, en tanto que Messali y Mezerna habían celebrado el suyo, del 15 al 17 de julio, en Hornu, Bélgica.

en Bagdad en 1947. Descubierta a raíz de una expedición de castigo contra Abdelkader Khiari, de Tebessa, el 18 de marzo de 1950, la O. S. ha sido desmantelada por 363 detenciones, seguidas de 200 condenas. A raíz de lo cual, el propio partido (que tiene de 15.000 a 20.000 militantes en 1949), dirigido por un comité central de 40 miembros, se ha organizado clandestinamente en células, grupos y secciones, en el seno de 33 sectores o «kasma», y de seis prefecturas o «wilayas», en tanto que una escuela superior forma los cuadros en París. Comprometido de nuevo por unas giras de propaganda que han provocado graves incidentes en mayo de 1952, Messali ha vuelto a ser detenido y deportado en residencia forzosa a Francia, en Belle Isle.

La nueva organización de combate, el C. R. U. A., está dirigida por un comité restringido de nueve miembros. Lo componen: el diputado Mohamed Khider, Hocine Ait Ahmed, Ahmed Ben Bella (nacido en Marnia, ex ayudante de tabores, se ha hecho famoso por el atraco a la Administración de Correos de Orán, los días 4-5 de abril de 1949, en el cual se ha apoderado de tres millones de francos... dejando 33; detenido en mayo de 1950, se ha fugado de la prisión de Blida, en compañía de Mahras, el 16 de marzo de 1952, gracias a su abogado, Me Kiouane). Estos tres se encuentran en El Cairo, donde ahogan a la representación argelina (primeramente formada por el ulema Foudil el Ourtilani, secretario, el emir Moktar, un descendiente de Abd el Kader y el P. P. A. Chazli el Mekki, exiliado desde mayo de 1945) en el seno del Comité de Liberación de Africa del Norte, creado en enero de 1948, en el cual Burguiba, jefe del Neo-Destur, y el doctor Thameur representan a Túnez, Allal el Fassi, líder del Istiqlal, a Marruecos, con Abd el Krim (que, de vuelta de su exilio en Reunión, se ha escapado en Port-Said el 31 de mayo de 1947 y ha imprimido un nuevo vigor al movimiento). En la preparación de su empresa, les asesoran y les asisten dos oficiales egipcios, el coronel Ezzat Soleiman y el comandante Fathi el Dib. El cuarto, Mohamed Boudiaf, ex ayudante, empleado de las contribuciones, vive en la clandestinidad en Argel. Redactada la carta del movimiento el 29 de mayo, y adoptado el principio del levantamiento el 10 de junio, el Ejército de Liberación (A. L. N.), constituido al principio por un núcleo de un centenar de hombres entrenados en Kabilia y de 300 a 400 en los Aurès (donde existía el Primer Grupo desde 1951), disponiendo de depósitos de víveres y de «mechtas» fortificadas desde 1952, es organizado el 10 de octubre en seis wilayas, al frente de las cuales se colocan los otros cinco miembros del Comité: Mostefa ben Boulaid, en la I en los Aurès; Rabah Bitat (ex almacenista de los tabacos Bentchikou) en la II del Norte-Constantinado; Belkacem Krim (evadido de la cárcel de Bona, con Youssef Zighout, en 1952) en la III en Kabilia; Mourad Didouche, en la IV argelina, y Larbi ben M'Hidi en la V en el Oranesado (la VI, de los Territorios del Sur, no tiene aún jefe asignado). Dirigidos así por un Comité que, desde El Cairo, cubre el conjunto de Africa del Norte y posee antenas internacionales, la acción armada es sincronizada fácilmente con los acontecimientos de Túnez y de Marruecos. Así, no será desencadenada (Boudiaf, que se ha trasladado primero a Berna, se reunirá a continuación con Ben Bella en Egipto) hasta el 1 de noviembre de 1954, a fin de disponer en el primer momento de bases de abastecimiento y refugios en los dos países vecinos, al este y al oeste de Argelia.

En Túnez, Burguiba, protegido por los alemanes y luego por los norteamericanos

En aquellos dos protectorados, la posición de Francia es, en efecto, mucho menos fuerte. En Túnez, el movimiento nacionalista (inspirado por el cheikh Taalbi, autor de *La Tunisie martyre*) ha hecho presentar sus reivindicaciones, al término de la primera guerra mundial, por el partido liberal constitucional, o «Destur», el 15 de junio de 1920, y el 3 de abril de 1922 por el bey Mohamed ben Nacer en persona al residente Lucien Saint, bajo la forma de un ultimátum en 18 puntos. Para apoyar aquellas peticiones, huelgas y manifestaciones en Bizerta, Túnez y Sfax, han saludado al gobierno del Cartel de las Izquierdas en 1924. Desbordando a los elementos moderados, dos jefes del Destur desde 1928, el doctor Materi y el abogado Habib Burguiba, fundaron el «Neo-Destur» en el congreso de Ksar Hellal, el 20 de marzo de 1934 (lo que les valió ser enviados con residencia forzosa al Sur con cinco de sus amigos). Pero, allí como en todas partes, el Frente Popular y el nombramiento como secretario de Asuntos Exteriores de Pierre Vienot, signatario del tratado con Siria, reaviva la llama nacionalista. Aunque el 4 de diciembre de 1937 se ha creado un Banco del Pueblo tunecino, los días 8-9 de abril de 1938, al grito de «Túnez para los tunecinos», se producen unos motines, que causan 20 muertos. Un millar de detenciones, la prohibición del Neo-Destur, el encarcelamiento de 29 de sus dirigentes y su posterior deportación a Francia, sancionaron aquellos incidentes.

Durante la segunda guerra mundial, el 9 de diciembre de 1942, el almirante Canaris ha prometido al Gran Mufti de Jerusalén, a cambio de su apoyo, la independencia del país. Los alemanes han liberado, el 26 de febrero de 1943, a Habib Burguiba, Mongi Slim y sus amigos. Después de la rendición de los germano-italianos, el 13 de mayo de 1943, el bey Moncef, acusado de colaboración con los ocupantes, ha sido obligado por el general Juin (siguiendo instrucciones de Giraud, influenciado por el Destur, en Argel) a abdicar en favor de Si Lamine, y se ha constituido un gobierno (1943-47) presidido por Salah Eddine Bakouche, un moderado francófilo, en tanto que el abogado Habib Burguiba, animador del Neo-Destur, privado de su protector el cónsul norteamericano Doolittle, trasladado a El Cairo, le sigue en exilio a la capital egipcia, cuando el general Mast «depura» a unas 9.000 personas y detiene, el 23 de agosto de 1946, a 200 nacionalistas, a los que tiene que soltar a continuación.

Pero, terminado el conflicto, el neo-Frente Popular que impera en París busca una entente con el Neo-Destur. En aquel país, en el que 239.549 europeos viven en medio de 3.270.952 musulmanes, al general Mast, destituido en enero de 1947, suceden como Residentes unos «liberales»: Bertaux (jefe de gabinete de Jules Moch) y Jean Mons (jefe de gabinete de Leon Blum), que reemplaza a los visires por seis ministros (tres de ellos nuevos, en Agricultura, en Comercio y en Sanidad), permite al bey Lamine apoyar a los nacionalistas y, a pesar de una huelga sangrienta en Sfax (29 muertos y 57 heridos), autoriza el regreso de Burguiba el 9 de septiembre de 1949. En París, el 18 de abril de 1950, el jefe del Neo-Destur reclama la revisión de los tratados de protectorado del Bardo (12 de mayo de 1881) y de la Marsa (8 de junio de 1883) y la convocatoria de una Constituyente, en un

programa de siete puntos para la institución de un gobierno soberano. Jean Mons está ya dispuesto a aceptar, cuando Georges Bidault, presidente del Consejo, le reemplaza por el ex-prefecto de Argel Louis Périllier, al que encarga de preparar la autonomía interna (15 de junio de 1950). Pero el ministro de Asuntos Exteriores Robert Schuman comete el error de hablar de «independencia» en Thionville, el 10 de junio. Los políticos de la IV República, en aquel asunto como en los demás, se manifiestan en flagrante desacuerdo. Por su parte, René Pleven (jefe del gobierno desde el 18 de julio de 1950 hasta el 28 de febrero de 1952) se inclina más bien por la restauración del antiguo bey Moncef. Entretanto, el 17 de agosto de 1950, se forma un nuevo gobierno Chenik, con Salah ben Youssef, secretario general del Neo-Destur. Inquietos, los europeos, reunidos por Colonna en una Agrupación democrática y social creada en diciembre de 1945, retiran sus representantes del Gran Consejo (11 de julio), protestan y obtienen una pausa en las reformas, pausa a la cual replican graves desórdenes en Enfidaville, el 21 de noviembre (cinco muertos, 50 heridos, 100 detenciones). Sin embargo, a raíz de una gira realizada por Burguiba en enero de 1951, el bey firma el 8 de febrero seis decretos poniendo en marcha la autonomía, y anuncia el 15 de mayo una Constitución. Chenik y tres de sus ministros, entre ellos Salah, se trasladan a París el 17 de octubre para reivindicar en un memorándum del 31 el reconocimiento de la soberanía tunecina. Esta vez, Robert Schuman, el 15 de diciembre, responde con una negativa, declara que sólo se han previsto unas reformas municipales y destituye a Louis Périllier el 21 de diciembre.

Un crucero conduce el 13 de enero de 1952 a un nuevo Residente, Jean de Hauteclocque, partidario de una política de autoridad. El conflicto se reanima. De regreso a Túnez el 2 de enero, Burguiba apela a las Naciones Unidas, el 8 en Monastir, luego en París, a donde se traslada con sus colegas los días 14 y 15 de enero. Francia protesta contra aquella gestión, que por otra parte no fructifica (las Naciones Unidas rechazan la propuesta de la India por 31 votos contra 21 en 1952, y se limitan a recomendar, en 1953, unas negociaciones directas). Entonces se producen nuevos disturbios: en Bizerta, la policía es atacada el 16 de enero. La Residencia reacciona, destituye a Chenik (antes de detenerle), encarcela de nuevo a Burguiba y a varios de sus amigos, el 18 de enero. Aquellas medidas provocan una manifestación de 5.000 musulmanes en Sousse, el 22, y unos motines en el cabo Bon, en el curso de los cuales el coronel Durand resulta muerto y tres gendarmes asesinados y mutilados. La represión, dirigida por el general Garbay, del 28 de enero al 3 de febrero, causa 200 muertos. En aquel momento, el viento cambia de dirección en París, y el 20 de enero de 1952 lleva a la presidencia del Consejo a Edgar Faure, que en 1943 ha tenido por colaborador a un tunecino, Me Scemama. En tanto que François Mitterrand, ministro de Estado, se dispone a volver al plan de autonomía interna de 1950 (Asamblea, Consejo económico, doble nacionalidad, etc.), el jefe del gobierno envía a su director-adjunto de gabinete Jacques Duhamel y a Me Scemama a entrevistarse con Tahar ben Amar, de la Cámara de Agricultura, Hedi Nouira y Mohamed Masmoudi. Pero, el 29 de febrero, cae el ministerio; Edgar Faure cede el puesto el 6 de marzo a Antoine Pinay, que delega a su vez al ministro Temple a Túnez.

Entretanto, para reforzar su posición, el Neo-Destur (300.000 miembros)

y la U. G. T. T. (100.000 afiliados) han formado bloque en París, el 12 de febrero, con los partidos argelinos (M. T. L. D.; U. D. M. A.) y marroquíes (Istiqlal y reformista), en un Frente de Unidad y de Acción para Africa del Norte, y el bey Lamine, practicando la resistencia pasiva, ha dejado 62 decretos sin firmar. Sin embargo, el 28 de marzo se inclina y consiente en volver a llamar al gobierno a Salaheddine Bakouche, el ex colaborador del general Juin. Presentado a la Asamblea francesa el 5 de junio, un plan de reforma de la administración local queda sin concluir. Estimulado por la campaña de Pierre Mendès-France contra la «mano dura» y por el regreso de Burguiba, el bey, apoyado por un Consejo de 40 notables del que se ha rodeado el 1 de agosto, rechaza el 9 de septiembre las propuestas francesas, y sólo admite una parte de ellas a finales de diciembre de 1952, lo que permite proceder a unas elecciones municipales en marzo de 1953. Pero el clima de violencia y de inseguridad subsiste: el 5 de diciembre de 1952, el dirigente nacionalista Ferhat Hached (una especie de «Tito», formado er Moscú, pero apoyado por los sindicatos libres de Brown y por los cónsules norteamericanos, que han visitado al príncipe heredero Chadly Bey el 30 de julio) es asesinado. A los desórdenes responden unas detenciones, y el nuevo presidente del Consejo, Laniel (28 de junio de 1952-12 de junio de 1954), reemplaza a Hauteclocque por otro Residente enérgico, Pierre Voizard, el 3 de septiembre de 1953. Para no asociarse, ni a aquella política, ni a la deposición del sultán de Marruecos, François Mitterrand dimite el mismo día. El 4 de marzo de 1954, el nuevo Residente, que ha liberado a Hedi Nouira, al doctor Mokadden y a Mongi Slim, y ha trasladado a Burguiba de la isla de la Galite a la isla de Groix, encarga a Mohamed Salah Mzali (ex profesor de Burguiba) la constitución de un gobierno, pero los atentados continúan. Unas bandas de 1.000 a 2.000 fellaghas aterrorizan al país. El 15 de marzo, unos incidentes en la mezquita causan dos muertos y varios heridos. El 17 de junio, Mzali presenta la dimisión.

Mendès-France prepara la liquidación del protectorado

Entonces llega Mendès-France al poder (19 de junio de 1954-5 de febrero de 1955). Decidido a negociar, visita al bey en Cartago y le promete la autonomía interna el 31 de julio de 1954, aunque, para cubrirse en lo que respecta al ejército (cada vez más soliviantado contra los políticos, que entregan sucesivamente a sus adversarios los lugares que ha defendido a costa de su sangre, hasta el punto de que Pleven teme manifestaciones por su parte, el 11 de marzo), procura hacerse acompañar por alguien de cuyo patriotismo no puede dudarse, el mariscal Juin (favorable a la concesión de la autonomía interna, aunque censurando la imprecisión de los compromisos mantenidos hacia Francia), y nombrar para la Residencia al intrigante general Boyer de Latour (30 de julio), flanqueado del muy liberal coronel Méric. Luego acepta la formación de un gabinete Tahar ben Amar, que incluye a cuatro Neo-Destur, y concede un armisticio a los fellaghas, acosados y amenazados por el invierno (30 de noviembre). Su sucesor Edgar Faure (23 de febrero de 1955-23 de enero de 1956) completa la liquidación del protectorado, así preparada. Recibe a Burguiba liberado, firma el 29 de mayo una convención por la que Francia reduce su control sólo a relaciones exteriores y defensa (3 de junio). El 1 de junio, el «combatiente supremo» hace una entrada triunfal en Túnez. Al año siguiente, bajo el gabinete Guy

Mollet, después de que Christian Pineau ha concedido a la Asamblea constituyente, reunida el 6 de marzo, el regalo de la independencia (20 de marzo de 1956), confirmado por el acuerdo diplomático del 15 de junio de 1956, el jefe del Neo-Destur destituye al bey y se ve aclamado presidente de la República.

En Rabat, Mohamed V juega la carta norteamericana y cubre al Istiqlal

El ejemplo no podía dejar de resultar contagioso para Argelia. Tanto más por cuanto que en Marruecos los acontecimientos han evolucionado sensiblemente de la misma manera, complicada todavía más la cosa por la rivalidad entre el sultán y el pachá de Marraquech, es decir, en el fondo, entre árabes y berberiscos. Ultimo florón de las posesiones francesas, el país, pasado únicamente en 1912 bajo el protectorado de París (y bajo el control financiero del B. P. P. B., dueño del Banco de Estado marroquí), ha debido al tacto político de Liautey el ser pacificado en plena guerra de 1914-18, y el conocer un desarrollo económico sin precedente, en el cual se han amasado rápidas fortunas (la del camionero Epinat, por ejemplo, que cederá al B. P. P. B. por 1.500 millones de francos sus yacimientos de manganeso en 1953). Respetuoso con el gobierno cherifiano, con las tradiciones musulmanas, con los monumentos y los parajes, hasta el punto de construir unas ciudades europeas «distintas», Liautey, al tiempo que modernizaba el Estado y le dotaba de puertos, de presas, de fábricas, de hospitales, de liceos, de escuelas, en el tiempo record de cuarenta años, fortaleció la autoridad central (majhzen), hasta entonces mantenida en jaque por la disidencia de las tribus demasiado díscolas (bled es siba). El resultado fue el acrecentamiento del dominio árabe sobre los berberiscos, única sombra en el cuadro de su administración.

Por otra parte, bastó una medida de protección adoptada en favor de estos últimos —el «dahir berberisco» del 16 de mayo de 1930—, coincidente con la conversión al catolicismo de Mohamed ben Abdeljellil, para provocar graves disturbios en Fez, montados por los nacionalistas musulmanes del «Istiqlal». Surgido de la fusión en 1927 del grupo «faquih» de Bel Ghazi, de Fez, y de la Sociedad de los Amigos de la Verdad de Ahmed Balafrej, de Rabat, ese partido, en conexión con Chekib Arslan, fue rápidamente controlado por los jóvenes dirigentes de la Asociación de Estudiantes Musulmanes, fundada en París en 1929, Allal el Fassi (formado inicialmente en las Universidades de El Azhar en El Cairo y de la Qaraouine de Fez) y Hassan el Ouazzani. Apoyado por ricos musulmanes, tales como Laghzaoui, tiene entrada en Palacio, dispone de órganos de prensa (la revista *Moghreb* en 1932; el periódico *L'Action du Peuple* en 1933) y de la simpatía de los «tolbas» de las escuelas árabes, que instituyen la «Fiesta del Trono». El 10 de mayo de 1934, con ocasión de una visita del sultán, aclamado como «malik», es decir, como soberano, en Fez, el Istiqlal lanza un manifiesto. Estimulados por el nieto de Carlos Marx, Jean Longuet, Pierre Renaudel y sus amigos de la S. F. I. O., Allal el Fassi, el Ouazani, Mohamed Lyazydi y Omar ben Abdeljellil, forman un Comité de Acción marroquí, que publica un plan de reformas. Lo mismo que en Argelia, el Frente Popular se acompaña en Marruecos de nuevas reivindicaciones y de manifestaciones (octubre de 1936).

Pero a Marcel Peyrouton sucede como Residente el general Noguès (yerno de Delcassé), antiguo colaborador de Liautey, que ante la creciente agitación y los desórdenes que se suceden en Fez, Salé, Casablanca, Meknès y Marrakech, sancionados por 300 detenciones, se ve obligado a disolver el Comité de Acción marroquí en 1937, a exilar a Allal el Fassi al Gabón y a colocar a Lyazydi y a Abdeljellil en residencia vigilada.

Aunque el sultán Mohamed ben Youssef —designado por el Residente Theodore Steeg, por consejo de Si Mameri y de Urbain Blanc, para suceder a su padre Muley Youssef, el 18 de noviembre de 1927, con preferencia al príncipe heredero Muley Idriss, a pesar de que este último estaba perfectamente preparado para sus nuevas responsabilidades— se mostró al principio bastante dócil a los consejos del general Noguès, que se esforzó en formarle en los negocios públicos, su actitud y la de su entorno, en el curso de la segunda guerra mundial, no dejaba dudas sobre sus intenciones de aprovechar los acontecimientos para sacudirse la tutela de Francia. En tanto que su tío Muley Hafid se oponía sistemáticamente a las reformas, su primo Muley Larbi el Allaoui, visir para la enseñanza musulmana, después de haber intrigado cerca de los servicios alemanes en Tánger, jugó la carta norteamericana tras el desembarco del 8 de noviembre de 1942, y sobre todo tras la conferencia de Anfa, el 2 de enero de 1943, en la que Roosevelt ofreció abiertamente a Mohamed V el apoyo de los Estados Unidos para la obtención de la independencia.

Habiendo reorganizado sus fuerzas en el curso del año, el Istiqlal —que agrupará hasta 80.000 afiliados entre los jóvenes evolucionados en 1951— estaba dispuesto a actuar, lo mismo que el soberano, empujado por Allaoui y por el pachá de Rabat, Ahmed Bargach, invocando la Carta del Atlántico y el ejemplo suministrado por Siria, donde los franceses eran expulsados. El 11 de enero de 1944, un manifiesto firmado por 58 notables, dirigido a la vez al sultán, al Residente y a los representantes aliados, reclama formalmente la independencia. Pero la huelga administrativa prevista para apoyar aquella maniobra tropieza con la reticencia de Mohamed el Hajoui (que no tardará en ser nombrado ministro de Justicia), y De Gaulle, almorzando al día siguiente con Churchill en Marrakech, ¿obtiene quizá una moratorio? Lo cierto es que el Residente Gaston Puaux, apoyado en Argel por el comisario para los Asuntos Exteriores, Massigli, opone una negativa a las peticiones presentadas por el gran visir el Mokri. El sultán se inclina.

Pero la agitación vuelve a ponerse en marcha, a pesar de la detención (no mantenida) de Balafrej y de Lyazydi (por colaboración con los alemanes), el 28 de enero de 1944: motín contra el Palacio; agresiones contra franceses; algaradas en Fez el 29, reprimidas por los senegaleses y los beriscos del general Suffen, entrañando la detención de Laghzaoui y de M'Hamed Zaghari; el 31, unas descargas producen 24 muertos; el 2 de febrero, se declara la huelga. El balance de los disturbios es de 50 muertos, un centenar de heridos y varios millares de detenciones. Mohamed V, que (a través de Bargach, Si Mohamed el Fassi, su preceptor, y Ben Zidane, pariente suyo) mantiene contacto con los agitadores (Larbi el Allaoui entre los funcionarios; Laghzaoui entre los negociantes), proyecta entonces dirigirse a los Estados Unidos para pedirles que garanticen la autonomía interna, a cambio de concesiones económicas, pero a fin de cuentas, a quien se

dirige es a De Gaulle en París, el 18 de junio de 1945. El general promete poner al día las relaciones de Marruecos con Francia, a raíz de la elaboración de la Constitución de la IV República, y destituir más tarde al Residente Gaston Puaux (mantenido al margen de las negociaciones) y a su colaborador Boniface. Habiendo abandonado provisionalmente la escena De Gaulle, se encarga de ello Felix Gouin en marzo de 1946, en el momento en que, el lunes de Pascua, un motín, reprimido por los senegaleses, ensangrienta los suburbios de Casablanca, causando un centenar de muertos.

El nuevo Residente, Erik Labonne, es un bullebulle, apasionado por los problemas económicos, pero de una candidez desconcertante en materia política. Su primer gesto es el de liberar a Allal el Fassi, a el Ouzzani y a Balafrej: los dos primeros reorganizan su partido y los «scouts», en tanto que el tercero funda el «Partido Democrático de la Independencia». Sin que el Residente reaccione, el sultán les sacrificia las cofradías religiosas y las zaouias por un dahir de septiembre, se labra un nuevo éxito personal con una visita a Fez en el curso de la cual no alude a Francia ni una sola vez (6-7 de octubre) y, mientras Balafrej redacta un memorándum al Quai d'Orsay para reclamar la independencia (31 de enero de 1947), prepara un viaje a Tetuán y a Tánger, que tiene lugar el 9 de abril en una atmósfera de entusiasmo nacionalista, creada a los gritos de «¡Yahia el Malik!» por las apasionadas declaraciones del príncipe Heredero Muley Hassan (que habla de Nación, de Estado Independiente, de Liga Arabe, etc.), sazonadas de gratitud hacia el representante norteamericano.

Esta vez, la cosa pasa de la raya. Considerando aquella imprudencia de lenguaje tanto más peligrosa por cuanto, el 31 de mayo, Abd el Krim burlaba a sus guardianes de Port Said y se fugaba a El Cairo, el gobierno Ramadier, aunque socialista (22 de enero-19 de noviembre de 1947), destituye a su representante y confía al general Juin, colaborador de Liautey y de Noguès, la tarea de establecer el orden en Rabat. Llegado el 27 de mayo, el general prepara inmediatamente un plan de reformas (nombramiento de delegados del gran visir cerca de cada una de las direcciones de los ministerios; asamblea consultiva, compuesta por elegidos de los fellahs, de los comerciantes, de los artesanos y de los judíos, reemplazando a los miembros, designados, de la sección marroquí del gobierno; reorganización de los djemaâs, consejos de las comunas rurales, y de las tribus), plan que tropezó con la incomprensión del gran visir, e incluso con unas manifestaciones hostiles a Francia, en las cuales toma parte Muley Hassan, hijo del sultán, en noviembre de 1947, en tanto que Mohamed V no oculta su disgusto ante el traslado de su primo Muley Larbi. Los días 7 y 8 de junio de 1948, la agitación nacionalista toma la forma de un *pogrom* en Ujda, del que son víctimas 42 judíos. En represalia, el 11, el pachá es apuñalado por un afiliado de la «mano amarilla» (que dirige un tal Schwartz, del grupo terrorista sionista Stern, que ha creado paralelamente una «mano roja» en Argelia y una «mano negra» en Túnez). El turismo político que lleva al socialista André le Troquer, vicepresidente de la Asamblea, a visitar Fez el 10 de mayo de 1949, ¿dará la señal para un recrudecimiento de las reivindicaciones? Lo cierto es que no tardan en surgir nuevas fricciones, al negarse el soberano a ratificar la suspensión del pachá de Agadir y de tres caídes, y a nombrarles sustitutos (30 de diciembre de 1949), en tanto que el anciano gran visir, el Mokri, pretende trasladarse a París para protestar. Entretanto, el Istiqlal

utiliza como tribuna para su propaganda la discusión del presupuesto por el segundo colegio del Consejo de Gobierno en diciembre de 1949; el presidente de aquel colegio, Lyazydi, y el delegado de Obras Públicas, Laghzaoui, pronuncian duras diatribas contra Francia y provocan la retirada de 10 de sus colegas (sobre un total de 70) en 1950. El Residente reclama en vano al sultán, en diciembre de 1950 y en febrero de 1951, que desautorice la agitación nacionalista. Mohamed V, que se ha entrevistado en París, en octubre, con el presidente Auriol, con René Pleven, jefe del gobierno, y con Robert Schuman, ministro de Asuntos Exteriores, les ha entregado un memorándum reivindicando la libertad de nombramiento de los pachás y de los caídes (11 de octubre), y más tarde, el 2 de noviembre, ha llegado al extremo de reclamar la revisión del tratado de protectorado de 1912. Dándose cuenta a su regreso, el 5 de noviembre, de que su hijo Muley Hassan sigue estando ligado al Istiqlal, presta oídos sordos a las exigencias del general.

El Glaoui y sus berberiscos se imponen

Entonces se entabla entre el Palacio y la Residencia (que ha recibido de Ramadier en 1947, y más tarde de George Bidault, autorización para deponer al sultán si continúa oponiéndose a las reformas) una prueba de fuerza en la cual interviene de modo decisivo el poderoso pachá de Marrakech. Madani el Glaoui, casado con una hermana de Muley Hafid hacia 1905, ha mandado desde 1913 hasta 1930 una temible «harka» de 20.000 hombres, que ha contribuido grandemente a la pacificación. Después de haber hecho de él el Señor del Sur, Francia ha recompensado generosamente sus servicios dejándole aumentar su poder y sus riquezas (de suerte que, en ese aspecto, puede resistir la comparación con el sultán, que, recibiendo 200 millones de ofrendas de los notables cada año, posee varios miles de millones en 1953). Mohamed V —temiendo sus proyectos de alianza matrimonial para sus hijos con la familia cherifiana— comete una extraña imprudencia echándole de Palacio cuando viene a reprocharle sus complacencias hacia los nacionalistas. El Glaoui, que ha jugado la carta aliada en 1941, es apoyado, en efecto, en sus negocios por la banca inglesa y en sus ambiciones políticas por el jefe de la región de Casablanca, Philipe Boniface (que forma parte del equipo Mast del 8 de noviembre), partidario de la expulsión de Mohamed V y de la administración directa, lo mismo que en Argelia, con establecimiento de departamentos franceses, y, en el seno de la jerarquía religiosa musulmana, por el cheikh Abdelhai el Kittani.

La venganza del pachá será completa. Nombrado comandante de las fuerzas terrestres de la O. T. A. N. para Centroeuropa, el 10 de julio de 1951, el mariscal Juin ha nombrado para reemplazarle en la Residencia a su colaborador el general Augustin Guillaume (3 de octubre de 1951). Aunque la Liga Arabe ha prometido su apoyo al Istiqlal el 9 de abril de 1951 (a raíz de la conclusión en Tánger, el 3, de un pacto para la constitución de un Frente Nacional entre el Istiqlal de Allal el Fassi, el P. D. I. de Ahmed ben Sarda, el Partido de la Unidad marroquí de Nekki Nouiri y el Partido reformista de Abdelkhalek Torres), el sultán asegura al nuevo Residente su colaboración el 13 de diciembre, pero, estimulado por las intrigas de los «liberales» J. Lemaigre-Dubreuil y Jacques Walter (de las minas de Zellidja, de las cuales Mrs. Biddle es una importante accionista, y de Kenneth Pendar,

de la Coca-Cola, ex adjunto del cónsul Murphy), insiste en reclamar la revisión del tratado de protectorado y entrega otro memorándum en ese sentido el 14 de marzo de 1952 (contestado con una negativa el 17 de septiembre). Entretanto, una áspera negociación enfrenta a Francia con los Estados Unidos, a propósito de la concesión de bases, de la igualdad de derechos en materia comercial y de la revisión del acuerdo Bidault-Caffery del 16 de febrero de 1948. El tono se ha hecho tan agrio que el Congreso ha amenazado el 23 de agosto de 1950 con suspender la ayuda Marshall a Francia que, por otra parte, apela al arbitraje del Tribunal de La Haya, el 22 de octubre. Sin embargo, París se ha inclinado, sobre las bases el 22 de diciembre de 1950 (convenio Robert Schuman-David Bruce), y sobre las facilidades económicas el 27 de agosto de 1952. Pero aquel conflicto no ha hecho más que estimular a los nacionalistas marroquíes en sus reivindicaciones de independencia. Decididos a presentarlas en la O. N. U. (a lo cual los delegados franceses se opusieron en marzo de 1952; pero la 7.ª Asamblea terminó por recomendar unas negociaciones —por 28 votos contra 24 y cuatro abstenciones—, en un plazo que la 8.ª fijará en cinco años en 1953, por 32 votos contra 22 y cinco abstenciones), no vacilan en recurrir a unos disturbios para apoyarlas. Tras un primer motín, el 1 de noviembre de 1951, que se ha saldado con cinco muertos, más de 70 heridos y 600 detenciones, Casablanca es de nuevo escenario, al día siguiente del asesinato de Ferhat Hached en Túnez, de muy graves desórdenes, del 6 al 8 de diciembre de 1952. El balance es muy doloroso: 34 muertos, más dos moghzanis, cuatro policías y cuatro europeos, 2.342 detenciones, 1.140 condenas, detención y destierro al Sur de 25 jefes nacionalistas y de 14 sindicalistas, al principio de 1953. Desautorizando aquellas medidas de autoridad, Edgar Faure se entrevista en Marruecos en los primeros días de febrero, de acuerdo con Jacques Walter, con Mohamed V, su hijo el príncipe Hassan y Salah Rachid, en tanto que en la Metrópoli François Mauriac y el Comité Francia-Maghreb entablan una polémica con Raymond Cartier, que escribe en *Paris-Match* el 7 de febrero que «hay que cambiar al sultán».

Entonces, el Glaoui orquesta la campaña que derrotará a sus adversarios: en Marrakech, el 18 de marzo, 287 y luego 330 jefes firman una petición, que confirma el 5 de abril un Congreso de las Cofradías en Fez, y, el 11 de mayo, una reunión de 100.000 berberiscos bajados de sus montañas, y luego, en el santuario de Muley Idriss, una reunión con el Kittani. Alarmado por el éxito de las giras de su rival a primeros de agosto, el 11, Mohamed V dirige un mensaje al presidente Vincent Auriol. Al día siguiente, el general Guillaume, que considera inevitable la deposición del sultán, recibe en París las instrucciones del jefe del gobierno Laniel (en funciones desde el 20 de junio) y de su ministro de Asuntos Exteriores Georges Bidault: obligar al soberano a la obediencia y a sus enemigos a la calma. De hecho, el 13 de agosto las tropas francesas rodean el Palacio y Mohamed V se inclina sobre el programa en nueve puntos que le es presentado, en tanto que unos encuentros con los nacionalistas causan 23 muertos y 42 heridos, y provocan 1.180 detenciones en Marrakech, Casablanca, Rabat y Ujda. Pero ya es demasiado tarde. Nada puede detener el movimiento en marcha. En Marrakech, los partidarios del Glaoui proclaman a un respetable anciano, Sidi Mohamed Muley ben Arafat, imán el 15 de agosto y sultán el 20 de agosto, nombramiento que confirman el 21 los ulemas de Fez, mientras que Mohamed ben Youssef, detenido con su hijo Muley Hassan y Muley Abdallah, es trasladado

a Córcega, antes de ser desterrado a Antsirabé (Madagascar), el 24 de febrero de 1954.

Gobiernos efímeros y residentes lamentables preparan el regreso de Mohamed V y la independencia.

Por desgracia, no por ello impera la paz interna. Para apoyar a ben Arafat (y desarrollar la política «berberisca» que habría tenido que ser desde el primer momento la de Francia), habría sido preciso, escribe con razón el mariscal Juin en sus *Memorias* (t. II, pág. 249), «concederle sin más demora una parte de lo que iba a serle concedido tan ampliamente a Mohamed a su regreso del exilio, dos años más tarde, en vez de restringir sus poderes para reforzar la administración directa». En París, donde Edgar Faure (en una carta al presidente de la República del 26 de agosto), François Mitterrand, Roger Houdet y Pierre July, así como los generales gaullistas Corniglion-Molinier y Koenig, han protestado contra la expulsión del sultán, una prueba de que la ceguera y la incoherencia no cesan de prevalecer. Entretanto, en reacción contra el «inmovilismo», los atentados suceden a los atentados: el del 5 de septiembre contra ben Arafat en la mezquita de Rabat es seguido de otros 24 del 22 de agosto al 30 de septiembre, de 20 en octubre (cinco muertos), de 18 en noviembre (12 muertos), de 28 en diciembre (25 muertos) y, como traca final, una bomba en el mercado de Casablanca causa la muerte a 17 europeos y hiere a 28 (24 de diciembre). Nombrados por los gobiernos precarios que vegetan en París, unos Residentes, no menos efímeros, desfilan por Rabat: Francis Lacoste, escogido por Joseph Laniel (28 de junio de 1953-12 de junio de 1954), es reemplazado el 20 de junio de 1955 por Gilbert Hirsch, llamado Grandval, designado por Edgar Faure (23 de febrero de 1955-23 de enero de 1956), sucesor y fiel continuador de Mendès-France. Mientras que el mariscal Juin y el general Koenig se oponen a ello, el presidente del Consejo es partidario del regreso del ex sultán. Sin embargo, sus instrucciones del 6 de julio prescriben a Grandval que descarte aquella solución. Privado así incluso de la confianza de su patrón, aquel fantoche desenvuelto que, llegado el 7, como primera providencia destituye a siete directores de la Residencia el 12 y pone en libertad a 73 agitadores, mientras que el 14 de julio, en Mers-sultan, seis europeos resultan muertos y numerosos heridos, no impone respeto a nadie. En los funerales de las víctimas, a la salida de la iglesia, aquel lamentable representante de Francia, atacado por la multitud, sufre un «strip-tease» humillante. Se venga destituyendo al comisario central y expulsando a los dirigentes de la «Unión para la Presencia Francesa», Marcel Mattei, J. Cambiaso, el doctor Georges Causse y otros cuatro. Entonces, a pesar de la oposición de los jefes de región (aunque supuestamente con el acuerdo del Glaoui, que éste desmiente), prepara el regreso de Mohamed V (1 de agosto), en tanto que el desorden y la inseguridad reinan en el país, que en Kenitra los europeos son agredidos el 19 y que, el 20, en Oued-Zem, los miembros de la tribu de los Smaala asesinan y mutilan a un controlador-adjunto y a los empleados de los fosfatos de Khouribya, cuyas instalaciones saquean. La Legión, tardíamente alertada (al cabo de siete horas, de las 8,15 a las 15,15), reacciona duramente, mata a 800 marroquíes y captura 1.300 prisioneros. ¿Hay que asombrarse de que en el entierro del general Duval, muerto en avión, el funesto Residente sea de nuevo abucheado e insultado? Por fin, presenta la dimisión, oficiosamente el 22 de agosto y oficialmente el 31. A aquel civil sin prestigio sucede

un militar, el general Boyer de Latour, que ha soñado toda su vida en la Residencia, pero que sólo la obtiene para desempeñar en ella el mismo papel que en Túnez, es decir, tocar retirada y liquidar el protectorado.

El 12 de agosto, un Consejo de Ministros ha puesto a ben Arafat en la disyuntiva de constituir un gabinete para el 18: la alternativa será una conferencia con vistas a su destitución, entre Edgar Faure, el ministro de Asuntos Exteriores Pinay, July (encargado de los asuntos marroquíes), Robert Schuman y el general Koenig. El resultado de aquella conferencia, celebrada en Aix-les-Bains el 22 de agosto, es el de encargar (26 de agosto) al turbulento Si Bekkai la formación de un gabinete, en el cual la comunidad judía (la única que no es olvidada) está representada (a pesar de las reticencias del Glaoui y de El Kittani). El general Catroux y el jefe de gabinete de Pinay, Yrissou, son enviados a Antsirabé donde se encuentra el ex sultán, en tanto que en Rabat el general Boyer de Latour y sobre todo el intrigante Lipowski (diplomático improvisado gaullista) trabajan para convencer a Ben Arafat (a espaldas de su consejero Si Abderrahmane el Hajoui y gracias a los buenos oficios del capitán Oufkir) para que acepte una indemnización de 240 millones y se retire a Tánger el 1 de octubre, a fin de firmar su abdicación. Pasando por encima de la resistencia del general Kettani, los otros dos miembros del Consejo del Trono nombrado el 15 de octubre aprueban aquella medida. Gran señor como siempre, el Glaoui se permite el gesto de proponer, el 25 de octubre, la restauración de Mohamed ben Youssef, el cual, trasladado a Francia el 31, vuelve a subir al trono el 16 de noviembre. El 6, ha concluido con Pinay en Saint-Cloud un compromiso que abre el camino a la independencia «dentro de la interdependencia». Pero ya no vuelve a hablarse de las reservas relativas a las Relaciones exteriores y a la Defensa (formuladas por Edgar Faure el 1 de octubre), ni en el reconocimiento oficial de soberanía acordado por Christian Pineau, ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Guy Mollet (2 de febrero de 1956-21 de mayo de 1957), el 2 de marzo de 1956, ni en la convención diplomática del 28 de mayo siguiente. Sangrientos excesos —asesinatos, raptos, suplicio del capitán Moureau— vendrán por desgracia a manchar la proclamación del nuevo Estado y a comprometer sus primeras relaciones con Francia.

* * *

La lenidad de la represión estimula la rebelión argelina

Enmarcados así por dos Estados independientes, que les proporcionan campos de entrenamiento (en Tamnanam, cerca de Ujda, en Marruecos, por ejemplo) y bases (en Túnez, el Neo-Destur, autorizado de nuevo, se ha reconstituido el 4 de septiembre y los fellaghas van a obtener «el aman» el 20 de noviembre y volverán a estar disponibles), estimulados también por la capitulación de Dien-Bien-Phu (7 de mayo de 1954) y por la debilidad de los efectivos franceses (49.700 hombres, de los cuales hay solamente 10.000 en el Constantinado; 80 gendarmes para 700.000 habitantes en Kabilia), los nacionalistas argelinos han pasado ya a la acción. El 1 de noviembre de 1954, en Lambèse, donde es molinero, Mostefa ben Boulaid ha desencadenado la rebelión en los Aurès, con unos golpes de mano contra la gendarmería de Taberga, un caid en Medira, los puentes del Afra y del T'kout, la mina de plomo de Ichmoul, el túnel de Tighanimine y, en las gargantas del mismo

nombre, el autocar Arris-Khenchela, en el cual son asesinados el maestro Monnerot y su esposa, así como el caid Hadj Sadok. En total, 30 atentados causan siete muertos y 12 heridos en el territorio argelino (especialmente en las granjas Mansenego de Cassaigne, de Orania, y Sanson, cerca de Bosquet). A pesar de la escasez de informaciones en la base, el asunto no ha sido una sorpresa: desde el período 15 de mayo-5 de abril, la organización del C. R. U. A., fundado en marzo, es conocida de la administración, y desde el 12 de agosto, las autoridades (puestas en guardia por el general Boyer de Latour, residente en Túnez) están advertidas de que se preparan disturbios alrededor de Biskra y de Arris; el 25 de octubre han sido ordenados unos reconocimientos aéreos sobre el macizo de los Aurès (difícilmente penetrable por unas tropas equipadas pesadamente y desprovistas de mulos), y se ha preparado el envío de refuerzos.

En tanto que unas diferencias oponen al «zorro de los Aurès ben Boulaid (que morirá en un atentado el 27 de marzo de 1956) y a Mohamed Guenouf, adjunto de Larbi Bouali del P. C. A. el 4 de noviembre, al día siguiente, las tropas francesas entablan combate con los fellagha en Foum Toub, Arris y Souk-Ahras; a finales de mes, el A. L. N. tiene 42 muertos (entre ellos Dadji, el 5 de noviembre, Grine Belkacem, el 29). El gobierno disuelve el M. T. L. D., medida poco inteligente (ya que llevará al jefe de los «Scouts» musulmanes, Benkhedda, al F. L. N.) y del todo ineficaz, puesto que en su lugar vuelve a formarse el «Movimiento Nacional Argelino», M. N. A., cuyos jefes Mezerna y Chazli el Mekki, refugiados en El Cairo, serán encarcelados allí en junio de 1955, porque, árabes y partidarios de un Estado totalmente independiente, se negarán a adherirse al F. L. N. (Frente de Liberación Nacional), creado oficialmente en mayo de 1955, grupo de predominio kabila, que aspira a la constitución de una Federación del Africa del Norte. En París, por muy «liberal» que sea en materia de descolonización, François Mitterrand no vacila entonces en proclamar que «Argelia es Francia» (17 de noviembre), y el presidente del Consejo, Pierre Mendès-France, declara en la Asamblea, el 12 de noviembre, que «los departamentos de Argelia forman parte de la República. Francia no cederá nunca sobre este principio fundamental». Poco antes de ser derrocado por los ataques de René Mayer, Mendès ha nombrado el 25 de enero de 1955 a Jacques Soustelle gobernador general, a pesar de la opinión de Mitterrand y de Jacques Chevallier, futuro alcalde de Argel, entonces ministro de Defensa Nacional. Pero no por ello ha dejado de frenar la represión (exigiendo que una encuesta judicial siga al «asesinato» de todo rebelde muerto en combate), de modo que el ejército francés, que ha recibido hasta el 1 de febrero 84.000 hombres de refuerzo, se vea reducido al principio a desempeñar el papel de «blanco» para el entrenamiento de los fellagha, cuando la rebelión, lejos de extenderse como un reguero de pólvora (lo que podría haber ocurrido en la época de Ben Badis), incuba largo tiempo antes de arder y podría ser reducida con unos medios adecuados. Soustelle organiza unos «harkis» suplementarios para la defensa de los pueblos, pero se opone, lo mismo que el gobierno, a la creación de milicias europeas, y sus reformas provocan las críticas de la Federación de Alcaldes de Argelia y de su presidente Amédée Froger, el 12 de junio.

Aunque haya perdido a varios de sus jefes (Mourad Didouche, muerto y reemplazado por Youssef Zighout, un calderero de Condé-Smendou, rela-

tivamente humano tratándose de un terrorista, y Rabah Bitat, detenido en marzo), y aunque en mayo se proclame finalmente el estado de urgencia, la rebelión multiplica los atentados: emboscada de la que son víctimas 80 tiradores, el 13 de abril; asesinatos de un comandante y de un capitán del ejército, el 15; desarme de un «goum» entre Jemmapes y Condé-Smendou, en mayo; asalto contra Guentis, el 13 de mayo; asesinato del administrador Dupuy y de su escolta cerca de Tebessa, el 24 de mayo. Coronándolo todo, en el aniversario de la deposición del sultán de Marruecos Mohamed ben Youssef, el 20 de agosto de 1955, horribles matanzas organizadas por Mustapha ben Aouda y Lakhdar ben Tobbal (una especie de chequista a lo Beria) ensangrientan Philipeville, la región boscosa de Collo y las minas de El Halia, donde 34 europeos, entre ellos varios niños, son asesinados y mutilados. El asunto, sincronizado con la matanza de Oued Zem en Marruecos, causa un total de 123 víctimas, 71 de ellas europeas. Profundamente impresionado por aquel espectáculo, Jacques Soustelle (que, al estudiar la evolución de Méjico, ha podido apreciar un ejemplo de amalgama entre españoles e indios), liberado de la tutela de sus «fiadores» mendesistas, el prefecto Juillet y Monteil, se esforzará a partir de entonces en encontrar en la integración una solución al problema argelino, que reconcilie a las dos comunidades. Sin embargo, en París, el gobierno Edgar Faure (23 de febrero de 1955-23 de enero de 1956) no se aparta de los caminos de reforma trazados por Mendès-France: adjunción de un alcalde elegido a las comunas mixtas, por ejemplo, y designación de caídes impuestos a las djemaâs, medidas que facilitan el dominio del F. L. N. sobre ciertas zonas. A pesar de la llegada de refuerzos que elevan los efectivos a 114.000 hombres, el 6 de febrero de 1955, el general Lorillot, nuevo comandante en jefe, no sabe adaptar sus pesadas unidades a la guerrilla, y el general Olié, un «liberal», nombrado en Tizi-Ouzou en enero, se abstienen de perseguirles, hasta el punto de que la Kabilia, y luego el Constantinado-Norte, se «pudren» a ojos vista. Reflejando aquella lenta desintegración en el seno de la Asamblea argelina, en la que hasta entonces el segundo colegio ha apoyado fielmente la política de integración, un grupo de 61 delegados, dirigidos por el doctor Bendjelloul (incluido el notario Abderrahmane Farès) se adhiere a la idea nacional argelina el 25 de septiembre de 1955 y apela a la O. N. U. En tanto que la Asamblea, en Nueva York, acepta la queja argelina por 28 votos contra 27, Soustelle logra mantener la sesión siguiente de la asamblea de Argel, pero, ante la huelga de las candidaturas, el 10 de diciembre, cede sobre el aplazamiento de las elecciones, reclamado por Farès y Mesbah. El F. L. N. se apunta un primer tanto, seguido de otros: la dimisión el 23 de diciembre de los elegidos de la U. D. M. A., la de 19 sobre 87 consejeros municipales o generales musulmanes; boicot que conducirá a Robert Lacoste a disolver la Asamblea el 12 de abril de 1956, y, el 5 de diciembre, la totalidad de los consejos generales y de los consejos municipales (13).

Fracaso de Guy Mollet y de Catroux

Entretanto, una larga crisis ministerial y parlamentaria se ha producido en París, donde el abandono sucesivo de las mejores posesiones de ultramar

(13) El Frente de Liberación Nacional saluda aquella decisión desencadenando disturbios en la frontera marroquí, desde Marnia hasta Nadroma, y en Tlemcen, mientras que, en el Sudeste, las tropas francesas consiguen «limpiar» el macizo de las Nementcha.

no deja de provocar actitudes hostiles al «Frente republicano» de los «baratilleros», organizado por Mendès-France. Debilitado por la dimisión de sus miembros republicanos sociales (excepto uno), y luego de los independientes (6 de octubre), el gabinete Edgar Faure ha sido puesto en minoría el 29 de noviembre (por 318 votos contra 218); a raíz de lo cual, habiéndose retirado a su vez cinco de los siete ministros radicales, la Cámara ha sido disuelta el 2 de diciembre. Del escrutinio del 2 de enero de 1956 (con un 17,2 % de abstenciones, que ha dado al P. C. el 25,9 % de los votos y 143 escaños en lugar de 93, a la S. F. I. O. el 14,9 %, a diversos grupos de izquierda el 2,1 %; a los radicales el 13,5; al M. R. P. el 11,1; a los moderados el 14,4 y a los poujadistas el 11,5 (14), y sólo el 4,4 a los gaullistas), aunque socialistas y radicales no reúnen juntos más que 150 diputados, ha salido el 2 de febrero de 1956 un gabinete presidido por Guy Mollet, que se aguantará hasta el 21 de mayo de 1957. Inquieto por el giro que han tomado los acontecimientos del Maghreb, el líder socialista decide «liquidar» a Soustelle y se presenta en persona en Argel, con la intención de reemplazarle por el general Catroux. (¿Acaso no le ha invitado Mendès-France en Marsella, el 26 de diciempre, a «aplastar en Argel las oposiciones de todas clases»?). Los argelinos, que han tratado ya, el día 2, de retener a Soustelle impidiéndole embarcar, acogen a Mollet el 6 de febrero, en número de 100.000, a tomatazos y le abuchean hasta el Palacio de Verano. Los animadores de aquellas algaradas son, aunque haya pocos en Argel, unos gaullistas acérrimos, el ex comisario Achiary del 8 de noviembre, Mario Faivre y su amigo corso de París, Me Biaggi, orador del R. P. F., ex colaborador de Me Henry Torrès y agitador nato, que crea para la circunstancia un Comité de Entente de los ex Combatientes, trata inútilmente de arrastrar al general Cogny a su *putsch* y, a su regreso a París, el 18, funda un partido patriota revolucionario, P. P. R., para combatir al F. L. N., en tanto que Achiary y el doctor Kovacs forman en Argel unos grupos antiterroristas.

Dispuesto a reconocer la «personalidad argelina» y a proclamar la igualdad de las comunidades a su llegada, Guy Mollet, impresionado por el carácter «popular» de los manifestantes «pies negros», se marcha convencido de la necesidad de apaciguar las inquietudes de los europeos de Argelia. Para conseguirlo, al tiempo que procede a la nacionalización de los dominios superiores a 1.000 hectáreas, reforzará la administración, creando 13 departamentos en lugar de tres, 71 distritos en lugar de 13, y al ejército, llamando a partir del 9 de mayo de 1956 70.000 disponibles de las quintas de 1953 y 1952, enviando al otro lado del Mediterráneo a elementos del contingente (que descubrirán allí una provincia francesa en pleno desarrollo), y permitiendo la constitución sobre el terreno de unidades territoriales. Pero el partido socialista sigue estando decidido a negociar: «Hay que reconocer el hecho nacional argelino», ha proclamado en su Congreso Oreste Rosenfeld. Recadero del titismo, Christian Pineau, ministro de Asuntos Exteriores, después de viajar a Nueva Delhi, se dirige a El Cairo, donde, el 12 de abril, Bégarra celebra una entrevista con Mohamed Khidder, que reclama la independencia pura y simple. Las negociaciones, alimentadas por

(14) El movimiento lanzado por Pierre Poujade, en defensa de los artesanos, de los comerciantes y de las clases medias, ha obtenido 2.500.000 votos y 52 escaños, impidiendo así a los partidos de la mayoría heredar los votos del R. P. F., de los cuales los moderados sólo recuperarán de 700.000 a 800.000, y los radicales un millón en el Norte y el Este.

una misión de Gorse un poco más tarde, continúan. El 21 de julio, Pierre Commin, secretario general interino de la S. F. I. O, y su adjunto Pierre Herbaut se entrevistan con Mohamed Khidder, Mohamed Yezid y Me Kiouane en Belgrado (15). A aquellas aperturas oficiosas, en El Cairo, donde impera un triunvirato Ahmed Mahras (llegado de Zurich el 25 de mayo de 1955), Ben Bella (encargado del armamento) y Budiaf, bajo el control de Tewfik el Madani, responden, el 18 de marzo, la dimisión de Saiah Abdelkader y, el 21 de abril, la adhesión oficial de Ferhat Abbas, de su cuñado Ahmed Francis, de Me Abderrahmane Kiouane y de Tewfik el Madani al F. L. N., al cual Abbas se había aproximado ya desde el otoño anterior. Desde Berna, el 20 de mayo, Ferhat, provisto de un pasaporte sirio, irá a entrevistarse en casa de Tito, el 16 de julio, con Nasser y Nehru, y luego se dirigirá a Roma (23 de marzo de 1957) y a la América del Sur, a fin de preparar allí la sesión de la O. N. U. (julio de 1957), en la que Chenderlé y el doctor Abdelaziz Lakhdari actúan como observadores del F. L. N. Por su parte, Abdel h'amid Mehri lleva a cabo una gira en busca de fondos tan fructífera que a finales del año 1956 dispondrá de cinco millones de libras sirias (incluido un donativo de un millón de dólares entregado por el rey Ibn Saud, el 15 de julio).

La aventura de Suez desguarnece la defensa; congreso del Soummam

Sin embargo, la aventura de Suez, a la cual se lanza el tándem Guy Mollet-Christian Pineau, atacado de un violento acceso de «patriotismo israelita», tiene como consecuencia desguarnecer a Argelia de sus mejores tropas. El A. L. N. aprovecha aquella distensión de las redes del dispositivo francés para extender su penetración y aumentar sus efectivos, de 7.000 en febrero a 15.000 en agosto, más unos 20.000 sumariamente equipados. En tales condiciones, el F. L. N. celebra tranquilamente sus sesiones el 20 de agosto, en la granja Timiliouine, cerca de Akbou, en el valle del Summam, en tanto que su delegación exterior (presidida por Lamine Debaghine, con Ferhat Abbas, el doctor Francis, Mes Boumendjel, Ameziane ben Akli y Amar Ouamrane) espera en San Remo, y luego en Trípoli, el resultado de sus deliberaciones. Elegido presidente Larbi ben M'Hidi (de Biskra, jefe de la Wilaya de Orania), apoyado por su lugarteniente Mohamed el Khellil Boussouf (ex maestro de escuela, luego estudiante de tendencia kemalista), por Lakhdar ben Tobbal (lugarteniente de Youssef Zighout, muerto poco después al frente de la Wilaya II) y también por Abane Ramdane, hace prevalecer la igualdad entre las dos delegaciones (exterior e interior), la creación de una Unión nacionalista de los sindicatos (U. G. T. A.), separada de la C. G. T. (16), y de otra de los estudiantes (U. G. E. M. A.), y hace

(15) Herbaut se dirigirá solo, los días 2 y 3 de septiembre, a Roma, y de nuevo a Belgrado, el 22 de septiembre, pero tropezará siempre con las mismas pretensiones por parte de Lamine Debaghine y Mohamed Khider.

(16) Las relaciones se han emponzoñado en efecto con el P. C., que ha intentado crear un «*maquis* rojo» en abril de 1956 en la región de Orleansville (con el subteniente Guerrab, kabila del hospital de Blida; el doctor Hadjner, el maestro de escuela Guerradj, Mohamed Boualem, portuario de Orán, Henri Allez, de «Alger-républicain», André Moine, André Ruiz, el aspirante Maillot, desertor de Miliana; agrupados el 17 de abril por Maurice Laban, maestro de escuela, veterano de las brigadas internacionales de España). Pero aquel grupo no ha sobrevivido a un golpe de mano sobre Beni Rached, cerca de Lamartine, en el cual han muerto Maillot y Laban.

adoptar un programa de negociación en dos tiempos: la primera fase implicando la independencia completa (Defensa Nacional, Relaciones Exteriores y Sahara incluidos), la denegación de la doble ciudadanía a la minoría francesa (abocada a una simple opción, salvo la minoría judía, «que ha demostrado con hechos que merece la confianza de la Revolución argelina»), y la segunda comportando la ratificación de aquellas condiciones por un gobierno surgido de unas elecciones. Aquel congreso da también nacimiento a un Consejo Nacional de la Revolución Argelina (C. N. R. A.) de 34 miembros (la mitad titulares, la mitad suplentes), que designa los seis miembros de un Comité de Coordinación y de Ejecución (C. C. E.): Larbi ben M'Hidi (W. V), Belkacem Krim (W. III), Abane Ramdane (liberado de Maison-Carrée el 18 de enero de 1955), Saad Dalhab, Aissat Idir y ben Youssef ben Khedda, que establece la sede de ese organismo en Argel, cuya nueva «zona autónoma» dirige.

Guerrilla urbana: poderes especiales

A fin de llamar la atención de la O. N. U. sobre su causa, el C. N. R. A., ante el fracaso de las tentativas de huelga general que ha desencadenado en noviembre de 1956 y del 28 de enero al 4 de febrero de 1957, prepara en efecto en la capital argelina una campaña de terrorismo, que necesita pocos efectivos. Adjunto de Ben Khedda, Yacef Saadi (empleado en una panadería y futbolista, denunciante de los messalistas) y su acólito Ali Amar, alias «la Punta», limpian la Casbah de afiliados al M. N. A. y de los caídes del bajo mundo, proxenetas y confidentes de la policía, reclutan 105 fedayins y 150 voluntarios para la colocación de las bombas (fabricadas por el estudiante Abderraman Taleb, a base de clorato de potasa primero, en octubre-noviembre de 1956, luego con explosivos procedentes de Suecia y de Bélgica). Una serie de artefactos estallan en los cafés del centro de la ciudad (un muerto y tres heridos en el «Milk-Bar», dos y 16 en la «Cafetería», el 30 de septiembre de 1956; de nuevo, en la «Cafetería», en el «Otomatic» y en el «Coq Hardi», el 26 de enero de 1957, después de seis atentados del 12 al 28 de noviembre que sólo han causado heridos), luego en unos estadios de la periferia (en el Biar, en el Ruisseau, el 9 de febrero), más tarde, en mayo y el 4 de junio, en unos candelabros (nueve muertos, 92 heridos), y finalmente el 9 de junio, en medio de un baile en el Casino de la Corniche, causando ocho muertos y 80 heridos. Aquellos atentados espectaculares (17), ¿impresionan acaso a las Naciones Unidas? Parece ser que no, puesto que se limitan a recomendar la conciliación. Lo que puede asegurarse es que provocan una reacción inmediata y vigorosa del ejército y de la opinión pública (18).

A las órdenes del general Salan desde el 1 de diciembre de 1956, el ejército ve aumentados sus efectivos a 250.000 hombres en marzo y a 357.000 en

(17) Unos musulmanes son víctimas de ellos, en la metrópoli (Ali Chekkal, ex vicepresidente de la Asamblea argelina, asesinado en el estadio de Colombes, el 26 de mayo de 1957), así como en Argelia (matanza de 300 fellahs, partidarios del M. N. A., en Melouza, aquel mismo día, y de 36 jornaleros en Wagram).

(18) Al asesinato de Amédée Froger por un terrorista, el 27 de diciembre de 1956, ha respondido en ocasión de su entierro, el 30, una «ratonnade» en el curso de la cual seis musulmanes han resultado muertos y 58 heridos.

septiembre de 1956. Robert Lacoste, provisto de poderes especiales aprobados por el Parlamento en marzo de 1956 (por 451 votos, entre ellos los de los comunistas, contra 76), ha respaldado la decisión (tomada ya en su ausencia por Max Lejeune, subsecretario de las Fuerzas Armadas) de hacer interceptar el 22 de octubre de 1956, a las 21,20 horas, el avión que transportaba de Marruecos a Túnez, donde iban a discutir con Mohamed V y Burguiba acerca de la creación de una Federación maghrebina, a los principales jefes del F. L. N., Mohamed Ben Bella, Mohamed Khider, Mohamed Boudiaf, Ahmed Hocine (observador en Bandoeng) y Mustapha Lacheraf (profesor en Louis-le-Grand). Aquella operación poco ortodoxa provocó la dimisión de Alain Savary (encargado de los Asuntos marroquíes y tunecinos), levantó vehementes protestas de Louis Joxe (subsecretario de Asuntos Exteriores), del embajador en Túnez De Leusse, y de Bourges-Maunoury, cerca del presidente Coty, y provocó disturbios en Meknès, donde fueron asesinados 30 europeos. Pero la conferencia no tuvo lugar.

Cierre de las fronteras, reestructuración administrativa

En Argel, Lacoste concede carta blanca en enero de 1957 al general Massu y al coronel Godard para liquidar el terrorismo. Los paracaidistas de los coroneles Mayer y Trinquier se dedican entonces a limpiar la Casbah. En tanto que Ben Khedda y el C. C. E. abandonan apresuradamente la capital, el 15 de febrero, los militares recogen bombas y explosivos (del 15 al 19 de febrero, más 33 el 25 de julio), detienen a Larbi ben M'Hidi (que morirá a finales de marzo), a los acólitos de Yacef Saâdi en la noche del 23 al 24 de septiembre y a su jefe el día siguiente, a Ali la Pointe el 7 de octubre, así como a un total de 343 militantes, 197 «djounouds» y 70 «fedayins». La operación que han iniciado el 27 de julio no se limita a desmantelar la red terrorista, sino que se preocupa desde septiembre de 1956 de reanudar el contacto con la población y en encuadrarla de nuevo, sustituyendo la desfalleciente administración por los oficiales de las S. A. U. (Secciones de Administración Urbana), con el capitán Sirvent, a las órdenes del coronel Godard. Extendida al interior del territorio, por unas Secciones especiales (S. A. S.), aquella acción política antisubversiva logra incluso «intoxicar» a algunos jefes fellagha, por otra parte amenazados con verse cortados de sus bases tunecinas, autorizadas por Burguiba en enero de 1956 y organizadas por una delegación del F. L. N. en Túnez en abril de 1956, por la construcción de la línea electrificada de protección de la frontera, llamada «línea Morice» (septiembre de 1957). Después de Bachir Chibani, interino de Ben Boulaid en los Aurès, eliminado como pederasta (24 de octubre de 1955), y de Ali Mellah, llamado Si Cherif, de la W. VI, asesinado por uno de sus jefes de katyba (su homónimo, pero árabe), Ait Ahmouda, llamado Amirouche, comandante de la wilaya III de Kabilia, alcanzado por la «bleuite», la fobia de la traición, ajecuta a centenares de sus compañeros de lucha.

Reacción militar y cívica

El ejército, pues, se ve impulsado cada vez más a desempeñar un papel de primer plano en Argelia. De esto a hacerse cargo por completo del asunto no hay más que un paso, y algunos jefes militares, indignados por la impo-

tencia del gobierno de París, están dispuestos a darlo. Temiendo las intrigas de los patriotas locales, Lacoste ha expulsado al profesor Bousquet y a Boyer-Banse, antiguo colono, fundador de la Unión francesa nordafricana que agrupa a 15.000 afiliados, ha encarcelado durante tres meses a Robert Martel viticultor de Chebli en la Mitidja, puesto en contacto por el periodista belga Joly —al que ha conocido a raíz de la manifestación del 6 de febrero de 1956— con el doctor Martin, ex *cagoulard*, jefe de los grupos de protección de Vichy, «G. V.» de la organización secreta «G. O.», cuyo «G. A.» es el general Cherrière, bonapartista por tradición, comandante de la X Región —organizador en 1955 de las «Unidades Territoriales», 22.000 hombres, dotados de una unidad blindada de 20 tanques «Sherman» mandada por el coronel Thomazo—, comandante «eliminado» por Soustelle y reemplazado por el coronel Lorillot, el «G. B.» general Lionel Chassin, de la Aeronaval, y el secretario general o «pequeño a», Ives Gignac, de los Veteranos de Indochina). Pensando decapitar el movimiento estudiantil, el ministro residente ha retirado su prórroga a su presidente Gautrot, cuyo relevo ha tomado Pierre Lagaillarde, teniente de paracaidistas, abogado en Blida. Las imprudencias verbales del general Jacques Faure (de los cazadores alpinos, adjunto del general Manceaux-Demiau, comandante de la división de Argel desde el 8 de octubre de 1955), amigo del subteniente Le Pen (que le ha puesto en contacto con Pierre Poujade y el comisario Dides), atraen la atención del gobierno sobre aquellos diversos grupos «nacionales». Sus confidencias a Michel Debré, Jacques Soustelle, Pascal Arrighi y Paul Teitgen (primo del ministro, que alerta a Lacoste), le valen, en el momento en que el asesinato de Amédée Froger calienta los ánimos en Argel, ser convocado por Bourgès-Maunoury el 27 de diciembre y condenado a treinta días de arresto en una fortaleza.

Intrigas para el retorno de De Gaulle

Además, despiertan el de los gaullistas y estimulan sus esfuerzos encaminados a explotar el caso argelino y el malestar del ejército como trampolín para el retorno del «General» al poder. En Argel, donde no son más que un puñado, Achiary por una parte y Kovacs, doctor húngaro, campeón de natación, por otra (fundador del grupo O. R. A. F., «Organización de Resistencia de la Argelia Francesa»), atraen a ellos a los activistas por medio de una campaña de contraterrorismo, señalada por la explosión de un laboratorio de la Casbah, en la calle Thèbes, en abril de 1956, de la que son víctimas 28 musulmanes. El 17 de enero de 1957, a las 19 horas, dos proyectiles disparados por unos bazookas improvisados matan en el despacho del general Salan en la Región a su colaborador, el comandante Rodier (Salan ha escapado ya a dos tentativas: una bomba en un avión que le traía de Marruecos, y un disparo de fusil). El gobierno aprovecha la ocasión para detener a Robert Martel y a 18 de sus amigos en Argel y al doctor Martin en París, antes de efectuar un registro en las «Sources» de Birmandreis y capturar a Kovacs y a sus dos acólitos Knetch y Sauvage. Estos denuncian como instigador al capitán de la reserva Griotteray (del Estado Mayor del general Cogny), gaullista ligado a Henri d'Astier de la Vigerie y a Me Biaggi, llegado a Argel el 1 de enero, actuando por cuenta de un «Comité de los Seis», que incluye a Michel Debré, Jacques Soustelle, Pascal Arrighi, etc. (Refugiado en España, Griotteray esperará allí a que un no ha lugar intervenga en su favor).

Esos «Seis» son en efecto, en la Metrópoli, los dirigentes de una acción cuyo jefe de orquesta es el consejero de Estado Blocq-Mascart.

Para «cubrir la cabeza» de los europeos de Argelia y del ejército que constituyen una amenaza par el régimen (Lacoste llegará a decir: «Los franceses de Argelia... proclamarían más bien la República argelina, al modo sudafricano —lo cual es una exageración—, y el ejército marchará con ellos» —desde luego que no, en aquella hipótesis—), hace falta un «kepis». El de cinco estrellas, demasiado ligero, de Catroux, ha estado a punto de ser arrojado al mar, por lo que se buscará otro, de dos estrellas solamente y desprovisto de laureles, el del intrigante De Gaulle, cuya ambición explota la Alta Finanza, y que es mantenido cuidadosamente en reserva en el guardarropa de Colombey. Obligado a abandonar el Gobierno General, Jacques Soustelle no ha abandonado por ello Argelia. La Unión para la Salvación y la Renovación de la Argelia Francesa, que ha creado con los ex gobernadores Violette, Le Beau, Léonard, los radicales Albert Bayet, André Morice y el M. R. P. Georges Bidault, continúa defendiendo la política de integración. En el Parlamento, Soustelle provoca, del 17 al 30 de septiembre de 1957, la no admisión del proyecto de *«loi-cadre»*, presentado por Bourgès-Maunoury. Este último, investido el 13 de junio por sólo 240 votos, había eliminado no obstante de su gabinete a Mitterrand y a Defferre y limitaba sus propuestas a una especie de compartimentazgo en ocho territorios «autónomos», federados por una Asamblea elegida en el colegio único, provista de un Consejo de gobierno, de un Consejo federativo investido por el Parlamento francés y de un Tribunal de Arbitraje. Pero aquel proyecto no reunió más que 235 votos, por lo que Bourgès tuvo que retirarse, y sólo al cabo de treinta y cinco días de crisis fue reemplazado por el radical Felix Gaillard, investido por 337 votos contra 173 (131 comunistas y 30 poujadistas), el 6 de noviembre de 1957.

Intuyendo la proximidad de la crisis del régimen, los gaullistas apresuran sus preparativos. Tras haber inducido a Me Biaggi, en abril de 1957, a aceptar sus proyectos de nueva constitución «presidencial», Blocq-Mascart, sin dejar de mantener contacto con los sindicalistas F. O., funda con él, con Sanguinetti, el coronel Battesti (tesorero de la U. S. R. A. F. de Soustelle) y el industrial lyonés René Dumont (veterano del B. C. R. A., animador de la U. S. R. A. F.), un movimiento de ex combatientes, el C. A. N. A. C., que llegará a controlar 18 federaciones sobre 23 y agrupar a dos millones de afiliados. Unos conciliábulos reúnen a los conjurados: Jacques Foccart, el «Fouché» de la casa, Olivier Guichard, jefe de gabinete, Roger Frey, de la Malène, Jacques Soustelle, Leon Delbecque, en casa de Me Biaggi y en casa de Blocq-Mascart. Michel Debré ataca violentamente en el *Courrier de la Nation*, llamado Correo de la Cólera, a «esos príncipes que nos gobiernan». A fin de embrollar el juego adversario, Me Biaggi establece contacto con el general Miquel en Toulouse, y Soustelle se entrevista con Cherrière en la U. S. R. A. F., sin conseguir levantarle contra Salan. Reconstituido el R. P. F. en enero de 1958, las peticiones afluyen a Colombey, donde reaparecen los visitantes: el embajador tunecino Masmoudi, que va a despedirse después del incidente de Sakiet; Houphouet-Boigny, portador de malas noticias sobre la revuelta que se incuba en el Africa negra, el 15 de febrero; Robert Lacoste, deseoso de conocer a finales de mes la posición del general;

así como, en la calle de Solferino, los embajadores Vinogradov y Dillon, Adlaï Stevenson y Muley Hassan, el hijo del sultán de Marruecos.

Adaptando diestramente sus palabras a los sentimientos de sus interlocutores, De Gaulle da a entender a los unos —partidarios de la Argelia francesa— que él es el único «salvador de la Patria» (aunque evitando todo compromiso concreto, ya que estima imposible acoger a 120 diputados argelinos en el Parlamento y declara a Tournoux que «no se trata de saber si la integración es posible. Se trata de constatar que no es deseable —*La Tragedia del General*, págs. 243-244—). A los otros, aquel oficial que en el curso de su carrera no ha servido nunca en ultramar (atraído como se sentía por los grandes de la política), les abre más su pensamiento: profetiza a Jean Amrouche, evolucionado francófilo, que «Argelia será emancipada. Será largo —añade—, habrá trabajo, mucho trabajo»; declara a Edmond Michelet, a su regreso de la O. N. U., en febrero de 1955: «Argelia está perdida, Argelia será independiente». A aquel pretendido «salvador» («Soy el hombre de las crisis —le ha dicho a Raymond Triboulet—. ¿Mi retorno al poder? Sería preciso que se produjera una catástrofe nacional»), pues, le falta la fe. Su convicción profunda la entrega a los mendesistas y a los socialistas. En *France-Observateur* del 4 de julio de 1957 (artículo reproducido por *Lectures françaises* de julio-agosto de 1957), Roger Worms, llamado «Stephane», revela en estos términos su programa: «Si hay que creer a los numerosos visitantes que ha recibido el General... el antiguo jefe del Gobierno provisional se pronunciaría efectivamente por el reconocimiento de un Estado-nación argelino, en el marco de un nuevo Commonwealth francés». «En el campo de la política internacional, el General hablaría de la necesidad de construir una Europa independiente, en la que, gracias al apoyo de Polonia y de algunos otros países del Este, Francia podría contrapesar la influencia germánica. Para realizar una Europa semejante, De Gaulle estaría dispuesto a iniciar una negociación con Moscú, y a reconsiderar el conjunto de los tratados que ligan actualmente al país. Una Francia independiente del bloque atlántico lo mismo que del bloque soviético, y apoyada por una Federación de naciones africanas, podría ser de nuevo un gran país». En el curso de una entrevista con André Philip (su colaborador del Comité de Liberación, al que había confiado en 1943: «Todo esto de la autonomía interna terminará con la independencia»), De Gaulle desvela incluso, en marzo de 1958, todo el maquiavelismo de la maniobra que ha concebido: «No habrá más solución que la independencia de Argelia». Philip, honesto, objeta: «Allí se prepara una insurrección del ejército, bajo el patrocinio de vuestro nombre; dado lo que acabáis de decirme, estáis obligado a evitar que utilicen vuestro nombre». Barriendo aquel escrúpulo, De Gaulle explica: «Si no hay gobierno, el Ejército asumirá el poder en Argel. Y yo, constatando que ya no hay Estado, asumiré el poder en París, para salvar la República». «¡Seréis un rehén!». «Nada de eso —concluye el General—. En Argel son unos charlatanes. En cuanto a los militares, permaneceré tranquilo dejando que los jefes se devoren entre ellos. De lo que quede, haré lo que quiera con unos ascensos y unas condecoraciones». (Juzgando a los demás como a sus acólitos de la Francia libre, «el General» se prepara, por ese lado, muchos disgustos).

Jacques Chaban-Delmas, ministro de Defensa, se dedica en efecto a canalizar la revuelta del ejército en favor de De Gaulle. A comienzos del

año 1958, encarga a Leon Delbecque (secretario de la Federación del Norte de los republicanos sociales) que instale una «antena» en Argel, con el comandante de paracaidistas Poujet (ex A. D. C. del general Navarre), René Vinciguerra (antiguo miembro de la red de Henri d'Astier) y su colaborador de Gabinete Guy Ribeaud (ex secretario general de los estudiantes R. P. F.). Amigo de Me Biaggi, y por éste del coronel Thomazo, ligado al general Weiss, ayudado por los *putschistas* de noviembre de 1942, a cubierto de los «escuchas oficiales» por Mattei hasta abril, Delbecque consigue montar un «Comité de Vigilancia», en el cual agrupa de modo indiscriminado a resistentes, radicales de Morice, independientes, ex combatientes (Arnould y Martin), poujadistas (el doctor Lefebvre y Goutaillier), Pierre Lagaillarde y sus estudiantes. Sin embargo, en el interior de aquel organismo, el «grupo de los Siete», continuando la acción de la U. F. N. A. (Robert Martel, Crespin, Lefebvre, Goutaillier, Lagaillarde, Ortiz, Me Baille) conserva su individualidad y dirige su propio juego. Una manifestación prevista para el 26 de abril, para la constitución de un Comité de Salvación Pública, aunque prohibida por Lacoste, reúne a 30.000 personas en un desfile ordenado y silencioso. La ocasión ha sido suministrada por los incidentes que se multiplican en la frontera *tunecina*, incidentes inmediatamente explotados para internacionalizar el caso argelino y provocar la apertura de negociaciones.

Incidentes fronterizos: peligro de internacionalización del conflicto

A pesar de la terminación de la línea electrificada André Morice (320 quilómetros desde el este de Bona hasta el Ma el Abiod), unos fellagha, utilizando camiones militares tunecinos, se han infiltrado y han diezmado a una patrulla francesa el 11 de enero (19). Habiendo sido derribado un avión, y otro alcanzado al día siguiente por la D. C. A., encima de la aldea de Sakiet Sidi Youssef (centro de entrenamiento de fellagha, alojados en una mina), una escuadrilla ha bombardeado aquella base de la rebelión el 8 de febrero de 1958, causando 130 víctimas. Para colmo de males, una delegación de la Cruz Roja internacional se encontraba allí. Las protestas llovieron de todas partes. Burguiba, que ya había ofrecido, con Mohamed V, su mediación en el conflicto, aprovecha la ocasión para reclamar la marcha de las tropas francesas, la evacuación de Bizerta, y amenaza con recurrir a la O. N. U. El periodista norteamericano Jo Alsop escribe unos artículos virulentos. El 17 de febrero, los Estados Unidos y la Gran Bretaña (que enviaban armas a los tunecinos desde noviembre de 1957), ofrecen sus «buenos oficios» para arreglar el asunto. Y el gobierno de Felix Gaillard no se encuentra en condiciones de rechazarlos. Su situación económica y financiera era deplorable. Aunque el fisco haya acrecentado sus exigencias en casi 500.000 millones (101.000 en diciembre), las subvenciones hayan sido rechazadas y las tarifas de los servicios públicos aumentadas, el «impasse» es de 600.000 millones. El índice de los precios al por mayor había pasado de 100,1 en enero a 111,1 en diciembre de 1957. En junio, había sido necesario pedir un anticipo de 350.000 millones al Instituto de Emisión (seguiría otro de 200.000 en noviembre), suspender la libertad de los cambios y practicar una sangría

(19) Aquellas incursiones han producido, desde el 1 de enero hasta el 8 de febrero: 111 muertos y 141 heridos civiles, y 161 muertos, 378 heridos y 31 desaparecidos entre los militares.

de 100.000 millones en las reservas de oro del Banco de Francia, ya que las reservas de divisas (1.645 millones de dólares a finales de 1955) estaban agotadas. En agosto, el franco fue devaluado en un 20 %. Tras haber obtenido 100 millones de dólares en enero, el gobierno solicitó otro préstamo de 650 millones de dólares a Washington. ¿Cómo podría resistir la presión norteamericana, a aquella negociación que Burguiba califica ya en la radio de «Dien-Bien-Phu» diplomático? Negociación en la cual el embajador Dillon el 21 de marzo de 1956 y su jefe el secretario de Estado John Foster Dulles el 11 de junio de 1957 se han negado a inmiscuirse, pero que el fogoso senador John Kennedy, plutócrata demagogo atraído por el olor del petróleo, reclama a voz en grito el 2 de julio de 1957, proponiendo que los Estados Unidos apoyen «una acción internacional destinada a permitir que Argelia obtenga legítimamente su independencia». Después de una intervención de Dulles del 11 de febrero, ¿puede prestar Felix Gaillard oídos sordos al mensaje secreto que le dirige Eisenhower el 11 de abril de 1958? ¿Resistirse a un ofrecimiento de «buenos oficios» confiados al norteamericano Robert Murphy y al británico Beeley? Bajo los golpes de Jacques Soustelle, su gabinete es derrocado el 15 de abril de 1958 (por 321 votos contra 255), habiendo votado contra él los defensores de la Argelia francesa, el radical André Morice, el M. R. P. Bidault, los independientes Roger Duchet, Antoine Pinay y sus amigos, así como también los comunistas. La crisis del régimen queda abierta.

¿Unión nacional, o «putsch»?

Aunque mantiene contactos con De Gaulle a través del general Ganeval (jefe de su gabinete militar), cerca del coronel De Bonneval, e incluso cerca de Jacques Soustelle (5 de mayo), el presidente Coty, inclinándose más bien a la *constitución de un gabinete de unión*, llama *primeramente*, del 5 al 8 de mayo, a René Pleven (que tropieza con la oposición de los radicales a aceptar a André Morice en la Defensa Nacional), y luego, cansado de guerra, llama el 8 de mayo a las 22,30 horas a Pierre Pflimlin, del M. R. P. La elección no puede ser peor. Aquel político ha cometido la torpeza de escribir el 23 de abril en *Le Nouvel Alsacien*, que «hay que aprovechar la ocasión de entablar negociaciones con vistas a un alto el fuego», y ha torpedeado a Bidault; sus seguridades al general Ely, jefe de Estado Mayor: «Nunca iniciaré negociaciones directas con el F. L. N.» resultan tanto menos convincentes por cuanto que su declaración ministerial (que el superprefecto Payra someterá el 12 de mayo a los generales de Argel) mantiene sus proyectos de conversaciones. Sin embargo, el general Salan, por el conducto jerárquico de Ely, no cesa de advertir a París, señalando especialmente el 9 de mayo, a las 18 horas, en un telegrama al presidente de la República «la angustia (del ejército) que sólo un gobierno firmemente decidido a mantener nuestra bandera en Argel puede borrar», a la vez que reclama el apoyo del Comité de Acción de los ex Combatientes: «El Ejército de Africa está decidido a no consentir el menor abandono», declara. En Argel (donde el 7 de mayo Chaban-Delmas, acompañado del general Ely y de Delbecque se ha entrevistado con el general Gilles y el coronel Bigeard, en la Escuela «Juana de Arco» de formación psicológica, cerca de Philippeville), se llevan a cabo inútiles gestiones para retener a Robert Lacoste: «Quédese con nosotros», le piden los generales Salan, Jouhaud, Allard y el almirante Auboyneau

(el 8 y de nuevo el 9 de mayo), seguidos de Sérigny y de Delbecque (el 9 de mayo a las 10 horas) y del Comité de Vigilancia («La S. F. I. O. os traiciona», le dice el doctor Lefebvre), sin lograr convencerle. Incapaz de romper las ataduras con su partido, el ministro se resigna a marcharse, no sin haber expulsado previamente a Delbecque.

En París, De Gaulle responde con una reserva calculada a los que le solicitan que intervenga. El 20 de abril, aprovechando unas elecciones cantonales, Soustelle, en Lyon, ha apelado a él. De Gaulle no ha reaccionado, del mismo modo que no había cedido, el 27 de marzo, a las instancias de una delegación del C. A. N. A. C., aunque dejando brillar una esperanza: «bajo la presión de los acontecimientos... haré frente a mis responsabilidades y volveré a empuñar las riendas de la Nación», y *justificando* de antemano su acción eventual: «El gobierno francés ya no es legítimo... puesto que no garantiza ni la defensa ni la seguridad del territorio». Sin comprometerse más, ha declarado a Delbecque: «Siempre he tenido la costumbre de asumir mis responsabilidades», y a Lucien Neuwirth, el 5 de mayo: «Llamarán a De Gaulle sobre los escombros». Evitando proponer su candidatura, el general espera que vayan a buscarle, que un movimiento «nacional» le reclame.

Movimiento que los dirigentes gaullistas, reunidos en casa de Blocq-Mascart, en presencia del general Cogny, considerando maduro el asunto, deciden desencadenar. El 10 de mayo, en la sede del C. A. N. A. C. y de la U. S. R. A. F., Sanguinetti propone a los coroneles Bourgoin, Paillole y Jerôme (estos dos últimos del Servicio de Información) la fecha del 13 de mayo, a fin de aprovechar la conmoción provocada por la ejecución de tres prisioneros franceses por el F. L. N., como réplica a la ejecución de tres terroristas. Dado que interesa que la iniciativa parezca proceder de terceros, Soustelle, yendo a entrevistarse con Oliver Guichard en casa de Roger Frey, anuncia a Alain de Sérigny (al que ha dejado en el automóvil): «Ya está; tenemos luz verde para el 13». Siempre crédulo, el director del *Echo d'Alger* publica al día siguiente, 11 de mayo, en su órgano del domingo el famoso llamamiento: «¡Hablad! ¡Hablad, mi General!». Sin embargo, cuando el general Petit, adjunto del general Ely y gaullista convencido, propone al coronel De Bonneval llevarse con él a Soustelle a Argel, De Gaulle se niega a dar la orden y el ex ministro permanece en París, a fin de asistir al debate de investidura de Pflimlin.

Ganado por mano, De Gaulle se ofrece como conciliador

Pero, deseoso de evitar el golpe de Estado gaullista, el Comité de los Siete, reunido el 11 de mayo en casa del doctor Lefebvre, decide actuar. El 13, Robert Martel reclama para el día siguiente la presencia en Argel del general Cherrière (que, reconciliado con Soustelle, tardará en dirigirse a Suiza, de modo que no llegará a tiempo). A pesar de sus admoniciones, reiteradas el 13 a las 13,15 horas, el coronel Thomazo, ganado para Soustelle, no logra retener a sus amigos, esgrimiendo la amenaza: «¡El ejército disparará!». Son conocidas las peripecias de la «jornada» del 13 de mayo: la multitud (200.000 personas), concentrada en las escaleras del bulevar Laferriére, alrededor del monumento a los Muertos, donde los generales se dirigen a las 18 horas, que



Anfa

Brazzaville

Comité del frente de Liberación Nacional

Pierre-BLOCH

N'KRUMA

Gabinete De Gaulle - Thorez

De GAULLE en el Forum de Argel

De GAULLE - SALAN



NASSER en BANDOENG

LUMUMBA

Malcolm X

TSCHOMBE

GANDHI y NEHRU

CARMICAEL

MOBUTU

KENNEDY - JOHNSON
Martin Luther KING

Angela DAVIS

reclama «¡El ejército al poder» (y no De Gaulle); la embestida de los 5.000 hombres de Martel hacia el Forum, a pesar de las granadas lacrimógenas lanzadas por los C. R. S., que forman barricada con sus camiones; el relevo de aquellos pretorianos, ordenado por el coronel Godard, responsable del orden, por una compañía del 3er R. P. C., que deja infiltrarse a los activistas a través de sus filas; la ruptura de las verjas exteriores del Gobierno General con la ayuda de un camión militar, y de la puerta monumental, hundida por un vehículo, a pesar de la atmósfera irrespirable a causa de las granadas que los C. R. S. continúan lanzando desde las ventanas; la irrupción de Pierre Lagaillarde, que ha dirigido el asalto en uniforme de paracaidista, hasta el balcón del primer piso, desde donde dirige un llamamiento a sus amigos para que acudan como refuerzo; la invasión de la sede de la Administración central por los manifestantes, que arrojan expedientes y archivos por las ventanas; la llegada a las 19,30 horas del general Massu que, desde el balcón, arenga a los habitantes de Argel y descubre ingenuamente la intriga («Entonces, hay complot...»); la reacción tardía de los gaullistas, ganados por mano, que deliberan en torno a Delbecque en el Biar, en tanto que el teniente de la reserva Neuwirth logra retrasar la llegada de Salan, bloqueando el subterráneo que une la Región militar al gobierno General, y consigue impedir el acceso a sus principales adversarios, en el momento en que Massu hace evacuar el edificio por el comandante Vitasse y redacta apresuradamente con Baudier la lista de un Comité de Salvación Pública en el que sólo figuran dos miembros de la U. F. N. A. (Lagaillarde y Montigny), lista a la que añade los nombres de los coroneles Trinquier (sucesor de Bigeard, al frente del 3er R. P. C., trasladado el 11 de mayo a Sidi Ferruch, a las puertas de Argel), Thomazo y Ducasse (20,45 horas); la llegada de Delbecque (alertado por sus amigos del Comité de Vigilancia, que han asistido, desde las oficinas del periódico *Le Bled*, a los acontecimientos), acompañado de Vinciguerra y de Lopez, a las 21 horas, muy mal recibidos por Salan que, llegado a las 20.30 horas, abucheado al principio por la multitud, luego aclamado con Massu, ha telefoneado al general Ely y a Felix Gaillard para darles cuenta de los acontecimientos. Confirmado el comandante en jefe por telegrama, con el acuerdo del presidente del Consejo designado, Pflimlin, en sus plenos poderes para Argelia, el Comité de Salvación Pública acepta someterse a la autoridad militar.

Sin embargo, los dos clanes en presencia se encuentran muy apurados con su victoria. Por parte de los nacionales (que han pedido a sus amigos que permanezcan sobre el terreno y han llamado a la Unidad territorial blindada de Rivet), su jefe, el general Cherrière, no está allí. Por parte gaullista, el general André Petit llega solo, sin Soustelle, a las 23 horas. El adjunto del general Ely incita a Salan, que dirige un llamamiento al presidente de la República, a que incluya un llamamiento a De Gaulle (que lanzará Massu), ya que el comandante en jefe, reticente, se limita a pedir la constitución de un gobierno de Salvación Pública. Entonces, los políticos de París reaccionan: a medianoche, el gabinete interino corta las relaciones con la Argelia «facciosa»: telecomunicaciones, transportes aéreos y marítimos. Un segundo telegrama limita a la zona de Argel los plenos poderes de Salan. Las noticias de Argel, conocidas a las 21,15 horas, han ayudado a Pflimlin a obtener la investidura, el 14, a las 2,45 horas, por 280 votos contra 120, con la abstención de los comunistas.

Bourgès-Maunoury ordena 22 detenciones (entre ellas las de Fr. Sidos, de «Jeune Nation», de los generales Cherrière —que huye a Suiza— y Chassin —el cual, entrevistado por el *Daily Express*, pretende disponer de 15.000 partidarios, y que organizará el 17 de mayo un fracasado golpe de mano contra la prefectura de Saint-Etienne, que terminará con la detención de 32 de los 200 participantes— (20). Antiguo coronel de *spahis*, el ministro de Defensa, De Chevigné, piensa en el látigo para restablecer la disciplina en el ejército: somete a residencia forzosa (!) a los generales de aviación Maurice Challe (en Brest) y su adjunto André Martin (en Metz), culpables de haber facilitado los días 11 y 14 de mayo los 12 y luego 24 aviones de transporte reclamados por el general Jouhaud en Argel (que son bloqueados en Lyon el 14), y también de haber acompañado al general Ely en una gestión cerca de Guy Mollet, para reclamar un gobierno de unión. A consecuencia de lo cual, el jefe de Estado Mayor general, tras una explicación tempestuosa con su ministro el 16, presenta la dimisión a las 20,15 horas. Ministro del Interior, el fogoso Jules Moch manifiesta su energía habitual, trata de circunscribir la rebelión, de hacer proteger por unos gendarmes la carretera de Tizi-Ouzou (donde el secretario general del G. G., Chaussade, ha encontrado refugio, aunque sus comunicaciones son controladas por los escuchas de Fort de l'Eau), de mantener en su puesto al igame de Orán, Lambert (destituido por el alcalde Fouques Duparc para establecer un Comité de Salvación Pública), y al de Constantina, Chapel (protegido momentáneamente por el general Gille, luego detenido el 17 a las 4 de la mañana por el capitán Graziani, repuesto por Salan, pero expulsado el 18 por una manifestación y finalmente enviado a la Metrópoli), y planea organizar un «reducto kabila» gubernamental, antes de pensar en desencadenar una huelga general, armar a unas milicias populares y retirarse a un «reducto rojo» del Norte. Negándose rotundamente a recurrir a aquellas medidas desesperadas, Pflimlin prefiere reanudar el diálogo con Salan. El ejército y la población de Argelia, encontrándose sin jefe político, y el gobierno sin fuerza, incapaz de hacerse obedecer por su policía, por su gendarmería, por su Guardia y por sus tropas, y mal apoyado por los sindicatos (sólo una quinta parte de los obreros son partidarios de la huelga), se llega a un punto muerto.

Entonces se descubre la solución política cuidadosamente amañada por los conductores del juego para cubrir el movimiento nacional y militar de Argel. Al concluir su alocución del 15 de mayo en el balcón del Gobierno General, Salan se deja «soplar» por Delbecque el exordio: «¡Y viva De Gaulle!». Grito al cual el eco de Colombey responde: «¡Estoy preparado para asumir los poderes de la República!». Inmediatamente Pflimlin, a pesar del estado de urgencia aprobado por la Cámara (por 462 votos, entre ellos los de los comunistas, contra 112), restablece las relaciones con Argelia (en Obras Públicas, Bonnefous había dejado salir ya los barcos de municiones y de víveres, y el almirante Auboyneau había llevado por la fuerza a dos petroleros). Y Argel vuelve a encontrar unos jefes. Gaullistas, desde luego. Tras haber pasado por Palma, Roger Frey lanza por la radio (controlada por Neuwirth desde el 14 de mayo) unos mensajes cifrados en el mejor estilo de Londres. Procedentes de Madrid el 16 para reunirse con el general

(20) Sucesor de Salan en la presidencia de los «Veteranos de Indochina» (1.500 hombres, 500 de ellos húngaros), el general Chassin ha creado el 16 el «Movimiento popular del 13 de mayo».

Massu y el coronel Thomazo, el conspirador Alain Griotteray y el agitador Me Biaggi, más infortunados, se dejan coger en Maison-Blanche y son enviados como indeseables al Sur, a Adrar. Soustelle (raptado de su domicilio, ante las barbas de los inspectores, el 16, en un automóvil de su propietaria, Monique Dufour, y conducido por Guilain de Bénouville, el portavoz de Bloch-Dassault, a Ginebra), que aterriza el 17 a las 13,29 horas con su equipo (Charles Béraudier, su adjunto en Lyon, el industrial René Dumont, animador de la U. S. R. A. F., y Piccard), ¿correrá la misma suerte? Se intenta «escamotearle», e incluso convencerle para que vuelva a marcharse (ya que su presencia dificulta las negociaciones iniciadas por tres delegados de Salan y el general Ely para persuadir a Pflimlin, que acaba de invitar a Salan a París, de la necesidad de retirarse), pero Pflimlin se niega a dimitir y a Massu, Delbecque y Alain de Sérigny les resulta fácil sacar al popular Soustelle del aeropuerto para llevarle al balcón del Gobierno General a la 1,30. En el curso de la entrevista, que se prolonga hasta las 23 horas, el antiguo gobernador general, modesto y persuasivo, logra ganar al general Salan a la idea de que «el árbitro será el general De Gaulle. (Al día siguiente, convencerá también al general Cherrière, desembarcado finalmente en Argel). Ampliado sucesivamente de siete a 24, y luego a 46 miembros, el Comité de Salvación Pública argelino no tarda en ser copado por los gaullistas.

Argelia, sacrificada al apoyo socialista

A partir de entonces, la operación «Resurrección», de desembarco y de levantamiento en la Metrópoli, cambia de sentido: no apunta ya a derrocar el régimen, sino únicamente a ejercer presión sobre él para abrir a De Gaulle el camino del poder. Antes de regresar a Argel, Delbecque ha establecido contacto con el coronel Gribius, comandante de la unidad blindada de Rambouillet (80 tanques Sherman), el cual se ha asegurado, entre los días 16 y 19 de mayo, el apoyo del coronel Dupuis, comandante de la gendarmería, de los 20.000 agentes de policía (gracias al comisario Dides) y de otros tantos del C. R. S., a los que se revestirá con uniformes del ejército para hacerles ocupar el Palais-Bourbon, la plaza de la Concordia, el ministerio del Interior y las sedes de la U. G. T. y del P. C. Veteranos de Indochina y de la 2.ª D. B., hasta un total de 50.000 a 60.000 hombres, colaborarán con ellos (los comunistas sólo disponen de unos 10.000 «duros», norteafricanos incluidos). El aterrizaje de dos regimientos de paracaidistas del Sudoeste, seguido de otros dos procedentes de Argelia (2.500 y 1.500, respectivamente), dará la señal de la operación, puesta a punto por dos oficiales de paracaidistas, llegados a Pau el 17: el comandante Vitasse, con el general Miquel en Toulouse (que se ha asegurado el apoyo de los generales Lecoq en Burdeos, Decours en Lyon, De Widespach-Thor en Dijon, Manceaux-Demiau en Rennes y Faure en ocupación en Alemania), y el capitán Lamouliatte, con Jacques Foccart y los delegados gaullistas de París. El desencadenamiento del asunto, cuya dirección debe asumir el general Cogny, y luego el general Miquel, es previsto el 23 de mayo para la noche del 23 al 24, pero será aplazado hasta la noche del 27 al 28. Sólo un *putsch* de opereta, iniciado el 20 de mayo con un desfile en Ajaccio, tendrá lugar el 24 en Córcega: aterrizaje de Pascal Arrighi en Calvi; manifestación encabezada por H. Maillot —primo de De Gaulle— y Belgodère en Ajaccio; confraternización a las

18,15 horas entre paracaidistas y C. R. S. enviados para rechazarles; resistencia «feroz» en Bastia del ex socialista Casalta, primer-adjunto, que sólo cede ante la fuerza —60 paracaidistas— y abandona teatralmente el Ayuntamiento envuelto en la bandera municipal.

En París, saliendo de su retiro el 19 de mayo, mientras 20.000 manifestantes se agrupan en l'Etoile para descender por los Campos Elíseos y una tentativa de huelga en la empresa Renault sólo es secundada por 1.200 obreros sobre un total de 35.000, De Gaulle celebra una conferencia de prensa en el Palais d'Orsay. Discreto, no hace la menor alusión a los Comités de Salvación Pública, ni a Soustelle; ni con mayor motivo a la integración, pero se expresa en tono amable a propósito de Guy Mollet. Para conquistar el poder dentro de la legalidad, en vez de recibirlo del ejército, gravado con una pesada hipoteca, necesita en efecto, si no ganar para su persona, al menos neutralizar a los principales líderes socialistas. Y a ello se dedica con toda su habilidad, ya que del lado moderado la cosa ya está hecha. Después de una entrevista con René Coty y Pflimlin el 21, Antoine Pinay va a visitarle a Colombey el 22. El 24, Bourgès-Maunoury, Maurice Faure y Billières, después de las entrevistas con Gaston Monnerville y Guy Mollet, tienen que renunciar a la formación de un gabinete de unión. El líder socialista (entrado en contacto con Olivier Guichard el 23, y por carta con el General, que le ha contestado el 25: «todo exige que se establezca urgentemente un contacto directo entre el gobierno y yo») Guy Mollet, aunque molesto por la negativa de Jules Moch a unirse a él, arrastra a Pflimlin a entrevistarse con De Gaulle, en casa del conservador de Saint-Cloud (bajo la terraza de Brumario) el 26 a las 23 horas. De aquel conciliábulo nocturno no sale prácticamente nada, ya que los políticos se empeñan en reclamar del general que condene la «sedición» del ejército.

Forzando el destino —y violando un poco la verdad, al pretextar la necesidad de evitar a toda costa el lanzamiento de los paracaidistas—, De Gaulle publica al día siguiente, 27, un resonante comunicado: «Ayer entablé el proceso regular, necesario para el establecimiento de un gobierno republicano», al mismo tiempo que se dirige a Salan en tono autoritario: «Sírvase enviarme un mandatario... Necesito ser informado». En otras palabras, no se comprometa a nada sin orden mía. Asqueados por su audacia («¡Me hace pasar por un embustero!», exclama Pflimlin), pero temiendo lo peor si le desmienten, sus interlocutores, a ruegos de René Coty, se callan, no sin que el Parlamento confirme su apoyo al presidente del Consejo por 418 votos (incluidos los de los comunistas) contra 165, y que el grupo S. F. I. O. endurezca su posición por 11 votos contra tres. Pero el poco entusiasta desfile de unos 100.000 rojos el 28, a las 17 horas, desde la Nation hasta la République, no aporta al «sistema» agotado un apoyo popular suficiente. En el curso de la noche anterior, a las 3 de la mañana, Pflimlin, que niega a Jules Moch el armar unas milicias de guerra civil, se ha resignado a presentar a René Coty su dimisión «anticipada», para el momento en que se encuentre una solución. Después de haber consultado durante el día a Antoine Pinay, P. H. Tietgen y Guy Mollet, el presidente de la República conversa con el General a las 22,30 horas. Entonces, bajo la amenaza de un ultimátum de Argel llevado a Colombey por el general Dulac, para la noche del 28 al 29, tiene lugar el regateo final. Siempre a la sombra propicia de Saint-Cloud, De Gaulle discute con André Le Troquer (presidente de la

Cámara), dechado de virtud republicana, y Gaston Monnerville (representante del Senegal y presidente del Senado), más comprensivo, las condiciones de su retorno a la escena política.

Lleno de arrogancia, el «General» pretende escapar a la consulta previa de los grupos (aceptará hablarles en bloque) y a la obligación de leer su declaración de investidura en la Asamblea (es imposible), reclama que se den unas vacaciones de dos años a la Cámara (cuando, constitucionalmente, tiene que ser convocada el segundo martes de octubre), los plenos poderes (cuya validez no pueden sobrepasar los seis meses renovables) y el mandato de reformar la constitución (texto que el Ejecutivo no podría recatar por sí solo). Los presidentes de las asambleas informan de su entrevista a las 1,30 horas al Elíseo, donde De Gaulle se presenta a las 19,30, después de que el presidente de la República ha lanzado un mensaje a las Cámaras: «Me he vuelto hacia el más ilustre de los franceses» (29 de mayo). Allí se inclina sobre lo esencial de los deseos expresados por Monnerville: un Comité consultivo constitucional preparará la reforma del régimen, que un referéndum sancionará en septiembre. Queda por derribar la barrera socialista. Lo cual no llevará mucho tiempo, ya que el General convencerá fácilmente a Vincent Auriol (a quien ha escrito una carta el 23, al tiempo que convocaba a Georges Boris, en su deseo de reanudar las relaciones con Mendès-France) y a Guy Mollet, que le han visitado en Colombey, el 30, de sus buenas intenciones: «No estoy de acuerdo con los generales de Argel... Los plenos poderes podrían quedar reducidos a seis meses. Podemos conservar Argelia dentro de un marco nuevo» (dándole a elegir entre la Comunidad y la independencia). Aquellas seguridades son suficientes para el ex presidente de la República, que comparte los sentimientos de Edgar Faure: «Salvemos la República... ¿Por qué no con De Gaulle?», a condición de que este último no se convierta en el prisionero de Argel. Cuando la carta del General, en respuesta a la de Auriol del 26, es hecha pública finalmente (a pesar de la obstrucción del socialista Albert Gazier): «No consentiría en recibir el poder de otra fuente que no fuese el pueblo» (28 de mayo), el grupo S. F. I. O. se divide: 74 de sus miembros se pronuncian a favor y 77 en contra (30 de mayo), de modo que De Gaulle, tras reunir alrededor de una «mesa redonda» a 26 representantes de los partidos y presentar a las 18,25 horas la lista de su gabinete (en el cual figuran P. Pflimlin, ministro de Estado, Antoine Pinay en las Finanzas, Couve de Murville en los Asuntos Exteriores, P. Guillaumat en los Ejércitos, Debré en los Sellos, pero ninguno de los defensores de la Argelia francesa, ni Georges Bidault, ni André Morice, ni Roger Duchet, ni Jacques Soustelle), es investido el 1 de junio por 329 votos contra 224 (147 comunistas y progresistas, 49 S. F. I. O. y 18 radicales) y obtiene al día siguiente para un período de seis meses los plenos poderes reclamados, por 350 votos contra 161 y 70 abstenciones.

Instalado en el Elíseo, De Gaulle entra en tratos con el F. L. N.

El 28 de septiembre, el referéndum aprueba el proyecto de constitución reforzando los poderes presidenciales (sometido en agosto al examen del Comité consultivo presidido por Paul Reynaud), por 17.666.828 «síes» contra 4.624.475 «noes» sobre 26.606.948 inscritos, lo que representa un 15,1 % de abstenciones. (Un estudio atento de estas cifras revela que si bien 3,7 millo-

nes de electores comunistas han votado «no», de un millón a 1,7 millones han votado «sí», ya que en el fondo la U. R. S. S. considera al «General» como un aliado diplomático útil). Las elecciones de los días 23 y 30 de noviembre, caracterizadas por un número importante de abstenciones (20.994.000 votantes sobre 27.266.948 inscritos; 652.000 papeletas en blanco y nulas), señalan una renovación del personal parlamentario (de un total de 465 diputados metropolitanos, 67 de Argelia, cuatro del Sahara y cuatro de ultramar, únicamente son reelegidos 131), el retroceso sensible de los comunistas (3.882.000 votos, el 14 % en lugar del 20), reducidos a 10 diputados, el mantenimiento de la S. F. I. O. (3.167.300 votos y del M. R. P. (2.378.700 votos), la debilidad de los radicales (—7 %), el fortalecimiento de los moderados (4.092.600 votos), con 111 diputados, y el éxito de la Unión para la Nueva República (U. N. R. gaullista, creada el 1 de octubre), que obtiene 3.603.900 votos y 194 diputados. Sobre un total de 80.000 «notables», «Grandes electores», 62.000 (o sea, el 78,5 %) llevan a De Gaulle al Elíseo. Coronando su ambición, este último ha logrado finalmente reconquistar el poder. Y está decidido a conservarlo contra viento y marea. (Tal como le había dicho al coronel Passy: «Si algún día vuelvo al poder, no lo soltaré»).

Argelia pagará el pato de aquella intriga política conducida con mano maestra. El destino excepcional del «Guía» («Guía de Francia, asumiré el poder supremo», ha proclamado), cuyos sectarios han querido convertir en una especie de «totem», quiere, en efecto, que a pesar de su carácter poco dúctil, fatuo e hinchado de orgullo, no encarne nunca su propio personaje, sino que sea el «doble» de alguien. Después de haber sido en Londres un «sucedáneo» de Reynaud, luego de Blum en la Liberación (al que ha cerrado ante las narices las puertas que él le había abierto), ahora no es más que un seudo Mendès-France, continuando su tarea de desintegración y de liquidación. En esto reside la impostura. En Argelia, el sobresalto nacional del 13 de mayo ha provocado un choque psicológico enorme entre los musulmanes. El 16 de mayo, por la tarde, la Casbah, encuadrada por los oficiales de las S. A. U., ha bajado en desfile hacia el Forum, donde 20.000 ó 30.000 autóctonos han confraternizado con los europeos, han aplaudido la fórmula «55 millones de franceses desde Dunkerque hasta Tamanrasset» y han formado de nuevo lo que Arnould ha llamado en su alocución «la cadena de la amistad». Al día siguiente, llegados de todas las comunas del Sahel, de las colinas del litoral, son más de 100.000. Aquel acercamiento espectacular entre las dos comunidades —100.000 personas comulgando el 22 de mayo en Orán y 300.000 en Argel el 30 en una misma manifestación— ha tenido en el interior una inmensa resonancia. Ferhat Abbas (e incluso Yacef Saâdi) ha quedado profundamente impresionado; el dominio del F. L. N. en los aduares se ha visto quebrantado, hasta el punto de que unos fellagha han tirado sus armas y de que varios de sus jefes han tratado de concluir unos «alto el fuego» locales. En el referéndum del 28 de septiembre, de un total de 3.515.210 votantes (incluidas las mujeres musulmanas, admitidas por primera vez a las urnas), hay 3.357.763 «síes», y la participación en el escrutinio alcanza el 80 %, lo que significa que las consignas de abstención del F. L. N. ya no son observadas. Pero De Gaulle estropeará y perderá aquella última y providencial posibilidad de Francia.

Desde luego, arrastrado por las reacciones de su público, en el curso de su gira por Argelia, aclamado el 4 de junio desde el aeropuerto de Maison-

Blanche hasta el Forum, se ha dejado llevar a unas afirmaciones de circunstancias, que han disimulado momentáneamente sus verdaderas intenciones: «Os he comprendido... a partir de hoy, en toda Argelia, sólo hay franceses de pleno derecho», al día siguiente, en Constantina: «Francia, Argelia incluida», el 5, en Orán: «Argelia es una tierra francesa para siempre», el 7, en Mostaganem, grita: «¡Viva la Argelia francesa!» («Se me ha escapado», les dirá a los gaullistas de izquierda, pasmados). Pero no por ello modificará su designio. ¿No le ha prometido acaso a su amigo el embajador Vinogradov «resolver en dos años el problema argelino y reanudar la colaboración con la U. R. S. S.»? El 14 de junio de 1958, en señal de «buena voluntad», retira sus tropas de Túnez, salvo de Bizerta, y tres días más tarde unos puestos del sur marroquí. Poco después, reanudando del 20 de agosto al 20 de octubre las negociaciones entabladas por la S. F. I. O. con el F. L. N., envía a Suiza en diversas ocasiones a Abderrahmane Farès y Jean Amrouche cerca de Ferhat Abbas y del doctor Benthami, del Creciente rojo. El 14 de septiembre, Edmond Michelet informa de una aceptación de principio. Entonces, deseoso de reforzar su posición de interlocutor válido, el C. E. E. se transforma el 18 de septiembre en Gobierno Provisional de la República Argelina (G. P. R. A., presidente Ferhat Abbas, vicepresidente Belkacem Krim, en la Defensa Ben Bella, Mohamed Lamine Debaghine en los Asuntos Exteriores, Ahmed Francis en las Finanzas, Lakdar ben Tobbal en el Interior, Ben Youssef ben Khedda en los Asuntos Económicos, Abdelhamid Boussouf en las Comunicaciones y Mohamed Yazif en la Información), gobierno dotado de 12 millones de libras esterlinas de créditos por la Liga Arabe. Aquel aerópago, descontento del tono protector empleado por De Gaulle para ofrecer «la paz de los valientes» a los combatientes y un salvoconducto a sus negociadores, en su conferencia de prensa del 23 de octubre («El día en que habrá De Gaulle, no habrá más F. L. N.», le ha dicho a Philippe Barrès, con su fanfarronería habitual), antes que perder la cara pidiendo el «aman», interrumpe las conversaciones. Pero el asunto no ha hecho más que aplazarse.

De Gaulle dispersa a los militares del 13 de mayo

Sin embargo, las elecciones de los días 23-30 de noviembre constituyen un éxito para los líderes del 13 de mayo, Pierre Lagaillarde en cabeza, que proclaman en la Asamblea, por boca de René Moatti, el 9 de diciembre, su adhesión a la política de integración. El general Salan se ve recompensado con la destitución de su cargo, acompañada de una halagadora carta, dirigida por el «Guía» a su «fiel» amigo: a pesar de la retirada impuesta a los militares de los Comités de Salvación Pública a finales de septiembre, Salan, demasiado poderoso en Argel, era un estorbo. Los otros artífices de la jornada histórica, los generales Jouhaud, Allard, más tarde Zeller y el coronel Lacheroy le seguirán en su desgracia. El general de aviación Challe reemplaza al comandante en jefe. Se adaptará rápidamente a las condiciones particulares de la lucha contra la guerrilla. Reforzar, utilizando unos 100.000 «harkis», las cuadrículas establecidas por Salan. Evacuar de las zonas prohibidas a un millón de musulmanes, reagrupados en campos y protegidos. Perseguir con sus fuerzas operacionales las «katibas» (compañías) hambrientas y diezmadas. Obligar a sus jefes a la rendición (Ali Hambli en la frontera tunecina, el 21 de marzo de 1958; el comandante Azzedine hecho pri-

sionero el 17 de noviembre de 1958, que intenta negociar la adhesión de Si M'Hamed, de la Wilaya IV), o liquidarles (Amirouche y Si Haouès, el 28 de marzo de 1959). Infligirles unas derrotas (tales como el fracaso de la tentativa de franquear la línea Morice el 1 de noviembre de 1958) que entrañarán la condena por un tribunal militar, presidido por el coronel Houari Boumedienne, de tres coroneles, tres comandantes y un capitán, acusados de complot y fusilados en la noche del 15 al 16 de marzo de 1959, en tanto que un adjunto de Ahmed Francis, Amir Allaoua, sucumbía a causa de una caída en un ascensor en febrero de 1959. Reducir sucesivamente las bolsas ocupadas en la montaña por los fellagha, en el Oued Dhara y el Ouarsenis el 6 de febrero (2.000 fellagha muertos), en el Ouarsenis y el Algerois a mediados de abril, luego en el Hodna y la Kabilia, atacada por dos divisiones el 22 de julio, antes de pasar al Constantinado-Norte y a los Aurès-Nementcha, mientras que 17 batallones del F. L .N. se encuentran bloqueados por la barrera fronteriza en Túnez (26 de octubre de 1959). De modo que la liquidación de los *maquis* parecía marchar por buen camino, en tanto que en territorio tunecino y marroquí se entrenaban unas unidades regulares, destinadas a asentar la autoridad del F. L. N. el día en que las negociaciones (como cabe esperar de la resolución favorable aprobada por la O. N. U. en 1958, por 35 votos contra 18 y 28 abstenciones, entre ellas la de los Estados Unidos) le habrán entregado Argelia.

Frena los éxitos de Challe y extorca en la Metrópoli los créditos del «plan de Constantina»

Frenando los éxitos de Challe (al que niega unos refuerzos, especialmente en aviación), De Gaulle ayudará por otra parte a ello con su doble juego. Por un lado se deshace en palabras tranquilizadoras al diputado por Orán Pierre Laffont, al que convoca antes del debate de junio de 1959, en afirmaciones contundentes a los oficiales, en el curso de una gira de «popotes» («Nunca entablaré negociaciones políticas con el F. L. N. La bandera del F. L. N. no flotará nunca sobre Argel», en Cassaigne, el 30 de agosto de 1959), y en profecías optimistas a Antoine Pinay, el 10 de septiembre: «Los del F. L. N. se presentarán aquí dentro de unos días, y pedirán la paz de rodillas». Pero, como no acuden, es él quien les tiende la pértiga. El 16 de septiembre estalla como una bomba su oferta de autodeterminación: «Puede pensarse ya en el día en que los hombres y las mujeres que viven en Argelia estarán en condiciones de decidir sobre su destino», escogiendo entre la independencia total («miseria, caos, degüello generalizado y muy pronto dictadura belicosa de los comunistas»), el afrancesamiento (presentado como un retroceso) y «el gobierno de los argelinos por los argelinos, apoyado en la ayuda de Francia y una estrecha unión con ella para la economía, la defensa, la enseñanza y las relaciones exteriores». Esto, cuatro años después del restablecimiento de la paz, es decir, cuando el balance mensual del terrorismo no sobrepasará las 200 víctimas (21). Así, De Gaulle —tal como le ha

(21) De momento, el centro de los atentados se ha desplazado hacia el hexágono, donde Mohamed Salah Louanchi (detenido el 26 de febrero de 1956) y su sucesor Ben Tobbal disponen no solamente de organizaciones que encuadran a los 350.000 trabajadores africanos, sino también de redes de apoyo europeas (profesores Mandouze y Francis Janson, periodista Barrot, abogado Me Stibe), a las que el gobierno gaullista, lejos de depurar con vigor, trata con toda clase de consideraciones, del mismo modo que suaviza la suerte de Ben

prometido a finales de agosto a Eisenhower en París— se quita la careta. Llamado como conciliador entre el Ejército y los europeos de Argelia, por una parte, y el gobierno de París por otra, una vez izado al poder, he aquí que se presenta como árbitro entre los primeros y los musulmanes, y pretende imponer a todos «su» política de abandono. Es una impostura.

Y existe otra, en lo que respecta a los metropolitanos: la de exigir a los contribuyentes y a los ahorradores franceses sacrificios muy superiores a todos los realizados hasta entonces, para equipar a un país que se piensa abandonar. Desde 1948 hasta 1959, la ayuda metropolitana ha alcanzado 446.400 millones de francos. Nombrado «delegado general», al mismo tiempo que Challe era designado comandante en jefe, Paul Delouvrier (inspector de Hacienda, ex administrador de Havas, ex colaborador de René Mayer y de Pleven, con un pie en casa de los Rotschild por el primero, y el otro en casa de los Lazard por el segundo) ha sido encargado de acelerar la ejecución del plan llamado «de Constantina». Las inversiones públicas pasan de 114.000 millones de francos en 1958 a 124.300 millones en 1959 y a 150.000 en 1960. Los salarios y las pensiones, de 173.000 millones en 1950 a 659.000 en 1958. Sin que las exportaciones aumenten sensiblemente (176.000 millones en 1950, 238.000 en 1955 y sólo 180.000 en 1959), las importaciones argelinas han pasado de 225.000 en 1950 a 563.000 en 1959. En 1960, son asignados 163.000 millones a la industrialización (plan en el cual han sido implicadas 349 empresas a fin de crear 400.000 puestos de trabajo: cadenas de montaje Renault, fábrica Michelin, fábrica de camiones Berliet, complejo siderúrgico de Bona). Para la explotación del petróleo (descubierto a raíz de unas perforaciones en Edjelé, 300 quilómetros al este de Fort-Flatters, y cuyas reservas se calculan en 500 millones de toneladas, y las de gas natural en un billón de metros cúbicos), son previstos un oleoducto desde Haound el Huma a Bougie, una refinería en Argel y un gaseoducto desde Hassi R'Mel a Arzew. Además, 52.000 millones deben ser dedicados a la agricultura (reparto de 250.000 hectáreas), 90.000 a los Asuntos Sociales (escolarización de 750.000 niños, más 25.000 en las escuelas privadas y 70.000 en las del Ejército), 42.000 a la vivienda (para un millón de personas) y casi 39.000 a la energía. (Atraídos por la gestión de esos fondos y el lanzamiento de las sociedades petrolíferas, los bancos de negocios, el B. P. P. B. en cabeza, empiezan a proliferar en Argelia, como habían hecho en Marruecos antes de la independencia).

La autodeterminación, acogida con las «barricadas»

El ofrecimiento de la autodeterminación del 16 de septiembre de 1959, seguido de otro de alto el fuego de De Gaulle a los «valientes» rebeldes (en una conferencia de prensa el 10 de noviembre), al cual Ferhat Abbas responde insolentemente designando a Ben Bella y sus amigos prisioneros como mandatarios suyos, provocando un recrudecimiento del terrorismo, no dejan

---

Bella y de sus co-detenidos. Sin embargo, los terroristas causan en Francia 779 muertos y 2.725 heridos en 1957, 900 y 1.500 en 1958, 237 y 421 desde el 1 de enero al 15 de junio de 1959; asesinan a Ali Chekkal en el estadio de Colombes, al senador Benhabylès, a los diputados Abdesselam, Ahmed Djebbour, Chenine, Elmar Cheriff; tratan de matar a Jacques Soustelle (15 de septiembre de 1958) y vuelan unos depósitos de petróleo en el Midi (agosto de 1958).

de alarmar a los franceses de Argelia. Tras haber boicoteado las elecciones municipales (58 % de abstenciones), estos últimos constituyen a finales de noviembre un «Comité de Entente de los Movimientos Nacionales», invitan a Georges Bidault a tomar la palabra en el estadio de Saint-Eugène, de Argel, y estrechan los lazos entre sus elegidos el 19 de enero. En el momento en que, por instigación de Ben Khedda, el 3[er] Congreso del G. P. R. A., reunido en Trípoli, delega al G. P. R. A. para reanudar la negociación (a principios de 1960, el general Arnould de la Chennelière y Lavaud iniciaron en Ozoir la Ferrière unas entrevistas que interrumpió Boussouf), estalla como una provocación la destitución del general Massu (nombrado para el Cuerpo de Ejército de Argel el 12 de diciembre de 1958). En vísperas de una conferencia en el Elíseo, en presencia de Delouvrier, de Challe y de los tres generales de Cuerpo de Ejército, el imprudente general se había dejado coger en la trampa de una entrevista y el reportero alemán Hans Ulrich Kempski le ha atribuido unas frases amenazadoras: «El Ejército no comprende la política del gobierno» (J.-Paul David le ha dicho lo mismo a Debré, a raíz de una reunión en común de las Comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa) y: «El Ejército hará intervenir la fuerza».

Prohibida una nueva visita de Bidault el mismo día (21 de enero), el Frente Nacional francés, reconstituido por Joseph Ortiz (y que cuenta con unos 10.000 hombres), protesta al día siguiente contra la destitución de Massu, delega a nueve parlamentarios cerca de Delouvrier y desencadena una huelga general en la ciudad para el sábado 23 de enero, en tanto que Pierre Lagaillarde, después de haber hecho público el mensaje que sus colegas no se han atrevido a entregar al Delegado General, se encierra en el perímetro de la Universidad con 43 camaradas a la noche siguiente (del 23 al 24). El domingo por la tarde, aunque el Ejército (Challe) ha autorizado una manifestación pacífica en favor de Massu, una carga de los guardias móviles del coronel gendarme Debrosse, bajando las escaleras del Forum, para dispersar a la multitud a las 18 horas, termina en tiroteo (balance: 26 muertos, entre ellos 14 guardias, y 141 heridos, entre ellos 61 guardias). Una prueba de fuerza se entabla entre De Gaulle y los franceses de Argelia. Sucesivamente reforzado por unos amigos de Robert Martel, e incluso por una harka musulmana de 48 fusiles (en total de 300 a 400 hombres) y por unos territoriales establecidos en el Liceo Delacroix, contiguo, Lagaillarde impide con unas barricadas levantadas a toda prisa el acceso a los edificios de las Facultades, en tanto que Joseph Ortiz transforma en fuerte Chabrol el inmueble de la Compañía argelina (sede de la Federación de las U. T.), desde donde arenga a la multitud sobre el bulevar Laferriére. El ejército, ante el cual se han comprometido a no atacar monumentos públicos, como en el 13 de mayo, les apoya demasiado para no comprometerse, pero no lo suficiente para que tenga resultado la presión que pretenden ejercer sobre el gobierno. Michel Debré, llegado el lunes 25, es acosado vivamente, en el cuartel Rignot, por 14 oficiales superiores; el 26 por la noche, una misión de parlamentarios le sigue a París, en tanto que dos militares, los coroneles Dufour y De Boissieu (el primo del yerno) tropiezan con la obstinación del «General»: respaldado por Robert Duron, André Sudreau y André Malraux, De Gaulle se muestra terco: «Tengo una misión». «El Estado no cederá». La insurrección será vencida. Tanto peor si hay víctimas». «El Ejército no está hecho para asustarse de la sangre. El Ejército está hecho para obedecer». A los generales, les dice: «El gobierno ha escogido su política por boca

mía. Será la autodeterminación». Jouhaux le replica: «No, mi General, no tiene usted razón». Más tarde, el mariscal Juin le conjura: «¡No debes dar la orden de disparar!».

Encargados del mantenimiento del orden (con tres regimientos de paracaidistas, 1.º R. E. P., 1.º R. C. P. y 3.º R. P. I. M. A.); los militares intervienen: el general Gracieux (y la 10.ª D. P.), que recibe a Lagaillarde dos veces en Hydra (la noche del 24 y la del 27), los coroneles Gardes, Broizat y Argoud (en el Cuerpo de Ejército, donde el sustituto de Massu, el incondicional Crespin, se encierra en su despacho), el 27 por la mañana y el 29 a última hora de la tarde, ratificando la formación de un Comité de Salvaguardia nacional, el mantenimiento del campo atrincherado de las barricadas, y preparan la reanudación de la actividad de la ciudad en huelga. La municipalidad de Argel apoya el movimiento, recibe a Lagaillarde, interviene dos veces, los días 24 y 25, cerca de Delouvrier, que se retira del Gobierno General el 28 por la noche. Entretanto, por télex de París, unas extrañas gestiones han sido realizadas por Lucien Neuwirth cerca de Bloch, director de la televisión de Argel, poniendo en guardia contra una posible secesión y recomendando que se trabaje «para la solución más francesa». Es el tema que tocará De Gaulle en su alocución del 29 por la noche, antes de emprender una nueva gira de «popotes», en la cual volverá a repetir: «¡Jamás, estando yo vivo, flotará sobre Argel la bandera del F. L. N.!».

De Gaulle desalienta la rendición de los «fellagha»

Pero sus actos desmienten sus palabras. Después de haber rechazado el 29, a las 11,30 horas, el ultimátum del coronel Godard, director de la Seguridad, que ha ido a aconsejarle que evacúe la Universidad antes del discurso del «Guía», Lagaillarde ha aceptado, el domingo 31 a las 22 horas, las condiciones propuestas por el coronel Dufour: salida el lunes 1 de febrero de los «rebeldes», los unos sin armas (entre los cuales se escapa Ortiz), los otros voluntarios para constituir unos comandos contra el F. L. N., en unidades a las que los paracaidistas rendirán honores. Pero, apenas llegado al campamento de Zéralda, Lagaillarde, trasladado a Blida, es enviado a París para ser encarcelado en la *Santé* (22), con los diputados Biaggi, Mourad Kaouah, y luego los animadores del 13 de mayo, Alain de Sérigny, J. J. Susini, Arnould, los doctores Lefebvre, Perez y Demarquet. El gabinete es modificado, Jacques Soustelle y Cornutgentile son eliminados, Guillaumet reemplazado en la Defensa por René Messmer, que depura el ejército a fondo, suprime los «5èmes bureaux» y disuelve las unidades territoriales. Visitando de nuevo a los oficiales, del 4 al 7 de marzo, «el General» lanza un slogan que marca un nuevo retroceso: «La independencia sería un disparate... Yo creo que los argelinos dirán sí a una Argelia argelina ligada a Francia». Asumiendo personalmente la dirección del asunto, teniendo como consejeros a René Brouillet, secretario general, y a Bernard Tricot (ex colaborador del progresista Pierre Cot), De Gaulle desalienta la rendición de los jefes de la Wilaya IV. Habiéndose presentado los días 17-18 de marzo el caid de

(22) Permanecerá allí nueve meses, antes de comparecer ante el Tribunal Militar los días 15 y 16 de noviembre de 1960; habiendo obtenido de aquel Tribunal la libertad provisional (que la Cámara le había negado por muy poco: 201 votos contra 219), se trasladará a Madrid, donde seguirá ejerciendo su acción.

Medea, de acuerdo con el coronel Jacquin (de la intoxicación psicológica) y el general Roy, los lugartenientes del comandante Si Salah (sucesor de Si M'Hamed desde el 5 de mayo de 1969), Lakhdar, Halim y Abdellatif, en el curso de diversas entrevistas en la Prefectura, con Bernard Tricot y el coronel Mathon, los días 28 y 31 de marzo, 6 y 31 de mayo y 2 de junio, prepararon el viaje de Si Salah (que había roto con el G. P. R. A. el 15 de abril) y de su adjunto más reticente, el comandante Mohamed, a París, donde De Gaulle les recibió muy fríamente en el Elíseo. Aunque Si Salah trata de arrastrar con él al jefe de la Wilaya III, coronel Mohand Ould el Hadj, y a diversos elementos de la Wilaya V (23), aquella rendición fragmentaria desbarata los planes del «Guía», que prefiere una negociación «en la cumbre». Así, el 14 de junio, en la televisión, vuelve a proponer a los «dirigentes de la insurrección» un «cese honroso de los combates». Esto representa sabotear deliberadamente las operaciones conducidas por el general Challe y allanarle el camino al F. L. N., considerado en adelante como el único interlocutor válido. Por otra parte, Challe es apartado en pleno auge de aquella negociación y reemplazado por el incondicional Crespin, que se replegará sobre un papel de «pacificación», dejando respirar a los fellagha hasta el momento en que el nombramiento, en febrero de 1961, del general Gambiez, especialista en retiradas diplomáticas, reanimará definitivamente su moral. Pero el «General», que concede en aquel momento la independencia a las trece repúblicas del A. O. F., del A. E. F. y de Madagascar, ¿puede negársela a Argelia? La negociación se reanudará, pues, con una sola condición —que quedará en letra muerta—: la de que los terroristas renuncien a la violencia (24). Delegados por el G. P. R. A., Mes Ahmed Boumendjel y Mohamed ben Yahia se trasladan a Melun, del 25 al 29 de junio. Pero, al serles negado todo contacto con el exterior, rompen la negociación. Entonces, a través de la pequeña pantalla, el día 4 de noviembre de 1960, De Gaulle da un paso decisivo: ofrece a Argelia «su gobierno, sus instituciones y sus leyes», es decir, «la República argelina», con la único reserva de que «si la ruptura tuviese que ser hostil... dejaríamos a Argelia abandonada a sus propias fuerzas, retirándole nuestra ayuda económica». Recién elegido el 7 de noviembre (con sólo 120.000 votos de mayoría sobre 67 millones), John Kennedy podía sentirse satisfecho.

Provoca el enfrentamiento de las comunidades

Un último viaje, realizado en medio de aquel clima («El Ejército experimenta la sensación de que es traicionado», escribe *Le Monde* el 8 de diciembre) por el General, verdadero germen de discordia, a Argelia, del 9 al 13

---

(23) Un final trágico les aguarda: Si Salah, después de haber obtenido el asentimiento de Mohand en el Djurdjura, caerá asesinado por sus propios compañeros el 20 de julio. En cuanto a Mohamed, será muerto por los comandos el 8 de agosto, en Blida.

(24) Muy al contrario, a los avances del «poder» responde un recrudecimiento del terrorismo: 43 heridos, entre ellos 18 niños, con ocasión de una boda en Orán (6 de junio); ametrallamiento de europeos en la playa de Chenoua —antes y después de Melun—; a continuación, el 11 de agosto, ejecución de dos prisioneros franceses como represalia; el 15 de septiembre, cuatro muertos y 49 heridos en un circo, en Mostaganem; el mismo día, en un bar de Berrouaghia, cuatro muertos y 15 heridos; el 29, asesinato de Raoul Zévaco, sustituto de Sérigny en *L'Echo d'Alger*, etcétera.

de diciembre, tiene que reavivar forzosamente el incendio (25). Una huelga general, algaradas en Argel y en Orán, amenazas de atentados (un primero, en Ain-Temouchent, revocado por el ejército; un segundo, preparado por unos musulmanes francófilos, en Philippeville), acogen al «árbitro», en socorro del cual acude, en la noche del sábado 10, una contramanifestación «árabe», con emblemas del F. L .N. y gritos de «¡Viva Ferhat Abbas!» (estimulada, si no fomentada, por Bernard Tricot, Coulet, de los Asuntos Políticos —encargado de «doblar» a Delouvrier—, y algunos oficiales de las S. A. U.). Llamados como refuerzos, los días 11 y 12 de diciembre, tres regimientos de paracaidistas (14.º R. C. P., 2.º R. E. P. y 8.º R. P. I. M. A.), a pesar de los esfuerzos del coronel de C. R. S. y del comisario Gavoury, que protegen a los amotinados, reprimen los disturbios que siguen, a costa de 65 muertos y de varios centenares de heridos. Mientras que Ferhat Abbas aprovecha aquellos incidentes para recurrir a la O. N. U., cuya Asamblea, descartando su propuesta de «referéndum controlado», se limita a reconocer «el derecho del pueblo argelino a la independencia», De Gaulle, abreviando su estancia, considera que ha contribuido a «aclarar la atmósfera». Buena ocasión, en efecto, después de haber reemplazado a Delouvrier, a primeros de noviembre, por el incondicional Jean Morin, de Toulouse (de origen judío), y haber nombrado al progresista Louis Joxe (ex embajador en Moscú en 1952) ministro de Estado para los Asuntos Argelinos, para depurar de nuevo el ejército, destituir a cuarenta altos funcionarios y tratar de quebrantar la resistencia de los «pies negros», disolviendo la Asociación de Estudiantes, la de los Liceístas y el «Frente de la Argelia Francesa» (creado después del discurso de De Gaulle ofreciendo el cese de los combates, el 14 de junio, por el periodista André Seguin, el maestro de escuela Dominique Zattara, los consejeros municipales Camille Vigneau y Villeneuve, en Argel, los diputados Canat de Constantina y Portolano de Bona, el consejero general Santini y el doctor Laborde en Orán, con la colaboración del bachagha Boualem y de los diputados muslumanes Azzem Ouali, Ghalem, Doulalen y Laradji).

El apoyo en masa de la Metrópoli, dispuesta a «soltar» una Argelia que le es presentada como una devoradora de miles de millones y un avispero en el cual son sacrificados sus hijos en provecho de activistas fascistoides y de infames colonialistas (26), será conseguido fácilmente por el «Guía», el cual, apelando al cansancio y a la cobardía, el 20 de diciembre de 1960, obtiene, a pesar de seis millones de abstenciones sobre 26.847.953 inscritos, la aprobación de 15.198.714 «síes» contra 4.996.322 «noes» en el referéndum del 8 de enero de 1961 (incluidos, una vez más, los votos de algunos comunistas, obedeciendo quizá a unas consignas secretas de su partido). En Argelia, donde el G. P. R. A. ha recomendado la abstención, sobre 4.414.636 inscritos ha habido 1.747.529 «síes» contra 782.052 «noes». Esgrimiento aquella aprobación, que le basta para barrer la objeción de que la Constitución no autoriza a ningún ciudadano, ni siquiera al presidente de la República,

---

(25) ¿Era deliberada la provocación? No hay que olvidar que había sido precedida de llamamientos al general Jouhaud, en forma de gestiones de René Legros, de Claude Gérard (15 y 28 de noviembre) y también de Jérôme (7 de diciembre,) por instigación de Michel Debré y de Foccart, para que asumiera la jefatura de un Comité Ejecutivo franco-musulmán.

(26) En realidad, la población europea comprende, aparte de 22.037 colonos (de los cuales 5.517 poseen menos de 54 hectáreas, y 7.500 menos de 10), 42.000 comerciantes, 17.000 cuadros técnicos, 56.000 empleados y 77.000 trabajadores.

a «liquidar» unos departamentos franceses, De Gaulle reanuda sin demora la negociación. Reemprendida por Gaston Palewski (convertido en una especie de «embajador» en Roma), desemboca, a raíz de una entrevista entre Georges Pompidou (ex director de la Banca Rotschild, nombrado jefe de gabinete del «General») y Ahmed Boumendjel, en Suiza, el 20 de febrero de 1961, en el anuncio el 30 de marzo de que unas conversaciones con el G. P. R. A. se iniciarían en Evian el 7 de abril (comunicado que costó la vida al alcalde de aquella ciudad termal, víctima de un atentado activista al día siguiente). El 11, ante 800 periodistas, De Gaulle presentaba a su manera el expediente de liquidación del mal negocio argelino, «que nos cuesta más de lo que nos rinde» (27), motivo suficiente para que «Francia considere con la mayor sangre fría... que Argelia ha dejado de pertenecer a su dominio», etc. A la sugerencia de que los dos Grandes, los Estados Unidos y la U. R. S. S., podrían apresurarse a llenar el vacío así creado, responde con un impúdico sarcasmo: «Les deseo de antemano mucha suerte».

Desbarata el «putsch» de los generales y la resistencia civil

Reacio a traicionar así la causa de Occidente entregando el Mediterráneo a los Soviets, y profundamente herido en su honor ante la idea de abandonar, con desprecio de los compromisos contraídos, a europeos y musulmanes de Argelia a la triste suerte que les reserva el F. L. N., el ejército, respondiendo al llamamiento del general Salan, refugiado en España, de los generales Jouhaud, Challe (adherido el 26 de marzo) y Zeller (el 29), formando un directorio a cuatro, trata de reaccionar en la noche del 21 al 22 de abril. Preparado en París, en torno al general Jacques Faure, asistido de Gardy y de Broizat, en la Escuela Militar (el 8 de abril y en presencia de Georges Bidault, el 12), y, en Argelia, por las gestiones del coronel Château-Jobert cerca de los coroneles Argoud, Godard, Lacheroy y Vaudrey, el *putsch* desemboca casi sin disparar un tiro (un muerto, tres heridos) en la ocupación rápida de la capital argelina por el 1.º R. E. P. del comandante De Saint-Marc, ocho comandos del Grupo de Cazadores paracaidistas Robin (incluyendo unos harkis) y unos comandos del Aire. Transportados en avión a Blida el 20 por la noche, Challe, Zeller y Broizat se reúnen con el general Gardey y los coroneles Gardes y Lacheroy en los Tagarins a las dos de la mañana, y luego en el cuartel Rignot, donde los generales Vezinet (comandante del Cuerpo de Ejército) y Saint-Hilier son detenidos, así como el delegado Jean Morin, el ministro Robert Buron y el comandante en jefe Gambiez (que ha tratado de cerrar el camino a los paracaidistas procedentes de Zeralda). Aunque el general Simon, de Tizi-Ouzou, ha dado la alarma a su jefe, las barreras de guardias móviles se han abierto ante los asaltantes, permitiendo al coronel Godard ocupar el cuartel Pélissier. Quince regimientos de las fuerzas operacionales (incluyendo elementos del contingente) se adhieren al movimiento. Pero el almirante Guerville y la Marina niegan su apoyo. La aviación —salvo el general Bigot— no responde (44 aviones huirán incluso a la Metrópoli, y una parte del contingente se amotinará en Blida el 25). En Constantina, el general Gouraud (retenido por el Coronel Georges de

(27) De hecho, la guerra de Argelia le ha costado al Estado de un billón 200.000 millones a dos billones 200.000 millones en cuatro años, y hasta el 24 de abril de 1958, 6.000 oficiales y soldados.

Boissieu, primo del yerno de De Gaulle) contemporiza hasta la llegada del general Zeller el 23. Aquel mismo día, mientras Salan llega de Madrid, con el capitán Ferrandi y J. J. Susini, hay que enviar a los 18.º R. C. P. (Masselot) y 14.º R. C. P. (Lecomte), llegados del Constantinado con el 1.º R. E. C., para apoyar al general Gardy y al coronel Argoud, que no han podido unir a su causa, ni al coronel Brothier, de la Legión, en Sidi bel Abbès, ni al general De Pouilly, comandante del Cuerpo de Ejército de Orán, incapaz de superar sus escrúpulos de conciencia, en tanto que el general Olié se instala con Joxe en Mers-el-Kebir. El movimiento resbala, pues, en Argelia. Emprender la operación «Resurrección» contra la Metrópoli, en unas condiciones tan desfavorables, sería descabellado: el general Faure, ignorando el cambio inicial de dos fechas, del jueves 20 al sábado 22 de abril, ha revocado el 21 sus disposiciones y ha sido detenido, en tanto que el general Vanuxem, comandante de las fuerzas de ocupación en Alemania, ha sido puesto bajo vigilancia. Challe no tarda en perder toda ilusión sobre sus posibilidades de inducir a De Gaulle, sea a negociar, sea a retirarse a Colombey. Apoyado únicamente por las tropas escogidas, en tanto que las unidades de pacificación del contingente sólo piensan en «*la quille*» (cuando no se amotinan, como al 14.º B. C. P. alrededor de La Calle), el *putsch* está condenado al fracaso, a menos de que se envíe a los metropolitanos a su casa, para apelar a la población civil, europea y musulmana fiel, movilizando las U. T. y ocho reemplazos, como Salan y Jouhaud obtienen *in extremis* de Challe, antes de que este último decida trasladarse a París para constituirse en prisionero (Zeller hará otro tanto, el 6 de mayo). Protegidos por la multitud concentrada en el Forum, escoltados por los paracaidistas que se retiran, los dirigentes del movimiento desaparecen en la clandestinidad. Lo mismo que la reacción estática de los civiles en las barricadas, el *putsch* militar ha fracasado.

Llevando adelante su plan de liquidación de toda resistencia francesa, De Gaulle, que en virtud del artículo 16 se ha atribuido los plenos poderes, hace encarcelar a otros cuatro generales (Gouraud, Petit, Bigot y Nicot), releva de su mando a 200 oficiales, disuelve el 1.º R. E. P., las 10.ª y 25.ª D. P., tres de los cinco comandos del Aire, así como las Unidades Territoriales (antes de retirar el 1 de julio la 12.ª división de intervención y en agosto la 7.ª ligera blindada), y trata de desarmar a los europeos mediante registros domiciliarios, barrio por barrio, casa por casa a cargo de los C. R. S. y de los guardias móviles (25.000 hombres). Entre los civiles, son practicadas 400 detenciones, 27 consejeros generales y 12 alcaldes suspendidos, Raymond Laquière (ex presidente de la Asamblea argelina), Paul Sicard (presidente de la Confederación de la Agricultura), los doctores Deloupy (de los oficiales de la reserva) y Laborde (ex presidente del Consejo General de Orán), entre otros, expulsados. En cambio, el «General» multiplica las condescendencias en lo que respecta al F. L. N.: hace soltar a 6.000 fellagha, libera al profesor Lacheraf, coloca a Ben Bella y a sus codetenidos «en residencia» en el castillo de Turquant, y decide el 20 de mayo el cese de toda operación ofensiva, lo que lleva al general Gambiez a lanzar «la ofensiva de la fraternidad», consigna que roza la confraternización con el enemigo.

Para negocia con las condiciones del F. L. N.

Todas aquellas piruetas de De Gaulle se ven recompensadas en primer lugar con un nuevo estallido de terrorismo: 133 muertos, entre ellos 116 musulmanes, y más de 300 heridos. (Unos militares caen víctimas de emboscadas el 22 de mayo cerca de Miliana y también cerca de Sidi Aich; más tarde, el 1 de julio, los colonos de la Mitidja y del Sahel, en Fouka, Castiglione, asaltados, cuentan 18 muertos y 78 heridos; el 5 de julio, ocho europeos, entre ellos dos niños, son asesinados en Constantina; un puesto es atacado en Djidjelli; las cosechas incendiadas en el Sersou, etc.). A continuación con un endurecimiento de Krim Belkacem y de su delegación en la conferencia de Evian, reunida el 20 de mayo, que debe ser aplazada el 13 de junio ante las exigencias del G. P. R. A. a propósito del estatuto futuro de los europeos, de las garantías de la autodeterminación, y sobre todo del Sahara. Nuevas entrevistas en el castillo de Lugrin, el 20 de julio, resultan infructuosas. Entonces, el «General» se resigna de mala gana, el 11 de agosto, a reanudar unas operaciones estrictamente «defensivas». Entretanto, el C. N. R. A., reunido en Trípoli del 6 al 26 de agosto, reorganiza su gabinete: Ben Khedda reemplaza a Ferhat Abbas en la presidencia, Saad Dahlab pasa a Asuntos Exteriores y Krim Belkacem al Interior. Pero, si bien acepta reanudar las conversaciones, el 15 de septiembre, Ben Khedda impone como condición que sus representantes puedan contactar libremente con Ben Bella y sus compañeros (que harán la huelga del hambre de 2 al 12 de noviembre). Inclinándose una vez más, De Gaulle accede a ese deseo y traslada a los prisioneros en cuestión al castillo de Aulnoy. Por su parte, el G. P. R. A., reunido en Mohammedia en enero de 1962, habiéndose declarado favorable a una cooperación con Francia, se dispone, del 10 al 19 de febrero, a celebrar unas entrevistas en Les Rousses (en Jura), aprobadas por el C. N. R. A. convocado en Trípoli del 22 al 27 de febrero, preparatorias de una nueva conferencia de Evian. Del 7 al 18 de marzo de 1962, los delegados franceses, el progresista Louis Joxe, Robert Buron y Jean de Broglie (príncipe en cuya ascendencia están mezclados unos Ephrussi), secretario de Estado para Ultramar en el gabinete Debré desde el 24 de agosto de 1961, se someten a todas las exigencias del F. L. N., tal como habían sido formuladas por la conferencia de la Soummam. Si el «General», según Robert Lacoste, «se ha comido su kepis» el 4 de noviembre de 1960, ¿qué hay ahora de su *strip-tease* de uniforme? (28).

Aquellos «acuerdos de Evian», negociados con un directorio provisional sin responsabilidad, el G. P. R. A., no tienen más valor que el de una «declaración de intenciones», sobre la cual más tarde el gobierno regular, que no se ha comprometido a nada, se creerá autorizado a desdecirse. Por eso la mayor parte de las garantías que incluía a favor de los europeos (seguridad de las vidas y de los bienes; posibilidad de marcharse con sus haberes y, para los que estaban establecidos desde hacía más de diez años, posibilidad de

(28) Hay que añadir que durante todo el período de negociación, la tregua «unilateral» no es respetada por el F. L. N., que tiende una emboscada a los Plantadores en Orán, a finales de febrero, ataca Mascara y Mecheria el 6 de marzo, mata a un capitán en Relizane, el 7, y otro el 15 cerca de Tlemcen, tropieza con los harkis que le matan 32 hombres en un asalto contra Saint Denis du Sig, a otros nueve el 24 de marzo en Mostaganem, mientras que dos europeos caen en Relizane el 22.

optar al cabo de tres años, plazo durante el cual sería mantenida una guarnición de 80.000 hombres), además del derecho a conservar la base naval de Mars-el-Kebir durante quince años, los aeródromos del Sahara durante cinco años, y a continuar los experimentos atómicos en el desierto, se convirtieron en letra muerta y no tuvieron más utilidad que la de apaciguar, momentáneamente la conciencia de los franceses, llamados a plebiscitar, una vez más, al «General» (y a sus derrotas), por medio de un referéndum. Teniendo únicamente voto en el capítulo de la circunstancia, la Metrópoli se pronuncia el 8 de abril, tal como le pide Chaban-Delmas, a favor de «un Estado independiente cooperando con Francia», garantizando a nuestros compatriotas unas condiciones de vida individuales y colectivas «honrosas», por 17.505.473 «síes» contra 1.794.553 «noes» y 1.098.000 papeletas en blanco, sobre 26.983.275 inscritos (o sea, 6.500.000 abstenciones).

Y entregarle Argelia después de haber doblegado a la O. A. S.

Habiendo soltado así el fardo de la colonización (aunque no la carga más pesada aún de la cooperación), De Gaulle no se contenta con entregar a europeos y musulmanes fieles al «abandono vulgar», sino que vuelve contra ellos a sus pretorianos (C. R. S. y guardias móviles), encargados de limpiarle el terreno al F. L. N. No hay que asombrarse, pues, de que oponiéndose a los militares reducidos por el régimen al papel de cabos de vara, auxiliares de sus «barbouzes» (el servil general Ailleret, que después de haber ordenado al ejército el 19 de septiembre de 1961 «que aportara su colaboración a las fuerzas de policía encargadas de neutralizar a la llamada O. A. S.», hará disparar sobre su emblema nacional; el judío Katz, que tratará a Orán como ciudad conquistada: apartamentos saqueados, devastados, desvalijados —más de un millón en casa del doctor Macia—, notables encarcelados como rehenes —38 el 14 de febrero, 14 el 11 de mayo, dos de ellos sacerdotes, el doctor Laborde, Ambrosino, de la Cámara de Comercio—, internamientos en el campo de Arcole, asesinatos de sospechosos, etc.; el coronel Debrosse, que deshonra a la gendarmería por las torturas a las cuales somete a sus prisioneros, hombres y mujeres, en el Fort-Empereur, de Argel), unos soldados «perdidos», pero fieles al honor, respondan al llamamiento del general Salan (28 de mayo de 1961) y del general Jouhaud (ocultados al principio por la red de Robert Martel), se esfuercen en proteger por todos los medios, insurrección incluida, a una población desesperada contra los atropellos de un poder «ilegítimo», en la medida en que «no garantiza ya ni la defensa, ni la seguridad del territorio» (de acuerdo con el criterio aplicado por el propio De Gaulle a la IV República), ni la de sus ciudadanos (del 1 de noviembre de 1954 al 19 de marzo de 1962, el balance del terrorismo se ha elevado a 2.788 muertos, 375 desaparecidos y 7.541 heridos entre los europeos, y, entre los musulmanes, a 16.378 muertos, 13.926 desaparecidos y 13.610 heridos: de ellos, 222 muertos y 1.091 heridos imputados a la O. A. S., desde el 1 de mayo de 1961 al 31 de enero de 1962).

La Organización del Ejército Secreto, O. A. S., ha sido creada esencialmente por el coronel Godard, que se encarga del enlace con el Ejército, en tanto que el doctor J. Claude Perez, en la O. R. O. (Informaciones, operaciones), forma para la acción directa unos comandos especiales (Delta de Degueldre, y Z, nacionalistas de Michel Leroy), que J. Jacques Susini dirige

la acción política y el coronel Gardes la propaganda y el encuadramiento de la población (musulmanes y europeos, U. T.). Muy pronto, el general Jouhaud se traslada a Orán (20 de agosto), donde reagrupa a los elementos «France-Résurrection», «Garde au Drapeau» (U. T.), la red Francia-Argelia montada por unos médicos, y los émulos judíos del Irgoun (reunidos por Tabarot, mandados por Benichou). El comandante de la Legión Julien Camelin y el teniente de navío P. Guillaume acuden a secundarle. Momentáneamente descoyuntada, a finales de agosto, por la detención del agente de enlace Albert García, provocando las de Noëlle Luchetti, de Mme. Salasc, de la hija del cirujano Lombard y de Gingembre, en Argel, y del doctor Romeo en Orán (entregados por el ex legionario italiano Pino, confidente del coronel Debrosse, que les someterá a «interrogatorio», cuando no a atroces suplicios, como a Rebbot, Ziano, Falcone), la O. A. S. logra sin embargo encuadrar a la población europea (por casas, por barrios, por profesiones, o en unidades paramilitares), difundir su propaganda por medio de octavillas, de periódicos (*Le Centurion, L'Appel de la France*), de una edición especial de *L'Echo d'Oran* (6 de febrero de 1962), e incluso por medio de unas emisiones-pirata y de unos atentados (destrucción de emisoras, rapto de técnicos) que reducen al silencio la radio oficial en ocasión de las alocuciones más importantes de De Gaulle (5 de septiembre, 2 de octubre, Navidad de 1961; 5 de febrero de 1962), organizar manifestaciones (conciertos de cacerolas, empavesados con emblemas O. A. S. en blanco sobre negro), interrupciones de la circulación, huelgas, ofrenda de coronas al monumento a los Muertos de Orán (25 de enero de 1962, 100.000 personas), entierro del conserje del estadio de Mers-el-Kebir y de sus dos hijos asesinados, en el cual participan todavía, sobre un total de 18.000 personas, 4.000 ex combatientes musulmanes el 7 de marzo de 1962; constituir grupos armados de protección (que se oponen a la confiscación de una emisora, el 21 de marzo), acompañar con una serie de voladuras la visita del ministro de Defensa Pierre Messmer, a primeros de marzo, a raptar de la prisión de Orán (15 de enero de 1962) 180 terroristas condenados a muerte (que el gobierno —que ha liberado a 2.500 fellagha en las Navidades de 1961— no ha querido ejecutar); e incluso efectuar un bombardeo aéreo sobre un campamento F. L. N. de Oujda, en Marruecos, el 18 de febrero; en tanto que comandos por una parte, y policía, informaciones especiales y «barbouzes» por otra, se entregan a una guerra sin cuartel (ejecución de los comisarios Gavoury, apuñalado el 1 de junio, y Goldenberg, el 20 de septiembre, del comandante Perret, el 24, del comisario Joubert, el 9 de noviembre, del comandante aviador Poste, de William Lévy, secretario de la S. F. I. O. de Argel, el 20 de noviembre, del teniente coronel Ranson en Orán, el 17 de diciembre; destrucción de la villa que servía de lugar de tortura a los «barbouzes» —licenciados de presidio reclutados por el abogado Lenormand, y especialistas vietnamitas—).

Pero aquella resistencia desesperada, opuesta a la vez al terrorismo F. L. N. y a las fuerzas armadas, que De Gaulle ha colocado a las órdenes del Ejecutivo provisional (de doce miembros, tres de ellos europeos «liberales») constituido según los acuerdos de Evian, en el Rocher negro (Ciudad administrativa construida fuera del alcance de las reacciones de la capital argelina), en torno a su Alto Comisario Jean Morin, reemplazado a primeros de marzo de 1962 por Christian Fouchet (antaño encargado de los Asuntos marroquíes y tunecinos por Mendès-France), teniendo como presidente a Abderrahmane Farès (ex vicepresidente de la Asamblea argelina, oportu-

namente expulsado a causa de una detención por tráfico de fondos en provecho del F. L. N.), para luchar contra sus compatriotas y los musulmanes fieles a Francia, aquella resistencia, pues, falta de un apoyo europeo serio, no puede desembocar en un resultado positivo. Los delegados de la O. A. S. en la Metrópoli, el capitán Sergent, Godot, reforzados muy pronto con Raphaël y con Canal, sólo pueden ejercer una acción clandestina (propaganda y preparación de atentados: un artefacto, que no estallará, colocado en Pont-sur-Seine, el 9 de septiembre de 1961). Los amigos de la O. A. S. refugiados en Madrid, Lagaillarde, Ortiz, el doctor Lefebvre, respaldados por el coronel Argoud, no tardan en ser neutralizados, alejados a las Canarias (6 de octubre). Aunque no exista otra solución —al menos provisional— (como reconoce el general Jouhaud en sus *Memorias*, «O mon pays perdu», página 244), que la secesión, que supone un apoyo extranjero en créditos, en armamento, en abastecimiento, los dirigentes de la O. A. S., partidarios decididos de la Argelia francesa, consideran con reticencia aquella necesidad. Así, el programa expuesto sucesivamente por el general Salan (en una carta del 16 de junio de 1961), por el general Gardy (en un memorándum y, el 15 de agosto, en una alocución en la radio), y otra vez por Salan (en una carta publicada por *Le Monde*, en un comunicado a los parlamentarios el 11 de septiembre, así como en una entrevista para la cadena norteamericana C. B. S.), es de lo más vago. «Garde au Drapeau» y «Front National» no ven salvación más que un sobresalto de la Metrópoli, «Resurrección», de lo más hipotético (30 de octubre de 1961). Algunos de ellos, Michel Leroy y Villars, se dejarán atraer más tarde a una trampa tendida por Constantin Melnik, del gabinete de Michel Debré, y serán «liquidados» por los comandos Delta, después de que su amigo Sarradet habrá entrado en negociaciones el 19 de enero de 1962 con un adjunto de Jean Morin, el prefecto Petitbon. Se había hecho espejear ante sus ojos la posibilidad de crear en Argelia, alrededor de Orán y de Mers-el-Kebir, a fin de conservar aquella base estratégica y de reagrupar a europeos y musulmanes fieles, un enclave análogo al de Israel en el Cercano Oriente (solución de repliegue preconizada por Alain Peyrefitte). Pero, si la Metrópoli se lavaba las manos, ¿cómo defender aquel «presidio» sin apoyo extranjero?

La O. A. S. (a pesar de los contactos con el Irgoun y de los traficantes de Madrid, que le estafaron cinco millones) sólo podía procurarse las armas por medio de incursiones temerarias (contra Sidi Marouf, el 21 de enero, la reserva de las S. A. S. de Mostaganem, el 19-20 de febrero, los camiones cargados para el traslado del Servicio de Material de Orán —83 ametralladoras y 2.072 fusiles, desprovistos de percutores—, el 18 de marzo). Y los fondos, por medio de atracos a los bancos (el más fructífero, contra el Banco de Argelia de Orán, el 23 de marzo de 1962, produjo 2.140 millones de francos antiguos). Las colaboraciones militares se hacen escasas, en un ejército triturado por las depuraciones sucesivas, debilitado por las dimisiones (una docena de G. M. S., grupos móviles de seguridad, de un centenar de hombres cada uno; tal vez el 5.º Extranjero, unos elementos de húsares, de artillería aerotransportada, unos harkis fusileros-marinos: para formar como máximo tres grupos de un millar de hombres cada uno alrededor de Tlemcen, de Mascara-Saida y de Mostaganem-Arzew —con el apoyo del cheikh Bentekouk—, y tratar de implantar en el Centro, adosado al Ouarsenis, en el cuadrilátero Orleansville, Inkermann, Tiaret, Vialar, un *maquis* que, desgraciadamente, no puede contar a fondo con el apoyo del bachagha Boualem,

que dispone de 15.000 hombres y 1.500 harkis). En tales condiciones, la aventura del coronel Gardes, salido de Hussein-dey en tren especial con sus amigos el 15 de marzo de 1962 hacia la región de Lamartine, desemboca en un completo fracaso, en vísperas del armisticio, firmado el 18 de marzo. Unos días más tarde, en Orania, el teniente de navío Guillaume, y el 26, Jouhaud y su adjunto Camelin, son detenidos. El general Gardy, de la Legión, continúa la resistencia, pero el general Salan, que no ha cesado en sus inútiles esfuerzos para atraerse a su movimiento a unos elementos musulmanes disidentes (Frente argelino de Acción democrática de Khaliffat, surgido del M. N. A., 28 de agosto de 1961; restos de los *maquis* M. N. A. de Bellounis), es atraído a una trampa por el ayudante-jefe Lavanceau y es detenido a su vez en pleno centro de Argel, en la calle Desfontaines, el 20 de abril de 1962.

Entonces, el doctor J.-Claude Pérez juega la última carta de la O. A. S. en una tentativa de insurrección urbana, en el barrio popular de Bab-el-Oued, de Argel. El 23 de marzo, entre los grupos de protección, las U. T. por una parte, y las fuerzas del oden por otra, estalla un tiroteo (a propósito de un camión de armas del ejército), que causa 13 muertos y 64 heridos entre los militares, y un número difícil de determinar de civiles. Intervienen los tanques y la aviación, ametrallando ventanas y balcones. El barrio es cercado, reducido al hambre, se practican 800 detenciones y la soldadesca desencadenada se entrega a horribles excesos. Una manifestación pacífica, salida del centro de la ciudad, la tarde del 26 de marzo, para tratar de liberar a sus conciudadanos, desfile cuya cabeza ha penetrado ya en la calle de Isly, es interceptada en la plaza de la Grande Poste por una unidad de tiradores llegada de Medea (¿hinchada con fellagha?), que, alarmada por los hipotéticos disparos de unos provocadores, hace fuego sin vacilar sobre la multitud, causando 80 muertos y 200 heridos (121 de ellos hospitalizados), sin sufrir ninguna baja (en cambio, unos civiles, perseguidos hasta los inmuebles, son rematados sin piedad). Las consignas del «General», transmitidas por Christian Fouchet y por el general Ailleret, han sido seguidas al pie de la letra (aunque varios coroneles hayan decidido dimitir antes que aplicarlas). Ejemplo único en los tristes anales de la descolonización, una tropa, descarriada por sus jefes, volviendo sus armas contra sus conciudadanos, ha disparado sobre su propia bandera...

Exodo de los europeos; un régimen «titista» árabe

Imposibilitada de luchar a cielo abierto, la O. A. S. (que en ocasiones no ha podido evitar, aunque las haya prohibido, las *«ratonnades»*: linchamiento de una decena de musulmanes en Bal-el-Oued el 12 de septiembre de 1961, ni, tras el saqueo del distrito de Orán, los días 11-12 de septiembre, una violenta reacción antimusulmana los días 17-18 de octubre), dedica sus últimas fuerzas a bloquear a los musulmanes en sus barrios, a la manera del Irgoun, por medio del terror, a practicar la política de «tierra quemada» (recomendada por el coronel Godard y el doctor Pérez, a pesar de las reticencias de los coroneles Château-Jobert y Gardes), a colocar explosivos en escuelas, bibliotecas, fábricas y centrales eléctricas, a amenazar con hacer volar pozos de petróleo, presas y puertos, a fin de intimidar al F. L. N. y de inducirle a mejorar las garantías ilusorias previstas en favor de la minoría europea por los acuerdos de Evian (declaración de los Derechos incluida

en la Constitución; designación de los dos representantes europeos en el Tribunal de Garantías federal, sobre una lista de cinco, propuesta por la Asociación de Salvaguarda; número de candidatos proporcional al de la población en las listas electorales; vicepresidente europeo en la Asamblea; derecho de veto al Consejo Económico; amnistía; indemnizaciones por expropiaciones; libertad de transferencia de fondos; estatuto especial para Argel, Orán y Bona, con contingentes europeos incorporados a las fuerzas del orden; dos idiomas oficiales, etc.). A un primer contacto establecido por J. J. Susini con Abderrahmane Farès en el Alma, el 18 de mayo, suceden (tras la intervención del ex ministro liberal de Mendès-France, Jacques Chevallier, traído de París por su amigo banquero J. María Tiné, con la «luz verde» de Louis Joxe y de Christian Fouchet, el 22 de mayo) unas negociaciones tanto más difíciles por cuanto que, por una parte, Farès, desautorizado una primera vez por el doctor Mostefai y sus colegas del Ejecutivo, y de nuevo (a raíz de una segunda entrevista en la villa de Chevallier en El Biar el 1 de junio) por el G. P. R. A. (en el que Ben Khedda se encuentra desbordado por Ben Bella), debe dirigirse a Trípoli, y con Mostefai a Túnez del 7 al 10 de junio para tratar de persuadir a sus amos, y, por consejo de Tricot, apelar a Krim Belkacem el 14, y que, por otra parte, Susini y el coronel Gardes, reunidos el 2 de junio con los dirigentes de la O. A. S., no logran la adhesión a su punto de vista, ni del doctor Pérez, ni del general Gardy. Hasta el punto de que a pesar de las múltiples gestiones de Chevallier, de Tiné y de Me Baille, consejero de la O. A. S. en el Rocher negro, aquella negociación termina el 17 de junio con la simple difusión por la radio de unas alocuciones pronunciadas por Farès y por Susini, estableciendo una especie de tregua, confirmada por un llamamiento del general Salan para el cese de los combates el 19, tregua que, al interrumpir las destrucciones, facilitará el éxodo de unos 200.000 europeos más, cuando 400.000 habían abandonado ya el país, evacuando zonas rurales y ciudades, abandonándolo todo para escapar a la ola de terrorismo, que se tradujo, del 19 de marzo (fecha de los acuerdos de Evian) al 10 de junio, en 1.135 raptos en Argel (y más a continuación: *La Liberté*, de Clermont-Ferrand, señala 208 hasta el 10 de julio). Mientras que en Orán, donde el 5 de julio, sin que intervenga el ejército, espantosas matanzas seguidas de horribles descuartizamientos han sido cometidos en la plaza de Armas y en la ciudad contra los europeos, una multitud de refugiados espera ansiosamente para embarcarse que se apague el incendio que el 25 de junio prende en las cisternas de petróleo del puerto (10 millones de litros) y vela el cielo bajo sus espesas columnas de humo.

Desposeídos de sus bienes, 650.000 europeos, más 150.000 israelitas (29) van a abandonar Argelia. Ni siquiera los «liberales» han sido respetados: J. M. Tiné, expoliado como todo el mundo, pasará seis meses en la cárcel antes de ser expulsado. El objetivo fijado por Ferhat Abbas en la O. N. U. en 1960, eliminar las dos terceras partes de ellos, es así ampliamente supe-

---

(29) Fiel al principio a las consignas de los jefes del Judaísmo, el Comité de los Argelinos Israelitas se había pronunciado por la negociación (*France-Observateur* del 18 de octubre de 1956). Tres años más tarde, el Congreso de la L. I. C. A. se declaraba aún favorable a la «gestión argelina... por los argelinos de todas las confesiones... en estrecha alianza con Francia» (es decir, la misma fórmula que utilizará De Gaulle). De todos modos, ante el giro de los acontecimientos, la casi totalidad de los judíos argelinos, siguiendo el ejemplo del Irgoun, se adhiere a la O. A. S. y se ve abocado al éxodo. Así, aquella comunidad se encontró sacrificada, como tantas otras, a la «gran política» del Judaísmo internacional, de dirección norteamericana.

rado. Abandonados a la venganza de los terroristas, 150.000 musulmanes francófilos, más 10.000 desaparecidos, entre ellos muchos harkis, mueren atrozmente torturados, degollados, desventrados, sumergidos en agua hirviente. (Louis Joxe ha prescrito en una circular del 23 de mayo de 1962 que sean reexpedidos a Argelia los que intenten trasladarse a la Metrópoli). En tanto que el referéndum argelino del 1 de julio confirma la independencia aprobada ya por la Metrópoli, por 5.975.581 votos contra 16.534 (sobre seis millones y medio de inscritos), se vuelve la página más vergonzosa de la historia de Francia.

Pero el «General» ha cumplido su misión (30). Ha dado la victoria al F. L. N. Y ha establecido en Argelia una dictadura del *maquis,* de forma titista, con Comités de gestión, etc. Régimen militar, que rechaza a los evolucionados, demasiado occidentalizados para su gusto, interna a Abderrahmane Farès en un campo, somete a Ferhat Abbas a residencia forzosa (antes de que huya a Francia, lo mismo que Krim Belkacem), proscribe a Boudiaf, descarta a Ben Khedda, en espera de que el coronel Houari Boumedienne, de origen kabila, pero discípulo fanático de los ulemas (hasta el punto de dirigirse a pie a la Universidad de El Azhar), encierra a Ben Bella en un calabozo subterráneo (19 de junio de 1965), impone su autoridad implacable a una población retrotraída a un siglo y medio atrás, reducida en una gran proporción al paro, obligada a la más estricta observancia de las prescripciones coránicas y al uso obligatorio del idioma árabe, que ignoraba hasta el extremo de que las deliberaciones del F. L. N. habían tenido lugar en francés... «¡Seis millones de orientales!», cuya suerte es más lamentable aún que la de los repatriados.

* * *

Pionero de la descolonización del Africa negra, obligado a mantener en Brazzaville (30 de enero-8 de febrero de 1944) las promesas de autonomía formuladas durante la guerra a los territorios que se unieran a él, De Gaulle no ha tenido más éxito en la edificación de su «Comunidad», heredera de

(30) Su venganza implacable se ejerce ahora contra los militares culpables de haber permanecido fieles a la palabra empeñada y no a su persona: Jouhaud, juzgado del 11 al 14 de abril por un Tribunal presidido interinamente por el general Gardet (ex-F. F. L.), condenado a muerte, rechazada su petición de indulto el 24, iba a ser ejecutado. Se salvó únicamente porque el (tribunal (en el que ha vuelto a ocupar su puesto el general de aviación Gelée), ha concedido las circunstancias atenuantes al general Salan. Furioso, De Gaulle ha disuelto el Tribunal (reemplazándolo por otro, que el Consejo de Estado declarará ilegal el 19 de octubre, presidido por el incondicional De Larminat, que, alcohólico inveterado, se suicidará en un acceso de locura el 3 de julio de 1962), rechazando el 4 de junio el recurso de casación admitido por el Guardián de los Sellos, Foyer, y si bien ha tenido que ceder a la presión de Pompidou, presidente del Consejo, de Debré y de cuatro ministros, deseosos de no mancharse las manos de sangre, ha hecho esperar su indulto al general «pies negros» (del cual ha dicho «No es un francés») durante doscientos veintinueve días en la celda de los condenados a muerte, hasta el 28 de noviembre (Dentz había permanecido en ella ochenta y ocho días). Ni Claude Piegts (falsamente acusado del asesinato del comisario Gavoury), ni el sargento Dovecar, fusilados el 9 de junio, ni el teniente Degueldre, ejecutado en una atroz carnicería de diez minutos en el fuerte de Ivry el 7 de julio, escapan al pelotón. Ni escapa tampoco el coronel Bastien-Thiry (politécnico, especialista en misiles), culpable no sólo de haber montado tres tentativas de rapto de De Gaulle (puente Mirabeau, Villacoublay, 9 de agosto; Petit-Clamart, 22 de agosto de 1962), sino también de haber denunciado su doblez y sus verdaderos objetivos, con ocasión de su proceso (28 de enero-4 de marzo de 1963), ejecutado el 11 de marzo.

la Unión de Repúblicas francesas, preconizada por Pierre-Bloch. La iniciativa, allí como en otras partes, se le ha escapado rápidamente.

¿Había liberado Lincoln a los negros para expulsarles, o para mantenerles marginados?

Los Estados Unidos habían sido la cuna del movimiento de emancipación de los negros. No era lógico, pues, que habiendo formado a los más evolucionados, les negasen aún, como buenos puritanos animados del más puro racismo bíblico, los derechos más elementales, apartándoles sistemáticamente de sus viviendas, de sus transportes públicos, de sus escuelas y, con mayor motivo, de sus «logias», de sus partidos, de sus funciones públicas, convirtiéndoles en ciudadanos de segunda categoría.

Habiéndoles liberado —al menos en principio—, Abraham Lincoln no había sabido qué hacer con ellos. ¿Expulsarle, o marginarles? Entre las soluciones sucesivamente consideradas por él, «enviarles a Liberia, su país natal» (en Peoria, Illinois, el 16 de octubre de 1854), o, retrocediendo ante la amalgama, mantener «la separación de las razas» (en Sprayfield, Illinois, el 26 de junio de 1857) —lo que, sin paradoja, le convertiría en el padre del «apartheid»—, en agosto de 1862, no había sabido escoger. Tampoco ellos, por otra parte. En Filadelfia, en junio de 1831, su primer congreso había vuelto los ojos hacia el Canadá (a pesar del clima) y Haití; dos años más tarde, el tercero había renunciado a aquella solución. Otra conferencia, celebrada en Cleveland del 24 al 26 de agosto de 1854, vacilaba aún. Sin embargo, en el intervalo, una Compañía de Colonización había sido creada en 1847 con vistas a su establecimiento en la costa africana, en la que el reverendo presbiteriano Robert Finley había comprado una concesión en cabo Mesurado, en diciembre de 1821. Aquel fue el núcleo de Liberia, hogar de la Libertad, al que el reverendo Henry H. Garnet fue enviado como ministro en 1881. Había sido amigo del doctor Martin Delany, estudiante en Harvard en 1851-52, autor de una obra, *The Condition... of the Colored People,* que relanzaba el nacionalismo negro, y de proyectos de emigración, sea hacia la América Central y las Antillas, sea hacia Africa, el cual, habiendo ofrecido a Linclon reclutar 40.000 negros para su ejército, se vio recompensado con el grado de mayor en el 104.º negro, y trabajo en la Oficina de los Manumitidos antes de presentarse como segundo del radical John T. Green en las elecciones para el puesto de gobernador de Carolina del Sur en 1874.

Aunque otra Asociación africana para la Emigración, creada en 1881, solicitó fondos al Congreso entre 1886 y 1890, el asunto tardó bastante en ponerse en marcha. Por instigación de Booker T. Washington, autor de un libro, *El futuro del negro norteamericano,* en 1899 (y también de *Up from Slavery*), y fundador de la «National Business League», las gentes de color se esforzaban por mejorar su suerte, sobre el terreno, perfeccionando su formación técnica y lanzándose a los negocios, en tanto que, más ambicioso, W. E. Burghardt Du Bois (nacido en Massachusetts en 1868), doctor de la Universidad de Heidelberg, autor en 1908 de *The Soul of the Black Folk,* rehabilitaba la civilización negra, antes de lanzar el «pannegrismo», participaba en unas reuniones de intelectuales (en Niagara Falls, en el Canadá en 1905, en Harpers Ferry, en Virginia en 1906) y fundaba en 1908, para

defenderles con la colaboración de «liberales» blancos, una Liga de las Gentes de Color, la N. A. A. C. P., cuyo primer objetivo era la igualdad de derechos, dejando a la emigración como mal menor, en caso de fracaso.

Entretanto, otro discípulo de B. T. Washington, Marcus Garvey (nacido en Jamaica en 1885), ante todo racista y nacionalista («Los negros necesitan una nación y un país para ellos»), fundaba sucesivamente la «Universal Negro Improvement Association», el «Negro World», una República en Harlem y una Legión africana, una Orden al estilo de la Masonería norteamericana, con un Gran Potentado, unos grandes dignatarios, unos «Caballeros del Nilo», etc., y proclama los Derechos de los Negros (en 54 puntos) en el Liberty Hall de Nueva York en 1920. Ayudado por su amigo Jean Price-Mars (nacido en Haití, doctor en medicina en París, autor de la obra *Ainsi parla l'Oncle* en 1928), Garvey infundió nueva vida al movimiento de emigración a Liberia. Después de haber recogido alrededor de 10 millones de dólares en 1919-1921, montó sucesivamente dos compañías marítimas, pero ambas quebraron, la «Black Star Line» en 1923, y luego la «Black Cross Navigation Trading Cy», lo que le valió una condena de cinco años de prisión en 1925, conmutada al cabo de dos años por la deportación a Jamaica.

La colonización de Liberia (120.000 quilómetros cuadrados, 2,5 millones de habitantes), aunque estimulada por la Sociedad Firestone, interesada en la producción de caucho, se reveló por otra parte bastante decepcionante. Los «peregrinos negros» de América, poco numerosos, habían constituido rápidamente una oligarquía de unas 200 familias, que, a través del «True Whig Party» había confiscado en provecho suyo la política y la economía, beneficiándose ampliamente (a ejemplo de Panamá) de la utilización de su pabellón marítimo por los grandes traficantes internacionales de armas y de contrabando. De una familia procedente de Atlanta, en Georgia, metodista, licenciado en Derecho en 1917, William Tubman, juez del Tribunal Supremo y presidente desde 1943, liberal convencido (víctima de un atentado imputado a los comunistas en 1955), fue hasta su muerte, producida el 23 de julio de 1971, el perfecto representante de aquel régimen.

En 1918, invaden el Norte y reclaman la autodeterminación en el Sur

Empresa descabellada y suicida para Europa, la primera guerra mundial, al provocar el despertar de las reivindicaciones anticolonialistas, dejó sentir sus repercusiones en los Estados Unidos, donde la mano de obra negra invadió a partir de 1916 los Estados del Norte, para relevar a los blancos movilizados. Enemigo fraterno de Marcus Garvey (que le cansideraba como un «*mauvais teint*»), el antillano de la isla Nevis Cyril V. Briggs, periodista del *Amsterdam News*, renueva la agitación de las gentes de color. Racista, agrupa, de septiembre de 1917 a diciembre de 1919, 3.000 nacionalistas en una Hermandad de la Sangre, «African Blood Brotherhood», reivindica un Estado autónomo (sea California y Nevada, sea Washington, Oregon, Idaho), y más tarde, en 1919, revela sus objetivos sobre Africa. Pacifista, en su campaña del *Crusader*, en septiembre de 1918 (36.000 lectores), se acerca a los comunistas, a los cuales aporta un primer contingente negro en 1921 (Richard B. Moore, Lovett Fort-Whiteman, los hermanos Otto y Haywood Hall, llamado Harry Haywoo).

Los partidos marxistas, en efecto, apoyan las reivindicaciones de los «colonizados». Con la autorización de Clemenceau (en tanto que el presidente Wilson niega pasaportes a Du Bois y a sus amigos), la Conferencia de la Paz va acompañada de un primer Congreso Panafricano que reúne en París a 200 delegados. Un segundo, celebrado en el Central Hall de Londres, del 28 al 29 de agosto de 1921, con 130 delegados, 35 de ellos norteamericanos, reclama la igualdad de derechos. Reivindicación que confirman unas terceras sesiones, en Londres y luego en Lisboa, en 1923, y una 4.ª Conferencia, convocada en Nueva York en 1927 (203 delegados). Entonces, los Soviets intervienen en aquella propaganda con su «Liga contra el Imperialismo y la Opresión Colonial», A pesar de la posición adoptada por Lenin, basándose en el informe de John Reed, en el II Congreso del Komintern (en el 14.º de las 16 puntos de su declaración), en favor de los negros norteamericanos, su influencia ha tardado en dejarse sentir: aunque un delegado negro haya figurado entre los representantes norteamericanos en el IV Congreso de 1922, habrá que esperar al V de 1924 para que un segundo delegado (Lovett Fort-Whiteman), previamente adoctrinado en Moscú, sea encargado de formar en Chicago, en presencia de 40 delegados, el 25 de octubre de 1925, un «American Negro Labor Congress», cuyo secretario general fue H. V. Phidipps, y para que Stalin defina con Otto Hall (salido del «Carnegie Institute of Technology») y su hermano Harry Haywood (inscrito en 1926 en la Universidad de Extremo Oriente y en 1927 en la Escuela Lenin, aconsejado por Nasanov) la doctrina del derecho de autodeterminación de los negros del «Black Belt», considerados como una minoría nacional, que reasumirá el VI Congreso del Komintern en 1928 (al lado de cuatro afro-norteamericanos, los Soviets poseen un solo afro-africano, nativo de la Costa de Oro, en Moscú). En el período que media entre las dos guerras mundiales, el anticolonialismo adquiere por otra parte el apoyo discreto de los laboristas británicos —con la circular Webb de 1930— y de los socialistas franceses (con la ley del 11 de marzo de 1937 creando unos sindicatos africanos, reservados para los titulares del certificado de estudios).

El Congreso Panafricano de 1945: Du Bois, N'hrumah. Ghana, piloto de la independencia

Más desastrosa aún en sus consecuencias, puesto que ha sacudido todo el planeta y ha señalado el ocaso de la raza blanca, la II guerra mundial no podía dejar de levantar, lo mismo entre los negros que entre los amarillos, una impetuosa marea de anticolonialismo. En Francia ya hemos visto, a propósito de Argelia, el papel desempeñado por Pierre-Bloch, dignatario de las B'nai B'rith y vehículo de la influencia norteamericana, en la concepción, en 1936, de la Unión Francesa, y luego de la Comunidad en Brazzaville en 1944. En Inglaterra había nacido un «International African Service Bureau», núcleo de una «Panafrican Federation», cuyo secretario era T. R. Makonnen, con Jomo Kenyatta en el Consejo Ejecutivo. Bajo la égida de aquel organismo, el nigeriano Nnamdé Azikiwi publicó en 1943 un memorándum sobre el Africa occidental británica. Poco después, en marzo de 1945, se celebró en Manchester (cuya rival Liverpool se había enriquecido antaño con la trata de negros) el 5.º Congreso panafricano (31). Las estrellas que bri-

(31) Otra conferencia, convocada por el «West African National Secretariat», tendrá lugar en Londres, del 30 de agosto al 1 de septiembre de 1946, en presencia del francófono Souron Migan Apithy.

llaron en él, futuros émulos de Ghandi y de Nehru en el espíritu de los que los había formado, eran productos puros de las Universidades anglosajonas: W. E. B. Du Bois (el anciano que a los setenta y dos años escribió su autobiografía con el título de *Dusk of Dawn*, y, refugiado en Ghana, se afiliará tardíamente al P. C., a los noventa y tres años, en 1961, y adoptará la nacionalidad ghaneana dos años más tarde, en su lecho de muerte), George Padmore (nacido en Trinidad en 1903; abogado formado en las Universidades de Fisk y de Howard en los Estados Unidos, autor de la obra *Panafricanism or Communism* en 1955; casado con una inglesa, apóstol del gobierno de los africanos por los africanos y para los africanos) y, en primera fila, Kwame N'Krumah.

Nacido en la Costa de Oro en 1909, católico, pero alumno durante diez años (1935-1945) de la Universidad Lincoln, reservada a los negros, en los Estados Unidos, N'Krumah, amigo íntimo del periodista George Padmore, fue presidente de la Asociación de Estudiantes Africanos de América y del Canadá. Hegeliano y marxista, confirmado en sus opiniones por las enseñanzas de la London School of Economics (seguidas desde 1945 hasta mediados de diciembre de 1947), una carrera fulgurante le aguarda en aquel país de siete millones de habitantes, dotado por la Constitución Burns de 1946 de un Consejo legislativo compuesto al principio por 10 europeos y 21 africanos (de ellos, sólo 15 elegidos), y luego, tras los motines de Accra de 1948, de una asamblea enteramente elegida. Con el apoyo entusiasta de las mujeres, el «Convention People Party», que él ha creado en junio de 1949, obtiene los dos tercios de los escaños en las elecciones de 1951. Primer ministro en 1952 (después de la entrada en vigor de la Constitución Watson, el 24 de octubre), aplasta a la oposición, el «United Party» del doctor Kofy Busia (obligado a huir), así como al movimiento de «Liberación Nacional» del norte y al «Moslem Associated Party» de los príncipes de Mampousi y de los Ashantis, impone su dominación a los sindicatos, desde 1952 hasta 1959, y encarcela a sus adversarios con una simple orden personal (encarcelamientos que se prolongan hasta cinco años). Así resucita el reino de Ghana (que se remonta a 300 años después de J. C.) (32), primer país de Africa que será declarado independiente, el 8 de marzo de 1957. Entonces, extiende sus miras a sus vecinos, Costa de Marfil y Togo, crea en Accra un «African Affairs Center», que pretende convertir en el núcleo de la unidad del continente negro y, para conseguirlo, intriga abiertamente contra sus rivales, Sylvanus Olimpio, de Togo (asesinado el 13 de enero de 1963), y Sekou Touré, de Guinea.

Pero el incienso de su triunfo nubla un poco su razón: el «Redentor» (como se llama a sí mismo) rueda en automóvil de lujo, vuela en helicóptero (valor: 50.000 libras esterlinas), navega en un yate (250.000), vive en un castillo y se relaja en una villa (de 300.000 libras). Bajo su dirección, el Estado acumula más de 200 millones de dólares de deudas. Cansados de su megalomanía y de su fasto oriental, el general Ankrah y el general Kotska (que será asesinado en abril de 1967), aprovechan un viaje de N'Krumah

---

(32) La Costa de Oro (capital Accra), con una superficie de 240.000 quilómetros cuadrados, es el país más rico del Africa occidental: cosecha la tercera parte de la producción mundial de cacao, y su subsuelo proporciona bauxita, manganeso y diamantes. Un proyecto de presa «Volta» para mejorar su agricultura debe costar alrededor de 400 millones de dólares.

a Pekín para neutralizar a su «guardia» y librar al país de aquel potentado (24 de febrero de 1966). Pero la historia, a veces, se repite. El doctor Kofy Busia, presidente desde el 30 de septiembre de 1968, con el apoyo de 105 diputados sobre 140, ha dado muestras durante cinco años de cierto liberalismo. Pero la baja de los precios de los minerales, y la vertical del cacao, tienen como efecto duplicar el coste de la vida desde 1963. Presa de inextricables dificultades económicas, abocado a devaluar el «cedi» en un 43,9 % el 28 de diciembre de 1971 (a pesar del apoyo de un préstamo de 10 millones de dólares de Washington y de otro de Bonn de dos millones en noviembre), Busia tiene que actuar a su vez contra la oposición favorable al regreso de N'Krumah (Hansen reclama un referéndum), condena a seis meses de prisión al pastor Kwaku Gyowu en 1971 y choca con el general Acquin, jefe del ejército, que, nombrado en septiembre de 1971, dimite a finales de año. Encontrándose el jefe del gobierno en Londres desde el 11 de enero de 1972, en la noche del 12 al 13, un golpe de Estado militar, dirigido por el teniente coronel I. K. Achampong, le destituyó, reemplazándole por un Comité ejecutivo de siete miembros (sólo uno de ellos civil).

Promotor de la «Unión Francesa» de Pierre-Bloch, De Gaulle fracasa en su proyecto de Comunidad

¿Cómo es posible que De Gaulle, que se vanagloriaba en Brazzaville de haberse anticipado a los ingleses, se dejara distanciar así? Cogido en su propia trampa, después de haber puesto en marcha un neo-Frente Popular, se había retirado ya a Colombey, el 20 de enero de 1946, cuando se puso sobre el tapete la creación de la «Unión Francesa». En su título VIII, el proyecto de Constitución presentado por el gobierno del socialista Felix Gouin —aprobado el 19 de abril, pero rechazado por el referéndum del 5 de mayo de 1946— preveía su institución. En el Consejo, compuesto a partes iguales de metropolitanos y de representantes de ultramar, tal como lo había concebido una comisión de 38 miembros (19 de ellos marxistas), figuraban 28 diputados y 30 consejeros africanos, elegidos en el colegio único. En el clima parlamentario de la época, ¿cabe asombrarse de que los diputados surgidos de la «Agrupación democrática africana», creada en septiembre de 1946 por Gabriel d'Arboussier y Felix Houphouet-Boigny, en combinación con el «Partido del Reagrupamiento africano», elegidos después de la adopción de la nueva Constitución, el 13 de octubre de 1946, decidieran emparentar con el partido comunista? Mantuvieron aquella actitud durante cinco años, mientras que una insurrección estallaba, el 29 de marzo de 1947, en Madagascar, donde Rasita, explotando el descontento provocado por unas requisas abusivas de arroz, practicadas por los ocupantes británicos, bajo el reinado de su «auxiliar» Larminat, reclamó la independencia en junio de 1946 y ganaba tres escaños para su M. D. R. M. en las elecciones del 10 de noviembre de 1946, antes de arrastrar a la revuelta a sectores enteros de la población. Agravada por el hambre y las enfermedades, la represión dirigida por el general Garbay causó cerco de 25.000 víctimas. Dos años más tarde, en 1949, se desencadenaron unos disturbios en la Costa de Marfil: 3.000 detenciones terminaron con ellos. Aquellos dos fracasos indujeron a los dirigentes africanos a conquistar su emancipación por medios distintos al empleo de la fuerza.

Por otra parte, el entendimiento no reinaba entre ellos. Incluso en el seno de aquel primer «conjunto» que era el Africa Occidental francesa, a la cual Albert Sarraut había trazado antaño el camino en su obra sobre «la revalorización de las colonias». Representantes de una antigua posesión. los del Senegal (33) aspiraban a extender el beneficio de la ciudadanía francesa (concedida en 1916 por la ley Blaise-Diagne a los nativos de las cuatro antiguas comunas) a todos los súbditos de ultramar. El socialista Lamine Guye lo obtuvo por la ley del 7 de mayo de 1964. Ni él, ni su colega Leopold Senghor, católico, ex alumno de la Escuela Normal Superior, poeta, amigo del martiniqués Aimé Cesaire, veían con buenos ojos la alianza con los hombres de Moscú. Senghor logró separar del partido comunista a su colega de la Costa de Marfil Houphouet-Boigny, médico, a la vez jefe «baoulé», defensor del sindicato agrícola de los plantadores africanos, amo de un partido único, democrático de nombre (1948), y más tarde de una Unión Nacional de los Trabajadores (1961) (34).

La atracción ejercida por Ghana, autónoma desde 1951, y por su primer ministro N'Krumah (1952), sobre el territorio en mandato del Togo ex alemán (35), no tardaría en acelerar el proceso de emancipación de las colonias del Africa Occidental francesa. Jefe del Comité de Unidad togoleña desde 1948, Sylvanus Olympio obtuvo en 1950 la elección libre de los consejos de circunscripciones, en 1951 la supresión del doble colegio, la creación de un Consejo de Gobierno el 16 de abril de 1955 y, a raíz de un plebiscito, el 9 de mayo de 1956, la instauración de una República autónoma, el 30 de agosto. Miembro del gabinete de París desde el 1 de febrero de 1956 (permanecerá en él tres años), el doctor Houphouet-Boigny obtuvo de su colega socialista Gaston Defferre la extensión de aquel régimen, incluyendo Consejo Ejecutivo y asamblea elegida, a todos los otros territorios, por la ley del 23 de junio de 1956, cuando únicamente los más evolucionados (Senegal y Costa de Marfil) eran susceptibles de aplicarla válidamente.

Así estaban las cosas cuando la vuelta al poder de De Gaulle, después del 13 de mayo de 1958, lejos de sellar «una cohesión definitiva entre Francia y sus territorios de ultramar» (prometida a la Asamblea Nacional el 21 de marzo de 1945), o de fundar una «Comunidad efectiva», reafirmada el 13 de julio de 1958, en un discurso prometiendo «establecer sobre el modelo federal los lazos de nuestra Unión, organizar una gran asamblea política, económica, cultural...», provocó por el contrario el rápido estallido del frágil edificio (concebido ante el Comité consultivo constitucional el 8 de agosto, aprobado por referéndum el 28 de septiembre de 1958, constituido por un Senado

---

(33) Sobre una superficie de 200.000 quilómetros cuadrados, el Senegal contaba en 1964 con 3,4 millones de habitantes de raza Onolof, Peul, Toucouleur y Mandingue. Aparte de la posición estratégica excepcional de su capital, el puerto de Dakar, dando frente al Brasil a través del Atlántico, apenas posee otro recurso que el cultivo del cacahuete.

(34) La Costa de Marfil, donde sobre 320.000 quilómetros cuadrados vivían en 1964 3.768.000 habitantes, es un país relativamente rico que produce cacao, café, frutos y maderas tropicales, que exporta por el puerto de Abidjan, su capital.

(35) Ex colonia alemana, cuyas tierras más ricas fueron incorporadas a la Costa de Oro en 1919, el Togo bajo mandato francés (capital Tomo) es un país reducido a 57.000 quilómetros cuadrados, poblado por 1.620.000 «Ewés» en 1964, productor de café, de algodón y de aceite de palma. Sucesor de Sylvanus Olympio, asesinado el 13 de enero de 1963, su cuñado, Nicolas Grunitsky, gracias al ejército, se enfrentará con éxito a las manifestaciones estudiantiles que pretendían derrocarle, el 21 de noviembre de 1966.

consultivo, compuesto por 168 franceses y 98 africanos), aventado por la concesión de independencias en serie.

Respondiendo en Brazzaville, el 24 de agosto, al deseo de emancipación inmediata, en el marco de una Confederación de Estados, expresado por Leopold Senghor en el Congreso del Partido de Reunificación africana, celebrado en Cotonou, en presencia de 500 delegados, del 25 al 27 de julio de 1958, con el apoyo de la Unión General de Trabajadores del Africa Negra (fundada en aquella misma ciudad en enero de 1957), el «Guía», creyendo tal vez en la todopoderosa virtud de los lazos económicos y financieros, declaró en tono de reto: «El que quiera la independencia, puede tomarla inmediatamente: la Metrópoli no se opondrá». Palabras imprudentes. Aceptadas en Conakry (Guinea) (36), De Gaulle se ha encolerizado ante las hirientes afirmaciones de Sekou Touré (un estafetero comunista, amo de un partido único, «democrático», que domina a los sindicatos; descendiente por línea femenina del conquistador Malinké Samory, Touré ha reclamado la autonomía el 7 de junio de 1958), declarando preferir «la pobreza de la libertad a la riqueza de la esclavitud», y ha apresurado la ruptura (octubre de 1958), cortando los víveres al insolente (el cual intentará el 23 de noviembre unirse a Ghana, solicitando al mismo tiempo la ayuda de la U. R. S. S. y la de los Estados Unidos).

Las Conferencias de Accra precipitan el movimiento de independencia

Comprometida por aquel acceso de malhumor, así como por la pretensión del «General» de considerar a los altos comisarios como simples emanaciones de su persona, a pesar de las generosidades que se permite con las antiguas colonias (de 3.000 millones de francos en 1959, aquellas subvenciones son aumentadas a 9.000 millones en 1960 y a 15.000 en 1962), la Comunidad creada por el texto constitucional de los días 28 de septiembre-4 de octubre de 1958 ha nacido muerta (llamado a presidirla el 8 de enero de 1959, De Gaulle no dejará de seguir percibiendo la lista civil correspondiente). El proceso que conduce a los países africanos hacia la independencia, por otra parte, es acelerado por la reunión de las dos conferencias en Accra; la primera, el 15 de abril de 1958, agrupando a los delegados de cinco estados árabes y de tres estados negros independientes (Etiopía, Liberia, Ghana), y la segunda, del 8 al 13 de diciembre de 1958, bajo la presidencia de Tom Mboya, en el curso de la cual 250 representantes, con el apoyo de los sindicatos libres del norteamericano Irving Brown, y siguiendo las inspiraciones

(36) Guinea (capital Conakry), donde, sobre 25.000 quilómetros cuadrados viven tres millones de Peuls y de Bantús, exporta por un lado café, plátanos y aceite de palma, y por otro bauxita, explorada por la firma Péchiney. Apoyado por los sindicatos, Sekou Touré, creador en enero de 1957 de una Unión General de Trabajadores del Africa Negra, combate la influencia del clero, cuyas escuelas ha nacionalizado en 1959 y que empieza a africanizar en 1967. Tras haber absorbido el «Bloque democrático» de Barry Diawadu, su partido único, «democrático y popular», le sirve de apoyo para realizar unas nacionalizaciones apresuradas, que a continuación se verá obligado a frenar. Amenazado por un desembarco de partisanos, el 22 de noviembre de 1970, Sekou Touré reacciona con crueldad, enviando al patíbulo el 25 de enero de 1971 a 54 condenados, sobre un total de 92. Los otros ven conmutada su pena por la de trabajos forzados a perpetuidad, incluido el arzobispo —progresista— Tchidimbo (a pesar de haber sido propuesto por Sekou Touré para reemplazar a monseñor de Milleville, expulsado en 1961), en compañía de dos alemanes, tres franceses y 10 libaneses.

del «trust de cerebros» jamaicano de George Padmore, Anthony Lewis y Geoffrey Bing, crean un secretariado permanente, estimulan los movimientos de liberación y proyectan la organización de cinco Federaciones (O. E. N. S. y Centro) en las posesiones británicas de Africa.

Rompiendo entonces el marco de la A. O. F. para responder a unas afinidades políticas o tribales, o simplemente al deseo de hegemonía de los principales caudillos, nacen efímeros «conjuntos». En Dakar, en enero de 1959, Leopold Senghor, que ha fracasado en una tentativa de unión con Gambia, crea con el Dahomey, el Alto Volta y el Sudán (Malí), una Federación llamada del «Malí», que no tarda en desintegrarse, porque el dirigente sudanés Modibo Keita, procomunista, jefe de una democracia popular de partido único, la «Unión Sudanesa», profundamente hostil a Francia, prefiere buscar una salida para sus productos hacia la Guinea de su compañero de camino Sekou Touré, a utilizar la vía férrea que conduce al Senegal. Sin embargo, los días 11-12 de diciembre de 1959, De Gaulle promete en Dakar la independencia al Malí, después de su ruptura con el Senegal. Los otros socios de la Federación, Dahomey y Alto Volta, se separan entonces (agosto de 1960) de Dakar y de Senghor, para constituir, en torno a su rival Houphouet-Boigny, de la Costa de Marfil, un «Consejo de la Entente» en el que participa también el Níger. A fin de conceder a aquellos Estados «la independencia en la interdependencia», sin romper del todo el lazo comunitario, hay que revisar la Constitución. Mientras que unos, Madagascar, Malí y ex territorios del A. E. F., firman un acuerdo de cooperación simultáneo a la emancipación, otros no accederán a hacerlo hasta más tarde (abril de 1961).

El resultado es que aparte de Guinea (introducida en la O. N. U. el 12 de diciembre de 1958, a pesar de la oposición de Francia, tras ser presentada por Ghana y Japón), catorce territorios ex franceses son reconocidos independientes en 1960, cuatro de ellos sin ningún lazo con la Comunidad (Costa de Marfil, Dahomey, Alto Volta, Níger). Son:

— en enero, la ex colonia alemana del Camerún (37), que ha recibido un estatuto análogo al de Togo el 16 de abril de 1957 y ha reclamado la autonomía completa el 11 de junio de 1958. Su población —4,6 millones en 1964— no es homogénea. Los Peules de los sultanatos del norte tienen poca afinidad con los Bantús del sur, en tanto que los Bamelekes del oeste (sometidos antaño al reino de los Mfou) experimentan la atracción de Nigeria. De ahí, a partir de 1948, los disturbios que llevaron a la prohibición de la «Unión de las Poblaciones del Camerún» en julio de 1955. También la autoridad del presidente Ahmadou Ahidjo, un moderado, musulmán del norte, ha chocado con los ataques de sus rivales Soppo Privo y Andrés-Marie Mbida, y, más recientemente, con la conjura tramada por el iluminado Gabriel Tabeu y Celestin Takala, condenados a muerte el 3 de enero de 1971. Complicado en la conjura, por su amistad con el *maquisard* Ernest Ouadié (y detenido ya a su regreso de Roma, el 17 de agosto de 1970), el obispo Albert Ndogmo es condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

— el 27 de abril, Togo, donde, a raíz de escapar de un accidente de

(37) Aunque cercenado, lo mismo que Togo, de su región más rica, el Camerún bajo mandato francés (480.000 quilómetros cuadrados) es un país próspero, productor de café, tabaco, plátanos, aceite de palma, caucho y bauxita (explotada por Péchiney).

avión, el 24 de enero de 1974, el general Etienne Gnassiybe Eyadema impondrá, el 2 de febrero, el control del Estado sobre la producción de fosfatos de Kpeme en el Benin (2,5 millones de toneladas exportadas en 1973).

— el 20 de junio, el Senegal, donde Leopold Senghor, amenazado de un golpe de fuerza el 17 de diciembre de 1962 por el maestro de escuela Mamadou Dia, vicepresidente en 1957, luego presidente del Consejo en 1960, tuvo que librarse de él, exilando al mismo tiempo a Mahmoud Diop e integrando el «Bloque de las Masas Senegalesas» en su «Unión Progresista» (1963). El 26 de febrero de 1973, una nueva Constitución establecerá un presidente electo por sufragio universal directo para cinco años, sólo reelegible una vez, administrando la Defensa, las Relaciones Exteriores y la Justicia como dominio propio, pero asistido de un primer ministro y una asamblea elegida por sufragio universal con listas nacionales.

— también el 20 de junio, Sudán (capital Bamako) (38), que ha tomado el nombre del imperio del Malí, constituido en el siglo XIII. Su caudillo, Modibo Keita, reinando sobre el partido único de la «Unión Sudanesa», después de haber hecho desaparecer a los jefes de la oposición, es un comunista ecléctico, que se rodea de misiones rusas, chinas e israelíes, ha regresado de una gira de dos meses por diez países, a finales de 1964, profundamente impresionado por la China de Mao.

— el 26 de junio, Madagascar, donde la autoridad del moderado Philibert Tsiranana, respaldado por su partido «socialista-demócrata», pareció sólida durante un largo período. Nombrado presidente en abril de 1959, resistió a las intrigas de su ministro del Interior, Resampa (de raza tsimiety como él), al que internó en la isla de Santa María por haber tardado en reprimir una revuelta en la costa SO. alrededor de Tulear, de marzo a junio de 1971. (¿Por instigación del representante yanqui Marshall —dado que los Estados Unidos codiciaban la base de Diego Suárez—, o de los maoístas de Pekín?). Aunque reelegido por el 99,2 % de los votos (una quasi-unanimidad demasiado impresionante) el 30 de enero de 1972, se defendió con menos éxito contra la agitación prolongada de los estudiantes, iniciada el 2 de mayo de 1972, supuestamente por la malgachización de la enseñanza, en realidad contra la influencia francesa. Agitación mantenida por el partido maoísta Mona John o «Monima» y algunos colaboradores, y estimulada por el partido de la oposición «marina-hova», A. K. F. M. (los Hovas eran la antigua población que dominaba en las altiplanicies). Los disturbios, después de la detención, en la noche del 12 al 13 de mayo, de 200 agitadores (deportados a una isla del NO., cerca de Analava), se transformaron el 13 en motines, duramente reprimidos por la policía armada (de 20 a 40 muertos, más de 300 heridos), y luego en huelga general, acompañada del incendio del Ayuntamiento y de represalias contra los C. R. S. Para restablecer la calma en Tananarive y en Tamatave, con la ayuda de la gendarmería, Tsiranana, amenazado con ser depuesto, tuvo que aceptar el sacrificar a su ministro de Educación, Botokeky, el regreso el 16 de mayo en un avión de transporte de los líderes internados y el arbitraje de los jefes del ejército, generales

(38) Gran territorio de 1.200.000 quilómetros cuadrados, poblado en 1963 por 4.394.000 habitantes (Malonkés, Dogons, Bambaras y Tuaregs), el Sudán produce casi únicamente algodón y arroz.

Romanantsoa (salido de Saint-Cyr), Ramarolahy y Andriamahazo, francófilos, aunque simpatizantes con la oposición por ser de raza hova.

— el 1 de agosto, Dahomey (39), cuya población de 2.264.000 almas carece totalmente de cohesión, lo que es germen de una profunda inestabilidad, ya que las tribus del Norte se vuelven hacia el Níger, las del Este, Yombas, hacia Nigeria, y las del Sur, los Ewés, al lado de los Pons que realizaron la unidad en 1625, hacia sus hermanos de raza de Togo. Amenazado de disturbios sindicales, el presidente Hubert Maga tuvo que apelar al ejército, que le destituyó (18 de octubre de 1963). Después de haberle reemplazado inicialmente por Apithy, el coronel y luego general Christophe Soglo apartó también al jefe del gobierno Ahomadybe y asumió él mismo el poder, el 25 de diciembre de 1965, hasta el 17 de diciembre de 1967, fecha en la que, a favor de una huelga general, el teniente coronel Alphonse Alley le destituyó a su vez y situó en su lugar a un presidente, Zinson, investido el 1 de agosto de 1968, que no tardó en ser derrocado por el coronel Paul-Emile de Souza, el 10 de diciembre de 1969.

— el 5 de agosto, el Níger (40), sometido a la mano de hierro de Hamani Diori, que se impuso expulsando a su adversario Djibo Bakary y logró escapar el 13 de abril de 1965 a un atentado suscitado por Ghana, pero será eliminado por un *putsch* del teniente coronel Seyni Kountie, jefe del Estado Mayor, el 15 de abril de 1974; alzamiento en el cual perecieron 20 de sus amigos y su esposa —demasiado mezclada en asuntos comerciales y políticos— en un momento de penuria, cuando, después de una visita triunfal del coronel Kadhafi, un acuerdo acababa de concluirse con Libia, y otro estaba pendiente con Francia (preparado por las visitas de Yves Guena en Niamey el 12 de marzo, y la de J. de Lipkovsky esperada *para el* 19 de abril), sobre la revalorización de los precios del uranio importado de este país.

— también el 5 de agosto, el Alto Volta (41), cuyo presidente, Maurice Yameogo, será derrocado a raíz de unas manifestaciones sindicales, por el coronel Sangale Lamizana (4 de enero de 1966), quien, a raíz de un conflicto con el premier Gerard Kango Udreago, suspenderá la Constitución y disolverá el Parlamento el 8 de febrero de 1971.

— también el 5 de agosto, el Chad (42), cuyo presidente, François Tombalbaye, protestante, apoyado en su partido progresista único y en una débil guarnición francesa en Fort Lamy (donde los paracaidistas tuvieron que intervenir el 26 de agosto de 1968, se esfuerza en resistir a las ambiciones

---

(39) País de 100.000 quilómetros cuadrados, relativamente pobre, productor de cacao, de café, de algodón y de aceite de palma.

(40) Este gran país de 1.300.000 quilómetros cuadrados, alimenta a duras penas a unos 3.140.000 habitantes (1963), Pauls al sur y Tuaregs al norte, donde subsisten los sultanatos de Zinder, de Maradi y del Gobin. Pero posee en Arbit, en el macizo de Air, unas minas de uranio (900 toneladas en 1971), que le valieron 80 millones de francos de créditos.

(41) Sobre este territorio de 305.000 quilómetros cuadrados (capital Ouagadougou), de los más pobres, 4.858.000 Mossi vivían del cultivo del mijo y de la cría de ganado, pero poseen 12 millones de toneladas de reservas de manganeso, explotadas a razón de 375.000 al año, cuya *evacuación, como la del yacimiento de Ansargo, en el Mali (120 quilómetros* más al Norte), está planeada por un ferrocarril de 342 quilómetros, Tambao-Ouagadogou.

(42) Al borde del Sahara, sobre 1.300.000 quilómetros cuadrados, el Chad (capital Fort Lamy) sólo exporta algodón y cacahuetes. Sus 3.300.000 habitantes son pastores.

sudanesas y egipcias, que mantienen la agitación y la guerrilla entre las tribus musulmanas del desierto (lo que provocó otro golpe de Estado fallido, el 26 de agosto de 1971).

— el 7 de agosto, al mismo tiempo que Costa de Marfil, la República Centroafricana (43), donde el sucesor de Boganda (muerto en 1959), el moderado David Dacko, logró mantenerse gracias a su partido único, llamado «Movimiento de la Evolución Social», hasta el momento en que el coronel Bokassa le expulsó (31 de diciembre de 1965).

Territorios de tamojal, puramente continentales, sin salida al mar, el Alto Volta, el Níger y el Chad figuran, al igual que la República Centroafricana (sin más enlace con el exterior que por el Ubangui y el Congo), entre los más desheredados y los menos viables de los países subdesarrollados.

— el 15 de agosto, el Congo-Brazzaville (44), dirigido entonces por el pintoresco abate Fulbert Youlou. Pero dos grupos hostiles, Mboshi y Bakongos, se repartían la población, y uno de estos últimos, Massemba Debat, derrocó al abate sin que el ejército se moviera, el 15 de agosto de 1963, con el apoyo de jóvenes extremistas a los que enroló en su «movimiento nacional revolucionario», único. Habiendo nacionalizado la enseñanza y combatido a los sindicatos cristianos (1965), el nuevo amo se acercó a sus congéneres bakongos, el congoleño Kasavubu y el agitador angoleño Robert Holden, antes de dirigirse a Pekín para solicitar subsidios (300.000, luego 15 millones de dólares). En la noche del 30 al 31 de agosto de 1969, el comandante Marien N'Gouabi y sus paracaidistas le eliminaron, dominaron a las milicias populares y llevaron al capitán Raoul a la presidencia. Entonces, permitieron a Ernest N'Doulla calcar la organización de su «Partido congoleño del Trabajo» de la del P. C. (Buró Político de ocho miembros; Consejo de 16; Comité Central de 40), monopolizaron el comercio exterior, nacionalizaron los transportes fluviales y se rodearon de 500 expertos chinos, al tiempo que solicitaban a la vez la ayuda del Mercado Común y del Comecon para la construcción de una gran presa en el Kouilou, destinada a alimentar Pointe-Noire. Contra aquel régimen, un golpe de mano dirigido por el teniente Singanga fracasó, después de haber capturado la estación de radio el 22 de febrero de 1972 (balance: 30 muertos los rebeldes y dos los militares).

— el 17 de agosto, Gabón, cuyo presidente, Leon M'Ba, partidario de la cooperación con Francia, desbordado por una juventud turbulenta y detenido por unos oficiales en enero de 1964, tuvo que ser restablecido el 18 de febrero por las tropas francesas, ya que las riquezas de aquel pequeño país (270.000 quilómetros cuadrados; medio millón de habitantes), no sólo en maderas preciosas y en cacao, sino también en manganeso y en petróleo, atraían sobre él la codicia de los Estado Unidos y de Israel (M'Ba murió en noviembre de 1967).

— el 28 de noviembre de 1960, finalmente, Mauritania, cuyos destinos preside Moktar Ould Dadda.

* * *

(43) 600.000 quilómetros cuadrados, dos millones de habitantes, sin más recursos que el algodón y los cacahuetes (capital Bangui).

(44) Productor de arroz, de caña de azúcar y de tabaco, así como de minerales (Pb, ZN, Cu, bauxita). 350.000 quilómetros cuadrados y 900.000 habitantes en 1965.

El Africa francesa se desintegra y derrocha sus escasos recursos

En tanto que los estados extremistas, francamento marxistas, de la Guinea y del Malí abandonan la zona del franco, crean la «Unión de Estados Africanos», se acercan a Ghana, se adhieren al grupo de Casablanca, con los países de Africa del Norte, Marruecos, Túnez, G. P. R. A. argelino, apoyados por la R. A. U. (4-7 de enero de 1961), y se reúnen en Belgrado (del 1 al 6 de septiembre de 1961) con otros 22 estados «no comprometidos» (siete de Asia, tres o cuatro del Cercano Oriente, Cuba, Chipre y los norteafricanos) los otros doce, socialistas reformistas al estilo egipcio, reunidos en Brazzaville, en diciembre de 1960, luego en Yaoundé (Camerún) en marzo de 1961 y en Tananarive el 12 de septiembre, dan nacimiento a la «Unión africana y malgache». Aquella Unión agrupa en Monrovia, en mayo de 1961, a Liberia, Sierra Leona y Nigeria, y luego a Etiopía, Somalia, Libia y Túnez. Unos expertos, reunidos en Dakar, del 17 al 24 de julio de 1961, preparan la conferencia celebrada en Lagos, del 22 al 30 de enero de 1962, en la cual participan el Congo-Leopoldville y Tanganika. Aquellos esfuerzos de unión continental culminarán en Addis-Abeba, el 23 de mayo de 1963, con la creación por 31 Estados de la «Organización de la Unión Africana», dotada de un Secretariado permanente, sobre el plan, bastante vano, de los principios (no injerencia, etc.) y de la lucha por la emancipación de los territorios dominados todavía por los blancos (posesiones portuguesas, Unión Sudafricana).

Pero, ante todo, hay que vivir. Sin llevar el lujo hasta el palacio de mármol en el que vive Leopold Senghor en Dakar, la independencia entraña, para aquellos «*reinos de taifas*», un aumento sensible de los gastos generales: delegados en la O. N. U. (de cinco, los Estados africanos han pasado a 21, luego a 33 a principios de 1967, y poco después a 38, sobre un total de 122 miembros); diplomáticos; más de 200 ministros; varios millares de parlamentarios, sólo para los territorios ex franceses del A. O. F. y del A. E. F.; innumerables funcionarios (en el Senegal hay 35.000) que, si bien son de baja calidad, proliferan hasta el punto de devorar del 60 % (en el Dahomey) al 80 % de los presupuestos. A fin de alimentar a aquella clientela (los sindicatos africanos están compuestos ante todo por funcionarios del Estado), que ocupa las administraciones, los sindicatos, las cooperativas, los nuevos príncipes no tienen más recurso que llamar a la puerta del Elíseo, para solicitar créditos a De Gaulle, nuevo Sultán, flanqueado por su fiel visir Jacques Foccart. Así, la ayuda francesa, distribuida por la Caja Central de Cooperación Económica, C. C. C. E., alcanzando 1.250 millones de subvenciones públicas sobre un total de 1.663 millones de créditos, se eleva a 245 millones de dólares en 1961 (más de 3.000 millones de francos), 264 en 1962-63, 261 en 1964 y 253 en 1965 (más unos 1.500 millones de inversiones privadas), lo que representa para Francia el 2,5% de su renta nacional (comparada con el 1 % para la Gran Bretaña y el 0,6 % para los Estados Unidos). Cuatro estados, los más ricos en recursos por otra parte, Madagascar, Costa de Marfil, Senegal y Camerún, se reparten la mitad de aquel maná, que no compensa la baja catastrófica de los precios de los principales productos africanos en el mercado mundial (el del cacao, por ejemplo, que pasó de 32,1 en 1950 a 57,8 en 1954, se ha hundido a 21 en 1962), hasta el punto que, desde 1954 hasta 1962, la diferencia será del orden de 3.000 a 5.000 millones de francos (según *Marchés Tropicaux* del 31 de julio de 1965). Cabe

preguntarse, pues, si a fin de cuentas la ayuda no benefició a los grandes trusts internacionales tipo «Unilever», al menos tanto como a los países destinatarios.

A aquella ayuda francesa se añaden la otorgada por el Fondo Europeo de Desarrollo del Mercado Común, en aplicación de un convenio concluido en Bruselas el 19 de diciembre de 1962 y firmado en Yaoundé el 20 de julio de 1963 (contribución aumentada de 581 millones a 800 millones de dólares por cinco años, multiplicada por cuatro de 1960 a 1963), y alrededor de 100 millones de dólares de inversiones de la F. A. O. En 1962, seis estados sucesores del A. O. F. (Senegal, Mauritania, Alto Volta, Níger, Costa de Marfil y Dahomey) han formado una Unión monetaria y creado un Banco central para administrar aquellos fondos. Sigue una Unión aduanera y económica de Africa central (convención del 9 de diciembre de 1964). Además, los grandes organismos internacionales proporcionan a aquellos países subdesarrollados valiosos expertos, cuyas recomendaciones se olvidan en la mayoría de los casos, por desgracia, una vez terminada su misión. Finalmente, en el terreno cultural se ha constituido, por iniciativa de la Universidad de Montreal, en septiembre de 1961, una agrupación de los países de lengua francesa, bajo el horrible nombre de «francófonos», que ve la luz en Nouakchott (Mauritania), seis meses después de la conferencia de la O. U. A. en El Cairo (del 17 al 21 de julio de 1964). Reúne a trece estados de la Unión africana y malgache, más el Congo-Leopoldville de Tshombé.

Modelo de colonización, el Congo se sume en la anarquía

El discurso pronunciado por De Gaulle en Brazzaville, el 24 de agosto de 1958, entrañando el estallido del A. O. F. y del A. E. F. y la subsiguiente desbandada de la Comunidad, ha tenido en efecto una repercusión fatal sobre aquel Estado modelo de colonización paternalista que era el Congo belga (45). Ya que el gobierno de Bruselas no se había limitado (con la colaboración de 100.000 blancos) a explotar los valiosos recursos del suelo (plátanos, cafetales, palmeras de aceite, heveas, algodón, arroz, maíz) y del subsuelo (oro en el NE.; diamantes; cobre, 275.000 toneladas; manganeso, 135.000 toneladas; zinc, 100.000; estaño, 25.000; cobalto, 18.000; uranio de Katanga, utilizado para las bombas atómicas norteamericanas) —riquezas codiciadas por los Estados Unidos, relativamente pobres en cobre y en metales raros, que consideraban al Brasil y al Congo como una suprema reserva para su economía—, por mediación de grandes compañías, la Unión Minera creada en 1906, las sociedades O. M. H. K., C. N. Ki, Forminies, etc., sino que había reforzado la administración, controlando las circunscripciones, formando cuadros competentes, concediendo privilegios a los evolucionados (1952), acelerando la escolarización (10 %: 1,3 millones en 1958), montando un régimen de seguros sociales que disponía de 450 hospitales (para 650.000 enfermos) y de 2.140 dispensarios (para cinco millones de consultantes), organizando un sistema de conciliación y arbitraje y legalizando en mayo de 1946 los sindicatos (formados en la clandestinidad desde el año anterior), en número de 9.000 en 1956, adheridos a tres federaciones. Previendo una

(45) Descubierto por Stanley, lanzado a la búsqueda de un aventurero judío poco recomendable, Emin pachá, al norte del lago Albert, el Congo, declarado posesión real el 30 de abril de 1885, fue legado por Leopoldo II a Bélgica el 18 de octubre de 1908.

evolución necesaria, incluso hizo establecer por van Bilsen en 1955 un plan de emancipación por etapas de aquel Estado en el que, sobre 2.545.000 quilómetros cuadrados, viven 16.353.000 personas.

Pero no tardó en ser desbordados por los acontecimientos. Antiguos seminaristas o discípulos de las misiones protestantes, estimulados bajo mano por los trusts norteamericanos y suecos, los caudillos nacionalistas se agitan, lanzan el 30 de junio de 1956 un manifiesto de «Conciencia africana», al cual responde una contramanifestación del AB. B. K. O. (partido de los Bakongos, creado por Nzeza Landon en 1950, dirigido desde 1955 por Joseph Kasavubu (nacido de padre chino), provocan disturbios en el estadio de Leopoldville el 16 de junio de 1957 y obtienen un éxito ABAKO en las elecciones municipales de diciembre de 1957. El 4 de enero de 1958, unos motines, reprimidos por el general Jansen, duran tres días y causan 40 muertos y 250 heridos en la capital. A continuación, el discurso de De Gaulle (24 de agosto de 1958), la exposición de Bruselas y el congreso de Accra (del 8 al 13 de diciembre de 1958), incitan a los jefes rebeldes del Movimiento Nacional Congoleño, solidario del Partido Socialista Africano de Antoine Gizenga, del A. R. P. (Joseph Ndeye), del Conakta (de Kamaga, en Kassai), a pasar a la acción. Patricio Lumumba, salido de una escuela misionera, ex funcionario de Correos expulsado por robo, marxista, a su regreso de Accra el 28 de diciembre de 1958, reclama la independencia.

A raíz de una Mesa Redonda celebrada en Bruselas, del 20 de enero al 20 de febrero de 1960, el rey Balduino se apresura a prometer la emancipación reclamada, después de haber hecho soltar a Lumumba (27 de enero), que había sido encarcelado en Stanleyville a consecuencia de unos motines (20 muertos, en noviembre de 1959). El 19 de mayo de 1960, una ley fundamental convierte al Congo en un Estado centralizado. Aunque Lumumba, llegado en cabeza en las elecciones con 36 escaños sobre 137, haya obtenido una mayoría de 84 votos en la asamblea reunida el 26 de junio, consiente en un compromiso con su rival: en el momento en que, el 30 de junio, es obtenida la independencia, Kasavubu asume la presidencia del Estado y Lumumba la presidencia del Consejo. Pero aquel acuerdo no basta para asegurar la paz. Contra la centralización, la revuelta estalla en el campamento de Leopoldo II y en el de Hardy (Thysville). El 25 de julio, 25.000 hombres de la fuerza pública se amotinan. Los europeos son víctimas de atropellos y de violaciones. En Leopoldville, donde Bakongos y Bayugas se baten, los paracaidistas tienen que intervenir (procedentes de Kitona-Matadi). El país se sume en el caos. En Coquithalville (Ecuador), los Lumumbos reclaman la independencia el 6 de julio. En Kassai, Luluas y Balubas se matan entre ellos. Los paracaidistas tienen que venir de Kamina para liberar a 1.200 europeos refugiados en un *building* de Luluaburg. Las tribus se desencadenan por doquier. Centralizador, Lumumba liquida a millares de Balukas... Entonces entra en escena, con el apoyo de la Unión Minera, Moise Tshombe (ex alumno de una misión metodista; ex presidente de la Cámara de Comercio de Katanga y miembro del Consejo de Gobierno). En las elecciones de mayo, su partido CONAKAT se impone al Balubakat de Jason Sendeve; el 75 % de la población le apoya en su provincia, que produce el 65 % de la renta nacional. El 11 de julio, en Elisabethville, capital del Sudeste, proclama la secesión de Katanga, de la cual, tras la aprobación de una consti-

tución, el 4 de agosto, se convierte en presidente, el 8. En Kassai, Albert Kalongi se apresura a seguir su ejemplo.

Los trusts sueco-norteamericanos derrocan a Tshombe

Esto no favorece los intereses norteamericanos. De ahí el celo yanqui en salicitar la intervención, «¡para restablecer el orden!», de las fuerzas de las Naciones Unidas (16.000 soldados enviados el 14 de julio de 1960). Ya que Lumumba, que a pesar de sus conocidas conexiones comunistas ha recibido de Eisenhower un crédito de 20 millones de dólares, a raíz de una visita a los Estados Unidos y al Canadá (12 de julio), es apartado del gobierno el 5 de septiembre por el presidente Kasavubu. Este acto de autoridad sólo ha sido posible gracias al apoyo del ex sargento mayor (y periodista en sus ratos de ocio) Joseph Mobutu, colaborador de Lumumba en el «Movimiento Nacional Congoleño» desde octubre de 1958, que, nombrado secretario de la Defensa en su gabinete, y luego coronel y jefe de Estado Mayor tras el amotinamiento de julio, se ha vuelto contra su jefe de filas, antes de eliminar por medio de un *putsch* el 14 de septiembre, a los dos políticos rivales (Lumumba y Kasavubu), para reemplazarles el 17 por un Directorio de 15 comisarios generales, que subsistirá hasta el 11 de febrero de 1961. El coronel-dictador, habiendo expulsado inmediatamente a los técnicos de los países del Este (lo que le valió, al día siguiente, 18 de septiembre, un atentado al cual escapó), vio confirmada muy pronto su situación como mayor general, al frente de un ejército de 20.000 hombres, por Kasavubu, con el cual se reconcilió en noviembre, en vísperas de la salida del presidente hacia Nueva York, donde la admisión del nuevo Estado fue aprobada el 23, por 53 votos contra 24. Entretanto, Lumumba, detenido el 5 de septiembre, liberado del campamento Leopoldo por el general Lumdula, protegido contra sus enemigos Bakongos por unos ghaneanos, se evade el 28 de noviembre para reunirse con su amigo Antoine Gizenga (marxista formado en Praga), que ha instalado en Stanleyville un gobierno disidente, el 12 de diciembre de 1960. Detenido de nuevo y confiado a la guardia de Balubas hostiles, es enviado el 14 de enero de 1961 a Bukwanga, al sur de Kassai, controlado por Kalongi. Al desembarcar del avión que le acompañaba, sus colaboradores son asesinados. En cuanto al suyo, pone rumbo a Elisabethville; le sacan del aparato sin conocimiento con dos de sus compañeros y le rematan allí mismo.

Reforzados con 8.000 hindúes los efectivos de los cascos azules, reducidos de 19.000 a 14.000 hombres, el 21 de febrero de 1961 el Consejo de Seguridad exige la evacuación de todos los otros contingentes y consejeros extranjeros. Todos los líderes se oponen a aquella decisión, alrededor de una Mesa Redonda celebrada en Tananarive en marzo; pero habiéndose adherido a ella Kasavubu (contra la promesa de una ayuda financiera, el 17 de abril), en el curso de otra conferencia convocada en Coquilhatville (Ecuador) el 24 de abril, Tshombe fue detenido, internado en Leopoldville y obligado a renunciar al separatismo para ser liberado el 22 de junio. Asistió, pues, a la asamblea parlamentaria de la Universidad de Lovanium (del 21 de julio al 2 de agosto) que, el 27, logró poner en pie un gobierno central (en sustitución del gabinete formado por Joseph Ileo) dirigido por Cyrille Adula (ex miembro del Movimiento Nacional Congoleño, que en Belgrado se había

hecho notar por sus invectivas contra los Estados Unidos), con Antoine Gizenga como vicepresidente, Christopher Gbenye en el Interior y Rémy Wamba, amigo de Gizenga, en la Justicia.

Aunque detenido durante dos meses, en compañía de otros 42 diputados, Tshombe resistió en septiembre la presión de la O. N. U. para que se sometiera a aquella formación marxista, cuyas exacciones había denunciado a Kasavubu los días 14, 26 y 27 de febrero de 1961 (especialmente el asesinato de 13 aviadores italianos en Kindu el 11 de noviembre, y el de 18 misioneros católicos, inicio de una persecución que, hasta 1965, condujo a 167 de ellos al martirio y a 600 al exilio). Con flagrante desprecio de su doctrina de no intervención, la O. N. U., por iniciativa de su representante local, el irlandés O'Brien, que había logrado expulsar el 28 de agosto a 338 mercenarios extranjeros, emprendió el 13 de septiembre una operación de castigo contra Katanga, que fracasó y costó la vida a su secretario general, Dag Hammarskjöl (ligado por su hermano a un consorcio sueco-norteamericano del cobre), cuyo avión se estrelló contra el suelo, cuando se dirigía a Ndola el 17 de septiembre para celebrar una conferencia con Tshombe, preparada por lord Lansdowne. Supuestamente «pacificadores», los cascos azules, apoyados por la aviación norteamericana, cometieron tales atrocidades (bombardeos de hospitales, de escuelas, de misiones, los días 7-8 de diciembre; saqueos; asesinatos seguidos de actos de canibalismo, etc.), que el senador Thomas Dodd (demócrata de Connecticut) negó la contribución reclamada para pagar los gastos de la operación (396 millones de dólares). Privada del nervio de la guerra, la expedición se interrumpió y una convención fue firmada el 24 de octubre de 1961, en tanto que Tshombe reconocía la unidad del Congo y abandonaba Katanga.

En el intervalo, Adula, habiendo restablecido las relaciones, a la vez con los financieros belgas (noviembre de 1961) y con la U. R. S. S. (rotas desde septiembre de 1960), había enviado, de acuerdo con U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, al general congoleño Lundula a restablecer el orden en Stanleyville y a destituir y detener a Gizenga en enero de 1962. Financiado de nuevo por unas emisiones de bonos en septiembre de 1962, el cuerpo expedicionario de la O. N. U. reemprendió entonces sus operaciones, consiguió destruir la aviación katangueña sobre sus campos en diciembre e imponerse el 15 de enero de 1964, después de haber provocado una contra-disidencia en el norte de la provincia e instalado dos administradores. Pero los cascos azules, reducidos a 8.000 a finales de 1963, se retiraron el 30 de junio de 1964, y Tshombe regresó, reconstituyó sus fuerzas y, habiendo aceptado el retorno de Katanga a la Federación, fue nombrado primer ministro por Kasavubu, en sustitución de Adula, en julio. Si bien logró reconquistar Elisabethville los días 23-24 de noviembre, con el apoyo de los paracaidistas belgas (traídos en agosto por unos aviones norteamericanos, tras la entente entre Harriman y Spaak, el 7) y el de los mercenarios de los coroneles Trinquier y J. Schramme, no consiguió mantenerse en ella, ni reducir los focos de insurrección mantenidos por los chinos y Brazzaville (a través del Burundi vecino) en las provincias orientales de Stanleyville al norte (puesta a sangre y fuego por los salvajes «Simbas», aunque 1.600 de un total de 2.000 rehenes blancos fueron liberados el 21 de noviembre), y de Albertville (Manyema, en el centro), donde Christophe Gbenye constituyó un gobierno rebelde el 8 de septiembre, con el apoyo de Soumyalot y de

Pierre Mulele (que será ejecutado el 9 de octubre de 1968), en el Kouilou y el Kiwou.

El coronel Mobutu restablece el orden y la unidad

Tras el fracaso de una mediación intentada por Kenyatta en Nairobi, Kasavubu, que veía en Tshombe un rival para la elección presidencial, le apartó del poder el 13 de octubre de 1965, sin lograr reemplazarle por Evaristo Kimba, al cual el Parlamento negó la investidura. A fin de salir de aquel *impasse*, el general Mobutu, decididamente el hombre fuerte del Congo, se encaramó de nuevo al poder por medio de un golpe de Estado, el 25 de noviembre de 1965, y nombró a su colaborador, el coronel Leonard Mulumba, jefe del gobierno. Disponiendo entonces de un ejército de 40.000 hombres y de paracaidistas formados en Israel, consiguió imponer su autoridad a las tribus disidentes, reducir a doce el número de las provincias (seis en su origen, fragmentadas en 24 distritos), en marzo de 1966, intimidar a los parlamentarios juzgando por complot y haciendo ahorcar, el 2 de junio de 1966, al ex premier Kimba y a tres ex ministros, y restablecer un mínimo de unidad y una paz relativa en el país, gracias a un sólido apoyo financiero de los Estados Unidos (unos 600 millones de dólares, entre 1960 y 1970) (46). A fin de reforzar su influencia sobre la juventud, el coronel Mobutu ha encargado al Movimiento Popular de la Revolución la tarea de formarla, con exclusión de toda institución confesional (12 de diciembre de 1972). Y rompió sus relaciones con Bélgica en mayo de 1974, después de publicarse una biografía que recordaba su humilde origen de sargento. La mayoría de los extranjeros —aparte de unos 15.000 griegos, 12.000 portugueses (en el Sur) y 3.000 tenderos paquistaníes— han sido expulsados, víctimas del movimiento de «zairización».

De aquel Congo —o Zaire— reunificado, dos regiones, declaradas autónomas en el coloquio de Bruselas de los días 23-31 de agosto de 1960, quedaban separadas, ya que habían sido desmembradas del Este africano alemán en 1920 para ser confiadas a la colonia belga vecina. Les aguardaba un destino cruel. Ruanda, donde, después de la muerte del rey Montura III en noviembre de 1959, los Houtous congoleños se habían impuesto sobre los Toutsi (o Watoutsi, gigantes, etíopes de origen), por una matanza que entrañó la huida de 30.000 desdichados, obtuvo su independencia el 15 de enero de 1961 y se constituyó en República, bajo la presidencia de Kayibanda, el 28. Pero este último será alejado del poder por un *putsch* de su ministro de Defensa, general Juvenal Habyarimana, el 5 de julio de 1973. Burundi (27.000 quilómetros cuadrados, capital Bujumbura), reconocido independiente el 21 de julio de 1962, acogió a los refugiados, los cuales se unieron a sus hermanos de raza, dueños del ejército y de la policía, contra los Houtous despreciados pero mayoritarios (el 85 % de una población de 3,5 millones). Con el resultado de que los atentados contra los primeros ministros (asesinato, tras el primero, del segundo, Pierre Ngendamdumwe, el 15 de enero de 1965 —acompañado de una ruptura con Pekín—; seguido

(46) En cuanto a Tshombe, el avión británico en el cual había abandonado España, el 1 de julio de 1967, fue obligado a dirigirse a Argel. Tshombe murió en un calabozo de Boumedienne, el 29 de junio de 1969, víctima de una crisis cardíaca, repentina o provocada.

de una tentativa abortada en octubre contra su sucesor, Leopold Biha, ejecutado en diciembre), y las intrigas contra el trono (derrocamiento del *Mwami* Mwambutsa IV por su hijo el 9 de julio de 1966, coronado el 1 de septiembre bajo el nombre de Nwami Ntaré V y depuesto el 28 de noviembre siguiente por el capitán, luego coronel, Michel Micombero; fracaso de una primera tentativa para liberar al rey en 1969, sancionada con 23 ejecuciones, y de una segunda, el 30 de abril de 1972), desembocaron en un genocidio en regla. Al último levantamiento de los Houtous, en efecto, los militares replicaron ejecutando al depuesto monarca, internado en Gitega, asesinando a los tres ministros representantes de aquella raza y exterminando sus élites, funcionarios, sacerdotes, profesores y estudiantes, en número de unos cien mil.

* * *

Fracaso de la Federación de Africa oriental

Aunque el gobierno de Londres, cuya política africana había sido hasta entonces definida por lord Lugard en su obra *Dual mandate in British Tropical Africa*, y por Ormsby Gore en sus informes sobre el Africa oriental (1934) y occidental (1936), intentó organizar sus posesiones en tres grandes Federaciones, del Africa oriental (Kenya, Uganda, Tanganika), del Africa occidental (en torno a Nigeria) y del Africa central (Nyassalandia y las dos Rodesias) (47), no consiguió ni aplicar aquel programa, ni evitar graves desórdenes, tales como la rebelión de Kenya, es decir, un conflicto tan sangriento como el que iba a desgarrar a Nigeria.

Represión de los Mau Mau de Kenya. Dictadura xenófoba en Uganda, Tanganika bajo control chino

La presencia de colonos blancos (17.000 en 1938, 38.000 en 1959, 60.000 en 1963 (48) y asiáticos (175.000, en su mayoría hindúes) en el seno de una población de 8.847.000 almas en 1963, complicaba el problema de Kenya. Sobre aquel inmenso territorio de 1.700.000 quilómetros cuadrados habían reinado unos árabes swahilis (procedentes de Chiraz, en Persia) que, al tiempo que protegían el país de los depredadores Wamassi, ejercían en él la agricultura y el comercio, alquilando por siete años tierras bajas a los pastores Wakikouyous (Chamitas mezclados con Bantus). ¿Creían estos últimos alquilarlas en las mismas condiciones cuando empezaron a venderlas a los europeos? Fuese un malentendido, fuese un pretexto, un conflicto, estimulado

---

(47) La ayuda británica se ha repartido así (en millones de libras esterlinas) por el «Special Commonwealth Assistance Plan», desde 1954 hasta 1964: a Kenya, 66,6 más 40,5; a Nigeria, 42,4 más 22,9; a Tanzania, 33,2 más 14,6; a Uganda, 18,9 más 17,9; a Africa oriental, 17,4 más 12,5; a Malawi, 19,6 más 9; a Rodesia y Nyassalandia, 2,8 más 19,8; a Sierra Leona, 11,6 más 5; a Zambia, 6,6 más 5,6; a Ghana, 6 más 1,8. Los territorios más favorecidos son los más ricos y también aquellos en los que la influencia europea ha logrado mantenerse.

(48) Es de destacar el acrecentamiento de la inmigración blanca al término de la segunda guerra mundial. Hizo pensar que Churchill habría servido mucho mejor a su país poblando aquellas regiones con 10 millones de «cockneys», parados en potencia, en vez de comprometer desconsideradamente a la Gran Bretaña en el conflicto que debía cavar la tumba de su Imperio.

tal vez bajo mano por los hindúes, surgió bruscamente en 1952, al norte de Nairobi.

Encuadrada por la sociedad secreta de los Kikuyus (creada en 1920), la revuelta llamada de los Mau Mau tuvo por jefe a Jomo (Joseph) Kenyatta, alumno de una misión protestante, estudiante en Londres en 1929, luego en Moscú en 1936, inspector de bosques, marxista, autor de un libro *Facing Mount Kenya* (1938), fundador en 1947 de la «Kenya African Union». Las tropas británicas reaccionaron con vigor: practicaron 150.000 detenciones y 13.000 internamientos y, persiguiendo a las bandas rebeldes en las montañas, al tiempo que reagrupaban en aldeas protegidas a los Wakikouyous, puestos así al abrigo de los terroristas Mau Mau, lograron desbaratar la sublevación (1954). Condenado a siete años de prisión en 1953, Kenyatta fue liberado en 1961. En el intervalo, los africanos, que sólo contaban con seis miembros sobre 54 en el Consejo legislativo, en compañía de seis hindúes, habían obtenido ocho, más un ministro y tres subsecretarios de Estado, en la constitución otorgada por Lyttleton en 1956. Pero, habiendo obtenido la «National Union» la mayoría en las elecciones de 1963, la Gran Bretaña reconoció la independencia de Kenya el 12 de diciembre, y sus tropas prestaron su apoyo a Kenyatta, amenazado de un amotinamiento militar, el 24 de enero de 1964.

Prestaron el mismo servicio a Milton Obote, jefe del gobierno de Uganda, país apacible de población principalmente cristiana (siete millones en 1962, 9,6 en 1971). Ese territorio, de 243.000 quilómetros cuadrados, administrado al principio por una asamblea que incluía a ocho africanos y cuatro asiáticos, sobre 52 miembros, se benefició de la independencia desde el 9 de octubre de 1962. Consolidado así en el poder, Milton Obote, líder del «Ouganda People Congress», fue uno de los raros políticos africanos que toleraron una pluralidad de partidos. No por ello dejó de expulsar, mediante un golpe de fuerza, en abril-mayo de 1966, al rey de Buganda, sir Edward Frederick Montesa II, presidente de la Federación, cuyo puesto asumió, encarcelando a cinco ministros. Se le reprochaba también su favoritismo hacia las tribus del norte, de donde era originario. Eso le valió primeramente un atentado, al cual escapó en diciembre de 1969, pero, al demorarse en la conferencia de la Commonwealth en Singapur (14 de enero de 1971), en la que se hizo notar por su ardor en atacar a Rodesia del Sur (lo mismo que los presidentes de Zambia y de Tanzania) y al envío de armas a la Unión Sudafricana, el general Idi Amin Dada y el jefe de la policía (cada uno de ellos disponiendo de 7.000 hombres) lo tomaron como protexto para derrocarle (25 de enero de 1971). Racista y devoto de Hitler, este dictador musulmán, antiguo boxeador, nacionalizó los bienes de 7.000 ingleses (valorados de 10 a 15 millones de libras) el 27 de agosto de 1972, y expulsó del país, mandándoles al Reino Unido, a unos 50.000 hindúes que, bajo la administración británica, controlaban el comercio (Kenya no tardó en seguir su ejemplo). Porque había destituido a un oficial cristiano, Lugbara (a pesar de que su tribu había proporcionado 2.000 soldados), y repudiado a tres de sus cuatro esposas (de las cuales dos pertenecían a la familia de ministros destituidos), tuvo que reprimir, durante la noche del 23 al 24 de marzo de 1974, un alzamiento de su jefe de Estado Mayor, general Charles Arube, de vuelta de un período de formación en la U. R. S. S., quien se suicidó.

Tercer elemento de la «British East Africa», el territorio Tanganika (939.362 quilómetros cuadrados, 10,3 millones de habitantes en 1962), antiguo Esteafricano alemán, ocupado por los belgas durante la guerra 1914-18, luego amputado de Ruanda y de Urundi, conoció al principio una evolución paralela a la de los otros dos, pero no tardó en apartarse de ella. Católico, estudiante en la Universidad de Edimburgo, su caudillo, el maestro de escuela Julius Nyerere, jefe de la «Tanganyika African National Union» (creada en 1953-54; 250.000 afiliados), octuvo 28 de los 30 escaños elegidos (sobre 64) en febrero de 1959, y 70 sobre 71 en las elecciones del 30 de agosto de 1960. Primer ministro el 1 de mayo de 1961, fue a solicitar la ayuda de Washington en julio, antes de obtener la independencia, el 29 de diciembre de 1961. Elegido presidente de la República, el 9 de diciembre de 1962 (después de haber cedido la presidencia del Consejo a Rashidi Kawawa), sólo pudo resistir el motín de sus «Tanganyika Rifles» (23-24 de enero de 1964) gracias a la intervención británica. Su gratitud fue de corta duración. Separando a su país de la Commonwealth, lo reunió bajo el nombre de Tanzania con la isla de Zanzíbar (a la que, en abril de 1959, se había trasladado para asumir la dirección del «Panafrican Freedom Movement of Eastern and Central Africa», de inspiración marxista), asumiendo la presidencia del nuevo Estado el 22 de abril de 1964.

Después del motín del 1 de junio de 1960, que había causado 18 muertos y 381 heridos, el desorden reinaba en efecto en la gran isla de Zanzíbar, centro de tráfico en el que 40.000 notables árabes explotaban a 270.000 africanos. Retirada la protección británica, la O. N. U. había reconocido a aquel mini-estado el 16 de diciembre de 1963. Entonces, habiendo expulsado el batelero Abeid Karumé al joven sultán Seyid Jamshod, por instigación de la agencia de prensa «Nueva China», el coronel maoísta Kuo-Liang, el ex Mau Mau Okello había asesinado en un levantamiento a los representantes de aquella clase dominante y establecido un régimen popular (11-12 de enero de 1964). Sin embargo, aprovechando una estancia en el extranjero del nuevo amo, Abeid Karumé, encarcelando, expropiando y nacionalizando a diestro y siniestro, había efectuado su reaparición. Deseoso de reafirmar su autoridad, aquel agitador, quien murió asesinado el 7 de abril de 1972, negoció entonces la unión con Tanganika, en beneficio de Julius Nyerere. China, por otra parte, no perdió nada: en 1965 hubo un intercambio de visitas, Nyerere a Pekín en febrero, Chu-En-lai a Zanzíbar el 4 de junio. Aunque el coronel Kau Mai, en su folleto *Revolución en Africa*, haya zaherido ligeramente al presidente, acusándole de frenar la penetración china, Pekín multiplicó los avances, ofreciendo créditos (190.000 libras esterlinas para empezar) en competencia con la U. R. S. S. (15 millones de libras), la colaboración de 500 expertos en Zanzíbar y de 1.500 en Tanganika, e incluso, en 1967, el préstamo de 150 millones de libras, reembolsables en veinticinco años, para la construcción de una vía férrea de 1.700 quilómetros, enlazando las minas de cobre de Zambia (Broken Hill, con una producción de 630.000 toneladas) con el puerto de Dar-Es-salam (en competencia con la carretera que el Banco Mundial proyectaba alargar). Así, la Federación británica de Africa oriental, descoyuntada, se convertía en presa de las intrigas chinas y soviéticas.

Guerra de exterminio racial en Nigeria

La del Africa occidental, igualmente fallida, conoció una suerte todavía más cruel. En efecto, el destino reservaba a Nigeria, el territorio *más vasto* (954.000 quilómetros cuadrados), *más poblado* (56,4 millones de habitantes, por desgracia divididos entre musulmanes al norte, 28 millones, sultanato foulbé de Sokoto, etc., y cristianos, 16 millones, entre ellos dos millones de católicos, o paganos del sur; entre Haoussas y Falanis, 25 millones al norte, Yorubas bastante evolucionados al sudoeste e Ibos al sudeste) *y el más rico*, especialmente por su subsuelo (hierro, estaño, plomo, zinc y sobre todo petróleo de Biafra) (49), aparte del ganado, del cultivo de algodón y de los cacahuetes en el norte, de la explotación de los bosques, de las plantaciones de plátanos y de cacaotales en el sur, *de las colonias inglesas de Africa*, una guerra fratricida, que, sin que la O. N. U. levantara un solo dedo (contrariamente al interés que había demostrado en el Congo), causó más de dos millones de víctimas.

Desde el final de la guerra, los partidos constituidos en el país reflejaban la oposición de las razas en presencia: creado en julio de 1944 (derivado del «Lagos Nigerian National Democratic Party» de Hubert Macaulay, nacido en 1920), el «National Council of Nigeria and Cameroon» del doctor Nnamdi Azikiwa (formado en los Estados Unidos), agrupaba principalmente a los Ibos del Sudeste, y el «Action Group» de Awoliwo (fundado en 1951) a los Yorubas del Sudoeste, en tanto que el «Northern People Congress» de Tafwa Balewa reunía a los Hassouas de los emiratos y de los sultanatos del Norte (Sokoto, etc.). Asimismo, los sindicatos del «Trade Union Congress», que se remontaban a 1942, sometidos al principio a la influencia del dirigente ibo, tras unas huelgas desafortunadas en 1945 y 1949 se habían escindido en organizaciones rivales, que habían tratado en vano de unificarse en octubre de 1961. Precedida de una conferencia sobre la cooperación entre regiones, celebrada en octubre de 1960, la independencia había sido concedida en 1961 a aquel país, que sólo había conocido un embrión de asamblea en 1947 (constitución Richards) y, en 1951, la admisión de 12 representantes elegidos, sobre los 18 miembros del Consejo ejecutivo.

Después del éxito de la Alianza Nacional en las elecciones del 30 de diciembre de 1964, el presidente de la República, Azikawa, se había negado a nombrar un nuevo jefe de gobierno. Entonces, un levantamiento militar, dirigido por cinco oficiales ibos, el 15 de enero de 1966, provocó el asesinato del primer ministro federal, sir Abukawar Tefawa Balewa, líder musulmán, de sus principales amigos, el ministro federal de Finanzas y los primeros ministros del norte y del sur, y la subida al poder del general ibo Aguiyi Ironsi. Pero este último fue derrocado el 29 de julio siguiente por un grupo de oficiales superiores de ideas progresistas, acaudillados por el teniente coronel Yakubu Gowon, jefe de Estado Mayor, que le ejecutó el 31, así como a 200 militares ibos. Aquellas revueltas de pretorianos condujeron a la matanza de 30.000 ibos, que vivían entre sus enemigos del norte, determinando que la provincia sudoriental de Biafra (10 millones de habitantes) se deci-

(49) 24,5 millones de toneladas en 1966; 100 previstas en 1972, convirtiendo a Nigeria en el tercer productor de Africa, después de Libia y de Argelia; explotación compartida entre la Shell, la Gulf Oil, la S. A. F. R. A. P. francesa, etc.

diera por la secesión el 30 de mayo de 1967, en respuesta al llamamiento del general Odumezwu Ojukwu, porque el 27 Gowon había fragmentado las cuatro regiones principales en 12 provincias, de modo que los más ricos yacimientos petrolíferos se perdían para los ibos (cuando, desde 1959, venían percibiendo la mitad de los «royalties»). Siguió una guerra implacable de dos años y medio, acompañada de horribles atrocidades (decapitaciones, envenamiento de pozos y de alimentos, incendios de aldeas llenas de refugiados, etc.), la ocupación (9 de agosto) y luego la pérdida (20 de septiembre) de Benin en la región centro-sur por los biafreños; la conquista por los Nordistas de la capital del Sur, Enougou (5 de octubre), y del puerto de Calabar (18 de octubre de 1967), seguida de la de Onitsha sobre el Níger (21 de marzo de 1968), de Port-Harcourt, y de su refinería (9 de mayo). Mientras se entablaban unas inútiles negociaciones en Kampala (Uganda), luego en Niamey (Níger) en julio de 1968, y en Addis-Abeba (el 5 de agosto de 1968, y luego en septiembre y diciembre de 1969), los 40.000 biafreños, enfrentados a 150.000 Nordistas, volvieron a ocupar Owerri en abril de 1969, pero perdieron su capital, Umaghia, el 23 de abril, y su resistencia se debilitó a finales de año, hasta el punto de que su retirada, anegada en el lamentable éxodo de tres millones de refugiados, terminó en un desastre y obligó al general Effiong a deponer las armas el 12 de enero de 1970.

Superior en número, el ejército federal (150.000 hombres, el más fuerte de Africa, ya que el de la Unión Sudafricana sólo contaba con 15.000 soldados más 45.000 milicianos) había recibido también un apoyo considerable, no sólo de la U. R. S. S., que en virtud de un acuerdo de noviembre de 1968 le suministró aviones (Mig 15, Mig 17, Ilyuchin 28), cañones de 122 y metralletas, sino también de la Gran Bretaña, que desde la reconquista de las instalaciones petrolíferas de la Shell cambió de chaqueta y entregó tanques ligeros, cañones y morteros al gobierno de Lagos, e incluso Bélgica (armas ligeras), en tanto que Biafra se veía reducida al apoyo moral de Houphouet-Boigny, de Costa de Marfil, y de Albert Bongo, de Gabón, y a la única ayuda efectiva de Francia (De Gaulle la hacía abastecer de armamento por avión, partiendo de Libreville), de Portugal y de Rodesia.

Estallido de la Federación austral; Rodesia del Sur, bastión blanco

La Federación central africana, agrupando las posesiones británicas al sur de los Grandes Lagos, realizada momentáneamente después de la conferencia de Victoria Falls, en 1952, bajo la autoridad de lord Malvern, y luego de sir Roy Welensky en 1956, con una asamblea en la cual los blancos (en número de 300.000) contaban con 29 representantes y los africanos (ocho millones) solamente con seis delegados, no duró más que diez años y no sobrevivió a la conferencia celebrada en Londres en marzo' de 1963, puesto que fue disuelta el 31 de diciembre de aquel mismo año. País pobre, con una superficie de 120.000 quilómetros cuadrados sobre la que vivían tres millones de habitantes (10.000 europeos), Nyassalandia fue la primera en separarse (1961). En 1954, había sido escenario de disturbios, provocados por el doctor Hastings Banda (que acababa de regresar de Accra), disturbios que se habían saldado con 167 encarcelamientos. Su independenica fue reconocida, bajo el nombre de Malawi, el 6 de julio de 1964. Más extensa (700.000 quilómetros cuadrados), pero menos poblada aún (2,5 millones de habitan-

tes, con 13.000 europeos en 1938 y 67.000 en 1959), aunque más rica, productora de café, de tabaco y sobre todo de cobre (segundo lugar en Africa), de plomo y de zinc, provista de una presa en el Zambeza en Kariba, Rodesia del Norte, bajo la dirección del doctor Kenneth Kaunda, siguió el mismo proceso conducente a la independencia, bajo el nombre de Zambia (capital Lusaka), el 24 de octubre de 1964. Unas protestas estudiantiles contra la compra de armas en la Unión Sudafricana provocaron disturbios y el cierre de la Universidad (14 de julio-30 de agosto de 1971).

En cuanto a la Rodesia del Sur (400.000 quilómetros cuadrados), capital Salisbury, donde la colonización blanca (64.000 en 1938) había sido estimulada por dos veces en 1952 y en 1957, contaba, sobre un total de tres millones de habitantes, con más de 200.000 europeos en 1959 y con 250.000 sobre cuatro millones diez años más tarde. Respaldados por sus vecinos de Africa del Sur, han resistido hasta ahora a la presión reivindicadora de los negros. Poseyendo, aparte de sus recursos agrícolas (café, té, tabaco), un subsuelo rico en metales raros (oro, amianto, estaño, wolframio, mica, cromo) y en hulla (Wankie), lo que le ha permitido desarrollar una industria pesada, es un país próspero, del que los cuadros británicos, autores de esa prosperidad, no piensan dejarse expulsar. Esto se hizo evidente cuando Ian Smith, elegido presidente el 14 de abril de 1964, no valió en proclamar unilateralmente el 11 de noviembre de 1965 la independencia de Rodesia, e incluso en romper con la Commonwealth (después de dos vanas entrevistas en aguas de Gibraltar con el premier laborista Harold Wilson, el 3 de diciembre de 1966, a bordo del «Tiger», y en octubre de 1968 a bordo del «Fearless»), porque la reina Elisabeth se había atrevido a indultar a tres negros condenados a muerte en Salisbury, los cuales fueron ejecutados el 6 de marzo de 1968. Aprobada una nueva constitución el 20 de junio de 1969, por 61.130 votos contra 14.327, el nuevo Parlamento, elegido el 10 de abril, en el que figuraban 50 blancos y 16 negros, confirmó el 2 de marzo de 1970 la República, y nombró presidente interino al abogado Clifford Dupont.

La conciencia internacional, rápidamente amotinada, trató de aceptar aquel desafío. Pero las sanciones diplomáticas y económicas, exigidas por la Organización de la Unidad Africana y por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, aplicadas con prudencia por la Gran Bretaña, no lograron reducir ni el excedente de la balanza de pagos, ni la tasa de crecimiento del producto nacional (10 %), ni siquiera perturbar de modo apreciable los intercambios comerciales, y menos aún bloquear las importaciones de petróleo por el puerto de Beira, facilitadas por la benevolencia de las autoridades portuguesas y sudafricanas vecinas. Cansado de guerra, el gobierno conservador de Mr. Heath, surgido de las elecciones del 18 de junio de 1970, trató de devolver al hijo pródigo al seno de la Commonwealth. Jefe del Foreign Office, sir Alex Douglas Home consintió en firmar el 24 de noviembre de 1971 con Ian Smith un acuerdo, negociado por lord Goodman (que juega a lo Disraeli cerca de Mr. Heath, después de haber sido el consejero jurídico del gobierno Wilson), previendo (de acuerdo con los cinco principios formulados en mayo de 1966), a muy largo plazo, una participación progresiva (aunque restringida a los evolucionados que justifiquen un determinado grado de instrucción y unos ingresos demostrables de 1.800 dólares al año) del elemento negro en la gestión de los asuntos públicos, con concesión de la mitad (y más tarde de la mitad más 10) de los escaños en el

Parlamento, y la revisión de la ley de 1969 reservando a los blancos la mitad de las tierras.

Aunque acompañado de la liberación de 54 presos políticos, y acogido favorablemente por el gobierno norteamericano, que, vivamente interesado en el cromo rodesiano (los Estados Unidos importan a la U. R. S. S. más de la mitad del que consumen), se apresuró a levantar el embargo sobre el comercio con Salisbury, aquel acuerdo levantó un clamor de indignación entre los Estados africanos y en los medios de las Naciones Unidas. Acabando de prender fuego a la pólvora, el imprudente envío de una misión parlamentaria de 16 miembros, presidida por lord Pearce, encargada de recoger el sentimiento de las poblaciones, desencadenó un movimiento general de protesta, acompañado de disturbios, que causaron 14 víctimas en Gwelo y Umtali. El gobierno replicó deteniendo no sólo a los líderes africanos más comprometidos, Josiah Chinamana y Josuah Kuomo, de la Unión Popular africana de Zimbabwe (Z. A. P. U.), sino también al misionero neozelandés Garfield Todd, ex primer ministro «liberal» desde 1953 hasta 1958. En tales condiciones, la reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad (decidida el 22 de noviembre de 1971 por 102 votos contra tres y nueve abstenciones), celebrada en Addis-Abeba del 28 de enero al 4 de febrero de 1972, sólo pudo dar la señal para un recrudecimiento de la agitación, alimentada a través de la vecina Zambia, y de una nueva ola de protestas en el mundo (Guinea en cabeza) contra la preponderancia conservada por los blancos, lo mismo en las «provincias» portuguesas de Angola y de Mozambique, que en la Unión Sudafricana.

* * *

Portugal defiende, sin espíritu racista, sus provincias de Africa

Primeros exploradores de Africa, más de tres siglos antes de Stanley (Diego Cao en 1436; Rui de Souza en 1491; García de Orta en 1563 fueron los pioneros), los portugueses, ignorantes de los prejuicios raciales hasta el punto de nombrar a un negro gobernador de Angola, ha imprimido a su colonización un carácter original, dándole como objetivo la integración progresiva de su vasto dominio a la Metrópoli. Esta última, provincia bastante pobre del litoral atlántico ibérico, exportadora de vinos de calidad (Oporto) y de corcho, no sería nada sin su Imperio. Y, si bien el inmenso Brasil se separó de la Madre Patria, Angola (1,3 millones de quilómetros cuadrados), poblada por cinco millones de habitantes (160.000 blancos y 35.000 asimilados), y Mozambique (800.000 quilómetros cuadrados), con 5,6 millones de almas, continúan siendo una apreciable fuente de riqueza. Producen caña de azúcar, algodón y maíz. Además, Angola posee en su subsuelo yacimientos de diamantes, de cobre y de petróleo, y Mozambique, exportador de caucho, con promesas de petróleo en Cabinda, ofrece la posibilidad de instalar a un millón de colonos y de suministrar energía eléctrica a Africa del Sur, construyendo, con el acuerdo de Malawi, en Cabora Bassa, sobre el Zambeze medio, una presa más importante aún que las de Assuan en Egipto y la de Kariba en Zambia (servida por una vía férrea hasta el puerto de Nakala), en cuyo proyecto estarían interesadas firmas europeas, francesas, alemanas e italianas.

Procurando distinguir el estatuto privado del estatuto político, el gobierno de Lisboa, considerando a sus territorios africanos como una prolongación de la Metrópoli, se ha dedicado a poner en pie, en Angola, alrededor de las municipalidades, unas autoridades locales sólidas, situadas bajo el control de 21 de los 29 miembros del Consejo legislativo. En lo que concierne al régimen del suelo, si bien ha transformado unos bienes comunales en propiedades individuales, ha evitado cuidadosamente confiscar las tierras. Y ha mejorado la suerte de los autóctonos, aboliendo en junio de 1955 el trabajo forzado y, el 2 de mayo 1961, la obligación de cultivar algodón, estableciendo un régimen de descanso semanal y de protección de los mineros. Sin embargo, en el momento en que, el 30 de junio de 1961, el presidente Salazar desarrollaba en un importante discurso su programa africano, reinaba la inquietud. En febrero, habían estallado motines en Luanda, al norte de Angola. El 15 de marzo, en una zona perfectamente delimitada, cercana a Leopoldville, los turbulentos Bakongos del norte, armados con los *stocks* dejado por la O. N. U. en el Congo, encuadrados por agitadores llegados del exterior y por guerrilleros formados en Africa del Norte, se habían sublevado en quince lugares, asesinando a un millar de europeos y a varios millares de africanos. Pronto a ocuparse del caso, el Consejo de Seguridad, por ocho votos contra dos y cuatro abstenciones, reclamó informaciones más amplias el 19 de mayo de 1961, pero se negó al envío de dos observadores, propuesto por Salazar, lo que dejó planear ciertas dudas sobre la sinceridad de su petición. Por otra parte, bajo la presión de 5.000 soldados negros y 2.000 blancos, el 18 de julio, los rebeldes eran rechazados más allá de las fronteras. Aumentado a 30.000, y luego a 50.000 hombres, el Cuerpo expedicionario portugués reaccionó igualmente con vigor en Mozambique, en 1962-63, reagrupando en 300 poblados protegidos a los habitantes de las zonas amenazadas por los ataques de los Makondés, en el nordeste (Villa Cabral, cabo Delgado).

Aquellos movimientos, que sacudían a todas las colonias portuguesas, tenían como animadores, en Guinea, en Sao Tomé (50), a los hermanos Luis y Amílcar Cabral (del P. A. I. G. C., partido autonomista de Liberación, cuyos ataques partían del Senegal) (51); en Angola, a Noto y a Mario Andrade (formados en la U. R. S. S. y en China, obedeciendo las consignas del representante soviético en Guinea, Daniel Solod), dirigentes del Movimiento de Liberación angoleño (creado en 1958, cuya sede, en Leopoldville, fue objeto de un registro el 4 de noviembre), y el líder de la «Unión de las poblaciones de Angola», Robert Holden, relativamente más moderado, protegido de Eleanor Roosevelt. En Mozambique, el «Frente de Liberataçao», sur-

(50) Aceptando, por el contrario, descolonizar su posesión de «Guinea Ecuatorial», el gobierno de Madrid, deseoso ante todo de asegurar las transiciones, había instaurado primero un régimen autónomo, situado bajo la autoridad de un moderado, Bonifacio Ondo, ayudado, durante el período 1964-67, por un subsidio anual de 200 millones de pesetas. Pero aquellas precauciones resultaron vanas. Apenas obtenida la independencia (12 de octubre de 1968), unos disturbios llevaron al poder a un extremista, Francisco Macías, cuyos excesos y falta de palabra (incluso con el mediador de la O. N. U., el boliviano Marcial Tamayo, o propósito de la retirada de las fuerzas españolas, el 21 de marzo de 1969) obligaron a los europeos al éxodo, antes de que los últimos 260 guardias civiles evacuaran el país (25 de marzo de 1969).

(51) Amílcar Cabral, Pascual Luvalo (Angola) y Marcelino Dos Santos (Mozambique) fueron recibidos por el Consejo de Seguridad reunido en Addis-Abeba. ¡Incluso el papa Pablo VI acogió en audiencia a los representantes de los insurgentes!

gido durante el verano de 1962 de la fusión de la «Unión democrática nacional (1960), marxista, con la «Unión nacional africana», más moderada, y la «Unión nacional para el Mozambique independiente», tenía por jefe al doctor Mondlane, un mestizo makondé, estudiante de Derecho en los Estados Unidos, casado con una norteamericana, formado en el marxismo en los países del Este, pero poco permeable a la influencia china. Cuando pereció, el 3 de febrero de 1969, muerto por una bomba enviada por paquete postal, su viuda continuó apoyando a sus sucesores en la dirección del partido «Frelimo» (cuya sede se encuentra en Dar-Es-salam, en Tanganika), Marcelino Dos Santos y Samora Machel, que no tuvieron inconveniente en permitir que de 80 a 150 chinos encuadraran a los 5.000 guerrilleros que les quedaban, agrupados en bandas de 50, equipados por Pekín con armas desembarcadas en Mtwara (250 quilómetros al sur de Dar-Es-salam), penosamente transportadas a lo largo de 2.500 quilómetros de pistas, a lo largo del lago Nyassa, para evitar Malawi, a través de Zambia.

Completamente decidido a defender su patrimonio, el gobierno de Lisboa, dirigido por Caetano, logró no sólo contener la rebelión, sino incluso obtener la rendición de Lazare Cavaondame, jefe guerrillero del «Frelimo», en la primavera de 1969. Proscrito por las Naciones Unidas, a pesar de haber consentido en organizar sus provincias en Estados autónomos con asamblea de competencia financiera, condenado por la Asamblea, el 12 de diciembre de 1968 (por 66 votos contra cinco y 29 abstenciones,) en compañía de la Unión Sudafricana y de Rodesia del Sur, dimitió de la U. N. E. S. C. O. el 28 de mayo de 1971. Sin embargo, obtuvo la colaboración, lo mismo que con la Unión Sudafricana, de los más realistas de los nuevos Estados africanos, el Malawi del doctor Hasting Banda (que ha recibido de Africa del Sur un préstamo de 12 millones de dólares, más un crédito de 24 para la edificación de su capital Lilongwe, y una subvención de 16 para una vía férrea hacia Mozambique), la Costa de Marfil de Houphouet-Boigny, el Gabón de Leon M'Ba y el Madagascar de Philibert Tsiranana.

* * *

La Unión Sudafricana organiza la «evolución separada» de sus negros

Sin embargo, la Unión Sudafricana, poblada al principio por hugonotes holandeses y franceses (los Países Bajos cedieron a la Gran Bretaña su colonia de El Cabo por seis millones de libras esterlinas el 13 de agosto de 1814), de inspiración bíblica, practica una política completamente opuesta a la asimilación, la de la segregación, es decir, de la evolución separada de los grupos étnicos. En aquel país donde los cultivos mediterráneos (viña, agrios, etc.) coexisten con los tropicales (caña de azúcar, café, tabaco), donde la cría de ganado bovino y ovino se practica como en Europa, los primeros pioneros se habían establecido sobre una tierra virgen. Sólo más al norte, en su penetración hacia el Transvaal (después de que Andres Pretorius rechazara a los zulúes de Dingsan en «Blood River», el 16 de diciembre de 1838), tropezaron con las tribus negras zulúes y bantúes, en lo que se convirtió en la zona de explotación del oro y de los diamantes (aparte del hierro y de la hulla que contiene el subsuelo, y también del uranio, del que Francia —primer abastecedor de armas a la Unión Sudafricana— es el principal

comprador, lo que explica la colaboración de expertos atomistas franceses y alemanes occidentales aportada a aquel país).

Estos datos históricos explican la elección de la política del «apartheid» por el general Herzog y, todavía más, por sus sucesores en el gobierno, a la muerte del moderado Daniel F. Malan, los nacionalistas del «Broederbund» (14.000 miembros), que triunfaron en las elecciones de 1948, J. G. Stridjom, y luego, en octubre de 1958, el doctor H. F. Verwoerd (asesinado por un blanco el 6 de septiembre de 1966); y, desde el 13 de septiembre de 1966, Balthazar Johannes Vorster (antaño internado por el general Jan Smuts, por ser partidario del Eje, desde 1942 hasta 1944), líder de los 164 diputados nacionales, nombrado primer ministro por el presidente Ch. R. Swart, lo bastante realista, no obstante, para negociar en febrero de 1967 con el jefe del gobierno del estado de Leshoto, Leaboua, y firmar un acuerdo comercial con Malawi. En realidad, apenas se vislumbra otra solución que no sea el «apartheid» al problema de las razas que plantea la coexistencia de 3.481.000 blancos, 1.805.000 mestizos y 547.000 asiáticos (en su mayor parte hindúes) (52), al lado de 12.465.000 africanos (en 1965), sobre un territorio de 1.221.000 quilómetros cuadrados. Después de disolver el Parlamento el 19 de febrero y de ofrecer a Namibia (ex Suroeste africano alemán) su autodeterminación y una fórmula de federación, el primer ministro, Johannes Vorster, convocó el 6 de marzo de 1974 a los ocho jefes de los estados bantúes, con vistas a abrirles el camino de la independencia (pedida por el Transkei el 14 de marzo para 1978). En las elecciones siguientes, el 24 de abril, los dos millones de blancos cedieron a los nacionalistas 122 asientos en vez de 118, mientras el partido progresista ganaba cinco (de uno a seis) y que la Unión en favor de una fusión racial (de sir Villiers Graas y Schwartz) retrocedía de 47 asientos (de un total de 166) a 41 (de un total de 169).

Aquella política encontró su expresión en el plan de Wet Nel, depuesto el 26 de marzo de 1959 (antes de la independencia, concedida el 31 de mayo de 1961), plan de autonomía bantú, que prevé la constitución para cada uno de los grupos tribales autóctonos (Sothos del norte (1) y del sur (2) —Lesotho, donde el premier Jonathan Leboua destituyó al rey Moshoeshoe II el 28 de diciembre de 1966— y Basutolandia; (3) Swazis, 400.000, de Swazilandia, vecina de Mozambique, autónoma el 6 de septiembre de 1968; (4) Tsongas; (5) Tchwanas, 600.000, de Botswana, autónoma en diciembre de 1961; (6) Vendas; (7) Xhosas, de Transkei, entre Natal y El Cabo; y (8) Zulúes (53), de Consejos territoriales aptos para legislar y para recaudar impuestos bajo el control de cinco residentes generales (sometidos a la autoridad indígena), y, en última instancia, del gobierno de Pretoria (que nombra al primer ministro y a sus seis colaboradores). El primer ministro Verwoerd hizo de Transkei (capital Umtala), en diciembre de 1963, un territorio-piloto de 1.200.000 habitantes, reservado para los negros (los europeos quedan excluidos de todo derecho de propiedad, y el relevo del

(52) A pesar del establecimiento de una prima a la emigración en 1914, los hindúes permanecieron en el país. En cuanto a los mestizos, a fin de evitar que entreabran la puerta de los derechos políticos a los negros, se ha pensado en reservarles una asamblea particular ((*Digest of S. A. affairs*, 29 de enero de 1962).

(53) En total, 16,8 millones de hectáreas de tierras han sido reservadas por las leyes de 1910, 1913 y 1936.

10 % de funcionarios blancos, se realiza a medida que unos africanos —de los que 350.000 frecuentan 1.700 escuelas— estén en condiciones de reemplazarles). Inaugurada el 20 de noviembre de 1963, la asamblea provincial se compone de 45 miembros elegidos sobre 109: los otros son designados por los jefes de tribus y de clanes; administra un presupuesto ordinario y extraordinario de más de 90 millones de dólares. Desde 1950, un plan quinquenal ha permitido la construcción de 81.505 viviendas, la irrigación de 13.400 hectáreas, la implantación de industrias textiles, la edificación de 6.000 locales escolares, el pago de los gastos de hospital por la Seguridad Social, etc.

Entre los Estados nacidos de la descolonización de Africa, ¿existe alguno que haya obtenido resultados comparables? Se planteaba un problema, sin embargo: el de la mano de obra bantú, empleada de modo creciente en las industrias y en las grandes ciudades blancas en pleno desarrollo, Johannesburgo, por ejemplo; el gobierno se esforzó en resolverlo de acuerdo con sus principios, creando, a cierta distancia del centro (40 quilómetros), unas ciudades «reservadas» (60.000 viviendas en 21 grupos), unidas por autocares a los lugares de trabajo («South Western Townships», o «Sowethos»). Aparte del mantenimiento de esta discriminación, hay que reconocer que el nivel de vida de los negros de Africa del Sur es por término medio muy superior al de sus hermanos que viven en los Estados llamados «libres». Lo que no impidió que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas descalificara a la Unión Sudafricana, en el ejercicio del mandato de la Sociedad de Naciones, sobre el antiguo Sudoeste alemán (Namibia), mandato que se había negado a abandonar en 1945, en 1966 y de nuevo en marzo de 1969. Por 11 votos contra cuatro, el Tribunal de La Haya, rechazando la propuesta de plebiscito presentada el 8 de febrero de 1971 por el gobierno de Pretoria, confirmó aquella resolución el 21 de junio de 1971, en el preciso instante en que, por su parte, la Organización de la Unidad Africana, reunida en Addis-Abeba del 21 al 25, condenaba de nuevo, el 23 de junio, por 28 votos contra seis y cinco abstenciones, tal como había hecho ya en Lusaka (Gambia) (54), el 14 de abril de 1969 y el 9 de septiembre de 1970, la política «racista» de los últimos Estados de Africa de predominio blanco. Por 109 votos contra 22, la Asamblea General de las Naciones Unidas (donde los países africanos disponen de 27 escaños, cuando sólo representan el 7 % de la población mundial) confirmó aquella condena el 9 de noviembre de 1971.

Condena esencialmente xenófoba, antieuropea, y «racista» al revés, aunque basada en el principio del reinado, democrático, de la mayoría, pronunciada por unos jueces realmente poco cualificados para formularla. Ya que pueden contarse con los dedos de las manos los nuevos estados africanos que continúan practicando la democracia, incluso bajo una forma muy particular. Después de haberse desgarrado en guerras tribales y en luchas de clanes, la mayoría viven en efecto bajo un régimen de dictadura militar. Coroneles y generales se han impuesto sucesivamente mediante golpes de Estado: en el Dahomey (28 de octubre de 1963, coronel, luego general Soglo; 17 de diciembre de 1967, teniente coronel Alley, sin contar cuatro atentados contra

(54) El minúsculo territorio de las orillas del Gambia (11.925 quilómetros cuadrados, 300.000 habitantes, capital Bathurst), emancipado el 18 de febrero de 1965, ha recibido un escaño en la O. N. U.

el jefe de Estado Mayor, teniente coronel Maurice Kuandete, hasta el 20 de octubre de 1969); en el Congo Kinshasha (25 de noviembre de 1965, general Mobutu); en la República Centroafricana (31 de diciembre de 1965, coronel Bokassa); en el Alto Volta (4 de enero de 1966, coronel Lamizana); en Nigeria (15 de enero de 1966, general Ironsi; 31 de julio de 1966, general Gowon); en Ghana (24 de febrero de 1966, general Ankrah; 13 de enero de 1972, teniente coronel Achampong); en Burundi (30 de noviembre de 1966, capitán Micambero); en Togo (13 de enero de 1967, teniente coronel Eyadema (Hubert Olympio, hijo del presidente asesinado); en Sierra Leona (55) (24 de marzo de 1967, coronel Juxon Smith); en Somalia (56) (15 de octubre de 1969); en el Congo-Brazzaville (31 de diciembre de 1969, comandante Marien N'Gouabi); en Uganda (25 de enero de 1971, general Amin Dada). Sin contar las tentativas fallidas, en Gabón, contra M'Ba en enero de 1964, y por dos veces, en Malí, contra Modibo Keita (19 de noviembre de 1968 y agosto de 1969). Si se añade a esta lista la de los Estados de partido único, Malí, Níger, Costa de Marfil (además del Alto Volta), y de aquellos en los que están prohibidos los partidos de oposición (Mauritania y Chad, más la República Centroafricana, Dahomey, Ghana, Níger y Togo), ¿cuántos quedan que, disponiendo de un escaño en las Naciones Unidas, respeten efectivamente su Carta?

* * *

Las dictaduras militares contra los neoimperialismos; rivalidad ruso-china; penetración yanqui e israelí

Artificialmente mantenidos por la generosidad de sus antiguas metrópolis, aquellos mini-estados son presa de las intrigas de los colosos, Rusia, China y Estados Unidos, que se disputan la sucesión de las potencias europeas a las que han eliminado. En lo que respecta a los Soviets, sus primeros esfuerzos habían afectado a las antiguas colonias francesas, Guinea, Malí y Congo-Brazzaville (donde se encontraron en competencia con los chinos), hasta el punto de que en 1961 Sekou Touré expulsó a la misión rusa de Conakry, como lo hicieron Adula en el Congo-Leopoldville en noviembre de 1963, y Houphouet-Boigny en Costa de Marfil. Más tarde, sus intrigas, apoyadas en unos movimientos huelguísticos, fracasaron también en Togo (13 de enero de 1967), en Dahomey (17 de diciembre de 1967) y en Congo-Kinshasha (6 de junio de 1969). Sin embargo, habían llevado a cabo un gran esfuerzo para adoctrinar a los jóvenes africanos y lograron atraer a 8.700 de ellos en 1964-65, sea en casa de sus satélites, en Berlín-Este (Escuela Karl Marx),

---

(55) Territorio de 70.000 quilómetros cuadrados, poblado por 2.600.000 habitantes, autónomo en 1957, independiente en 1961, gobernado democráticamente por el moderado sir Milton Margai, hasta las elecciones del 17 de marzo de 1967. Entonces, los *putsch* se sucedieron: los del coronel Juxon Smith, luego del general David Lansana, del comandante Charles Blake y del teniente coronel Ambrose Genda (18 de abril de 1968), progresistas, que, sustituyendo al Consejo de Reforma por un movimiento revolucionario, llevaron al poder al sindicalista Siaka Stevens, jefe de la oposición contra los hermanos Margai.

(56) A raíz del asesinato del presidente Abdirashid Ali Skermaké, en Mogadiscio, el 15 de octubre de 1969, durante la visita del jefe del gobierno Mohamed Ibrahim Egal a los Estados Unidos, el ejército y la policía (22.000 hombres), sobre los cuales pesa más la influencia de Moscú que la de Pekín, establecieron la autoridad del general Mohamed Ziyad Barrach sobre Somalia (reconocida independiente el 20 de septiembre de 1960).

en Praga (Centro de Formación africana) y en Budapest (Escuela africana sindicalista), sea en Moscú (Escuela central del Komsomol), donde su solicitud llegó al extremo de crear una «Escuela de Brujería». Pero la mayoría de aquellos jóvenes negros regresaron «enfriados», tanto por el clima como por la acogida recibida de aquellos eslavos, calificados por ellos de «racistas». No obstante, el apoyo efectivo prestado por los Soviets a los vencedores de la guerra de Biafra les valieron por parte del general Gowon de la consideración suficiente para justificar la presencia de sus técnicos en Lagos y en Kano, y la visita de una escuadra rusa a Nigeria.

Por su parte, los chinos, durante aquellos mismos años 1964-65, habían intensificado su propaganda revolucionaria en Africa, instalando una emisora en Bamako (en casa de Modibo Keita, de Malí), organizando una gira de acróbatas y de artistas del «Circo de Nankín», lanzados en despegue precursor de sus técnicos agrícolas (monitores para el cultivo del arroz, del algodón, del té, la construcción de carreteras, etc.), de los coroneles-periodistas de la «Nueva China» (agencia que servía de tapadera a su Servicio de Información), de sus agitadores infiltrados en Tanzania, en Burundi, en el Congo, y de sus diplomáticos (Chu-En-lai en persona visitó diez estados en enero y febrero de 1964, y regresó a Tanzania, en tanto que Chen-Yi se dirigía a Bamako y a Conakry en junio de 1965). Preparados en unos campos de entrenamiento para la subversión (instalados en Ghana, en Zambia, en Kapamanda, etc., y en el Congo belga, en la zona controlada por Mulele en 1964, luego en el Congo-Brazzaville, en Gambona desde 1964 y en Impfondo, en el interior, hasta 1966), unos disturbios en Ruanda, en Burundi, en Somalia en Tanganika y en Kenia fueron la consecuencia de aquella actividad. Sin embargo, sus esfuerzos fracasaron casi en todas partes, ya que la mayoría de las dictaduras militares reaccionaron contra sus intrigas: el general Mobutu en el Congo, después de haber desbaratado la conjura tramada contra él el 30 de mayo de 1966; el coronel Soglo en Dahomey; el coronel Bokassa en la República Centroafricana; el coronel Lamizana en Alto Volta, expulsando unos y otros a las misiones chinas, y el general Ankrah, en Ghana, enviando a sus países a los 1.500 expertos soviéticos y alemanes del Este, así como a 120 chinos.

Además, los hombres de Mao, si bien prometen mucho (900 millones de dólares en total), cumplen poco (sólo entregaron 180 millones, y no enviaron más que 41 equipos industriales sobre 200), sus máquinas y su material son a menudo anticuados, sus métodos de propaganda (entorpecidos por incesantes experiencias y autocríticas papelísticas) son demasiado complicados para resultar eficaces, y el hecho de que mantengan un fructífero comercio de 30 millones de libras esterlinas en 1969 con la Unión Sudafricana parece paradójico. Hasta el punto de que algunos Estados africanos —y no de los menores— prefieren a expertos de la China nacionalista, introducidos desde 1960 por el viceministro de Asuntos Exteriores de Formosa, Yang (tal es el caso del Congo-Kinshasha y de la Costa de Marfil, que gracias a ellos se han convertido en exportadores de arroz) (57). Después de la eliminación de N'Krumah de Ghana y de Ben Bella en Argelia, que habían aceptado par-

(57) Y esto explica que en noviembre de 1968, de un total de 28 países africanos miembros entonces de las Naciones Unidas, 19 se pronunciaran contra la admisión de Mao, en tanto que otros seis se abstenían.

ticipar en una conferencia progresista en Bamako, los chinos sólo poseen tres o cuatro bastiones en Africa. En primer lugar Tanzania, de la que hemos hablado antes, donde la primera entrega de material para el ferrocarril de Zambia, empezado a finales de octubre de 1970, llega con 300 expertos en octubre de 1971 (la primera inversión era de 400 millones de dólares), en tanto que un observatorio para los satélites reemplazará en Zanzíbar al instalado por los norteamericanos en 1964. Aquella base de Tanzania fue reforzada en octubre de 1971 con el envío de 400 tanques pesados tipo «Stalin», con el pretexto de replicar al golpe de Estado del general Amin en Uganda, seguido de algaradas en Mutukula, en el curso de las cuales había encontrado la muerte en agosto un coronel chino. En segundo lugar, el Congo-Brazzaville, cuyo jefe de gobierno, capitán Raoul, se ha dirigido en noviembre de 1969 a Pekín, donde ha obtenido un préstamo de 5.000 millones de francos, y unas entregas de hierro y de cemento. Hasta cierto punto, la Guinea de Sekou Touré, objeto de propuestas chinas de modernización del puerto de Conakry y de reparación de la vía férrea de Kau-Kau. Y Malí, donde, aparte de la radio, han instalado fábricas textiles y de fósforos, y anticipado unos créditos para la hotelería. En este último país, sin embargo, han surgido dificultades para ellos. Tras haber escapado a un complot fomentado el 19 de noviembre de 1968 por tres oficiales progresistas (complot cuyo fracaso sancionó el responsable chino para Africa, Lien Khan, haciendo desaparecer al infortunado Ma-Shiu-shan, instigador del movimiento), Modibo Keita redujo el número de sus expertos de 500 a 180, y desmanteló asimismo la intriga tramada contra él en agosto de 1969 por el capitán de paracaidistas Diarra, que había pasado una temporada en Pekín dos años antes, lo cual enfrió las relaciones. Además, tratando de extender su influencia hasta Mauritania, los chinos ofrecieron a este país un préstamo de 167 millones de dólares en cincuenta años, para la construcción en Nouakchott de un puerto, que permitiría exportar el hierro de Miferma y el cobre de Adjiut más directamente que por Nouadibou, y que sustituiría a Dakar para las importaciones.

Atraídos por el vacío dejado por las potencias occidentales, a ejemplo de los agitadores revolucionarios, traficantes y hombres de negocios se lanzaron al coto africano. En este terreno, israelitas y yanquis— David y Goliat— rivalizaron en actividad. Reasumiendo la tradición y las ambiciones de Salomón, los elementos de Tel Aviv trabajan en efecto desde 1958 para hacer penetrar su influencia en los nuevos estados negros, ofreciendo becas de estudios (más de 1.000 por año) a los jóvenes africanos, enviando expertos en misión de asistencia técnica (alrededor de 450), realizando importantes obras (carreteras y construcciones), especialmente en Ghana, en Sierra Leona, en Nigeria, en Costa de Marfil, en Etiopía, en Somalia, en Tanzania, en Uganda, en Kenia y en Zambia (el total se eleva a unos 200 millones de dólares), y desarrollando su exportaciones (cinco millones de dólares en 1970, seis en 1971) hacia aquellos países (58).

* * *

(58) Los presidentes de cuatro de esos países (Senghor del Senegal, Ahidjo del Camerún, y los generales Mobutu del Zaire y Gowon de Nigeria) aceptaron representar —en vano— el papel de mediadores entre Jerusalén y El Cairo, del 3 al 5 de noviembre de 1971.

Soplando el fuego, los progresistas norteamericanos prenden el incendio en su casa

En cuanto a los Estados Unidos (59), para interpretar correctamente su modo de actuar, conviene tener en cuenta que su diplomacia realizó su aprendizaje fomentando golpes de Estado en América del Sur, a fin de imponer allí la supremacía de Wall Street, antes de ser llamada a asumir responsabilidades mundiales, y que, tal como observa juiciosamente el director del Instituto norteamericano de Beiruth en un artículo de *Foreign Affairs*, a propósito del caso de Siria en 1945: «el Departamento de Estado ha de tener en cuenta en su política que las firmas norteamericanas prefieren tratar con unos Estados indígenas», demasiado débiles para oponerse a sus pretensiones.

Aunque un arma semejante sea de doble filo. Y que no se puede soplar el fuego de la independencia sobre los países de Africa, sin exponerse a que la llama prenda en la propia casa, cuando se alberga en ella a una minoría del orden de 20 millones de negros sobre una población total de 220 millones, o sea, alrededor del 10 %. Así, el boomerang imprudentemente lanzado por los aprendices de brujo de Washington, uno de cuyos principales objetivos de guerra, al desencadenar el conflicto mundial de 1939-1945, era la eliminación de los europeos de América del Sur y, a ser posible, de Africa, se volvió finalmente contra los Estados Unidos.

Es cierto que en aquella democracia «plutocrática», supuestamente «liberal» —en casa de los demás—, las gentes de color en general, y no solamente los negros, sino también los más o menos «mestizados»: 900.000 portorriqueños en el Nordeste y tres millones de mejicanos «Chicanos» en el Sudoeste, eran considerados como ciudadanos de segunda clase. A pesar de perseverantes esfuerzos en favor de la igualdad de derechos, la «National Association for the Advancement of the Coloured People» (N. A. A. C. P.), fundada en 1908 (contando en 1963 con 535.000 miembros y disponiendo de poderosos medios —1.461.000 dólares, a razón de dos dólares por cotizante—, que servían para alimentar un Fondo de Defensa Jurídico y de Educación, y para pagar a consejeros tales como Thurwood Marshall, futuro miembro del Tribunal Supremo, al que reemplazará Jack Greenberg), y la «National Urban League», creada en 1910, sólo habían obtenido para ellos unas ventajas de poca entidad. A favor de la segunda guerra mundial, el sindicalista Asa Philip Randolph (de los mozos de Wagons-Lits) había obtenido de Roosevelt la igualdad de enganche en las empresas que trabajaban para el Estado, y de Truman en 1948, la igualdad de trato en las Fuerzas armadas (en las que el número de oficiales negros había pasado de 500 en 1943 a 7.500 al término del conflicto).

Nuevas organizaciones habían visto la luz: en el norte, por iniciativa del metodista James Farmer, el «Congress of Racial Equality» o C. O. R. E. (que montará unos «Freedom Rides» o Marchas de la Libertad en Alabama

(59) La ayuda norteamericana pasó de 38 millones de dólares en 1960 a 148 en 1962, mientras que la O. C. D. E. cuadruplicaba la suya de 1960 a 1963) y que los Estados comunistas sólo entregaban, de 1954 a 1962, 86 millones de los 600 prometidos.

y en Mississipi en 1961 y, fundado en la primavera de 1942, contará con 61.000 miembros y dispondrá de 900.000 dólares de presupuesto en 1963), y, en el sur, el «Southern regional Council», dirigido por John Fleming en Atlanta, y luego por Leslie W. Dunbar. Aunque Du Bois comentara antaño la revuelta irlandesa de 1916, en *The Crisis*, órgano del N. A. A. C. P., escribiendo que «ningún pueblo ha alcanzado nunca su liberación sin lucha armada», prediciendo después de la segunda guerra mundial que aquel holocausto no era nada «al lado de la batalla por la Libertad que los negros, los bronceados y los amarillos deben entablar y quieren entablar», y que A. Ph. Randolph, redactor del órgano sindical *The Messenger* no vacilara en 1919 en recomendar la réplica en caso de legítima defensa (60), entre los líderes de aquellos movimientos parecía evidente el deseo de imitar el ejemplo de la India, del mahatma Gandhi y de sus métodos de no violencia.

Ello se puso de manifiesto cuando, el 17 de mayo de 1954, una decisión del Tribunal Supremo condenando, a propósito del caso Brown, la segregación en las escuelas públicas, hizo nacer inmensas esperanzas en el «Black Belt». Esforzándose en empujar la puerta así entreabierta, el Mediodía se movió. Pero en forma de manifestaciones limitadas y pacíficas: en Montgomery, los negros se sentaron al lado de los blancos en los autobuses (septiembre de 1954-1 de diciembre de 1955), y al año siguiente el Tribunal Supremo les dio la razón (12 de noviembre de 1956). Entonces se instalaron, como todo el mundo, en las barras de los bares y de las cafeterías y el 1 de febrero de 1960 entraron en las tiendas de Greensboro (Carolina del Norte) (61). El instigador de aquella campaña de «sit in», hijo de un pastor baptista de Atlanta (la mayoría de los afro-americanos pertenecen a esa secta, que cuenta con cinco millones de negros sobre 10 millones de adeptos), Martin Luther King, formado en las Universidades de Boston y de Pennsylvania, habiendo bebido entre otras en la fuente de Hegel, admirador de Gandhi (después de haber asistido a las fiestas de la independencia de Ghana

(60) Graves incidentes se habían producido durante aquel período, especialmente en julio de 1917, a raíz de una reyerta y un tiroteo con un coche patrulla, un motín en el distrito oriental de Saint-Louis causó la muerte de nueve blancos (entre ellos dos detectives) y 39 negros; unas semanas más tarde, en Houston, un centenar de militares negros se ensarzaron con la policía que había detenido a uno de ellos; en 1919, para vengar la muerte de un negro, ahogado en una playa cercana a Chicago, una algarada costó la vida a 15 blancos y a 23 negros; el mismo año, estalló un tiroteo en una iglesia de Elaine (Arkansas); en 1921, contra la detención de un negro acusado de haber asaltado a una blanca, los negros de Tulsa empuñaron las armas para defender su *ghetto* antes de huir; más tarde, en Detroit, una pelea en un parque de atracciones se saldó con la muerte de nueve blancos y 25 negros. De todos modos, aquellos desórdenes, resultado de fricciones locales entre comunidades, permanecieron aislados. El aflujo de mano de obra negra a los grandes centros del Norte durante la segunda guerra mundial los hizo más frecuentes. Harlem (antiguo *ghetto* judío, en el que los negros se habían infiltrado a partir de 1910, antes de expulsar de él a los primeros ocupantes, que siguieron explotándoles, sea alquilándoles cuchitriles, sea simplemente con su comercio, en tanto que el barrio, en los años 1925-26, atraía a los aficionados al exotismo «by night») fue escenario en marzo de 1935 y en agosto de 1943 de saqueos de tiendas. El método era nuevo. El ejemplo iba a ser seguido.

(61) Después de la protesta de cinco asambleas del Sur, en enero de 1956, contra la decisión del Tribunal Supremo del 17 de mayo de 1954, fue necesario, para quebrantar la resistencia del gobernador Faubus y de la Guardia Nacional de Arkansas a admitir a nueve alumnos negros en Little Rock, el 4 de septiembre de 1957, que Eisenhower hiciera intervenir a las tropas federales, del 25 de septiembre al 27 de noviembre. Antes que ceder, el comité del profesor Edward en Virginia abandonó la enseñanza pública durante el verano de 1959. Sin embargo, Mississipi en el otoño de 1962, Carolina del Sur en enero de 1963 y Alabama en junio de 1963, se inclinaron.

en 1957, se dirigió a la India en 1959), había sido sucesivamente presidente de la «Montgomery Improvement Association» (lo que le valió una primera detención el 26 de enero de 1956), luego fundador, en enero de 1957, y presidente en febrero, de la «Southern Christian Leadership Conference» (S. C. L. C.), irradiando sobre diez estados del Sur, antes de ayudar a la constitución del «Student Non-Violent Coordinating Committee» (en Raleigh, Carolina del Norte, en 1960, cuando acababa de reunirse con su padre como pastor en Atlanta); bajo la autoridad de James Forman y de John Lewis (este último tan turbulento, que será detenido 24 veces, en el curso de «Freedom Rides» y de «sit-ins»).

Los negros reclaman la igualdad; cuando les es concedida...

Con la elección de John-Fitzgerald Kennedy para la Casa Blanca, el 8 de noviembre de 1960, contra Richard Nixon (con el leve margen de 34.227.096 votos contra 34.107.644, aunque por 303 mandatos contra 219), el movimiento de reivindicación de los negros adquiere una singular amplitud. Dándoselas de «liberal», el joven presidente (62), que se ha entrevistado con Luther King en octubre de 1962 y ha promulgado una ordenanza contra segregación el 20 de noviembre del mismo año, proyecta en febrero de 1963 prorrogar por cuatro años la «Civil Rights Commission» (creada en 1957) y facilitar el acceso a las urnas, reemplazando las «pruebas de alfabetismo» por el diploma de 6.º grado, suprimiendo la «poll tax», un impuesto que había que satisfacer para tener derecho a votar (mantenido en Alabama, en Arkansas, en Mississipi, en Texas y en Virginia), para vencer los obstáculos que se oponían al voto de los negros, en siete estados del Sur en 1961 (Georgia, Luisiana, Mississipi, Carolina del Sur —y del Norte en parte—, Tennessee y Florida, donde, de un total de cinco millones de electores de color, sólo son inscritos 1.386.654). La primavera es agitada: 250.000 negros participan en demostraciones en 40 ciudades. En abril y mayo, Birmingham, capital de Alabama, escogida por Luther King como «símbolo de la segregación racial», es escenario de disturbios que se extienden a Jackson, capital de Mississipi: el líder negro es de nuevo detenido, en compañía de 3.000 alborotadores. Un negro, James Meredith, al serle prohibida la entrada en la Universidad de Tuscaloosa, «Ole Miss», provoca la intervención de Kennedy, el 28 de septiembre de 1962, que después de haber impuesto una multa al teniente-gobernador, hace intervenir a su vez, del 28 de septiembre al 2 de octubre, a 400 «marshall», apoyados por la Guardia Nacional y el ejército (balance: dos muertos, 375 heridos, 166 de ellos policías, 200 detenciones y el «campus» devastado). Las fuerzas federales fueron aumentadas de 7 a 14.000 hombres y la Guardia Nacional local «requisada» por la Federación, por lo que el gobernador de Alabama, George Wallace, tuvo que inclinarse finalmente el

(62) Hijo del embajador en Londres, discípulo del marxista Harold Laski en la «London School of Economics» en 1935, luego estudiante en Princeton y en Harvard hasta 1940, John Kennedy fue elegido representante (1947-1953) y luego senador por Massachusetts (1953-1961). Apoyó la candidatura de Charles Bohlen para la embajada en Moscú en 1953, y censuró duramente a Mac Carthy y a su «caza de brujas» en diciembre de 1954. Después de haber cedido su plaza de candidato a la vicepresidencia a Ester Kefauver (que, designado por la convención demócrata de Chicago en 1956 con el progresista Adlai Stevenson, fue derrotado por el equipo Eisenhower-Nixon en noviembre), había sido propuesto por la convención de Los Angeles el 13 de julio de 1960, por 806 votos, llevando como segundo a su rival, el influyente senador Lyndon B. Johnson, que había obtenido 409.

11 de junio de 1963. Aquel mismo día, John Kennedy se dirigió al pueblo norteamericano a través de la televisión. Al día siguiente, el secretario local del N. A. A. C. P. en Mississipi, Medgar Evers, fue asesinado.

El 19 de junio, el presidente anuncia las principales medidas que piensa presentar al Congreso: desegregación de los lugares públicos (en vigor en 31 estados) y de las escuelas (en los 11 antiguos estados confederados, sólo 30.800 alumnos negros, de un total de 2.900.000, se mezclan con los blancos), no discriminación en la contratación en las empresas subvencionadas (el 54 % de los negros no ejercen más que trabajos de fuerza; la construcción les está prácticamente vedada); establecimiento de un servicio de relaciones comunitarias. (Hay que observar que el problema de la vivienda es dejado de lado: sólo 17 estados y 60 ciudades se han atrevido a abordarlo). A fin de respaldar aquel esfuerzo de emancipación, una manifestación monstruo es organizada por Philip Randolph (que soñaba con ella desde 1941) y por su segundo y jefe de Estado Mayor, Bayard Rustin (marxista señalado por pertenecer a la Liga de las Juventudes comunistas), con la colaboración de los jefes de los cinco principales movimientos: Roy Wilkins (N. A. A. C. P.), Martin Luther King (S. C. L. C.), James Farmer (C. O. R. E.), Witney Young («National Urban League») y John Lewis (S. N. C. C.), y la participación de los representantes de las Iglesias (el «National Council of Churchs» ha tomado posición en 1946 a favor de la emancipación, y los obispos católicos en noviembre de 1958), el católico Mathew Ahmann, el presbiteriano Eugene Carson Blake (futuro secretario general del Consejo Mundial de las Iglesias» en 1966), de una docena de obispos episcopalianos, del rabino Joachim Prinz (presidente del «American Jewish Congress») y de medio centenar de colegas suyos, y, por otra parte, del marxistoide Walter P. Reuther, secretario general de la C. I. O., y la —más llamativa aún— del secretario del P. C., Gus Hall. Así, el 28 de agosto de 1963, 170.000 negros y 30.000 progresistas blancos «marchan» sobre Washington, donde, ante el monumento a Lincoln, escuchan las arengas de sus líderes, reclamando «Empleos, Viviendas, Libertad (de voto) en seguida» («Jobs, Housing, Freedom now») y entonan a pleno pulmón el himno «We shall overcome!» (Nosotros superaremos... la discriminación).

El «liberal» Kennedy (presidente del «Committee on Equal Employment», que había negociado con más de cien firmas desde 1961) encontró una muerte prematura en Dallas, el 22 de noviembre de 1963; su sucesor, el vicepresidente Lyndon Johnson, continuó su obra emancipadora, con la colaboración de las cinco grandes asociaciones, a cuyos dirigentes recibió, antes de pronunciar su mensaje del 27 de noviembre. Pero la «Civil Rights Act» progresa lentamente ante el Congreso. En la Cámara, 252 demócratas sobre 257 y 138 republicanos sobre 178 la aprueban finalmente el 10 de febrero de 1964, y luego, en el Senado, 44 demócratas sobre 67 y 27 republicanos sobre 33, el 10 de junio, y de nuevo, en la Cámara, 289 representantes contra 126, el 2 de julio. El presidente la firma inmediatamente (aunque las prescripciones relativas al empleo no serán aplicables hasta el 1 de julio de 1965). Otro proyecto de ley, «Anti-poverty Bill», presentado el 11 de marzo de 1964, prevé 790 millones de dólares de créditos para el primer año y el doble para el segundo, en tanto que una decisión del Tribunal Supremo del 25 de mayo (contra el condado del Príncipe Edward en Virginia, que había cerrado sus escuelas en 1959, antes que admitir en ellas

a unos negros) confirma la postura de las autoridades, hostiles a toda discriminación. En las elecciones de noviembre de 1964, un sexto afro-americano entra en el Congreso, y, en las asambleas de Estados, 18 senadores y 76 representantes; en 1966, obtienen un escaño en el Senado, y en las asambleas de Estados, 154 (123 representantes y 31 senadores). Altos cargos se abren para ellos: Thurwood Marshall entra en el Tribunal Supremo, Robert C. Weaver en el gabinete. Reciben las más altas distinciones: secretario-adjunto de la O. N. U., Ralph Bunche ha recibido el premio Nobel en 1950. Aquellas buenas disposiciones de la administración en lo que a ellos respecta le han valido a Lyndon Johnson, elegido el 3 de noviembre, con el senador por Minnesota Hubert H. Humphrey como segundo, por 486 mandatos y 42 millones de votos contra 52 mandatos y 26,5 millones de votos de Barry Goldwater, el 96 % de los votos negros (en total, unos seis millones, con 2.164.000 inscritos en el sur, en lugar de 1.386.654 en 1962). Agradecido, el presidente proclama el 10 de diciembre: «Tenemos el deber de llevar a feliz término nada menos que la asimilación completa de más de 20 millones de negros a la vida norteamericana».

Sin embargo, la atmósfera no ha cambiado. A fin de no indisponer a los electores, Philip Randolph y los líderes de las cinco principales organizaciones negras (temiendo el nombramiento del senador Barry Goldwater, hostil a la «Civil Rights Act», que ha obtenido en las asambleas primarias el 34 % de los votos en Wisconsin, el 30 % en Indiana, el 43 % en Maryland, por la convención republicana de San Francisco, el 13 de julio, y, de hecho, el 15, 883 votos le designarán con William Hiller, de Nueva York, como coequipier) han decidido en Nueva York, el 29 de julio, aplazar las manifestaciones y evitar los disturbios. No obstante, se trata de una tregua precaria. El 26 de agosto, la convención demócrata de Atlantic City se señala por unos incidentes provocados por 68 miembros del «Freedom Democratic Party», negro, de Mississipi, que pretenden sustituir a la delegación regular del estado: el escándalo dura tres horas. Antes y después de las elecciones no han cesado los desórdenes. En el curso del año 1963, 930 manifestaciones en 115 ciudades de 11 estados del Sur han entrañado más de 20.000 detenciones y causado 10 muertos. En el «Black Belt», desde luego, donde los negros forman el 33 % de la población en Luisiana, el 39 % en Carolina del Sur y hasta el 42 % (916.000 ganando la tercera parte del salario de los blancos) en Mississipi, con sólo un 7 % de los electores negros en potencia inscritos, contra el 70 % para los blancos. El «Council of Federated Organizations», constituido en 1962, trata de luchar contra aquel estado de cosas enviando unos equipos de estudiantes del S. N. C. C. y del C. O. R. E. (de Swarthmore, Cornell, Yale, Harvard, Pennsylvania, formados por el «National Council of Churchs» en Oxford, Ohio), pero aquel millar de cruzados, a costa de tres muertos, tres heridos, 80 víctimas de golpes y de múltiples detenciones hasta el 31 de octubre de 1964 sólo han obtenido 1.020 inscripciones más. En cambio, los asesinos de los negros Medgar Evers en Jackson (Mississipi) en junio de 1963, y Lemuel Penn (11 de julio de 1964) en Georgia, habían escapado a la justicia. De aquellos desórdenes había surgido el «Freedom Democratic Party».

Pero la agitación es también intensa en los centros urbanos del Norte, cuya población negra ha aumentado rápidamente, habiéndose duplicado en Nueva York (un millón), en Filadelfia y en Boston, triplicado en Chicago

(800.000) y en Detroit, quintuplicado en Los Angeles, habiendo pasado en San Francisco de 5.000 a 74.000 en veinte años. En su celo por practicar la amalgama en materia de educación, las autoridades académicas no encontraron nada mejor que desplazar a negros y blancos de sus barrios respectivos para alcanzar en las escuelas una dosis teórica de «mescolanza». Así han logrado descontentar a todo el mundo y provocar una ola de boicoteos: en Nueva York, 364.000 alumnos el 3 de febrero de 1964 y 168.000 el 16 de marzo; en Chicago, 225.000 en octubre de 1963 y 172.000 el 25 de febrero de 1964; en Boston, 32.000 en junio de 1963 y 25.571 el 21 de febrero de 1964. A pesar de la intervención de un compromiso, el plan Allen, admitiendo la asistencia a la escuela más cercana al domicilio hasta el 4.º curso de enseñanza primario, 175.000 alumnos dejaron de presentarse en la apertura de curso, el 14 de septiembre de 1964. Por iniciativa del C. O. R. E. de Brooklyn se había emprendido una acción que tendía a sabotear la apertura de la Feria de Nueva York, prevista para el 22 de abril de 1964. Pero ocurrió algo peor. Un policía mató a un joven negro, que le amenazaba con un cuchillo, el 16 de julio, en el barrio negro de Harlem: el incidente, inmediatamente explotado por los extremistas (en particular por el «Progressive Labor Movement» pro-chino y los «Musulmanes Negros»), derivó el 18 en motín (un muerto negro, 35 policías y 81 civiles heridos en cuatro días), que se extendió a Brooklyn el 21 de julio, y, el 2 de agosto, a Jersey City, así como a Paterson y Rochester (26 de julio). A mediados de agosto le llegó la vez a Chicago y, los días 28 y 29, a Filadelfia (donde el orden fue restablecido el segundo día, a costa de 248 heridos, entre ellos 66 policías, y de 289 detenciones), en tanto que en Washington, Nahaz Rogers había creado desde abril nuevos equipos de agitadores, bajo el título de «Associated County Teams». En total, aquellos disturbios costaron a la policía, en el curso del año 1964: 88 muertos, 7.738 heridos y 18.000 agentes asaltados.

...encuadrados por los negros-blancos de las Antillas, agentes de la cruzada antiblanca...

Evidentemente, las antiguas asociaciones, concebidas para la conquista de la emancipación por la no-violencia, se encontraban desbordadas por unos elementos revolucionarios, decididos a luchar por todos los medios. En primera fila se encontraban los «Musulmanes Negros», animados por el profeta Elijah Poole, alias «Mohamed». En 1913, «noble Drew Ali» (Thimothy, nacido en Carolina del Norte) había fundado unos «Templos» del Islam, en Newark (New-Jersey) primero, luego, en quince años, en Pittsburg, Chicago, Detroit. En esta última ciudad, en 1931, Elijah Poole había encontrado el «Mahdi», el Mesías que le había inspirado, en la persona de Master Wallace D. Fard (un negro-blanco 50/50, que se decía descendiente de los Koraichitas). Vendedor de sedas de Oriente, buhonero, hizo su aparición en Detroit en julio de 1930, predicando la «Nación de Islam» recobrada (por Drew Alí, los musulmanes de América descendían ya, sea de los moabitas, sea de las tribus perdidas o de los Falashas de Etiopía). Detenido en 1932, expulsado el 26 de mayo de 1933, detenido en Chicago donde se había refugiado, desapareció a finales de 1933-comienzos de 1934, dejando en la dirección del «Templo» a su lugarteniente Elijah Mohamed. Nacido en Sanderville (Georgia), hijo de un ministro baptista, en 1897, Elijah, establecido en Detroit en 1923, se verá internado en Milan (Michigan) desde 1942 hasta

1946, por negarse al servicio militar. Pálido reflejo de Saint Yves d'Alveydre y de sus maestros hindúes, sostiene que la raza negra es la más antigua de todas, y que posteriormente se degradó, dando nacimiento a los rojos, luego a los amarillos, luego a los blancos. Para él, el hombre blanco es «el diablo», y su Paraíso, el Infierno del Negro. Predice que «sumergida la decadente sociedad occidental en la inmoralidad, Dios va a juzgarla y a destruirla». En consecuencia, no hay que integrarse en aquella sociedad, sino separarse de ella. «La integración —dice— destruiría a la raza blanca y destruiría a la raza negra». Esta separación (que él distingue de la integración, porque esta última es impuesta por la potencia dominante, en tanto que la primera es voluntaria), debe entenderse como una partición: «Debemos tener un trozo de esta tierra», «some of this land», es decir, «un estado o varios», proclamará delante de 3.000 oyentes en la convención de Chicago (del 10 al 13 de marzo de 1965). Su movimiento de forma religiosa, «el único sostenido únicamente por negros», se jacta él, apenas cuenta con 400 adeptos, un templo en Detroit, otro en Chicago y un tercero en proyecto en Milwaukee, cuando recluta a su salida de la cárcel, en 1952, a Malcolm Little, llamado Malcolm «X» (63).

Elijah Mohamed hizo de aquel pelirrojo de piel oscura, dotado de un gran magnetismo, su lugarteniente primero, y sucesivamente su ministro en Boston (con Lloyd X), en Filadelfia y en Nueva York (en junio de 1954). La fogosa elocuencia de Malcolm había aumentado los efectivos de la secta a 40.000 adeptos, cuando los dos hombres se separaron a finales de 1963. A aquel desarrollo (concretado por la construcción en 1961 de un centro islámico, con un coste de 20 millones de dólares, en Chicago) había contribuido la publicidad realizada en torno al movimiento por la prensa (*Amsterdam News*, de James Hicks; *Herald Dispatch*, de Los Angeles), por su propio periódico *Muhamed speaks*, por una secuencia televisada, «El Odio engendrado por el Odio», y por la obra dedicada por C. Eric Lincoln, de Boston, a los «Musulmanes Negros» (1959). Gozando de toda la confianza de su maestro Mohamed, Malcolm había efectuado una primera gira de tres semanas por Egipto, Arabia, Sudán, Nigeria y Ghana, había contribuido a organizar, con el secretario nacional, John Ali, las grandes concentraciones de la «Nation of Islam» (con manifestaciones en Nueva York, Chicago y Washington de 10.000 miembros, transportados en camiones bajo la protección del servicio de orden del «Fruit of Islam») y le había reemplazado

---

(63) Nacido en 1925, de padre —Earl Little— ministro baptista en Georgia, discípulo de Marcus Garvey, víctima de blancos que incendieron su casa y tal vez provocaron su muerte en un accidente de automóvil en Lansing en 1931, y de madre originaria de la isla de Granada (Antillas inglesa), blanca por su padre, que tuvo que ser internada en un asilo, Malcolm vio dispersada a su familia. Aunque sacado de un reformatorio de Mason para ser criado por unos particulares, siguió el mal camino, después de haberse reunido con su hermana en Roxbury (Boston). Sucesivamente limpiabotas, luego camarero de vagón-restaurante, después de bar, en Harlem, en 1942, en Detroit, se entregó al tráfico de drogas (marihuana, cocaína) y a todos los vicios (mantenido por una amiga blanca, suministrará a dos alcahuetas lesbianas jóvenes negros para satisfacer los extravíos de sus amigas blancas), antes de organizar una banda de ladrones. Condenado en febrero de 1946 a siete años de prisión, detenido en Charleston y luego en Concord (1948), formó su espíritu en la colonia penitenciaria de Norfolk (Massachusetts) por medio de numerosas lecturas y cultivó la oratoria en el curso de debates provocados con tal finalidad, en tanto que sus hermanos, convertidos por Elijah Mohamed, le inducían a cartearse con el profeta. Entonces fue cuando se regeneró para dedicarse al apostolado negro. Escrita por Alex Haley, su autobiografía es reveladora.

cuando el asma que sufría le obligó a retirarse a una villa comprada por él en Phoenix, Arizona.

Pero su propio éxito suscitó envidias y celos, hasta el punto de que en 1962 se minimizó su papel, y en 1963 estalló el conflicto entre los dos hombres. Engendrado por el escándalo de una querella exigiendo un reconocimiento de paternidad, presentada en Los Angeles el 3 de julio de 1962 contra el «profeta» (que predicaba a sus adeptos la moralidad más estricta, prohibiéndoles el alcohol, el tabaco, la droga, las mujeres, etc.) por dos de sus secretarias, a las cuales habría hecho cuatro niños desde 1957, desembocó en una ruptura, cuyo pretexto fue el cinismo con que Malcolm X había comentado el asesinato de John Kennedy (22 de noviembre de 1963 ante sus auditores del «Manhattan Center», hablando del «Juicio de Dios sobre la América blanca», en términos tan vulgares como «Chickens come home for roost» —los pollos vienen a hacerse asar en su casa—. Acogido momentáneamente por el boxeador Cassius Clay (adepto de los «Muslims») en Miami, el agitador expulsado se dedicó entonces a montar un movimiento propiamente nacionalista, que reuniera a «toda la gente de color, sin distinción de religión, con vistas a la acción política directa», que lanzó en el Conver Ballroom de Harlem, en el que fundó una nueva «Muslim Mosque», y estableció su Cuartel General en el hotel Teresa.

Con el fin de obtener apoyos exteriores, el 13 de abril de 1964, por Francfurt, El Cairo y Djeddah, realiza la peregrinación a La Meca (gracias a un visado suministrado por Mahmoud Youssef Shawarbi, de El Azhar, presidente de la Federación musulmana de los Estados Unidos y del Canadá, y a la protección, sobre el terreno, del doctor Omar Azzam, de la familia del secretario de la Liga Arabe, Abd Er-Rahmane Azzam, que le ha hecho enviar su libro *The Eternal Message of Muhammad.* Después de sus devociones en la Kaaba, convertido en «el Hadj Malik el-Shabazz», recibido por el príncipe Feisal, Malcolm se traslada el 30 de abril a Beiruth, a El Cairo y luego a Lagos (Nigeria), donde se entrevista con el profesor Essien Udom (de la Universidad de Ibadan), autor de la obra *Black Nationalism,* y a Accra, donde conoce a N'Kruma (que ha recogido junto a él a Du Bois y a su esposa) y al embajador chino Huang-Hua, que le muestra una película sobre el 14.º aniversario de la República Popular, en la cual aparece Robert F. Williams. Este, ex jefe de sección de la N. A. A. C. P. en Monroe (Carolina del Norte), excluido de la Asociación por haber preconizado «replicar al linchamiento con el linchamiento» —después de la absolución en 1959 de dos blancos culpables de haber asaltado a dos negros— y montado unos grupos de autodefensa contra el K. K. K., acusado del rapto de una pareja blanca en 1961, refugiado en La Habana, predicó «la violencia en masa y organizada», el ataque a las patrullas nocturnas de la policía y fundó el «Revolutionary Action Movement» (R. A. M.) en los centros urbanos del Norte, con el apoyo y la bendición de Mao-Tsé-tung.

Pero, Malcolm, que regresó por Argel (19 de mayo) a Nueva York el 21 de mayo —después de un nuevo periplo africano, a mediados del verano, que le condujo junto a Nasser, a Nyerere (Tanzania), a Nnamvi Azikiwé (Nigeria), a N'Krumah de nuevo, a Sekou Touré (Guinea), a Kenyatta (Kenia) y a Milton Obote (Uganda)—, si bien suaviza un poco su racismo en lo que respecta a los blancos (admitiendo que algunos de ellos, amigos de los

negros, son a fin de cuentas unos seres humanos), exceptuando a los judíos explotadores, y cede un poco en su exclusivismo, acercándose a otros movimientos negros a fin de extender la influencia de su «Organization of Afro-American Unity», no por ello deja de hablar de organizar unas guerrillas en Mississipi. «El predicaba la guerra y nosotros predicamos la paz», dirá de él su maestro Elijah a guisa de oración fúnebre cuando, habiéndose envenenado la querella entre ellos (por la amenaza de expulsión y el incendio del domicilio de Malcolm en Elmhurst, Long Island, el 13 de febrero, y la reanudación del proceso del profeta y de sus secretarias en Los Angeles, el 28 de enero), Malcolm, que no ha tomado la precaución de cachear a los asistentes, caerá acribillado a balazos por los asesinos a sueldo de su rival, el 21 de febrero de 1965, en el momento de tomar la palabra en el Audubon Ballroom de Harlem. (A su entierro asistieron 22.000 personas; sus partidarios destruyeron la mezquita neoyorquina número 7 de los Musulmanes Negros y la policía tuvo que proteger el domicilio de Elijah en Chicago). Pero, a partir de aquel momento, los dos movimientos perdieron la influencia de sus dos líderes, y nuevos elementos tomaron su relevo.

Iniciada en semejante clima, la campaña conducida por Luther King (que, favorecido con su premio Nobel en octubre de 1964, consagró su importe a su movimiento) para apoyar la «Voting Rights Act» de 1965 (promulgada el 6 de agosto, gracias a la institución de 45 controladores federales, desembocará en la inscripción de 1.289.000 electores negros, en lugar de 870.000 en seis estados del Sur —248.000 en vez de 113.493 en Alabama—, al tiempo que intensificará el reclutamiento de negros en la Guardia Nacional y evitará la discriminación en la contrata de personal en las empresas subvencionadas), aquella campaña, pues, no puede desarrollarse sin incidentes. Regresado a Atlanta el 27 de enero, el líder negro —que ha sido detenido y puesto en libertad después de una «marcha» sobre Dallas en Texas, el 1 de febrero, y que ha conferenciado el 9 con el presidente Johnson— trata de organizar unas «marchas» o «Freedom Rides» en Georgia, donde el número de inscritos ha pasado de 6.000 en 1947 a 110.000 en noviembre de 1964, pero donde 370.000 negros permanecen aún apartados de las urnas. Unas detenciones en masa obstaculizan al principio la realización de sus proyectos (3.300 detenidos desde mediados de enero). A su salida de Selma, 500 manifestantes son bloqueados el 7 de marzo, «bloody Sunday», otros 500 son duramente dispersados por la policía local, que obliga a dar media vuelta, el 9, a 1.000 negros y 450 blancos. El 16 de marzo, habiendo cerrado su puerta el gobernador Wallace a los delegados de los peticionarios, en Montgomery, James Forman del S. N. N. C. y 600 de sus amigos ocupan la calle sentándose en el suelo. El 21, después de un trayecto de siete millas, a la salida de Selma, el cortejo es bloqueado y, de 3.200 manifestantes, sólo 300 son autorizados a continuar. El 24, se unen a ellos 10.000 partidarios; el 25, recorridas las últimas 3,5 millas, la manifestación reúne a 25.000 personas en la capital de Alabama, pero, al regreso, una blanca, llegada de Detroit, Mrs. Liuzzo, es asesinada en su automóvil.

...reclaman por la violencia el «Black Power»...

A pesar de que el presidente Johnson no regatea esfuerzos para mejorar la suerte de los negros, se ve muy mal recompensado. Hablando en la Univer-

sidad de Harvard, el 4 de junio de 1965, e inspirándose en un informe de su secretario-adjunto para el Trabajo, Moynihan, se ha extendido sobre la miseria de las familias negras: una cuarta parte de las esposas abandonadas, una cuarta parte de hijos naturales, menos de la mitad de los hijos criados por sus padres hasta los dieciocho años, las llagas de los cuchitriles, de la suciedad, de las enfermedades venéreas, del paro, que les corroen. Pero, apenas transcurrida una semana desde que ha logrado promulgar, el 6 de agosto, la «Voting Rights Act» cuando estallan en Los Angeles, California, los desórdenes más graves. La ciudad contaba con 75.000 negros en 1940; en 1965 son 650.000, desempeñan el 25 % de los empleos municipales y están representados en el Consejo por tres miembros sobre 15. Pero ha bastado un incidente banal (la detención de dos alborotadores en estado de embriaguez) para desencadenar el motín, en el curso del cual, del 11 al 17 de agosto de 1965, 10.000 exaltados, excitados por los gritos de «Burn, baby, burn!» —¡Quema, nene, quema!—, vuelcan los automóviles, saquean e incendian 977 tiendas e inmuebles, especialmente en el distrito de Watts. Cuando la Guardia Nacional, llamada como refuerzo (primero 1.336 hombres, luego hasta 13.900), consigue restablecer el orden, se cuentan 34 muertos, 25 de ellos negros, 1.032 heridos y se han llevado a cabo 3.952 detenciones. La comisión de encuesta nombrada el 19 de agosto y presidida por John Mac Cone (director de la C. I. A. hasta mayo de 1965, y presidente de la Comisión atómica de la época de Ike), declara en su informe del 12 de diciembre no haber hallado ningún rastro de conspiración, aparte de la acción de los «Musulmanes Negros», prestos a explotar la excitación de los negros contra la policía.

Si no ha habido, quizá, complot local, no por ello la conspiración es menos latente y permanente. En el curso del verano de 1966, extiende su gangrena a determinados movimientos hasta entonces no-violentos, y reviste el carácter nuevo de una lucha nacionalista y racista contra las propias instituciones norteamericanas. En la S. C. L. C. (Southern Christian Leadership Conference), animada por él, Martin Luther King, después de haber recibido el premio Nobel, deja que la propaganda por la emancipación derive, bajo la dirección de su lugarteniente James Bevel, en agitación por la paz en el Vietnam: «La larga noche de la guerra debe finalizar», ha dicho en Petersburg, Virginia, en julio de 1965. Su esposa, Coretta Scott, lo mismo que la de su lugarteniente Ralph Abernathy, pertenece al movimiento paracomunista intitulado «International League for Peace and Freedom». En el seno del C. O. R. E., una moción antialistamiento para el Vietnam, aprobada en la convención de Durham en julio de 1965, bajo la influencia de los «Musulmanes Negros» y de los «Deacons» (64), representados en la asamblea, momentáneamente retirada por James Farmer, será adoptada un año más tarde (después de la dimisión de Farmer, el 27 de diciembre, y su sustitución por Floyd Mac Kissick, el 3 de enero de 1966). Semejante relevo de los moderados (James Ferman y John Lewis, primeramente reelegidos en Nashville los días 14-15 de mayo de 1966, luego desaparecidos entre bastidores) por un líder tan «enragé» como Stocky Carmichael, se produjo en el S. N. C. C., que el 6 de enero de 1966 había acusado a los Estados Unidos «de agresión

(64) El grupo de autodefensa «Deacons for Defense and Justice», formado en Jonesboro, en el norte de Luisiana, para luchar contra el K. K. K., en plena reconstitución, ha trasladado su centro a Bogalusa en 1965.

con violación de la ley internacional entrañando la muerte de los vietnamitas». Jefe de los «jóvenes turcos», que desde 1964 habían provocado disturbios en Berkeley (California), en Pascua, el 4 de julio, y el «Labor Day» (con 800 detenciones después de la intervención de la policía), Carmichael, nacido en la isla Trinidad, en las Antillas inglesas, llegado a reunirse con sus padres en Harlem en 1952, fue alumno de la Bronx «School of Science» y de la Universidad Howard, en Washington. Miembro de la banda de los «Morris Park Dukes», adicto a la marihuana, detenido en 1961 en Jackson (Mississipi), se hizo notar con el «Freedom Democratic Party» en la convención demócrata de Atlantic City en agosto de 1964 y militó en la «Lowndes County Freedom Organization». Miembro del C. O. R. E. en 1967, luego del comité del S. N. C. C. en Atlanta, es el autor del slogan del «Black Power», lanzado el 10 de junio de 1966, en el curso de una «marcha» de Memphis a Jackson, iniciada el 5 por James H. Meredith, interrumpida por la agresión de que este último fue víctima después de haber penetrado en Mississipi, y reanudada por su cuenta por los dirigentes de las cinco grandes organizaciones con 1.500 de sus partidarios, el 17, para terminar en Jackson el 26 de junio.

No sin reticencia, Luther King había accedido a firmar el manifiesto de los organizadores; concesión inútil: reunidos en convención en Los Angeles el 5 de julio, en presencia del vicepresidente Humphrey, los 1.500 delegados moderados del N. A. A. C. P. rompieron con los extremistas. La víspera, en Baltimore, los del C. O. R. E. acababan de adoptar una moción (que será confirmada en Oackland en julio de 1967), sugerida por los «Deacons» y Lonnie Shabazz, representante de los «Musulmanes Negros», reclamando la retirada del Vietnam, el rechace de la no violencia como medio de acción y el establecimiento del «Black Power» como objetivo, en vez de la integración. Esa consignada, que daba título a una obra de Ch. V. Hamilton en 1967, iba a conocer un auge tanto mayor por cuanto era de una vaguedad absoluta. Según la exégesis del reverendo Nathan Wright y del «National Committee of Negro Churches», reunido el 22 de julio de 1966 en la «Bethel Methodist Episcopalian Church» de Harlem, se trata únicamente de restablecer el equilibrio concediendo a los negros la autoridad local correspondiente a la importancia de sus comunidades. Otros ergotizan sobre las palabras: para Innis Roy, nacionalista, originario de las Antillas inglesas, que sucederá a Floyd Mac Kissick (sustituto de James Farmer en 1966) como presidente del C. O. R. E. en julio de 1968, la constitución de una «entidad separada», hecha necesaria por el fracaso de la integración, no debe significar una verdadera «segregación». Sin embargo, Carmichael, autor del slogan, es más explícito: «Cuando habláis de Poder Negro, habláis de construir un movimiento que aplastará —"smash"— todo lo que la civilización occidental ha creado». No se puede ser más claro. En ese sentido, Jesse Gray ha creado en Harlem la «Organization for Black Power». Y para dedicarse exclusivamente a esa obra Carmichael cede su puesto de presidente de la S. N. N. C. en mayo de 1967 a Hubert G. «Rap» Brown (discípulo de Sartre y de Camús, que ha vivido en Londres y en La Habana, en casa de Fidel Castro), el cual estima también que «ha llegado el momento de hacer saber a los blancos que vamos a tomar su relevo» —«take over»—. Y que rompe en agosto con la asociación para unirse a los «Panteras negras», título que ha sido utilizado por Carmichael en el condado de Lowndes, después del asesinato de Mrs. Liuzzo.

Semejante pulular de agitadores (entre los cuales se observará la preponderancia de los mestizos de las Antillas sobre los negros puros del «Black Belt») no puede dejar de entrañar un recrudecimiento de los disturbios, con mayor gravedad en los centros urbanos del Norte. A pesar de las advertencias de Bayard Rustin, Luther King ha constituido a principios del verano de 1966, con la colaboración del «Council of Community Organization», de Al Raby, el «Chicago Freedom Movement»: grave imprudencia. Apenas un mitin ha reunido 30.000 manifestantes el 10 de julio, las afirmaciones de Mac Kissick («Black Power does not mean violence») son cruelmente desmentidas por los hechos. Un fútil incidente —el cierre por los agentes de unas tomas de agua utilizadas por los niños negros para refrescarse durante los calores—, el 12, basta para provocar cuatro «jornadas» de violencia, que determinan la intervención de 4.000 guardias nacionales de refuerzo y se saldan con dos muertos, 57 heridos y 282 detenciones. En 4 de septiembre, en la ciudad vecina de Cicero (70.000 almas), 3.000 negros se entregan a una demostración (organizada por el C. O. R. E., la S. N. C. C., los «Deacons», el W. E. B., los clubs Du Bois). En 1965, el balance de cinco grandes motines había sido de 36 muertos, 1.200 heridos, 10.245 detenidos y 40,1 millones de dólares de destrozos. En 1966, en 21 algaradas, se cuentan 11 muertos, 530 heridos, 2.298 detenidos y 10 millones de dólares de estropicios (65), pero en 1967 las cifras alcanzan, para 75 motines, 83 muertos, 1.897 heridos, 16.389 encarcelados y 664,5 millones de dólares de destrucciones, unas cifras enormes. Los disturbios más graves han afectado a 21 ciudades.

So pretexto de que un conductor de taxi ha sido maltratado por un «cop», del 12 al 17 de julio, Newark (donde, sobre 405.000 habitantes, 260.000 negros viven en unas condiciones de alojamiento y sanitarias lamentables) es invadida por el motín. La policía (1.400 agentes) tiene que ser reforzada por 375 policías del Estado y 3.000 guardias nacionales para restablecer el orden, a costa de 25 muertos, 1.200 heridos y más de 1.300 detenciones. Los desórdenes se han extendido a la aglomeración vecina de Plainfield. Cuatro días más tarde, del 20 al 23 de julio, convocada por el reverendo Nathan Wright, una conferencia del «Black Power» celebra sus sesiones en la ciudad castigada, en presencia de 800 delegados (entre ellos Mac Kissick del C. O. R. E., James Farmer, Rap Brown de la S. N. C. C., representantes de los «Musulmanes Negros», de la «Organization for African Unity» fundada por Malcolm X, de los «Mau-Mau» de Harlem, etc.). Las resoluciones adoptadas tienden a «desorganizar la economía» con el fin de construir una patria (Homeland) para los negros y otra para los blancos, en América, es decir, un «apartheid» voluntario. Desde allí, Rap Brown se dirige a Cambridge (Maryland), donde, el 24 de julio, llama a sus hermanos a las armas« *Get your guns... We are rebelling. We are going to burn America down*». Siguieron incendios de escuelas, de iglesias, de tiendas, de inmuebles... El inductor, desaparecido, detenido en Alejandría (Virginia), puesto en libertad bajo fianza de 10.000 dólares, se apresuró a llevar la antorcha a otras diez ciudades.

(65) En julio-agosto de 1966: Omaha, Des Moines, Filadelfia, *Chicago*, Nueva York, *Cleveland* (cuatro muertos, 46 heridos, 187 detenciones), Atlanta, *Dayton*, Providence, Oackland, Minneapolis, *Milwaukee*, St. Louis, Troy (N. Y.), Sth Bend (Ind.), Jacksonville (Flor.), Perth, Ambay (N. J.), Waukegan (Ill.), Amityville (Lg. Isl.), Lansing, Benton Harbor, Jackson (Mich.), *San Francisco* (subrayadas las ciudades en las cuales tuvo que intervenir la Guardia Nacional).

En el intervalo, Detroit conoce una pesadilla peor. Una incursión de la policía a un cabaret (*speakeasy*) en la madrugada del 23 de julio, ha bastado para prender la mecha. Sin embargo, los negros de la quinta ciudad de los Estados Unidos (600.000 sobre 1.600.000 habitantes) figuran entre los más acomodados del país (en 1960, el 57 % poseen automóvil y el 41 % casa propia). Lo que no impide que, durante la jornada, 3.000 amotinados saqueen las tiendas. Para restablecer la calma, el 26, es necesaria la intervención, al lado los 4.300 agentes locales, de otros 370 del estado de Michigan, de la Guardia Nacional (1.100, luego 8.000 hombres) y de 4.700 paracaidistas enviados por el presidente Johnson. El balance se cifra en 43 muertos, más de 2.000 heridos y más de 3.800 detenciones. Los desórdenes se extienden como mancha de aceite a Flint, Pontiac, Grand Rapids (Michigan), Toledo y Lima (Ohio). Con la ola de desórdenes, el separatismo gana visiblemente terreno entre los negros.

Preocupado por el giro de los acontecimientos, los días 24 y 27 de julio, el presidente Johnson se dirige a la nación, denuncia las causas del malestar negro: «la ignorancia, la discriminación, los cuchitriles, la pobreza, la enfermedad, la falta de empleo» (al lado de 250.000 parados negros «oficiales», ¿cuántos jóvenes están librados a la calle y a sus tentaciones?), recuerda las medidas adoptadas por su gobierno para poner remedio a la situación: Model Cities Act, Civil Rights Act, Voting Rights Act, Rent Supplements Act, Medicare and Medic Aid, 24 Educational Bills, Head Start, Job Corps, Man Power development and Training, critica al Congreso por haber rechazado (por 207 votos contra 176) una petición de 20 millones de dólares «para combatir la plaga de las ratas (en Nueva York, invadida por ellas, superan la cifra de la población; dos meses más tarde, 40 millones serán incluidos en la ley sobre la Sanidad, aprobada por 227 votos contra 173), y nombra una comisión de encuesta sobre los desórdenes civiles (presidida por Otto Kerner, gobernador de Illinois, secundado por John Lindsay, alcalde republicano pero progresista de Nueva York como vicepresidente y David Gonsburgh como secretario general). Por simple ceguera, o porque practica deliberadamente la política del avestruz, aquella pesada máquina administrativa, en su informe publicado el 29 de febrero (resumido), y completo el 2 de marzo de 1968, permanece muda sobre las responsabilidades de las organizaciones subversivas, cuando concluye que «los desórdenes urbanos del verano de 1967 (66) no han sido la consecuencia de un plan o de una conspiración» (el director del F. B. I., Edgar Hoover, ha declarado ante ella que no creía en una «conspiración», cuando los propios líderes negros moderados no habían vaci-

(66) En abril: en Omaha, Cleveland, Luisville; en mayo, en San Francisco, Chicago, Wichita (Kansas), Jackson (Mississipi). Un viaje de Carmichael a Nashville y a Houston va acompañado de algaradas en las Universidades de Fisk (Tennessee) en la del sur de Texas. A continuación son escenarios de disturbios: Roxbury (Boston), el 2 de junio; Newark, el 12 de julio; luego Tampa (Florida), donde se ha ideado formar equipos de negros cubiertos con cascos blancos para calmar a sus camaradas, Cincinnati, Buffalo, Des Moines, Kansas City, Filadelfia, Atlanta, Waterloo (Iowa), Lansing (Michigan), Newark, Hartford (Connecticut), Eric (Pensylvania), Cairo (Illinois), Minneapolis, Durham (Carolina del Norte), Nyack (New-York) y Englewood (New-Jersey). Surgirán otros, el 1 de agosto, al NE. de Washington; los días 17 y 18 de agosto en Syracusa (New-York); a mediados de septiembre, después de una visita a Rap Brown, durante tres días en Saint Louis; los días 19-22 de agosto en New Haven (a pesar de ser una ciudad modelo); en Milwaukee (donde el sacerdote católico James Grappi se distingue por su vehemencia) y, del 2 al 4 de noviembre, en Winston-Salem (Carolina del Norte), donde intervienen 800 guardias nacionales.

lado, después de Newark, en hablar de disturbios «al parecer estimulados»; «aparentemente de acuerdo con un plan preestablecido»), para insistir (aparte de la necesidad de adiestrar la Guardia Nacional en los combates callejeros) en la urgencia de las reformas sociales (creación de dos millones de empleos, construcción de 600.000 viviendas el año próximo, etc.). Pero, ni el Congreso ni la opinión pública les siguen por ese camino. Aunque el versátil político Lindsay, republicano «liberal» que se pasará a los demócratas, aprovecha una reunión de la »Urban Coalition» en Washington, el 24 de agosto, para insinuar que «nuestros compromisos exteriores no deben comprometer la solución de nuestros problemas internos» (anunciando así su próximo cambio de chaqueta), el Senado, en cambio, rechazando el 11 de agosto por 36 votos contra 26 las conclusiones demasiado timoratas de su comisión, ha hecho reanudar la encuesta por Mac Clellan (de Arkansas), que ha denunciado la responsabilidad de las organizaciones nacionalistas y revolucionarias, en tanto que el presidente de la subcomisión de la Seguridad Interior, James Earland (de Missouri), incriminaba en términos generales al Partido Comunista en la organización del desorden, de la agitación y de los motines (67).

A partir de aquel momento, negándose a dejarse adormecer por los informes tranquilizadores de comisiones demasiado complacientes, el Parlamento acogerá con la mayor circunspección las panaceas sociales de la Administración. Si bien el Tribunal Supremo deroga el 24 de marzo la «Poll tax», el derecho de escrutinio exigido aún por algunos estados sudistas, y si bien la Cámara aprueba, por 300 votos contra 93, la «Equal Employment Opportunity Act» (igualdad de oportunidades en el trabajo), los Representantes aprueban las medidas adecuadas para reforzar el orden público (Safe Streets, Crime Control, Gun Control Acts, etc.), pero discuten ásperamente la «Civil Rights Act», sobre la desegregación en materia de vivienda presentada el 28 de abril, la sazonan el 25 de julio (por 259 votos contra 157) con una enmienda «anti-riot», que permite perseguir a los agitadores más allá de los límites de un solo estado, hasta el punto de que, habiendo rechazado el Senado la totalidad del proyecto el 19 de septiembre, por 52 votos contra 41, de los cinco «bills» en que ha sido fragmentada el Acta, únicamente el primero, prorrogando la misión de la «Civil Rights Commission», franqueará el 26 de octubre de 1957 la barrera del Congreso, que reduce por otra parte a 312 millones de dólares el «Model Cities Program» y a 10 millones los «Rent Suplements» (de ayuda al alquiler). Esta reticencia de los parlamentarios no hace más que traducir la reacción de la opinión pública contra el desorden que tiende a implantarse de modo permanente en los Estados Unidos (164 motines en 128 ciudades durante los nueve primeros meses de 1968).

A partir de 1966, en efecto, a los excesos cometidos por los nacionalistas negros, los blancos responden organizándose, sea en torno de antiguos grupos secretos, tales como el Ku-Klux-Klan (cuyos efectivos han aumentado de 35.000 en mayo a 51.000 en octubre, y luego a 75.000 —si creemos a la Anti-

(67) Más que el P. C., en su estricto sentido, es el marxismo-leninismo trotskista o maoísta bajo todas sus formas el que forma un frente común con la subversión antiblanca. Organizado en septiembre de 1957 en Chicago, el mitin de la «National Conference for the New Politics», reuniendo a 2.000 extremistas contra la guerra en el Vietnam, lo demostró cumplidamente, con la participación de 400 partidarios del «Black Power» que se agitaron más que los otros.

Diffamation League de los B'Nai B'rith, muy atenta a combatir las manifestaciones racistas, y el informe del 24 de octubre de 1966 del Comité de Actividades Antiamericanas—), o políticos, el «Nazi Party» de George Lincoln Rockwell, sea en torno a movimientos recientes: el «National States Rights Party» (1.200 de cuyos adheridos intervienen en Baltimore), o la S. P. O. N. G. E. (Sty for the Prevention of Negroes getting Everything), en Brooklyn, Chicago y Cicero, o de modo espontáneo, en Milwaukee, en Cleveland. Ante las urnas, aquellos sentimientos se traducen en un impulso republicano en la Cámara (187 representantes, en vez de 140 el 3 de noviembre de 1964, y 178 en 1960, contra 248 demócratas, en vez de 295 y 258) y en el Senado (36 republicanos, en vez de 32 y 34, contra 64 demócratas, en vez de 68 y 66), y sobre todo en el reparto de los 50 puestos de gobernadores de estados (los republicanos obtienen 25 en vez de 17, entre los cuales destacan Mrs. Wallace en Georgia, Ronald Reagan en California (con una mayoría de un millón) y Claude Kirk en Florida, en tanto que en Arkansas en agosto, en Georgia y en Maryland en septiembre, los partidarios de la segregación iban en cabeza.

El enfrentamiento entre las dos comunidades alcanza su punto culminante con el asesinato del líder moderado Martin Luther King, en un motel de Memphis, el 4 de abril de 1968, por un blanco, disparando desde el hotel de enfrente con una carabina de precisión. Falta saber por cuenta de quién trabajaba el asesino, James Earl Ray, alias George Sneyd, ya que a fin de cuentas los principales beneficiarios de su crimen iban a ser los extremistas negros... Sin embargo, el verano de 1968 se saldó con un balance menos pesado que el de 1967: para los meses de junio-julio-agosto, siete motines importantes en vez de 11 (68), 18 algaradas graves en vez de 35, y un número casi igual, 95 en vez de 92, de incidentes más leves; con un total de 19 muertos en vez de 87. La mejor preparación de la Guardia Nacional (desde el 10 de agosto de 1967) y el empleo generalizado de las tropas federales en la represión explican quizá ese retroceso. O bien ha cambiado la táctica de los rebeldes, prefiriendo a los desórdenes y a los saqueos urbanos, sea la agitación sindicalista dirigida por la «League of Revolutionary Black Workers (disidente de la «Auto Workers Unión»), sea la intervención de comandos terroristas, contra un pequeño número de objetivos escogidos.

...o bien el «apartheid»

En efecto, la iniciativa no pertenece ya a los moderados, tipo Abernathy, que después de un ayuno prolongado en memoria de su jefe, reasumiendo el 3 de mayo el proyecto de una «marcha» sobre Washington, sólo ha desembocado el 15 en un coloquio con 72 senadores y representantes «liberales», en el nombramiento de una comisión de 19 miembros y, finalmente, el 19 de junio, en una manifestación que reúne a unos 50.000 simpatizantes delante

(68) El más grave, desencadenado con ocasión de la convención demócrata de Chicago, el 28 de agosto, por los jóvenes partidarios de Eugene Mac Carthy, protestando contra la derrota de su líder por Hubert Humphrey (por 1.761 votos contra 601), tendía nada menos que a «destruir el sistema» y a formar un cuarto partido. Delante del hotel Hilton, los alborotadores fueron castigados duramente (100 heridos, 300 detenidos) por la policía de Richard Deley. Sin embargo, los extremistas negros o blancos (Tom Huyden, Dellinger, Rubin) no estaban complicados en el asunto.

del monumento a Lincoln. Aquellos tímidos son sobrepasados ahora por unos «enragés», especialmente por los «Panteras Negras», movimiento fundado en Oackland (California), en octubre de 1966, por Huey P. Newton (un joven de veinticinco años, de una familia de Luisiana, que empezó mal con un fracaso en Derecho y fue condenado a ocho meses de prisión por haber apuñalado a un mecánico negro) y su amigo del College Merritt, Bobby Seale (treinta años, tan mala cabeza que fue expulsado del ejército después de cuatro años, pasados la mayor parte del tiempo en «tôle»). En febrero de 1967, en San Francisco, se unió a la pareja un extremista de turbio pasado, pero con pretensiones de intelectual, Leroy Eldridge Cleaver. Nacido en 1935 en Arkansas, fue sucesivamente encarcelado en Soledad (California), por treinta meses, el 18 de junio de 1954, luego en San Quitín y en la prisión de Folsom, de 1957 a 1966, por tentativa de asesinato (aunque la especialidad de aquel drogadicto era el rapto y la violación). En la cárcel escribió un libro, *Soul on Ice*, lo que le valió frecuentar (aunque al principio hubiese pertenecido a los «Musulmanes Negros» antisemitas) los círculos «nihilistas» de la capital californiana (el abogado Beverly Axelrod, Paul Jacobs, Maxwell Geismar, etc.), donde ayudo a fundar la Casa de los Negros, «Black House», antes de participar en la Conferencia de la Nueva Izquierda en Chicago (1967). Disponiendo allí de una sexta parte de negros, sobre un total de 2.500 delegados, constituyó un «Caucus», un Comité aparte, reivindicando una representación igual, «por nación», y presentando un programa en 13 puntos, que implicaba la organización de «colonias» negras autónomas, con un representante en el gabinete.

Colocado bajo el control de un Comité Central de tipo comunista, inspirándose a la vez «en Che Guevara, en Malcolm X, en Lumumba, en Ho-Chi-minh y en Mao-Tsé-tung» (según George Murray en su revista, el 12 de octubre de 1968), el movimiento está dirigido por una especie de gabinete «fantasma»: número 1, Huey Newton (ministro de Defensa), 2, Stokely Carmichael (primeramente mariscal de campo, luego primer ministro en febrero de 1968), 3, Cleaver (ministro de Información), 4, David Hilliard (jefe de Estado Mayor); H. Rap Brown (ministro de Justicia), James Forman (ministro de Asuntos Exteriores), etc. En dos años, sus efectivos han aumentado, de un pequeño equipo de 125 miembros a un ejército de 60.000 partidarios, repartidos en secciones en 25 grandes ciudades. Tiene como aliados naturales a los grupos de gentes de color: «guardias rojos» chinos de San Francisco, «Jóvenes Patriotas del Sur» de Chicago, «Young Lords» portorriqueños de Pablo Guzmán, «Brown Bertes» y «Chicanos» de Los Angeles, Pieles Rojas (subsisten aún 10 millones de indios). Y como compañeros de camino a los grupos subversivos blancos, dedicados como los «nihilistas» a la destrucción de la sociedad, los «Weathermen», ala activa de los «Students for a Democratic Society» (unos 20.000 afiliados) —desde marzo de 1969—, la «Fuerza Revolucionaria 9», el «Movimiento de la Juventud Revolucionaria», la «Alianza Estudiantes-Obreros», los clubs socialistas marxistas-leninistas, etc. Y mantiene relaciones ininterrumpidas con el doctor Herbert Aptheker, historiador de los negros, miembro del P. C., cuya doctrina adopta Newton al definir a los negros, en agosto de 1969, como una minoría nacional, mientras que Cleaver declara: «Hay que ver en el Poder Negro un proyecto de soberanía». Su Congreso, celebrado en Detroit en abril de 1968, bajo la protección de milicianos de uniforme, que acogen con disparos a la policía, lo bastante indiscreta como para meter sus narices en la reunión,

es por otra parte muy explícito en lo que respecta a sus intenciones. Reivindica la creación de una «República de Nueva Africa», cuyo presidente sería Robert F. Williams (refugiado desde 1961 hasta 1969 en Cuba y luego en China), y el vicepresidente un abogado de Michigan, Milton R. Henry, englobando los estados de Carolina del Sur, Georgia, Mississipi, Alabama y Luisiana, en suma, la constitución de una especie de «Birobidjan», a costa de una nueva Secesión del Sur, con compra de tierras, como en Palestina.

«A ejemplo de los judíos», declara Cleaver en una entrevista para la revista *Playboy* en octubre de 1968, en el momento en que el «Peace and Freedom Party» le nombra candidato para las elecciones presidenciales, en las que obtendrá el ridículo «score» de 30.000 votos. Pero aquella colusión cada vez más estrecha con los elementos podridos de la civilización occidental en decadencia repugna a los verdaderos nacionalistas negros (en el fondo, sienten más respeto y simpatía por los nacionalistas blancos del Sur que por los falsos «liberales» del Norte). Uno de sus pensadores, Harold Cruse, les exhorta a tratar con los norteamericanos, sin utilizar la mediación de los judíos. En ese punto, los principales líderes disienten de Cleaver; en agosto de 1968, Rap Brown y James Forman abandonan sus «carteras»; en julio de 1969, Stokely Carmichael dimite de «Primer Ministro» y va a reunirse con N'Krumah en su exilio en Guinea.

La policía se encarga entonces de decapitar al resto del «gabinete fantasma». Atrapado en un tiroteo, en el cual un policía resulta muerto y otro herido, en octubre de 1967, Newton, herido también, es condenado a quince años de prisión. Secretario general y jefe de Estado Mayor, David Hilliard es detenido. Por haber conspirado para el asesinato de los moderados Roy Wilkins, de la N. A. A. C. P., y Whitney Young, de la Liga Urbana, el «ministro de Educación» Herman Ferguson es condenado a siete años de prisión. Para escapar a la misma suerte, Cleaver, atrapado en una algarada el 6 de abril de 1968, condenado en rebeldía el 27 de noviembre, tras haber provocado disturbios en el curso de una serie de conferencias en la Universidad de Berkeley, huye primero a Cuba, luego (en vista de que Egipto le ha cerrado sus puertas) a Argel, en julio de 1969, cerca de Boumedienne (desde allí visitará Corea del Norte y Moscú).

Los líderes que quedan se reparten las tareas, los unos encargándose de hacer restituir lo mal adquirido a las Iglesias, los otros de hostilizar a la policía, de entregarse a atentados terroristas, de llevar el desorden a las Universidades, en las que pretenden establecer centros de formación de agitadores y preparar la implantación del «Poder Negro». Moderado (disidente de los estudiantes no violentos), James Forman, aplicando las recomendaciones de la «National Black Economic Development Conference» (celebrada a finales de abril de 1969), ocupa en junio la sede central neoyorquina de la Iglesia Reformada de América, invade la Iglesia «Riverside» de Manhattan, vecina de Harlem, reclama 50 millones de dólares a la Iglesia luterana y 200 millones al arzobispo católico, cardenal Cooke, antes de imponer el 16 de mayo en San Antonio (Texas) a la Iglesia Presbiteriana 80 millones de dólares (el pastor Carson Blake, secretario del Consejo Mundial de las Iglesia, había sido buen profeta, decididamente, cuando previó, diez años antes, la eventualidad de contribuciones a las gentes de color). El celo de algunos pastores negros, tales como el reverendo Channing Phillips,

no se satisface ya con esas «caridades forzadas», puesto que preconiza como único método eficaz «destruir la propiedad del opresor».

Pero los Panteras Negras, para empezar, obedeciendo las consignas de su jefe Bobby Seale (acusado de asesinato ante un Tribunal de New Haven, Connecticut) y las de su ministro de Cultura George Mason, «¡Matad a los cerdos!», es decir, a los agentes de policía, toman sistemáticamente como blancos a los agentes de la autoridad. Hasta el punto de que en noviembre de 1970 el balance de sus golpes de mano se establece en 9.000 explosiones, con 88 policías muertos y 17 heridos de gravedad (sobre un total de más de 10.000 afectados). Y pueden poner en su activo, además de numerosos asesinatos, raptos y sabotajes aislados, toda una serie de motines acompañados de incendios y de saqueos. En 1969, el centro mismo de Washington es escenario de disturbios. El 6 de junio se declara el estado de sitio en Hartford, capital de Connecticut, después de cuatro noches de desórdenes, acompañados de saqueo de las armerías, mientras que en Indianapolis un supermercado y numerosas tiendas son saqueados e incendiados.

En tanto que en febrero de 1970 unos puestos de policía son dinamitados en Los Angeles y San Francisco, el 11 de marzo Rap Brown lanza a los negros de Cambridge (Maryland) al asalto de los barrios blancos y, en el incendio que sigue, el barrio negro es presa de las llamas. En la noche que precede a la comparecencia del agitador (representado por Me Williams Kunstler, que ha asumido ya la defensa de los Siete de Chicago), 9-10 de julio de 1970, dos de sus amigos (uno de ellos jefe de un comité de coordinación universitaria) mueren destrozados por la explosión de una bomba en su automóvil. El 11 de julio estalla otra bomba en el Tribunal de Cambridge. En Maryland se adoptan medidas excepcionales. Entretanto, en Nueva York, donde el presidente del Consejo municipal, el ex inspector de policía Garelik, ha denunciado el 13 de marzo, a raíz de unas explosiones en tres inmuebles de Manhatta, la antevíspera, la actividad terrorista, una casa perteneciente a una persona de buena familia, Catherine Wilkerson, que servía de fábrica de explosivos (se encontrarán en ella 60 cartuchos de dinamita), es destruida por una explosión en el barrio de artistas de Greenwich Village (9 de julio de 1970). Por otra parte, la mayoría de las grandes ciudades y numerosas Universidades son escenario de atentados.

En Washington, el ministerio de Justicia es evacuado como medida de precaución, mientras que, el 13 de marzo de 1970, son destruidos un restaurante chino y un club nocturno. El 8 de diciembre de 1970 tiene lugar un resonante sabotaje en la refinería Esso, de Linden (New Jersey). En 1971, el incidente más dramático es el motín de la penitenciaría de Attica, cerca de Buffalo (N. Y.), el 14 de septiembre: después de haberse apoderado de 38 guardianes como rehenes, los presos reclaman la amnistía y el derecho a emigrar, exigencias que confirma el líder de los «Panteras Negras» Bobby Seale, para intervenir como mediador. El 12 hay que movilizar a 1.000 hombres, que entran en acción el 13 por la mañana (10 rehenes han sido ejecutados y 28 rebeldes muertos). Además, en el curso del año 1970, los «Panteras Negras» han visto morir a 28 de los suyos en diversas refriegas (entre ellos uno de sus jefes, Fred Hampton, en Illinois). Una incursión en pleno Tribunal de San Rafael (California) en agosto de 1970, en el curso de la cual un joven negro ha irrumpido en la sala y lanzado unos revólveres a los tres

acusados (dos de ellos amotinados en la penitenciaría de San Quintín), los cuales, tras haber asesinado al juez Haley y herido al fiscal, han huido en una camioneta, pone en evidencia la colusión entre terroristas y universitarios.

Complicada en el asunto, por haber procurado las armas del crimen, Angela Davis es detenida el 15 de octubre en un motel de Nueva York. Pero aquella amazona del terrorismo es la discípula favorita de Herbert Marcusse. Diplomada en la Universidad Brandeis, ha estudiado en la Sorbona y en Francfurt; profesora auxiliar de Filosofía a los veintisiete años, ha sido expulsada por sus opiniones de la Universidad de Los Angeles. Todos los partidarios de la subversión ciega, de la destrucción por la destrucción, de las formas modernas de la anarquía antisocial, asumen tan violentamente su defensa que, para no convertirla en una mártir, un jurado blanco la absolverá en 1972. La debilidad de los rectores que se consideran ante todo liberales y progresistas, entrega con demasiada frecuencia las Universidades norteamericanas a los manejos de los movimientos subversivos, que buscan en ellas un «santuario» para formar a sus agitadores, al abrigo de las investigaciones policíacas. Si bien el doctor Hare y su enseñanza revolucionaria fueron finalmente proscritos del San Francisco State College en la primavera de 1966, en la misma época, las autoridades académicas cerraban los ojos sobre la actividad de una sección especial (vedada a los blancos), creada, por instigación de la Afro-American Society, en el Antioch College (Yellow Springs, Ohio). Dos años más tarde, en el otoño de 1968, la falta de energía de James A. Perkins, en Cornell, tendrá unas consecuencias mucho más graves. Habiendo accedido a la creación de un Colegio especial, se ha encontrado en presencia, el 10 de abril de 1969, de un programa establecido y publicado por James E. Turner sin su aprobación, y, el 21 de abril, con una ocupación de los locales (con el pretexto de que en las proximidades había sido alzada una cruz ardiente estilo Ku-Klux-Klan). Ante las amenazas de Tom Jones, que se jacta de haber organizado una demostración armada y de desear el advenimiento de una «nación negra», ha cedido primero, y dimitido después, el 31 de mayo. La lucha entre grupos rivales por el control de los Centros de Estudios negros ha ensangrentado, por otra parte, Los Angeles (donde dos «Panteras Negras» han encontrado la muerte el 17 de enero de 1969) y San Diego (cuatro meses más tarde, con el asesinato de otros dos). De un total de cinco miembros del movimiento «Maulana» (dirigido por Ronald Everett, que se hace llamar Ron Karenga) complicados en esos casos, tres han sido condenados a trabajos forzados. En cambio, en Atlanta (Georgia), el «Institute of the Black World» de Vincent Harding, y, en Yale, el Centro de Estudios negros creado en septiembre de 1969, que no es específicamente nacionalista, han funcionado normalmente sin provocar desórdenes.

* * *

Resulta curioso comprobar, para concluir, que orientados hacia el separatismo, los líderes, incluso moderados, del movimiento negro en los Estados Unidos, al tiempo que se esfuerzan en aglutinar sus efectivos en el terreno electoral, coinciden en sus soluciones con las de los partidarios del «apartheid» en Africa del Sur. Si Floyd Mac Kissick reivindica para los negros el control de tres estados, su sucesor en la presidencia del C. O. R. E., Roy Innis, prevé aquella operación en tres etapas: la primera comporta la organiza-

ción de las comunidades locales en «ciudades-estados» (del tipo preconizado por George Mac Kennan en Williamsburg, Virginia, el 1 de junio de 1968, y por James Forman en un manifiesto de la «National Black Economic Development Conference» en abril de 1969); la segunda etapa, el control de la policía, de las escuelas y de los hospitales, y la tercera, una nueva Constitución, reconociendo a aquellas «colonias negras» el carácter de una «Nación». Entre separatismo y segregación, pues, la distinción aparece muy sutil, evidentemente.

Aquellas divisiones étnicas profundas y la apatía de una juventud ávida de goces, incapaz de todo sacrificio y tal vez incluso de todo esfuerzo, impiden a los Estados Unidos hacerse con la hegemonía mundial a la que por su primacía económica tendrían derecho a aspirar. Potencia joven, pero entrada en decadencia cuando apenas acaba de alcanzar su madurez, la América del Norte, obligada al repliegue y al reparto de influencia con los dos colosos comunistas rivales de la U. R. S. S. y de la China Popular, se presenta como un paladín de la raza blanca muy vulnerable.

Europa, reducida quizá mañana a sus solas fuerzas, ¿sabrá unirse a tiempo para defender el Occidente y su civilización?

CONCLUSION

Al terminar esta obra demasiado larga
permítase al autor
elevar a DIOS TODOPODEROSO
una ardiente plegaria:
SEÑOR,
que vuelvan los PROFETAS al desierto,
que vayan los «SABIOS» al manicomio
y que se queden los mercaderes fuera del templo
para que pueda reinar en esta tierra
la PAZ
entre todos los hombres de buena voluntad.
Amén.

la gangrena del espíritu de lucro, de libertinaje y de desmoralización que corrompe las almas y destruye los cuerpos, aplicando los métodos del realismo y del «empirismo organizador» para que el progreso tenga como base la tradición.

En sus juicios sobre los hombres, sus ideas y sus actos, el autor no ha obedecido a otra pasión que la de la verdad, sin prejuicio de ninguna clase, sea de raza o de parcialidad religiosa o política, tratando sencillamente de entender y penetrar, en sus propios escritos o palabras, con la mayor lucidez posible, su verdadero carácter, sus inspiraciones y sus propósitos.

Se considerará bien pagado de sus penas, si consigue interesar a los curiosos, a los que responden a la llamada de Bossuet «Et nunc erudimini», y ayudar a los jóvenes, que no disponen del tiempo necesario para formarse una experiencia válida del pasado, a entender y organizar mejor este mundo tan enfermo que nuestras desdichadas generaciones les han legado.

¿Triunfará el himno «Eili, Eili», sobre el «Horst Wessel»?

«Una combinación de Inglaterra, de Francia y de Rusia parará más o menos tarde la marcha triunfante del Führer ... Sea accidentalmente o decididamente, un judío subió a un puesto predominante en cada una de estas tres naciones ... Leon BLUM ... LITVINOFF ... Hore BELISHA ... (nuevo DISRAELI)» ...

«Estos tres eminentes hijos de Israel van a coaligarse para mandar al diablo al dictador audaz que será humillado. Entonces, los judíos cantarán "Alleluia". EUROPA SERA ROTA EN PEDAZOS» ...

«Y el trío de los no-arios entonará como *Requiem* una mezcla de la *Marsellesa*, del *God save the King* y de la *Internacional*, terminándose con un gran final, agresivo, bravo y militante, el himno judío "ELI, ELI"» (grito de guerra racista).

(*American Hebrew*, 3 de junio de 1938.)